

RICARDO II
ENRIQUE IV
RICARDO III
ENRIQUE V
EL REY
JUAN
ENRIQUE
VI
ENRIQUE
VIII



WILLIAM SHAKESPEARE

Dramas históricos

Obras completas 3

Edición de ANDREU JAUME

Lectulandia

De entre todas las pasiones que Shakespeare retrató a lo largo de su extensa obra, la fascinación por el poder es quizá una de las más oscuras; y en ella se centran todos sus dramas históricos. Más allá del episodio anecdótico, generalmente referido a momentos clave del auge de la dinastía Tudor —de Ricardo II a Enrique VIII, de la Guerra de las Dos Rosas a los inicios de la reforma anglicana—, Shakespeare se interesa por el hombre que se oculta tras la máscara de un monarca.

Dramas históricos es el tercer volumen de una colección de cinco que reúne la obra completa de Shakespeare. Aquí se incluyen la trilogía de *Enrique VI*, *Ricardo III*, *El rey Juan*, *Ricardo II*, las dos partes de *Enrique IV*, *Enrique V* y *Enrique VIII*. Esta edición, a cargo de Andreu Jaume, quien firma también la introducción, presenta las mejores traducciones contemporáneas, respetando el verso y la prosa originales. Un festín para todos los amantes de las buenas letras.

Lectulandia

William Shakespeare

Dramas históricos

Obras completas - 3

ePub r1.0

Titivillus 12.08.16

William Shakespeare, 2016

Traducción: Roberto Appratto, Carlos Gamarro, Elvio E. Gandolfo, María Enriqueta González Padilla,
Juan Fernando Merino, Mirta Rosenberg, Daniel Samoilovich & Pedro Serrano

Editor: Andreu Jaume

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



A LA MEMORIA DEL AUTOR,
MI QUERIDO SEÑOR

WILLIAM SHAKESPEARE,

Y

A LO QUE NOS HA DEJADO

Para no levantar envidias en tu nombre,
será bastante, Shakespeare, cuando honre
tu libro y fama, si confieso que tus obras
no pueden de hombre o musa agotar sus loas.
Es verdad conocida, pero no quisiera
que fuera mi alabanza por tal senda,
transida a veces de ignorancia leve
y, aunque sonora, apenas te merece.
Y el amor ciego la verdad oculta,
avanza a tientas y con prisa abrumba.
O la astuta malicia en falso alaba
y piensa en la ruina cuando ensalza.
Así elogian rufianes y putas infames
a una matrona: lo que más puede dañarle.
Pero tú estás a prueba de ellos, en verdad
más allá de su mal fario o de su ruindad.
Empiezo sin más: ¡Alma de nuestra era!
¡Aplauso, encanto, prodigio de nuestra escena!
Mi Shakespeare, arriba. No pienso hospedarte
con Chaucer o Spenser, o a Beaumont apartarle
para que le haga un sitio a tu figura.
Eres un monumento sin su tumba.
Y vives aún mientras viva tu libro,
maravillas leemos y loas proferimos.
Que no te asocie así, se disculpa mi mente,

con grandes pero desiguales musas, se entiende.
Pues si mi juicio fuera todavía antiguo,
junto a tus pares te pondría de continuo
y más que nuestro Lyly diría que brillas,
más que el audaz Kyd, que de Marlowe la poesía.
Y aunque tenías poco latín y menos griego,
no buscaría nombres de entre aquellos
para elogiarte, sino que al tonante Esquilo,
a Sófocles y Eurípides, de nuevo vivos,
junto a Pacuvius, Accius y el de Córdoba muerto,
tu coturno mostrara sacudir el proscenio.
O cuando el gorro de bufón lucieras,
te mediría a solas con la estela
de la insolente Grecia y de la Roma altiva,
de todo aquello que surgió de sus cenizas.
Triunfas, Bretaña mía, puedes mostrar a uno
a quien las tablas de Europa deben tributo.
Él era para siempre, más que del momento.
Y las musas estaban aún en su apogeo
cuando llegó cual Apolo para regalarnos
los oídos, o cual Mercurio para encantarnos.
Natura estaba orgullosa de sus creaciones
y vestía feliz las ropas de sus canciones,
tan bien cortadas y con tanto primor tejidas
que ya nunca otras iguales alumbraría.
El mordaz Aristófanes, griego jocosos,
Terencio el pulcro y Plauto el ingenioso,
no gustan ya y anticuados se alejan
como si no fueran fruto de la naturaleza.
Pero no es todo gracias a Natura: tu arte,
buen Shakespeare, tiene asimismo su parte.
Y aunque natura sea materia de poetas,
el arte da la forma y el que crea
obras con vida, cual son en verdad las tuyas,
suda y golpea fuerte el yunque de las musas
y se vuelve uno y lo mismo con lo que fragua.
De lo contrario, ya no hay laurel sino guasa,
pues un buen poeta se hace tanto como nace,
cual fue tu caso. Mirad cómo el rostro del padre
vive en el hijo, así la estirpe de la mente
y las formas de Shakespeare resplandece

en sus bien torneados y esculpidos versos,
donde, en todos y cada uno de ellos,
parece sacudir y blandir una lanza
frente a los ojos de la misma ignorancia.
¡Oh, dulce cisne de Avon! Qué visión sería
verte sobre las aguas volar todavía
y sobre el Támesis hacer aquellos vuelos
que tanto cautivaron a Isa y Jaime primero.
Quédate, puedo verte en la bóveda elevado,
una constelación formas ya en lo alto.
Ilumínanos, ¡oh, astro de los poetas!
y con furia o influjo anima o amonesta
la escena decaída que, desde tu partida,
pena como la noche y desespera el día.
Nos queda solo el calor que recibimos
con la luz que se guarda en este libro.

BEN JONSON



INTRODUCCIÓN

Cuando se habla de Shakespeare, lo primero que suele decirse, con la seguridad que procuran los lugares comunes de más honda raigambre, es que de su vida no se sabe casi nada y que su personalidad constituye uno de los enigmas más insondables de la historia de la literatura. Como siempre, el tópico esconde algo de verdad y, al mismo tiempo, simplifica un asunto bastante más complejo. Es cierto que de Shakespeare no se sabe mucho, de acuerdo con nuestra moderna concepción de la biografía, pero es indudable que, de todos los dramaturgos isabelinos, con la notable excepción de Ben Jonson, de quien más sabemos, con diferencia, es de William Shakespeare. De Christopher Marlowe, el gran rival del Bardo en sus inicios, *we know next to nothing* («no sabemos prácticamente nada»), como asegura su más reciente biógrafo, por no hablar de Thomas Kyd, John Webs ter o John Fletcher, sombras furtivas y temblorosas en el gran escenario de la época.^[1]

De este primer tópico se deriva el otro gran mito que persigue a Shakespeare: el proteico fantasma de la autoría de sus obras. Es realmente increíble que a estas alturas se siga especulando, desde las más altas hasta las más bajas instancias, con la propiedad intelectual del canon shakespeariano. Son bien conocidas las hipótesis que, a lo largo de mucho tiempo, han atribuido sus obras a Francis Bacon, el conde de Oxford, a la mismísima reina Isabel, a una asamblea de eruditos neoplatónicos o a Christopher Marlowe, el candidato que ha gozado de un favor más sólido y continuado. ¿Cómo se explica tan obsesiva y enfermiza insistencia en desautorizar al poeta de Stratford-upon-Avon? Para desestimar todas esas herejías, bastaría con apelar al oído y señalar las enormes diferencias prosódicas que separan, por ejemplo, el plúmbeo estilo de Bacon de la profunda levedad del verso shakespeariano o, en el caso de Marlowe, no solo las diferencias formales, sino también las divergencias conceptuales: las preocupaciones filosóficas y teológicas del autor de *Doctor Fausto* están evidentemente muy alejadas del temperamento y la sensibilidad de Shakespeare. Pero no hay modo, las dudas y las suspicacias se suceden y se actualizan en cada generación.

Como bien ha demostrado James Shapiro, la manía persecutoria se inicia a finales del siglo XVIII y se consolida a lo largo del XIX.^[2] Al parecer, fue un tal James Wilmot, un erudito oxoniense que vivía a unos pocos kilómetros de Stratford, quien, en 1785, empezó a buscar papeles, libros y enseres del poeta y, corroído por el fracaso y la impotencia, decidió que ahí había gato encerrado y, en un arrebatado de furia, atribuyó el corpus a Francis Bacon. La ecuación mental resulta muy elocuente y se ha repetido en todas y cada una de las atribuciones, hasta el punto de que podemos considerar a todos los conspiradores dignos herederos de Wilmot.

Hasta entonces, a nadie se le había pasado por la cabeza desacreditar a Shakespeare. No lo hizo, para muestra, ninguno de sus contemporáneos. El poema

que escribió Ben Jonson a modo de homenaje y que se estampó en las primeras páginas de la primera edición de su teatro completo —el llamado Primer Folio de 1623— deja bien claras tanto la autenticidad de la firma como la realidad de la persona que había tras ella: el dulce cisne de Avon, el alma de aquella era. Si hubiera habido la más mínima sospecha, el primer interesado en airearla habría sido el propio Ben Jonson, buen amigo de Shakespeare, pero muy receloso y envidioso del prodigioso talento de su colega.^[3]

Podríamos definir lo que le ocurrió a Wilmot —y con él a todos sus sucesores— como la «ansiedad del vacío biográfico». Como género, la biografía no se desarrolló hasta bien entrado el siglo XVIII, del cual acabó siendo algo así como un espejo. Para nuestra desgracia, en la época isabelina apenas se escribieron diarios, memorias o crónicas. Además, durante el Romanticismo se acuñó el concepto de «genio», normalmente asociado a una vida intensa, a ser posible rocambolesca, suculenta y pública, capaz de explicar la génesis de la obra literaria y acorde con la grandeza de esta. Byron sería el epítome de ello. Por el contrario, además de insoportablemente banales, los hechos conocidos de la vida de Shakespeare traslucían un olímpico desprecio por su posteridad y una escasísima conciencia de su genio: algo inadmisibles para los hijos del romanticismo que de algún modo somos todavía. Cuando en 1747 se descubrió su testamento —vulgar como todos—, la perplejidad dio paso a la indignación: ni una sola mención a su obra, tan solo dinero, propiedades y la famosa y desconcertante —aunque no tanto, según las costumbres de la época— «segunda mejor cama» para su esposa, Anne Hathaway.^[4]

Nuestro desconcierto se explica por la incapacidad de aceptar —o de restaurar— las categorías literarias, sociales, políticas y morales de la época, de las que nos separó la Ilustración, algo que también ha determinado el moderno juicio crítico sobre su literatura. Para empezar, en el siglo XVI, no se había instituido aún la figura del autor, tal y como ahora la entendemos y la vendemos. Las obras teatrales pertenecían a la compañía que las explotaba, y los impresores, si se hacían con una copia del manuscrito, podían publicar cualquier pieza, por defectuosa o mutilada que estuviera, sin temor a sanciones. Además, muchos dramas eran fruto de la colaboración a cuatro o a seis manos —en muchas obras de Shakespeare la filología trata de elucidar todavía dónde está su verdadera mano— y el auténtico prestigio literario se ganaba en la lírica y no en el teatro, considerado por los espíritus más sofisticados un simple entretenimiento para las masas.

A la luz de todo esto, es interesante notar cómo Ben Jonson, en el poema laudatorio antes mencionado y que se incluye en el frontispicio de esta edición, se esfuerza en subrayar, ya desde el título mismo, la condición de *autor* de William Shakespeare, y la dignidad que ello conlleva. Sin menoscabo de sus nobles propósitos, hay que decir que aquí Jonson está defendiendo su propia idea de autoría contra la convención de su tiempo, e incluso quién sabe si contra las propias convicciones de Shakespeare. Jonson fue el primero de los dramaturgos de su hora en

desarrollar una aguda conciencia de su propia relevancia literaria y, de hecho, recopiló en vida sus obras en un volumen en folio —en 1616, año de la muerte de Shakespeare—, algo absolutamente inusitado por aquel entonces. A pesar de que ahora parece un mero ejercicio de pompa y circunstancia, el poema de Jonson constituye un documento de extraordinaria trascendencia: nada menos que la primera valoración crítica del canon shakespeariano y la prueba más fehaciente de la legitimidad de su autoría.

La frustración por la vulgaridad, más que por la escasez, de los hechos de la vida de Shakespeare llevó a los cada vez más ansiosos biógrafos a tratar de encontrar algo de su vida en su obra. Fue en el Romanticismo cuando se generalizó la práctica de tratar de llenar las lagunas biográficas mediante el descifre de las presuntas alusiones encriptadas en los dramas y en los poemas. Wordsworth, por ejemplo, consideró que los *Sonetos* eran la llave con que el autor había abierto los secretos de su corazón. Y en realidad fue la llave que destapó la caja de Pandora de las más absurdas y fantasiosas interpretaciones: Shakespeare como gay en el armario, como bisexual, como criptocatólico, como amante de la reina. Lo cierto es que la crítica biográfica ha resultado a la postre muy insatisfactoria. Es verdad, probablemente, que se pueden deducir una serie de detalles biográficos de la lectura de los *Sonetos*, pero no se puede descartar que la voz que habla en ellos sea una invención más entre todas las prodigiosas impersonaciones a las que dio vida y que, por tanto, estemos haciendo el ridículo cada vez que tratamos de identificar a los personajes aludidos en los poemas. Sea como sea, lo cierto es que la profundización en la versatilidad y la riqueza apabullantes de la obra shakespeariana fue engordando esa «angustia del vacío biográfico» hasta extremos paranoicos. Llegó un momento —sobre todo a partir de la remilgada era victoriana— en que se decidió que una obra tan descomunal no podía haber sido escrita por un hombre de pueblo, que había abandonado el colegio en la adolescencia, sin título universitario y con una evidencia biográfica tan ordinaria. Quizá por eso la candidatura de Marlowe ha tenido tantos adeptos. Como hemos dicho, de él se sabe mucho menos, pero al menos hay indicios de que tuvo una vida más subversiva: probablemente fue espía doble —algo así como un Anthony Blunt de su tiempo, pero sustituyendo el comunismo por el catolicismo—, murió en extrañas circunstancias —le clavaron una daga en el ojo durante una reyerta tabernaria— y sobre todo —sobre todo— había estudiado en Cambridge. Más adelante abundaremos en ello, pero resulta hilarante esa arrogancia académica, como si no bastaran decenas de ejemplos parecidos o una somera idea de lo que es la creación literaria para acabar con semejante prejuicio.

Tanto desconcierto, tanta frustración y suspicacia derivó en una industria que todavía no ha cesado. No es de extrañar que muchos biógrafos de Shakespeare, desde el siglo XVIII hasta bien entrado el XX, hayan terminado como farsantes. Fue el caso de William-Henry Ireland, que llegó a producir un manuscrito apócrifo de *El rey Lear* a finales del siglo XVIII o, ya en el XIX, y de John Payne Collier, que empezó su

carrera como respetable erudito shakespeariano y terminó como delincuente, falsificando documentos y arruinado por la plaga de la ansiedad. Aunque quizá el caso más extremo sea el de Hulda y Charles Wallace, un matrimonio estadounidense que, en los albores del novecientos, se mudó a Londres con el firme propósito de encontrar pruebas de la vida de Shakespeare en la Oficina del Registro Público. La pareja peinó cientos de legajos y encontró algunas pruebas curiosas e iluminadoras, pero todas relativas a hechos menores: su intervención en un litigio entre un vendedor de pelucas y su yerno, y algún que otro título de propiedad. La meridiana banalidad de los hallazgos empezó a corroer la cordura de los Wallace, quienes finalmente regresaron a Estados Unidos convencidos de que eran víctimas de una conjura que les escatimaba información.

No queda más remedio, pues, que resignarse a los hechos que conocemos y aceptar que William Shakespeare, el poeta con el que nunca dejamos de indagarnos, fue alguien tan extraordinario y a la vez tan común como un ser humano.

Una interpretación un tanto forzada de su partida de nacimiento ha querido que William Shakespeare naciera un 23 de abril de 1564, en Stratford-upon-Avon, en el condado de Warwick, a unos ciento treinta kilómetros de Londres. Y lo primero que habría que resaltar en su biografía es que Shakespeare se sintió toda la vida muy ligado a su pueblo natal. A juzgar por los indicios que nos han llegado, parece que su relación con la capital, a pesar de haber sido larga e intensa, fue puramente comercial. Tan solo en sus años finales —y como simple inversión— adquirió una propiedad en Londres, donde siempre vivió de alquiler. En cambio, ya en 1597, cuando empezaba a ser bastante conocido y suponemos que bien remunerado, se compró una de las casas más grandes de Stratford, New Place, que todavía podríamos visitar si no fuera porque en 1759 su dueño, un atrabiliario párroco, decidió demolerla, harto del incordio de los turistas.

En 1564, Inglaterra se vio azotada por un brote de peste bubónica, cuyas recurrentes epidemias habían diezmando la población del país hasta dejarla en apenas cinco millones. Fue un verdadero milagro que Shakespeare lograra sobrevivir. William fue el tercero de los ocho hijos de Mary Arden y John Shakespeare. Mary era hija de una familia de acomodados granjeros, y John, de orígenes más inciertos, se dedicó a la fabricación de guantes y al curtido. Ocupó también varios cargos municipales, como el de catador de cerveza de la comuna y, en algún momento de su vida, fue procesado por usura. De los ocho hermanos, hubo cuatro mujeres, de las cuales solo una, Joan, llegó a la edad adulta. De los cuatro varones, solo sabemos que William fue el único que se casó y que los demás se llamaban Gilbert, Richard y Edmund, el benjamín, que también fue actor de teatro en Londres, pero del que nada más se sabe salvo que murió a los veintisiete años, en diciembre de 1607.

Shakespeare nació bajo el reinado de Isabel I Tudor, hija de Enrique VIII, la cual,

en 1564, tenía treinta años y hacía un lustro que había sido coronada. La era isabelina está ya para siempre asociada a Shakespeare y en general a la efervescencia que conoció Inglaterra tanto en la política como en las artes. Isabel, conocida como la reina virgen, nunca se casó y no dio a luz a ningún heredero, siendo su sucesor Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, hijo de la reina María de Escocia, a quien Isabel había mandado ejecutar por haber conspirado contra su vida. María, además, había sido una ferviente católica, e Isabel se había erigido en la pesadilla de los papistas, en especial de Felipe II. Más que una fanática protestante, la reina Isabel fue sobre todo una acérrima defensora de la independencia política de Inglaterra, algo que al final de su largo reinado había conseguido con creces, sobre todo después de la clamorosa humillación a la que había sometido a los españoles en 1588, con la derrota de su Armada Invencible.

Como decíamos, la era isabelina se recuerda sobre todo por la eclosión del Renacimiento. No solo el teatro, sino también la poesía, la música, la arquitectura, la pintura, las artes decorativas, la teología y la filosofía conocieron un esplendor inigualado. La propia reina Isabel era una verdadera intelectual melancólica —la melancolía fue el mal del siglo XVI—, autora ella misma de poemas, cartas y traducciones notables. Se cuenta que en una ocasión le soltó una andanada en latín a un embajador insolente, al que dejó estupefacto. Gracias a su corte y a sus personales gustos, la música, además de la literatura, vivió también un momento irrepetible en Inglaterra. En este sentido, la labor que hicieron músicos como Thomas Morley, William Byrd o John Dowland fue extraordinaria. Algunas de las canciones de este último, como «In Darkness Let me Dwell», capturan, del modo a la vez más primario y elevado, el espíritu de su tiempo. Dowland, por cierto, estaba, en 1601, año de composición de *Hamlet*, trabajando en Elsinore, en la corte del rey de Dinamarca. Quién sabe si fue amigo de Shakespeare, para quien indudablemente la música constituyó un arte paralelo imprescindible. En sus obras abundan las referencias y las metáforas musicales, así como las canciones, muchas de ellas musicadas en su época. De hecho, una parte de la fascinación que produce Shakespeare estriba en vislumbrar el espectro de la melodía que acompañó muchas de sus composiciones, como en las canciones de Ariel de *La tempestad*: la música se ha desvaído, pero late aún en la niebla de la métrica.

Aunque el archivo del colegio se ha perdido, es muy probable que Shakespeare se educara en el colegio local de Stratford, el King's New School, donde los niños de aquel tiempo aprendían casi exclusivamente retórica y literatura latinas, en la gramática de William Lyly, abuelo de John Lyly, uno de los dramaturgos coetáneos del Bardo. La afirmación de Ben Jonson, en el poema ya citado del Primer Folio, según la cual Shakespeare tuvo «poco latín y menos griego» no parece que fuera del todo justa, sobre todo en lo que respecta a su formación latina. Es posible que después del empacho infantil de figuras retóricas no mantuviera vivo su latín, pero es indiscutible que el modelo romano ejerció una profunda y evidente influencia en su

obra. En *Las alegres casadas de Windsor* hay, por cierto, una breve escena, forzosamente intercalada, en que un niño llamado William sufre los rigores de las declinaciones, una evidente parodia de sus propios años escolares.

Se ha especulado mucho con la formación intelectual, con el bagaje cultural de Shakespeare. Ya hemos visto cómo en el siglo XIX se concluyó que alguien con tan poca ilustración no podía haber engendrado una obra tan enorme. Y parece verdad que Shakespeare no fue en puridad un erudito, a la manera en que lo fueron otros contemporáneos como George Chapman, traductor de Homero, Ben Jonson, que si bien no estudió en la universidad se procuró una sólida cultura clásica, o Christopher Marlowe. En cambio, una lectura atenta a las influencias de su obra nos permite imaginar que el autor de *Hamlet* fue un lector voraz, con un olfato infalible para husmear las corrientes de su tiempo, capaz de transformar cualquier cita latina en un largo y reverberante monólogo, extraordinariamente intuitivo, virtuoso del plagio — una palabra que Ben Jonson incorporó al inglés en aquella época, no por casualidad —, dueño, en fin, de una prodigiosa alquimia —la memoria— con la que transformaba el poso de sus lecturas en una nueva materia.

Si bien no se ha podido encontrar ningún libro de su biblioteca personal, es posible hacerse una idea aproximada de sus principales lecturas. Entre los clásicos, predominaban los romanos muy por encima de los griegos, que en el siglo XVI todavía no habían escapado de las manos de los eruditos y se conocían, mayoritariamente, solo a través de sus versiones latinas. El primer autor que deslumbró al joven poeta y que le acompañó durante toda su vida fue, sin ningún género de dudas, Ovidio, especialmente el de las *Metamorfosis* y —para darle la razón a Jonson—, más que en el original, en la traducción que hizo Arthur Golding y que se publicó completa por primera vez en 1567. Shakespeare no solo se dejó deslumbrar por la mitología evocada por Ovidio, sino también por el envolvente fraseo en heptámetros yámbicos de Golding, como demuestra la lectura comparada de varios pasajes. En cuanto a la literatura dramática, quizá los primeros autores que oyó recitar en clase, o que incluso representó en montajes escolares, fueron los comediógrafos Terencio y Plauto, que por otra parte constituyen el sustrato sobre el que se levantó la comedia italiana del siglo XVI, que tanto influyó en el teatro isabelino. En el campo de la tragedia, el autor hegemónico fue Séneca, que durante el Renacimiento inglés actuó como mediador entre el drama sacro, heredero de las representaciones litúrgicas, y la tragedia secular, cuyas bases ayudó a sentar. La convención de dividir el drama en cinco actos es de indudable raíz senequista. Por último, el escritor clásico cuya huella es más visible en el canon shakespeariano es Plutarco, cuyas *Vidas paralelas* Shakespeare leyó en la traducción de sir Thomas North, publicada por primera vez en 1579, hecha, por cierto, a partir de una traducción francesa y no del original griego. La sombra del Plutarco de North se aprecia ya en obras tan tempranas como *Tito Andrónico* o *Sueño de noche de verano* y fue desde luego el mármol con el que esculpió tragedias como *Julio César*, *Antonio*

y *Cleopatra* o *Coriolano*.

Para completar el mapa de las lecturas básicas de Shakespeare a lo largo de su vida, habría que citar inevitablemente la Biblia, no tanto la llamada Versión Autorizada del rey Jacobo —publicada en 1611, demasiado tarde, por tanto, para que ejerciera un influjo real en el poeta—, cuanto la Biblia de Ginebra de 1599, en realidad una revisión del primer gran texto bíblico en inglés, debido a William Tyndale, responsable, junto a Shakespeare, del alumbramiento de la moderna lengua inglesa.

A los anaqueles de Shakespeare se les pueden añadir muchos títulos más, pero hay uno que ha ido cobrando mayor nitidez a lo largo del último siglo: los *Ensayos* de Montaigne, que se publicaron en inglés en 1603, según la versión de John Florio. Florio era amigo de Shakespeare y es muy posible que le diera a conocer la obra de Montaigne mucho antes de que se publicara; de hecho era bastante habitual en la época el tráfico constante de manuscritos. Sea como fuere, lo cierto es que la voz de Montaigne ayudó a moldear el pensamiento renacentista de Shakespeare. Uno de los pasatiempos favoritos de los eruditos shakespearianos consiste en tratar de detectar ecos de Montaigne en tal o cual pasaje, como en *Hamlet*, en cuyo trasluz parecen adivinarse las aguas de la «Apología de Ramón Sibiuda».

Sin que sepamos por qué, Shakespeare abandonó la escuela a los quince años. La época que antecede a su irrupción en la escena londinense, los años comprendidos entre 1585 y 1592, se conoce justamente como «los años perdidos», pues ahí nos movemos completamente a ciegas. Sabemos que antes, hacia 1582, se había casado precipitadamente con Anne Hathaway, una mujer ocho años mayor que él y a la que había dejado embarazada de su primera hija, Susanna, que nació en mayo de 1583. De ese matrimonio solo sabemos a ciencia cierta que tuvo dos hijos más, los gemelos Hamnet y Judith, nacidos en febrero de 1585. Hamnet —nombre sospechosamente parecido a Hamlet— moriría prematuramente a los once años. Desgraciadamente, la estirpe de Shakespeare se extinguió muy pronto, en 1670, con la muerte de la única nieta que llegó a la vejez, la hija de Susanna, Elizabeth Hall, quien murió sin descendencia. Para los biógrafos ansiosos, no solo esa interrupción infausta de la descendencia constituye una maldición, sino también la lentitud con que despertó el interés biográfico por Shakespeare. La pequeña, Judith, murió en 1662 y sobrevivió a sus tres hijos. Si John Aubrey, uno de los primeros en esbozar un perfil biográfico del poeta, se hubiera preocupado en ir a verla, en vez de escribir vaguedades, hoy sabríamos muchas cosas que se han desvanecido para siempre.^[5]

Sobre los años perdidos hay varias y pintorescas hipótesis. El citado Aubrey —y se trata de una creencia que ha ido tomando cada vez más cuerpo— asegura que en sus años mozos Shakespeare había sido maestro de escuela. Otros dicen que vivió en Escocia como católico recusante (otro de los enigmas más mareados de su biografía es su credo religioso, sobre todo desde que, aparentemente, se descubrió que su padre había muerto convertido al catolicismo). En realidad, podemos hacer las conjeturas

que queramos: quizá estuvo en Escocia o en Italia, aunque lo más sensato es que estuviera en Stratford cuidando de sus hijos y desahogándose por las noches en la taberna, mientras soñaba con triunfar en la escena y convertirse en uno de los actores de esas compañías que de niño había visto actuar de gira en su pueblo.

El Londres que conoció Shakespeare en los últimos años ochenta o principios de los noventa del siglo XVI era una ciudad terrible, peligrosa, sucia, ruidosa y fascinante. Se agrupaba en lo que hoy se conoce como la City, y uno de sus rasgos más ominosos era la frecuente exhibición de cabezas cortadas por orden judicial, festoneadas de cuervos. En Inglaterra no había té aún y la gente bebía cantidades ingentes de cerveza: un galón —ocho pintas— era la habitual dosis diaria, costumbre que muchos ingleses mantienen hoy día.

Shakespeare, de todos modos, se pasó buena parte de su vida en las afueras de la ciudad, en los descampados donde se levantaban los teatros de la época, el Red Lion, el más antiguo, el Theatre de James Burbage (padre de Richard, compañero de Shakespeare y uno de los que primero encarnó a sus grandes personajes), el Curtain o el Fortune de Philip Henslowe, un empresario teatral gracias a cuyo diario (en realidad un libro de cuentas con comentarios) conocemos hoy muchos detalles valiosos sobre el oficio. Otros teatros importantes fueron los situados en la orilla izquierda del Támesis: el Rose, el Swan y, sobre todo, el Globe, el escenario por antonomasia de Shakespeare, quien en numerosas ocasiones evoca en sus obras esas salas, como cuando el coro de *Enrique V* habla de «esta O de madera», pues a menudo eran de planta octogonal y daban la impresión de ser edificios circulares. Si tenemos una vaga idea de cómo eran esos teatros es gracias a Johannes de Witt, un turista holandés que en 1596 dibujó un esbozo del Swan: cielo abierto, espacio efectivamente circular, escenario rectangular y flanqueado a los tres lados por el público, dos puertas al fondo de la escena, entre las que solía haber una cortina (donde tal vez Hamlet apuñaló por primera vez a Polonio) y una galería por encima del escenario que no se sabe con certeza si albergaba a público distinguido o se utilizaba para necesidades de la obra, como la aparición del espectro en *Hamlet* o la escena del balcón en *Romeo y Julieta*. El público que atendía esas obras de teatro también acostumbraba a asistir a otro de los espectáculos más populares de su tiempo: el suplicio del oso o del toro, que consistía en situar en medio de un escenario al animal atado con cadenas y arrojarle perros rabiosos para ver cómo se defendía. Lejos de ser tan solo un entretenimiento para la plebe era considerado un deporte refinado, al que asistía la propia reina Isabel, a menudo acompañada de legaciones diplomáticas. Hay en las obras de Shakespeare numerosas referencias a ese espectáculo.

Ya hemos apuntado al principio que William Shakespeare fue, antes que autor, un verdadero hombre de teatro (Jonson, como veremos, no sería el primero en jugar con su apellido y llamarle *shakestage*, literalmente sacude-escenas). De hecho, además de actor y guionista —suena mal, pero esa era entonces la categoría del dramaturgo—,

hizo las veces de director y productor. A partir de 1595 —cuando aparece la primera referencia— y hasta su presunto retiro en 1613, estuvo asociado a una compañía, Lord Chamberlain's Men, que, con el ascenso de Jacobo I, se convertiría en The King's Men, sin duda una de las más prestigiosas ypreciadas de la época, que además contribuyó decididamente al ennoblecimiento de la profesión, hasta entonces considerada una ocupación de maleantes. Su hombre fuerte fue Richard Burbage, quien, aunque cueste creerlo, tuvo el privilegio de encarnar por primera vez a Hamlet, Otelo y Lear. También fueron importantes en la compañía los cómicos, especialmente Will Kemp y Robert Armin, que dio vida por primera vez al bufón de *El rey Lear*. No había aún actrices y los personajes femeninos eran interpretados siempre por chicos jóvenes, los llamados «boy actors».

En tanto que intérprete, hoy diríamos que Shakespeare era un actor de reparto, pues, de acuerdo con las noticias que nos han llegado, se reservó siempre los papeles menores de sus propias obras. Sabemos con seguridad que encarnó al fantasma del rey en *Hamlet* y al personaje del viejo Adán en *Como les guste*. Y la leyenda quiere que también interpretara al coro al principio de *Enrique V*, hipótesis irresistible donde las haya.

Gracias a un panfleto que escribió el dramaturgo Robert Greene hacia 1593, sabemos que a la altura de esos años William Shakespeare era ya un nombre conocido y polémico en el mundo del teatro. Greene era dramaturgo y formó parte de los llamados University Wits, un grupo de sofisticados dramaturgos universitarios, perdidamente *oxbridge*, entre los que también se contaban John Lyly, George Peele o Thomas Nashe. Greene fue un precursor de los que considerarían inadmisibile que un asilvestrado provinciano fuera capaz de escribir lo que escribió y se sintió ultrajado, como si aquel chico hubiera aparecido para quitarles el pan de la boca. Aunque no se sabe qué motivó el encono de Greene —probablemente tan solo la envidia—, lo cierto es que en el panfleto aludió veladamente a él en los siguientes términos: «No os confiéis: hay un Cuervo advenedizo, ornado con nuestras plumas, que, con su corazón de Tigre bajo la piel de actor, se cree tan capaz de esbozar verso blanco como el mejor y siendo un perfecto *Johannes fac totum*, su arrogancia le convierte en el único sacude-escenas [*shake-scene*] de un país». La prueba de que se refería a Shakespeare, aparte del juego de palabras con su apellido, es que la frase «corazón de Tigre bajo la piel de actor» es una burla de unos versos de *Enrique VI, tercera parte*, una de sus obras más tempranas.

La datación de las obras de Shakespeare es problemática. Hay un consenso generalizado según el cual las primeras obras son comedias románticas, como *Los dos caballeros de Verona*, *La comedia de los errores* o *La doma de la fiera*, o bien los primeros dramas históricos, como las tres partes de *Enrique VI* o *Ricardo III*. Cuando Shakespeare llegó a Londres, la joven revelación del momento era a todas luces Christopher Marlowe, un brillante, lenguaraz, impertinente y descreído poeta que muy probablemente debió de ejercer una profunda fascinación, a la vez personal y

literaria, en el recién llegado. Podemos por tanto imaginar a Shakespeare tratando de afinar su propia voz bajo el encanto de Marlowe, a quien sin duda imitó en sus primeros dramas históricos, sobre todo en *Ricardo II*, escrito con la falsilla del *Eduardo II* marloviano. El primer poema narrativo de Shakespeare, *Venus y Adonis*, está escrito también como emulación del inacabado *Hero y Leandro* de Marlowe, que si bien se publicó más tarde que *Venus*, en 1598 y finalizado por George Chapman, es muy probable que hubiera circulado ya en manuscrito. De acuerdo con todo esto, podemos aventurar la teoría de que la única puerta que encontró Shakespeare para escapar de la arrolladora sombra de Kit Marlowe fue la comedia, un género que este no había ensayado y al que su propio talento se plegaba de un modo más natural.

Un año antes de que Marlowe muriera en la reyerta de Deptford, en 1593, se decretó el cierre temporal de los teatros por uno de los periódicos brotes de peste. Shakespeare, que ya empezaba a saborear sus primeros triunfos, aprovechó el paréntesis para dedicarse a la lírica y empezó a escribir los *Sonetos*, que no terminaría hasta 1603 y que no se publicarían hasta 1609, probablemente sin su consentimiento y con el añadido de otro poema largo: «Lamento de una amante». El soneto había sido popularizado en Inglaterra por sir Philip Sidney en su *Astrophil y Stella*, que se había publicado en 1591, aunque la forma poética se había incorporado a la literatura inglesa mucho antes, en tiempos de Enrique VIII, gracias a Thomas Wyatt, un poeta que hizo memorables versiones de Petrarca. Además de los sonetos, Shakespeare emprendió la redacción de su primer poema narrativo, *Venus y Adonis*, su mayor éxito editorial —llegó a ver diez reimpressiones—, basado en las *Metamorfosis* de Ovidio y publicado por Richard Field, oriundo también de Stratford. El éxito de *Venus* le animó a escribir una continuación, *La violación de Lucrecia*, inspirada en los *Fasti* ovidianos, aunque ya no obtuvo el favor comercial del primero.

Los dos poemas están fervorosamente dedicados a un aristócrata que al parecer el poeta quería convertir en su patrón. Se trataba de Henry Wriothesley, conde Southampton y barón de Titchfield, un joven bello y afeminado, ahijado de lord Burghley, primer ministro de la reina y amigo del conde de Essex (uno de los personajes más notorios de la época, protagonista de una conjura contra la monarca que le costaría el cuello). Si bien Southampton es el candidato más votado en los últimos sesenta años para ser el joven al que se dirige el poeta en los *Sonetos*, no se sabe nada de su relación ni hay pruebas de que, como aseguran algunos biógrafos, hubieran mantenido una relación íntima. A. L. Rowse, uno de los más conspicuos —y arrogantes— eruditos shakespearianos del siglo xx, estaba convencido de que no hubo intimidad real entre ambos. Para él, Southampton se había enamorado de Shakespeare quien, siendo un heterosexual convencido, le había consolado y aconsejado con esa serie de sonetos privados. En cualquier caso, la relación entre aristócratas y plebeyos no era en aquel siglo tan cercana y fácil como la imaginación novelística y cinematográfica ha supuesto, algo que explicaría la embarazosa zalamería de las dedicatorias que Shakespeare escribió a Southampton.

En los últimos años del siglo XVI, la vida y la obra de Shakespeare fue adquiriendo una progresiva y trabajosa madurez. Hemos visto cómo se zafó de la influencia de Marlowe, también que posiblemente consiguió la protección de un aristócrata, y sabemos que su actividad teatral siguió siendo continuada y febril hasta el final de la centuria. En 1598, un tal Francis Meres publicó un *common-place book*, un libro de citas, muy del gusto de la época, que no hubiera tenido ninguna importancia si no fuera porque incluía un breve listado de algunas obras que Shakespeare había publicado hasta entonces. Meres citaba, entre las comedias, *Los dos caballeros de Verona*, *La comedia de los errores*, *Trabajos de amor en vano*, *Trabajos de amor ganados*, *Sueño de noche de verano* y *El mercader de Venecia*. Entre las tragedias hablaba de *Ricardo II*, *Ricardo III*, *Enrique IV*, *El rey Juan*, *Tito Andrónico* y *Romeo y Julieta*. Desde que se descubrió, el catálogo de Meres ha servido para datar muchas obras y jugar con algunos supuestos, como por ejemplo la identidad de esa misteriosa comedia, *Trabajos de amor ganados*, probablemente extraviada. Pero sobre todo nos sirve para ir perfilando la geografía de su imaginación. Mientras se acercaba el fin de siglo e Inglaterra contemplaba el lento crepúsculo de la era isabelina, Shakespeare se había consolidado como un brillante comediógrafo y un esforzado autor de tragedias, aunque todavía no había alcanzado su plena madurez en el género. Había escrito, eso sí, su drama histórico más perfecto: *Enrique IV*, donde sobresalía sir John Falstaff, una de sus criaturas más maravillosas, para algunos un precursor de Hamlet, como el mismo príncipe Hal. Falstaff supone de algún modo la culminación de su talento cómico a la vez que la preparación para la década de las grandes tragedias, cuyo tono ensayó prometedoramente en *Romeo y Julieta*.

Uno de los rasgos de la personalidad de Shakespeare que más incomodaban a los románticos era su descarada tendencia al aburguesamiento, esa aparente sumisión a las convenciones de su tiempo y su presunta condición de arribista, violentamente opuesta a la ética romántica. En 1596, por ejemplo, consiguió para su apellido un escudo de armas, bajo el lema «Non Sans Droicz», veleidad de la que ya Ben Jonson se burló en su obra *Every Man Out of His Humor*, a uno de cuyos personajes se le concede también un blasón donde aparece una cabeza de jabalí con la leyenda «No sin mostaza». Un año más tarde, como se ha indicado al principio, Shakespeare se compró la casa más grande de Stratford, New House, consumando así su lento ascenso hacia el tratamiento de *gentleman*.

Quizá el período más importante de la vida y la obra de Shakespeare sea el de la transición entre los siglos XVI y XVII, donde su obra experimenta también una convulsión que determinará el tono y la evolución de su obra madura y tardía. Para empezar, el cambio de siglo supuso la consolidación de un nuevo teatro, el Globe. El propietario del solar donde se erigía el Theatre se negó a renovar contrato y los Chamberlain's Men decidieron desmontar el edificio pieza por pieza y volver a levantarlo en otro espacio, al otro lado del Támesis. Así, hacia 1599, nació el Globe,

el teatro que gestaría en sus entrañas uno de los momentos estelares del arte de todos los tiempos y que también propiciaría, por cierto, el fin del mismo, pues fue durante una representación de *Enrique VIII*, en 1613, una de las dos obras últimas que Shakespeare escribió en colaboración con John Fletcher, cuando, tras un cañonazo, la estructura de madera se incendió y el teatro se convirtió en ceniza. Aunque se reconstruyó en 1614, Shakespeare y sus colegas debieron de vivir el accidente como una metáfora del fin de una época.

En torno a 1600 y 1601, Shakespeare escribió y estrenó *Hamlet*, su primera gran tragedia, una obra en la que indagó con especial fervor en una de sus obsesiones: la relación entre padres e hijos. Su hijo Hamnet había muerto en 1596, y su padre, John Shakespeare, en 1601. A partir de la tragedia del príncipe de Dinamarca, hay sin duda un cambio de tono en su obra, un lento proceso de apropiación de un nuevo género a la vez que la despedida de otro: la comedia ligera y sentimental. El tránsito supone asimismo la formulación de un nuevo lenguaje poético, cada vez más hondo, matizado, ambiguo, elíptico y polisémico. Contemporáneo de esa gran tragedia es el portentoso poema *El tórtolo y fénix*, publicado en 1601 como complemento a *Love's Martyr* de Robert Chester, junto a otras colaboraciones de Ben Jonson o George Chapman. Es un poema breve e incomprensiblemente no suele citarse entre sus obras más destacadas, quizá debido a su hermetismo y a su naturaleza aparentemente excéntrica dentro del canon, pero lo cierto es que es una de sus máximas creaciones, un preludio de la poesía metafísica de John Donne o George Herbert. Su lectura nos sirve para comprobar en qué punto de visionario virtuosismo estaba el estilo de Shakespeare en los albores del siglo XVII. Entre *Hamlet* y *Fénix* parece vislumbrarse entre brumas el paisaje de su obra madura, ese bosque de símbolos, alegorías y tragedias que forman, como un único poema sin fin, *Otelo*, *El rey Lear*, *Macbeth*, *Antonio y Cleopatra*, *Cuento de invierno* o *La tempestad*.

Después de *Hamlet* llegaron, además de las grandes tragedias, las llamadas comedias problemáticas, como *Bien está todo lo que bien acaba* o *Medida por medida*, algo sombrías y alejadas ya de la alegría de sus primeros años de carrera. Sus últimas obras, denominadas «romances» a falta de un nombre propio para el género híbrido que inventó, entreverado de comedia, tragedia y alegoría, destilan una complejidad y una, digamos, luminosa oscuridad que ha llevado a algunos críticos a especular con la posibilidad de que Shakespeare hubiera sido un seguidor de la estética hermética del neoplatonismo renacentista.

Los hechos de su vida durante el período de composición del último tramo de su obra son escasos. En 1607 su hija Susanna se casó con John Hall, un médico de Stratford. Aquel mismo año murió su hermano pequeño, el también actor Edmund. Al año siguiente murió su madre y nació su nieta Elizabeth, según hemos visto la última de sus descendientes. En 1603 había muerto la reina Isabel y había subido al trono Jacobo I, que resultó ser un monarca muy propicio para Shakespeare, culto y amante de las artes e impulsor de la nueva Biblia inglesa. Fue también muy partidario del

teatro y concedió a los Chamberlain's Men la patente real, convirtiéndolos en los King's Men, la compañía con la que Shakespeare estrenaría muchas de sus obras maestras y que en 1608 alquiló el teatro de Blackfriars, techado y seguramente más parecido a las salas modernas. Allí cerca, en 1613, Shakespeare compró la única casa que tuvo en Londres, posiblemente, como se decía al principio, como inversión.

La última obra que Shakespeare escribió en solitario fue *La tempestad*, que tiene cierto aire de síntesis, sublimación y despedida de su arte, por mucho que algunos críticos actuales digan que el poeta no pensaba retirarse. Resulta difícil de creer. Es verdad que el Bardo escribiría aún dos obras en colaboración con John Fletcher, un dramaturgo más joven: *Enrique VIII* y *Dos nobles de la misma sangre*; pero se puede considerar que el canon termina con *La tempestad*. Es realmente muy difícil resistirse a interpretar el último monólogo de Próspero, cuando se dirige al público, se despoja de su arte y pide un aplauso liberador, como el adiós del propio Shakespeare a su magia.

Aparte de la colaboración con Fletcher y el incendio del Globe, de los últimos años de vida de William Shakespeare solo sabemos que aparentemente dejó de escribir y que en el momento de su muerte estaba en Stratford, adonde presumimos que se retiró. Murió en 1616, el mismo día de su nacimiento, el 23 de abril, festividad de San Jorge, patrón de Inglaterra. Según una anotación del diario de John Ward, vicario de la iglesia de la Sagrada Trinidad de Stratford, donde el poeta está enterrado, Shakespeare habría muerto de unas fiebres tifoideas contraídas durante una jugua con los poetas Ben Jonson y Michael Drayton. Es verdad que esa entrada de diario fue escrita cincuenta años después de la muerte del Bardo, así que tiene un valor histórico muy relativo, pero al mismo tiempo nos consuela, aunque sea nada más que un instante, de la inevitable ansiedad biográfica.

El acontecimiento más importante acaecido en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Shakespeare fue sin duda la publicación de su teatro completo en el llamado Primer Folio. Fue en 1623, y la edición estuvo al cuidado de los actores John Heminges y Henry Condell, compañeros de Shakespeare desde los tiempos de la Chamberlain's Men y probablemente amigos íntimos.

Nunca les agradeceremos lo suficiente a Heminges y Condell que se tomaran el trabajo de reunir la obra dispersa y pirateada de Shakespeare y trataran de publicarla dignamente. En vida del poeta se habían editado muchas de sus obras en un formato barato, los llamados Cuartos, a veces con el consentimiento de la compañía y otras de manera furtiva y de la mano, muy a menudo, de impresores sin escrúpulos que lanzaban al mercado versiones defectuosas, mutiladas y adulteradas, los llamados «malos cuartos», para diferenciarlos de los «buenos cuartos», impresos en ocasiones por orden de la compañía —que, como hemos visto, ostentaba los derechos de las obras—, para desmentir las versiones divulgadas por los cuartos fraudulentos.

Algunas de esas ediciones se vendieron muy bien y con frecuencia las diferencias que median entre el texto de los diversos cuartos y el texto del Primer Folio son muy difíciles de salvar y desde entonces han llevado de cabeza a muchos editores, como en el caso, por ejemplo, de *El rey Lear*, cuya fijación resulta enormemente problemática.

De las treinta y ocho obras que conforman el canon shakespeariano, nada menos que dieciocho se imprimieron por primera vez en el Primer Folio.^[6] Sin la labor de Heminges y Condell no tendríamos hoy piezas como *Macbeth*, *La tempestad*, *Antonio y Cleopatra*, *El cuento de invierno* o *Cimbelino*. Poco importa que no fueran editores profesionales y dejaran cientos de problemas por resolver y otros tantos irresolubles: su trabajo —que se presume arduo, pues supuso la localización de manuscritos y el cotejo de distintas versiones— es suficiente para que merezcan nuestra devoción perpetua.

El prestigio de Shakespeare, curiosamente, se fue apagando a lo largo del siglo XVII, quizá debido a la decadencia que sufrió el teatro, inducida sobre todo por los ataques de los cada vez más poderosos puritanos, que lo consideraban un entretenimiento pecaminoso y corruptor. El 29 de septiembre de 1662, por ejemplo, Samuel Pepys anotó elocuentemente en su diario: «Después de cenar asistimos al teatro del Rey, donde daban *Sueño de noche de verano*. No la había visto y no la volveré a ver jamás. Es la pieza más insípida y ridícula que existe».^[7] La moderna trascendencia de Shakespeare tardó todavía mucho tiempo en establecerse.

La historia de la construcción crítica de Shakespeare empieza en el siglo XVIII. Se suele considerar la edición de 1709 de Nicholas Rowe la primera gran contribución a la fijación y la interpretación del corpus shakespeariano. Rowe marcó el camino que seguirían otros eruditos como Edmond Malone o Alexander Pope, que hizo una edición de la obra completa en 1725, luego muy discutida y enmendada. Quien sin duda establece los criterios modernos de Shakespeare, tanto filológicos como críticos, es el doctor Samuel Johnson, en su edición de 1765. El prefacio —y las notas— de ese trabajo constituyó la primera y más ambiciosa tarea hermenéutica en torno al autor de *Hamlet*. Muchos de los juicios de Johnson han sido luego matizados o aun rebatidos, pero su lectura dictó el gusto del siglo XVIII y su edición preparó el ingreso del Bardo en la modernidad, es decir, en el romanticismo.

El juicio de Johnson, extraordinariamente lúcido, no supone todavía —no podría serlo en ningún caso, viniendo de donde venía— una consagración incondicional. Además de admitir la grandeza del autor, no se priva de señalar los muchos defectos que a su entender tiene Shakespeare como dramaturgo. El romanticismo, en cambio, inauguraría la bardolatría y, a partir de entonces, ya serían contadas las excepciones entre los críticos que se atreverían a relativizar la importancia del poeta.

Se puede trazar una gruesa línea crítica que va desde Coleridge, pasando por Charles Lamb y William Hazlitt, y que desemboca en la lectura victoriana de Swinburne, a su vez puerta de entrada a la efervescencia exegética suscitada por

Shakespeare a lo largo de todo el siglo xx, en cuya estela todavía bogamos.

Resulta ciertamente muy difícil tratar de sintetizar la importancia de Shakespeare. Para empezar, hay que decir que contribuyó como ningún otro escritor a la consolidación del inglés como lengua moderna. Como dijo T. S. Eliot, hizo el trabajo de dos poetas, pues a un tiempo simplificó y complicó el idioma, una buena parte de cuyo léxico fue inventado por él. En su teatro conviven armónicamente el estilo elevado y el demótico. En este sentido, hizo lo mismo que Dante por el italiano, es decir, moldear un habla y construirle una casa en la que pudiera habitar. En época de Shakespeare, el inglés estaba todavía en una fase amorfa, no había criterios ortográficos —su propio nombre se escribía de las maneras más variadas y absurdas, y faltaba mucho para que Samuel Johnson pusiera orden con el primer Diccionario—, ni por supuesto gramaticales o sintácticos. La *koiné* cultural era aún el latín, lengua en la que se escribía la teología y la filosofía. Con su prodigiosa intuición, Shakespeare operó en una tierra prácticamente virgen. Y con el eco de Grecia y Roma y la ayuda de algunos predecesores, creó un mundo nuevo.

Los principales antecesores de Shakespeare en su tarea son, por un lado, el medieval Chaucer y, por otro, Edmund Spenser, el poeta isabelino, autor de *La reina de las hadas*, el poema épico de su tiempo. A ellos habría que añadir sin duda el ejemplo de Christopher Marlowe que, según hemos visto, probablemente deslumbró al joven poeta a su llegada a Londres a finales de los años ochenta del siglo xvi. Marlowe creó la moderna tragedia inglesa en obras como *Tamerlán*, *El judío de Malta*, *Doctor Fausto* o *Eduardo II* y elevó el verso blanco a la categoría dramática que aún no tenía. El *blank verse* —verso contado pero no rimado—, el principal instrumento de Shakespeare (aunque no el único, pues a menudo, y no solo en la poesía, utilizó la rima y otros metros), no fue un invento de Marlowe ni de Shakespeare sino de Henry Howard, conde de Surrey, en su traducción parcial de la *Eneida*, publicada en 1554, de tal modo que la herramienta principal del Bardo se forjó según un modelo latino, como tantos otros elementos de su estética.

Tampoco la tragedia inglesa fue una ocurrencia de Marlowe. La historia del teatro inglés hunde sus raíces en la noche medieval, concretamente en la liturgia de la Iglesia, de la que se derivó el drama religioso, especialmente en los llamados milagros y en las moralidades, piezas edificantes y alegóricas sobre asuntos como el amor divino, la muerte o la resurrección. Tras ello, el drama, tanto en la comedia como en la tragedia, sufre un lento proceso de secularización bajo la disciplina clásica, con traducciones e imitaciones de autores latinos, principalmente, como Terencio, Plauto y, sobre todo, Séneca. El modelo senequista provocó una doble alteración: por un lado permitió el tratamiento de motivos seculares a la manera del viejo drama sacro y por otro propició la aparición de un teatro que aunaba a un tiempo lo artístico y lo popular. Y es precisamente ahí donde llega Shakespeare para

llevar el género a su apoteosis y, con ello, a su extinción.

Cada generación tiene su propia lectura crítica de los clásicos en general y de Shakespeare en particular. Nosotros, en buena medida, todavía hablamos críticamente el lenguaje de los románticos, es decir, nuestra consideración de Shakespeare es aún deudora del método y del sistema de ideas con que el romanticismo revistió a Shakespeare para convertirlo en un espejo de ellos mismos y en un ejemplo de la literatura que trataban de llevar a cabo. No es casual que el crítico shakespeariano por excelencia de la segunda mitad del siglo xx, Harold Bloom, haya sido también el mejor intérprete del romanticismo. Su entronización de Shakespeare como centro del canon es de cuño netamente romántico.

Del otro lado, a principios del siglo xx, surgió una crítica que reaccionó contra esos postulados, una corriente que creía necesario restaurar el horizonte moral en que se había gestado la obra de Shakespeare para comprenderla cabalmente. Si los románticos, por así decirlo, habían arrancado a los personajes del argumento —si habían segregado el carácter de la acción— y se habían apropiado de los monólogos shakespearianos como precursores de su propia idea del monólogo dramático y de su particular concepción poética, sin tener en cuenta el código moral, social y político con que esas obras se habían construido y que el público de su tiempo compartía y entendía, estos otros críticos, como E. E. Stoll, en cambio, pedían una restitución de esas categorías y una reinserción de los personajes en su mundo: entender a Falstaff de acuerdo con el sentido de honor de la época, reconocer que Hamlet sabe que está infringiendo la ley o que Yago es muy consciente de su malignidad y de la transgresión que está cometiendo. Desde entonces, toda la crítica shakespeariana se ha movido entre esos dos polos aparentemente irreconciliables. ¿Con cuál quedarnos? Es verdad que la lectura romántica es excesiva, partidista y excesivamente psicológica, pero no es menos cierto que la tentativa de restauración del horizonte moral es muy difícil y problemática, si no imposible. Sin duda es factible averiguar algunos de los presupuestos morales de los isabelinos y arrojar así otra luz en los personajes y las tramas shakespearianas, pero al mismo tiempo nos topamos con el problema de que una buena parte del trasfondo intelectual, espiritual, filosófico, ético y moral —pensemos sobre todo en los llamados «romances»— se ha perdido para siempre y no podemos sino conjeturarlo. Por otro lado, todo ejercicio crítico tiene siempre algo de subversión, de traición al alma original de la obra. La historia de la transmisión literaria es una cadena de lecturas aviesas, interesadas, amoldadas al propio tiempo, que denuncian precisamente la naturaleza proteica del clásico, de lectura infinita. El camino opuesto, el del estricto respeto al aura prístina de la obra, es el de la filología, enormemente necesaria y loable, pero que, sin el complemento de la interpretación, conduce al silencio y la esterilidad. Habría que preguntarse si no es lo que ha ocurrido en España, por ejemplo, con Cervantes, cuya obra no ha suscitado entre nosotros el corpus hermenéutico que soporta ya Shakespeare, sino tan solo una retahíla de ediciones críticas, todas admirables, eso sí.

Y ya puestos en tesitura romántica, habría que aludir, para terminar, a la gran cuestión que late en toda la obra de Shakespeare. Se ha dicho desde diversos frentes que la modernidad del Bardo radica en que acierta a formular una visión del mundo desacralizado, que Hamlet, por ejemplo, escenifica en sí mismo la irrupción de la conciencia del Renacimiento, una idea ciertamente saturada de romanticismo. Quizá lo que ocurre —y por eso su lectura es eterna— es que más que un mundo desacralizado, lo que Shakespeare convoca en su obra es algo así como un oxímoron espiritual, una imposible conciliación entre el viejo mundo de la religión, la superstición y el teocentrismo y el nuevo mundo del humanismo, la razón y la trascendencia secular. Hamlet, pues, no sería tanto un embajador del Renacimiento cuanto una conciencia escindida entre dos universos, aquel de su padre que se aleja y el nuevo de su hora que apenas acierta a entender y por el que sin embargo muere: lo mismo que nos ocurre a todo nosotros ahora, en este comienzo del siglo XXI.

ANDREU JAUME

LOS DRAMAS HISTÓRICOS DE SHAKESPEARE

Con la excepción de *Enrique VIII*, que en realidad puede considerarse un romance tardío, todos los dramas históricos de Shakespeare pertenecen al primer período de su obra, a esa última década del reinado isabelino en la que el dramaturgo se formó y avanzó esforzadamente hacia la cúspide trágica que alcanzaría a principios del seiscientos. Como en el caso de las comedias, escritas y representadas por aquellos mismos años, estas piezas, entre las que se cuentan algunas de las más persistentemente populares de su producción, le sirvieron como ejercicio para medirse con sus propios límites, enfrentarse a sus influencias y alumbrar al fin lo que hoy reconocemos a primera vista como su enigmática universalidad.

Como hizo siempre con todos los géneros, Shakespeare, al probar suerte con el histórico, se encabalgó a una moda de su tiempo para terminar construyendo algo que ya no tendría nada que ver con sus antecedentes ni con las circunstancias políticas que habían propiciado entre sus contemporáneos el cultivo de esa subespecie teatral. Fue la necesidad de dotarse de una épica propia, frecuente en el despuntar de las naciones, lo que animó, en la corte de Enrique VIII y después en la de Isabel I, a la compilación de crónicas de hechos, de entre las cuales Shakespeare utilizaría sobre todo la de Raphael Holinshed, *Crónicas de Inglaterra, Escocia e Irlanda* (1587) y, en menor medida, otra más temprana, *La unión de las dos nobles e ilustres familias de Lancaster y York* (1542), de Edward Hall. A ese empeño por instituir un relato nacional, contribuyó decididamente la inesperada derrota de la Armada española en 1588, que despertó en la isla una oleada de patriotismo y un culto cuasi religioso a la reina Virgen cuya consecuencia más visible fue la incorporación al teatro de asuntos relativos a la historia medieval de Inglaterra, en concreto los turbulentos orígenes de la dinastía Tudor.

El drama histórico anterior a Shakespeare, lo mismo que la tragedia, se creó con un molde senequista para luego emanciparse poco a poco del patrón clásico y constituir una versión libre y popular de la reciente historia inglesa. Resabios de uno y otro modelo pueden apreciarse en las piezas más juveniles, como *Enrique VI*, *Ricardo III* o *El rey Juan*, aunque sin duda la sombra que más intensamente le posee en esos primeros e irregulares experimentos —y de la que más trabajo le costará deshacerse— es la de Christopher Marlowe, el poeta rival cuyo éxito y magnetismo debió de excitar la ambición de Shakespeare en sus primeros tiempos.

Si en la comedia Shakespeare demostró muy pronto un talento genuino con el que se desenvolvió cómodamente en las afueras del resplandor marloviano, en el drama histórico lidió en particular con dos obras de Marlowe: *Eduardo II* y *El juicio de Malta*, cuyos vigorosos personajes, lo mismo que su elevado estilo, rondan los titubeantes primeros pasos del Bardo como una voz traducida. Sin duda las piezas más esquemáticas y precarias de esa primera producción son las tres partes de *Enrique VI*, que, junto a *Ricardo III*, conforman en rigor el ciclo de la Guerra de las

Dos Rosas. Según algunos críticos, la primera parte de esa trilogía inicial —sin duda la más floja— fue escrita al calor del éxito obtenido por la segunda y la tercera, que al parecer componían un díptico y donde solo muy de vez en cuando saltan destellos de lo que luego será el genio del autor.

Con respecto a la variedad de asuntos y emociones humanos que Shakespeare trata en las comedias y en las tragedias, se podría decir que hay una cuestión que, si bien se indaga en los otros géneros, aquí se problematiza con especial intensidad: el poder. En el cuerpo que conforman estas obras, Shakespeare practica una vivisección de las relaciones entre el Estado y la ciudadanía y entre el representante de la soberanía consigo mismo. En un ejercicio de introspección que matizará con los años, Shakespeare consigue definir la inherente dualidad del gobernante como figura política y como simple mortal.

Esa aventura arranca con pulso más sostenido en *Ricardo III*, una de las obras que más ha gozado del favor del público desde que se estrenó y que sin embargo es todavía algo desequilibrada en su estructura, muy desigual en cuanto al dibujo de los personajes y notablemente desafinada en su estilo. Ocurre, de todos modos, que Shakespeare acertó a moldear uno de sus primeros, grandes —más grandes que la obra en la que habitan— y memorables personajes, el propio Ricardo, por mucho que lo concibiera cegado aún por Marlowe y su Barrabás, el protagonista de *El judío de Malta*. Aunque hay algo caricaturesco en la vileza del rey deforme, un exceso que denuncia la copia del modelo maquiavélico, el éxito popular de la obra, entonces como ahora, estriba primordialmente en la intimidad que Shakespeare es capaz de establecer entre el personaje y su público, una simpatía inducida por esa ilusión de confianza que destilan los largos y resonantes monólogos del jorobado.

A pesar de ser la única que no pertenece de algún modo a la saga de las Rosas y de tratar hechos mucho más antiguos, *El rey Juan* comparte con las demás una subliminal intención de ensalzar los valores del reinado de Isabel I. Cuando el público inglés escuchaba al hermano de Ricardo Corazón de León defender la independencia de Inglaterra frente a Roma, sentía que se estaba reivindicando el cisma de Enrique VIII, refrendado por su sucesora. Además de ello, *El rey Juan* revela los ímprobos esfuerzos de su autor por hallar un estilo propio para hablar de asuntos graves, una modalidad poética que estuviera a la altura de lo que por aquellas fechas ya había logrado en la comedia. Y lo cierto es que, después de Ricardo III, el bastardo Falconbridge es una de sus creaciones más personales y osadas, aunque esté engastada en una estructura un tanto caótica. Algo parecido ocurre con el personaje de Constanza, uno de sus primeros y consistentes personajes femeninos de corte trágico. Si en *Ricardo III* las mujeres no habían conseguido aún cobrar vida propia, ahora la combativa Constanza logra al fin abrirse paso, independizarse del conjunto y hacerse oír.

De alguna manera, Shakespeare aprovechó la impuesta glorificación de la llegada al poder de los Tudor para ahondar, muy por encima de la anécdota histórica, en las

cuestiones que más le interesaban. En el ciclo de las Rosas (que según la historiografía forma una secuencia que empieza con los antecedentes dinásticos del conflicto en *Ricardo II*, sigue en las dos partes de *Enrique IV*, luego en *Enrique V*, hasta que en la trilogía de Enrique VI estalla la guerra que culmina en *Ricardo III*, donde se alza con el poder la casa Tudor, consagrada en *Enrique VIII*), además de abordar conflictos políticos —la guerra civil, la guerra con Francia, las intrigas palaciegas, la lucha por el trono—, saca a la luz la desnuda y aterida humanidad que se oculta tras las máscaras públicas. En *Ricardo II*, por ejemplo, la más lírica y estática de todas, muy deslumbrada por el *Eduardo II* de Marlowe, Shakespeare, en un ejercicio que luego perfeccionará en sus grandes tragedias, dramatiza la escisión en la conciencia del rey, el conflicto entre su destino político y su naturaleza humana, hasta el punto de que alcanza a veces algunos de los momentos más altos y turbadores de su poesía:

... Que nadie me hable de consuelos
Hablemos de tumbas, de gusanos y epitafios,
que sea el polvo papel, y con ojos anegados
inscribamos el dolor en el seno de la tierra.
Elijamos albaceas y hablemos de testamentos...
Y sin embargo, no. Pues, ¿qué puedo yo legar
a la tierra, salvo mi cuerpo depuesto?
Mis tierras, mi vida, todo pertenece a Bolingbroke;
nada puedo llamar mío sino es la muerte,
y este pequeño préstamo de la tierra yerma
que sirve de masa y de cubierta a nuestros huesos.^[8]

Si dejamos de lado *Enrique V*, una obra notable pero de exaltación patriótica —el conflicto con Francia es en realidad trasunto de las tensiones con España durante la época isabelina—, y también *Enrique VIII*, la última obra de Shakespeare, escrita según la estética de los romances y fruto de la nostalgia del reinado de Isabel, la obra mayor del ciclo histórico es sin duda *Enrique IV*, entendidas sus dos partes como unidad.

Se podría decir que en *Enrique IV* confluyen las lecciones aprendidas durante los primeros años, no solo con las incipientes obras históricas, sino sobre todo con las comedias, cuyo aire logra colarse en las grietas del drama para dar a luz a uno de los personajes más descomunales del canon: sir John Falstaff. En ese momento de su carrera, Shakespeare logró zafarse de las servidumbres del género, superar el influjo agónico de Marlowe y avanzar hacia la tragedia en una obra que es, de hecho, un diálogo entre lo cómico y lo trágico.

La historia del ascenso al trono del príncipe Hal puede considerarse un claro antecedente, casi un ensayo, de *Hamlet*. La difícil relación entre Enrique IV y su hijo,

al tiempo que anticipa uno de los motivos recurrentes en todo el teatro de Shakespeare, preludia la dialéctica entre el espectro paterno y el príncipe de Dinamarca, que es algo así como la secuela, la consecuencia de este primer desencuentro. Hal puede verse de algún modo como la contrafigura de Hamlet. A pesar de sus devaneos y de su juvenil inconsciencia, Hal sabe que llegará el día en que tendrá que dejar atrás su irresponsabilidad y asumir las obligaciones de su destino, que no pone en cuestión y tan solo aplaza. Al mismo tiempo, hay algo en la materia de Falstaff que luego contribuirá a poetizar la melancolía de Hamlet.

La particular obsesión por la idea del doble, que traspasa toda la obra de Shakespeare, encuentra una dramatización ideal en la relación entre Falstaff y Hal, para quien aquel es algo así como la metáfora de su propia juventud, de su insolencia, de su rebeldía frente al padre. Falstaff, al haber roto las costuras de su obra y haber ingresado en el acervo común, ha sido motivo de las más variadas y arriesgadas especulaciones. Para empezar, Shakespeare creó para Falstaff una categoría estilística, una poesía en prosa que es su seña de identidad más inmediata. Hay en toda la obra un juego, una tensión entre el estilo del Estado —solemne, aéreo y en verso— y el habla demótica —corrupta, carnal y en prosa— que es uno de los experimentos verbales más refinados de toda la producción shakespeariana. El descarriamiento de Hal no solo se traduce en su actitud, sino también en su lenguaje, en su apropiación del estilo de Falstaff. Por ello, cuando Hal cobra repentina conciencia de su destino, inmediatamente acude al verso, al dialecto del padre.

Quizá la definición más exacta y emotiva que se ha dado de Falstaff sea la de Anthony Burgess, cuando dijo que el orondo crápula, el Sócrates de las tabernas, representa todo aquello que queda fuera del poder del Estado, como depositario de la civilización y cifra de la libertad humana. Cuando Hal, al final de la obra, en una de las escenas más desgarradoras que Shakespeare jamás escribió, se vuelve, ya convertido en Enrique V, hacia el pobre Sir John para repudiarle, en realidad se está hablando a sí mismo, renegando de su propia juventud y de su libertad, investido ya con la poesía del Estado:

No te conozco, viejo. Mejor, reza.
¡Qué mal sientan las canas a un bufón!
Durante mucho tiempo soñé con un hombre
igual a ti, así de viejo y de profano,
hinchado como tú por los excesos.
Pero ahora, ya despierto, mi sueño me repugna.^[9]

Los anteriores ejercicios históricos y el beneficio de las comedias dieron con un personaje, Falstaff, que trasciende y sintetiza a un tiempo la problemática estudiada en todos los dramas históricos. El triunfo del ejemplar Enrique V no supone tanto la derrota de Falstaff como la del propio Hal. No deja de ser llamativo que al final de

Enrique IV Shakespeare prometiera continuar la historia de Falstaff, hasta tal punto se había enamorado de su propia creación. En *Enrique V*, sin embargo, se dio cuenta enseguida de que ya no había espacio para él, pues toda la obra está ocupada por el Estado. Tan solo aparece un momento, en boca de su fiel posadera, quien nos relata su bella muerte, que es la de una idea del hombre:

No, seguro que no está en el infierno. Está en el seno de Arturo, si alguna vez un hombre estuvo en el seno de Arturo. Tuvo un final hermoso, y se nos fue como un niño recién bautizado. Partió entre las doce y la una, justo con el cambio de la marea: porque después de que lo vi jugar con las sábanas y jugar con flores, y sonreír a las puntas de sus dedos, supe que solo había un camino para él. Tenía la nariz afilada como una pluma, y hablaba de campos verdes. «¿Qué hay, Sir John?», le dije, «¡Vamos, hombre! Tenga ánimo». Entonces gritó «Dios, Dios, Dios», tres o cuatro veces. Y yo, para consolarlo, le dije que no tenía que pensar en Dios; esperaba que aún no le hiciera falta molestarse en tales pensamientos. Entonces me pidió que le abrigara más los pies. Metí la mano en la cama y se los toqué, y estaban fríos como piedras. Entonces le toqué las rodillas, y así arriba y arriba, y todo estaba frío como piedra.^[10]

A. J.

SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición, meramente divulgativa, abriga la intención de ofrecer al lector en español del siglo XXI una obra completa de Shakespeare para su propio tiempo. Para ello, se ha llevado a cabo una selección de las mejores traducciones disponibles en castellano con dos criterios: que las traducciones fueran todas de la segunda mitad del siglo XX y que respetaran la diferencia entre verso y prosa, un requisito fundamental para la comprensión cabal de Shakespeare, quien utiliza los más variados registros estilísticos en su obra. El instrumento característico del verso shakespeariano es el llamado pentámetro yámbico —cinco acentos fuertes en sílaba par— con el que el autor juega y experimenta a lo largo de toda su obra. Cada traductor elige una solución distinta para adaptar ese metro al castellano, desde la opción más clásica, el endecasílabo yámbico, hasta el verso de ritmo endecasilábico pero de metro variable, el verso irregular o la versión rítmica. Y aunque en Shakespeare predomina el verso blanco, también es verdad que a menudo acude a la rima, regla que asimismo se ha observado en estas versiones.

Al tratarse de una edición divulgativa, se han eliminado todas las notas que no fueran estrictamente necesarias y se han dejado solo aquellas referidas a cuestiones de traducción.

Los criterios de división de escenas, entradas y acotaciones se han unificado de acuerdo a la siguiente edición: *The Oxford Shakespeare. The Complete Works*, Stanley Wells y Gary Taylor, eds. (Oxford, Oxford University Press, 1988), aunque no se ha considerado necesario, dada la naturaleza de nuestro texto, mantener los corchetes que en esa edición indican las acotaciones o las entradas que son añadidos de ediciones modernas.

A. J.

CRONOLOGÍA APROXIMADA DE LA OBRA DE SHAKESPEARE

AÑO	OBRA
1589-1590	<i>Enrique VI, parte primera</i>
1590-1591	<i>Enrique VI, parte segunda</i>
1590-1591	<i>Enrique VI, parte tercera</i>
1592-1593	<i>Ricardo III</i>
1592-1593	<i>Los dos caballeros de Verona</i>
1592-1593	<i>Venus y Adonis</i>
1593	<i>La comedia de los errores</i>
1593-1609	<i>Sonetos y Lamento de una amante</i>
1593-1594	<i>La violación de Lucrecia</i>
1593-1594	<i>Tito Andrónico</i>
1593-1594	<i>La doma de la fiera</i>
1594-1595	<i>Trabajos de amor en vano</i>
1594-1596	<i>El rey Juan</i>
1595	<i>Ricardo II</i>
1595-1596	<i>Romeo y Julieta</i>
1595-1596	<i>Sueño de noche de verano</i>
1596-1597	<i>El mercader de Venecia</i>
1596-1597	<i>Enrique IV, parte primera</i>
1597	<i>Las alegres casadas de Windsor</i>
1598	<i>Enrique IV, parte segunda</i>
1598-1599	<i>Mucho ruido y pocas nueces</i>
1599	<i>Enrique V</i>
1599	<i>Julio César</i>
1599	<i>Como les guste</i>
1600-1601	<i>Hamlet</i>

1601	<i>El fénix y el tórtolo</i>
1601-1602	<i>Noche de Epifanía o Lo que queráis</i>
1601-1602	<i>Troilo y Crésida</i>
1602-1603	<i>Bien está todo lo que bien acaba</i>
1604	<i>Medida por medida</i>
1604	<i>Otelo</i>
1605	<i>El rey Lear</i>
1606	<i>Macbeth</i>
1606	<i>Antonio y Cleopatra</i>
1607-1608	<i>Coriolano</i>
1607-1608	<i>Timón de Atenas</i>
1607-1608	<i>Pericles, príncipe de Tiro</i>
1609-1610	<i>Cimbelino</i>
1610-1611	<i>Cuento de invierno</i>
1611	<i>La tempestad</i>
1612-1613	<i>Enrique VIII</i>
1613	<i>Dos nobles de la misma sangre</i>



ENRIQUE VI

PARTE 1

*versión de
Roberto Appratto*

Escrita probablemente entre 1589 y 1590, aunque algunos críticos sostienen que el éxito de la segunda y la tercera parte propició la escritura de esta primera entrega, que sería entonces más tardía, de 1591 o 1592 y se habría estrenado, de acuerdo a unos hipotéticos indicios, en el teatro Rose. Hay un amplio consenso a la hora de admitir que la obra fue fruto de la colaboración entre Shakespeare y otro dramaturgo, posiblemente Thomas Nashe. El único texto conservado es el que se imprimió en el Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

Los ingleses:

REY ENRIQUE VI

Duque Humphrey de GLOUCESTER, tío del rey y protector del reino

Duque de BEDFORD, tío del rey, regente de Francia

Thomas Beaufort, duque de EXETER, tío abuelo del rey

Enrique Beaufort, tío abuelo del rey, obispo de WINCHESTER

John Beaufort, conde; después, duque de SOMERSET

Ricardo PLANTAGENET (hijo de Ricardo), conde de Cambridge;
después, duque de YORK

Conde de WARWICK

Conde de SALISBURY

Conde de SUFFOLK

Lord TALBOT

JOHN Talbot, su hijo

Edmund MORTIMER, conde de March

Sir John FASTOLF

Sir William LUCY

Sir William GLASDALE

Sir Thomas GARGRAVE

WOODVILLE, lugarteniente de la Torre de Londres

ALCALDE de Londres

Guardianes de Mortimer

Un letrado

VERNON, de la Rosa Blanca, o facción de York

BASSET, de la Rosa Encarnada, o facción de Lancaster

Mensajeros, guardianes de la Torre de Londres, servidores, oficiales,
capitanes, soldados, heraldo, vigía

Los franceses:

CARLOS, delfín y después rey de Francia

RENATO, duque de Anjou, rey de Nápoles

MARGARITA, su hija, después esposa del rey Enrique

Duque de BORGONA

Duque de ALENÇON

BASTARDO de Orleans
El MAESTRE ARTILLERO de Orleans
HIJO del maestro artillero
El GENERAL de las tropas francesas de Burdeos
Un SARGENTO francés
Un PORTERO
Un PASTOR, padre de Juana
CONDESA de Auvernia
Juana PUCELA, comúnmente llamada Juana de Arco
Centinelas, explorador, heraldo, criados, soldados

Escena: Parte en Inglaterra y parte en Francia

PRIMER ACTO

ESCENA I

Marcha fúnebre. Entra el cortejo del rey Enrique V, con el duque de BEDFORD, regente de Francia; el duque de GLOUCESTER, protector; el duque de EXETER, el conde de WARWICK, el obispo de WINCHESTER y el duque de SOMERSET.

BEDFORD ¡Que se cubra de negro el cielo! ¡Que el día se haga noche!
¡Cometas que anuncian el cambio de tiempos y estados,
agiten sus trenzas de cristal en el cielo
y golpeen con ellas a las malas estrellas giratorias
que consintieron la muerte de Enrique!
¡Enrique Quinto: demasiado célebre para llegar a viejo!
Inglaterra nunca tuvo un rey de tal valía.

GLOUCESTER Inglaterra nunca tuvo un rey antes que él.
Fue virtuoso, mereció el poder:
cegó hombres con sus rayos al blandir su espada;
sus brazos se extendían más que las alas de un dragón;
sus ojos centelleantes con el fuego de la ira
deslumbraban al enemigo, lo hacían retroceder
más que la furia del sol del mediodía.
¿Qué podría yo decir? Sus acciones exceden las palabras.
Nunca alzó su mano sin vencer.

EXETER Nuestro duelo es de negro; ¿por qué no de sangre?
Enrique está muerto, ya no revivirá:
henos aquí, junto a un ataúd de madera,
glorificando la victoria de la muerte
con nuestra hierática presencia, como presos
cautivos de un carro triunfante.
¿Debemos maldecir a los nefastos astros
que así decidieron el fin de nuestra gloria?
¿O acaso a los franceses, brujos y hechiceros
de ingenio sutil, que temerosos de él
con mágicos versos construyeron su fin?

WINCHESTER Fue un rey bendecido por el Rey de Reyes.
Para los franceses, el atroz día del Juicio
no será tan terrible como era verlo en vida.
Combatió en las batallas del Señor de las Huestes;

prosperó por las plegarias de la Iglesia.

GLOUCESTER ¿La Iglesia? ¿Dónde está? De no ser por los rezos
no se habría cortado el hilo de la vida:
a los religiosos les place un príncipe afeminado
a quien llenar de miedo como a un escolar.

WINCHESTER Gloucester, nos guste o no, el protector eres tú,
y buscas dominar al príncipe y al reino.
Tu mujer es soberbia; le tienes más terror
y respeto que a Dios o a cualquier religioso.

GLOUCESTER No hables de religión, puesto que amas la carne
y no vas a la iglesia durante el año
sino para rezar contra tus enemigos.

BEDFORD Basta, basta de reñir, sosiéguese;
vayamos al altar. Heraldos, espérennos:
en lugar de oro, ofrendemos las armas.
Ya no sirven, ahora que Enrique ha muerto.
Posteridad: espera años más desgraciados,
cuando los niños mamen el llanto de sus madres,
nuestra isla sea marisma de lágrimas saladas
y solo haya mujeres para llorar los muertos.
Enrique Quinto, invoco tu fantasma:
¡haz prosperar al reino, guárdalo de luchas intestinas;
combate contra adversos planetas en el cielo!
Tu alma será una estrella mucho más gloriosa
que Julio César o el brillante...

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Honorables señores, salud a todos.

Tristes noticias les traigo de Francia,
de pérdida, matanza, destrucción;
Guyena, la Champaña, Reims, Orleans,
París, Guysons, Poitiers, están todas perdidas.

BEDFORD ¿Qué dices, hombre? Baja la voz ante el cuerpo de Enrique
o la pérdida de esas grandes ciudades
le harán romper la caja y alzarse de la muerte.

GLOUCESTER ¿París está perdida? ¿Ruan entregada?
Si Enrique volviera a la vida
estas nuevas le harían ceder de nuevo el alma.

EXETER (*Al MENSAJERO.*) ¿Cómo se perdieron? ¿Con qué traición?

MENSAJERO Sin traición; con falta de dinero y hombres.

Entre los soldados se murmura
que aquí se mantienen diferentes bandos
y que en vez de pelear y disputar un campo
los generales batallan entre sí;
uno quiere guerras demoradas, con poco costo;
otro querría volar, pero le faltan alas;
un tercero piensa que, sin gasto alguno,
frases bellas y falsas pueden lograr la paz.
¡Despierta, despierta, nobleza de Inglaterra!
Que la pereza no empañe tus recientes glorias:
cercenada está la flor de lis de tus armas;
el blasón ha perdido una mitad.

EXETER Si faltaran lágrimas para este funeral
estas novedades las traerían a oleadas.

BEDFORD Me conciernen a mí; soy regente de Francia.
¡Traigan mi cota de acero! Pelearé por Francia.
¡Quitémonos estas tristes ropas de duelo!

Se quita la túnica funeraria.

En lugar de ojos, heridas daré a los franceses
para llorar sus alternantes desgracias.

Entra un SEGUNDO MENSAJERO.

SEGUNDO MENSAJERO

Señores, vean estas cartas, llenas de malas nuevas;
Francia se ha rebelado por completo,
salvo algunas ciudades sin mérito;
el delfín Carlos se corona rey en Reims,
junto a él, el Bastardo de Orleans;
Renato, duque de Anjou, también toma su causa;
el duque de Alençon vuela a su lado.

EXETER ¡El delfín coronado! ¡Todos con él!
De esta vergüenza, ¿adónde escaparemos?

GLOUCESTER A ningún sitio, sino hacia sus gargantas.
Bedford, si vacilas, saldré yo a combatir.

BEDFORD Gloucester, ¿por qué dudas así de mi entereza?

He reunido un ejército en mis pensamientos
con el cual Francia ya está bajo control.

Entra un TERCER MENSAJERO.

TERCER MENSAJERO Mis gracious señores, para aumentar el llanto
con que ahora humedecen el ataúd del rey
tengo que informarles de un lúgubre combate
entre los franceses y el valiente lord Talbot.

WINCHESTER ¿Cómo? En el que Talbot ha vencido, ¿no es así?

TERCER MENSAJERO No; en el que Talbot fue derrotado.

Referiré las circunstancias con detalle.
El diez de agosto, cuando el temible lord
se retiraba del sitio de Orleans
con solo seis mil soldados en su tropa,
un ejército de veintitrés mil franceses
lo sorprendió y rodeó para asediarlo.
No tuvo tiempo para disponer sus hombres;
necesitaba picas para sus arqueros
en cuyo lugar arrancaron picas
de los setos y las clavaron en la tierra
confusamente, para impedir que los jinetes
penetraran. El combate se prolongó más de tres horas
y Talbot hizo maravillas con su espada
y su lanza, más allá del pensamiento.
Cientos mandó al infierno, nadie lo enfrentó:
aquí, allá, por todas partes, volaba airado:
los franceses gritaban: «¡El diablo está armado!».
Todo el ejército lo miraba con asombro;
sus soldados, espionando su espíritu indómito,
«¡Por Talbot! ¡Por Talbot!» exclamaron desbocados
y se lanzaron a las entrañas del combate.
Entonces la victoria se habría consumado
de no ser por el cobarde sir John Fastolf;
él, estando en retaguardia, desde atrás,
con el fin de relevarlos y avanzar
huyó cobardemente, sin dar golpe.
De allí el desastre y la matanza generales;
los enemigos los rodearon por completo.
Un ruin valón, por quedar bien con el delfín,
hirió a Talbot con su lanza en la espalda,

ese a quien Francia, con todas sus fuerzas,
no osó mirar al rostro ni una sola vez.

BEDFORD ¿Talbot ha muerto? Si es así, me mataré
por vivir aquí sin hacer nada, en la pompa,
cuando tan digno jefe, falto de ayuda,
es entregado a sus cobardes enemigos.

TERCER MENSAJERO Oh, no, vive, pero está prisionero,
y con él lord Scales, también lord Hungerford;
casi todos los otros, muertos o capturados.

BEDFORD Ninguno salvo yo pagará su rescate;
sacaré de cabeza al delfín de su trono;
su corona será el rescate de mi amigo:
cuatro de los suyos por uno de los nuestros.
Adiós, señores; voy a mi tarea;
de paso encenderé hogueras en Francia,
para la fiesta de nuestro gran san Jorge:
diez mil soldados llevaré conmigo,
cuyos actos de sangre harán temblar a Europa.

TERCER MENSAJERO Los necesitará, pues Orleans está sitiada;
el ejército inglés se ha vuelto flojo y débil;
el conde de Salisbury clama por refuerzos
y a duras penas detiene el motín de los soldados
que, siendo muy pocos, ven semejante multitud.

EXETER Recuerden, señores, sus votos a Enrique,
ya de vencer al delfín para siempre,
ya de traerlo, obediente, para que sufra el yugo.

BEDFORD Yo sí los recuerdo; y ahora me despido
para poner en práctica mi decisión.

Sale.

GLOUCESTER Iré a la Torre tan deprisa como pueda
a revisar municiones y artillería;
luego proclamaré rey a Enrique el joven.

Sale.

EXETER A Eltham iré yo, donde está el joven rey,
ya que gobernador especial fui nombrado,
allí me ocuparé mejor de su seguridad.

Sale.

WINCHESTER Atienda cada cual su puesto y función.

Yo quedo fuera: para mí no queda nada.
Pero no seré una marioneta inútil:
intentaré sustituir al rey de Eltham
y, por el bien público, ponerme al timón.

Sale.

ESCENA II

Trompetas. Entran el delfín CARLOS, el duque de ALENÇON y RENATO, duque de Anjou, con tambor y soldados.

CARLOS De Marte el verdadero movimiento, así en los cielos
como en la tierra, aún no se conoce:
hasta ahora brillaba para los ingleses;
hoy somos vencedores, nos sonrío.
¿No hemos tomado todas las ciudades de importancia?
Estamos aquí, cerca de Orleans, a nuestras anchas;
por otro lado, los famélicos ingleses, cual fantasmas,
nos asedian débilmente, una hora por mes.

ALENÇON Necesitan sus gachas y su estofado de toro
se alimentan como mulos
y llevan la comida atada al cuello,
o dan lástima, como ratones ahogados.

RENATO Levantemos el sitio; ¿a qué seguir holgando?
Está aquí Talbot, a quien tanto temíamos;
no queda nadie salvo el loco Salisbury,
y ese bien puede gastar su bilis en rabiarse:
ni hombres ni dinero tiene para hacer la guerra.

CARLOS ¡Toquen, toquen a rebato! ¡Vamos a atacarlos!
¡Por el honor de los franceses olvidados!
Perdonaré mi muerte a quien que me mate
si me ve retroceder un paso, o escapar.

Salen.

ESCENA III

Rebato, incursiones. Los franceses son rechazados por los ingleses, con grandes pérdidas. Vuelven a entrar CARLOS, ALENÇON y RENATO.

CARLOS ¿Dónde se ha visto cosa parecida? ¡Qué hombres tengo!
¡Perros! ¡Cobardes! ¡Flojos! Nunca habría escapado
de no haber quedado solo entre enemigos.

RENATO Salisbury es un criminal desesperado;
lucha como un hombre cansado de su vida.
Los otros, cual leones hambrientos,
nos embisten como a su codiciada presa.

ALENÇON Froissart, un compatriota, testimonia
que Inglaterra solo Oliverios y Rolandos daba
durante el tiempo de Eduardo Tercero.
Eso parece más cierto ahora:
solo Sansones y Goliats mandaron
los ingleses a pelear. ¡Diez a uno!
¡Raquíticos canallas! ¿Quién iba a pensar
que tendrían tanto coraje, tanta audacia?

CARLOS Dejemos la ciudad; están locos de ira
y el hambre los enardecerá aún más:
yo los conozco de hace tiempo; con los dientes
derribarán el muro antes de abandonar el sitio.

RENATO Pienso que por extraños mecanismos o ruedas
sus armas, como relojes, no dejan de golpear;
de otro modo, no podrían aguantar tanto.
En lo que a mí respecta, dejémoslos en paz.

ALENÇON Así sea.

Entra el BASTARDO de Orleans.

BASTARDO ¿Dónde está el delfín? Tengo nuevas para él.

CARLOS Bastardo de Orleans, tres veces bienvenido.

BASTARDO Parecen tristes, con el ánimo abatido.
¿La reciente derrota los ha afectado acaso?
No desesperen: la salvación está cerca.
Traje conmigo a una doncella santa
a quien llegó del cielo una visión:
le ordenó levantar este tedioso sitio
y expulsar de Francia a los ingleses.
Tiene el espíritu profundo de la profecía,

más que las nueve sibilas de Roma:
sabe lo que pasó y lo que vendrá.
Díganme: ¿la llamo ya? Crean mis palabras
porque son ciertas e infalibles.

CARLOS Bien, llámala. (*Sale el BASTARDO.*) Pero antes, para probarla,
Renato, ocupa mi lugar como delfín;
pregúntale con altura: mantente serio.
Así sondearemos sus habilidades.

Vuelve a entrar el BASTARDO, con Juana la PUCELA.

RENATO (*Como CARLOS.*) Bella joven, ¿eres la que obra maravillas?

PUCELA Renato, ¿así piensas engañarme?

(*A CARLOS.*) ¿Dónde está el delfín? Sal, sal de tu escondite.
Te conozco bien, sin haberte visto nunca.
No te asombres: nada puede ocultárseme.
Quiero estar contigo a solas un instante.
Apártense, señores, y déjenos hablar.

RENATO Muestra aplomo ya desde el principio.

PUCELA Delfín, por nacimiento soy hija de un pastor;
mi ingenio no fue cultivado en ningún arte.
Ha placido al cielo y a la Dama de gracia
brillar sobre mi estado miserable:
mientras me ocupaba de mis tiernos corderos
y exponía al rayo del sol mis mejillas,
la madre de Dios se dignó aparecerse
y en una visión, con toda su majestad,
me ordenó abandonar mi baja vocación
y librar a mi patria de la calamidad;
su ayuda prometió, asegurarme el triunfo;
en su completa gloria se me reveló.
Y si hasta entonces yo era oscura y tenebrosa,
los claros rayos que infundió ella en mí
me dieron la bendita belleza que aquí ves.
Hazme la pregunta que quieras
y la contestaré sin pensarlo un segundo;
prueba mi coraje en combate, si te atreves,
y verás que estoy por encima de mi sexo.
Decídetes; serás afortunado
si en compañera de armas me conviertes.

CARLOS Me han asombrado tus altivas palabras.

De una sola manera probaré tu valor:
pelearás conmigo en singular combate
y, si me vences, hablas sinceramente;
si no, retiro toda mi confianza.

PUCELA Estoy pronta; he aquí mi aguda espada
que adornan flores de lis, cinco por lado.
En el cementerio de Santa Catalina
la elegí entre todo un montón de hierros viejos.

CARLOS Ven, entonces, por Dios: no temo a una mujer.

PUCELA Y yo, mientras viva, no escaparé de un hombre.

Luchan, y vence Juana la PUCELA.

CARLOS ¡Alto, detén tus manos! Eres una amazona,
y con la espada de Débora me enfrentas.

PUCELA Sin la madre de Cristo, sería muy débil.

CARLOS Quienquiera que te ayude, tienes que ayudarme.
Ardo impaciente de deseo por ti.
Has subyugado a la vez corazón y manos.
Excelente Pucela, si ese es tu nombre,
seré tu servidor y no tu soberano:
es el delfín de Francia quien así te corteja.

PUCELA No debo ceder a ritos amorosos;
mi profesión está consagrada por el cielo.
Solo cuando haya expulsado de aquí a tus enemigos,
podré pensar en recompensas.

CARLOS Mientras, mira con gracia al siervo prosternado.

RENATO (*Aparte, a los otros señores.*)

Veo que milord lleva hablando mucho tiempo.

ALENÇON Sin duda estudia a esta mujer hasta la médula;
de otro modo no prolongaría así su charla.

RENATO ¿Lo interrumpimos, ya que está distraído?

ALENÇON Tal vez preste más atención que la que vemos;
estas mujeres hablan y tientan hábilmente.

RENATO Mi señor, ¿en qué piensas? ¿Cuáles son tus planes?

¿Tendremos que entregar Orleans, o no?

PUCELA ¿Cómo? ¡Digo que no, haraganes desconfiados!

Luchen hasta el último aliento; yo los guardaré.

CARLOS Confirмо lo que dice: la defenderemos.

PUCELA Me han enviado para azotar a los ingleses.

Esta noche, sin duda, levantaré el sitio.

Puesto que he entrado yo en combate,

esperen el verano de San Martín, días de bonanza,

la gloria es como esas ondas en el agua,

que no dejan de agrandarse hasta que, con la misma expansión, se dispersan y quedan en la nada.

Con la muerte de Enrique acaba la onda inglesa;

se han dispersado las glorias que abarcaba.

Yo soy como aquel soberbio barco

que llevaba a la vez a César y sus bienes.

CARLOS ¿No fue una tórtola que inspiró a Mahoma?

Entonces tú fuiste inspirada por un águila.

Ni Helena, la madre de Constantino el Grande

ni las hijas de San Felipe fueron como tú.

Estrella de Venus, caída en la tierra,

¿cómo adorarte con suficiente reverencia?

ALENÇON Basta de tardanzas, levantemos el sitio.

RENATO Mujer, haz lo que puedas para salvar el honor.

Expúlsalos de Orleans y serás inmortal.

CARLOS Probemos ahora mismo. Vamos, a lo nuestro.

Si resulta falsa, no creeré en ningún profeta.

Salen.

ESCENA IV

Entra el duque de GLOUCESTER con sus servidores

vestidos de azul.

GLOUCESTER He venido hoy a inspeccionar la Torre:

desde que murió Enrique, temo alguna estratagema.

Los guardias, ¿por qué no están en sus puestos?

Abran las puertas: es Gloucester quien llama.

PRIMER GUARDIÁN (*Desde dentro.*)

¿Quién es el que golpea tan imperiosamente?

PRIMER SERVIDOR Es el noble duque de Gloucester.

SEGUNDO GUARDIÁN (*Desde dentro.*)

Quienquiera sea, no lo dejaré pasar.

PRIMER SERVIDOR Villanos, ¿así contestan a su protector?

PRIMER GUARDIÁN (*Desde dentro.*)

Que el Señor lo proteja; así le contestamos.

No hacemos sino lo que nos ordenaron.

GLOUCESTER ¿Quién se lo ha ordenado? ¿Quién manda sobre mí?

No hay en el reino más protector que yo.

(*A los SERVIDORES.*) ¡Rompan esas puertas! Yo seré su garante.

¿Me burlarán así unos mozos de corral?

Los hombres de GLOUCESTER se lanzan contra las puertas de la Torre, y WOODVILLE habla desde dentro.

WOODVILLE ¿Qué ruido es ese? ¿Tenemos traidores?

GLOUCESTER Teniente, ¿es su voz la que oigo?

Abra las puertas: es Gloucester quien quiere entrar.

WOODVILLE Sea paciente, noble duque; no puedo abrir.

Mi señor de Winchester no lo permite.

He recibido orden expresa: ni a usted

ni a los suyos he de franquear el paso.

GLOUCESTER Woodville, debilucho. ¿Lo valoras más que a mí?

¿A ese arrogante Winchester, prelado altivo,

al que el difunto soberano nunca soportó?

Tú no eres amigo de Dios ni del rey:

abre las puertas, o a poco te encerraré.

PRIMER SERVIDOR ¡Abran las puertas a su lord protector!

¡O lo hacen enseguida, o las derribamos!

Entran WINCHESTER y sus servidores, en librea oscura.

WINCHESTER ¿Qué pasa, ambicioso visir? ¿Qué significa esto?

GLOUCESTER Tonsurado cura, ¿ordenas que me impidan entrar?

WINCHESTER Lo hago sí, traidor y usurpador de primera,
y no protector, ni del reino ni del rey.

GLOUCESTER Retírate, conspirador confeso.
Tú, que has planeado asesinar al rey,
tú que das indulgencias a las prostitutas:
si sigues insistiendo en tu insolencia...

WINCHESTER No, detente; no moveré un pie.
Si tú quieres, que esto sea Damasco
y tú Caín, el maldito, para matar a Abel.

GLOUCESTER No voy a matarte, pero sí te echaré:
con tus mantos escarlata, como a un bebé
con sus pañales, te sacaré de aquí.

WINCHESTER Haz lo que quieras; te desafío de frente.

GLOUCESTER ¿Cómo? ¿Retado y desafiado a la cara?
Desenvainen, hombres, por todo este lugar
privilegiado: azules contra oscuros.

Todos desenvainan las espadas.

Cura,
¡cuida tu barba! Voy a arrancártela y zurrarte.
Tu mitra de cardenal, bajo mis pies;
pese al Papa y a las dignidades de la Iglesia,
a fe que te arrastraré para arriba y para abajo.

WINCHESTER Gloucester, responderás ante el Papa por esto.

GLOUCESTER ¡Ganso de Winchester! ¡Una cuerda, una cuerda!

A sus SERVIDORES.

¡Sáquenlos de aquí! ¿Por qué los dejan quedarse?

A WINCHESTER.

¡A ti te echo ya, lobo con piel de oveja!
¡Fuera, oscuras libreas, hipócrita escarlata!

*Los hombres de GLOUCESTER vencen a los del obispo.
En el alboroto, entran el ALCALDE de Londres y sus OFICIALES.*

ALCALDE ¡Qué vergüenza que ustedes, supremos magistrados,
alteren la paz pública con tal batahola!

GLOUCESTER ¡Paz, alcalde! Nada sabes de lo que ha pasado;

he aquí a Beaufort, que no respeta a Dios ni al rey,
y ha detentado la Torre para sí.

WINCHESTER He aquí a Gloucester, enemigo de ciudadanos,
que impulsa a la guerra y jamás a la paz,
que abruma sus bolsas con cargas desmedidas,
que intenta eliminar la religión
por su condición de protector del reino;
y quiere desarmar la Torre
para así suprimir al príncipe y ser rey.

GLOUCESTER Te responderé con golpes y no con palabras.

Vuelven a pelear.

ALCALDE Nada se puede hacer ante esta lucha
sino emitir una pública proclama.
Vamos, oficial, tan alto como pueda, grite.

OFICIAL Mandamos y ordenamos, en nombre de su alteza, que todos los hombres
aquí congregados en armas este día, contra la paz de Dios y la del rey, se
retiren a sus respectivos domicilios; y que no lleven, usen o empuñen
ningún tipo de espada, arma o puñal desde ahora, bajo pena de muerte.

Para la escaramuza.

GLOUCESTER Obispo, no seré yo quien desacate la ley,
pero nos veremos para hablar con más tiempo.

WINCHESTER Gloucester, nos veremos, a tu costo sin duda;
desangraré tu corazón por lo que has hecho hoy.

ALCALDE Si no se van ya, mandaré pedir garrotes.
Este obispo es más altivo que el diablo.

GLOUCESTER Alcalde, adiós; no has hecho más
que cumplir con tu deber.

WINCHESTER Abominable Gloucester, cuida tu cabeza;
pienso, dentro de poco, tenerla en mi mano.

Salen, separadas, ambas facciones.

ALCALDE Cuando todo esté despejado nos iremos.
¡Buen Señor, qué estómago tienen estos nobles!
Yo, en cuarenta años, no he peleado ni una vez.

ESCENA V

Entran el MAESTRE ARTILLERO de Orleans y su HIJO.

MAESTRE ARTILLERO Tunante, ya sabes que Orleans está sitiada,
y los ingleses han ganado los suburbios.

HIJO Padre, ya lo sé; les he tirado muchas veces,
mas por desgracia he fallado.

MAESTRE ARTILLERO Pero ahora no lo harás: deja que te guíe;
como maestro artillero en jefe,
he de hacer algo por mi honra.
Los espías del príncipe me han comunicado
que los ingleses, que están en los suburbios,
suelen, por una secreta puerta de hierro,
contemplar la ciudad desde una torre.
Allí, desde lo alto, pueden ver por dónde
mejor dañarnos con disparos o asaltos.
Para evitar este inconveniente, he situado
una pieza de artillería apuntada a la torre.
En los últimos tres días estuve aún
vigilando para ver de sorprenderlos.
Ahora vigila tú, ya no puedo quedarme.
Si ves a alguno, corre y dame aviso;
me encontrarás donde el gobernador.

HIJO Padre, te garantizo: pierde cuidado.

Sale el MAESTRE ARTILLERO por una puerta.

Si los puedo espiar, no te molestaré.

Sale.

ESCENA VI

Entran en las torretas SALISBURY y TALBOT, sir William GLASDALE, sir Thomas GARGRAVE y otros.

SALISBURY Talbot, mi vida, mi alegría, ¿al fin de vuelta?
¿Cómo te trataron durante el cautiverio?
¿Cómo es que fuiste liberado?
Dímelo, te lo ruego, en lo alto de esta torre.

TALBOT El duque de Bedford había hecho prisionero
a alguien llamado el bravo Pontón de Santrailles;
por él fui canjeado y rescatado.
Por un combatiente muy inferior
me quisieron cambiar, una vez, por desprecio;
lo cual desdeñé; pedí la muerte
antes de ser tan subestimado.
Finalmente, como deseaba, me soltaron.
Mas, ah, el traidor de Fastolf me hiere el corazón;
lo ejecutaría con mis propias manos
si alguien me lo trajera aquí en este momento.

SALISBURY Pero no dices cómo te trataron.

TALBOT Con mofa, insultos y burlas denigrantes.
Me exhibieron en plena plaza del mercado
como si fuera un espectáculo público.
«He aquí el terror de los franceses», decían,
«el espantajo que los niños tanto temen».
Entonces escapé de los guardianes
y escarbé con las uñas piedras de la tierra
para arrojárselas a los mirones.
Mi truculento aspecto hizo que algunos huyeran.
Nadie se acercaba por miedo a morir de inmediato.
En muros de hierro no me creían seguro;
tal era el temor que mi nombre provocaba,
que me suponían capaz de doblar barrotes,
y romper postes adamantinos.
Por eso pusieron una guardia especial
que pasaba ante mi celda a cada minuto:
si me movía para salir de la cama
ya se preparaban para tirarme al corazón.

Entra el HIJO con un botafuego.

SALISBURY Lamento escuchar los tormentos que sufriste
pero nos vengaremos con hartazgo.
Ahora en Orleans es la hora de la cena:
aquí, a través de esta reja, puedo contar a los franceses
y ver de qué manera se fortifican.
Miremos: el espectáculo te gratificará...
sir Thomas Gargrave, sir William Glasdale;
ahora quiero escuchar sus opiniones

sobre el mejor lugar para atacar de nuevo.

Miran por la reja.

GARGRAVE Creo que por la puerta del norte: allí hay nobles.

GLASDALE Pienso que por aquí, en el baluarte del puente.

TALBOT Por lo que veo, a esta ciudad hay que hambrearla
o debilitarla con escaramuzas leves.

Tiran desde fuera. Caen SALISBURY y GARGRAVE.

SALISBURY ¡Señor, ten piedad de nosotros pecadores!

GARGRAVE ¡Señor, apiádate de este desdichado!

TALBOT ¿Qué azar es este, que nos sorprende así?

Habla, Salisbury, si es que aún puedes hablar.
¿Cómo te sientes, espejo de todos los guerreros?
¡Te han arrancado una mejilla y uno de los ojos!
¡Torre maldita! ¡Mano fatal
que pergeñó esta tragedia infausta!
Salisbury fue vencedor en trece batallas;
adiestró para la guerra a Enrique Quinto.
Mientras sonaran una trompeta o un tambor
su espada no dejaba de dar golpes.
¡Aún vives, Salisbury! Aunque te falle el habla
puedes pedir gracia al Cielo con un ojo.
Con un ojo, el sol abarca el mundo entero.
¡Cielo, no otorgues tu gracia a ningún otro
si Salisbury no obtiene tu misericordia!
Sir Thomas Gargrave, ¿aún te queda vida?
Háblale a Talbot. Vamos, alza los ojos a él...
Llévense su cuerpo; ayudaré a enterrarlo.

Sale uno con el cadáver de GARGRAVE.

Salisbury, ¡que esto sea un consuelo para tu alma!

Tú no morirás mientras...

Me hace señas con la mano, me sonrío
como si dijera: «Cuando me haya ido,
acuérdate de vengarme de los franceses».
Plantagenet, lo haré: y como tú, Nerón,
tocaré el laúd viendo arder las ciudades.
Mi nombre es la desgracia de Francia.

Rebato. Truenos y relámpagos.

¿Qué escándalo es este? ¿Un tumulto en los cielos?
¿De dónde vienen esta alarma y este ruido?

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Milord, milord, los franceses reúnen sus tropas.
El delfín, unido a una Juana la Pucela,
una novísima santa profetisa,
viene con gran fuerza a levantar el sitio.

SALISBURY se incorpora y gime.

TALBOT ¡Oigan, oigan gemir al moribundo Salisbury!
No ser vengado le parte el corazón.
Franceses, seré para ustedes un Salisbury.
Pucela o pulga, delfín o serafín,
aplastaré sus corazones a caballo,
y haré un lodazal con sus cerebros.
Llévense a Salisbury a su tienda
y luego probaremos el valor de estos vagos.

Rebato.

Salen llevándose a SALISBURY.

ESCENA VII

Nuevo rebato, y lord TALBOT persigue al delfín, lo empuja dentro y sale. Entra Juana la PUCELA persiguiendo ingleses y sale tras ellos. Vuelve a entrar TALBOT.

TALBOT ¿Dónde están mi vigor, mi valor, mi fuerza?
Nuestras tropas se retiran; no puedo detenerlas:
una mujer con armadura las expulsa.

Vuelve a entrar la PUCELA.

Aquí, aquí viene. (*A la PUCELA.*) Combatiré contigo,
diablo o hembra del diablo; te conjuraré.
Te desangraré; como bruja que eres
entrega ya tu alma a aquel que sirves.

PUCELA Ven, ven, soy yo sola quien ha de deshonorarte.

Luchan.

TALBOT Cielos, ¿cómo soportan que el infierno venza?

Haré que el pecho me estalle de coraje,
me romperé los brazos desde los hombros,
pero antes castigaré a esta puta arrogante.

Vuelven a luchar.

PUCELA Hasta la vista Talbot. Tu hora aún no ha llegado
tengo que llevar vituallas a Orleans.

Breve alarma. Los franceses pasan por el escenario y entran en la ciudad.

Sorpréndeme si puedes; desprecio tu fuerza.
Ve, ve a alentar a tus famélicos,
ayuda a Salisbury a hacer su testamento:
este día es nuestro, como otros lo serán.

Sale.

TALBOT Mi pensamiento gira como rueda de alfarero.

No sé ni dónde estoy, ni lo que hago;
no por la fuerza sino por el miedo, como Aníbal,
la bruja rechaza y vence tropas a su antojo
como se espanta a las abejas con humo,
o con hedor a las palomas de panales y casas.
Nos llamaban perros ingleses por fiereza;
ahora, como cuzcos, escapamos chillando.

Breve rebato. Entran soldados ingleses.

¡Compatriotas! ¡O retomamos el combate
o arrancamos de nuestra cota los leones!
Cámbienlos por ovejas, renuncien a su suelo.
Las ovejas no huyen tan miedosas del lobo
ni escapan el buey y el caballo del leopardo
como ustedes de quienes eran sus esclavos.

Otra escaramuza.

Eso no será. Retírense a las trincheras.
Todos permitieron la muerte de Salisbury,
ninguno dará golpe para vengarlo.
La Pucela ha conseguido entrar en Orleans
pese a nosotros, o a lo que podríamos haber hecho.
¡Ojalá hubiese muerto con Salisbury!
Esta vergüenza me hará ocultar el rostro.

ESCENA VIII

Trompetas. Sobre las murallas entran la PUCELA, RENATO, CARLOS, ALENÇON y SOLDADOS.

PUCELA Que flameen nuestros colores en los muros;
tomada está Orleans a los ingleses.
Así, Juana la Pucela ha cumplido su palabra.

CARLOS Divinísima criatura, hija de Astrea,
¿cómo te honraré por este gran éxito?
Tus promesas, como los jardines de Adonis,
un día florecieron, dieron fruto al otro.
¡Francia, triunfa con tu gran profetisa!
Ha sido recobrada la ciudad de Orleans:
hecho más fausto nunca hemos vivido.

RENATO ¿No echaremos a vuelo las campanas?
Delfín, haz que la gente encienda hogueras
y haga fiestas y banquetes en la calle
celebrando lo que Dios nos quiso deparar.

ALENÇON Toda Francia se colmará de gozo y alegría
cuando sepa qué clase de hombres hemos sido.

CARLOS Es por Juana, no por nosotros, que triunfamos.
Por eso dividiré con ella mi corona,
y todos los clérigos y monjes del reino
en procesión cantarán sus alabanzas.
Voy a erigirle una pirámide imponente,
más que la de Ródope o la de Menfis:
y cuando haya muerto, para honrar su memoria,
sus cenizas, en urna más preciosa aún
que el cofre con las ricas joyas de Darío,
en grandes festivales serán transportadas
ante los reyes y reinas de Francia.
Por san Dionisio ya no clamaremos:
nuestra santa será Juana la Pucela.
Entremos, pues, y comamos como reyes,
tras este día dorado de victoria.

*Trompetas.
Salen.*

SEGUNDO ACTO

ESCENA 1

*Sobre la muralla. Entran un SARGENTO francés
y dos CENTINELAS.*

SARGENTO Señores, tomen sus puestos y vigilen:
si oyen algún ruido, o ven algún soldado
cerca de los muros, dennos una señal
para que en la guardia lo sepamos.

PRIMER CENTINELA Sargento, lo sabrá.

Sale el sargento.

Los pobres servidores,
mientras otros duermen tranquilos en sus camas,
vigilan en la sombra, la lluvia y el frío.

*Entran TALBOT, BEDFORD, BORGOÑA y otros con escaleras: tocan una marcha fúnebre con
tambores.*

TALBOT Señor regente, temible Borgoña,
por cuya ayuda las regiones de Artois,
Wallon y Picardía son nuestras aliadas;
esta noche, los franceses se han confiado
tras un día de jolgorio y de banquete:
aprovechemos pues esta ocasión,
la más indicada para vengar el engaño
que causó el arte fatal de la brujería.

BEDFORD ¡Cobarde Francia! ¡Qué daño hace a su fama
desconfiando de su poder y de sus armas
para pedir ayuda a las brujas y al infierno!

BORGOÑA Los traidores no tienen otra compañía.
¿Quién es esta Pucela que todos ven tan pura?

TALBOT Una doncella, dicen.

BEDFORD ¡Una doncella! ¡Tan marcial!

BORGOÑA Quiera Dios que no descubran que es un hombre
si abajo del estandarte francés
lleva una armadura, como al principio.

TALBOT Bien, dejemos que traten y hablen con espíritus;
Dios es la fortaleza en cuyo nombre
veremos cómo ganar sus baluartes.

BEDFORD Sube, bravo Talbot: iremos tras de ti.

TALBOT Pero no todos juntos: mucho mejor es, creo,
que hagamos nuestra entrada por vías separadas;
que, si uno de nosotros llegara a fallar,
otro pudiera alzarse en contra de su fuerza.

BEDFORD De acuerdo, iré por aquel lado.

BORGOÑA Y yo por este.

TALBOT Este será el lugar de Talbot, o su tumba.
Ahora, Salisbury, por ti y por el derecho
del inglés Enrique, que esta noche muestre
mi lealtad y cuánto les debo a ambos.

CENTINELA ¡A las armas! ¡A las armas! ¡El enemigo ataca!

*Los soldados gritan: «¡Por Talbot! ¡Por san Jorge!».
Los franceses, en camisa, saltan por encima del muro.
Entran el BASTARDO de Orleans, ALENÇON y RENATO,
a medio vestir.*

ALENÇON ¡Bueno, mis señores! ¿Qué, todos sin vestirse?

BASTARDO ¿Sin vestirnos? ¡Gracias que pudimos huir!

RENATO No nos dio el tiempo más que para levantarnos
y escuchamos la alarma en nuestras cámaras.

ALENÇON En toda mi vida de soldado
nunca había oído de una empresa guerrera
más venturosa y desesperada que esta.

BASTARDO Este Talbot es un demonio del infierno.

RENATO Si no el infierno, al menos lo favorece el cielo.

ALENÇON Ahí viene Carlos: ¡qué rapidez!

BASTARDO ¡Calla! Su centinela era Santa Juana.

Entran CARLOS el delfín y Juana la PUCELA.

CARLOS ¿Es esta tu estratagema, hermosa dama?
¿Al principio, solo para halagarnos,
nos concediste una ganancia escasa

para que perdiéramos diez veces más?

PUCELA ¿Por qué está Carlos impaciente con su amiga?

¿Mi poder tiene que ser siempre igual?

¿Despierta o dormida he de prevalecer?

¿O me vas a acusar y echar la culpa?

¡Indolentes soldados! Si hubieran vigilado bien no habríamos sufrido este revés.

CARLOS Duque de Alençon, es culpa tuya:

siendo esta noche capitán de la guardia

no pudiste cumplir con tu pesada carga.

ALENÇON Si todos los puestos se hubieran protegido

con tanta firmeza como el que yo mandaba

no habría sido tan dura la sorpresa.

BASTARDO El mío estaba seguro.

RENATO Lo mismo el mío, señor.

CARLOS En cuanto a mí, pasé toda la noche

ocupado en ir de un lado para el otro,

por el sector de Juana y por el mío

para que la guardia fuera relevándose.

Entonces, ¿cómo y por dónde entraron?

PUCELA Mis señores, no se pregunten

más sobre el caso, cómo o de qué manera

encontraron un puesto mal guardado

por donde abrieron brecha. No nos queda más

que reunir a nuestros hombres, dispersos,

y alzar nuestras plataformas para castigarlos.

*Fragores. Entra un SOLDADO inglés gritando
«¡Por Talbot, por Talbot!»; los franceses huyen, dejando
sus vestiduras.*

SOLDADO Me atreveré a tomar lo que dejaron.

El grito «¡Por Talbot!» me sirve de espada;

me he llevado ya muchos despojos

sin blandir más arma que su nombre.

Sale.

ESCENA II

TALBOT, BORGOÑA, BEDFORD, un CAPITÁN
y otros.

BEDFORD Empieza a romper el alba; la noche, que a la tierra
como un manto negro recubría, ya se va. Acabemos
esta frenética persecución.

Suena retirada.

TALBOT Traigan el cuerpo del viejo Salisbury
y pónganlo en la plaza del mercado,
en el centro mismo de esta ciudad maldita.
Ahora he pagado a su alma mi tributo:
por cada gota de sangre que perdió su cuerpo
murieron cinco franceses por lo menos.
Para que los siglos futuros puedan ver
la ruina que causamos por venganza
en el principal templo erigiré una tumba
bajo la cual se enterrará su cuerpo:
sobre ella, para que todos puedan leerlo,
quedará grabado el relato del saqueo,
de cómo la traición causó su muerte lamentable,
y del terror que era para los franceses.
Durante toda esta sangrienta masacre
me asombra no haber visto al delfín y a su gracia,
Juana de Arco, su nueva y virtuosa campeona,
ni a ninguno de sus falsos aliados.

BEDFORD Se cree, lord Talbot, que al comenzar la lucha,
repentinamente lanzados de sus camas,
metiéndose entre las tropas de soldados,
saltaron los muros para refugiarse.

BORGOÑA Yo mismo, hasta donde pude ver,
entre el humo y la oscura y vaporosa noche
creo haber sorprendido al delfín y a su puta
cuando corrían velozmente, los dos del brazo
como una pareja de enamoradas tórtolas
que no pueden separarse de día ni de noche.
No bien todo esté en orden por aquí
iremos tras ellos con todas nuestras fuerzas.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO ¡Salud a todos, señores! De este grupo de príncipes,

¿quién es el belicoso Talbot, cuyos actos
tanto se celebran en el reino de Francia?

TALBOT He aquí a Talbot. ¿Quién quiere hablar conmigo?

MENSAJERO Una virtuosa dama, condesa de Auvernia
que admira modestamente su renombre,
por mi intermedio suplica le concedas
el favor de visitarla en su castillo,
para que pueda jactarse de haber visto al hombre
cuya gloria llena el mundo con su estruendo.

BORGOÑA ¿Ah, sí? Pues ya veo que nuestras guerras
van a convertirse en plácida comedia
en que las damas ansiarán que las visiten.
Quizá no debas, mi señor, despreciar la amable cita.

TALBOT No podrías confiar más en mí: cuando los hombres
no han podido vencer con su oratoria,
la bondad femenina lo ha logrado.
Por tanto dile que estoy agradecido,
y que iré a visitarla con toda sumisión.
¿No me acompañarán sus señorías?

BEDFORD Realmente, es más de lo que piden los modales:
he oído decir que a los huéspedes no invitados
se los acepta mejor una vez que se han ido.

TALBOT Bien; pues no habiendo otro remedio,
iré solo a probar si la dama es cortés.
Venga aquí, capitán. (*Susurros.*) ¿Comprende lo que pienso?

CAPITÁN Por cierto, mi señor, y actuaré en consecuencia.

Salen.

ESCENA 111

Entran la CONDESA de Auvernia y su PORTERO.

CONDESA Portero, recuerda el encargo que te hice;
cuando lo hayas cumplido, tráeme las llaves.

PORTERO Señora, así se hará.

CONDESA El plan está trazado. Si todo sale bien

esta hazaña me hará tan famosa
como a la escita Tomiris la hiciera matar a Ciro.
Se habla mucho de este terrible caballero
y no menos de todas sus proezas:
mis ojos y mi oído querrían ser testigos
para dar juicios de tan extraños hechos.

Entran TALBOT y un MENSAJERO.

MENSAJERO Señora, de acuerdo con lo solicitado
en su mensaje, lord Talbot está aquí.

CONDESA Y es bienvenido. Vaya. ¿Es este el hombre?

MENSAJERO Lo es.

CONDESA ¿Este es el azote de Francia?

¿Es este Talbot, tan temido en otras partes
que al nombrarlo las madres calman a sus niños?
Veo que los informes son falsos, fantasiosos.
Pensé encontrarme con un Hércules,
un segundo Héctor por su aspecto severo,
gran proporción de miembros, bien conformado.
¡Este es un niño, un tonto enano!
Este esmirriado debilucho no puede ser
el que tanto aterroriza a sus enemigos.

TALBOT Señora, he sido muy osado en molestarla.

Como su merced no está a gusto,
la visitaré en otra ocasión mejor.

Se marcha.

CONDESA ¿Qué quiere decir? Pregúntale a dónde va.

MENSAJERO Permanezca, lord Talbot, pues mi señora ansía
saber las razones de su brusca partida.

TALBOT Como eso me indica que está algo confundida
iré a confirmarle que Talbot está aquí.

Vuelve a entrar el portero con las llaves.

CONDESA Si tú eres él, entonces estás preso.

TALBOT ¿Y quién me apresa?

CONDESA Yo, sanguinario lord:

por eso te atraje a mi casa.
Por largo tiempo tu sombra fue mi esclava,
pues tu retrato cuelga en mi galería.
Ahora tu sustancia será como tu imagen
y encadenaré las piernas y los brazos
que todos estos años han tiranizado,
devastado el país, matado ciudadanos
y enviado al cautiverio hijos y esposos...

TALBOT Ja, ja, ja.

CONDESA ¿Te burlas, miserable? Lo lamentarás.

TALBOT Me río al ver que su señoría está tan contenta
de tener solamente la sombra de Talbot
en la cual ejercer su severidad.

CONDESA ¿Por qué, no eres tú el hombre?

TALBOT Sin duda que lo soy.

CONDESA Entonces también tengo tu sustancia.

TALBOT No, no; soy solo la sombra de mí mismo;
se engaña, no está aquí mi sustancia.
Lo que ve no es sino la parte más pequeña,
la proporción más baja de mi humanidad.
Señora, si aquí estuviera toda mi envergadura,
sus techos no alcanzarían a albergarla
de tan voluminosa y encumbrada como es.

CONDESA Por lo visto, trafica con enigmas.

Está aquí, pero no está.
¿Cómo acordar estas contradicciones?

TALBOT Eso, señora, se lo mostraré enseguida.

Toca una trompeta. Dentro suenan tambores. Una descarga de artillería; entran soldados ingleses.

¿Qué dice, señora? ¿Está ahora convencida
de que Talbot no es más que sombra de sí mismo?
Estos son la sustancia, nervios, brazos, fuerza,
con los cuales sujeta los cuellos arrogantes de los suyos,
arrasa sus ciudades, da vuelta sus pueblos
y los aniquila en un instante.

CONDESA ¡Victorioso Talbot! Perdona mi atropello.

Veo que no eres inferior a lo que la fama rumorea
pero sí más que lo que tu sombra indica.
Que mi presunción no provoque tu ira;
me disculpo por no haberte agasajado
con toda la reverencia que mereces.

TALBOT No desfallezca, bella dama, interpretando
mal el ánimo de Talbot, como ya lo ha hecho
con el aspecto externo de su cuerpo.
Señora, sus acciones no me ofenden.
No reclamo otra satisfacción
que la que me daría, mediante su paciencia,
catar su vino y ver sus provisiones: eso
siempre place a la panza del soldado.

CONDESA De todo corazón; créeme, estoy honrada
de agasajar a un guerrero así en mi casa.

Sale.

ESCENA IV

Un rosal silvestre. Entran el duque de SOMERSET y los condes de SUFFOLK y WARWICK, Ricardo PLANTAGENET, VERNON y un ABOGADO.

PLANTAGENET Caballeros y lores, ¿qué es este silencio?
¿Nadie se atreve a hablar por la verdad?

SUFFOLK Dentro del templo se oía todo.
Es más conveniente hablar en el jardín.

PLANTAGENET Entonces responde si dije la verdad.
¿Se equivocaba el pendenciero Somerset?

SUFFOLK Por cierto, yo he sido un burlador de la ley,
y nunca pude someter mi voluntad;
por tanto, hago que ella se someta a mí.

SOMERSET Entonces, señor Warwick, sea nuestro juez.

WARWICK Cuál, entre dos gavilanes, vuela más alto;
cuál, entre dos perros, tiene boca más grande;
entre dos espadas, cuál el mejor temple;
entre dos caballos, cuál el mejor porte;
entre dos muchachas, cuál los ojos más alegres:

de esto puedo tener alguna vaga idea.
Pero de sutilezas de la ley,
no sé, lo admito, más que una corneja.

PLANTAGENET Bien, bien; es una abstención caballeresca.
La verdad está de mi parte, tan desnuda
que hasta el ojo de un ciego la podría descubrir.

SOMERSET Y de mi lado luce tan ataviada,
tan clara, tan luminosa y evidente
que iluminaría el ojo de ese ciego.

PLANTAGENET Si la lengua se les traba, si no hablan,
proclaman ustedes con signos, como mudos, lo que piensan.
Quien diga ser caballero bien nacido
y respaldar pueda el honor de su cuna,
si piensa que he defendido la verdad
elija de este rosal una rosa blanca.

SOMERSET Que quien no sea un cobarde ni un adulator
y sostenga el bando de la verdad conmigo
corte una rosa roja de espinoso tallo.

WARWICK No me gustan los colores, y sin colores
de baja e intrigante adulación
arranco con Plantagenet esta blanca rosa.

SUFFOLK Yo arranco esta roja con el joven Somerset,
y digo al tiempo que el derecho es suyo.

VERNON Alto, caballeros, no arranquen más
hasta que lleguemos a un acuerdo: que aquel
en cuyo lado haya menos rosas del arbusto
se someta a la opinión del otro.

SOMERSET Mi buen señor Vernon, bien objetado está:
si tengo menos, acato en silencio.

PLANTAGENET Y yo.

VERNON Entonces, por la verdad y claridad del caso,
tomo este capullo pálido y virginal
y me pongo del lado de la rosa blanca.

SOMERSET No vayan a pincharse los dedos con ella,
no sea que al sangrar, la rosa blanca se tiña
de rojo y caiga de mi lado.

VERNON Si yo, señor, sangro por lo que opino,
la opinión será el cirujano de mi herida
y me mantendrá en el lado en que estoy.

SOMERSET Bien, bien, sigamos. ¿Quién más quiere hablar?

ABOGADO Salvo que mis estudios y mis libros fallen
el argumento que usaste no es el correcto.
(A SOMERSET.) Por eso corto también yo una rosa blanca.

PLANTAGENET Ahora, Somerset, ¿dónde están tus argumentos?

SOMERSET Están aquí en mi vaina, meditando
si teñir tu rosa de rojo sangriento.

PLANTAGENET Tus mejillas, parece, imitan nuestras rosas;
con el miedo están pálidas, como si vieran
la verdad de mi lado.

SOMERSET No, Plantagenet;
no es miedo, sino ira: tus mejillas
se tiñen de vergüenza como rosas rojas,
pero no confesarás tu error.

PLANTAGENET ¿No hay en tu rosa un gusano, Somerset?

SOMERSET Plantagenet, ¿no hay en tu rosa una espina?

PLANTAGENET Aguda y punzante, para defender su verdad
mientras el voraz gusano carcome la falsedad de la tuya.

SOMERSET Bien: hallaré quienes lleven mis sangrantes rosas
y sostengan que es cierto lo que he dicho,
allí donde Plantagenet no se atreva a mostrarse.

PLANTAGENET Por este capullo virginal que tengo en la mano
los desprecio a ti y a tu bando, niño terco.

SUFFOLK No arrojes tu desprecio hacia aquí, Plantagenet.

PLANTAGENET Lo hago, orgulloso Pole, y los desprecio a ambos.

SUFFOLK Yo te restituiré mi parte en el gañote.

SOMERSET Largo, largo, mi buen William de la Pole.
Honramos al burgués conversando con él.

WARWICK Vaya, en nombre de Dios: lo ultrajas, Somerset.
Su abuelo era Lionel, duque de Clarence, hijo

tercero del Eduardo Tercero de Inglaterra.
¿Acaso de raíz tan honda sale un burgués sin blasón?

PLANTAGENET Se vale del privilegio del lugar:
si no, cobarde como es, no hablaría de ese modo.

SOMERSET Por quien me ha creado, mantengo mis palabras
en cualquier sitio de la cristiandad.
¿No fue Ricardo, padre, duque de Cambridge,
ejecutado por traición en días de Enrique?
¿Y por su traición no estás manchado,
corrupto y eximido de la antigua nobleza?
Su desmán aún vive, como culpa, en tu sangre:
hasta que te redimas serás un burgués.

PLANTAGENET Mi padre fue acusado, pero no convicto.
Condenado a morir por traición, pero no traidor:
lo probaré ante hombres superiores a Somerset,
cuando llegue el tiempo adecuado a mis deseos.
En cuanto a ti y a tu aliado de la Pole
los anotaré en el libro de mi memoria,
para castigarlos un día por esta ofensa.
Recuérdelo bien y queden prevenidos.

SOMERSET Siempre nos encontrarás prontos para ti:
sabrás que somos tus enemigos por estos
colores, que llevarán, pese a ti, mis amigos.

PLANTAGENET Y por mi alma, esta rosa pálida y airada,
como signo de mi odio sanguinario
estará siempre conmigo y con mi bando
hasta que ambos nos marchitemos en la tumba
o yo florezca hasta la altura de mi jerarquía.

SUFFOLK Vete: ahógate en tu ambición.
Y ahora, adiós, hasta que volvamos a vernos.

Sale.

SOMERSET ¡Vamos juntos, Pole! ¡Adiós, ambicioso Ricardo!

Sale.

PLANTAGENET ¡Cómo me provocan y tengo que aguantarlo!

WARWICK La mancha que atribuyen a tu casa
se limpiará en el próximo parlamento,

convocado para la tregua entre Winchester y Gloucester.
Y si entonces no eres proclamado York,
yo no viviré para que me llamen Warwick.
Mientras tanto, como signo de mi amor por ti,
contra los orgullosos Somerset y William Pole
con tu partido llevaré esta rosa,
y profetizo aquí: esta riña de hoy,
surgida en el jardín del templo,
enviará, entre la rosa roja y la blanca,
mil almas a la muerte y a la noche eterna.

PLANTAGENET Buen maestro Vernon, te agradezco
que en mi nombre arrancarás una flor blanca.

VERNON En tu nombre la seguiré llevando.

ABOGADO Y yo también.

PLANTAGENET Gracias, gentilezas.

Vamos, vamos a cenar los cuatro. Me atrevo a decir
que algún día esta querrela sorberá más sangre.

ESCENA V

Entra Edmund MORTIMER, transportado en silla por GUARDIANES.

MORTIMER Amables guardianes de mi frágil decadencia
dejen que el moribundo Mortimer descansa aquí.
Como a un hombre recién salido del tormento,
la larga prisión me ha embotado los miembros;
y estos grises mechones, heraldos de la muerte,
envejecidos como los de Néstor por años de desvele
discurren sobre el fin de Edmund Mortimer.
Estos ojos, como lámpara cuyo aceite se ha agotado
vuélvense opacos al llegar su final;
hombros débiles, agobiados por la pena,
y brazos sin fuerza, como viña marchita
que deja caer a tierra sus ramas sin savia.
Sin embargo estos pies, de vigor embotado,
incapaces de aguantar este terrón de arcilla,
parecen tener alas para ir hacia la tumba,
como sabiendo que otro alivio no me espera.

Pero dime, guardián: ¿vendrá mi sobrino?

PRIMER GUARDIA Ricardo Plantagenet vendrá, señor:
enviamos por él al templo, a su cámara;
se nos ha respondido que vendría.

MORTIMER Suficiente: mi alma estará entonces satisfecha.
¡Pobre caballero! Su desgracia es igual a la mía.
Desde que Enrique empezó su reinado,
antes de cuya gloria era yo un gran guerrero,
ha estado odiosamente secuestrado,
y desde entonces vive oscurecido,
desprovisto de honores y de herencia.
Pero hoy el árbitro de la desesperación,
la justa muerte, amable juez de la desgracia humana,
me despide de aquí dulce y morosamente.
Ojalá así sus problemas terminaran,
y pudiese recobrar lo que he perdido.

Entra PLANTAGENET.

PRIMER GUARDIA Milord, su querido sobrino ha llegado.

MORTIMER Ricardo Plantagenet, amigo mío, ¿estás aquí?

PLANTAGENET Sí, noble tío, tratado innoblemente;
soy tu sobrino, el hace poco despreciado Ricardo.

MORTIMER Diríjanme los brazos para que lo abrace
y apure mi último aliento en su pecho.
Ah, díganme cuando mis labios toquen sus mejillas,
para que pueda darle un beso desmayado.

Abraza a PLANTAGENET.

Ahora dime, dulce retoño del gran linaje de York,
¿por qué me has dicho que te habían despreciado?

PLANTAGENET Inclina primero en mi brazo tu envejecida espalda
y así, cómodamente, te contaré mi disgusto.
Hoy, durante la discusión de un caso,
tuve unas palabras con Somerset:
entre una cosa y otra usó su lengua pródiga
y me reprochó la muerte de mi padre;
la cual infamia me barró la boca;
de lo contrario, se la hubiera devuelto.

Por lo tanto, buen tío, por mi padre,
en honor de un auténtico Plantagenet
y por el bien de la alianza, dime por qué
mi padre, conde de Cambridge, perdió la cabeza.

MORTIMER El motivo, bello sobrino, que me llevó a la cárcel
para que mi juventud se consumiera
en una mazmorra despreciable
fue el maldito instrumento de su muerte.

PLANTAGENET Revélame más claramente ese motivo
pues no lo conozco y ni lo puedo imaginar.

MORTIMER Lo haré si la respiración me lo permite,
si la muerte no se anticipa al fin del relato.
Enrique Cuarto, abuelo de este rey,
depuso a su sobrino, hermano de Eduardo,
el primogénito y legítimo heredero
del rey Eduardo, tercero de esa descendencia,
durante cuyo reinado, los Percy del norte,
que hallaban esa usurpación injusta,
propiciaron mi llegada al trono.
La causa que movió a estos belicosos lores
fue que (desposeído así el joven Ricardo
sin dejar herederos de su sangre)
yo era el siguiente, por cuna y parentesco;
pues por mi madre yo desciendo
de Lionel, duque de Clarence, tercer hijo
del rey Eduardo Tercero; en tanto
él heredaba de Juan de Gante el linaje,
y era solo el cuarto de esa línea heroica.
Pero presta atención: en esta alta empresa
de establecer el heredero justo
perdí mi libertad y ellos sus vidas.
Tiempo después, cuando Enrique Quinto,
al suceder a Bolingbroke, su padre, fue rey,
tu padre el conde de Cambridge descendiente
del célebre Edmund Langley, duque de York,
al casarse con tu madre, hermana mía,
nuevamente movido de piedad por mi aflicción,
reunió un ejército, esperando liberarme
e instalarme en el trono mas, como el resto,
también el noble conde

sucumbió, y fue decapitado. Así los Mortimer,
en quien residía el título, fueron eliminados.

PLANTAGENET Y de los cuales, señor, el honorable es el último.

MORTIMER Cierto, y ya ves que no tengo descendencia
y que mi voz desfalleciente anuncia la muerte.
Tú eres mi heredero: quiero que reúnas a todos los demás.
Pero sé cauteloso en tu empresa.

PLANTAGENET Tus graves advertencias me impresionan.
Sin embargo, pienso, la muerte de mi padre
no fue más que una sangrienta injusticia.

MORTIMER Silencio, sobrino; sé político.
Bien fundada está la casa de Lancaster.
Como una montaña no puede ser desplazada.
Pero ahora desplazan a tu tío,
así como los príncipes trasladan su corte
cuando se hartan de estar en un mismo sitio.

PLANTAGENET ¡Oh, tío, si al menos algo de mi juventud
pudiera redimirte del paso de los años!

MORTIMER Me haces daño con eso, como el asesino
que inflige veinte heridas cuando una sola basta.
No me llores, salvo que sea por mi bien;
solo da órdenes para mi funeral.
Y ahora, adiós: ¡que se cumplan tus esperanzas
y tu vida sea próspera en la paz y en la guerra!

Muere.

PLANTAGENET ¡Y que la paz, no la guerra, sea el destino de tu alma!
En la cárcel has hecho tu peregrinación
y excedido tus días como ermitaño.
Guardaré tu consejo en mi pecho
y lo que imagine que permanezca en silencio.
Guardianes, tráiganlo aquí, que yo mismo
veré que su funeral sea mejor que su vida.

Salen los guardianes llevando el cuerpo de MORTIMER.

Aquí yace la oscura antorcha de Mortimer,
ahogada por la más mezquina ambición;
y por esos daños, por las amargas heridas

que Somerset llevó a mi casa
no dudo en buscar reparación honrosa.
Por eso me apresuro al parlamento,
ya para ser restituido a mi sangre,
ya para usar lo malo en mi provecho.

Sale.

TERCER ACTO

ESCENA I

Fanfarria. Entran el REY ENRIQUE, EXETER, GLOUCESTER, WARWICK, SOMERSET y SUFFOLK, el obispo de WINCHESTER, Ricardo PLANTAGENET y otros. GLOUCESTER ofrece presentar una propuesta; WINCHESTER se la quita y la rompe.

WINCHESTER ¿Viniste con líneas bien premeditadas,
con panfletos que estudiaste con esmero?
Humphrey de Gloucester, si puedes acusarme,
o si algún cargo intentas en mi contra,
hazlo sin planearlo, de golpe;
así como yo, de modo improvisado y repentino,
responderé a lo que digas en mi contra.

GLOUCESTER

¡Clérigo engreído! Este lugar me obliga a ser paciente,
si no, ya verás que me has calumniado.
Aunque he preferido dejar por escrito
el estilo de tus atroces crímenes,
no creas que he inventado algo, o que no puedo
practicar verbalmente el arte de la pluma.
No, prelado; es tal tu maligna audacia,
son tales tus taimadas, pestíferas y facciosas maniobras,
que hasta los niños hablan de tu orgullo.
Eres un usurero de lo más pernicioso,
pendenciero, enemigo de la paz;
licencioso, lascivo, más de lo que cuadra
a un hombre de tu nivel y profesión.
En cuanto a tu traición, ¿no es evidente?
Me tendiste una trampa para asesinarme
en el puente de Londres y en la Torre.
Por otra parte, temo que si te examinan la mente,
el rey, tu soberano, no estaría exento
de la mezquina malicia de tu corazón.

WINCHESTER Gloucester, te desafío. Señores, por favor,
presten atención a lo que responderé.
Si soy ambicioso, avaro o perverso,
como él proclama, ¿cómo se explica mi pobreza?
¿O cómo es que no busco medrar o elevarme,

sino que conservo mi vocación habitual?
Y en cuanto a la discordia, ¿a quién le gusta
más la paz que a mí? Salvo que me provoquen.
No, mis buenos amigos, no es eso lo que ofende;
lo que ha irritado al duque
es que gobierne otro que él,
que alguien más que él esté cerca del rey;
eso le engendra truenos en el pecho
y le hace rugir acusaciones.
Pero ha de saber que soy tan bueno...

GLOUCESTER ¿Tan bueno? ¡Tú, bastardo de mi abuelo!

WINCHESTER Sí, señor; ¿y tú qué haces, dime,
sino ocupar majestuosamente el trono de otro?

GLOUCESTER ¿No soy el protector, cura insolente?

WINCHESTER ¿Y yo no soy prelado de la Iglesia?

GLOUCESTER Sí, como un bandido que cuida un castillo
para proteger allí sus delitos.

WINCHESTER ¡Irreverente Gloucester!

GLOUCESTER Tú serás reverente
en lo que toca a tu función espiritual,
mas no en tu vida.

WINCHESTER Roma pondrá remedio a esto.

GLOUCESTER Entonces, ve a acabar allí.

WARWICK (*A WINCHESTER.*) Mi señor, tu deber es moderarte.

SOMERSET Sí; que el obispo no quede abrumado.
Pienso que mi señor debería ser religioso
para saber qué corresponde al oficio.

WARWICK Pienso que mi señor debería ser más humilde;
reñir no sienta a los prelados.

SOMERSET Sí, si su condición sagrada es atacada así.

WARWICK Condición sagrada o no, ¿qué importa?
¿No es su gracia protector del rey?

PLANTAGENET (*Aparte.*) Plantagenet, has de frenar tu lengua
para que no se diga: «Hable, señor, cuando se le pida»;

¿se atreve su juicio a dialogar con los señores?». Si no fuera así, apedrearía a Winchester.

REY ENRIQUE Tíos de Gloucester y Winchester,
guardianes especiales del bien de Inglaterra;
si los deseos tuvieran algún peso
pediría que sus corazones se unieran
con amor y amistad.
Es un escándalo para la corona
que disputen dos nobles como ustedes.
Créanme, señores, mi juventud puede decir
que la lucha civil es un gusano poderoso
que roe las entrañas de la sociedad.

Ruidos dentro: «¡Abajo las casacas pardas!».

¿Qué tumulto es ese?

WARWICK Un alboroto, sin duda
que iniciaron los maliciosos hombres del obispo.

*Ruido otra vez: «¡Piedras, palos!».
Entra el ALCALDE.*

ALCALDE ¡Oh, buenos señores, y virtuoso Enrique,
piedad para Londres, y para nosotros!
Los hombres del obispo y los de Gloucester,
a quienes se ha prohibido llevar armas,
se han llenado los bolsillos de guijarros
y, agrupándose en contrarios bandos,
se golpean las cabezas con tanta rapidez
que muchos ya han perdido los mareados sesos.
Han roto ventanas en todas las calles.
Por miedo, hemos tenido que cerrar los negocios.

Entran SERVIDORES combatiendo, con las cabezas ensangrentadas, los de WINCHESTER con casaca parda, los de GLOUCESTER con casaca azul.

REY ENRIQUE Les encargamos, por fidelidad,
que detengan sus violentas manos y mantengan
la paz. Tío Gloucester, por favor, termina esto.

Paran de pelear.

PRIMER SERVIDOR Si nos prohíben las piedras, usaremos los dientes.

SEGUNDO SERVIDOR Haz lo que quieras; tenemos el mismo ánimo.

Combaten otra vez.

GLOUCESTER Los de mi casa: dejen esta riña infantil,
hagan a un lado esta inusual contienda.

TERCER SERVIDOR Señor, sabemos que su gracia es hombre
justo y digno: y, por su real cuna,
inferior solamente al soberano.
Antes que tolerar que semejante príncipe,
padre tan bondadoso del bien general,
sea vejado por un chupatintas
nosotros, con esposas e hijos, peharemos
hasta entregar el cuerpo a tu enemigo.

PRIMER SERVIDOR Sí, y que nuestras uñas
escarben la tierra cuando estemos muertos.

Vuelven a empezar.

GLOUCESTER ¡Basta, basta, digo!
Si me quieren, como dicen,
déjenme persuadirlos de parar un rato.

REY ENRIQUE ¡Ah! ¡Cómo aflige mi alma esta discordia!
¿Puedes, mi lord de Winchester, contemplar
mis suspiros y lágrimas y no frenarte una sola vez?
¿Quién debería apiadarse si no tú?
¿Quién estudiará cómo preservar la paz
si los hombres de la Iglesia se deleitan en reñir?

WARWICK Detente, protector; detente, Winchester.
A menos que quieran, con obstinada repulsión,
destruir el reino y matar al soberano.
Ya ven qué daño, qué crimen
ha precipitado su enemistad. De modo pues
que hagan la paz, salvo que estén sedientos de sangre.

WINCHESTER Que se rinda él, o no me detendré.

GLOUCESTER Me humillaré por compasión al rey:
si no, el corazón se le saldría
antes que yo le diera el privilegio al cura.

WARWICK Mira, señor de Winchester, el duque
ha borrado la furia de su temperamento,
como trasluce su ceño suavizado.

¿Por qué luces aún tan trágico y adusto?

GLOUCESTER Winchester, te ofrezco aquí mi mano.

REY ENRIQUE ¡Tío Beaufort, qué vergüenza! Te he oído predicar
que la malicia es un pecado grande y grave;
¿y no sostendrás acaso lo que dices
siendo tú el principal ofensor?

WARWICK ¡Dulce rey! El obispo ha recibido una amable lección:
mi señor de Winchester, qué vergüenza, sosiégate.
¿Habrá un niño de decirte qué hacer?

WINCHESTER Bien, duque de Gloucester, me entrego a ti;
doy amor por amor, mano por mano.

GLOUCESTER (*Aparte.*) Temo que sea con corazón falso.
(*A los otros.*) Vean, amigos, compatriotas,
sirva esta prenda como tregua
entre nosotros y nuestros seguidores.

WINCHESTER (*Aparte.*) Que Dios me ayude; pues no estoy dispuesto.

REY ENRIQUE ¡Oh, amado tío, buen duque de Gloucester
qué contento estoy con este pacto!
(*A los SERVIDORES.*) ¡Vayan, señores; no causen más problemas!
Háganse amigos, como sus señores.

PRIMER SERVIDOR Estoy contento; iré al cirujano.

SEGUNDO SERVIDOR Y yo también.

TERCER SERVIDOR Y yo veré qué remedio hay en la taberna.

Salen ALCALDE, SERVIDORES, etcétera.

WARWICK Gracioso soberano, acepta este documento
que exhibimos en nombre del derecho
de Ricardo Plantagenet.

GLOUCESTER Bien instado, lord de Warwick. Dulce príncipe,
si toma usted en cuenta todas las circunstancias,
encontrará grandes razones en apoyo de Ricardo
especialmente aquellas
que comenté en Eltham con su majestad.

REY ENRIQUE Y esos motivos, tío, eran de peso;
por eso, mis señores, me place que Ricardo

a su sangre restituido sea:
así reparamos las ofensas hechas a su padre.

WINCHESTER Si los demás lo quieren, también Winchester.

REY ENRIQUE Si Ricardo es sincero, no daré solo eso,
sino también la herencia
que pertenece a la casa de York,
de la cual desciende por línea directa.

PLANTAGENET Tu humilde servidor promete obediencia
y su servicio hasta la muerte.

REY ENRIQUE Inclínate pues y pon la rodilla contra mi pie.

PLANTAGENET *se arrodilla.*

Para recompensar ese deber cumplido,
te ciño la valiente espada de York.
Levántate, Ricardo, como un Plantagenet,
y levántate duque de York principescamente creado.

PLANTAGENET ¡Y prospere Ricardo, así como mueran tus enemigos!
Y mientras crezca mi deber, perezcan
aquellos que piensen en el rey con envidia.

TODOS ¡Bienvenido, gran príncipe, duque de York!

SOMERSET (*Aparte.*) ¡Muere, vil príncipe, innoble duque de York!

GLOUCESTER Ahora, le convendría a su majestad
cruzar el mar y coronarse en Francia;
la presencia de un rey engendra amor
entre súbditos y leales amigos.

REY ENRIQUE Cuando Gloucester lo diga, Enrique marchará
pues el consejo amistoso elimina muchos enemigos.

GLOUCESTER Tus barcos ya están prontos.

*Trompetas.
Salen todos salvo EXETER.*

EXETER Podemos marchar por Francia o Inglaterra
sin ver lo que probablemente ocurra.
Este disenso que creció entre pares
arde bajo las cenizas de un amor fingido
y estallará en llamas al final.
Así como los miembros se pudren poco a poco

hasta que caen los huesos y la carne y los músculos,
así crecerá esta discordia baja y envidiosa.
Ahora temo aquella fatal profecía
que en tiempos de Enrique, el llamado Quinto,
estaba en boca de cualquier niño de teta.
Que el Enrique nacido en Monmouth lo ganaría todo
y que el nacido en Windsor todo lo perdería;
lo que es tan claro, que en verdad Exeter desea
morir antes de esa hora desdichada.

Sale.

ESCENA II

*Entra la PUCELA disfrazada, con cuatro SOLDADOS
con bolsas sobre los hombros.*

PUCELA Estas son las puertas de la ciudad, las puertas de Ruan
en las que una brecha abriremos con astucia.
Presten atención, cuiden sus palabras;
hablen vulgarmente, como hombres del mercado
que vienen a obtener plata por su trigo.
Si logramos entrar, como lo espero,
y hallamos la guardia perezosa y débil,
con una señal avisaré a los amigos
para que el delfín Carlos se reúna con ellos.

PRIMER SOLDADO

Nuestras bolsas serán el medio de saquear la ciudad
y seremos dueños y señores de Ruan;
así que llamemos.

Golpea.

GUARDIA (*Desde dentro.*) *Qui là?*

PUCELA *Paysans, pauvres gens de France,*
pobres mercaderes que vienen a vender su trigo.

GUARDIA Pasen, entren: la campana del mercado acaba de sonar.

Salen.

PUCELA Ahora, Ruan, caerán tus baluartes.

ESCENA III

*Entran CARLOS, el BASTARDO, ALENÇON, RENATO
y tropas francesas.*

CARLOS ¡Que san Dionisio bendiga esta feliz maniobra!
Otra vez dormiremos tranquilos en Ruan.

BASTARDO Aquí entraron la Pucela y sus conspiradores.
Ahora que está allí, ¿cómo sabremos
cuál es el pasaje mejor y más seguro?

RENATO Agitando una antorcha desde aquella torre;
la cual indicará, una vez avistada,
que el punto más débil es por donde ha entrado ella.

*Entra la PUCELA desde una altura, agitando
una antorcha encendida.*

PUCELA Miren: he aquí la feliz antorcha nupcial
que une a Ruan con sus compatriotas,
y arde fatalmente para los talbotitas.

BASTARDO Ve, noble Carlos, la señal de nuestra amiga.
La antorcha encendida en aquella torre.

CARLOS ¡Pues brilla como un cometa de venganza,
augurio de la caída de nuestros enemigos!

RENATO No pierdas tiempo; los retrasos mal acaban.
Entra y grita «¡El delfín!» de inmediato.
Sin demora haz matanza en la guardia.

ESCENA IV

Rebato. Salen. Entra TALBOT en incursión.

TALBOT Francia, lamentarás esta traición con lágrimas
si Talbot llega a sobrevivirla.
La doncella, esa bruja, maldita hechicera,
ha causado este daño infernal tan de repente
que por poco escapamos del orgullo francés.

Sale.

ESCENA V

Rebato, escaramuzas. BEDFORD, enfermo, es transportado en una silla. Entran TALBOT y BORGOÑA por fuera; dentro, la PUCELA, CARLOS, el BASTARDO, ALENÇON y RENATO, sobre las murallas.

PUCELA ¡Buen día, caballeros! ¿Quieren trigo para el pan?
Creo que el duque de Borgoña ayunará
antes de comprar de nuevo a semejante precio.
Estaba lleno de paja. ¿Les gusta cómo sabe?

BORGOÑA ¡Búrlate, vil demonio, cortesana sin vergüenza!
Espero en breve ahogarte con tu propio trigo
y hacer que maldigas la cosecha.

CARLOS Tal vez su gracia muera de hambre antes de eso.

BEDFORD Que los hechos, no las palabras, venguen la traición.

PUCELA ¿Qué harás, buen barbagrís? ¿Romper una lanza?
¿Batirte a muerte sentado en una silla?

TALBOT ¡Demonio de Francia, bruja despreciable,
rodeada de impúdicos amantes!
¿Te parece bien insultar su valor
y tachar de cobarde a un hombre medio muerto?
Damisela, lucharé otra vez contigo
o que Talbot perezca de vergüenza.

PUCELA ¿Tanta es tu fiebre, señor? Pucela, mantén la calma.
Si Talbot truena es que habrá lluvia.

Los ingleses deliberan susurrando.

¡Que Dios apresure el parlamento! ¿Quién hablará?

TALBOT ¿Te animas a luchar con nosotros en el campo?

PUCELA Tal vez su señoría nos tome por tontos
pidiéndonos probar que es nuestro lo que es nuestro.

TALBOT No hablo con esta Hécate injuriosa
sino contigo, Alençon, y con el resto.
Como soldados, ¿vendrán ustedes a pelear?

ALENÇON *Signior*, no.

TALBOT

¡*Signior*, así te cuelguen! ¡Ruines arrieros de Francia!

Guardan las murallas como lacayos
sin atreverse a luchar como caballeros.

PUCELA ¡Largo, capitanes! ¡Fuera de las murallas!
Por su aspecto, Talbot no quiere nada bueno.
¡Que el señor sea contigo, mi señor! Solo vinimos a anunciar
que estamos aquí.

Los franceses se van de las murallas.

TALBOT Y allí, en breve, estaremos también nosotros,
o que sea puesto en duda mi renombre.
Por el honor de tu casa, herida
por los ultrajes que recibió en Francia,
jura, Borgoña, reconquistar esta ciudad o morir.
Y yo, tan cierto como que vive Enrique,
y que su padre fue aquí conquistador,
y de que en esta ciudad ahora traicionada
se enterró al gran Corazón de León,
juro conquistarla o morir.

BORGOÑA Mis juramentos son pares de los tuyos.

TALBOT Antes de partir, cuidemos al moribundo príncipe,
el bravo duque de Bedford. Ven, mi señor,
te llevaremos a un lugar mejor,
más adecuado para viejos y enfermos.

BEDFORD Lord Talbot, no me deshonres de ese modo:
me quedaré sentado ante los muros,
compañero de gloria o de derrota.

BORGOÑA Valiente Bedford, déjate persuadir.

BEDFORD No de irme de aquí; una vez leí
que el bravo Pendragon, enfermo en su litera,
salió al campo y venció a sus enemigos:
podría vivir en mí el corazón de los soldados,
ya que siempre me sentí su igual.

TALBOT ¡Corazón indómito en pecho agonizante!
¡Que así sea: que los cielos cuiden a Bedford!
Y ahora, no más cháchara, Borgoña;
reunamos nuestras dispersas fuerzas
y lancémonos contra el arrogante enemigo.

*Salvo BEDFORD y ayudantes, salen todos. Rebato. Escaramuzas.
Entran sir John FASTOLF y un CAPITÁN.*

CAPITÁN ¿Adónde vas con tanta prisa, sir John Fastolf?

FASTOLF ¿Adónde? A salvar mi vida, huyendo.

Es probable que nos derroten otra vez.

CAPITÁN ¿Cómo? ¿Escaparás abandonando a lord John Talbot?

FASTOLF Sí, a todos los Talbots del mundo, para salvar mi vida.

Sale.

CAPITÁN ¡Cobarde caballero! ¡Que la mala suerte te siga!

*Sale. Retirada. Combate.
La PUCELA, ALENÇON y CARLOS huyen.*

BEDFORD Ahora vete, alma silenciosa, cuando el cielo lo quiera.

Ya he visto a nuestros enemigos derrotados.

¿Qué fuerza, qué confianza tiene el loco?

Los que hace poco nos despreciaban, atrevidos,
ahora se contentan con salvarse huyendo.

Muere, y es llevado por dos en su silla.

ESCENA VI

Rebato. Entran TALBOT, BORGOÑA y los demás.

TALBOT ¡Perdida y recobrada el mismo día!

Borgoña, este es un doble honor;
mas que los cielos reciban esta gloria.

BORGOÑA Guerrero y marcial Talbot, Borgoña
te lleva en el corazón, y erige allí
tus nobles actos cual monumentos al valor.

TALBOT Gracias, noble duque. Y la Pucela, ¿dónde está?

Creo que su viejo pariente se ha dormido:

¿dónde están las bravatas del Bastardo, las chanzas de Carlos?

¿Qué, todo ha muerto? Ruan agacha la cabeza, apenada
de que una compañía tan valiente haya huido.

Ahora pondremos aquí un poco de orden:
destacaremos algunos oficiales expertos
y luego iremos a París con el rey

pues allí está el joven Enrique con sus nobles.

BORGOÑA Lo que dice lord Talbot place a Borgoña.

TALBOT Pero antes de ir, no olvidemos

al noble Bedford, que acaba de morir;
celebraremos sus exequias en Ruan.

Soldado más valiente nunca blandió la lanza,
corazón más noble nunca reinó en la corte,
mas potentados y reyes tienen que morir
pues ese es el final de la desgracia humana.

Salen.

ESCENA VII

Entran CARLOS el delfín, el BASTARDO de Orleans, ALENÇON, la PUCELA y sus fuerzas.

PUCELA Príncipes, que este accidente no les quite el valor,

ni lamenten que Ruan haya sido tomada;
preocuparse no cura, es más bien corrosivo
cuando se aplica a cosas sin remedio.

Dejen que triunfe un poco el excitado Talbot
y ostente su cola como un pavo real.

Le arrancaremos cola y plumas
si el delfín y los demás se dejan conducir.

CARLOS Hasta hoy hemos dejado que nos guiaras,

sin desconfiar de tu astucia;
un súbito revés no hace perder la fe.

BASTARDO (*A la PUCELA.*) Busca estrategias nuevas en tu mente

y te haremos famosa en todo el mundo.

ALENÇON (*A la PUCELA.*) Pondremos tu estatua en un sitio sagrado

para venerarte como a santa bendita:
así que ocúpate, dulce virgen, de nosotros.

PUCELA Entonces, así debe ser. Esto decide Juana:

con bellas razones y palabras endulzadas
persuadiremos al duque de Borgoña
de que deje a Talbot y nos siga.

CARLOS Por cierto, querida, si pudiéramos

no habría lugar en Francia para los de Enrique

y esa nación, en vez de alardear ante nosotros,
sería extirpada de nuestras provincias.

ALENÇON Para siempre serían expulsados de Francia,
sin tener el título de un solo ducado.

PUCELA Sus señorías verán cómo trabajo
para llevar este asunto al fin que se desea.

Suena un tambor a lo lejos.

¡Escuchen! Por el tambor se puede percibir
que sus fuerzas marchan hacia París.

Marcha inglesa.

Ahí viene Talbot, con sus colores desplegados,
y todas las tropas inglesas van detrás.

*Marcha francesa.
Entran el duque de BORGONA y sus fuerzas.*

El duque y sus tropas vienen en retaguardia,
la suerte favorable lo ha hecho rezagarse.
Llaman a una tregua: hablaremos con él.

Suenan las trompetas pidiendo tregua.

CARLOS ¡Parlamento con el duque de Borgoña!

BORGONA ¿Quién pide un parlamento con Borgoña?

CARLOS Tu compatriota, el príncipe Carlos.

BORGONA ¿Qué dices, Carlos? Estoy en camino.

CARLOS Habla, Pucela, y que tu labia lo cautive.

PUCELA ¡Valiente Borgoña, esperanza indudable de Francia!
Detente; deja hablar a esta humilde servidora.

BORGONA Habla, pero no seas tediosa por demás.

PUCELA Mira tu país, mira la fértil Francia,
ve las ciudades y pueblos barridos
por la devastación del enemigo cruel.
Como mira la madre a su enfermizo niño
cuando la muerte le cierra los ojos moribundos,
mira cómo la enfermedad consume a Francia.
Contempla las heridas, las más contra natura,

que tú mismo has abierto en su quejoso pecho.
Oh, dirige a otro sitio tu afilada espada;
golpea a los que hieren, no a los que ayudan.
Una gota de sangre del seno de tu patria
debiera doler más que torrentes de la ajena.
¡Regresa entonces con un mar de lágrimas
para lavar las manchas de tu suelo!

BORGOÑA O sus palabras me han embrujado
o me he puesto tierno de repente.

PUCELA Además, toda Francia se asombra de ti
y duda de tu legítima progenie y cuna.
¿A quién te has unido sino a un país altivo
que confiará en ti solo en su provecho?
Una vez que Talbot se haya establecido en Francia
y te haya hecho instrumento del mal,
¿quién dominará sino el inglés Enrique
para después echarte como a un proscrito?
Recordemos, y que quede como prueba;
¿no era el duque de Orleans tu enemigo?
¿Y no estaba prisionero en Inglaterra?
Pero cuando supieron que era tu rival
lo liberaron sin pagar rescate,
a pesar de Borgoña y todos sus amigos.
Comprende pues que luchas contra tus compatriotas
y te unes con quienes serán tus asesinos.
Ven, ven, regresa. Regresa, errante caballero:
Carlos y los demás te abrazarán.

BORGOÑA Estoy vencido; sus altas palabras
me abatieron como un disparo de cañón
hasta casi ponerme de rodillas.
Perdóname, patria. Y, dulces compatriotas,
señores: acepten este cordial abrazo.
Mis fuerzas, y el poder de mis hombres, son suyos.
Así que adiós, Talbot; ya no confío en ti.

PUCELA (*Aparte.*) Tal como un francés: se da vuelta una vez y otra.

CARLOS ¡Bienvenido, bravo duque! Tu amistad nos renueva.

BASTARDO Y engendra más valor en nuestros pechos.

ALENÇON La doncella ha hecho un gran trabajo,

y merece por ello una guirnalda de oro.

CARLOS Ahora vamos, señores, y juntémonos
para ver cómo dañar al enemigo.

Salen.

ESCENA VIII

*Entran el REY ENRIQUE, GLOUCESTER, el obispo de WINCHESTER, YORK, SUFFOLK,
SOMERSET, WARWICK, EXETER, VERNON, con rosas blancas, BASSET, con rosas rojas, y
otros.*

Con sus soldados, TALBOT.

TALBOT Mi gracioso príncipe, honorables pares,
al saber de su arribo al reino
di tregua a mis guerras por un tiempo
para rendir tributo al soberano:
en signo de lo cual, este brazo,
que en obediencia conquistó cincuenta fortalezas,
doce ciudades, siete fortificadas,
más quinientos cautivos de renombre,
deja caer la espada a los pies de su alteza
y, con lealtad y corazón sumiso,
atribuye la gloria de sus logros
primero a Dios y después a su gracia.

Se arrodilla.

REY ENRIQUE Tío Gloucester, ¿este es lord Talbot,
que tanto tiempo ha residido en Francia?

GLOUCESTER Sí, soberano, si a su majestad le place.

REY ENRIQUE ¡Bienvenido, bravo capitán, lord victorioso!

Cuando era joven, aunque no soy viejo,
recuerdo que mi padre decía
que nunca campeón más fuerte empuñó la espada.
Hace tiempo que oímos de tu honestidad,
de tus fieles servicios y tu esfuerzo en la guerra.
Sin embargo, nunca recibiste recompensa,
ni la del agradecimiento,
ya que hasta ahora nunca te habíamos visto.
Por tanto, de pie (TALBOT *se levanta.*). Y por estos méritos,

te hacemos aquí duque de Shrewsbury;
y ocupa tu sitio en mi coronación.

Fanfarrias.

Salen todos salvo VERNON y BASSETT.

VERNON Ahora tú, señor, tan ardoroso en el mar
para denigrar los colores que llevo
en honor de mi noble lord de York:
¿osas mantener tus palabras?

BASSETT Sí, señor; tanto como tú oses defender
tu ladrido impertinente y malicioso
contra mi señor, el duque de Somerset.

VERNON Truhán, honro a tu señor en lo que es.

BASSETT ¿Y qué es? Un hombre tan bueno como York.

VERNON Verás; no es así: como prueba, toma esta.

Le pega.

BASSETT Villano, ya conoces la ley de las armas;
para quien saque la espada, la muerte es inmediata.
De lo contrario, este golpe te haría saltar la sangre.
Mas iré con el rey para pedirle
el derecho de vengar esta ofensa.
Cuando vuelvas a verme, será a tus expensas.

VERNON Bien, infiel, estaré ahí tan pronto como tú.
Te encontraré antes de lo que quisieras.

CUARTO ACTO

ESCENA 1

Fanfarria. Reunión de Estado. Entran el REY ENRIQUE, GLOUCESTER, el obispo de WINCHESTER, YORK, SUFFOLK, con rosas rojas, SOMERSET, WARWICK, con rosas blancas, TALBOT, EXETER, el gobernador de París y otros.

GLOUCESTER Señor obispo, pon la corona en su cabeza.

WINCHESTER ¡Dios salve al rey Enrique, el sexto con su nombre!

GLOUCESTER Gobernador de París, haz el juramento de no elegir a otro rey que no sea él.
No estimes como amigos sino a sus amigos,
ni tengas como enemigos sino a los que urden intrigas maliciosas en contra de su Estado.
¡Esto harás, y así te ayude Dios!

Entra sir John FASTOLF.

FASTOLF Gracioso soberano, mientras venía de Calais,
premio por llegar a su coronación,
llegó a mis manos una carta
del duque de Borgoña, dirigida a su gracia.

TALBOT ¡Vergüenza para ti y el duque de Borgoña!
Juré, vil caballero, que cuando te encontrara
te arrancaría la jarretera, cobarde,

Se la arranca.

lo cual he hecho, porque sin mérito alguno
te otorgaron esta alta jerarquía.
Perdón, su majestad Enrique, y los demás:
este arrugado, en la batalla de Patay,
cuando yo no tenía más de seis mil hombres,
y los franceses estaban casi diez a uno,
antes que nos batiéramos, de que se diese un golpe,
huyó como un fiable caballero.
En ese ataque perdimos mil doscientos hombres;
yo mismo y otros diversos señores
fuimos sorprendidos y hechos prisioneros.
Así que juzguen, señores, si actué mal,

si tales cobardes debieran llevar
este ornamento de la caballería.

GLOUCESTER A ser franco, fue un hecho infame
y deshonoroso para un hombre común,
y más para un caballero, capitán o jefe.

TALBOT Cuando se estableció esta orden
llevaban jarretera los de noble cuna,
valientes y orgullosos, de altivo coraje,
de crédito aumentado por las guerras.
Aquellos sin miedo a la muerte, ni encogidos por la pena,
siempre decididos en ambos extremos.
Quien no posee tales valores usurpa
el sagrado nombre de caballero
y profana, por tanto, esta honorable orden.
Debiera (si soy digno de juzgar) ser degradado,
como rústico de humilde cuna
que presume de tener sangre noble.

REY ENRIQUE ¡Mancha de tus compatriotas, ya oíste tu condena!
Empaca, entonces, tú que fuiste caballero;
desde hoy te desterramos, bajo pena de muerte.

Sale John FASTOLF.

Y ahora, lord protector, mira la carta que ha enviado
nuestro tío, el duque de Borgoña.

GLOUCESTER ¿Qué significa esto? ¿Ha cambiado su estilo?
¡Lisa y llanamente, apenas un «Al rey»!
¿Ha olvidado quién es su soberano?
¿O acaso esta dedicatoria burda
supone alguna alteración de voluntad?
¿Qué es esto? «Por una causa especial,
conmovido por el desastre de mi patria
y apiadado por las quejas
de las que se alimenta tu opresión,
he abandonado tu malvado bando
para unirme a Carlos, el justo rey de Francia.»
¡Monstruosa traición! ¿Puede ser
que en la alianza, la amistad, los juramentos,
pueda esconderse tan falso disimulo?

REY ENRIQUE ¿Qué? ¿Mi tío Borgoña se ha rebelado?

GLOUCESTER Lo ha hecho, mi señor, y ahora es tu enemigo.

REY ENRIQUE ¿Es eso lo peor que contiene la carta?

GLOUCESTER Lopeor, señor, y todo cuanto dice.

REY ENRIQUE Entonces; lord Talbot hablará con él
y lo castigará por este abuso.

(A TALBOT.) ¿Qué dices, milord? ¿No estás contento?

TALBOT ¿Contento, mi señor? Si no me lo impidieran,
yo mismo habría rogado que me lo ordenasen.

REY ENRIQUE Entonces junta fuerzas y ve derecho a él.
Que sepa cuán mal tomamos su traición
y qué grave es burlar a los amigos.

TALBOT Voy, mi señor, ansioso de que veas
al enemigo sumido en confusión.

Entran VERNON y BASSETT.

VERNON Concédeme el combate, gracioso soberano.

BASSETT Y a mí, señor, dame el combate también.

YORK (*Al REY ENRIQUE señalando a VERNON.*)

Este es mi servidor: noble príncipe, escúchalo.

SOMERSET (*Señalando a BASSETT.*)

Y este el mío: dale permiso, dulce Enrique.

REY ENRIQUE Sean pacientes, señores, y déjenlos hablar.

Digan, caballeros, por qué gritan así:

¿para qué piden combatir? ¿Y con quién?

VERNON Con él, señor, pues me ha ofendido.

BASSETT Y yo con él, pues me ha ofendido.

REY ENRIQUE Quiero saber primero

cuál es la ofensa de la que ambos se quejan:
luego responderé.

BASSETT En el cruce por mar entre Inglaterra y Francia
este sujeto, con lengua maliciosa
se burló de mí por la rosa que llevo.
Dijo que el color sanguíneo de las hojas
era el de las mejillas de mi amo,

rojas de vergüenza: tercamente negó
la verdad de una cuestión legal
que entre el duque de York y él se discute,
y dijo otras palabras viles y oprobiosas.
En respuesta a ese duro reproche
y en defensa del valor de mi amo,
pido el beneficio de la ley de armas.

VERNON Y lo mismo pido yo, noble señor;
pues aunque este hombre parezca, con extrañas fantasías,
dar un barniz a su atrevido intento,
que quede claro: él me provocó,
y fue quien empezó, criticando mi enseña,
diciendo que la pálida flor denunciaba
el débil corazón de mi señor.

YORK ¿No cesará esta malicia, Somerset?

SOMERSET Tu rencor personal, York, saldrá a la luz
aunque lo sofoques con tu astucia.

REY ENRIQUE Buen señor, ¡qué locura domina las mentes afiebradas
si por tan frívolas y ligeras razones
tales rivalidades aparecen!
Buenos primos de York y Somerset:
cálmense, les pido. Apacígüense.

YORK Que primero este delito se resuelva en la lucha
y luego su majestad nos ordene la paz.

SOMERSET La disputa solo nos concierne a nosotros;
decidámoslo pues entre dos.

YORK He ahí mi prenda. Acéptala, Somerset.

VERNON (Al REY ENRIQUE.) No; que quede donde comenzó.

BASSETT (Al REY ENRIQUE.) Consiente en ello, mi honorable señor.

GLOUCESTER ¡Consiente en ello! ¡Así se agote su pleito
y ambos perezcan con su charla pendenciera!
Presuntuosos vasallos, ¿no los avergüenza
que este escándalo inmodesto y clamoroso
a nosotros y al rey nos incomode?
Y ustedes, señores, pienso que no hacen bien
en permitirles esas perversas objeciones;

mucho menos en tomar de sus bocas
una ocasión para pelear unos con otros.
Déjenme persuadirlos de hacer algo mejor.

EXETER Esto apena a su alteza; señores, reconcíliense.

REY ENRIQUE Vengan, ustedes que quieren combatir.

Desde ahora les encargo, si quieren mi favor,
que olviden esta querrela y sus motivos.
Y ustedes, señores, recuerden dónde estamos:
en Francia, nación frágil, temblorosa.
Si los franceses ven conflicto en nuestros rostros
y desacuerdo en nuestras filas,
sus resentidos vientres se verán llamados
al desacato ansioso y la revuelta.
Además, qué infame será
que otros príncipes sepan con certeza
que por una nadería, cosa irrelevante,
¡los pares de Enrique, su principal nobleza
se destruyeron y perdieron Francia!
¡Piensen en las conquistas de mi padre;
en mi tierna edad, y en que no se pierda
por insignificancias lo que se logró con sangre!
Déjenme ser juez de este dudoso esfuerzo.
No veo razón alguna, si llevo esta rosa

Se pone una rosa roja.

para que alguien sospeche
que me inclino más a Somerset que a York.
Los dos son mis parientes y los quiero a ambos.
Del mismo modo, pueden reprocharme la corona,
ya que, sin duda, está coronado el rey de Escocia.
Pero mejor puede su discreción persuadir
de que soy capaz de instruir o enseñar.
Por lo tanto, como llegamos a la paz,
seguiremos en la paz y el amor.
Primo de York, a tu gracia instituímos
que sea regente de estas partes de Francia.
Y, mi buen lord de Somerset, reúne
tu tropa de jinetes con los hombres de a pie
y, con leales súbditos, hijos de sus padres,
vayan alegremente juntos y derramen

su amarga cólera en los enemigos.
Nosotros, mi lord protector y los demás,
retornaremos a Calais después de descansar.
De allí a Inglaterra, donde espero en breve
que sus victorias traigan ante mí
a Carlos, Alençon y su sarta de traidores.

Trompetas.

Salen todos salvo YORK, WARWICK, EXETER y VERNON.

WARWICK Te digo, mi señor de York, que el rey
hizo muy bien el papel de orador.

YORK Así fue, pero así y todo no me gusta
que lleve la insignia de Somerset.

WARWICK Vaya, fue solo un capricho, no lo culpes.
Presumo, dulce príncipe, que no lo hizo por mal.

YORK Y si pensara que sí... Pero dejémoslo.
Hay que ocuparse de otras cosas.

Salen todos salvo EXETER.

EXETER Bien hiciste, Ricardo, en reprimir tu voz.
Si hubieran estallado las pasiones de tu pecho
temo que hubiéramos visto descifrado aquí
más odio rencoroso, más furiosas disputas
que las que imaginar o suponerse pueda.
Sin embargo, no hay tonto que no vea
esta discordia entre la nobleza,
este enfrentarse en la corte,
la sectaria pendencia de los favoritos,
sino como presagio infausto.
Es mucho que los cetros caigan en manos infantiles,
pero más que la envidia cause división:
de ahí viene la ruina, y nace el caos.

Sale.

ESCENA II

Ante Burdeos. Entra TALBOT con un corneta, un tambor y soldados.

TALBOT Corneta, ve a las puertas de Burdeos.

Convoca a su general a la muralla.

Suena la corneta.

Entran el GENERAL francés y otros, por arriba.

Capitanes, es el inglés John Talbot quien los llama,
el que sirve en armas a Enrique de Inglaterra.
Y quiere esto: abran las puertas,
sean humildes, llamen soberano al mío,
ríndanle homenaje y obediencia;
si es así, me retiraré con mi sangrienta fuerza.
Pero si desdeñan esta oferta de paz,
tentarán la furia de mis tres servidores,
el hambre descarnada, el acero cortante, las llamas trepadoras
que en un instante han de arrasar
sus imponentes y orgullosas torres
si rechazan la oferta de su amor.

GENERAL ¡Ominoso y terrible búho de muerte,
terror y azote de nuestra nación!
Tu tiranía llega a su final:
solo por la muerte podrás invadirnos
porque, afirmo, estamos bien fortificados;
y somos lo bastante fuertes para salir a pelear.
Si te retiras, el delfín, bien rodeado,
espera para enredarte con estratagemas.
A cada flanco hay escuadrones apostados
para impedirte huir; de ningún modo
podrás dar vuelta para contraatacar;
la muerte te enfrenta con la inmediata ruina:
estás cara a cara con el pálido fin.
Diez mil franceses han hecho el juramento
de no descargar su temible artillería
sobre ningún alma cristiana salvo Talbot el inglés.
¡Allí estás, hombre valiente que respira
un espíritu invencible, inconquistable!
Esta es la gloria final de un elogio
con que yo, tu enemigo, así te invisto.
Pues antes que el reloj, que ya empezó a correr
cumpla la hora de arena en su proceso,
estos ojos, que ahora te ven de buen color,
te verán marchito, pálido, ensangrentado y muerto.

Tambor a lo lejos.

¡Escucha! ¡Escucha! El tambor del delfín, campana de alarma,
canta música grave para tu alma asustada;
la mía tocará tu lúgubre partida.

Sale.

TALBOT No fabula; oigo al enemigo.

Que rápidos jinetes inspeccionen sus alas.

Salen uno o más.

¡Oh, disciplina negligente y floja!
¡Nos han cercado en esta empalizada,
como tímidos ciervos ingleses en rebaño
que rodea, ladrando, una jauría de cuzcos!
Si somos ciervos ingleses, que sea en forma;
no como inferiores que un mordisco abate,
sino cual gamos desesperados y furiosos
que vuelven las testas de acero a los sabuesos
y los mantienen, cobardes, a distancia.
Que vendan todos la vida tan cara como yo
y no seremos ciervos serviles.
Dios y san Jorge, Talbot y el derecho inglés:
¡que medren nuestros colores en la peligrosa batalla!

Salen.

ESCENA III

*Entran un MENSAJERO que va al encuentro de YORK;
a quien acompañan trompetas y soldados.*

YORK ¿Ya volvieron los rápidos exploradores
que rastreaban a las huestes del delfín?

MENSAJERO Han regresado, mi señor, y dicen
que marchó a Burdeos con sus fuerzas
para luchar contra Talbot: mientras andaba,
los espías descubrieron dos tropas
más numerosas que la del delfín,
que se le unieron para ir a Burdeos.

YORK ¡Caiga una plaga sobre el villano Somerset
que así retrasa el prometido envío

de jinetes reclutados para el sitio!
El ilustre Talbot espera mi ayuda
y soy burlado por un traidor villano.
No puedo ayudar al noble caballero.
Que Dios lo ampare en su necesidad.
¡Si le va mal, adiós a Francia!

Entra otro mensajero, sir William LUCY.

LUCY Excelso jefe de nuestra fuerza inglesa,
nunca más necesario en tierras de Francia.
Corre pronto al rescate de Talbot
a quien ahora rodea un círculo de hierro
y cerca la tenebrosa destrucción.
¡A Burdeos, noble guerrero! ¡A Burdeos, York!
De otro modo, adiós a Talbot, a Francia y al honor inglés.

YORK ¡Dios, ojalá Somerset, cuyo orgulloso corazón
detiene a mis jinetes, estuviese allí por Talbot!
Así salvaríamos a un bravo caballero
y perderíamos a un cobarde y un traidor.
Loco de furia destructora, lloro
porque morimos mientras los canallas duermen.

LUCY ¡Envía alguna ayuda al desdichado lord!

YORK Él muere, nosotros perdemos; yo faltó a mi palabra;
lloramos, Francia sonrío; perdemos, ellos ganan día a día:
y todo por el infame traidor de Somerset.

LUCY Entonces, Dios se apiade del alma de Talbot;
y de su hijo, el joven John, a quien hace dos horas
encontré cuando iba a ver a su padre.
Talbot no ha visto a su hijo en siete años
y se reúnen ahora, cuando acaban sus vidas.

YORK ¡Ay! ¿Qué alegría le dará al noble Talbot
recibir a su hijo al borde de la tumba?
¡Basta! Casi me corta el aliento la pena
de ese íntimo encuentro a la hora de la muerte.
Adiós, Lucy; mi fortuna no puede hacer más
que maldecir la causa por la cual no ayudo
a ese hombre. Hemos perdido Maine, Blois, Poitiers y Tours
y todo por Somerset y su retraso.

Salen todos salvo LUCY.

LUCY Así, mientras el buitre de la sedición
se alimenta del pecho de tan grandes guerreros
la dormida indolencia traiciona y pierde
lo que había conquistado nuestro conquistador
apenas enfriado, ese hombre que siempre vivirá
en la memoria, Enrique Quinto. Mientras otros chocan
vidas, honores, tierras y todo corre hacia la nada.

ESCENA IV

*Entra SOMERSET
con su ejército.*

SOMERSET (*A un CAPITÁN.*) Es muy tarde: ya no puedo enviarlos.

Esta expedición fue ideada muy de apuro
por York y Talbot: toda nuestra fuerza
puede ser vencida si de la misma ciudad
sale una partida. El atrevido Talbot
ha empañado el lustre de su honor
con esta aventura loca y descuidada.
York lo mandó a pelear y a vivir en la vergüenza
de que, al morir Talbot, él fuera el grande.

Entra LUCY.

CAPITÁN Aquí está William Lucy, quien conmigo
salió de nuestras abrumadas fuerzas por ayuda.

SOMERSET ¡Bueno, sir William! ¿De dónde te envían?

LUCY ¿De dónde, mi señor? De Talbot, el vencido y engañado,
quien, hostigado por la adversidad,
clama por los nobles York y Somerset
para ahuyentar de sus legiones a la muerte.
Y mientras el glorioso capitán
vierte sangre por sus miembros abatidos
y espera lo rescaten, aguantando con valor,
ustedes, sus falsas esperanzas, prendas del honor inglés,
con inútil, envidia se mantienen ajenos.
No dejen que su pleito privado
impida el socorro que podría salvarlo;

mientras él, renombrado y noble caballero,
entrega su vida al azar. Lo cercan
Orleans el Bastardo, Carlos, Borgoña, Alençon, Renato,
y Talbot perece por la defección de ustedes.

SOMERSET York lo mandó; York debería ayudarlo.

LUCY Y York se queja asimismo de tu gracia
jurando que retienes a sus huestes,
reclutadas para la ocasión.

SOMERSET York miente; podría haber pedido los caballos.

No le debo obediencia, menos amor.
Me despreciaría si los enviara servilmente.

LUCY No la fuerza francesa, sino el engaño inglés
es lo que entrapa al noble Talbot:
nunca volverá a Inglaterra vivo
y muere entregado a la fortuna por un pleito.

SOMERSET Vamos; despacharé enseguida los caballos.

En seis horas estarán a su servicio.

LUCY El rescate llega tarde. Ya está preso, o muerto;
si intentara huir, ya no podría hacerlo,
y aunque pudiera, jamás escaparía.

SOMERSET Si está muerto el bravo Talbot, *adieu*.

LUCY Su fama vive en el mundo, su vergüenza en ti.

Salen.

ESCENA V

*Campamento inglés, cerca de Burdeos. Entran TALBOT
y su hijo JOHN.*

TALBOT ¡Joven John Talbot! Mandé por ti
para adiestrarte en estrategias militares
y para que el nombre Talbot reviviera
cuando la edad exánime y los brazos sin fuerza
llevaran a tu padre a su silla de reposo.
¡Malignas estrellas agoreras!
Hoy has llegado a una orgía de muerte,

a un peligro terrible, inevitable.
Por eso, hijo querido, monta mi caballo más ágil
y te diré por dónde, puedes escapar
súbitamente. Anda, no demores, parte.

JOHN ¿Es mi nombre Talbot? ¿Soy tu hijo?
¿Y debo huir? Oh, si amas a mi madre,
no degrades su honorable nombre
haciendo de mí un esclavo y un bastardo.
Todos dirán: no es sangre de Talbot
si vilmente huyó, cuando el noble Talbot resistía.

TALBOT Huye para vengar mi muerte si me matan.

JOHN El que así escapa ya no vuelve.

TALBOT Si nos quedamos ambos, ambos moriremos.

JOHN Entonces, deja que me quede, y vete tú.
Tu pérdida es cosa grande, así es tu importancia.
Mi valor se desconoce, perderme no significa nada.
Poco pueden alardear los franceses de mi muerte;
de la tuya lo harían. Sin ti no hay esperanza.
La huida no empaña el honor que has obtenido,
pero la mía sí, pues ninguna hazaña he cumplido.
Todos jurarían que escapaste para sacar ventajas;
si lo hago yo, dirán que fue por miedo.
No se puede esperar que permanezca
si al comienzo mismo me acobardo y parto.
Hincado de rodillas, pido la muerte
antes que conservar mi vida con infamia.

TALBOT ¿Y tu madre? ¿Irás a la tumba su esperanza?

JOHN Sí: mejor eso que avergonzar su vientre.

TALBOT Con mi bendición, te ordeno irte.

JOHN A combatir iré, no a huir del enemigo.

TALBOT Algo puede salvarse de tu padre en ti.

JOHN Nada de él puede quedar como vergüenza.

TALBOT Nunca tuviste fama, ni puedes perderla.

JOHN Sí, la fama de tu nombre: ¿he de insultarla huyendo?

TALBOT Mi declaración te libraré de eso.

JOHN No podrás decir nada si estás muerto.

Si la muerte es segura, entonces vamos.

TALBOT ¿Y dejar que los míos luchen y mueran?

Tal vergüenza nunca manchó mis años.

JOHN ¿Y será mi juventud culpable?

Más no, puedo apartarme de tu lado
que si tú en dos te dividieras;
quédate, vé, haz lo que quieras; yo, lo mismo.
No viviré sin mi padre.

TALBOT Entonces, me despido de ti.

Bello hijo, nacido para morir ahora.
Ven, lado a lado vivamos y muramos.
Alma con alma vuelan de Francia al cielo.

ESCENA VI

Rebato. Incursiones en las que JOHN, el hijo de Talbot, es cercado y TALBOT lo rescata. Los ingleses rechazan a los franceses.

TALBOT ¡San Jorge y victoria! ¡Peleen, soldados!

El regente ha roto su palabra ante Talbot
y nos dejó su espada para escarnio de Francia.
¿Dónde está John Talbot? Descansa, haz una pausa;
te di la vida, te rescaté de la muerte.

JOHN ¡Oh, dos veces padre mío, dos veces soy tu hijo!

La vida que me diste ya estaba perdida
cuando con tu espada, pese al hado,
a mi hora marcada diste nueva fecha.

TALBOT Cuando tu espada sacó chispas de la cimera del delfín

el corazón de tu padre con deseos de victoria
se entibió orgulloso. Entonces mi edad
azuzada por el ímpetu juvenil y la furia guerrera,
venció a Alençon, a Orleans, a Borgoña
y te rescató del orgullo de la Galia.
Al airado Orleans, que te hizo verter sangre,
niño mío, y tuvo las primicias
de tu combate, enfrenté enseguida,

e intercambiando golpes pronto derramé
su sangre de bastardo. Y, para humillarlo,
le dije de este modo: «Vil, contaminada
y mal parida sangre tuya derramo,
mezquina y pobre, por esa sangre mía
que hiciste perder a mi hijo Talbot».
Entonces, cuando intentaba destruirlo,
llegó el rescate. Habla, amor de tu padre,
¿no estás cansado? ¿Cómo estás, John?
¿Dejarás la batalla, muchacho, y volarás,
ahora que eres hijo de la caballería?
Vete para vengarme cuando muera:
la ayuda de uno me sirve de poco.
¡Oh, qué locura es, bien lo sé,
arriesgar nuestras vidas en una pequeña barca!
Si hoy no muero por la furia francesa,
mañana moriré de viejo.
Nada ganan conmigo si me quedo:
es acortar mi vida un solo día.
En ti mueren tu madre y nuestro nombre,
la venganza de mi muerte, tu juventud, la fama de Inglaterra.
Todo eso y más arriesgas si te quedas;
todo eso se salva si tú escapas.

JOHN La espada de Orleans no me causó dolor;
tus palabras arrancan sangre de mi pecho.
Con semejante beneficio, comprado con vergüenza,
para salvar una vida miserable y liquidar la fama,
¡antes que el joven Talbot escape del viejo
que el cobarde caballo que me lleve muera!
¡Y que me iguale a campesinos franceses
como alguien que da oprobio y mala suerte!
Seguramente, por la gloria que has ganado,
si huyo, no soy hijo de Talbot.
No hables pues de huir; esto no es broma:
si soy hijo de Talbot, moriré a sus pies.

TALBOT Entonces, Ícaro, sigue a tu señor de Creta:
dulce es tu vida para mí.
Si luchas, hazlo junto a tu padre:
una vez demostrado quiénes somos, muramos con orgullo.

Salen.

ESCENA VII

*Rebato. Incursiones.
Entra TALBOT seguido por un SIRVIENTE.*

TALBOT ¿Dónde está mi otra vida? La mía se ha ido;
¿dónde está el joven Talbot? ¿Dónde está el valiente John?
Muerte triunfante, manchada en la derrota,
viendo el valor de John, me sonríó ante ti;
cuando me vio arrugarme y de rodillas
blandió su espada sangrienta sobre mí
y, como león hambriento, emprendió
rudas acciones con impaciencia y furia;
pero cuando mi airado guardián quedó solo,
compadecido por mi ruina, y sin acoso,
la furia de sus ojos y de su corazón
lo apartaron de pronto de mi lado
y en confusa batalla entró con los franceses.
En ese mar de sangre ahogó mi muchacho
su alma indómita, y allí murió,
orgullosa, mi flor, Ícaro mío.

SIRVIENTE Mira, querido señor, traen a tu hijo.

*Entran soldados con el cadáver
del joven TALBOT.*

TALBOT Tú, antigua muerte, que desdeñosa te ríes de nosotros,
de golpe, con tu insultante tiranía,
unidos en lazos de perpetuidad,
dos Talbot, alados por el libre cielo
despreciándote se harán inmortales.
¡Oh, tú, cuyas heridas embellecen a la muerte,
habla conmigo antes del último aliento!
Desafía a la muerte hablando, lo quiera o no;
imagina que es un francés y tu enemigo,
¡pobre muchacho! Sonríe, creo, como quien dice:
«Si la muerte fuera francesa, hoy habría muerto».
Vengan, pónganlo en brazos del padre:
mi espíritu ya no aguanta tanto daño.
¡Soldados, adiós! Tengo lo que debía tener:
en mis viejos brazos yace el joven John.

Muere. Entran CARLOS, ALENÇON, BORGOÑA, el BASTARDO, la PUCELA y tropas.

CARLOS Si York y Somerset hubieran llegado,
este habría sido sin duda un día sangriento.

BASTARDO ¡Cómo, el joven cachorro de Talbot, con locura,
hundió su inexperta espada en nuestra sangre!

PUCELA Me lo encontré una vez, y así le hablé:
«Joven virginal, por una virgen sé vencido»,
pero, con majestuoso y altivo desprecio,
contestó: «El joven Talbot no nació
para botín de una mujer lasciva».
Y así, precipitándose entre los franceses,
me dejó con orgullo, como enemigo indigno.

BORGOÑA Sin duda habría sido un noble caballero:
¡vean cómo yace sin vida en los brazos
del más sangriento promotor de sus males!

BASTARDO
¡Córtalos en pedazos! Parte los huesos de esos hombres
cuya vida era la gloria de Inglaterra,
el asombro de Francia.

CARLOS No, detente: no dañemos
en muerte lo que temimos en vida.

*Entra sir William LUCY
con un heraldo francés.*

LUCY Heraldo, condúceme a la tienda del delfín
para saber quién obtuvo la gloria de este día.

CARLOS ¿Con qué sumiso mensaje te han enviado?

LUCY ¿Sumiso, delfín? Es palabra francesa,
los guerreros ingleses no sabemos qué es.
Vengo a saber a quién tomaste prisionero
y a ver los cuerpos muertos.

CARLOS
¿Preguntas por los prisioneros? Nuestra prisión es el infierno:
dime a quién buscas.

LUCY ¿Dónde está el gran Alcides,
el valiente lord Talbot, conde de Shrewsbury,
nombrado, por su éxito en las armas,
gran duque de Washford, Valencia y Waterford;

lord Talbot de Goodrich y Urchinfield,
lord Strange de Blackmere, lord Verdun de Alton,
lord Cromwell de Wingfield, lord Furnival de Sheffield,
lord de Falconbridge, tres veces victorioso;
caballero de la noble orden de San Jorge,
San Miguel y el vellocino de oro:
gran *maréchal* de Enrique Sexto,
en todas sus guerras en el reino de Francia?

PUCELA ¡Vaya estilo majestuoso y necio!

Ni los turcos, que poseen cincuenta y dos reinos,
hablan de forma tan tediosa.

Ese a quien magnificas con sus títulos
yace a nuestros pies, hediondo y comido por las moscas.

LUCY ¿Ha muerto Talbot, su único azote,

terror y negra Némesis del reino?

¡Ojalá mis ojos se volvieran balas
para tirárselas furiosamente a la cara!

¡Si pudiera volver a esos muertos a la vida!

Bastaría para asustar al reino de Francia.

Con que solo su imagen quedara entre ustedes
hasta el más orgulloso se asombraría.

Denme sus cuerpos para que me los lleve
y los sepulte como su valor exige.

PUCELA Creo que este es el fantasma de Talbot

pues habla con espíritu orgulloso y dominante.

¡Por Dios, que se los lleven! Si quedaran aquí
apestarían y ensuciarían el aire.

CARLOS Vamos, retiren los cadáveres.

LUCY Me los llevaré; pero saldrá de sus cenizas

un ave Fénix que atemorizará a toda Francia.

CARLOS Mientras nos libremos de ellos, haz lo que quieras.

Y ahora, a París, con ánimo vencedor.

Todo será nuestro, ya que ha muerto
el sanguinario Talbot.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Trompetas. Entran el REY ENRIQUE, GLOUCESTER y EXETER y otros.

REY ENRIQUE ¿Has examinado con cuidado las cartas del Papa, del emperador y el duque de Armagnac?

GLOUCESTER Lo hice, mi señor, y esto significan: humildemente piden a su alteza que alcance una sagrada paz entre los reinos de Inglaterra y Francia.

REY ENRIQUE ¿Qué parece a tu gracia la moción?

GLOUCESTER Es buena, señor; el único medio de frenar el desborde de sangre cristiana y establecer la paz en ambos bandos.

REY ENRIQUE Sí, tío; siempre he pensado que era tan impío como antinatural que atrocidades y atropellos tales reinen entre quienes profesan la misma fe.

GLOUCESTER Además, para efectuarlo de inmediato y asegurar este bazo de amistad el duque de Armagnac, muy próximo a Carlos, hombre de gran autoridad en Francia, entrega a su merced su única hija en matrimonio, con grande y suntuosa dote.

REY ENRIQUE ¿Matrimonio, tío? ¡Pero soy muy joven! Prefiero el estudio y mis libros a perder el tiempo en un romance. Sin embargo, llama a los embajadores

Salen varios.

y haz como te plazca. Que todos pues tengan respuesta. Cualquier decisión me dejará satisfecho si glorifica a Dios y defiende a mi patria.

Entra WINCHESTER, en ropas de cardenal con un LEGADO del Papa y dos embajadores.

EXETER ¿Qué? ¿Mi señor de Winchester aquí
con jerarquía de cardenal?
Ve entonces que se comprobará
lo que hace un tiempo anunciara Enrique Quinto:
«Si alguna vez llega a ser cardenal
su birrete igualará en tamaño a la corona».

REY ENRIQUE Señores embajadores, sus pedidos
ya se han considerado y discutido.
El propósito es bueno y razonable:
hemos resuelto, por lo tanto,
acordar una paz amistosa, que queremos
que por medio de Winchester sea llevada a Francia.

GLOUCESTER (*A los EMBAJADORES.*)
Y en cuanto a lo que dice mi señor, su amo,
ya lo he informado con detalle; en tanto
le placen las virtudes de la dama
su belleza y el valor de su dote,
quiere que sea la reina de Inglaterra.

REY ENRIQUE (*A los EMBAJADORES.*)
Como razón y prueba del contrato
llévenle esta joya, prenda de mi afecto.
Por tanto, lord protector, cuida que vayan seguros
hasta Dover; y allí, embarcados,
se los confíe a la merced del mar.

*Salen todos
salvo WINCHESTER y el LEGADO.*

WINCHESTER Quédate, lord Legado; recibirás primero
la suma de dinero que prometí
le entregaría a su santidad
por vestirme con estos graves ornamentos.

LEGADO Esperaré a que estés desocupado.

WINCHESTER (*Aparte.*) En adelante Winchester no se someterá
ni será inferior al par más orgulloso.
Humphrey de Gloucester, bien verás que
ni por nacimiento ni por autoridad
puedes superar al obispo.
Haré que te inclines y arrodilles
o amotinaré al país para saquearlo.

Salen.

ESCENA II

Entran el delfín CARLOS, BORGOÑA, ALENÇON, BASTARDO, RENATO, la PUCELA y tropas.

CARLOS

Señores, acaso estas nuevas nos levanten el decaído ánimo:
los bravos parisinos se rebelan, dicen,
y enfrentan ya a los belicosos franceses.

ALENÇON Entonces ve a París, rey Carlos de Francia,
y no retengas más tus fuerzas.

PUCELA Que la paz sea con ellos si se nos unen;
¡si no, a combatir sus palacios con la ruina!

Entra un EXPLORADOR.

EXPLORADOR ¡Éxito para nuestro valiente general,
felicidad para sus compañeros!

CARLOS ¿Qué noticia traen los exploradores? Habla, por favor.

EXPLORADOR El ejército inglés, que estaba dividido
en dos partes, se ha unificado,
y quiere dar batalla de inmediato.

CARLOS Algo precipitada es la advertencia
pero enseguida nos ocuparemos de ello.

BORGOÑA Confío en que no esté allí el espíritu de Talbot;
ahora que ha muerto, señor, no hay qué temer.

PUCELA De las bajas pasiones, el miedo es la peor:
dirige la conquista, Carlos, que será tuya;
que Enrique se impacienta y todo el mundo se aflija.

CARLOS Entonces, señores, vamos. ¡Fortuna para Francia!

Salen.

ESCENA III

Alarma. Escaramuzas. Entra la PUCELA.

PUCELA El regente vence, los franceses vuelan.

Ayúdenme, mágicos encantos y amuletos,
y ustedes, espíritus selectos que me advierten
y me dan signos de accidentes futuros.

Truenos.

Ayudantes veloces, sustitutos a la orden
del monarca señorial del Norte,
¡aparezcan y asístanme en la empresa!

Entran demonios.

Esta veloz y presta aparición da pruebas
de su usual diligencia conmigo.
Ahora, espíritus familiares, elegidos
de entre las poderosas legiones subterráneas,
ayúdenme pronto, para que Francia venza.

Caminan sin hablar.

¡No prolonguen tanto su silencio!
Así como solía alimentarlos con mi sangre
me arrancaré un miembro para dárselos,
en prenda de futuros beneficios
con tal condesciendan a ayudarme.

Agachan las cabezas.

¿No hay esperanza de retribución? Mi cuerpo
será la recompensa si conceden lo que pido.

Niegan con la cabeza.

¿Ni mi cuerpo ni el sacrificio de mi sangre
pueden convencerlos de cumplir como solían?
Entonces tomen mi alma (cuerpo, alma y todo)
antes de que Inglaterra haga morder el polvo a Francia.

Se van.

¡Vean cómo me abandonan! Ha llegado la hora
de que Francia baje su emplumada cimera
y apoye la cabeza en la falda de Inglaterra.
Mis antiguos conjuros se han debilitado
y el infierno es muy fuerte para luchar contra él.
Ahora, Francia, tu gloria cae al suelo.

Sale.

ESCENA IV

*IncurSIONES. BORGOÑA lucha cuerpo a cuerpo con YORK.
La PUCELA es apresada. Huyen los franceses.*

YORK Damisela de Francia, creo que te tengo bien sujeta,
desencadena a tus espíritus con apropiados conjuros
y mira si pueden liberarte.
¡Precioso premio para complacer al diablo!
(A sus SOLDADOS.) Vean cómo enarca sus cejas la fea bruja
¡como si con Circe fuera a cambiarme el aspecto!

PUCELA No podrías tener un aspecto peor.

YORK El delfín Carlos es un hombre apuesto:
para tu ojo exquisito, solo cuenta su apariencia.

PUCELA ¡Así caiga una plaga sobre ti y sobre Carlos!
¡Y que ambos sean por igual sorprendidos
mientras duermen, por ensangrentadas manos!

YORK Frena la lengua, hechicera cruel, encantadora.

PUCELA Te ruego que me dejes maldecir un instante.

YORK Maldice, villana, cuando llegues a la hoguera.

Salen.

ESCENA V

Rebato. Entra SUFFOLK con MARGARITA de la mano.

SUFFOLK Seas lo que seas, eres mi prisionera.

La mira.

¡Oh, belleza absoluta, no temas ni escapes!
Solo te tocaré con manos reverentes
y gentilmente las dejaré a tu lado.
Beso esos dedos por la paz eterna.
¿Quién eres? Dilo, para que pueda honrarte.

MARGARITA Margarita es mi nombre y soy hija de un rey;
el rey de Nápoles, quienquiera tú seas.

SUFFOLK Un duque soy, me llamo Suffolk.

No te ofendas, milagro de la naturaleza;
estabas destinada a ser mi prisionera.

Así el cisne protege a sus hijos emplumados
aprisionándolos bajo sus alas.

Sin embargo, si la servidumbre te incomoda,
ve y sé libre, como amiga de Suffolk.

Ella hace ademán de irse.

¡Oh, quédate! No tengo fuerzas para dejarla ir;
mi mano la liberaría, mas no mi corazón.

Así como el sol juega en el vidrio de las aguas
brillando en otra imagen,

así hace esta belleza con mis ojos.

Querría cortejarla, mas no me atrevo a hablar.

Para expresarme, necesito tinta y pluma.

¡Qué vergüenza, De la Pole! No te amilanes.

¿No tienes lengua acaso? ¿No está ella allí?

¿Te acobardarás ante una dama?

La majestad de su belleza es tal

que confunde la lengua y embota los sentidos.

MARGARITA Di, conde de Suffolk (si ese es tu nombre),

¿qué debo pagar como rescate?

Pues percibo que soy tu prisionera.

SUFFOLK (*Aparte.*) ¿Cómo puedes saber que te rechazará
antes de poner su amor a prueba?

MARGARITA ¿Por qué callas? ¿Cuál es mi rescate?

SUFFOLK (*Aparte.*) Es hermosa, debe ser cortejada;
es una mujer, por tanto hay que conquistarla.

MARGARITA ¿Aceptarás pues un rescate? ¿Sí o no?

SUFFOLK (*Aparte.*)

Hombre ansioso, recuerda que tienes una esposa.

¿Cómo puede Margarita ser tu amada?

MARGARITA (*Aparte.*) Mejor me voy, pues no me oye.

SUFFOLK (*Aparte.*) Así pues, todo mal; un cubo de agua fría.

MARGARITA (*Aparte.*) Sin duda está loco; dice cualquier cosa.

SUFFOLK (*Aparte.*) Sin embargo, podría haber una dispensa.

MARGARITA Sin embargo, me gustaría que me respondieras.

SUFFOLK (*Aparte.*) Ganaré a esta Margarita: ¿para quién?

Bien, para mi rey. Vaya, qué cabeza de tablón.

MARGARITA (*Aparte.*) Habla de madera: será un carpintero.

SUFFOLK (*Aparte.*) Así mi fantasía se verá satisfecha

y la paz establecida entre los reinos.

Pero hay escrúpulos también en esto;

pues aunque su padre sea el rey de Nápoles,

duque de Anjou y de Maine, es pobre,

y nuestra nobleza rechazará el arreglo.

MARGARITA Escuche, capitán: ¿lo molesto?

SUFFOLK (*Aparte.*) Así será: no habrá tanto desdén.

Enrique es joven y pronto cederá.

Señora, tengo un secreto que revelar.

MARGARITA (*Aparte.*) ¿Y qué si soy cautiva? Parece un caballero,
de ningún modo me deshonrará.

SUFFOLK Señora, promete escucharme.

MARGARITA (*Aparte.*) Tal vez me rescaten los franceses
y no deba anhelar su cortesía.

SUFFOLK Dulce señora, deja que hable por mi causa.

MARGARITA (*Aparte.*) Silencio: cautivas hubo antes que yo.

SUFFOLK Dulce señora, ¿con quién hablas?

MARGARITA Tenga piedad; solo es un equívoco.

SUFFOLK Di, gentil princesa: ¿no estimarías
bello tu cautiverio si te hicieras reina?

MARGARITA Ser reina en cautiverio es más vil
que ser esclava en baja servidumbre:
los príncipes deben ser libres.

SUFFOLK Y lo serás,
si el rey de Inglaterra lo es.

MARGARITA ¿Qué tiene que ver su libertad conmigo?

SUFFOLK Me propongo hacerte la reina de Enrique,
poner un cetro dorado en tu mano
y una preciosa corona en tu cabeza,
si condesciendes en ser mi...

MARGARITA ¿Qué?

SUFFOLK Su amor.

MARGARITA No merezco ser mujer de Enrique.

SUFFOLK No, gentil dama; soy yo el indigno
de cortejar a dama tan bella como esposa suya
(*Aparte.*) y no tengo parte en la elección.
Qué dices, señora: ¿estás contenta?

MARGARITA Si place a mi padre, estoy contenta.

SUFFOLK Que vengan pues nuestros capitanes e insignias.

Entran capitanes, insignias y trompetas.

Señora, en el castillo de tu padre
pediremos parlamento, para hablar con él.

Sones de parlamento. Entra RENATO, arriba, en la muralla.

Mira, Renato, ¡tu hija es prisionera!

RENATO ¿De quién?

SUFFOLK Mía.

RENATO Suffolk, ¿qué remedio?

Soy soldado, llorar no puedo
ni lamentar la fragilidad de la fortuna.

SUFFOLK Hay un remedio, mi señor.

Consiente, por tu honra
en que tu hija se case con mi rey,
para quien la lié cortejado y conquistado
y esta prisión tan suave
le ha ganado una libertad principesca.

RENATO ¿Dice Suffolk lo que piensa?

SUFFOLK La bella Margarita sabe
que Suffolk no adula, ni finge, ni miente.

RENATO Con tu garantía principesca bajaré
a dar respuesta a tu justa demanda.

RENATO abandona la muralla.

SUFFOLK Y yo esperaré aquí tu llegada.

*Suenan trompetas.
Abajo, entra RENATO.*

RENATO ¡Bienvenido a nuestro territorio, bravo conde!
Ordena en Anjou lo que te plazca.

SUFFOLK Gracias, Renato, padre feliz de tu dulce hija,
digna compañera de un rey,
¿qué respuesta da tu gracia a mi pedido?

RENATO En tanto condesciendes a elevar su valor
y hacerla novia de un señor semejante,
con la condición de que, tranquilo,
yo disfrute de mis propias Maine y Anjou,
libres de la opresión o de la guerra,
mi hija será mujer de Enrique, si él lo quiere.

SUFFOLK Tal es su rescate; la entrego
y me ocuparé de que disfrutes
de esos dos condados bien y en calma.

RENATO Y nuevamente, en nombre de Enrique,
como representante de ese gracioso monarca,
te doy su mano como signo de mi fe empeñada.

SUFFOLK Renato de Francia, te doy reales gracias,
ya que esto es asunto del rey.
(*Aparte.*) Y sin embargo, pienso, estaría contento
de ser mi propio abogado en este caso.
Iré a Inglaterra con estas noticias,
para formalizar el matrimonio.
Así que adiós, Renato: mantén a salvo este diamante
en palacios de oro, como le corresponde.

RENATO Te abrazo, como abrazaría en tu lugar
al príncipe cristiano, el rey Enrique.

MARGARITA Adiós, milord: buenos deseos, alabanza y rezos
es lo que siempre tendrá Suffolk de Margarita.

Empieza a irse.

SUFFOLK Adiós, dulce dama. Pero escucha, Margarita...
¿Ningún saludo principesco para mi rey?

MARGARITA Di que envió los saludos
que caben a una doncella, una virgen y su sierva.

SUFFOLK Certeras palabras, dulces y modestas.
Pero, señora, vuelvo a importunarte:
¿no hay prendas de amor para su majestad?

MARGARITA Sí, buen señor: le envió un corazón
puro y sin mota, que el amor no ha mancillado.

SUFFOLK Y además esto.

La besa.

MARGARITA Eso, para ti: no se me ocurriría
enviar a un rey regalo tan insensato.

Salen MARGARITA y RENATO.

SUFFOLK ¡Oh, si fueras! Suffolk, detente:
no debes errar por este laberinto;
allí acechan Minotauros y traiciones feas.
Estimula a Enrique alabando los prodigios de ella;
concéntrate en sus virtudes superiores,
y gracias naturales que opacan el arte;
repite a menudo su imagen en el mar
para que, cuando te arrodilles a los pies de Enrique
puedas asombrarlo hasta el desquicio.

Sale.

ESCENA VI

Entran Ricardo, duque de YORK, WARWICK y un PASTOR.

YORK Traigan a esa bruja condenada a arder.

Entra la PUCELA custodiada.

PASTOR Ah, Juana, esto mata del todo el corazón de tu padre.
Te he buscado por todas partes, cerca y lejos,
y ahora que te encuentro,
¿he de presenciar tu cruel y prematura muerte?

¡Juana, dulce hija Juana, moriré contigo!

PUCELA ¡Miserable decrepito! ¡Vil, innoble desgraciado!

Yo desciendo de sangre más noble:
tú no eres ni mi padre ni mi amigo.

PASTOR ¡Basta, basta! Señores, por favor, ¡no es así!

La engendré yo, lo sabe la parroquia entera:
su madre aún vive y puede declarar
que ella fue el primer fruto de mi juventud.

WARWICK (*A la PUCELA.*) ¡Desgraciada! ¿Negarás a tu padre?

YORK Así se prueba lo que ha sido su vida:
maligna y vil; y así acaba su muerte.

PASTOR Vergüenza, Juana, que seas tan testaruda.

Dios sabe que eres carne de mi carne
y que muchas lágrimas derramé por ti:
no me niegues, te lo pido, dulce Juana.

PUCELA ¡Largo, campesino! (*Al inglés.*)

Sobornaste a este hombre
con el fin de oscurecer mi noble cuna.

PASTOR Es verdad; el día que desposé a tu madre

le di al cura una moneda de oro.

Arrodíllate, mi niña, y ten mi bendición.

¿No te inclinarás? ¡Maldigo el día

de tu nacimiento! Ojalá la leche

que chupabas del pecho de tu madre

hubiera sido veneno para ratas.

O bien, que cuando cuidabas mis corderos en el campo

te hubiera devorado un lobo hambriento.

¿Niegas a tu padre, maldita ramera?

(*A los ingleses.*) ¡Quémenla, quémenla! La horca no basta.

Sale.

YORK Llévenla, porque ha vivido demasiado
para llenar el mundo de malas cualidades.

PUCELA Primero, dejen que les diga a quién han condenado;

a un ser que no ha nacido de un pastor despreciable,

sino de un linaje de reyes,

virtuosa y sagrada, elegida en lo alto

por inspiración de la gracia celestial
para hacer en la tierra milagros superiores.
Nunca me vinculé con espíritus malignos.
Pero ustedes, contaminados de lujuria,
manchados por la sangre sin culpa de inocentes,
corruptos, repletos de vicios
en tanto quieren la gracia que otros tienen
juzgan del todo imposible
que se abran maravillas sin la ayuda del diablo.
No, la incomprendida Juana de Arco
ha sido virgen desde su tierna infancia,
inmaculada y casta en el mismo pensamiento.
Su sangre de doncella, vertida con rigor
clamará por venganza en las puertas del cielo.

YORK Bueno, bueno. A la hoguera con ella.

WARWICK Oigan, señores: como es una doncella
no escatimen leños: que haya suficientes.
Pongan toneles de pez sobre la estaca fatal
para que la tortura sea corta.

PUCELA ¿Nada cambiará sus corazones inflexibles?
Entonces, Juana, descubre tu fragilidad,
que es por ley tu privilegio.
Llevo un niño, sangrientos homicidas:
no maten al fruto de mi vientre
aunque a mí me arrojen a violenta muerte.

YORK ¡Que el cielo nos proteja! ¿La sagrada doncella tiene un niño?

WARWICK He aquí el mayor de tus milagros:
¿a eso te han llevado tus rígidos escrúpulos?

YORK El delfín y ella han estado jugueteando;
ya me figuré que en eso se refugiaría.

WARWICK Bueno, vayan; no dejaremos bastardos vivos,
especialmente si el padre es Carlos.

PUCELA Se equivocan, el niño no es de él.
Fue Alençon quien disfrutó de mi amor.

YORK ¡Alençon! ¡Ese notorio maquiavelo!
Morirá, aunque tenga mil vidas.

PUCELA Perdónenme, los he engañado.

No fue ni Carlos ni el duque que nombré,
sino Renato, el rey de Nápoles, quien prevaleció.

WARWICK ¡Un hombre casado! Esto es intolerable.

YORK ¡Menuda chica! Creo que si no sabe bien
a quién acusar, es porque hubo muchos.

WARWICK Señal de que ha sido generosa y libertina.

YORK ¡Sin embargo, es por cierto una virgen pura!
Zorra, tus palabras te condenan con tu hijo;
no ruegues más, que es en vano.

PUCELA Entonces llévenme. Dejo mi maldición:
¡que el sol glorioso nunca arroje sus rayos
sobre la tierra donde ustedes viven! ¡Que la oscuridad
y la sombra tenebrosa de la muerte los cerquen
hasta que el mal y la desesperación
los lleven a romperse el cuello o a ahorcarse!

Sale, custodiada.

YORK Quiébrate en pedazos y consúmeme en cenizas,
maldita ministra del infierno.

*Entra el obispo de WINCHESTER,
ahora cardenal.*

WINCHESTER Lord regente, saludo a su excelencia
con cartas que encomienda el rey.
Para que sepan, señores, los estados de la cristiandad,
con remordimiento por estas excesivas luchas
han implorado seriamente una paz general
entre nosotros y los ambiciosos franceses.
Aquí mismo se acercan el delfín y su corte
para conferenciar sobre ciertas cuestiones.

YORK ¿Todo nuestro trabajo ha llevado a esto?
Después de que murieran tantos pares,
tantos capitanes, caballeros y soldados
vencidos en esta contienda, y de que sus cuerpos
se vendieran en beneficio del país,
¿hemos de llegar a una paz afeminada?
¿No hemos perdido, por traición y falsedad,

casi todas las ciudades
que nuestros padres habían conquistado?
¡Oh, Warwick, Warwick! Preveo con dolor
la pérdida absoluta del reino de Francia.

WARWICK Sé paciente, York: si llegamos a una paz
será con acuerdos tan estrictos y severos
como poco será lo que ganen los franceses.

*Entran CARLOS, ALENÇON, BASTARDO, RENATO
y otros.*

CARLOS Puesto que se acordó, señores de Inglaterra,
que esa tregua pacífica se proclamará en Francia,
venimos a que nos informen
de cuáles son las condiciones de la alianza.

YORK Habla, Winchester, pues una cólera hirviente ahoga
el estrecho pasaje de mi voz emponzoñada
al ver a nuestros siniestros enemigos.

WINCHESTER Carlos, y los demás, se decide esto:
en tanto por mera compasión y bondad,
el rey Enrique consiente
en liberar a su tierra de la aflictiva guerra
y hacer que respiren generosa paz,
de su corona serán vasallos verdaderos.
Y, Carlos, con la condición de que jures
pagarle tributo y someterte,
ocuparás el lugar de virrey, por debajo de él,
sin perder por ello tu real dignidad.

ALENÇON ¿Y ser así una sombra de sí mismo?
¿Adornarse las sienes con una corona,
pero, en sustancia y en autoridad,
no tener más privilegios que un civil?
Esta propuesta es irracional y absurda.

CARLOS Ya se sabe que poseo
más de la mitad de los territorios galos
y que allí soy respetado como rey legítimo.
¿Debo, por el deseo de conquistar el resto,
perder tanto de esa prerrogativa
por ser apenas el virrey de todo?
No, lord embajador; prefiero conservar

lo que ya tengo antes que, por codicioso,
renunciar a mis posibilidades.

YORK ¡Insultante Carlos! Por secretos medios
has intercedido para obtener alianzas.
¿Y, ahora que se llega a un compromiso,
comparas y te muestras distante?
O aceptas el título que usurpas,
por beneficio de nuestro rey
y no por reclamos merecidos,
o te atormentaremos con guerras incesantes.

RENATO (*A CARLOS.*) Mi señor, no haces bien empecinándote
en cuestionar este acuerdo.
Si lo rechazamos una vez no encontraremos
una ocasión igual, diez contra uno.

ALENÇON (*Aparte, a CARLOS.*) A decir verdad, es tu costumbre
guardar a tus súbditos de masacres
e implacables crímenes, como los que vemos a diario
prosiguiendo con nuestra hostilidad.
Por lo tanto, acepta esta promesa de tregua
que romperás cuando te plazca.

WARWICK ¿Qué dices, Carlos? ¿Aceptas nuestra condición?

CARLOS Sí, la acepto: solo pido que no reclamen ninguna
de nuestras ciudades de acantonamiento.

YORK Entonces jura fidelidad al monarca,
y, en tanto eres caballero, nunca desobedecer
ni rebelarte contra la corona de Inglaterra;
ni tú, ni tus nobles, a la corona de Inglaterra.

CARLOS y los otros juran.

Ahora, libera a tu ejército cuando quieras:
plieguen sus enseñas, callen sus tambores,
porque aquí hemos celebrado una paz solemne.

Salen.

ESCENA VII

Entra SUFFOLK hablando con el REY ENRIQUE, GLOUCESTER y EXETER.

REY ENRIQUE (A SUFFOLK.)

Noble conde, tu rara y maravillosa descripción
de la bella Margarita me ha asombrado.
Sus virtudes tocadas con dones exteriores
alimentan pasiones en mi pecho.
Y así como las ráfagas de la tormenta arrojan
al navío más potente contra la marea,
el aliento de su nombre me lleva
ora a naufragar, ora a alcanzar el sitio
donde pueda disfrutar de su amor.

SUFFOLK Vaya, mi buen señor, ese superficial relato
ha sido apenas el prefacio de su elogio.
Si yo fuera capaz de describirlas,
las perfecciones de la adorable dama
darían para un libro de líneas cautivantes,
que arrebatrían la imaginación más lerda;
y, más aún, no es tan divina
ni está tan colmada de encantos exquisitos
como para no alegrarse, con modestia
y humildad, de estar bajo tu mando.
Quiero decir, tu mando de castas y virtuosas
intenciones: de amar y honrar a Enrique como amo.

REY ENRIQUE Otras, nunca tendrá Enrique.
Por tanto, lord protector, consiente
en que sea Margarita la reina de Inglaterra.

GLOUCESTER Siendo así, consentiría en el pecado.
Su alteza sabe que está prometido
a otra dama de estima.
¿Cómo podemos dispensarnos de ese trato
sin manchar el honor con un reproche?

SUFFOLK Como hace un amo con juramentos ilícitos
o alguien que en un torneo, habiendo prometido
probar su fuerza, abandona el campo
por la superioridad del adversario.
La hija de un pobre conde es desigual partido,
por lo que puede dejársela sin ofensa.

GLOUCESTER ¿Cómo? ¿Acaso es Margarita más que eso?
Su padre no es superior a un conde,
aunque exhiba gloriosos títulos.

SUFFOLK Sí, mi señor, su padre es un rey,
de Nápoles y de Jerusalén
y goza de autoridad tan grande en Francia
que la alianza con él confirmará la paz
y mantendrá a los franceses obedientes.

GLOUCESTER También lo puede hacer el conde de Armagnac,
que es pariente cercano de Carlos.

EXETER Además, su fortuna asegura una dote opulenta,
y Renato recibe más de lo que da.

SUFFOLK ¡Una dote, señores! No avergüencen a su rey
como si fuera tan abyecto, vil y pobre,
para elegir riqueza en vez del amor perfecto.
Enrique es capaz de enriquecer a su reina
y no necesita que una reina lo enriquezca.
Los campesinos regatean por esposas
como en el mercado por bueyes, ovejas o caballos.
El matrimonio es cosa harto valiosa
para tratarla como asunto legal.
No quien quisiéramos, sino quien afecta a su gracia,
será la compañera de su lecho nupcial:
por lo tanto, señores, en tanto él la ama
eso es lo que más debe importarnos,
y que ella sea la preferida. Pues
¿qué es una boda forzada sino un infierno,
una vida de discordia y continuas peleas?
Mientras que lo contrario es una bendición
y un modelo de paz celestial.
¿Quién debe casarse con Enrique, un rey,
sino Margarita, hija de un rey?
Su apariencia sin par, unida a su cuna,
la hacen digna solamente de un rey.
Su coraje, su espíritu indomable,
mayor que el habitual en las mujeres,
responden a nuestro deseo de un sucesor.
Pues cabe que Enrique, hijo de un conquistador,
engendre otros conquistadores
si se une por amor con una dama
de tanto carácter como la bella Margarita.
Cedan, pues, señores; y concluyan conmigo
que Margarita, más que ninguna, debe ser la reina.

REY ENRIQUE Si es por la fuerza de tu informe,
mi noble lord de Suffolk, o porque
mi tierna juventud nunca ha sido alcanzada
por las llamas de pasión alguna,
no lo sé; mas estoy seguro
de que siento tal batalla en mi pecho,
tan fuertes rebatos de esperanza y miedo
que de tanto pensar me mareo.
Embárquense, pues. Marcha, milord, a Francia.
Haz todos los acuerdos, y procura
que lady Margarita prometa venir,
cruzando el mar, a Inglaterra para ser coronada
como fiel y ungida reina de Enrique.
Para costear los gastos y cargos necesarios
recojan un diezmo del pueblo.
Vayan, digo: pues, hasta que vuelvan,
quedo perplejo con mil preocupaciones.
(A GLOUCESTER.) Y tú, buen tío, descarta toda ofensa:
si me censuras por lo que fuiste,
y no por lo que eres, sé que excusarás
la precipitación de mi deseo.
Ahora llévenme a un lugar donde, solitario,
pueda rumiar y meditar mi pena.

Sale con EXETER.

GLOUCESTER Sí, pena, temo yo, al principio y al final.

SUFFOLK Así ha prevalecido Suffolk; y así se va
como alguna vez fue a Grecia el joven Paris,
con la esperanza de hallar lo mismo en el amor,
mas prosperando mejor que los troyanos.
Margarita será reina, y al rey dominará;
yo dominaré a la reina, al rey y al reino todo.

Sale.



ENRIQUE VI

PARTE 2

*versión de
Roberto Appratto*

Escrita probablemente hacia 1591. La moderna estilística señala que, en esta ocasión, la obra es, en su práctica totalidad, obra de Shakespeare. Una versión más breve — probablemente compuesta a partir del guión teatral— fue publicada en Cuarto en 1594 y reimpressa dos veces: en 1600 y en 1619. El texto impreso en el Primer Folio de 1623 parece una revisión del primer Cuarto.



DRAMATIS PERSONAE

Partidarios del rey:

REY ENRIQUE VI

REINA MARGARITA

Guillermo de la Pole, duque de SUFFOLK, amante de la reina

Duque Humphrey de GLOUCESTER, tío del rey y protector del reino

Eleanor Cobhan, DUQUESA de Gloucester

CARDENAL BEAUFORT, obispo de Winchester, tío de Gloucester y tío abuelo del rey

Duque de BUCKINGHAM

Duque de SOMERSET

Lord CLIFFORD

El JOVEN CLIFFORD, su hijo

Partidarios del duque de York:

Duque de YORK

EDUARDO, conde de March, su hijo

RICARDO, su hijo

Conde de SALISBURY

Conde de WARWICK, su hijo

Las peticiones y el combate:

Dos o tres PETICIONARIOS

Tomás HORNER, armero

PEDRO Thump, su sirviente

Tres VECINOS

Tres APRENDICES

La conjura:

Sir Juan HUME, sacerdote

Juan Southwell, sacerdote

MARGERY JORDAN, una bruja

BOLINGBROKE, conjurador

ASNATH, espíritu

El falso milagro:
Saunders SIMPCOX
Su ESPOSA
ALCALDE
Parroquianos de Saint Albans

El castigo de Eleanor:
Sirvientes de Gloucester
Dos ALGUACILES de Londres
Sir Juan STANLEY
Heraldo

El asesinato de Gloucester:
Dos ASESINOS
PUEBLO

El asesinato de Suffolk:
CAPITÁN de un barco
GRUMETE de un barco
CONTRAMAESTRE de un barco
Walter WHITMORE
Dos caballeros

La rebelión de Cade:
Jack CADE, de Kent, sobornado por el duque de York
DICK el carnicero
SMITH el hilandero
Otros seguidores de Cade
Emanuel, NOTARIO de Chatham
Sir Humphrey STAFFORD
Su HERMANO
Lord SAYE
Lord SCALES
Matías Goffe

VAUX

JUAN, un rebelde

Tres o cuatro CIUDADANOS de Londres

Alexander IDEN, un caballero de Kent

Otros:

Mensajeros, correo, asistentes, guardias, sirvientes, soldados,
halconeros

PRIMER ACTO

ESCENA I

Trompetas, después oboes. Entran el REY ENRIQUE, Humphrey duque de GLOUCESTER, SALISBURY, WARWICK y el CARDENAL BEAUFORT, por un lado; por otro, la REINA MARGARITA, SUFFOLK, YORK, SOMERSET y BUCKINGHAM.

SUFFOLK (*Arrodillándose ante el REY ENRIQUE.*)

Como su alta majestad imperial
me había encargado, al salir hacia Francia,
como procurador de su excelencia,
que desposara a la princesa Margarita
en la antigua y famosa Tours,
en presencia de los reyes de Francia y de Sicilia,
de los duques de Orleans, Calabria, Bretaña y Alençon
siete duques, doce barones y veinte reverendos obispos,
cumplí con mi tarea y me casé;
y ahora humildemente, arrodillado,
ante los ojos de Inglaterra y de sus pares,
entrego mi título en la reina
a tus graciosísimas manos, sustancia
de la gran sombra que he representado;
el más feliz regalo que jamás dio un marqués,
la reina más hermosa que jamás recibió un rey.

REY ENRIQUE Suffolk, levántate. Bienvenida, reina Margarita:

no puedo expresar signo más gentil de amor
que este beso gentil. ¡Oh, Señor que me das vida,
dame un corazón lleno de agradecimiento!
Pues has dado a mi alma, con este hermoso rostro,
un mundo de bendiciones terrenales,
si es que une nuestras mentes la simpatía amorosa.

REINA MARGARITA El exceso de amor que siento por tu grana

me impide derrochar palabras
salvo que hable más de lo que a mujer conviene.
Baste esto: tu semblante es mi dicha,
y nada puede hacer a Margarita infeliz
sino ver ceñudo al poderoso rey de Inglaterra.

REY ENRIQUE Su visión me encantó; pero la gracia del discurso,

sus palabras, vestidas en la majestad del saber,
me hacen ir del asombro al llanto de alegría;
tal es la plenitud con que mi alma se contenta.
Señores, saluden a mi amor en una alegre voz.

TODOS (*De rodillas.*)

¡Larga vida a la reina Margarita, alegría de Inglaterra!

*Trompetas.
Todos se levantan.*

REINA MARGARITA Gracias a todos.

SUFFOLK Milord protector, si place a su gracia,
estos son los artículos de la paz convenida
entre nuestro soberano y el rey Carlos de Francia,
por dieciocho meses, por consentimiento.

GLOUCESTER (*Lee.*) «*Imprimis.* Se acuerda entre el rey Carlos de Francia y
Guillermo de la Pole, marqués de Suffolk, embajador del rey Enrique de
Inglaterra, que el susodicho Enrique desposará a Margarita, hija de Renato,
rey de Nápoles, Sicilia y Jerusalén, y la coronará reina de Inglaterra antes
del siguiente trece de mayo. Ítem, que el ducado de Anjou y el condado de
Maine serán liberados y entregados al rey su padre...»

Deja caer el papel.

REY ENRIQUE Tío, ¿qué pasa?

GLOUCESTER Perdóname, gracioso lord;
un súbito espasmo me golpeó el corazón
y oscureció mi vista; no puedo leer más.

REY ENRIQUE Tío de Winchester, por favor sigue.

CARDENAL BEAUFORT (*Lee.*) «Se acuerda además que los ducados de Anjou y Maine
sean liberados y entregados al rey su padre, y que ella sea enviada a costa
del propio rey de Inglaterra, sin dote alguna.»

REY ENRIQUE Nos complacen. (*A SUFFOLK.*) Marqués, arrodíllate. (*SUFFOLK se
arrodilla.*)

*En este acto te nombramos primer duque de Suffolk,
y te ceñimos con la espada. (SUFFOLK se incorpora.)*
Primo de York,
despojamos a su gracia aquí de la regencia
de las partes de Francia, hasta que hayan pasado
dieciocho meses. Gracias, tío Winchester,

Gloucester, York, Buckingham, Somerset,
Salisbury y Warwick;
gracias a todos por el gran favor
de agasajar a mi graciosa reina.
Vengan, entren y apresurémonos
a verla coronada.

Salen el REY ENRIQUE, la REINA MARGARITA y SUFFOLK.

GLOUCESTER Bravos pares de Inglaterra, pilares del Estado,
con ustedes el duque Humphrey descargará su pena,
la de ustedes, la pena común de esta tierra toda.
¡Qué! ¿No perdió mi hermano Enrique su juventud,
su valor, su dinero, su gente en la guerra?
¿No durmió tantas veces al raso
con el frío del invierno y el calor abrasante del verano,
para conquistar Francia, su verdadera herencia?
¿Y mi hermano Bedford no usó su ingenio
para conservar con arte lo que Enrique había obtenido?
Ustedes mismos: Somerset, Buckingham,
bravo York, Salisbury, victorioso Warwick,
¿no recibieron hondas heridas en Francia y Normandía?
O mi tío Bedford, y yo mismo,
con los eruditos del reino,
¿no estudiamos tanto tiempo, sentados en consejo,
temprano y tarde, debatiendo
cómo intimidar a Francia y los franceses,
y lograr que su alteza, aún infante,
fuera coronado en París, pese a los enemigos?
Estos trabajos, estos honores, ¿morirán?
¿La conquista de Enrique, la vigilancia de Bedford,
sus acciones de guerra, nuestros consejos?
¡Pares de Inglaterra, esta alianza es vergonzosa!
Fatal este matrimonio, que elimina su fama,
tacha sus nombres del recuerdo,
arrasa con los signos de su gloria,
borra las prendas de la Francia conquistada;
¡y todo lo deshace como si nunca hubiera sido!

CARDENAL BEAUFORT

Sobrino, ¿qué significa este discurso apasionado,
esta solemne perorata?
Francia es nuestra y la conservaremos.

GLOUCESTER Sí, tío, la conservaremos, si nos es posible,
pero ahora no lo es;
Suffolk, el nuevo duque que domina todo
ha entregado el ducado de Anjou y Maine
al pobre rey Renato, cuyo pomposo estilo
no condice con lo magro de su bolsa.

SALISBURY Vaya. Por la muerte de quien murió por todos:
esos condados eran la llave de la Normandía.
¿Mas por qué llora mi valiente hijo Warwick?

WARWICK Por la pena de ya no poder recuperarlos;
si hubiera esperanza de tenerlos de nuevo,
mi espada derramaría sangre caliente,
mis ojos ni una lágrima.
¡Anjou y Maine! Ambas las gané yo;
conquisté esas provincias con mis armas...
¿Y las ciudades que gané con mis heridas
son entregadas con palabras de paz?
¡*Mort Dieu!*

YORK En cuanto al duque de Suffolk, que opaca el honor
de esta isla belicosa, ¡así se ahogue!
Francia debería haber rasgado y roto mi corazón
antes de que consintiera yo esta alianza.
Siempre oí que los reyes de Inglaterra han obtenido
de sus esposas grandes dotes y sumas de oro;
y nuestro rey Enrique regala lo que tiene
para casarse sin ventaja alguna.

GLOUCESTER ¡Una inaudita broma
es que Suffolk reclame todo un quinceavo
por los costos y gastos de transporte!
Debía haberse quedado en Francia, muerto de hambre,
antes de...

CARDENAL BEAUFORT Milord de Gloucester, te irritas demasiado:
eso fue lo que mi rey deseó.

GLOUCESTER Milord de Winchester, sé lo que piensas:
no es lo que digo lo que te disgusta
sino que mi presencia te incomoda.
El rencor saldrá a flote: orgulloso prelado,
en tu cara veo furia: si me quedo,

retomaremos nuestras viejas disputas.
Señores, adiós; y digan, cuando me haya ido,
que anuncié que Francia se perderá en breve.

Sale.

CARDENAL BEAUFORT Allí va pues nuestro protector airado.

Ustedes saben que es mi enemigo;
no, más: enemigo de todos,
y no un gran amigo, me temo, del rey.
Consideren, señores, que por sangre es el próximo
y supuesto heredero de la corona inglesa:
si Enrique hubiera conseguido un imperio en matrimonio
y todos los grandes reinos del Oeste,
tendría razones para pelear con él.
Presten atención, lores: no dejen que sus palabras suaves
les embujen el corazón; sean circunspectos y prudentes.
¿En qué lo favorece la gente común cuando
lo llama «Humphrey, el buen duque de Gloucester»
aplaudiendo y diciendo en alta voz
«¡Que Jesús conserve tu excelencia real!»
y «¡Dios proteja al buen duque Humphrey!»?
Me temo, señores, que pese a tanta adulación
se comprobará que es un protector peligroso.

BUCKINGHAM ¿Por qué, entonces, protegería al soberano,
si tiene edad para gobernar solo?
Primo de Somerset, únete a mí,
y todos juntos, con el duque de Suffolk,
sacaremos rápidamente a Humphrey de su sitio.

CARDENAL BEAUFORT Este grave asunto no admite demoras;
marcho enseguida con el duque de Suffolk.

Sale.

SOMERSET Primo de Buckingham; si bien el orgullo
y el sitio de Humphrey nos afligen
debemos vigilar al altivo cardenal;
su insolencia es más intolerable
que todos los príncipes del país vecino.
Si Gloucester es desplazado, el protector será él.

BUCKINGHAM Tú o yo, Somerset, seremos protectores,
pese al duque Humphrey o al cardenal.

Salen BUCKINGHAM y SOMERSET.

SALISBURY El orgullo salió primero: la ambición lo sigue.

Mientras estos dos trabajan para sí,
es preferible que trabajemos por el reino.
Nunca vi que Humphrey, duque de Gloucester,
no se comportara como un noble caballero.
A menudo he visto al cardenal
más como soldado que como hombre de la Iglesia;
fuerte y orgulloso como si todo dominara,
maldiciendo cual rufián y degradándose
por debajo de quien gobierna a una nación.
Warwick, hijo mío, consuelo de mi edad,
tus hechos, tu franqueza, el manejo de tu casa,
te han valido más que a nadie el favor de los comunes,
salvo el buen duque Humphrey;
y tú, mi hermano York, tus actos en Irlanda,
que sometiste a civil disciplina,
tus recientes proezas en el seno de Francia,
cuando fuiste regente de nuestro soberano,
hicieron que la gente te temiera y honrara:
por el bien de todos, unámonos
como podamos, para sujetar y barrer
el orgullo de Suffolk y del cardenal
y la ambición de Somerset y Buckingham;
y si es posible, celebremos los hechos de Humphrey
en cuanto tiendan al bien de la tierra.

WARWICK ¡Que Dios ayude a Warwick, porque ama a la tierra
y el beneficio común de su patria!

YORK (*Aparte.*) Y lo mismo dice York, que tiene más razones.

SALISBURY Vamos ya, pues, a ocuparnos de lo principal.

WARWICK ¡Lo principal!^[11] Oh, padre, Maine se ha perdido.

¡Esa Maine que ganó Warwick con suprema fuerza,
y habría conservado mientras tuviera aliento!
Padre, quisiste decir asunto principal; yo, Maine,
que le arrebataré a Francia; si no, que me maten.

Salen WARWICK y SALISBURY.

YORK Dan Anjou y Maine a los franceses;
se pierde París; el estado normando

ahora que se han ido, pende de un hilo;
Suffolk acordó en los términos,
los pares asintieron, y Enrique se contentó
con cambiar dos ducados por la bella hija de un duque.
No los puedo culpar ¿qué es para ellos?
¡Entregan lo que es tuyo, no lo propio!
Los piratas venden su pillaje por peniques,
y compran amigos, y le dan a cortesanos,
festejan como señores hasta que todo acabe;
mientras el tonto, dueño de los bienes,
llora por ellos y retuerce sus manos vacías,
sacude la cabeza y se mantiene aparte, temblando,
mientras todo se reparte y se va,
pronto a morir de hambre, sin atreverse a tocar lo suyo:
así que York debe esperar y sufrir y morderse la lengua
mientras se regatean y venden sus tierras.
Los reinos de Inglaterra, Irlanda y Francia
guardan la misma proporción con mi carne y mi sangre
que la antorcha fatal que Altea incrustara
en el pecho del príncipe de Caledonia.
¡Anjou y Maine regaladas a los franceses!
Malas noticias para mí, que anhelaba Francia
casi como el fértil suelo de Inglaterra.
Llegará el día en que York reclamará lo suyo;
y en consecuencia tomaré el papel de un Nevile
para representar mi amor al orgulloso Humphrey,
y, si advierto una brecha, reclamar mi corona;
esa es la dorada meta que persigo.
Tampoco el vanidoso Lancaster usurpará el derecho
ni conservará el cetro en su puño infantil;
ni llevará en su cabeza la diadema
ese, cuyo espíritu de iglesia no se ajusta a la corona.
Así, York, espera un poco, hasta que sea oportuno:
vigila y vela mientras los otros duermen,
para así espiar los secretos del Estado;
hasta que Enrique, saciado de alegrías amorosas
con su nueva novia, la cara reina de Inglaterra,
y Humphrey y los pares caigan en la contienda.
Entonces alzaré la rosa, blanca como la leche,
que perfumará el aire con su dulce aroma;
y llevaré las armas de York en mi estandarte

para luchar contra la casa de Lancaster
y, tal vez por la fuerza, cederé la corona,
cuyas librescas reglas a la bella Inglaterra
han derribado.

Sale.

ESCENA II

Entran GLOUCESTER y su esposa la DUQUESA.

DUQUESA ¿Por qué desfallece mi señor, como maíz pasado
que inclina su cabeza ante la abundancia de Ceres?
¿Por qué frunce el ceño el gran duque Humphrey
como si le disgustaran los favores del mundo?
¿Por qué fijas tus ojos en la lúgubre tierra
y miras lo que parece nublar tu visión?
¿Qué ves ahí? ¿La diadema de Enrique,
adornada con todos los honores del mundo?
Si es así, sigue mirando y prosterna tu rostro
hasta que tu cabeza quede igualmente circundada.
Extiende tu mano, llega al oro glorioso.
¿Qué? ¿Es muy corta? La mía te ayudará:
al haberla levantado juntos, juntos
alzaremos al cielo las cabezas
y ya nunca miraremos tan abajo
como para ceder una mirada al suelo.

GLOUCESTER Oh, Nell, dulce Nell, si amas a tu señor,
elimina el cáncer de las ambiciones.
¡Y que el momento en que imagine un daño
contra mi rey y sobrino, el virtuoso Enrique,
sea el de mi último suspiro en este mundo!
Esta noche, mi turbulento sueño me entristece.

DUQUESA ¿Qué soñó mi señor? Cuéntame, y te compensaré
con el dulce relato de mi sueño matutino.

GLOUCESTER Este bastón, la insignia de mi oficio en la corte,
se rompía en dos partes; he olvidado quién lo hacía,
pero supongo que era el cardenal;
y en los pedazos de la vara rota
estaban las cabezas de Edmundo, duque de Somerset

y de Guillermo de la Pole, primer duque de Suffolk.
Tal fue mi sueño; Dios sabe lo que anuncia.

DUQUESA Eso es solo un decir:

quien rompe una vara en la arboleda de Gloucester,
perderá la cabeza por su presunción.
Pero escúchame, mi Humphrey, dulce duque:
yo me sentaba en mi sitial de majestad
en la iglesia catedral de Winchester,
en esa silla donde reyes y reinas fueron coronados:
y allí Enrique y la dama Margarita, hincados ante mí,
ponían la diadema en mi cabeza.

GLOUCESTER Eleanor, entonces debo reprenderte;

dama presuntuosa, mal educada Eleanor,
¿no eres la segunda mujer del reino
y esposa del protector, que te ama?
¿No hay placeres mundanos a tu alcance
más allá de los límites de tu pensamiento?
¿Y sin embargo urdes traiciones
para arrojar a tu esposo y a ti misma
de la cima del honor al pie del infortunio?
¡Aléjate de mí, no quiero oírte más!

DUQUESA ¡Bueno, bueno, milord! ¿Tanto te exasperas
porque Eleanor te cuenta su sueño?
La próxima vez me los guardaré
para que no me retes.

GLOUCESTER No te enfades; estoy bien de nuevo.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Mi señor protector, es el deseo de su alteza
que se apreste a cabalgar a Saint Albans,
donde el rey y la reina quieren cazar...

GLOUCESTER Voy. Nell, ¿quieres venir con nosotros?

DUQUESA Sí, buen señor, te sigo de inmediato.

Salen GLOUCESTER y el MENSAJERO.

Debo seguir; no puedo adelantarme
mientras Gloucester se mantenga humilde.
Si yo fuera hombre, duque, y el siguiente por linaje
quitaría esos molestos obstáculos

y pisaría, suave, sus cuellos sin cabeza.
Como mujer, no vacilaré en actuar mi papel
en el retablo de la Fortuna.
¿Adónde vas? ¡Sir Juan! No, no temas,
amigo, estamos solos; nadie hay aquí sino tú y yo.

Entra HUME.

HUME ¡Que Jesús preserve a su real majestad!

DUQUESA ¿Qué dices? ¿«Majestad»? No soy más que «gracia».

HUME Pero por la gracia de Dios y el consejo de Hume,
los títulos de su gracia se multiplicarán.

DUQUESA ¿Qué dices, amigo? ¿Te has reunido
con Margery Jordan, la astuta bruja,
y con Roger Bolingbroke, el conjurador?
¿Se pondrán a mi servicio?

HUME Han prometido mostrar a su alteza
un espíritu de las profundidades subterráneas
que responderá a cuantas preguntas
su gloria quiera formularle.

DUQUESA Es suficiente. Pensaré en esas preguntas:
cuando regresemos de Saint Albans
veremos que este asunto se lleve a cabo
por completo. Hume, toma esta recompensa; diviértete,
amigo, con tus socios en esta grave causa.

Sale.

HUME Hume tiene que alegrarse con el oro
de la duquesa, y lo hará. ¡Pero cuidado, Juan Hume!
Sella tus labios y no digas nada:
el asunto pide silencio y discreción.
La dama Eleanor da oro para traer a la bruja:
el oro no es pecado, aunque ella fuera un demonio.
Pero tengo oro de otra parte;
no me atrevo a decir que del rico cardenal
y del nuevo y gran duque de Suffolk,
pero así es; pues, para ser claro,
ellos, conociendo las ambiciones de la dama
me contrataron para socavarla
y meter los conjuros en su mente.

Dicen que un buen bribón no necesita emisarios
pero soy agente de Suffolk y del cardenal.
Hume, si no prestas atención, estarás cerca
de llamarlos par de hábiles bribones.
Bueno, así es: y temo que al final
las pillerías de Hume arruinarán a la duquesa
y, en su condena, hará caer a lord Humphrey.
Salga como salga, tendré oro para todos.

Sale.

ESCENA III

*Entran tres o cuatro PETICIONARIOS, entre otros PEDRO,
el ayudante del armero.*

PRIMER PETICIONARIO Señores, mantengámonos unidos; milord protector va a pasar por aquí muy pronto y entonces podremos entregarle todos nuestros pedidos juntos.

SEGUNDO PETICIONARIO ¡Que el señor lo proteja, pues es un buen hombre! ¡Que Jesús lo proteja!

Entran la REINA MARGARITA y SUFFOLK.

PEDRO Aquí viene, creo, y con él la reina. Seré el primero, seguro.

SEGUNDO PETICIONARIO ¡Atrás, tonto! Este es el duque de Suffolk, y no milord protector.

SUFFOLK ¿Qué tal, hombre? ¿Quieres algo de mí?

PRIMER PETICIONARIO Perdón, por favor, milord; lo confundí con mi protector.

REINA MARGARITA (*Leyendo.*) «A milord protector.» ¿Son peticiones para su señoría? Déjenme verlas. ¿Cuál es la tuya?

PRIMER PETICIONARIO La mía es, si place a su gracia, contra Juan Goodman, sirviente de mi señor el cardenal, por haberme apartado de mi casa, y tierras, y esposa y todo.

SUFFOLK ¡También de tu esposa! He ahí un daño, sin duda. ¿Cuál es la tuya? ¿Qué dice aquí? (*Lee.*) «Contra el duque de Suffolk, por apropiarse de las comunas de Melford.» ¿Qué es esto, bribón?

SEGUNDO PETICIONARIO Pues señor, yo soy solo un pobre peticionario de toda

nuestra aldea.

PEDRO (*Entregando su petición.*) Contra mi amo, Tomás Horner, por decir que el duque de York era el legítimo heredero de la corona.

REINA MARGARITA ¿Qué dices? ¿El duque de York dijo tal cosa?

PEDRO ¿Que mi amo lo era? No, a fe mía; mi amo dijo que lo era el duque, y que el rey era un usurpador.

SUFFOLK ¿Quién está ahí? (*Entra un sirviente.*) Llévate a este hombre, y trae a su amo de inmediato con un oficial. (*A PEDRO.*) Oiremos más de este asunto ante el rey.

Salen el SIRVIENTE y PEDRO.

REINA MARGARITA Y ustedes, que quieren refugiarse
bajo las alas de nuestro protector,
hagan las súplicas de nuevo, y reclámenle a él.

Rompe los pedidos.

¡Fuera, sabandijas! Suffolk, que se vayan.

TODOS Ea, vámonos.

Salen.

REINA MARGARITA Dime, milord de Suffolk, ¿es esta la costumbre?

¿Así es la moda en la corte de Inglaterra?

¿Es este el gobierno de la isla,
y esta la realeza del rey de Albión?

¿El rey Enrique seguirá siendo alumno
bajo la sombría tutela de Gloucester?

¿Soy reina en título y estilo,
mas debo ser la súbdita de un duque?

Te digo, Pole: cuando en mi ciudad de Tours
te metiste en una justa por mi amor,
y robaste los corazones de las damas de Francia,
pensé que el rey Enrique se te parecía
en valor, aspecto y cortesía.

Pero su mente está en la santidad,
en contar avemarías en el rosario;
sus héroes son apóstoles y profetas;
sus armas, citas de las Sagradas Escrituras;
el estudio es su capa de honor, y sus amores
imágenes de bronce de santos consagrados.

Ojalá el colegio de cardenales
lo eligiera papa y se lo llevara a Roma
para ceñirle la triple corona en la cabeza:
sería lo adecuado a su santidad.

SUFFOLK Señora, sé paciente: así como hice
que su alteza viniera a Inglaterra, haré
que en Inglaterra sea feliz del todo.

REINA MARGARITA Además del protector altivo, está Beaufort,
el prelado prepotente; Somerset, Buckingham,
y York el gruñón; y ni el menos importante
puede hacer menos que el rey de Inglaterra.

SUFFOLK Y el que puede hacer más que ninguno
no puede más que los Neville.
Salisbury y Warwick no son simples pares.

REINA MARGARITA Ninguno de esos lores me molesta la mitad
que la orgullosa esposa del lord protector.
Se desplaza por la corte con un séquito de damas,
más como emperatriz que como esposa del duque.
En la corte, los extranjeros la toman por reina.
Lleva en la espalda la renta del duque, y desprecia
en su corazón nuestra pobreza.
¿No viviré para vengarme de ella?
Ramera de baja cuna, despreciable como es,
el otro día se jactaba entre sus mujercitas
de que la cola de su peor vestido
valía más que las tierras de mi padre
hasta que Suffolk le dio dos ducados por su hija.

SUFFOLK

Señora, yo mismo le he preparado una trampa en un arbusto,
y he puesto un coro de aves tan seductoras
que ella se posará para escuchar los cantos
y no volverá a alzar vuelo para molestarte.
Por lo tanto, déjala descansar; y escúchame,
pues oso aconsejarte sobre esto.
Aunque el cardenal no nos guste mucho,
debemos unirnos con él y con los lores
hasta llevar a Humphrey al infortunio.
En cuanto al duque de York, esta queja reciente
no lo beneficiará mucho.

De esa manera, uno por uno, los extirparemos
a todos, y tú dirigirás el feliz barco.

*Sonido de trompetas. Entran el REY ENRIQUE, el duque Humphrey de GLOUCESTER, el
CARDENAL BEAUFORT, BUCKINGHAM, YORK, SOMERSET, SALISBURY, WARWICK y la
DUQUESA de Gloucester.*

REY ENRIQUE Por mi parte, nobles lores, no importa cuál;
de Somerset, de York, me es igual.

YORK Si York se ha comportado mal en Francia,
que se le quite la regencia.

SOMERSET Si Somerset es indigno del cargo,
que York sea regente; se lo cederé.

WARWICK Que su gracia lo merezca o no
no se discute: York es el más digno.

CARDENAL BEAUFORT Warwick, ambicioso: deja
que hablen tus superiores.

WARWICK El cardenal no es superior a mí en el campo.

BUCKINGHAM Todos los presentes son tus superiores.

WARWICK Warwick puede llegar a ser el mejor.

SALISBURY (A BUCKINGHAM.)

¡Paz, hijo mío! Y danos razones, Buckingham,
para preferir en esto a Somerset.

REINA MARGARITA ¡En verdad, que el rey así lo quiera!

GLOUCESTER Señora, el rey tiene edad suficiente
para dar su opinión: no son asuntos de mujeres.

REINA MARGARITA

Si tiene edad suficiente, ¿por qué su gracia es necesario
para ser protector de su excelencia?

GLOUCESTER Señora, soy el protector del reino;
y si a él le place, renunciaré a mi cargo.

SUFFOLK Renuncia pues, y deja tu insolencia.

Desde que eres rey (¿y quién si no tú lo es?)
el Estado ha ido a la ruina día a día,
el delfín ha triunfado más allá de los mares,
y todos los nobles y pares del reino

han sido esclavos de su soberanía.

CARDENAL BEAUFORT (A GLOUCESTER.)

Has arrasado al pueblo; las bolsas
del clero están flacas y magras con tus extorsiones.

SOMERSET (A GLOUCESTER.) Tus mansiones suntuosas, el atuendo
de tu esposa han esquilado el tesoro público a montones.

BUCKINGHAM (A GLOUCESTER.) Tu crueldad para ejecutar
criminales ha ido más allá de la ley, y te ha dejado a su merced.

REINA MARGARITA (A GLOUCESTER.)

Si se divulgaran (y la sospecha es grande)
tus ventas de puestos y ciudades en Francia
pronto te harían saltar decapitado.

Sale GLOUCESTER.

La REINA MARGARITA deja caer su abanico.

(A la DUQUESA.) Dame mi abanico... ¿Qué, querida? ¿No puedes?

Le da un golpe en la oreja.

¿Eras tú? Te pido perdón, señora.

DUQUESA ¿Que si era yo? Lo era, francesa orgullosa;
si pudiera acercarme a tu belleza con las uñas
te estamparía mis diez mandamientos en la cara.

REY ENRIQUE Dulce tía, calma; no quiso hacerlo.

DUQUESA ¡No quiso hacerlo! Buen rey, acomódate a los hechos:
te sujetará y acunará como a un bebé.
Aunque aquí el amo no lleva pantalones,
la dama Eleanor no será golpeada sin vengarse.

Sale.

BUCKINGHAM Lord cardenal, seguiré a Eleanor,
y veré cómo procede Humphrey.
Ahora está airada; sin furia no necesita espuelas;
galopará hacia su destrucción con harta prisa.

Sale.

Vuelve a entrar GLOUCESTER.

GLOUCESTER Ahora, señores, que mi cólera se ha disipado
con un paseo por el campo,

vengo a hablar de los asuntos del Estado.
En cuanto a sus viles, falsas acusaciones,
pruébenlas, y me someteré a la ley:
¡que los trate mi alma con misericordia
como yo con lealtad a mi rey y a mi patria!
Pero, yendo a lo que nos ocupa:
mi soberano, digo que York es el hombre apto
para ser tu regente en el reino de Francia.

SUFFOLK Antes de decidir, permítanme
exponer las razones, no de poca importancia,
por las que York es el menos apropiado.

YORK Te diré, Suffolk, por qué no convengo.
Primero, porque no puedo adular tu soberbia;
segundo, si soy nombrado para el cargo,
mi señor de Somerset me retendrá aquí,
sin hacer nada, sin dinero ni pertrechos,
hasta que Francia caiga en manos del delfín.
La vez pasada estuve bailando a su compás
hasta que París fue sitiada, hambreada, y se perdió.

WARWICK Puedo dar fe de ello; nunca un traidor
cometió en esta tierra acto más vil.

SUFFOLK ¡Calma, impetuoso Warwick!

WARWICK ¿Por qué, si soy la imagen del orgullo?

*Entran HORNER, el ARMERO, y su sirviente PEDRO,
custodiados.*

SUFFOLK Porque aquí hay un acusado de traición.
¡Por Dios, que el duque de York pueda excusarse!

YORK ¿Alguien acusa a York de traidor?

REY ENRIQUE ¿Qué quieres decir, Suffolk? Dime: ¿quiénes son estos?

SUFFOLK Si a su majestad place, este es el hombre
que acusa a su amo de alta traición.
Las palabras del amo fueron: Ricardo, duque de York,
es legítimo heredero de la corona inglesa,
y su majestad es un usurpador.

REY ENRIQUE Di, hombre: ¿esas fueron tus palabras?

HORNER Que plazca a su majestad, nunca dije ni pensé nada de eso: Dios es testigo

de que este villano me acusó falsamente.

PETICIONARIO Por estos diez dedos, señores, me dijo esas palabras en la buhardilla, una noche, mientras limpiábamos la armadura de mi señor de York.

YORK Escudero, artesano ruin de baja estofa,
ese discurso de traidor te costará la cabeza.
Imploro a su real majestad
que reciba todo el peso de la ley.

HORNER Vaya, mi señor, que me cuelguen si alguna vez dije eso. Quien me acusa es mi aprendiz; y cuando el otro día lo reprendí por una falta, juró sobre sus rodillas que aquello no quedaría así. Tengo buenos testigos; por lo cual ruego a su majestad que no hunda a un hombre honesto por la acusación de un villano.

REY ENRIQUE (A GLOUCESTER.) ¿Tío, cómo resolveremos esto ante la ley?

GLOUCESTER Con esta sentencia, señor, si juzgar puedo:
que Somerset sea regente en Francia,
porque York engendra sospechas.
Y que a estos se les asigne un día
para un combate singular en un lugar propicio,
ya que uno da fe de la malicia del otro.
Tal es la ley, y la sentencia de Humphrey.

SOMERSET Agradezco humildemente a su real majestad.

HORNER Y yo acepto el combate de buen grado.

PETICIONARIO Ay, mi señor, no puedo pelear; por Dios, apiádate de mi caso. El desprecio de este hombre prevalece en mi contra. ¡Oh, señor, misericordia de mí! Nunca podría asestar un golpe. ¡Ay, señor, mi corazón!

GLOUCESTER Rufián, pelea o serás colgado.

REY ENRIQUE Que vayan los dos a prisión. Y el día del combate será el último del mes que viene. Vamos, Somerset, haremos que te envíen allá.

Trompetas. Salen.

ESCENA IV

Entran MARGERY JORDAN, una bruja, sir Juan HUME y Juan Southwell, curas; y BOLINGBROKE, un conjurador.

HUME Vengan, señores. La duquesa, como les digo, espera que cumplan sus promesas.

BOLINGBROKE Maestro Hume, estamos preparados. Su señoría, ¿la señora verá y oirá los exorcismos?

HUME Sí, ¿qué más? No teman por su valor.

BOLINGBROKE He escuchado decir que es una mujer de espíritu invencible: que será conveniente, maestro Hume, que tú estés con ella en lo alto, mientras nosotros trabajamos abajo; así que, te ruego, vete, en nombre de Dios, y déjanos. (*Sale HUME.*) Madre Jordan, prostérnate y arrástrate por el suelo. (*Ella se echa sobre su rostro.*) Juan Southwell, tú lee; y déjennos hacer nuestro trabajo.

Entra Eleanor la DUQUESA, en lo alto. La sigue HUME.

DUQUESA Bien, mis señores: sean todos bienvenidos.

En este punto, cuanto antes mejor.

BOLINGBROKE

Paciencia, noble dama; los brujos se toman su tiempo;
noche profunda, noche oscura, el silencio de la noche,
la hora de la noche en que Troya fue incendiada;
la hora en que chillan las lechuzas y aúllan los mastines,
y marchan los espíritus, y salen los fantasmas de sus tumbas,
esa es la hora justa para nuestra labor.

Señora, siéntate y no temas: a quien evoquemos
lo encerraremos en un círculo encantado.

*Aquí hacen las ceremonias correspondientes, y trazan el círculo: Southwell lee «Conjuro te», etcétera.
Truena y relampaguea horrorosamente. Se levanta el espíritu ASNATH.*

ASNATH *Adsum.*

MARGERY JORDAN Asnath,

por el eterno Dios ante cuyo nombre y poder
tiembles, responde lo que pido,
pues, mientras no hables, no saldrás de aquí.

ASNATH Pregunta lo que quieras para que hable ya y me vaya.

BOLINGBROKE (*Leyendo.*)

«Primero, en cuanto al rey: ¿qué será de él?»

ASNATH Aún vive el duque que depondrá a Enrique;
lo sobrevivirá, y tendrá violenta muerte.

Mientras habla el espíritu, Southwell escribe la respuesta.

BOLINGBROKE «¿Qué destino aguarda al duque de Suffolk?»

ASNATH Por agua morirá y encontrará su fin.

BOLINGBROKE (*Lee.*) «¿Qué le pasará al duque de Somerset?»

ASNATH Que evite los castillos;

estará más seguro en planicies arenosas
que donde los castillos se levantan.

Y termino, pues apenas puedo aguantar más.

BOLINGBROKE ¡Desciende a las tinieblas y al ardiente lago!

¡Vete, falso demonio!

Truenos y relámpagos. Sale el espíritu.

Entran el duque de YORK y el duque de BUCKINGHAM, con su GUARDIA, y en ella sir Humphrey Stafford.

YORK Prendan a estos traidores y a su cáfila.

*BOLINGBROKE, Southwell y MARGERY JORDAN son apresados.
BUCKINGHAM se hace con los escritos.*

(A MARGERY JORDAN.) Bruja, creo que te vimos preparada.

(A la DUQUESA.) ¿Qué, señora, estás ahí? El rey y el Estado
están en deuda por estos dolores:
a no dudar que milord protector
verá que te premien por tu buena acción.

DUQUESA Ni la mitad de mala que las tuyas para el rey,
duque injurioso que amenaza sin razones.

BUCKINGHAM Cierto, señora, ninguna. (*Alza los escritos.*)

¿Cómo llamas a esto?

¡Llévenselos! Que los pongan en prisión,
separados. Tú, señora, vendrás con nosotros.
Stafford, llévala contigo.

Salen por arriba HUME y la DUQUESA, custodiados.

Pronto veremos a todos tus secuaces.

¡Fuera todos!

Sale la GUARDIA con Southwell, MARGERY JORDAN y el resto.

YORK Lord Buckingham, pienso que has estado atento.

Un lindo plan, bueno para empezar.

Ahora, milord, veamos la escritura del diablo:

¿Qué tenemos aquí?

Lee los escritos.

Vaya, esto es justo,

«*Aio te, Accidam, Romanos vincere posse*».

En cuanto al resto:

estos oráculos son de difícil acceso

y ardua comprensión.

El rey ya está en camino hacia Saint Albans,

y con él el esposo de esta gentil dama:

y para allá van estas noticias, rápidas

como el caballo: triste desayuno para el lord protector.

BUCKINGHAM Tu gracia me permitirá, señor de York,
ser el correo, en espera de su recompensa.

YORK (*Devolviéndole los escritos.*)

Como gustes, mi buen lord. ¡A ver, alguien ahí!

Entra un sirviente.

Invita a mis señores de Salisbury y de Warwick
a cenar conmigo mañana. Ve ya.

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entran el REY ENRIQUE, la REINA MARGARITA, GLOUCESTER, el CARDENAL BEAUFORT y SUFFOLK, con los halconeros llevando a los halcones.

REINA MARGARITA Créanme, señores, la caza con halcón es el mejor deporte que he visto en siete años: pues, si me permiten, el viento era muy fuerte; si no, diez a uno, la vieja Juana no habría errado.

REY ENRIQUE ¡Pero qué punta hizo tu halcón, señor, y qué alto voló sobre los otros! Veo cómo Dios obra en sus criaturas: hombre y pájaro quieren subir lo más posible.

SUFFOLK No te maravilles, si te place, de que los halcones del protector vuelen tan alto; saben que su amo las alturas ama, y que su mente está por encima del halcón.

GLOUCESTER Milord, solo una mente innoble y baja es incapaz de elevarse más que un pájaro.

CARDENAL BEAUFORT Pensé lo mismo: él querría estar encima de las nubes.

GLOUCESTER ¡Qué, cardenal! ¿Y tú cómo lo ves? ¿No es bueno que su gracia vuele al cielo?

REY ENRIQUE El tesoro de la eterna alegría.

CARDENAL BEAUFORT (A GLOUCESTER.)
Tu cielo está en la tierra; tus ojos y tu mente en la corona, tesoro de tu corazón:
¡nocivo protector, par peligroso que engañas por igual al estado y al rey!

GLOUCESTER
¿Qué, cardenal? ¿Tu clerecía se ha vuelto perentoria?
Tantaene animis celestibus irae.
¿Tan irascibles son los de la Iglesia? ¿No puedes, tío, esconder tu malicia con alguna santidad?

SUFFOLK No hay malicia, señor; solo lo que conviene
a disputa tan buena y par tan malo.

GLOUCESTER ¿Como quién, señor?

SUFFOLK Pues como tú, señor,
si place al señorío del lord protector.

GLOUCESTER Caramba, Suffolk, Inglaterra conoce tu insolencia.

REINA MARGARITA Y tu ambición, Gloucester.

REY ENRIQUE Te ruego, calma, dulce reina,
y que no excites a estos furiosos pares.
Benditos en la tierra quienes hacen la paz.

CARDENAL BEAUFORT ¡Que me bendigan por la paz que haré
con mi espada, contra este protector orgulloso!

GLOUCESTER y el CARDENAL BEAUFORT hablan aparte.

GLOUCESTER ¡A mi fe, santo tío, ojalá que la hiciéramos!

CARDENAL BEAUFORT Sin duda, cuando te atrevas.

GLOUCESTER ¿Atreverme? Un Plantagenet, cura, nunca tolera una osadía.

CARDENAL BEAUFORT Soy tan Plantagenet como tú e hijo de Juan de Gante.

GLOUCESTER En bastardía.

CARDENAL BEAUFORT Desprecio tu palabra.

GLOUCESTER No juntes una turba para eso;
responde por tu ofensa con tu sola persona.

CARDENAL BEAUFORT Sí, donde no te atrevas a asomarte;
y si lo haces,
esta noche, al este de la arboleda.

REY ENRIQUE ¿Qué pasa, mis señores?

CARDENAL BEAUFORT Créeme, primo Gloucester, si tu criado
no hubiera soltado al halcón tan de golpe
habríamos seguido cazando.

Aparte, a GLOUCESTER.

Ven con tu espada de doble mango.

GLOUCESTER Es cierto, tío.

CARDENAL BEAUFORT (*Aparte, a GLOUCESTER.*) ¿Estás avisado?
¿Al este de la arboleda?

GLOUCESTER (*Aparte, al CARDENAL BEAUFORT.*)
Cardenal, estoy a tu disposición.

REY ENRIQUE ¿Qué pasa ahora, tío Gloucester?

GLOUCESTER Hablamos solo de cetrería, señor.

Aparte, al CARDENAL BEAUFORT.

Por la madre de Dios, cura, te afeitaré la corona por esto
o perderé mi esgrima por completo.

CARDENAL BEAUFORT (*Aparte, a GLOUCESTER.*) *Medice, Teipsum.*
Protector, ten cuidado, protégete a ti mismo.

REY ENRIQUE Los vientos se alzan, señores, e igual vuestros estómagos.
¡Cómo irrita esta música mi corazón!
Cuando se agitan estas cuerdas, ¿cómo esperar la armonía?
Les ruego me dejen arreglar este conflicto.

Entra un hombre gritando «¡Milagro!».

GLOUCESTER ¿Qué es este ruido?
Amigo, ¿qué milagro proclamas?

HOMBRE ¡Milagro! ¡Milagro!

SUFFOLK Acércate al rey y dile qué milagro.

HOMBRE De veras: en el altar de Saint Albans, un ciego, hace media hora, recuperó
la vista; un hombre que nunca había visto en su vida.

REY ENRIQUE Bien, alabado sea Dios. ¡Da a las almas creyentes
luz en la oscuridad, consuelo en la aflicción!

*Entran el ALCALDE de Saint Albans y sus funcionarios llevando a SIMPCOX, entre dos, en una
silla; detrás, la ESPOSA de Simpcox.*

CARDENAL BEAUFORT Aquí vienen los del pueblo en procesión,
para traer al hombre ante su alteza.

REY ENRIQUE Grande es su deleite en este valle terrenal,
aunque la vista multiplique sus pecados.

GLOUCESTER Deténganse, señores: tráiganlo junto al rey,
es el gusto de su alteza hablar con él.

REY ENRIQUE Buen hombre, dinos la circunstancia

por la cual glorificar a Dios en ti.

¿Es que viviste ciego mucho tiempo y mejoraste?

SIMPCOX He nacido ciego, si place a su gracia.

ESPOSA Sí, sin duda es así.

SUFFOLK ¿Quién es esta mujer?

ESPOSA Su esposa, si place a su honor.

GLOUCESTER Mejor estaría si dijera que es su madre.

REY ENRIQUE ¿Dónde naciste?

SIMPCOX En Berwick, en el Norte, si place a su gracia.

REY ENRIQUE

Pobre hombre, la bondad de Dios ha sido grande contigo.

Ni una noche ni un día dejes sin consagrar;

recuerda siempre los hechos del Señor.

REINA MARGARITA Dime, buen hombre: ¿llegaste por azar
o devoción a este altar sagrado?

SIMPCOX Dios lo sabe: por pura devoción. Llamado
cien y más veces, en mi sueño,
por el buen san Albano; quien dijo «Simpcox, ven,
ven, ofrenda en mi altar y yo te ayudaré».

ESPOSA Muy cierto, sin duda, y muchas veces, y a menudo
yo misma oí una voz que lo llamaba.

CARDENAL BEAUFORT ¿Qué, eres rengo?

SIMPCOX Sí, que el Todopoderoso me ayude.

SUFFOLK ¿Cómo te ocurrió?

SIMPCOX Me caí de un árbol.

ESPOSA Un ciruelo, señor.

GLOUCESTER ¿Cuánto tiempo has sido ciego?

SIMPCOX Oh, así nací, señor.

GLOUCESTER ¿Y te subiste a un árbol?

SIMPCOX Solo esa vez, cuando era joven.

ESPOSA Muy cierto, y lo pagó muy caro.

GLOUCESTER ¡Por la misa! ¡Mucho te gustaban las ciruelas, para arriesgarte así!

SIMPCOX Sí, buen señor, mi esposa quería unos damascos
y me hizo trepar, a mi riesgo.

GLOUCESTER ¡Sutil granuja! No te servirá.
Déjame ver tus ojos: parpadea; ahora ábrelos.
En mi opinión, aún no ves bien.

SIMPCOX Sí, señor, claro como el día, gracias a Dios y a san Albano.

GLOUCESTER ¿Eso me dices? ¿De qué color es esta capa?

SIMPCOX Roja, señor, roja como la sangre.

GLOUCESTER Vaya, eso está bien. ¿De qué color es mi túnica?

SIMPCOX Negra, por cierto; negro carbón, como el azabache.

REY ENRIQUE Entonces conoces el color del azabache.

SUFFOLK Y sin embargo, nunca lo vio.

GLOUCESTER Pero capas y túnicas, antes de hoy, ha visto muchas.

ESPOSA Nunca, en toda su vida, antes de hoy.

GLOUCESTER Dime, bribón: ¿cuál es mi nombre?

SIMPCOX Vaya, señor, no lo sé.

GLOUCESTER ¿Y el de este otro?

SIMPCOX Tampoco, por cierto.

GLOUCESTER Y tu nombre; ¿cuál es?

SIMPCOX Saunder Simpcox, si os place, señor.

GLOUCESTER Pues bien, Saunder, siéntate ahí, tú, el granuja más mentiroso de la cristiandad. Si hubieras nacido ciego, tampoco habrías podido saber nuestros nombres como los de los colores que llevamos. La vista permite distinguir los colores, pero es imposible nombrarlos a todos de golpe. Mis señores, san Albano ha obrado un milagro; pero ¿no considerarían mayor su ingenio si pudiera recuperar las piernas de este lisiado?

SIMPCOX ¡Oh, señor, si pudieras!

GLOUCESTER Señores de Saint Albans, ¿no hay alguaciles en su pueblo, y esas herramientas llamadas látigos?

ALCALDE Sí, mi señor, si place a su gracia.

GLOUCESTER Entonces haz traer uno enseguida.

ALCALDE Tunante, ve rápido por el alguacil.

Sale un ayudante.

GLOUCESTER Ahora tráiganme un banco aquí mismo. Bribón, si quieres salvarte de los azotes, salta sobre este banco y corre.

SIMPCOX Pero señor, no puedo mantenerme de pie solo. Me van a torturar en vano.

Entra un ALGUACIL con látigos.

GLOUCESTER Tunante, hemos de hacer que encuentres tus piernas. Alguacil, azótalo hasta que salte sobre el banco.

ALGUACIL Lo haré, mi señor. Vamos, granuja; sácate la ropa enseguida.

SIMPCOX Pero, señor, ¿qué haré? No puedo pararme.

En cuanto el ALGUACIL le pega una vez, salta por encima del banco y corre; lo siguen y gritan: «¡Un milagro!».

REY ENRIQUE Oh, Dios: ¿ves esto y lo soportas?

REINA MARGARITA Me hizo reír ver al villano corriendo.

GLOUCESTER Sigam al bribón y llévense a esta mujerzuela.

ESPOSA Señor, lo hicimos por necesidad.

GLOUCESTER Que los azoten en cada plaza de mercado hasta que lleguen a Berwick, de donde vinieron.

Salen la ESPOSA, el ALGUACIL, el ALCALDE y los demás.

CARDENAL BEAUFORT El duque Humphrey obró hoy un milagro.

SUFFOLK Cierto: hizo que el rengo saltara y huyera.

GLOUCESTER Pero tú has hecho más milagros que yo; en un día, milord, pusiste en fuga a pueblos enteros.

Entra BUCKINGHAM.

REY ENRIQUE ¿Qué nuevas trae mi primo Buckingham?

BUCKINGHAM Tales que mi corazón tiembla al revelarlas.

Una banda de lascivos malhechores
bajo la mirada y el control
de lady Eleanor, la esposa del lord protector,
conductora y cabeza de este escándalo,

han puesto en peligro el Estado
tratando con brujas y hechiceros
a quienes hemos aprehendido en el acto
de alzar malos espíritus del subsuelo
y preguntar por la vida y la muerte de Enrique
y de otros del consejo privado de su alteza;
y he aquí lo que el diablo respondió.

BUCKINGHAM *da al REY ENRIQUE los escritos.*

REY ENRIQUE (*Lee.*) «Primero, en cuanto al rey, ¿qué será de él? Aún vive el duque que depondrá a Enrique; lo sobrevivirá, y tendrá violenta muerte.»

CARDENAL BEAUFORT (*Aparte, a GLOUCESTER.*)

Y así, lord protector, de esta manera,
tu dama hará aún su ingreso a Londres.
Estas noticias, pienso, cambian el filo de tu arma;
parece, mi señor, que tu hora ha pasado.

GLOUCESTER Ambicioso eclesiástico, deja de afligirme:
la pena y el dolor agotaron mis poderes.
Vencido como estoy, me rindo ante ti
o al mozo más humilde.

REY ENRIQUE ¡Oh, Dios, qué daño hacen los malvados,
sembrando confusión en sus propias cabezas!

REINA MARGARITA Gloucester, ve en esto una mancha en tu nido:
procura no tener defectos y ser mejor.

GLOUCESTER Señora, pongo al cielo por testigo
de cuánto he amado al estado y al rey.
Y en cuanto a mi esposa, no sé qué es esto;
me entristece escuchar lo que he oído:
ella es noble, pero si ha olvidado
honor y virtud, y ha hablado
con los que, oscuros, ensucian la nobleza,
la privaré de cama y compañía
y la haré presa de la ley y la vergüenza
que al honesto nombre de Gloucester ha deshonrado.

REY ENRIQUE Bueno, esta noche descansaremos aquí.
Mañana volveremos a Londres
para considerar este asunto en detalle
y pedir respuestas a estos malhechores

y sopesar la causa en la justicia,
cuyo fiel es seguro, cuya causa prevalece.

*Trompetas.
Salen.*

ESCENA II

Entran YORK, SALISBURY y WARWICK.

YORK Bien, mis señores de Salisbury y Warwick,
terminada nuestra simple cena, permítanme
en el paseo complacerme al pedirles
su opinión sobre mi derecho,
infalible, a la corona inglesa.

SALISBURY Milord, ansío escucharlo por completo.

WARWICK Dulce York, comienza: si tus reclamos son justos
los Neville estarán a tus órdenes, cual súbditos.

YORK Así, pues:

Eduardo III, mis señores, tuvo siete hijos:
el primero, Eduardo el Príncipe Negro, príncipe de Gales;
el segundo, Guillermo de Hatfield, y el tercero,
Lionel, duque de Clarence; el siguiente
fue Juan de Gante, duque de Lancaster;
el quinto fue Edmundo Langley, duque de York;
el sexto Tomás de Woodstock, duque de Gloucester;
Guillermo de Windsor fue el séptimo y último.
Eduardo el Príncipe Negro murió antes que su padre,
y dejó a Ricardo, su único hijo,
quien al morir Eduardo III reinó como rey;
hasta que Enrique Bolingbroke, duque de Lancaster,
hijo mayor y heredero de Juan de Gante,
coronado con el nombre de Enrique IV,
se apoderó del reino, depuso al legítimo rey,
envió a su pobre reina a Francia, de donde había venido,
y a él a Pomfret, donde, como todos saben,
el inofensivo Ricardo fue asesinado a traición.

WARWICK Padre, el duque dice la verdad:
así obtuvo la casa de York la corona.

YORK Que ahora detenta por la fuerza, no por el derecho,
pues al morir Ricardo, heredero del primer hijo,
debería haber reinado la estirpe del siguiente.

SALISBURY Pero Guillermo Hatfield murió sin heredero.

YORK El tercer hijo, duque de Clarence, de cuya línea
reclamó la corona, tuvo una hija, Filipa,
casada con Edmundo Mortimer, duque de March;
Rogelio tuvo a Edmundo, a Ana y a Eleonora.

SALISBURY Este Edmundo, en el reino de Bolingbroke,
como leí, reclamó la corona:
y habría sido rey de no ser por Owen Glendower,
quien lo tuvo cautivo hasta su muerte. Mas sigamos.

YORK Su hija mayor, Ana,
mi madre, heredera al trono,
casó con Ricardo, conde de Cambridge, hijo
de Edmundo Langley, quinto hijo de Eduardo III.
Por ella reclamo el reino: era heredera
de Rogelio conde de March, que era hijo
de Edmundo Mortimer, quien desposó a Filipa,
única hija de Lionel, duque de Clarence:
así, pues, si la descendencia del hijo mayor
llega antes que la del menor, soy rey.

WARWICK ¿Qué procedimiento claro es más claro que este?
Enrique reclama la corona de Juan de Gante,
el cuarto hijo; York, del tercero.
Hasta que la descendencia de Lionel se pierda,
no debería reinar la suya.
Aún no se pierde, pero florece en ti.
y en tus hijos, bellos retoños de tal rama.
Entonces, padre Salisbury, arrodillémonos;
y en este plan privado, seamos los primeros
en saludar a nuestro soberano,
con el honor de su derecho a la corona.

AMBOS ¡Larga vida a nuestro soberano Ricardo, rey de Inglaterra!

YORK Gracias señores, mas no soy su rey.
Hasta ser coronado, que mi espada se tiña
con la sangre de la casa Lancaster;
y eso no se hará así, de repente,

sino con juicio y silenciosa discreción.
Actúen como yo en estos días peligrosos:
guíñenle a la insolencia de Suffolk,
al orgullo de Beaufort, a la ambición de Somerset,
a Buckingham y a toda su tropa,
hasta que entrapen al pastor del rebaño,
ese virtuoso príncipe, el buen duque Humphrey.
Eso es lo que buscan, y al buscarlo,
encontrarán su muerte, si sé hacer profecías.

SALISBURY Milord, basta, ya conocemos bien lo que piensas.

WARWICK Mi corazón me dice que el duque de Warwick
hará rey, un día, al duque de York.

YORK Y esto lo aseguro yo, Neville.
Ricardo vivirá para que el duque de Warwick,
sea, después del rey, el más poderoso de Inglaterra.

Salen.

ESCENA III

Trompetas. Entran el REY ENRIQUE, la REINA MARGARITA, GLOUCESTER, YORK, SUFFOLK, SALISBURY; Eleanor Cobham DUQUESA de Gloucester, Margery Jordan, Southwell, HUME y BOLINGBROKE, custodiados.

REY ENRIQUE

Adelántate, dama Eleanor Cobham, esposa de Gloucester.
A la vista de Dios, y a la nuestra, tu culpa es grande;
recibe la sentencia de la ley por pecados
que en el libro de Dios se asignan a la muerte.
Ustedes cuatro, de aquí a prisión de nuevo,
de allí al sitio de la ejecución.
La bruja arderá en Smithfield hasta las cenizas
y en el patíbulo ustedes tres serán ahorcados.
(A la DUQUESA.) Tú, señora, en tanto eres de más noble cuna,
despojada de tu honor en vida, después de cumplir
tres días de penitencia pública,
vivirás desterrada de tu país,
con sir Juan Stanley, en la isla de Man.

DUQUESA Bienvenido el destierro; también mi muerte lo sería.

GLOUCESTER Eleanor, ya ves que la ley te ha juzgado:
no puedo defender lo que la ley condena.

*Salen la DUQUESA y los otros prisioneros,
custodiados.*

Mis ojos se llenan de lágrimas, mi corazón de pena.
Ah, Humphrey, esta deshonra a tu edad
te llevará, de dolor, a la tumba.
Ruego a su majestad que me permita irme;
la pena se deleitaría, y mi edad se lo haría fácil.

REY ENRIQUE

Quédate, Humphrey, duque de Gloucester: antes de irte,
entrega tu bastón. Enrique será
protector de sí mismo y Dios, esperanza,
soporte, guía y luz de mis pasos.
Y vete en paz, Humphrey, no menos amado
que cuando eras protector de tu rey.

REINA MARGARITA No veo por qué un rey ya crecido
deba ser protegido como un niño.
Dios y Enrique gobiernan el reino de Inglaterra.
Entrega tu bastón, señor, y da su reina al rey.

GLOUCESTER ¿Mi bastón? Aquí está, noble Enrique:
renuncio a él con el mismo espíritu
con que tu padre Enrique me lo dio;
y lo dejo a tus pies de tan buen grado
como otros, en su ambición, lo aceptarían.

Deja el bastón a los pies del REY ENRIQUE.

Adiós, buen rey: cuando esté ausente y muerto
que la honorable paz asista tu gobierno.

Sale.

REINA MARGARITA Bien: ahora Enrique es rey, y Margarita reina;
Humphrey, solo duque de Gloucester,
fuertemente mutilado: dos golpes a un tiempo:
su dama desterrada y una rama caída.

Recoge el bastón.

Este bastón, signo de honor, que quede allí
donde mejor calza, en las manos de Enrique.

SUFFOLK Así cae este alto pino, con sus ramas colgando;
así el orgullo de Eleanor muere en sus días más plenos.

YORK Señores, déjenla ir. Si a su majestad place,
este es el día indicado para el combate
y están prontos demandante y acusado,
el armero y su criado, para entrar al campo,
si place a su alteza contemplar la lucha.

REINA MARGARITA Sí, bien, señor. Por eso, adrede
dejé la corte para ver esta pelea.

REY ENRIQUE

En nombre de Dios, que el campo y lo demás se apronte;
que aquí lo resuelvan, y Dios defienda al justo.

YORK Jamás vi a nadie en peores condiciones
o con más miedo de pelear que el apelante,
el siervo de este armero, mis señores.

Entran por una puerta HORNER, el armero, y sus VECINOS, que tanto beben con él que está borracho; lleva un tambor por delante y un bastón con una bolsa de arena. Por la otra puerta PEDRO, su sirviente, con un tambor y una bolsa de arena; los aprendices beben a su salud.

PRIMER VECINO Aquí, vecino Horner, brindo por ti con una copa de vino; y no temas, vecino, que lo harás bien.

SEGUNDO VECINO Y aquí, vecino, una copa de garnacha.

TERCER VECINO Y aquí una jarra de buena cerveza doble, vecino, bebe, y no temas a tu rival.

HORNER (*Aceptando.*) Que empiece, a mi fe. Brindo por todos: y un cuerno para Pedro.

PRIMER APRENDIZ Yo, Pedro, bebo por ti, y no tengas miedo.

SEGUNDO APRENDIZ Alégrate, Pedro, y no temas a tu amo; pelea por el honor de los aprendices.

PEDRO (*Rehusando.*) Gracias a todos. Beban y oren por mí, les ruego; pues creo que acabo de beber mi último trago en este mundo. Robin, si muero, te doy mi delantal. Y tú, Will, tendrás mi martillo; y tú, Tom, toma todo mi dinero. ¡Que el cielo me bendiga! Lo pido a Dios, pues nunca podré lidiar con mi amo, que sabe mucho de esgrima.

SALISBURY Vamos, dejen de beber, y a los golpes. Bribón, ¿cómo te llamas?

PEDRO Pedro, a mi fe.

SALISBURY ¿Pedro? ¿Y qué más?

PEDRO Thump.

SALISBURY ¡Thump! Entonces procura que tu puño suene.

HORNER Señores, he venido aquí, por así decirlo, por instigación de mi siervo, para probar que es un canalla y yo un hombre honesto. Y en lo que toca al duque de York, que me muera si alguna vez le deseé algún mal a él, al rey o a la reina; por tanto, Pedro, tengo para ti un golpe directo.

YORK La lengua de este pícaro comienza a turbarse.
¡Que suenen las trompetas y alisten a los combatientes!

Fanfarria. Pelean, y PEDRO derriba a HORNER.

HORNER Basta, Pedro, basta. Confieso, confieso mi traición.

Muere.

YORK Sáquenle el arma. (A PEDRO.) Amigo, agradécelo a Dios y al buen vino que se le atravesó a tu amo.

PEDRO Dios: ¿he vencido a mi enemigo ante esta gente?
Pedro, se ha impuesto tu derecho.

REY ENRIQUE ¡Llévense ya a este traidor de mi vista!
Por su muerte advertimos su culpa:
y en su justicia Dios ha revelado
la inocencia y verdad de este pobre sujeto,
al que pensaba matar injustamente.
Ven, amigo, vamos por tu recompensa.

Trompetas. Salen.

ESCENA IV

Entran GLOUCESTER y sus servidores, con prendas de luto.

GLOUCESTER

Así como a veces hay una nube en el día más brillante,
y al verano siempre sucede
el árido invierno, con su airado frío hiriente,
así abundan alegrías y penas, mientras las estaciones huyen.
Señores, ¿qué hora es?

SIRVIENTE Las diez, milord.

GLOUCESTER Es la hora que se me asignó
para ver llegar a mi duquesa condenada;
apenas soportará las calles con guijarros
para andar sobre ellos con delicado pie.
Dulce Nell, mal podrá tu alma noble resistir
al pueblo abyecto mirándote a la cara,
riendo de tu desgracia con ojos de envidia
que antes seguían tu soberbia carroza
cuando pasabas en triunfo por la calle.
¡Silencio! Creo que viene; prepararé
mis ojos lagrimeantes para ver su desgracia.

Entra la DUQUESA de Gloucester, con camisa blanca y una vela ardiendo en la mano, con sir Juan STANLEY, el ALGUACIL y OFICIALES con alabardas.

SIRVIENTE (A GLOUCESTER.)

Si place a su gracia, apartaremos al alguacil.

GLOUCESTER No, no te muevas, por tu vida; déjala pasar.

DUQUESA ¿Has venido, milord, a asistir a mi público escarnio?

Ahora también haces penitencia tú. ¡Ve cómo miran!
¡Cómo la inconstante chusma me señala,
y asiente, y arroja sus ojos sobre ti!
Gloucester, apártate de sus miradas odiosas,
y, encerrado en tu cuarto, lamenta mi vergüenza.
Maldice enemigos, tanto míos como tuyos.

GLOUCESTER Sé paciente, buena Nell; olvida esta pena.

DUQUESA Ah, Gloucester, enséñame a olvidarme de mí.

Pues cuando pienso que soy tu esposa
y que tú eres un príncipe, protector de esta tierra,
creo que no debiera ser así llevada
cubierta de vergüenza, con papeles en la espalda
y seguida por la canalla, que disfruta
viendo mis lágrimas y oyendo mis gemidos.
Los duros guijarros cortan mis tiernos pies,
y cuando me estremezco los envidiosos ríen,
y dicen que mire dónde piso.
¿Ah, Humphrey, podré soportar este yugo oprobioso?
¿Crees que podré contemplar de nuevo el mundo,
considerar dichosos a los que gozan del sol?
No; mi luz será oscura, mi día la noche:

pensar en mi pompa será mi infierno.
Alguna vez diré: «Soy la mujer del duque Humphrey
y él es un príncipe que gobierna el reino:
mas lo hacía de tal modo, y tal príncipe era
que resistía mientras yo, su duquesa abandonada,
era curiosidad y hazmerreír
de cada ocioso truhán que me seguía».
Pero cálmate, no te avergüences de mí;
que nada te afecte hasta que el hacha fatal
caiga sobre ti, como lo hará en breve de seguro.
Pues Suffolk el que lo puede todo en todo
con la que te odia y nos odia a todos
y York y el impío Beaufort, ese falso cura,
han puesto en los arbustos trampas para tus alas
y, vuelas como vuelas, te atraparán.
Mas no temas hasta que tu pie quede apresado
ni busques prevenirte de tus enemigos.

GLoucester ¡Ah, Nell, detente! Lo ves todo torcido.

No puedo atacar hasta ser acusado;
y aunque tuviera veinte veces más rivales,
y cada uno veinte veces su poder
ninguno de ellos podría hacerme daño alguno
mientras sea aún leal, honesto e inocente.
¿Quisieras que te rescatara de este ultraje?
Pues no se borraría tu escándalo
y yo peligraría por violar la ley.
Tu mayor ayuda es la calma, gentil Nell:
te ruego que adaptes tu corazón a la paciencia:
estos días de asombro pasarán bien pronto.

Entra un HERALDO.

HERALDO Convoco a su gracia al parlamento de su majestad,
a celebrarse en Bury el primero del mes próximo.

GLoucester ¿Y no me han pedido mi consentimiento?
Esto es algo secreto. Bien, estaré allí.

Sale el HERALDO.

Nell mía, me voy. Y maese alguacil,
que su castigo no exceda el encargo del rey.

ALGUACIL Si place a su gracia, mi misión termina aquí.

A sir Juan Stanley corresponde ahora
llevarla con él a la isla de Man.

GLOUCESTER Sir Juan, ¿tú debes proteger a mi señora?

STANLEY Así me lo encargaron, si a su gracia place.

GLOUCESTER Te ruego, no la trates mal;
que lo pase bien. Quizá el mundo vuelva a reír
y yo viva para ser bueno
contigo si lo cumples sir Juan, ¡adiós!

DUQUESA Qué, ¿te vas, milord, sin despedirte?

GLOUCESTER Mira mis lágrimas: no puedo hablar más.

Salen GLOUCESTER y servidores.

DUQUESA ¿Tú también te vas? Contigo se va mi consuelo.

Nadie queda conmigo. Mi alegría es la muerte;
la muerte, nombre que a menudo me ha asustado
pues deseaba la eternidad del mundo.
Anda, Stanley, te ruego, llévame allí;
no me importa adónde, no pido favores,
llévame adonde te encargaron.

STANLEY Señora, es a la isla de Man;
es lo que a su rango corresponde.

DUQUESA Mal rango, pues soy solo defectos.
¿Seré pues tratada con reproches?

ALGUACIL Como una duquesa, la esposa del duque;
en esa condición será tratada.

DUQUESA Adiós, alguacil, y que estés bien
aunque hayas sido el guía de mi oprobio.

ALGUACIL Es mi trabajo; perdóneme, señora.

DUQUESA Sí, sí, adiós; te excuso de tu oficio.
Ven, Stanley. ¿Vamos?

STANLEY Señora, hecha su penitencia, tiremos el cartel
y vamos a vestirla para el viaje.

DUQUESA No cambiará por el cartel mi pena.
No, colgará con mis trajes más lujosos
y se verá, me vista como quiera.

Ve, condúceme: ansío ver mi cárcel.

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

*Sonido de trompetas. Entran al Parlamento:
primero dos HERALDOS y luego el REY ENRIQUE, la REINA MARGARITA, el CARDENAL
BEAUFORT, SUFFOLK, YORK, BUCKINGHAM, Salisbury y Warwick.*

REY ENRIQUE Me asombra que lord Gloucester no esté aquí:
no es habitual que se rezague.

REINA MARGARITA ¿No te das cuenta? ¿Es que no adviertes
la extrañeza en su alterado rostro?
¿Con qué majestad se comporta,
cuán insolente se ha vuelto en poco tiempo,
qué orgulloso, perentorio, diferente?
Recordamos cuando era afable y calmo,
cuando bastaba con mirarlo de lejos
para que se hincara de rodillas
y admiraba su sumisión toda la corte.
Pero míralo ahora: hasta por la mañana,
cuando todo el mundo da los buenos días,
frunce las cejas y se muestra enojado,
y pasa con las piernas tiesas,
desdeñando rendirnos tributo.
No se mira a los cuzcos cuando gruñen
pero los grandes tiemblan cuando ruge el león;
y Humphrey, en Inglaterra, no es un hombre pequeño.
Advierte que es él quien te sigue en descendencia
y será el que antes suba si caes tú.
No es político entonces, me parece,
considerando su mente rencorosa,
y el beneficio que obtiene con tu muerte,
que se aproxime a tu real persona,
o sea admitido en tu consejo.
Con adulación ganó el alma del vulgo,
y cuando se le antoje armar una revuelta
es de temer que todos lo acompañen.
Es primavera ahora, y las malezas
tienen corta raíz; déjalas crecer y cubrirán
el huerto, ahogarán las hierbas por falta de cultivo.

La reverencia que debo a mi señor
me ha hecho ver peligros en el duque.
Si son vanos, llámalos miedos de mujer;
miedos que, si mejores razones los suplantán,
admitiré, concediendo que hice mal al duque.
Milord de Suffolk, Buckingham y York,
refuten, si pueden, mi alegato.
Si no, den pertinencia a mis palabras.

SUFFOLK Su alteza ha visto al duque claramente,
y si yo hubiera dicho primero lo que pienso
habría contado el mismo cuento que su gracia.
Fue por su instigación que la duquesa,
lo juro, emprendió sus prácticas diabólicas:
o, si no conocía esos desmanes,
igual, considerando su alta descendencia,
como heredero directo del rey
que tanto ostenta su nobleza,
instigó a la duquesa perturbada
a urdir con malas artes la ruina del monarca.
Suave fluye el agua cuando el cauce es hondo;
y en su simpleza alberga la traición;
el zorro no hace bulla si puede hurtar la oveja.
No, no, soberano mío; a Gloucester
aún no se le conoce, y está lleno de engaños.

CARDENAL BEAUFORT (*Al REY ENRIQUE.*)

¿Acaso, en contra del derecho,
no ideó extrañas muertes para faltas menores?

YORK (*Al REY ENRIQUE.*) ¿Y durante su protectorado,
no recaudó grandes sumas en el reino
para pagar en Francia a los soldados, sin mandarlas?
Por eso se rebelaban las ciudades.

BUCKINGHAM (*Al REY ENRIQUE.*)

Esas faltas son nada: las desconocidas
saldrán a luz a tiempo para el buen sir Humphrey.

REY ENRIQUE Señores, basta: el cuidado que profesan
para aplastar espinas que dañarían mi pie
es alabanza. Si dejara hablar a mi conciencia,
nuestro pariente Gloucester sería tan inocente
de traición a nuestra real persona

como un cordero, una paloma inofensiva:
el duque es virtuoso, bueno y muy considerado
para soñar con el mal o tramar mi caída.

REINA MARGARITA ¿Qué es más peligroso que confiar?
¿Parece una paloma? Sus plumas son prestadas,
pues su actitud es la del cuervo detestable.
¿Es un cordero? Seguramente le dieron la piel,
pues su disposición es la voraz del lobo.
¿Quién no puede robar una forma engañosa?
Presta atención, milord; por el bienestar de todos
hay que frenar a ese hombre fraudulento.

Entra SOMERSET.

SOMERSET (*Arrodillándose.*) Salud a mi gracioso soberano.

REY ENRIQUE

Bienvenido, lord Somerset. ¿Qué hay de nuevo en Francia?

SOMERSET Que de tus dominios en esos territorios
te han despojado; se ha perdido todo.

REY ENRIQUE Frías noticias, lord Somerset; pero es voluntad de Dios.

SOMERSET se levanta.

YORK (*Aparte.*) Frías noticias para mí, que tenía esperanzas
tan firmes de Francia como de la fértil Inglaterra.
Así mis capullos en el lodo se marchitan,
y las orugas se comen mis hojas.
Pero remediaré este asunto en breve,
o venderé mi título por una tumba gloriosa.

Entra GLOUCESTER.

GLOUCESTER (*Arrodillándose.*) Toda la felicidad para el rey, mi señor.
Perdóname, majestad, por venir tan tarde.

SUFFOLK No, Gloucester, has llegado muy temprano
a menos que fueras más leal de lo que eres.
Te arresto por alta traición.

GLOUCESTER (*Levantándose.*) Bien, Suffolk, no me harás enrojecer
ni cambiar de opinión por este arresto:
un corazón limpio no se turba fácilmente.
La fuente más pura no tiene más lodo

que yo idea de traicionar al soberano:
¿quién me puede acusar de qué soy culpable?

YORK Se cree, milord, que aceptaste sobornos de Francia
y que, como protector, no pagaste a los soldados,
por lo cual su alteza ha perdido Francia.

GLOUCESTER ¿Eso se cree? ¿Quiénes lo piensan?
Nunca quité su paga a los soldados,
ni recibí un penique de soborno francés.
¡Que Dios me ayude si no he pasado noches
una tras otra, planificando el bien para Inglaterra!
Si algún dinero he arrebatado al rey,
o una sola moneda guardado para mí,
¡que pesen en mi contra el día de mi juicio!
No: muchas libras de mi propio peculio,
por no poner impuestos a los necesitados,
entregué a los cuarteles,
y no pedí nunca reembolso.

CARDENAL BEAUFORT Milord, te viene bien decirlo.

GLOUCESTER No es más que la verdad, válgame Dios.

YORK En tu protectorado maquinaste
para los reos extrañas, inauditas torturas
por lo que se acusó a Inglaterra de tirana.

GLOUCESTER Es bien sabido que, mientras fui protector
mi única falta fue la compasión;
pues me derretía con el llanto de los reos
y pagaban sus penas con palabras degradantes.
A menos que fuera un asesino impío,
o un ladrón malvado que esquilmará a los pobres,
nunca les di un castigo equivalente.
Es cierto que el asesinato, ese cruel pecado, lo castigaba
más que la felonía u otro delito.

SUFFOLK Mi señor, respondes rápida y fácilmente a los cargos;
mas se te imputan otros crímenes peores,
de los que no puedes librarte de igual modo.
Te arresto en nombre de su alteza;
y te encomiendo a milord el cardenal
para que te custodie hasta tu juicio.

REY ENRIQUE Mi señor de Gloucester; lo que especialmente espero
es que te libres de toda sospecha.
Mi conciencia me dice que eres inocente.

GLOUCESTER Ah, gracioso lord, son estos días peligrosos:

la ambición innoble sofoca a la virtud,
la mano del rencor a la caridad persigue.
Predomina el soborno más corrupto,
y la equidad ha dejado el país de su alteza.
Sé que se han confabulado en contra de mi vida
y si mi muerte hiciera feliz a la isla
y marcará el fin de la tiranía de ellos
la aceptaría de buen grado.

Pero la mía no es más que el prefacio de su obra:
muchos más, que no sospechan su riesgo,
no bastarán para el crimen que planean.

Los rojos ojos de Beaufort revelan su malicia,
el sombrío ceño, el tempestuoso odio de Suffolk;
el áspero Buckingham descarga con su lengua
la pesada envidia que en el corazón lleva;
y el malvado York, que ambiciona la luna,
y cuyo brazo arrogante hice bajar,
con falsos reproches se resarce.

(A *la* REINA MARGARITA.) Y tú, soberana, con los otros, sin motivo,
has puesto desgracias sobre mi cabeza
y tratado en lo posible de lograr
que mi querido rey sea mi enemigo.

Sí, todos ustedes se han unido
(tuve noticias de sus conciliábulos)
para destruir mi inocente existencia.

No faltarán falsos testigos
ni un montón de traiciones que aumenten mi culpa.
Se confirmará el viejo proverbio:

«Siempre se encuentra un palo para pegarle a un perro».

CARDENAL BEAUFORT (A *l* REY ENRIQUE.)

Mi señor, su ataque es intolerable.
Si aquellos que cuidan a tu real persona
del secreto puñal de la ira y la traición
son objeto de calumnia, reprobación y ataque,
y el ofensor se expresa cuanto quiere,
se enfriará el celo de sus amigos por su gracia.

SUFFOLK (*Al REY ENRIQUE.*) ¿Acaso no atacó a la soberana
ignominiosamente, eligiendo con ciencia sus palabras
como si ella hubiera sobornado a alguno
para que alegara en falso contra él?

REINA MARGARITA Mas doy al perdedor derecho a rezongar.

GLOUCESTER Fue mucho más cierto que lo que quisieras.
Pierdo, sin duda; ¡malditos los que ganan, pues me hicieron trampa!
Y es bueno que los perdedores tengan derecho a hablar.

BUCKINGHAM (*Al REY ENRIQUE.*)
Jugará con el sentido y nos tendrá aquí el día entero.
Lord cardenal, es tu prisionero.

CARDENAL BEAUFORT Señores, llévense al duque, y ténganlo sujeto.

GLOUCESTER ¡Ah! Así el rey Enrique arroja su muleta
antes de que sus piernas puedan sostenerlo.
Así aparta de su lado al pastor
y los lobos gruñen, a ver quién morderá primero.
¡Ojalá fueran falsos mis temores! ¡Si lo fueran!
Pues, buen rey Enrique, temo tu ruina.

Sale, custodiado.

REY ENRIQUE Mis señores, lo que su prudencia vea mejor
hagan o deshagan, como si fueran yo.

REINA MARGARITA Qué, ¿su alteza deja el Parlamento?

REY ENRIQUE Sí, Margarita; mi corazón está inundado de dolor,
que fluye ya por mis ojos.
A mi cuerpo lo rodea la desgracia.
Pues, ¿qué infortunio peor que el descontento?
¡Ah, tío Humphrey! En tu rostro veo
el mapa del honor, la lealtad y la franqueza;
y aún, buen Humphrey, por venir está la hora
en que pruebe tu falsía o sospeche de tu fe.
¿Qué baja estrella envidia ahora tu estado,
para que estos grandes lores y la reina Margarita
encuentren subversión en tu vida inofensiva?
Nunca hiciste daño, ni a ellos ni a nadie;
y así como el carnicero toma al ternero
y lo ata, miserable, y le pega si se escapa,
y lo lleva al sangriento matadero,

con la misma impiedad te han traído hasta aquí.
Y así como la vaca corre y mira por doquier,
a dónde se ha ido su ternero inocente,
y solo puede lamentar que se ha perdido,
así yo gimo por la suerte de Gloucester
con triste llanto inútil; y con nublados ojos
me preocupo por él sin poder ayudarlo,
tan poderosos son sus enemigos.
Lloraré por su suerte, y entre un sollozo y otro
diré: «¿Quién es traidor? No Gloucester, él no».

Sale con Salisbury y Warwick.

REINA MARGARITA Libres señores: los rayos del sol funden la nieve.

Mi señor Enrique es frío para asuntos grandes,
mas lleno de tonta piedad, y el despliegue de Gloucester
lo engaña, como el lloroso cocodrilo
atrapa en su dolor al cándido viajero,
o como la serpiente, enroscada en la orilla florecida,
de piel brillante y jaspeada, pica a un niño
que por su belleza la creía excelente.
Créanme, señores, aunque no sea más sabia que nadie
(y sin embargo juzgo bueno mi criterio)
este Gloucester debería dejar de prisa el mundo
para librarnos del temor que le tenemos.

CARDENAL BEAUFORT Que muera es valiosa medida;
sin embargo, necesitamos un pretexto.
Conviene que sea condenado por la ley.

SUFFOLK Para mí no sería una medida:
el rey seguirá batallando por salvarlo;
probablemente el pueblo se levante por él.
Solo tenemos una razón trivial,
no más que la sospecha, para enviarlo a la muerte.

YORK Así pues, ¿no querrías que muriera?

SUFFOLK Ah, York. Nadie lo desea tanto como yo.

YORK Quien más razones tiene es York.
Pero, milord cardenal, y tú, milord de Suffolk,
digan lo que piensan, desde el corazón.
¿No sería lo mismo que un águila ociosa
cuidara a las gallinas del pico del halcón,

dejar a Humphrey de protector del rey?

REINA MARGARITA Las pobres gallinas morirían sin duda.

SUFFOLK Señora, es cierto; ¿y no sería pues locura que el zorro fuera el guardián del corral; que se vea con ligereza la culpa de quien es inculcado como hábil asesino porque no pudo cumplir con su proyecto? No; déjenlo morir, en tanto sea zorro, antes que sus quijadas se tiñan de sangre, como enemigo mortal que es del rebaño igual que Humphrey lo es de mi señor. Y no piensen tanto en la manera de matarlo: por ardides, añagazas, sutilezas, despierto o dormido, no importa cómo, en tanto muera; pues bueno es el engaño del que se adelanta a quien quería engañarlo.

REINA MARGARITA Tres veces noble Suffolk, hablas con decisión.

SUFFOLK No con decisión, si no se lleva a cabo.

Las cosas se dicen con frecuencia, pocas veces en serio; mas mi corazón en esto acuerda con mi lengua en tanto el hecho lo merece, y para salvar a mi rey de su enemigo solo díganlo, y seré su sacerdote.

CARDENAL BEAUFORT Preferiría que muriera, lord de Suffolk, antes de que te ordenaras prelado.

Di que lo consientes y juzgas la acción justa y yo proveeré el verdugo.

Así velo por la seguridad del rey.

SUFFOLK He aquí mi mano: la acción vale la pena.

REINA MARGARITA Lo mismo digo yo.

YORK Y yo. Ahora que los tres hemos hablado, poco importa quién cumpla la sentencia.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Grandes señores, vengo de Irlanda, para decirles que hay rebeldes allí y llamar a los ingleses a las armas.

Manden ayuda, y deténganlos a tiempo
antes de que la herida se vuelva incurable;
pues, fresca como está, aún hay grandes esperanzas.

Sale.

CARDENAL BEAUFORT ¡Una grieta que exige freno inmediato!
¿Qué consejo das para esta grave causa?

YORK Que Somerset sea enviado de regente:
conviene usar a quien tiene suerte al mando;
miren lo bien que le fue en Francia.

SOMERSET Si York, con su meditada estrategia
hubiera sido allí regente en mi lugar
nunca se habría quedado tanto tiempo.

YORK No, no para perderlo todo, como tú.
Antes habría preferido perder mi vida
que traer a casa una carga de deshonra
por quedarme hasta que todo se perdiera.
Muéstrame una sola cicatriz en tu piel;
carne tan bien conservada raramente gana.

REINA MARGARITA Hasta ahí. Esta chispa se convertirá en llama
si se le arriman viento y combustible;
basta, buen York; dulce Somerset, para.
Tu suerte, York, si hubieras sido regente,
se habría probado peor que la suya.

YORK ¿Qué, peor que nada? ¡Que la vergüenza nos lleve a todos!

SOMERSET ¡Y tú, entre todos, que clames por vergüenza!

CARDENAL BEAUFORT Milord de York, prueba tu suerte;
las huestes de Irlanda, sin control, están en armas
y humedecen el barro con sangre inglesa.
¿Llevarás a Irlanda una partida
de hombres bien elegidos, de todos los condados,
para probar fortuna con los irlandeses?

YORK Lo haré, señor, si a su majestad place.

SUFFOLK ¡Vaya! Nuestra autoridad es su consentimiento;
lo que decidamos lo confirmará.
Por tanto, noble York, emprende esta tarea.

YORK Estoy contento; señores, denme tropas
mientras ordeno mis asuntos.

SUFFOLK Veré que se cumpla el encargo.
Pero ahora volvamos al falso duque Humphrey.

CARDENAL BEAUFORT No se hable más: me ocuparé de él
para que en adelante ya no nos moleste.
Ahora, separémonos: termina casi el día.
Lord Suffolk, debemos hablar del evento.

YORK Mi señor de Suffolk, en catorce días
espero a mis soldados en Bristol;
desde allí los embarcaré hacia Irlanda.

SUFFOLK Me encargaré de que se cumpla, milord.

Todos salen salvo YORK.

YORK Ahora o nunca, York: templa tus temores
y convierte la sospecha en convicción.
Sé lo que esperas ser, o lo que eres
resígnalo a la muerte: no vale la pena.
Que el pálido miedo quede para hombres sin linaje
y no se hospede en corazón de rey.
Los pensamientos se suceden veloces, más que lluvias
de primavera; y ninguno piensa en la dignidad.
Más atareado que la araña laboriosa, mi cerebro
urde tediosas trampas para mis enemigos.
Bien, nobles, bien, es buena medida
enviarme allí con un grupo de hombres.
Temo que así entibien a la hambrienta serpiente;
protegida en su seno, les picará el corazón.
Me faltaban hombres, y ustedes me los dan.
Los acepto gentilmente; sin embargo, sepan
que ponen armas filosas en manos de un loco.
Mientras formo en Irlanda una banda poderosa,
en Inglaterra levantaré una negra tormenta
que al cielo o al infierno llevará diez mil almas,
y esta cruel tempestad no cesará en su ira
hasta que en mi cabeza la dorada diadema,
como los rayos transparentes del glorioso sol
calme la furia de esta ráfaga loca.
Para servir de agente a mi proyecto

he conquistado a un valeroso hombre de Kent,
Juan Cade de Ashford,
para que cause la revuelta más completa
bajo el nombre de Juan Mortimer.
He visto en Irlanda a este terco Cade
oponerse a una tropa de soldados
y pelear tanto que sus muslos con dardos
parecían los de un puntiagudo puercoespín;
y una vez rescatado, lo vi
dar una voltereta de bailarín moro
y sacudir sus dardos como aquel los cascabeles.
Y a menudo, disfrazado de irlandés hirsuto
conversó con los enemigos,
y volvió a mí sin ser notado,
para informarme de sus villanías.
Este diablo será mi sustituto;
pues a ese Juan Mortimer, ya muerto,
se parece en el rostro, el habla, el caminar.
Así conoceré el ánimo del pueblo,
qué siente ante la casa y las aspiraciones
de York. Pongamos que lo capturan, lo ponen
en el potro y lo torturan;
no conozco dolor que puedan infligirle
que le haga confesar mi instigación.
Digamos que prospera, como es muy probable.
Bien, entonces vendré de Irlanda con mis fuerzas
a recoger lo que sembró el canalla.
Pues muerto Humphrey, como lo estará,
y Enrique apartado, lo que viene es para mí.

Sale.

ESCENA II

Se abren las cortinas y se ve a Gloucester en su cama con dos HOMBRES sobre el pecho que lo estrangulan.

PRIMER ASESINO Corre a milord de Suffolk; hazle saber
que hemos despachado al duque como él ordenó.

SEGUNDO ASESINO

¡Ah, si aún estuviese sin hacer! ¿Qué hemos hecho?

¿Alguna vez viste a alguien tan arrepentido?

Entra SUFFOLK.

PRIMER ASESINO Aquí viene milord.

SUFFOLK Señores, ¿despacharon ya el asunto?

PRIMER ASESINO Sí, mi buen señor; ha muerto.

SUFFOLK Bien dicho. Vayan pues a mi casa;
los recompensaré por este acto arriesgado.
El rey y los pares están aquí cerca.
¿Tendieron bien la cama? ¿Está todo bien,
conforme a mis instrucciones?

PRIMER ASESINO Sí, mi buen señor.

SUFFOLK Entonces cierren las cortinas. ¡Largo!

*Salen los ASESINOS. Trompetas. Entran el REY ENRIQUE, la REINA MARGARITA, el
CARDENAL BEAUFORT, SOMERSET y ayudantes.*

REY ENRIQUE (A SUFFOLK.) Traigan a nuestra presencia a mi tío;
díganle que hoy queremos examinarlo,
a ver si es culpable, como se proclama.

SUFFOLK De inmediato lo llamo, noble lord.

Sale SUFFOLK.

REY ENRIQUE Señores, ocupen sus lugares; y les ruego
que no sean estrictos con mi tío Gloucester
más que si la evidencia de una opinión probada
lo señala en la práctica culpable.

REINA MARGARITA ¡Dios no permita que triunfe la maldad
de condenar a un noble inocente!
¡Ruego a Dios que lo libre de sospechas!

REY ENRIQUE Gracias, Margarita; tus palabras me complacen mucho.

Entra SUFFOLK.

¿Qué pasa? ¿Por qué estás pálido y tiembles?
¿Dónde está nuestro tío? ¿Qué pasa, Suffolk?

SUFFOLK Muerto en su cama, mi señor... Gloucester ha muerto.

REINA MARGARITA ¡Válgame! ¡Dios no lo permita!

CARDENAL BEAUFORT Es el juicio secreto de Dios. Anoche soñé
que el duque, mudo, no decía una palabra.

El REY ENRIQUE se desmaya.

REINA MARGARITA

¿Qué le pasa a milord? ¡Socorro! ¡Ha muerto el rey!

SOMERSET Sosténganlo. Sujétenlo por la nariz.

REINA MARGARITA Corran, vamos, ¡socorro! ¡Enrique, abre los ojos!

SUFFOLK Ya revive; señora, sea paciente.

REINA MARGARITA ¿Cómo está mi gracioso señor?

SUFFOLK ¿Cómo está, soberano mío? ¡Gracioso Enrique, vamos!

REY ENRIQUE ¿Qué? ¿Milord de Suffolk me consuela?

Hace un instante vino como un cuervo a cantar,
y su tonada lúgubre me privó de la vida,
¿y piensa que el gorjeo de un reyezuelo,
que clama valor desde un pecho vacío,
puede ahuyentar el sonido primero?
No ocultes tu veneno con palabras dulces.

Empieza a incorporarse. SUFFOLK le ofrece ayuda.

No pongas en mí tus manos; ¡detente, digo!
Temo tu contacto como el de una serpiente.
¡Mensajero de males, sal de mi vista!
Sobre tus pupilas la tiranía asesina
se asienta, con cruel majestad, para asustar al mundo.
No me mires, que tus ojos hieren;
pero no te vayas. Ven, basilisco,
y mata con tu visión al que mira inocente,
que en la sombra de la muerte encontraré alegría;
en la vida, tan solo doble muerte, si Gloucester no está.

REINA MARGARITA ¿Por qué tratas así al duque de Suffolk?

Aunque el duque era su enemigo,
lamenta su muerte como el más cristiano.
Y en cuanto a mí, aunque también lo fuera,
si líquidas lágrimas, o gemidos desgarrantes,
o suspiros que la sangre absorben, pudieran devolverle
la vida, ya ciega de llorar, enferma de gemir,
pálida como primula con suspiros de sangre estaría yo;

y todo por tener vivo al noble duque.
¿Qué sé yo lo que el mundo pensará de mí?
Se sabe que éramos amigos insinceros;
se puede suponer que lo maté;
así la calumnia dañará mi nombre,
y mi reproche colmará las cortes de los príncipes.
Eso consigo con su muerte: infeliz de mí,
ser una reina, coronada de infamia.

REY ENRIQUE Mi pena es por Gloucester, el desdichado.

REINA MARGARITA Pena por mí, más desdichada que él.

Qué, ¿te vuelves, escondes tu rostro?
Mírame: no soy una leprosa despreciable.
¿Te has vuelto sordo como el áspid?
Sé también venenoso y mata a tu reina abandonada.
¿Tu consuelo se encerró en la tumba con Gloucester?
Entonces la dama Margarita nunca fue tu dicha.
Erígele una estatua y adóralo,
y de mi imagen haz un cartel de cervecería.
¿Fue por esto que me ahogué casi en el mar
y que dos veces me envió un extraño viento,
desde las costas de Inglaterra, de nuevo a mi nativo clima?
¿Qué presagiaba aquello, sino que el viento prevenía:
«No busques un nido de escorpión
ni pises esta tierra hostil»?
¿Y qué hice sino maldecir las ráfagas hostiles,
y a quien las soltaba de sus broncíneas cuevas,
y pedir que soplaran hacia esta bendita costa
o estrellaran nuestra popa contra una roca horrible?
Pero Eolo se niega a ser un asesino,
y te dejó ese odioso oficio a ti.
El mar, tempestuosamente bello, rehusó hundirme,
sabiendo que tú en tierra me ahogarías
con lágrimas saladas como él, por desamor.
Las destructoras rocas se hundieron en la arena
para no golpearme con sus rugosos bordes
pues tu pétreo corazón, más duro que ellas
debía destruir a Margarita en el palacio.
Mientras pude ver tu acantilado de greda,
cuando la tempestad nos rechazó de tu ribera,
me quedé bajo la escotilla en la tormenta,

y cuando el cielo oscuro comenzó a ocultar
la silueta de tu costa de mi ávida mirada,
me quité del cuello una preciada joya
(un corazón rodeado de diamantes)
y lo arrojé a tu tierra. El mar lo recibió,
y deseé que así hicieras con mi corazón:
así perdí de vista a la bella Inglaterra
y ordené a mis ojos que con mi corazón se fueran,
llamándolos órganos ciegos y oscuros
por perder la visión de la costa deseada.
¡Cuán a menudo tenté a la lengua de Suffolk,
el agente de tu vil inconstancia,
para que se sentara a hechizarme, como Ascanio
cuando a la desquiciada Dido relataba
los actos de su padre, desde que ardiera Troya!
¿No estoy, como ella, encantada? ¿No eres tú falso como él?
¡Ay de mí, no puedo más! Muere, Margarita,
pues Enrique lamenta que vivas tanto tiempo.

*Ruido dentro. Entran WARWICK y SALISBURY
con gente del pueblo.*

WARWICK (*Al REY ENRIQUE.*)

Se informa, poderoso soberano, que traidoramente
el buen duque Humphrey ha sido asesinado,
por influencia de Suffolk y del cardenal Beaufort.
El pueblo, como panal furioso
privado de su jefe, va de arriba a abajo
sin pensar a quién picar en su venganza.
Yo he calmado su pasional revuelta
hasta que se informe de la muerte en detalle.

REY ENRIQUE Que está muerto, buen Warwick, es muy cierto;
pero cómo murió lo sabe Dios, no Enrique.
Entra en su cámara, mira su cuerpo inanimado
y explica entonces su repentina muerte.

WARWICK Eso haré, mi señor. Salisbury, quédate
con la tosca muchedumbre hasta que vuelva.

Salen WARWICK por un lado y SALISBURY y los demás por otro.

REY ENRIQUE Oh, tú que juzgas todo, detén mis pensamientos,
pensamientos que buscan persuadir al alma

de que violentas manos acabaron con Humphrey.
De ser falsas mis sospechas, Dios, perdóname;
solo a ti te pertenece el juicio.
De buen grado entibiaría sus labios pálidos
con veinte mil besos, y dejaría caer
sobre su rostro un mar de lágrimas saladas
para expresar mi amor a su tronco sordo y mudo,
y sentir en mis dedos su mano insensible.
Pero vanos son esos magros obsequios,

Entra WARWICK, que abre las cortinas y muestra a Gloucester muerto en su cama. La cama se adelanta.

y contemplar su terrosa y muerta imagen,
¿qué sería sino aumentar mi pena?

WARWICK Ven, gracioso soberano, mira el cadáver.

REY ENRIQUE Eso es ver cuán profunda es mi tumba;
pues con su alma ha huido mi solaz en el mundo,
y al verlo veo mi vida en la muerte.

WARWICK Tan seguro como de que mi alma quiere
vivir con ese rey temido, que asumíó nuestro estado
para librarnos de la cruel maldición de su padre,
estoy de que manos violentas acabaron
con la vida de este duque tres veces famoso.

SUFFOLK ¡Terrible juramento, dicho en lengua solemne!
¿Qué pruebas da lord Warwick de su aserto?

WARWICK Vean cómo la sangre se estancó en su cara.

A menudo he visto muertes naturales, y el semblante
es ceniciento, magro, pálido y exangüe,
ya que la sangre toda baja al corazón,
que laborioso, en su pelea con la muerte
la atrae en su ayuda contra el enemigo;
y ella en el corazón se enfría y no vuelve
jamás a embellecer y dar color a las mejillas.
Pero vean: negro y lleno de sangre está su rostro,
más fuera sus órbitas que cuando vivía, su mirada
horrible y fija como la de un estrangulado,
su cabello, erizado; sus narinas distendidas por la lucha;
sus manos se alargan hacia fuera, como las de quien se aferra
y lucha por su vida, y es vencido por la fuerza.

Sus cabellos están pegados a las sábanas;
su pareja barba, enmarañada y revuelta
como el maíz que la tempestad tumba en verano.
Solo puede haber sido que aquí lo mataron;
el menor de estos signos lo demuestra.

SUFFOLK Vaya, Warwick: ¿quién iba a matar al duque?
Beaufort y yo lo custodiábamos,
y nosotros no somos, creo, asesinos.

WARWICK Pero ambos eran jurados enemigos del duque.
(Al CARDENAL BEAUFORT.) Y tú, es cierto, lo cuidabas.
Es posible que no lo trataras como amigo,
y bien se ve que encontró a un enemigo.

REINA MARGARITA Entonces, parece, sospechas que estos caballeros
son culpables de su muerte prematura.

WARWICK El que encuentra al ternero sangrante y muerto
y al lado ve al carnicero con un hacha,
¿dudará que es él quien lo mató?
El que encuentra a la perdiz en el nido del milano,
¿no puede imaginar cómo murió el pájaro
aunque el milano no lleve sangre en el pico?
Así de sospechosa es la tragedia esta.

REINA MARGARITA ¿Eres tú el asesino, Suffolk? ¿Dónde está tu puñal?
¿Es Beaufort el milano? ¿Dónde están sus garras?

SUFFOLK No llevo puñal para matar hombres dormidos.
Pero aquí hay una espada vengadora, herrumbrosa por el ocio,
que se limpiará en el rencoroso corazón
de quien la insignia roja del crimen me atribuye.
Di, si te atreves, orgulloso lord Warwickshire,
que soy culpable de la muerte de Humphrey.

Sale el CARDENAL BEAUFORT, ayudado por SOMERSET.

WARWICK ¿A qué no se atreve Warwick, si lo reta el falso Suffolk?

REINA MARGARITA No se atrevería a calmar su espíritu ultrajante
ni a dejar de ser un detractor soberbio,
aunque Suffolk lo retara veinte mil veces.

WARWICK Señora, haga silencio; lo digo con
respeto: cada palabra que diga en defensa de él

es una ofensa a su real dignidad.

SUFFOLK ¡Lord de obtuso ingenio y modales innobles!

Si alguna vez una dama ofendió a su esposo
fue tu madre, que en culposa cama
metió a un adusto campesino inculto, y al noble
linaje se le injertó un brote de manzano. Tú eres fruto de eso
y no de la noble raza de los Nevile.

WARWICK ¡Si no fuera porque la culpa del crimen te defiende

y porque privaría al verdugo de su paga,
librándote así de mil vergüenzas,
y porque me sosiega la presencia del monarca,
te haría pedir perdón por lo dicho,
de rodillas, falso y cobarde criminal,
y confesar que hablabas de tu madre
y que tú mismo naciste en bastardía!
¡Y después de que el terror forzara tu homenaje
te daría tu paga y mandaría tu alma al infierno,
vampiro pernicioso de durmientes!

SUFFOLK Tú estarás despierto cuando derrame tu sangre
si te atreves a salir de aquí conmigo.

WARWICK Salgamos enseguida, o te arrastro.

Por indigno que seas, quiero habérmelas contigo
y rendir tributo al fantasma del duque.

Salen SUFFOLK y WARWICK.

REY ENRIQUE ¿Qué coraza más fuerte que la de un corazón puro?

Tres veces está armado quien cree justa su querella,
y desnudo, aunque de acero revestido,
aquel cuya conciencia la injusticia corrompe.

Ruidos dentro.

REINA MARGARITA ¿Qué es ese ruido?

Entran SUFFOLK y WARWICK con las espadas desenvainadas.

REY ENRIQUE ¿Qué pasa, mis señores? ¿Desnudan sus airadas armas
aquí en nuestra presencia? ¿A tanto se atreven?
¿Qué clamor tumultuoso hay aquí?

SUFFOLK ¡El traidor Warwick, con los hombres de Bury,
están todos contra mí, poderoso señor!

PUEBLO (*Dentro*) ¡Abajo Suffolk! ¡Abajo Suffolk!

Entra el conde de SALISBURY.

SALISBURY (*Al PUEBLO que está dentro.*)

¡Señores, atrás! El rey quiere escucharlos.

Al REY ENRIQUE.

Temido señor, el pueblo te dice por mí
que a menos se condene a lord Suffolk de inmediato
o se lo exilie de la bella tierra inglesa,
lo echarán violentamente del palacio,
y lo torturarán con una muerte lenta.
Dicen que por él murió lord Humphrey
y que por él temen la muerte de su alteza;
y el simple instinto de lealtad y amor,
no el terco intento de ponerse en contra,
expresamente, de lo que te place,
les aviva el ansia de que sea expulsado.
Dicen, por cuidar de tu muy real persona,
que si su alteza intentara dormir
y encargara que nadie turbara su descanso,
a costa de tu enojo o de su muerte,
a pesar de tan severo edicto,
si una serpiente de bífida lengua
astuta se arrastrara hacia su alteza,
sería necesario despertarte
por miedo a que, entregado al pernicioso sueño,
el mortal gusano lo volviera eterno.
Por eso claman, aunque lo prohíbas,
por cuidarte, lo quieras o no,
de malvadas serpientes como el falso Suffolk
por cuya ponzoñosa y fatal picadura
tu amado tío, veinte veces mejor,
dicen, fue asesinado vergonzosamente.

PUEBLO (*Desde dentro*) ¡Una respuesta del rey, milord de Salisbury!

SUFFOLK Es muy de la turba, rústicos incultos,

enviar al soberano tal mensaje.

Pero a ti, milord, te alegra que te hayan enviado
a mostrar tu habilidad como orador.

Y todo el honor que ha conquistado Salisbury

es haber sido el lord embajador
de unos hojalateros ante el rey.

PUEBLO (*Desde dentro*)

¡Que responda el rey, o entraremos a la fuerza!

REY ENRIQUE Ve, Salisbury, y diles de mi parte
que les agradezco por su tierno afecto.
Y aunque no me incitaran de ese modo
me propongo hacer lo que me piden,
pues, por cierto, mis pensamientos auguran todo el tiempo
desgracias en mi estado a instancias de lord Suffolk.
Por eso, juro por su majestad,
cuyo muy indigno delegado soy,
que no infectará el aire con su respiración
más de tres días, so pena de muerte.

Sale SALISBUY.

REINA MARGARITA ¡Oh, Enrique, déjame abogar por el buen Suffolk!

REY ENRIQUE No es bueno que lo llames «buen Suffolk».

Basta ya, te digo: si abogas por él
no harás sino aumentar mi furia.
Si solo hubiera hablado, guardaría mi palabra,
pero habiendo jurado, es irrevocable.

A SUFFOLK.

Si al cabo de tres días permanecieras aún
en cualquier tierra de las que domino
el mundo no sería expiación suficiente de tu vida.
Vamos, Warwick; ven, buen Warwick, conmigo:
tengo grandes asuntos que comunicarte.

*Salen todos salvo la REINA MARGARITA
y SUFFOLK.*

REINA MARGARITA ¡Que la desgracia y la pena los escolten!

¡Que el descontento y la aflicción amarga
les hagan amable compañía!
¡Ya son dos: que el diablo sea el tercero
y siga sus pasos una triple venganza!

SUFFOLK Detén tus maldiciones, gentil reina
y deja que tu Suffolk se despida gravemente.

REINA MARGARITA ¡Avergüénzate, cobarde mujer de corazón débil!
¿No tienes ánimo para insultar al enemigo?

SUFFOLK ¡La peste se los lleve! ¿Para qué insultarlos?

Si los insultos mataran, cual gemido de mandrágora,
inventaría palabras tan amargas,
tan perversas, duras y horribles de oír,
lanzadas con fuerza entre mis dientes apretados,
con tantos signos de odio mortal,
como la macilenta Envidia desde su horrenda cueva.
Mi lengua tropezaría con palabras sinceras;
mis ojos brillarían como pedernal golpeado,
se me erizaría el pelo como a un loco:
sí, cada coyuntura parecería maldecir y vetar:
y aún ahora mi oprimido corazón estallaría
si no los maldijera. ¡Que beban veneno!
¡Que lo más delicado que prueben sea hiel, o algo peor!
¡Una arboleda de cipreses, su más dulce sombra!
¡Matar basiliscos sea su mejor perspectiva!
¡Que lo más suave les duela como el diente de un lagarto!
¡Que su música espante como silbido de serpiente,
y completen el concierto graznidos de búho!
Que todos los terrores del tenebroso infierno...

REINA MARGARITA Basta, dulce Suffolk; te atormentas;
y esas atroces maldiciones, como el sol contra el cristal
o la carga excesiva de un arma, vuelven
y dirigen su fuerza contra ti.

SUFFOLK Me haces maldecir, ¿y ahora quieres que calle?

Pues, por el país del que me expulsan,
bien pasaría una noche de invierno maldiciendo,
aun de pie, desnudo, en la cima de un monte
donde el frío cortante no dejara crecer la hierba,
y lo consideraría un minuto de recreo.

REINA MARGARITA Oh, déjame rogarte que pares. Dame tu mano
para que la embeba con lágrimas de duelo;
que la lluvia del cielo no moje este sitio
y se lleve mis prendas lastimeras.

Le besa la palma.

¡Ay, ojalá este beso se imprimiera en tu mano

para que las recordaras por el sello
por el cual emito mil suspiros por ti!
Vete, entonces, y así conoceré mi pena
que, cuando estás aquí, solo supongo,
como quien se sacia pensando en su carencia.
Tendré que rechazarte, o, por cierto,
me arriesgaré yo misma a que me expulsen;
y expulsada estoy ya, si bien de ti.
Vete; no me hables, ya vete.
Oh, no partas todavía; dos amigos condenados
se abrazan y se besan y se despiden mil veces,
prefieren cien veces morir a separarse.
Pero ahora, adiós. ¡Y adiós contigo a la vida!

SUFFOLK Así destierran al pobre Suffolk diez veces:

una el rey, tú tres veces tres.
No me preocuparía el lugar si tú estuvieras:
un páramo sería un sitio populoso
si fueras mi compañía celestial:
pues donde estás tú está el mundo entero,
con todos los placeres terrenales,
y donde no estás tú, desolación.
No puedo más: vive y goza de la vida;
yo no tengo alegría sino en que vivas tú.

Entra VAUX.

REINA MARGARITA ¿Adónde vas tan rápido? ¿Qué pasa, te ruego?

VAUX A decirle al rey

que el cardenal Beaufort está a punto de morir;
de pronto lo atacó una grave enfermedad
que lo hace jadear y mirar fijo y aferrar el aire,
blasfemar contra Dios y maldecir a todos en la tierra.
A veces habla como si el fantasma del duque
estuviera con él; a veces llama al rey,
y le susurra a su almohada, como si fuese él,
los secretos de su alma atormentada.
Y me mandan a decir a su alteza
que ahora mismo clama por él a voces.

REINA MARGARITA Ve a darle ese grave mensaje.

Sale VAUX.

¡Ay de mí! ¿Qué mundo es este? ¡Qué noticias!
¿Y por qué lamento una efímera pérdida
y omito el exilio de Suffolk, mi tesoro?
¿Por qué, Suffolk, no llorar solo por ti,
y competir en lágrimas con las nubes del sur,
las tuyas por bien de la tierra, las mías por mi dolor?
Ahora vete; sabes ya que viene el rey
y si te ven conmigo, eres hombre muerto.

SUFFOLK Si me alejo de ti, no puedo vivir;
y morir mirándote, ¿qué podría ser
sino un amable sueño en tus rodillas?
Aquí podría exhalar mi alma al aire
tibio y suave como un niño de pecho
que muere con el pezón de la madre entre los labios;
lejos de tu vista, estaría enloquecido,
y clamaría por que tú cerraras mis ojos
y taparas mi boca con tus labios,
de modo que, o hicieras regresar a mi alma fugitiva,
o yo la exhalara dentro del cuerpo
para que perviviera en el dulce Elíseo.
Morir junto a ti sería morir alegre;
morir sin ti, tortura más grave que la muerte.
¡Deja que me quede, pase lo que pase!

REINA MARGARITA ¡Vete! Aunque la separación sea un corrosivo,
puede aplicarse a una herida mortal.
A Francia, dulce Suffolk; hazme saber de ti:
mas donde quiera que estés en este mundo
tendré una Iris que te encontrará.

SUFFOLK Me voy.

REINA MARGARITA Y lleva mi corazón contigo.

Lo besa.

SUFFOLK Una joya, guardada en el más oculto cofrecito
que jamás contuvo algo de valor.
como una corteza partida, así nos separamos:
por aquí caigo a la muerte.

REINA MARGARITA Yo, por aquí.

Salen, separados.

ESCENA III

Entran el REY ENRIQUE, SALISBURY, WARWICK. Luego se abren las cortinas y se ve al CARDENAL BEAUFORT, en cama, furioso y desorbitado, como loco.

REY ENRIQUE ¿Cómo está mi señor? Habla, Beaufort, a tu soberano.

CARDENAL BEAUFORT Si eres la muerte, te daré tesoros de Inglaterra
suficientes para comprar una isla igual,
así me dejarás vivir sin dolor.

REY ENRIQUE Ah, qué signo de mala vida es
ver a la muerte como cosa tan terrible.

WARWICK Beaufort, es tu soberano quien te habla.

CARDENAL BEAUFORT Llévenme a juicio cuando lo dispongan.
¿No murió él en su cama? ¿Y dónde iba a morir?
¿Puedo hacer que alguien viva, aunque lo quiera?
No me torturen más: confesaré.
¿Vivo de nuevo? Muéstrenme dónde:
mil libras daré para mirarlo.
No tiene ojos, el polvo lo ha cegado.
Péinenlo... ¡Miren, miren! Los pelos se le alzan, parecen
estacas untadas para atrapar mi alma en el aire.
Denme algo de beber; pídanle al boticario
que traiga el veneno que compré.

REY ENRIQUE Oh, tú, eterno motor de los cielos,
contempla a este desgraciado con dulzura.
Echa al demonio activo y turbulento
que asedia el alma del miserable sin descanso.
Púrgale el pecho de desesperación.

WARWICK Vean cómo gesticula en su agonía.

SALISBURY No lo molesten; dejen que se vaya en paz.

REY ENRIQUE Paz a su alma, si place a Dios.
Lord cardenal, no pienses en la felicidad del cielo.
Alza tu mano en señal de esperanza.

El CARDENAL BEAUFORT muere.

Muere, y no hace ningún signo. Dios, ¡perdónalo!

WARWICK Una muerte tan mala es prueba de una vida atroz.

REY ENRIQUE No juzguen: todos somos pecadores.

Cierren sus ojos y corran las cortinas,
y pongámonos a meditar.

Salen.

Se corren las cortinas. La cama es retirada.

CUARTO ACTO

ESCENA I

*Alarma. Combate en el mar. Entran un CAPITÁN, un CONTRAMAESTRE, un GRUMETE, Walter WHITMORE y otros.
Con ellos, prisioneros, SUFFOLK, disfrazado, y dos CABALLEROS.*

CAPITÁN El ostentoso, parloteante y compasivo día
se ha deslizado en el seno del mar;
fuertes aullidos de lobos despiertan ya a los dragones
que arrastran la noche trágica y melancólica;
los que, con sus somnolientas, lentas y batientes alas
golpean las tumbas de los muertos, y exhalan en el aire
por sus fauces brumosas una oscuridad nociva y contagiosa.
Por tanto, traigan a los soldados que ganamos;
mientras nuestra embarcación ancla en los bajíos
pagarán su rescate en la arena,
o mancharán con su sangre esta costa incolora.
Contramaestre,

Señalando al PRIMER CABALLERO.

te doy a este prisionero gratis.

Al GRUMETE.

Tú, que eres su amigo, saca provecho de él.

Señala al SEGUNDO CABALLERO.

El otro, (*Señalando a SUFFOLK.*) Walter Whitmore, es tu parte.

PRIMER CABALLERO (*Al CAPITÁN.*)

¿Cuál es mi rescate, contramaestre? Dime.

CONTRAMAESTRE Mil coronas, o prepara tu cabeza.

GRUMETE (*Al SEGUNDO CABALLERO.*)

Y otro tanto pondrás tú, o cae la tuya.

CAPITÁN (*A AMBOS.*)

¿Cómo? ¿Les parece mucho pagar dos mil coronas
teniendo porte y nombre de caballeros?

WHITMORE ¡Corta las gargantas de los dos villanos!

Que las vidas que perdimos en combate
queden compensadas con tan magra suma.

PRIMER CABALLERO Yo la daré, señor; respeta pues, mi vida.

SEGUNDO CABALLERO

Y yo también, y para ello escribiré enseguida a casa.

WHITMORE (A SUFFOLK.) Perdí un ojo al pasar la presa a bordo
así que, para vengarme, morirás.

Y estos también, si yo estuviera al mando.

CAPITÁN No seas tan cruel: acepta el rescate y déjalo vivir.

SUFFOLK Mira mi Jorge: soy un caballero;
ponme el precio que quieras y se te pagará.

WHITMORE También yo lo soy; mi nombre es Walter Whitmore.
¡Bueno! ¿De qué te asustas? ¿Temes morir?

SUFFOLK Me da miedo tu nombre: suena a muerte.
Un brujo calculó mi nacimiento
y dijo que moriría por agua.^[12]
Pero no dejes que eso te enfurezca:
tu nombre es Gualterio, si se pronuncia bien.

WHITMORE Gualterio o Walter, no importa cómo,
nunca el deshonor empañó nuestro nombre
sin que con la espada quitáramos la mancha;
por tanto, si vendo mi venganza como un mercader,
que se rompa mi espada, que mis armas se quiebren y evaporen
y me proclamen cobarde en todo el mundo.

SUFFOLK Basta, Whitmore; tu presa es un príncipe,
el duque de Suffolk, Guillermo de la Pole.

WHITMORE ¿El duque de Suffolk en andrajos?

SUFFOLK Sí, pero estos andrajos no son parte del duque.
Júpiter andaba disfrazado a veces; ¿por qué yo no?

CAPITÁN Pero a Júpiter nunca lo mataron, como va a pasarte a ti.

SUFFOLK Oscuro y vil campesino; la sangre del rey Enrique,
la honorable sangre de Lancaster,
no debe derramarla un mozo tan innoble.
¿No anduviste sin sombrero junto a mi mula enjaezada
alegrándote si asentía con la cabeza?

¿Cuántas veces serviste mi copa,
comiste de mi plato, te arrodillaste ante la mesa
después de que cenaba con la reina Margarita?
Recuérdalo, y agacha la cabeza,
y doblega ya tu monstruoso orgullo.
¿Acaso no te has quedado en la antecámara,
esperando mi llegada, como correspondía?
Mi mano ha escrito en tu defensa
y podría silenciar tu escandalosa lengua.

WHITMORE Habla, capitán: ¿mato a este miserable deshecho?

CAPITÁN Primero deja que lo maten mis palabras, como a mí las tuyas.

SUFFOLK Vil esclavo: tus palabras, como tú, son romas.

CAPITÁN Tráiganlo aquí y junto a nuestro barco
córtenle la cabeza.

SUFFOLK No te atreverás, por la tuya.

CAPITÁN Sí, Pole.

SUFFOLK ¿Pole?

CAPITÁN Sí, pozo, perrera, estanque, sentina cuya mugre y basura
enturbian la plateada fuente de la cual bebe Inglaterra.
Ahora atascaré tu boca abierta,
por haberse tragado el tesoro del reino.
Tus labios, que besaban a la reina, besarán el suelo;
y tú, que con la muerte de Humphrey sonreías
en vano harás tu mueca ante los insensatos vientos,
que en respuesta te silbarán con desprecio.
Y te casarás con las brujas del infierno
por atreverte a unir a un poderoso lord
con la hija de un rey sin importancia,
sin súbditos, sin riqueza ni diadema.
Te hiciste grande en tu diabólico gobierno
y, como el ambicioso Sila, te hartaste
con trozos del sangriento corazón de tu madre.
Por ti, Anjou y Maine fueron vendidos a Francia.
Por ti los falsos y rebeldes normandos
ya no nos llaman amos, y en Picardía
mataron gobernantes, sorprendieron nuestras fortalezas,
e hicieron volver a los soldados harapientos y heridos.

El poderoso Warwick, y todos los Nevile,
cuyas fieras espadas nunca se alzaron porque sí,
por odio a ti, se levantan en armas.
Y ahora la casa de York, expulsada del trono
por el vergonzoso crimen de un rey inocente,
y una soberbia y agresiva tiranía,
arde en fuego vengativo. Sus colores yerguen
con esperanza el medio rostro del sol, que trata de brillar;
bajo él está escrito: *Invitis nubibus*.
El pueblo, aquí en Kent, está en armas,
y, para terminar, el reproche y la bajeza
han entrado arrastrándose en palacio.
Y todo por tu culpa.
(A WHITMORE.) ¡Vamos! Llévalo de aquí.

SUFFOLK ¡Ah, si yo fuera un dios para arrojar el trueno
sobre esta caterva, abyecta y servil!
Lo pequeño enorgullece a los viles; este villano,
capitán de chalupa, amenaza más que Bárgulo,
el poderoso pirata de Varia.
Los zánganos no chupan la sangre del águila: roban del panal.
Es imposible que yo muera
a manos de un vasallo tan menor como tú.
Tus palabras me dan ira y no remordimiento:
llevo un mensaje de la reina a Francia.
Te ordeno: ¡hazme cruzar el canal!

CAPITÁN Walter...

WHITMORE Ven, Suffolk, debo llevarte a tu muerte.

SUFFOLK *Paene gelidus timor occupat artus*.

Es a ti a quien temo.

WHITMORE Tendrás motivos para temer antes de que te deje.

¿Te has acobardado? ¿Te inclinarás ahora?

PRIMER CABALLERO Mi gracioso lord, suplícale, háblale cortésmente.

SUFFOLK La lengua imperial de Suffolk es severa y dura,
apta para mandar, incapaz de pedir favores.

Lejos de nosotros honrar a gente así
con humildades. No; que mi cabeza
se incline sobre el bloque antes de que mis rodillas
se doblen ante quien no es Dios ni mi rey;

y que dance sobre un poste ensangrentado
antes de descubrirse frente a un mozo vulgar.
La verdadera nobleza es ajena al temor:
puedo aguantar más que lo que te atreves a hacer.

CAPITÁN Llévanselo, y que no hable más.

SUFFOLK Vengan, «soldados», muestren su crueldad
para que mi muerte no se olvide.
A menudo los grandes son muertos por canallas;
un espadachín romano y un esclavo ladrón
mataron al dulce Tulio; la mano bastarda de Bruto
asesinó a Julio César; isleños salvajes
al gran Pompeyo; y Suffolk muere a manos de piratas.

Sale WHITMORE con SUFFOLK.

CAPITÁN Y en cuanto a estos que tenían rescate,
nos complace que se marche uno de ellos.

Al SEGUNDO CABALLERO.

Así que ven con nosotros y a él (*señala al PRIMER CABALLERO*) déjenlo ir.

*Salen todos menos el PRIMER CABALLERO.
Vuelve a entrar WHITMORE con la cabeza y el cadáver de SUFFOLK.*

WHITMORE Que yazgan aquí su cuerpo y su cabeza
hasta que su amante, la reina, lo sepulte.

PRIMER CABALLERO ¡Espectáculo bárbaro y sangriento!
Llevaré su cuerpo ante el rey.
Si él no lo venga, lo harán sus amigos;
así como la reina, que lo amó cuando vivía.

Sale con el cadáver.

ESCENA II

Entran dos REBELDES con largas estacas.

PRIMER REBELDE Ven, consigue una espada, aunque sea de madera; hace dos días
que están en pie.

SEGUNDO REBELDE Tanta más necesidad tendrán ahora de dormir.

PRIMER REBELDE Te digo: Jack Cade el costurero quiere vestir al mundo, y

cambiarlo, y ponerle una tela nueva.

SEGUNDO REBELDE La necesita, pues no tiene ropa. Creo que Inglaterra nunca volvió a ser feliz desde que aparecieron los señores.

PRIMER REBELDE ¡Ah, tiempo miserable! No se toma en cuenta la virtud de los artesanos.

SEGUNDO REBELDE La nobleza desprecia a quienes llevan delantales de cuero.

PRIMER REBELDE Y aun más; los del consejo no son buenos trabajadores.

SEGUNDO REBELDE Es cierto: y sin embargo se dice «trabaja según tu vocación»; lo que es igual a decir «que los magistrados sean trabajadores»; por lo tanto, deberíamos ser magistrados.

PRIMER REBELDE Muy bien dicho; no hay mejor indicio de una mente fina que una mano fuerte.

SEGUNDO REBELDE ¡Los veo! ¡Los veo! Ahí está el hijo de Best, el curtidor de Wingham.

PRIMER REBELDE Arrancará la piel a nuestros enemigos, para hacer con ellos cuero para perros.

SEGUNDO REBELDE Y Dick el carnicero.

PRIMER REBELDE Y el pecado es abatido como un buey, y el cuello de la crueldad se corta como el de un ternero.

SEGUNDO REBELDE Y Smith el hilandero.

PRIMER REBELDE Por lo tanto, se ha devanado el hilo de su vida.

SEGUNDO REBELDE Ven, ven, unámonos a ellos.

Tambor. Entran CADE, DICK el carnicero, SMITH el hilandero y un carpintero, un número infinito de rebeldes, todos con estacas.

CADE Nosotros, Juan Cade, así llamados por nuestro supuesto padre...

DICK (*Aparte.*) O más bien por robar un barril^[13] de arenques.

CADE Para que nuestros enemigos caigan ante nosotros, inspirados por el espíritu de destronar reyes y príncipes... ¡Ordena silencio!

DICK ¡Silencio!

CADE Mi padre fue un Mortimer.

DICK (*Aparte.*) Era un hombre honesto, y un buen albañil.

CADE Mi madre una Plantagenet.

DICK (*Aparte.*) La conocí bien; era partera.

CADE Mi esposa descende de los Lacy.

DICK (*Aparte.*) Era hija de un buhonero, y sin duda vendió muchos lazos.

SMITH (*Aparte.*) Pero en los últimos tiempos, por no poder viajar con su fardo forrado, lava cubos aquí en casa.

CADE Por lo tanto soy de una casa honorable.

SMITH (*Aparte.*) Sí, a mi fe, el campo es honorable; y allí nació, bajo un seto, pues su padre nunca tuvo más casa que la cárcel.

CADE Soy valiente.

SMITH (*Aparte.*) Y ha de serlo; mendigar es de valientes.

CADE Tengo gran resistencia.

DICK (*Aparte.*) Sin lugar a dudas; he visto cómo lo azotaban en el mercado tres días seguidos.

CADE No le temo ni a la espada ni al fuego.

SMITH (*Aparte.*) Y no tiene que temerle; su cota es a prueba de agujeros.

DICK (*Aparte.*) Pero creo que al fuego debería temerle, pues le quemaron la mano por robar ovejas.

CADE Sean valientes, entonces, pues su capitán lo es, y promete reformas. En Inglaterra se conseguirán siete panes de medio penique por un penique; el jarro de tres medidas tendrá diez; y se considerará felonía beber poca cerveza. Todo en el reino será común, y mi palafranero irá a pastar a Cheapside; y cuando sea rey, como rey seré...

TODOS ¡Dios salve a su majestad!

CADE Buen pueblo, les agradezco; no habrá dinero. Todos comerán y beberán a mis expensas, y a todos los vestiré con una librea sola, para que se entiendan como hermanos y me adoren como su señor.

DICK Lo primero que haremos será matar a todos los abogados.

CADE No, eso lo haré yo. ¿No es lamentable acaso que se haga pergamino de la piel de un cordero inocente? ¿Y que el pergamino, una vez escrito, arruine a un hombre? Algunos dicen que la abeja pica; pero yo digo: es la cera de la abeja. Solo una vez sellé una cosa, y nunca he vuelto a ser dueño de mí

mismo. ¡Eh! ¿Quién anda ahí?

Entran unos trayendo al NOTARIO de Chatham.

SMITH El notario de Chatham; sabe leer, escribir y sacar cuentas.

CADE ¡Oh, monstruoso!

SMITH Lo sorprendimos poniéndoles copias a los niños.

CADE ¡He aquí a un villano!

SMITH Lleva un libro en el bolsillo, con letras rojas.

CADE Entonces es un brujo.

DICK Sabe hacer contratos y escribir documentos.

CADE Lo siento: el hombre es persona de bien, por mi honor. A menos que lo halle culpable, no morirá. Ven aquí, tunante, debo examinarte. ¿Cómo te llamas?

NOTARIO Emanuel.

DICK Lo usan para encabezar las cartas... Eso te costará.

CADE Déjenme solo. (Al NOTARIO.) ¿Sabes escribir tu nombre? ¿O haces una marca, como un hombre honesto y sencillo?

NOTARIO Señor, gracias a Dios, me educaron tan bien que sé escribir mi nombre.

TODOS Ha confesado: ¡que se lo lleven! Es un villano y un traidor.

CADE Largo con él, digo. Cuélguenlo, con la pluma y el tintero alrededor del cuello.

Sale uno con el NOTARIO. Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO ¿Dónde está nuestro general?

CADE Aquí estoy, peculiar sujeto.

MENSAJERO ¡Huye, huye, huye! Sir Humphrey Stafford y su hermano están muy cerca, con las fuerzas del rey.

CADE Quieto, villano, quieto, o te derribo. Se encontrará con un hombre tan bueno como él. Es solo un caballero, ¿no?

MENSAJERO No.

CADE Para igualarlo me armaré caballero al instante. (Se arrodilla y se arma caballero.) Levántate, sir Juan Mortimer. (Se levanta.) ¡Ahora, a él!

*Entra sir Humphrey STAFFORD con su HERMANO,
tropas y un tambor.*

STAFFORD Campesinos rebeldes, mugre y ralea de Kent,
hechos para la horca, depongan las armas,
vuelvan a sus casas, abandonen a este siervo.
El rey tendrá piedad si se arrepienten.

HERMANO Pero si continúan se enfadará,
y será vengativo y sanguinario. Ríndanse, pues, o mueran.

CADE (*A sus seguidores.*)

A estos esclavos con traje de seda, no los escucho.
Es con ustedes, buenas gentes, que hablo,
sobre quienes espero reinar en Inglaterra,
ya que soy el legítimo heredero del trono.

STAFFORD Villano, tu padre era yesero;
y tú mismo, esquilador, ¿no es cierto?

CADE Y Adán, un jardinero.

HERMANO ¿Y qué hay con eso?

CADE Pues esto: Eduardo Mortimer, conde de March,
se casó con la hija del duque de Clarence, ¿no?

STAFFORD Sí, señor.

CADE Con ella tuvo dos hijos de una vez.

HERMANO Eso es falso.

CADE Sí, ahí está el asunto. Pero yo digo que es cierto.

El mayor de ellos, dado a criar,
fue robado por un mendigo;
e, ignorante de su cuna y parentesco,
se hizo albañil cuando llegó a mayor.
Yo soy su hijo; niéguenlo, si pueden.

DICK No, es muy cierto. Por lo tanto, será rey.

SMITH Señor, él hizo una chimenea en casa de mi padre, y los ladrillos viven aún
para atestiguarlo. Así que no lo nieguen.

STAFFORD (*A los seguidores.*)

¿Y darán ustedes crédito a este farsante
que habla sin saber lo que dice?

TODOS Sí, a fe, le creemos. Así que váyanse.

HERMANO Jack Cade, eso te lo ha dicho el duque de York.

CADE (*Aparte.*) Miente, pues lo inventé yo mismo. (*En voz alta.*) Ve, tunante, dile al rey de mi parte que, por su padre Enrique V, en cuyo tiempo los niños jugaban al tejo con las coronas francesas, estoy contento de que reine; pero que seré su protector.

DICK Y además, tendremos la cabeza de lord Saye por haber vendido el ducado de Maine.

CADE Buena razón; por ello Inglaterra está menguada, y casi con muletas si mi poder no la sostiene. Compañeros reyes; les digo que lord Saye ha castrado al Estado, y lo ha convertido en eunuco; y aun más: sabe hablar francés y por lo tanto es un traidor.

STAFFORD ¡Oh, grande y miserable ignorancia!

CADE No: díganme, si pueden. Los franceses son nuestros enemigos. Entonces, pregunto: el que habla la lengua de un enemigo, ¿puede ser un buen consejero?

TODOS No, no; ¡y por ello tendremos su cabeza!

HERMANO Bueno: si las buenas palabras no sirven atáquenlos con el ejército del rey.

STAFFORD Herald, ve; y por todos los pueblos proclama traidores a los que estén con Cade; para que los que huyan antes del fin de la batalla aun ante la vista de sus hijos y esposas, cuelguen frente a su puerta, como ejemplo.
¡Y ustedes, amigos del rey, vengan conmigo!

Salen los STAFFORD con sus tropas.

CADE Y los que aman al pueblo, vengan conmigo.
Demuestren ahora que son hombres; es por la libertad.
No dejaremos ni un señor, ni un caballero:
perdonaremos solo a los que usan zapatos claveteados,
pues son hombres honestos, laboriosos,
que quieren, si se atreven, estar de nuestro lado.

DICK Están todos en orden y en marcha hacia nosotros.

CADE Pero nuestro orden es estar desordenados.
¡Vamos, adelante!

Salen.

ESCENA III

Alarmas; combate; escaramuzas donde mueren los dos Stafford. Entran CADE, DICK y los otros.

CADE ¿Dónde está Dick, el carnicero de Ashford?

DICK Aquí, señor.

CADE Caen ante ti como ovejas y bueyes, y te comportaste como si hubieras estado en tu propio matadero. Por ello, entonces, te recompensaré: la cuaresma durará el doble. Tendrás licencia para matar a uno menos de cien.

DICK No deseo más.

CADE Y, a decir verdad, no mereces menos. (*Se viste con la armadura de un STAFFORD.*) Me pondré este recuerdo de la victoria; y los cuerpos serán arrastrados por las patas de mi caballo hasta que llegue a Londres, donde haremos que nos lleven la espada del alcalde.

DICK Si queremos prosperar y hacer el bien, abre las galeras y libera a los presos.

CADE No temas por eso, te lo prometo. Vamos, marchemos hacia Londres.

Salen arrastrando los cadáveres de los STAFFORD.

ESCENA IV

Entran el REY ENRIQUE, leyendo una súplica, y la REINA MARGARITA con la cabeza de Suffolk; el duque de BUCKINGHAM, lord SAYE y otros.

REINA MARGARITA He oído a menudo que la pena ablanda el alma,
la degenera y la vuelve medrosa;
por tanto, pensemos en vengarnos y en dejar de llorar.
¿Pero quién puede no llorar si mira esto?
Aquí respira su cabeza en mi pecho palpitante,
pero, ¿dónde está el cuerpo que debería abrazar?

BUCKINGHAM (*Al REY ENRIQUE.*) ¿Qué respuesta da su gracia a la súplica rebelde?

REY ENRIQUE Mandaré a un santo obispo a exhortarlos;
pues Dios no permite que tantas almas simples
perezcan por la espada. Y yo,
antes que la sangrienta guerra los destruya,
parlamentaré con Jack Cade, su general.
Pero esperen, la leeré otra vez.

Lee.

REINA MARGARITA (*A la cabeza de SUFFOLK.*)

¡Ah, bárbaros villanos! Este bello rostro
que rigió como un planeta errante sobre mí,
¿no logró ablandar a aquellos
que no eran dignos ni de contemplarlo?

REY ENRIQUE Lord Saye, Jack Cade ha jurado que tendrá tu cabeza.

SAYE Sí; ojalá que su alteza tenga la de él.

REY ENRIQUE (*A la REINA MARGARITA.*) ¿Cómo, señora?

¿Aún lamentándote y llorando por Suffolk?
Me temo, amor, que si hubiera muerto yo
no te hubieras afligido tanto.

REINA MARGARITA No, mi amor, no lo habría hecho; habría muerto por ti.

Entra un MENSAJERO.

REY ENRIQUE ¿Qué pasa? ¿Qué hay de nuevo? ¿Por qué tanta prisa?

MENSAJERO Los rebeldes están en Southwark. ¡Huye, milord!

Jack Cade se proclama lord Mortimer,
de la estirpe del duque de Clarence,
abiertamente te llama usurpador
y promete coronarse en Westminster.
Su ejército es una turba andrajosa
de siervos y patanes, rudos e inclementes.
La muerte de sir Humphrey Stafford y su hermano
les da ánimo y coraje para continuar:
a todos los eruditos, abogados, caballeros y cortesanos
los llaman falsos y rapaces, y se proponen matarlos.

REY ENRIQUE Ah, gente sin gracia. No saben lo que hacen.

BUCKINGHAM Mi gracioso lord, retírate a Kenilworth,
hasta que reunamos fuerzas que los venzan.

REINA MARGARITA ¡Ah, si el duque de Suffolk viviera
los rebeldes de Kent pronto serían aplacados!

REY ENRIQUE Saye, los traidores te odian;
ven con nosotros a Kenilworth.

SAYE De ese modo estarías tú en peligro.
Mi visión les es odiosa;

por tanto me quedaré en esta ciudad
y viviré solo, tan en secreto como pueda.

Entra otro MENSAJERO.

MENSAJERO (*Al* REY ENRIQUE.)

Jack Cade ha tomado el puente de Londres:
los ciudadanos huyen y abandonan sus casas:
la canalla, sedienta de muerte,
se une al traidor, y entre todos juran
saquear la ciudad y tu corte real.

BUCKINGHAM (*Al* REY ENRIQUE.)

Entonces, no tardes, milord. Vamos, ensilla.

REY ENRIQUE

Ven, Margarita; Dios, nuestra esperanza, nos socorrerá.

REINA MARGARITA (*Aparte.*)

Ya no tengo esperanza desde que ha muerto Suffolk.

REY ENRIQUE (*A* SAYE.) Adiós, milord; no te fíes de los rebeldes.

BUCKINGHAM No te fíes de nadie, que pueden traicionarte.

SAYE Mi confianza reside en mi inocencia;
por eso soy valiente y decidido.

Salen. SAYE por un lado, los demás por otro.

ESCENA V

*Entra lord SCALES en la Torre, caminando.
Luego, por debajo, dos o tres CIUDADANOS.*

SCALES ¿Qué? ¿Han matado a Jack Cade?

PRIMER CIUDADANO No, mi señor, ni cerca de estar muerto; pues él y los suyos han
ganado el puente, matando a todos los que se les resistían. El alcalde pide a
su excelencia que, desde la Torre, defienda a la ciudad de los rebeldes.

SCALES La ayuda que piden es todo cuanto podría dar,
si yo mismo no tuviera aquí problemas.
Los rebeldes han tratado de ganar la Torre.
Pero vayan a Whitfield y reúnan sus fuerzas,
y allí les mandaré a Matías Goffe.
¡Peleen por su rey, su patria y sus vidas!

Y adiós, pues debo partir de nuevo.

Salen.

ESCENA VI

Entra Jack CADE con los otros, y golpea con su espada en el mojón de Londres.

CADE Ahora Mortimer es señor de esta ciudad. Aquí, sentado en el mojón de Londres, ordeno y mando que, a costo de la ciudad, no corra nada por el canal salvo vino clarete. Y desde ahora será traidor todo el que me llame otra cosa que lord Mortimer.

Entra un SOLDADO corriendo.

SOLDADO ¡Jack Cade! ¡Jack Cade!

CADE ¡Por las heridas de Cristo! ¡Derríbenlo ahí mismo!

Lo matan.

SMITH Si este sujeto es sabio, no volverá a llamarte Jack Cade: creo que ha sido un muy buen aviso.

DICK (*Toma un papel del mensajero y lo lee.*)

«Milord, se ha reunido un ejército en Smithfield.»

CADE Pues vamos a combatirlo: pero antes, prendan fuego al puente de Londres; y, si pueden, quemén también la Torre. Vamos de una vez.

Salen.

ESCENA VII

Alarma. Escaramuzas, dentro. Es asesinado Matías Goffe, junto a los demás. Entra Jack CADE con su compañía y JUAN, un rebelde.

CADE Bien, señores; ahora vayan algunos a tirar abajo el Savoy; otros adonde viven los estudiantes de Derecho; liquídenlos a todos.

DICK Tengo una propuesta para su señoría.

CADE Si es una señoría, esa palabra te la concede.

DICK Es solo que las leyes de Inglaterra salgan de tu boca.

JUAN (*Aparte.*) ¡Por la misa! Serán leyes adoloridas, pues a este le clavaron una lanza en la boca y aún no está del todo bien.

SMITH (*Aparte.*) No, Juan, serán leyes hediondas, porque el aliento le apesta por comer queso tostado.

CADE Lo he pensado; así será. ¡Largo! Quemem todos los registros del reino. Mi boca será el Parlamento de Inglaterra.

JUAN (*Aparte.*) Pues tendremos estatutos mordedores, a menos que le quiten los dientes.

CADE Y de aquí en adelante, todo será de la comunidad.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Milord, ¡una presa, una presa! Aquí está lord Saye, el que vendió las ciudades de Francia; el que nos hizo pagar veintiún quinceavos y un chelín por libra en el último subsidio.

*Entra un REBELDE
con lord SAYE.*

CADE Bien, por eso será decapitado diez veces. (A SAYE.) ¡Ah, tú, saya, sarga, qué digo, retazo de lino! Hete aquí a tiro de pistola de nuestra jurisdicción real. ¿Qué puedes responder a mi majestad por la entrega de Normandía a *monsieur* Basimecu, el delfín de Francia? Entérate junto a estas presencias, incluida la de Juan Mortimer, que yo soy la escoba encargada de barrer de la corte a mugres como tú. Has corrompido como traidor a la juventud del reino erigiendo una escuela primaria; y mientras que nuestros antepasados no tenían más libros que la muesca en la madera, has hecho que se usara una imprenta, y, en contra del rey, de su corona y de su dignidad, has construido un molino de papel. Se te probará en la cara que tenías gente contigo que habla, habitualmente, de sustantivo y verbo, y dice palabras tan abominables que ningún oído cristiano puede soportar. Has nombrado jueces de paz para que citasen a personas pobres por asuntos por los que no sabían responder. Encima, los metiste en la cárcel y, como no sabían leer, los colgaste, cuando solo por eso habrían merecido vivir. ¿Montas sobre gualdrapas, no?

SAYE ¿Y qué hay con eso?

CADE Pues no deberías dejar que tu caballo usara capa, cuando hombres más honestos que tú van de calzas y jubón.

DICK Sí, y también trabajan en camisa; como yo, por ejemplo, que soy carnicero.

SAYE Hombres de Kent...

DICK ¿Qué dices de Kent?

SAYE Solo esto: *bona terra, mala gens*.

CADE *Bonum terrum*. Rayos, ¿y eso qué es?

DICK Francés.

PRIMER REBELDE No, holandés.

SEGUNDO REBELDE No, es italiano, lo conozco bien.

SAYE Déjenme hablar, y llévenme luego donde quieran.

En los comentarios escritos por César,
Kent es llamado el sitio más civil de la isla;
dulce es el país, pues está lleno de riquezas;
el pueblo es liberal, valiente, activo y próspero,
lo que me hace esperar que no les falte piedad.
Yo no vendí Maine ni perdí Normandía,
mas para recobrarlos perdería mi vida.
Siempre he hecho justicia con clemencia;
me han movido súplicas y lágrimas, nunca presentes.
¿Cuándo he exigido a sus manos cosa alguna
sino para mantener al reino, al rey y a ustedes?
A los letrados doctos di grandes regalos,
pues mi cultura me hizo preferido del rey,
y en tanto la ignorancia es maldición de Dios,
y el conocimiento el ala con que volamos al cielo,
a menos que estén poseídos por espíritus diabólicos
deben abstenerse de matarme.
Esta lengua ha hablado con reyes extranjeros
en defensa de ustedes...

CADE ¡Bah! ¿Cuándo diste un solo golpe en el campo?

SAYE Los grandes hombres tienen largo alcance; a menudo he golpeado a quienes
nunca había visto, y los maté.

REBELDE ¡Ah, monstruoso cobarde! ¿Pegas por la espalda?

SAYE Estas mejillas han palidecido por cuidar de tu bien.

CADE Denle una bofetada, y quedarán otra vez rojas.

Uno de los REBELDES le pega.

SAYE Largas sesiones para evaluar las causas de los pobres me han llenado de enfermedades y dolencias.

CADE Entonces tomarás caldo de sogas, con ayuda de un hacha.

DICK ¿Por qué tiembles, hombre?

SAYE Es la parálisis, no el miedo.

CADE No; meneas la cabeza, como si dijera «ya me la cobraré». Veré si su cabeza se mantiene más firme en un poste, o no. Llévenselo, y al hacha.

SAYE Díganme de qué soy culpable.

¿Afecté a la riqueza o al honor? Hablen.

¿Están mis arcas llenas de oro de extorsiones?

¿Es mi ropa de apariencia suntuosa?

¿A quién injurié de los que quieren mi muerte?

Estas manos están libres de verter sangre inocente,
este pecho de albergar viles y falsos pensamientos.

¡Déjenme vivir!

CADE (*Aparte.*) Sus palabras me dan remordimiento; pero lo refrenaré. Morirá, y no será por abogar tan bien por su vida. (*En voz alta.*) ¡Llévenselo! Tiene un familiar bajo la lengua. No habla en nombre de Dios. Vamos, fuera con él, digo, y córtense la cabeza; luego entren en casa de su yerno, sir Jaime Cromes, y córtense la cabeza, y tráiganme las dos sobre dos postes.

TODOS ¡Así se hará!

SAYE ¡Ah, compatriotas! Si cuando dicen sus plegarias

Dios fuera tan despiadado con ustedes,

¿qué sería de sus almas cuando partan?

Por lo tanto, apiádense, perdonenme la vida.

CADE ¡Fuera! Y hagan lo que les mando. (*Salen algunos con lord SAYE.*) El par más orgulloso del reino no llevará su cabeza en los hombros si no me paga tributo. No se casará una doncella sin entregarme a mí su doncellez antes que la tengan otros; los hombres me tendrán como su jefe, y encargamos y ordenamos que sus esposas sean tan libres como el corazón lo pida o la lengua lo exprese.

DICK Milord, ¿cuándo iremos a Cheapside a llevarnos mercancías en nuestras picas?

CADE ¡Vaya! De inmediato.

TODOS ¡Oh! ¡Excelente!

Vuelve a entrar uno con dos cabezas.

CADE ¿Acaso esto no es más excelente? Que se besen, ya que se amaban en vida. Ahora sepárenlos de nuevo, no sea que se consulten sobre la entrega de más ciudades en Francia. Soldados, difieran el saqueo de la ciudad hasta la noche; pues iremos por las calles con estos delante de nosotros, en vez de mazas, y en cada esquina haremos que se besen. ¡Largo de aquí!

*Salen dos con las cabezas.
Otros empiezan a seguirlos.*

¡Por la calle Fish! ¡Doblen por la esquina de San Magnus! ¡Maten y derriben! ¡Tírenlos al Támesis! (*Suena un toque de parlamento.*) ¿Qué ruido es ese? ¿Alguien se atreve a tocar a retirada o parlamento cuando ordeno matar?

*Entran el duque de BUCKINGHAM
y el anciano lord CLIFFORD.*

BUCKINGHAM ¡Sí, aquí están los que osan molestarte, y lo harán!

Cade, venimos como embajadores del rey
a los que llevaste por el mal camino,
y aquí declaramos el perdón para todos
los que te abandonen y vuelvan a su casa en paz.

CLIFFORD ¿Qué dicen, compatriotas? ¿Se arrepentirán
para rendirse a la merced aquí ofrecida
o dejarán que un rebelde los lleve a la muerte?
Quien ame al rey y abrace su perdón
que arroje su gorro y diga «Dios salve a su alteza».
Quien lo odie, y no honre a su padre
Enrique V, que hizo temblar a toda Francia
que deje su arma ante nosotros y pase.

Arrojan las gorras y abandonan a CADE.

TODOS ¡Dios salve al rey! ¡Dios salve al rey!

CADE Buckingham y Clifford, ¿son ustedes tan bravos? (*A la turba.*) Y ustedes, campesinos, ¿les creen? ¿Quieren ser ahorcados con sus pendones al cuello? ¿Mi espada se abrió camino por las puertas de Londres para que me abandonaran en el White Hart, de Southwark? Creí que nunca, entregarían sus armas hasta recobrar su antigua libertad; pero son cobardes y miedosos, y les gusta vivir como esclavos de los nobles. Que les rompan las espaldas con cargas, que les quiten sus casas, que rapten a sus hijas y a sus esposas delante de ustedes. En cuanto a mí, me las ingeniaré solo. ¡Que el rayo de

la maldición de Dios caiga sobre todos ustedes!

TODOS ¡Seguiremos a Cade! ¡Seguiremos a Cade!

Vuelven con CADE.

CLIFFORD ¿Es Cade el hijo de Enrique V,
para que griten así que van a seguirlo?
¿Los hará acaso atravesar el corazón de Francia
y convertirá en condes y duques a los más humildes?
¡Ay! No tiene casa ni sitio adonde huir,
ni sabe cómo vivir si no es por el despojo:
robando a sus amigos y a nosotros.
¿No sería vergonzoso que mientras viven en discordia
los miedosos franceses, a quienes ustedes derrotaron,
dieran un salto sobre el mar y los vencieran?
Me parece ya ver en esta guerra civil
que se adueñan de las calles de Londres
y gritan «¡Villiago!» a cuantos se les cruzan.
Más vale que perezcan diez mil Cades de baja estofa
antes que inclinarse a la merced de un francés.
¡A Francia, a Francia, y recuperen lo perdido!
Salven Inglaterra, que es su costa natal;
Enrique es rico, ustedes fuertes y viriles.
Dios está a nuestro lado, no duden del triunfo.

TODOS ¡Clifford! ¡Clifford! Seguiremos al rey y a Clifford.

Abandonan a CADE.

CADE ¿Alguna vez una pluma fue soplada con más facilidad, para aquí y para allá,
que esta multitud? El nombre de Enrique V los arrastra a cien fechorías y
los hace dejarme desolado. Ya los veo confabularse para agarrarme por
sorpresa. Que mi espada me abra paso, pues no puedo quedarme. ¡Pese a
los demonios y al infierno, pasaré por el mismo medio! Y los cielos y el
honor sean testigos de que no me falta resolución pero las bajas e
ignominiosas traiciones de mis seguidores me hacen confiar más en mis
talones.

Pasa por entre ellos con su bastón y huye.

BUCKINGHAM ¿Qué, ha huido? Vayan, síganlo;
y quien lleve su cabeza ante el rey
tendrá de recompensa mil coronas.

Salen algunos.

Síganme, soldados; veremos el medio
de reconciliarlos a todos con el rey.

Salen.

ESCENA VIII

Suenan trompetas. Entran el REY ENRIQUE, la REINA MARGARITA y el duque de SOMERSET a la terraza.

REY ENRIQUE ¿Alguna vez gozó un rey de trono en la tierra
y pudo disponer de sus deseos más que yo?
Apenas salido de la cuna
me hicieron rey, a los nueve meses.
Nunca un súbdito quiso más ser rey
que lo que yo ansío ser un súbdito.

Entran BUCKINGHAM y CLIFFORD.

BUCKINGHAM ¡Salud y alegres nuevas para su majestad!

REY ENRIQUE ¿Qué, Buckingham? ¿Han apresado a Cade el traidor?
¿O se ha retirado para hacerse más fuerte?

Entran, debajo, multitudes con sogas al cuello.

CLIFFORD Ha huido, milord, y cede todas sus fuerzas;
y así, con humildad, con sogas en los cuellos
esperan la sentencia de su alteza, vida o muerte.

REY ENRIQUE Entonces, cielo, abre tus puertas eternas
para recibir mis votos de alabanza y gratitud.
(*A la multitud de abajo.*) Soldados, hoy redimieron sus vidas
y mostraron cuánto aman al rey y a su país;
sigan con esta buena actitud
y Enrique, aunque sea infortunado,
se lo asegura, nunca será ingrato.
Y así, con mil gracias y perdón para todos,
los envío a sus condados respectivos.

TODOS ¡Dios salve al rey! ¡Dios salve al rey!

*Sale debajo la multitud.
Entra un MENSAJERO.*

MENSAJERO Plazca a su gracia ser advertido

de que el duque de York ha vuelto de Irlanda,
y de que con poderosa fuerza
de soldados e infantes irlandeses
marcha hacia aquí con actitud soberbia
y aun proclama, mientras va avanzando,
que sus armas son solo para alejar de ti
al duque de Somerset, al que llama traidor.

REY ENRIQUE

Así va mi estado, entre la aflicción de Cade y la de York,
como un barco que, tras haber escapado a una borrasca,
pronto se calma y es abordado por piratas.
Cade fue repelido, sus hombres se dispersan,
y viene York en armas para tomar mi puesto.
Te lo ruego, Buckingham, ve y habla con él:
pregúntale cuál es la razón de que esté armado.
Dile que mandaré al duque Eduardo a la Torre;
y a ti, Somerset, te confinaremos allí
hasta que su ejército se separe de él.

SOMERSET Milord, me entregaré a prisión de buena gana,
o a la muerte, por el bien de mi patria.

REY ENRIQUE (A BUCKINGHAM.)

De cualquier modo, no uses términos muy rudos;
es orgulloso y no soporta palabras groseras.

BUCKINGHAM Lo haré, milord; no dudes en actuar
para que todo redunde en beneficios.

REY ENRIQUE Vamos, esposa, entremos, y aprendamos a gobernar mejor; aún podría
Inglaterra maldecir mi reinado miserable.

*Trompetas.
Salen.*

ESCENA IX

Entra CADE.

CADE ¡Maldita ambición! ¡Maldito yo, que tengo una espada, y sin embargo estoy
cerca de morir de hambre! Durante estos cinco días me he escondido en el
bosque y no me animé a asomarme, pues hay trampas para mí en todo el
país. Pero ahora estoy tan hambriento que aunque tuviera un contrato de

por vida por mil años no podría aguantar más aquí. Por eso he subido a este jardín por un muro de ladrillos, a ver si puedo comer hierba, o usar mi casco como ensaladera, lo que no es malo para refrescar el estómago en este tiempo caluroso. Y pienso que esta palabra, «ensaladera» nació para hacerme bien; pues muchas veces, de no ser por ella, me habrían partido la mollera de un garrotazo; y muchas veces, cuando marchaba con valentía y con sed, me ha servido para beber como un jarro de cuarto; y ahora debe albergar mi alimento.

Se agacha a comer hierbas. Entra IDEN.

IDEN ¿Señor, quién viviría en el tumulto de la corte si puede disfrutar de estas calmas caminatas? La pequeña herencia que me dejó mi padre me satisface, y vale como una monarquía. No busco engrandecerme con la desgracia ajena ni acumular riquezas, no sé con qué codicia; me basta con mantener mi estado y despedir en mi puerta al pobre satisfecho.

CADE se levanta.

CADE (*Aparte.*) ¡Rayos! He aquí al dueño del jardín, que viene a apresarme como vago, por entrar sin permiso en su propiedad. (*A IDEN.*) Ah, villano, me traicionarás y obtendrás del rey mil coronas por llevarle mi cabeza: pero yo te haré comer hierro, como un avestruz, y tragar mi espada como un grueso alfiler, antes de que nos separemos.

IDEN Vaya, rudo compañero, quienquiera seas, no te conozco; ¿por qué iba a traicionarte? ¿No es suficiente entrar en mi jardín y, como un ladrón, robar de mis tierras, trepando por mi muro aunque soy el dueño, que debes desafiarme con esas insolencias?

CADE ¿Desafiarte? Sí, por la mejor sangre jamás derramada; y también te tiraré de la barba. Mírame bien: no he comido carne en cinco días; pero ven tú con cinco hombres, y si no los dejas muertos como clavos de puerta, ruego a Dios que no me deje comer más hierba.

IDEN No; nunca podrá decirse, mientras Inglaterra exista, que Alexander Iden, caballero de Kent, combate contra un pobre ser hambriento. Opón tus ojos, de firme mirada, a los míos y ve si puedes así intimidarme.

Si comparamos miembro con miembro, eres muy inferior;
tu mano es para mi puño un dedo;
tu pierna un palo al lado de este tronco.
Bastaría mi pie contra toda tu fuerza,
y si mi brazo se levanta en el aire,
ya tienes cavada la fosa.
En cuanto a las palabras, cuya grandeza responde a las tuyas,
que esta espada diga lo que el habla no permite.

CADE ¡Por mi valor, el campeón más completo que he conocido! Acero, si tu filo no
acierta, o no cortas en filetes a este payaso colosal antes de dormir en tu
vainas, ruego a Dios (*de rodillas*) que acabes como clavo de herradura.
(*Aquí pelean. Cae CADE.*) ¡Oh, muerto soy! El hambre, no otra cosa, me ha
matado: que diez mil diablos vengan en mi contra, y, si me dan las diez
comidas que me salteé, los desafiare a todos. Marchítate, jardín; y desde
ahora, sirve de cementerio a todos los que viven en esta casa, pues ha huido
el alma invicta de Cade.

IDEN ¿Es a Cade a quien he matado, ese traidor monstruoso?
Espada, te consagrare por esta hazaña,
y colgarás sobre mi tumba cuando muera.
Nunca limpiaré esta sangre de tu punta;
la ostentará, cual la casaca de un heraldo
como blasón del honor que ha alcanzado tu dueño.

CADE Iden, adiós; enorgullécete de tu victoria. Dile a Kent de mi parte que ha
perdido a su mejor hombre, y exhorta a todos a que sean cobardes; pues yo,
que nunca temí a nadie, he caído ante el hambre y no ante el valor.

Muere.

IDEN Que el cielo juzgue cuánto me ultrajas.
¡Muere, condenado, maldición de la que te parió!
Y así (*clavándole la espada de nuevo*) como atravieso tu cuerpo
desearía tirar tu alma al infierno.
Te arrastraré de cabeza por los talones
hasta un estercolero, que será tu tumba;
y allí sin gracia cortaré tu cabeza,
que llevaré al rey como trofeo,
y que tu tronco sea pasto de los cuervos.

Sale.

QUINTO ACTO

ESCENA I

*Entra YORK con su ejército de irlandeses,
con tambores y banderas.*

YORK Llega York desde Irlanda a reclamar derechos
y arrancar la corona de una débil cabeza;
toquen, campanas, alto; ardan, hogueras, claras y brillantes,
para celebrar al rey legítimo de la gran Inglaterra.
¡Ah, *sancta majestas!* ¿Quién no te compraría cara?
Que obedezcan aquellos que no saben mandar;
esta mano fue hecha solo para manejar oro.
No puedo dar acción debida a mis palabras
si no le dan equilibrio un cetro o una lanza.
Un cetro tendrá, si yo tengo espada,
sobre la cual arrojaré la flor de lis de Francia.

Entra BUCKINGHAM.

(*Aparte.*) ¿Quién viene aquí? ¿Buckingham, a molestarme?
Seguro que lo ha enviado el rey; debo disimular.

BUCKINGHAM York, si tienes buena intención, te saludo bien.

YORK Humphrey de Buckingham, acepto tu saludo.
¿Eres mensajero, o vienes por placer?

BUCKINGHAM Mensajero de Enrique, nuestro temido señor,
para saber por qué estas armas en tiempo de paz;
o por qué tú, súbdito como yo,
contra tu juramento de sincera lealtad
reúnes sin permiso fuerzas tan poderosas
y te atreves a llevarlas tan cerca de la corte.

YORK (*Aparte.*) Apenas puedo hablar, de tanta cólera:
podría partir rocas y pelear con pedernales,
tanto me irritan esos términos abyectos.
Y ahora, como Áyax Telamonio
podría volcar mi furia en ovejas o bueyes.
Mi cuna es mucho mejor que la del rey,
soy más rey, más regio en lo que pienso:

mas debo seguir en buen clima por un tiempo
hasta que el rey se debilite y yo me fortalezca.
(*En voz alta.*) Buckingham, te ruego me perdones,
por haber demorado mi respuesta;
una honda melancolía me confunde la mente.
Traje a este ejército hasta aquí
para alejar del rey al orgulloso Somerset,
sedicioso contra su gracia y el Estado.

BUCKINGHAM Esa es demasiada presunción de tu parte;
pero si tus armas no tienen otro objeto,
el rey ya ha cedido a tu demanda.
El duque de Somerset está en la Torre.

YORK ¿Juras que está prisionero?

BUCKINGHAM Juro que está.

YORK Entonces, Buckingham, licencio a mis tropas.
Soldados, les agradezco a todos; dispérsense.
Nos veremos mañana en el campo de San Jorge,
donde tendrán su paga y todo cuanto quieran.

Salen los soldados.

(A BUCKINGHAM.) Y que mi soberano, el virtuoso Enrique,
ponga a mi hijo mayor bajo sus órdenes;
no, a todos, como prendas de mi fidelidad y amor.
Los enviaré con tantas ganas como tengo de vivir.
Tierras, bienes, caballo, armadura, todo lo que tengo
es para él, con tal que muera Somerset.

BUCKINGHAM York, trasmito tu atenta sumisión.
Vamos juntos a la tienda de su alteza.

Entra el REY ENRIQUE con su séquito.

REY ENRIQUE Buckingham, ¿es que York no quiere dañarnos,
que así marcha del brazo contigo?

YORK Con total sumisión y humildad
York se presenta ante su alteza.

REY ENRIQUE Entonces, ¿con qué fin traes esas fuerzas?

YORK Con el de desplazar de ti al traidor Somerset,
y luchar contra Cade, el monstruoso rebelde,

de quien después oí que ha sido derrotado.

Entra IDEN con la cabeza de Cade.

IDEN Si alguien tan tosco y de tan baja condición
puede estar en presencia de un rey,
(*se arrodilla*) mira; presento a su gracia la cabeza de un traidor,
la cabeza de Cade, a quien maté en combate.

REY ENRIQUE ¿La cabeza de Cade? ¡Dios, qué justo eres!
Déjame ver el rostro, ahora muerto,
del que vivo me causó tantos problemas.
Dime, amigo, ¿eres tú quien lo mató?

IDEN (*Alzándose.*) Fui yo, si place a su alteza.

REY ENRIQUE ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu jerarquía?

IDEN Alexander Iden es mi nombre;
un pobre caballero de Kent que ama a su rey.

BUCKINGHAM (*Al REY ENRIQUE.*)
Si te place, milord, no sería impropio
hacerlo caballero por su buen servicio.

REY ENRIQUE Iden, arrodíllate:

Se arrodilla y el REY lo unge.

Levántate caballero.
Te damos mil marcos de recompensa,
y desde ahora queremos tu ayuda.

IDEN Que Iden viva para merecer el premio
y no ser fiel sino a su alteza.

Sale. Entran la REINA MARGARITA y SOMERSET.

REY ENRIQUE Mira, Buckingham; Somerset viene con la reina.
Ve y dile a ella que lo esconda del duque.

REINA MARGARITA No ocultaré su cabeza por mil York;
se mantendrá firme y lo mirará a la cara.

YORK ¿Qué es esto? ¿Somerset en libertad?
Entonces, York, suelta tus pensamientos, ha tiempo aprisionados,
y que tu lengua iguale a tu pecho.
¿Resistiré la visión de Somerset?
¡Falso rey! ¿Por qué abusaste de mi fe

sabiendo cuán poco aguanto los insultos?
¿Rey te llamé? No, tú no eres rey;
eres inepto para gobernar y mandar multitudes,
no osas ni sabes manejar a un traidor.
A esa cabeza no le sienta una corona;
tu mano está hecha para el pendón de un peregrino,
no para honrar el cetro de un príncipe imponente.
Ese oro debe ceñir las cejas mías,
cuya sonrisa y ceño pueden, cual la lanza de Aquiles,
con el cambio curar y matar.
He aquí una mano para empuñar un cetro
y controlar las leyes en el mismo acto.
Haz lugar: por el cielo, ya no mandarás
sobre el hombre al que el cielo hizo tu gobernante.

SOMERSET ¡Monstruoso traidor! Te arresto, York,
por traición capital contra el rey y la corona:
obedece, traidor audaz; de rodillas, por gracia.

YORK (*A un asistente.*)

Tunante, ve por mis hijos para que sean mi fianza:
sé que antes de verme en prisión
empuñarán sus armas para rescatarme.

REINA MARGARITA (*A BUCKINGHAM.*)

Llama aquí a Clifford; que venga en seguida
y que diga si los hijos bastardos de York
saldrán en defensa de un padre traidor.

Sale BUCKINGHAM.

YORK ¡Ah, napolitana de sangre corrupta
paria de Nápoles, látigo sangriento de Inglaterra!
Los hijos de York, superiores a ti por nacimiento,
serán la fuerza de su padre. ¡Y mueran aquellos
que los rechacen como garantía!

Entran por una puerta EDUARDO y el jorobado RICARDO, hijos de York, con un tambor y soldados.

Veán, aquí están. Garantizo que actuarán bien.

Entran por la otra puerta CLIFFORD y su hijo con un tambor y soldados.

REINA MARGARITA Y aquí viene Clifford para negar la fianza.

CLIFFORD Salud y felicidad plena para mi señor el rey.

YORK Gracias, Clifford. Di, ¿qué noticias traes?

No nos asustes con un semblante irritado:
somos tu soberano, Clifford, vuelve a arrodillarte;
perdonamos tu equivocación.

CLIFFORD Este es mi rey, York, no me equivoco;

pero tú me confundes al pensar que sí.

(Al REY ENRIQUE.) ¡Al manicomio con él! ¿Se ha vuelto loco?

REY ENRIQUE Sí, Clifford; una disposición loca y ambiciosa

hace que se oponga al rey.

CLIFFORD Es un traidor; que lo lleven a la Torre

y le corten esa cabeza de rebelde.

REINA MARGARITA Está arrestado, mas no quiere obedecer;

sus hijos, dice, darán por él su palabra.

YORK ¿No lo harán, hijos míos?

EDUARDO Sí, noble padre, si nuestra palabra basta.

RICARDO Y si no es así, bastarán nuestras espadas.

CLIFFORD Vaya, ¡qué familia de traidores tenemos aquí!

YORK Mírate en un espejo, y llama así a tu imagen.

Yo soy tu rey, y tú un traidor insincero,

lleva al poste a mis dos bravos osos

para que el solo sacudir de sus cadenas

haga desfallecer a esos viles mastines.

(A un asistente.) Di a Salisbury y Warwick que vengan.

*Entran los condes de WARWICK
y SALISBURY.*

CLIFFORD ¿Son estos tus osos? Hasta la muerte los acosaremos

y esposaremos al guardián con sus cadenas

si te atreves a llevarlos al campo de combate.

RICARDO Más de una vez he visto a un dogo ardiente y presuntuoso

correr sin sentido y morder, porque lo retenían;

y el dolor de la cruel zarpa del oso

le hizo esconder la cola entre las patas y gemir.

Ese es el papel que harán

si se enfrentan a lord Warwick.

CLIFFORD ¡Fuera de aquí, montón de ira, bulto mal digerido,

tan retorcido en hábitos como en figura!

YORK Vamos, que te calentaremos enseguida.

CLIFFORD Cuidado, no vayas a quemarte en tu calor.

REY ENRIQUE ¡Warwick! ¿Tu rodilla ha olvidado cómo doblarse?

¡Salisbury, ten vergüenza de tus hebras plateadas,
guía descarriado y loco de tu hijo confundido!
¿Qué? ¿Harás de rufián en tu lecho de muerte
y pedirás clemencia con los ojos?
Ah, ¿dónde está la fe? ¿Dónde la lealtad?
Si no en las cabezas con escarcha,
¿dónde encontrarán su refugio en la tierra?
Para encontrar la guerra, ¿cavarás una tumba
y mancharás con sangre tu honorable vejez?
¿Cómo? ¿Eres viejo, y te falta experiencia?
Y si la tienes, ¿por qué abusas de ella?
Avergüenzate: dobla ante mí esa rodilla
que se inclina a la tumba con la avanzada edad.

SALISBURY Mi señor, en la intimidad he considerado
el título de este renombrado duque
y, en conciencia, veo que su gracia
es el legítimo heredero al trono de Inglaterra.

REY ENRIQUE ¿Acaso no me juraste obediencia?

SALISBURY Lo hice.

REY ENRIQUE ¿Y con ese juramento puedes prescindir del cielo?

SALISBURY Gran pecado es jurar por un pecado,
pero peor guardar juramentos pecaminosos.
¿Quién puede estar ligado por el voto solemne
de cometer un crimen, robar,
forzar la castidad de una virgen impoluta,
privar a un huérfano de su patrimonio,
sacarle a una viuda sus derechos usuales,
sin más razón para ese mal
que el de estar atado a un juramento solemne?

REINA MARGARITA El traidor sutil no necesita sofistas.

REY ENRIQUE (*A un asistente.*)

Llama a Buckingham y exhórtalo a armarse.

YORK (*Al REY ENRIQUE.*) Llama a Buckingham y a todos tus amigos,
estoy resuelto: dignidad o muerte.

CLIFFORD Te garantizo la primera, si son ciertos los sueños.

WARWICK Más te vale acostarte a soñar de nuevo
para cubrirte de la tempestad del campo.

CLIFFORD He decidido desatar una tormenta
mayor que la que puedas conjurar hoy:
y esto lo escribiré en tu casco,
si es que te conozco por la insignia de tu casa.

WARWICK Por la insignia de mi padre, la cimera del antiguo Nevile,
el oso rampante encadenado al poste nudoso,
que hoy llevaré mi casco a lo alto
tal como el cedro en la montaña muestra
que ante cualquier tormenta sus hojas conserva,
solo para asustarte con su aspecto.

CLIFFORD Y yo te arrancaré el oso del casco
y lo pisotearé con desprecio,
a pesar del guardián que lo protege.

JOVEN CLIFFORD A las armas pues, padre victorioso,
para someter a rebeldes y secuaces.

RICARDO ¡Vergüenza! ¡Caridad! No hables para insultar,
pues esta noche cenarás con Jesucristo.

JOVEN CLIFFORD Vil deforme, has hablado de más.

RICARDO Si no en el cielo, sin duda cenarás en el infierno.

Salen por separado.

ESCENA II

*Un cartel de taberna y un castillo. Ruido de batalla.
Entran RICARDO y Somerset combatiendo.
RICARDO mata a Somerset.*

RICARDO Yace aquí, pues bajo un vil cartel de taberna,
el castillo de Saint Albans, la muerte
de Somerset da fama al hechicero.
Contente, espada; corazón furioso, quieto.

El cura reza por su enemigo; el príncipe lo mata.

ESCENA III

Alarmas de batalla. Entra WARWICK.

WARWICK ¡Clifford de Cumberland, es Warwick quien llama!

Y si no te escondes del oso,
ahora, cuando la airada trompeta toca alarma,
y los gritos de los muertos colman el aire vacío,
¡te digo, Clifford, que vengas a pelear!
¡Orgullosa lord del norte, Clifford de Cumberland,
Warwick enronquece de llamarte a las armas!

Entra YORK.

¿Cómo mi noble lord? ¿Vas a pie?

YORK El mortífero Clifford mató a mi corcel,
pero el encuentro fue parejo,
y la huesuda bestia que él tanto amaba
es ahora presa de cuervos y milanos.

Entra CLIFFORD.

WARWICK Para uno o los dos, ha llegado la hora.

YORK Detente, Warwick, busca otra caza
que a este venado he de matarlo yo.

WARWICK (A CLIFFORD.) Entonces, York, hazlo como un noble;
es por una corona que combates.
Como intento, Clifford, triunfar hoy,
me apena marchar sin atacarte.

Sale.

CLIFFORD ¿Qué ves en mí, York? ¿Por qué esta pausa?

YORK Debiera enamorarme de tu fiera estampa
si no fueras hasta tal punto mi enemigo.

CLIFFORD Ni alabanza ni estima le faltan a tu arrojo;
pero se muestra con traición, innoblemente.

YORK Que me ayude pues contra tu espada,
ya que lo expreso con justicia y derecho.

CLIFFORD ¡Mi alma y mi cuerpo, ambos en combate!

YORK ¡Una empresa fatal! ¡Prepárate ya!

Luchan y cae CLIFFORD. Muere.

Y ahora, Lancaster, afírmate; se te encogen los músculos.
Ven, miedoso Enrique, a prosternarte,
y cede tu corona al príncipe de York.

Sale.

Entra el JOVEN CLIFFORD.

JOVEN CLIFFORD ¡Vergüenza y confusión! Todo hay en la lucha;
El miedo hace al desorden, y el desorden hiere
lo que debía cuidar. ¡Guerra, hija del infierno,
de quien los airados cielos han sido ministros,
pon en los helados pechos de nuestro bando
las ascuas ardientes de la venganza! Que no huya un soldado.
Quien se dedica a la guerra por entero
no se ama a sí mismo, y el que se ama
no tiene por esencia el nombre de valor
sino por circunstancia.

Ve el cadáver de su padre.

¡Oh, que muera este mundo infame,
y las llamas prematuras del último día
unan el cielo y la tierra! ¡Ahora,
que la trompeta general resuene
para que cese lo particular
y callen los ruidos menores! Querido padre,
¿te ordenaron que perdieras
tu juventud en la paz, y que alcanzaras
la plateada librea de la vejez prudente
solo para morir, reverenciado y en años de sillón,
en batalla de rufianes? Veo esto
y mi corazón se vuelve piedra: mientras sea mío,
de piedra será. Si York no respeta a los ancianos,
tampoco yo a sus niños. Las lágrimas de las vírgenes
serán a la llama como el rocío para mí,
y la belleza, que a menudo somete al tirano,
para mi cólera ardiente será fuego y estopa.
Desde ahora, nada que ver con la piedad.
Si encuentro a un niño de la casa de York

lo cortaré en tantos pedazos
como la salvaje Medea al joven Absirto.
La crueldad me hará famoso.
Ven, nueva ruina de la casa Clifford:

Carga a la espalda el cadáver de su padre.

así como Eneas llevó al viejo Anquises
te llevo sobre mis hombros viriles.
Eneas llevaba una carga viviente;
nada tan pesado como esta pena mía.

Sale con el cadáver.

ESCENA IV

Alarmas de nuevo. Entran tres o cuatro llevando a BUCKINGHAM, herido, a su tienda. Entran el REY ENRIQUE, la REINA MARGARITA y otros.

REINA MARGARITA

¡Vamos, milord! Qué lento eres. Vamos, ¡qué vergüenza!

REY ENRIQUE

¿Podemos correr más que el cielo? Buena Margarita, quédate.

REINA MARGARITA ¿De qué estás hecho? Ni peleas ni huyes;

es hombría, sabiduría y cuidado
dejar camino al enemigo, y asegurarnos
como podamos, que no es más que huir.

Alarma a lo lejos.

Si te capturan será el fin
de nuestra suerte: pero si escapamos,
lo que puede ser, si no es por tu indolencia,
llegaremos a Londres, donde te aman,
y donde esta brecha de nuestra fortuna
quizá se repare a poco.

Vuelve a entrar el JOVEN CLIFFORD.

JOVEN CLIFFORD (Al REY ENRIQUE.)

Si no me preocupara solo el daño futuro
blasfemaría antes de pedir que huyeras;
mas debes huir; una incurable sensación de derrota
reina en el corazón de nuestros partidarios.

Por tu dignidad, vete, y viviremos
para ver tu día, cuando nos devuelvan la suerte.
¡Huye, mi señor, huye!

ESCENA V

Alarma y retirada. Entran YORK, sus hijos EDUARDO y RICARDO, y soldados, un tambor y portaestandartes.

YORK Ah, Salisbury; ¿quién sabe de él,
ese león de invierno, que en su furia olvida
los achaques de la edad, los embates del tiempo
y, como un galán en plena juventud,
mejora cuando puede atacar? Este día
no es feliz, ni hemos ganado una pulgada
si se ha perdido Salisbury.

RICARDO Mi noble padre,
tres veces hoy lo subí a su caballo,
tres veces lo cubrí con mi cuerpo; tres veces lo alejé,
lo persuadí de no hacer nada más:
pero igual, donde estaba el peligro, allí me lo encontraba
y, como ricas colgaduras en una casa simple,
así era el ánimo en ese cuerpo viejo y débil.

Entran SALISBURY y WARWICK.

EDUARDO (A YORK.) Ve, noble padre, aquí vienen ambos.
Los únicos apoyos de la casa de York.

SALISBURY Por mi espada, que hoy has luchado bien.
¡Por la misa! Todos lo hicimos. Gracias, Ricardo:
Dios sabe cuánto más debo vivir;
y le ha sido grato que tres veces
me defendieras hoy de la muerte inminente.
Bien, señores; no tenemos aún lo que tenemos:
no basta con que nuestros enemigos hayan huido esta vez,
siendo que por naturaleza suelen reponerse.

YORK Sé que lo más seguro es perseguirlos:
pues me dicen que el rey ha huido a Londres
a convocar al parlamento en forma urgente.
Persigámoslo antes que envíe los escritos.

¿Qué dice lord Warwick? ¿Vamos tras de ellos?

WARWICK ¿Detrás? ¡No, delante, si podemos!

Por mi fe, señores, ha sido un día glorioso;
la batalla de Saint Albans, ganada por el famoso York
será eternizada en tiempos venideros.

Que suenen trompetas y tambores. ¡A Londres todos
y que haya más días como este!

Trompetas. Salen.



ENRIQUE VI

PARTE 3

*versión de
Roberto Appratto*

Escrita probablemente hacia 1591. Esta tercera parte es la más problemática, puesto que, a pesar de su inclusión en el Primer Folio de 1623, hay dudas razonables sobre su autoría, sin que se haya llegado a determinar quién o quiénes podrían haber sido los colaboradores de Shakespeare en su composición. Una versión más breve fue publicada en Octavo en 1595 y reimpressa en Cuarto dos veces: en 1600 y en 1619. El texto del Octavo es una reconstrucción de la versión representada, que luego sería reelaborada en el texto publicado en el Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

Partidarios del rey:

REY ENRIQUE VI

REINA MARGARITA

PRÍNCIPE EDUARDO, su hijo

Duque de SOMERSET

Duque de EXETER

Conde de NORTHUMBERLAND

Conde de WESTMORLAND

Lord CLIFFORD

Lord STAFFORD

SOMERVILLE

Enrique, joven conde de Richmond

Un SOLDADO que ha matado a su padre

Un CAZADOR que protege al rey Eduardo

De la dividida casa de Neville:

Conde de WARWICK, primero del bando de York, luego del de Lancaster

Marqués de MONTAGUE, hermano de York y de su bando

Conde de OXFORD, su cuñado, del bando de Lancaster

Lord HASTINGS, su cuñado, del bando de York

Partidarios de York:

Ricardo Plantagenet, duque de YORK

EDUARDO, conde de March, su hijo, luego duque de York y rey Eduardo IV

LADY GRAY, viuda, más tarde esposa de Eduardo y reina

Conde RIVERS, su hermano

JORGE, hermano de Eduardo, luego duque de Clarence

RICARDO, hermano de Eduardo, después duque de GLOUCESTER

Conde de RUTLAND, hermano de Eduardo

El TUTOR de Rutland, un capellán

SIR JUAN Mortimer, tío de York

Sir HUGO Mortimer, su hermano
El duque de NORFOLK
Sir Guillermo STANLEY
El conde de PEMBROKE
Sir Juan MONTGOMERY
Un NOBLE
Tres GUARDIAS de la tienda del rey Eduardo
Dos AYUDANTES DE CAZA
El TENIENTE de la Torre

Los franceses:

El REY LUIS
LADY BONA, su cuñada
Lord BOURBON, el almirante francés

Otros:

Un SOLDADO que ha matado a su hijo
El alcalde de Coventry
El ALCALDE de York
Concejales de York
Soldados, mensajeros y asistentes

PRIMER ACTO

ESCENA I

Sala real. Alarma. Entra RICARDO Plantagenet, duque de YORK, sus dos hijos, EDUARDO, conde de March, y el jorobado RICARDO, el duque de NORFOLK, el marqués de MONTAGUE y el conde de WARWICK, con soldados y tambores. Todos llevan rosas blancas en los sombreros.

WARWICK Me pregunto cómo escapó el rey de nuestras manos.

YORK Mientras perseguíamos a los jinetes del Norte,
se deslizó furtivo, dejando a sus hombres;
ante lo cual el gran lord de Northumberland,
en cuyos fieros oídos nunca sonó la retirada,
alentó al desfalleciente grupo; y él mismo,
lord Clifford, y lord Stafford, codo a codo,
cargaron sobre nuestro frente y, al entrar,
las espadas de simples soldados los mataron.

EDUARDO El duque de Buckingham, padre de lord Stafford,
está muerto o gravemente herido.
Con un golpe recto corté en dos su celada.
Es cierto, padre, mira esta sangre.

*Muestra una espada
ensangrentada.*

MONTAGUE (A YORK.)

Hermano, aquí está la sangre del conde de Wiltshire,

Muestra una espada ensangrentada.

a quien encontré al mezclarse las batallas.

RICARDO (A la cabeza de SOMERSET, la cual muestra.)

Háblales por mí, y cuenta lo que hice.

YORK De todos mis hijos, el de más mérito es Ricardo.

(A la cabeza.) ¿Está su gracia muerto, milord de Somerset?

NORFOLK ¡Que el linaje de Juan de Gante corra la misma suerte!

RICARDO Así espero agitar la cabeza de Enrique.

*Levanta en alto la cabeza
y la tira al suelo.*

WARWICK Y yo también, victorioso príncipe de York.

Juro por el cielo que estos ojos no se cerrarán
antes de verte sentado en ese trono
que ahora usurpa la casa de Lancaster.
Este es el palacio del temeroso rey,
y este (*señalando el trono*) el asiento real: poséelo, York,
pues es tuyo, y no de los de Enrique.

YORK Ayúdame y lo haré, dulce Warwick:
aquí hemos entrado por la fuerza.

NORFOLK Te ayudaremos todos: el que escape muere.

YORK Gracias, gentil Norfolk. Quédense a mi lado,
mis señores y soldados; quédense esta noche junto a mí.

Suben hasta el trono.

WARWICK Y cuando venga el rey, no seamos violentos
a menos que quiera sacarte por la fuerza.

Se van los soldados.

YORK La reina reúne hoy aquí su parlamento
pero no sospecha que seremos del consejo;
ganemos nuestro derecho con palabras o con golpes.

RICARDO Armados como estamos, permanezcamos dentro.

WARWICK Esto se llamará «parlamento de sangre»
a menos que Plantagenet, duque de York, sea rey
y el vergonzoso Enrique, por cuya cobardía
somos la burla de los enemigos, caiga.

YORK No me dejen, pues, mis señores. Sean firmes.
Quiero tomar posesión de mi derecho.

WARWICK Que ni el rey ni su partidario más ferviente,
el más soberbio de los que están por Lancaster,
ose mover un ala si Warwick hace sonar sus cascabeles.
Plantaré a Plantagenet y extirparé de raíz a quien se oponga.
Decídete, Ricardo; reclama la corona inglesa.

YORK se sienta en la silla. Trompetas. Entran el REY ENRIQUE, lord CLIFFORD, los condes de NORTHBUMBERLAND y WESTMORLAND, el duque de EXETER y los demás. Todos llevan rosas rojas en los sombreros.

REY ENRIQUE Mis señores, vean dónde está el audaz rebelde:

¡en el trono mismo! Sin duda quiere,
respaldado por Warwick, ese falso par,
aspirar a la corona y reinar como monarca.
Conde de Northumberland, él mató a tu padre y al tuyo, lord Clifford,
y ambos juraron vengarse
de él, de sus hijos, sus favoritos y amigos.

NORTHUMBERLAND Que los cielos se venguen de mí si no lo hago.

CLIFFORD La esperanza pone luto a mi armadura.

WESTMORLAND ¿Soportaremos esto? Arrojémoslo del trono.

Mi corazón arde de ira: no puedo tolerarlo.

REY ENRIQUE Sé paciente, gentil conde de Westmorland.

CLIFFORD La paciencia es para holgazanes como él
(*señalando a YORK*).

No se habría sentado allí si tu padre viviera.

Mi gracioso señor, ataquemos a York
y a su familia aquí en el parlamento.

NORTHUMBERLAND Bien has hablado, primo; que así sea.

REY ENRIQUE ¿Acaso no saben que los apoya la ciudad,
que con un gesto tendrían tropas a su mando?

EXETER Mas cuando muera el duque saldrán disparados.

REY ENRIQUE Lejos del corazón de Enrique está la intención
de hacer del parlamento un matadero.

Primo de Exeter: gestos, palabras y amenazas
serán la guerra que Enrique quiere hacer.

(A YORK.) Duque de York, rebelde, desciende de mi trono
e implora de rodillas mi gracia y mi merced.

Soy tu soberano.

YORK Yo soy el tuyo.

EXETER Por pudor, baja; él te hizo duque de York.

YORK Era mi herencia, así como el condado.

EXETER Tu padre fue un traidor a la corona.

WARWICK Exeter, tú eres traidor a la corona
si sigues al usurpador Enrique.

CLIFFORD ¿Y a quién ha de seguir sino a su rey legítimo?

WARWICK Cierto, Clifford: y ese es Ricardo, duque de York.

REY ENRIQUE (A YORK.) ¿Debo yo estar de pie y tú en el trono?

YORK Así es y debe ser. Resígnate.

WARWICK (Al REY ENRIQUE.)

Sé duque, de Lancaster, y deja que él sea rey.

WESTMORLAND Es tanto rey como duque de Lancaster,
y eso lo sostendrá lord Westmorland.

WARWICK Y Warwick lo negará. Olvidan ustedes
que nosotros los echamos del campo de batalla,
matamos a sus padres y, con gallardetes desplegados,
fuimos por la ciudad hasta las puertas del palacio.

NORTHUMBERLAND Sí, Warwick, para mi pesar lo recuerdo:
por su alma que tú y tu casa se arrepentirán.

WESTMORLAND (A YORK.) Plantagenet, de ti, de tus hijos,
de tus parientes y amigos, sacaré más vidas
que gotas de sangre había en las venas de mi padre.

CLIFFORD (A WARWICK.) No sigas; no sea que, en vez de palabras,
te mande, Warwick, un mensajero tal
que vengue su muerte sin que yo me agite.

WARWICK (A YORK.) ¡Pobre Clifford! ¡Cómo desprecio sus vanas
bravatas!

YORK (Al REY ENRIQUE.)

¿Quieres que mostremos el derecho al trono?
Si no, nuestras espadas lo defenderán en el campo.

REY ENRIQUE ¿Qué derecho tienes, traidor, a la corona?

Tu padre fue, como tú, duque de York;
tu abuelo, Rogelio Mortimer, conde de March.
Yo soy el hijo de Enrique V,
el que hizo inclinarse al delfín y a los franceses
y se apoderó de ciudades y provincias.

WARWICK No hables de Francia, que la perdiste entera.

REY ENRIQUE La perdió el lord protector, no yo.

Cuando me coronaron tenía apenas nueve meses.

RICARDO Ya has crecido bastante, y creo que aún pierdes.

(A YORK.) Padre, quita la corona de esa cabeza usurpadora.

EDUARDO (A YORK.) Hazlo, dulce padre: ponla en tu cabeza.

MONTAGUE (A YORK.) Buen hermano, si amas y honras las armas,
luchemos y dejemos de discutir de este modo.

RICARDO Que suenen tambores y trompetas, y el rey huirá.

YORK ¡Hijos, que haya paz!

NORTHUMBERLAND

Permanece en paz tú, y dale al rey el derecho de hablar.

REY ENRIQUE Ah, York, ¿por qué quieres deponerme?

¿No nacimos los dos Plantagenet,
no descendemos directamente de dos hermanos?

Supón que eres rey por derecho y justicia:

¿crees que abandonaré el trono
donde se sentaron mi abuelo y mi padre?

No; antes la guerra despoblará mi reino,
sí, y sus banderas, que a menudo ondearon en Francia,
y ahora, para mi desconsuelo, están en Inglaterra,
serán mi sudario. ¿Por qué desfallecen, señores?

Mi título es bueno, mucho mejor que el suyo.

WARWICK Pruébalo, Enrique, y serás rey.

REY ENRIQUE Enrique IV consiguió la corona por conquista.

YORK Fue por rebelión contra su rey.

REY ENRIQUE (*Aparte.*) No sé qué decir; mi argumento es débil.

(A YORK.) Dime: ¿puede el rey adoptar un heredero?

WARWICK ¿Y qué hay con eso?

REY ENRIQUE Si puede, entonces soy el rey legítimo;
pues Ricardo, a la vista de muchos señores,
renunció a la corona en favor de Enrique IV,
cuyo heredero fue mi padre, como yo lo soy de él.

YORK Se alzó en su contra, siendo él su soberano,
y por la fuerza lo hizo renunciar al trono.

WARWICK Supongan, mis señores, que lo hizo sin presión:
¿piensan que eso perjudicó a la corona?

EXETER No, pues no podía renunciar a la corona así

sin que reinara el heredero más próximo.

REY ENRIQUE Exeter, ¿estás contra nosotros?

EXETER Perdóname, pero el derecho es suyo.

YORK ¿Por qué murmuran, señores, en vez de responder?

EXETER (Al REY ENRIQUE.) Mi conciencia me dice que él es el rey por derecho.

REY ENRIQUE (*Aparte.*) Todos me dejarán e irán con él.

NORTHUMBERLAND (A YORK.)

Plantagenet, pese a todos tus reclamos,
no pienses que Enrique será depuesto de esta forma.

WARWICK Será depuesto, a pesar de todos.

NORTHUMBERLAND Te equivocas: tu poder en el sur,
en Essex, Norfolk, Suffolk y Kent,
que te hace tan presuntuoso y altivo,
no puede erigir al duque a mi pesar.

CLIFFORD Rey Enrique, ya tu título sea bueno o malo,
lord Clifford promete luchar en tu defensa.
¡Que se abra y me trague vivo el suelo
donde me arrodille ante el que me mató a mi padre!

REY ENRIQUE Ah, Clifford, me avivan el corazón tus palabras.

YORK Enrique de Lancaster, renuncia a tu corona.
¿Qué murmuran o qué conspiran, señores?

WARWICK Haz justicia al principesco duque de York
o llenaré este lugar de hombres armados
y sobre el trono, donde ahora se sienta,
inscribiré su título con sangre usurpadora.

Golpea el suelo con los pies y aparecen los soldados.

REY ENRIQUE Mi señor de Warwick, déjame decir solo una palabra:
deja que reine mientras me dure la vida.

YORK Confirma la corona para mí y para mis hijos
y mientras vivas reinarás en paz.

REY ENRIQUE De acuerdo. Ricardo Plantagenet,
disfruta del reino después de mi muerte.

CLIFFORD ¿Qué daño le haces al príncipe, tu hijo?

WARWICK Qué bueno es para Inglaterra y para él mismo.

WESTMORLAND Vil, temeroso, desesperado Enrique.

CLIFFORD ¡Qué ultraje para ti y para nosotros!

WESTMORLAND No puedo quedarme a escuchar sus condiciones.

NORTHUMBFRLAND Ni yo.

CLIFFORD Ven, primo, demos estas noticias a la reina.

WESTMORLAND (Al REY ENRIQUE.)

Adiós, rey degenerado y de corazón débil
en cuya sangre fría no hay destello de honor.

Sale con sus soldados.

NORTHUMBERLAND (Al REY ENRIQUE.) Sé presa de la casa de York
y muere encadenado por no ser un hombre.

Sale con sus soldados.

CLIFFORD (Al REY ENRIQUE.)

¡Que te derroten en una guerra horrible
o vivas en paz, en el desprecio, abandonado!

Sale con sus soldados.

WARWICK (Al REY ENRIQUE.)

Vuélvete hacia aquí, Enrique, y no los oigas.

EXETER (Al REY ENRIQUE.)

Buscan vengarse. Por eso no se rendirán.

REY ENRIQUE Ah, Exeter.

WARWICK ¿Por qué suspiras, mi señor?

REY ENRIQUE No por mí, lord Warwick, sino por mi hijo,
a quien desheredaré contra natura.

Que sea lo que deba ser. (A YORK.) Aquí entrego
para siempre la corona, a ti y a tus herederos,
a condición de que hagas la promesa
de acabar con esta guerra, de honrarme
como a tu rey y soberano mientras viva,
y de no tratar, con traición y hostilidad,
de derrocar me para reinar tú.

YORK Con gusto presto el juramento, que cumpliré.

WARWICK ¡Larga vida a Enrique!

(A YORK.) Plantagenet, abrázalo.

YORK baja. Se abraza con ENRIQUE.

REY ENRIQUE (A YORK.) Y larga vida para ti y tus valerosos hijos.

YORK York y Lancaster se han reconciliado.

EXETER Maldito quien quiera hacerlos enemigos.

Trompetas.

El séquito de York baja del trono.

YORK (Al REY ENRIQUE.)

Adiós, mi gracioso señor; iré a mi castillo.

Salen YORK, EDUARDO y RICARDO, con soldados.

WARWICK Y yo protegeré a Londres con mi tropa.

Sale con soldados.

NORFOLK Y yo iré a Norfolk con mis seguidores.

Sale con soldados.

MONTAGUE Y yo al mar, de donde vine.

Sale con soldados.

REY ENRIQUE Y yo a la corte, con pena y con dolor.

El REY ENRIQUE y EXETER se disponen para salir.

Entran la REINA MARGARITA y el PRÍNCIPE EDUARDO.

EXETER Ahí viene la reina, que no puede ocultar su ira.

Me voy de aquí.

REY ENRIQUE Yo también, Exeter.

REINA MARGARITA No, no huyas; iré tras de ti.

REY ENRIQUE Sé paciente, gentil reina, y me quedaré.

REINA MARGARITA

¿Quién puede ser paciente en estas circunstancias?

¡Ah, miserable! Ojalá hubiera muerto virgen,

sin conocerte ni darte ningún hijo, ya que

has demostrado ser un padre desnaturalizado.

¿Merecía nuestro hijo perder sus derechos de cuna?
Si lo hubieras amado la mitad de lo que lo amo yo,
si sintieras el dolor que una vez sentí por él
o lo hubieras nutrido como yo con mi sangre,
habrías dejado allí tu sangre más querida
antes de hacer tu heredero a ese duque salvaje
y desheredar así a tu único hijo.

PRÍNCIPE EDUARDO Padre, no puedes desheredarme.

¿Si tú eres rey, por qué no puedo sucederte?

REY ENRIQUE Perdón, Margarita; perdón, dulce hijo:
el conde de Warwick y el duque me obligaron.

REINA MARGARITA

¿Te obligaron? ¿Eres el rey y te obligan a hacer algo?
¡Me avergüenzo de oírte! ¡Ah, temerosa piltrafa!
Has echado la ruina sobre ti, sobre mí, sobre tu hijo,
y levantaste tanto la casa de York
que solo reinarás si lo permiten ellos.
Entregar la corona a él y a sus hijos
¿qué es sino cavarte la fosa
y deslizarte en ella mucho antes de tiempo?
Warwick es canciller y lord de Calais;
el severo Falconbridge domina el estrecho;
el duque es ahora protector del reino;
¿tú te sientes a salvo? Es la seguridad que siente
el cordero tembloroso, rodeado de lobos.
De haber estado allí, yo que soy una pobre mujer,
los soldados me habrían llevado en la punta de sus picas
antes de consentir a semejante acto.
Tú pones la vida delante del honor.
Y en tanto lo veo, en este punto me separo
de tu mesa, Enrique, y de tu cama,
hasta que se revoque ese decreto
por el cual mi hijo es desheredado.
Los señores del norte, que han renunciado a tus colores,
seguirán a los míos si los ven desplegarse;
y lo harán, para vergüenza tuya
y ruina total de la casa de York.
Y así te dejo. (Al PRÍNCIPE EDUARDO.) Ven, hijo, salgamos.
Nuestro ejército está listo: vayamos con él.

REY ENRIQUE Quédate, gentil Margarita, y déjame hablar.

REINA MARGARITA

Ya has hablado mucho. (*Al PRÍNCIPE EDUARDO.*) Vete.

REY ENRIQUE Eduardo, mi buen hijo, ¿te quedarás conmigo?

REINA MARGARITA Sí, para que sus enemigos lo asesinen.

PRÍNCIPE EDUARDO (*Al REY ENRIQUE.*)

Cuando regrese del campo victorioso
vendré a ver a su gracia. Hasta entonces, la seguiré a ella.

REINA MARGARITA Vamos, hijo; no podemos demorarnos más.

Sale con el PRÍNCIPE EDUARDO.

REY ENRIQUE ¡Pobre reina! ¡Cómo el amor por mí y por su hijo

la hizo estallar de ira!

Ojalá pueda vengarse de ese odioso duque,
cuyo espíritu altivo, en alas del deseo,
quiere quitarme la corona, y, como un águila hambrienta,
saciarse con la sangre de mi hijo y con la mía.

La pérdida de estos tres lores me atormenta.

Voy a escribirles y rogarles de buen modo.

Ven, primó, tú serás el mensajero.

EXETER Yo espero reconciliar a todos.

Trompetas. Salen.

ESCENA II

*Entran RICARDO, EDUARDO, conde de March,
y el marqués de MONTAGUE.*

RICARDO Hermano, aunque yo sea más joven, dame tu venia.

EDUARDO No; yo puedo hacer de orador mejor que tú.

MONTAGUE Pero yo tengo razones poderosas y sólidas.

Entra el duque de YORK.

YORK ¡Vaya, hijos y hermano! ¿Están discutiendo?

¿Cuál es el problema? ¿Cómo empezó?

EDUARDO No es un problema, sino una leve diferencia.

YORK ¿Acerca de qué?

RICARDO Acerca de lo que nos concierne, a nosotros y a ti:
la corona de Inglaterra, padre, que es tuya.

YORK ¿Mía, hijo? No hasta que muera el rey Enrique.

RICARDO Tu derecho no depende de que viva o muera.

EDUARDO Ahora eres heredero: disfrútala ahora.

Si das a Lancaster tiempo de respirar,
padre, terminará por pasarte de largo.

YORK Juré dejarlo reinar tranquilamente.

EDUARDO Por un reinado puede romperse un juramento.

Yo rompería mil para reinar un año.

RICARDO (A YORK.) No, Dios no permita que su gracia sea perjuro.

YORK Lo seré si reclamo en guerra abierta.

RICARDO Probaré lo contrario si me dejas hablar.

YORK No se puede, hijo mío. Es imposible.

RICARDO Un juramento no tiene ningún peso
si no se hace ante un magistrado legítimo y real
que tenga autoridad sobre el que jura.
Enrique, que usurpaba el trono, no tenía ninguna.
Entonces, en tanto fue él quien te hizo deponer,
tu juramento, milord, es frívolo y vano.
Por lo tanto, ¡a las armas! Y piensa, padre,
cuán dulce es llevar una corona
dentro de cuyo circuito está el Elíseo,
y todo cuanto los poetas sueñan como dicha y alegría.
¿Por qué demoramos? No descansaré
hasta que la rosa blanca que llevo se tiña
con la cálida sangre del corazón de Enrique.

YORK ¡Basta, Ricardo! Seré rey o moriré.

(A MONTAGUE.) Hermano, irás a Londres enseguida
para incitar a Warwick a esta empresa.

Tú, Ricardo, irás con el duque de Norfolk
para contarle en privado nuestro proyecto.

Tú, Eduardo, a Edmundo Brook, señor de Cobham
con quien los de Kent se alzarán enseguida.

En ellos confío, ya que son soldados
ingeniosos, corteses, generosos, con espíritu.
Mientras hacen eso, qué resta
sino que yo busque la ocasión de rebelarme
sin que mi plan entre en conocimiento
del rey o de cualquiera de la casa de Lancaster.

Entra un MENSAJERO.

¡Detente! ¿Qué hay de nuevo? ¿Por qué tanta prisa?

MENSAJERO La reina, con todos los condes y lores del norte,
intenta sitiario aquí, en su castillo.
Se aproxima con veinte mil hombres;
por tanto, milord, defienda su fortaleza.

YORK Sí, con la espada. ¿Qué? ¿Piensas que les tememos?
Eduardo y Ricardo, quédense conmigo;
mi hermano Montague partirá hacia Londres.
Que el noble Warwick, Cobham y los otros,
que hemos dejado protegiendo al rey,
se hagan fuertes con sólidas medidas, sin confiar
en el simple Enrique ni en sus juramentos.

MONTAGUE Hermano, me marchó. No temas, los convenceré.
Y así, con la mayor humildad, me retiro.

Sale.

Entran SIR JUAN Mortimer y su hermano HUGO.

YORK Sir Juan y Hugo Mortimer, tíos:
en buena hora han llegado a Sandal.
El ejército de la reina pretende sitiarnos.

SIR JUAN No será necesario: la encontraremos en el campo.

YORK ¿Cómo, con cinco mil hombres?

RICARDO Sí, padre; si es necesario con quinientos.
¡Una mujer de general! ¿Qué podemos temer?

Se oye una marcha a lo lejos.

EDUARDO Oigo sus tambores. Ordenemos nuestros hombres,
y salgamos a luchar enseguida.

YORK (A SIR JUAN y HUGO)
¡Cinco contra veinte! Aunque el riesgo sea grande,

no dudo, tíos, de nuestra victoria.
En Francia gané muchas batallas
contra un enemigo diez veces más fuerte.
¿Por qué no podría hoy tener el mismo éxito?

Salen.

ESCENA III

*Alarma. Entran el joven conde de RUTLAND
y su TUTOR, un capellán.*

RUTLAND Ah, ¿dónde huiré para escapar de sus manos?

Entra lord CLIFFORD con soldados.

Tutor, ve cómo se acerca el sanguinario Clifford.

CLIFFORD (*Al TUTOR.*) ¡Vete, capellán! Ser cura te salva la vida.
En cuanto a la cría de ese maldito duque,
este cuyo padre asesinó a mi padre, morirá.

TUTOR Y yo, milord, le haré compañía.

CLIFFORD Llévenselo, soldados.

TUTOR Ah, Clifford, no mates a este niño inocente
si no quieres ser odiado por el hombre y por Dios.

*Sale, custodiado.
RUTLAND cae al suelo.*

CLIFFORD ¿Cómo? ¿Ya está muerto?
¿O es que el miedo le hace cerrar los ojos?
Se los abriré.

RUTLAND (*Reviviendo.*) Así mira el león rampante al desgraciado
que tiembla bajo sus devoradoras garras,
y así camina, despreciando a su presa
y así avanza para desgarrarle los miembros.
Ah, benévolo Clifford, mátame con tu espada
y no con tu mirada cruel y amenazante.
Dulce Clifford, déjame hablar antes de que muera.
Soy muy poca cosa para tu ira:
véngate con hombres, y déjame vivir.

CLIFFORD Hablas en vano, pobre niño. La sangre de mi padre

cerró la entrada a tus palabras.

RUTLAND Que vuelva a abrirla, pues, la sangre de mi padre.

Él es un hombre, Clifford; enfréntate con él.

CLIFFORD Si tuviera aquí a tus hermanos, sus vidas y la tuya
no serían para mí suficiente venganza.

No; ni aun si desenterrara a tus ancestros
y colgara encadenados sus féretros podridos,
disminuiría mi cólera, ni mi corazón se aplacaría.

Cuando veo a uno cualquiera de la casa de York
es como si una furia me atormentase el espíritu.

Y hasta no arrancar de raíz su maldita estirpe,
sin dejar uno solo, viviré en el infierno.

Por lo tanto...

RUTLAND ¡Déjame rezar antes de encontrar la muerte!

(Arrodillándose.) Te ruego, dulce Clifford: ten piedad de mí.

CLIFFORD Tanta como tenga la punta de mi espada.

RUTLAND Yo nunca te hice daño: ¿por qué quieres matarme?

CLIFFORD Me lo hizo tu padre.

RUTLAND Pero fue antes de que yo naciera.

Tú tienes un hijo: ten piedad de mí en su nombre,
para que por venganza, ya que Dios es justo,
no muera tan miserablemente como yo.

Ah, deja que pase mis días en prisión,
y cuando dé una razón para la ofensa
que muera, pues ahora no tienes motivo.

CLIFFORD ¿Que no hay motivo? Tu padre mató al mío, muere, pues.

Lo apuñala.

RUTLAND *Dii faciant laudis summa sit ista tuae.*^[14]

Muere.

CLIFFORD ¡Plantagenet! ¡Voy, Plantagenet!

Y la sangre de tu hijo, pegada a mi acero,
se herrumbrará hasta que tu sangre,
fundida con esta, me haga limpiar las dos.

Sale con el cadáver de RUTLAND y soldados.

ESCENA IV

Alarma. Entra Ricardo, duque de YORK.

YORK El ejército de la reina ha conquistado el campo;
por rescatarme han muerto mis dos tíos;
todos mis seguidores retroceden
ante el impetuoso rival, y huyen como barcos con el viento
o corderos perseguidos por hambrientos lobos.
¿Mis hijos? Dios sabe qué habrá sido de ellos.
Pero sé una cosa: se han comportado como hombres
nacidos para ser ilustres por su vida o su muerte.
Tres veces Ricardo me abrió paso
y tres veces gritó: «¡Valor, padre, pelea!».
Las mismas veces vino Eduardo a mi lado
con la cimitarra púrpura, pintada hasta el mango
con la sangre de aquellos que enfrentó.
Y cuando los más valientes soldados se apartaban,
Ricardo gritó: «¡A la carga y no cedan un palmo de terreno!»
y luego: «¡Una corona, o una tumba gloriosa!
¡Un cetro o un sepulcro en la tierra!».
Y así volvimos a cargar. Mas, ¡ay!, de nuevo
retrocedimos, como se ve al cisne
nadar con inútil esfuerzo contra la marea
y gastar la fuerza en olas que lo vencen.

Breve alarma dentro.

¡Escuchen! Los malditos secuaces nos persiguen
y yo estoy débil y no puedo escapar a su furia;
y aunque tuviera fuerzas, no la eludiría.
Las arenas que componen mi vida están contadas.
Debo quedarme aquí; que aquí mi vida acabe.

Entran la REINA MARGARITA, lord CLIFFORD, el conde de NORTHUMBERLAND y el joven príncipe Eduardo, con soldados.

¡Vengan, sanguinario Clifford, Northumberland feroz!
¡Propongo más fervor a su furia inextinguible!
Soy su blanco, y espero su disparo.

NORTHUMBERLAND

Ríndete a nuestra merced, Plantagenet arrogante.

CLIFFORD Sí, la misma merced que su brazo despiadado,
con un golpe vertical, mostró con mi padre.

Ya Faetón ha caído de su carro,
y en pleno mediodía encontró la noche.

YORK Mis cenizas, como el fénix, pueden engendrar
un ave que se vengará en todos ustedes;
con esa esperanza levanto los ojos al cielo,
y desprecio todo aquello con que puedan dañarme.
¿Por qué no vienen? ¿Son multitud y tienen miedo?

CLIFFORD Así luchan los cobardes cuando no pueden ya huir;
así las palomas picotean los filosos espolones del halcón;
así los ladrones, desesperados, resignando la vida,
lanzan insultos contra los oficiales.

YORK Ah, Clifford, piensa en ti una vez más,
y en tu pensamiento recuerda mis tiempos pasados,
y, si aún tienes vergüenza, mira esta cara
y muérdete la lengua, que cobardemente insulta
a aquel cuyo ceño te ha hecho palidecer y escapar.

CLIFFORD No disputaré contigo con palabras,
sino con golpes, dos veces dos por uno.

Desenvaina.

REINA MARGARITA Detente, bravo Clifford; por mil causas
quisiera prolongar un poco la vida del traidor.
La ira lo ensordece: habla tú, Northumberland.

NORTHUMBERLAND

Detente, Cliford, no lo honres tanto como para
pincharte el dedo por herirle el corazón.
¿Qué valor tiene, cuando un perro gruñe,
meter la mano entre sus dientes
cuando se puede espantarlo a patadas?
Es privilegio de la guerra sacar todo el provecho,
y estar diez contra uno no reduce el coraje.

Luchan y apresan a YORK.

CLIFFORD Sí, sí, así se debate el pájaro en la trampa.

NORTHUMBERLAND Así lucha el conejo en la red.

YORK Así triunfan los ladrones sobre el botín conquistado,
así ceden los decentes, superados por bandidos.

NORTHUMBERLAND (*A la REINA.*)

¿Qué quiere su gracia que le hagamos ahora?

REINA MARGARITA Bravos guerreros, Clifford y Northumberland,

pónganlo de pie sobre este montículo,

a él, que alargando los brazos pretendía montañas,

y no hizo más que dividir la sombra con su mano.

(*A YORK.*) ¿Qué? ¿Y tú eras el que quería ser rey?

¿El que hizo una escena en el parlamento,

predicando sobre su ilustre descendencia?

¿Dónde está la banda de hijos tuyos para ayudarte ahora?

¿Dónde el lujurioso Eduardo y el afeminado Jorge?

¿Y dónde está ese prodigio, el valiente jorobado,

tu hijo Ricardito, que con su voz gruñona

solía animar a su papá en los motines?

Y, en cuanto al resto: ¿dónde está tu amado Rutland?

Mira, York: he manchado este pañuelo con la sangre

que el bravo Clifford, con la punta de su espada,

hizo manar del pecho de tu hijo.

Y si tus ojos pueden llorar esa muerte,

te doy esto para que seques tus mejillas.

Ah, pobre York, si no te odiara mortalmente

lamentaría tu miserable estado.

Te lo ruego, York, ponte triste para que yo me alegre.

¿Qué? ¿Tu fiero corazón te ha resecado tanto las entrañas

que no viertes ni una lágrima por la muerte de Rutland?

¿Por qué esta calma, amigo? Deberías estar furioso,

y yo, para que lo estés, me burlo de este modo.

Zapatea; delira, rabia, para que yo cante y baile.

A lo mejor hay que pagarte, pienso, para que me alegres.

York no puede hablar a menos que lleve una corona.

(*A sus hombres.*)

Una corona para York, señores. ¡Inclínense ante él!

Sujétenle las manos mientras se la pongo.

Pone una corona de papel en la cabeza de YORK.

Ah, sí, señor, ahora luce como un rey, caramba.

Este es el que ocupó el trono de Enrique,

y a quien él eligió como heredero.

Pero ¿cómo el gran Plantagenet se coronó tan pronto
y rompió su solemne juramento?

Por lo que recuerdo, no deberías ser rey
hasta que nuestro rey estrechara manos con la muerte.
¿Vas a poner la gloria de Enrique en tu cabeza
y robarle de las sienes la diadema ahora,
en vida, contra tu santo juramento?
¡Oh, es una falta demasiado, demasiado imperdonable!
¡Fuera la corona!

Se la quita de un golpe.

Y con la corona su cabeza.

Y mientras nos damos un respiro, ocupémonos en matarlo.

CLIFFORD Esa es mi tarea, en nombre de mi padre.

REINA MARGARITA No, detente; oigamos sus oraciones.

YORK Loba de Francia, peor que las lobas de Francia,
de lengua más ponzoñosa que colmillo de serpiente:
¡qué mal sienta a tu sexo
triunfar como una amazona
sobre los enemigos que apresara la suerte!
Si tu rostro no fuera una máscara inmutable,
prepotente a fuerza de acciones malignas,
yo intentaría, soberbia, hacerte sonrojar.
Decir de dónde vienes, de quién,
bastaría para avergonzarte, si tuvieras vergüenza.
Tu padre asume el papel de rey de Nápoles,
de ambas Sicilias y Jerusalén,
pero es menos rico que un campesino inglés.
¿Ese pobre monarca te ha enseñado a insultar?
No es preciso, ni te sirve, reina orgullosa,
salvo para confirmar el adagio: montados,
los mendigos llevan sus caballos a la muerte.
A menudo la belleza envanece a las mujeres;
Dios sabe que es poca la que te ha tocado;
la virtud hace que se las admire;
a ti te hace admirable lo contrario.
La discreción las hace parecer divinas;
tú, por falta de ella, eres abominable.
Eres tan opuesta a todo bien
como a nosotros las antípodas
o como el sur al septentrión.
¡Ah, corazón de tigre envuelto en pellejo de mujer!

¿Cómo pudiste drenar la sangre del niño
para que el padre se secara los ojos
y seguir llevando semblante de mujer?
Las mujeres son suaves, tiernas, compasivas y flexibles;
tú, severa, dura, impenetrable, despiadada.
¿Me pediste furia? Ya has cumplido tu deseo.
¿Querías que llorara? Se ha hecho tu voluntad,
pues el viento airado hace estallar incesantes lloviznas,
y cuando la ira amaina comienza la lluvia.
Estas lágrimas son el tributo para mi dulce Rutland
y cada gota clama venganza por su muerte
contra ti, cruel Clifford, y contra ti, francesa falsa.

NORTHUMBERLAND Que me maldigan, pero sus sentimientos
me conmueven tanto que apenas puedo
impedir que mis ojos lloren.

YORK Los hambrientos caníbales no habrían osado
tocar su rostro, no habrían manchado de sangre...
Pero ustedes son más inhumanos, más inexorables,
ay, diez veces más que los tigres de Hircania.
Mira, reina despiadada, las lágrimas de un padre infeliz.
Has empapado este trapo con sangre de mi niño,
y yo limpio la sangre con mis lágrimas.
Guarda el pañuelo y haz alarde de esto,
y si cuentas bien esta penosa historia,
por mi alma que los que la escuchen llorarán;
sí, hasta mis enemigos derramarán lágrimas copiosas
y dirán: «Ay, fue un acto digno de piedad».
Ten, toma la corona, y mi maldición con ella:
que en caso de necesidad recibas un apoyo
igual al que tu cruel mano me ha brindado.
Clifford, corazón de piedra, sácame de este mundo.
Mi alma, al cielo; mi sangre, sobre sus conciencias.

NORTHUMBERLAND Aunque hubiera matado a toda mi familia,
viendo cómo la pena le carcome el alma
no podría, por mi vida, sino llorar con él.

REINA MARGARITA ¿Qué? ¿Con el llanto a punto, mi lord Northumberland?
Piensa en el mal que nos ha hecho a todos,
y las lágrimas en que te fundes se secarán enseguida.

CLIFFORD Esto por mi juramento. Esto, por la muerte de mi padre.

Apuñala a YORK.

REINA MARGARITA Y esto por impugnar a nuestro bondadoso rey.

Apuñala a YORK.

YORK Abre la puerta de Tu misericordia, gracioso Dios;
mi alma vuela hacia Ti a través de estas heridas.

Muere.

REINA MARGARITA

Córtenle la cabeza y pónganla en las puertas de York,
para que York mire York desde lo alto.

Trompetas. Salen con el cuerpo de YORK.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

*Entran EDUARDO, conde de March, y RICARDO,
con un tamborilero y soldados.*

EDUARDO Me pregunto cómo escapó nuestro egregio padre,
si es que pudo escapar
de la persecución de Clifford y Northumberland.
Si lo hubieran apresado lo habríamos sabido;
si lo hubieran matado lo habríamos sabido;
si hubiera escapado, creo que habríamos oído
la feliz noticia de que se encuentra a salvo.
¿Cómo está mi hermano? ¿Por qué tan triste?

RICARDO No puedo alegrarme hasta que sepa
adónde fue a parar nuestro valiente padre.
Yo lo vi moverse en la contienda,
y cómo desafiaba él solo a Clifford.
Pienso que lo enfrentó en lo más denso de las filas
como un león en medio de bueyes;
o como un oso que, hostigado por perros,
después de morder a algunos y hacerlos chillar,
obliga a los demás a hablarle de lejos.
Así lidió nuestro padre con sus enemigos;
así huyeron sus enemigos de nuestro bravo padre.
Creo que ser su hijo es premio suficiente.

Aparecen tres soles en el aire.

Mira cómo la mañana abre sus puertas de oro
y se despide del glorioso sol.
¡Cómo se parece al alba de la juventud,
vestida como un galán para su amada!

EDUARDO ¿Alucinan mis ojos o estoy viendo tres soles?

RICARDO Tres gloriosos soles, cada uno un sol perfecto;
no separados por violentas nubes
sino distintos en el claro cielo.

Los tres soles empiezan a unirse.

Mira, mira: se juntan, se abrazan, parecen besarse
como si se juraran una alianza inviolable.
Ahora son una lámpara sola, una luz, un sol.
Con esto el cielo señala algún suceso.

EDUARDO Es una extraña maravilla, nunca oída.

Creo que nos convoca, hermano, al campo,
para que los hijos del bravo Plantagenet, nosotros,
que brillamos ya por valores personales,
unamos de igual manera nuestras luces
e iluminemos la tierra, como él alumbra el mundo.
Anuncie lo que anuncie, desde ahora llevaré
sobre mi escudo tres soles ardientes.

RICARDO No, lleva tres hijas, con tu permiso:
te gustan más las mujeres que los hombres.

Entra un hombre, haciendo ruido.

¿Pero quién eres tú, cuyo aspecto anticipa
la terrible historia que le cuelga de la lengua?

MENSAJERO Ah, soy uno que con dolor ha visto
cómo mataban al noble York, el duque,
tu principesco padre y mi amado señor.

EDUARDO No digas más, que ya he oído demasiado.

RICARDO Di cómo murió; quiero saberlo todo.

MENSAJERO Estaba rodeado por muchos rivales
enfrentándolos, como la esperanza de Troya
a los griegos que querían asaltarla.
Pero el mismo Hércules debe rendirse en desventaja,
y muchos golpes, aunque sea con un hachuela,
hienden el roble más duro y lo abaten.
Por muchas manos fue su padre sometido,
pero solo lo mató el airado brazo
del despiadado Clifford; y la reina,
que coronó al gracioso duque con sorna,
se rió en la cara, y al verlo sollozar de pena
la insensible le dio para secarse
un pañuelo empapado con la sangre inocente
del dulce joven Rutland, a quien el cruel Clifford matara;
y luego de muchos desprecios y de feos ultrajes

le cortaron la cabeza, y la pusieron
en las puertas de York; y allí permanece,
como el espectáculo más triste que he visto jamás.

EDUARDO Dulce duque de York, sostén nuestro;
ahora que te has ido no tenemos báculo ni lugar.
¡Ah, Clifford, turbulento Clifford, has matado
a un caballero que era flor de Europa
y lo has vencido a traición,
pues mano a mano te habría vencido él a ti!
El palacio de mi alma se ha vuelto prisión.
¡Si escapara de aquí, para que mi cuerpo
pudiera encerrarse a descansar en tierra!
Pues desde ahora, nunca más me alegraré:
¡nunca, nunca habrá alegría de nuevo para mí!

RICARDO Llorar no puedo, pues toda mi humedad
no podría apagar el horno de mi corazón;
ni puede mi lengua aliviar su enorme carga
pues el mismo aliento con el que hablaría
aviva los carbones que me abrasan el pecho,
y quema con llamas que quiere apagar el llanto.
Llorar es atenuar la hondura de la pena;
llanto pues, para los niños: ¡golpes y venganza para mí!
Ricardo, llevo tu nombre; vengaré tu muerte
o moriré famoso por mi intento.

EDUARDO El valiente duque te ha dejado a ti su nombre;
su ducado y su silla quedan conmigo.

RICARDO Pues, si eres el aguilucho de este príncipe,
muestra tu descendencia mirando al sol de frente;
en vez de «silla y ducado» di «trono y reino»:
o bien es tuyo eso, o bien no eres su hijo.

Marcha. Entran el conde de WARWICK y el marqués de Montague con tambores, una enseña y soldados.

WARWICK ¿Qué tal, nobles señores? ¿Qué pasa? ¿Qué noticias traen?

RICARDO Gran señor de Warwick, si contáramos
nuestras luctuosas nuevas, y al decir cada palabra
nos claváramos dagas hasta soltarlo todo
las palabras nos darían más dolor que las heridas.
Valiente lord: el duque de York ha sido asesinado.

EDUARDO ¡Oh, Warwick, Warwick! Ese Plantagenet
que te quería más que a la redención de su alma
fue asesinado por el inflexible Clifford.

WARWICK Hace diez días ahogué esas nuevas en llanto.
Y ahora, para dar más medida a sus pesares,
vengo a contarles lo ocurrido desde entonces.
Después de la sangrienta refriega de Wakefield,
donde su bravo padre exhaló su último aliento,
tan rápido como corren los correos,
me llegaron mensajes de su pérdida y su muerte.
Estando en Londres como guardián del rey,
agrupé a mis soldados, congregué amigos,
y, como pensaba, muy bien equipado,
marché hacia Saint Albans al encuentro de la reina,
con el rey a mi lado como prenda,
ya que mis guías me habían advertido
que ella venía con plena intención de destruir
el reciente decreto de nuestro parlamento
en cuanto al voto de Enrique y la sucesión.
Para abreviar la historia, en Saint Albans
nuestras tropas se enfrentaron,
y ambos bandos lucharon con fiereza;
pero si fue la frialdad del rey,
que miraba con dulzura a su reina belicosa,
lo que privaba de su ardiente coraje a mis soldados
ya los informes de su triunfo
o el miedo extraordinario ante el rigor de Clifford,
que ruge a sus capitanes sangre y muerte,
no puedo saberlo; pero es lo cierto
que sus armas iban y venían como rayos.
Nuestras tropas, como el vuelo perezoso del búho nocturno
como un trillador que indolente desgrana,
caían mansamente, como golpeando a sus amigos.
Los alenté con la justicia de la causa,
con promesa de buen pago y grandes recompensas.
Mas fue todo en vano. No tenían corazón para pelear
ni esperanza nosotros de que ganaran la jornada.
Entonces huimos, el rey con la reina,
y tu hermano lord Jorge, Norfolk y yo
con prisa, prisa de correo, rumbo a ustedes.

Pues supimos que estaban en las Marcas,
preparándose para luchar de nuevo.

EDUARDO ¿Dónde está el duque de Norfolk, gentil Warwick?
¿Y cuándo llegó a Inglaterra Jorge de Borgoña?

WARWICK El duque, a unas seis millas de aquí con sus soldados;
en cuanto a vuestro hermano, hace poco
vuestra amable tía, la duquesa de Borgoña,
lo envió con los soldados que esta guerra necesita.

RICARDO Es extraño que haya huido el bravo Warwick.
He oído elogios de sus persecuciones
pero nunca, hasta ahora, de una huida escandalosa.

WARWICK Entérate ahora de mi escándalo, Ricardo;
debes saber que mi mano derecha, con su fuerza,
podría arrancar al flojo Enrique la diadema
de su cabeza, y de su puño el fiero cetro,
aun cuando fuera tan famoso y tan bravo en la guerra
como en la mansedumbre, la paz y la plegaria.

RICARDO Bien lo sé, lord Warwick; no me culpes.
Es mi amor por tu gloria lo que me hace hablar.
En este tiempo turbulento, ¿qué se puede hacer?
¿Debemos arrojar las cotas de acero,
envolver nuestros cuerpos con trajes de luto,
contar avemarías en el rosario?
¿O, sobre los cascos de nuestros enemigos,
mostrar devoción con brazos vengativos?
Si es esto último, digan «sí» y hagámoslo, señores.

WARWICK ¡Caramba! Para eso los ha venido a buscar Warwick,
y para eso viene mi hermano Montague.
Escúchenme, señores: la reina orgullosa e insultante,
con Clifford, el altivo Northumberland
y muchas otras aves altaneras de igual plumaje,
han moldeado al blando rey como a la cera.
(A EDUARDO.) Juró acatar vuestra sucesión,
y su voto está en el parlamento registrado.
Y ahora toda la banda se fue a Londres
para anular a la vez su juramento y todo lo que siga
contra la casa de los Lancaster.
Su fuerza es, creo, de treinta mil hombres.

Ahora: si mi ayuda y la de Norfolk,
con todos los amigos que tú, bravo conde de March,
puedas procurar entre los caros galeses,
llega a veinticinco mil hombres,
bien, ya, marcharemos a Londres, y una vez más
montaremos nuestros corceles resollantes,
ante los enemigos y gritaremos «¡A la carga!».
Pero nunca más volveremos la espalda para huir.

RICARDO Ah, creo que oigo hablar al gran Warwick.
Que no viva para ver un día de sol
quien grite «¡Retirada!» si Warwick ordena resistir.

EDUARDO Lord Warwick, me apoyaré en tu hombro,
y si caes (que Dios no lo permita)
deberá caer Eduardo: ¡el cielo evite ese peligro!

WARWICK Ya no conde de March, sino duque de York;
el paso siguiente es el trono de Inglaterra,
pues rey de Inglaterra serás proclamado
en cada burgo por donde pasemos,
y quien no lance al aire su gorra de alegría
perderá como pena la cabeza.
Rey Eduardo, bravo Ricardo, Montague,
dejemos de soñar con nuestra fama
para hacer sonar trompetas y cumplir nuestro deber.

RICARDO
Entonces, Clifford, aunque tu corazón sea duro como acero,
y tus acciones hayan revelado que es de piedra,
voy a atravesarlo, o a darte el mío.

EDUARDO Suenen los tambores: ¡Dios y san Jorge con nosotros!

Entra un MENSAJERO.

WARWICK ¿Qué pasa? ¿Qué noticias hay?

MENSAJERO El duque de Norfolk les manda decir
que la reina llega con huestes poderosas,
y pide su compañía para un rápido consejo.

WARWICK Eso nos conviene. Bravos guerreros, ¡partamos!

Marcha. Salen.

ESCENA II

La cabeza de York es exhibida en lo alto. Trompetería. Entran el REY ENRIQUE, la REINA MARGARITA, lord CLIFFORD, el conde de NORTHUMBERLAND y el joven PRÍNCIPE EDUARDO, con un tambor y trompetas.

REINA MARGARITA

Bienvenido, milord, a la gallarda ciudad de York.
Allí está la cabeza de aquel archienemigo
que pretendía que tu corona lo ciñera.
¿No te alegra el corazón, milord, verla?

REY ENRIQUE Sí, como las rocas al que teme naufragar.

Ver esto me irrita en el alma.
Detén tu venganza, Dios querido: no es mi culpa,
ni he roto mi promesa a sabiendas.

CLIFFORD Gracioso señor, hay que dejar de lado
esta excesiva tolerancia, esta piedad nociva.
¿A quién miran con gentileza los leones?
No a la bestia que quiere ocupar su cubil.
¿Qué mano lame el oso de la jungla?
No la del que, ante sus ojos, le quita los cachorros.
¿Quién se salva del dardo mortal de la serpiente?
No quien pone el pie sobre su lomo.
El reptil más pequeño, si se le pisa, enfrenta,
y las palomas pican para salvar a sus pichones.
El ambicioso York aspiraba a tu corona,
y mientras él fruncía las cejas, iracundo, tú sonreías.
Él, tan solo un duque, quería hacer rey a su hijo,
y elevar su descendencia como un padre amante;
tú, siendo rey, bendecido con un hijo excelente,
diste consentimiento de desheredarlo,
lo que te hace un padre muy poco cariñoso.
Los seres sin razón alimentan a sus hijos
y aunque el rostro del hombre sea temible a sus ojos,
para proteger a sus pequeños, sin embargo,
¿quién no los ha visto, aun con esas alas
que habían usado en vuelos temblorosos
pelear con quien trepaba hasta su nido
y dar la vida en la defensa de sus crías?
¡Tómalos de ejemplo, mi señor, y avergüénzate!
¿No sería una lástima que este lindo muchacho

perdiera sus derechos por culpa del padre,
y mucho después le dijera a su hijo:
«¿Lo que mi bisabuelo y mi abuelo consiguieron
mi descuidado padre lo regaló porque sí?».
¡Ah, vaya vergüenza sería! Mira al muchacho,
y deja que su rostro de varón, que promete
buena fortuna, endurezca tu blando corazón,
para conservar lo que tienes y dejárselo a él.

REY ENRIQUE Muy bien ha hecho Clifford de orador,
alegando razones de gran fuerza.
Mas dime, Clifford: ¿nunca oíste decir
que lo mal conseguido siempre acaba mal?
¿Y ha sido siempre feliz el hijo cuyo padre
fue al infierno por acumular?
Le dejaré a mi hijo acciones virtuosas
y ojalá mi padre me hubiera dejado solo eso.
Todo el resto se sostiene a un precio tal
que conservarlo mil veces más trabajo es
que el mínimo placer que da su posesión.
¡Ah, primo York, ojalá supieran tus mejores amigos
cómo me aflige que esté aquí tu cabeza!

REINA MARGARITA Anímate, milord: nuestros enemigos se acercan,
y este temple blando debilita a los tuyos.
Prometiste hacer caballero a nuestro ardiente hijo:
desenvaina la espada y hazlo de inmediato.
Arrodíllate, Eduardo.

*El PRÍNCIPE EDUARDO
se arrodilla.*

REY ENRIQUE Eduardo Plantagenet, levántate caballero
y aprende esto: saca siempre tu espada con razón.

PRÍNCIPE EDUARDO (*Levantándose.*)

Mi gracioso padre, con vuestro real permiso,
la sacaré como heredero al trono,
y en esa disputa la usará hasta la muerte.

CLIFFORD ¡Vaya! Habla como un príncipe que promete.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Reales comandantes, estén prontos,

pues con una banda de treinta mil hombres
llega el apoyo de Warwick al duque de York.
Y en los pueblos, mientras van marchando,
lo proclama rey, y muchos se le unen.
Prepárense al combate, pues están muy cerca.

CLIFFORD (*Al REY ENRIQUE.*)

Quisiera que su alteza abandonara el campo;
la reina tiene más éxito cuando estás ausente.

REINA MARGARITA (*Al REY ENRIQUE.*)

Sí, mi buen señor, y déjanos a nuestra suerte.

REY ENRIQUE Bueno, también es mi suerte, así que no me iré.

NORTHUMBERLAND Que sea decisión para pelear.

PRÍNCIPE EDUARDO (*Al REY ENRIQUE.*)

Mi real padre, anima a estos nobles caballeros
y alegra a quienes combaten en tu defensa.
Desenvaina, buen padre, grita «¡Por san Jorge!».

Marcha. Entran EDUARDO, duque de York, el conde de WARWICK, RICARDO, JORGE, el duque de NORFOLK, el marqués de Montague y soldados.

EDUARDO Bien, perjuro Enrique, ¿pedirás gracia de rodillas
y pondrás la diadema en mi cabeza,
o esperarás la suerte mortal del campo de batalla?

REINA MARGARITA

¡Ve a reñir a tus queridas, niño altivo e insolente!
¿Te parece bien hablar con tanto atrevimiento
ante tu soberano y rey legítimo?

EDUARDO Yo soy su rey, y él debería inclinarse.

Soy heredero con su consentimiento.

JORGE (*A la REINA MARGARITA.*)

Desde que rompió su juramento; pues, por lo que oí,
tú, que eres rey, aunque él lleve la corona,
con otra acta del parlamento has hecho
que relegara a mi hermano y pusiera a su hijo.

CLIFFORD Y con buenas razones.

¿Quién mejor que el hijo para suceder al padre?

RICARDO ¿Estás ahí; carnicero? ¡Ah, no puedo hablar!

CLIFFORD Sí, jorobado, aquí estoy para responderte a ti
o al más orgulloso de tu clase.

RICARDO ¿Fuiste tú quien mató al joven Rutland?

CLIFFORD Sí, y al viejo York, y aún no estoy satisfecho.

RICARDO ¡Por el amor de Dios, señores, den señal de batalla!

WARWICK ¿Qué dices, Enrique? ¿Cederás la corona?

REINA MARGARITA ¿Cómo, deslenguado Warwick? ¿Hablas?
Cuando en Saint Albans nos medimos hace poco
más que las manos te sirvieron las piernas.

WARWICK Era mi turno de huir; ahora es el tuyo.

CLIFFORD Ya dijiste eso antes, y escapaste.

WARWICK No fue tu valor, Clifford, lo que me sacó de allí.

NORTHUMBERLAND No, ni tu hombría lo que te hizo quedarte.

RICARDO Northumberland, con todo mi respeto:
acabemos con este parlamento, pues apenas puedo
contener el odio de mi corazón
contra este Clifford, asesino de niños.

CLIFFORD Maté a tu padre: ¿dirías que era un niño?

RICARDO Sí, como un traidor, bastardo y cobarde,
así como mataste a nuestro tierno Rutland.
Antes de que el sol se ponga, maldecirás tus actos.

REY ENRIQUE Terminen su diálogo, señores, y déjenme hablar.

REINA MARGARITA Desafíalos, pues, o cierra la boca.

REY ENRIQUE Te ruego que no me limites la palabra;
soy un rey y tengo el privilegio de expresarme.

CLIFFORD Mi señor, la herida que produjo este encuentro
no lo curan palabras. Así que cállate.

RICARDO Entonces, verdugo, desenvaina tu espada.
Por Aquel que a todos nos hizo, estoy seguro
de que la hombría de Clifford reside en su lengua.

EDUARDO Enrique, dime: ¿tendré o no mi derecho?
Mil hombres han roto hoy su ayuno

y no cenarán hasta que cedas la corona.

WARWICK (*Al REY ENRIQUE.*)

Si te niegas, que su sangre quede en tu conciencia;
York se ha puesto la armadura para pedir justicia.

PRÍNCIPE EDUARDO Si está bien lo que está bien para Warwick,
es que no hay error, y todo está bien.

RICARDO Quienquiera te engendró, ahí está tu madre;
pues a mi fe que tienes la lengua de ella.

REINA MARGARITA Pero tú no te pareces ni a tu padre ni a tu madre;
eres un ser odioso y contrahecho, marcado
por el destino para que te esquiven
como a un sapo venenoso o la fatal mordedura de un lagarto.

RICARDO Acero de Nápoles, oculto en oro inglés,
cuyo padre lleva el título de rey
(como si pudiera llamarse mar a un canal),
¿no te avergüenza, sabiendo de dónde te sacaron,
que tu lengua exhiba tu corazón infame?

EDUARDO Si esta desvergonzada puta supiera quién es,
un puñado de paja valdría mil coronas.
Helena de Troya era mucho más bella que tú,
aunque tu esposo pueda ser Menelao;
y el hermano de Agamenón nunca fue ultrajado
por esa mujer falsa, como este rey por ti.
Su padre entró a su antojo en Francia,
y domó al rey, e hizo inclinarse al delfín;
si se hubiese casado según su condición,
habría conservado esa gloria hasta el presente.
Pero cuando llevó a su lecho a una mendiga
y honró a tu pobre padre con su matrimonio,
ese sol engendró para él una lluvia
que barrió de Francia las victorias de su padre
y levantó en casa la sedición contra su trono.
Pues, ¿qué, sino tu orgullo, produjo este tumulto?
Si hubieras sido afable, nuestro título dormiría
y nosotros, por piedad del gentil rey,
habríamos dejado para otro tiempo los reclamos.

JORGE (*A la REINA MARGARITA.*)

Mas cuando vimos que nuestro sol era tu primavera

y que tu verano no nos daba provecho
hachamos tu raíz usurpadora.
Y aunque el filo nos haya tocado
debes saber que, si empezamos a golpear,
no pararemos hasta derribarte
o regar tu crecimiento con nuestra sangre fogosa.

EDUARDO (*A la REINA MARGARITA.*) Y con esta decisión te reto,
sin querer prolongar la deliberación
ya que impediste hablar al gentil rey.
¡Que suenen las trompetas!
¡Que ondeen nuestros sangrientos estandartes!
¡Victoria o sepultura!

REINA MARGARITA Detente, Eduardo.

EDUARDO No, enemiga, ya no nos detendremos: hoy
estas palabras costarán diez mil vidas.

*Trompetas. Marcha. Salen EDUARDO y sus hombres
por una puerta y la REINA MARGARITA
y sus hombres por la otra.*

ESCENA III

*Alarma. Incursiones.
Entra el duque de WARWICK.*

WARWICK Cansado del esfuerzo, como un corredor tras la carrera,
me tiendo un rato para respirar;
los golpes recibidos, los muchos que he devuelto,
han despojado de entereza a mis músculos,
y, pese a quien pese, debo reposar un poco.

Entra EDUARDO, el duque de York, corriendo.

EDUARDO ¡Sonríe, amable cielo, o golpea, grosera muerte!
Pues se frunce el mundo, y el sol de Eduardo está nublado.

WARWICK Pero ¿qué pasa mi señor? ¿Tenemos esperanzas?

Entra JORGE corriendo.

JORGE Nuestra suerte es la pérdida, nuestra esperanza el desespero;
se han roto nuestras filas y la ruina nos persigue.
¿Qué aconsejas? ¿Adónde huiremos?

EDUARDO Es inútil huir: nos cierran con alas,
somos débiles y no podemos eludir la caza.

Entra RICARDO, corriendo.

RICARDO Ah, Warwick, ¿por qué te has retirado?

La sangre de tu hermano embebió la árida tierra,
atravesada por la punta del acero de Clifford.
Y en medio del dolor de la muerte gritó,
como en lúgubre clamor que de lejos se oyera,
«Warwick, véngame; venga mi muerte, hermano».
Y así, bajo el vientre de sus potros,
que le manchaban los muslos de sangre humeante,
entregó su espectro el noble caballero.

WARWICK ¡Que nuestra sangre embriague pues la tierra!

Mataré a mi caballo, pues no quiero huir.
¿Por qué estamos aquí, como débiles mujeres,
llorando las pérdidas mientras el enemigo enfurece
y contemplando, como si la tragedia
fuera una farsa actuada por unos impostores?
(*Arrodillándose.*) Aquí, de rodillas, voto a Dios
que ya no descansaré, no volveré a estarme quieto
hasta que la muerte me cierre los ojos
y la fortuna me dé la venganza adecuada.

EDUARDO (*Arrodillándose.*) Ah, Warwick, me arrodillo contigo,

y con este voto se encadenan nuestras almas.
Y, antes de alzar la rodilla del frío rostro de la tierra,
alzo las manos, los ojos, el corazón a Ti,
a Ti que entronizas y derribas monarcas,
y Te, ruego, si es Tu voluntad
que este cuerpo sea presa de mis enemigos,
mas se abran las puertas de bronce de Tu cielo
y brinden dulce entrada a mi alma pecadora.

Se levantan.

Ahora, señores, vayan, hasta que nos reencontremos,
dondequiera sea, en el cielo o en la tierra.

RICARDO Hermano, dame tu diestra; y, gentil Warwick,
deja que mis cansados brazos te reciban.
A mí, que nunca lloré, me disuelve ahora el dolor
de que el invierno trunque así nuestra primavera.

WARWICK ¡Vayan, vayan! Una vez más, adiós, dulces señores.

JORGE Marchemos todos ya con nuestras tropas,
y demos venia para huir a quien no quiera estar;
a los que permanezcan, llamémoslos pilares
y, si nos va bien, prometamos las mismas recompensas
que en los juegos olímpicos llevan los vencedores.
Puede que esto les anime los lánguidos pechos
ya que aún hay esperanza de victoria y de vida.
No tardemos más: salgamos de inmediato.

Salen.

ESCENA IV

Alarmas. Incursiones.

Entra RICARDO por una puerta y lord CLIFFORD por la otra.

RICARDO Bien, Clifford, te enfrento a ti solo.

Supón que este brazo es por el duque de York,
y este por Rutland, los dos por la venganza
aunque una muralla de bronce te proteja.

CLIFFORD Bien, Ricardo, estoy solo contigo.

Esta es la mano que apuñaló a tu padre York,
y esta la que mató a tu hermano Rutland;
y aquí está el corazón que triunfa con su muerte
y celebra las manos que mataron a tu señor y tu hermano
para ejecutar lo mismo.
Así, pues ¡en guardia!

Combaten. El conde de WARWICK llega y rescata a RICARDO. Lord CLIFFORD huye.

RICARDO No, Warwick, búscate otra pieza,
pues a este lobo lo cazaré hasta la muerte.

Salen.

ESCENA V

Alarma. Entra el REY ENRIQUE.

REY ENRIQUE Esta batalla parece la guerra matutina,

cuando las nubes moribundas luchan con la nueva luz,
la hora en que el pastor, soplándose las uñas,
no sabe si es día o noche completa.

Ora se mueve hacia un lado como un mar poderoso
forzado por la marea a combatir con el viento,
ora hacia el otro, como el mismo mar
que la furia del viento obliga a retirarse.

A veces gana la corriente, y luego el viento;
gana uno, luego el otro lo supera;
ambos pugnan por vencer, pecho contra pecho,
pero no ganan ni son derrotados.

Tal es el equilibrio de esta guerra vil.

Me sentaré aquí, en este otero.

Que la victoria sea para quien quiera Dios.

Margarita, mi reina, y también Clifford
me echaron del combate, ambos jurando
que les va mejor cuando yo no estoy.

Ojalá estuviera muerto, si Dios lo dispusiese,
pues, ¿qué es este mundo sino dolor y pena?

¡Oh, Dios! Creo que me haría feliz
llevar la vida de un simple campesino.

Sentarme en un otero como ahora;
esculpir cuadrantes a la antigua, punto a punto,
para ver cómo corren los minutos:
cuántos faltan para completar la hora,
cuántas horas dan la vuelta al día,
cuántos días para terminar el año,
cuántos años vive un hombre mortal.

Esto sabido, a dividir los tiempos:
tantas horas para cuidar mi rebaño,
tantas horas para descansar,
tantas horas para contemplar,
tantas horas para divertirme,
tantos días mis ovejas han estado con sus hijos,
tantas semanas antes de que den a luz las pobres,
tantos años antes de esquilarlas.

Así minutos, horas, días, semanas, meses, años,
yendo hacia el fin con que fueron creados,
llevarían las canas a una tumba tranquila.

¡Ah, qué vida sería esa! ¡Qué hermosa y sosegada!

¿No da el joven espino una sombra más dulce

a los pastores que cuidan a sus simples ovejas
que la que da una colgadura de rico bordado
a los reyes que temen la traición?

Claro que sí: mil veces más.

Y para terminar: la crema casera del pastor,
el trago fino y frío que bebe de su cuero,
el sueño cotidiano bajo una fresca sombra,
todo lo cual disfruta segura y dulcemente,
están muy por encima de las finezas de un monarca,
las viandas que relumbran en fuente de oro,
y el cuerpo que se acuesta en un lecho extraño,
cuando el cuidado, la desconfianza y la traición lo acechan.

*Alarma. Entra por una puerta un SOLDADO con un muerto en brazos. El REY ENRIQUE
permanece aparte.*

SOLDADO Mal sopla el viento que a nadie aprovecha.

Este hombre, a quien maté en combate mano a mano,
puede ser el dueño de un montón de coronas;
y yo, que felizmente se las quito ahora,
puedo, antes que anochezca, cederlas con mi vida
a algún otro, como este muerto a mí.

Le quita el yelmo al muerto.

¿Quién es? ¡Oh, Dios! Es el rostro de mi padre,
a quien sin darme cuenta maté en esta contienda.
¡Ah, duros tiempos que producen tales hechos!
Fui urgido desde Londres por el rey;
mi padre, hombre del conde de Warwick,
se unió al bando de York, presionado por aquel;
y yo, que de sus manos recibí la vida,
lo privé de la suya con mis manos.
Perdóname, Señor, no supe lo que hacía;
y perdón, padre, pues no te conocí.
Lavaré con lágrimas estas marcas sangrientas;
no más palabras hasta que su flujo agoten.

Llora.

REY ENRIQUE ¡Lamentable espectáculo! ¡Ay, tiempos de sangre!

Mientras los leones luchan y pelean por sus cuevas
los pobres corderos indefensos sufren su hostilidad.
Llora, desgraciado; te ayudaré lágrima a lágrima;

y que nuestros corazones y ojos, como en guerra civil,
ciegos de lágrimas, bajo el peso del dolor se quiebren.

*Entra por otra puerta otro SOLDADO
con un muerto en los brazos.*

SEGUNDO SOLDADO Tú que tan firmemente te me resististe
dame tu oro, si es que tienes,
ya que lo he comprado con cien golpes.

Le quita el yelmo al muerto.

Pero veamos: ¿es este el rostro de nuestro enemigo?
Oh, no, no, no: ¡es mi único hijo!
¡Ah, hijo, si te queda algo de vida
alza la mirada! (*Llorando.*) ¡Mira, mira las lluvias
que agita la ventosa tempestad de mi pecho
sobre tus heridas, y mata mis ojos y mi corazón!
¡Ten piedad, Dios, de esta era miserable!
¡Qué estratagemas, malas, asesinas,
erróneas, sediciosas, antinaturales
engendra diariamente esta querrela fatal!
¡Ah, hijo mío, tu padre te dio la vida demasiado pronto
y te privó de ella demasiado tarde!

REY ENRIQUE ¡Pena sobre pena! ¡Dolor más grande que el común!
¡Ah, si mi muerte parara estos hechos lamentables!
¡Piedad, piedad, amable cielo, piedad!
En su faz están la rosa roja y la blanca,
los colores fatales de nuestras casas en disputa;
una es bien parecida a la sangre púrpura;
la otra, creo, tiene las mejillas pálidas.
Marchita una rosa, y deja que la otra florezca:
si luchas, mil vidas se marchitarán.

PRIMER SOLDADO ¡Mi madre, por la muerte de mi padre,
no podrá perdonarme nunca!

SEGUNDO SOLDADO ¡Mi esposa, por la muerte de mi hijo,
no podrá perdonarme nunca!

REY ENRIQUE ¡El país, por estos hechos dolorosos,
no podrá perdonar nunca al rey!

PRIMER SOLDADO

¿Hubo hijo que lamentara así la muerte de su padre?

SEGUNDO SOLDADO ¿Hubo padre que llorara así a su hijo?

REY ENRIQUE ¿Hubo rey que sufriera tanto por la pena del pueblo?
Grande es su pena; la mía, diez veces mayor.

PRIMER SOLDADO (*Al cadáver de su padre.*)
Te llevaré a donde pueda llorar hasta agotarme.

Sale por una puerta con el cadáver del padre.

SEGUNDO SOLDADO (*Al cadáver de su hijo.*)
Estos brazos serán tu sudario;
mi corazón, dulce hijo, será tu sepulcro,
pues tu imagen nunca dejará mi corazón.
Mi jadeante pecho será campana funeraria,
y tu padre será tan obsequioso,
aun habiéndote perdido, sin tener más hijos,
como Príamo con todos sus valientes.
Te llevaré de aquí, y que ellos peleen cuanto quieran;
pues no debía matar y he asesinado.

Sale por otra puerta con el cuerpo de su hijo.

REY ENRIQUE Hombres tristes, desbordados de dolor,
he aquí un rey más dolorido que ustedes.

*Alarma. Incursiones.
Entra el PRÍNCIPE EDUARDO.*

PRÍNCIPE EDUARDO
¡Huye, padre, huye, que todos tus amigos han huido,
y Warwick ataca como un toro furioso!
Vete; ¡nos persigue la muerte!

Entra la REINA MARGARITA.

REINA MARGARITA Cabalga, mi señor, a toda prisa hacia Berwick.
Eduardo y Ricardo, como una jauría
que tiene en la mira a la liebre huidiza,
con ojos feroces que relucen de ira regia,
y sujetando el acero sangriento en sus airadas manos,
están ya sobre nosotros: huyamos, entonces.

Entra EXETER.

EXETER ¡Huyan, que con ellos llega la venganza!
No: no se queden discutiendo; ¡dense prisa!

Si no, síganme: yo marcharé primero.

REY ENRIQUE Llévame contigo, dulce Exeter.

No es que tema quedarme, pero me encanta
ir donde la reina quiere. ¡Vayamos!

Salen.

ESCENA VI

*Fuerte alboroto. Entra lord CLIFFORD, herido
con una flecha en el cuello.*

CLIFFORD Aquí se apaga mi candil; sí, aquí muere
el que mientras duró dio luz al rey Enrique.
¡Oh, Lancaster, temo tu caída
más que la separación entre mi alma y mi cuerpo!
Muchos amigos se pegaron a ti por mi amor y por miedo;
ahora que caigo, tu tosca armazón se desmorona,
dañando a Enrique, fortaleciendo al York de falsas pretensiones.
La gente pulula como moscas en verano;
¿y a dónde vuelan los insectos sino al sol?
¿y quién brilla ahora, sino los enemigos de Enrique?
¡Ah, Febo, si no hubieras consentido
en que Faetón atendiera tus fieros corceles
tu carro ardiente nunca habría quemado el suelo!
Y, Enrique, si hubieras gobernado como deben los reyes,
o como lo hicieron tu padre y el suyo,
sin ceder un palmo a la casa de York,
nunca habrían medrado como moscas en verano;
yo y diez mil más no habríamos dejado
en este infausto reino viudas plañideras,
y tú habrías conservado hasta hoy tu trono en paz.
Pues, ¿qué ama la maleza más que el aire suave?
¿Y qué da más coraje a los ladrones
que la excesiva mansedumbre?
Inútiles las quejas, incurables mis heridas;
no hay por dónde huir, ni fuerzas para emprender la huida;
el enemigo es implacable y no tendrá piedad,
pues de sus manos ninguna he merecido.
Por mis heridas mortales penetra el aire
y me debilita la gran pérdida de sangre.

Vengan, York y Ricardo, Warwick y los otros:
yo apuñalé a sus padres; pártanme el pecho en dos.

Se desmaya. Alarma y retirada. Entran EDUARDO, duque de York, sus hermanos JORGE y RICARDO, el conde de WARWICK, el marqués de Montague y soldados.

EDUARDO Ya respiramos, señores, y la fortuna nos deja descansar,
y alisa el ceño de la guerra con miradas apacibles.
Algunas tropas persiguen a la reina sanguinaria,
que condujo al calmo Enrique, siendo el rey,
tal como una vela hinchada por ráfagas violentas
envía un galeón a hacer frente a las olas.
¿Pero piensan, señores, que Clifford escapó con ellos?

WARWICK No; es imposible que pudiera huir;
pues, aunque hable en su presencia,
tu hermano Ricardo lo marcó para morir.
Y, dondequiera esté, sin duda está muerto.

CLIFFORD *gime.*

EDUARDO ¿Qué alma es esa que se despide gravemente?

RICARDO Un gemido mortal, como si vida y muerte se apartaran.

EDUARDO (A RICARDO.) Ve quién es.

RICARDO *va hacia CLIFFORD.*

Ahora que la batalla ha terminado, sea amigo
o enemigo, trátenlo con benevolencia.

RICARDO Revoca ese piadoso juicio, porque es Clifford;
quien, no contento con cortar la rama
y cercenar a Rutland cuando la hoja asomaba,
puso su fatal daga en la raíz
de donde el tierno brote surgía con dulzura.
Hablo del duque de York, nuestro padre principesco.

WARWICK Bajen la cabeza de York de las puertas.
La cabeza de su padre, que Clifford puso allí.
Que esta ocupe su lugar;
debe contestarse medida por medida.

EDUARDO Lleven a nuestra corte esta fatal lechuza,
que solo cantó a muerte para nosotros y los nuestros.

CLIFFORD *es arrastrado.*

Ahora cesará el lúgubre son de amenaza de la muerte;
su lengua agorera dejará de hablar.

WARWICK Creo que ha perdido la razón.

Habla, Clifford: ¿sabes quién soy?
Negras nubes de muerte apagan sus rayos vitales
y no ve ni oye lo que decimos.

RICARDO Oh, ojalá fuera así; tal vez esté oyendo.

Su conducta consiste en fingir,
para evitar amargas invectivas
como las que lanzó a nuestro padre moribundo.

JORGE Si eso crees, véjalo con palabras fervientes.

RICARDO Pide merced, Clifford, y no obtendrás gracia.

EDUARDO Arrepiéntete, Clifford, con vana penitencia.

WARWICK Clifford, inventa excusas para tus pecados.

JORGE Mientras nosotros inventamos tormentos.

RICARDO Tú amaste a York, y yo soy hijo de York.

EDUARDO Te apiadaste de Rutland; yo me apiadaré de ti.

JORGE ¿Dónde está la capitana Margarita para defenderte?

WARWICK Se burlan, Clifford; maldice, como acostumbras.

RICARDO Qué: ¿ni un juramento? Mal anda el mundo, pues,

si Clifford no maldice para sus amigos.
Por eso sé que está muerto, y por mi alma que,
si esta mano comprara dos horas de vida
para poder despreciarlo con malicia,
esta otra mano lo mataría, y con la sangre que brotara
ahogaría al villano cuya sangre insaciable
no pudieron aplacar York ni el joven Rutland.

WARWICK Sí, pero está muerto. Córtale al traidor la cabeza,
y ponla en lugar de la de tu padre.

Y ahora, a Londres en marcha triunfal,
para que te coronemos rey de Inglaterra:
desde allá irá Warwick a Francia por mar,
a pedirle a lady Bona que sea tu reina.

Así estas tierras quedarán entrelazadas
y, con Francia como aliada, no podrás temer
al disperso enemigo que espera rehacerse:
si bien ya no pueden lastimar gran cosa,
preparate a que zumben y te ofendan los oídos.
Primero voy a verte coronado,
y luego cruzaré a Bretaña por mar
a concretar esta boda, si así place a mi señor.

EDUARDO Que sea como tú quieras, dulce Warwick.

Mi trono se asienta en tus hombros,
y nunca emprenderé tarea alguna
sin tu consejo y tu permiso.
Ricardo, a ti te haré duque de Gloucester,
y a Jorge, de Clarence; Warwick, como nosotros,
hará y deshará como mejor le plazca.

RICARDO Déjame ser duque de Clarence, Jorge de Gloucester,
que ese ducado es ominoso.

WARWICK ¡Vaya! ¡Qué observación más necia!

Sé duque de Gloucester, Ricardo. Ahora, a Londres,
a tomar posesión de los honores.

Salen.

La cabeza de YORK es retirada.

TERCER ACTO

ESCENA I

*Entran dos AYUDANTES DE CAZA
con ballestas.*

PRIMER AYUDANTE DE CAZA Escondámonos en la tupida maleza
que pronto pasarán por el claro los gamos
y apostados en este refugio
podremos derribar al gamo principal.

SEGUNDO AYUDANTE DE CAZA

Me quedaré en la colina, así tiramos los dos.

PRIMER AYUDANTE DE CAZA Eso no: el ruido de tu ballesta
espantará a la manada, y perderé mi tiro.
Nos quedaremos aquí, para darle al mejor.
Y, para que el tiempo no se haga tedioso,
te contaré lo que me pasó un día en este sitio.

SEGUNDO AYUDANTE DE CAZA

Viene alguien: esperemos a que pase.

*Permanecen apartados.
Aparece el REY ENRIQUE, disfrazado,
con un libro de plegarias.*

REY ENRIQUE Por puro amor me sacan de Escocia,
a saludar mi tierra con lánguida mirada.
No, Enrique, Enrique, esta no es tu tierra.
Tu sitio está ocupado, te arrancaron el cetro
y limpiaron el óleo con que fuiste ungido.
Ninguna rodilla te llamará César al doblarse,
ni humilde peticionario te hablará de sus derechos,
ningún hombre buscará alivio en ti,
pues, ¿cómo voy a ayudarlo si no me ayudo yo?

PRIMER AYUDANTE DE CAZA (*Al SEGUNDO.*)

¡Vaya! He aquí un gamo cuya piel vale el sueldo de un guardia.
Este es el que era rey: atrapémoslo.

REY ENRIQUE Déjame abrazarte, dulce adversidad,
pues dicen los doctos que es la vía más sabia.

SEGUNDO AYUDANTE DE CAZA (*Al PRIMERO.*)

¿Por qué nos demoramos? Atrapémoslo.

PRIMER AYUDANTE DE CAZA (*Al SEGUNDO.*)

Espera un poco: oigamos más.

REY ENRIQUE Mi reina y mi hijo fueron a Francia por ayuda,
y, por lo que sé, el gran jefe Warwick
ha ido allí a pedir a la hermana del rey
como esposa de Eduardo. Si estas nuevas son ciertas,
¡pobres reina e hijo! El esfuerzo ha sido vano,
pues Warwick es orador sutil
y Luis fácil de ganar con palabras tocantes.
Pero si es así, Margarita podría convencerlo
ya que es una mujer que despierta piedad.
Sus suspiros abrirían una herida en cualquier pecho;
sus lágrimas atravesarían un corazón de mármol,
un tigre se enternecería con sus gemidos,
y a Nerón lo atacaría el remordimiento
de oír y ver sus quejas, sus lágrimas de sal.
Sí; pero ella va a rogar y Warwick a dar.
Ella del lado izquierdo, pidiendo ayuda para Enrique;
él del derecho, pidiendo esposa para Eduardo.
Ella llora y dice que han despojado a Enrique,
él sonríe y dice que instalaron a su Eduardo;
ella, pobre desdichada, ya no puede hablar de pena,
mientras Warwick, con su título, atenúa la injusticia,
aduce razones de fuerza poderosa,
y, en conclusión, la derrota frente al rey
y logra que le prometa a su hermana y lo que sea
para fortalecer la posición del rey Eduardo.
Oh, Margarita, así será: y tú, pobre alma,
estarás abandonada y solitaria.

SEGUNDO AYUDANTE DE CAZA (*Avanzando.*)

¿Pero qué eres tú, que hablas de reyes y de reinas?

REY ENRIQUE Más que lo que parezco, y menos que al nacer.

Un hombre, en todo caso, pues no podría ser menos.

Los hombres hablan de reyes; ¿por qué yo no?

SEGUNDO AYUDANTE DE CAZA

Sí, pero tú hablas como si fueras uno de ellos.

REY ENRIQUE Bueno, lo soy en mi mente, y eso basta.

SEGUNDO AYUDANTE DE CAZA

Pero si eres rey, ¿dónde llevas la corona?

REY ENRIQUE En el corazón, no en la cabeza;
no adornada de diamantes y de piedras de la India,
ni visible. Mi corona se llama contento...
Los reyes rara vez la disfrutan.

SEGUNDO AYUDANTE DE CAZA

Bien: si eres un rey coronado con contento,
contentos deben estar tu corona y tú
de venir con nosotros; pues, por lo que creemos,
eres el rey a quien depuso el rey Eduardo,
y como súbditos que juramos lealtad,
te prenderemos como enemigo suyo.

REY ENRIQUE ¿Ustedes nunca juraron y rompieron sus votos?

SEGUNDO AYUDANTE DE CAZA

No: no un voto como ese, ni lo haremos ahora.

REY ENRIQUE ¿Dónde vivían cuando yo reinaba?

SEGUNDO AYUDANTE DE CAZA En estas tierras, como ahora.

REY ENRIQUE Me ungieron rey a los nueve meses,
mi padre y mi abuelo fueron reyes,
y ustedes juraron ser súbditos fieles;
díganme, entonces, ¿no rompieron los votos?

PRIMER AYUDANTE DE CAZA No, porque fuimos súbditos mientras
fuiste rey.

REY ENRIQUE

¿Y qué? ¿Estoy muerto? ¿No respiro como un hombre?
Ah, hombres simples, no saben lo que juran.
Vean cómo soplo de mi cara esta pluma,
y cómo el aire me la envía de nuevo,
obedeciéndome a mí cuando soplo,
y cediendo a otro cuando sopla a su vez,
siempre a la orden de la brisa más fuerte;
tal es su ligereza, hombres comunes.
Mas no rompan sus votos, que de ese pecado
no los hará culpables mi suave pedido.

Vayamos donde quieran, el rey será ordenado;
sean reyes ustedes, y yo obedeceré.

PRIMER AYUDANTE DE CAZA

Somos fieles súbditos del rey, el rey Eduardo.

REY ENRIQUE Y así volverían a serlo de Enrique
si estuviera sentado donde Eduardo está ahora.

PRIMER AYUDANTE DE CAZA

Te conminamos, en nombre de Dios y en el del rey,
a que vengas con nosotros ante los oficiales.

REY ENRIQUE

Llévenme por Dios; que sea obedecido el nombre de su rey;
que lo que quiera Dios su rey lo lleve a cabo;
y yo cederé con humildad a lo que quiera él.

Salen.

ESCENA II

*Entran el REY EDUARDO, RICARDO,
duque de Gloucester, JORGE, duque de Clarence
y LADY GRAY.*

REY EDUARDO

Hermano de Gloucester; en Saint Albans, en el campo,
fue asesinado el marido de esta dama, sir Ricardo Gray,
y el vencedor se apoderó de sus tierras.
Lo que él pide es volver a poseerlas,
lo cual en justicia no podemos negar,
pues el digno caballero perdió la vida
en la disputa de la casa de York.

RICARDO

Su alteza hace bien en concederle el derecho;
negárselo sería un deshonor.

REY EDUARDO No sería menos que eso; pero haré una pausa.

RICARDO (*Aparte, a JORGE.*)

¿Ah, sí? Veo que la dama debe conceder algo
antes de que el rey conceda su humilde petición.

JORGE DE CLARENCE (*Aparte, a RICARDO.*)

Conoce el juego: ¡cómo sigue la dirección del viento!

RICARDO (*Aparte, a JORGE.*) Silencio.

REY EDUARDO (*A LADY GRAY.*)

Viuda, consideraremos tu solicitud;
ven en otra ocasión para saber qué opinamos.

LADY GRAY Muy gracioso señor: no puedo perder tiempo.

Si place a su alteza, resuélvalo ahora;
lo que le agrade me dará satisfacción.

RICARDO (*Aparte, a JORGE.*)

¿Sí, viuda? Entonces garantizaré todas tus tierras
si te da placer lo que a él le agrade,
lucha mejor, o, a mi fe, te llevarás un golpe.

JORGE (*Aparte, a RICARDO.*)

No temo por ella, a menos que se caiga.

RICARDO (*Aparte, a JORGE.*)

¡Dios no lo permita! Él se aprovechará.

REY EDUARDO (*A LADY GRAY.*)

¿Cuántos hijos tienes, viuda? Cuéntame.

JORGE (*Aparte, a RICARDO.*)

Creo que le quiere pedir un hijo.

RICARDO (*Aparte, a JORGE.*)

¡No: azótame pues! Verás que le da dos.

LADY GRAY (*Al REY EDUARDO.*) Tres, mi muy gracioso señor.

RICARDO DE GLOUCESTER (*Aparte.*)

Tendrás cuatro, y él te controlará.

REY EDUARDO (*A LADY GRAY.*)

Sería una lástima que perdieran las tierras de su padre.

LADY GRAY Ten piedad, temido señor, y concédelas.

REY EDUARDO (*A RICARDO y JORGE.*)

Con su licencia, señores; probaré el ingenio de esta viuda.

RICARDO (*Aparte, a JORGE.*)

Sí, buena licencia, pues la tendrás
hasta que la juventud se la tome y quedes en muletas.

RICARDO y JORGE *se apartan.*

REY EDUARDO (A LADY GRAY.)

Bien, señora, dime... ¿amas a tus hijos?

LADY GRAY Sí, tan intensamente como me amo a mí.

REY EDUARDO ¿Y no harías mucho por su bien?

LADY GRAY Por su bien, soportaría algún mal.

REY EDUARDO

Entonces, por su bien, toma las tierras de tu esposo.

LADY GRAY Para eso vine hasta su majestad.

REY EDUARDO Te diré cómo tener esas tierras.

LADY GRAY Así me encadenarás al servicio de su alteza.

REY EDUARDO ¿Qué servicio me darás si las doy?

LADY GRAY Lo que ordenes: hacerlo es cuestión mía.

REY EDUARDO Pero pones condiciones a mi oferta.

LADY GRAY No, gracioso señor, a menos que no pueda hacerlo.

REY EDUARDO Pero puedes hacer lo que quiero pedir.

LADY GRAY Bien: entonces haré lo que su gracia ordene.

RICARDO (A JORGE.)

Sigue insistiendo, que el mármol con la lluvia se desgasta.

JORGE ¡Está roja como el fuego! La cera tendrá que derretirse.

LADY GRAY (Al REY EDUARDO.)

¿Por qué se calla mi señor? ¿No oiré lo que he de hacer?

REY EDUARDO Es tarea fácil: no es más que amar a un rey.

LADY GRAY Eso se hace pronto, ya que soy súbdita.

REY EDUARDO ¡Bueno! Entonces te cedo las tierras de tu esposo.

LADY GRAY (Con reverencias.)

Con mil agradecimientos me despido.

RICARDO (A JORGE.)

El acuerdo está hecho: lo sella con una reverencia.

REY EDUARDO (A LADY GRAY.)

Pero espera: quiero decir los frutos del amor.

LADY GRAY Los frutos del amor quiero decir, amado soberano.

REY EDUARDO Sí, pero en otro sentido...

¿Qué amor piensas que deseo obtener?

LADY GRAY Mi amor hasta la muerte, mi humildad, mis plegarias;
el que implora la virtud y la virtud concede.

REY EDUARDO No; por mi fe que no hablaba de ese amor.

LADY GRAY Pues, entonces no dices lo que creí que decías.

REY EDUARDO Pero ahora percibes mi pensamiento, en parte.

LADY GRAY Mi pensamiento nunca concederá lo que percibo
que su alteza pretende, si estoy en lo justo.

REY EDUARDO Para decirlo simplemente, quiero dormir contigo.

LADY GRAY

Para decirlo simplemente, antes dormiría en una cárcel.

REY EDUARDO Bien; entonces no tendrás las tierras de tu esposo.

LADY GRAY Bien, entonces, mi honestidad será mi dote,
pues no la compraré con esa pérdida.

REY EDUARDO Dañas seriamente a tus hijos.

LADY GRAY Su alteza daña a mis hijos y a mí.

Pero, señor poderoso, esta alegre inclinación
no se condice con mi triste reclamo.

Ruego que me despidas con un sí o con un no.

REY EDUARDO Sí, si dices «sí» a mi pedido;
no, si dices «no» a mi demanda.

LADY GRAY Entonces no, milord: mi reclamo ha terminado.

RICARDO (A JORGE.)

No le gustó a la viuda; frunce el ceño.

JORGE Es el galán más torpe de la cristiandad.

REY EDUARDO (*Aparte.*) Su aspecto prueba que rebosa de pudor;
sus palabras hacen su pensamiento incuestionable,
todas sus perfecciones piden soberanía.

De una manera u otra, es mujer para un rey,
y será, ya mi amor, ya mi reina.

(A LADY GRAY.) Digamos que el rey te toma por reina...

LADY GRAY Es más fácil decirlo que hacerlo, gracioso señor.

Soy una súbdita, apropiada para divertirse,
pero muy inapropiada para soberana.

REY EDUARDO Dulce viuda, te juro por mi rango
que no digo más que lo que mi alma quiere,
que es disfrutar de ti como amor mío.

LADY GRAY Y eso es más que lo que puedo dar yo.
Sé que soy muy poco para ser tu reina
pero mucho para ser tu concubina.

REY EDUARDO Piensa en ello, viuda; quiero decir reina mía.

LADY GRAY Se afligiría su gracia si mis hijos lo llamaran padre.

REY EDUARDO No más que si mis hijos te llamaran madre.

Eres viuda y tienes hijos;
y yo, por la madre de Dios, siendo soltero,
tengo otros. Vaya, es buena cosa
tener muchos hijos.
Ya no respondas, pues serás mi reina.

RICARDO (A JORGE.)

El padre espiritual ya dio su absolución.

JORGE Fue para mejorar que se hizo confesor.

REY EDUARDO (A RICARDO y a JORGE.)

Hermanos, piensen en la conversación que hemos tenido.

RICARDO y JORGE *se adelantan.*

RICARDO A la viuda no le gusta; tiene un aire muy triste.

REY EDUARDO ¿Les parecería extraño que la casara?

JORGE ¿Con quién, mi señor?

REY EDUARDO Vaya, Clarence, conmigo.

RICARDO Sería al menos un portento de seis días.

JORGE Un día más de lo que dura un portento.

RICARDO Tan exagerado como portento es este.

REY EDUARDO Bromeen, hermanos: puedo decirles
que le he concedido las tierras de su esposo.

Entra un NOBLE.

NOBLE Mi gracioso señor, tu enemigo Enrique fue apresado y conducido a la puerta del palacio.

REY EDUARDO Asegúrate de que lo lleven a la Torre.

(A RICARDO y JORGE.) Vamos, hermanos, con quien lo capturó para saber acerca de su arresto.

(A LADY GRAY.) Viuda, ven con nosotros.

(A RICARDO y JORGE.) Trátenla con honor, señores.

Salen todos salvo RICARDO.

RICARDO

Sí; Eduardo trata con honor a las mujeres.
¡Ojalá estuviera agotado, médula, huesos y todo para que no brotara de él una rama promisoría que me apartara del tiempo dorado que deseo! Enterrado el título del promiscuo Eduardo quedan Clarence, Enrique y el joven Eduardo, y todos los imprevistos frutos de sus cuerpos para ocupar, antes que yo, sus sitios.
Fría premeditación para mis fines.
¡Vaya! No hago más que soñar con la soberanía, como quien, subido a un promontorio, espía una costa lejana que querría pisar y desea que el pie se igualara al ojo, e insulta al mar que de allí lo separa diciendo que para pasar lo vaciaría; así anhelo la corona, tan lejana, e insulto así a lo que se interpone, y digo así que borraré las causas, y me halago con cosas imposibles.
Mi ojo es muy impaciente, mi corazón muy presuntuoso, a menos que mi mano y fuerza pudiera igualarlos.
Bien: digamos que no hay reino para Ricardo: ¿qué otro placer puede aportar el mundo?
Haré mi cielo en la falda de una dama, me adornaré el cuerpo con atavíos alegres, y embrujaré dulces damas con palabras y halagos.
¡Ah, pensamiento desgraciado! Y más improbable que veinte coronas de oro.

¡Vaya! El amor me abandonó desde el seno de mi madre,
y, para desvincularme de sus suaves modos,
corrompió a la frágil naturaleza con regalos
para acortar mi brazo cual arbusto marchito,
alzar una envidiosa montaña en mi espalda
(desde donde la deformidad se burla de mi cuerpo),
dar a mis piernas un desigual tamaño,
y hacerme desproporcionado en todos lados,
como un caos, o un osezno sin cariño
que no lleva un solo rasgo de su madre.
¿Soy entonces hombre para ser amado?
¡Monstruosa falta sería albergar tal pensamiento!
Así, pues, como esta tierra no me da más alegría
que ordenar, censurar y dominar a quienes tienen
una apariencia mejor que la mía,
mi cielo será soñar con la corona, y mientras viva
ver este mundo como un infierno,
hasta que el tronco deforme que lleva esta cabeza
quede ceñido con gloriosa corona.
Pero no sé cómo obtenerla:
muchas vidas median hasta el punto deseado.
Y yo (como uno que se pierde en un bosque espinoso,
rasga las espinas, y las espinas lo rasgan,
busca un camino y de él se aparta
y no sabe cómo salir al aire libre
pero lucha y se desespera por hacerlo)
me atormento por la corona inglesa.
Y de ese tormento voy a liberarme
o abrirme paso con un hacha sangrienta.
¡Vaya! Puedo sonreír, y asesinar mientras sonrío,
gritar «¡alegría!» a lo que mi corazón aflige,
mojar con llanto falso mis mejillas,
y arreglar mi rostro para toda ocasión.
Más marineros ahogaré que la sirena;
más mirones mataré que el basilisco,
tan bueno como Néstor seré como orador,
más astuto en el engaño que Ulises,
y, como Sinón, conquistaré otra Troya.
Puedo ganarle al camaleón en colores;
en cambiar de formas, superar a Proteo
y mandar al colegio al sanguinario Maquiavelo.

¿Puedo hacer eso, y no tener la corona?
¡Bah! Aunque estuviera más lejos, la podría atrapar.

Sale.

ESCENA III

Dos tronos. Trompetas. Entran el REY LUIS de Francia, su hermana LADY BONA, su almirante lord Bourbon, el PRÍNCIPE EDUARDO, la REINA MARGARITA y el conde de OXFORD. El REY LUIS llega hasta el trono, se sienta y vuelve a levantarse.

REY LUIS Bella reina de Inglaterra, noble Margarita,
siéntate con nosotros. Mal cabe a tu dignidad
y nacimiento que estés de pie si Luis se sienta.

REINA MARGARITA No, poderoso rey de Francia, Margarita
debe ahora plegar velas y aprender a servir
donde mandan los reyes. Fui, debo admitirlo,
reina de la gran Albión en dorados días pasados,
pero la desgracia pisoteó mis títulos
y me dejó en tierra con deshonra.
Allí debo acomodarme a mi fortuna
y conformarme con mi humilde estado.

REY LUIS Pero di, bella reina: de dónde brota tu profunda tristeza.

REINA MARGARITA De una causa que me llena los ojos de lágrimas
y me inmoviliza la lengua,
mientras el corazón se anega en cuidados.

REY LUIS Sea lo que sea, sigue siendo lo que eres
y siéntate a nuestro lado.

La sienta junto a él.

No inclines tu cuello
al yugo de la suerte; deja que tu mente indomable
cabalque triunfalmente sobre toda desdicha.
Reina Margarita, sé clara y cuenta tu pena.
Se aliviará si Francia puede darte apoyo.

REINA MARGARITA

Esas palabras reaniman mis mustios pensamientos.
Y dan a mi atorada pena el derecho de expresarse.
Ahora, por lo tanto, que sepa el noble Luis

que Enrique, único dueño de mi amor,
pasó de rey a hombre desterrado,
forzado a vivir solo en Escocia mientras el soberbio
y ambicioso Eduardo, duque de York,
usurpa el título real y el trono
del rey de Inglaterra legítimo y ungido.
Es esa la razón por la que yo, pobre Margarita,
con mi hijo Eduardo, heredero de Enrique,
he venido a pedir tu justa ayuda.
Y si tú nos fallas no habrá más esperanza.
Escocia querría ayudar, pero no puede;
nuestro pueblo y nuestros pares están confundidos,
el tesoro capturado, los soldados en fuga,
y nosotros, como ves, en grave situación.

REY LUIS Ilustre reina, calma la tormenta con paciencia
mientras pensamos en un modo de aplacarla.

REINA MARGARITA

Cuanto más nos demoremos, más crece el enemigo.

REY LUIS Cuanto más demore, más te ayudaré.

REINA MARGARITA

Ay, mas la impaciencia atiende a un pesar verdadero.

Entra el conde de WARWICK.

Y aquí ves venir al autor de mis desdichas.

REY LUIS ¿Quién llega hasta nosotros con tal osadía?

REINA MARGARITA

Nuestro conde de Warwick, el más íntimo de Eduardo.

REY LUIS ¡Bienvenido, bravo Warwick! ¿Qué te trae a Francia?

*Se inclina.
Ella se alza.*

REINA MARGARITA (*Aparte.*) Sí, empieza ahora una nueva tormenta,
pues él es quien mueve a la vez viento y marea.

WARWICK (*Al REY LUIS.*) De parte del digno Eduardo, rey de Albión,
mi señor y soberano y tu devoto amigo,
llego con bondad y amor no simulado,
primero a saludar a tu real persona,
luego a pedir un pacto de amistad,

y por último, a confirmar esa amistad
con un enlace nupcial, si prometes entregar
a tu bella hermana, la virtuosa lady Bona,
en legal matrimonio al rey de Inglaterra.

REINA MARGARITA (*Aparte.*)

Si esto prospera, no hay esperanza para Enrique.

WARWICK (*A LADY BONA.*)

Y, graciosa dama, en representación de nuestro rey,
tengo el encargo, con tu permiso y favor,
de besar con humildad tu mano, y expresar
con palabras la pasión que anima a mi señor,
en quien la fama, entrando hace poco a sus oídos atentos,
ha colocado la imagen de tu belleza y virtud.

REINA MARGARITA Rey Luis y lady Bona, escúchenme
antes de responder a Warwick. Su demanda
no surge del bienintencionado y honesto amor de Eduardo,
mas del engaño que induce la necesidad.
¿Cómo pueden los tiranos gobernar su casa en paz
si no compran una alianza fuerte fuera?
Para probar que es un tirano basta este argumento:
que Enrique vive aún, y aunque estuviera muerto
está aquí el príncipe Eduardo, hijo del rey Enrique.
Por tanto, Luis, que este matrimonio y este pacto
no te traigan peligro y deshonor;
los usurpadores pueden gobernar un tiempo,
pero el cielo es justo y el tiempo borra las ofensas.

WARWICK ¡Injuriosa Margarita!

PRÍNCIPE EDUARDO ¿Y por qué no «reina»?

WARWICK Porque tu padre, Enrique, fue un usurpador
y tú no eres más príncipe que ella reina.

OXFORD Entonces Warwick anula al gran Juan de Gante,
que sometió la mayor parte de España;
y, después de Juan de Gante, a Enrique IV,
cuya sabiduría fue espejo de los sabios;
y, después de ese sabio, a Enrique V,
quien, con su valentía, conquistó toda Francia.
De ellos desciende directamente nuestro Enrique.

WARWICK Oxford, ¿cómo en ese agradable discurso
no dijiste cómo perdió Enrique VI
todo lo que Enrique V había ganado?
Estos pares de Francia sonreirían con eso.
En cuanto al resto, recitas un linaje
de sesenta y dos años: un tiempo absurdo
para reclamar el valor de un reinado.

OXFORD ¡Vaya, Warwick! ¿Puedes hablar contra tu soberano,
a quien obedeciste por treinta y seis años,
y no delatar tu traición con un sonrojo?

WARWICK ¿Puede Oxford, que defendió siempre el derecho,
defender la falsedad con un linaje?
¡Qué vergüenza! ¡Olvida a Enrique, y llama rey a Eduardo!

OXFORD ¿Que llame rey a aquel cuyo injurioso juicio
condenó a la muerte a mi hermano mayor,
lord Aubrey Vere? ¿Y más aún: a mi padre
en el blando declive de sus años,
cuando la naturaleza lo ponía ante las puertas de la muerte?
No, Warwick, no: mientras la vida sostenga este brazo,
este brazo sostendrá a los de Lancaster.

WARWICK Y yo a los de York.

REY LUIS Reina Margarita, príncipe Eduardo y Oxford,
prometan, a mi ruego, mantenerse aparte,
mientras conferencio más con Warwick.

*La REINA MARGARITA se baja del estrado y, con el PRÍNCIPE EDUARDO y OXFORD, se
mantiene apartada.*

REINA MARGARITA

¡Quieran los cielos que esas palabras no lo embrujen!

REY LUIS Ahora, Warwick, por tu conciencia, dime:
¿es Eduardo tu verdadero rey? Pues sería detestable
aliarse con quien no fue elegido legalmente.

WARWICK Comprometo en ello mi crédito y honor.

REY LUIS ¿Es aceptable a los ojos del pueblo?

WARWICK Más que lo que fue el infeliz Enrique.

REY LUIS Entonces, dejando todo disimulo,
díganme en verdad la medida de su amor

a nuestra hermana Bona.

WARWICK Es un amor tal
como corresponde a un monarca como él.
Yo le he oído decir y jurar a menudo
que este su amor era una planta eterna
cuya raíz se fijaba en la virtud,
de hojas y frutos que conservaba el sol de la belleza,
y eximido de envidia, mas no de desdén,
a menos que la dama Bona lo libre del dolor.

REY LUIS (A LADY BONA.)
Bien, hermana, oigamos tu firme decisión.

LADY BONA Haré mía tu aceptación o tu rechazo.
(A WARWICK.) Sin embargo confieso que a menudo, antes,
al oír el recuento de los méritos del rey,
mi oído inclinó el juicio hacia el deseo.

REY LUIS (A WARWICK.)
Entonces, Warwick, nuestra hermana será de Eduardo.
Y de inmediato se escribirán artículos
relativos a la parte que dará tu rey,
con la cual se contrapesará la dote de mi hermana.
(A la REINA MARGARITA.) Acércate, y sé testigo de que Bona
será la esposa del rey de Inglaterra.

La REINA MARGARITA, el PRÍNCIPE EDUARDO y OXFORD se aproximan.

PRÍNCIPE EDUARDO De Eduardo, no del rey de Inglaterra.

REINA MARGARITA ¡Taimado Warwick: tu plan era
anular con esta alianza mi pedido!
Antes de que llegaras, Luis era amigo de Enrique.

REY LUIS Y aún lo es, y de Margarita.
Pero si es débil tu pretensión al trono,
como lo parece por el éxito de Eduardo,
esa es una razón que me libera
de la ayuda que prometí antes.
Sin embargo, tendrán de mi mano toda la bondad
que su estado requiera y el mío pueda dar.

WARWICK (A la REINA MARGARITA.)
Enrique vive ahora libremente en Escocia,
donde, al no tener nada, nada puede perder.

En cuanto a ti, antigua reina,
tienes un padre capaz de mantenerte,
y, más que a Francia, podrías molestarlo a él.

REINA MARGARITA ¡Silencio, insolente y sinvergüenza Warwick!
¡Petulante que pone y saca reyes!
No saldré de aquí hasta que, con palabras y llanto,
ambos sinceros, hagas ver al rey Luis
tu astuto cometido y el falso amor de tu señor.

Un CORREO hace sonar una trompeta dentro.

Pues ambos son aves del mismo plumaje.

REY LUIS Warwick, este es un correo para ti o para nosotros.

Entra el CORREO.

CORREO (A WARWICK.) Milord embajador, traigo para ti cartas
del marqués de Montague, tu hermano,
(Al REY LUIS.) estas, a su majestad, de nuestro rey:
(A la REINA MARGARITA.) y, señora, estas para ti, no sé de quién.

Todos leen las cartas.

OXFORD (Al PRÍNCIPE EDUARDO.)
Me encanta que nuestra bella reina y ama
sonría con sus nuevas, y Warwick se frunza con las suyas.

PRÍNCIPE EDUARDO
Mira cómo Luis golpea con el pie, como enojado.
Espero que sea todo para bien.

REY LUIS ¿Warwick, cuáles son tus nuevas?
¿Y las tuyas, bella reina?

REINA MARGARITA Llenan mi corazón de inesperadas alegrías.

WARWICK Las mías desbordan de pena y desazón.

REY LUIS ¿Qué? ¿Se ha casado tu rey con lady Gray?
¿Y ahora, para temperar su mentira y la tuya,
me envía un papel para instarme a la paciencia?
¿Es esta la alianza que busca con Francia?
¿Qué pretende con eso? ¿Despreciarnos?

REINA MARGARITA De eso hablé antes a su majestad;
prueba el amor de Eduardo y el honor de Warwick.

WARWICK Rey Luis, mantengo aquí ante el cielo
y en la espera de la dicha celestial,
que no entro en esta mala acción de Eduardo,
que ya no es más mi rey, pues me deshonra,
aunque más a él mismo, si pudiera avergonzarse.
¿Olvidé que por causa de los de York
mi padre tuvo una muerte prematura?
¿Dejé pasar el ultraje a mi sobrina?
¿Le ceñí yo la corona real?
¿Le arrebaté a Enrique sus derechos de cuna
y al final me galardonan con oprobio?
Oprobio para él, pues mi premio es el honor;
y para reparar mi honor, por él perdido,
renuncio ahora a él y vuelvo a Enrique.
(A la REINA MARGARITA.)

Mi noble reina, olvida las críticas pasadas;
de aquí en adelante seré tu fiel servidor.
Vengaré su ultraje a lady Bona
y restituiré a Enrique a su estado anterior.

REINA MARGARITA

Warwick, esas palabras truecan en amor mi odio.
Perdono, y casi olvido, viejas faltas
y me alegra tu amistad con Enrique.

WARWICK Una amistad tan verdadera,
que si el rey Luis promete darnos
algunas partidas de soldados selectos,
me cuidaré de tenerlos en nuestra costa
y derribar al tirano de su trono.
No será su nueva novia quien lo socorra.
Y en cuanto a Clarence, como informan mis cartas,
es muy probable que se aparte de él
por haberse casado más por lujuria que por honra
o por la fuerza y seguridad de nuestra patria.

LADY BONA (Al REY LUIS.)

Querido hermano, ¿cómo será vengada Bona,
sino por tu ayuda a esta afligida reina?

REINA MARGARITA (Al REY LUIS.)

Ilustre príncipe, ¿cómo vivirá el pobre Enrique
si no lo rescatas tú de la cruel desesperanza?

LADY BONA (*Al REY LUIS.*) Mi causa, y la de esta reina, son la misma.

WARWICK Y la mía, bella lady Bona, se une a la vuestra.

REY LUIS Y la mía a la de ella, a la tuya y a la de Margarita.

Por tanto, al fin, resuelvo con firmeza
que tendrán mi ayuda.

REINA MARGARITA Déjenme agradecer humildemente a todos.

REY LUIS (*Al CORREO.*)

Entonces, mensajero de Inglaterra, vuelve pronto
y dile al falso Eduardo, tu supuesto rey
que Luis de Francia le manda antifaces
para celebrar con él y con su nueva esposa.
Ves lo que ha pasado, asústalo con eso.

LADY BONA (*Al CORREO.*)

Dile que, esperando que enviude en breve,
me pondré por él la guirnalda de sauces.

REINA MARGARITA Dile que he apartado mis ropas de luto
y que estoy pronta para llevar armadura.

WARWICK Dile de mi parte que me ha ofendido
y por ello en breve lo destronaré.
(*Dándole dinero.*) He aquí tu recompensa; vete.

Sale el CORREO.

REY LUIS Warwick, tú y Oxford, con cinco mil hombres,
cruzarán el mar para desafiar al falso Eduardo,
y, si se presta, esta noble reina
y el príncipe irán detrás con refuerzos.
Pero, antes de que partas, líbrame de una duda:
¿qué garantías tenemos de tu lealtad?

WARWICK Esto asegurará mi lealtad constante:
si nuestra reina y este joven príncipe lo aceptan,
uniré a mi hija mayor, alegría de mi vida,
con él, de inmediato, en matrimonio sagrado.

REINA MARGARITA Sí, lo consiento, y agradezco tu propuesta.
(*Al PRÍNCIPE EDUARDO.*) Hijo Eduardo, es virtuosa y bella,
así que no demores. Dale tu mano a Warwick
y con tu mano tu fe irrevocable
de que solo la hija de Warwick será tuya.

PRÍNCIPE EDUARDO Sí, la acepto, porque ella lo merece,
y con mi mano consagro la promesa.

EDUARDO y WARWICK
se dan la mano.

REY LUIS

¿Por qué nos retrasamos? Los soldados deben disponerse.
Tú, lord Bourbon, nuestro gran almirante
los transportarás en la flota real.
Quiero que Eduardo caiga por azares de la guerra
por jugar al matrimonio con una dama francesa.

Salen todos salvo WARWICK.

WARWICK Vine como embajador de Eduardo;
vuelvo como su jurado y mortal enemigo.
El encargo que me dio era de boda
pero la horrenda guerra responderá el pedido.
¿No tenía a ningún otro para tomar por tonto?
Pues yo convertiré en dolor su burla.
Yo encabecé su advenimiento al trono
y encabezaré su destronamiento.
No es que me apene la desgracia de Enrique;
quiero vengarme de la burla de Eduardo.

Sale.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran RICARDO, duque de Gloucester, JORGE, duque de Clarence, el duque de SOMERSET y el marqués de MONTAGUE.

RICARDO Bien, hermano Clarence, dime, ¿qué opinas de esta boda nueva con lady Gray?
¿Ha hecho nuestro hermano una elección digna?

JORGE Ay, sabes que Francia está muy lejos;
¿cómo iba a esperar a que volviera Warwick?

SOMERSET Basta de hablar, señores. Llega el rey.

Trompetas. Entran el REY EDUARDO, su reina LADY GRAY, el conde de Pembroke y los lores STAFFORD y HASTINGS. Cuatro se ponen a un lado del rey y cuatro al otro.

RICARDO Y su muy bien elegida reina.

JORGE Quiero decir claramente lo que pienso.

REY EDUARDO

Bien, hermano Clarence, ¿qué piensas de nuestra elección, tú que estás pensativo, como descontento?

JORGE

Me gusta tanto como a Luis de Francia o al conde de Warwick, que son de valor y de juicio tan débil que se ofenderán con nuestro abuso.

REY EDUARDO Supongamos que se ofenden con motivo: ellos son Luis y Warwick; yo Eduardo, rey de ustedes y de Warwick, y debo complacerme.

RICARDO Y lo harás, pues eres nuestro rey.

Pero una boda apresurada rara vez prospera.

REY EDUARDO ¿Sí, hermano Ricardo? ¿Tú también estás molesto?

RICARDO

No, yo no; Dios no permita que desee separar a quienes Dios ha unido. Sí, y sería una pena desunir a quienes hacen buena yunta.

REY EDUARDO Hagan a un lado sus burlas y disgusto

y denme una razón por la cual lady Gray
no debiera ser mi esposa y reina de Inglaterra.
Y ustedes también, Somerset y Montague;
digan con franqueza lo que piensan.

JORGE Bien, esta es mi opinión: por burlarte de él
el rey Luis se convierte en tu enemigo
respecto al casamiento con su hermana Bona.

RICARDO Y Warwick, al cumplir lo que pediste,
por esta nueva boda queda deshonrado.

REY EDUARDO ¿Y qué si Luis y Warwick se conforman
con alguna invención que pueda urdir?

MONTAGUE Pero la unión con Francia en esa alianza
nos habría protegido de embates extranjeros
más que cualquier matrimonio local.

HASTINGS ¿Acaso Montague no sabe que Inglaterra
está segura por sí misma, si a sí misma es fiel?

MONTAGUE Pero está más segura si la apoya Francia.

HASTINGS Más vale usar a Francia que confiar en ella.
Que nos apoyen Dios y los mares
que él ha dado como muralla inexpugnable
y defendámonos solo con su ayuda.
Nuestra seguridad radica en ellos y en nosotros.

JORGE Solo por este discurso merece lord Hastings
a la heredera de lord Hungerford.

REY EDUARDO ¿Y qué hay con eso? Fue mi voluntad y mi permiso,
y por esta vez mi voluntad será ley.

RICARDO

Sin embargo pienso que su gracia no hace bien
en dar a la heredera e hija de lord Scales
al hermano de tu amada esposa.
Más me habría convenido a mí o a Clarence,
pero en tu esposa sepultas la hermandad.

JORGE

De lo contrario no habrías entregado a la heredera
de lord Bonville al hijo de tu nueva esposa,
y dejado que tus hermanos se las apañen por ahí.

REY EDUARDO ¡Ay, pobre Clarence! ¿Es por falta de una esposa que estás insatisfecho? Yo te lo arreglaré.

JORGE En tu elección mostraste tu criterio;
por ser este escaso, me darás permiso
para ser intermediario de mí mismo.
Y con eso en mira, te dejaré en breve.

REY EDUARDO Déjame, o quédate. Eduardo será rey,
y no lo atan los designios de su hermano.

LADY GRAY Mis señores, antes que a su majestad pluguiera
elevar mi estado con el título de reina,
por justicia deberán reconocer
que yo no era, por descendencia, innoble,
y que inferiores a mí tuvieron igual suerte.
Pero así como este título me honra a mí y a los míos,
así su descontento, cuando querría agradecerles,
cubre mis alegrías de peligro y de pena.

REY EDUARDO Mi amor, abstente de adular su fastidio.
¿Qué peligro o pena pueden asaltarte
mientras Eduardo sea tu amigo constante
y el real soberano a quien deben acatar?
No: a quien acatarán, y también amarán,
a menos que busquen el odio en mis manos.
Y aunque lo hagan te mantendré segura,
y sentirán la furia de mi venganza.

RICARDO (*Aparte.*)
Oigo. No digo mucho, pero pienso más.

Entra el CORREO de Francia.

REY EDUARDO Mensajero: ¿qué cartas, o noticias hay de Francia?

CORREO Mi soberano: ninguna carta y pocas palabras,
pero tales que yo, sin tu especial perdón
no osaré relatar.

REY EDUARDO Anda; te perdonamos. Por tanto, sé breve.
Refiere sus palabras como íntimamente las intuyas.
¿Qué responde el rey Luis a nuestras cartas?

CORREO A mi partida, sus palabras fueron estas:
«Dile al falso Eduardo, tu supuesto rey,

que Luis de Francia le manda antifaces
para celebrar con él y su nueva esposa».

REY EDUARDO

¿Tan enojado está Luis? Tal vez crea que soy Enrique.
¿Pero qué dijo lady Bona de mi boda?

CORREO Estas fueron sus palabras, dichas con leve desdén:

«Dile que, esperando que enviude pronto,
llevaré en su honor la guirnalda de sauces».

REY EDUARDO No la culpo; no podría decir menos:

ella es la ofendida. ¿Qué dijo la reina de Enrique?
Pues he oído que estaba allí.

CORREO «Dile», dijo, «que he apartado mis prendas de luto
y que estoy pronta para llevar armadura».

REY EDUARDO Sin duda quiere hacer de amazona.

¿Qué dijo Warwick ante esas injurias?

CORREO Más irritado contra su majestad

que todo el resto, me despachó con esto:
«Dile de mi parte que me ha ofendido
y por lo tanto lo destronaré en breve».

REY EDUARDO ¡Oh! ¿Pronunció el traidor tan altivas palabras?

Bien: estando así avisado, me armaré.
Tendrán guerra y pagarán su presunción.
Pero dime: ¿Warwick se amigó con Margarita?

CORREO Sí, gracioso soberano; están tan unidos
que el príncipe Eduardo desposa a la hija de Warwick.

JORGE

Sin duda la mayor; Clarence tendrá a la más joven.
Ahora, hermano rey, adiós, y asegúrate en el trono,
pues iré de inmediato por la otra hija de Warwick;
aunque no tenga un reino, en matrimonio
no quedaré por debajo de ti.
Los que me aman a mí, y aman a Warwick, que me sigan.

Sale JORGE, y lo sigue SOMERSET.

RICARDO (*Aparte.*)

Yo no; mis pensamientos van más lejos.
Me quedo no por amor a Eduardo, sino a la corona.

REY EDUARDO ¿Clarence y Somerset se van con Warwick?

Igual estoy armado contra lo peor,
y en este caso se impone una prisa extrema.
Pembroke y Stafford, recluten hombres
en nuestro nombre y prepárense a guerrear.
Ya han desembarcado, o lo harán pronto.
Yo pronto los seguiré en persona.

Salen PEMBROKE y STAFFORD.

Pero antes de que parta, Hastings y Montague,
despejen mi duda. Ustedes dos, más que los otros,
están cerca de Warwick por sangre y por alianza.
Díganme si aman a Warwick más que a mí;
si es así, vayan ambos con él:
los prefiero enemigos que falsos amigos.
Pero si quieren conservar su sincera obediencia,
asegúrenme, con un voto de amistad,
que nunca tendré que sospechar de ustedes.

MONTAGUE ¡Que Dios ayude a Montague si se muestra leal!

HASTINGS ¡Y a Hastings si defiende la causa de Eduardo!

REY EDUARDO Bien, hermano Ricardo: ¿estarás con nosotros?

RICARDO ¡Sí, aunque se te opongan todos!

REY EDUARDO Bien. Entonces estoy seguro de triunfar.

Ahora, marchemos sin perder ni una hora
a enfrentar a Warwick y a su fuerza extranjera.

Salen.

ESCENA II

*Los condes de WARWICK y OXFORD entran en Inglaterra,
con soldados franceses.*

WARWICK Créeme, milord; todo va bien hasta ahora.

El pueblo se nos une en multitudes.

Entran JORGE, duque de Clarence, y el duque de Somerset.

Pero vean, aquí vienen Somerset y Clarence.
Hablen pronto, señores: ¿somos amigos?

JORGE No lo temas, mi señor.

WARWICK Entonces, gentil Clarence, Warwick te acoge.

Y bienvenido, Somerset. Pienso que es de cobardes mantener la desconfianza si un noble corazón compromete como signo de amor su mano abierta, sin lo cual creería que Clarence, hermano de Eduardo, no es sino un falso amigo de nuestros proyectos. Pero ven, dulce Clarence: mi hija será tuya. Y ahora, ¿qué falta sino que, cubiertos por la noche, ya que tu hermano acampa sin cautela, sus soldados acechan a los pueblos vecinos, y solo lo cuida un simple guardia, podamos sorprenderlo y apresararlo a nuestro antojo? Nuestros guías consideran la aventura muy fácil. Así como Ulises y el fuerte Diomedes entraron en las tiendas de Reso con hombría y astucia y sacaron de allí los corceles de Tracia, nosotros, cubiertos por el negro manto de la noche, podremos de improviso derribar al guardia y apresararlo. No digo «matarlo», pues solo pretendo sorprenderlo. Ustedes, que me han seguido en esta empresa, aclamen el nombre de Enrique con su jefe.

Todos gritan «Enrique».

Bien, pues, ¡vamos en silencio,
por Warwick, sus amigos, Dios y por san Jorge!

Salen.

ESCENA III

Entran tres centinelas para cuidar la tienda del REY EDUARDO.

PRIMER GUARDIA Vamos, señores, cada cual a su puesto.

El rey se ha acomodado aquí para dormir.

SEGUNDO GUARDIA ¿Qué, no se irá a la cama?

PRIMER GUARDIA No, pues ha hecho el voto solemne
de no acostarse ni descansar nunca
hasta que desaparezcan él o Warwick.

SEGUNDO GUARDIA Sin duda, entonces, mañana será el día,
si Warwick está tan cerca como dicen.

TERCER GUARDIA Pero digan, por favor, ¿qué noble es ese
que descansa con el rey en su tienda?

PRIMER GUARDIA Es lord Hastings, su mejor amigo.

TERCER GUARDIA ¿Ah, sí? ¿Por qué ordena el rey
que sus partidarios se alojen en los pueblos vecinos
mientras él permanece en el campo helado?

SEGUNDO GUARDIA Hay más honor en ello, pues es más peligroso.

TERCER GUARDIA Sí, pero a mí dame veneración y paz:
me gustan más que el honor peligroso.
Si Warwick supiera en qué situación se encuentra
sin duda vendría a despertarlo.

PRIMER GUARDIA Salvo que nuestras alabardas le cierren el paso.

SEGUNDO GUARDIA ¿Para qué custodiamos su tienda real
sino para cuidarlo de enemigos nocturnos?

*Entran en silencio el conde de WARWICK, JORGE, duque de Clarence, el conde de OXFORD y el
duque de SOMERSET, con soldados franceses.*

WARWICK Esta es su tienda, y vean allí al guardia.
Valor, señores, ¡honor ahora o nunca!
Sígueme y Eduardo será nuestro.

PRIMER GUARDIA ¿Quién anda ahí?

SEGUNDO GUARDIA Detente o mueres.

*WARWICK y los demás gritan «Warwick, Warwick», y se arrojan sobre los guardias, que huyen
gritando «¡A las armas, a las armas!». WARWICK y los otros los persiguen.*

ESCENA IV

*A golpes de tambor y sonos de trompeta entran el conde de WARWICK, el duque de SOMERSET y
los demás, trayendo al REY EDUARDO en bata, sentado en un sillón. RICARDO, duque de
Gloucester, y lord HASTINGS pasan corriendo por el escenario.*

SOMERSET ¿Quiénes son esos que corren?

WARWICK Ricardo y Hastings: déjalos huir. Aquí está el duque.

REY EDUARDO «¡El duque!» Warwick, cuando nos separamos

me llamaste rey.

WARWICK Sí, pero ahora el caso es otro.

Cuando me humillaste en mi embajada,
te retiré de la condición de rey,
y ahora te hago duque de York.
¡Ay! ¿Cómo podrías gobernar reino alguno
si no sabes tratar embajadores,
ni contentarte con una sola esposa,
ni usar fraternalmente a tus hermanos,
ni ocuparte del bienestar del pueblo,
ni protegerte de tus enemigos?

REY EDUARDO (*Viendo a JORGE.*)

Hermano de Clarence; ¿tú también aquí?
Veo pues que Eduardo debe caer.
Sin embargo, Warwick, pese a todas las desgracias,
a ti y a todos tus secuaces,
Eduardo siempre se comportará como rey.
Aunque la mala fortuna me derribe,
mi mente excede el alcance de su rueda.

WARWICK Entonces, sé rey de Inglaterra en pensamiento.

Le quita la corona.

Pero la corona de Inglaterra la llevará Enrique.
Él será el rey verdadero, y tú su sombra.
Milord de Somerset, a mi pedido,
haz que el duque Eduardo sea llevado de inmediato
con mi hermano, archiduque de York.
Cuando haya peleado con Pembroke y los suyos
te seguiré, y diré qué respuesta
le mandan lady Bona y Luis.
Ahora, por un tiempo, duque de York, adiós.

Empiezan a llevarse al REY EDUARDO por la fuerza.

REY EDUARDO Lo que impone el destino el hombre ha de acatarlo.

No vale la pena resistir a la vez viento y marea.

Salen algunos con el REY EDUARDO.

OXFORD ¿Y qué más queda, señores míos,
que marchar a Londres con nuestras tropas?

WARWICK Sí, es lo primero que hay que hacer:
liberar de la prisión al rey Enrique
y verlo sentado en el trono real.

Salen.

ESCENA V

Entra el conde RIVERS con su hermana, LADY GRAY, reina de EDUARDO.

RIVERS ¿Señora, qué te indujo a este súbito cambio?

LADY GRAY ¿Cómo, hermano, no te has enterado
de la reciente desventura del rey?

RIVERS ¿Qué? ¿Perdió alguna batalla contra Warwick?

LADY GRAY No; perdió su propia real persona.

RIVERS ¿Ha muerto pues mi soberano?

LADY GRAY Sí, casi; pues fue hecho prisionero,
bien traicionado por su falsa guardia,
bien sorprendido por el enemigo.
Y, por lo que sé,
lo han encomendado al obispo de York,
hermano del cruel Warwick y enemigo nuestro.

RIVERS Debo confesar que esas noticias duelen mucho.
Sin embargo, sutil dama, sopórtalas como mejor puedas.
Tal vez Warwick pierda, aunque haya ganado la batalla.

LADY GRAY Hasta entonces, la esperanza impedirá la ruina
de la vida; yo, más bien, evito la desesperación
por amor al retoño de Eduardo que llevo en el vientre.
Él me permite contener la pasión
y soportar con mansedumbre la cruz de mi desgracia.
Sí, sí, por eso retengo muchas lágrimas
y reprimo el avance de suspiros de sangre:
para que llanto y suspiros no marchiten ni ahoguen
al fruto de Eduardo, genuino heredero de la corona inglesa.

RIVERS Pero, señora, ¿dónde está pues Warwick?

LADY GRAY Me han informado que viene hacia Londres
a coronar de nuevo la cabeza de Enrique.

Adivina el resto: caerán los amigos de Eduardo.
Pero para impedir la violencia del tirano
(pues no puede confiarse en quien traicionó una vez la fe)
iré de inmediato al santuario, para resguardar
al menos al heredero del derecho de Eduardo.
Allí estaré a salvo de la fuerza y el fraude.
Por eso, huyamos mientras sea posible.
Si Warwick nos apresa, de seguro moriremos.

Salen.

ESCENA VI

*Entran RICARDO, duque de Gloucester, lord HASTINGS
y sir Guillermo STANLEY, con soldados.*

RICARDO

Ahora, milord Hastings y sir Guillermo Stanley,
dejen de preguntarse por qué los traje aquí,
a la principal arboleda de este parque.
Este es el caso: saben que mi hermano, el rey,
es prisionero del obispo, y en sus manos
halla buen trato y gran libertad.
A menudo, cuidado solo por débil custodia
viene a cazar aquí por diversión.
Le he advertido de secretas maneras
que si viene más o menos a esta hora
con el pretexto de la acostumbrada caza,
aquí estarán sus amigos con armas y caballos
para librarlo de su cautiverio.

Entra el REY EDUARDO, y con él un cazador.

CAZADOR Por aquí, mi señor: por aquí está la caza.

REY EDUARDO No, hombre, por aquí: mira dónde están los cazadores.

Vaya, hermano Gloucester, lord Hastings y el resto:
¿están ahí para robar el venado del obispo?

RICARDO

Hermano, el tiempo y el caso demandan prisa.
Tu caballo está pronto al extremo del parque.

REY EDUARDO ¿Adónde iremos luego?

HASTINGS A Lynn, milord,
y desde allí embarcarnos a Flandes.

RICARDO (*Aparte.*)

Bien supuesto, por cierto: eso había pensado yo.

REY EDUARDO Stanley, recompensaré tu devoción.

RICARDO

¿Pero a qué nos detenemos? No es tiempo de hablar.

REY EDUARDO Cazador, ¿qué dices? ¿Vendrás con nosotros?

CAZADOR Mejor eso que quedarse y ser ahorcado.

RICARDO Ven, pues; no más bulla.

REY EDUARDO Obispo, adiós: cuídate de la ira de Warwick,
y ruega que yo recupere la corona.

Salen.

ESCENA VII

Trompetas. Entran el conde de WARWICK y JORGE, duque de Clarence, con la corona. Luego entran el REY ENRIQUE, el conde de OXFORD, el duque de SOMERSET con Enrique el Joven, conde de Richmond, el marqués de MONTAGUE y el TENIENTE de la Torre.

REY ENRIQUE Maese teniente, ahora que Dios y los amigos
han apartado a Eduardo del trono real
y trocado mi cautiverio en libertad,
mi miedo en esperanza, mi dolor en alegría,
¿cuáles son tus honorarios por haberme liberado?

TENIENTE Nada piden súbditos de soberanos:
pero si vale una plegaria humilde
pido entonces perdón a su alteza.

REY ENRIQUE ¿Por qué, teniente? ¿Por tratarme bien?
Por cierto, te recompensaré la bondad,
pues convirtió en placer mi cautiverio;
el mismo placer que conciben las aves
enjauladas cuando, tras muchos pensamientos tristes,
olvidan su perdida libertad
por notas de doméstica armonía.
Pero con Dios me liberaste, Warwick,

y, por tanto doy gracias, sobre todo, a Dios y a ti.
Él fue el autor, tú el instrumento.
Por eso, para superar la injuriosa fortuna
viviendo humildemente, donde no pueda dañarme,
y para que el pueblo de esta tierra bendita
no sea castigado por mi mala estrella,
Warwick, aunque mi cabeza aún lleve la corona,
abdico aquí mi gobierno en ti,
que tienes suerte en todo lo que emprendes.

WARWICK Su gracia siempre tuvo fama de virtuoso,
y ahora parece tan virtuoso como sabio
al observar y eludir la maldad de la fortuna;
pues pocos son los que se ajustan a los astros.
Sin embargo, su gracia dejará que en un punto le censure:
en elegirme a mí, cuando está presente Clarence.

JORGE No, Warwick, tú eres digno del mando.
Tú, a quien los cielos dieron al nacer
una rama de olivo y una corona de laurel,
para ser bendecido en la guerra y en la paz.
Así yo te doy mi libre consentimiento.

WARWICK Y yo elijo a Clarence como protector.

REY ENRIQUE Warwick y Clarence, denme sus manos.
Ahora únanlas, y con sus manos los corazones,
para que ninguna disensión entorpezca el gobierno.
Los hago a ambos protectores de esta tierra,
mientras yo llevo una vida retirada
y paso en devoción mis días postreros,
rechazando el pecado y alabando al Creador.

WARWICK ¿Qué responde Clarence a la voluntad del soberano?

JORGE Que consiente, si consiente Warwick,
porque me apoyo en tu suerte.

WARWICK Bien, pues: aunque de mala gana, debo contentarme.
Nos acoplaremos, como una sombra doble,
al cuerpo de Enrique, y tomaremos su lugar
(en llevar el peso del gobierno, digo),
mientras él disfruta del honor y del placer.
Y, Clarence: ahora es más que necesario
que Eduardo sea, de inmediato, declarado traidor,

y se confisquen sus tierras y bienes.

JORGE ¿Qué más? Y que se establezca la sucesión.

WARWICK Sí, en la que Clarence no perderá su parte.

REY ENRIQUE Pero, como primero de todos sus asuntos,
déjenme implorar (ya que no imploro más)
que Margarita, su reina, y mi hijo Eduardo,
sean traídos prontamente de Francia.
Pues, hasta no verlos, el incierto miedo
eclipsará a medias mi alegría de ser libre.

JORGE Se hará con toda prontitud, mi soberano.

REY ENRIQUE Milord de Somerset, ¿qué joven es ese
que parece cuidar tan tiernamente?

SOMERSET Mi señor, es el joven Enrique, conde de Richmond.

REY ENRIQUE Ven aquí, esperanza de Inglaterra.

*El REY ENRIQUE pone su mano
en la cabeza de Richmond*

Si los poderes secretos
sugieren la verdad a mis presagios,
este lindo mozo hará la dicha de la patria.
Tiene la mirada llena de calma majestad,
su cabeza está hecha para llevar una corona,
su mano para el cetro, y él mismo,
en apariencia, para bendecir un trono.
Denle mucha importancia, señores, pues él
compensará con su ayuda todo mi daño.

Entra un CORREO.

WARWICK ¿Qué nuevas hay, amigo?

CORREO Que Eduardo escapó del hermano de milord
y huyó a Borgoña, por lo que se sabe.

WARWICK ¡Nuevas desagradables! ¿Pero cómo escapó?

CORREO Gracias a Ricardo, duque de Gloucester,
y lord Hastings, quienes lo esperaban
al extremo del bosque, en secreta emboscada,
y lo rescataron de los cazadores,
pues su ejercicio diario era la caza.

WARWICK Mi hermano ha descuidado sus deberes.

(Al REY ENRIQUE.) Pero marchemos de aquí, mi soberano,
por un bálsamo para dolores eventuales.

*Salen todos salvo SOMERSET,
Richmond y OXFORD.*

SOMERSET (A OXFORD.) Mi señor, no me gusta la fuga de Eduardo,
pues de seguro Borgoña le dará ayuda,
y en poco tiempo tendremos más guerras.
Así como la reciente profecía de Enrique
alegró mi corazón con la esperanza de Richmond,
mi corazón me hace temer, en estas lides,
lo que puede ocurrirle, por su mal y el nuestro.
Por eso, señor Oxford, en prevención de lo peor,
lo enviaremos a Bretaña de inmediato
hasta que pasen las tormentas de la riña civil.

OXFORD Sí, pues si Eduardo recupera la corona,
es posible que Richmond caiga con el resto.

SOMERSET Así sea: irá a Bretaña.
Por tanto, venga, procedamos sin tardanza.

Salen.

ESCENA VIII

*Trompetas. Entran el REY EDUARDO, RICARDO,
duque de Gloucester, y lord HASTINGS
con una tropa de holandeses.*

REY EDUARDO Bien, hermano Ricardo, lord Hastings y los otros:
así mejora nuestra esquiva fortuna
y dice que cambiaré una vez más
mi triste situación por la corona real de Enrique.
A salvo hemos cruzado el mar dos veces
y traído de Borgoña la ayuda necesaria.
¿Qué nos queda entonces, habiendo así llegado
desde Ravenspurgh a las puertas de York,
más que entrar como en nuestro ducado?

HASTINGS golpea las puertas de York.

RICARDO ¿Cerradas? Hermano, esto no me gusta.

Muchos han tropezado en un umbral
como advertencia de que dentro había peligro.

REY EDUARDO ¡Bah, hombre! Los presagios no deben asustarnos:
entraremos por las buenas o las malas,
que aquí nos socorrerán nuestros amigos.

HASTINGS Mi señor, golpearé una vez para llamarlos.

Golpea. Aparecen, sobre los muros, el ALCALDE y los concejales de York.

ALCALDE Mis señores, nos habían anunciado su llegada
y cerramos las puertas por seguridad,
pues ahora debemos lealtad a Enrique.

REY EDUARDO Pero, alcalde mayor, si Enrique es su rey,
Eduardo al menos es duque de York.

ALCALDE Cierto, mi buen señor; sé que no eres menos.

REY EDUARDO ¡Vaya! Y no reclamo más que mi ducado,
contento como estoy solo con eso.

RICARDO (*Aparte.*)

Pero una vez que el zorro pasa la nariz,
se las ingeniará para hacer pasar el cuerpo.

HASTINGS Alcalde mayor, ¿por qué dudas?

Abre las puertas; somos amigos del rey Enrique.

ALCALDE ¿Eso dicen? Entonces abriremos las puertas.

Bajan.

RICARDO

Un capitán sabio y valiente, fácil de convencer.

HASTINGS El buen anciano querría que estuviera todo bien,
mientras no lo comprometiéramos; pero una vez dentro
sin duda lo haré entrar en razón,
a él y a todos sus hermanos.

*Entran, abajo, el ALCALDE
y dos concejales.*

REY EDUARDO Señor alcalde, estas puertas no han de estar cerradas
más que de noche o en tiempo de guerra.
No temas nada, hombre; solo dame las llaves.

El REY EDUARDO toma las llaves del ALCALDE.

Eduardo defenderá la ciudad y a ti,
y a todos los amigos que se dignen seguirlo.

*Marcha. Entra sir Juan MONTGOMERY
con un tambor y soldados.*

RICARDO Hermano, he aquí a sir Juan Montgomery,
nuestro fiel amigo, si no me equivoco.

REY EDUARDO Bienvenido, sir Juan: ¿por qué vienes armado?

MONTGOMERY Para ayudar al rey Eduardo en tiempo de tormenta,
como cabe a todo súbdito leal.

REY EDUARDO Gracias, buen Montgomery, pero ya hemos olvidado
el derecho a la corona, y solo reclamamos
nuestro ducado, hasta que plazca a Dios mandar el resto.

MONTGOMERY Adiós, entonces; me marcho de aquí.
He venido a servir a un rey, no a un duque.
Toca, tambor, y vayámonos.

*Comienza a sonar
una marcha.*

REY EDUARDO No: espera un instante, sir Juan; discutamos
por qué medios seguros recobrar la corona.

MONTGOMERY ¿Qué dices? ¿Discutir? En pocas palabras;
si no te proclamas aquí nuestro rey
te dejaré a tu suerte, y marcharé
a frenar a quienes vengan a ayudarte.
¿Para qué luchar, si no pretendes ningún título?

RICARDO (*Al REY EDUARDO.*)

Hermano ¿por qué te extiendes en detalles?

REY EDUARDO Reclamaremos cuando seamos más fuertes.

Hasta entonces, lo sabio es ocultar nuestros designios.

HASTINGS ¡Basta de ingenio escrupuloso!

¡Que manden ya las armas!

RICARDO

Las mentes temerarias alcanzan la corona sin demora.

Hermano, te proclamaremos de inmediato.

El fragor que hagamos te atraerá muchos amigos.

REY EDUARDO Que sea como tú quieras, al fin es mi derecho,

y Enrique solo usurpa la diadema.

MONTGOMERY ¡Bueno! Ahora ha hablado nuestro soberano,
y yo seré el defensor de Eduardo.

HASTINGS ¡Que suene la trompeta! Lo proclamaremos aquí.

A MONTGOMERY.

Ven, soldado amigo, ¡haz la proclama!

Trompetas.

MONTGOMERY Eduardo IV, por gracia de Dios,
rey de Inglaterra y Francia y señor de Irlanda.
Y a quienquiera proteste el derecho del rey
yo lo desafío a combate singular.

Arroja su guante al suelo.

TODOS ¡Larga vida a Eduardo IV!

REY EDUARDO Gracias, buen Montgomery. Gracias a todos.

Si la suerte me acompaña, retribuiré este gesto.
Esta noche descansaremos en York;
y cuando el sol de la mañana alce su carro
sobre el límite del horizonte,
avanzaremos contra Warwick y los suyos.
Pues bien sé que Enrique no es soldado.
¡Ah, perverso Clarence, qué mal haces
en adular a Enrique y dejar a tu hermano!
Pero, como se pueda, enfrentaremos a Warwick y a ti.
Vengan, bravos soldados: no duden del éxito,
y, una vez logrado, no duden de la recompensa.

Salen.

ESCENA IX

Trompetas. Entran el REY ENRIQUE, el conde de WARWICK, el marqués de MONTAGUE, JORGE, duque de Clarence y el conde de OXFORD.

WARWICK ¿Qué aconsejan, señores? Eduardo de Bélgica,
con rápidos germanos y rudos holandeses,
ha cruzado el estrecho sin problemas,
y con sus tropas marcha derecho a Londres.

Muchos inconstantes se le suman.

REY ENRIQUE Reclutemos hombres y forcémoslo a volver.

JORGE Un fuego pequeño se apaga con los pies;
si se deja crecer, ni con ríos podrá extinguirse.

WARWICK Tengo en Warwickshire amigos fieles,
nada belicosos en la paz, pero bravos en la guerra.
Los reuniré. Y tú, hijo Clarence,
incitarás en Suffolk, en Norfolk y en Kent
a caballeros y a señores para que te acompañen.
Tú, hermano Montague, encontrarás
en Buckingham, Northampton y Leicestershire
hombres bien dispuestos a escuchar lo que mandes.
Y tú, bravo Oxford, extraordinariamente amado
en Oxfordshire, reclutarás a tus amigos.
Mi soberano, con la gente que lo ama,
como isla por el océano ceñida
o la casta Diana rodeada por sus ninfas,
permanecerá en Londres hasta que volvamos.
Nobles señores, despídanse sin perder tiempo en réplicas.
Adiós, mi soberano.

REY ENRIQUE Adiós, mi Héctor, esperanza real de Troya.

JORGE Beso la mano de su alteza en signo de lealtad.

Besa la mano del REY ENRIQUE.

REY ENRIQUE Que tengas suerte, buen Clarence.

MONTAGUE Coraje, mi señor; así me despido.

Besa la mano del REY ENRIQUE.

OXFORD Y así sello mi lealtad y digo adiós.

Besa la mano del REY ENRIQUE.

REY ENRIQUE Dulce Oxford, amado Montague,
y todos a la vez: feliz adiós.

Sale.

WARWICK Adiós, dulces señores: nos veremos en Coventry.

Salen por separado.

ESCENA X

Entran el REY ENRIQUE y el duque de EXETER.

REY ENRIQUE Descansaré un rato aquí en palacio.

Primo de Exeter, ¿qué piensa su merced?
Creo que la fuerza de Eduardo en el combate
no debería superar a la mía.

EXETER El problema es si seduce a los demás.

REY ENRIQUE Mi temor no es él. Mi mérito me ha dado fama.

No he cerrado los oídos a las quejas,
ni aplazado sus pedidos con rodeos.
Mi piedad ha sido un bálsamo para las heridas,
mi dulzura ha calmado sus penas desbordantes,
y mi clemencia secó el flujo de sus lágrimas.
No he ambicionado su riqueza,
ni los he oprimido con grandes tributos,
ni he buscado venganza, aunque mucho han errado.
¿Por qué habrían de amar a Eduardo más que a mí?
No, Exeter: esas virtudes reclaman virtud:
si el león acaricia al cordero,
el cordero no dejará nunca de seguirlo.

Gritos dentro: «¡Lancaster! ¡York!».

EXETER Escucha, mi señor, ¿qué son esos gritos?

Entran el REY EDUARDO y RICARDO, duque de Gloucester, con soldados.

REY EDUARDO

¡Prendan al desvergonzado Enrique! Llévenlo de aquí
y una vez más proclamémonos rey de Inglaterra.
Tú eres la fuente que hace correr los arroyuelos.
Ahora tu curso se interrumpe: mi mar los secará,
y por su remolino llegará más alto.
De aquí a la Torre; no lo dejen hablar.

*Salen algunos
con el REY ENRIQUE y EXETER.*

Y, señores, vamos hacia Coventry,
donde se encuentra el arrogante Warwick.
Cálido brilla el gol y, si nos demoramos,
el lacerante invierno frustrará nuestra cosecha.

RICARDO

En marcha, deprisa, antes que reúnan sus fuerzas;
tomemos al traidor incipiente por sorpresa.
Bravos guerreros, marchemos ya hacia Coventry.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

*Entran el conde de WARWICK, el alcalde de Coventry,
dos MENSAJEROS y otros, sobre los muros.*

WARWICK ¿Dónde está el correo del valiente Oxford?

El PRIMER MENSAJERO se adelanta.

¿A qué distancia está tu señor, honesto amigo?

PRIMER MENSAJERO

A esta hora, en Dunford, en marcha hacia aquí.

WARWICK ¿Cuán lejos está el hermano Montague?

¿Dónde está su correo?

El SEGUNDO MENSAJERO se adelanta.

SEGUNDO MENSAJERO A esta hora, en Daintry, con poderosa tropa.

Entra SOMERVILLE, arriba.

WARWICK Di, Somerville; ¿qué dice mi amado hijo?

¿Y dónde crees que está Clarence ahora?

SOMERVILLE Lo he dejado en Southam con sus fuerzas,
y lo espero de aquí a dos horas.

Se oye una marcha a lo lejos.

WARWICK Entonces Clarence está cerca: oigo su tambor.

SOMERVILLE No es el suyo, milord. Southam está cerca.

El tambor que oye su merced viene de Warwick.

WARWICK ¿Y quién será? Parecen amigos imprevistos.

SOMERVILLE Se aproximan. Pronto lo sabrá.

Trompetas.

*Entran, abajo, el REY EDUARDO y RICARDO,
duque de Gloucester, con soldados.*

REY EDUARDO Ve, trompeta, a los muros, y toca a parlamento.

Suena parlamento.

RICARDO

¡Cómo el arrogante Warwick llena de hombres el muro!

WARWICK ¡Inesperada injuria! ¿Ha venido el alegre Eduardo?
¿Dónde dormían nuestros vigías, o cómo los sedujeron
que no hemos sabido nada de su vuelta?

REY EDUARDO Warwick, ¿abrirás las puertas,
hablarás amablemente, doblarás humilde la rodilla,
llamarás a Eduardo rey y pedirás a sus manos la gracia?
Él te perdonará los ultrajes.

WARWICK No; por el contrario: ¿sacarás de aquí tus fuerzas,
confesarás quién te puso y te sacó,
llamarás patrón a Warwick, te arrepentirás?
Así seguirás siendo aún duque de York.

RICARDO Pensé que al menos diría: «el rey».
¿O ha hecho esta broma contra su voluntad?

WARWICK ¿No es un ducado, señor, un buen regalo?

RICARDO

Sí, a fe mía, para que lo conceda un pobre conde.
Te recompensaré tan buen regalo.

WARWICK Fui yo quien le dio el reino a tu hermano.

REY EDUARDO Entonces es mío, aun cuando lo regale Warwick.

WARWICK No eres un Atlas para cargar peso tan grande;
y, Warwick, debilucho, recupera su regalo:
Enrique es mi rey, su súbdito Warwick.

REY EDUARDO Pero el rey de Warwick es prisionero de Eduardo.
Responde, pues, gallardo Warwick, a esto:
¿qué es el cuerpo cuando falta la cabeza?

RICARDO ¡Si Warwick hubiera tenido más visión!
Pero mientras creía estar robando la sota,
alguien sacaba con astucia al rey de la mesa.
(A WARWICK.) Dejaste con el obispo al pobre Enrique
y diez a uno a que lo encuentras en la Torre.

REY EDUARDO En efecto (a WARWICK), y sin embargo sigues siendo Warwick.

RICARDO

Vamos, Warwick, deprisa; de rodillas, de rodillas.

¿Y cuándo? Golpea ahora, o el hierro se enfría.

WARWICK Antes me cortarías de un golpe esta mano
y te la arrojaría a la cara con la otra
que bajar tanto la vela como para golpearte a ti.

REY EDUARDO

Navega como puedas, y viento y marea sean tus amigos,
que esta mano, sujeta a tu pelo de carbón,
cuando tu cabeza esté recién cortada y tibia
escribiré en el polvo esta frase con tu sangre:
«El voluble Warwick ya no podrá cambiar».

*Entra el conde de Oxford, con un tambor
y soldados portando banderas.*

WARWICK ¡Alegres colores! Miren venir a Oxford.
¡Oxford, Oxford, por Lancaster!

*Oxford y sus hombres
pasan por el escenario y entran en la ciudad.*

RICARDO (Al REY EDUARDO.)

Se abren las puertas. Entremos también.

REY EDUARDO ¿Para que nos persigan otros enemigos?

Alineémonos bien, que sin duda
volverán a salir para darnos batalla.
Si no, puesto que la ciudad tiene escasa defensa,
no tardaremos en alzar a los traidores.

WARWICK (A OXFORD, dentro.)

Bienvenido, Oxford: precisamos tu ayuda.

Entra el marqués de MONTAGUE con un tambor y soldados portando banderas.

MONTAGUE ¡Montague, Montague, por Lancaster!

*MONTAGUE y sus hombres
pasan por el escenario y entran en la ciudad.*

RICARDO Tú y tu hermano pagarán esta traición
con la sangre más cara de sus cuerpos.

REY EDUARDO

Cuanto más duro el combate, más grande es la victoria.
Mi mente presagia ganancia y conquista.

*Entra el duque de SOMERSET
con un tambor y soldados portando banderas.*

SOMERSET ¡Somerset, Somerset, por Lancaster!

SOMERSET *y sus hombres*
pasan por el escenario y entran en la ciudad.

RICARDO

Dos con tu nombre, ambos duques de Somerset,
vendieron su vida por la casa de York;
por el mango de esta espada serás el tercero.

Entra JORGE, duque de Clarence, con un tambor y soldados portando banderas.

WARWICK Y miren con qué majestad viene Jorge de Clarence,
fuerte, como para dar guerra a su hermano;
el celo, por el derecho triunfa en él
sobre la naturaleza del amor fraterno.

JORGE ¡Clarence, Clarence, por Lancaster!

REY EDUARDO *Et tu, Brute*, ¿tú también apuntarás a César?

(A un trompetero.)

Un parlamento, truhán, para Jorge de Clarence.

Suena a parlamento.
RICARDO y JORGE *cuchichean.*

WARWICK Ven, Clarence... Lo harás si Warwick llama.

JORGE

Padre de Warwick: ¿sabes qué quiere decir esto?

Se quita la rosa roja del sombrero
y se la arroja a WARWICK.

Mira: ¡aquí te arrojó mi infamia!
No arruinaré la casa de mi padre,
que dio su sangre para unir las piedras con cemento
y erigir a Lancaster. ¿Acaso crees, Warwick,
que Clarence es tan duro, necio y antinatural
para enviar los fatales instrumentos de guerra
contra su hermano y su rey por derecho?
Tal vez aduzcas que juré por lo sagrado.
Mantener tal juramento me haría más impío
que Jefe cuando sacrificó a su hija.
Estoy tan arrepentido por mi falta
que, para ser digno del valor de mi hermano
me proclamo aquí tu enemigo mortal,
decidido a hostigarte, dondequiera te encuentre

(y te encontraré si sales),
por haberme llevado por el mal camino.
Así te reto, orgulloso Warwick,
y vuelvo el avergonzado rostro a mis hermanos.

Al REY EDUARDO.

Perdón, Eduardo, me congraciaré.

A RICARDO.

Y tú, Ricardo, no te enojés por mis faltas:
desde ahora ya no seré inconstante.

REY EDUARDO Eres más bienvenido, y diez veces más amado
que si jamás hubieras merecido nuestro odio.

RICARDO (A JORGE.)

Bienvenido, Clarence. Eso es ser un buen hermano.

WARWICK (A JORGE.) ¡Oh, supremo traidor, perjuro e injusto!

REY EDUARDO Warwick, ¿saldrás de la ciudad a combatir?
¿O tendremos que golpearte las orejas con piedras?

WARWICK (*Aparte.*) ¡Ay, no tengo apoyo para defenderme!
(Al REY EDUARDO.) Me iré inmediatamente a Barnet
y te daré batalla, Eduardo, si te atreves.

REY EDUARDO Sí, Warwick; Eduardo se atreve y se adelanta.
Señores, al campo: ¡San Jorge y victoria!

*Salen abajo el REY EDUARDO y sus acompañantes.
Marcha. El conde de WARWICK y los suyos
bajan y los siguen.*

ESCENA II

*Alarma y refriegas. Entra el REY EDUARDO
con el conde de WARWICK herido.*

REY EDUARDO Allí yaces. Muere y morirá nuestro miedo,
pues Warwick era un duende que espantaba a todos.
Ahora, Montague, plántate bien. Te busco
para que sus huesos te hagan compañía.

Sale.

WARWICK ¿Quién está ahí? Ven, amigo o enemigo,
y dime quién ha vencido, si Warwick o York.
¿Por qué pregunto? Mi cuerpo mutilado dice,
lo dicen mi sangre, mi debilidad, mi corazón enfermo
que debo entregar mi cuerpo a la tierra
y, en mi caída, la conquista a mi enemigo.
Así el filo del hacha tumba el cedro,
cuyos brazos cobijaban al águila majestuosa,
bajo cuya sombra dormitaba el león rampante,
cuya alta rama superaba la del árbol de Júpiter,
y guardaba a los arbustos del fuerte viento del invierno.
Estos ojos, nublados ahora por el velo de la muerte
fueron tan penetrantes como el sol del mediodía
para apreciar las secretas traiciones del mundo.
Las arrugas de mis cejas, ahora ensangrentadas,
a menudo parecieron sepulcros reales,
pues, ¿a qué rey no podía yo cavar la tumba?
¿Y quién osaba sonreír si Warwick fruncía el entrecejo?
Ven ahora gloria mía, manchada de barro y sangre.
Hasta mis parques, mis paseos, mis mansiones
me abandonan ya, y de todas mis tierras
nada me queda salvo el largo de mi cuerpo.
¡Vaya! ¿Qué son la pompa, el poder, el reino,
sino tierra y polvo?
Vivamos como vivamos, debemos morir.

Entran el conde de OXFORD y el duque de SOMERSET.

SOMERSET ¡Ah, Warwick, Warwick! Si estuvieras como estamos
podríamos recobrar todo lo que perdimos.
La reina ha traído de Francia una fuerza enorme.
Solo ahora lo sabemos. ¡Ah, si pudieras huir!

WARWICK Entonces no lo haría. Montague,
si estás aquí, dulce hermano mío, tóname la mano,
y en tus manos retén mi alma un instante.
No me amas, pues si lo hicieras, hermano,
tus lágrimas lavarían esta sangre congelada,
que pega mis labios y no me deja hablar.
Ven, Montague, rápido, o me muero.

SOMERSET Ah, Warwick: Montague lanzó el último suspiro,
y hasta el final clamó por Warwick

y dijo: «Encomiéndenme a mi valeroso hermano».
Y más pudo haber dicho, y más habló,
que tronaba como un cañón en una bóveda,
y nada se entendía, pero al fin
bien pude oír que decía en un gemido:
«¡Oh, Warwick, adiós!».

WARWICK Que su alma descanse en paz. Señores, huyan y sálvense.
Warwick se despide de todos, hasta verlos en el cielo.

Muere.

OXFORD ¡Vamos, vamos a encontrar a las fuerzas de la reina!

*Se llevan el cuerpo de Warwick.
Salen.*

ESCENA III

*Trompetas. Entra el REY EDUARDO,
victorioso, con RICARDO, duque de Gloucester,
JORGE, duque de Clarence, y soldados.*

REY EDUARDO De momento nuestra suerte va hacia arriba,
y nos cubren laureles de victoria.
Pero en medio de este día fulgurante
siento una nube negra, sospechosa, amenazante,
que alcanzará a nuestro glorioso sol
antes que llegue al plácido lecho en Occidente.
Quiero decir, señores, que esas fuerzas que la reina
reclutó en la Galia han llegado a la costa,
y, por lo que sé, vienen a combatirnos.

JORGE Una brisa ligera dispersará esa nube,
y la devolverá al lugar de donde vino.
Tus mismos rayos dispararán esos vapores,
pues no toda nube engendra tormenta.

RICARDO

La fuerza de la reina es de treinta mil hombres
y Somerset, con Oxford, ha marchado con ella.
Si se da un respiro, estén seguros
de que su fracción será tan fuerte como la nuestra.

REY EDUARDO Por nuestros queridos amigos sabemos

que se dirigen hacia Tewkesbury.
Nosotros, que hemos prosperado en Barnet
iremos hacia allí con decisión.
Y, mientras vamos, nuestra fuerza crecerá
en cada pueblo por donde pasemos.
Batan el tambor, griten «¡Valor!» y marchemos.

*Trompetas. Marcha.
Salen.*

ESCENA IV

*Trompetas. Marcha. Entran la REINA MARGARITA,
el PRÍNCIPE EDUARDO, el duque de SOMERSET,
el conde de OXFORD y soldados.*

REINA MARGARITA

Grandes señores: no se sienta el sabio a llorar sus pérdidas,
sino que trata de devolver los golpes con brío.
¿Qué importa que el mástil haya caído en la borda
que esté roto el cable y el ancla perdida,
que a media tripulación la haya tragado la corriente?
Nuestro piloto aún vive: ¿estará bien
que deje el timón, y como un niño tímido
haga crecer con sus lágrimas el mar,
dándole fuerza a quien ya tiene mucha,
y mientras gime, se parta el barco en la roca
cuando pudo salvarlo con ingenio y coraje?
¡Qué vergüenza! ¡Menudo error sería!
Digamos que Warwick era el ancla. ¿Qué importa?
Y Montague nuestro mástil mayor. ¿Qué hay con eso?
Nuestros amigos, los cordajes. ¿Y qué?
¿Acaso Oxford no es también un ancla?
¿Y no es Somerset otro buen mástil?
¿Los amigos de Francia, no son cuerdas y velas?
Y, aunque inexpertos, ¿por qué Eduardo y yo
no podemos hacer las veces de piloto?
No dejaremos el timón para llorar;
mantendremos el rumbo, aunque se niegue el rudo viento,
contra rocas y arrecifes que presagian el naufragio.
Tanto vale retar a las olas como hablarles bien.
¿Y qué es Eduardo sino un mar implacable?

¿Qué Clarence sino arena movediza?
¿Qué Ricardo, sino una roca fatal y escabrosa?
Todos son enemigos de nuestra pobre barca.
Digamos que pueden nadar; sí, mas solo por un rato;
caminar por la arena, pero enseguida se hunden;
pasar frente la roca; los barrerá la marea,
o morirán de hambre. Es una triple muerte.
Les digo esto, señores, para que comprendan
que si alguno de ustedes quiere escaparse
no podrá esperar más merced de los de York
que de las olas implacables, la arena y las rocas.
Bien, coraje, entonces: infantil debilidad sería
lamentar o temer lo inevitable.

PRÍNCIPE EDUARDO Pienso que una mujer con este bravo temple
debe, si un cobarde la escucha decir esto,
infundirle magnanimidad en el pecho,
para que, desnudo, combata a un hombre armado.
No lo digo porque dude de nadie,
pues si sospechara que alguno es timorato
le daría permiso de irse enseguida
para que no contagiara en nuestro trance a otro
y lo hiciera de su mismo ánimo.
Si hay alguno aquí (Dios no permita),
que se vaya, antes de que necesitemos su ayuda.

OXFORD ¿Que mujeres y niños tengan tal valor,
y desfallezcan los guerreros? ¡Sería una vergüenza eterna!
Valiente y joven príncipe, ¡tu famoso abuelo
ha renacido en ti! ¡Que vivas largo tiempo
para tener su estampa y renovar sus glorias!

SOMERSET Y que quien no luche por tal esperanza
se vaya a la cama, y como el búho de día
si se levanta, sea motivo de risa y asombro.

REINA MARGARITA Gracias, gentil Somerset; dulce Oxford, gracias.

PRÍNCIPE EDUARDO Y acepten las gracias de quien nada tiene.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Prepárense, señores, que Eduardo está cerca,
dispuesto a luchar; decídanse, por tanto.

OXFORD No dudaba de ello. Es su política
apresurarse para tomarnos de improviso.

SOMERSET Pero se equivoca: estamos listos.

REINA MARGARITA Mi corazón se alegra de ver que están dispuestos.

OXFORD No nos movamos: alineémonos aquí.

*Trompetas y marcha.
Entran el REY EDUARDO, RICARDO, duque de Gloucester,
y JORGE, duque de Clarence, con soldados.*

REY EDUARDO (*A sus seguidores.*)

Bravos seguidores, he allí el bosque espinoso
que, con la ayuda del cielo y de su fuerza,
antes de la noche debe arrancarse de raíz.
No tengo que agregar combustible a su fuego,
pues bien sé que arden por consumirlos.
¡Llamen a combate, y adelante, señores!

REINA MARGARITA (*A sus seguidores.*)

Señores, caballeros, oficiales; lo que debo decir
mis lágrimas lo anegan; con cada palabra
ven que bebo el agua de mis ojos.
Por tanto, solo esto: su soberano Enrique
del enemigo es prisionero; su estado está usurpado,
su reino es una carnicería, sus súbditos están muertos,
sus estatutos cancelados y exhausto su tesoro;
allí está el lobo que causa este despojo.
Luchan ustedes por la justicia; en nombre de Dios,
sean valientes, den señal de combate.

Alarma, incursiones, retirada. Salen.

ESCENA V

*Trompetas. Entran el REY EDUARDO, RICARDO, duque de Gloucester, y JORGE, duque de
Clarence, con la REINA MARGARITA, el conde de OXFORD y el duque de SOMERSET,
custodiados.*

REY EDUARDO Aquí terminan estas luchas tumultuosas.

Llévense ya a Oxford al castillo de Hames;
en cuanto a Somerset, córtenle la culpable cabeza.
Llévenselos de aquí; no quiero oírlos hablar.

OXFORD Yo no te importunaré con palabras.

Sale, custodiado.

SOMERSET Ni yo; me inclino ante mi fortuna con paciencia.

Sale, custodiado.

REINA MARGARITA Así nos separamos en este mundo turbulento
para reencontrarnos en Jerusalén con gozo.

REY EDUARDO ¿Se ha proclamado que el que encuentre a Eduardo
tendrá gran recompensa, y que el joven salvará su vida?

RICARDO Sí, y véanlo llegar ahora.

Entra el PRÍNCIPE EDUARDO, custodiado.

REY EDUARDO Traigan al galán: dejemos que hable.

Caramba, ¿puede pinchar una espina tan joven?
Eduardo, ¿cómo puedes disculparte
por llevar armas, sublevar a mis súbditos
y por todo el trastorno que has causado?

PRÍNCIPE EDUARDO ¡Habla como un súbdito, arrogante York!
Imagina que soy la boca de mi padre:
renuncia al trono e inclínate en donde estoy
mientras te repito estas mismas palabras
a las que, traidor, debieras responderme.

REINA MARGARITA ¡Ah, si tu padre hubiera sido así de firme!

RICARDO Para que tú siguieras llevando enaguas
sin tener que robar los calzones de Lancaster.

PRÍNCIPE EDUARDO Que fabule Esopo en las noches de invierno;
sus cínicos enigmas no vienen aquí a cuento.

RICARDO

¡Por los cielos, mocososo, te castigaré por eso!

REINA MARGARITA

Por cierto que tú naciste como castigo de los hombres.

RICARDO

¡Por Dios, llévense a este prisionero injurioso!

PRÍNCIPE EDUARDO ¡No; llévense mejor a este injurioso jorobado!

REY EDUARDO ¡Calla, niño terco, o te hechizaré la lengua!

JORGE (*Al PRÍNCIPE EDUARDO.*)

Eres muy insolente, niño mal enseñado.

PRÍNCIPE EDUARDO

Conozco mi deber; ninguno de ustedes cumple el suyo.
Lascivo Eduardo; y tú, perjuro Jorge;
y tú, deforme Ricardito: a todos les digo
que soy su superior, en tanto ustedes son traidores.
Tú usurpas el derecho de mi padre y el mío.

REY EDUARDO ¡Toma, viva imagen de esta arpía!

Apuñala al PRÍNCIPE EDUARDO.

RICARDO

¿Te debates? Toma, para acabar con la agonía.

RICARDO apuñala al PRÍNCIPE EDUARDO.

JORGE Y esto es por acusarme de perjurio

*JORGE apuñala
al PRÍNCIPE EDUARDO, que muere.*

REINA MARGARITA ¡Oh, mátenme a mí también!

RICARDO Sin duda que lo haré.

Intenta matarla.

REY EDUARDO Detente, Ricardo, detente: ya hemos hecho mucho.

RICARDO Para qué habría de vivir, ¿para llenar el mundo de palabras?

*La REINA MARGARITA
se desmaya.*

REY EDUARDO ¿Qué? ¿Se desvanece? Háganla volver en sí.

RICARDO (*Aparte, a JORGE.*)

Clarence, discúlpame con el rey mi hermano.
Parto a Londres por un asunto serio.
Antes de que llegue allí, entérate de algo.

JORGE (*Aparte, a RICARDO.*) ¿De qué? ¿De qué?

RICARDO (*Aparte, a JORGE.*) La Torre, la Torre.

REINA MARGARITA Oh, Ned, dulce Ned: háblale a tu madre, niño.

¿No puedes? ¡Ah, traidores, asesinos!
¡Los que mataron a César no derramaron sangre,

ni hicieron ningún daño, ni fueron culpables,
si se compara con este acto deleznable!
Él era un hombre; este, en relación, un niño;
y los hombres no aplican a los niños su furia.
¿Qué es peor que un asesino, que yo pueda nombrar?
No, no, mi corazón estallará si hablo;
y hablaré para que el corazón me estalle.
¡Asesinos, ruines! ¡Malditos caníbales!
¡Qué dulce planta segaron a destiempo!
Ustedes no tienen hijos; si los tuvieran,
solo pensar en ellos les daría remordimiento.
Pero si alguna vez tienen un hijo,
¡ojalá vean cómo de joven lo abaten
como mataron ustedes a este dulce príncipe!

REY EDUARDO Llévensela: vamos, sáquenla por la fuerza.

REINA MARGARITA No, no me lleven: mátenme aquí.
Saca aquí tu espada; te perdono por mi muerte.
¿Qué? ¿No lo harás? Entonces hazlo tú, Clarence.

JORGE Por el cielo que no te daré ese placer.

REINA MARGARITA Buen Clarence, hazlo; dulce Clarence, hazlo tú.

JORGE ¿No me has oído jurar que no quiero?

REINA MARGARITA Sí, pero sueles jurar en vano.
Antes era pecado; ahora es caridad.
¿Qué, no lo harás? ¿Dónde está ese siniestro carnicero,
el poco agraciado Ricardo? ¿Ricardo, dónde estás?
No aquí. El asesinato es tu limosna.
Nunca rechazas a los que piden sangre.

REY EDUARDO Fuera, digo; ordeno que la lleven.

REINA MARGARITA ¡Así les pase lo mismo que a este príncipe!

Sale, custodiada.

REY EDUARDO ¿Adónde se ha ido Ricardo?

JORGE

A Londres a toda prisa. (*Aparte.*) Como sospecho,
a una cena sangrienta en la Torre.

REY EDUARDO Es veloz cuando se le ocurre algo.

Ahora, marchémonos de aquí. Licencien a la tropa con la paga y las gracias, y vámonos a Londres, a ver qué bien le va a la amable reina. Espero, quiero decir, que tenga un hijo para mí.

Salen.

ESCENA VI

Entran sobre los muros el REY ENRIQUE VI, leyendo un libro, RICARDO, duque de Gloucester, y el teniente de la Torre.

RICARDO

Buen día, mi señor. ¿Tan enfrascado estás en la lectura?

REY ENRIQUE Sí, mi buen señor. Debería decir «mi señor».

Es pecado adular. «Buen» no era mucho mejor. «Buen Gloucester» y «buen diablo» serían lo mismo, y ambos, antinaturales: por tanto, de «buen señor», nada.

RICARDO (*Al teniente.*)

Déjanos solos, bribón. Tenemos que hablar.

Sale el teniente.

REY ENRIQUE Así huye del lobo el pastor negligente; así empieza la oveja inofensiva por entregar la lana y luego la garganta al cuchillo del carnicero. ¿En qué escena mortal actúa ahora Roscio?

RICARDO

La sospecha siempre asedia al espíritu culpable; el ladrón teme encontrar un oficial en cada arbusto.

REY ENRIQUE El pájaro que ha estado atrapado en un arbusto le teme a todo arbusto con alas temblorosas. Y yo, infortunado padre de una dulce ave, tengo ahora ante mis ojos el fatal objeto en que entramparon, cazaron y mataron a mi hijo.

RICARDO

¡Qué tonto e insensato fue el cretense aquel que le enseñó a hacer de pájaro a su hijo! Pese a sus alas, el bobo se ahogó.

REY ENRIQUE Yo soy Dédalo: Ícaro, mi pobre hijo;

tu padre, Minos, que se opuso a nuestra empresa;
el sol que quemó las alas de mi dulce niño
es tu hermano Eduardo, y tú el mar,
cuyo abismo envidioso se tragó su vida.
¡Mátame con tu arma, no con tus palabras!
Más soporta mi pecho la punta de tu daga
que mis oídos esa trágica historia.
¿Pero a qué vienes? ¿Es por mi vida?

RICARDO ¿Me tomas por verdugo?

REY ENRIQUE Un perseguidor, eres de cierto;
y si matar inocentes es ser verdugo,
entonces un verdugo eres.

RICARDO Maté a tu hijo por su presunción.

REY ENRIQUE Si te hubieran matado cuando empezaste a presumir
tu no habrías vivido para matar a un hijo mío.
Y auguro esto: que muchos miles
que ahora no sospechan ni pizca de mi miedo,
y muchos suspiros de ancianos y de viudas,
y muchos ojos de huérfanos, bañados de lágrimas,
padres por hijos, esposas por esposos,
huérfanos por la muerte temprana de sus padres,
maldecirán la hora en que naciste.
El búho chilló en tu alumbramiento: mal signo;
el mochuelo gritó augurando malos tiempos;
los perros aullaban, y atroces tormentas derribaron árboles;
el cuervo se encaramó a la chimenea
y en lúgubre discordancia parlotearon las urracas.
Tu madre sintió más que el dolor de una madre,
y sin embargo parió menos de lo que esperaba:
no el fruto de un árbol tan hermoso,
sino un bulto mal digerido y deforme;
cuando naciste, tenías dientes en la cabeza,
como si hubieras venido para morder el mundo;
y si es cierto el resto de lo que me contaron,
viniste...

RICARDO Ya no oiré más. Muere, profeta, en tu discurso.

Lo apuñala.

Para esto, entre otras cosas, fui enviado.

REY ENRIQUE Sí, y para muchos crímenes después de este.

¡Que Dios perdone mis pecados y te perdone a ti!

RICARDO

¿Qué? ¿La ambiciosa sangre de Lancaster
se hundirá en tierra? Creí que se elevaría.
Vean cómo llora mi espada por la muerte del rey.
¡Que siempre broten lágrimas purpúreas
de quienes quieren ver nuestra casa caída!
Si aún te queda una chispa de vida,
baja, baja al infierno, y di que yo te mandé.

Vuelve a apuñalarlo.

Yo, que no tengo ni piedad, ni amor, ni miedo.
Sin duda es cierto lo que dijo Enrique,
pues a menudo oí a mi madre decir
que vine al mundo con las piernas por delante.
¿Creen que no tenía razón para darme prisa
en buscar la ruina de los que usurpaban un trono?
La partera se asombró y gritaron las mujeres:
«¡Que Jesús nos bendiga, ha nacido con dientes!».
Y así fue, lo cual decía a las claras
que yo debía gruñir, y morder, y hacerme el perro.
Entonces, ya que los cielos modelaron así mi cuerpo,
que el infierno deforme mi cuerpo en consonancia.
No tuve padre, a ninguno me parezco;
no tengo hermano, a ninguno me parezco;
y esa palabra, «amor», que los viejos creen divina,
que resida en tres hombres que se parecen entre sí,
pero en mí no: yo soy yo solamente.
Clarence, cuídate; me separas de la luz,
pero elegiré para ti un día tenebroso.
Propagaré por ahí tales profecías
que Eduardo temerá por su vida,
y seré tu muerte para librarlo de ese miedo.
Enrique y su hijo ya no están; tú sigues, Clarence;
y uno por uno despacharé a los demás,
sin contentarme hasta que sea el mejor.
Arrojaré tu cuerpo en otro cuarto
y triunfaré, Enrique, el día de tu condena.

Sale con el cuerpo.

ESCENA VII

Un trono. Trompetas. Entran el REY EDUARDO, LADY GRAY, su reina, JORGE, duque de Clarence, RICARDO, duque de Gloucester, lord HASTINGS, un aya cargando al infante príncipe Eduardo y asistentes.

REY EDUARDO Una vez más nos sentamos en el trono de Inglaterra,
vuelto a comprar con sangre de enemigos.
¡Qué enemigos valientes hemos cortado
como maíz en otoño en la cima de su orgullo!
¡Tres duques de Somerset, tres veces renombrados
como campeones valientes e indudables!
Dos Cliffords, el padre y el hijo;
y dos Northumberlands; nunca hombres más bravíos
espolearán corceles al sonar la trompeta.
Warwick y Montague también, los dos fieros osos,
que sujetaban al gran león real con sus cadenas
y hacían temblar la selva con rugidos.
Así barrimos del trono la sospecha y
nos afincamos en la seguridad.

A LADY GRAY.

Ven aquí, Bess, y déjame besar al niño.

*El aya trae al príncipe infante.
El REY EDUARDO lo besa.*

Joven Ned, por ti velamos tus tíos y yo
con la armadura puesta en las noches de invierno,
y marchamos en el tórrido calor del verano
para que pudieras, en paz, volver a la corona
y recoger de nuestro esfuerzo la cosecha.

RICARDO

(Aparte.) Le arruinaré la cosecha apenas se descuide;
ya que el mundo aún no me respeta.
Este hombro se hizo así de grueso para cargar,
y algún peso alzaré, o me romperá la espalda.
Ábrete tú el camino, y serás el agente.

REY EDUARDO Clarence y Gloucester, amen a mi hermosa reina
y besen ambos a su digno sobrino.

JORGE Sello mi deber hacia su majestad
sobre los labios de este dulce niño.

Besa al príncipe infante.

LADY GRAY Gracias, noble Clarence; digno hermano, gracias.

RICARDO Y como amo el árbol de donde naciste,
mira el beso de amor que doy al fruto.

Besa al príncipe infante.

(*Aparte.*) A decir verdad, así besó Judas al maestro
y gritó «¡Salve!» cuando quería hacer daño.

REY EDUARDO Ya estoy sentado como mi alma quiere,
con la paz de mi tierra y el amor de los hermanos.

JORGE ¿Qué desea su gracia para Margarita?
Renato, su padre, ha empeñado al rey de Francia,
Jerusalén y las Sicilias, y ha enviado
el producto para su rescate.

REY EDUARDO Líbrense de ella y despídanla a Francia.
Y ahora, ¿qué queda sino emplear el tiempo
en suntuosos festejos y funciones de comedia
como corresponde al placer de la corte?
¡Que suenen tambores y trompetas! ¡Adiós, amarga ira!
Aquí empieza, espero, la dicha duradera.

*Trompetas.
Salen.*



RICARDO III

*versión de
María Enriqueta González Padilla*

Escrita entre 1592 y 1593, inmediatamente después de la trilogía de Enrique VI. Es probable que se trate de la primera obra que Shakespeare escribió para la compañía Lord Chamberlain's Men, en concreto para el principal actor de la misma, Richard Burbage. Hay una edición en Cuarto, publicada en 1597 y reimpressa en 1598, 1602, 1605, 1612, 1622, 1629 y 1634. El texto impreso en el Primer Folio de 1623 deriva de un manuscrito distinto al utilizado en la versión del Cuarto, es doscientos versos más largo y presenta una mayor coherencia, por lo que se suele considerar la versión autorizada.



DRAMATIS PERSONAE

REY EDUARDO IV

DUQUESA de York, madre de Eduardo IV

Eduardo, PRÍNCIPE de Gales; después rey Eduardo V, hijo del rey

Ricardo, duque de YORK, hijo del rey

George, duque de CLARENCE, hermano del rey

Ricardo, duque de GLOUCESTER, después REY RICARDO III, hermano del rey

Hijo de Clarence

Hija de Clarence

REINA ISABEL, esposa del rey Eduardo IV

Conde de RIVERS, hermano de la reina Isabel

Marqués de DORSET

Lord GRAY

REINA MARGARITA, viuda de Enrique VI

Lady ANA, viuda de Eduardo, príncipe de Gales, casada después con el duque de Gloucester

Lord HASTINGS

Lord STANLEY, conde de Derby, amigo de lord Hastings

Enrique, conde de RICHMOND, después rey Enrique VII

Seguidores de Richmond:

Conde de OXFORD

Sir James BLUNT

Sir Walter HERBERT

Sir William Brandon

Seguidores de Ricardo de Gloucester:

Duque de BUCKINGHAM

Duque de NORFOLK

Conde de SURREY, su hijo

Sir Richard RATCLIFF

Sir William CATESBY

Lord LOVEL

Sir James TYRREL

Dos ASESINOS

Un PAJE

CARDENAL Bouchier, arzobispo de Canterbury

John Morton, obispo de ELY

PADRE CRISTÓBAL

Thomas Rotherham, ARZOBISPO de York

Un SACERDOTE

Sir Robert BRAKENBURY, lugarteniente de la Torre de Londres

ALCALDE de Londres

Un PERSEVANTE

SHERIFF de Wiltshire

Lores y otros acompañantes; dos caballeros, ciudadanos, mensajeros,
fantasmas de las víctimas de Ricardo III, soldados, etcétera

PRIMER ACTO

ESCENA I

Una calle de Londres. Entra GLOUCESTER.

GLOUCESTER He aquí el invierno de nuestras desdichas
vuelto glorioso estío por este sol de York;
y todas las nubes que amagaban nuestra casa
sepultadas en lo profundo del océano.
Ciñen hoy nuestras frentes guirnaldas victoriosas;
cual trofeos penden nuestras melladas armas;
truécense en jolgorios nuestras rudas alertas,
y en ritmos placenteros las siniestras marchas.
El torvo guerrero suaviza sus arrugas;
y ahora, en vez de montar los bardados corceles
para asustar el ánimo de horrendos adversarios,
cabriolea ágil en la alcoba de una dama
al compás del lascivo deleite del laúd.
Mas yo, que no nací para estas travesuras,
ni estoy hecho a cortejar un amoroso espejo;
yo, cuya grosera estampa no conoce
la majestad con que el amor se pavonea
ante una ninfa libertina y desenvuelta;
yo, que estoy privado de bellas proporciones
y traicionado en mis rasgos por falaz naturaleza,
deforme, inconcluso y enviado antes de tiempo
a este mundo viviente, a medio hacer apenas,
y además tan cojo y tan falto de garbo
que los perros me ladran cuando me detengo;
pues yo, en este débil tiempo de paz y lloriqueos,
no hallo otro gusto para matar el tiempo,
que espiar mi sombra dibujada al sol
mientras sobre mi deformidad voy discurriendo;
y puesto que no puedo probarme como amante,
para entretener estos bellos y graciosos días,
he determinado probarme cual villano
y odiar los frívolos placeres de estos días.
Complots he urdido, inducciones peligrosas,
mediante extravagantes augurios, sueños y pasquines,

para poner al monarca y a mi hermano Clarence
en odio mortal el uno contra el otro;
y si el rey Eduardo es tan justo y veraz
como yo sutil, falso y traicionero,
este día será Clarence metido en jaula estrecha,
por una profecía que anuncia que G
de los hijos de Eduardo asesino ha de ser.
Sumíos, pensamientos, en lo hondo del alma que se acerca Clarence.

Entra CLARENCE custodiado por un guardia y BRAKENBURY.

Hermano, buenos días, ¿qué significa esta guardia
que escolta a vuestra gracia?

CLARENCE Su majestad,
solícito de la seguridad de mi persona,
ha nombrado este conducto que me lleve a la Torre.

GLOUCESTER ¿Por qué motivo?

CLARENCE Porque mi nombre es George.

GLOUCESTER ¡Ay!, milord, esa falta no os compete;
debería por ello demandar a vuestros padres.
¡Ah! Quizá su majestad tenga intenciones
de rebautizaros en la Torre.
Pero ¿cuál es la causa, Clarence? ¿Puedo oírla?

CLARENCE Sí, Ricardo, cuando yo la sepa:
juro que todavía la ignoro;
en profecías y sueños para mientes
y la letra G del alfabeto escoge,
y dice que un brujo le dijo que por G
sus hijos desheredados van a ser.
Y como mi nombre George con G comienza,
se le ha metido en la cabeza que soy él.
Estas, he oído, y otras fruslerías
han movido a su alteza a encarcelarme.

GLOUCESTER Así pasa cuando mandan las mujeres:
no es el rey quien os envía a la Torre.
Milady Gray, su esposa, Clarence, es
quien a tal extremo lo acalora.
¿No fue ella acaso y ese devoto caballero
anthony Woodville, que es su hermano,

quienes lo hicieron enviar a lord Hastings a la Torre,
de donde hoy mismo va a ser liberado?

No estamos seguros, Clarence; no lo estamos.

CLARENCE Por el cielo creo nadie está seguro
a no ser los parientes de la reina
y los heraldos nocturnos
que se arrastran entre el rey y mistress Shore.
¿No sabéis cuan humildemente le ha rogado
lord Hastings que le granjee su libertad?

GLOUCESTER Orando humildemente a su deidad
obtuvo el lord chambelán su libertad.
Os diré una cosa; creo que el medio
si queremos conservar el favor real,
es serle adictos y vestirnos su librea.
La celosa y ajada viuda y ella
desde que el rey las hizo damas nobles
son las más chismosas de la corte.

BRAKENBURY Ruego a vuestras mercedes me perdonen:
su majestad ha prohibido estrictamente
que nadie, sea cual fuere su linaje,
hable privadamente con su hermano.

GLOUCESTER ¿Ah sí? Pues si le place a vuestra señoría,
Brakenbury, podéis oír lo que decimos:
no hablamos, hombre, de traición; decimos que el rey
es virtuoso y sabio; su noble reina,
nada celosa, bella y de madura edad;
decimos que la mujer de Shore tiene pie lindo,
labios de cereza, ojos alegres y palabra en extremo deleitosa,
y que se ha ennoblecido a los parientes de la reina.
¿Qué decís, señor? ¿Podrías negar todo esto?

BRAKENBURY No tengo, milord, nada que ver con esto.

GLOUCESTER ¡Nada que ver con mistress Shore!
Te digo, amigo,
que el que tenga que ver con ella, excepto uno,
más vale que lo haga a solas y en secreto.

BRAKENBURY ¿Quién es ese, milord?

GLOUCESTER Su marido, imbécil. ¿Intentas traicionarme?

BRAKENBURY Ruego a vuestra gracia me perdone
y se abstenga de hablar al noble duque.

CLARENCE Sabemos que cumples instrucciones y obedecemos,
Brakenbury.

GLOUCESTER Somos esclavos de la reina y es fuerza obedecerle.
Adiós, hermano: hablaré con el rey;
estoy a tus órdenes sea lo que fuere.
Aunque se trate de llamarle hermana a la real viuda de Eduardo,
lo haría para librarte.
Mientras tanto esta profunda pena fraternal
me afecta más hondo de lo que te imaginas.

CLARENCE Ya sé que a ninguno de los dos le causa gusto.

GLOUCESTER Bueno, no será largo tu encarcelamiento;
te pondré en libertad u ocuparé tu sitio.
Entretanto ten paciencia.

CLARENCE Debo hacerlo por fuerza: hasta la vista.

Salen CLARENCE, BRAKENBURY y el guardia.

GLOUCESTER Ve y anda el camino que no volverás a recorrer.
¡Simple y cándido Clarence! Te quiero tanto
que tu alma al cielo mandaré muy pronto
si el cielo se digna aceptar la ofrenda de mis manos.
¿Mas quién se acerca? ¡El recién liberado Hastings!

Entra HASTINGS.

HASTINGS ¡Buen día tenga mi gracioso lord!

GLOUCESTER ¡Otro tanto os deseo, lord chambelán!
La bienvenida al aire libre os doy.
¿Qué tal soportó la cárcel vuestra señoría?

HASTINGS Con paciencia, noble señor, como debe hacerlo un preso,
mas viviré, milord, para mostrarme agradecido
a los que fueron causa de mi encierro.

GLOUCESTER Eso es, eso es, y lo mismo hará Clarence,
pues nuestros enemigos lo son suyos,
y también han prevalecido sobre él.

HASTINGS Lástima que a las águilas se enjaule
mientras libres rapiñan buitres y milanos.

GLOUCESTER ¿Qué nuevas hay de fuera?

HASTINGS Nunca tan malas fuera como en casa;
el rey está enfermo, triste y agotado,
y sus médicos temen por su vida.

GLOUCESTER ¡Por san Pablo, que es mala la noticia!
¡Ay! Mala vida ha llevado largo tiempo
y ha consumido mucho su persona.
Triste es pensar en ello.
Qué, ¿guarda cama?

HASTINGS Así es.

GLOUCESTER Id vos delante. Sin tardanza os sigo.

Sale HASTINGS.

No podrá vivir, espero; y no debe morir
hasta que George sea despachado en posta al cielo.
Iré a exacerbar su odio contra Clarence
con bien urdidos embustes y argumentos de peso,
y si no fracaso en mi tenebroso intento,
a Clarence no le resta ni un solo día de vida;
hecho lo cual, ¡Dios acoja en su seno al rey Eduardo
y me deje a mí el mundo para disfrutarlo!
Me casaré entonces con la hija de Warwick,
que aunque yo maté a su esposo y a su padre,
no hay medio mejor para satisfacerla
que convertirme en su esposo y en su padre.
Y eso haré, no tanto por que la ame,
sino por otro fin íntimo que guardo
que he de alcanzar mediante este matrimonio.
Pero no hay que cantar victoria antes de tiempo...
Clarence respira aún; vive y reina Eduardo.
Su fin, para contar mi lucro aguardo.

ESCENA II

*Londres. Otra calle. Entran CABALLEROS con alabardas conduciendo el cadáver del rey Enrique VI
en un féretro abierto; lady ANA preside el duelo.*

ANA Bajad a tierra vuestra honrosa carga,
si es que al honor un féretro cobija,

mientras un rato con llanto fúnebre lamento
la prematura muerte del virtuoso Lancaster.
¡Pobre figura helada de un monarca santo!
¡Apagadas cenizas de la casa de Lancaster!
¡Restos sin sangre de su sangre real!
¡Séame lícito invocar tu espíritu
para que oigas los ayes de la pobre Ana,
esposa de tu Eduardo, de tu hijo asesinado,
apuñalado por las mismas manos que abrieron tus heridas!
¡Ay!, sobre estas bocas por do escapó tu vida
derramo el bálsamo inútil de mis pobres ojos.
¡Oh! ¡Maldita sea la mano que abrió tales heridas!
¡Maldito el corazón que tuvo el ánimo de hacerlo!
¡Maldita la sangre que vertió esta sangre!
Peor suerte le alcance a ese odioso miserable,
que al darte muerte nos sume en la miseria,
que la que pueda desear a sapos, arañas y culebras,
o a cualquier cosa viviente, rastrera o ponzoñosa.
Si tuviere un hijo, aborto sea,
monstruoso y dado a luz antes de tiempo,
para que su aspecto anormal y repugnante,
espante al verlo la esperanza de su madre;
¡Y sea heredero de su infelicidad!
¡Si tuviere esposa, sea más desdichada
por su muerte de lo que yo lo soy
por la de mi joven esposo y por la tuya!
Venid ahora a Chertsey con vuestra santa carga,
que de San Pablo traemos a enterrar ahí,
y a medida que os sintáis fatigados por su peso,
descansad, mientras lloro sobre el cuerpo del difunto.

*Los portadores alzan el cadáver y echan a andar.
Entra GLOUCESTER.*

GLOUCESTER Alto, en tierra depositad ese cadáver.

ANA ¿Qué siniestro mago conjura a este demonio
para interrumpir la caridad de las obras pías?

GLOUCESTER ¡Villanos! Depositad el muerto, o por san Pablo,
un muerto haré del que desobedezca.

CABALLERO PRIMERO Retroceded, milord, y dad paso al ataúd.

GLOUCESTER ¡Perro grosero, detente y obedéceme!

Levanta tu alabarda más alta que mi pecho,
o por san Pablo, te arrojaré a mis pies
y pisotearé tu alevosía, mendigo.

Los portadores bajan el féretro.

ANA ¡Cómo! ¿Estáis temblando? ¿Tenéis miedo todos?

¡Ay!; no debo culparos, porque sois mortales
y ojos mortales no pueden ver al diablo.

¡Atrás, repugnante ministro del infierno!

Solo tenías poder sobre su cuerpo,
mas no puedes apoderarte de su alma ¡fuera!

GLOUCESTER Dulce santa, por caridad no me maldigas.

ANA Demonio asqueroso, por Dios vete, y no nos perturbes.

Has convertido en infierno tuyo la tierra venturosa
llenándola de imprecaciones y lamentos.

Si te complace mirar tus felonías,
mira la muestra aquí de tus atrocidades.

¡Oh, señores!, ved cómo las bocas coaguladas
de las heridas de Enrique sangran nuevamente.

Sonrójate, bodoque asqueroso de deformidades,
pues tu presencia hace que vuelvan a sangrar
las venas yertas y vacías que sangre ya no tienen.

Tus actos desnaturalizados e inhumanos
provocan este diluvio portentoso.

Oh, Dios, que creaste esta sangre, ¡venga su muerte!

Oh, tierra, que bebes esta sangre, ¡venga su muerte!

¡Que el cielo hiera con su rayo al asesino para darle muerte!

O la tierra se abra cuan ancha es y lo devore,
como se bebe la sangre del buen rey
a quien asesinó su malhadado brazo.

GLOUCESTER Señora, desconoces de caridad las leyes
que vuelven bien por mal, bendiciones por injurias.

ANA Villano, no conoces ley ni humana ni divina.

No hay bestia por feroz que sea
que no muestre algún rasgo de piedad.

GLOUCESTER

Pero yo no conozco ninguno y por tanto no soy bestia.

ANA Oh, maravilla, que el demonio diga la verdad.

GLOUCESTER

Más maravilla aún que los ángeles se enojen de este modo.
Permíteme, perfección divina de mujer,
que de estos supuestos delitos
te dé una explicación circunstanciada.

ANA Permíteme, infecta imitación humana,
que de tan palpables crímenes
circunstanciadamente maldiga tu maldito ser.

GLOUCESTER O beldad indescriptible a la palabra,
concédeme paciente oído para disculparme.

ANA Oh, infame, a la imaginación inconcebible,
no puedes ofrecer otra excusa que colgarte.

GLOUCESTER La desesperación sería mi acusadora.

ANA Y al desesperarte alcanzarías disculpa
por haber tomado en ti justa venganza
de la injusta carnicería que hiciste en otros.

GLOUCESTER Di que no fui yo quien les dio muerte.

ANA Di entonces que están vivos todavía:
pero muertos están por ti, perverso esclavo.

GLOUCESTER Yo no maté a tu esposo.

ANA Estaría vivo entonces.

GLOUCESTER No; muerto está. Asesinado por Eduardo.

ANA Miente tu boca inmunda. La reina Margarita
vio tu falce asesino humeando entre su sangre;
el cual doblaste una vez contra su pecho,
mas desviaron su punta tus hermanos.

GLOUCESTER Me provocó a ello su lengua calumniosa
que echaba en mis inocentes hombros esa carga.

ANA Te provocó tu sanguinario instinto
que nunca soñó otra cosa que matanzas.
¿Acaso a este rey no asesinaste?

GLOUCESTER Sí, lo concedo.

ANA ¿Lo concedes, puerco espín?

¡Entonces que Dios me conceda a mí
que por tan perversa acción seas condenado!
¡Ay! Era gentil, manso y virtuoso.

GLOUCESTER ¡Tanto más digno del descanso eterno!

ANA Está en el cielo donde tú no entrarás nunca.

GLOUCESTER Que me agradezca el haberlo enviado allá;
más le conviene ese sitio que la tierra.

ANA A ti en cambio solo el infierno te conviene.

GLOUCESTER Sí, y otro lugar si me permites señalarlo.

ANA Algún calabozo.

GLOUCESTER El lecho de tu alcoba.

ANA Ronde el insomnio la alcoba que tú habites.

GLOUCESTER Así sea, señora, mientras no duerma a tu lado.

ANA Así lo espero.

GLOUCESTER Y yo lo sé de cierto. Gentil Ana,
dejemos este enconado duelo de palabras
y sigamos un camino más pacífico.
¿Por ventura el causante de las prematuras muertes
de estos Plantagenet, tanto Eduardo como Enrique,
no es tan culpable como su ejecutor?

ANA Tú fuiste la causa y el efecto abominable.

GLOUCESTER Tu belleza fue la causa de ese efecto;
tu belleza, que me provocó en el sueño
a intentar dar muerte a todo el mundo
con tal de reposar una hora en tu dulce regazo.

ANA Homicida, si creyera yo tal cosa,
desgarraría con las uñas la belleza de mi rostro.

GLOUCESTER Estos ojos no podrían ver destruida esa hermosura.
Estando yo presente no la dañarías.
Mi vista no toleraría tamaño ultraje.
Igual que el mundo entero se alegra con el sol,
me alegro yo con ella; es mi vida, mi luz.

ANA ¡La negra noche oscurezca tu luz, y la muerte tu vida!

GLOUCESTER No te maldigas, hermosa, que ambas eres.

ANA Quisiera serlo, para tomar de ti venganza.

GLOUCESTER No es natural esta contienda en ti.

Querer vengarte de quien te ama tanto.

ANA Es una contienda razonable y justa
querer vengarme del que hirió a mi esposo.

GLOUCESTER Quien te privó, señora, de ese esposo,
lo hizo por procurarte otro mejor.

ANA Otro mejor no lo hay sobre la tierra.

GLOUCESTER Existe alguien que ese amor supera.

ANA ¿Quién es?

GLOUCESTER Plantagenet.

ANA Ese era él.

GLOUCESTER Uno del mismo nombre, pero de mejor naturaleza.

ANA ¿Dónde está?

GLOUCESTER Aquí. (*Ella lo escupe.*) ¿Por qué me escupes?

ANA Ojalá que mortal veneno fuera.

GLOUCESTER Nunca brotó veneno de lugar tan dulce.

ANA Nunca cayó veneno en sapo más inmundo.

¡Fuera de mi vista! Emponzoñas mis ojos.

GLOUCESTER Tus ojos, dulce señora, han emponzoñado los míos.

ANA ¡Ojalá fueran basiliscos para darte muerte!

GLOUCESTER Ojalá lo fueran para quedar al punto muerto;

porque ahora con vivífica muerte me asesinan.

Esos ojos tuyos de los míos han hecho brotar amargas lágrimas
avergonzando su mirada con pueriles lloros;

estos ojos que nunca vertieron una lágrima piadosa;

no, ni cuando mi padre York y Eduardo enternecidos

lloraban al escuchar el quejido lastimero

de Rutland, al ver al siniestro Clifford agitar la espada sobre él;

ni cuando tu belicoso padre como un niño

relató la triste historia de la muerte del mío,
y veinte veces la interrumpió con llantos y sollozos,
de modo que se humedecieron sus mejillas
como árboles rociados por la lluvia.
En tan amargo trance mis ojos varoniles
desdeñaron derramar humilde lloro;
y lo que estas penas no pudieron obtener
logra hoy tu beldad, y lágrimas los ciegan.
Yo nunca he rogado ni a amigo ni a enemigo;
mi lengua no aprendió palabras suaves;
mas ahora que mi galardón es tu hermosura,
mi altivo corazón se humilla y hace hablar a mi lengua.

Ella lo mira con desprecio.

No muestres en tus labios tal desprecio,
pues el beso, no el desdén les aprovecha.
Si vengativo, tu corazón no me perdona,
mira, te presto mi puntiaguda espada,
que si te place hundir en mi leal pecho,
y hacer salir al alma que te adora,
desnudo lo ofrezco a tu mortal desquite
y humildemente imploro la muerte de rodillas.

*Descubre su pecho.
Ella dirige hacia él la espada.*

No te detengas; yo maté al rey Enrique;
pero tu beldad me indujo a ello.
Mátame pues ahora; yo asesiné a Eduardo;

*Ella dirige de nuevo la espada
contra su pecho.*

pero me guió tu celestial semblante.

Ella deja caer la espada.

Alza de nuevo la espada o álzame del suelo.

ANA Levántate, hipócrita. Aunque deseo tu muerte,
no seré yo quien te ejecute.

GLOUCESTER Ordéname entonces darme muerte y te obedeceré.

ANA Ya lo hice.

GLOUCESTER Pero fue en medio de tu enojo.

Ordénalo de nuevo, y al instante,
esta mano que por tu amor mató a tu amor
matará por tu amor a un amante más sincero.
De ambas muertes serás tú el instrumento.

ANA ¡Quién tu corazón pudiera leer!

GLOUCESTER En mi lengua está representado.

ANA Me temo que los dos sean engañosos.

GLOUCESTER No hubo entonces jamás hombre sincero.

ANA Bueno, bueno, cíñete la espada.

GLOUCESTER Di entonces que quedamos amistados.

ANA Ya lo sabrás más tarde.

GLOUCESTER ¿Pero puedo alimentar una esperanza?

ANA Todo hombre vive de esperanzas.

GLOUCESTER Dígnate llevar esta sortija.

ANA Tomar no significa compromiso.

Se pone el anillo.

GLOUCESTER Mira como mi anillo rodea tu dedo;

así tu pecho ciñe mi pobre corazón.

Úsalos ambos, pues los dos son tuyos.

Y si tu pobre adicto esclavo puede
implorar un favor de tu graciosa mano,
habrás confirmado su dicha para siempre.

ANA ¿De qué se trata?

GLOUCESTER Que te dignes dejar estos tristes deberes

a quien para doliente está más indicado,
y te dirijas de inmediato a Crosby Place;
donde, tras de haber enterrado con gran pompa
a este noble rey en el monasterio de Chertsey,
y lavado su tumba con mis contritas lágrimas,
iré con toda diligencia a verte.

Por varias razones que no puedo revelar
te ruego me concedas esta gracia.

ANA Con toda mi alma, y mucho me complace

verte tan arrepentido.

Tressel y Berkeley, acompañadme, os ruego.

GLOUCESTER Despidete de mí.

ANA No lo mereces.

Pero, pues me enseñas a halagarte,
figúrate que ya me he despedido.

Salen lady ANA, Tressel y Berkeley.

GLOUCESTER Señores, levantad el ataúd.

CABALLEROS ¿A Chertsey, milord?

GLOUCESTER No, a Blackfriars; esperad ahí mi llegada.

Salen todos menos GLOUCESTER.

¿Fue nunca mujer de este modo pretendida?
¿Fue nunca mujer de este modo conquistada?
Será mía; mas por tiempo limitado.
¡Cómo! Yo que maté a su esposo y a su suegro,
la he ganado cuando más me aborrecía;
maldiciéndome su boca, ahogada en llanto,
ante el sangrante testigo de su odio,
teniendo a Dios, su conciencia y tanta traba
en contra mía; y yo sin más apoyo
que el diablo y mis trazas embusteras.
¡Y así vencerla contra el mundo entero!
¡Ja!
¿Ya se olvidó del príncipe bizarro,
Eduardo, su señor, que hace tres meses
en Tewkesbury asesinó mi cólera?
Más afable y cumplido caballero
no podrá blasonar el ancho mundo:
joven, discreto, valiente y de prosapia regia...
¿Y sin embargo se rebaja ella a mirarme,
a mí, que seguí a su marido en flor,
y que la condené a viudez en triste lecho?
¿A mí, que entero no igualo la mitad de Eduardo?
¿A mí, cojo y deforme de este modo?
Apuesto mi ducado contra un mísero centavo
que he errado siempre respecto a mi persona;
por vida mía me juzga, aunque yo no lo crea,

un portento de hermosura y gallardía.
Debo buscar en el acto algún espejo
y alquilar dos docenas de modistas
que inventen modas para adornar mi cuerpo.
Puesto que me ha caído tan en gracia,
haré algún gasto para mantenerlo.
Mas primero echaré a este tipo en el sepulcro,
y empezaré luego con mi amada las querellas.
¡Brilla, bello sol, mientras compro un espejo
para que pueda ver mi sombra en tu reflejo!

Sale.

ESCENA III

*Londres. Una sala del palacio.
Entran la REINA ISABEL, lord RIVERS y lord GRAY.*

RIVERS Tened calma, señora; no hay duda que su alteza
recobrará pronto la salud cumplida.

GRAY Lo hace empeorar vuestra falta de paciencia.
Por tanto, admitid, por Dios, algún consuelo,
y estimuladlo con alegres pláticas.

REINA ISABEL Ay, si él muriera, ¿qué sería de mí?

GRAY Sufriríais solo la ausencia de tal dueño.

REINA ISABEL Su ausencia equivale a todas las desgracias.

GRAY Os bendijo el cielo con un hijo tan bueno
que cuando él falte sea vuestro consuelo.

REINA ISABEL ¡Ay! Es joven; y ha de protegerlo
en su menor edad Ricardo Gloucester
quien no me quiere a mí, ni a ninguno de vosotros.

RIVERS ¿Se ha decidido que él sea el protector?

REINA ISABEL Se ha decidido, pero no ultimado.
Y así tendrá que ser, si el rey fenece.

Entran BUCKINGHAM y STANLEY.

GRAY Aquí vienen los lores de Buckingham y Stanley.

BUCKINGHAM Buenos días tenga vuestra real alteza.

STANLEY Dios conserve completa vuestra dicha.

REINA ISABEL Difícilmente aprobaría vuestra plegaria
la condesa de Richmond, milord Stanley.
Mas no obstante que sea ella vuestra esposa,
y que no me quiera, estad seguro
que su altivez, señor, no me hace odiaros.

STANLEY Y yo os ruego que prestéis oídos
a celosas calumnias de la maledicencia;
o si la acusación tuviere fundamento,
soportad su flaqueza, que a lo que creo se debe
tan solo al capricho de su enfermedad y no a malicia.

REINA ISABEL ¿Habéis visto hoy al rey, milord de Stanley?

STANLEY Ahora mismo, el duque de Buckingham y yo
hicimos a su alteza una visita.

REINA ISABEL ¿Qué síntomas de alivio habéis notado?

BUCKINGHAM Muchos, señora; su alteza charla alegremente.

REINA ISABEL Dios le dé la salud. ¿Le habéis hablado?

BUCKINGHAM Sí, señora: desea dejar reconciliados
a vuestros hermanos con el duque de Gloucester,
y a aquellos, con el lord chambelán,
y los mandó comparecer ante su real presencia.

REINA ISABEL ¡Ojalá saliera todo bien! Pero lo dudo;
temo que nuestra felicidad toca a su término.

Entran GLOUCESTER, HASTINGS y DORSET.

GLOUCESTER Me han calumniado y no voy a tolerarlo.

¿Quiénes son los que se quejan ante el rey
de que soy duro y que no los quiero bien?
Por san Pablo, mal aman a su alteza
los que filtran tales rumores en su oído.
Porque no empleo adulaciones ni lisonjas,
sonrisas, mimos, engaños y caricias,
ni como mono imito a los franceses
en sus modales y cortesanía,
he de ser tenido por enemigo rencoroso.

¿No puede un hombre llano y sin recelos,
vivir en paz sin que esta su franqueza
sea mal interpretada por intrigas
de infelices, melifluos y ladinos?

GRAY ¿A quién se refiere en esto vuestra gracia?

GLOUCESTER A ti, que no tienes honradez ni gracia alguna.

¿En qué te he hecho mal o cuándo te he ofendido?
¿O a ti? ¿O a ti? ¿O a alguno de tu bando?
¡Mala peste caiga sobre todos! Su majestad
(a quien Dios guarde aunque deséis su muerte)
no puede tener punto alguno de reposo
sin que lo perturbéis con infames delaciones.

REINA ISABEL Cuñado Gloucester, estáis equivocado.

Por su real voluntad el soberano,
sin que lo incite ningún solicitante,
adivinando acaso el odio interno
que en vuestras acciones se revela
contra mis hijos, hermanos y mí misma,
os ha hecho llamar para formarse idea
de la raíz de esa malquerencia y corregirla.

GLOUCESTER No sé qué decir: tan mal andan las cosas,

que los pajarracos buscan presa
donde las águilas no se atreven a posar.
Desde que los plebeyos se han ennoblecido
hay muchos nobles convertidos en plebeyos.

REINA ISABEL Vamos, vamos, ya entendemos la indirecta.

Envidiáis mi progreso y el de mis amigos;
¡Dios quiera que nunca tengamos necesidad de vos!

GLOUCESTER Entretanto Dios quiere que nosotros sí tengamos
necesidad de vos.

Por vuestras intrigas está mi hermano encarcelado,
he caído yo en desgracia y es menospreciada la nobleza;
mientras se otorgan a diario privilegios para ennoblecer
a quienes ayer apenas no valían cuartillo.^[15]

REINA ISABEL Por quien me elevó a esta altura zozobranante

desde la existencia feliz que disfrutaba,
juro que nunca incité a su majestad
contra el duque de Clarence, y que he sido

ferviente intercesora a favor suyo.
Milord, me hacéis una injuria ignominiosa
al atraer sobre mí tan vil sospecha.

GLOUCESTER ¿ Podéis negar no haber sido vos la causa
de la reciente prisión de milord Hasting?

RIVERS Puede negarlo, milord; porque...

GLOUCESTER ¡Claro que puede, lord Rivers! Quién lo duda...
Hacer puede, señor, más que negarlo:
puede granjearos altos privilegios
y negar luego que su mano anduvo en ello,
y atribuir la honra a vuestros altos méritos.
¿Qué no puede hacerlo? Vaya que si puede.

RIVERS ¿Vaya que si puede?

GLOUCESTER ¡Vaya! ¿Qué puede? Puede casarse con el rey,
soltero y además gallardo mozo.
No hizo tan buen casorio vuestra abuela.

REINA ISABEL Milord de Gloucester, he sufrido demasiado
vuestros escarnios y vuestros vituperios.
Por el cielo juro que informaré a su alteza
de los muchos ultrajes que vengo soportando.
Preferiría ser una sirvienta rústica
que una gran reina, si debo de aguantar,
tantos ataques, insolencias y desprecios.
¡Poco disfruto el ser reina de Inglaterra!

Entra por detrás la REINA MARGARITA.

REINA MARGARITA (*Aparte.*)

¡Y ruego a Dios que eso poco disminuya!
Tu trono, honor y alcurnia a mí me corresponden.

GLOUCESTER ¿Y qué? ¿Me amenazáis con denunciarme?
Hacedlo y no tengáis ningún escrúpulo.
Ved: lo que he dicho repetiré ante el rey.
Desafío el riesgo de que me envíe a la Torre.
Precisa hablar; se olvidan mis servicios.

REINA MARGARITA (*Aparte.*)

¡Fuera demonio! Yo los recuerdo demasiado.
En la Torre mataste a Enrique, mi marido,

y en Tewkesbury a Eduardo, mi pobre hijo.

GLOUCESTER Antes de que fueseis reina, o vuestro esposo rey,
yo era la bestia de carga de todos sus asuntos,
el que diezmaba a sus altivos adversarios,
el que pagaba con largueza a sus amigos;
para tornar su sangre real, vertí la mía.

REINA MARGARITA (*Aparte.*) Sí y otra mejor que esa y que la tuya.

GLOUCESTER Y mientras tanto vos y vuestro esposo Gray
erais partidarios de la casa de Lancaster;
y vos lo mismo, Rivers. ¿Por ventura
no fue vuestro esposo muerto
por luchar por la reina Margarita
en la batalla de Saint Albans?
Os debo recordar si lo olvidasteis
lo que habéis sido y lo que sois ahora;
lo que yo era y lo que ahora soy.

REINA MARGARITA (*Aparte.*)

¡Ahora, igual que antes, un pérfido asesino!

GLOUCESTER El pobre Clarence abandonó a su suegro,
sí, y rompió su juramento. (¡Dios lo absuelva!)

REINA MARGARITA (*Aparte.*) ¡Dios lo castigue!

GLOUCESTER Para luchar por el trono para Eduardo.
Y por su falta, infeliz, está en la cárcel.
Ojalá que mi corazón de piedra fuera, como el de Eduardo,
o el de Eduardo blando y clemente como el mío.
Soy como un niño ingenuo en este mundo.

REINA MARGARITA (*Aparte.*)

¡Vete al infierno y deja el mundo, sinvergüenza!
¡Demonio! ¡Que ese sea tu reino!

RIVERS Milord de Gloucester, en los aciagos días
que citáis para probar que somos adversarios,
seguíamos a nuestro jefe, a nuestro rey legítimo;
lo mismo haríamos si vos fuerais el rey.

GLOUCESTER ¡Si yo lo fuera! ¡Más vale ser buhonero!
¡Lejos de mí semejante pensamiento!

REINA ISABEL Por la escasa alegría que tendríais,

según decís, en ser rey de este país, señor,
podéis imaginar cuán poca dicha tengo
en ser su reina yo.

REINA MARGARITA (*Aparte.*) Cual escasa es la dicha de su reina,
pues yo lo soy y no tengo ninguna.
¡No puedo contenerme por más tiempo!
(*Avanzando.*) ¡Oídmme, piratas pendencieros, que disputáis
al repartiros lo que me habéis robado!
¿Quién de vosotros no tiembla al contemplarme?
Si siendo yo vuestra reina no os humilláis sumisos,
temblad cual rebeldes por haberme destronado.
¡Ah, no te escabullas, aristócrata villano!

GLOUCESTER Sucia bruja arrugada, ¿qué haces ante mi vista?

REINA MARGARITA Tan solo repetirte tus maldades,
lo que haré antes de dejarte ir.

GLOUCESTER ¿No estabas desterrada bajo pena de muerte?

REINA MARGARITA Lo estaba, pero hallé peor el destierro
que permanecer aquí y hallar la muerte.
(*A GLOUCESTER.*) Me debes un hijo y un esposo;
(*A la REINA ISABEL.*) Y tú, un reino;
todos vosotros obediencia;
mis pesares os pertenecen por derecho,
y los placeres que usurpáis son míos.

GLOUCESTER La maldición que te lanzó mi padre
cuando coronaste con papel sus belicosas sienas,
y con tus escarnios hiciste que brotara
de sus ojos caudaloso llanto,
y para enjugarlo le alargaste luego
un pañuelo tinto en sangre del tierno Rutland;
su maldición, que brotó contra ti de la amargura de su alma,
sobre ti ha caído toda,
y Dios, no nosotros, castiga tus delitos.

REINA ISABEL ¡Justo es Dios al vengar al inocente!

HASTINGS Crimen horrendo fue matar a esa criatura
y el más avieso que se haya reportado.

RIVERS Aun los tiranos se conmovieron al oírlo.

DORSET Todo el mundo profetizó venganza.

BUCKINGHAM Northumberland que estaba presente lloró al verlo.

REINA MARGARITA ¡Cómo! Estabáis peleando cuando entré,
prestos a acogotaron mutuamente,
¿y volvéis ahora vuestro odio contra mí?
¿Pudo tanto en el cielo la maldición temible
de York que la muerte de Enrique, la de Eduardo,
la pérdida de su reino, mi destierro triste,
deban pagar por ese mozalbete?
¿Pueden las maldiciones rasgar las nubes y subir al cielo?
Entonces, ¡dad paso, densas nubes, a mis rápidas imprecaciones!
¡Si no en la guerra, en el libertinaje sucumba vuestro rey,
como el nuestro asesinado, para que él fuera rey!
¡Eduardo, tu hijo, que hoy es príncipe de Gales,
por Eduardo, mi hijo, que era príncipe de Gales,
muera en la juventud con repentina violencia!
¡Tú que eres reina, por mí, que reina fui,
sobrevivas a tu gloria como yo miserable!
¡Larga vida tengas para llorar muertos a tus hijos,
y para mirar a otra, como yo lo hago ahora,
asumir tus derechos como tú los míos!
¡Fenezca tu ventura mucho antes de tu muerte,
y tras de muchas horas de interminable pena,
muere sin ser ya madre, ni esposa,
ni reina de Inglaterra!
Rivers y Dorset, vosotros presenciasteis,
lo mismo que vos, lord Hastings, cuando mi hijo
fue asesinado por sanguinarias dagas: ¡a Dios ruego
que ninguno muera de muerte natural,
y trunque su existencia imprevisto accidente!

GLOUCESTER ¡Termina tu conjuro, vieja bruja maldita!

REINA MARGARITA ¿Y dejarte a ti fuera? Aguarda perro,
que tendrás que oírme:
si reserva el cielo una terrible plaga
que sobrepuje a las que te deseo,
¡ay!, que aguarde a que maduren tus pecados
y arroje entonces su ira sobre ti.
Sobre ti, que perturbas la paz del pobre mundo.
¡Que roa tu conciencia todo el tiempo un gusano!

¡Que creas que tus amigos te son siempre traidores,
y abracés a traidores cual dilectos amigos!
¡Que nunca cierre el sueño tus mortíferos ojos,
a menos que sea cuando una pesadilla
te espante cual infierno de feroces demonios!
¡A ti, deforme aborto, cerdo devastador,
que quedaste marcado desde tu nacimiento
como esclavo de natura e hijo del averno!
¡Tú, oprobio del pesado vientre de tu madre!
¡Fruto aborrecido de las caderas de tu padre!
¡Andrajo del honor! Detestable.

GLOUCESTER ¡Margarita!

REINA MARGARITA ¡Ricardo!

GLOUCESTER ¡Qué!

REINA MARGARITA No te llamo.

GLOUCESTER Perdón te pido entonces. Yo creía
que contra mí lanzabas tan acerbos nombres.

REINA MARGARITA Contra ti fue, sin esperar respuesta.

GLOUCESTER Yo te la doy, y acaba en «Margarita».

REINA ISABEL Contra ti has lanzado tus propias maldiciones.

REINA MARGARITA ¡Pobre reina pintada, sombra de mi fortuna!
¿Para qué viertes miel en araña ventruda
cuya tela mortífera por doquier te rodea?
¡Necia! Afilas el cuchillo con que habrás de matarte.
Día vendrá en que querrás que unida a ti maldiga
a tan venenoso y encorvado sapo.

HASTINGS Falsa agorera, pon fin a tu delirio
antes que contra ti se agote mi paciencia.

REINA MARGARITA Vergüenza ha sido que agotéis la mía.

RIVERS Para que fueras servida dignamente,
sería bueno enseñarte tus deberes.

REINA MARGARITA Para servirme bien, tendríais que respetarme,
enseñarme a ser vuestra reina y ser mis súbditos:
¡Ay! Servidme, y aprended lo que es debido.

DORSET No disputéis con ella; está demente.

REINA MARGARITA Petulante marqués, guarda silencio,
el cuño de tu honor es tan reciente que apenas corre.
¡Ojalá supiera tu inexperta alcurnia
lo que es perderla y caer en la miseria!
Combate el huracán a los más altos,
y si caen, hácense pedazos.

GLOUCESTER Buen consejo, marqués; tomadlo en cuenta.

DORSET Os concierne, milord, igual que a mí.

GLOUCESTER Sin duda más, pero nací tan alto,
que hice mi nido en la copa de unos cedros,
y al sol desprecia y con el viento juega.

REINA MARGARITA Y le hace sombra al sol; ¡oh, desventura!
Mira a mi hijo en la sombra de la muerte;
sumergidos sus rayos esplendentes
en noche eterna por tu negra furia.
Tu nido hiciste donde el nuestro estaba:
¡Oh, Dios! Pues esto ves, no lo tolere;
¡si se ganó con sangre, así se pierda!

BUCKINGHAM Por vergüenza o por piedad guardad silencio.

REINA MARGARITA No me habléis de caridad ni de vergüenza.
Todos me habéis tratado sin piedad,
y en la ignominia masacrasteis mi esperanza.
Mi caridad es la afrenta, mi vida una vergüenza;
y en mi vergüenza vive de mi dolor la ira.

BUCKINGHAM ¡Basta! ¡Basta!

REINA MARGARITA ¡Oh, regio Buckingham! Besaré tu mano
en prenda de alianza y de amistad contigo.
¡Ventura caiga sobre ti y sobre tu casa!
Con sangre nuestra tus ropas no has manchado
ni te alcanza el influjo de mis maldiciones.

BUCKINGHAM Ni a ninguno de estos; porque las maldiciones
no traspasan los labios que las lanzan.

REINA MARGARITA Quiero creer que ascienden a los cielos
y turban de la paz divina el dulce sueño.
¡Ay, Buckingham!, ten cuidado de ese perro.

Mira, cuando acaricia, muerde; y cuando muerde,
su venenoso diente se encona hasta la muerte.
No te metas con él, húyele. Lo han sellado
el pecado, la muerte y el infierno,
y todos sus ministros lo acompañan.

GLOUCESTER ¿Qué dice esa mujer, milord de Buckingham?

BUCKINGHAM Nada digno de atención, mi buen señor.

REINA MARGARITA ¡Cómo! Desprecias mi consejo
¿y halagas al demonio de quien te prevengo?
Ah, ya te acordarás de esto cuando llegue el día
en que tu corazón destroce con pesares
y digas que fue profeta la pobre Margarita.
¡Viva cada uno esclavo de su furia,
y él de la vuestra,
y todos de la cólera divina.

Sale.

HASTINGS Se me eriza el pelo de oír sus maldiciones.

RIVERS Lo mismo a mí. ¿Por qué la dejan libre?

GLOUCESTER ¡Pues válgame la Virgen!, no la culpo.
Ha sufrido mucho y me arrepiento
de la parte que en ello yo he tenido.

REINA ISABEL Yo nunca le hice nada que yo sepa.

GLOUCESTER Mas gozáis las ventajas de su daño.
Harto ardor he mostrado yo por alguien
que demasiado frío se muestra en recordarlo.
En cuanto a Clarence, a fe mía, está bien pagado;
lo han puesto a engordar en un chiquero.
¡Que Dios perdone de ello a los culpables!

RIVERS Conclusión virtuosa y digna de un cristiano;
rogar por los que nos han causado daño.

GLOUCESTER Así lo hago yo siempre... (*Aparte.*) siendo cauto
en proferir mis maldiciones.
Si no, ahora me hubiera maldecido.

Entra CATESBY.

CATESBY Señora, su majestad os llama;

y a vuestra gracia, y a vos, mis nobles lores.

REINA ISABEL Ya voy, Catesby. Lores, ¿venís conmigo?

RIVERS Os seguimos, señora.

Salen todos menos GLOUCESTER.

GLOUCESTER Hago el mal y empiezo el alboroto.

De los secretos daños que origino
echo la culpa a otros.

Yo fui quien puse a Clarence a la sombra,
mas lo lloro delante de los bobos;
o sean, Stanley, Hastings, Buckingham;
y les digo que la reina y sus aliados
provocan al rey contra mi hermano el duque.
Ahora ya lo creen; y por ello me incitan
a que me vengue de Vaughan, Gray y Rivers;
pero entonces suspiro, y citando la Escritura,
que Dios manda dar bien por mal les digo;
y así visto mi desnuda villanía
con viejos trozos sacados de la Biblia,
y santo parezco cuando más soy diablo.

Entran dos ASESINOS.

¡Pero basta! Ya vienen mis matones.
¿Qué tal, resueltos y firmes compañeros?
¿Vais ahora a despachar este negocio?

ASESINO PRIMERO Así es, milord; venimos por la orden
que nos permita entrar donde él se halla.

GLOUCESTER Perfecto. Aquí la traigo. *(Les da la orden.)*
Cuando hayáis concluido, volved a Crosby Place;
pero sed rápidos en la ejecución
e incommovibles; no oigáis sus ruegos;
porque Clarence es elocuente y podría acaso
si lo escucháis, infundir piedad en vuestros corazones.

ASESINO PRIMERO No, no, milord; no admitiremos plática;
los que discuten se descuidan al actuar.
Os aseguro que usaremos las manos, no la lengua.

GLOUCESTER Piedras de vuestros ojos se desprendan
cual de los ojos de los necios lágrimas.

Me complacéis, muchachos. A vuestro asunto:
id pronto y despachad.

ASESINO PRIMERO Así lo haremos.

ESCENA IV

La Torre de Londres.
Entran CLARENCE y BRAKENBURY.

BRAKENBURY ¿Por qué anda su alteza hoy tan abatido?

CLARENCE Ay, qué noche de angustias he pasado,
tan llena de visiones horribles y de espantosos sueños,
que a fe de buen cristiano no quisiera
pasar otra noche semejante
aun a cambio de un mundo de venturas;
tan repleta estuvo toda de terrores.

BRAKENBURY ¿Qué sueño fue, milord? Decidme, os ruego.

CLARENCE Soñé que me había fugado de la Torre
y que iba navegando hacia Borgoña
acompañado de mi hermano Gloucester,
que me invitaba a dejar mi camarote
y a pasear en cubierta, contemplando las costas de Inglaterra,
y recordando los mil tristes sucesos
que en las guerras de Lancaster y York
nos habían ocurrido. Mientras caminábamos
sobre el inestable piso de cubierta,
creí ver tropezar a Gloucester, que al caer,
me aventó cuando intentaba detenerlo,
en las tumultuosas olas del océano.
¡Ay Dios! Cuánto sufrí creyendo ahogarme:
¡Qué espantoso ruido de agua en las orejas!
¡Qué horribles visiones de muerte ante los ojos!
Creí ver mil naufragios espantables;
mil hombres corroídos por los peces;
barras de oro, anclas enormes, perlas a montones,
joyas inapreciables, inestimables piedras,
esparcidas en el fondo de la mar...
Algunas en los cráneos de los muertos,
en cuyas huecas órbitas, cual befa de los ojos,

habíanse engastado refulgentes gemas,
que al cenagoso fondo cortejaban, y se reían
de los huesos que por doquier se hallaban esparcidos.

BRAKENBURY ¿Teníais tiempo a la hora de la muerte
de contemplar los secretos del abismo?

CLARENCE Creía que sí; y a menudo me esforzaba
por entregar el alma; mas la corriente
celosa me oprimía y no la dejaba
salir al aire libre, abierto y espacioso,
ahogándola en mi pecho palpitante
que casi estalla por arrojarla al mar.

BRAKENBURY ¿No os despertó tan espantosa angustia?

CLARENCE No, mi sueño duró más que mi vida;
y empezó entonces en mi alma la tormenta.
Pensé cruzar el río melancólico
con el torvo barquero que nombran los poetas
para entrar en el reino de la noche eterna.
Al que primero halló mi alma forastera
fue a mi suegro, el renombrado Warwick,
que gritaba: «¿Qué castigo por perjurio
depara a Clarence el fatal monarca?»
y se esfumó: entonces vi venir
una sombra parecida a un ángel
de brillante pelo salpicado de sangre
que lanzó agudos gritos exclamando:
«¡Ya vino Clarence (el perjuro, falso y vacilante Clarence,
que me dio muerte en la batalla de Tewkesbury)!
¡Apoderaos de él! Atormentadlo, Furias».
En eso, sentí que me rodeaba una legión
de diablos espantosos, aullando en mis oídos
con tan horribles gritos, que con el ruido
desperté temblando, y un buen rato
tuve la sensación de estar en el infierno,
¡tan terrible impresión me hizo este sueño!

BRAKENBURY No es raro, milord, que os espantara;
pues me causa terror solo escucharos.

CLARENCE ¡Oh, Brakenbury! Por servir a Eduardo,
hice cosas que ahora me remuerden.

Y mira cómo me las recompensa.
¡Oh, Dios! Si mi hondo ruego no te aplaca,
y castigar mis crímenes pretendes,
en mí solo caiga tu furor: perdona
a mi esposa inocente y a mis pobres hijos.
Te ruego, amable guardián, que me acompañes;
me pesa el alma, y desearía dormir.

BRAKENBURY Lo haré, milord. ¡Dios os dé reposo!
Rompe el dolor descansos y estaciones;
torna el día en noche y en noche el mediodía.
Solo el título a un príncipe da gloria,
honor externo por afanes interiores;
y en cambio de apariencias intangibles,
le agobia un mundo de preocupaciones.
Tenga título pues, u oscuro nombre,
fama externa no más distingue al hombre.

Entran los dos ASESINOS.

ASESINO PRIMERO ¡Hola! ¿Quién es?

BRAKENBURY ¿Qué deseas amigo y cómo entraste?

ASESINO PRIMERO

Quiero hablar con Clarence y entré con mis piernas.

BRAKENBURY ¿Así, sin más?

ASESINO SEGUNDO Mejor así, señor, que ser tedioso.

Déjalo ver la orden y no alegues.

Le entrega un papel que BRAKENBURY lee.

BRAKENBURY Se me dan aquí órdenes que entregue
al noble duque de Clarence en sus manos:
no argüiré lo que ello significa
para no ser cómplice de lo que contiene.
Ahí está dormido el duque, ahí las llaves.
Iré a ver al rey para anunciarle
que delegué en ustedes mis funciones.

ASESINO PRIMERO Bien pensado, señor. Hasta la vista.

Sale BRAKENBURY.

ASESINO SEGUNDO ¿Qué, lo apuñalamos mientras duerme?

ASESINO PRIMERO No, diría que fue cobardía cuando despierte.

ASESINO SEGUNDO ¡Cuando despierte! Tonto, no despertará nunca hasta el Día del Juicio.

ASESINO PRIMERO Pues entonces dirá que lo apuñalamos mientras estaba dormido.

ASESINO SEGUNDO

El recuerdo de esa palabra «juicio» ha despertado en mí una especie de remordimiento.

ASESINO PRIMERO ¿Conque tienes miedo?

ASESINO SEGUNDO

De matarlo no, porque traemos orden; sino de condenarme por hacerlo, de lo que ninguna orden puede librarme.

ASESINO PRIMERO Yo creía que estabas resuelto.

ASESINO SEGUNDO Claro que sí, a dejarlo vivir.

ASESINO PRIMERO Regresaré con el duque de Gloucester a decírselo.

ASESINO SEGUNDO No, por favor, aguarda un poco. Espero que se me pase este acceso de arrepentimiento; solía durarme mientras contaba veinte.

ASESINO PRIMERO ¿Y ahora cómo te sientes?

ASESINO SEGUNDO

Todavía me quedan algunos restos de conciencia.

ASESINO PRIMERO Acuérdate de nuestra recompensa cuando hayamos cumplido el encargo.

ASESINO SEGUNDO ¡Claro! ¡Que se muera! Se me olvidaba la recompensa.

ASESINO PRIMERO ¿Dónde anda tu conciencia ahora?

ASESINO SEGUNDO En la bolsa del duque de Gloucester.

ASESINO PRIMERO

Así es que cuando abre la bolsa para darnos nuestra recompensa, se escapa tu conciencia.

ASESINO SEGUNDO No importa; ¡que se vaya! Pocos o ninguno querrán darle hospedaje.

ASESINO PRIMERO ¿Y qué tal si regresa contigo?

ASESINO SEGUNDO No quiero tener nada que ver con ella. Lo vuelve a uno cobarde. No puede uno robar sin que lo acuse; no puede uno jurar sin que lo

repriman; no puede uno acostarse con la esposa del vecino, sin que lo publiquen. En un espíritu remiso y vergonzoso que se rebela en el pecho del hombre lo llena a uno de estorbos. A mi me hizo una vez devolver una bolsa de oro que me había encontrado por casualidad. Arruina al que la conserva; está desterrada de todos los pueblos y ciudades como cosa peligrosa, y todo lo que quiere vivir a gusto, se esfuerza en confiar en sí mismo y en prescindir de ella.

ASESINO PRIMERO ¡Palabra! Ahora mismo me está hablando al oído, tratando de convencerme de que no mate al duque.

ASESINO SEGUNDO Mete al demonio en tu alma y no le hagas caso. Quiere introducirse en ti hasta que acabes suspirando.

ASESINO PRIMERO ¡Bah! Soy de constitución robusta; no podrá conmigo.

ASESINO SEGUNDO Hablas como un valiente que respeta su reputación. Vamos, ¿hacemos el trabajo?

ASESINO PRIMERO Pégale en la cabeza con el pomo de la espada, y arrójalos luego en el tonel de malvasía del otro cuarto.

ASESINO SEGUNDO ¡Ah, qué buena idea! Volverlo sopa.

ASESINO PRIMERO ¡Silencio! Se despierta.

ASESINO SEGUNDO Dale.

ASESINO PRIMERO No, primero discutiremos con él.

CLARENCE ¿Dónde estás carcelero? Dame un trago de vino.

ASESINO PRIMERO Tendréis vino suficiente en un momento, milord.

CLARENCE En nombre de Dios, ¿quién eres?

ASESINO PRIMERO Un hombre, lo mismo que vos.

CLARENCE Pero no como yo, que soy de sangre real.

ASESINO PRIMERO Ni vos como nosotros, tan leal.

CLARENCE Trueno es tu voz, pero tu aspecto humilde.

ASESINO PRIMERO Mi voz ahora es la del rey, mi aspecto es mío.

CLARENCE ¡Qué siniestro y mortal es tu lenguaje!

Vuestros ojos me amenazan: ¿por qué palidecéis?

¿Quién os ha enviado? ¿Y con qué objeto?

ASESINO PRIMERO Para...

CLARENCE ¿Para matarme?

AMBOS ASESINOS Sí, sí.

CLARENCE Apenas tenéis valor para decírmelo
y tendréis menos para ejecutarlo.
¿En qué os he ofendido, amigos míos?

ASESINO PRIMERO Al rey habéis ofendido, no a nosotros.

CLARENCE Con él pronto estaré reconciliado.

ASESINO SEGUNDO Nunca, milord; preparaos a morir.

CLARENCE ¿Habéis sido escogidos del mundo de los vivos
para matar a un inocente? ¿Cuál es mi crimen?
¿Qué pruebas existen en mi contra?
¿Qué proceso legal ha dado el fallo
ante el severo juez? ¿O quién ha pronunciado
amarga sentencia de muerte contra el pobre Clarence?
Es del todo ilegal amenazarme con la muerte
antes que según la ley sea yo convicto.
Os conjuro, por cuanto esperáis ser redimidos
con la preciosa sangre de Cristo de vuestros pecados,
que os marchéis y no pongáis en mí las manos;
es abominable lo que queréis hacer.

ASESINO PRIMERO Obedecemos órdenes en todo lo que hacemos.

ASESINO SEGUNDO Y es nuestro rey el que nos da instrucciones.

CLARENCE ¡Te equivocas, vasallo! El Rey de reyes
ha ordenado en las tablas de la ley
que no debes de matar: ¿querrás entonces,
despreciar su mandamiento y obedecer a un hombre?
Ten cuidado, porque tiene en sus manos el castigo
para arrojarlo sobre el que quebrante sus mandatos.

ASESINO SEGUNDO Ese mismo castigo arroja sobre vos
por perjurio y también por asesino:
porque jurasteis pelear por la casa de Lancaster.

ASESINO PRIMERO Y cual traidor al nombre de Dios
rompisteis ese voto, y con traicionera espada
abristeis las entrañas del hijo del monarca.

ASESINO SEGUNDO A quien habíais jurado amar y defender.

ASESINO PRIMERO ¿Cómo os atrevéis a invocar la ley divina cuando la habéis violado a tal extremo?

CLARENCE ¡Ay de mí! ¿Por quién cometí yo tal ofensa?

Fue por él, por Eduardo, por mi hermano.
No es él quien os envía a matarme
pues en ese crimen igual culpa tuvimos.
Si Dios quiere castigarnos por tal crimen,
sabed que lo hará públicamente.
No hurtéis la causa a su potente brazo.
No necesita medios ilegales o indirectos
para aniquilar a aquel que lo ha ofendido.

ASESINO PRIMERO ¿Quién os hizo entonces ministro sanguinario cuando al valiente y juvenil Eduardo, a ese novicio príncipe matasteis?

CLARENCE El amor de mi hermano, mi furia y el demonio.

ASESINO PRIMERO

El amor del hermano, nuestro deber y vuestra culpa nos incitan a daros muerte ahora.

CLARENCE No me odiéis si sois adictos a mi hermano.

Soy su hermano y afecto le profeso.
Si lo hacéis por la paga, volved atrás,
que yo habré de enviaros a mi hermano Gloucester,
que mejor paga habrá de daros por mi vida
que Eduardo por las nuevas de mi muerte.

ASESINO SEGUNDO Estáis equivocado. Gloucester, vuestro hermano, os aborrece.

CLARENCE ¡Ay no! Me ama, y me estima grandemente:
id a verlo de mi parte.

AMBOS ASESINOS Sí, haremos eso.

CLARENCE Decidle que cuando nuestro noble padre York bendijo a sus tres hijos con brazo victorioso, y nos encareció querernos mutuamente, jamás se imaginó tales discordias.
Si le decís a Gloucester que se acuerde de esto, veréis que llorará.

ASESINO PRIMERO Sí, piedras, como dijo que vertiéramos.

CLARENCE ¡Oh! No lo calumniéis, que es bondadoso.

ASESINO PRIMERO Exacto.

Como nieve en cosecha. Estáis engañado.
Es él quien nos envió para destruirnos.

CLARENCE No puede ser; se lamentó de mi desgracia,
jurando, al abrazarme entre sollozos,
que procuraría mi libertad.

ASESINO PRIMERO Pues es lo que hace, puesto que os libera
de la esclavitud terrena al goce empíreo.

ASESINO SEGUNDO Haced las paces con Dios: debéis morir ahora.

CLARENCE ¿Abrigas en tu alma el santo sentimiento
de aconsejarme que con Dios haga las paces,
y te portas tan ciego con tu alma
que matándome, a Dios hagas la guerra?
Oh, considerad, señores, que el que os manda
hacer esta acción os odiará por ella.

ASESINO SEGUNDO ¿Qué haremos?

CLARENCE Ceder para salvar el alma.

ASESINO PRIMERO ¡Ceder! Es de cobardes y mujeres.

CLARENCE No ceder es bestial, diabólico y salvaje.
¿Quién de vosotros siendo hijo de príncipes,
privado de su libertad como yo ahora,
si dos asesinos vinieran a buscarlo,
la vida no rogaría le perdonaran?
Amigo, veo algo de piedad en tu semblante;
¡ay!, si tus ojos no me engañan,
ponte de mi parte e intercede por mí,
como lo harías si estuvieras en mi trance.
¿De qué príncipe limosnero no se apiada un mendigo?

ASESINO SEGUNDO ¡Mirad atrás, milord!

ASESINO PRIMERO (*Lo hiere.*) Tomad esto y esto; y si no basta
os ahogaré en el tonel de malvasía.

ASESINO SEGUNDO ¡Acción sangrienta y despachada con violencia!
Con gusto, cual Pilato me lavaría las manos
de este cruel y bárbaro homicidio.

Regresa el ASESINO PRIMERO.

ASESINO PRIMERO ¡Qué pasa! ¿En qué piensas que no ayudas?
Por el cielo, sabrá el duque cuán remiso eres.

ASESINO SEGUNDO ¡Ojalá supiera que yo salvé a su hermano!
Toma el dinero tú y dile lo que digo:
que de haber matado al duque me arrepiento.

ASESINO PRIMERO Pues yo no: aléjate, cobarde.
Yo iré a esconder el cuerpo en algún hoyo
mientras el duque dispone de su entierro.
Y debo huir cuando reciba mi salario,
pues se sabrá todo y quedarse es temerario.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Fanfarria. Londres. Sala del palacio. Entran el REY EDUARDO, enfermo; la reina Isabel, DORSET, RIVERS, HASTINGS, BUCKINGHAM, Gray y otros.

REY EDUARDO Eso es: hoy sí que he empleado bien el día.

Vosotros pares, guardad estrecha alianza.
Yo a diario espero la embajada
del Redentor que me rescate de este mundo.
Y con más paz subirá al cielo mi alma
pues puse en paz en la tierra a mis amigos.
Daos las manos; no guardéis rencores,
Rivers y Hastings, y juradme amaros.

RIVERS Por Dios, mi alma está libre de aversiones,
y sella mi mano mi amistad sincera.

HASTINGS Así prospere cual juro yo lo mismo.

REY EDUARDO No finjáis delante del monarca,
no sea que el supremo Rey de reyes
confunda vuestro engaño permitiendo
que por mano del uno el otro muera.

HASTINGS ¡Feliz prospere cual este juramento!

RIVERS ¡Y yo, que de verdad le tengo afecto!

REY EDUARDO Señora, no estáis exenta de este asunto,
ni vos, Dorset, ni Buckingham, ni Gray.
Todos enemistados estuvisteis.
Esposa, quered bien a Hastings;
permitidle que bese vuestra mano,
y en lo que hacéis no haya fingimientos.

REINA ISABEL Ved, Hastings, por la suerte de los míos,
no recordaré jamás odios pasados.

REY EDUARDO Abrazadlo, Dorset; y vos, Hastings,
del marqués volveos amigo.

DORSET Yo protesto que estas pruebas de cariño
por mi parte serán inalterables.

HASTINGS Y yo juro lo mismo.

Se abrazan.

REY EDUARDO Noble Buckingham, sellad vuestra amistad
dando un abrazo a los deudos de mi esposa,
y hacedme dichoso al veros tan unidos.

BUCKINGHAM (*A la REINA.*) Si osare Buckingham alguna vez
volver su odio contra vuestra alteza,
y no os guardare a vos y a vuestra sangre
los deberes del afecto más sincero.
Con el odio de los que me inspiren más confianza
Dios me castigue.
Y cuando más necesite de un amigo,
y más seguro esté de su amistad,
lo encuentre artero, infiel, traidor y mentiroso.
Así se lo pido a Dios
si con vosotros mi afecto se resfría.

Se abrazan.

REY EDUARDO Grato cordial, oh noble Buckingham,
es vuestro voto para mi ánimo caído.
Solo falta aquí mi hermano Gloucester
que cierre con broche de oro nuestras paces.

BUCKINGHAM Y muy a tiempo llega el noble duque.

Entra GLOUCESTER.

GLOUCESTER ¡Dios guarde a mis soberanos, rey y reina,
y nobles pares, os doy los buenos días!

REY EDUARDO Bien en verdad ha transcurrido el día,
Gloucester; hemos hecho labor caritativa
trocando en paz el rencor y en bello amor el odio
de estos altivos e irritados pares.

GLOUCESTER Bendita empresa, excelso soberano.
Si por engaño o falsa conjetura
alguno en esta noble reunión se propusiere
verme como enemigo;
si por error o en medio de mi enojo
he dado en qué sentir a alguno
de los aquí presentes, deseo ahora

reconciliarme con él en amistosa paz:
la enemistad es para mí como la muerte;
la aborrezco, y quiero ser amigo
de los hombres de bien.

Señora, a vos primero os ruego con la paz,
la que obtendré de vos con mi servicio fiel;
a vos, mi noble primo Buckingham,
si inquina hubo alguna vez entre nosotros;
a vos, lord Rivers, y lord Gray, a vos,
que sin culpa mía me habéis visto con enojo;
a vosotros, lord Woodville y lord Scales,
a vosotros, caballeros, duques, condes y lores;
a todos en verdad.

No conozco siquiera un solo inglés
contra quien, cual recién nacido infante,
abrigue mi pecho la menor discordia.
Doy gracias a Dios por esta mansedumbre.

REINA ISABEL En adelante será este día de fiesta:
quisiera que las rencillas se acabaran.
Mi soberano señor, ruego a vuestra alteza
vuelva a su gracia a vuestro hermano Clarence.

GLOUCESTER Pero señora, ¿he ofrecido para esto mi amistad,
para ser burlado así en presencia de mi rey?
¿Quién ignora que ha muerto el pobre duque?

Todos se sobresaltan.

Lo injuriáis insultando su cadáver.

REY EDUARDO ¿Quién ignora que ha muerto? ¿Quién lo sabe?
¡Oh, cielo santo, mas qué mundo es este!

BUCKINGHAM ¿Estoy lívido, lord Dorset, como todos?

DORSET Sí, buen señor; de las mejillas
de todos los presentes el color ha huido.

REY EDUARDO ¿Ha muerto Clarence? Revoqué la orden.

GLOUCESTER Pero mató al infeliz vuestro primer decreto
que un alado Mercurio hizo llegar.
Llevó la contraorden algún cojo
que fue llegando a la hora del entierro.
Ojalá que algunos menos nobles y leales,

más llenos de instintos sanguinarios
que unidos por la sangre,
y que aun discurren libres de sospecha,
no encuentren peor fin que el pobre Clarence.

Entra STANLEY.

STANLEY ¡Un favor, majestad, por mis servicios!

REY EDUARDO ¡Por favor calla! Mi alma está llena de tristeza.

STANLEY No me levantaré sin que me hayáis oído.

REY EDUARDO Di pronto entonces qué vienes a implorar.

STANLEY El perdón, majestad, de la vida de mi criado
que mató hoy a un hidalgo pendenciero
que servía ha poco al duque de Norfolk.

REY EDUARDO ¿La lengua que a mi hermano dio la muerte,
será la lengua que perdone a un criado?
Él no mató a nadie, su falta fue pensada,
mas su castigo fue la amarga muerte.
¿Quién me rogó por él? ¿Quién en mi cólera
hincó las rodillas hasta que yo reflexionara?
¿Quién me habló de amor o de fraternidad?
¿O me recordó cómo el pobre desdichado
dejó al poderoso Warwick y peleó por mí?
¿Quién me contó cómo en la batalla de Tewkesbury
me salvó él cuando me derrotara Oxford,
diciendo: «Vive para que seas rey, querido hermano»?
¿O cómo, cuando yacíamos casi congelados
en el campo, me abrigó con sus vestidos
quedándose él débil y desnudo en la inclemente noche?
Todo esto la fiera saña borró de mi recuerdo
maliciosamente, y ninguno de vosotros
tuvo la caridad de recordármelo.
Mas si uno de vuestros carreteros o lacayos,
en la embriaguez masacra y estropea
la preciosa imagen de nuestro amado Redentor,
enseguida os ponéis de hinojos para pedir perdón,
y yo, en forma injusta además, habré de concederlo;
mas por mi hermano no hubo quien intercediera,
ni yo, ingrato, intercedí por él,
pobre infeliz. Los más altivos de vosotros,

cuando vivía le quedasteis obligados,
y con todo, ni una vez rogasteis por su vida.
¡Oh, Dios! Temo que me alcance tu justicia
y nos hagas pagar por esto
a mí, a vosotros, y a todos nuestros deudos.
Venid, Hastings, conducidme hasta mi alcoba.
¡Ay, pobre Clarence!

Salen el REY EDUARDO, la reina Isabel, HASTINGS, RIVERS, DORSET y Gray.

GLOUCESTER Este es el fruto de la precipitación.
¿No visteis cómo los culpables parientes de la reina
palidieron al saber la muerte de Clarence?
Siempre instigaron al rey en contra suya.
Dios tomará venganza. Venid, lores;
¿queréis acompañarnos a consolar a Eduardo?

BUCKINGHAM Estamos a vuestras órdenes, alteza.

Salen.

ESCENA II

Londres. Sala del palacio. Entran la DUQUESA de York con un HIJO y una HIJA de Clarence.

HIJO Abuela, dínos, ¿ha muerto nuestro padre?

DUQUESA No, niño.

HIJA ¿Por qué te retuerces las manos, y golpeas el pecho
y exclamas: «Ay Clarence, mi desdichado hijo»?

HIJO ¿Por qué nos miras, meneando la cabeza,
y nos llamas huérfanos, desamparados, infelices,
si aún vive nuestro noble padre?

DUQUESA No, criaturas, estáis equivocados;
lamento la enfermedad del rey; temo perderlo;
no que haya fallecido vuestro padre;
no tendría caso llorar por quien está perdido.

HIJO Entonces, abuela, admites que está muerto,
y el rey mi tío es el culpable de ello.
Y Dios lo vengará; yo habré de importunarle
con fervorosos ruegos para tal objeto.

HIJA Yo haré lo mismo.

DUQUESA ¡Calma, hijos, calma! El rey os quiere bien.

Desvalidos e ingenuos inocentes,
no podéis imaginar quién a vuestro padre ha dado muerte.

HIJO Sí podemos, abuela; mi buen tío Gloucester
me dijo que el rey, incitado por la reina,
inventó cargos para encarcelarlo;
y cuando mi tío me dijo esto, sollozaba,
y me compadecía, y muy amable besome las mejillas;
me dijo confiara en él como en un padre,
y que él me querría cual si yo fuera su hijo.

DUQUESA ¡Ay! ¡Que el engaño pueda cobrar tan bella forma,
y antifaz de virtud tan hondo mal encubra!
Es mi hijo, sí, y por ello mi vergüenza,
mas no mamó a mis pechos tanto dolo.

HIJO ¿Crees, abuela, que mi tío estaba fingiendo?

DUQUESA Sí, hijo.

HIJO No puedo creerlo. ¡Uy! ¿Qué ruido será ese?

*Entra la REINA ISABEL visiblemente perturbada.
RIVERS y DORSET la siguen.*

REINA ISABEL ¡Ay! ¿Quién me impedirá que gima y llore,
que maldiga mi suerte y me torture?
Pactaré con la desesperación contra mi alma,
y me convertiré en enemiga de mí misma.

DUQUESA ¿Qué significan estas muestras de arrebató?

REINA ISABEL Ejecutar un acto de trágica violencia.
Eduardo, mi señor, vuestro hijo, nuestro rey, ha muerto.
¿Por qué al secarse la raíz crecen las ramas,
y por qué las hojas
no se marchitan al faltar la savia?
Si queréis vivir, llorad; si morir, sed breves,
para que nuestras almas al rey alígeras alcancen,
y cual obedientes vasallos lo acompañen
a ese nuevo reino de la paz perpetua.

DUQUESA ¡Ay! Tanta parte me toca en tu quebranto,
como derechos tuve sobre tu marido.

Lloré la muerte de mi digno esposo
y he vivido contemplando sus imágenes;
mas hoy dos espejos de su noble efigie
la maliciosa muerte ha roto en mil pedazos,
y a mí para consuelo no me queda
sino un espejo falso
que me aflige cuando en él miro mi oprobio.
Tú eres viuda, pero eres también madre,
y te queda el consuelo de tus hijos;
mas la muerte arrancó a mi esposo de mis brazos
y dos báculos a mis miembros débiles usurpa,
Clarence y Eduardo. ¡Ah, razón tengo de sobra,
tu dolor siendo solo la mitad del mío,
para vencer tus quejas y ahogar de plano tus gemidos!

HIJO Ay, tía, no llorasteis por nuestro padre muerto,
¿cómo podrían compadeceros nuestras lágrimas?

HIJA (*A la REINA ISABEL.*) Nuestra triste orfandad no fue llorada;
vuestra viudez no puede conmovernos.

REINA ISABEL No quiero que me ayudéis a lamentarme;
no soy estéril en parir mis quejas:
todas las fuentes fluyen a mis ojos,
de modo que influida por la acuosa luna,
puedo anegar con copiosas lágrimas el mundo.
¡Ay por mi esposo, mi querido Eduardo!

AMBOS ¡Ay, nuestro padre, nuestro amado Clarence!

DUQUESA ¡Ay por ambos, míos los dos, Eduardo y Clarence!

REINA ISABEL ¿Qué otro apoyo tenía yo sino Eduardo? Y se ha ido.

AMBOS ¿Qué otro apoyo teníamos sino Clarence? Y se ha ido.

DUQUESA ¿Qué sostén tenía yo sino ellos? Y se han ido.

REINA ISABEL Pérdida igual ¿qué esposa nunca tuvo?

AMBOS Pérdida igual ¿qué huérfanos tuvieron?

DUQUESA Pérdida igual ¿qué madre tuvo nunca?

¡Ay! Yo soy madre de todas estas penas;
su desdicha es parcial, la mía es completa:
ella por Eduardo llora; lo mismo yo.
Yo por Clarence me aflijo; pero ella no.

Los niños lloran por Clarence igual que yo.
Yo por Eduardo lloro, pero ellos no.
Ay, los tres sobre mí, con triple llanto,
llorad; nodriza de vuestro quebranto,
lo amamantaré con mis sollozos.

DORSET Valor, madre querida; Dios se ofende
de que no aceptéis resignada sus decretos.
El mundo estima ingrato al que rehusa
de buen grado pagar la deuda que contrajo
con acreedor liberal y bondadoso.
Tanto peor es oponerse así a lo alto
porque reclama el regio préstamo que os hizo.

RIVERS Señora, preocupaos cual madre tierna
del joven príncipe vuestro hijo. Enviad por él
y hacedlo coronar; radica en él vuestro consuelo.
Sepultad ese dolor desesperado
en el sepulcro del difunto Eduardo,
y plantad vuestros gozos venideros
del vivo Eduardo en el naciente trono.

Entran GLOUCESTER, BUCKINGHAM, STANLEY, HASTINGS, RATCLIFF y otros.

GLOUCESTER Calmaos, hermana: todos con motivo
de nuestra brillante estrella lloramos el ocaso;
mas nadie con llorar cura sus males.
Señora y madre mía, perdón, os ruego;
no había visto a vuestra alteza: de rodillas
humildemente la bendición os pido.

DUQUESA Dios te bendiga y te infunda mansedumbre,
obediencia, sumisión y amor sincero.

GLOUCESTER Amen. (*Aparte.*) Y me haga morir como un buen viejo.
Así acaba toda bendición materna.
Me admira que lo olvidara su excelencia.

BUCKINGHAM Sombríos príncipes y apenados pares,
que compartís esta carga de tristeza,
alegraos con el afecto unos de otros.
Aunque hayamos agotado el fruto de este rey,
habremos de cosechar el de su hijo.
La saña abierta de vuestros pechos inflamados,

ha poco entablillados, enlazados y unidos,
con esmero debe cuidarse y atenderse.
Juzgo oportuno que una pequeña comitiva
vaya a traer enseguida al joven príncipe
de Ludlow a Londres para coronarle rey.

RIVERS ¿Por qué una pequeña comitiva, mi lord de Buckingham?

BUCKINGHAM Pues milord, porque quizá si fueran muchos,
la rencorosa herida recién cicatrizada
se abriría de nuevo;
lo cual sería muy peligroso,
cuanto el país es joven y falto de gobierno.
Donde cada caballo dispone de las riendas,
y puede encaminarse donde mejor le place,
tanto el peligro mismo, como el color de él,
en mi opinión deben evitarse.

GLOUCESTER Ojalá el rey nos haya apaciguado.
Por mi parte, soy fiel al pacto que hice.

RIVERS Lo mismo yo y creo lo mismo todos.
Mas como está tan tierno, no debe de exponerse
a ningún viso de quebrantamiento,
lo que quizá ocurriera con mucha compañía.
Por lo tanto opino con el noble Buckingham
que deben ir por el príncipe muy pocos.

HASTINGS Lo mismo pienso yo.

GLOUCESTER Hágase así entonces y determinemos
quiénes deben marchar a Ludlow de inmediato.
¿Queréis, señora, y vos, madre, acompañarnos
a dar vuestra opinión en este asunto?

Salen todos menos BUCKINGHAM y GLOUCESTER.

BUCKINGHAM Sea quien fuere quien vaya por el príncipe,
por Dios, milord, aquí no nos quedemos,
que yo hallaré ocasión en el camino,
como prólogo al proyecto que tratamos,
de apartar al príncipe de esos orgullosos parientes de la reina.

GLOUCESTER ¡Mi otro yo, mi secreto consistorio,
oráculo y profeta! ¡Mi querido deudo!
Como un niño por ti me dejo guiar.

A Ludlow pues, para no quedar atrás.

Salen.

ESCENA III

*Una calle de Londres.
Entran dos CIUDADANOS y se encuentran.*

CIUDADANO PRIMERO Buenos días, vecino, ¿adónde vais tan presto?

CIUDADANO SEGUNDO

De cierto os aseguro que yo mismo lo ignoro.
¿Habéis oído la noticia?

CIUDADANO PRIMERO Sí, que el rey ha muerto.

CIUDADANO SEGUNDO Malo a fe mía. Lo peor ocurre siempre.
En verdad me temo esté el mundo perturbado.

Entra otro CIUDADANO.

CIUDADANO TERCERO ¡Dios os guarde, vecinos!

CIUDADANO PRIMERO Buenos días tenga usted.

CIUDADANO TERCERO

¿Es cierto que murió nuestro buen rey Eduardo?

CIUDADANO SEGUNDO

Sí, señor, es verdad. ¡Dios nos guarde entretanto!

CIUDADANO TERCERO Pues veréis ahora trastornado el mundo.

CIUDADANO PRIMERO No, no; Dios hará que reine ahora su hijo.

CIUDADANO TERCERO ¡Desgraciada la tierra que gobierna un niño!

CIUDADANO SEGUNDO Pero hay en él esperanza de gobierno
que en su menor edad ejercerá un consejo,
y cuando llegue a la mayor edad,
sin duda él mismo, y a su tiempo,
habrá de hacerlo bien.

CIUDADANO PRIMERO Así andaban las cosas cuando Enrique VI
fue coronado en París de solo nueve meses.

CIUDADANO TERCERO ¿Así andaban? No, amigos, Dios lo sabe;
porque entonces esta tierra poseía el tesoro

de gentes de prudencia y de consejo.
Entonces tenía el rey a su lado
virtuosos tíos que su gracia protegieran.

CIUDADANO PRIMERO Los tiene este también por padre y madre.

CIUDADANO TERCERO Sería mejor que fueran todos por su padre,
o por su padre no hubiese ya ninguno;
porque la envidia que en esto anda mezclada
nos herirá de plano, si Dios no lo remedia.
¡Oh, el duque de Gloucester es hombre peligroso!
Y los hijos y hermanos de la reina
están llenos de orgullo y altivez;
si ellos fueran a someterse y no a mandar
esta enfermiza tierra gozaría de paz como antes.

CIUDADANO PRIMERO Vamos, vamos, no hay que temer lo peor.
Saldrá todo bien.

CIUDADANO TERCERO Cuando el cielo se nubla, saca el sabio su capa;
cuando se caen las hojas, se aproxima el invierno;
¿quién no espera la noche cuando llega el ocaso?
La tormenta imprevista augura la sequía.
Puede que nada pase, si así Dios lo dispone,
pero es más de lo que espero y de lo que merecemos.

CIUDADANO SEGUNDO

En verdad todos los ánimos están llenos de espanto.
No se puede discurrir ya casi con ninguno
que no se vea miedoso y apesadumbrado.

CIUDADANO TERCERO

Siempre pasa lo mismo cuando se acerca el cambio.
Por instinto divino recela el hombre
el subsecuente daño; prueba de ello es que vemos
cómo se hinchan las olas cuando va a haber borrasca.
Mas dejémoslo a Dios. ¿Adónde vais ahora?

CIUDADANO SEGUNDO Hemos sido citados por parte de los jueces.

CIUDADANO TERCERO Lo mismo yo. Quisiera acompañaros.

Salen.

ESCENA IV

Londres. Una sala del palacio.

Entran el ARZOBISPO de York, el joven duque de YORK, la REINA ISABEL y la DUQUESA de York.

ARZOBISPO Supe que anoche durmieron en Northampton;
en Stony Stratford descansarán ahora;
y mañana o pasado llegarán aquí.

DUQUESA Con toda mi alma anhelo ver al príncipe.
Desde que no lo veo habrá crecido mucho.

REINA ISABEL Yo he oído lo contrario; dicen que mi hijo York
está casi de la misma altura.

YORK Sí, madre, pero me hace poca gracia oírlo.

DUQUESA ¿Por qué, hijo mío? Es bueno crecer.

YORK Una noche, abuela, cuando estábamos cenando,
comentó mi tío Rivers cómo había yo crecido
más que mi hermano. Y mi tío Gloucester dijo:
«La hierba pequeña gracia ofrece; pero la mala hierba pronto crece».
Y desde entonces prefiero no crecer aprisa
porque las lindas flores crecen lentamente
mientras la mala hierba pronto cunde.

DUQUESA A fe mía que el dicho no se aplica
al que reparo semejante opuso;
fue tan enclenque cuando estaba joven,
y fue creciendo tan pausada y lentamente,
que de ser cierta la regla que proclama,
de virtud ahora debería estar lleno.

ARZOBISPO Y sin duda lo está, graciosa dama.

DUQUESA Ojalá lo estuviera; mas dejad que su madre abrigue dudas.

YORK ¡Pues es verdad! Si me hubiera yo acordado
le habría hecho burla a la gracia de mi tío
más que él a mí en eso de estaturas.

DUQUESA ¿Cómo, hijo mío? Te ruego me lo digas.

YORK Pues dicen que mi tío creció tan rápido,
que cuando tenía apenas dos horas de nacido
ya roía pan.
Tuve yo que esperar a cumplir dos años para tener un diente.
¿Verdad, abuela, que esto habría sido una broma mordaz?

DUQUESA Pero dime, precioso, ¿quién te contó todo esto?

YORK Ay, abuela, su nana.

DUQUESA ¡Su nana! Pero si ella murió antes de que tú nacieras.

YORK Pues si ella no fue, no sé quién me lo dijo.

REINA ISABEL Muchacho parlanchín. Eres muy malicioso.

ARZOBISPO No riñáis, señora, a la criatura.

REINA ISABEL Las paredes, se ve, tienen oídos.

Entra un MENSAJERO.

ARZOBISPO Aquí viene un mensajero: ¿qué noticias?

MENSAJERO Tales, milord, que me apena reportarlas.

REINA ISABEL ¿Cómo está el príncipe?

MENSAJERO Bien, señora, gozando de salud.

DUQUESA ¿Qué nuevas traes?

MENSAJERO En calidad de prisioneros van a Pomfret
lord Rivers y lord Gray, lo mismo que sir Thomas
Vaughan.

DUQUESA ¿Quién allá los envía?

MENSAJERO Los poderosos duques de Buckingham y Gloucester.

ARZOBISPO ¿Por qué delito?

MENSAJERO Ya os he dicho todo lo que sé.
Desconozco, gracioso señor, la causa de su encarcelamiento.

REINA ISABEL ¡Ay de mí! ¡Veo la ruina de mi casa!
El tigre ya se lanzó sobre la cierva;
la tiranía insolente se proyecta
sobre el inocente e indefenso trono.
¡Venga la destrucción, muerte y masacre!
Como en mapa el fin de todo veo.

DUQUESA ¡Malditos días de inquietud y turbulencia,
cuántos han visto pasar los ojos míos!
En pos de la corona pereció mi esposo
y al vaivén del azar han andado mis hijos,
y ha sido gozo o pena su provecho o perjuicio.

Y al apaciguarse, habiendo terminado
las luchas intestinas, los mismos vencedores
se ponen a pelear los unos con los otros,
hermano contra hermano, sangre contra sangre,
entre ellos mismos. ¡Oh, furia absurda y frenética!
Pon fin a tu maldita rabia;
o déjame morir porque estoy harta
de tanto contemplar la muerte.

REINA ISABEL Ven, hijo mío, vamos al santuario.

Adiós, señora.

DUQUESA Aguardad; iré yo con vosotros.

REINA ISABEL Vos no tenéis motivo.

ARZOBISPO (*A la* REINA ISABEL.) Partid, graciosa dama,
y encerrad vuestro tesoro y vuestros bienes.
Por mi parte, entrego a vuestra gracia
el sello que ahora ostento;
y si no os guardo con el debido celo,
corra yo la misma suerte que vosotros.
Venid, voy a llevaros al santuario.

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

Londres. Una calle. Toque de clarín. Entran el PRÍNCIPE de Gales, GLOUCESTER, BUCKINGHAM, CATESBY, el CARDENAL Bouchier y otros.

BUCKINGHAM

Amable príncipe, bienvenido seáis a Londres, que será vuestra morada.

GLOUCESTER

Bienvenido, caro sobrino, soberano de mis pensamientos, el fatigoso viaje os ha puesto melancólico.

PRÍNCIPE No, tío; mas las contrariedades que tuvimos

lo volvieron pesado y aburrido.

Extraño a otros tíos aquí que me reciban.

GLOUCESTER

Amable príncipe, la pureza inmaculada de vuestros pocos años no ha penetrado aún el engañoso mundo.

No sois capaz de distinguir entre un hombre y su apariencia externa, que Dios sabe, rara vez se aviene con sus sentimientos.

Peligrosos eran los tíos que echáis de menos; atendía solo vuestra gracia a sus almibaradas frases mas no miraba el veneno de su corazón.

¡Dios os guarde de ellos y de tan falaces amistades!

PRÍNCIPE

¡De los amigos falaces Dios me guarde, mas ellos no lo eran!

GLOUCESTER El alcalde de Londres se apresta a saludaros.

Entra el ALCALDE con su comitiva.

ALCALDE ¡Dios le dé a vuestra alteza salud y días felices!

PRÍNCIPE Os doy las gracias, buen señor; gracias a todos.

Creí que mi madre y que mi hermano York habrían salido a mi encuentro ya hace mucho;

¡Y ay! Qué moroso es Hastings que no viene a decirnos si vendrán o no.

Entra HASTINGS.

BUCKINGHAM Y muy a tiempo llega sudoroso el lord.

PRÍNCIPE Bienvenido, milord. ¿No vendrá nuestra madre?

HASTINGS Por causa que Dios sabe, mas yo ignoro,
vuestra madre la reina y vuestro hermano York
se han acogido al santuario. El tierno príncipe
con gusto habría venido conmigo a saludaros
mas su madre por fuerza lo retuvo.

BUCKINGHAM ¡Vamos! ¡Qué proceder tan torcido y displicente
en este que ella adopta! Lord cardenal,
¿querríais persuadir a la reina de que envíe enseguida
al duque de York para que vea a su hermano?
Si se negare, lord Hastings, id con él,
y de sus celosos brazos arrancadlo a fuerza.

CARDENAL Milord de Buckingham, si mi débil elocuencia
puede separar de su madre al joven duque,
esperadlo de inmediato aquí; mas si ella se mostrare sorda
a mis humildes ruegos, ¡Dios en el cielo no permita
que infrinjamos el santo privilegio
del bendito santuario! Ni por el orbe entero
querría yo ser culpable de tan gran pecado.

BUCKINGHAM Sois, milord, muy obcecado y terco,
demasiado conservador y formalista.
Juzgad el asunto de acuerdo con la época:
no violáis el santuario al hacer esto;
el privilegio del mismo se concede
a aquellos cuyas acciones lo ameritan
y a los que se aventuran a exigirlo.
Este príncipe ni lo amerita ni lo exige;
y creo, por tanto, no puede disfrutarlo.
Luego, al sacarlo de un sitio que no es suyo,
no violáis privilegio ni derecho.
He oído de adultos que el santuario ampara,
pero de niños que se amparen nunca.

CARDENAL Milord, por esta vez doblego mi criterio.
Vamos, lord Hastings, ¿querréis acompañarme?

HASTINGS Con gusto, milord.

PRÍNCIPE Amables lores, daos la mayor prisa posible.

Dime, tío Gloucester, si nuestro hermano viene,
¿dónde residiremos hasta mi coronación?

GLOUCESTER Donde mejor le plazca a vuestra real persona.

Si me atrevo a dar consejo a vuestra alteza,
un día o dos debéis reposaros en la Torre;
luego, donde os plazca y juzguéis más apropiado
para vuestra mayor salud y distracción.

PRÍNCIPE Me disgusta la Torre entre todos los lugares,
¿fue Julio César el que la construyó?

BUCKINGHAM Así fue, majestad, en un principio,
mas desde entonces en edades sucesivas
se la ha reedificado.

PRÍNCIPE ¿Consta por escrito o se ha transmitido de otro modo
de edad en edad que fue Julio César quien la hizo?

BUCKINGHAM Consta por escrito, mi gracioso lord.

PRÍNCIPE Mas decidme, señor, si no constara así,
pienso que de edad en edad debiera transmitirse
esta verdad a la posteridad
hasta el último día del fin del mundo.

GLOUCESTER (*Aparte.*) Como luego dicen,
tan joven y discreto, rara vez vive mucho.

PRÍNCIPE ¿Qué dices, tío?

GLOUCESTER Digo que perdura la fama a despecho de los personajes.
(*Aparte.*) Así, como gracioso de comedia,
a mis palabras doy doble sentido.

PRÍNCIPE Julio César fue un hombre renombrado
cuyo valor enriqueció al ingenio,
y cuyo ingenio al valor ha eternizado.
La muerte a este conquistador no lo conquista,
porque aunque muerto, vive por la fama;
¿sabéis una cosa, primo Buckingham?

BUCKINGHAM ¿Qué cosa, mi noble señor?

PRÍNCIPE Que si llego a ser hombre
reclamaré nuestro antiguo derecho sobre Francia,

o moriré soldado como rey he sido.

GLOUCESTER La primavera precoz alegremente augura
un cortísimo verano.

Entran YORK, HASTINGS y el CARDENAL Bouchier.

BUCKINGHAM Ahora, a buen tiempo, aquí viene el joven duque.

PRÍNCIPE ¡Ricardo de York! ¿Cómo estás hermano mío?

YORK Bien, mi temido señor; así debo llamaros.

PRÍNCIPE Sí, hermano, para pena tanto nuestra como tuya.

Muy poco ha que murió quien tal título tenía
y a quien la muerte ha privado de mucha majestad.

GLOUCESTER ¿Qué tal está mi sobrino, el noble duque?

YORK Amable tío, bien gracias.

Dijisteis, oh milord, que la mala hierba rápida crecía,
mas mi hermano mucho en talla me aventaja.

GLOUCESTER Así es, milord.

YORK ¿Y es por tanto su alteza hierba mala?

GLOUCESTER Ay, sobrino, yo no diría tal cosa.

YORK Entonces es que le debéis mayor respeto.

GLOUCESTER Puede él mandarme como soberano;
mas vos tenéis poder en mí como pariente.

YORK Os ruego, tío, dadme vuestra daga.

GLOUCESTER ¿Mi daga? Con todo gusto, sobrinito.

PRÍNCIPE ¿Pides limosna, hermano?

YORK A mi buen tío, que querrá con gusto dármela;
más tratándose de una bagatela que no da pena regalar.

GLOUCESTER Mayor regalo que este le haré yo a mi sobrino.

YORK ¡Mayor regalo! Se trata de la espada.

GLOUCESTER Sí, querido sobrino, si fuese más ligera.

YORK Ah, ya veo que no ofrecéis sino ligeros obsequios;
en cosas de más peso negaréis la limosna.

GLOUCESTER Es muy pesada para llevarla vuestra gracia.

YORK Por mucho que pesara yo la hallaría ligera.

GLOUCESTER Ah, ¿conque queréis el arma, señorito?

YORK Para del mismo modo poder agradeceros.

GLOUCESTER ¿Cómo?

YORK Poquito.^[16]

PRÍNCIPE Milord de York es siempre audaz en el lenguaje
y vos, tío, sabéis sobrellevarlo.

YORK Querréis decir llevarme, que no sobrellevarme.
Tío, mi hermano tanto de vos como de mí se burla.
Porque soy pequeñito como mono,
cree que debéis llevarme sobre vuestros hombros.

BUCKINGHAM ¡Con qué finura y prontitud arguye!
Para templar las burlas a su tío,
con gracia y habilidad se vitupera.
Tan joven y sutil es admirable.

GLOUCESTER (Al PRÍNCIPE.)
Milord, ¿querríais proseguir vuestro camino?
Yo mismo, con mi primo Buckingham,
iremos a rogar a vuestra madre
que en la Torre os dé la bienvenida.

YORK ¡Cómo! ¿Iréis a la Torre, señor mío?

PRÍNCIPE Sí, milord protector así lo ordena.

YORK No dormiré tranquilo yo en la Torre.

GLOUCESTER ¿Por qué? ¿Qué tienes que temer en ella?

YORK El airado espectro de mi tío Clarence.
La abuela me dijo que ahí lo asesinaron.

PRÍNCIPE No temo yo a los tíos que ya estén muertos.

GLOUCESTER Y espero que tampoco a los que vivan.

PRÍNCIPE No, aunque vivan, tampoco he de temerlos.
Mas ven, hermano; con el alma acongojada,
pensando en ellos vamos a la Torre.

*Clarines. Salen todos, menos GLOUCESTER,
BUCKINGHAM y CATESBY.*

BUCKINGHAM ¿Pensáis, milord, que este locuaz chicuelo de York,
no haya sido instigado por su astuta madre
a reírse y burlarse de vos con tanta sorna?

GLOUCESTER No hay duda de ello; es un chico hablantín,
audaz, agudo, ingenioso y atrevido.
Salió a su madre de los pies a la cabeza.

BUCKINGHAM Bueno, dejémoslos en paz. Ven, Catesby,
recuerda que has jurado
realizar a fondo nuestro intento
y ocultar sigiloso nuestros planes.
Ya en el camino oíste las razones.
¿Qué opinas de ello? ¿No será cosa fácil
hacer que Hastings se vuelva nuestro aliado
para instalar en el augusto trono
de esta famosa isla a nuestro noble duque?

CATESBY Quiere tanto él al príncipe
a causa del recuerdo de su padre,
que no querrá perjudicarlo en nada.

BUCKINGHAM ¿Y de Stanley qué piensas? ¿Nos será propicio?

CATESBY Procederá en todo como Hastings.

BUCKINGHAM Pues entonces atengámonos a esto.

Ve, noble Catesby,
y como quien no quiere la cosa, sondea a Hastings,
a ver qué piensa de nuestro propósito;
y mañana convócalo a la Torre
para deliberar sobre la coronación.
Si lo notas accesible a nuestros planes,
ánimalo y dile los motivos;
mas si se torna renuente, duro y frío,
haz tú lo mismo y la plática interrumpe,
y tráenos noticias de sus inclinaciones;
porque mañana tendremos dos consejos
en los cuales tú estarás muy bien empleado.

GLOUCESTER Salúdame a lord Hastings: dile, Catesby,
que el haz entero de sus viejos adversarios
mañana en Pomfret serán pasados a cuchillo;

y pídele que en prenda de tan buena nueva
le dé a mistress Shore un dulce beso.

BUCKINGHAM Ve, buen Catesby, y ocúpate en serio del asunto.

CATESBY Sí, señores, con toda la diligencia que yo pueda.

GLOUCESTER ¿Antes de dormir vendrás a vernos?

CATESBY Así será, milord.

GLOUCESTER En Crosby Place nos hallarás a ambos.

Sale CATESBY.

BUCKINGHAM Y ahora, milord, ¿qué haremos si nos damos cuenta
de que Hastings no se pliega a nuestros planes?

GLOUCESTER Cortarle la cabeza; algo urdiremos.

Y mira, cuando yo sea rey, no se te olvide
pedirme el condado de Hereford con los muebles
que poseía mi hermano el rey.

BUCKINGHAM No olvidaré recordaros la promesa.

GLOUCESTER Y verás cuán generosamente la concedo.

Ven, vayamos a cenar, para más tarde
poder digerir con calma nuestros planes.

ESCENA II

Londres. Ante la casa de lord Hastings. Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO (*Tocando.*) ¡Milord! ¡Milord!

HASTINGS (*Dentro.*) ¿Quién llama?

MENSAJERO Un enviado de lord Stanley.

HASTINGS (*Dentro.*) ¿Qué hora es?

MENSAJERO Cerca de las cuatro.

Entra HASTINGS.

HASTINGS ¿No puede dormir Stanley en estas largas noches?

MENSAJERO Tal parece por lo que tengo que decir; primero, que os envía saludos.

HASTINGS ¿Y luego?

MENSAJERO Quiere comunicaros que esta noche
soñó que el jabalí destruía su yelmo,
añade que van a reunirse dos consejos;
y que el voto que uno de ellos acordare
os hará a ambos lamentaros en el otro;
por tanto quisiera saber si estáis de acuerdo
en montar a caballo de inmediato
y galopar a toda prisa al Norte
para evitar el peligro que presiente.

HASTINGS Mira, amigo, vuelve con tu amo,
y dile que no tema lo de los consejos:
en uno de ellos él y yo estaremos;
y al otro asistirá mi amigo Catesby,
donde nada ocurrirá que nos concierna
de lo que no tenga yo conocimiento.
Dile que su temor es vano y fútil;
y en cuanto a sueños, me asombra que confíe
en la irrisión de tales pesadillas.
Huir del jabalí sin que él ataque
es incitar al jabalí a seguirnos,
y a cazar cuando no le viene en gana.
Que se levante tu amo y venga a verme,
e iremos ambos juntos a la Torre,
donde verá que el jabalí es amable.

MENSAJERO Iré, milord, y le daré el recado.

Sale.
Entra CATESBY.

CATESBY ¡Muy buenos días a mi querido lord!

HASTINGS Has madrugado, Catesby, buenos días.
¿Qué nuevas hay del vacilante Estado?

CATESBY En verdad es un mundo tambaleante,
y creo que nunca marchará derecho
si Ricardo no ciñe la diadema.

HASTINGS ¿Cuál diadema? ¿La corona, dices?

CATESBY Sí, mi señor.

HASTINGS (*Mostrando su cabeza.*)

Mejor que arranquen esta corona de mis hombros
que verla puesta en lugar tan asqueroso.
¿Pero sospechas tú que él la pretende?

CATESBY Sí, por mi vida; y espera vos iréis delante
de su partido para procurarla:
y por ello os da la buena nueva
de que hoy mismo vuestros enemigos,
los deudos de la reina, morirán en Pomfret.

HASTINGS En verdad no me apenan las noticias
porque siempre han sido mis contrarios;
pero de eso, a que con Ricardo yo me alíe,
excluyendo a los herederos de mi amo,
dios sabe que aun a costa de la muerte
no habré de ejecutarlo.

CATESBY ¡Dios os conserve tan buenos sentimientos!

HASTINGS Y antes de un año me reiré sin duda
de estar vivo y contemplar el drama
de los que con mi señor me enemistaron.
Bien, Catesby, antes que transcurran dos semanas
enviaré a algunos donde no lo esperan.

CATESBY Mala cosa es morir cuando la gente
ni dispuesta está, ni lo sospecha.

HASTINGS Es terrible, en verdad, y así sucede
con Rivers, Vaughan, Gray y algunos otros
que se juzgan salvos como tú y yo,
que como sabes, somos tan queridos
del noble Buckingham y de Ricardo.

CATESBY En alta estima os tienen ambos duques;
(*Aparte.*) porque cuentan con ver colgada tu cabeza
en lo alto del puente.

HASTINGS Lo sé porque lo tengo merecido.

Entra STANLEY.

Vamos, vamos, ¿dónde está la jabalina?
¿Temiendo al jabalí vais desarmado?

STANLEY Muy buenos días, milord; buenos días, Catesby.

Podéis burlaros, mas por vida mía,
no me complacen estos dos consejos.

HASTINGS Milord, amo mi vida como vos la vuestra,
y nunca, en mi existencia, os aseguro,
me fue tan preciosa como lo es ahora.
¿Creéis que si temiera algún peligro
andaría tan triunfante como ando?

STANLEY Los presos de Pomfret, al salir de Londres,
iban alegres creyéndose seguros,
y en verdad no tenían motivo de recelo;
mas ya veis qué pronto se nubló su día.
Tan súbito acceso de rencor me inquieta;
¡quiera Dios sean en vano mis temores!
Se hace tarde, ¿no vamos a la Torre?

HASTINGS Calma, calma, señor. ¿Os digo algo?
Hoy serán decapitados esos lores.

STANLEY Su lealtad les conserve las cabezas
más que el sombrero a sus acusadores.
Pero venid, partamos.

Entra un PERSEVANTE.

HASTINGS Adelantaos. Voy a hablar a este buen hombre.

Salen STANLEY y CATESBY.

¡Hola, tú! ¿Cómo la vas pasando?

PERSEVANTE Bien, pues vuestra merced me lo pregunta.

HASTINGS Yo te diré que me va mejor ahora
que cuando nos vimos en este mismo sitio.
Entonces a la Torre iba yo preso
a petición de los aliados de la reina,
pero ahora, te digo (pero cállalo)
que hoy mis enemigos serán muertos
y está mi situación mejor que nunca.

PERSEVANTE ¡Para bien vuestro os la conserve el cielo!

HASTINGS Gracias, hombre; ten, échate un trago.

Le avienta su bolsa.

PERSEVANTE Dios os bendiga.

Entra un SACERDOTE.

SACERDOTE Bien hallado, milord; me alegro de encontraros.

HASTINGS Con toda mi alma os lo agradezco, padre.

Os debo vuestro último servicio;
venid el próximo sábado por el estipendio.

BUCKINGHAM ¡Hola, lord chambelán! ¿Habláis a un sacerdote?

Vuestros amigos de Pomfret sí lo necesitan.
Vos no tenéis necesidad de confesaros.

HASTINGS Nada menos de ellos me acordaba

al hallar a este santo varón.

Y vos, ¿vais a la Torre?

BUCKINGHAM Así es, milord, por corto rato.

Antes que vos, estaré ya de regreso.

HASTINGS Tal vez, porque a comer ahí me quedo.

BUCKINGHAM (*Aparte.*)

Y a cenar también, aunque todavía lo ignoras.

Bueno, ¿vais para allá?

HASTINGS Así es, partamos.

Salen.

ESCENA III

*Pomfret. Delante del castillo. Entra RATCLIFF
con alabarderos conduciendo al patíbulo
a RIVERS, GRAY y VAUGHAN.*

RIVERS Sir Richard Ratcliff, oíd esto:

hoy vais a ver a un súbdito que muere
por leal, por veraz y por honrado.

GRAY ¡Dios libre al príncipe de toda esta jauría!

Caterva sois de malditas sanguijuelas.

VAUGHAN De esto que hacéis habréis de lamentaros.

RATCLIFF Basta; vuestras vidas llegan a su término.

RIVERS ¡Oh, Pomfret! ¡Sanguinaria cárcel,
ominosa y fatal a tantos nobles!
En el recinto de tus muros criminales
fue Ricardo Segundo apuñalado;
y para más oprobio de tu triste asiento,
te damos a beber nuestra inocente sangre.

GRAY Ahora ha caído sobre nuestras cabezas
la maldición de Margarita sobre Hastings,
tú y yo cuando nos reprochaba
nuestro silencio mientras a su hijo,
Ricardo daba muerte.

RIVERS Entonces maldijo ella a Ricardo,
y a Buckingham lo maldijo entonces,
y también a Hastings: Oh, Dios, acuérdate
de oír su ruego contra ellos como contra nosotros;
y en cuanto a mi hermana y los príncipes sus hijos,
conténtate, buen Dios, con nuestra sangre
que, como sabes, será vertida injustamente.

RATCLIFF Apresuraos; es hora de morir.

RIVERS Ven Gray, ven Vaughan; abracémonos,
y despedámonos hasta reunirnos en el cielo.

Salen.

ESCENA IV

*Londres. La Torre. BUCKINGHAM, STANLEY, HASTINGS,
el obispo de ELY, RATCLIFF, LOVEL y otros sentados
alrededor de una mesa. Oficiales del consejo presentes.*

HASTINGS Oíd, señores: el motivo de esta junta
es precisar lo de la coronación:
decidme por Dios, ¿cuándo será el día insigne?

BUCKINGHAM ¿Está todo dispuesto para ocasión tan regia?

STANLEY Así es; tan solo falta decidir la fecha.

ELY Opino que sea mañana el venturoso día.

BUCKINGHAM

¿Quién sabe qué piensa el lord protector a este respecto?

¿Quién tiene más confianza con el noble duque?

ELY Su opinión vuestra gracia mejor que otro conoce.

BUCKINGHAM Caras vemos, corazones no sabemos.

Él no sabe más del mío que yo del vuestro,
ni yo del suyo más, que vos del mío.

Vos sí gozáis, lord Hastings, de su afecto.

HASTINGS Le agradezco el cariño que me tiene,
pero tratándose de la coronación,
no lo he sondeado, ni él a mí me ha dicho
cuál sea su voluntad a ese respecto.
Pero señores, podéis fijar la fecha
y en nombre del duque yo daré mi voto,
el cual, presumo, aceptará de grado.

Entra GLOUCESTER.

ELY A buen tiempo llega en persona el duque.

GLOUCESTER Nobles lores y deudos, buenos días.

Me quedé dormido, mas mi ausencia, espero,
no habrá entorpecido algún asunto
que hubiera requerido mi presencia.

BUCKINGHAM Si no hubierais llegado tan a punto,
William lord Hastings os habría representado,
es decir, habría dado vuestro voto
para coronar al rey.

GLOUCESTER Pues nadie es más atrevido que lord Hastings.

Bien me estima el señor y me conoce.
Milord de Ely, cuando estuve en Holborn,
en vuestra huerta vi muy buenas fresas;
os ruego me mandéis traer algunas.

ELY Por supuesto, milord, lo haré con gusto.

Sale.

GLOUCESTER Primo Buckingham, oídme una palabra.

(Lo lleva aparte.)

Catesby ha sondeado en nuestro asunto a Hastings,
y halla al quisquilloso lord tan irritado,
que prefiere, dice, le corten la cabeza,
antes de consentir que el hijo de su rey,

como lo llama respetuosamente,
pierda el derecho al trono de Inglaterra.

BUCKINGHAM Salid un momento. Os sigo.

Salen GLOUCESTER y BUCKINGHAM.

STANLEY Aun no hemos fijado el día glorioso.

Creo que mañana es demasiado pronto;
porque yo mismo no estoy bien preparado
como lo estaría si pudiera posponerse.

Regresa el obispo de ELY.

HASTINGS Su alteza se ve alegre y tranquilo esta mañana;

hay alguna idea por ahí que le ha hecho gracia,
cuando saluda con tan buenos ánimos.

Creo que en todo el mundo no hay otra persona
que disimule menos su amor o malquerencia;
porque se lee en su cara lo que lleva dentro.

STANLEY ¿Y qué fue por ventura lo que visteis
que de su corazón hoy su rostro delatara?

HASTINGS A fe, que no está ofendido aquí con nadie;
de lo contrario su aspecto lo diría.

Regresan GLOUCESTER y BUCKINGHAM.

GLOUCESTER Decidme, ¿qué merecen los que traman
contra mi vida con diabólicos intentos
de brujería maldita, y que han prevalecido
sobre mi cuerpo con hechizos del averno?

HASTINGS El tierno afecto que profeso a vuestra alteza,
en esta ilustre reunión me fuerza a anticiparme
a condenar, quienquiera que ellos fueren, a tales ofensores.
Digo, señor, que la muerte han merecido.

GLOUCESTER Pues del mal sean testigos vuestros ojos.

Ved como estoy embrujado: ved mi brazo,
marchito retoño que secó la plaga:
y es la esposa de Eduardo, bruja infame,
unida a Shore, esa ramera prostituta,
que me han herido con sus artes mágicas.

HASTINGS Si tal han hecho, noble señor, ...

GLOUCESTER ¿Si? Protector de esta maldita zorra,
¿me pones condiciones? Traidor eres:
¡cortadle la cabeza! Por san Pablo,
no me siento a comer sin que la vea.
Lovel y Ratcliff, ejecutad la orden:
el resto, si me amáis, venid conmigo.

Salen todos menos HASTINGS, RATCLIFF y LOVEL.

HASTINGS ¡Ay de Inglaterra! De mí no me conduelo;
porque yo, iluso, pude haber previsto esto.
Soñó Stanley que el jabalí destruía su yelmo;
y yo me burlé de ello y desdeñé la huída.
Hoy tropezó tres veces mi caballo con su gualdrapa,
y encabritose cuando vio la Torre,
como evitando traerme al matadero.
Ay, necesito ahora al sacerdote que me hablaba,
y me arrepiento de haber anunciado al perseverante,
con voz de triunfo, que mis enemigos
hoy en Pomfret serían sacrificados
mientras yo gozaba de favor y gracia.
¡Oh, Margarita, tu maldición abrumadora
desciende ahora sobre mi triste frente!

RATCLIFF Vamos, conclud. Desea comer el duque.
Confesaos pronto, le urge ver vuestra cabeza.

HASTINGS ¡Oh, efímero favor de los mortales
que más ansiamos que el favor divino!
Quien finca esperanzas en el aire
de tus halagos, vive cual marino
ebrio sobre el mástil. A cada cabeceada
puede caer en la fatal entraña del abismo.

LOVEL Vamos, aprisa. Es inútil lamentarse.

HASTINGS ¡Feroz Ricardo! ¡Mísera Inglaterra!
Te pronostico una edad más espantosa
que la que nunca se haya contemplado.

Vamos al tajo; mi cabeza urge que le envíen:
muy pronto habrán de morir los que ahora ríen.

Salen.

ESCENA V

Londres. Los muros de la Torre.

Entran GLOUCESTER y BUCKINGHAM con armaduras mohosas y aspecto repulsivo.

GLOUCESTER ¿Podéis palidecer y estremeceros,
perder el resuello en la mitad de una palabra,
y comenzar de nuevo y de nuevo deteneros,
cual si estuvierais preso de delirio y miedo?

BUCKINGHAM ¡Bah! Puedo imitar al más perfecto trágico,
hablar, voltear atrás y ver en torno mío,
sobresaltarme porque una paja tiembla,
aparentando profundísimas sospechas.
Manejo la sonrisa y la mirada torva,
y ambas tengo a la mano, a cualquier hora,
en apoyo de mis estratagemas.
¡Pero cómo! ¿Se ha ido Catesby?

GLOUCESTER Así es, pero con el alcalde vuelve.

Entran el ALCALDE y Catesby.

BUCKINGHAM ¡Señor alcalde!

GLOUCESTER ¡Guardad el puente levadizo!

BUCKINGHAM Se oye un tambor.

GLOUCESTER Vigila las murallas, Catesby.

BUCKINGHAM Señor alcalde, la causa de mandaros

GLOUCESTER ¡Cuidado, en guardia! ¡Hay enemigos!

BUCKINGHAM ¡Dios y nuestra inocencia nos protejan!

Entran LOVEL y Ratcliff con la cabeza de Hastings.

GLOUCESTER No tengáis miedo, amigos, son Ratcliff y Lovel.

LOVEL Aquí está la cabeza de ese vil traidor,
el taimado y peligroso Hastings.

GLOUCESTER Lo quise tanto, que llorarlo es fuerza.
Lo tenía por el ser más franco e inofensivo
de todos los cristianos de este mundo.
Hice de él un libro en que escribía mi alma
la historia de mis pensamientos más ocultos:

con barniz de virtud cubría tan bien su secreta maldad,
que excepción hecha de su flagrante vicio,
es decir, su relación con la mujer de Shore,
vivía del todo libre de sospechas.

BUCKINGHAM Sí, sí; pero era el traidor más solapado
que haya existido nunca.
¿Podríais figuraros o creer,
si no fuera que por milagro verdadero
vivimos aún para contarlos, que el traidor astuto
había planeado asesinarlos hoy
en el consejo a mí y al noble Gloucester?

ALCALDE ¿De veras?

GLOUCESTER ¡Pero qué! ¿Pensáis que somos turcos o paganos?
¿O que contra toda justicia y sin derecho
Habríamos procedido tan deprisa
en la muerte del villano,
si no fuera porque el peligro extremo de este caso,
la paz del reino y nuestras propias vidas,
nos forzaron a la ejecución?

ALCALDE ¡Pues Dios os valga! La muerte merecía;
y vuestras mercedes obraron rectamente
para escarmiento de otros atentados.
Desde que se acomodó con la mujer de Shore,
juzgué que nada bueno prometía.

BUCKINGHAM Con todo, no queríamos que muriera
no estando presente vuestra señoría;
pero la afectuosa prisa de nuestros amigos
a pesar nuestro vino a anticiparse:
porque, milord, nos hubiera gustado que escucharais
hablar al traidor confesar tembloroso
el designio y modo de su traición;
para que así pudierais decírselo a los ciudadanos,
que acaso malinterpreten lo que hicimos
y lamenten su muerte.

ALCALDE Pero mi buen señor, vuestra palabra servirá
igual que si yo lo hubiera visto;
y os aseguro, príncipes excelsos,
que yo pondré al tanto a la ciudadanía

de vuestro justo proceder en esta causa.

GLOUCESTER Para ello requerimos aquí vuestra presencia;
para evitar las censuras del malicioso mundo.

BUCKINGHAM Mas pues habéis llegado tarde para eso,
sed testigo de lo que intentábamos;
y así quedad con Dios, señor alcalde.

Sale el ALCALDE.

GLOUCESTER Rápido, seguidlo, primo Buckingham,
al ayuntamiento se dirige a toda prisa:
ahí, cuando lo juzguéis más oportuno,
decid que los hijos de Eduardo son bastardos;
y que este mandó matar a un ciudadano,
tan solo por decir que haría a su hijo
heredero de la corona; con lo que se refería a su tienda,
que por este signo era conocida.
Más aún, insistid en su lujuria odiosa
y bestial apetito,
que se extendía a sirvientas, hijas o mujeres,
cualquiera que a su ojo lascivo y corazón salvaje,
se le antojaba convertir en presa fácil.
Y si aprieta el caso, podréis tocar a mi persona:
decidles que cuando mi madre quedó encinta
del insaciable Eduardo, el noble York,
mi augusto padre, hacía la guerra en Francia;
y que al hacer la cuenta de los meses,
halló que no era suyo aquel engendro;
lo cual bien se veía por las facciones,
que en nada se asemejaban a mi padre.
Pero tocad esto solo por encima,
porque como sabéis, milord, vive mi madre.

BUCKINGHAM No dudéis, señor, seré tan elocuente
cual si la dorada prenda que reclamo
para mí fuera; y hasta pronto.

GLOUCESTER Si todo sale bien, venid a Baynard,
donde me hallaréis acompañado
de reverendos padres y de obispos sabios.

BUCKINGHAM Ya voy; y hacia las tres o cuatro
buscad noticias del ayuntamiento.

Sale.

GLOUCESTER Lovel, busca al punto al doctor Shaw.
(A CATESBY.) Tú al monje Penker;
dad órdenes a ambos
de que en el castillo de Baynard dentro de una hora
vengan a buscarme.

Salen LOVEL y CATESBY.

Ahora iré a dar órdenes secretas
para quitar de en medio a los chicos de Clarence;
y para prohibir que por ningún motivo
con los príncipes se comunique nadie.

ESCENA VI

Londres. Una calle. Entra un ESCRIBANO.

ESCRIBANO He aquí el proceso del bueno de lord Hastings
copiado en limpio con muy buena letra
que debe ser leído hoy en San Pablo.
Y fijaos qué bien urdida se halla la secuela.
Once horas largas me llevó escribirlo,
porque hasta anoche no me lo trajo Catesby.
El borrador exigió de mí otras tantas,
y con todo, cinco horas ha Hastings aun vivía,
libre de acusaciones o procesos,
tranquilo y a sus anchas.
¡Bonito mundo es este! ¿Quién es tan ciego
que no perciba tan palpable engaño?
¿Y quién tan osado que diga que lo ve?
Mal anda el mundo, y todo va a la ruina
cuando tal proceder pasa por alto.

ESCENA VII

*Londres. El patio del castillo de Baynard.
Entran por diferentes lados GLOUCESTER y BUCKINGHAM.*

GLOUCESTER Muy bien; ¿qué dicen los señores ciudadanos?

BUCKINGHAM Pues por la Santa Madre de Dios, los ciudadanos
están mudos, ni palabra dicen.

GLOUCESTER ¿Mencionasteis la bastardía de los hijos de Eduardo?

BUCKINGHAM Sí, y su compromiso con lady Lucy,
y su contrato por poder en Francia.
La insaciable avidez de sus deseos,
y su violación de las mujeres de esta villa;
su tiranía por bagatelas increíbles;
su propia bastardía, siendo engendrado
cuando estaba vuestro padre en Francia,
y su falta de parecido con el duque.
Inferí en cambio que vuestras facciones
semejábanse en todo a vuestro padre,
tanto en la forma como en la nobleza
de ánimo de que se hallan inspiradas;
traje a cuento vuestras victorias en Escocia,
vuestra disciplina tratándose de guerra,
vuestra prudencia en época de paz,
vuestra largueza, virtud y mansedumbre...
En suma, nada omití ni traté con ligereza
que a vuestros propósitos fuera provechoso;
y cuando mi discurso se acercaba al fin,
les pedí a los que amaran a su patria
que gritaran: «¡Dios salve a Ricardo, de Inglaterra rey!».

GLOUCESTER ¿E hicieronlo?

BUCKINGHAM No, Dios me valga, no chistaron,
y como mudas estatuas o vivientes rocas,
se miraban unos a otros y poníanse pálidos.
Visto lo cual, los reprendí,
y pregunté al alcalde qué significaba
tan tenaz silencio.
Me contestó que la gente no estaba acostumbrada
a que le hablase nadie, excepto el secretario.
Entonces le urgí que repitiera mi discurso.
«Tal dice el duque y tal afirma», dijo,
pero nada habló por propia cuenta.
Cuando acabó, algunos de los míos,
que estaban al fondo del recinto,
lanzaron sus gorras al aire,

y unas diez voces exclamaron: «¡Viva el rey Ricardo!».
Yo, valiéndome de aquellos pocos, dije:
«Mil gracias, buenos y queridos ciudadanos:
este fuerte aplauso y estos vivas
demuestran vuestro buen juicio y afecto por Ricardo».
Y en este punto lo dejé y me vine.

GLOUCESTER ¡Qué mudos bloques! ¿Qué, no hablaron?
¿Y no vendrá el alcalde y sus cofrades?

BUCKINGHAM No tardará en llegar. Fingid recelo;
dejaos ver solo tras ruegos insistentes,
sosteniendo un libro de rezos en la mano
y con un clérigo a cada lado, señor,
que me dé pie a piadosas reflexiones.
Y no cedáis fácilmente a nuestra instancia.
Jugad a la doncella, que dice no, para alargar la mano.

GLOUCESTER Hecho; y si vos alegáis tan hábilmente,
como yo pienso fingir mi negativa,
sin duda alguna tendremos buen suceso.

BUCKINGHAM Subid el terraplén. Llama el alcalde.

*Sale GLOUCESTER.
Entran el ALCALDE, regidores y ciudadanos.*

Bienvenido, milord; aquí estoy en espera;
creo que el duque no quiere ver a nadie.

Sale del castillo CATESBY.

¡Hola, Catesby! ¿Qué contesta a mi demanda el duque?

CATESBY Noble señor, le ruega a vuestra gracia
volváis a verlo mañana o al día siguiente.
Con dos reverendos padres se ha encerrado
para entregarse a la meditación divina,
y ningún asunto mundano lo persuade
de apartarse de sus piadosos ejercicios.

BUCKINGHAM Volved, buen Catesby, con el noble duque
y decidle que yo, el alcalde y regidores,
para graves asuntos de importancia
con el bien general relacionados,
querríamos entrevistarnos con su alteza.

CATESBY Voy a informarle de inmediato.

Sale.

BUCKINGHAM Ah, milord, ¡no es un Eduardo nuestro príncipe!

No está tendido en un lascivo lecho,
sino postrado de hinojos meditando;
no retoza con un par de cortesanas,
sino medita con dos profundos teólogos.
No está dormido engordando un cuerpo ocioso;
reza y vigila para enriquecer el alma.
Feliz fuera Inglaterra si tan virtuoso príncipe
tomara sobre su alteza el gobernarla.
Mas mucho me temo que no lo convenzamos.

ALCALDE Ni Dios quiera que su alteza nos rechace.

BUCKINGHAM Me temo que lo haga. Ya viene Catesby.

Entra CATESBY.

Vamos, Catesby, ¿qué responde su gracia?

CATESBY Se pregunta a qué fin habéis reunido
tanta gente para venir a verlo
sin haberle dado a su alteza previo aviso.
Teme, milord, que en contra suya, abriguéis malos deseos.

BUCKINGHAM Lamento que mi noble primo crea
que soy capaz de inferirle mal alguno;
juro nos mueve el más sincero afecto;
y por lo tanto volved para enterarlo de eso.

Sale CATESBY.

Cuando los hombres santos y devotos
se entregan a sus rezos, da trabajo sacarlos de ellos.
¡Es tan dulce la meditación ferviente!

Aparece GLOUCESTER en la galería superior en medio de dos obispos. Regresa CATESBY.

ALCALDE ¡Ved a su gracia en medio de dos clérigos!

BUCKINGHAM Dos columnas de virtud que a tan cristiano príncipe
le impidan caer en vanidades;
y ved el libro de oraciones en su mano,
cabal adorno que muestra al hombre santo.
Ilustre príncipe, Plantagenet excelso,

a nuestras súplicas aplica tus oídos,
y perdónanos el haber interrumpido
tu devoción y tu cristiano celo.

GLOUCESTER No hacen falta, señor, esas disculpas;
ruego a vuestra gracia me perdone,
que estando absorto de Dios en el servicio,
pospusiera atender a mis amigos.
Pero dejemos eso. ¿En qué puedo servirlos?

BUCKINGHAM En eso mismo que más agrada al cielo
y al hombre honrado en esta isla ingobernable.

GLOUCESTER Temo que ignorante he cometido algún error
que delante de la ciudad me ha deslucido,
y habéis venido a corregirme de ello.

BUCKINGHAM Así es, milord: y ojalá que a nuestros ruegos
vuestra alteza se digne corregir su falta.

GLOUCESTER Para eso en tierra de cristianos vivo.

BUCKINGHAM Sabed entonces ser esta vuestra falta:
el entregar la sede augusta, el trono regio,
el áureo cetro de vuestros antepasados,
lo que el destino y vuestra cuna otorgan,
la gloria hereditaria de vuestra casa real,
a un vástago corrupto y deshonorado;
mientras adormecido en vuestros muelles pensamientos,
(que por bien de la patria os ahuyentamos)
esta noble isla se ve privada de sus miembros,
desfigurado el rostro con infames cicatrices,
su real stirpe injerta en viles plantas,
y casi hundida en el profundo abismo
de la incuria y del más completo olvido.
Para remediar esto, de corazón solicitamos
que vuestra alteza en persona asuma el cargo
y el real gobierno de esta nuestra patria;
no como protector, regente o sustituto,
o agente subalterno para provecho de otro;
sino por línea de sucesión y consanguínea,
por derecho de nacimiento a un reino
que de verdad os pertenece.
Para ello, de acuerdo con los ciudadanos,

vuestros respetables y muy caros amigos,
y a instigación vehemente de ellos,
de tan justa causa vengo a convenceros.

GLOUCESTER No sé qué cuadro mejor a mi linaje
o a vuestra condición: si retirarme en silencio
o haceros un reproche acerbo:
podrías acaso pensar, si no contesto,
que al no responder, la ambición me ata la lengua
y consiente en asumir el áureo yugo de la soberanía
que queréis imponerme bondadosos;
mas por otro lado, si os reprendo
por vuestra solicitud, inspirada en el afecto
sincero que me profesáis, ofendo a mis amigos.
Por tanto, para evitar hablando lo primero,
y luego, para en hablando, no incurrir en lo segundo,
definitivamente así os contesto:
las gracias os doy por vuestro afecto,
mas declino vuestra petición por mis escasos méritos.
Lo primero, si se suprimieran los obstáculos,
y se allanara el camino a la corona
por derecho de sucesión y nacimiento,
es tan grande la pobreza de mi espíritu,
y tan graves y numerosos mis defectos,
que preferiría huir de mi grandeza,
débil barca para cruzar el mar bravío,
que codiciar verme envuelto en esplendores
y asfixiado por los vapores de la gloria.
Pero gracias a Dios, no os hago falta;
si así fuera, poco puedo socorreros;
el árbol regio nos ha dejado regio fruto:
cuando el tiempo que vuela lo sazone,
será digno de ocupar el trono regio
y felices nos hará con su gobierno.
Le cedo aquello que queréis brindarme,
derecho y suerte de su estrella venturosa,
que Dios no me permita arrebatarme.

BUCKINGHAM Milord, recta conciencia muestra vuestra gracia,
pero si el caso bien se considera,
vuestros escrúpulos son vanos y triviales.
De vuestro hermano, decís, Eduardo es hijo,

y eso es verdad, pero no es hijo de su esposa;
pues primero se comprometió con lady Lucy,
vuestra madre vive para atestiguarlo,
y después por poder quedó ligado
con Bona, hermana que fue del rey de Francia.
Desdeñadas estas, una infeliz solicitante,
de numerosos hijos afligida madre,
beldad marchita y viuda desolada,
ya en el ocaso de sus días mejores,
hizo presa y botín de sus lascivos ojos,
seduciendo el nivel y altura de su rango
a la bajeza vil de la bigamia.
De ella engendró en tálamo ilegítimo
este Eduardo que llamamos príncipe por mera cortesía.
Más acremente expondría mis argumentos,
mas por respeto a algunos personajes,
que todavía están vivos,
impongo a mi lengua límites piadosos.
Por tanto, vuestra persona real acepte,
buen señor, el provecho de este cargo;
si por nosotros no, ni por la patria,
al menos para librar a vuestra estirpe
de la corrupción y abuso de estos tiempos
y volverla al curso de su recta senda.

ALCALDE Hacedlo, los ciudadanos os lo ruegan.

BUCKINGHAM No rechacéis, señor, el afecto que os ofrecen.

CATESBY ¡Oh! Hacedlos dichosos otorgando lo que piden.

GLOUCESTER ¡Ay! ¿Por qué queréis imponerme estos cuidados?

No soy apto para la majestad ni los honores:
no lo toméis a mal, os lo suplico,
si no puedo ni quiero consentir.

BUCKINGHAM Si os rehusáis, si al cariño y celo
repugnan deponer al niño, vástago de vuestro hermano,
pues bien sabemos lo blando de vuestro corazón,
y el suave, bondadoso y mujeril respeto
que hemos notado tenéis a vuestros deudos,
y en verdad a toda clase de personas,
ya sea que aceptéis o no la oferta que os hacemos,
el hijo de vuestro hermano nunca será rey;

sino que colocaremos en el trono a otro,
para ruina y baldón de vuestra casa.
Y con esta resolución nos retiramos.
Ciudadanos, basta ya de insistir.

Sale BUCKINGHAM con los ciudadanos.

CATESBY Buen príncipe, llamadlos nuevamente; aceptad su petición.

Si la rehusáis, la patria entera habrá de lamentarlo.

GLOUCESTER ¿Queréis forzarme a un mundo de cuidados?

Llamadlos nuevamente; no estoy hecho de piedra,
sino sensible a vuestros amables ruegos.

Sale CATESBY.

Aunque sea contra mi alma y mi conciencia.

Regresa BUCKINGHAM con los demás.

Primo Buckingham y sabios concejales,
pues que queréis que lleve en las espaldas,
quiéralo o no, este peso de grandeza,
paciente debo de llevar la carga.
Mas si el escándalo o el reproche airado
son consecuencia de vuestra imposición,
vuestro tenaz empeño deberá absolverme
de la censura y mancha que se sigan de ello;
pues Dios lo sabe, y vosotros sois testigos,
que lejos estoy de ambicionar yo esto.

ALCALDE ¡Dios os bendiga! Es verdad, y lo diremos.

GLOUCESTER Pues al decirlo no diréis sino lo cierto.

BUCKINGHAM Y yo os saludo con este regio nombre:

¡Viva Ricardo, de Inglaterra rey auténtico!

TODOS Amen.

BUCKINGHAM ¿Os placería ser mañana coronado?

GLOUCESTER Puesto que así lo queréis, cuando os convenga.

BUCKINGHAM Mañana pues vendremos a buscaros,
y con gran regocijo nos marchamos.

GLOUCESTER (A los clérigos.)

Volvamos a nuestros piadosos ejercicios.

Adiós, primo; hasta la vista, amigos.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Londres. Ante la Torre. Entran, por un lado, la REINA ISABEL, la DUQUESA de York y el marqués de DORSET, por el otro, lady ANA, duquesa de Gloucester, conduciendo a la hija de Clarence.

DUQUESA

¿Quién nos sale al encuentro? ¿Mi nieta Margarita de la mano de su amable tía de Gloucester? Por vida mía, se dirigen a la Torre por puro afecto a saludar a los dos príncipes. ¡Hija, qué gusto me da verte!

ANA ¡Que Dios os conceda venturosos días!

REINA ISABEL Lo mismo que a ti, hermana. ¿Adónde vas?

ANA Nada más a la Torre, y adivino que me trae el mismo anhelo que a vosotras: saludar en ella a los dos príncipes.

REINA ISABEL Gracias, hermana: juntas entraremos.

Entra BRAKENBURY.

Y a muy buen tiempo llega aquí el alcalde. Señor alcalde, por favor decidme, ¿cómo está el príncipe y el joven York mi hijo?

BRAKENBURY Muy bien, señora. Pero perdonadme que no pueda permitirlos visitarlos. El rey ha prohibido estrictamente hacerlo.

REINA ISABEL ¡El rey! ¿De quién se trata?

BRAKENBURY Me refiero al lord protector.

REINA ISABEL ¡Dios lo proteja de ese regio título! ¿Alza barreras entre mis hijos y yo? Soy su madre; ¿quién puede separarme?

DUQUESA Yo soy su abuela y he de visitarlos.

ANA Yo soy su tía y los quiero como madre: dejadme verlos; yo respondo de la falla y la responsabilidad asumo con el riesgo.

BRAKENBURY No, señora, no puedo permitirlo:
lo he jurado y por tanto disculpadme.

Sale. Entra STANLEY.

STANLEY Señoras, si os hallo dentro de una hora,
saludaré a la duquesa de York
como la madre augusta de dos hermosas reinas.
(A ANA.) Venid, señora,
es preciso que vayáis al punto a la abadía,
donde seréis coronada como la regia esposa de Ricardo.

REINA ISABEL ¡Ay, cortad el lazo de mi corpiño que me ahoga!
Que mi corazón oprimido dentro de mi pecho pueda latir,
pues desfallezco con tan fatal noticia.

ANA ¡Noticia adversa! ¡Malhadadas nuevas!

DORSET Reanimaos, madre: ¿cómo se siente vuestra alteza?

REINA ISABEL ¡Ay, Dorset! No intentes consolarme: huye;
muerte y ruina te pisan los talones.
El nombre de tu madre es mal augurio;
cruza el mar y escapa de la muerte,
únete a Richmond y del infierno líbrate;
aléjate pronto de este matadero
para que no aumentes el número de muertos,
y sucumba yo a la maldición de Margarita,
ni madre, ni esposa, ni reina de Inglaterra.

STANLEY Vuestro consejo está lleno de prudencia.
(A DORSET.) Procura ganar el mayor tiempo posible;
tendrás cartas de mí para mi hijo
para que venga a encontrarte en el camino;
la imprudente demora no se te eche encima.

DUQUESA ¡Oh, viento aciago que el dolor esparces!
¡Ventre mío fatal, nido de muerte!
¡Al mundo has dado a luz un basilisco
cuya vista tenaz nos asesina!

STANLEY Venid, señora; se me ordenó que regresara.

ANA Y contra toda mi voluntad debo seguiros.
Ay, Dios quisiera que el apretado círculo
de dorado metal que ciña mi cabeza

fuera candente acero que me abrasara el cráneo.
Ojalá fuera ungida con mortal veneno
y muriera antes de oír: ¡Viva la reina!

REINA ISABEL Ve, desdichada, no envidio tu grandeza.
No te desees ningún mal por complacerme.

ANA ¿Por qué no? Cuando aquel que es hoy mi esposo
se me acercó mientras seguía el cuerpo de Enrique,
tintas aún sus manos con la sangre,
que brotó del ángel que mi esposo fuera,
y del santo cuyo cadáver yo seguía llorando;
¡oh!, cuando digo, vi el rostro de Ricardo,
fue este mi deseo: ¡seas, le dije, maldito,
por condenarme tan joven a viudez tan larga!
Y cuando te cases, el dolor ronde tu lecho
y que tu esposa (si existe tal demente)
sea más infeliz a causa de tu vida
que lo que tú me has hecho por la muerte de mi esposo.
¡Mas ay! Ni repetir mis maldiciones pude,
en breve tiempo, mujer al fin,
mi necio corazón quedó cautivo de sus dulces frases,
y a mi propia maldición quedé sujeta:
ni ya mis ojos probaron el descanso,
ni una hora en su lecho desde entonces
gocé del sueño el plácido rocío,
pues sus espantables pesadillas
de continuo venían a despertarme.
Además, me odia por mi padre Warwick,
y sin duda pronto de mí querrá librarse.

REINA ISABEL Adiós, pobre criatura. Me das pena.

ANA No menos gime mi alma por vosotras.

REINA ISABEL ¡Adiós, triste destinataria de grandeza!

ANA ¡Adiós, infeliz, que te despidas de ella!

DUQUESA (A DORSET.) ¡Vete con Richmond y la suerte te acompañe!
(A ANA.) ¡Ve con Ricardo y los ángeles te asistan!
(A la REINA ISABEL.) ¡Vete al santuario y busca ahí el consuelo!
¡Yo en la tumba hallaré paz y reposo!
Ochenta años de dolor llevo vividos
y cada hora de gozo ha naufragado

en una larga semana de gemidos.

REINA ISABEL Esperad, volved los ojos a la Torre:

¡compadeceos, vetustas piedras de mis niños
que la envidia ha encerrado en vuestros muros,
dura cuna para esos pequeñuelos!

Aya ruda y salvaje; vieja y adusta compañera
de juegos para tan tiernos príncipes.

¡Oh, piedras toscas, tratadlos con dulzura,
os ruega delirante mi amargura!

Salen.

ESCENA II

*Londres. La sala del trono en palacio. Marcha.
Entra Gloucester ahora REY RICARDO, coronado con toda pompa.
BUCKINGHAM, CATESBY, un PAJE y otros.*

REY RICARDO Dejad libre el paso. ¡Primo Buckingham!

BUCKINGHAM ¡Gracioso soberano!

REY RICARDO Dadme la mano.

Asciende al trono.

Así de alto con vuestro consejo
y ayuda, está sentado el rey Ricardo:
mas ¿será esta gloria flor de un día
o durará para regocijarnos?

BUCKINGHAM ¡Que se afiance y que dure para siempre!

REY RICARDO ¡Ah, Buckingham! Hoy seré piedra de toque
para saber si sois oro en verdad de buena ley.

El príncipe Eduardo vive: figuraos lo que esto significa.

BUCKINGHAM Proseguid, querido soberano.

REY RICARDO Pues digo, Buckingham, que yo quiero reinar.

BUCKINGHAM Pues ya sois rey, ilustrísimo señor.

REY RICARDO ¡Ah! ¿Conque rey? Así es: mas vive Eduardo.

BUCKINGHAM Cierto, noble señor.

REY RICARDO Oh, amarga consecuencia,
que Eduardo viva aún. «¡Cierto, noble señor!»
Primo, no solíais ser tan moroso:
¿hablaré más claro? Deseo que mueran los bastardos;
y quiero que se ejecute de inmediato.
¿Qué decís ahora? Sed breve y respondedme.

BUCKINGHAM Vuestra alteza puede hacer lo que le plazca.

REY RICARDO ¡Bah! Sois todo hielo; vuestro afecto se congela.
Decidme: ¿estáis de acuerdo en que perezcan?

BUCKINGHAM Concededme, señor, algún respiro,
una pausa antes de decidir en esto.
Resolveré, señor, en un instante.

Sale.

CATESBY (*Aparte a otro caballero.*) El rey se enoja:
mirad, se muerde el labio.

REY RICARDO (*Descendiendo del trono.*)
Debo tratar con caracteres férreos
y jóvenes que no hagan distinciones.
No me placen los que me escudriñan con los ojos.
El ambicioso Buckingham se vuelve circunspecto.
¡Muchacho!

PAJE ¿Sí, señor?

REY RICARDO ¿No conoces a alguno a quien el oro que corrompe
tiente a cometer en secreto un homicidio?

PAJE Conozco a un caballero descontento
cuyos humildes medios su ambición no satisfacen;
más que veinte oradores, el oro lo convence
y no dudo que lo empuje a cualquier cosa.

REY RICARDO ¿Cuál es su nombre?

PAJE Su nombre, majestad, es Tyrrel.

REY RICARDO A medias lo conozco; ve a llamarlo.
El astuto y caviloso Buckingham
en adelante ya no será mi confidente.
¿Tanto tiempo anduvo conmigo sin cansarse
y hoy se detiene para tomar aliento?

Bueno, ¡pues que sea!

Entra STANLEY.

¡Qué tal, lord Stanley! ¿Qué noticias?

STANLEY Sabed, mi querido señor, que se rumora que el marqués de Dorset se ha escapado para unirse a Richmond en donde él se encuentra.

REY RICARDO Ven, Catesby: esparce el rumor por todas partes de que Ana, mi esposa, está muy grave; daré instrucciones de que esté encerrada. Búscame pronto algún hidalgo pobre con quien casar aprisa a la hija de Clarence. El chico es bastante tonto y no le temo. ¡Cuidado con dormirte! Repito, di que Ana está enferma y a punto de morir. Pronto; porque me importa mucho atajar todas aquellas esperanzas que puedan al crecer causarme daño.

Sale CATESBY.

Tengo que unirme a la hija de mi hermano o se finca mi reino en vidrio frágil. ¡Dar muerte a sus hermanos y luego desposarla! No es fácil; pero en vida tan sangrienta un crimen de otro crimen se alimenta. No hay lágrimas piadosas en mis ojos.

Regresa el PAJE con TYRREL.

¿Te llamas Tyrrel?

TYRREL Jacobo Tyrrel, vuestro humilde súbdito.

REY RICARDO ¿De veras?

TYRREL Ponedme a prueba, majestad.

REY RICARDO ¿Te atreverías a matar a uno que es mi amigo?

TYRREL Sí, por cierto; pero ojalá dos enemigos fueran.

REY RICARDO Pues ya los tienes: dos mortales enemigos, que perturban mi sueño y mi reposo, son los que encomiendo a tu cuidado.

Tyrrel, me refiero a los bastardos en la Torre.

TYRREL Dejadme tener acceso a ellos
y pronto os libraré de ese temor.

REY RICARDO Tu voz es dulce música. Ven, Tyrrel,
toma esta prenda; levántate y escúchame.

Le habla en secreto.

Esto es todo. Dime que está hecho,
y gozarás de mi afecto y preferencia.

TYRREL Corro a cumplir vuestro encargo de inmediato.

Sale.

Regresa BUCKINGHAM.

BUCKINGHAM Señor, he estado meditando
la cuestión en que queríais probarme.

REY RICARDO Ah, sí. No se hable de eso.
Dorset quiere unirse con Richmond.

BUCKINGHAM He oído la noticia, señor.

REY RICARDO Stanley, es hijo de tu esposa: ten cuidado.

BUCKINGHAM Señor: reclamo la promesa que me hicisteis,
y empeñasteis en ello vuestra honra:
el condado de Hereford junto con los muebles
que dijisteis habría yo de poseer.

REY RICARDO Stanley, vigila a tu mujer; si ella llevare
cartas a Richmond, darás cuenta de ello.

BUCKINGHAM ¿Qué responde su alteza a mi justa demanda?

REY RICARDO Ahora me acuerdo de que Enrique VI
profetizó que Richmond sería rey,
cuando Richmond era solo un rapazuelo.
¿Rey? Puede ser...

BUCKINGHAM ¡Milord!

REY RICARDO ¿Y cómo fue que estando yo presente,
el profeta no me haya dicho entonces
que habría yo de aniquilar a Richmond?

BUCKINGHAM Milord, vuestra promesa del condado.

REY RICARDO ¡Richmond...! La última vez que estuve en Exeter
por cortesía el alcalde me enseñó el castillo;
y lo llamó Rougemont:^[17] a cuyo nombre me sobresalté.
Porque un bardo de Irlanda me predijo
que no viviría mucho después de ver a Richmond.

BUCKINGHAM ¡Milord!

REY RICARDO Bien, ¿qué horas son?

BUCKINGHAM Me atrevo a recordar a vuestra gracia
la promesa que me hizo.

REY RICARDO Pero ¿qué horas son?

BUCKINGHAM Van a dar las diez.

REY RICARDO Pues que las den.

BUCKINGHAM ¿Por qué que las den?

REY RICARDO Porque como badajo estás sonando
entre tu demanda y mis cavilaciones.
Hoy no estoy de humor para regalos.

BUCKINGHAM Pues resólveme entonces si lo haréis o no.

REY RICARDO Me perturbas; no estoy ahora de humor.

*Sale el REY RICARDO
con su séquito.*

BUCKINGHAM ¿Pero es posible? ¿Con tal desprecio
paga mis servicios? ¿Para esto lo hice rey?
Ay, pensemos en Hastings y huyamos con presteza
mientras aún tengo sobre los hombros la cabeza.

Sale.

ESCENA III

Entra TYRREL.

TYRREL Consumose el hecho cruel y sanguinario;
la matanza más atroz y abominable
que esta tierra jamás haya manchado.
Dighton y Forrest, a quienes soborné

para este acto de feroz carnicería,
aunque empedernidos asesinos,
mastines sanguinarios,
tocados de piedad y de blandura,
lloraban como dos chicos al narrar la triste historia
de la muerte que habían ejecutado.
«Ay», dijo Dighton, «yacían así dormidos los dos niños».
«Entrelazados mutuamente», dijo Forrest,
«en sus alabastrinos e inocentes brazos.
Cuatro rosas en botón eran sus labios,
prendidas juntas en el mismo tallo,
que en el esplendor del verano se besaban.
Sobre su almohada un libro de oraciones
casi hizo que me arrepintiera»,
dijo Forrest, «pero el demonio...».
Y se calló el villano.
Y Dighton agregó: «Estrangulamos
la más perfecta obra que haya fabricado
natura, desde que existe el universo».
Y se marcharon ambos, abrumada la conciencia
por los remordimientos;
no podían hablar. Yo los dejé y vine
a traer la noticia al sanguinario rey
que ya se acerca.

Entra el REY RICARDO.

REY RICARDO Buen Tyrrel, ¿me harán feliz tus nuevas?

TYRREL Si os alegra que se haya realizado
lo que me encargasteis, alegraos,
porque se han cumplido vuestras órdenes.

REY RICARDO ¿Pero los viste muertos?

TYRREL Sí, señor.

REY RICARDO ¿Y enterrados, buen Tyrrel?

TYRREL El capellán de la Torre les ha dado sepultura,
pero no sé cómo ni en qué parte.

REY RICARDO Después de cenar ven a buscarme:
me contarás los detalles de su muerte.
Entretanto piensa en qué podré ayudarte

y dar cumplimiento a tus deseos.
Hasta la vista entonces.

TYRREL Con vuestra licencia me despido.

Sale.

REY RICARDO Al hijo de Clarence lo tengo bien guardado,
a la hija la he casado pobremente;
en el seno de Abraham duermen los príncipes,
y Ana, mi esposa, del mundo se despide.
Mas como sé que el bretón Richmond anhela
casarse con Isabel, la hija de Eduardo,
y mediante esa unión subir al trono,
a ella voy, como galán festivo,
y habré de prosperar y conquistarla.

Entra CATESBY.

CATESBY ¡ Milord!

REY RICARDO ¿Buenas o malas noticias
para atreverte a entrar tan bruscamente?

CATESBY Malas, milord: Morton se ha unido a Richmond;
y Buckingham, respaldado por intrépidos galeses,
está en el campo y su fuerza aumenta de continuo.

REY RICARDO Ely con Richmond me preocupa más
que Buckingham y sus improvisadas fuerzas.
Ven; he aprendido que el comentario temeroso
es siervo de plomo de la morosidad;
la dilación acarrea la miseria atortugada e impotente.
Por tanto, ¡que la celeridad me preste alas,
Mercurio de Jove y heraldo de los reyes!
Mi consejo es mi escudo; reunid gente;
contra traidores fieros acudo diligente.

ESCENA IV

*Londres. Ante el palacio.
Entra la REINA MARGARITA.*

REINA MARGARITA Al fin la prosperidad cayó madura
en las fauces podridas de la muerte.

Por estos sitios astuta me he escondido
acechando la ruina de mis enemigos.
De un siniestro principio soy testigo
y me iré a Francia esperando el desenlace
sea igual de amargo, de negro, y de funesto.
¡Aléjate, desdichada Margarita! ¿Pero quién viene?

Entran la REINA ISABEL y la DUQUESA de York.

REINA ISABEL ¡Ay, mis pobres príncipes, tiernas criaturitas,
capullos en flor, gérmenes amados!
Si aún en el aire flotan vuestras almas,
antes de fijarse en su destino eterno,
agitad en torno mío vuestras etéreas alas
y oíd los ayes que exhala vuestra madre.

REINA MARGARITA Venid, decidle que una ley sagrada
en noche oscura trocó vuestra alborada.

DUQUESA Tanto mi voz quebraron las desgracias,
que cansada de lamentarse ya mi lengua,
está callada y muda; me pregunto
¿por qué Eduardo Plantagenet ha muerto?

REINA MARGARITA ¡Eduardo por Eduardo justa suerte!
Quedó pagada así deuda de muerte.

REINA ISABEL ¿Por qué abandonaste, oh Dios, a mis corderos
y los echaste a las entrañas de ese lobo?
¿No viste acaso la suerte que corrían?

REINA MARGARITA Cuando a Enrique y a mi hijo los herían.

DUQUESA Vivo cadáver, vista que no miras,
pobre fantasma muerto que deambulas,
espectáculo de dolor, del mundo oprobio,
existencia que robas el tributo a la tumba,
compendio y relación de días aciagos,
descansa tu penar en las entrañas leales
(*sentándose*) de esta Inglaterra que tan injustamente
han embriagado con sangre de inocentes.

REINA ISABEL ¡Ay!, que pudieras depararme algún sepulcro
igual que me cedas asiento miserable;
sin reposar, aquí mis huesos escondiera.
¿Quién más que yo de gemir tiene motivo?

Se sienta junto a la DUQUESA.

REINA MARGARITA Si la antigüedad vuelve el dolor más respetable,
dadle al mío la ventaja de los años,
dadle a mis penas ceñuda primacía,
si en el dolor podemos asociarnos.

Se sienta junto a ellas.

Viendo mis males, recordad los vuestros:
tuve un Eduardo, lo mató Ricardo;
tuve un Enrique lo mató Ricardo.
Y tú, un Eduardo, lo mató Ricardo;
y tú, un Ricardo lo mató Ricardo.

DUQUESA Yo un Ricardo también que tú mataste,
y un Rutland que a matármelo ayudaste.

REINA MARGARITA Tuviste un Clarence que mató Ricardo.

Di, de la madriguera de tu vientre,
salió la fiera infernal que nos persigue:
ese perro que tiene dientes en los ojos,
para matar ovejas y lamer su mansa sangre,
el que destruye las obras del Eterno,
ese tirano espantoso de la tierra,
Que reina en ojos que lacera el llanto;
ese perro salió de tus entrañas
y nos persigue hasta la sepultura.
¡Oh, Dios justo, imparcial y providente,
cuánto te agradezco que esta fiera
se ensañe en la progenie de su madre,
y la haga sentarse a llorar ajeno llanto!

DUQUESA Mujer de Enrique, no te alegres de mis males;
Dios es testigo de que yo lloré los tuyos.

REINA MARGARITA Soportadme; tengo hambre de venganza,

y me deleito ahora en contemplarla.
Tu Eduardo ha muerto, que mató a mi Eduardo
tu otro Eduardo murió, desquite de mi Eduardo;
el joven York no cuenta, porque ambos
no igualaban de mi pérdida el dechado:
murió tu Clarence que mató a mi Eduardo;
y los espectadores de este aciago drama,
el adúltero Hastings, Rivers, Gray y Vaughan,

en oscura tumba se hunden a deshora.
Aún vive Ricardo, negro espía del infierno,
su agente predilecto para que compre almas
y allá las mande; pero ya pronto se acerca
su lastimoso fin sin que le importe a nadie.
Se abre la tierra y el infierno arde,
los diablos rugen y los santos oran
para que pronto de aquí sea arrebatado.
Que des fin a su vida, oh Dios, te ruego,
para que viva aún, yo diga: «Ha muerto el perro».

REINA ISABEL Tú predijiste que vendría el momento
que a maldecir te pediría que me ayudaras
a esa araña ventruda, a ese inmundo y jorobado sapo.

REINA MARGARITA Te llamé entonces vano esplendor de mi fortuna,
pobre sombra, esbozo de una reina,
imagen solo de lo que yo encarnaba,
halagüeño anuncio de espectáculo tremendo,
enaltecida, para caer en lo profundo,
madre burlada de dos hermosos niños,
sueño de lo que fuiste, burbuja reventada
y vano aliento.
Señal de dignidad, brillante enseña
para ser blanco de azarosos tiros;
reina fingida, relleno de la escena.
¿Dó se halla ahora el que fuera tu marido?
Dime, ¿qué ha sido pues, de tus hermanos?
¿Tus hijos dónde están? ¿En qué te gozas?
¿Quién te suplica cayendo de rodillas
y grita que Dios guarde a la reina?
¿Dó están los reverentes pares que te adulaban?
¿Dónde las turbas, di, que te seguían?
Haz eso a un lado y mira lo que eres:
en vez de esposa, viuda miserable;
en vez de madre, quien el nombre llora;
en vez de que te rueguen, tú suplicas,
en vez de reina, cuidados te coronan;
me despreciabas, pero ahora te desprecio,
en vez de ser temida, andas medrosa,
y si algo ordenas, ninguno te obedecede.
Así el curso de la justicia dio la vuelta

y te ha convertido en víctima del tiempo;
solo te resta el recuerdo de lo que eras.
Para más torturarte al ver lo que eres.
Ursurpaste mi puesto y por ventura
¿no usurpas de mi quebranto igual medida?
Tu altivo cuello lleva la mitad del peso de mi yugo
del cual cansada zafo ahora mi cabeza
y te lo dejo todo.
Adiós, mujer de York, y reina del desastre;
en Francia me reiré de tanto lastre.

REINA ISABEL Oh, tú que en maldecir eres maestra,
detente un poco
y enséñame a maldecir a mis contrarios.

REINA MARGARITA De día ayuna y por la noche vela;
compara la dicha de antes y el dolor de ahora;
cree que tus hijos eran más bellos de lo que fueron
y más detestable su asesino de lo que es.
El valorar tu pérdida al autor de tu desdicha empeora;
cavilando así maldecirás a toda hora.

REINA ISABEL Mi palabra es torpe; préstale agudeza.

REINA MARGARITA Igual que a mí le dará filo la tristeza.

DUQUESA ¿Para qué quiere el dolor tantas palabras?

REINA ISABEL Abogadas fútiles de su cliente, el infortunio;
herederas vanas de gozos intestados,
de la desgracia menguados oradores,
¡no las atajéis! Aunque no logren
remediar nada, al corazón causan alivio.

DUQUESA Si fuere así, no os quedéis calladas.
Venid conmigo,
y ahogemos en un mar de amargas voces
al hijo vil que ha ahogado a tus dos hijos.
Suenan el clarín; abundan en los reproches.

Entran marchando el REY RICARDO y su escolta.

REY RICARDO ¿Quién se atraviesa en mi camino así?

DUQUESA ¡Ay! La que el paso les debería de haber cerrado,
ahogándote en su vientre maldecido,

a los crímenes que has hecho, ¡miserable!

REINA ISABEL ¿Con diadema de oro escondes esa frente
donde, si prevaleciera la justicia,
debería con fuego estar escrita
del poseedor legítimo la muerte
y la horrible matanza de mis hermanos y mis hijos?
Di, esclavo vil, ¿en dónde están mis niños?

DUQUESA Sapo maldito, ¿dónde está tu hermano Clarence
y el pequeño Plantagenet su hijo?

REINA ISABEL ¿Dónde los nobles Rivers, Vaughan, Gray?

DUQUESA ¿Dónde el amable Hastings?

REY RICARDO ¡Sonad clarines! ¡Redoblad tambores!
Que el cielo no oiga a estas hembras lenguaraces
insultar al ungido del Señor. ¡Sonad, repito!

Suenan clarines y tambores.

Tened paciencia y rogadme con buen modo,
o en clamoroso estruendo de la guerra,
ahogaré vuestras exclamaciones.

DUQUESA ¿Eres mi hijo tú?

REY RICARDO Sí, gracias a Dios, a mi padre y a vos misma.

DUQUESA Soporta entonces paciente mi impaciencia.

REY RICARDO Heredé de vos ese rasgo de carácter
que el tono de reproche no tolera.

DUQUESA ¡Oh, déjame hablarte!

REY RICARDO Hablad, pero no escucho.

DUQUESA Seré suave y benigna en las palabras.

REY RICARDO Y breve, madre, porque me corre prisa.

DUQUESA ¿Conque te corre prisa? Yo tuve que esperarte
Dios sabe con qué tormento y agonía.

REY RICARDO ¿Y no llegué acaso para consolaros?

DUQUESA Por vida mía que no; tú bien lo sabes.

Viniste al mundo a convertirlo en un infierno.

Pesada carga me fue tu nacimiento;
tu infancia malhumorada y caprichosa;
tus días de escuela, terribles y salvajes,
llenos de furia y de desesperación;
tu juventud atrevida, temeraria, aventurera:
y altivo, taimado, artero y sanguinario
te confirmo la edad;
más tranquilo, pero más dañoso,
fingiéndote amable para encubrir tus odios.
¿Qué hora apacible puedes recordarme
que me hiciera grato estar contigo?

RICARDO Ninguna en verdad sino la de comer
que os alejó unas veces de mi compañía.
Si tan infeliz parezco a vuestros ojos,
dejad que me vaya, para no ofenderos.
¡Batid tambores!

DUQUESA Te ruego que me escuches.

REY RICARDO Es que reprocháis muy acremente.

DUQUESA Óyeme una palabra
porque ya nunca más habré de hablarte.

REY RICARDO ¡Sea!

DUQUESA Morirás por decreto del Dios justo
antes que vuelvas victorioso de esta guerra,
o yo de pena y de vejez habré ya muerto
antes que otra vez mire tu cara.
¡Recibe pues mi maldición terrible,
que te abrume más el día de la batalla
que toda la armadura que te cubre!
Que mi plegaria a tu enemigo asista,
y que las tiernas almas de los hijos de Eduardo
animen a tus contrarios
y les prometan buen suceso y triunfo.
Si sanguinario eres, que tu fin sea cruento.
La infamia te acompañó toda la vida
y en la muerte te sirva de tormento.

Sale.

REINA ISABEL De maldecir no tengo tanto ánimo,

aunque de sobra tengo más motivo.
(Yéndose.) ¡Que se cumpla en todo lo que dijo!

REY RICARDO Un momento, señora, una palabra.

REINA ISABEL No me quedan ya hijos de linaje real
para que tú los mates; y mis hijas,
pías monjas serán, no tristes reinas.
No pretendas atentar contra su vida.

REY RICARDO Tenéis una hija que Isabel se llama,
virtuosa y bella, noble y llena de gracia.

REINA ISABEL ¿Y debe morir por ello? Déjala que viva:
yo su inocencia corromperé y arruinaré su belleza;
diré que mancillé de Eduardo el lecho,
y la cubriré con el velo de la infamia.
Con tal que se vea libre de una muerte cruenta,
diré que ella no es hija de Eduardo.

REY RICARDO No desdoréis su estirpe; es de sangre regia.

REINA ISABEL Con tal de salvar su vida estoy dispuesta a negarlo.

REY RICARDO Solo por su estirpe salvará su vida.

REINA ISABEL Por esa seguridad murieron sus hermanos.

REY RICARDO Al nacer, los astros se les opusieron.

REINA ISABEL Los falsos amigos les fueron contrarios.

REY RICARDO Del destino el golpe siempre es infalible.

REINA ISABEL Sí, cuando la ausencia de virtud labra el destino.
Mejor suerte aguardara a mis dos hijos
si virtuoso hubieras llevado mejor vida.

REY RICARDO Habláis cual si yo hubiese matado a mis sobrinos.

REINA ISABEL Sobrinos, sí; mas por su tío privados
de bienestar, reino, parientes, libertad y vida.
No sé qué manos su pecho atravesaron,
mas tu cabeza en secreto las previno.
El avieso puñal sin punta habría quedado
si tu pétreo corazón no le sacara filo
para hundirse en la entraña de mis corderillos.
Si el hábito de sufrir mi salvaje pena no amansara,

mi lengua no nombraría ante ti a mis hijos.
Sin que mis uñas se clavaran en tus ojos,
y sin que yo, en este extremo de muerte acorralada,
como una pobre barca sin velas y sin jarcias,
contra tu corazón de piedra me estrellara.

RICARDO Señora, nada de lo que emprenda yo prospere,
ni tenga suerte en los azares de la guerra,
si a vos y a vuestros deudos no pretendo
hacer por el mal que os hice un bien inmenso.

REINA ISABEL ¿Qué bien existe con color de cielo,
que al descubrirse pueda bien hacerme?

REY RICARDO Gentil señora, que asciendan vuestras hijas...

REINA ISABEL ¿A algún patíbulo a ser decapitadas?

REY RICARDO No, a la máxima altura y dignidad de la fortuna;
al trono imperial que es cifra de la gloria.

REINA ISABEL Adula mi dolor al recordarlo.
Dime, ¿qué dignidad, honor o estado
puedes tú conceder a una hija mía?

REY RICARDO Todo lo que poseo. Yo mismo. Todo
lo entregaré en dote a vuestra bella hija
si en el Leteo de vuestro espíritu irritado
ahogáis el triste recuerdo de los males
que suponéis haberos yo causado.

REINA ISABEL Sé breve, no sea que narrando tus bondades
te tardes más que en prodigar tus bienes.

REY RICARDO Sabéis entonces que con toda el alma
de vuestra hija estoy enamorado.

REINA ISABEL Con toda el alma lo cree la madre de mi hija.

REY RICARDO ¿Qué es lo que cree?

REINA ISABEL Que con el alma amas a mi hija,
que con el alma amaste a sus hermanos
y que de corazón te lo agradezco.

REY RICARDO No tan presto confundáis mi pensamiento.
Digo que quiero de corazón a vuestra hija
y que hacerla reina de Inglaterra intento.

REINA ISABEL ¿Y quién entonces habrá de ser su rey?

REY RICARDO Pues el mismo que habrá de hacerla reina;
¿quién otro habría de ser?

REINA ISABEL ¡Quién! ¿Tú?

REY RICARDO Claro: ¿qué pensáis de ello?

REINA ISABEL ¿Y cómo puedes tú ganarte su cariño?

REY RICARDO Vos misma me diréis el modo,
pues sois quien más conoce su carácter.

REINA ISABEL ¿Y podrías tú aprender de mí?

REY RICARDO Con toda mi alma.

REINA ISABEL Mándale entonces de sus hermanos al verdugo
con un par de sangrantes corazones; imprime en ellos
Eduardo y York; quizá llore entonces:
por tanto ofrécele, como antaño Margarita
le hizo a tu padre, sumergido de Rutland en la sangre,
un pañuelo, y dile lo empapaste
en la purpúrea savia del cuerpo de su hermano,
y que enjугue con él sus lágrimas amargas.
Si este recurso no la induce a amarte,
envíale la lista de tus nobles hechos;
dile que eliminaste a su tío Clarence,
a su tío Rivers; y que en atención a ella,
te deshiciste pronto de la pobre de Ana.

REY RICARDO Os mofáis, señora; no es esa la manera
de ganar a vuestra hija.

REINA ISABEL No existe otra,
a menos que mudes de figura
y no seas Ricardo el que hizo todo esto.

REY RICARDO ¿Y si dijéramos que lo hice por amor a ella?

REINA ISABEL En verdad no puede sino odiarte
pues con sangriento botín el amor ganas.

REY RICARDO Oíd: lo que hecho está no puede remediarse;
el hombre actúa sin reflexión a veces
y más tarde con calma se arrepiente.
Si a vuestros hijos privé de la corona,

he de dársela en cambio a esta hija vuestra.
Si el fruto asesiné de vuestro vientre,
engendraré, para aumentar su descendencia,
el fruto de mi sangre en vuestra hija.
El nombre de abuela es casi tan querido
como el tierno título de madre;
de los hijos solo un grado lo separa;
poseen vuestro temple y vuestra misma sangre;
hijos de igual dolor excepto por el parto
de la que otrora os causara igual quebranto.
Cuando joven os perturbaban vuestros hijos,
mas los míos de vuestra vejez serán el báculo.
Perdisteis un hijo que debía ser rey,
mas por tal pérdida será reina vuestra hija.
No puedo resarciros cual quisiera,
pero aceptad el bien que puedo hacerlos.
Pronto hará regresar tan dulce alianza
a vuestro hijo Dorset, que con ánimo medroso,
oculta su descontento en tierra extraña,
y le conferirá alto cargo y dignidades.
El rey que llama esposa a vuestra hija
familiarmente llamará a Dorset hermano;
de nuevo seréis madre de un monarca,
y los males de tiempos desastrosos
con doble gozo se verán recompensados.
¡Qué días tan felices nos esperan!
Si antes habéis derramado gruesas lágrimas,
perlas de Oriente cosecharéis ahora,
con tanto rédito aumentando su alto precio,
que diez veces se doblará vuestra ventura.
Reúnete, madre querida, con tu hija:
da valor a su timidez con la experiencia,
prepárala a escuchar mis galanteos;
enciende en su tierno corazón la flama
que le haga anhelar el dorado sitial.
Haz saber a la princesa la dulzura
de las quietas horas de los gozos conyugales,
y cuando mi brazo hubiere castigado
al mezquino rebelde, el necio Buckingham,
vendré, ceñido con guirnaldas victoriosas,
a guiar a tu hija del vencedor al regio tálamo

para que sea ella la única que triunfe
y sea de César, victoriosa, el César.

REINA ISABEL ¿Y qué le diré? ¿Que el hermano de su padre
quiere ser su señor? ¿O que su tío?
¿O el que dio muerte a sus tíos y a sus hermanos?
¿Con qué título habré de interesarla
que Dios, la ley, mi honor o su cariño
pueda realzar ante sus tiernos años?

REY RICARDO Decidle que la paz depende de esta alianza.

REINA ISABEL Que pagará ella con guerra perdurable.

REY RICARDO Que el rey que puede mandarle le suplica.

REINA ISABEL Aquello que le prohíbe el Rey de reyes.

REY RICARDO Que será reina excelsa y poderosa.

REINA ISABEL Para llorar el título lo mismo que su madre.

REY RICARDO Decidle que habré de amarla para siempre.

REINA ISABEL ¿Mas cuánto tiempo durará ese «siempre»?

REY RICARDO Florecerá mientras su vida dure.

REINA ISABEL ¿Mas cuánto tiempo habrá de florecer?

REY RICARDO Cuanto el cielo y natura lo permitan.

REINA ISABEL Cuanto al infierno y a Ricardo se le antoje.

REY RICARDO Decid que yo, su soberano, soy su súbdito.

REINA ISABEL Mas ella rechaza tal soberanía.

REY RICARDO Sed elocuente a mi favor con ella.

REINA ISABEL Una embajada honesta es bien sencilla.

REY RICARDO Con sencillez decidle entonces que la amo.

REINA ISABEL Suenan mal sin adornos las mentiras.

REY RICARDO Vuestras razones son ardientes pero huecas.

REINA ISABEL ¡Oh, no! Son profundas y definitivas
como la muerte de mis hijos en la tumba.

REY RICARDO No toquéis esa cuerda; es del pasado.

REINA ISABEL Habré de hacerlo siempre hasta que estallen
del corazón las más íntimas cuerdas.

REY RICARDO Pues por san Jorge, mi jarretera y mi corona...

REINA ISABEL ... que profanaste, manchaste y usurpaste...

REY RICARDO ... juro...

REINA ISABEL No lo hagas; no vale el juramento.

Profanado, tu santo ha perdido el honor;
tu jarretera, manchada, empeñó su virtud;
y al usurpar la corona opacaste su brillo.
Si fe quieres prestar al juramento,
jura por algo que no hayas ofendido.

REY RICARDO Juro por el mundo...

REINA ISABEL ... de tus crímenes lleno.

REY RICARDO Por la muerte de mi padre...

REINA ISABEL ... que tu vida deshonra.

REY RICARDO Entonces por mí mismo...

REINA ISABEL ... que tan vil te has mostrado.

REY RICARDO Juro entonces por Dios.

REINA ISABEL Es el más ofendido.

Si temieras por Dios haber jurado,
la unión que el rey mi esposo realizara
no estaría rota, ni muertos mis hermanos.
Si temieras por Dios haber jurado,
esa diadema que tu frente ciñe
habría adornado las sienes de mi hijo
y estarían vivos ahora los dos príncipes
que juntos en la tumba antes de tiempo,
por tu perjurio son pasto de gusanos.
¿Por qué vas a jurar?

REY RICARDO El porvenir será mi juramento.

REINA ISABEL Ya manchaste el porvenir con el pasado
y muchas lágrimas me quedan que enjugar
por los males que en el pasado cometiste.
Viven los hijos cuyo padre asesinaste

que cuando viejos tendrán que lamentar
el quedar en la niñez desprotegidos.
Viven los padres cuyos hijos masacraste,
secas plantas que habrán de lamentar
el llegar a la vejez sin fruto.
No jures por el tiempo venidero;
antes de bien emplearlo lo estropeaste
cuando el tiempo pasado malgastaste.

REY RICARDO ¡No prospere en mi empresa peligrosa
de hostiles armas y a mí mismo me confunda
si de todo corazón no me arrepiento!
¡Niégume cielo y fortuna días felices!
¡Quíteme el sol su luz y la noche su descanso!
¡Y las estrellas que dan suerte venturosa
se opongan a mi designio si no intento
amar a vuestra hija la princesa
con limpia entrega y afecto sacrosanto!
Mi ventura en ella está cifrada
y la vuestra también; sin ella, a vos y a mí,
a ella misma, a la tierra toda entera
y a la gente honrada,
nos sobrevendrán ruina, desolación, muerte y pobreza
no puede esto evitarse de otro modo,
y no habrá de evitarse de otro modo.
Por tanto, madre querida (así debo llamaros),
sed la abogada de mi amor con vuestra hija:
argüid lo que seré, no lo que he sido;
no mis méritos, sino lo que he de merecer:
urgidle el apremio de las circunstancias
y no seáis mezquina a mis instancias.

REINA ISABEL ¿Dejaré que el diablo me tienta de este modo?

REY RICARDO Sí, si el diablo te tienta a hacer el bien.

REINA ISABEL ¿Me olvidaré yo misma de quien soy?

REY RICARDO Sí, si el recordarlo te hace daño.

REINA ISABEL Pero a mis hijos has asesinado.

REY RICARDO Voy a enterrarlos en el vientre de tu hija
para engendrar en ese nido perfumado
su imagen viva que venga a confortarte.

REINA ISABEL ¿Y haré a mi hija que cumpla tu deseo?

REY RICARDO Y serás madre dichosa en ese empleo.

REINA ISABEL Está bien. Escríbeme enseguida
y te enterarás por mí de lo que piensa.

REY RICARDO Llévale mi más amante beso. Hasta la vista.

La besa. Sale la REINA ISABEL.

¡Frágil mujer al fin, necia y mudable!

Entra RATCLIFF y le sigue CATESBY.

¡Hola! ¿Qué nuevas hay?

RATCLIFF Poderoso señor, sobre la costa oeste,
avanza una flota formidable.
acuden, sin armas, tus amigos
temerosos y faltos de valor a repelerla.
Se cree que Richmond es el almirante,
y ahí anclada aguarda solamente
que Buckingham le dé la bienvenida para saltar a tierra.

REY RICARDO Que algún amigo veloz corra enseguida
a buscar al duque de Norfolk.
¿Tú, Ratcliff, o Catesby; dónde estás?

CATESBY Aquí, señor.

REY RICARDO Catesby, ve volando con el duque.

CATESBY Lo haré señor, con toda diligencia.

REY RICARDO Ven acá, Ratcliff. Busca a Salisbury:
le dices de mi parte...
(A CATESBY.) Irresponsable y estúpido villano,
¿qué haces ahí plantado sin buscar al duque?

CATESBY Decid primero, alteza, qué mensaje he de darle.

REY RICARDO Ah, es cierto, buen Catesby: dile que reclute
al punto todas las fuerzas que le sea posible
y que vaya a mi encuentro en Salisbury.

CATESBY Así se hará.

Sale.

RATCLIFF ¿Qué debo hacer, si os place, en Salisbury?

REY RICARDO ¡Bah! ¿Qué puedes hacer antes que yo llegue?

RATCLIFF Vuestra alteza me dijo que partiera al punto.

Entra STANLEY.

REY RICARDO

He cambiado de parecer... ¿Qué nuevas traes, Stanley?

STANLEY Ni tan buenas, señor, que os satisfagan,
ni tan malas, que no pueda repetir las.

REY RICARDO Conque acertijos, ¿eh? ¡Ni tan buenas
ni tan malas!
¿Para qué te entretienes en rodeos
cuando puedes servirte del atajo
para contar tu historia? Vamos, cuenta tus noticias.

STANLEY Richmond está en el mar.

REY RICARDO ¡Ahí déjalo que se hunda, y que le caiga
toda la mar encima!
¡Fugitivo cobarde! ¿Qué hace navegando?

STANLEY Lo ignoro, majestad, pero supongo...

REY RICARDO ¿Qué supones?

STANLEY Que apoyado por Dorset, Buckingham y Morton
viene a Inglaterra a reclamar el trono.

REY RICARDO ¿No hay quien lo ocupe ni quien empuñe espada?
¿Muerto está el rey y el reino sin gobierno?
¿Qué heredero de York sino yo vive,
y quién sino de York el heredero
es el rey de Inglaterra? Dime entonces,
¿qué anda haciendo en el mar?

STANLEY De no ser eso, señor, no lo adivino.

REY RICARDO De no ser que viene para ser tu rey
no sabes a qué viene acá el galés.
Temo que te rebeles y vayas a reunirte.

STANLEY No, mi querido señor; ¿a qué esa desconfianza?

REY RICARDO ¿Pues dónde está tu fuerza para rechazarlo?

¿Dónde tus arrendatarios y soldados?
¿No están en las playas de Occidente
ayudando a desembarcar a los rebeldes?

STANLEY No, mi señor; mis amigos se hallan en el Norte.

REY RICARDO Están fríos entonces: ¿qué hacen en el Norte
si su rey los reclama en Occidente?

STANLEY No han recibido órdenes, señor:
si vuestra majestad me lo permite,
reclutaré a mis amigos e iré al punto
a reunirme con vuestra majestad
en el tiempo y lugar que me señale.

REY RICARDO Sí claro, quieres unirte a Richmond;
pero no me fío de ti.

STANLEY Poderoso señor, no os he dado motivo
para dudar de mi adhesión.
Nunca he sido ni seré desleal.

REY RICARDO Ve entonces a reclutar tu tropa, pero deja en rehenes
a tu hijo Jorge. Ten firmeza,
de lo contrario peligrará su cabeza.

STANLEY Tratadlo cual merezca mi conducta.

Sale.
Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Querido soberano, en Devonshire,
según me notifican mis amigos,
sir Edward Courtney, y el prelado altivo,
el obispo de Exeter, su hermano,
con muchos otros se han amotinado.

Entra un segundo MENSAJERO.

MENSAJERO SEGUNDO En Kent, señor, los Guilford se rebelan;
y cada hora nuevos insurgentes
se unen a los rebeldes para aumentar su fuerza.

Entra un tercer MENSAJERO.

MENSAJERO TERCERO Milord, el ejército de Buckingham...

REY RICARDO ¡Fuera de mi presencia, búhos!

¿Solo graznidos de muerte?

Lo golpea.

¡Toma esto hasta que aprendas a traer mejor noticia!

MENSAJERO TERCERO La noticia, señor, que yo os traía
es que debido a inundaciones y torrentes,
las fuerzas de Buckingham se han desbaratado,
y que él mismo se halla fugitivo,
solo, sin que nadie sepa en dónde.

REY RICARDO ¡Te ruego me perdones!
Ten mi bolsa para que cures ese golpe.
¿No habrá algún amigo providente
ofrecido premio al que al traidor capture?

MENSAJERO TERCERO Ya está hecha tal proclama, majestad.

Entra un cuarto MENSAJERO.

MENSAJERO CUARTO

Dicen, señor, que Thomas Lovel y el marqués de Dorset
se levantan en armas en el Yorkshire;
mas un consuelo le traigo a vuestra alteza:
quedó deshecha la armada bretona en la tormenta.
Richmond en Dorsetshire mandó un botecillo a tierra
para inquirir si eran sus aliados
los que en la playa estaban;
le contestaron que los enviaba Buckingham
para apoyarlo; pero desconfiando,
levó anclas, y partió a Bretaña.

REY RICARDO En marcha, en marcha, estamos preparados
si no para combatir al extranjero,
para aplastar la rebelión en casa.

Regresa CATESBY.

CATESBY Señor, el duque de Buckingham ha sido capturado;
esa es la mejor noticia. No lo es tanto
el que haya desembarcado en Milford
el conde de Richmond con tropas imponentes,
pero fuerza es decirlo.

REY RICARDO ¡En marcha a Salisbury! Mientras hablamos
puede ganarse o perderse una batalla.

Que alguien se encargue de que Buckingham
sea conducido a Salisbury; el resto que me siga.

Salen.

ESCENA V

*Habitación en el palacio del conde de Stanley.
Entran STANLEY y el PADRE CRISTÓBAL.*

STANLEY Padre Cristóbal, decidle a Richmond de mi parte
que mi hijo Jorge ha quedado prisionero
en la pocilga del jabalí más sanguinario.
Si me rebelo, será decapitado.
Por miedo a eso no le presto auxilio.
Marchaos pronto. Saludadlo.
Decidle también que la reina gustosa ha consentido
en darle a Isabel su hija por esposa.
Mas decidme: ¿dónde se halla ahora Richmond?

PADRE CRISTÓBAL En Pembroke, o en Harford-west en Gales.

STANLEY ¿Qué hombres de valer se le han unido?

PADRE CRISTÓBAL Sir Walter Herbert, notable militar,
sir Gilbert Talbot, sir William Stanley,
Oxford, el temible Pembroke, sir James Blunt
y Rice de Thomas, con valiente escolta;
y otros muchos de valer y de renombre
que hacia Londres dirigen sus legiones
si no hay quien les dé batalla en el camino.

STANLEY Bien, apresuraos. Decidle a mi señor beso su mano;
mi carta lo instruirá de mis proyectos.
Hasta la vista entonces.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Salisbury. Una plaza pública. Entran el SHERIFF y la guardia conduciendo a BUCKINGHAM al patíbulo.

BUCKINGHAM ¿No me dejará el rey Ricardo que le hable?

SHERIFF No, buen señor; por tanto resignaos.

BUCKINGHAM ¡Oh, Hastings, y vosotros príncipes,
tú, piadoso Enrique, y tu hijo Eduardo,
Gray, Rivers y Vaughan y todos los caídos
bajo mano injusta, sucia y solapada;
si vuestras almas cavilosas y desconsoladas
a través de las nubes ven este espectáculo,
burlaos de mi suerte para tomar venganza!
Muchachos, ¿no es hoy el día de los difuntos?

SHERIFF Así es, milord.

BUCKINGHAM Pues entonces el día de los difuntos
será el Día del Juicio para mí.
En tiempo del rey Eduardo este fue el día
que osé invocar si me mostrara falso
a sus hijos o a los aliados de su esposa;
este es el día en que deseé perderme
por la perfidia de aquel en que depositara toda mi confianza.
Para espanto de mi alma este día de difuntos
hallo de mis crímenes el término fijado.
El Juez que todo lo ve y de quien yo me burlaba
ha vuelto en contra mía mi hipócrita plegaria
y de verdad me ha dado lo que imploré de burla.
Así fuerza a la espada del hombre criminal
a herir su mismo pecho con su punta afilada,
y con todo su peso cae sobre mi frente
de Margarita la maldición amarga:
«Cuando él», me dijo, «te parta las entrañas,
recuerda que fue profeta la pobre Margarita».
Venid, oficiales, al tajo conducidme:
el mal engendra el mal e infamia el crimen.

Salen.

ESCENA II

Llanura cerca de Tamworth. Entran con tambores y banderas RICHMOND, OXFORD. Sir James BLUNT, sir Walter HERBERT y otros con tropas en marcha.

RICHMOND Compañeros de armas y amigos muy queridos
que sufrís el yugo de la tiranía,
al interior del país hemos llegado
sin que nadie nos oponga resistencia,
y recibimos cartas de mi padre Stanley
que nos ofrecen estímulo y consuelo:
ese vil jabalí, voraz y sanguinario,
que vuestras viñas fecundas y vuestros campos veraniegos tala,
el que bebe cual si fuera charca impura
vuestra sangre caliente y su batea
en vuestros vientres lacerados busca;
ese cerdo asqueroso se halla ahora en el centro del país,
cerca de la ciudad de Leicester, según dicen.
De Tamworth a ahí, hay solo una jornada.
En nombre de Dios sigamos adelante, valerosos amigos,
a recoger la cosecha de sempiterna paz
que una sola y fiera batalla ha de costarnos.

OXFORD Vale cada conciencia mil guerreros
para luchar contra este homicida sanguinario.

HERBERT No dudo que sus amigos se nos unan.

BLUNT No tiene amigos; sus amigos síguenlo por miedo
y lo dejarán para provecho nuestro.
En nombre de Dios pongámonos en marcha.
La esperanza es veloz golondrina que ligera viaja;
un dios hace de un rey y al humilde levanta.

Salen.

ESCENA III

*El campo de batalla de Bosworth. Entra el REY RICARDO con tropas;
el duque de NORFOLK, el conde de SURREY y otros.*

REY RICARDO

Plantemos aquí las tiendas, aquí en el campo de Bosworth.
Milord de Surrey, ¿por qué estáis abatido?

SURREY Diez veces más alegre está el alma que la cara.

REY RICARDO Milord de Norfolk, ...

NORFOLK Aquí estoy, majestad.

REY RICARDO Habrá golpes, ¿no es cierto, Norfolk?

NORFOLK Habrá que darlos y que recibirlos.

REY RICARDO ¡Alzad mi tienda! Pasaré aquí la noche;

*Los soldados empiezan a levantar
la tienda real.*

¿pero mañana dónde? Poco importa.
¿Quién ha contado el número de los traidores?

NORFOLK De seis o siete mil no pasa el número.

REY RICARDO Nuestros batallones triplican esa cuenta;
además el nombre del rey es un baluarte
del que carece la facción contraria.
¡Alzad la tienda! Señores, acercaos,
las ventajas del campo inspeccionemos;
llamad a los que tengan más pericia:
no seáis morosos ni faltéis al reglamento
porque mañana será el día del encuentro.

Salen.

ESCENA IV

*Por el otro lado del campo entra RICHMOND con sir William Brandon, OXFORD y otros oficiales.
Algunos de los soldados levantan la tienda de Richmond.*

RICHMOND Cansado el sol se oculta entre arreboles
y en la brillante huella de su carro ígneo
nos augura un espléndido mañana.
Sir William Brandon, llevaréis vos mi estandarte
traed papel y tinta acá a mi tienda
para que trace el plan de la batalla
e indique su cargo a cada jefe

en proporción a nuestra escasa fuerza.
Milord de Oxford, vos, sir William Brandon,
vos, sir Walter Herbert, quedaos conmigo.
El conde de Pembroke conservará su regimiento.
Buen capitán Blunt, saludadlo de mi parte,
y en la segunda hora de la madrugada,
decidle que quiero verlo aquí en mi tienda.
Y hacedme otro favor, buen capitán:
¿sabéis dónde está acuartelado lord Stanley?

BLUNT Si mucho no me engañan sus pendones
(lo cual, estoy seguro, no ha pasado),
su regimiento se halla a media milla
al sur de las tropas del monarca.

RICHMOND Si pudiere hacerse sin peligro,
las buenas noches dadle de mi parte,
y entregadle esta importante carta.

BLUNT Aun a costa de la vida he de intentarlo,
y Dios os dé buen descanso en esta noche.

RICHMOND Buenas noches, buen Blunt. Venid, señores,
a consultar el caso de mañana;
entremos a mi tienda, que hace frío.

Se retiran a la tienda.

ESCENA V

Entra en su tienda el REY RICARDO, acompañado de NORFOLK, RATCLIFF y CATESBY.

REY RICARDO ¿Qué horas son?

CATESBY Las nueve; hora de cenar, milord.

REY RICARDO No cenaré hoy.

Traedme tinta y papel.

¿Está mi visera más holgada que antes
y preparada en mi tienda mi armadura?

CATESBY Sí, majestad. Todo está listo.

REY RICARDO Buen Norfolk, ocupad vuestro puesto;
sed cauteloso, escoged centinelas de confianza.

NORFOLK Ya voy, milord.

REY RICARDO Levantaos mañana con la alondra, buen Norfolk.

NORFOLK Desde luego, milord.

REY RICARDO ¡Ratcliff!

Enviad un perseverante de armas
al regimiento de Stanley. Ordenadle
que acuda con su gente antes del alba,
si no quiere que su hijo Jorge caiga
en la caverna oscura de la noche eterna.
Traedme un jarro de vino y una vela.
Ensillad mi Surrey blanco para la lid mañana.
Mis dardos revisad: que no me pesen. ¡Ratcliff!

RATCLIFF ¡Milord!

REY RICARDO ¿Viste al taciturno lord Northumberland?

RATCLIFF Él y el conde de Surrey a la hora de dormir el gallo
batallón por batallón revistaron a la tropa
e infundieron aliento a los soldados.

REY RICARDO ¡Vaya, está bien! Dadme un jarro de vino.

No tengo aquella presteza de espíritu
y ánimo alegre que solía tener.
Ponedlo aquí. ¿Está lista la tinta y el papel?

RATCLIFF Sí, milord.

REY RICARDO Decidle a mi guardia que vigile.

Dejadme solo.
Ratcliff, ven a mi tienda a medianoche
para ayudar a armarme. Ahora dejadme.

*El REY RICARDO se retira a su tienda. Salen RATCLIFF y CATESBY.
Se abre la tienda de RICHMOND y aparecen él y sus oficiales.
Entra STANLEY.*

STANLEY ¡Asiéntense la fortuna y la victoria sobre tu yelmo!

RICHMOND

¡Que todo el bienestar que pueda ofrecer la negra noche
sea con vos, noble padrastro!
Decidme, ¿cómo está mi amada madre?

STANLEY En representación de tu madre te bendigo,

y ella ora siempre por el bien de Richmond.
Pero basta. Las calladas horas se deslizan
y los tenebrosos copos se rompen al Oriente.
Pero abreviemos, pues el momento así lo exige:
preparate a batallar cuando amanezca
y entrega toda tu fortuna al arbitrio
de sangrientos golpes y de mortal conflicto.
Yo como pueda (lo que quisiera hacer es imposible)
procuraré ganar tiempo y ayudarte
en el dudoso encuentro: mas no debo
mostrarme muy decidido a favor tuyo,
porque al ser visto, tu tierno hermano Jorge
corre el riesgo de ser ejecutado delante de su padre.
Adiós. El breve tiempo y el peligro
acortan las fórmulas ceremoniosas del afecto
y la mutua conversación amplia y sabrosa
que debiera entretener a los amigos
por tan largo tiempo separados.
¡Denos Dios licencia para tales ritos!
De nuevo adiós: ¡valor y buena suerte!

RICHMOND Señores, escoltadlo hasta su regimiento.

Aunque asediado por preocupaciones,
yo trataré de dormir un poco,
no sea que me oprima mañana el plúmbeo sueño
cuando deba erguirme con alas de victoria.
De nuevo buenas noches, caballeros.

Salen todos menos RICHMOND.

¡Oh, Tú, cuyo capitán me considero,
mira mi ejército con ojos bondadosos;
pon en sus manos tus dardos iracundos
para que aplasten con golpes contundentes
los usurpadores yelmos de nuestros adversarios!
¡Haznos tus ministros vengadores
para que te alabemos en esta tu victoria!
A Ti encomiendo mi alma vigilante
al cerrar las ventanas de mis ojos.
¡Despierto y cuando duermo siempre guárdame!

*Se duerme. Se levanta en medio de las dos tiendas
el FANTASMA del príncipe Eduardo, hijo de Enrique VI.*

FANTASMA (*Al REY RICARDO.*) ¡Oprimiré tu espíritu mañana!

Piensa cómo en mi juventud me asesinaste en Tewkesbury:

¡por tanto, desespera y muere!

(*A RICHMOND.*) Alégrate, Richmond; que las almas ofendidas

de los masacrados príncipes te asisten;

el linaje del rey Enrique te protege.

El FANTASMA del rey Enrique VI se levanta.

FANTASMA (*Al REY RICARDO.*)

Cuando yo era mortal, fiero horadaste

mi cuerpo sacrosanto.

Piensa en mí y en la Torre; ¡desespera y muere!

Enrique VI te lo ordena.

(*A RICHMOND.*) ¡Virtud y santidad te asistan, oh, conquistador! Harry que te

aseguró que serías rey,

te conforta en tu sueño: ¡vive y vence!

Se levanta el FANTASMA de Clarence.

FANTASMA (*Al REY RICARDO.*) ¡Oprimiré tu espíritu mañana!

¡Yo que fui ahogado en asqueroso vino,

el pobre Clarence por tu traición asesinado!

Mañana en la refriega piensa en mí,

y sin filo caiga tu espada. ¡Desespera y muere!

(*A RICHMOND.*) Tú, descendiente de la casa de Lancaster,

por ti rezan las víctimas de York;

¡ángeles buenos te protejan! ¡Vive y vence!

*Se levantan los FANTASMAS de RIVERS,
GRAY y VAUGHAN.*

EL FANTASMA DE RIVERS (*Al REY RICARDO.*)

¡Oprimiré tu espíritu mañana!

¡Rivers, que murió en Pomfret! ¡Desespera y muere!

EL FANTASMA DE GRAY (*Al REY RICARDO.*)

¡A Gray ten presente y desespera!

EL FANTASMA DE VAUGHAN (*Al REY RICARDO.*)

Piensa en Vaughan y con remordimiento

sin punta blande tu lanza: ¡desespera y muere!

LOS TRES (*A RICHMOND.*)

¡Despierta y piensa que los agravios que nos hizo

vencerán el pecho de Ricardo! ¡Despierta y gana la batalla!

*Se levanta
el FANTASMA de Hastings.*

FANTASMA (*Al REY RICARDO.*)

Ensangrentado y culpable, cual criminal despierta;
y en sanguinaria lid tu vida acabe.
¡Piensa en lord Hastings, desespera y muere!
(*A RICHMOND.*) Despierta, alma tranquila y sosegada,
¡ármate, lucha y vence para dicha de Inglaterra!

*Se levantan los FANTASMAS
de los dos príncipes.*

FANTASMAS (*Al REY RICARDO.*)

¡Sueña en tus deudos estrangulados en la Torre,
y sobre tu pecho seamos como plomo
para hundirte en la ruina, la muerte y el oprobio!
¡Tus sobrinos te desean que desesperes y que mueras!
(*A RICHMOND.*)
Duerme tranquilo, Richmond, y a gozar más tarde;
¡ángeles buenos del jabalí te guarden!
¡Vive y sé padre de felices reyes!
Los dolientes hijos de Eduardo te dan sus parabienes.

Se levanta el FANTASMA de lady Ana.

FANTASMA (*Al REY RICARDO.*)

Ricardo, tu esposa, sí, tu triste esposa,
que nunca durmió contigo hora tranquila,
ahora de perturbación llena tu sueño;
mañana en la batalla piensa en mí, y sin filo
caiga tu espada: ¡desespera y muere!
(*A RICHMOND.*) Tú, alma apacible, duerme y sueña
con el éxito y la victoria más completa;
la esposa de tu enemigo por ti reza.

Se levanta el FANTASMA de Buckingham.

FANTASMA (*Al REY RICARDO.*)

Yo fui el primero que te abrí paso a la corona
y el último en sufrir tu tiranía.
¡Ay, piensa en Buckingham a la hora del combate
y por tus culpas aterrado muere!
Sigue soñando con crímenes y muerte,
¡desesperación y desmayo sean tu suerte!

(A RICHMOND.) Morí cuando anhelaba darte auxilio,
pero ten ánimo fuerte y no desmayes;
Dios y sus ángeles te darán victoria
mientras Ricardo cae en plena gloria.

*Los FANTASMAS se desvanecen.
El REY RICARDO despierta sobresaltado.*

REY RICARDO ¡Dadme otro caballo! ¡Vendadme las heridas!
¡Piedad, oh, Jesús! ¡Bah! ¡Fue solo sueño!
¡Oh, cobarde conciencia, cómo me atosigas!
Brillan luces azules. Es plena medianoche.
Mi carne tiritita y me corre un sudor frío.
¿Pero de quién me espanto si estoy aquí solo?
¿Acaso de mí mismo?
Ricardo ama a Ricardo; eso es, yo soy yo.
¿Hay aquí un asesino? No. Sí; soy yo mismo.
Huye entonces. ¿De quién? ¡Cómo!
¿De mí mismo? Grandes motivos tengo
que venganza exigen. ¿Cómo? ¿Contra mí?
Mas yo me quiero bien. ¿Por qué? ¿Por beneficio
que a mí mismo me deba?
¡Ay no! Más bien me odio
por los odiosos crímenes por mí cometidos.
Soy un infame. No lo soy. ¡Mentira!
Necio, habla bien de ti mismo. No te adules, necio.
Mil lenguas distintas tiene mi conciencia
y cada lengua cuenta diferente historia
y cada una de ellas me declara infame.
Perjurio, vil perjurio, en el más alto grado;
crimen, avieso crimen, en el más alto grado;
todos los pecados, en sus distintos grados,
acuden a la barra gritándome «culpable».
¡Qué desesperación...! No hay nadie que me quiera;
y nadie de mi muerte habrá de sentir lástima.
¿Por qué habrían de sentirla si de mi persona
yo mismo no tengo ninguna compasión?
Se me figuró que las almas de a los que di muerte
venían a mi tienda; y cada uno de ellos
amenazaba vengarse mañana de Ricardo.

Entra RATCLIFF.

RATCLIFF ¡Milord!

REY RICARDO ¿Quién va?

RATCLIFF Ratcliff, milord; soy yo. El gallo de la villa muy temprano
dos veces ha saludado a la alborada;
vuestros amigos ya están en pie, vistiendo la armadura.

REY RICARDO ¡Oh, Ratcliff! He tenido un sueño horrible.
¿Crees que nuestros amigos serán leales?

RATCLIFF Sin duda, milord.

REY RICARDO ¡Ay, Ratcliff! Tengo miedo...
Soñé que las almas de los que asesiné
venían a mi tienda; y cada uno de ellos
amenazaba vengarse mañana de Ricardo.

RATCLIFF No, milord, no tengáis miedo de fantasmas.

REY RICARDO Por el apóstol Pablo, las sombras de esta noche
han inspirado más terror en el alma de Ricardo
que toda la fuerza de diez mil soldados en malla envueltos
y conducidos por el baboso Richmond.
Todavía no amanece. Ven conmigo;
junto a las tiendas iré espiando
para ver si alguno intenta traicionarme.

Salen.

*Se despierta RICHMOND.
Entran OXFORD y otros nobles.*

LORES ¡Buenos días, Richmond!

RICHMOND Dispensad, buenos lores y diligentes caballeros,
el que halléis aún aquí a este perezoso.

LORD PRIMERO ¿Qué tal habéis dormido, milord?

RICHMOND De lo más placentero.

Desde que os fuisteis, señores, he soñado
los más hermosos sueños que mortal alguno
haya tenido nunca. Soñé que las almas
de los que había Ricardo asesinado
llegaban a mi tienda augurando victoria.
Me alegra el corazón, os lo aseguro,
el solo recordar tan bello sueño.
¿En qué hora estamos de la madrugada?

LORD SEGUNDO Van a sonar las cuatro.

RICHMOND Pues es hora de armarse y de dar órdenes.

Discurso de RICHMOND a sus tropas.

Nada puedo agregar, amados compatriotas,
a lo que en otra ocasión os he ya dicho,
pues la urgencia y el tiempo me lo impiden.
Mas recordad esto:
Dios y la buena causa nos asisten.
Las preces de los santos y de las indefensas víctimas,
cual elevados baluartes marchan delante de nosotros.
Salvo Ricardo, los que se nos oponen
nuestra victoria anhelan y no la de su jefe.
Porque ¿quién es su jefe? En verdad, señores,
un tirano feroz, un homicida,
que se impuso con sangre y en sangre se establece.
Que no reparó en medios para lograr sus fines,
y asesinó después a sus amigos.
Una piedra vil y espúrea, aquilatada
por el brillo del trono de Inglaterra
donde sin razón se incrusta;
un individuo que es de Dios acérrimo enemigo.
Pues si vencéis de Dios al enemigo,
en su justicia, como a soldados suyos,
el mismo Dios habrá de protegeros.
Si os afanáis por derrocar a este tirano,
dormís en paz, porque el tirano ha muerto.
Si lucháis contra los enemigos de la patria,
el bienestar de la patria ha de premiaros;
si lucháis por su honor, vuestras esposas
en triunfo saldrán a recibirlos;
si libráis a vuestros hijos de la espada,
cuando lleguéis a viejos,
sus hijos os darán la recompensa.
Luego, en nombre de Dios y del derecho,
desplegad vuestras banderas y blandid con decisión la espada.
Por mí, el precio de mi atrevido intento
pagará mi cadáver sobre la tierra fría;
pero si venzo, hasta el más humilde de vosotros
cosechará de mi intento las ventajas.
¡Sonad trompetas y batid tambores!

¡Dios y san Jorge! ¡Audaz y alegremente
con Richmond corred a la victoria!

Salen.

ESCENA VI

*Entran el REY RICARDO y RATCLIFF
con acompañamiento y tropas.*

REY RICARDO ¿Qué dijo Northumberland respecto a Richmond?

RATCLIFF Que no conoce el oficio de las armas.

REY RICARDO Es cierto. ¿Luego qué dijo Surrey?

RATCLIFF Se sonrió y dijo: «Mejor para nosotros».

REY RICARDO Tiene razón. Así es en verdad.

Suena un reloj.

Fíjate qué horas son. Dame el almanaque.
¿Quién ha visto hoy el sol?

RATCLIFF Yo no, milord.

REY RICARDO Es que no quiere salir; pues según el libro
debería haber tramontado el oriente hace una hora.
Este será un día negro para alguien.
¡Ratcliff!

RATCLIFF ¡Milord!

REY RICARDO El sol no se dejará ver hoy.
El cielo frunce el ceño y oscurece nuestro ejército.
¡Ojalá estas lágrimas de rocío vinieran de la tierra!
¡Nublado hoy el día! Pero ¿acaso me importa
más que a Richmond? Porque el mismo cielo
que se nubla conmigo, a él lo mira siniestro.

Entra NORFOLK.

NORFOLK ¡Armaos, milord, que avanza el enemigo!

REY RICARDO Vamos, aprisa; enjaezad mi caballo.
Llamad a lord Stanley, que acuda con sus fuerzas.
Llevaré a mis soldados hasta la llanura

y dispondré así el orden del combate:
la vanguardia se desplegará a todo lo largo
tanto en la caballería como en la infantería.
Nuestros arqueros se pondrán en medio:
Juan, duque de Norfolk, y Thomas, conde de Surrey,
tendrán el mando de infantes y jinetes.
Así dispuesto, seguiré yo mismo
con el grueso del ejército, apoyando a cada lado
las dos alas nuestros mejores caballos.
¡Esto y san Jorge! ¿Qué te parece Norfolk?

NORFOLK Excelente plan, belicoso soberano.
Hallé esto en mi tienda esta mañana.

Le entrega un papel enrollado.

REY RICARDO (*Lee.*) «Juanillo de Norfolk, no seas atrevido.

Que tu amo Ricardo ya está vendido.»
Son invenciones del enemigo.
Vamos, señores; todo el mundo a su sitio:
no turben nuestro ánimo charlatanes sueños;
la conciencia es solo una palabra de cobardes
inventada para infundir temor entre los fuertes.
No tenemos más conciencia que las armas
ni otra ley que no sea nuestra espada.
A la lid en tropel con valor entreguémonos;
si al cielo no, al infierno entraremos.

Su discurso a sus soldados.

¿Qué más agregaré a lo dicho?
Recordad quiénes son los enemigos:
vagabundos, prófugos, villanos;
la hez de los campesinos y de los bretones,
lacayos que su país harto vomita
a buscar aventuras y fines desastrados.
Dormís tranquilos y a despertaros vienen;
tierra tenéis y la ventura de una bella esposa,
y quitaros la una y mancillar la otra quieren.
¿Y quién los guía sino ese hijo de nadie,
en Bretaña largo tiempo mantenido por nuestra madre?
¿Un pan con atole que jamás en la vida
sintió descalzo el frío de la nieve?
¡Lancemos a latigazos allende el mar a esos bandidos!

¡Azotad a esos presuntuosos harapos de Francia!
¡A esos mendigos hambrientos cansados de la vida,
que de no ser por la ilusión de esta conquista,
cual pobres ratas se habrían ahorcado por falta de recursos!
Si nos han de vencer, hombres nos vengán,
no bastardos bretones a quienes nuestros padres
batieron, zurraron y humillaron en su propia tierra,
dejándoles como herencia la ignominia
tal y como la historia lo registra.
¿Y van estos a gozar de nuestras tierras,
a acostarse con nuestras mujeres
y a deshonar a nuestras hijas?

Suena a lo lejos el tambor.

¡Escuchad! ¡Ya oigo sus tambores!
¡A la lucha, nobles ingleses! ¡A la lucha, bravos milicianos!
¡Arqueros, apuntad a sus cabezas!
Clavad la espuela en los nobles corceles y galopad en sangre;
¡que al cielo asombren vuestras rotas lanzas!

Entra un MENSAJERO.

¿Qué dice lord Stanley? ¿Va a traer su ejército?

MENSAJERO Señor, se niega a venir.

REY RICARDO ¡Cortadle a su hijo la cabeza!

NORFOLK Milord, el enemigo ha cruzado el pantano;
que Stanley muera después de la batalla.

REY RICARDO ¡Mil corazones palpitan en mi pecho!
¡Que avancen los pendones! ¡Caed sobre el enemigo!
¡Nuestro antiguo grito de guerra, oh, gran san Jorge,
nos dé el denuedo de flamígeros dragones!
¡A ellos! ¡La victoria se cierne sobre nuestros yelmos!

Salen.

ESCENA VII

*Otra parte del campo de Bosworth.
Clarines. Movimiento de tropas.
Entra Norfolk con sus fuerzas.
CATESBY se dirige a él.*

CATESBY ¡Socorro, socorro, lord de Norfolk!
El rey realiza prodigios sobrehumanos
haciendo frente a todos los peligros:
le han matado el caballo y lucha a pie,
buscando a Richmond en las fauces de la muerte.
¡Socorro, señor, o perdemos la batalla!

Clarines. Entra el REY RICARDO.

REY RICARDO ¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!

CATESBY Retiraos, milord; yo os buscaré un caballo.

REY RICARDO Esclavo, me he jugado la vida en un albur
y al azar de los dados me remito.
Creo que seis Richmonds hay en la batalla:
ya he matado a cinco en vez de él.
¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!

Salen.

ESCENA VIII

Clarines. Entran por lados opuestos el REY RICARDO y RICHMOND y salen batiéndose. Retirada y marcha militar. Vuelven a entrar RICHMOND, STANLEY con la corona, nobles y tropa.

RICHMOND ¡Dios y vuestro valor loados sean, intrépidos amigos!
El triunfo es nuestro. Ha muerto el perro sanguinario.

STANLEY ¡Buena cuenta has rendido de ti, valiente Richmond!
¡Mira! Arranqué esta corona largo tiempo usurpada
de las sienes sin vida de ese miserable
para ceñir con ella tu cabeza.
¡Llévala, gózala y dale todo el honor que se merece!

RICHMOND ¡El Dios del cielo confirme todo esto!
Pero dime, ¿está vivo Jorge Stanley?

STANLEY Sí, milord, y a salvo en la villa de Leicester,
adonde, si os place, podremos retirarnos.

RICHMOND ¿Qué hombres de valer han muerto de ambos lados?

STANLEY Juan, duque de Norfolk, Walter, lord de Ferrers,
sir Robert Brakenbury y sir William Brandon.

RICHMOND Enterrad sus cuerpos de acuerdo con su rango.

Proclamad amnistía a todos los soldados
que han huido y que quieran someterse;
y luego, para cumplir mi juramento,
uniré la rosa blanca con la rosa encarnada:
¡mire propicio el cielo tan feliz alianza
si antes su cruel enemistad miró sañudo!
¿Qué traidor me escucha que amén no me conteste?
Demente Inglaterra ha mucho se desgarrar.
Ciego el hermano al hermano desangra;
en su furor el padre mata al hijo suyo,
y obligado el hijo, de su padre es verdugo.
Todo esto divide a Lancaster de York,
divididas como están con división funesta.
Mas ahora dejad que ambos, Richmond e Isabel,
legítimos sucesores de cada casa real,
por mandato de Dios siempre queden unidos,
y que sus herederos (si Dios se lo permite)
enriquezcan el porvenir con benévola paz,
con plácida abundancia y venturosos tiempos.
¡Embota, oh Señor, el filo de traidores
que querrían recomenzar aquellos aciagos días
y hacer gemir al país en arroyos de sangre!
¡Que no vivan para ver esta tierra prosperar
los que traicioneros quieran desgarrar la paz!
Ciérrase la herida de la guerra civil; la paz se restablece;
¡quiera Dios halle aquí asiento permanente!

Salen.



EL REY JUAN

*versión de
Pedro Serrano*

Escrita entre 1594 y 1596 e incluida por Francis Meres en su catálogo de 1598. Para algunos críticos, se trata de la reelaboración de una obra anterior, *The Troublesome Reign of King John*, publicada anónimamente en 1591. El único texto autorizado es el del Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

REY JUAN de Inglaterra

REINA LEONOR, su madre, viuda de Enrique II

PRÍNCIPE ENRIQUE, su hijo y futuro Enrique III de Inglaterra

BLANCA de Castilla, su sobrina y futura esposa de Luis el delfín de Francia

Geoffrey Fitz Peter, conde de ESSEX, noble inglés, a veces aliado de Francia

William Longsword, conde de SALISBURY, noble inglés, a veces aliado de Francia

William Marshall, conde de PEMBROKE, noble inglés, a veces aliado de Francia

Roger, lord BIGOT, conde de Norfolk, noble inglés, a veces aliado de Francia

PETER DE POMFRET, un profeta inglés

LADY FALCONBRIDGE

Philip Falconbridge, el BASTARDO, más tarde sir Richard Plantagenet, hijo ilegítimo de Ricardo I de Inglaterra (Corazón de León) y lady Falconbridge

ROBERT FALCONBRIDGE, hijo legítimo del difunto sir Robert Falconbridge y lady Falconbridge

JAMES GURNEY, criado de la familia Falconbridge

REY FELIPE II de Francia

LUIS EL DELFÍN, su hijo

Conde de MELUN, noble francés

CHATILLON, noble francés y embajador ante Juan

CONSTANZA, esposa de Geoffrey, hijo difunto de Enrique II de Inglaterra

ARTURO, su hijo y sobrino de Juan, pretendiente al trono de Inglaterra y finalmente duque de Bretaña

Duque de AUSTRIA, también llamado «Limoges», un aliado del rey Felipe de Francia

CARDENAL PANDULFO, representante del papa Inocencio III

HUBERT, ciudadano de Angers y futuro partidario de la causa inglesa

Un CIUDADANO de la ciudad de Angers

Heraldos, verdugos, mensajeros, sheriff, señores, soldados, asistentes

PRIMER ACTO

ESCENA I

Clarines. Entran el REY JUAN, la REINA LEONOR, los condes de Pembroke, ESSEX y SALISBURY, con CHATILLON, el embajador francés.

REY JUAN Di pues, Chatillon, ¿qué nos demanda Francia?

CHATILLON Después de saludar, el rey de Francia habla,
por esta mi persona, a esa majestad,
majestad arrogada, aquí, de Inglaterra.

REINA LEONOR Un curioso principio, ¿«majestad arrogada»?

REY JUAN Silencio, amada madre; escucha la embajada.

CHATILLON Felipe de Francia, en justa representación
del hijo de tu difunto hermano Geoffrey,
Arturo Plantagenet, reclama el más legítimo derecho
sobre esta hermosa isla y territorios
(Irlanda, Poitiers, Anjou, Turena, Maine)
y desea que depongas esa espada
con que usurpando riges estos diversos títulos,
y en las manos de Arturo los entregues,
sobrino tuyo y regio soberano.

REY JUAN ¿Y qué pasa si lo rechazamos?

CHATILLON El orgulloso mando de la guerra,
cruenta y cruel, habrá de vindicar
un derecho por la fuerza arrebatado.

REY JUAN Que haya guerra por guerra, sangre por sangre,
mando también por mando. Esto responde a Francia.

CHATILLON Toma entonces el reto de mi rey por mi boca,
el más extremo límite que tiene mi embajada.

REY JUAN A él llévale el mío, y vete en paz. Serás
como un relámpago en los ojos de Francia,
pues antes de que puedas reportarlo, ya estaré ahí;
el trueno de mi cañón se escuchará.
Ahora parte. Sé la trompeta de esta cólera
y lúgubre presagio de la ruina de ustedes.

Que se le dé un conducto de honor.
Pembroke, encárgate. Chatillon, adiós.

Salen CHATILLON y Pembroke.

REINA LEONOR ¿Y ahora qué, hijo mío? ¿No dije siempre que la ambiciosa Constanza no cejaría hasta encender a Francia, al mundo entero por la causa y derechos de su hijo? Prevenir y resolver esto se pudo con muy fáciles muestras amorosas, que hoy las maniobras de dos reinos deben arbitrar con temible y cruento efecto.

REY JUAN Tenemos el derecho y la firme posesión.

REINA LEONOR (*Aparte al REY JUAN.*)

Más la posesión que algún derecho, que si no, va a irnos mal a ti y a mí; esto que te susurra mi conciencia al oído, no ha de oírlo nadie sino el cielo, tú y yo.

Entra un sheriff.

ESSEX Mi soberano, la más rara controversia que nunca escuché llega del interior para que tú la juzgues. ¿Hago pasar a los hombres?

REY JUAN (*A ESSEX.*) Haz que se acerquen.

Sale el sheriff.

Nuestras abadías y prioratos pagarán esta carga expedita.

Entran ROBERT FALCONBRIDGE y Philip Falconbridge, el BASTARDO.

¿Ustedes quiénes son?

BASTARDO Leal siervo tuyo soy, noble nacido en el condado de Northampton, primogénito, creo suponer, de Robert Falconbridge, soldado al que en combate la mano dadivosa de Corazón de León armó caballero.

REY JUAN (*A ROBERT FALCONBRIDGE.*)

¿Quién eres tú?

ROBERT FALCONBRIDGE

El hijo y heredero del mismo Falconbridge

REY JUAN ¿Él es el primogénito, y eres tú el heredero?

De misma madre, entonces, no proceden.

BASTARDO Sin duda, poderoso rey, de misma madre,
es bien sabido; y creo, de mismo padre.
Pero para saber de cierto esa verdad
te conmino ante el cielo, ante mi madre;
de eso yo dudo, cuatodo hijo de hombre.

REINA LEONOR ¡Fuera, grosero! Deshonras a tu madre
y lastimas su honor con tal sospecha.

BASTARDO ¿Yo, señora? Razón no tengo para ello.
Esa es la causa de mi hermano, no la mía,
y si la prueba, podrá despojarme
de quinientas libras al año cuando menos.
Dios proteja el honor de mi madre, y mis tierras.

REY JUAN (*Aparte.*) Un tipo franco. ¿Por qué, siendo él menor,
reivindica tu herencia como suya?

BASTARDO No sé, excepto por quedarse con las tierras;
aunque de ser bastardo una vez me infamó.
Si he sido o no engendrado de verdad,
eso sigo poniéndolo en boca de mi madre.
Pero de que muy bien he sido yo engendrado
(en paz descansen los huesos que por mí se dolieron),
compara nuestros rostros y se tú mismo juez.
Si el viejo sir Robert nos engendró a los dos,
y nuestro padre fue, este se le parece;
de rodillas, oh, padre, buen sir Robert,
le doy gracias al cielo no parecerme a ti.

REY JUAN ¡Qué deslenguado nos ha enviado el cielo!

REINA LEONOR (*Al REY JUAN.*)

Tiene un trazo del rostro de Corazón de León;
y lo marcó el acento de su lengua.
¿No notas varios rasgos de mi hijo
en la complexión total de este hombre?

REY JUAN (*A la REINA LEONOR.*) Mis ojos lo han examinado bien
y es el mismo Ricardo. Di, bribón.

¿Por qué reclamas las tierras de tu hermano?

BASTARDO

¡Porque tiene el rostro menudo de mi padre!
Con media menudencia de esas tendría todas mis tierras
(menudillo) ¡quinientas libras al anillo!

ROBERT FALCONBRIDGE

Gracioso soberano, cuando vivía mi padre,
tu hermano empleó a mi padre muchas veces.

BASTARDO Pues con eso, señor, mis tierras no obtendrás;
Mejor relata cómo empleó a mi madre.

ROBERT FALCONBRIDGE Lo despachó una vez en embajada

a Alemania, con el emperador
a tratar altos negocios de esa época.
Ventaja de esa ausencia tomó el rey,
y mientras tanto puso casa en su casa;
de qué se aprovechó, me avergüenza contarlo.
Lo cierto es que hubo mucho mar y mucha costa
que entre mi padre y madre se extendían,
como a mi propio padre se lo oí decir,
cuando este alegre caballero fue engendrado.
En su lecho de muerte legó por testamento
sus tierras para mí, y que muriera, dijo,
si este hijo de mi madre lo era suyo;
y en caso que lo fuera, vino al mundo
catorce semanas antes de su debido tiempo.
Por eso, buen soberano, dame lo que es mío,
las tierras de mi padre, según su voluntad.

REY JUAN Bribón, legítimo es tu hermano;

tras sus bodas la esposa de tu padre lo tuvo.
Y si hubo falsedad, la falla fue de ella,
falla que es riesgo de todos los maridos
que casan con esposa. Dime, ¿cómo mi hermano,
si como dices se esforzó en este hijo,
reclamaría de tu padre este hijo para sí?
Amigo, guardar pudo tu padre este becerro
nacido de su vaca lejos de todo el mundo;
de veras, pudo. Si fuera de mi hermano,
mi hermano no podría reclamarlo, ni tu padre,
no siendo suyo, rechazarlo. En conclusión:

el hijo de mi madre le dio a tu padre un heredero;
tal heredero posee la tierra de tu padre.

ROBERT FALCONBRIDGE

¿Ninguna validez tendrá su voluntad
para desposeer a ese hijo que no es suyo?

BASTARDO No mayor validez para desposeerme, pienso,
de la que su voluntad tuvo en engendrarme.

REINA LEONOR ¿Qué preferirías: ser un Falconbridge
y como tu hermano disfrutar tus tierras,
o el reputado hijo de Corazón de León,
señor de tu presencia, aunque sin tierras?

BASTARDO Señora, si mi hermano fuera como yo
y yo me pareciera al buen sir Robert,
y si mis piernas fueran tales varas,
mis brazos esas anguilas rellenas,
tan flaco el rostro que no me atreviera
ni a llevar una rosa en una oreja
porque no se dijera, «donde va esa morralla»,
y la semejanza me heredara esas tierras,
no quisiera nunca moverme de este sitio.
Daría cada pie de ello por tener este rostro;
de ninguna manera quisiera ser don Teto.

REINA LEONOR Me gusta cómo eres. ¿Dejarás tu fortuna,
le legarás tus tierras, y me seguirás?
Soy un soldado y me dirijo a Francia.

BASTARDO Hermano, ten mis tierras; Yo probaré mi suerte.
Tu rostro te ha dado quinientas libras al año;
si por cinco peniques la vendieras ya habrías ganado.
Señora, te seguiré hasta la muerte.

REINA LEONOR No, mejor llega tú primero al más allá.

BASTARDO Nuestras rústicas maneras ceden el paso
a nuestros superiores.

REY JUAN ¿Cuál es tu nombre?

BASTARDO «Philip», mi soberano, así mi nombre empieza;
primogénito de la esposa de sir Robert.

REY JUAN Desde hoy llevas el nombre de quien su forma llevas:

arrodíllate Philip, levántate más grande.

Hace caballero al BASTARDO.

Levántate, sir Richard y Plantagenet.

BASTARDO Dame tu mano, hermano por el lado de madre;
mi padre me dio honor, el tuyo te dio tierras.
Sea bendita la hora del día o de la noche
en que fui concebido, y sir Robert viajaba.

REINA LEONOR ¡El vivo espíritu de Plantagenet!
Yo soy tu abuela, Richard, llámame así.

BASTARDO Más por suerte, señora, que otra cosa. ¿Y qué?
Algo un poco cargado a la derecha,
entrando por la ventana o el portillo;
moneda falsa que de noche pasa,
y a caballo regalado no se le mira el diente;
más vale pájaro en mano que ciento volando,
y yo soy yo, bajo cualquier progenie.

REY JUAN Vete, Falconbridge. Tu deseo se ha cumplido;
un caballero sin tierra te hace hidalgo con tierras.
Ven señora, ven Richard, debemos darnos prisa.
A Francia, a Francia, que es más que necesario.

BASTARDO Hermano, *adieu*. Que tengas buena fortuna,
ya que fuiste engendrado desde la honestidad.

Salen todos menos el BASTARDO.

Un pie de honor mejor de lo que estaba,
más varios pies de tierras mucho peor.
Ya puedo hacer señora a cualquier Juana;
«Buen día, sir Richard», ve con Dios, compadre,
y si su nombre es Juan, le diré «Pedro»,
pues el honor reciente no recuerda ni el nombre,
es demasiado respetuoso y sociable
para tu conversión. Luego alguien muy viajado,
él y su mondadientes entre los invitados;
y cuando mi digno estómago esté hartado,
entonces me chupo el diente y catequizo
a este mi hombre de mundo: «Mi querido señor
(recargado en mi codo así comienzo),
le suplico»: primero va Pregunta,

y luego va Respuesta como en un silabario:
«Oh, señoría», dice Pregunta, «mándeme usted,
a sus pies, a su servicio, señoría».
«No, señoría», dice Pregunta, «yo, mi señor, a la suya.»
Y antes que Respuesta sepa lo que quiere Pregunta,
salvo por un diálogo de cumplidos,
y hablando de los Alpes y Apeninos,
de los Pirineos y del río Po,
se sigue así hasta que acabe la cena.
Y es que esta respetable sociedad simpatiza
con un espíritu en ascenso como el mío;
pues el que no se atiene a ser un observante,
no es sino un bastardo en estos tiempos
y yo también lo soy, me atenga o no;
y no solo en el hábito o divisa,
forma exterior, externos atavíos,
sino desde lo más profundo para verter
dulce, dulce veneno en boca de la época,
pues aunque no sea yo ducho en engaños,
aprenderé a esquivar los que estarán regados
peldaño tras peldaño de mi ascenso.

*Entran LADY FALCONBRIDGE
y JAMES GURNEY.*

¿Pero quién llega agitada y en traje de montar?
¿Qué mujer mensajero? ¿No tiene ella marido
que haga sonar el cuerno a su llegada?
Oh, cielos, es mi madre. ¿Y bien, señora?
¿Qué te trae con tal premura a la corte?

LADY FALCONBRIDGE

¿Dónde está el desdichado de tu hermano, dónde,
que trae a rastras mi honor de arriba abajo?

BASTARDO ¿Mi hermano Robert, el hijo de sir Robert,
el gigante Colbrando, ese hombre tan robusto?
¿Al hijo de sir Robert es que buscas?

LADY FALCONBRIDGE

¿El hijo de sir Robert?, ¡muchacho irreverente!
¿El hijo de sir Robert? ¿Te mofas de sir Robert?
Hijo es él de sir Robert, tú también.

BASTARDO James Gurney, ¿nos dejas un momento?

JAMES GURNEY Con permiso, buen Philip.

BASTARDO «Philip» cualquier gorrión, James,
verás las maravillas que circulan; luego te cuento.

Sale JAMES GURNEY.

Señora, yo no soy hijo del buen sir Robert;
Bien pudo comer sir Robert lo que de mí le toca
en Viernes Santo y no romper su ayuno.
Poner, sir Robert pudo, lo confieso;
tenerme, sir Robert, eso no pudo hacerlo.
Le sabemos su estilo. Así pues, querida madre,
¿a quién agradecer por estos miembros?
Sir Robert no ayudó a hacer esta pierna.

LADY FALCONBRIDGE ¿Has conspirado tú junto a tu hermano,
que por provecho propio deberías defenderme?
¿Qué significa este desprecio, cabestro?

BASTARDO ¡«Caballero, caballero», buena madre, como Basilisco!
¡Qué! Me han armado caballero, aquí, en mi hombro.
Pero, madre, no soy hijo de sir Robert;
he renunciado a sir Robert y a mis tierras;
legitimidad, nombre, todo, se ha ido.
Querida madre, dime quién fue mi padre.
Un hombre probo, espero. ¿Quién era, madre?

LADY FALCONBRIDGE ¿Has negado ser un Falconbridge?

BASTARDO Tan fielmente como niego al diablo.

LADY FALCONBRIDGE

El rey Ricardo Corazón de León fue tu padre;
con largo y vehemente cortejo me sedujo
a hacerle sitio en el lecho de mi esposo.
Que no me cargue el cielo esta transgresión;
tú eres producto de mi cara ofensa
que tan efusivamente superó mis defensas.

BASTARDO Por esta luz, si a engendrarme volvieras,
señora, no querría tener un mejor padre.
Hay pecados que en esta tierra obtienen su perdón,
y así pasa con este. Tu locura no es falta;
era debido poner tu corazón a su arbitrio,
sujetado tributo a un imponente amor,

contra cuya furia y fuerza sin igual
el temerario león no libraría batalla,
ni alejaría su noble corazón de Ricardo.
Quien con fuerza arrancaba el corazón a un león,
fácilmente ganara el de mujer. Sí, madre,
de todo corazón, te doy las gracias por mi padre.
Si alguien osa decir que tú no actuaste bien
al engendrarme, enviaré su alma al infierno.
Ven, y te presentaré con mis parientes;
dirán que, cuando Ricardo me engendró,
si dices tú que no, habría sido pecado.
Miente quien dice que lo fue; yo digo: no lo fue.

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Clarines. Delante de Angers, entran el REY FELIPE de Francia, LUIS EL DELFÍN, CONSTANZA, ARTURO, y sus fuerzas por un lado; el duque de AUSTRIA llevando una piel de león y fuerzas por el otro lado.

REY FELIPE Bienvenido ante Angers, valiente Austria.

Arturo: aquel gran antepasado de tu sangre,
Ricardo, el que robó al león su corazón
e hizo la guerra santa en Palestina,
por este bravo duque se anticipó a su tumba.
Y para compensar a su progenie,
ante nuestra insistencia ha venido hasta aquí
a desplegar sus insignias en tu apoyo
y a rechazar aquí la usurpación
de tu inhumano tío, el inglés Juan.
Abrázalo, ámalo, dale la bienvenida.

ARTURO Dios te perdone la muerte de Corazón de León,
y más aún si das vida a su prole,
protegiendo con tus alas guerreras su derecho.
Te doy la bienvenida con impotente mano,
pero con amoroso corazón impoluto.
Bienvenido a las puertas de Angers, duque.

LUIS EL DELFÍN Ah, noble muchacho, ¿quién no te haría justicia?

AUSTRIA (A ARTURO.) En tu mejilla deposito este celoso beso
como sello de amor en este pacto:
no volveré a mi casa hasta que Angers
y los derechos que tienes en Francia,
junto con esa pálida costa de albo rostro,
cuyo pie cocean las rugientes mareas
y aísla a sus isleños de otras tierras,
hasta que esa Inglaterra cercada por el ponto,
ese baluarte de murallas de agua, aún segura,
y de extranjeros designios ignorante,
hasta que esa última esquina de Occidente
te proclame su rey. Antes, buen niño,
alzado en armas, no pensaré en mi casa.

CONSTANZA Recibe el agradecimiento de su madre,
ah, el agradecimiento de una viuda,
en tanto que tu fuerte mano ayuda a darle fuerza
para retribuir tu amor más plenamente.

AUSTRIA La paz del cielo sea con quienes alzan
la espada en tan caritativa y justa guerra.

REY FELIPE Ahora a trabajar. Dirijan el cañón
al ceño de esta resistente ciudad.
Que los mejores y más fogueados hombres
elijan las mejores posiciones.
Ante ella dejaremos nuestros reales huesos,
vadearemos en sangre de franceses
desde aquí hasta la plaza del mercado,
pero a este niño la someteremos.

CONSTANZA Aguarda la respuesta a tu embajada,
para que la imprudencia no manche de sangre tus espadas.
Quizá lord Chatillon trae de Inglaterra
en paz este derecho que exigimos en guerra;
no deploremos luego cada gota de sangre
que una ardiente e irreflexiva prisa
por temeridad pudiera derramar.

Entra CHATILLON.

REY FELIPE ¡Oh, maravilla, señora! A tu deseo
nuestro mensajero Chatillon ha llegado.
Di brevemente lo que Inglaterra dice.
En calma te atendemos. Chatillon, habla.

CHATILLON Vuelve tus fuerzas de este indigno asedio
y agítalas contra una tarea más poderosa;
Inglaterra, impaciente de tus justas demandas,
se ha levantado en armas. Vientos adversos,
cuyo ocio padecí, le han dado tiempo
de desembarcar sus legiones tan rápido como yo.
A marchas forzadas dirige a esta villa
sus poderosas fuerzas, sus soldados confiados.
Viene junto con él la reina madre,
una Até que lo incita a la sangre y la lucha;
con ella su sobrina, doña Blanca de España;
con ellos un bastardo también del rey difunto;

y todos los inquietos humores de esa tierra,
osados voluntarios, feroces y fogosos,
rostro de dama, ánimo de dragón fiero,
que sus fortunas vendieron en su tierra nativa,
y orgullosos cargan su legado a la espalda,
para tentar aquí nuevas fortunas.
En breve, nunca surcó el henchido oleaje
una muestra de espíritus intrépidos
tan osada como el bajel inglés ahora trae
para ofensa y desgracia de la cristiandad.

Redoble de tambores.

La interrupción de sus torpes tambores
ahorra detalles; se hallan ya justo aquí;
prepárate para parlamentar o pelear.

REY FELIPE ¡Cuán imprevista es esta expedición!

AUSTRIA Por tan inesperada, más debemos aún
alertar el empeño en defendernos,
pues el coraje crece en la ocasión.
Que bienvenidos sean; estamos preparados.

*Entran el REY JUAN, el BASTARDO, la REINA LEONOR, BLANCA, el conde de Pembroke, y las
fuerzas inglesas.*

REY JUAN La paz sea con Francia, si Francia en paz permite
la justa y sucesoria entrada a lo que es nuestro;
si no, que sangre Francia, y la paz suba al cielo,
mientras nosotros, agente iracundo de Dios, corregimos
esa altiva queja que sacude la paz del cielo.

REY FELIPE La paz sea con Inglaterra, si la guerra regresa
de Francia hasta Inglaterra, para vivir en paz.
A Inglaterra la amamos, y en bien de esa Inglaterra
sudamos aquí el peso de nuestras armaduras.
Este esfuerzo nuestro debía ser obra tuya;
mas de amar a Inglaterra estás tan lejos
que a su legítimo rey has socavado,
cortado la sucesión de la posteridad,
afrentado los derechos de un infante,
y violado la virtud virginal de la corona.

Señalando a ARTURO.

Contempla el rostro de tu hermano Geoffrey.
Ojos, frente, moldeados a partir de los suyos;
este pequeño extracto contiene al otro grande
que en Geoffrey feneció, y la mano del tiempo
lo ampliará hasta alcanzar igual volumen.
Ese Geoffrey era tu hermano mayor,
y este es su hijo; de Geoffrey era Inglaterra,
y esto es de Geoffrey. En el nombre de Dios,
¿cómo es que entonces te haces llamar rey,
cuando en estas sienes late sangre viva,
dueña de la corona que subyugaste?

REY JUAN ¿Quién te ha comisionado, Francia,
para extraer mi respuesta de tus artículos?

REY FELIPE El juez supremo que inspira en todo pecho
de fuerte autoridad los buenos pensamientos
para observar las tachas y manchas del derecho;
tal juez me ha hecho guardián de este muchacho,
con cuya autorización acuso tu injusticia
y con cuya ayuda pretendo castigarla.

REY JUAN Ah, así que usurpas a la autoridad.

REY FELIPE Es perdonado derribar al usurpador.

REINA LEONOR ¿A quién llamas usurpador, Francia?

CONSTANZA Deja que yo responda. (A *la* REINA LEONOR.)
Al usurpador de tu hijo.

REINA LEONOR ¡Fuera, insolente! Tu bastardo será rey
para que tú seas reina y le des mate al mundo.

CONSTANZA Mi cama fue siempre tan sincera con tu hijo
como la tuya con tu esposo, y este niño semeja
más en los rasgos a su padre Geoffrey
que tu y Juan en maneras, y es tan parecido
como la lluvia al agua, o el demonio a su mal.
¡Un bastardo mi niño! Por mi alma, pienso
que nunca fue su padre tan lealmente engendrado.
Eso no podía ser ya que tú eras su madre.

REINA LEONOR (A ARTURO.) Buena madre esta, niño, que ensucia
a tu padre.

CONSTANZA (A ARTURO.)

Buena abuela esta, niño, que a ti te ensuciaría.

AUSTRIA ¡Callen!

BASTARDO ¡Escuchen al ujier!

AUSTRIA ¿Quién diablos eres tú?

BASTARDO Alguien que será el diablo para ti, señoría,
si te llega a ver solo y te arranca esa piel.
Eres como la liebre del refrán, tan valiente
que les mesa la barba a leones muertos.
¡Ahumaré tu abrigo de piel si te agarro!
¡Cuídate, bribón, te juro que lo haré!

BLANCA Ah, bien se merece esas ropas de león
el que despojó al león de tales ropas.

BASTARDO Luce igual de bien en sus espaldas
que las calzas del gran Alcides en un asno.
Pero, asno, te quitaré esa carga de la espalda,
o te pondré una que te parta el lomo.

AUSTRIA ¿Quién es este fatuo que nos deja sordos
con tan abundante y superfluo resuello?

REY FELIPE Luis, decide de inmediato qué vamos a hacer.
Mujeres y necios, paren su conferencia.
Rey Juan, he aquí el resumen de todo:
en el nombre de Arturo te reclamo
Inglaterra e Irlanda, Angers, Turena y Maine.
¿Renuncias a ellas y depones las armas?

REY JUAN Antes daré mi vida. Francia, te desafío.
Arturo de Bretaña, ríndete a mis manos,
y mi profundo amor te dará más que aquello
que la cobarde mano de Francia ha de ganar.
Niño, sométete.

REINA LEONOR (A ARTURO.) Ven con tu abuela, criatura.

CONSTANZA Hazlo, criatura, ve con tu abuela.
Dale a tu abuela el reino, y ella te dará
una ciruela, una cereza, un higo.
¡He ahí una buena abuela!

ARTURO Madre querida, calla.

Quisiera estar muy adentro en mi tumba;
no merezco que se haga por mí tanto alboroto.

REINA LEONOR Su madre lo avergüenza tanto, pobre niño, que llora.

CONSTANZA ¡Caiga la vergüenza sobre ti, sea ella o no la causa!

Los agravios de su abuela, no mis vergüenzas
hacen que de sus pobres ojos broten
esas perlas que conmueven al cielo,
que el cielo ha de tomar a manera de pago.
Estas cuentas de cristal sobornarán al cielo
para que haga justicia y lo venguen de ti.

REINA LEONOR ¡Monstruo, calumniadora del cielo y de la tierra!

CONSTANZA Monstruo, injuriadora del cielo y de la tierra,
no digas que calumnio; tú y el tuyo usurpan
los dominios, majestad, y derechos
de este niño oprimido. Este es el hijo de tu primogénito
infortunado en nada sino en ti.
Tus pecados los paga esta pobre criatura;
el fallo de la ley ha caído sobre él,
a pesar de haber dos generaciones
ya lejos de tu vientre pecador.

REY JUAN Termina ya, loca.

CONSTANZA Solo me queda esto por decir:
que el pecado de ella ha sido su tormento,
y no solo eso, sino que Dios ha hecho
de ella su pecado y a ella el tormento
de este alejado vástago, por ella atormentado
y con ella tormento; la ofensa de ella
es guardián de su propio pecado,
todo el castigo en la persona de este niño
y todo por ella. ¡Que la atormenten a ella!

REINA LEONOR Desavisada arpía, puedo mostrarte
un testamento que anula el título de tu hijo.

CONSTANZA Sí, ¿quién lo duda? Un testamento,
¡perverso testamento, de mujer testamento,
testamento de abuela gangrenosa!

REY FELIPE Basta, señora. Detente, o sé más moderada;

mal sienta a mi presencia el alentar
tan malsonantes recriminaciones.
Convoca una trompeta a las murallas
a los hombres de Angers; escuchemos
qué título, Arturo o Juan, ellos admiten.

*Sonido de trompetas.
Entran CIUDADANOS de Angers sobre las murallas.*

CIUDADANO ¿Quién nos ha llamado a las murallas?

REY FELIPE Es Francia, en nombre de Inglaterra.

REY JUAN Es Inglaterra, en su propio nombre.

Ustedes, hombres de Angers y amados súbditos...

REY FELIPE Amados hombres de Angers, de Arturo súbditos,
nuestra trompeta los llamó a este cordial parlamento.

REY JUAN En nuestro provecho; así, escúchanos primero.

Las banderas de Francia que a la vista
se han desplegado aquí bajo sus ojos
vienen a destruir esta ciudad.

Llenos de cólera, listos a escupir
su indignación de hierro, los cañones
están montados frente a sus murallas.

A la vista de su ciudad, de sus cegadas puertas,
el impío proceder de estos franceses
ha preparado ya un sangriento sitio.

Si no llegamos, esas dormidas piedras
que como un cinturón hoy los circundan,
por la coacción de tal artillería

serían arrancadas de su lecho de cal
y habrían ya hecho gran devastación
para contra su paz arremeter sangrienta.

Pero a la vista de nosotros, su legítimo rey,
quien con tan ardua y expedita marcha
ha puesto una traba ante sus puertas,
para que esta amenaza no dañe las mejillas
de su ciudad, contemplan a los franceses,
estupefactos, pedir una entrevista.

Y en vez de balas envueltas en fuego
que sacudieran sus enfebrecidos muros,
lanzan palabras calmas envueltas en humo

para provocar un desleal error en sus oídos;
júzguenlas bien, amables ciudadanos,
y déjennos entrar. El extenuado ánimo de su rey,
exhausto en esta veloz acción,
les pide asilo dentro de su ciudad.

REY FELIPE Cuando haya hablado, respondan a los dos.

Toma la mano de ARTURO.

Miren, aquí en mi mano derecha,
consagrada a la protección de su derecho
se encuentra el joven Plantagenet,
hijo del hermano mayor de este hombre,
y rey suyo y de sus posesiones.
Por esta hollada equidad hollamos hoy
estos prados en belicosa marcha,
ante su ciudad, no por ser su enemigo,
sino por el apremio de hospitalario celo
que piadosos nos trajo a auxiliar
a este oprimido niño. Agradézcan entonces
cumplir el genuino homenaje que deben
a aquel que lo posee: a este joven príncipe.
Y entonces nuestro ejército, como oso con bozal
salvo en aspecto, habrá sellado toda ofensa.
Lo avieso de nuestros cañones se gastará en vano
contra las invulnerables nubes del cielo,
y en bendecida y sosegada retirada,
con intactas espadas y los cascos sin mella,
llevaremos a casa esa animosa sangre
que íbamos a derramar en su ciudad,
y dejaremos a sus hijos, esposas, y a ustedes, en paz.
Pero si neciamente ignoran nuestra oferta,
la ronda de sus murallas de antigua faz
no los podrá ocultar de nuestros mensajeros de guerra,
por más que su ruda circunferencia albergue
toda la experiencia de estos ingleses.
Respondan pues: ¿nos llamarán señor de su ciudad
en nombre de aquel por quien la desafiamos,
o le haremos la seña a nuestra furia
y entraremos a saco en lo que es nuestro?

CIUDADANO En breve, somos súbditos del rey de Inglaterra.

Por él, y en su derecho, tenemos esta villa.

REY JUAN Reconozcan pues a su rey, déjenme entrar.

CIUDADANO No podemos. Pero quien pruebe ser el rey,
a él lealtad probaremos; hasta entonces
atracamos nuestras puertas contra el mundo.

REY JUAN ¿No prueba la corona de Inglaterra al rey?
Y si no eso, yo traigo aquí testigos,
treinta mil corazones de casta inglesa.

BASTARDO (*Aparte.*) Incluidos los bastardos.

REY JUAN Para refrendar con sus vidas nuestro título.

REY FELIPE Tantas y tan bien nacidas sangres como esas...

BASTARDO (*Aparte.*) También unos bastardos.

REY FELIPE Lo enfrentan y refutan tal reclamo.

CIUDADANO Hasta que se establezca cual derecho
es el más meritorio retendremos
nosotros el derecho ante ambos.

REY JUAN Perdone Dios entonces los pecados
de todas estas almas que a su eterna morada
huirán antes del rocío nocturno
en la temible prueba del rey de nuestro reino.

REY FELIPE Amén, amén. Monten, caballeros, ¡a las armas!

BASTARDO San Jorge, que azotaste al dragón, y desde entonces
la puerta de mi hostelera encabalgas,
¡enséñanos a defendernos! (*A AUSTRIA.*) Bribón, si yo estuviera
metido en tu leonera y con tu leona,
pondría una cornamenta sobre tu piel de león
y haría un monstruo de ti.

AUSTRIA Basta, no más.

BASTARDO Ah, tiemblas, pues escuchas el rugido del león.

REY JUAN Remontemos el llano, donde desplegaremos
mejor situados nuestros regimientos.

BASTARDO Rápido, para tomar ventaja del terreno.

REY FELIPE Así será, hagan que en la otra colina

se sitúen los otros. ¡Dios y nuestro derecho!

*Salen por separado las fuerzas inglesas y francesas.
El CIUDADANO permanece. Aquí, después de la salida, el HERALDO FRANCÉS entra ante las
puertas con trompetas.*

HERALDO FRANCÉS

Hombres de Angers, abran de par en par las puertas
y denle paso al joven Arturo, duque de Bretaña,
quien por mano de Francia este día ha provocado
en mucha madre inglesa mucho llanto,
por sus hijos dispersos en el suelo sangrante;
muchos maridos de viudas yacen abatidos,
y abrazan fríamente la agria tierra;
y con muy pocas bajas juega la victoria
sobre los estandartes danzantes del francés,
que están aquí, triunfalmente desplegados,
para entrar como conquistadores y proclamar
a Arturo de Bretaña rey de Inglaterra y de ustedes.

Entra el HERALDO INGLÉS con trompetas.

HERALDO INGLÉS Alégrense, hombres de Angers, a las campanas

denle vuelo, que el rey Juan de Inglaterra
y rey suyo también, ya se aproxima,
señor de este ardiente día avieso.
Sus armaduras, que de aquí se marcharon
con un fulgor de plata, aquí regresan áureas
de sangre de franceses; no hay una sola pluma
erguida en cresta inglesa que haya sido
arrancada por las lanzas francesas;
vuelven nuestras divisas en estas mismas manos
que antes las desplegaron al marcharnos,
y como alegre tropa de cazadores vuelven
los audaces ingleses, todos con manos púrpuras,
teñidas en la mortal masacre de sus enemigos.
Abran puertas y al vencedor den paso.

CIUDADANO Heraldos, desde nuestras torres,
pudimos observar desde el principio
hasta el fin el ataque y retirada
de ambos ejércitos, cuyo equilibrio
nuestros mejores ojos censurar no han podido.
La sangre se ha pagado con la sangre,

con golpes respondieron a los golpes;
la fuerza fue enfrentada con la fuerza,
y el poder fue arrojado con poder.
Ambos son parecidos y a los dos
tenemos por lo mismo en parecido.
Uno debe mostrar ser el mejor.
Mientras su fuerza esté en tal equilibrio,
a ninguno y al mismo tiempo a ambos
nuestra ciudad entonces entregamos.

*Entran por un lado el REY JUAN, la REINA LEONOR,
BLANCA, el BASTARDO, el conde de Salisbury y las fuerzas inglesas; por el otro lado el REY
FELIPE, LUIS EL DELFÍN, AUSTRIA y las fuerzas francesas.*

REY JUAN Francia, ¿tienes aún sangre que derrochar?

Di, ¿fluirá la corriente de nuestro derecho,
cuyo paso, hostigado por tu impedimento,
habrá de abandonar su cauce natural
y se desbordará alternado su curso
hasta los confines de tus costas,
o dejarás que sus aguas plateadas
corran con placidez hacia el océano?

REY FELIPE Inglaterra, no ahorraste una gota de sangre

más que Francia en esta ardiente prueba;
más bien, perdiste más. Y juro por esta mano
que domina las tierras que este cielo contempla
que antes que depongamos nuestras armas
recién alzadas, hemos de reducirte,
a ti, contra quien las alzamos,
o añadiremos una cifra regia
a los muertos, honrando el pergamino
que la pérdida de esta guerra narre
de una matanza ungida al nombre de reyes.

BASTARDO ¡Ah, majestad! Qué alto tu gloria sube

cuando a la rica sangre de reyes prende fuego.
Ahora la Muerte llena de acero sus pavorosas quijadas,
y las espadas de los soldados son sus dientes y colmillos,
y ya se harta, engullendo la carne de los hombres,
en irresolutas diferencias de reyes.

¿Por qué se pasman estas reales frentes?

¡Al ataque, reyes! Regresen al mancillado campo.

¡Ustedes potencias tan iguales, fieros espíritus ardorosos!

Y que la confusión de una parte confirme
la paz de la otra. En tanto, ¡golpes, sangre, y muerte!

REY JUAN ¿Ahora a qué bando admiten, ciudadanos?

REY FELIPE Hablen, por Inglaterra, ciudadanos. ¿Quién es su rey?

CIUDADANO El rey de Inglaterra, cuando lo conozcamos.

REY FELIPE Conózcanlo en nosotros que sostenemos su derecho.

REY JUAN En nosotros que somos nuestro propio enviado
y posesión tenemos de nuestra gran persona,
señor de nuestra presencia, Angers, y de ustedes.

CIUDADANO Un poder mayor que nosotros niega esto.

Y hasta que no haya duda, cerramos bajo llave
todos nuestros escrúpulos primeros
en nuestras fuertes y atrancadas puertas.
Regidos hemos de ser por nuestro miedo,
hasta que un rey cierto desvanezca,
purgue y deponga nuestros miedos.

BASTARDO Por Dios, que se están burlando estos bellacos
de ustedes, reyes, a salvo en sus almenas,
desde donde, como en un teatro, atisban y señalan
sus industriosas escenas y actos de muerte.

Que sus personas regias me hagan caso:
hagan como los amotinados de Jerusalén,
sean amigos, y conjuntamente dirijan
su más afilada venganza contra esta villa.

Que por este y oeste Francia e Inglaterra monten
las baterías de sus cañones y carguen sus bocas,
hasta que su estrépito haya derrumbado
las pétreas costillas de esta altiva ciudad.

Tiraré sin cesar sobre estos pencos
hasta que la desolación ilimitada
desnudos como el aire los encuentre.

Hecho esto, dividan sus aunadas fuerzas
y separen de nuevo sus mezcladas divisas;
vuélvanse cara a cara y cruenta punta a punta.

Así, en un momento, la Fortuna entresacará
de uno de los bandos su feliz preferido,
a quien favorecerá otorgándole el día
y lo besará con gloriosa victoria.

¿Cómo toman, poderosos estados,
este extravagante consejo? ¿No es verdad
que un cierto dejo a política contiene?

REY JUAN Por el cielo que pende sobre nuestras cabezas,
pues me parece bien. Francia, ¿unimos
nuestras fuerzas y arrasamos Angers,
para luego luchar por quién será su rey?

BASTARDO (*Al* REY FELIPE.)

Si tienes temple de rey has de estar agraviado
como nosotros por este terco pueblo.
Torna las bocas de tu artillería,
como nosotros haremos con la nuestra,
contra estas murallas insolentes.
Y cuando las hayamos echado por tierra,
nos desafiaremos entonces y en tropel
lidiaremos unos contra otros, por el cielo o el infierno.

REY FELIPE Que así sea. Di, ¿por dónde asaltarás?

REY JUAN Lanzaremos la destrucción desde el oeste
al seno de esta ciudad.

AUSTRIA Yo por el norte.

REY FELIPE Nuestro trueno desde el sur hará llover
su tromba de balas sobre esta ciudad.

BASTARDO (*Aparte.*) ¡Ah, prudente experiencia! De norte a sur,
Austria y Francia se dispararán mutuamente en la boca.
Los incitaré a ello. ¡Vamos, fuera, fuera!

CIUDADANO Escúchennos, oh, reyes. Concedan un momento,
les mostraré la paz y la alianza de bella faz.
Ganen esta ciudad sin golpe y sin herida;
ahorren esas vidas, y mueran en su lecho
quienes serían aquí sacrificio del campo.
¡No perseveren, escúchenme, reyes poderosos!

REY JUAN Habla pues; prestos a oír estamos.

CIUDADANO Esa hija de España, doña Blanca,
es sobrina de Inglaterra. Consideren los años
de Luis el delfín y de esa hermosa doncella.
Si el audaz amor ha de buscar belleza,

¿dónde la encontrará más hermosa que en Blanca?
Si el celoso amor ha de buscar virtud,
¿dónde la encontrará más pura que en Blanca?
Si el ambicioso amor quería igual nacimiento,
¿qué venas llevan sangre más rica que Blanca?
Como ella es en belleza, virtud, nacimiento,
es el joven delfín en similar medida.
No la misma medida, puesto que él no es ella,
y a ella tampoco falta nada que sea una falta,
si falta no lo fuere, que ella no sea él.
Él es esa mitad de todo hombre dichoso,
para ser acabado por alguien como ella,
y ella una hermosa excelencia dividida,
cuya complementaria perfección está en él.
Ah, dos corrientes tales de plata cuando se unen
gloriar a las riveras entre las cuales corren,
y dos tales márgenes serán ustedes,
dos tales costas vigilantes, reyes,
para estas dos corrientes hechas una,
para estos dos príncipes si los casan.
Esta unión hará más que cualquier batería
para abrir nuestras puertas clausuradas;
ya que con este enlace, con un ímpetu
más veloz que la fuerza de la pólvora,
nosotros abriremos de par en par las puertas
y les daremos paso. Pero sin este enlace,
el mar embravecido no es la mitad de sordo,
los leones más confiados, las montañas y rocas
más movibles, no, ni la muerte misma
en mortal furia la mitad de inflexible,
como nosotros en guardar la ciudad.

BASTARDO (*Aparte.*) He aquí un ¡quietos!
que ha sacudido los podridos huesos
de la vieja muerte hasta quitarle sus andrajos.
He aquí de veras una enorme boca
que escupe muerte y montes, rocas, mares;
habla con familiaridad de los leones rugientes
como lo hacen las niñas de trece de perritos.
¿Qué artillero engendró esta animosa sangre?
Habla como un cañón, fuego y humo y estrépito;
da de bastonazos con la lengua.

Nos atronó los oídos, y no hay palabra suya
que no abofetee mejor que un puño de Francia.
Caray, nunca fui tan aporreado con palabras
desde que llamé «papá» al padre de mi hermano.

REINA LEONOR Hijo, oye esta conjunción; haz este enlace.

Da con nuestra sobrina una dote bastante,
pues con este nudo atarás ya segura
tu hoy insegura seguridad a la corona,
así ese verde niño no tendrá ningún sol
que haga madurar el incipiente brote
y que prometa un fruto poderoso.
Veo un ceder en los gestos de Francia.
Nota su cuchicheo. Apúralos ahora
que sus almas aún son susceptibles
a esta ambición, no sea que el airoso hálito
de suaves peticiones, pena y remordimiento,
de nuevo enfríe y congele el derretido cielo.

CIUDADANO ¿Por qué no contestan sus dos majestades
al amistoso pacto de nuestra amenazada ciudad?

REY FELIPE Habla tú primero, Inglaterra, que quisiste ser
el primero en hablar a esta ciudad. ¿Qué dices?

REY JUAN Si es que el delfín, tu hijo el príncipe,
en este libro de belleza puede leer «yo amo»,
su dote pesará igual que el de una reina.
Entonces Anjou y la hermosa Turena,
Maine, Poitiers, y lo que de este lado del mar
(excepto esta ciudad por nosotros sitiada)
está sujeto a nuestra corona y dignidad,
daran lustre a su cama de novia y la harán rica
en títulos, honor, y promociones,
como en belleza, educación y sangre,
se da la mano con cualquier princesa.

REY FELIPE ¿Qué dices, niño? Mira el rostro de la dama.

LUIS EL DELFÍN Lo hago, mi señor, y en sus ojos encuentro
un prodigio, un asombro milagroso,
la sombra de mí mismo dibujada en sus ojos,
que siendo sombra solo de tu hijo,
se vuelve un sol y de él hace una sombra.

Pues a mí mismo yo nunca me he amado,
hasta ahora que instilado me contemplo,
trazado en la lisonjera tela de sus ojos.

Cuchichea con BLANCA.

BASTARDO (*Aparte.*) «¿Trazado en la lisonjera tela de sus ojos?»

Colgado en el fruncido de su frente,
descuartizado en su corazón, nota
ser traidor en amor. Es una pena
que descuartizado, ahorcado, ahogado,
tan vil patán se halle en tal amor.

BLANCA (*A LUIS EL DELFÍN.*) El deseo de mi tío es mi deseo

si en tu persona hay algo que a él le guste,
eso que él viera y moviera su gusto,
fácil halla traslado a mi deseo.

O si así quieres, para hablar más propio,
fácilmente lo impondré en mi amor.

No te haré halago, diciendo, mi señor,
«digno de amor es todo lo que en ti veo»
más nada veo en ti, aunque lo peor pensara
que halle yo que merezca ningún odio.

REY JUAN ¿Qué dicen estos jóvenes? ¿Qué dices tú, sobrina?

BLANCA Que su honor la obliga siempre a hacer
lo que tu sabiduría se digne a decir.

REY JUAN Di, príncipe delfín. ¿Amarías a esta dama?

LUIS EL DELFÍN Más bien pregunta si puedo refrenarme,
ya que la amo del modo más sincero.

REY JUAN Te doy entonces estas cinco provincias
Volquessen, Turena, Maine, Poitiers y Anjou,
junto con ella y esta suma además,
treinta mil marcos de moneda inglesa.
Felipe de Francia, si esto te contenta,
ordena a tu hijo e hija unir sus manos.

REY FELIPE Nos agrada. Príncipes, junten las manos.

AUSTRIA Y sus labios también, pues es seguro
que al estar bien seguro tal cosa hice.

LUIS EL DELFÍN y BLANCA unen sus manos y se besan.

REY FELIPE Ahora, ciudadanos de Angers, abran sus puertas;
dejen entrar esa alianza que han hecho,
y de inmediato en la capilla de Santa María
los ritos del matrimonio se celebren.
¿No está lady Constanza en este grupo?
Sé que no está, pues su presencia
estorbaría el acuerdo de este enlace.
¿Dónde están ella y su hijo? Dígalo quien lo sepa.

LUIS EL DELFÍN Triste y desconsolada en la tienda de su alteza.

REY FELIPE Y a mi fe que esta alianza que hemos hecho
va a darle a su tristeza poca cura.
Hermano de Inglaterra,
¿cómo contentaremos a esta viuda?
Vinimos en nombre de su derecho,
y Dios sabe que lo hemos desviado
por otro camino para provecho nuestro.

REY JUAN Lo curaremos todo, pues haremos
al joven Arturo duque de Bretaña,
conde de Richmond, y señor de esta rica
y bella ciudad. Llamen a lady Constanza.
Que un veloz mensajero la haga venir
a nuestra ceremonia.

Sale Salisbury.

Confío en que podremos,
si no cumplirle todos sus deseos,
sí en alguna medida darle satisfacción
y detener sus recriminaciones.
Vayamos tan aprisa como se pueda
a esta inesperada, imprevista ceremonia.

Salen todos menos el BASTARDO.

BASTARDO ¡Loco mundo, locos reyes, loco arreglo!
Juan, para parar en seco los títulos de Arturo,
gustoso se ha despojado de una parte,
y Francia, cuya conciencia vistió su armadura,
a quien el celo y la caridad trajeron
cual soldado de Dios, se ha dejado susurrar al oído
por ese traficante de causas, ese artero demonio,
alcahuete que siempre le quiebra la mollera a la fe,

que no hay día que no rompa sus votos,
estafador de reyes, de mendigos,
de jóvenes, de viejos, de doncellas
(a quien, no teniendo otra cosa que perder,
le birla, pobre doncella, la palabra «doncella»)
ese caballero de rostro suave, zalamero Interés.
Interés, la desviación del mundo;
el mundo, de por sí bien balanceado,
hecho a correr parejo sobre parejo suelo
hasta que esta ventaja, este sesgo a lo vil,
este viraje de la marcha, este Interés,
lo hace perder toda ecuanimidad,
toda dirección, meta, curso, designio.
Y este mismo desvío, este Interés,
timador y alcahuete, esta palabra que todo lo perturba,
fijado al ojo avizor del veleidoso Francia,
lo ha alejado del decidido apoyo
a una guerra resuelta y honorable,
y entregado a una paz baja y abyecta.
¿Y por qué he de insultar a este Interés?
Pues porque todavía no me ha cortejado.
No que yo tenga fuerza para cerrar la mano
al saludar mi palma sus bellos serafines,
sino porque mi mano aún no ha sido tentada.
Así el pobre mendigo insulta al rico.
Bien, mientras sea yo un mendigo, insultaré
y diré que ser rico es el mayor pecado;
y cuando sea rico, mi virtud será
decir que el peor vicio es la mendicidad.
Y pues los reyes rompen la fe ante el interés,
¡lucro, sé mi señor, que yo te adoraré!

Sale.

ESCENA II

Entran CONSTANZA, ARTURO y SALISBURY.

CONSTANZA (A SALISBURY.) ¿Van a casarse? ¿Van a firmar la paz?
¿Falsa sangre a falsa sangre unida? ¿Serán amigos?
¿Tendrá Luis a Blanca, y Blanca esas provincias?

No es así; te equivocas, oíste mal.
Infórmate bien, vuelve a contar tu cuento.
No puede ser; solo tú dices eso.
Confío en no poder fiarme de ti,
pues tu palabra no es más que el vano aliento
de un cualquiera. Créeme, hombre, no te creo;
tengo el juramento de un rey de lo contrario.
Habría que castigarte por asustarme así,
que estoy enferma y susceptible al miedo,
abrumada de males y tan llena de miedo,
ya viuda, sin marido, sometida al miedo,
una mujer nacida naturalmente al miedo.
Y aunque ahora confieses que bromeabas,
mis afligidos ánimos no me darán ya tregua,
pues todo el día temblarán agitados.
¿Qué quieres decir al mover la cabeza?
¿Por qué miras tan tristemente a mi hijo?
¿Qué significa la mano sobre el pecho?
¿Por qué bañan tus ojos tan lastimeras lágrimas,
como un altivo río que escudriña sus márgenes?
¿Confirman esos signos tan tristes tus palabras?
Pues habla ahora de nuevo: toda tu historia no,
una sola palabra: si tu historia es cierta.

SALISBURY Tan cierta como creo que tú la crees falsa,
lo que probaría que lo que digo es cierto.

CONSTANZA Oh, si me enseñas a creer en esta pena,
enseña a la pena cómo hacerme morir,
y haz que mi vida y mi creer se enfrenten
como lo hace la furia de dos desesperados,
que apenas se enfrentan caen y mueren.
¿Luis se casa con Blanca? ¿Oh, niño, en dónde quedas?
Francia amiga de Inglaterra, ¿qué será de mí?
¡Vete, amigo! No tolero tu vista;
estas nuevas te han hecho un hombre aborrecible.

SALISBURY ¿Qué otro daño he hecho, buena dama,
sino contar el daño hecho por otros?

CONSTANZA Ese daño en sí mismo tan horrendo
que vuelve dañino a quien hable de él.

ARTURO Te lo suplico, señora, resígnate.

CONSTANZA Si tú que me lo pides fueras espantoso,
feo e infame al vientre de tu madre,
lleno de horribles manchas e impresentables máculas,
cojo, necio, contrahecho, monstruoso, oscuro,
cosido de verrugas inmundas y marcas
ofensivas a la vista, no me importaría;
estaría así contenta, porque no te amaría.
Y no serías digno de tu alto nacimiento,
ni tampoco merecedor de una corona.
Pero eres bello, y al nacer, querido,
se unieron la fortuna y la naturaleza
para hacerte grande. De la naturaleza,
los dones puedes presumir con lirios
y botones de rosa. Pero Fortuna, ah,
es corrupta y voluble, y te la arrebataron.
Con tu tío Juan comete ahora adulterio,
y su mano dorada ha convencido a Francia
de pisotear el respeto de la soberanía
e hizo de su majestad un alcahuete.
Francia es alcahuete de la Fortuna y Juan,
la ramera Fortuna, Juan el usurpador.
A ver, amigo, dime, ¿no es Francia perjuro?
Envenénalo con palabras, o vete ya
y deja solos estos dolores que yo sola
estoy resuelta a padecer.

SALISBURY Perdóname, señora,
no podría ir sin ti ante los reyes.

CONSTANZA Tú puedes; y lo harás. No iré contigo.
Enseñaré el orgullo a mis pesares,
pues la pena es orgullosa y a su dueño encorva.
Ante mí y ante el trono de mi gran pena
que los reyes se acerquen, pues mi pena es tan grande
que no hay pedestal sino la vasta tierra firme
que la sostenga. Aquí yo y mis pesares nos sentamos.

Se sienta.

Aquí es mi trono; que los reyes se inclinen ante él.

*Salen SALISBURY y ARTURO.
CONSTANZA se queda sentada.*

TERCER ACTO

ESCENA I

Clarines. Entran el REY JUAN, el REY FELIPE, LUIS EL DELFÍN, BLANCA, la REINA LEONOR, el BASTARDO, y el duque de AUSTRIA.

REY FELIPE (A BLANCA.) Es verdad, bella hija, y este dichoso día siempre será en Francia un día festivo. Para solemnizarlo el sol glorioso detiene su curso y se vuelve alquimista, tornando con el esplendor de su precioso ojo la magra y lodosa tierra en oro rutilante. El curso anual que lo traerá de vuelta lo verá siempre como un día de fiesta.

CONSTANZA (*Levantándose.*) ¡Un día maldito y no un día festivo! ¿Qué merece este día? ¿Qué ha hecho que en letras de oro debería ser puesto entre las grandes fechas del calendario? No, mejor que expulsen de la semana este día de vergüenza, opresión y perjurio. O, si ha de permanecer, que las preñadas recen porque sus fardos no caigan este día, porque no se malogren de manera monstruosa sus esperanzas. Que solo en este día teman los marineros el naufragio; que no se rompan contratos no hechos este día; todo cuanto comienza en este día acaba mal; y hasta la fe se torna en falsedad vacía.

REY FELIPE Por el cielo, señora, no tienes motivo de maldecir los bellos acontecimientos de este día. ¿No he empeñado ante ti mi majestad?

CONSTANZA Me has engañado con una falsificación semejante a la majestad, pero que es despreciable al probarla y al tocarla. ¡Eres un perjurio, sí, un perjurio! Viniste alzado en armas para regar la sangre de mi enemigo y ahora con tus armas lo fortaleces y lo abrazas. En amistad

y en maquillada paz se han enfriado
el rudo ceño bélico y el vigor del combate
y es nuestra opresión la que paga esta alianza.
¡A las armas, a las armas, oh, cielos,
en contra de estos dos reyes perjuros!
Una viuda te grita, Dios, sé tú mi esposo.
Que no se gasten las horas de este día injusto
en días de paz, que antes de que anochezca,
armes la discordia entre estos reyes perjuros.
¡Escúchame, ah, escúchame!

AUSTRIA Lady Constanza, paz.

CONSTANZA ¡Guerra! ¡No paz, que para mí es guerra!

Oh, Limoges, oh, Austria, tú deshonoras
los sangrientos despojos que vistes.
Esclavo, miserable, cobarde,
valiente enano, grande en bellaquería,
siempre fuerte del lado del más fuerte;
campeón de la Fortuna, que solo luchas
cuando tu caprichosa dama ronda cerca
para llevarte a seguro. Perjuro eres también
y adulador del poderoso. Qué necio eres,
gritón, para baladronear y patear y jurar
en mi nombre. Insensible esclavo,
¿no hablaste como un trueno por mi causa,
jurándote mi soldado, suplicando que confiara
en tu estrella, tu fortuna y tu fuerza,
y ahora me entregas a mis enemigos?
¡Traes una piel de león! Despójate de ella, por pudor,
y cuélgate una piel de becerro en el cobarde lomo.

AUSTRIA ¡Ah, que fuera un hombre quien así me hablara!

BASTARDO Y te colgara una piel de becerro en el cobarde lomo.

AUSTRIA ¡No te atrevas a decir eso, bellaco, por tu vida!

BASTARDO Y te colgara una piel de becerro en el cobarde lomo.

REY JUAN No nos gusta esto. Estás fuera de ti.

Entra el CARDENAL PANDULFO.

REY FELIPE Aquí llega el santo legado del Papa.

CARDENAL PANDULFO ¡Salve, ungidos ministros de Dios!

Para ti, rey Juan, mi santo encargo.
Yo, Pandulfo, cardenal de la hermosa Milán
y aquí legado del papa Inocencio,
en su nombre pregunto religiosamente,
¿por qué contra la Iglesia, nuestra madre,
tan obstinadamente te sublevas
y apartas por la fuerza a Stephen Langton,
de Canterbury, su elegido arzobispo?
Esto, en nombre de nuestro Santo Padre,
el papa Inocencio, te pregunto.

REY JUAN ¿Qué poder terreno podría interrogar
a la palabra libre de un rey sacro?
No puedes, cardenal, pergeñar un poder
tan inicuo, ridículo e indigno
como el del Papa para reclamar mi respuesta.
Eso dile, y de boca de Inglaterra añade
además: que ningún sacerdote italiano
cobrará diezmo o tributo en nuestras tierras.
Ya que después de Dios somos nosotros
la cabeza suprema, y así, después de él,
solo nosotros ejercemos esa supremacía
allí donde reinamos, sin asistencia
de ninguna mano mortal. Di esto al Papa,
haciendo a un lado toda reverencia
a él y a su usurpada autoridad.

REY FELIPE Hermano de Inglaterra, estás blasfemando.

REY JUAN Aunque tú y todos los reyes de la cristiandad
sean tan groseramente dirigidos
por este sacerdote intrigante, y aunque teman
la maldición que el dinero podría redimir
y por el mérito del vil oro, escoria, polvo,
compren el perdón corrupto de un hombre
que en ese trato vende perdón para sí mismo;
aunque tú y los otros tan burdamente guiados,
alienten con creces a este mago juglar,
aun así, solo yo me opondré al Papa
y cuento a sus amigos como mis enemigos.

CARDENAL PANDULFO Entonces, por el legítimo poder que poseo,

serás excomulgado y maldecido,
y bendito será aquel que se rebele
en contra de su alianza con un hereje,
y meritoria será llamada la mano,
canonizada y adorada como santa,
que por cualquier vía secreta ponga fin
a tu detestable vida.

CONSTANZA Ah, que legítimo fuera
tener un rato en Roma vara para maldecir.
Buen padre cardenal, grítale «Amén»
a mis vehementes maldiciones, que sin mis penas
no hay lengua que alcance a maldecirlo.

CARDENAL PANDULFO Mi maldición, señora, tiene ley y mandato.

CONSTANZA También la mía; pues si la ley no hace el bien,
legítimo es que la ley impida un mal.
La ley no puede darle a mi hijo su reino,
ya que quien lo posee es dueño de la ley.
Y si la misma ley es mal perfecto,
¿cómo puede prohibir que mi lengua maldiga?

El REY FELIPE toma de la mano al REY JUAN.

CARDENAL PANDULFO Bajo pena de maldición, Felipe,
retira la mano de este archihereje
y alza el poder de Francia sobre su cabeza,
a menos que se someta él mismo a Roma.

REINA LEONOR ¿Palideces, Francia? No retires la mano.

CONSTANZA Ojo, diablo, que si Francia se arrepiente
y suelta su mano, pierde un alma el infierno.

AUSTRIA Rey Felipe, escucha al cardenal.

BASTARDO ... y cuélgate una piel de becerro en el cobare lomo.

AUSTRIA Rufián, tengo que tragarme estos agravios
porque...

BASTARDO Te han de caber bien en los pantalones.

REY JUAN Felipe, ¿qué le dices al cardenal?

CONSTANZA ¿Qué va a decir? Lo que dice el cardenal.

LUIS EL DELFÍN Piénsalo, padre, pues la diferencia
va de la pesada maldición de Roma,
a la pérdida leve de la amistad inglesa.
Renuncia a lo más fácil.

BLANCA Es decir, Roma.

CONSTANZA Ah, Luis, sé firme; el demonio te tienta
bajo la forma de una nueva novia.

BLANCA Lady Constanza no es desde la fe,
sino desde la necesidad que habla.

CONSTANZA Ah, si me concedes mi necesidad,
que solo vive por la muerte de la fe,
esta necesidad infiere de modo necesario
el siguiente principio: que la fe vivirá
de nuevo cuando la necesidad muera.
Ah, si pisoteas mi necesidad, sube la fe;
mantén mi necesidad, y la fe es pisoteada.

REY JUAN El rey está conmovido y no responde.

CONSTANZA (*Al REY FELIPE.*) Ah, aléjate de él, responde como debes.

AUSTRIA Hazlo, rey Felipe; suspende tu duda.

BASTARDO Lo único suspendido, querido Judas,
es una piel de becerro en tu lomo.

REY FELIPE Estoy perplejo y no sé qué decir.

CARDENAL PANDULFO ¿Qué vas a decir, sino que quedarás
más perplejo excomulgado y maldecido?

REY FELIPE Reverendo padre, haz tuya mi persona,
y dime cómo te conducirías.
Su real mano y la mía están recién unidas
y una alianza sanciona el enlace
de nuestras íntimas almas, desposadas
con religiosa fuerza por un voto sagrado.
El último aliento que el sonido
de las palabras dio fue la jurada fe,
profunda paz, y verdadero amor
de nuestros reinos y nuestras personas;
y sabe Dios que, antes de esta tregua,
recién apenas de lavarnos las manos

para afianzar este real pacto de paz,
las teníamos sucias y embadurnadas
por el pincel de la masacre con que la venganza
pintó la temible hostilidad de dos reyes furiosos.
¿Y deben estas manos recién puras de sangre,
ahora unidas en amor, tan fuerte en ambos,
desanudar este abrazo y esta amable acogida?
¿Jugar de esa manera con la fe? ¿Burlarse así del cielo,
hacer de nosotros tan inconstantes niños,
y ahora de nuevo arrancar nuestras manos,
abjurar de la jurada fe, y en el lecho nupcial
de la sonriente paz hacer que marchen
las huestes sanguinarias, y alentar la revuelta
en la amable frente de la verdad sincera?
Oh, santo señor y reverendo padre,
no dejes que sea así. Que tu gracia ordene,
imagine e imponga algún orden amable,
y entonces estaremos muy felices
de hacer lo que te plazca y continuar amigos.

CARDENAL PANDULFO Toda forma es informe, todo orden desorden,
salvo lo que se opone al amor de Inglaterra.
¡Por lo tanto, a las armas! Sé campeón de la Iglesia,
o que nuestra madre Iglesia su maldición aliente,
su maldición de madre, sobre el hijo rebelde.
Francia, podrás coger la sierpe por la lengua,
al enjaulado león por la garra mortal,
al tigre hambriento por los dientes
y estarás más a salvo que si sigues
cogiendo en paz la mano que sujetas.

REY FELIPE Puedo cortarme la mano, no la fe.

Suelta la mano del REY JUAN.

CARDENAL PANDULFO Pues haces de tu fe un enemigo de la fe,
y como en una guerra civil contigo mismo
opones juramento al juramento,
lengua a tu lengua. Oh, haz que ese voto
hecho primero al cielo, sea el primero al cielo presentado;
es decir, sé el campeón de la Iglesia.
Lo que después juraste lo juraste en tu contra
y no puedes tú mismo llevarlo a cabo.

Lo que luego juraste lo juraste en tu contra
y no es errado cuando se hace el bien.
Y el no hacerlo, cuando tiende al mal,
más sirve a la verdad no hacerlo más.
La mejor acción ante la acción errada
es el errar de nuevo; así, desviada,
la desviación lleva al camino recto,
y la mentira cura la mentira,
como el fuego enfría al fuego en las venas
calcinadas de un recién quemado.
La religión obliga a mantener los votos,
pero tú has jurado contra la religión:
ya que juraste contra aquella cosa
por la cual juras, e hiciste un juramento
que es la garantía de tu verdad,
contra ese juramento, la verdad;
estás inseguro de jurar, y juras
solo por no abjurar, si no, ¿qué farsa
habría de ser el juramento?
Pero tú juraste solo por abjurar,
y perjurio es mantener lo que has jurado.
Así, tu último voto contra tu primero
es sublevación contra ti mismo.
Y mejor conquista no puedes hacer
que armar tus partes constantes y nobles
contra estas disolutas sugerencias;
a esas mejores partes se allegan nuestros rezos
si los acoges. Pero si no, sabe que el peligro
de nuestras maldiciones caerá sobre ti
tan pesado que no te las sacudirás,
y desesperado morirás bajo su negro peso.

AUSTRIA ¡Rebelión, crasa rebelión!

BASTARDO ¡No puede ser!

¿Ni una piel de becerro te cerrará la boca?

LUIS EL DELFÍN ¡Padre, a las armas!

BLANCA ¿En el día de tu boda?

¿Contra la sangre con quien te has casado?

¿Haremos nuestras fiestas con hombres masacrados?

¿Serán roncadas trompetas y tambores groseros,

clamores del infierno, medida de estas bodas?
¡Óyeme, esposo! ¡Ay, cuán nuevo
es en mi boca «esposo»! Por este nombre
que hasta hoy mi boca nunca pronunció,
te ruego de rodillas: no te alces en armas
contra mi tío.

CONSTANZA De rodillas,
duras de arrodillarse, te lo ruego,
tú, virtuoso delfín, no cambies la sentencia
pronunciada por el cielo.

BLANCA Ahora veré tu amor. ¿Qué motivo
más fuerte es para ti que este nombre de esposa?

CONSTANZA El que sostiene a aquel que te sostiene:
el honor. ¡Ah, tu honor, Luis tu honor!

LUIS EL DELFÍN Creo que su majestad se ve tan frío
pues profundos motivos lo conmueven.

CARDENAL PANDULFO Haré caer una maldición sobre tu cabeza.

REY FELIPE No es preciso. Inglaterra, me separo de ti.

CONSTANZA ¡Noble retorno de una majestad erradicada!

REINA LEONOR ¡Ah, innoble traición del voluble francés!

REY JUAN Francia, lamentarás esta hora en menos de una hora.

BASTARDO Viejo tiempo, relojero, calvo sacristán del tiempo,
¿es esto lo que desea? Francia lo lamentará.

BLANCA El sol se cubre de sangre; ¡adiós, bello día!
¿Con qué lado deberé ir? Estoy
con ambos; cada ejército una mano,
y en su ira, sujetándome de ambos,
giran opuestas y me desmiembran.
Esposo, no he de rezar porque tú ganes;
tío, he de rezar para que pierdas;
padre, no podría desear tu fortuna;
abuela, no quisiera que medren tus deseos.
Gane quien gane, perderé la partida:
segura pérdida antes de que se juegue.

LUIS EL DELFÍN Señora, conmigo se halla tu fortuna.

BLANCA Do mi fortuna vive, mi vida muere.

REY JUAN Sobrino, ve a reunir a nuestras fuerzas.

Sale el BASTARDO.

Francia, estoy ardiendo de enardecida ira,
una furia cuyo fuego es de tal condición
que nada ha de aliviar, sino la sangre,
la tan preciada sangre de Francia.

REY FELIPE Tu furia va a consumirte, y te convertirás
en cenizas antes que nuestra sangre extinga
ese fuego. Vela por ti, estás en peligro.

REY JUAN No más que el que amenaza. ¡Rápido, a las armas!

Salen.

ESCENA II

*Alarma, carreras. Entra el BASTARDO
con la cabeza de Austria.*

BASTARDO Por mi vida, el día arde que es un prodigio;
algún demonio aéreo revolotea en el cielo
derramando desgracias. La cabeza de Austria
yace aquí, mientras Felipe respira.

*Deposita la cabeza de Austria.
Entran el REY JUAN, Arturo y Hubert.*

REY JUAN Hubert, cuida a este niño. ¡Philip, apúrate!
Han atacado a mi madre en nuestra tienda,
y está, me temo, presa.

BASTARDO Mi señor, yo la rescaté;
su alteza está a salvo, no temas. Vamos,
mi soberano, un poco más de esfuerzo
y esta labor tendrá un final feliz.

*Salen el REY JUAN y el BASTARDO por una puerta,
Hubert y Arturo por otra puerta.*

ESCENA III

Alarma, carreras, retreta. Entra el REY JUAN, la REINA LEONOR, ARTURO, el BASTARDO, HUBERT, señores y soldados.

REY JUAN (*A la REINA LEONOR.*)

Así se hará. Su gracia quedará en la retaguardia fuertemente guardada. (*A ARTURO.*) Sobrino, no estés triste; tu abuela te ama, y tu tío será tan cariñoso como lo fue tu padre.

ARTURO ¡Esto hará que mi madre muera de pena!

REY JUAN (*Al BASTARDO.*) Primo, ¡a Inglaterra! Adelántate rápido, y antes de que llegemos sacúdeles las bolsas a los acaparadores abades; y pon en libertad a los serafines presos. Que ahora los hambrientos coman de las grasosas costillas de la paz. Aplica mi orden con extrema fuerza.

BASTARDO Ni campana ni libro ni vela me harán retroceder cuando el oro y la plata me azuzan a avanzar. Dejo a su majestad. Abuela, rezaré, si todavía recuerdo qué es ser bueno, por tu feliz salud. Beso así tu mano.

REINA LEONOR Buen viaje, amable primo.

REY JUAN Primo, buen viaje.

Sale el BASTARDO.

REINA LEONOR (*A ARTURO.*)

Acércate, mi nieto. Atiende, una palabra.

Lleva a ARTURO aparte.

REY JUAN Acércate, Hubert.

Lleva a HUBERT aparte.

Ah, mi querido Hubert, te debemos mucho. Este muro de carne guarda un alma que es acreedora tuya, y pretende pagar tu amor con creces. Querido amigo, tu voluntario juramento en este pecho vive, altamente apreciado. Dame tu mano. (*Toma la mano de HUBERT.*) Tengo algo que decir, más le pondré una mejor tonada.

Por el cielo, Hubert, estoy casi apenado
de decirte en qué tan alta estima te tengo.

HUBERT Yo con su majestad estoy muy obligado.

REY JUAN Querido amigo, para decir tal cosa
aún no tienes causa, mas la tendrás,
que el tiempo nunca se arrastra tan lento,
y el día vendrá que yo te favorezca.
Tengo algo que decir, pero dejémoslo.
El sol está en el cielo, y al orgulloso día,
procurado por los placeres del mundo,
lo embargan tantas distracciones
y es tan travieso que no me da audiencia.
Si la campana de la medianoche
con su lengua de hierro y su boca de bronce
resonara en el soñoliento curso de la noche;
si esto donde estamos fuera un cementerio,
y tú estuvieras poseído por mil males;
o si ese tétrico espíritu, la melancolía,
te hubiera endurecido la sangre,
que ahora corre hormigueante por tus venas,
y la hubiera vuelto espesa y pesada,
haciendo que esa idiota, la risa,
entrecerrara los ojos de los hombres
y estirase sus mejillas en vano regocijo,
una pasión odiosa para mis intenciones;
o si pudieras tú verme sin ojos,
escuchar sin oídos, y dar respuesta
sin lengua, solo usando el concepto,
sin los ojos, los oídos, ni el hiriente
sonido de las palabras, entonces,
a pesar del azorado día siempre alerta,
descargaría mis pensamientos en tu pecho.
Pero no lo haré. Igual te quiero bien,
y en verdad pienso que me quieres bien.

HUBERT Tanto que lo que pidas tú que haga,
aunque me fuera la muerte en ese acto,
por el cielo, lo haría.

REY JUAN ¿No sé yo que lo harías?

¡Buen Hubert! Hubert, Hubert, ahora mira

a ese joven niño. Te diré qué, mi amigo:
es una verdadera serpiente en mi camino,
y dondequiera que mi pie se apoye,
lo encuentro frente a mí. ¿Comprendes?
Tú eres su guardián.

HUBERT Y deberé guardarlo de tal modo
que no ofenda a su majestad.

REY JUAN La muerte.

HUBERT Mi señor.

REY JUAN Una tumba.

HUBERT No vivirá.

REY JUAN Con eso es suficiente.

Ya puedo estar alegre; Hubert, te quiero.
Bien, no diré lo que guardo para ti.
Recuerda. (A *la* REINA LEONOR.) Señora, muy buen viaje;
mandaré esas fuerzas a su majestad.

REINA LEONOR Te doy mi bendición.

REY JUAN (A ARTURO.) Vamos, primo, a Inglaterra.
Hubert está a tus órdenes, te atenderá
con la debida obediencia. ¡Vamos hacia Calais!

*Salen la REINA LEONOR y asistentes por una puerta,
el resto por otra puerta.*

ESCENA IV

*Clarines. Entran el REY FELIPE, LUIS EL DELFÍN,
el CARDENAL PANDULFO y asistentes.*

REY FELIPE Así que una rugiente tempestad en el ponto
ha dispersado e impedido acercarse
a toda una armada de conjuntas velas.

CARDENAL PANDULFO ¡Ánimo y calma! Que todo va a ir bien.

REY FELIPE ¿Qué puede ir bien, cuando tan mal nos va?
¿No nos vencieron? ¿No perdimos Angers?
¿Arturo no está preso? ¿No han muerto mis amigos?
¿Y el sangriento Inglaterra ido a Inglaterra,

pasando toda prueba, a mi pesar?

LUIS EL DELFÍN Lo que ha ganado lo ha fortificado.
No existe ejemplo de tan vehemente prisa
que haya sido asistida por tanta sensatez
ni por tan templado orden tal precipitación,
¿quién escuchó o leyó de parecida acción?

REY FELIPE Soportaría este elogio a Inglaterra
si hallara allí la pauta de nuestra vergüenza.

Entra CONSTANZA, perturbada, con el cabello sobre las orejas.

¡Miren quién llega! Una tumba en un alma,
que en la vil prisión del afligido aliento
retiene contra su voluntad al espíritu eterno.
Te ruego, señora, ven conmigo.

CONSTANZA Mira, ¿ves ya los resultados de tu paz?

REY FELIPE Paciencia, querida señora.
Confianza, amable Constanza.

CONSTANZA No, rechazo todo consejo, todo socorro,
que no termine con cualquier consejo,
verdadero socorro. Muerte, muerte,
oh, amable amada muerte, sana putrefacción,
peste odorífera, sal de tu eterna noche,
odio y terror de la prosperidad,
y besaré tus huesos detestables,
y pondré las órbitas de mis ojos
en las bóvedas bajo tus párpados,
y con tus familiares gusanos anillaré estos dedos,
y detendré este hueco de aliento con nauseabundo polvo,
y seré un monstruo de carroña como tú.
Ven, hazme una mueca, y creeré que sonrías
y te besaré como tu esposa.
Amada de la Miseria, ¡ven a mí!

REY FELIPE ¡Oh, noble aflicción, calla!

CONSTANZA ¡No, no! ¡No lo haré mientras tenga
aliento para llorar! ¡Ah, que mi lengua
se hallara en la boca del trueno!
Entonces con mi cólera sacudiría el mundo
y alzaría del sueño ese caído esqueleto

que no escucha la débil voz de una dama,
que menosprecia tan banal invocación.

CARDENAL PANDULFO Señora, expresas locura y no pesar.

CONSTANZA Eres un impío al censurarme así.

Es mío este cabello que me arranco.
No estoy loca. De Geoffrey fui la esposa,
y me llamo Constanza; ¡Arturo es mi hijo,
y está perdido! Yo no estoy loca;
le pediría a Dios que lo estuviera,
pues así quizá me olvidara de mí.
¡Oh, si pudiera, qué pena no olvidara!
Predica alguna filosofía que me vuelva loca,
y serás canonizado, cardenal.
Pues no loca, pero sensible a la pena,
mi parte razonable presenta a la razón
los medios que me libran de este mal
y que me mate o me cuelgue me aconseja.
Loca, podría olvidarme de mi hijo,
o pensar locamente que es un bebé de trapo.
No estoy loca. Demasiado bien siento
de cada calamidad la diferente plaga.

REY FELIPE Hazte esas trenzas. Ah, qué amor noto
en la hermosa multitud de sus cabellos;
donde por azar cayó una gota de plata,
diez mil hilos amigos de esa gota
se adhieren entre sí en un dolor sociable,
fieles amores unidos, verdaderos,
apretándose juntos en la calamidad.

CONSTANZA A Inglaterra, si quieres.

REY FELIPE Amarra tus cabellos.

CONSTANZA Sí, lo haré. ¿Por qué lo habría de hacer?
los arranqué de sus lazos y lloré
a voces, «¡Ah, que estas manos pudieran
redimir a mi hijo como ellas
han dado libertad a estos cabellos!».
Mas ya reniego de su libertad
y de nuevo los meteré en sus lazos,
ya que mi pobre niño es prisionero.

Se ata el cabello.

Y, padre cardenal, yo lo he escuchado
decir que a nuestros amigos en el cielo
los volveremos a ver y a conocer.
Si eso es verdad, veré a mi hijo de nuevo,
pues desde aquella muerte de Caín,
primer hijo varón, hasta la de ese
que por primera vez respiró ayer,
no ha nacido criatura con tal gracia.
Pero ahora el gusano pesaroso
va a comerse a mi botón y a destruir
la natural belleza de sus mejillas,
y se verá tan escuálido como un fantasma,
tan pálido y magro como un escalofrío,
y así morirá; y al alzarse de nuevo,
cuando lo encuentre en la corte del cielo,
no lo conoceré. Por eso, nunca,
nunca más he de ver a mi bello Arturo.

CARDENAL PANDULFO Abominable respeto a la pena le tienes.

CONSTANZA Me habla a mí quien nunca tuvo un hijo.

REY FELIPE Amas la pena tanto como a tu hijo.

CONSTANZA La pena llena la habitación de mi hijo ausente,
yace en su cama, anda conmigo arriba abajo,
asume sus bellos rasgos, repite sus palabras,
me recuerda sus graciosos miembros,
rellena sus vacías prendas con su forma.
Tengo entonces razón de amar la pena.
Adiós. Si tuvieras una pérdida tal,
yo te daría a ti mejor consuelo.

Se suelta el cabello.

No mantendré este orden en mi cabeza
con tal desorden en mi ingenio.
¡Ah, Señor! ¡Mi niño, mi hijo hermoso,
mi Arturo! ¡Mi vida, mi alegría, mi comida,
mi todo en este mundo! ¡Consuelo
de mi viudez y cura de mis males!

Sale.

REY FELIPE Temo un exceso, y la voy a seguir.

Sale.

LUIS EL DELFÍN No hay nada en esta vida que me alegre.

La vida es tan tediosa como un cuento
que al volverse a contar, solo atormenta
el embotado oído de un hombre soñoliento,
y una amarga vergüenza ha estropeado
el dulce sabor de las palabras, que ya nada
otorgan sino vergüenza y amargura.

CARDENAL PANDULFO Antes de la cura de una grave enfermedad,
en el tiempo de la convalecencia y la salud,
viene el ataque más violento. Los males que se van,
al irse muestran más que nunca el mal.
¿Qué pierdes tú con la pérdida del día?

LUIS EL DELFÍN Todos los días de gloria, alegría y felicidad.

CARDENAL PANDULFO Si lo hubieras ganado, perdido lo tendrías.
No, no. Cuando la fortuna mayores bienes da,
mira sobre los hombres con ojo amenazante.
Ponte a pensar cuánto ha perdido Juan
en lo que él considera tan nítida victoria.
¿No te aflige que tenga a Arturo preso?

LUIS EL DELFÍN Tan hondo como a él lo satisface.

CARDENAL PANDULFO Tu mente es tan juvenil como tu sangre.
Ahora escúchame hablar con profético espíritu;
pues incluso el aliento de lo que diré
va a soplar cada mota, cada paja,
cada pequeño obstáculo, y fuera los va a echar
del sendero que te lleva directo
al trono de Inglaterra. Y ahora escucha:
Juan ha apresado a Arturo, y mientras corra
sangre caliente en las venas del niño,
el descarriado Juan no ha de tener
ni una hora de reposo, ni un minuto,
ni siquiera un tranquilo aliento en calma.
El cetro arrebatado con violencia
ha de ser conservado con la misma
brutalidad con la que se le obtuvo.
Y a quien se halla en suelo movedizo

si un acto vil es lo que lo sostiene
es pues lo que menos le preocupa.
Para que Juan descanse, Arturo ha de caer.
Así será, y no de otra manera.

LUIS EL DELFÍN Pero ¿qué gano yo con la muerte de Arturo?

CARDENAL PANDULFO En nombre de tu esposa doña Blanca,
reclamar puedes lo que reclamó Arturo.

LUIS EL DELFÍN Y perderlo, vida y todo, como Arturo.

CARDENAL PANDULFO

¡Qué cándido y verde eres para este viejo mundo!
Juan te abre paso. El tiempo a tu favor conspira,
pues quien en sangre leal basa su seguridad,
sangrienta y desleal seguridad tendrá.
Este acto, con tal perversidad acometido,
va a enfriar los corazones de su gente
y a congelar su celo de tal modo
que abrazarán la mínima ocasión
que vean de oponerse a su reinado.
No habrá una exhalación normal del cielo,
acción de la naturaleza o destemplado día,
viento común o hecho acostumbrado
del que la causa natural no extraigan
y los llamen metéoro, prodigio, señal,
aborto, presagio, o lengua del cielo
que clama la venganza sobre Juan.

LUIS EL DELFÍN Quizá no toque la vida de Arturo,
y lo mantenga prisionero y a resguardo.

CARDENAL PANDULFO Oh, señor, cuando Juan oiga que te acercas,
si ese joven Arturo aún no se ha ido,
en cuanto él lo sepa morirá. Y ahí los corazones
de todos los suyos se sublevarán,
y besarán los labios del ignorado cambio,
y encontrarán motivo de cólera y revuelta
en las ensangrentadas yemas de los dedos de Juan.
Ya me parece ver alzarse este disturbio,
y mira, qué mejor materia crece para ti
que la que yo he nombrado. El bastardo
Falconbridge está ahora en Inglaterra

ofendiendo la caridad y saqueando la Iglesia.
Si unos cuantos franceses llegaran armados,
sería como un llamado que atraería
a diez mil ingleses junto a ellos,
o una bola de nieve que, al dar tumbos,
termina por volverse una montaña.
Noble delfín, busquemos ahora al rey.
Es maravilla lo que el descontento
puede fraguar ahora en esas almas
que se hallan ya rebosantes de ofensa.
¡Parte a Inglaterra! Voy a instigar al rey.

LUIS EL DELFÍN

Poderosas razones son causa de acciones prodigiosas.
Vamos, si tú asientes, el rey no dirá no.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

*Entran HUBERT y los VERDUGOS
con una cuerda y hierros.*

HUBERT Calienten esos hierros, y ocúltense
tras el tapiz. Cuando mi pie dé un golpe
en el pecho del suelo, se abalanzan
y atan al niño que hallarán conmigo
a la silla. Sean cautos. Allá esperen.

VERDUGO Espero que tu autorización sancione el hecho.

HUBERT No teman turbios escrúpulos. ¡Atentos!

Salen los VERDUGOS y entra ARTURO.

ARTURO Buenos días, Hubert.

HUBERT Buenos días, pequeño príncipe.

ARTURO Príncipe tan pequeño, y tan gran título
para ser más que príncipe. Estás triste.

HUBERT Pues sí, he estado más alegre.

ARTURO ¡Piedad de mí!

Creo que nadie debería estar tan triste como yo.
Aunque recuerdo, cuando estaba en Francia,
jóvenes caballeros tristes como la noche
por gusto solo. Por mi ser cristiano,
si fuera de prisión cuidara ovejas,
yo estaría tan alegre como es largo el día.
Y así lo estaría aquí, pero me temo
que mi tío planea para mí más daño.
Tiene temor de mí, y yo de él.
¿Es culpa mía ser el hijo de Geoffrey?
Por supuesto que no. Y a Dios le pediría
ser hijo tuyo, y así, Hubert, me amarías.

HUBERT (*Aparte.*) Si hablo con él, con su inocente cháchara
despertará mi piedad, que yace muerta.
Debo pues actuar presto y despacharlo.

ARTURO ¿Estás enfermo, Hubert? Te ves pálido.

En serio, que estuvieras un poco enfermo,
para poder velarte toda la noche.
Que tú a mí, te aseguro, te amo más.

HUBERT (*Aparte.*) Sus palabras se apoderan de mi pecho.

(A ARTURO.)

Lee esto, Arturo. (*Aparte.*) ¿Cómo ahora, necio llanto?

¿Y tras de la puerta volverte tortura despiadada?

Debo ser breve, o la resolución caerá
de mis ojos en tiernas lágrimas de mujer.

(A ARTURO.) ¿No lo puedes leer? ¿No está claramente escrito?

ARTURO Cuán claramente, Hubert, para tan sucio acto.

¿Me quemarás los ojos con un hierro candente?

HUBERT Pequeño, debo hacerlo.

ARTURO ¿Lo harás?

HUBERT Que si lo haré.

ARTURO ¿Tendrás fuerzas? Cuando tu cabeza

no hacía más que doler, anudé mi pañuelo

a tu frente (el mejor que tenía,

una princesa lo hizo para mí)

y nunca lo he pedido de regreso;

y como los vigilantes minutos a la hora

sostuve tu cabeza con mi mano

a medianoche, y una y otra vez

alivié el pesado tiempo, diciéndote

«¿Qué te falta?» y «¿Qué te aflige?»

o «¿Qué acto de amor hago por ti?».

Más de un hijo de pobre se habría quedado quieto
sin decirte una palabra amable;

pero a tu enfermo servicio tú tenías a un príncipe.

Aun así, puedes pensar que mi amor era taimado,
y llamarlo tramposo. Hazlo si quieres.

Si al cielo alegrara mi maltrato

entonces hazlo. ¿Me sacarás los ojos,

estos ojos que ni siquiera te han fruncido el ceño

y que nunca lo harán?

HUBERT He jurado hacerlo.

Y debo quemarlos con candentes hierros.

ARTURO ¡Ah, solo en esta edad de hierro alguien haría eso!

El hierro mismo, puesto al rojo vivo,
al acercarse a estos ojos, bebería mis lágrimas
y extinguiría su ardiente indignación
junto a la materia de mi inocencia;
y luego de eso, se consumiría en herrumbre
solo para impedir que el fuego hiriera mi ojo.
¿Más terco y duro eres que el hierro forjado?
Si un ángel al llegar me hubiera dicho
que Hubert iba a sacarme los ojos
no le hubiera creído. A ninguna lengua
sino a la de Hubert.

HUBERT *da un golpe con el pie.*

HUBERT (A los VERDUGOS.) ¡Vengan!

Entran los VERDUGOS con hierros candentes.

Hagan lo que les dije.

ARTURO ¡Oh, sálvame, Hubert, sálvame! Basta el feroz aspecto
de estos sanguinarios hombres para dejarme sin ojos.

HUBERT (A los VERDUGOS.) Denme el hierro, digo, y atenlo aquí.

Coge el hierro.

ARTURO ¿Ay, por qué has de ser tan brutalmente cruel?

No lucharé; quieto como una piedra
me he de quedar. Por amor de Dios, Hubert,
no dejes que me aten. ¡Hubert, escúchame!
Aleja a estos hombres, y me quedo
quieto como un cordero. No haré un gesto,
un parpadeo, no diré una palabra,
no miraré con rencor ese hierro.
Solo echa a estos hombres, y te perdonaré,
sin que importe el tormento que me inflijas.

HUBERT (A los VERDUGOS.) Vayan dentro. Déjenme solo con él.

VERDUGO Mucho agradezco verme fuera de esto.

Salen los VERDUGOS.

ARTURO ¡Ah, conque he asustado a mi amigo!

Tiene el gesto adusto pero el corazón tierno.
Que regrese, que su compasión pueda
darle vida a la tuya.

HUBERT Ven, prepárate, niño.

ARTURO ¿No hay remedio?

HUBERT Ninguno, más que perder los ojos.

ARTURO ¡Dios, que hubiera en los tuyos una sola mota,
un grano, un polvo, un mosquito, un cabello perdido,
cualquier molestia en ese precioso sentido!
Entonces, al sentir lo que duelen esas minucias,
verías por fuerza tu vil proyecto horrible.

HUBERT ¿Es esa tu promesa? ¡Anda, guarda la lengua!

ARTURO Hubert, lo que dos lenguas digan,
no alcanzaría a implorar por un par de ojos.
No me hagas guardar la lengua, Hubert, no lo hagas,
Hubert, o si prefieres, córtame la lengua
si así guardo los ojos. Oh, perdona mis ojos,
aunque tan solo fuese para siempre mirarte.
Mira, a fe que se ha enfriado el instrumento
y no me hará daño.

HUBERT Puedo calentarlo, niño.

ARTURO No, en buena lid. Creado para el consuelo,
muere de pena el fuego al verse usado
en inmerecidos extremos. Velo si no tú mismo:
no hay malicia en este carbón ardiente;
el aliento del cielo ha insuflado su espíritu,
y le salpicó la cabeza de cenizas contritas.

HUBERT Con mi aliento puedo revivirlo, niño.

ARTURO En ese caso, harás que se sonroje
y brille de vergüenza ante tu proceder.
Puede que en una de esas te salpique los ojos,
y, como un perro obligado a pelear,
muerda a su dueño que al ataque lo azuza.
Todo lo que has de usar para dañarme
niega su oficio. Solo en ti falta esa piedad,
que se extiende al fiero fuego y hierro,

criaturas de piedad, si bien se usan.

HUBERT Bien, vive. No tocaré tus ojos
ni por todo el tesoro que posee tu tío.
Aun cuando lo juré, y me lo propuse, niño,
quemártelos con este mismo hierro.

ARTURO Ah, ya pareces Hubert. Estuviste
todo este tiempo disfrazado.

HUBERT Cállate, adiós.
Tu tío debe creer que ya estás muerto.
Estos espías perrunos llevarán datos falsos,
y, lindo niño, duerme en paz y sin miedo
que Hubert, por todo el oro del mundo
no te hará ningún daño.

ARTURO ¡Dios! Gracias, Hubert.

HUBERT Silencio, ya está. Ven sin ruido.
Por ti me expongo a un gran peligro.

Salen.

ESCENA II

*Clarines. Entran el REY JUAN, los condes de PEMBROKE y SALISBURY, y otros señores.
El REY JUAN sube al trono.*

REY JUAN Aquí otra vez nos sentamos, otra vez coronados
y mirados, espero, con ojos de contento.

PEMBROKE Este «otra vez», para solaz de su alteza,
fue ya una vez superfluo. Pues coronado estabas,
y esa alta realeza nunca te fue arrancada,
ni rebelión manchó la lealtad de tus súbditos;
ni una nueva expectativa perturbó la tierra
con anhelos de cambio o estado mejor.

SALISBURY Por eso, ser investido con doble majestad,
guarnecer un título que ya era rico,
dorar el oro refinado, pintar el lirio,
lanzar perfume a una violeta,
pulir el hielo, o añadir otro color
al arcoíris, o con la luz de una vela

querer engalanar el bello ojo del cielo,
es un dilapidado y ridículo exceso.

PEMBROKE Y el que tu real placer se haya debido hacer,
este acto es como un viejo cuento
vuelto a contar, la última vez incómodo,
promovido en un tiempo inoportuno.

SALISBURY En esto el antiguo y conocido rostro
de la vieja y llana forma se ha desfigurado,
y como un viento cambiante a una vela,
lanza los pensamientos a la deriva,
sobresalta y amedrenta al juicio,
a la sana opinión la pone enferma
y a la verdad la llena de sospechas,
al ponerle tan recién cortado traje.

PEMBROKE Si el trabajador pugna por mejorar lo bueno,
confunde su habilidad con su avidez,
y muchas veces la excusa de una falta
hace la falta mucho peor la excusa,
como un remiendo en un pequeño roto
al ocultar la falta la hace peor
de lo que fue sin remendar la falta.

SALISBURY Es por eso que antes de que fueras
coronado de nuevo, te expusimos
nuestro consejo; mas prefirió su alteza
desecharlo, y estamos muy contentos,
pues el todo y las partes de nuestro deseo
ante lo que su alteza quiere se detienen.

REY JUAN De esta doble coronación varias razones,
para mí poderosas, compartí con ustedes.
Y otras más poderosas les diré
cuanto menor mi miedo. Mientras, digan
qué que no esté bien reformarían,
y notarán muy bien con cuanta voluntad
oiré y accederé a sus peticiones.

PEMBROKE En ese caso yo, que lengua de estos soy
para expresar los ánimos de sus corazones,
por mí mismo y por ellos, pero antes que nada
por tu seguridad, a la que tanto ellos como yo

ponemos nuestro mejor estudio, de corazón suplico
que exonerés a Arturo, cuya reclusión
mueve los murmurantes labios del descontento
a exponer un argumento peligroso:
si lo que en resto tienes en justicia posees,
¿por qué entonces tus miedos, que, se dice,
corren tras de lo injusto, te han hecho recluir
a tu tierno pariente y sofocar sus días
en bárbara ignorancia, y la rica ventaja
del buen ejercicio a su juventud niegas?
Para que los enemigos de ahora
no usen esto de excusa, deja que digamos
que tú nos has instado a pedir su libertad,
que por nuestro bien más no pedimos,
pues nuestro bienestar, que depende de ti,
estima en tu bienestar su libertad.

REY JUAN Que así sea. Su juventud encomiendo
a tu dirección

Entra HUBERT.

Hubert, ¿qué noticias nos traes?

*El REY JUAN lleva a HUBERT
a un lado.*

PEMBROKE (A SALISBURY.)

Este es quien iba a hacer la acción sangrienta;
le mostró su orden a un amigo mío.
La imagen de una infame horrenda falta
anda en sus ojos. Su aspecto reservado
muestra el ánimo de un muy turbado pecho,
y me temo que ya se ha consumado
lo que tanto temimos que tenía por encargo.

SALISBURY (A PEMBROKE.) Los colores del rey suben y bajan
y van de su intención a su conciencia,
como heraldos entre dos pavorosos ejércitos.
Tan maduro es su mal que ha de estallar.

PEMBROKE (A SALISBURY.) Y al estallar, temo que irá a emerger
la horrible corrupción de la muerte de un niño.

REY JUAN (*Adelantándose.*) La poderosa mano de la muerte

no la podemos detener. Buenos señores,
aunque mi voluntad de dar continúa viva,
la súplica de ustedes ha muerto y se ha ido.
Hubert nos dice que Arturo falleció esta noche.

SALISBURY En efecto, temíamos que su enfermedad
no tuviera remedio.

PEMBROKE En efecto, escuchamos
cuan cerca de su muerte ya se hallaba
antes que el niño se sintiera enfermo.
Habrá que responder a esto, aquí o allá.

REY JUAN ¿Por qué con tal solemnidad arquean sus cejas?
¿Piensan que las tijeras del destino poseo?
¿Qué mando tengo sobre el pulso de la vida?

SALISBURY Es un clara alevosía, y una vergüenza
que tan burdamente la grandeza lo muestre.
Medra pues en tu intriga, y de este modo, adiós.

PEMBROKE Espera, Salisbury, iré contigo
a buscar el legado de este pobre niño,
su pequeño reino en forzado sepulcro.
Tres pies de tierra guardan esa sangre
dueña del respirar de la isla toda.
¡Mal mundo mientras tanto! No se puede
soportar esto; va a estallar a nuestro pesar,
y antes, me temo, de que pase mucho.

*Salen PEMBROKE, SALISBURY,
y los otros señores.*

REY JUAN Arden de indignación. Yo me arrepiento.
No ha de haber fundamento seguro
si se basa en la sangre, ni verdadera vida
si se consigue con la muerte de otros.

Entra un MENSAJERO.

Qué terrible mirada. ¿Qué hay de esa sangre
que he visto habitar esas mejillas?
Tan sucio cielo no se limpia sin una tormenta;
deja caer el chubasco: ¿cómo va todo en Francia?

MENSAJERO Pues de Francia a Inglaterra. Nunca tal ejército
para ninguna expedición extranjera

fue levado en el cuerpo de un país.
La copia de tu velocidad la han aprendido,
y cuando deberías oír que se preparan,
dicen las nuevas que han desembarcado.

REY JUAN ¿Pero dónde se metieron a beber
nuestros espías? ¿Dónde se durmieron?
¿Dónde está la atención de mi madre,
que pudo en Francia reunirse tal ejército,
y ella no escuchar nada?

MENSAJERO Su oído, mi soberano,
está lleno de polvo. Murió tu noble madre
el primero de abril; y a lo que sé, alteza,
lady Constanza murió en un frenesí
hace tres días, pero esto vagamente
por boca del rumor lo he escuchado.
Cierto o falso, no sé.

REY JUAN (*Aparte.*) ¡Detén tu prisa, temible Ocasión!
Pacta conmigo hasta que haya aplacado
el descontento de mis nobles. ¿Qué?
¿Mi madre muerta? ¡En qué desorden
deben andar mis estados en Francia!
¿Quién conduce esas fuerzas desde Francia
de las que das por hecho el desembarco?

MENSAJERO El delfín las conduce.

REY JUAN Me has aturdido
con estas malas nuevas.

Entran el BASTARDO y PETER DE POMFRET.

Bien, ¿qué dice el mundo
de tus procederres? No busques retacarme
la cabeza con más malas nuevas, ya está llena.

BASTARDO Pues si te atemoriza oír lo peor,
que lo peor, no escuchado, caiga sobre tu cabeza.

REY JUAN Tenme paciencia, primo, que estaba aturdido
bajo el reflujo, pero ya respiro de nuevo
sobre la ola y puedo dar audiencia
a cualquier lengua, diga lo que quisiere.

BASTARDO De cómo he prosperado entre la clerecía,
lo expresarán las sumas que he reunido.
Pero al venir hacia aquí a través del país
hallé a la gente extrañamente fantasiosa,
poseída de rumores, llena de vagos sueños,
sin saber qué temer, pero llena de miedo.
Y he aquí un profeta que he traído conmigo
de las calles de Pomfret, a quien encontré
con muchos cientos tras de sus talones;
a quienes en rimas ásperas y rudas,
cantaba que antes de ser mediodía
en el próximo día de la Ascensión,
su alteza debería entregar la corona.

REY JUAN Mago haragán, ¿por qué has hecho eso?

PETER DE POMFRET Porque de antemano sé que pasará.

REY JUAN Hubert, llévatelo. Ponlo en prisión,
y que lo cuelguen ese mediodía
en que según él rendiré mi corona.
Ponlo en lugar seguro y tú regresa,
pues te necesito.

Salen HUBERT y PETER.

Ay, mi noble primo,
¿has escuchado las nuevas que corren?,
¿quién llegó?

BASTARDO Los franceses, mi señor,
todas las bocas se refocilan con eso.
Además, me encontré con lord Bigot
y con lord Salisbury, con los ojos tan rojos
como un fuego recién encendido,
y muchos más, yendo a buscar la tumba
de Arturo, quien fue muerto esta noche,
instigado por ti según ellos.

REY JUAN Noble pariente, ve
y métete entre su cortejo.
Tengo un modo de recobrar su amor;
tráelos ante mí.

BASTARDO Voy a buscarlos.

REY JUAN ¡Sí, pero date prisa! Y anda con cuidado.

No dejes que mis súbditos sean mis enemigos
cuando mis pueblos están siendo afligidos
por el temible alarde de imponente invasión.
Sé Mercurio, pon alas a tus pies, ve con ellos,
y como el pensamiento vuela de nuevo a mí.

BASTARDO El espíritu de la época me enseñará a ser veloz.

Sale el BASTARDO.

REY JUAN Habló como animoso y noble caballero.

(Al MENSAJERO.) Ve tras él; pues quizá necesite
un mensajero entre los nobles y yo,
y ese debes ser tú.

MENSAJERO De todo corazón, mi soberano.

Sale el MENSAJERO.

REY JUAN ¡Mi madre muerta!

Entra HUBERT.

HUBERT Mi señor, dicen que esta noche se han visto
cinco lunas: cuatro fijas, y que la quinta giraba
en pasmosa moción en torno de las otras.

REY JUAN ¿Cinco lunas?

HUBERT En la calle los viejos y las comadres
hacen de ello peligrosos augurios.
Es frecuente en sus bocas la muerte
del niño Arturo, y al hablar de él sacuden
la cabeza, y al oído se murmuran.
Y el que habla agarra la muñeca del oyente
y quien escucha hace muecas de miedo,
frunce las cejas, asiente, se le salen los ojos.
Vi a un herrero quieto con su martillo, así,
que mientras su hierro se enfriaba en el yunque,
tragaba boquiabierto las palabras de un sastre,
quien con las tijeras y el metro en la mano,
metido en unas pantuflas que en su premura
se había erradamente ensartado al revés,
le contaba de miles de guerreros franceses
uniformados y dispuestos en Kent.

Otro artesano sucio y esmirriado
le corta el cuento y habla de la muerte de Arturo.

REY JUAN ¿Por qué buscas que estos miedos me posean?
¿Por qué insistes tanto en la muerte de Arturo?
Tu mano lo mató; yo poseía una causa suprema
para desear su muerte; tú ninguna para asesinarlo.

HUBERT ¡No tenía, mi señor! Qué, ¿no me indujiste?

REY JUAN Es maldición de reyes el estar rodeados
de esclavos que toman sus arranques por órdenes
para violar la casa de sangre de la vida,
y en un guiño de ojos de la autoridad
creen entender una ley, y conocer
la intención de la peligrosa majestad,
cuando es probable que haya fruncido el ceño
más por humor que avisada reflexión.

HUBERT Por lo que hice, he aquí tu mano y sello.

Muestra un papel.

REY JUAN Ah, cuando se hagan las últimas cuentas
entre el cielo y la tierra, allí esta mano
y este sello, en contra de nosotros,
daran su testimonio para nuestra condena.
¡Cuántas veces haber visto los medios
para actuar mal provoca malos actos!
Si no hubieras estado ahí, compinche
marcado por la mano de la naturaleza,
citado y predestinado a un acto vergonzoso,
este asesinato no se me habría ocurrido.
Pero al notar tu aborrecido aspecto
y hallarte idóneo para tal sangrienta vileza,
apto, listo para emplearte en el peligro,
te hablé ligeramente de la muerte de Arturo.
Y tú, por congraciarte con un rey,
no dudaste en destruir a un príncipe.

HUBERT Mi señor...

REY JUAN Si hubieras sacudido la cabeza,
o hecho una pausa cuando oscuramente
yo hacía mención de lo que proyectaba,

o vuelto una mirada suspicaz a mi rostro,
invitándome a hablar en más precisos términos,
una honda vergüenza me habría hecho enmudecer,
me habría interrumpido, y tus miedos
podrían haber en mí infundido miedo.
Pero tú me entendiste por señas
y con el pecado en señas nuevamente
te pusiste de acuerdo. Así, sin parar mientes
dejaste que tu corazón lo consintiera,
y en consecuencia tu ruda mano ejecutara
el acto que ambas lenguas tenían por vil nombrar.
¡Fuera de mi vista y que no te vea más!
Mis nobles me abandonan, a mis puertas
se hallan dispuestos poderes extranjeros
que desafían mis estados. Además,
en el cuerpo de este país de carne,
este reino, este confín de aliento y sangre,
reinan la hostilidad y el tumulto civil
entre mi conciencia y la muerte de mi primo.

HUBERT Ármate contra tus otros enemigos;
yo haré las paces entre tu alma y tú.
El joven Arturo vive. Esta mano mía
es todavía doncella y una mano inocente,
no pintada aún con manchas rojas de sangre.
Este pecho nunca ha cedido hasta ahora
al temible impulso de una idea asesina,
y has infamado en mi forma a la naturaleza,
que por muy ruda que sea en su exterior,
envuelve todavía a una mente digna
y no a la carnicera de un inocente niño.

REY JUAN ¿Está Arturo vivo? ¡Oh, alcanza a los nobles!
Lanza este informe a su furiosa ira
y haz que se sometan a tu obediencia.
Perdona el comentario que mi arrebató hizo
sobre tus rasgos, pues mi rabia era ciega,
y unos imaginarios ojos viles de sangre
te hicieron más repugnante aún de lo que eres.
Ah, no respondas, y trae a mi privado
lo más pronto que puedas a los airados nobles.
Te conjuro despacio. ¡Ve más rápido!

Salen.

ESCENA III

Entra ARTURO, disfrazado de pastorcillo, sobre la muralla.

ARTURO La muralla es alta, y aun así saltaré.
¡Buen suelo, apiádate de mí y no me lastimes!
Muy pocos, casi nadie me conoce; y si lo hacen,
esta apariencia de pastor me disfraza.
Tengo miedo, aun así he de aventurarme.
Si llego abajo sin romperme las piernas,
encontraré mil maneras de escapar.
Igual morir e irme que morir y quedarme.

Brinca.

¡Ay de mí, el espíritu de mi tío habita en estas piedras!
¡Cielo, llévate mi alma, Inglaterra guarda mis huesos!

Muere.

*Entran los condes de PEMBROKE y SALISBURY
y lord BIGOT.*

SALISBURY Me encontraré con él en Saint Edmundsbury,
señores. Es nuestra salud, y hay que abrazar
esta graciosa oferta de los riesgosos tiempos.

PEMBROKE ¿Quién ha traído esa carta del cardenal?

SALISBURY El conde Melun, un noble de Francia,
que en privado ha explayado su amor por el delfín
mucho más de lo que dicen estas líneas.

BIGOT Reunámonos con él mañana a primera hora.

SALISBURY O más bien a esa hora echémonos a andar,
ya que serán dos largos días de viaje,
señores, antes de que lo encontremos.

Entra el BASTARDO.

BASTARDO ¡Qué bueno que los he vuelto a encontrar
destemplados nobles! El rey requiere
de manera inmediata su presencia.

SALISBURY El rey se ha privado de nosotros;

nuestra honra pura no servirá de forro
para su ralo y sucio manto, y menos
habremos de atender al pie que deja
una huella de sangre allí por donde pasa.
Regresa y dile eso. Sabemos ya lo peor.

BASTARDO Cualquier cosa que piensen, me parece,
con buenas palabras estaría mejor.

SALISBURY Razona nuestro dolor y no nuestras maneras.

BASTARDO Pues habiendo poca razón en su dolor,
habría razón para tener maneras.

SALISBURY Señor, señor, sus privilegios tiene la impaciencia.

BASTARDO Cierto, para dañar a su dueño, a nadie más.

SALISBURY Aquí está la prisión.

Ve el cuerpo de ARTURO.

¿Quién yace ahí?

PEMBROKE ¡Ah, muerte, que te llenas de orgullo
con la pura belleza principesca! La tierra
no tuvo un hoyo para ocultar este hecho.

SALISBURY El crimen, como si odiara lo que ha hecho,
lo deja expuesto e incita a la venganza.

BIGOT Así, al condenar a una tumba esta belleza,
la halló demasiado preciosa
y principesca como para una tumba.

SALISBURY (Al BASTARDO.)

Sir Richard, ¿qué piensas? Ya lo has visto.
¿Has leído, escuchado, o llegado a pensar,
o apenas ni pensar, a pesar de que ves,
esto que ves? ¿Podría el pensamiento,
sin este objeto, acaso imaginarlo?
Esta es la verdadera cúspide, la cumbre,
la cresta, o cresta por encima de la cresta
del escudo asesino. La más sangrienta infamia,
la salvajada más salvaje, el más vil golpe,
que la cólera de mirada de piedra
o la azorada ira nunca presentaron

ante las lágrimas de la dulce piedad.

PEMBROKE Todo crimen pasado queda excusado en este.

Y este, tan único y tan inigualable,
irá a otorgarle pureza y santidad
al aún no concebido pecado de los tiempos
y probará, ante este nefando precedente,
que cualquier masacre es una broma.

BASTARDO Es una maldita y sangrienta obra,
la detestable acción de una maligna mano,
si es que acaso fue obra de una mano.

SALISBURY ¡Si es que acaso fue obra de una mano!
Teníamos cierta luz de aquello que vendría.
Es la obra vergonzosa de la mano de Hubert,
un subterfugio y un proyecto del rey;
cuya obediencia a mi alma prohíbo,
arrodillándome ante la ruina de esta dulce vida,
y exhalando ante su exánime excelencia
el incienso de este voto sagrado,
de nunca probar los placeres del mundo,
nunca ser seducido por el goce,
ni tener tratos con ocio ni sosiego,
hasta no haber consagrado esta mano
al darle el honor de la venganza.

PEMBROKE Y BIGOT Devotas, nuestras almas confirman tus palabras.

Entra HUBERT.

HUBERT Señores, ardo con la prisa de hallarlos.
Arturo vive; manda el rey por ustedes.

SALISBURY ¡Desfachatado!, ¡y no se ruboriza
ante esta muerte! ¡Largo, infame! ¡Fuera!

HUBERT No soy un villano.

SALISBURY ¿Me tomaré la justicia con mi mano?

Desenfunda su espada.

BASTARDO Qué espada reluciente, señoría; mejor guárdala.

SALISBURY No hasta enfundarla en la piel de un asesino.

HUBERT Atrás, lord Salisbury, detente, digo.

Por el cielo, pienso que mi espada
tan puntiaguda es como la tuya.
No quisiera, señor, que te propases,
ni exponerte a mi legítima defensa,
no sea que olvide, pendiente de tu cólera,
tu dignidad, tu sangre, tu nobleza.

BIGOT ¡Fuera, estiércol! ¿Osas retar a un noble?

HUBERT No por mi vida, pero he de defender
la inocencia de mi vida contra un emperador.

SALISBURY Eres un asesino.

HUBERT No me obligues a serlo;
hasta ahora no lo soy. Quien cuya lengua
habla con falsedad, no habla de cierto.
Quien de cierto no habla, es que miente.

PEMBROKE ¡Córtalo en pedazos!

BASTARDO (*Desenvainando.*) Estén en paz, les digo.

SALISBURY Apártate, o te hiero, Falconbridge.

BASTARDO Mejor hieras al diablo, Salisbury.
Con que me veas de lado, menees el pie,
o dejes que tu bilis imprudente me afrente,
te dejo tieso. Guarda tu espada antes
de que sea tarde, o te voy a tundir,
a ti y a tu espetón de modo tal
que creerás que salió el diablo del infierno.

BIGOT ¿Qué vas a hacer, ilustre Falconbridge?
¿Secundar a un villano y asesino?

HUBERT Lord Bigot, yo no soy nada de eso.

BIGOT ¿Quién mató al príncipe?

HUBERT Lo dejé bien, no hace más de una hora.
Lo honré, lo amé, y hasta el fin de mis días
lloraré la pérdida de su dulce vida.

SALISBURY No se fíen de las arteras aguas de sus ojos
pues sin tal llanto no existe villanía,
y él, ducho en ello, hace que parezcan
ríos de remordimiento e inocencia.

Partan conmigo, las almas que aborrezcan
los fétidos efluvios de un matadero,
que este hedor a pecado me sofoca.

BIGOT ¡Vamos, a Bury, donde está el delfín!

PEMBROKE Dile al rey que allá pregunte por nosotros.

Salen los nobles.

BASTARDO ¡Qué orbe bueno! ¿Sabías de esta bella obra?

Allende el infinito e ilimitado alcance
del perdón, si este acto de muerte
es obra tuya, te has condenado, Hubert.

HUBERT Escúchame, señor...

BASTARDO ¿Ja? Te diré qué.

Estás más condenado que lo negro.
Qué va, nada es tan negro; tu condena
más honda es que la de Lucifer.
No hay diantre tan odioso en el infierno
como lo serás tú, si mataste a este niño.

HUBERT Por mi alma...

BASTARDO Aunque solo lo hayas consentido,
este acto tan cruel, pierde esperanza,
y si te falta cuerda, el mínimo hilo
que jamás la araña retorció en su vientre
para estrangularte servirá. Una brizna
será una viga para de ahí colgarte.
O si ahogarte quisieras, solo pon
en una cucharilla un poco de agua,
y será como todo el océano, suficiente
para asfixiar a tamaño villano.
Yo sospecho de ti muy gravemente.

HUBERT Si en acto, en consentimiento, o en pecado
de pensamiento fuera yo culpable
de haber robado ese dulce aliento
que en este bello barro se guardaba,
que no alcancen las penas del infierno
para torturarme. Yo lo dejé bien.

BASTARDO Ve, cárgalo en tus brazos.

HUBERT *levanta el cuerpo de Arturo.*

Estoy confuso, pienso, y pierdo el camino
entre espinos y peligros de este mundo.
¡Cuán fácil alzas a Inglaterra toda!
Con este bocado de realeza muerta,
la vida, el derecho, y la verdad del reino
han huido al cielo, y ahora Inglaterra
es librada a la arrebatinga y a la gresca,
y a con los dientes partir el despojado
derecho del estado, hinchándose de orgullo.
Ahora por el hueso roído de la majestad
eriza su crispada cresta la emperrada guerra
y gruñe ante los amables ojos de la paz.
Ahora se encuentran en la misma línea
potencias extranjeras y descontentos dentro;
y, como un cuervo ante una bestia enferma,
la vasta confusión está a la espera
de la inminente caída de la arrancada gloria.
Feliz aquel que con su capa y cinto
contenga la borrasca. Llévate a esta criatura
y sígueme rápido. Voy con el rey.
Miles de asuntos en breve enfrentaremos
y el cielo frunce el ceño sobre el reino.

*Salen, HUBERT cargando
el cuerpo de Arturo.*

QUINTO ACTO

ESCENA I

Clarines. Entran el REY JUAN y el CARDENAL PANDULFO con acompañantes.

REY JUAN (*Dando al CARDENAL PANDULFO la corona.*)

De este modo, he puesto en tus manos
la diadema de mi gloria.

CARDENAL PANDULFO (*Devolviéndole la corona al REY JUAN.*)

Como heredad del Papa,
recibe nuevamente de mi mano
tu grandeza y autoridad soberanas.

REY JUAN Mantén ahora tu palabra santa.

Ve a ver a los franceses y utiliza
todo el poder de Su Santidad para que antes
de la conflagración detengan su marcha.
Nuestros condados descontentos se rebelan;
nuestra gente se opone a la obediencia,
jura fidelidad, alianza y devoción
a muy ajena sangre, a la realeza extranjera;
eres el único que puede mitigar
esta inundación de destemplados ánimos.
No tardes; los tiempos están muy enfermos,
y hay que administrar ya la medicina
o incurables secuelas afrontar.

CARDENAL PANDULFO Mi aliento insufló esta tempestad

ante tu terco tratamiento al Papa.
Mas ya que te has noblemente convertido,
mi lengua acallará la tormenta de guerra
y buen tiempo traerá a tu país tempestuoso.
Recuerda: en el día de la Ascensión,
habiendo tú jurado someterte al Papa,
haré que los franceses depongan las armas.

Salen todos menos el REY JUAN.

REY JUAN ¿Hoy, día de la Ascensión? ¿No señaló el profeta
que antes de la Ascensión, a mediodía,

abdicaría de mi corona? Pues lo he hecho.
Supuse que lo haría por coacción;
loado sea el cielo que ha sido voluntario.

Entra el BASTARDO.

BASTARDO Todo Kent se ha rendido; allá solo resiste
el castillo de Dover. Londres ha recibido
como huésped amado al delfín y a sus fuerzas.
Tus nobles no te oirán, se han marchado
a ofrecer su favor a tu enemigo,
y recorre un estupor desconcertado
a los dudosos amigos que te quedan.

REY JUAN ¿No regresaron conmigo mis nobles
tras escuchar que Arturo estaba vivo?

BASTARDO Lo hallaron muerto y tirado en la calle.
Cofrecillo vacío, la joya de la vida
una mano maldita la robó.

REY JUAN El canalla de Hubert me dijo que vivía.

BASTARDO Por mi alma que eso dijo, por lo que él sabía.
¿Por qué bajas la vista? ¿Por qué esa tristeza?
Sé grande en acto, como en pensamiento.
Que no vea el mundo al miedo y al triste recelo
gobernar la expresión de una mirada real.
Sé ágil como los tiempos, sé fuego con el fuego,
amaga a quien amaga, y sostén la mirada
del jactancioso horror. Así el ojo inferior,
que copia la conducta del más grande,
va a crecer con tu ejemplo y a asumir
el espíritu intrépido del arrojado.
Ve, y brilla como el dios de la guerra
cuando se alce y engalane el campo.
Muestra arrojo y confianza esperanzada.
Qué, ¿han de buscar al león en su guarida
y allí asustarlo? ¿Lo harán temblar allí?
¡Ah, que no se diga! Incursiona, corre
a afrontar al Disgusto más allá de tus puertas
y con él lucha antes que se acerque.

REY JUAN El legado del Papa ha estado conmigo,
y con él he hecho unas felices paces,

y ha prometido dispersar las fuerzas
que conduce el delfín.

BASTARDO ¡Oh, ignominiosa alianza!

¿Con nuestro suelo hollado hemos de actuar
con corrección, llegar a un compromiso,
hacer insinuaciones y parlamentaciones
y una ruin tregua con fuerzas invasoras?
¿Irá un imberbe niño, un mimado y sedoso,
un consentido, a retar nuestros campos
y a cebar su temple en un suelo guerrero,
a burlarse del aire desplegando a sus anchas
sus banderas y no encontrará freno?
¡Vamos, mi soberano, a las armas!
Quizá no logre el cardenal tu paz,
o si lo hace, al menos que se diga
que teníamos intención de defendernos.

REY JUAN Asume tú el mando de estos tiempos.

BASTARDO ¡Entonces adelante!, ¡valor! (*Aparte.*) Bien sé
que a un más fiero enemigo podemos enfrentar.

Salen.

ESCENA II

*Entran armados LUIS EL DELFÍN, el conde de SALISBURY, el conde Melun, el conde de
PEMBROKE, lord BIGOT, y soldados franceses e ingleses.*

LUIS EL DELFÍN Mi señor Melun, que esto sea copiado
y se mantenga a resguardo para que no se olvide.

Entrega un papel a Melun.

Devuelve el original a estos señores,
que, teniendo nuestra clara orden escrita,
ellos como nosotros, al releer estas notas,
sepamos por qué hicimos este juramento,
y mantengamos la fe inviolable y firme.

SALISBURY Por nuestra parte nunca será roto.

Y, noble delfín, si bien juramos
un celo voluntario y una fe no pedida

a tus acciones, créeme, príncipe,
que no disfruto que estos tiempos llagados
busquen su emplasto en rebelión indigna
y curen la inveterada úlcera de una herida
haciendo muchas. Ah, aflige mi alma
el tener que sacar de mi costado
este metal para que cause viudas. Ah, y allá
donde el socorro y la defensa honrada
por el nombre de Salisbury claman.
Pero es tal la infección de los tiempos
que para cura y salud de nuestro bien
hubo que recurrir sin más remedio
a la dura injusticia y al confuso error.
¿Y no es una lástima, oh, afligidos amigos,
que nosotros, hijos y vástagos de esta isla,
hayamos nacido para ver una hora
tan triste como esta en la que andamos
en pos un extranjero, y marchamos
sobre su amado pecho, y de sus enemigos
aumentamos las filas? Debo retirarme y llorar
ante la mancha de esta causa impuesta,
que honra la nobleza de un lejano país
y secunda divisas ignoradas.
¿Por qué aquí? Ah, nación, que alejarte pudieras,
y que los brazos de Neptuno que te ciñen
te apartaran de tu propia conciencia
y a una costa pagana te engarfiaran,
donde estos dos ejércitos cristianos
pudieran combinar en una misma vena
y alianza lo maligno de su sangre,
y no gastarla en tan cruel vecindad.

LUIS EL DELFÍN Un noble temple demuestras con esto,
y la lucha en tu pecho de grandes afectos
desata un terremoto de nobleza.
Ah, cuán noble combate has librado
entre la compulsión y un íntegro respeto.
Deja que enjague este digno rocío
que recorre plateado tus mejillas.
Mi corazón ha llegado a fundirse
ante el llanto de una dama, que no es más
que un desborde ordinario.

Esta efusión de tan viriles gotas,
este aguacero que la tempestad
del alma desató sobresalta a mis ojos,
y me hace estar aún más sorprendido
que si viera la bóveda del cielo,
toda adornada de encendidos meteoros.
Levanta el ceño, renombrado Salisbury,
y aleja esta tormenta de tu gran corazón.
Deja esas aguas para ojos infantiles
que no han visto jamás enfurecido
al gigante mundo, que si con la fortuna
se han topado, no ha sido más que en fiestas,
llenas de ardiente sangre, de júbilo y de farra.
Ven, ven, pues vas a hundir tu mano
tan hasta el fondo en el monedero
de la rica prosperidad como el propio Luis.
Lo mismo, nobles, para todos ustedes,
si unen sus ligamentos a mi fuerza.
¡Ya me parece que un serafín habló!

Entra el CARDENAL PANDULFO.

Miren, el santo legado presuroso llega
para darnos la venia de la mano del cielo
y a nuestra acción dar el nombre de justa,
con santo aliento.

CARDENAL PANDULFO ¡Salve, noble príncipe de Francia!

Bien, pues, el rey Juan se ha reconciliado
con Roma; su espíritu se sometió,
que alzara contra la santa Iglesia,
la gran metrópolis y la sede de Roma.
Pliega ya tus amenazadoras divisas
y doma al salvaje espíritu de la guerra bestial,
y que como un león criado con la mano
pueda al pie de la paz suavemente yacer
y sea su apariencia lo único dañino.

LUIS EL DELFÍN Su gracia me perdone: no daré marcha atrás.

Soy de muy alta cuna para ser dominado,
para ser en el mando un subalterno,
un útil servidor o un instrumento
de ningún estado soberano del mundo.

Fue tu aliento el primero que encendiera
las apagadas brasas de la guerra
entre este castigado reino y yo,
y acercó la materia que avivó este fuego,
ya demasiado enorme para ser apagado
con el mismo viento débil que lo encendió.
Tú me enseñaste a conocer el rostro del derecho,
ilustraste mi interés por estas tierras,
y fijaste en mi corazón esta empresa.
¿Y hoy vienes a decirme que Juan hizo
la paz con Roma? ¿Qué es para mí esa paz?
Yo, por merced de mi lecho nupcial,
después de Arturo reclamo como mío
este país. Y ahora que está casi conquistado,
¿debo dar marcha atrás debido a que ese Juan
con Roma ha hecho las paces? ¿Es que acaso
soy esclavo de Roma? ¿Qué penique
aportó Roma? ¿Qué hombres proporcionó?
¿Qué pertrechos envió que apuntalaran
esta acción? ¿Quién sostiene esta carga
no soy yo? ¿Quién sino yo y aquellos
que a mi reclamo se han aliado sudan
en este menester de mantener la guerra?
¿No he escuchado gritar «Vive le roi»
a estos isleños al cruzar sus pueblos?
¿No estoy en posesión de las mejores cartas
para ganar esta fácil partida por una corona?
¿Y debo ahora abandonar la apuesta?
¡No, no! Por mi alma, ¡no quiero ni oírlo!

CARDENAL PANDULFO Solo ves el exterior de esta obra.

LUIS EL DELFÍN Exterior o interior, no volveré
hasta que este ataque alcance la gloria
que a mi amplia esperanza se le prometió
antes de juntar yo esta briosamente avanzada,
y escoger a estos fieros espíritus del mundo
para ir a la conquista y ganar un renombre,
en las fauces mismas del peligro y la muerte.

Suena una trompeta.

¿Qué vigorosa trompeta nos llama ahora?

Entra el BASTARDO.

BASTARDO Conforme con el buen actuar del mundo,
demando audiencia. He sido enviado a hablar.
Pío monseñor de Milán, vengo de parte
del rey a preguntar qué has negociado,
y en tu respuesta yo sabré el despliegue
y la medida a que mi lengua alcance.

CARDENAL PANDULFO El delfín se obstina en oponerse
y no contemporiza con mis súplicas;
dice rotundo que no depondrá las armas.

BASTARDO ¡Por toda la sangre que nunca
la furia alentara, qué bien habla este joven!
Escucha ahora a nuestro rey inglés,
pues así su realeza habla en mí:
él está dispuesto, y razón también tiene.
Ante esta desgarbada y simiesca incursión,
esta enjaezada comparsa e imprudente juerga,
esta insolencia imberbe e infantiles tropas,
el rey sonríe, y está bien preparado
para vapulear a estos ejércitos pigmeos,
esta guerra enana, y para echarlos
fuera del círculo de sus territorios.
Esa mano que a tus puertas tuvo
fuerza bastante como para aporrearte,
para hacerte saltar la tranca,
y que te zambulleras como un balde
en un oculto pozo, te agazaparas
entre la paja de los tablones de tu establo
y que como unas prendas encerradas
en cofres y baúles te guardaras,
que contra los puercos te apretaras,
que buscaras en cárceles y bóvedas
dulce seguro, y que te estremecieras
y temblaras hasta con el graznido
del pajarraco de tu patria, pensando
que era la voz de algún inglés armado,
¿esa mano victoriosa que te dio castigo
en tu propia morada, será débil aquí?
¡No! Sabe que el resuelto monarca
viene en armas y que como un águila

se alza sobre sus crías para arrojarse
a pico ante la afrenta que se acerque al nido.
Y ustedes, degenerados, ustedes,
ingratos rebeldes, ustedes, sanguinarios
Nerones que desgarran el vientre
de su querida madre, Inglaterra,
enrojecan de vergüenza; sus propias damas
y sus doncellas de pálido rostro
como amazonas trotan tras los tambores,
sus dedos vueltos armados guanteletes,
sus agujas lanzas, y sus nobles corazones
una sangrienta y feroz disposición.

LUIS EL DELFÍN Termina ya tu bravata y vuelve en paz.

Te concedemos que en increparnos ganas.
Ve con bien, que demasiado precioso
es nuestro tiempo para desperdiciarlo
con semejante brabucón.

CARDENAL PANDULFO Déjame hablar.

BASTARDO No, yo hablaré.

LUIS EL DELFÍN A ninguno oiremos.

Que suenen los tambores, y que abogue
por nuestros derechos y nuestro estar aquí
la lengua de la guerra.

BASTARDO Claro que tus tambores

van a chillar cuando les peguen, y lo mismo
harás cuando te azoten. Levanta
un solo eco con el son de tu tambor,
y de inmediato un tambor ya tensado
va a reverberar tan fuerte como el tuyo.
Y si otro suena, otro retumbará
tan fuerte como el tuyo en el oído del cielo
remedando al ronco trueno. Aquí a la vuelta,
pues no se fiaba de este vacilante legado,
que ha usado más por deporte que por necesidad,
Juan está en pie de guerra, y en la frente lleva
una muerte de costillas desnudas, cuyo encargo
es hoy zamparse a miles de franceses.

LUIS EL DELFÍN Que resuenen nuestros tambores.

Salgamos al encuentro del peligro.

BASTARDO Y que lo encontrarás, delfín, no dudes.

Repique de tambores. Salen por separado.

ESCENA III

Alarma. Entra el REY JUAN por una puerta y HUBERT por otra.

REY JUAN ¿Cómo va la jornada? Anda, Hubert, dime.

HUBERT Mal, me temo. ¿Cómo se halla su majestad?

REY JUAN Esta fiebre que lleva tanto molestándome,
me agota. ¡Oh, tengo enfermo el corazón!

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Mi señor, tu animoso pariente Falconbridge,
desea que su majestad abandone el campo
y le mande mensaje de por donde irá.

REY JUAN Dile que a la abadía cerca de Swinstead.

MENSAJERO Ve tranquilo, que los grandes refuerzos
que el delfín esperaba naufragaron
hace tres noches en las arenas de Goodwin.
Estas nuevas le acaban de llegar a Richard.
Los franceses luchan sin ardor y se retiran.

REY JUAN Ay de mí, esta tirana fiebre me quema
y me impide acoger bien las buenas nuevas.
Partamos hacia Swinstead. Rápido, a mi litera;
la debilidad me posee, y desfallezco.

Salen.

ESCENA IV

Alarma. Entran los condes de SALISBURY y PEMBROKE y lord Bigot.

SALISBURY No creí al rey tan surtido de amigos.

PEMBROKE ¡Vamos de nuevo! Ánimo, franceses;
si ellos fracasan, nosotros fracasamos.

SALISBURY Ese diablo malnacido de Falconbridge,
a pesar de los pesares, él solo aguanta el día.

PEMBROKE Dicen que el rey, gravemente enfermo,
ha abandonado el campo de batalla.

*Entra MELUN,
herido llevado por un soldado.*

MELUN Llévame con los rebeldes de Inglaterra.

SALISBURY Mientras fuimos felices, otro nombre teníamos.

PEMBROKE Es el conde Melun.

SALISBURY Herido de muerte.

MELUN Huyan, nobles ingleses; han sido traicionados
y vendidos. Deshebren la ruda aguja
de la rebelión, y abran la puerta de nuevo
a la descartada fe. Busquen al rey Juan
y arrodíllense a sus pies, pues si el francés
queda señor de este estruendoso día,
piensa recompensar las penas que han pasado
cortándoles la cabeza. Así ha jurado,
y yo con él, y muchos más conmigo,
ante el altar de Edmundsbury,
en ese mismo altar donde juramos
entrañable amistad y amor eterno.

SALISBURY ¿Será posible? ¿Puede ser verdad?

MELUN ¿No tengo ante mis ojos a la odiosa muerte,
ni retengo apenas un resto de vida
que al irse sangra, como imagen de cera
desfigurándose al disolverse con el fuego?
¿De qué me serviría engañarlos ahora
que he de perder el uso de cualquier engaño?
¿Por qué iba yo a ser falso, cuando es cierto
que aquí debo morir y allá, por la verdad,
vivir? Repito, si Luis triunfa este día,
será un perjuro si deja que sus ojos
contemplan otro amanecer en el oriente.
Esta noche de aliento negro y contagioso
que ya humea en torno de la llameante cresta
del debil sol, envejecido y agotado por el día,

justo esta noche aciaga el aliento de ustedes
expirará, y pagarán de esa manera
la inevitable sanción de la traición,
pareja a la sanción traidora de sus vidas,
si Luis con su asistencia gana el día.
Encomiéndenme ante un tal Hubert,
que con su rey está. El amor que le tengo
y el hecho que mi abuelo fuera inglés,
despierta mi conciencia a confesar todo esto.
A cambio ruego que me saquen de aquí,
lejos del ruido y el rumor de la lucha,
donde pueda poner en paz mis pensamientos
y separar mi alma de este cuerpo
en contemplación y devotos deseos.

SALISBURY Te creemos, y maldita sea mi alma,
si no adoro la forma y el favor
de esta bella ocasión, por cuyo medio
desandaremos la maldita huida,
y como la abatida marea en retirada,
abandonando nuestro desbordamiento
y curso irregular, nos sumergiremos
en estos márgenes que hemos desdeñado
y correremos en calma y obediencia
hasta nuestro océano, nuestro gran rey Juan.
Mi brazo te dará ayuda para salir de aquí,
pues veo en tus ojos los crueles estertores
de la muerte. ¡Vámonos, amigos míos!
Una nueva huida, e innovación feliz,
¡la cual propende a la vieja justicia!

Salen.

ESCENA V

Alarma; retirada.

Entra LUIS EL DELFÍN, y su séquito.

LUIS EL DELFÍN El sol en las alturas era reacio a ponerse,
pero creo que se detuvo y obligó
al cielo del poniente a sonrojarse,
cuando los ingleses reculando medían

su propio suelo en tibia retirada.
Ah, bravíamente nos desempeñamos,
y con una andanada de innecesario fuego,
después de tan sangrienta contienda,
dimos las buenas noches y desplegamos
nuestros desgarrados estandartes en alto,
últimos en el campo y casi sus señores.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO ¿Dónde está mi príncipe, el delfín?

LUIS EL DELFÍN Aquí. ¿Qué nuevas?

MENSAJERO El conde Melun ha sido asesinado;
persuadidos por él, los señores ingleses
han vuelto a desertar, y los refuerzos
que hace tiempo anhelas naufragaron
y se fueron a pique en las arenas de Goodwin.

LUIS EL DELFÍN ¡Ah, necio, malas nuevas! ¡Maldito sea
tu corazón! No pensé esta noche
estar tan triste como me puso esto.
¿Quién fue el que dijo que el rey Juan
huyó un poco antes que la cojeante noche
separase nuestros fatigados ejércitos?

MENSAJERO Quien lo dijera, es verdad, mi señor.

LUIS EL DELFÍN Bien, mantente alerta y a recaudo esta noche;
no se levantará el día tan pronto como yo
para intentar la bella aventura de mañana.

Salen.

ESCENA VI

Entran el BASTARDO con una linterna y HUBERT con una pistola, por separado.

HUBERT ¿Quién está ahí? ¡Habla! Pronto o disparo.

BASTARDO Un amigo. ¿Quién eres?

HUBERT Del bando de Inglaterra.

BASTARDO ¿A dónde vas?

HUBERT ¿Y a ti qué te importa?

¿Por qué no he de preguntar por tus asuntos
como tú por los míos?

BASTARDO Hubert, pienso.

HUBERT Perfecto pensamiento. Creeré a riesgo de todo
que eres mi amigo, puesto que conoces
tan bien mi voz. ¿Quién eres tú?

BASTARDO Quien tú quieras. Pero si te parece,
puedes intimar tanto como para pensar
que procedo de un lado de los Plantagenets.

HUBERT ¡Aviesa memoria! Tú y la noche insondable
me abochornan. Bravo soldado, perdóname
si algún acento salido de tu lengua
escapó al juicio exacto de mi oído.

BASTARDO Vamos, vamos, sin cumplidos. ¿Qué nuevas corren?

HUBERT Justo iba en la negra senda de la noche
en tu busca.

BASTARDO Sé breve, pues, ¿qué hay de nuevo?

HUBERT Ah, mi dulce señor, nuevas propias de la noche,
negras, aterradoras, desoladas y horribles.

BASTARDO Muestra el preciso daño de esas malas nuevas;
no soy mujer, no voy a desmayarme.

HUBERT Al rey, me temo, lo ha envenenado un monje;
lo dejé casi sin habla y vine rápido
a contarte este crimen, para que estés armado
lo más posible para estos bruscos cambios
y no que tarde te hubieras enterado.

BASTARDO ¿Cómo lo tomó? ¿Quién lo probó por él?

HUBERT Un monje, te digo, un resuelto villano,
cuyas tripas reventaron de golpe. El rey
aún habla y por ventura pueda recobrase.

BASTARDO ¿A quién dejaste atendiendo a su majestad?

HUBERT ¿Qué? ¿No lo sabes? Todos los nobles regresaron
y con ellos trajeron al príncipe Enrique,

a cuyo ruego el rey los perdonó
y en torno de su majestad todos están.

BASTARDO ¡Contén tu indignación, potente cielo,
y a padecer más de lo que padecemos
no nos tientes! Debo decirte, Hubert,
que a la mitad de mis fuerzas esta noche,
se llevó la corriente al cruzar estos bajos:
las marismas de Lincoln los han devorado;
yo mismo, bien montado, apenas escapé.
¡Vamos ya! Condúceme ante el rey;
temo que muera antes que lleguemos.

Salen.

ESCENA VII

*Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE, el conde de SALISBURY,
y lord Bigot.*

PRÍNCIPE ENRIQUE Es demasiado tarde. La corrupción
ha tocado la vida toda de su sangre,
y su cerebro puro, que algunos
consideran frágil casa del alma,
por el desvarío de sus comentarios,
presagia el fin de la mortalidad.

Entra PEMBROKE.

PEMBROKE Su alteza aún habla y está persuadido
de que si es traído al aire libre,
este mitigaría la propiedad ardiente
de ese veneno cruel que lo devora.

PRÍNCIPE ENRIQUE Que se lo traiga aquí, a este huerto.

Sale Bigot.

¿Aún delira?

PEMBROKE Está más tranquilo
que al tú dejarlo; ahora hasta cantó.

PRÍNCIPE ENRIQUE ¡Oh, vanidad de las enfermedades!
En su permanencia, sus feroces extremos

por no sentirse acaban. Y la muerte,
habiendo conquistado las partes exteriores,
invisible las deja, y ahora asedia
la mente, a la que escuece y hiere
con legiones de extrañas fantasías,
las que al atropellarse y agolparse
en contra de ese último baluarte,
se confunden a sí mismas. Es extraño
que la muerte cante. Soy el pichón
de este pálido cisne desmayado
que entona un himno lúgubre a su muerte,
y cantan desde el órgano de la fragilidad
su cuerpo y alma a su eterno descanso.

SALISBURY Sirva de consuelo, príncipe, que has nacido
para poner un orden en el caos
que él ha dejado tan informe y tan crudo.

Traen al REY JUAN asistido por lord BIGOT.

REY JUAN Ay, virgen, ahora mi alma tiene campo libre;
no se saldrá por puertas o ventanas.
Hace un verano tan caliente en mi pecho
que todas mis tripas se deshacen en polvo;
soy un dibujo borroneado con pluma
en un pergamino, y ante este fuego
me arrugo.

PRÍNCIPE ENRIQUE ¿Cómo está su majestad?

REY JUAN Envenenado estoy y mal cebado;
muerto, desasistido, abandonado,
y ninguno de ustedes ordena al invierno
que venga a enterrar en mi buche
sus helados dedos, y tampoco dejan
que los ríos de mi reino recorran y crucen
mi ardiente pecho, ni le ordenan al Norte
que haga que sus crudos vientos me besen
los labios resecos y con el frío me alivie.
No les pido mucho; solamente imploro
un frío por consuelo. Y son tan avaros
y tan ingratos, que hasta eso me niegan.

PRÍNCIPE ENRIQUE ¡Oh, que mis lágrimas tuvieran la virtud

de poder aliviarte!

REY JUAN La sal que hay en ellas arde.

Dentro de mí hay un infierno, y ahí
el veneno es como un demonio
que confinado está para tiranizar
la irredimible, condenada sangre.

Entra el BASTARDO.

BASTARDO ¡Ah, vengo escaldado por la violenta
y apresurada urgencia de ver a su majestad!

REY JUAN ¡Ah, sobrino, vienes a cerrar mis ojos!

El aparejo de mi corazón
ha quedado agrietado y quemado,
y todas las velas con las que mi vida
debería navegar se han vuelto un hilo,
un pelito. Mi corazón se sostiene
de una pobre cuerda que solo aguantará
hasta que tus nuevas hayas expresado,
pues lo que ves no es más que un terrón
y un remedo de destruida realeza.

BASTARDO ¡El delfín está a punto de llegar,
y solo Dios sabe cómo resistiremos!
Pues en solo una noche casi todas mis fuerzas,
mientras me retiraba con ventaja,
fueron en las marismas de imprevisto
devorados por la inesperada marea.

Muere el REY JUAN.

SALISBURY Alientas esas nuevas de muerte a un oído
tan muerto como ellas. ¡Mi soberano!, ¡mi señor!
Apenas era un rey, y ahora es esto.

PRÍNCIPE ENRIQUE Igual debo correr, e igual parar.

¿Qué seguridad hay en el mundo,
qué esperanza, qué sostén, cuando esto
apenas era rey, y ahora es barro?

BASTARDO ¿Te has ido ya? Solo me quedo atrás
a cumplir por ti labores de venganza,
y luego mi alma te alcanzará en el cielo,
tal como en la tierra siempre fue tu sierva.

Ahora, ahora, estrellas que se mueven
en sus justas esferas, ¿dónde están sus fuerzas?
Muestren ahora su reparada fe
y regresen conmigo de inmediato
a rechazar la ruina y vergüenza perpetua
lejos de la débil puerta de nuestro extenuado país.
Ataquemos ya, o ya seremos atacados;
el delfín ruge a nuestros talones.

SALISBURY Parece pues que sabes menos que nosotros.

El cardenal Pandulfo reposa dentro,
hace apenas media hora que llegó
y trae del delfín una oferta de paz
que se puede aceptar con honor y respeto:
desea dejar esta guerra de inmediato.

BASTARDO Más rápido lo hará cuando nos vea
bien reforzados para defendernos.

SALISBURY No, en cierto sentido ya es un hecho,
pues ha despachado varios carros
hacia la costa, y su causa y disputa
puso a disposición del cardenal,
con quien tú mismo, yo, y algunos nobles,
si estás de acuerdo, partiremos esta tarde
a consumir esta tarea felizmente.

BASTARDO Que así sea. Y tú, mi noble príncipe,
con otros nobles que puedan quedarse,
asistirás al funeral de tu padre.

PRÍNCIPE ENRIQUE En Worcester debe ser enterrado,
pues así él lo dispuso.

BASTARDO Hacia allá irá entonces.

Y que tu dulce persona pueda sostener
el linajudo estado y la gloria del reino.
Ante ti me arrodillo con total sumisión
y a ti te entrego mis fieles servicios
y franca e impercedera sujeción.

Se arrodilla.

SALISBURY Igual ofrenda de nuestro amor hacemos,
que por siempre perdurará sin tacha.

Los nobles se arrodillan.

PRÍNCIPE ENRIQUE Tengo un alma sensible que daría las gracias
y no sabe cómo hacerlo sino con lágrimas.

BASTARDO (*Levantándose.*)

Ah, prestemos al tiempo el requerido duelo,
puesto que compartió antes nuestras penas.
Inglaterra nunca ha estado, ni nunca estará
postrada bajo el orgulloso pie de un conquistador
sino cuando ella misma ayudó a herirse.
¡Ahora que sus príncipes han vuelto a casa,
que vengan en armas de los tres confines del mundo
y nosotros los sacudiremos! Nada nos hará
arrepentirnos si Inglaterra es leal a sí misma.

*Clarines.
Salen con el cadáver.*



RICARDO II

*versión de
Juan Fernando Merino*

Probablemente escrita en 1595, fue inscrita en el registro de publicaciones en agosto de 1597. Se publicó un primer Cuarto en 1597, reimpresso en 1598, 1608 y 1615. El texto del Primer Folio de 1623 está basado en el tercer Cuarto, cuyos principales errores enmienda.



DRAMATIS PERSONAE

REY RICARDO II

La REINA, su mujer

JUAN DE GANTE, duque de Lancaster, tío de Ricardo

Enrique BOLINGBROKE, duque de Hereford, hijo de Juan de Gante, más adelante el REY ENRIQUE IV

DUQUESA DE GLOUCESTER, viuda del hermano de Gante y de York

Duque de YORK, tío del rey Ricardo

DUQUESA DE YORK

Duque de AUMERLE, hijo de los duques de York

Tomás MOWBRAY, duque de NORFOLK

GREEN, seguidor del rey Ricardo

BAGOT, seguidor del rey Ricardo

BUSHY, seguidor del rey Ricardo

Percy, conde de NORTHUMBERLAND, partidario de Bolingbroke

ENRIQUE PERCY, su hijo, partidario de Bolingbroke

Lord ROSS, partidario de Bolingbroke

Lord WILLOUGHBY, partidario de Bolingbroke

Conde de SALISBURY, partidario del rey

OBISPO DE CARLISLE, partidario del rey

Sir Esteban SCROPE, partidario del rey

Lord BERKELEY

Lord FITZWALTER

Duque de SURREY

ABAD DE WESTMINSTER

Sir Piers EXTON

LORD MARISCAL

HERALDOS

CAPITÁN GALÉS

DAMAS de la reina

JARDINERO

HOMBRES del jardinero

HOMBRES de Exton

GUARDIÁN de la prisión de Pomfret

PALAFRENERO del establo del rey Ricardo

Lores, soldados, ayudantes

Escena: La obra se desarrolla en Inglaterra y Gales

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran el REY RICARDO y JUAN DE GANTE con el lord mariscal, otros nobles y criados.

REY RICARDO Anciano Juan de Gante, Lancaster venerado
¿cumpliendo tu promesa y juramento
has traído a Enrique Hereford, tu audaz hijo,
a sustentar la osada acusación de hace unos días,
que no tuvimos la ocasión de oír entonces,
contra el duque de Norfolk, Tomás Mowbray?

JUAN DE GANTE Así es, mi soberano.

REY RICARDO Dime además, ¿has inquirido
si acusa al duque por rencor antiguo
o con justicia, como ha de hacer el buen súbdito,
por causa de traición bien conocida?

JUAN DE GANTE Hasta donde he podido sondearle en este asunto,
se trata de designios peligrosos y evidentes
que amenazan al rey, no de un rencor inveterado.

REY RICARDO Que sean llamados pues en mi presencia.

Salen uno o varios.

Cara a cara, ceño fruncido contra ceño, así oiré
al acusador y el acusado libremente hablar.
Altivos son los dos y arden en cólera;
sordos como el mar en su furor, impetuosos como el fuego.

*Entran BOLINGBROKE, duque de Hereford,
y MOWBRAY, duque de Norfolk.*

BOLINGBROKE ¡Que años y años de días felices aguarden
a mi querido monarca, mi más afable señor!

MOWBRAY ¡Que cada día exceda en felicidad al precedente,
hasta que el cielo, envidiando a la tierra esa ventura,
añada a vuestra corona un título inmortal!

REY RICARDO

A ambos agradezco. Pero uno de los dos solo me adula,
como bien parece por la causa que os trae,

a saber, la mutua acusación de alta traición.
Primo de Hereford, ¿qué tienes que impugnar
al duque de Norfolk, Tomás Mowbray?

BOLINGBROKE

Primero (y mis palabras tengan por testigo al cielo),
con el fervor que atañe a todo súbdito,
velando por la seguridad preciosa de mi príncipe,
y libre de cualquier odio espuriamente concebido,
llego a esta real presencia como acusador.
Ahora, Tomás Mowbray, me vuelvo hacia ti;
y observa bien mi saludo, pues cuanto digo
sobre esta tierra lo mantendrá mi cuerpo,
o mi alma divina responderá en el cielo.
Tú eres un traidor y un descreído,
demasiado insigne para ello, y demasiado ruin para vivir,
pues mientras más bello y cristalino el firmamento,
más feas son las nubes que lo surcan.
Una vez más, para mayor agravio del estigma,
el epíteto de traidor hundo en tu garganta,
y anhelo, si mi señor así dispone, que antes de dar otro paso
mi espada justa pueda demostrar lo que mi lengua afirma.

MOWBRAY Que mis palabras frías no desmientan mi celo.

Pues no serán las armas de una guerra entre féminas,
el clamor amargo de exaltadas lenguas,
las que puedan arbitrar el litigio entre nosotros.
La sangre arde y antes de enfriarse deberá correr.
Mas no me jacto de una paciencia tan extrema
que pueda guardar silencio y no decir ni una palabra.
Primeramente, la justa reverencia al rey me impide
dar rienda suelta y espuela a mi discurso,
que de otro modo veloz cabalgaría hasta restaurar
redoblada en su garganta la acusación de traidor.
Dejando aparte que la sangre febril
del duque de Hereford es de alta alcurnia,
y omitiendo su parentesco con mi rey,
lo desafío, y escupo su persona,
lo tacho de calumniador cobarde y de villano;
para sustentar lo cual estoy dispuesto a dar ventajas,
y a enfrentarle, aunque tuviera que subir a pie
hasta las cimas heladas de los Alpes,

o cualquier otro suelo inhabitable,
donde jamás su planta haya asentado un pie inglés.
Entretanto, doy fe de mi lealtad de este modo:
por lo que yo más quiero, él miente con toda falsedad.

BOLINGBROKE (*Arrojando su guante al suelo.*)

Cobarde tembloroso y pálido, arrojo aquí mi prenda,
renunciando así al parentesco con el rey,
y dejando aparte mi sangre de alta alcurnia,
que el miedo, no el respeto, te incita a no verter.
Si el culpable pavor te deja aliento suficiente
para recoger la prenda de mi honor, agáchate.
Por ella y todos los ritos de la caballería,
sabré sostener frente a ti, brazo con brazo,
lo que he dicho o tú puedas concebir de peor.

MOWBRAY (*Alzando del suelo el guante.*)

La recojo, y juro por la espada de mi rey,
que con gentil golpe en el hombro me armó caballero,
que te responderé por todo medio leal
o por las nobles normas de ley caballeresca.
¡Y cuando monte el corcel, que no me apee vivo
si soy traidor o combato injustamente!

REY RICARDO (*A BOLINGBROKE.*)

¿Cuál es el cargo que nuestro primo imputa a Mowbray?
Grave ha de ser para dejar siquiera
una sospecha de que hay maldad en él.

BOLINGBROKE Todo cuanto diga, con mi vida estoy listo a probarlo:

que Mowbray recibió ocho mil monedas de oro
a título de avance para pagar soldados de su alteza,
y los retuvo para fines abyectos,
como traidor infame y malvado villano.
Digo también, y probaré en batalla,
aquí o en otro sitio, hasta el confín más distante
que jamás hayan mirado ojos ingleses,
que todas las traiciones conspiradas y tramadas
en este reino durante dieciocho años
hallan origen y sustento en el mendaz Mowbray.
Digo asimismo, y asimismo probaré
sobre su mala vida la verdad de cuanto afirmo,
que él urdió la muerte del duque de Gloucester,

incitando a todos sus adversarios crédulos,
y después, como un cobarde traidor,
abrió las esclusas de su inocente alma en arroyos de sangre;
sangre que, igual que la de Abel sacrificado, clama
hasta del fondo de las cavernas mudas de la tierra
exigiendo de mí justicia y áspero castigo.
Y, por el glorioso valor de mi linaje,
lo hará este brazo o se extinguirá esta vida.

REY RICARDO ¡Qué alturas alcanza su determinación!
Tomás de Norfolk, ¿qué puedes responder?

MOWBRAY ¡Ah, que mi soberano mire hacia otro lado,
y ordene a sus oídos quedar sordos un instante,
mientras le digo a este oprobio de su sangre
que Dios y los hombres buenos detestan al embustero!

REY RICARDO Mowbray, imparciales son mis oídos y mis ojos.
Así fuese él mi hermano, o más aún, el heredero de mi trono;
y no es más que el hijo del hermano de mi padre,
y por el respeto debido a mi cetro, juro
que su cercano parentesco con mi sangre sagrada
ni privilegio le otorga, ni inclina a ser parcial
la indoblegable firmeza de mi alma justiciera.
Él es mi súbdito, Mowbray; y lo eres tú también.
Habla sin miedo y en plena libertad, yo te autorizo.

MOWBRAY Entonces, Bolingbroke, ¡hasta el fondo del corazón,
por el conducto pérfido de tu garganta mientes!
Tres cuartas partes de la suma que recibí para Calais
las distribuí como se debe a los soldados de su alteza.
Retuve con su anuencia la otra cuarta parte,
pues mi señor y soberano me adeudaba
el remanente de una elevada suma
desde mi viaje a Francia para traer aquí a su reina.
Por tanto trágate esa vil mentira.
En cuanto a la muerte de Gloucester,
no fui yo su asesino, mas para mi desgracia
descuidé en la ocasión el deber que había jurado.
Respecto a vos, mi noble lord de Lancaster,
padre honorable de mi contrincante,
tendí una vez una emboscada a vuestra vida,
pecado que atormenta mi alma afligida.

Pero al recibir la vez pasada el sacramento
lo confesé, y expresamente imploré
el perdón de vuestra gracia, que espero haber logrado.
Tal es mi culpa. En cuanto a los otros cargos,
emanan del rencor de un miserable,
un pusilánime y un traidor degenerado,
lo cual, audaz, sustentaré con mi persona,

Arroja su guante al suelo.

y también por mi parte arrojo ahora mi prenda
a los pies de este traidor vil y arrogante,
para probar que soy un gentilhombre leal
así tenga que verter la mejor sangre que su pecho alberga;
por la prisa que de ello tengo, vivamente imploro
que vuestra alteza designe el día de la lid.

BOLINGBROKE recoge el guante.

REY RICARDO Hidalgos en cólera encendidos, dejaos regir por mí.

Purguemos esta bilis sin sangría.
Sin ser médico, prescribo esto:
honda en exceso es la herida que infiere un gran rencor;
olvidad, perdonad, concertad, y marchad en paz;
nuestros doctores dicen que no es tiempo de sangrías.
Buen tío, hagamos que esto acabe en donde comenzó.
Yo calmo al duque de Norfolk; calma tú a tu hijo.

JUAN DE GANTE Ser un conciliador conviene a esta mi edad.

Suelta, hijo mío, la prenda que lanzó el duque.

REY RICARDO Y tú, Norfolk, la suya.

JUAN DE GANTE ¿Cuándo, Enrique, cuándo?

La obediencia ordena que no te deba ordenar de nuevo.

REY RICARDO

Norfolk, ¡arrójala! Te lo ordeno; que no has de ganar nada.

MOWBRAY (*Arrodillándose.*)

Soy yo, mi temido soberano, quien se arroja a tus pies.
De mi vida puedes disponer, mas de mi honra no.
Por deber consagro a ti mi vida, pero el buen nombre,
que a despecho de la muerte, ha de vivir sobre mi tumba,
al servicio del negro deshonor no puedes arrojar.
He sido difamado, acusado y humillado en público,

traspasado hasta el alma por un dardo de calumnia envenenada,
que no ha de curar bálsamo alguno
que no sea la sangre del corazón
que exhaló ese veneno.

REY RICARDO La ira debe reprimirse.

Dame su prenda. El león doma al leopardo.

MOWBRAY (*Levantándose.*) Sí, mas no le borra las manchas.

Que mi señor cargue con mi mácula,
y renuncio a mi prenda. Mi muy caro monarca,
el más puro tesoro que otorga nuestro paso por la tierra
es la reputación sin tacha; si eso se pierde,
el hombre es solo barro dorado, pintada arcilla.
Es el alma intrépida en un pecho leal
una joya en un cofre de diez cerraduras.
Mi honor es mi vida. Nacen los dos del mismo tallo.
Quitadme el honor y pierdo la vida.
Así, amado soberano, dejad que ponga hoy el honor
a prueba. Por ello vivo, aunque por ello muera.

REY RICARDO Primo, recoge tu prenda. Tú debes comenzar.

BOLINGBROKE

¡Ay! ¡Dispense Dios mi alma de tan hondo pecado!
¿Debo acaso aparecer con la cimera inclinada en vista de mi padre?
¿O con el lívido pavor de un pordiosero
rebajar mi altura frente a este atrevido miserable?
Antes de que mi lengua agravie mi honor
con proceder tan despreciable,
o consienta en una tregua vil, mis dientes tajarán
el servil instrumento de esa medrosa revocación,
para arrojarla ensangrentada, plena de indignidad
al hogar de lo indigno, el rostro de Mowbray.

Sale JUAN DE GANTE.

REY RICARDO Para pedir no he nacido, sino para ordenar;

puesto que no he logrado haceros avenir,
preparaos: deberéis responder con vuestras vidas,
el día de San Lamberto en Coventry.
Allí vuestras lanzas y espadas habrán de arbitrar
el diferendo creciente de vuestro odio arraigado.
Ya que no puedo reconciliaros, constataré

que la justicia proclame al caballero vencedor.
Lord mariscal, comanda a mis heraldos
que se apresten a dirigir este combate de armas.

Salen.

ESCENA II

*Entra JUAN DE GANTE, duque de Lancaster,
con la DUQUESA DE GLOUCESTER.*

JUAN DE GANTE

¡Ay!, los vínculos de sangre que tenía con Gloucester
me obligan con más fuerza que vuestros requerimientos
a proceder contra aquellos que segaron su vida.
Mas como el castigo reside en las manos
culpables del crimen que no podemos castigar,
confiemos nuestra querella a la voluntad divina,
que, al llegar sobre la tierra el momento justo,
hará llover venganza ardiente en las cabezas culpables.

DUQUESA DE GLOUCESTER

¿La causa de un hermano no encuentra en ti
una espuela más aguda? ¿El amor no alienta
en tu vieja sangre un fuego más vivaz?
Los siete hijos de Eduardo, y entre ellos estás tú,
eran como siete frascos de su sagrada sangre,
o siete hermosas ramas de una misma raíz.
Algunos de esos siete secó a su paso la naturaleza,
algunas de las ramas, talaron las parcas;
pero Tomás, mi amado señor, mi Gloucester, mi vida,
frasco colmado de la sagrada sangre de Eduardo,
rama floreciente de su preclara y real raíz,
ha sido roto, y su precioso líquido vertido;
fue derribado, y sus hojas de estío yacen marchitas
por mano de la envidia y el hacha sangrienta
del asesino. ¡Ay, Gante, su sangre
era la tuya! Aquel lecho, aquel vientre,
aquel temple, el mismo molde que te forjaron,
a él lo hicieron hombre; y por más que ahora vivas
y respires, también has muerto en él. Consientes
en gran medida a la muerte de tu padre

al ver morir así a tu desdichado hermano
que de la vida de tu padre era un espejo.
No lo llares paciencia, Gante, es falta de esperanza.
Al tolerar que tu hermano sea masacrado así
dejas al descubierto el camino letal hacia tu vida,
mostrando al duro asesino lo fácil que es matarte.
Lo que llamamos paciencia en hombres de poca alcurnia
no es más que pálida y helada cobardía en pechos nobles.
¿Qué más puedo decir? Para salvaguardar tu propia vida
no hay camino mejor que vengar a mi Gloucester.

JUAN DE GANTE Es de Dios la querella; pues el substituto de Dios,
el representante ungido bajo su propia vista,
fue quien causó esa muerte; si ha sido injusta,
sea el cielo quien la vengue, pues yo nunca alzaría
el brazo enfurecido en contra de su ministro.

DUQUESA DE GLOUCESTER ¿A quién entonces, ay, podré quejarme?

JUAN DE GANTE A Dios, adalid y defensor de las viudas.

DUQUESA DE GLOUCESTER Si es así, así lo haré. Adiós, viejo Gante.

Irás muy pronto a Coventry, a presenciar la lid
de nuestro primo Hereford y el despiadado Mowbray.
¡Ah, que las afrentas a mi esposo guíen
la lanza de Hereford para que pueda
traspasar el pecho del asesino Mowbray!
¡Y, si por desventura, yerra el primer intento,
que los pecados de Mowbray pesen tanto en su seno
que logren romper el lomo del corcel espumante
arrojando al jinete de cabeza en la liza,
y dejen así al cobarde a merced del buen Hereford!
Adiós, viejo Gante. La que fuera antaño
la esposa de tu hermano, acabará la vida
con el dolor, su nuevo compañero.

JUAN DE GANTE Hermana, adiós. Debo partir a Coventry.

Que tanto bien quede contigo como conmigo viaje.

DUQUESA DE GLOUCESTER

Empero una palabra más. La aflicción rebota
donde cae, no por seca y vacía, sino por su peso.
Yo me despido antes de comenzar,
pues el dolor no acaba cuando parece extinguido.

Encomiéndame a tu hermano, sir Edmundo York.
Ya está, eso es todo... ¡No, no te marches así!
Aunque eso sea todo, no partas tan veloz.
Recordaré más cosas. Ruégale..., ah, ¿qué?
Que venga con presteza a visitarme en Pleshey.
Mas, ay dolor, ¿qué habría de ver el buen anciano York
sino cuartos vacíos y despojados muros,
puestos sin servidumbre, baldosas sin hollar,
y qué otra bienvenida encontraría sino mis lamentos?
Encomiéndame entonces; y que él no acuda
en busca de la pena que habita por doquier.
Desolada, desolada yo iré allí a morir.
Con los ojos en lágrimas te doy mi último adiós.

Salen por separado.

ESCENA III

Entran el LORD MARISCAL con oficiales que disponen los asientos y el duque de AUMERLE.

LORD MARISCAL Milord Aumerle, ¿está armado Enrique Hereford?

AUMERLE Sí, de pies a cabeza, y ansioso de empezar.

LORD MARISCAL El duque de Norfolk, fogoso e intrépido,
espera únicamente a que llame la trompeta.

AUMERLE Siendo así, los campeones están prontos, y aguardan
tan solo que se acerque aquí su majestad.

Suenan las trompetas. Entra el REY RICARDO con JUAN DE GANTE, duque de Lancaster, Bushy, Bagot, Green y otros nobles. Una vez que están sentados, entran MOWBRAY, duque de Norfolk, en calidad de defensor, armado, y un heraldo.

REY RICARDO Mariscal, demanda a aquel campeón
cuál es la causa en este sitio de su presencia en armas.
Pregúntale su nombre, y, según los preceptos,
conmínale a jurar la justicia de su causa.

LORD MARISCAL (A MOWBRAY.)

En nombre de Dios y el rey, dinos quién eres,
y por qué te presentas vestido de caballero,
contra qué hombre vienes, y cuál es tu querella.
Habla con lealtad por tu fe de caballero y tu promesa,
¡y que el cielo y tu valor te protejan!

MOWBRAY Me llamo Tomás Mowbray, duque de Norfolk,
acudo aquí por el juramento que hice
(Dios impida a un caballero violar su palabra)
de defender mi lealtad amén de mi verdad
ante Dios, mi monarca, y mi futura estirpe,
contra el duque de Hereford, quien me acusa;
y por la gracia de Dios y el brazo mío
demostrar con mi defensa que él es un traidor
a mi Dios, a mi rey, y a mi persona.
¡Y así en mi lucha justa, el cielo me proteja!

Se sienta.

*Suenan las trompetas. Entra BOLINGBROKE,
duque de Hereford, en calidad de acusador,
armado, y un heraldo.*

REY RICARDO Mariscal, pregunta a aquel caballero en armas
quién es y por qué ha venido aquí
vestido de esta guisa, con armadura de plata;
y formalmente, siguiendo nuestras normas,
hazle jurar la justicia de su causa.

LORD MARISCAL (A BOLINGBROKE.)

¿Cuál es tu nombre? ¿Y por qué vienes aquí
ante el rey Ricardo en su liza real?
¿Contra quién vienes? ¿Y cuál es tu querrela?
¡Habla como caballero leal, y que el cielo te proteja!

BOLINGBROKE Soy Enrique de Hereford, Lancaster y Derby
dispuesto aquí a batirme en armas
y probar en esta liza, por la gracia de Dios y el valor de mi cuerpo
que Tomás Mowbray, duque de Norfolk,
es un traidor abyecto y peligroso
para el Dios del cielo, el rey Ricardo y para mí.
¡Y como mi lucha es justa, el cielo me proteja!

Se sienta.

LORD MARISCAL Bajo pena de muerte, que nadie tenga la audacia
o la temeridad de interferir en la liza,
salvo el lord mariscal y aquellos oficiales
nombrados para regir esta cabal contienda.

BOLINGBROKE (*Levantándose.*)

Lord mariscal, dejadme besar la mano de mi rey

y doblar mi rodilla ante su majestad,
ya que Mowbray y yo parecemos dos hombres
que hacen voto de peregrinación larga y penosa;
concedednos entonces una solemne despedida
y un afectuoso adiós a todos los amigos.

LORD MARISCAL (*Al REY RICARDO.*)

El acusador saluda a vuestra alteza con respeto,
y desea besar vuestra mano y despedirse.

REY RICARDO Me apresto a descender y estrecharle en mis brazos.

Baja del trono y abraza a BOLINGBROKE.

Primo de Hereford, si tu causa es justa,
tuya sea la fortuna en esta lid real.
Adiós digo a mi sangre; y, si la viertes hoy,
podré llorarte, pero vengar tu muerte, nunca.

BOLINGBROKE ¡Que ningún noble derrame lágrimas impuras
por mí si la lanza de Mowbray me atraviesa!
Me enfrento hoy a Mowbray con la confianza del halcón
que se abate sobre un ave.
(*Al LORD MARISCAL.*) Mi querido señor, me despido de vos;
(*A AUMERLE.*) también de vos, mi noble primo Aumerle;
no marchó enfermo, aunque la muerte ronde nuestro encuentro,
sino joven, lozano y respirando el gozo de vivir.
Mirad, como es usanza en un festín inglés, postergo
lo más gustoso de último, para hacer más dulce el fin.
(*A JUAN DE GANTE, arrodillándose.*)
Oh, tú, autor en la tierra de mi sangre,
cuyo juvenil ardor en mí renace
con redoblado vigor; levántame y acércame
a la victoria que se cierne sobre mí,
haz mi armadura invulnerable con tus rezos,
y afina con tus bendiciones la punta de mi lanza,
para que así penetre la cota de Mowbray, como cera,
dejando diáfano el nombre Juan de Gante
por la osadía vigorosa de tu hijo.

JUAN DE GANTE ¡Que Dios lleve a buen término tu buena causa!

Sé como el rayo, veloz en la consumación,
y que tus golpes, doblemente redoblados,
caigan como estridente trueno sobre el casco

de tu pérfido adversario infortunado.
Instiga tu sangre moza, sé valiente, y vive.

BOLINGBROKE (*Levantándose.*)

¡Válgame san Jorge y mi inocencia!

MOWBRAY (*Levantándose.*)

Sea cual fuere el sino que Dios o la ventura me deparen,
aquí habrá de vivir o de morir, fiel al rey,
un caballero leal, justo y sin tacha.

Jamás cautivo alguno sintió tanto gozo
de rechazar las esclavas cadenas y abrazar
la libertad dorada y sin estorbos

como el de mi alma danzarina, que hoy celebra
el festín de la batalla contra mi rival.

Muy poderoso soberano y mis pares del reino,
recibid de mi boca el deseo de años muy felices.

Parto al combate tan confiado y alegre
como a un juego. La verdad alienta un corazón sereno.

REY RICARDO Adiós, milord. Veo a las claras

la virtud y el valor asentados en tus ojos.

Que se disponga la prueba, mariscal, y que comience.

LORD MARISCAL Enrique de Hereford, Lancaster y Derby,

recibe esta tu lanza; ¡y Dios defienda la justicia!

Un OFICIAL le entrega la lanza a BOLINGBROKE.

BOLINGBROKE

Fuerte como una torre en mi esperanza, exclamo «¡Amén!».

LORD MARISCAL

(*A un oficial.*) Lleva esta lanza a Tomás, duque de Norfolk.

Un oficial le entrega la lanza a MOWBRAY.

HERALDO PRIMERO Enrique de Hereford, Lancaster y Derby,

comparece aquí por Dios, por su rey y por sí propio
so pena de ser hallado falso y cobarde,

para probar que Tomás Mowbray, duque de Norfolk,
traiciona a Dios, a su monarca y a sí mismo,
y lo reta a avanzar hacia la liza.

HERALDO SEGUNDO

Comparece aquí Tomás Mowbray, duque de Norfolk,

so pena de ser hallado falso y cobarde,
para defenderse y a su vez dejar constancia
de que Enrique de Hereford, Lancaster y Derby
es desleal a Dios, a su monarca y a sí mismo;
valientemente y con vivo deseo
aguarda solo la señal para empezar.

LORD MARISCAL ¡Sonad, trompetas! ¡Combatientes, avanzad!

*Suena una trompeta.
El REY RICARDO lanza al suelo su bastón de tregua.*

Deteneos, el rey ha arrojado su bastón.

REY RICARDO Que se despojen de yelmos y de lanzas,
y regresen los dos a su lugar.

BOLINGBROKE y MOWBRAY se desarman y se sientan.

(A los NOBLES.)

Venid conmigo en asamblea, y que suenen las trompetas
mientras impartimos a estos duques la sentencia.

Fanfarria prolongada mientras el REY RICARDO y sus NOBLES se retiran a deliberar y regresan al frente.

El REY RICARDO se dirige a BOLINGBROKE y a MOWBRAY.

Acercaos, y escuchad lo que hemos resuelto.
A fin de que el suelo del reino no se manche
con la sangre preciosa que él mismo ha nutrido,
y como nuestros ojos aborrecen el atroz aspecto
de las heridas civiles infligidas por espadas compatriotas,
que, con su secuela de tambores discrepantes,
con el chillido estrepitoso de trompetas
y el chocar iracundo de los hierros
podrían espantar la hermosa paz
de nuestros calmos confines y forzarnos a marchar
sobre la sangre de nuestros más cercanos,
os destierro a ambos de mi reino.
Tú, primo Hereford, a riesgo de la vida,
hasta que diez veranos enriquezcan nuestros campos
no habrás de saludar nuestros bellos dominios,
y solo habrás de hollar sendas lejanas a la patria.

BOLINGBROKE Se hará vuestra voluntad. Mi consuelo será este:
aquel sol que aquí os calienta brillará sobre mí,
y aquellos rayos de oro que os presta a vos

se esparcirán sobre mí, adornando mi destierro.

REY RICARDO Norfolk, sobre ti cae una condena más severa,
que profiero con cierta reticencia.

El paso lento y furtivo de las horas no ha de fijar
el plazo ilimitado de tu duro exilio.

Bajo pena de muerte pronuncio contra ti
la desesperanzada frase «no volver nunca más».

MOWBRAY Pesada sentencia, mi altísimo señor,

que no esperaba oír de labios de vuestra alteza.

Dilecto premio, no daño tan profundo
que hasta me niega el aire que respiro,
merecía yo de manos de mi rey.

Debo ahora abandonar mi inglés natal,
el idioma aprendido en cuarenta años.

Y en lo futuro mi lengua no me será más útil
que una viola o un arpa sin sus cuerdas,
o un sutil instrumento enfundado en su estuche,
y que, al ser desenfundado, es puesto en manos
de quien no tiene la gracia de extraerle un acorde.

Me habéis encarcelado la lengua en la boca
tras la doble jaula de dientes y de labios,

y una ignorancia lerda, insensible y estéril
se erige en carcelero que ha de velar por mí.

Soy demasiado viejo para buscar nodriza;
ya muy entrado en años para ser escolar.

¿Qué es vuestra sentencia sino muerte en silencio,
que despoja a mi lengua de su aliento natal?

REY RICARDO Es de todo punto inútil que invoques compasión.

Pasada la sentencia, toda queja es tardía.

MOWBRAY Siendo así, ya me alejo de la luz de mi patria,
a las sombras solemnes de una noche sin fin.

REY RICARDO Vuelve aquí, y prestad los dos un juramento.

(A AMBOS.) Posad en la real espada vuestras manos proscritas.

Jurad por la obediencia que debéis a Dios

(pues la que me concierne la destierro con vosotros)
guardar el juramento que administro.

No deberéis jamás, que os asistan Dios y la verdad,
trabar uno con otro amistad en el exilio.

Nunca jamás habréis de miraros cara a cara,

ni escribir uno al otro, saludaros, ni apaciguar
la torva tempestad del odio aquí nacido.
Jamás habréis de buscar premeditado encuentro
para urdir intrigas, maquinaciones o complots
contra mí, mi potestad, mis súbditos o mi país.

BOLINGBROKE Lo juro.

MOWBRAY Y yo, para acatar todo esto.

BOLINGBROKE Norfolk, déjame hablarte como a mi enemigo:
a esta hora, si el rey no lo hubiese impedido,
una de nuestras almas ya erraría por el aire,
desterrada del frágil sepulcro de su cuerpo.
Puesto que estos cuerpos son ahora desterrados,
confiesa tus traiciones antes de huir del reino.
Si has de ir tan lejos, no te impongas
la carga abrumadora de un corazón culpable.

MOWBRAY No, Bolingbroke, si alguna vez fui traidor,
que tachen mi nombre del libro de la vida,
y me expulsen del cielo como ahora de aquí.
Pero lo que tú eres, Dios, tú y yo lo sabemos,
y muy pronto, me temo, el rey va a lamentarlo.
Adiós, mi soberano, ya no podré extraviar mi camino:
salvo el regreso a casa, el mundo entero es mi ruta.

REY RICARDO Tío, en el espejo mismo de tus ojos
puedo ver tu corazón acongojado. Tu triste aspecto
ha arrancado cuatro de sus años de destierro.
(A BOLINGBROKE.) Pasados seis gélidos inviernos,
regresa, bienvenido, de tu exilio.

BOLINGBROKE

¡Qué tiempo tan extenso cabe en tan pequeña palabra!
Cuatro fatigosos inviernos y cuatro traviesas primaveras
se apuran en una palabra: tal es el aliento de los reyes.

JUAN DE GANTE Agradezco a su alteza que en deferencia a mí
acorte en cuatro años el destierro de mi hijo.
Pero poca ventaja cosecharé de ello,
pues antes de que los años que ha de pasar ausente
puedan mudar sus lunas y cumplir estaciones,
mi lámpara de aceite y mi llama que el tiempo ha menguado
se habrán extinguido en la vejez y la perpetua noche.

Mi porción de bujía estará ya acabada y consumida,
y la ciega muerte me impedirá ver de nuevo a mi hijo.

REY RICARDO Pero, tío, te quedan muchos años por vivir.

JUAN DE GANTE Pero no puedes darme tú, rey, ni un minuto.

Puedes abreviar mis días con una abrupta pena,
y privarme de noches, mas no alargar mi vida.
Puedes asistir al tiempo para llenarme de arrugas,
mas no detener su avance cuando se empiecen a ahondar.
Tu sentencia concurre con el tiempo para acercar mi muerte;
muerto, todo tu reino no podría redimir mi aliento.

REY RICARDO Tu hijo es desterrado tras juiciosa asamblea,
y en ese veredicto tu lengua tuvo parte.
¿Por qué entonces ahora deploras la justicia?

JUAN DE GANTE Las cosas dulces son al gusto de agria digestión.

Me urgiste a ser juez, mas habría preferido
que me hubieses instado a argüir como padre.
¡Ay, dolor! Anhelaba que alguno me dijese
que era estricto en exceso expulsando a mi propio hijo,
pero dejaste que mi lengua reticente
me infligiera este daño contra mi voluntad.

REY RICARDO Primo, hasta la vista; y tío, despídete también.
Seis años lo he exiliado, y ya debe partir.

Fanfarria.

*Salen todos salvo AUMERLE, el LORD MARISCAL
JUAN DE GANTE y BOLINGBROKE.*

AUMERLE (A BOLINGBROKE.)

Primo, ve con bien. Lo que la real presencia no pueda saber,
desde el sitio en donde vivas, confíalo al papel.

Sale.

LORD MARISCAL (A BOLINGBROKE.)

Milord, no me despido, pues voy a cabalgar
hasta donde la tierra me deje estar con vos.

JUAN DE GANTE (A BOLINGBROKE.)

Ay, ¿con qué motivo acopias tus palabras,
negando a tus amigos respuesta a sus adioses?

BOLINGBROKE Pocas palabras encuentro para despedirme de vos,

cuando más pródiga la lengua tendría que ser
para exhalar el gran dolor del corazón.

JUAN DE GANTE Tu pena no es más que tu ausencia por un tiempo.

BOLINGBROKE

Ausente la alegría, el presente es una pena sin tiempo.

JUAN DE GANTE ¿Qué son seis inviernos? Pasan muy pronto.

BOLINGBROKE

Para quien vive en alegría. Pero la pena convierte una hora en diez.

JUAN DE GANTE Llámalo un viaje que emprendes por placer.

BOLINGBROKE Mi corazón suspirará con ese falso nombre,
al darse cuenta de que es una peregrinación forzada.

JUAN DE GANTE Considera la triste procesión de tus pasos fatigados
como una montura en la que habrás de engastar
la muy preciosa joya de tu regreso a casa.

BOLINGBROKE Ah, ¿quién puede sostener un fuego entre las manos
pensando solo en el helado Cáucaso,
saciar el voraz filo del hambre
con la simple ilusión de un gran festín,
o revolcarse desnudo en las nieves de diciembre
tan solo imaginando el calor del verano?
¡Ah, no!, anticipar el bien futuro
solo realza el dolor del mal presente.
El diente de la feroz congoja nunca infecta más
que cuando muerde sin dejar herida abierta.

JUAN DE GANTE Vamos, vamos, hijo mío, yo te pondré en camino.
Si tuviese tu juventud y tu causa, no me demoraría aquí.

BOLINGBROKE Suelo de Inglaterra, hasta la vista, pues. Amada
tierra, adiós,
¡madre y nodriza mías que aún me alimentáis!
Dondequiera que vaya, podré siempre jactarme:
por más que desterrado, soy auténtico inglés.

Salen.

ESCENA IV

*Entra el REY RICARDO con GREEN
y Bagot por una puerta, y el duque de AUMERLE por otra.*

REY RICARDO Estábamos observando... Primo Aumerle,
¿hasta dónde acompañasteis al altivo de Hereford?

AUMERLE Acompañé al altivo de Hereford, ya que así lo llamáis,
hasta el primer camino, y allí lo abandoné.

REY RICARDO

Y dime, ¿cuántas lágrimas se derramaron con la partida?

AUMERLE

A fe que ninguna por mi parte; solo que el viento nordeste,
que castigaba con saña nuestros rostros,
despertó los dormidos lagrimales, y así por azar
adornó con una lágrima la seca despedida.

REY RICARDO ¿Qué dijo nuestro primo al apartarse de ti?

AUMERLE «Adiós». Y como mi corazón rehusaba que mi lengua
profanase esa palabra, me enseñó el artificio
de aparentar una pena tan profunda
que las palabras parecían sepultadas en la tumba del dolor.
¡Virgen mía! Si la palabra «adiós» pudiese añadir horas
y agregar años a su corto exilio,
le habría dado un libro entero de adioses;
pero no siendo así, no recibió de mí ninguno.

REY RICARDO Es nuestro primo, primo; mas queda en duda,
cuando el tiempo lo traiga a casa de su exilio,
que nuestro pariente visite a sus amigos.
Yo mismo, Bushy, Bagot aquí presente y Green
lo hemos visto cortejar al pueblo llano.
¡Cómo parecía arrojarle a sus corazones
con una cortesía humilde y familiar!
¡Qué respeto dispensaba a los siervos, cómo halagaba
a los pobres artesanos con el arte de la sonrisa
y con la calma aceptación de su destino,
como si quisiera llevar esos afectos al exilio!
Vuela su gorra hacia una pregonera de ostras.
Un par de carreteros le dicen «Dios os guarde».
Y él recibe el tributo de su blanda rodilla
con un «Gracias compatriotas, fieles amigos»,
como si nuestra Inglaterra fuese legado suyo,

y él fuese el heredero que anhelan mis vasallos.

GREEN Pues bien, ya se ha ido, y con él sus ideas.

En cuanto a los rebeldes insurrectos en Irlanda, es menester, mi soberano, una acción pronta, antes que la demora redunde en mayores medios para ventaja de ellos y merma de su alteza.

REY RICARDO Yo iré a esa guerra en persona, y como nuestros cofres, con una corte tan vasta y mi gran munificencia están algo livianos, debo colocar en arriendo el dominio real; los ingresos resultantes bastarían para pagar la empresa entre manos. Si fuese insuficiente, tendrán mis delegados carta blanca para fijar impuestos y, una vez que averigüen cuáles hombres son ricos, les impondrán tributos por grandes sumas de oro, que despacharán cuanto antes para cubrir mis gastos; pues me encamino a Irlanda de inmediato.

Entra BUSHY.

Bushy, ¿qué noticias hay?

BUSHY

El anciano Juan de Gante está gravemente enfermo, majestad. Ha sido súbito, y entonces con gran prisa ruega a su alteza que vaya a visitarle.

REY RICARDO ¿Dónde está?

BUSHY En Ely House.

REY RICARDO Oh, Dios, pon en la cabeza de su médico gran premura por encauzarlo a la tumba. Los farros de sus cofres habrán de ser casacas para nuestros soldados en las guerras de Irlanda. Vamos, caballeros, vamos todos a visitar a Gante. ¡Quiera Dios que arribemos pronto y lleguemos ya tarde!

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

*Entran JUAN DE GANTE, duque de Lancaster, enfermo
y cargado en una silla, con el duque de YORK.*

JUAN DE GANTE ¿Vendrá el rey para que mi último suspiro
sea consejo saludable a su alocada juventud?

YORK No os atormentéis ni fatiguéis el aliento,
que en su oído todo consejo es aire vano.

JUAN DE GANTE

Ah, pero dicen que la lengua de un hombre agonizante
conmina a la atención como un profundo acorde.
Cuando pocas palabras quedan, es raro que se usen en vano,
pues respiran verdad las palabras dichas con dolor.
El que nada volverá a decir es mejor escuchado
que quienes jóvenes y ociosos derrochan las palabras.
Más atiende la gente al final de una vida que a esa vida.
El sol poniente y el final de una tonada,
como el dejo de un dulce, aún más dulce al final,
se graban más en la memoria que otras cosas pasadas.
Aunque Ricardo jamás haya escuchado mis consejos,
quizá mis graves palabras moribundas le destapen el oído.

YORK No, lo obstruyen otros sonidos lisonjeros,
alabanzas de un gusto que espantaría a los sabios,
versos lascivos de tono venenoso
que el dispuesto oído juvenil escucha siempre,
relato de las usanzas en la soberbia Italia,
cuyas maneras copia, cual simio retardado,
nuestro reino tardío y servil para imitar.
¿Dónde en el mundo surge un designio vano
(con tal que nuevo no importa cuán vil)
que no zumbe muy pronto en su real oreja?
Llega el consejo pero es muy tarde,
cuando la voluntad se ha sublevado contra el juicio.
En vano intentas orientar a quien elegirá su propia vía
a ti te falta aliento, y ese es el aliento que has de desperdiciar.

JUAN DE GANTE Me concibo un profeta recién inspirado
que al expirar predice el futuro que espera al rey.
La fiera e impetuosa llama de su abuso no durará,
pues las violentas hogueras se consumen a sí mismas.
La llovizna menuda dura largo,
mas la tempestad repentina es siempre breve.
Quien muy veloz aprieta el paso, muy pronto se fatiga
No alimenta sino asfixia el alimento de quien lo engulle voraz.
fútil vanidad del insaciable cormorán,
que, consumidas sus reservas, se consume a sí mismo.
¡Ay!, este real trono de reyes, esta isla sitial del cetro,
esta tierra de majestad, residencia de Marte,
este otro edén, este casi paraíso,
este fuerte que la naturaleza erigió para sí misma
contra el contagio y la dura mano de la guerra,
esta feliz raza de hombres, este pequeño mundo,
esta gema engastada en mar de plata,
que hace en su servicio las veces de muralla
o foso defensor que circunda un castillo
contra la envidia de reinos menos venturosos;
esta bendita parcela, esta tierra, este reino, esta Inglaterra,
nodriza y matriz fecunda de monarcas reales
temidos por casta y célebres por cuna,
renombrados por sus gestas (en pro de la cristiandad
y la leal caballería) en parajes tan lejanos
como el sepulcro sacro en la obstinada Judea
del redentor del mundo, el hijo de María;
esta tierra de tan valiosas almas, esta invaluable tierra
preciada por su reputación en todo el orbe,
se encuentra ahora arrendada (muero al decirlo)
como una exigua vivienda o una granja miserable.
Cercada por la mar triunfante, Inglaterra,
cuya costa rocosa repele el envidioso asalto
del acuoso Neptuno, se ve hoy cercada por la deshonra,
con borrones de tinta y bonos de papel podrido.
Esta Inglaterra que antes conquistaba a otros,
se avasalla a sí misma indignamente.
¡Ay, si tanta vergüenza se esfumase con mi vida,
qué feliz sería mi cercana muerte!

Entran el REY RICARDO y la REINA, el duque de Aumerle Bushy, Green, Bagot, lord ROSS y lord WILLOUGHBY.

YORK Ahí viene el rey. Tratad su juventud serenamente,
que los potros fogosos, al ser frenados, más se irritan.

REINA ¿Cómo se siente nuestro noble tío Lancaster?

REY RICARDO ¿Algún alivio, tío? ¿Cómo está el anciano Gante?

JUAN DE GANTE ¡Ay, cómo esa palabra se ajusta a mi condición!

Un Gante anciano en verdad, y en la vejez descarnado.
En mí la pena ha mantenido su obstinado ayuno,
¿y quién que deje de comer no enflaquece?
Largo tiempo he velado por la Inglaterra dormida.
La vigilia engendra delgadez, la delgadez descarna.
La dicha que nutre a ciertos padres
es mi estricto ayuno: hablo de ver a mis hijos.
Así al condenarme a este ayuno, me dejas enjuto.
Enjuto llego a la tumba, enjuto como una tumba,
cuya matriz vacía no hereda más que huesos.

REY RICARDO

¿Puede un enfermo jugar frívolamente con su nombre?^[18]

JUAN DE GANTE No, la desdicha se solaza mofándose de sí misma.

Ya que pretendes matar mi nombre en mí,
me burlo de mi nombre, excelso rey, para halagarte.

REY RICARDO ¿Deben los moribundos halagar a los que viven?

JUAN DE GANTE No, no, los vivos halagan a los que mueren.

REY RICARDO ¡Tú que casi mueres dices que me halagas!

JUAN DE GANTE ¡Ah, no! Mueres tú, aunque yo esté más enfermo.

REY RICARDO Yo gozo de salud, respiro bien y te veo mal.

JUAN DE GANTE Aquel que me creó sabe cuán mal te veo yo:

muy mal te veo, y en ti el mal veo avanzado.
Tu lecho de muerte es el país entero,
en el que yace enferma tu reputación;
y tú, enfermo por demás indolente,
confías tu ungido cuerpo a los cuidados
de los mismos médicos que antes te hicieron daño.
Mil aduladores buscan sitio en tu corona,
cuyo ámbito estrecho no excede tu cabeza,
y por más que los lindes sean tan diminutos,
sus estragos abarcan el país entero.

Ay, si tu abuelo hubiese visto con proféticos ojos
cómo el hijo de su hijo destruye a sus propios hijos,
habría apartado la deshonra de tu alcance y te habría
despojado antes que poseyeras esa corona,
de la cual como un poseso intentas ahora despojarte.
Aunque fueses, sobrino, gobernante del mundo,
sería una vergüenza poner este país en arriendo.
Pero si el mundo que riges es tan solo esta tierra,
¿no es más que deshonra deshonrarla a tal punto?
Arrendador de Inglaterra eres ahora, no su rey.
Has dejado tu estado, la sede de la ley, sujeto a las leyes, y tú...

REY RICARDO Y tú, tonto lunático de cerebro flaco,
valiéndote de los privilegios del febril,
pretendes con tu gélida admonición
hacer palidecer estas mejillas, ahuyentando, por la ira,
la sangre real de su estancia nativa.
Bien, yo prometo por la alta majestad de mi trono,
que si no fueses hermano del hijo del gran Eduardo,
esa lengua que rueda tan ágil en tu cabeza
con todo y la cabeza rodaría del cuello irreverente.

JUAN DE GANTE Ah, hijo de mi hermano, no me eximas de nada,
por ser hijo de su mismo padre, el gran Eduardo.
Como el pelícano has chupado esa sangre que nombras
y luego hasta la embriaguez la has bebido.
Mi hermano Gloucester, un alma limpia y buena
(la tenga el cielo en su gloria entre las almas dichosas)
bien puede ser claro precedente y testimonio
de que no has vacilado en verter sangre de Eduardo.
Únete a esta enfermedad que ahora me agobia,
y conjuga tu crueldad con los años despiadados,
para cortar de cuajo una flor hace tiempo marchita.
Vive en la deshonra, mas la deshonra no muera contigo.
Que estas palabras sean en adelante tu verdugo.
(A sus criados.) Conducidme a mi lecho, luego a la tumba.
Sea amable la vida con quienes amor y honor tienen.

Sale cargado en una silla.

REY RICARDO

Y sea presta la muerte con quienes tienen vejez y rencor.
Tú tienes una y otro, y ambos te acercan a la tumba.

YORK Suplico a vuestra majestad imputar esas palabras
al extravío de un doliente y a su larga edad.
Os ama, por vida mía, y os estima
como Enrique, duque de Hereford, si estuviese aquí.

REY RICARDO Dices la verdad: el suyo es como el amor de Hereford,
y como el de ellos, el mío; y que todo siga así.

Entra el duque de NORTHUMBERLAND.

NORTHUMBERLAND

Mi soberano, el viejo Gante se encomienda a vuestra majestad.

REY RICARDO ¿Qué ha dicho?

NORTHUMBERLAND No, nada: todo está dicho.

Su lengua es ahora un instrumento sin cuerdas.
El viejo Gante ha consumido las palabras, la vida, y todo.

YORK ¡Ojalá sea York el siguiente en quebrar de igual modo!
Por mísera que sea la muerte acaba con un dolor mortal.

REY RICARDO El fruto más maduro es el primero en caer, y así ha sido.

Su tiempo se ha agotado; nuestro peregrinaje ha de seguir.
Basta de esto. Ahora a nuestras guerras de Irlanda.
Debemos expulsar a esos toscos soldados de pelo hirsuto,
que corroen cual veneno una tierra donde
otros venenos no tienen el privilegio de vivir.
Y ya que estas empresas demandan grandes gastos,
por el bien de esa causa hago incautación
del oro, la platería, las rentas y los muebles
que estaban en posesión de mi tío Juan de Gante.

YORK ¿Cuánto tiempo tendré que ser paciente? Ah, ¿cuánto tiempo
la lealtad debida me hará tolerar tanta injusticia?
Ni la muerte de Gloucester, ni el destierro de Hereford,
ni las afrentas a Gante, ni los perjuicios al pueblo inglés,
ni los estorbos al pobre Bolingbroke
para celebrar su boda, ni mi propia desgracia,
han plegado de acritud mis pacientes mejillas,
ni fruncido mi ceño delante de mi señor.
Yo soy el último hijo del noble Eduardo,
de quien tu padre, el príncipe de Gales fue el primero.
En la guerra jamás león furioso fue más fiero,
en la paz jamás manso cordero fue más dulce,

que aquel caballero joven y excelso.
Tienes su mismo rostro, pues tal era su aspecto,
cuando contaba tu mismo número de horas.
Mas cuando fruncía el ceño era contra el francés,
y no contra sus amigos. Su noble mano
había conquistado cuanto gastaba, y no gastaba
aquello que la mano triunfante de su padre había ganado.
Sus manos no vertieron nunca sangre de familia,
pero fue sangriento con los rivales de su estirpe.
¡Ah!, Ricardo, a York lo abate la aflicción;
de otro modo nunca te habría comparado con él.

REY RICARDO ¡Cómo, tío! ¿Qué pasa?

YORK Ah, mi soberano,
perdóname si a bien tienes; si no, yo tendré a bien
el no ser perdonado, y quedará con ello satisfecho.
¿Pretendes apoderarte de las propiedades y títulos
del desterrado Hereford y retenerlas en tus manos?
¿No ha muerto Gante? ¿Y no vive Enrique?
¿No era justo Gante? ¿Y no es Enrique leal?
¿No merecía el padre tener un heredero?
¿Y no es su heredero un hijo meritorio?
Arrebátale a Hereford sus derechos, y arrebátale
al tiempo sus derechos y consuetudinarios fueros.
Impide que mañana siga al día de hoy;
deja de ser quien eres; pues ¿cómo has llegado a rey
sino por herencia y sucesión legítimas?
Ahora delante de Dios (¡y Dios no quiera
que yo diga la verdad!) si retiras
ilegalmente los derechos de Hereford,
revocas las cartas patentadas que le permiten
reclamar por intermedio de sus apoderados
sus tierras, y le niegas el homenaje debido,
emplazas sobre tu cabeza mil peligros,
pierdes mil corazones propicios a ti,
e incitas mi afable paciencia a pensamientos
que el honor y la lealtad no deben frecuentar.

REY RICARDO Piensa lo que quieras; confisco en mis manos
su platería, sus bienes, su dinero y sus tierras.

YORK No estaré aquí para verlo. Mi soberano, adiós.

Qué resultará de esto, nadie puede decirlo.
Pero de las malas conductas bien podemos colegir
que jamás tendrán buenas consecuencias.

REY RICARDO Anda, Bushy, a ver enseguida al conde de Wiltshire.

Ordena que se reúna conmigo en Ely House
para que veamos este asunto. Mañana en la mañana
partiremos a Irlanda, y apenas hay tiempo, creo.
Mientras dure mi ausencia, nombraré
a mi tío York lord gobernador del reino;
pues él es justo y siempre me quiso bien.
Vamos, mi reina; mañana debemos separarnos.
Mas alégrate, que el tiempo de mi ausencia será breve.

*Toque de trompeta. Salen BUSHY por una puerta
el REY RICARDO, la REINA, Aumerle, Green y Bagot
por otra. Se quedan NORTHUMBERLAND,
WILLOUGHBY y ROSS.*

NORTHUMBERLAND

Bien, señores, el duque de Lancaster ha muerto.

ROSS Y vive también, pues ahora su hijo es duque.

WILLOUGHBY Tan solo en título, que no en ingresos.

NORTHUMBERLAND Sobradamente en ambos, si se hiciera justicia.

ROSS Mi corazón está henchido, mas estallará en silencio
antes que hallar alivio en una lengua libertina.

NORTHUMBERLAND

No, di lo que piensas, y que por siempre quede mudo
quien repita tus palabras para perjudicarte.

WILLOUGHBY

¿Estás diciendo que quieres hablar del duque de Hereford?
Si es así, desata animoso la lengua, amigo.
Mis oídos están prestos a oír palabras favorables a él.

ROSS No hay ningún favor que yo le pueda hacer
a menos que llaméis favor al compadecerle,
privado como está y emasculado de su justo patrimonio.

NORTHUMBERLAND

¡Dios! Qué vergüenza que se cometan tales injusticias
contra él, un príncipe real, y contra muchos otros
de sangre noble, en este reino declinante.

El rey no es soberano de sí mismo; lo manejan vilmente sus aduladores; y sean cuales fueren las acusaciones de mero odio contra cualquiera de nosotros, el rey querrá imponer castigos rigurosos contra nuestras vidas, nuestros hijos y herederos.

ROSS Ha expoliado al pueblo raso con onerosos impuestos, y ha perdido el favor de sus corazones. Ha insultado a los nobles con viejas querellas, y también ha perdido su favor.

WILLOUGHBY Y cada día se fraguan nuevas exacciones, como cartas blancas, préstamos forzados y no sé qué más. ¿Pero adónde, por Dios, va a parar todo eso?

NORTHUMBERLAND

En guerras no se ha gastado, pues no las ha emprendido, al contrario, ha cedido ruinmente y con turbios compromisos aquello que sus ancestros ganaron en batalla. Más ha gastado en la paz que ellos en la guerra.

ROSS El conde de Wiltshire tiene el reino arrendado.

WILLOUGHBY El rey está en bancarrota como un hombre insolvente.

NORTHUMBERLAND El oprobio y la ruina se ciernen sobre él.

ROSS A pesar de sus impuestos dispendiosos, no tenía el dinero para estas guerras de Irlanda, hasta que saqueó al duque desterrado.

NORTHUMBERLAND Su noble pariente. ¡Qué rey degenerado!

Pero, milores, escuchamos silbar la horrenda tempestad, y no buscamos abrigo para escapar de la borrasca. Vemos que el viento azota nuestras velas, y en vez de oponernos, avanzamos confiados a la muerte.

ROSS Vemos muy claro el naufragio que vamos a sufrir, y ahora es ineluctable el peligro de haber soportado tanto las causas del desastre.

NORTHUMBERLAND

No es así: incluso entre las cuencas vacías de la muerte atisbo la obstinada vida; mas no me atrevo a decir cuán cerca están las nuevas que nos han de confortar.

WILLOUGHBY No; déjanos escuchar tus pensamientos como has tú escuchado los nuestros.

ROSS Habla en toda confianza, Northumberland.

Los tres somos uno solo y, hablando así, tus palabras
no pasan de pensamientos. Sé atrevido, pues.

NORTHUMBERLAND

Sea. Desde Port Le Blanc, una bahía de Bretaña,
he recibido informes de que Enrique,
duque de Hereford, lord Reinaldo Cobham,
Tomás, hijo y heredero del conde de Arundel
(recientemente distanciado del duque de Exeter),
su hermano el antiguo arzobispo de Canterbury,
sir Tomás Erpingham, sir Tomás Ramston, sir Juan Norbery,
sir Roberto Waterton, y Francisco Coint,
todos bien equipados por el duque de Bretaña
con ocho grandes naves, tres mil hombres de guerra,
navegan hacia aquí con gran celeridad,
y confían en tocar pronto nuestra costa del Norte.
Quizá habrían llegado, pero han dispuesto aguardar
a que el rey parta hacia Irlanda.
Si queremos pues librarnos del yugo esclavizante,
zurcir las alas rotas de una nación mancillada,
sacudir el polvo que empaña el oro del cetro,
y hacer que la más alta majestad parezca majestuosa,
venid conmigo a Ravenspurgh al punto.
Mas si os falta aliento, y teméis hacerlo,
quedaos y tened sigilo, que iré yo solo.

ROSS ¡A los caballos, a los caballos!

Habla de dudas a quienes sufran temores.

WILLOUGHBY Aguanta, corcel mío, y yo seré el primero.

Salen.

ESCENA II

Entran la REINA, BUSHY y BAGOT.

BUSHY Señora, vuestra majestad está triste en extremo.

Prometisteis al separaros del rey
poner de lado la malsana pesadumbre
y procurar el cultivo de una disposición alegre.

REINA Lo hice por complacer al rey; por mí
no puedo hacerlo. Y con todo no sé de causa alguna
para dar la bienvenida a un huésped como la pena,
salvo el haber despedido a un huésped tan dulce
como mi dulce Ricardo. Y sin embargo creo sentir
que un dolor avanza hacia mí no nato,
que madura en el vientre del destino,
y mi alma en lo más profundo
tiembla con cualquier cosa. Algo la acongoja
además de la partida de mi señor el rey.

BUSHY Cada sustancia de un dolor posee veinte sombras
que toman la forma misma del dolor sin serlo.
Pues el ojo de la pena, nublado con lágrimas vidriosas,
divide una cosa única en multitud de objetos,
como esas perspectivas que observadas de frente
no muestran sino confusión, pero de sesgo
revelan formas claras. Por tanto, vuestra afable majestad,
al contemplar de sesgo la ausencia del señor vuestro,
encontrará cien formas más de pena que llorar,
que vistas de frente, y como se debe, solo son sombras
de lo que nada es. Por eso, tres veces garbosa reina,
no lloréis lo que no sea la ausencia del rey: no hay nada más,
o si lo hay, proviene del ojo falso de la pena,
que llora como ciertas las cosas imaginadas.

REINA Puede que así sea, pero lo más oculto de mi alma
me indica que es de otra manera. Sea como fuere,
no puedo escapar a la tristeza; una tristeza tan intensa
que, aunque piense en no pensar en cosa alguna,
el peso de tan honda nada me desmaya y amilana.

BUSHY Son solo quimeras, mi gentil señora.

REINA Nada más lejos de ello: las quimeras derivan siempre
de alguna pena anterior; no es ese el caso mío;
pues o nada ha engendrado ese algo que es mi pena,
o hay algo en esa nada que me aflige
y es algo que a mí me espera y corresponde.
Pero ¿qué puede ser? No lo sé todavía;
no puedo nombrarlo; es un dolor sin nombre, creo.

Entra GREEN.

GREEN Dios salve a vuestra majestad, y bien hallados caballeros.
Espero que el rey no se haya embarcado para Irlanda.

REINA ¿Por qué lo esperas? Más vale esperar que lo haya hecho,
pues sus designios piden premura, y su premura es esperanza.
¿Por qué esperas pues que no se haya embarcado?

GREEN Porque así él, nuestra esperanza, habría podido
retener sus tropas y trocar en desesperación las esperanzas,
de un adversario, que resueltamente
ha plantado su pie en nuestro reino.
Bolingbroke ha puesto fin por sí mismo a su destierro,
y con armas enhiestas ha llegado sano y salvo
a Ravenspurgh.

REINA ¡Que el Dios del cielo nos auxilie!

GREEN

¡Ay, señora, es demasiado cierto! Además, y esto es aún peor,
lord Northumberland, su joven hijo Enrique Percy,
los lores Ross, Beaumont y Willoughby
han corrido a unirse a él con sus poderosos amigos.

BUSHY ¿Por qué no habéis proclamado a Northumberland,
y todo el resto, una facción de traidores revoltosos?

GREEN Ya lo hemos hecho; al ver lo cual el conde de Worcester
ha roto su bastón, renunciado a su regencia,
y con todos sus hombres se ha unido a Bolingbroke.

REINA De modo, Green, que eres tú la partera de mi mal,
y Bolingbroke el vástago funesto de mi pena.
Ahora ya mi alma ha procreado su engendro,
y yo, jadeante madre recién deshabitada,
he añadido mal al mal, pena a la pena.

BUSHY No desesperéis, señora.

REINA ¿Quién podrá impedírmelo?

Quiero desesperar, y ser enemiga
de la engañosa esperanza. Es una adúladora,
parásita y postergadora de esa muerte
que dulcemente desatará los lazos de la vida,
que la esperanza falaz prolonga demasiado.

Entra el duque de YORK con una pieza metálica alrededor del cuello.

GREEN Aquí llega el duque de York.

REINA Con señales de guerra en el anciano cuello.
Sus facciones se ven llenas de ansiosas inquietudes.
Tío, por el amor de Dios, decidnos palabras de consuelo.

YORK Si así lo hiciera, engañaría a mis pensamientos.
El consuelo está en el cielo y nosotros en la tierra,
donde solo hay fastidios, preocupaciones y penas.
Vuestro esposo ha partido a salvar lejos su reino,
mientras otros quieren derrotarlo en su propio hogar.
Para sostener su tierra me ha dejado a mí,
que, débil por la edad, apenas me sostengo en pie.
Ahora nos llega el insalubre día que propició su abuso.
Ha de poner a prueba a los amigos que tanto le adulaban.

Entra un SERVIDOR.

SERVIDOR Milord, vuestro hijo partió antes de que yo llegara.

YORK ¿Partió? Pues bien, que sea lo que ha de ser.
Los nobles han huido. Los comunes muestran desapego,
y, mucho me temo, se rebelarán en favor de Hereford.
Lacayo, ve pronto donde mi hermana Gloucester.
Dile que me envíe mil libras de inmediato...
Espera; lleva mi anillo.

SERVIDOR Milord, olvidé contarle a vuestra señoría,
que hoy cuando venía me detuve allí...
Pero al contar el resto tendré que atribularos.

YORK ¿Qué es, canalla?

SERVIDOR Una hora antes de mi llegada, murió la duquesa.

YORK Dios piadoso, ¡qué aluvión de infortunios
se abalanzan al tiempo sobre esta tierra desdichada!
No sé qué hacer. Quisiera el cielo,
que aun hallando en mí deslealtad,
el rey me hubiese cortado la cabeza
el mismo día que a mi hermano.
¡Cómo! ¿No se han despachado correos a Irlanda?
¿Cómo obtendremos el dinero para estas guerras?
(A la REINA.)
Venid, hermana... prima, quería decir; ruego me perdonéis.

(Al SERVIDOR.)

Vete, muchacho, vuelve a casa. Procúrate unos carros, y tráete las armas que encuentres allá.

Sale el SERVIDOR.

Caballeros, ¿podéis ir a reunir a vuestros hombres? Si digo de qué forma sé arreglar estos asuntos que con tanto desorden caen entre mis manos, no lo creáis jamás. Ambos son mis parientes. Uno es mi soberano, a quien mi juramento amén de mi deber me obliga a defender; y el otro también es mi familia, a quien el rey ha agraviado, y a quien la conciencia y la sangre me ordenan apoyar. Bueno, algo tenemos que hacer.

(A la REINA.) Venid, prima, yo os buscaré acomodo.

Caballeros, marchad a congregar a vuestros hombres, y encontradme cuanto antes en el castillo de Berkeley. También tendría que ir a Pleshey, mas no lo permite el tiempo. Todo se muestra fragoso, y todo está mangas por hombros.

*Salen el duque de YORK y la REINA.
Se quedan BUSHY, BAGOT y GREEN.*

BUSHY El viento sopla favorable para enviar noticias a Irlanda, pero no trae ninguna. En cuanto a reclutar tropas comparables a las enemigas, es del todo imposible.

GREEN Además, la cercanía al rey que delata nuestro afecto nos acerca mucho al odio de quienes no le aman.

BAGOT Así de fluctuantes son los comunes; pues su amor reside solo en sus bolsas, y aquel que las vacía en igual medida llena de odio mortal sus corazones.

BUSHY O sea que el rey está en gran parte condenado.

BAGOT Si de ellos depende la sentencia, también nosotros, que siempre hemos sido cercanos del rey.

GREEN Bien, marcho veloz a refugiarme al castillo de Bristol. El conde de Wiltshire ya se encuentra allá.

BUSHY Iré contigo, pues muy pocos servicios
nos prestarán los odiosos comunes,
como no sea arrancarnos la piel a pedazos.
(A BAGOT.) ¿Vienes con nosotros?

BAGOT No, iré a Irlanda, junto a su majestad.
Id con bien: si los presagios del corazón no son vanos,
aquí nos separamos para no volvernos a encontrar jamás.

BUSHY A menos que York consiga repeler a Bolingbroke.

GREEN ¡Pobre duque! La empresa que acomete
es como contar granos de arena o beber los mares.
Por uno que combata de su lado, mil querrán desertar.

BAGOT Me despido ya, de una vez, de todos y por siempre.

BUSHY Y bien, podría ser que nos veamos de nuevo.

BAGOT Mucho me temo que nunca.

Salen BUSHY y GREEN por una puerta y BAGOT por otra.

ESCENA III

Entran BOLINGBROKE, duque de Lancaster y Hereford, y el conde de NORTHUMBERLAND.

BOLINGBROKE ¿A qué distancia, milord, nos hallamos de Berkeley?

NORTHUMBERLAND

Creedme, noble señor, que aquí en Gloucestershire
soy forastero. Estas colinas altas y agrestes
y estos senderos abruptos, escarpados,
alargan nuestras millas y las hacen fatigosas;
empero vuestra amable plática ha sido como almíbar,
y ha vuelto a trocar el duro camino en dulce y deleitoso.
No obstante me figuro qué ruta tan penosa
habrán tenido de Ravenspurgh a Cotswold
Ross y Willoughby, privados de vuestra compañía
que yo asevero ha reducido en mucho
lo cansino y dilatado de mi viaje.
Mas el de ellos se endulza con la esperanza de tener
el bien que en el presente yo disfruto;
y en la esperanza de un gozo hay menos gozo apenas
que en el gozo cumplido. Así esos lores extenuados

hallarán corta la ruta, como ha ocurrido con la mía
al tener a la vista tan preciado bien: vuestra compañía.

BOLINGBROKE De mucho menos valor resulta mi compañía
que vuestras buenas palabras.

Entra ENRIQUE PERCY.

¿Pero quién se acerca?

NORTHUMBERLAND Es mi hijo, el joven Enrique Percy enviado
por mi hermano Worcester de dondequiera que esté.
Enrique, ¿cómo se encuentra tu tío?

ENRIQUE PERCY

Confiaba, milord, en saber de su salud de boca vuestra.

NORTHUMBERLAND ¡Cómo! ¿Acaso no está con la reina?

ENRIQUE PERCY No, mi buen lord, ha abandonado la corte,
roto el bastón de su cargo, y dispersado
la casa real.

NORTHUMBERLAND ¿Cuál fue la razón?

No lo vi tan decidido la última vez que hablamos.

ENRIQUE PERCY Porque vuestra señoría fue proclamado traidor.
Pero él, milord, ha marchado a Ravenspurgh
a ofrecer sus servicios al duque de Hereford,
y me ha enviado a Berkeley para indagar
qué fuerzas ha reclutado allí el duque de York,
y encaminarme luego a Ravenspurgh.

NORTHUMBERLAND ¿Has olvidado al duque de Hereford, muchacho?

ENRIQUE PERCY No, mi buen señor, pues no podría olvidar
lo que nunca he recordado. Que yo tenga conciencia,
jamás en la vida puse los ojos en él.

NORTHUMBERLAND Pues aprende a conocerlo desde ahora.
Este es el duque.

ENRIQUE PERCY Mi gallardo lord, os ofrezco en servicio mi persona,
tal como soy: joven, inexperto y frágil,
mas con los días habré de madurar y demostrar
ser digno de más alto servicio y más estima.

BOLINGBROKE Te lo agradezco, gentil Percy, y te aseguro

que nada me hace tan dichoso
como recordar de corazón buenos amigos;
y en tanto mi fortuna madura con tu afecto,
la lealtad de tu afecto encontrará recompensa.
Mi corazón se acoge a este pacto; mi mano así lo sella.

Le extiende la mano a ENRIQUE PERCY.

NORTHUMBERLAND ¿Cuánto falta de aquí a Berkeley, y qué faenas ocupan al viejo York con sus hombres de guerra?

ENRIQUE PERCY Allí se erige el castillo, tras las copas de esos árboles, defendido, según se dice, por trescientos hombres, y en su interior los lores de York, Berkeley y Seymour, y ningún otro de renombre o noble aprecio.

*Entran lord ROSS
y lord WILLOUGHBY.*

NORTHUMBERLAND Aquí llegan los señores de Willoughby y Ross, espuelas en sangre y rostro en ascuas por la prisa.

BOLINGBROKE Bienvenidos, milores. Sé que vuestro afecto se cifra en un traidor desterrado. Todo mi tesoro solo es por ahora impalpables gracias, pero una vez rico, ha de recompensar vuestro afecto y esfuerzos.

ROSS Vuestra presencia, noble señor, nos enriquece.

WILLOUGHBY

Y en mucho excede nuestro esfuerzo por acceder a ella.

BOLINGBROKE Siempre son las gracias el erario del pobre, y hasta que mi fortuna, hoy incipiente, llegue a su edad serán la prenda de mi munificencia.

Entra BERKELEY.

¿Pero quién llega aquí?

NORTHUMBERLAND Es milord de Berkeley, según creo.

BERKELEY Milord de Hereford, mi mensaje es para vos.

BOLINGBROKE Milord, responderé al nombre de «Lancaster», y he venido a procurar ese nombre en Inglaterra. Así pues, debo hallar el título en vuestros labios antes de dar respuesta a una sola cuestión.

BERKELEY No os llaméis a error, milord, no es mi propósito talar de vuestro nombre un título de honor. Vengo a buscaros, milord de lo que tengáis a bien, de parte del muy gentil regente de esta tierra, el duque de York, para saber qué os ha espoleado a sacar ventaja de la ausencia real y ahuyentar la paz doméstica con armas egoístas.

Entra el duque de YORK.

BOLINGBROKE Ya no hará falta que transmitas mis palabras. Llega aquí su gracia en persona... ¡Mi noble tío!

Se arrodilla.

YORK Muéstrame la humildad del corazón y no de tu rodilla cuya baja función es servil y engañosa.

BOLINGBROKE Mi gallardo tío.

YORK ¡Ta, ta!, ni llames gracia a mi gracia, ni me endilgues un tu tío. No soy tío de un traidor, y la palabra «gracia» en boca de un traidor es solo un sacrilegio. ¿Por qué esos pies desterrados y proscritos osan tocar una mota del polvo inglés? Mas hay otros porqués: ¿por qué han osado recorrer millas y millas sobre el seno apacible del país alarmando las aldeas con pálido espanto de guerra y ostentación de armas despreciables? ¿Vienes porque está ausente el rey ungido? Has de saber, muchacho necio, que el rey no está pero también está, y en mi pecho leal reside todo su poder. Si fuese aún dueño y señor de juventud tan ardiente como cuando tu padre, el bravo Gante, y yo rescatamos al Príncipe Negro, joven Marte entre los hombres, de entre las filas de miles de franceses, ¡oh, entonces qué tan presto el brazo mío, prisionero hoy del torpor, te daría castigo e impondría correctivo a tu enorme falta!

BOLINGBROKE Mi gallardo tío, dejadme saber mi falta. ¿De qué carácter es y en qué consiste?

YORK Es del carácter más grave que concibo:
consiste en rebelión flagrante y traición vil.
Eres un hombre proscrito y aquí vuelves
antes de que expire tu condena
a empuñar armas en contra de tu monarca.

BOLINGBROKE (*Levantándose.*)

Cuando fui desterrado, se desterraba a Hereford;
mas ahora que vuelvo, vuelvo como Lancaster.
Y, mi noble tío, suplico vuestra gracia;
considerad mis yerros con mirada imparcial.
Vos sois mi padre, pues al pensar en vos
vuelvo a ver vivo al viejo Gante. Entonces, padre mío,
¿vais a permitir que se prolongue mi condena
a errar cual vagabundo, mis títulos y bienes
arrancados por la fuerza y otorgados
a pródigos advenedizos? ¿Para qué he nacido?
Si mi primo el rey es rey de Inglaterra,
hay que aceptar que soy el duque de Lancaster.
Tenéis un hijo, mi noble primo Aumerle.
Si hubieseis muerto antes y él fuese pisoteado así,
habría encontrado en su tío Gante un padre
para vengarle de su perseguidor y hostigarle sin cuartel.
Se me niega el derecho de reclamar mis tierras,
por más que me autoricen las cartas de patente.
Los bienes de mi padre han sido incautados y vendidos,
y con todos los demás se destinan a malos usos.
¿Qué queréis que haga? Soy un súbdito,
apelo a la ley; el auxilio de apoderados se me niega;
por tanto vengo en persona a reivindicar
mis derechos legítimos de herencia.

NORTHUMBERLAND

Son muchos los abusos que ha sufrido el pobre duque.

ROSS Corresponde a vuestra gracia rectificar sus derechos.

WILLOUGHBY Con su dote se engrandecen hombres ruines.

YORK Milores de Inglaterra, dejadme decir algo.

Me han dolido los agravios que ha sufrido mi sobrino,
y he puesto mi empeño en que se le haga justicia.
Pero venir de esta guisa, con armas desafiantes,

cortando su propia parte y tallando su camino,
buscando justicia injustamente..., eso no puede ser.
Y vosotros, que lo apoyáis de esta manera,
cultiváis la rebelión y sois todos rebeldes.

NORTHUMBERLAND

El noble duque ha jurado que regresaba tan solo
a reclamar lo suyo, y para sustentar su derecho
todos hemos jurado concederle ayuda;
que no tenga un día de alegría si rompe su promesa.

YORK Bien, bien, ya veo la razón de tantas armas.

No puedo remediarlo, tengo que confesar,
pues mis tropas son escasas y mal dotadas.
Mas si pudiera, ¡por aquel que me dio vida!,
os detendría a todos, y os haría postrar
ante la clemencia soberana del rey.
Pero ya que no puedo, debéis saber todos
que permanezco neutral. Así que id con bien...
A menos que os plazca entrar en el castillo
y reposar allí por esta noche.

BOLINGBROKE Ofrecimiento, tío, que aceptamos de buen grado.

Mas debemos persuadiros de venir con nosotros
al castillo de Bristol, según se dice ocupado
por Bushy, Bagot y otros cómplices,
larvas de nuestro reino y del bien común,
que he jurado escardar y extirpar.

YORK Iré tal vez; mas antes debo pensarlo,
reacio como soy a violar las leyes de mi reino.
Ni amigos ni enemigos, sois bienvenidos para mí.
Las cosas que no tienen enmienda
ya no causan en mí preocupación.

Salen.

ESCENA IV

*Entran el conde de SALISBURY
y un CAPITÁN GALÉS.*

CAPITÁN GALÉS Milord de Salisbury, diez días hemos esperado,

reteniendo con gran dificultad a nuestros hombres,
y aún no recibimos noticia alguna del rey.
Por eso nos dispersamos en el acto. Adiós.

SALISBURY Te pido que esperes un día más, fiel galés.
El rey depositó en ti toda su confianza.

CAPITÁN GALÉS Pensamos que el rey ha muerto ya. No esperaremos.
Se han marchitado las hojas de laurel de nuestra patria,
y los meteoros espantan las estrellas fijas.
La luna desvaída da a la tierra un sangriento aspecto,
y profetas macilentos anuncian en susurros
cambios terribles. Los hombres de fortuna se ven tristes,
mientras bailan y brincan los rufianes;
los unos por temor a perder lo que disfrutaban,
los otros prestos a gozar con el furor y la guerra.
Estos signos anteceden la muerte o la caída de los reyes.
Adiós. Mis compatriotas se han marchado y han huido,
convencidos de que Ricardo su rey ha muerto ya.

SALISBURY ¡Ay, Ricardo! Con los ojos del alma cargados de dolor
hoy contemplo tu gloria, como estrella fugaz,
que cae del firmamento a la vil tierra.
Tu sol se oculta empañado en lo más bajo de Occidente,
presagiando tormentas futuras, desazón y dolor.
Tus amigos han corrido a unirse a tus rivales
y adverso a todo bien avanza tu destino.

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

Entran BOLINGBROKE, duque de Lancaster y Hereford, el duque de YORK, el conde de Northumberland, lord Ross, Enrique Percy y lord Willoughby.

BOLINGBROKE Traed a esos hombres.

*Entran BUSHY y GREEN,
custodiados como prisioneros.*

Bushy y Green, no voy a hostigar vuestras almas,
que pronto se deben separar de los cuerpos,
ahondando demasiado en vuestras vidas perniciosas,
pues faltaría a la caridad. Mas para limpiar mis manos
de vuestra sangre, aquí a la vista de los hombres
develaré unos cuantos causales de vuestra muerte.
Habéis descarriado a un príncipe, a un soberano real,
a un caballero venturoso en sangre y en linaje
por culpa vuestra infeliz y depravado.
Vosotros, en parte, incitándolo a horas de pecado,
habéis causado un divorcio entre su reina y él,
roto el feliz acuerdo de un tálamo real,
y opacado las mejillas de una reina hermosa
con las lágrimas que le arrancaba vuestro infame proceder.
Yo mismo (príncipe por la ventura de mi cuna,
cercano al rey por la sangre, y cercano en el afecto
hasta que conseguisteis prevenirle contra mí)
he debido humillar el cuello por las injurias vuestras,
y exhalar mi aliento inglés entre nubes extranjeras,
comiendo el pan amargo del exilio
mientras vosotros os hartabais con mis dominios,
saqueabais mis parques y talabais mis bosques,
de mis propias ventanas arrancabais
los blasones de familia, y borrabais mis emblemas,
dejándome sin símbolos (salvo la opinión
de los hombres y mi sangre que corre todavía)
para mostrar al mundo que soy un gentilhombre.
Esto y mucho más, mucho más que dos veces esto,
os merece la ejecución. Que sean conducidos
ante el verdugo y el brazo de la muerte.

BUSHY Más grato para mí será el golpe de la muerte
que Bolingbroke para Inglaterra.

GREEN Mi consuelo es que el cielo acogerá nuestras almas,
y agobiará al injusto con las penas del infierno.

BOLINGBROKE

Milord Northumberland: que se les dé pronta muerte.

Sale Northumberland, con BUSHY y GREEN, escoltados.

Tío, habéis dicho que la reina se aloja en vuestra casa.
Por amor de Dios, aseguraos de que la traten bien.
Decidle que le envíe mis cariñosos respetos.
Poned diligencia en que reciba mis saludos.

YORK He despachado ya a uno de mis caballeros
con cartas que dan larga cuenta de vuestro afecto.

BOLINGBROKE Gracias, amable tío. Venid, milores, partamos,
a combatir contra Glyndwr y sus cómplices.
Un poco más de trabajo, y luego, vacaciones.

Salen.

ESCENA II

*Fanfarria de trompeta. Entran el REY RICARDO, el duque de AUMERLE, el OBISPO DE
CARLISLE y soldados, con tambores y bandera.*

REY RICARDO ¿Castillo de Harlech y llaman a aquel que veo?

AUMERLE Sí, mi señor. ¿Qué tal sienta a vuestra alteza este aire
tras el reciente zarandeo sobre la mar impetuosa?

REY RICARDO Por fuerza he de amarlo bien. Y lloro de alegría
al pisar una vez más la tierra de mi reino.

Toca el suelo.

Amada tierra, me inclino a saludarte con la mano,
aunque te ultrajen los cascos de caballos rebeldes.
Como una madre largo tiempo separada de su hijo
se regocija en lágrimas y sonrisas al hallarle,
así, llorando, sonriendo, te saludo tierra mía,
y te brindo caricias con mis reales manos.
No alimentes al adversario de tu rey, amable tierra,

ni alivies con dulzuras su voraz apetito;
más bien, que las arañas que extraen tu veneno
y los batracios de pesada marcha se crucen en su vía
causando daño y estorbo a los pies traicioneros
que con usurpadores pasos te pisotean.
Ofrece ortigas punzantes a mis adversarios,
y cuando de tu seno arranquen una flor,
adórnala, te ruego, con una víbora oculta,
cuya lengua escondida con su toque letal
arroje pronta muerte sobre los enemigos del rey.
No os burléis, milores, de que conjure
a los inertes elementos. Esta tierra mostrará
sus sentimientos, y estas piedras se harán soldados
en armas antes que permitir que el rey nativo
sucumba ante las armas de una rebelión abyecta.

OBISPO DE CARLISLE No temáis, señor. El poder que os hizo rey
tiene el poder de conservaros rey a pesar de todo.

AUMERLE Lo que él quiere decir, señor, es que somos
harto negligentes, mientras que Bolingbroke,
seguro por la confianza nuestra,
se hace más fuerte en recursos y en amigos.

REY RICARDO Engorroso primo, ¿no sabes acaso
que cuando el ojo escrutador del cielo se oculta
detrás de ese globo que alumbra el mundo inferior,
saqueadores y ladrones merodean invisibles
perpetrando asesinatos y sangrientos desafueros;
mas cuando surge de nuevo bajo la esfera terrestre,
enciende las altivas cimas de los pinares de Oriente,
y lanza sus dardos de luz sobre cada culpable guarida,
y entonces asesinatos, traiciones y aborrecibles pecados,
despojados ya del manto que la noche les prestaba,
se descubren mondos y desnudos, temerosos de sí mismos?
Así cuando Bolingbroke, ese ladrón, ese traidor,
que todo este tiempo ha hecho de la noche un gran jolgorio
mientras nosotros errábamos entre las antípodas,
nos vea ascender al trono, desde el Este,
sus traiciones le teñirán de rubor el rostro,
incapaz de soportar la luz del pleno día.
Espantado de sí mismo, temblará por sus pecados.
Ni toda el agua de la mar brusca y encrespada

puede quitar el sacro bálsamo de un rey ungido.
No hay aliento de hombres de este mundo capaz de deponer
al representante que eligió el Señor.
Por cada hombre que Bolingbroke haya urgido
a elevar el afilado acero contra mi corona de oro,
Dios con celestial moneda ha reclutado para su Ricardo
un ángel glorioso. Y si los ángeles libran combate,
los endebles hombres deben caer;
pues el cielo preserva la justicia.

Entra el conde de SALISBURY.

Bienvenido, milord. ¿Qué tan lejos están tus fuerzas?

SALISBURY Ni más cerca ni más lejos, mi gallardo señor,
que este débil brazo. El desaliento guía mi lengua
y me lleva a hablar solo por desesperación.
Un solo día de retraso, noble señor,
ha ensombrecido toda tu felicidad sobre la tierra.
¡Ay!, llama de vuelta el ayer, pídele al tiempo que regrese,
y tendrías doce mil hombres prontos a luchar.
Pero hoy, hoy, un día ya muy tarde, ¡oh, desdicha!,
se disipan tus alegrías, tus amigos,
tu fortuna y tu reinado, pues todos los galeses,
oyendo que habías muerto, se unieron
a Bolingbroke, se dispersaron, o huyeron.

AUMERLE No se alarme vuestra gracia.

¿Por qué vuestra majestad se ve tan pálida?

REY RICARDO Hace un instante la sangre de veinte mil hombres
aún prevalecía en mi rostro, y ahora ha escapado;
y en tanto recupere una cuantía igual de sangre,
¿no tengo razón de parecer pálido y muerto?
El corazón que ansíe estar seguro, que se aparte de mi lado,
pues el tiempo ha manchado mi altivez.

AUMERLE

No se alarme vuestra gracia. Hay que recordar quién sois.

REY RICARDO Yo mismo lo olvidaba. ¿No soy rey?

Despierta, majestad haragana, ¡estás dormida!
¿No es el nombre del rey cuarenta veces mil nombres?
¡Ármate, nombre mío! Un fútil individuo amenaza
tu gran gloria. No bajes la mirada a la tierra,

vosotros favoritos de un rey: ¿no estoy en lo alto?
Que altos sean nuestros pensamientos. Sé que mi tío York
tiene fuerzas suficientes para apoyar nuestra causa.

Entra SCROPE.

¿Pero quién llega aquí?

SCROPE Que más salud y alegría colmen a mi soberano
que las que puede ofrecerle mi lengua atribulada.

REY RICARDO Tengo el oído abierto y el corazón preparado.

Lo peor que puedes anunciarme son pérdidas mundanas.
Dime, ¿se ha perdido el reino? Esa era mi gran inquietud,
¿y qué pérdida es librarse de inquietudes?
¿Se afana Bolingbroke en ser tan grande como yo?
Más grande no podrá ser. Si él sirve a Dios,
le serviré yo también, y así seré su igual.
¿Se rebelan mis súbditos? Eso no lo puedo remediar.
Pierden la fe en Dios, también la pierden en su rey.
Anúnciame infortunios, decadencia,
destrucción, ruina, pérdida:
lo peor es la muerte, y la muerte tendrá su día.

SCROPE Mucho me alegra ver a su alteza tan bien armado
para afrontar las nuevas de una calamidad.
Igual que un intempestivo día de tormenta,
que acosa a los plateados ríos y anega sus orillas
como si el mundo entero se disolviera en lágrimas,
sin límite que lo frene se desborda el furor
de Bolingbroke, cubriendo tu temeroso reino
de duros aceros fulgurantes
y corazones más duros que el acero.
Las barbas blancas han recubierto sus cráneos
calvos y delgados para enfrentarse a la corona.
Muchachos con voces de mujeres se esfuerzan
por hablar recio, y revisten sus cuerpos femeninos
de rígidas y abultadas armaduras para combatirte.
Tus propios pensionados aprenden a templar los arcos
con tejos dos veces fatales en contra de tu poder.
Es más, hasta las hilanderas empuñan lanzas oxidadas
contra tu trono real. Se rebelan jóvenes y viejos,
y todo va peor de lo que está en mi poder narrar.

REY RICARDO Demasiado bien has contado un relato tan sombrío.

¿Dónde está el conde de Wiltshire? ¿Dónde Bagot?
¿Qué ha sido de Bushy? ¿Dónde se encuentra Green?
¿Cómo han permitido que el peligroso enemigo
recorriera mis confines con apacible paso?
Si salgo victorioso, pagarán con sus cabezas.
Seguro estoy de que han pactado la paz con Bolingbroke.

SCROPE La paz con él han alcanzado, por cierto, mi señor.

REY RICARDO ¡Oh, villanos! ¡Víboras sin redención condenadas!
¡Perros dispuestos a congraciarse con cualquier hombre!
¡Serpientes acogidas en mi pecho, que el corazón me pican!
¡Tres judas, y cada cual peor que Judas mismo!
¿Quisieron la paz? ¡Que el infierno terrible desate la guerra
contra sus almas envilecidas por esta ofensa!

SCROPE El dulce amor, ya veo, al cambiar de esencia,
se torna en el odio más agrio y fatal.
Ya podéis deshacer la maldición sobre sus almas.
Han firmado la paz con sus cabezas,
y no con sus manos. Esos a quienes maldices
han sufrido la peor herida de la arrasadora muerte
y yacen muy abajo, en profunda y hueca fosa.

AUMERLE ¿Han muerto Bushy, Green y el conde de Wiltshire?

SCROPE Sí. Todos ellos perdieron la cabeza en Bristol.

AUMERLE ¿Dónde está mi padre el duque con todas sus tropas?

REY RICARDO No importa dónde. Que nadie me hable de consuelos.

Hablemos de tumbas, de gusanos y epitafios,
que sea el polvo papel, y con ojos anegados
inscribamos el dolor en el seno de la tierra.
Elijamos albaceas y hablemos de testamentos...
Y sin embargo, no. Pues, ¿qué puedo yo legar
a la tierra, salvo mi cuerpo depuesto?
Mis tierras, mi vida, todo pertenece a Bolingbroke;
nada puedo llamar mío si no es la muerte,
y este pequeño préstamo de la tierra yerma
que sirve de masa y de cubierta a nuestros huesos.

Sentándose.

Por el amor de Dios, sentémonos sobre esta tierra,

a contar historias tristes de las muertes de otros reyes:
cómo unos fueron depuestos, otros muertos en la guerra,
otros perseguidos por espectros de los destronados;
algunos envenenados por sus esposas,
otros asesinados en el sueño;
asesinados todos. Pues entre la corona hueca
que ciñe las sienes mortales de un monarca
tiene la muerte su corte; y allí se instala la bufona,
riendo de la dignidad del rey, burlándose de su pompa,
permitiéndole un soplo, una pequeña escena,
para actuar como un monarca, ser temido y matar con la mirada,
insuflándole un vano orgullo de sí mismo,
como si esta carne que amuralla nuestra vida
fuese bronce inexpugnable; mas cuando se le antoja,
la muerte baja al fin, y con delgado alfiler
perfora la muralla del castillo, y adiós rey.
Cubríos la cabeza y no os moféis
de esto que es carne y sangre
con solemnes reverencias.

Abandonad el respeto, la tradición,
las formas, los deberes ceremoniales,
pues todo este tiempo os habéis equivocado.
Vivo de pan, como vosotros; tengo deseos,
sufro dolores, necesito amigos. Sujeto a todo ello pues,
¿cómo podéis decirme que soy un rey?

OBISPO DE CARLISLE

Mi señor, en vez de llorar sus desdichas presentes,
los sabios previenen los motivos de llorar.
El temor al adversario, al sofocar vuestras fuerzas,
redobla las fuerzas suyas con vuestra debilidad;
y así vuestros dislates luchan contra vos mismo.
Temed, y caeréis muerto. Nada peor ocurrirá si lucháis;
y luchar y morir es vencer a la muerte con la muerte,
temer y morir es ser siervo derrotado por la muerte.

AUMERLE Mi padre tiene unas tropas. Averiguad sobre él,
y aprended de un solo miembro a hacer un cuerpo entero.

REY RICARDO (*Levantándose.*)

Me reprendéis con razón. Altivo Bolingbroke,
me apresto a cambiar golpes contigo
en un día aciago para uno de los dos.

Este febril acceso de temor se ha disipado.
Tarea fácil es ganar lo que es nuestro.
Dime, Scrope, ¿dónde está mi tío con sus tropas?
Que tus palabras sean dulces, amigo; tu aspecto es amargo.

SCROPE Los hombres juzgan por la textura del cielo
el estado y la propensión del día.
Así podrías deducir por mi aire triste y pesaroso
que mi lengua guarda un relato aún más grave.
Actúo como un verdugo, a fuego lento,
retrasando poco a poco lo peor que he de contar.
Vuestro tío York se ha unido a Bolingbroke,
todos vuestros castillos del Norte se han rendido a él,
y todos vuestros señores del Sur se han alzado en armas
por su facción.

REY RICARDO Has dicho suficiente.

(A AUMERLE.) Condenado seas, primo, que me has sacado
del lento y dulce camino hacia la desesperanza.
¿Qué me dices ahora? ¿Qué consuelo nos queda?
Vive el cielo que odiaré eternamente
a quienquiera que vuelva a hablarme de consuelos.
Vayamos al castillo de Flint; allá me verán languidecer.
Un rey esclavo de la desdicha
regiamente a la desdicha obedecerá.
Las tropas que aún me queden, que sean licenciadas
y se dejen ir para labrar una tierra
que anime la esperanza de fecundar;
yo no tengo más esperanza. Que nadie diga nada
para cambiar mi idea, pues todo consejo será en vano.

AUMERLE Mi soberano, una palabra.

REY RICARDO Me infiere una doble injuria
quien me hiera con las lisonjas de su lengua.
Licenciad a mis seguidores. Dejad que se aparten
de la noche de Ricardo al claro día de Bolingbroke.

Salen.

ESCENA III

Entran BOLINGBROKE, duque de Lancaster y Hereford, el duque de YORK, el conde de

NORTHUMBERLAND *y soldados con tambor y bandera.*

BOLINGBROKE Así por este informe nos enteramos
que los galeses se han dispersado, y Salisbury
ha ido a encontrar al rey, recién desembarcado
en esta costa con unos pocos amigos cercanos.

NORTHUMBERLAND La noticia es bella y buena, mi señor.
Ricardo oculta la cabeza no lejos de aquí.

YORK Más pertinente sería que lord Northumberland
dijera «el rey Ricardo». ¡Malhaya el día infausto
en que un rey consagrado oculte la cabeza!

NORTHUMBERLAND Vuestra gracia se engaña. Prescindí del título
solo para ser breve.

YORK Un tiempo hubo,
en que si hubieseis sido tan breve con él, él habría sido
tan breve con vos que os hubiese recortado,
por ser descabezado, la cabeza.

BOLINGBROKE No encojáis las cosas, tío, más de lo debido.

YORK Y vos, mi buen sobrino, no cojáis más de lo que debéis,
no vayáis a olvidar que sobre nuestras cabezas hay un cielo.

BOLINGBROKE Lo sé, tío, y no me opongo a su voluntad.

Entra ENRIQUE PERCY y un trompeta.

¿Pero quién llega aquí? Bienvenido, Enrique.
¿Qué? ¿Este castillo no se rinde?

ENRIQUE PERCY El castillo está regiamente protegido, mi señor,
contra vuestra incursión.

BOLINGBROKE ¿Regiamente?
¿Cómo, si no alberga a un rey?

ENRIQUE PERCY Sí, mi buen señor,
alberga a un rey. El rey Ricardo se encuentra
dentro de aquel recinto de cal y de piedra,
y con él se hallan lord Aumerle, lord Salisbury,
y sir Esteban Scrope, además de un prelado
de suma reverencia, cuyo nombre ahora no recuerdo.

NORTHUMBERLAND Oh, probablemente es el obispo de Carlisle.

BOLINGBROKE (A NORTHUMBERLAND.) Noble lord, avanzad

hasta el rudo esqueleto de ese antiguo castillo;
con trompetas de bronce haced sonar
acordes de tregua en sus ruinosos oídos,
y anunciad después que Enrique Bolingbroke,
hincado de rodillas, besa la mano del rey Ricardo,
y expresa su lealtad y el fervor de su corazón
hacia su muy real persona, y decid que vengo aquí
a poner a sus pies mis armas y mis fuerzas,
siempre y cuando se revoque mi destierro
y mis tierras me sean devueltas libremente.
Si no, emplearé las ventajas del poder que tengo,
y cubriré el polvo del verano con torrentes de sangre
que han de llover de las heridas
de tantos ingleses sacrificados;
no obstante, lejos está del deseo de Bolingbroke
que tal tempestad carmesí cubra y empape
el verde regazo de las bellas tierras
del rey Ricardo, como bien indica
mi hincada y reverente devoción.
Id; repetid lo que he dicho, mientras marchamos
sobre el tapete herboso de este llano.
Avancemos sin el ruido amenazante del tambor,
y así desde las decrepitas almenas del castillo
nuestra leal propuesta sea bien escuchada.
Pienso que el rey Ricardo y yo hemos de encontrarnos
con no menos terror que esos elementos,
fuego y agua, que al chocar estrepitosamente
desgarran las mejillas nubosas del cielo.
Que sea él el fuego, yo seré el agua dócil;
el furor sea suyo, en tanto que en la tierra hago llover
mis aguas: sobre la tierra y no sobre él...
Adelante, y observemos bien la expresión del rey Ricardo.

Marchan sobre el escenario; después BOLINGBROKE, YORK, ENRIQUE PERCY y un grupo de soldados se detienen a cierta distancia de la muralla; NORTHUMBERLAND y el trompeta avanzan. Suenan las trompetas: un toque de parlamento fuera, y una respuesta desde el interior. Aparece en lo alto de la muralla el REY RICARDO, con el OBISPO DE CARLISLE, el duque de AUMERLE, SCROPE y el conde de SALISBURY.

Mirad, el rey Ricardo se muestra en persona,
semejante al sonrojado y descontento sol
cuando al surgir del portal encendido del Oriente

advierte que las envidiosas nubes se disponen
a menguar la gloria y a deslucir la huella
de su esplendoroso recorrido hacia Occidente.

YORK Y sin embargo se muestra como un rey. Ves esa mirada,
brillante como la de un águila, lanzando destellos
de imperiosa majestad. ¡Maldita sea la desdicha
que con su herida desluzca un cuadro tan hermoso!

REY RICARDO (*A NORTHUMBERLAND.*)

Estoy perplejo; todo este tiempo he esperado
para ver que doblaras tu rodilla respetuosa,
pues estaba convencido de ser tu rey legítimo.
Y si lo soy, ¿cómo se atreven tus huesos a olvidar
el temeroso respeto debido a mi presencia?
Si no lo soy, enséñame la mano de Dios
que me ha desposeído ya de autoridad.
Pues bien sabemos que no hay mano de sangre y hueso
que pueda empuñar el santo asidero de mi cetro,
a menos que lo profane, lo usurpe o lo robe.
Y aunque creas que todos (como has hecho tú)
han lacerado sus almas apartándolas de mí,
dejándome desamparado y desprovisto de amigos,
has de saber que mi amo, el Dios omnipotente
reúne entre sus nubes y en nombre mío
huestes de pestilencia que han de atacar
los hijos aún no natos ni engendrados,
de todo aquel que ose alzar vasallas manos contra mí
y amenace la gloria de mi egregia corona.
Dile a Bolingbroke, pues me parece verlo allá abajo,
que cada paso que dé sobre mi tierra
es traición fehaciente. Ha venido para abrir
el testamento púrpura de la sangrienta guerra;
pero antes de que viva en paz la corona que él codicia
las sangrientas coronas de diez mil hijos de madre
han de desfigurar el florido rostro de Inglaterra,
mudar el semblante de su pálida faz de doncella
en indignación escarlata, y anegar
la hierba de sus prados con leal sangre inglesa.

NORTHUMBERLAND (*Arrodillándose.*)

El Dios del cielo impida que nuestro señor el rey
se apresure a empuñar armas de contienda civil

y no civil. Tu primo, el tres veces noble
Enrique Bolingbroke, besa tu mano humildemente,
y jura por la tumba venerable,
que se alza sobre los huesos de tu real abuelo,
por la realeza de tu sangre y la suya,
arroyos que brotan del mismo y generoso manantial,
por el brazo sepulto del guerrero Juan de Gante,
y por la valía y el honor de su propia persona,
que incluye todo cuanto pueda ser dicho o jurado,
que su llegada hasta este sitio solo atañe
a sus derechos hereditarios; y por tanto ruega
postrado de rodillas su restitución inmediata.
Una vez otorgado esto por tu real designio,
ordenará a sus resplandecientes armas
abandonarse a la herrumbre,
a sus enjaezados corceles
volver a sus establos, y a su corazón
ponerse al leal servicio de su majestad.
Esto lo jura en tanto que príncipe y hombre justo,
y yo doy crédito de la verdad como hidalgo que soy.

REY RICARDO Northumberland, dile que el rey responde esto:

mi noble primo será bien recibido,
y todo el número de sus justas demandas

será satisfecho sin contradicción.

Con la sentida elocuencia que posees, lleva
a sus amables oídos mis saludos elogiosos.

NORTHUMBERLAND y el trompeta regresan hacia donde está BOLINGBROKE.

(A AUMERLE.) ¿Me he rebajado, primo, no es verdad, mostrando
un aspecto tan indigno y hablando blandamente?

¿Debo llamar de vuelta a Northumberland,
para enviar un reto al traidor, y así morir?

AUMERLE No, mi buen señor, combatamos con dignas palabras
hasta que el tiempo nos preste amigos,
y los amigos sus espadas provechosas.

REY RICARDO ¡Oh, Dios! ¡Tener que ver el día en que mi lengua,
que infligió la sentencia de terrible exilio
sobre aquel hombre altivo que allí veo, deba abolirla
con palabras blandas! ¡Ojalá fuese yo tan grande

como mi dolor, o menos grande que mi nombre,
o pudiese olvidar lo que yo he sido,
o no acordarme de lo que debo ser ahora!
¿Te inflas, orgulloso corazón? Yo te daré
campo libre para batir, ya que los enemigos
tienen libre campo para batirte a ti y a mí.

NORTHUMBERLAND *se acerca a la muralla.*

AUMERLE Northumberland regresa de parte de Bolingbroke.

REY RICARDO ¿Qué debe el rey hacer ahora? ¿Debe rendirse?

El rey lo hará. ¿Debe ser destronado?
De buen grado aceptará. ¿Debe perder
el nombre de rey? Por Dios, que se desvanezca.
Cambiaré mis joyas por una camándula,
mi hermoso palacio por una pobre ermita,
mis ricas prendas por la túnica del pordiosero,
mis estampados cubiletes por escudilla de madera,
mi cetro por un bastón de peregrino,
mis súbditos por un par de santos esculpidos,
y mi vasto reino por una estrecha tumba,
una estrecha, estrecha tumba oscura.
O bien que me entierren en el camino real,
una ruta transitada donde los pies de mis sujetos
puedan pisar a toda hora la cabeza de su rey,
ya que encima de mi corazón marchan ahora,
que todavía vivo, una vez sepultado,
¿por qué no han de hacerlo sobre mi cabeza?
Aumerle, estás llorando, buen primo de tierno corazón,
con nuestras lágrimas despreciadas
vamos a desatar un clima infausto.
Llanto y suspiros devastarán las mieses del verano,
creando una escasez en esta tierra sublevada.
¿O deberíamos tornar a la ligera nuestras penas,
y proceder a un torneo de lágrimas vertidas,
como el derramarlas todas en un mismo sitio
hasta que logren cavarnos sendas tumbas
en la tierra, para allí yacer? «Yacen aquí
dos caballeros que cavaron sus tumbas con llanto.»
¿No engendrará así la desdicha un pozo,
aunque no sea de dicha? Lo dicho,
pero digo solo sandeces y te burlas de mí.

Muy poderoso príncipe, milord Northumberland,
¿qué dice el rey Bolingbroke? ¿Su majestad
concede a Ricardo licencia para vivir
hasta que Ricardo muera? Basta que tú hagas
una reverencia para que Bolingbroke diga «Sí».

NORTHUMBERLAND Milord, Bolingbroke os espera en el patio bajo
para hablar con vos. ¿Tendríais la bondad de ir?

REY RICARDO Abajo, abajo voy como el fulgurante faetón,
inepto en el control de sus díscolos rocines.
El patio bajo: la baja corte donde los reyes se rebajan
acudiendo al llamado de traidores, y así honrándolos.
A la baja corte, bajad: abajo queda la corte,
abajo el rey, pues chillan búhos de la noche
donde altas alondras debían cantar.

*Sale el REY RICARDO con su séquito.
NORTHUMBERLAND regresa junto a BOLINGBROKE.*

BOLINGBROKE ¿Qué dice su majestad?

NORTHUMBERLAND La congoja del corazón
le hace hablar necedades, como un hombre demente.

Entra el REY RICARDO y su séquito abajo.

Sin embargo ahí viene.

BOLINGBROKE Apartaos todos
y mostrad el debido respeto a su majestad.

Se arrodilla.

Mi gallardo señor.

REY RICARDO Noble primo, rebajáis vuestra rodilla principesca
dando a la vil tierra el orgullo de besarla.
Preferiría que mi corazón sintiese vuestro afecto
a contemplar con mis ojos desafectos
tales cortesías. Levantaos, primo, levantaos.
Vuestro corazón se halla elevado, lo sé,
tan alto al menos como esta corona,
por más baja que esté vuestra rodilla.

BOLINGBROKE Mi gallardo señor, tan solo vengo
a reclamar lo que me pertenece.

REY RICARDO Lo que os pertenece es vuestro,
y yo soy vuestro, y todo.

BOLINGBROKE Quiero que seáis mío, muy temido señor,
si mis leales servicios merecen vuestro afecto.

REY RICARDO Muy bien lo merecéis. Muchos bienes
merecen tener quienes disciernen
los métodos más recios y seguros de obtenerlos.

BOLINGBROKE *se levanta.*

(A YORK.) Tío, dadme las manos. No; mejor secaa los ojos.
Las lágrimas son prueba del afecto, mas no remedian nada.
(A BOLINGBROKE.)

Primo, soy demasiado joven para ser vuestro padre,
si bien tenéis bastante edad para ser mi heredero.
Lo que esperáis lograr os lo concedo,
y de buen grado por cierto; mas debemos
hacer lo que la fuerza nos compele a hacer.
Debemos ir a Londres, primo; ¿no es así?

BOLINGBROKE Sí, mi buen señor.

REY RICARDO Entonces no debo decir que no.

Fanfarria. Salen.

ESCENA IV

Entra la REINA con dos DAMAS.

REINA ¿Qué diversión ingeniaremos aquí en este jardín,
para alejar los embates agobiantes de la angustia?

DAMA PRIMERA Señora, jugaremos a los bolos.

REINA Me hará pensar que el mundo está lleno de asperezas,
que impiden que mi suerte discurra en la justa dirección.

DAMA SEGUNDA Señora, bailaremos.

REINA Mis piernas no pueden seguir un ritmo placentero
si el corazón bate al compás de una pena sin medida;
nada de baile, pues, muchacha. Alguna otra diversión.

DAMA PRIMERA Señora, contaremos cuentos.

REINA ¿Cuentos alegres o tristes?

DAMA PRIMERA Unos u otros, mi señora.

REINA Ni unos ni otros, muchacha.

Pues si son de alegría, como no tengo ninguna,
me recordarán todavía más mi pena.

Y si son de tristezas, siendo lo único que tengo,
añadirán más dolor a mi falta de alegría.

Pues lo que tengo no me hace falta redoblarlo,
y aquello que me falta, no necesita quejas.

DAMA SEGUNDA Señora, cantaré.

REINA Eso está bien si tienes motivos;
pero más me complacería si quisieras llorar.

DAMA SEGUNDA Podría llorar, señora, si os hiciese bien.

REINA Y yo cantar, si el llanto me hiciese bien,
sin jamás tomar prestada una lágrima tuya.

Entran el JARDINERO y dos HOMBRES.

Pero esperad; vienen aquí los jardineros.
Resguardémonos en la sombra de aquellos árboles.
Mi infortunio contra media docena de alfileres
a que se pondrán a hablar de asuntos de estado,
pues es lo que hacen todos cuando se acerca un cambio.
La desdicha es heraldo de la desdicha.

La REINA y sus DAMAS se hacen a un lado.

JARDINERO (*Al HOMBRE PRIMERO.*)

Ve allí, sujeta los albaricoques jóvenes que penden
y, como niños revoltosos, obligan a su padre
a curvarse con la opresión de su pródigo peso.

Apuntala las ramas que se inclinan.

(*Al HOMBRE SEGUNDO.*) Tú ve, y al modo de un verdugo,
cercena las cabezas de los vástagos

que crecen con extrema rapidez

y se encumbran demasiado en nuestra tierra.

Bajo nuestro mando todo ha de ser parejo.

Mientras estáis así ocupados, iré a desarraigar

las malas hierbas que, sin provecho alguno,

sorben la fertilidad del suelo a expensas de las flores sanas.

HOMBRE PRIMERO

¿Por qué hemos nosotros, en el breve espacio de un cercado,
de guardar ley, forma y proporción debida,
mostrando en miniatura la firmeza de un estado,
cuando nuestro jardín amurallado por el mar,
este reino entero, está lleno de malezas,
sus flores más hermosas sofocadas,
sus árboles frutales sin podar, sus setos asolados,
sus parterres en desorden, y sus plantas sanas
atiborradas de orugas?

JARDINERO Calla.

El que ha permitido esta desordenada primavera
ha padecido por su parte la caída de las hojas.
Las malezas que albergaban sus anchas y frondosas hojas,
que mientras lo carcomían parecían sostenerlo,
han sido arrancadas de un tirón,
raíz y todo, por Bolingbroke...
Me refiero al conde de Wiltshire, Bushy y Green.

HOMBRE SEGUNDO ¡Cómo! ¿Han muerto?

JARDINERO Sí, han muerto; y Bolingbroke
ha capturado al rey derrochador. ¡Qué lástima para él
no haber cuidado y podado su reino
de igual modo que nosotros este jardín!
Nosotros, que al llegar la estación herimos
con incisiones la corteza, piel de los árboles frutales,
por temor a que ahítos de savia y de sangre,
y ansiosos de más dones, se atrofien a sí mismos.
Si él lo hubiese hecho con los hombres grandes
y los que crecían, habrían vivido hasta entregarle,
y él degustarlos, los frutos de su devoción.
Nosotros desmochamos las ramas superfluas
para que los gajos fecundos puedan vivir.
De haber actuado así, portaría aún la corona,
que ha perdido casi por dedicar tantas horas al ocio.

HOMBRE PRIMERO ¡Cómo! ¿Piensas que el rey será depuesto?

JARDINERO Indispuesto ya se encuentra, y depuesto
poco dudo que ha de serlo. Llegaron cartas anoche
para un cercano amigo del buen duque de York
que traen noticias negras.

REINA ¡Ah! ¡Me mata la opresión en el pecho si no hablo!

Se adelanta.

Tú, viva imagen del viejo Adán,
encargado de adornar este jardín,
¿cómo se atreve tu ruda y basta lengua
a expresar noticias tan ingratas?
¿Qué Eva, qué serpiente te ha tentado
a consumir la segunda caída y maldición del hombre?
¿Por qué dices que será depuesto el rey Ricardo?
¿Tú, que vales poco más que un puñado de tierra,
te atreves a adivinar su caída? Dime dónde,
cuándo y cómo llegaron a tus oídos
las infaustas nuevas. ¡Habla, miserable!

JARDINERO Perdonadme, señora, poco placer derivó
de difundir estas noticias, pero lo que digo es cierto.
El rey Ricardo se halla bajo la mano poderosa
de Bolingbroke. La fortuna de ambos está en la balanza.
En el platillo del rey no hay nada más que él mismo
y unas cuantas vanidades que disminuyen su peso.
Pero en el platillo del gran Bolingbroke,
además de él, están todos los pares de Inglaterra,
y con esta ventaja deja por tierra al rey Ricardo.
Viajad a Londres y veréis que es cierto.
No digo nada más que lo que todos saben.

REINA Ágil infortunio que tan ligero de pies eres,
¿acaso no me correspondía a mí tu embajada
y soy la última en saberlo? ¡Ah!, conque has decidido
servirme de última para que más largo tiempo guarde
tu dolor en mi pecho. Venid, damas, vamos
a encontrar en Londres al rey de Londres en desgracia.
¡Ay! ¿He nacido yo para esto, para que mi triste semblante
adorne el desfile triunfal del gran Bolingbroke?
Jardinero, por haber revelado estas nuevas de infortunio,
quiera Dios que las plantas que injertes no vuelvan a dar fruto.

Sale con sus DAMAS.

JARDINERO

Triste reina, con tal que vuestra desazón no fuese aún peor
de buen grado sometería mi destreza a vuestra maldición.

Aquí dejo rodar una lágrima. Aquí en el sitio exacto
plantaré un macizo de ruda, amarga hierba de gracia.
Esa ruda, símbolo de compasión, florecerá muy pronto
en recuerdo de una reina que aquí debió llorar.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran, como dirigiéndose al Parlamento, BOLINGBROKE duque de Lancaster y Hereford, el duque de AUMERLE, el conde de NORTHUMBERLAND, ENRIQUE PERCY, lord FITZWALTER, el duque de SURREY, el OBISPO DE CARLISLE y el ABAD DE WESTMINSTER.

BOLINGBROKE Que comparezca Bagot.

Entra BAGOT, con oficiales.

Ahora, Bagot, habla con libertad y dinos
lo que sepas de la muerte del noble Gloucester.
¿Quién persuadió al rey de que así fuera, y quién ejecutó
el sangriento oficio de su prematuro fin?

BAGOT Entonces ponédme enfrente a lord Aumerle.

BOLINGBROKE (A AUMERLE.) Avanzad primo y mirad a ese hombre.

AUMERLE pasa al frente.

BAGOT Milord Aumerle, yo sé que vuestra osada lengua
desprecia retractarse de lo que afirmó una vez.
En ese tiempo fatal en que se fraguaba
la muerte de Gloucester os escuché decir:
«¿No es acaso mi brazo lo bastante largo
para extenderse desde la apacible corte de Inglaterra
hasta Calais, y la cabeza de mi tío?».
Entre muchas otras palabras aquella misma vez
os oí decir que preferiríais rehusar
el ofrecimiento de cien mil coronas
a ver a Bolingbroke de vuelta en Inglaterra,
añadisteis que sería una bendición para este reino
la pronta muerte de aquel primo vuestro.

AUMERLE Príncipes y nobles lores,
¿qué respuesta debería dar a este hombre indigno?
¿Debería deshonorar las estrellas venturosas de mi cuna
poniéndome a su misma altura para darle castigo?
Tendré que hacerlo, o sufrir que mi honor sea manchado
por la vil acusación de sus labios calumniosos.

Arroja su guante al suelo.

He aquí mi guante, impronta de mano para la muerte que señala tu camino al infierno. Digo que mientes, y sostendré que lo que acabas de decir es falso con la sangre de tu propio corazón, por más que sea indigno de ensuciar mi espada de noble caballero.

BOLINGBROKE Bagot, déjalo. No debes recogerlo.

AUMERLE Salvo uno solo, habría querido que fuese el más insigne de todos los presentes quien así me provocara.

FITZWALTER Si tu valor solo puede confrontar a los iguales, ahí va mi guante, Aumerle, que al tuyo bien se amolda.

Arroja su guante al suelo.

Por el diáfano sol que me muestra dónde estás, doy fe de que te oí decir, y te jactabas de ello, que tú causaste la muerte del buen Gloucester. Por más que lo negases veinte veces, mentirías, y yo retornaré tu gran falsía al propio corazón en el que fue forjada, con la punta de mi estoque.

AUMERLE No te atreverías, cobarde, a vivir para ver ese día.

FITZWALTER

Por mi alma que quisiera que el momento fuese ahora.

AUMERLE Fitzwalter, por esto te condenas al infierno.

ENRIQUE PERCY Mientes, Aumerle. Su honor es tan veraz en esta acusación como tú eres falso e injusto; y en prenda de lo que digo, arrojo aquí mi guante

Arroja su guante al suelo.

para probarlo sobre ti hasta el último extremo del aliento vital. Recógelo si te atreves.

AUMERLE Si temo recogerlo, que se pudran mis manos y nunca vuelvan a esgrimir el vengador acero sobre el yelmo reluciente de un adversario.

SURREY Milord Fitzwalter, yo recuerdo muy bien la ocasión precisa en que hablasteis con Aumerle.

FITZWALTER Eso es muy, cierto. Estabais presente entonces, y podéis atestiguar que lo que digo es cierto.

SURREY Por el cielo que es tan falso como el cielo es verdadero.

FITZWALTER Mientes, Surrey.

SURREY Muchachuelo sin honor,

esa mentira pesará de tal modo sobre mi espada
que me deparará venganza y represalia,
hasta que tú, procreador de la mentira,
y la mentira misma, estéis sobre la tierra
tan quietos como el cráneo de tu padre;
en prueba de ello, he aquí la prenda de mi honor.

Arroja su guante al suelo.

Somételo a la prueba si te atreves.

FITZWALTER ¡Qué neciamente espoleas a un caballo desbocado!

Si me atrevo a comer, beber, respirar o vivir,
me atreveré a enfrentarme a Surrey en un desierto
y escupir sobre su rostro mientras repito que miente,
y miente y miente. Ese es el vínculo de mi certeza
que habrá de sujetarte a mi rotunda corrección.
Como que aspiro a prosperar en este mundo renovado,
que Aumerle es culpable de mi acusación fidedigna.
Además, escuché decir al desterrado Norfolk
que tú, Aumerle, habías enviado a dos de tus hombres
a dar muerte en Calais al noble duque.

AUMERLE Algún cristiano honesto que me preste un guante.

Toma otro guante y lo arroja al suelo.

Arrojo esto en prenda de que Norfolk miente,
por si fuese llamado del exilio a probar su honor.

BOLINGBROKE Este diferendo debe quedar aplazado
hasta que Norfolk sea llamado del exilio. Así se hará,
y, aunque es mi enemigo, se le han de restaurar
todas sus tierras y señoríos. Cuando regrese
dispondremos que se enfrente con Aumerle.

OBISPO DE CARLISLE Ese día tan honroso jamás habrá de ser visto.

Muchas veces el desterrado Norfolk combatió
por Jesucristo en gloriosos batallones de cristianos,
desplegando el estandarte de la cruz de Cristo
contra paganos negros, turcos y sarracenos;

mas, fatigado de los afanes de la guerra, se retiró
a vivir en Italia, y en Venecia entregó
su cuerpo a la tierra de aquel grato país,
y su alma pura a Cristo, el capitán de su fe,
bajo cuyas insignias se batió por tanto tiempo.

BOLINGBROKE ¡Cómo! Obispo, ¿ha muerto Norfolk?

OBISPO DE CARLISLE Tan cierto como que yo vivo, milord.

BOLINGBROKE ¡Que la tierna paz lleve su tierna alma hasta el seno
del buen anciano Abraham! Lores apelantes,
vuestros diferendos han de quedar aplazados
hasta que se designe el día de prueba.

Entra el duque de YORK.

YORK Gran duque de Lancaster, vengo a ti
de parte de Ricardo, hoy despojado de adornos,
y quien de buen grado te adopta
como heredero suyo, y cede su elevado cetro
a la posesión de tu mano real.
Sube a este trono, ahora que descienes de Ricardo,
¡y larga vida a Enrique, de ese nombre el cuarto!

BOLINGBROKE En nombre de Dios ascenderé al trono real.

OBISPO DE CARLISLE ¡La Virgen! ¡Que Dios no lo permita!
Soy el menos digno de hablar en esta real asamblea
y no obstante el más indicado para decir la verdad.
Quisiera Dios que alguno de los aquí presentes
tuviese la nobleza suficiente
para erigirse en juez probo del noble Ricardo.
Así la nobleza verdadera le instigaría
a abstenerse de tan horrendo desafuero.
¿Qué súbdito puede dictar sentencia contra un rey?
¿Y quién de los que aquí se sientan no es súbdito de Ricardo?
No se juzga a los ladrones sin oírlos en audiencia,
por más que las culpas imputadas parezcan evidentes;
y él, imagen misma de la majestad de Dios,
su capitán, su intendente, su representante electo,
ungido, coronado, arraigado desde hace tantos años,
¿puede ser juzgado por el aliento de un inferior,
un súbdito, sin estar presente él mismo?
¡Oh, Dios, no permitas que en suelo cristiano

unas almas refinadas cometan
una acción tan negra, tan execrable, tan obscena!
Me dirijo a súbditos, y es un súbdito quien habla
exhortado por Dios a apoyar a su rey resueltamente.
Milord de Hereford aquí presente, a quien llamáis rey,
es un traidor infame al rey del arrogante Hereford;
y, si accedéis a coronarlo, dejadme predecir
que sangre inglesa será abono de esta tierra,
y las épocas futuras habrán de lamentar tan pérfida acción.
La paz irá a dormir con infieles turcos,
y este remanso será asolado por guerras tumultuosas
que enfrentarán pariente con pariente y hermano con hermano.
El desorden, el horror, el temor, la insurrección
imperarán aquí y este país será llamado
campo de Gólgota y de los cráneos de los muertos.
¡Oh, si alzáis a esta casa contra esa casa
provocaréis la división más deplorable
que jamás se haya abatido sobre la tierra condenada!
Impedidlo, resistid, no permitáis que ocurra,
no sea que vuestros hijos y los hijos de esos hijos,
clamen vuestro error.

NORTHUMBERLAND

Bien habéis argumentado, señor, y por vuestro empeño
os arrestamos aquí mismo por traición capital.
Milord de Westminster, haceos cargo de él.
Guardadle en custodia estricta hasta el día de su juicio.
¿Tendréis a bien, señores, que se haga conocer
en público la abdicación del rey?

BOLINGBROKE Traed aquí a Ricardo, para que pueda abdicar
a la vista de todos. Así podremos proceder
sin ninguna sospecha.

YORK Yo lo conduciré.

Sale.

BOLINGBROKE Lores, los que estáis aquí bajo mi arresto,
procurad garantías de comparecer el día señalado
pues exigua prenda es para nosotros vuestro amor,
y muy poco podemos esperar de vuestra ayuda.

Entran RICARDO y el duque de YORK con ayudantes que portan la corona y el cetro.

RICARDO Ay, ¿por qué se me ordena presentarme ante un rey antes de haberme sacudido de los pensamientos reales con los que reinaba? Muy poco he aprendido todavía a disimular, adular, inclinarme y doblar la rodilla. Dadle más tiempo a la pena para que me inicie en esta sumisión. No obstante, recuerdo muy bien el talante de estos hombres. ¿No eran míos? ¿No me gritaban a veces «Salve, oh rey»? Así actuó Judas con Cristo. Pero Cristo, de doce halló lealtad en todos menos uno; yo, en ninguno entre doce mil. ¡Dios salve al rey! ¿No hay nadie que conteste «Amén»? ¿Soy a la vez sacerdote y acólito? Pues bien: amén. Dios salve al rey, aunque yo no lo sea. Y sin embargo, amén, si el cielo cree que lo soy. ¿Para cumplir qué servicio se me ha mandado llamar?

YORK Para cumplir de buen grado aquel oficio que una majestad fatigada te llevó a ofrecer: la abdicación de tu trono y tu corona a Enrique Bolingbroke.

RICARDO (*A un ayudante.*) Dame la corona.
(*A BOLINGBROKE.*) Ten, primo, toma la corona. Ten. De este lado mi mano, de aquel lado la tuya. Ahora esta corona de oro es como un pozo profundo que posee dos cubos que se llenan por turnos, el más vacío siempre bailando en el aire, el otro abajo, oculto y lleno de agua. El cubo que está abajo y repleto de lágrimas soy yo bebiendo mis penas mientras tú subes en alto.

BOLINGBROKE

Pensaba que estabais dispuesto a renunciar de buen grado.

RICARDO La corona sí, pero mis dolores aún son míos. Puedes deponer mi gloria y mi potestad, pero mis dolores no; sobre ellos todavía reino.

BOLINGBROKE

Me entregáis con la corona parte de vuestros cuidados.

RICARDO El aumento de tus cuidados no mengua los míos. Mi cuidado es la pérdida de los cuidados

por un descuido antiguo; el tuyo es la ganancia
de cuidados nuevos por un cuidado reciente.
Los cuidados que doy, los conservo aunque los abandone;
pertenecen a la corona y no obstante se quedan en mí.

BOLINGBROKE ¿Consentís en renunciar a la corona?

RICARDO Sí, no; no, sí; pues no debo ser nada;
entonces no, no, pues abdicó en tu favor.
Mira ahora cómo me despojo a mí mismo.
Retiro de mi cabeza este peso agobiante,

BOLINGBROKE *recibe la corona.*

y de mi mano este engorroso cetro,

BOLINGBROKE *recibe el cetro.*

hoy extirpo del corazón el orgullo de mi sangre regia.
Con mis lágrimas lavo el óleo que me ungió,
con mis propias manos entrego mi corona,
con mis labios niego mi dignidad sagrada,
con mi aliento refuto los juramentos de obediencia.
Abjuro de toda pompa y de toda majestad.
Cedo mis mansiones, rentas y beneficios.
Dios perdone la violación de los juramentos a mí hechos.
Dios mantenga inviolados los juramentos que te hagan a ti.
Que a mí, que nada tengo, con nada me aflija,
y a ti, que todo has alcanzado, con todo te dé contento.
Que largos años vivas y ocupes el trono de Ricardo,
y que Ricardo pronto descanse en lo hondo de la tierra.
«Dios salve al rey Enrique», dice el derrocado rey Ricardo,
«y que le esperen muchos años de días luminosos».
¿Qué otra cosa queda?

NORTHUMBERLAND (*Pasándole unos papeles a RICARDO.*)

Nada más excepto que leáis
estas acusaciones y estos graves crímenes cometidos
por vos y vuestros allegados
en contra del estado y el provecho del país,
tal que al confesarlos, las conciencias de los hombres
puedan dictaminar que se os ha destronado justamente.

RICARDO ¿Mas debo hacerlo? ¿Y debo desembrollar
mis intrincados desatinos? Noble Northumberland,

si tus ofensas estuvieran consignadas,
¿no te avergonzaría leer la lista
en medio de tan dilecta compañía? Y si lo hicieras,
encontrarías en tu lista un execrable artículo
referente a la destitución de un rey
y la ruptura de un juramento firme y solemne,
manchado y maldito en el gran libro del cielo.
Más aún: vosotros que ahora me miráis impávidos
mientras se ensañan conmigo las desdichas,
aunque algunos, como Pilatos, os lavéis las manos,
mostrando una piedad aparente, y sin embargo Pilatos,
me habéis entregado aquí a mi amarga cruz,
y no hay agua que pueda lavar vuestro pecado.

NORTHUMBERLAND Milord, daos prisa. Leed estos artículos.

RICARDO Tengo los ojos llenos de lágrimas; no veo bien.

Y no obstante el agua salada no los ciega hasta el punto
de no ver aquí una pandilla de traidores.
No; y si vuelvo los ojos sobre mí,
encuentro un traidor como los otros,
pues he dado el consentimiento de mi alma
para privar de su pompa el cuerpo de un rey,
he condenado la gloria a la ruindad,
de la soberanía hice una esclava,
de la orgullosa majestad un súbdito,
y de la potestad un jornalero.

NORTHUMBERLAND Mi señor...

RICARDO Yo no soy señor tuyo, hombre atrevido e insultante,
ni soy señor de nadie. No tengo título ni nombre,
no, ni aun el que recibí en la pila bautismal,
pues ha sido usurpado. ¡Maldito sea este día funesto!
¡Que haya podido sobrellevar tantos inviernos
y ahora no sepa con qué nombre llamarme!
¡Ay, ojalá fuese un irrisorio rey de nieve,
que se alza ante el candente sol de Bolingbroke
para fundirme y desaparecer en gotas de agua!
Buen rey, gran rey (pero no magnamente bueno),
si mi palabra tiene aún curso en Inglaterra,
que ella ordene que me traigan de inmediato un espejo,
para poder constatar qué rostro tengo,

desde que fui despojado de toda majestad.

BOLINGBROKE Que alguno de vosotros traiga un espejo.

Salen uno o más.

NORTHUMBERLAND Leed este papel mientras el espejo llega.

RICARDO Demonio, me atormentas antes de llegar al infierno.

BOLINGBROKE No lo apuréis más, milord Northumberland.

NORTHUMBERLAND Entonces los comunes no quedarán satisfechos.

RICARDO Sí quedarán satisfechos. Leeré lo suficiente cuando tenga ante mis ojos ese libro en donde se hallan escritos todos mis pecados, y que soy yo mismo.

Entra alguien con un espejo.

Pásame ese espejo, que leeré allí dentro.

Ricardo toma el espejo y se mira.

¿No hay arrugas más profundas? ¿El dolor ha asestado tal cantidad de golpes en mi rostro sin causar heridas más hondas? ¡Oh, espejo adulator!
¡Igual a mis allegados en tiempos de prosperidad, me engañas! ¿Era este rostro el rostro que bajo el techo de su mansión contaba cada día diez mil hombres? ¿Este el que, como el sol, hacía parpadear a cuantos lo miraban?
¿Es este el rostro que arrostró tantas locuras hasta por fin ser enrostrado por Bolingbroke? Tan frágil como la gloria que brilló sobre él,

Rompe el espejo en pedazos.

ahí está, el rostro, roto en cien añicos.
Observa, rey taciturno, la moraleja de este juego: cuán pronto el dolor ha destruido mi rostro.

BOLINGBROKE La sombra de vuestro dolor ha destruido la sombra de vuestro rostro.

RICARDO Dilo de nuevo

«La sombra de mi dolor»... Ah, veamos.
Es muy cierto: mi dolor está todo dentro, y estas muestras externas de lamentos

son sombras nada más del dolor invisible
que crece en silencio dentro del alma torturada.
Allí reside la esencia, y te agradezco, rey,
la gran bondad que no solo me ha dado
causa para plañir, sino que me ha enseñado
a lamentar la causa. Quiero rogar solo un favor,
y luego partiré y dejaré de irritarte.
¿Lo obtendré?

BOLINGBROKE Pedidlo, gallardo primo.

RICARDO ¿Gallardo primo? Soy más grande que un rey;
ya que cuando era rey mis aduladores
eran meros súbditos; y ahora siendo súbdito,
tengo aquí un rey, para adularme.
Si soy tan grande no me hace falta rogar.

BOLINGBROKE De cualquier modo, pedid.

RICARDO ¿Y obtendré lo que pida?

BOLINGBROKE Lo obtendréis.

RICARDO Entonces dame licencia de marcharme.

BOLINGBROKE ¿Adónde?

RICARDO Adonde quieras, mas lejos de la vista de tu rostro.

BOLINGBROKE Alguno de vosotros, subidle a la torre.

RICARDO ¡Ah, bien! «¡Subidle!» Si todos aquí habéis subido
muy ágilmente con la caída del rey legítimo.

Sale, escoltado.

BOLINGBROKE Se fija solemnemente para el próximo miércoles
la fecha de mi coronación. Milores, preparaos.

*Salen todos con excepción del ABAD DE WESTMINSTER,
el OBISPO DE CARLISLE y AUMERLE.*

ABAD DE WESTMINSTER

Qué desdichado espectáculo hemos contemplado hoy.

OBISPO DE CARLISLE

La desdicha está por venir, los niños aún no natos
han de sufrir este día, punzante como una espina.

AUMERLE Venerables clérigos, ¿no habrá un designio

que libre al reino de este pernicioso estigma?

ABAD DE WESTMINSTER

Milord, antes de que os hable libremente de esto, no solo debéis prestar sagrado juramento de ocultar mis intenciones, sino también secundar el proyecto que yo trace, sea cual fuere.

Veo que vuestras frentes rezuman descontento, vuestros corazones pena, y vuestros ojos lágrimas. Venid a cenar a mi casa. Os expondré un designio que ha de llevarnos a todos hacia días más felices.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entra la REINA, con sus damas.

REINA Por aquí vendrá el rey. Este es el camino de la Torre siniestramente erigida por orden de Julio César, en cuya entraña de piedra mi señor ya condenado sufrirá la prisión impuesta por el altivo Bolingbroke. Reposemos aquí, si es que esta tierra sublevada puede ofrecer algún reposo a la reina del verdadero rey.

Entra RICARDO y guardianes.

Pero silencio, mirad... o más bien no miréis...
Mi bella rosa se marchita. Pero alzád los ojos, mirad, hasta que la pena os disuelva en rocío, y lo lavéis hasta dejarlo fresco con lágrimas de amor sincero.
¡Ah, imagen del lugar donde se alzó la vieja Troya!
¡Tú, mapa del honor, tumba del rey Ricardo, y del no rey Ricardo! Tú, el más hermoso albergue: ¿por qué ha de alojarse en ti la adusta pena, cuando la victoria es huésped de una hostería?

RICARDO No te alíes con la pena, mujer, no lo hagas, para hacer mi fin aún más súbito. Aprende, alma buena, a pensar nuestra pasada condición como un sueño dichoso, al despertar del cual, la verdad de lo que somos nos muestra solo esto. Soy cófrade jurado, dulce mía, de la áspera necesidad, y ella y yo mantendremos alianza hasta la muerte. Encamínate a Francia, y encláustrate en alguna casa religiosa. Nuestras vidas en santidad alcanzarán la corona de un nuevo mundo que nuestras horas profanas han derribado aquí en la tierra.

REINA ¡Cómo! ¿Ha sido mi Ricardo en cuerpo y en espíritu debilitado y transformado? ¿Acaso Bolingbroke depuso tu intelecto? ¿Se metió en tu corazón? Un león moribundo arroja al aire zarpazos dejando herida la tierra, cuando menos, por la furia

de verse subyugado; y tú, igual que un escolar,
¿vas a aceptar el correctivo,
besar sumiso la vara que te ultraja
y con baja humildad congraciarte con la furia,
siendo como eres un león, rey de las fieras?

RICARDO ¡Un rey de fieras, sí! Y de no ser por las fieras,
reinaría aún feliz entre los hombres.

Querida mujer y hace tan poco reina,
prepárate ahora para marchar a Francia.
Piensa que ya he muerto, y que aquí mismo recibes,
como de un lecho de muerte, mi despedida última.
En las tediosas noches de invierno, siéntate junto al fuego
con buenas gentes ancianas, y diles que te cuenten relatos
de acongojadas épocas en un pasado remoto;
y antes de despedirte, para compensar sus penas
cuéntales la lamentable caída de este rey,
y así envía a tus oyentes a dormir entre lágrimas;
pues hasta los insensibles tizones se conmoverán
con la triste inflexión de tu lengua atribulada,
y en muestra de condolencia apagarán el fuego;
y unos llevarán duelo en cenizas, otros en carbón
por la deposición de un rey legítimo.

Entra el conde de NORTHUMBERLAND.

NORTHUMBERLAND Milord, Bolingbroke ha cambiado de parecer.
Debéis proceder a Pomfret, no a la Torre.
Y en cuanto a vos, señora, se ha dispuesto
que marchéis a Francia con la mayor presteza.

RICARDO Northumberland, tú, la escalera por la cual
el trepador de Bolingbroke ha ascendido a mi trono,
escucha: el tiempo no habrá envejecido muchas horas
antes de que tu pecado infecto, como un postema maduro
reviente en purulenta corrupción. Tú pensarás
que aunque él dividiese el reino y te diese la mitad,
sería muy poco por ayudarle a conseguir el todo.
Y él pensará que tú, que ya conoces la manera
de implantar reyes ilegítimos, sabrás también,
con el menor aliciente para actuar en su contra,
desprenderlo, o más bien descabezarlo, del usurpado trono.
El afecto entre amigos malvados muda en miedo,

el miedo en odio, y ese odio acarrea a uno o a los dos peligros bien ganados o muerte merecida.

NORTHUMBERLAND

Que la muerte penda sobre mi cabeza, y acabemos.
Despedíos y separaos, que debéis partir cuanto antes.

RICARDO ¡Doblemente divorciado! Hombres depravados,
violáis un doble matrimonio: entre mi corona y yo,
y luego el matrimonio con mi esposa.
(A la REINA.) Deja que revoque con un beso el juramento
entre nosotros...

Y sin embargo no, pues con un beso fue sellado.
Sepáranos, Northumberland: yo iré al Norte,
donde enfermedad y frío intenso afligen el clima;
mi reina a Francia, de donde vino para encontrarme en regia pompa
tan plena de ornato y hermosura
como el dulce mayo, y adonde regresa
como un Día de los Santos, de todos el más breve.

REINA ¿Y debemos distanciarnos, debemos separarnos?

RICARDO ¡Sí, la mano de la mano, amor, y el corazón del corazón!

REINA Desterradnos a ambos, y enviad al rey, conmigo.

NORTHUMBERLAND Eso sería afortunado para el amor,
pero muy poco para la política.

REINA Dejarme pues ir a mí adonde él vaya.

RICARDO Dos que lloran juntos hacen una sola desdicha.
Llora tú por mí en Francia; yo te lloraré aquí.
Mejor estar alejados que estar cerca y no estar juntos.
Ve, cubre tu ruta con suspiros;
yo cubriré la mía con sollozos.

REINA Así quien tenga el camino más largo
tendrá quejas más prolongadas.

RICARDO Con cada paso sollozaré doblemente,
al tener yo la ruta menos larga,
el peso de mi corazón dilatará el viaje.
Ven, ven, abreviemos este galanteo del dolor,
que al desposar ambos dolores, la pena será larga.
Selle un beso nuestras bocas, y partamos en silencio.

Así te doy mi corazón, y así llevo conmigo el tuyo.

Se besan.

REINA Dame de nuevo el mío. Mal estaría de mi parte encargarme de guardar tu corazón y darle muerte.

Se besan.

Y bien, ya tengo de nuevo el mío, parte ahora, para que pueda intentar matarlo con un gemido.

RICARDO Damos rienda suelta a la pena con esta tierna demora. Una vez más, adiós. El resto lo diga el dolor.

Salen RICARDO, escoltado, y NORTHUMBERLAND por una puerta, la REINA y sus damas por la otra.

ESCENA II

Entran YORK y la DUQUESA DE YORK.

DUQUESA DE YORK Cuando las lágrimas truncaron vuestra historia, milord, dijisteis que me contaríais el resto de la llegada a Londres de nuestros dos sobrinos.

YORK ¿Dónde me detuve?

DUQUESA DE YORK En aquella triste parada, milord, cuando manos rudas e ignorantes lanzaban desde las ventanas polvo y basura sobre la cabeza del rey Ricardo.

YORK Entonces, como decía, el duque, el gran Bolingbroke, montado sobre un candente y brioso corcel que parecía saber quién era su ambicioso jinete, avanzaba con paso lento y majestuoso, mientras las bocas gritaban «¡Dios te salve, Bolingbroke!». De verlo habríais creído que hablaban las ventanas, tantos eran los ojos ávidos de jóvenes y viejos que arrojaban miradas penetrantes como dardos sobre el rostro suyo, y habríais pensado que los muros con pintadas tapicerías decían al mismo tiempo: «¡Que Jesús te guarde! ¡Bienvenido, Bolingbroke!». En tanto que él, volviéndose a uno y otro lado, la cabeza descubierta, más inclinada

que el cuello de su altivo corcel, les hablaba de este modo: «Os agradezco, compatriotas», y haciendo esto sin cesar seguía su camino.

DUQUESA DE YORK

¡Ay, pobre Ricardo! ¿Dónde cabalgaba él entretanto?

YORK Como ocurre en el teatro, que los ojos de la gente, cuando un actor consumado sale de escena, se posan distraídos en aquel que entra luego pensando que su cháchara resultará tediosa, asimismo, o tal vez con más desprecio, los ojos de los hombres miraban ceñudamente al gentil Ricardo. Nadie exclamó «¡Dios le salve!». Ni una lengua jubilosa le dio la bienvenida a casa; más bien sobre su sacra cabeza llovía el polvo, que él sacudía con una tristeza tan benévola, el rostro debatiéndose entre sonrisas y lágrimas, insignias de su dolor y su paciencia, que si Dios por un alto designio no hubiese revestido de acero el corazón de los hombres, por fuerza se habría derretido, y la propia barbarie habría sentido piedad. Pero el cielo tuvo su mano en estos sucesos, y a su voluntad hemos de someternos serenamente. Ahora somos súbditos jurados de Bolingbroke, cuya majestad y honor reconozco por siempre.

Entra el duque de AUMERLE.

DUQUESA DE YORK Llega aquí mi hijo Aumerle.

YORK Aumerle era antes; pero ha perdido el título por ser amigo de Ricardo, y, señora, en adelante deberéis llamarle Rutland. En pleno Parlamento fui garante de su lealtad y su obediencia eterna al rey recién inaugurado.

DUQUESA DE YORK

Bienvenido, hijo mío. ¿Quiénes son ahora las violetas^[19] que cubren el verde prado de la precoz primavera?

AUMERLE Señora, no lo sé, y tampoco me interesa mayormente. Sabe Dios que igual me da ser o no ser una de ellas.

YORK Pues bien, sed juicioso en esta nueva primavera,
no sea que os sieguen antes de llegar a flor.
¿Qué noticias hay de Oxford?
¿Tendrán lugar las justas y festejos?

AUMERLE Por lo que sé, milord, así es.

YORK Allí estarás, supongo.

AUMERLE Si Dios no lo impide, me propongo ir.

YORK ¿Qué sello es ese que cuelga a un lado de tu pecho?
Ah, ¿pero palideces? Déjame ver el escrito.

AUMERLE Milord, no es nada.

YORK Poco importa entonces que lo vea.
Debes darme gusto. Déjame ver el escrito.

AUMERLE Suplico a vuestra gracia que me excuse de hacerlo.
Es un asunto de poca consecuencia,
que por ciertos motivos prefiero no sea visto.

YORK Que por ciertos motivos, señor, me propongo ver.
¡Me temo, me temo...!

DUQUESA DE YORK ¿Qué podéis temer?
No es más que un compromiso que ha firmado
para un hermoso traje que vestirá en los festejos.

YORK ¿Para comprometerse a sí mismo? ¿Para qué firmar
un compromiso que podría comprometerlo?
Esposa, eres una necia. Rapaz, déjame verlo.

AUMERLE Os suplico, excusadme. No puedo mostrarlo.

YORK Tendrás que darme gusto. Déjame verlo, te he dicho.

*Lo arrebatada
del pecho de AUMERLE y lo lee.*

¡Traición, traición alevé! ¡Villano! ¡Traidor! ¡Esclavo!

DUQUESA DE YORK ¿Pero qué ocurre, milord?

YORK Hey, quien sea que esté allí. Ensilla mi caballo.
Dios se apiade de mí, ¡cuánta traición hay aquí!

DUQUESA DE YORK ¡Cómo! ¿Qué pasa, milord?

YORK Tú, dame las botas, te digo. Ensilla mi caballo.

Y ahora por mi honor, por mi vida, por mi voto,
denunciaré al villano.

DUQUESA DE YORK ¿Qué ocurre?

YORK Calla, mujer necia.

DUQUESA DE YORK No quiero callar. ¿Qué ocurre, hijo?

AUMERLE Mi buena madre, calmaos. No pasa de ser algo
de lo que debo responder con mi vida.

DUQUESA DE YORK ¿Con tu vida?

YORK Que me traigan las botas. Voy donde el rey.

Su criado entra con las botas.

DUQUESA DE YORK

¡Dale un golpe, Aumerle! Pobre hijo, estás estupefacto.
(*Al criado de York.*)

¡Vete, canalla! Nunca más te presentes en mi vista.

YORK Que me traigan las botas, he dicho.

DUQUESA DE YORK Aguarda, York, ¿qué vas a hacer?

¿No piensas ocultar la falta de tu propia sangre?

¿Tenemos otros hijos? ¿O acaso podríamos tenerlos?

¿No ha bebido el tiempo ya mis años fecundos?

¿Quieres arrebatarme a mi vejez mi bello hijo,
y despojarme del feliz título de madre?

¿No se parece él a ti? ¿No es tu propia sangre?

YORK Mujer indulgente e insensata,

¿pretendes encubrir esta negra conjura?

Una docena de ellos han hecho juramento,
e intercambiado compromisos de puño y letra
para matar al rey en Oxford.

DUQUESA DE YORK Él no tomará parte.

Lo guardaremos aquí. ¿En qué le afecta, entonces?

YORK ¡Vete de aquí, mujer indulgente! Lo denunciaría
aunque fuese veinte veces hijo mío.

DUQUESA DE YORK Si hubieses gemido para darle a luz
como hice yo, tendrías más piedad.

Pero ahora descubro lo que piensas: sospechas

que he sido desleal a nuestro lecho,
y que él es un bastardo, no tu hijo.
Dulce York, dulce marido, no pienses eso.
Se parece tanto a ti como puede parecerse un hombre a otro;
no se parece a mí ni a nadie de mi familia,
y sin embargo le amo.

YORK Déjame pasar, esposa díscola.

Sale con su criado.

DUQUESA DE YORK ¡Síguele, Aumerle! Monta en su caballo.

Espoléalo, date prisa, llega antes donde el rey,
y ruégale perdón antes de que tu padre te acuse.
No tardaré mucho en alcanzarte; aunque sea vieja,
no dudaré en galopar tan veloz como York
y no me levantaré por nada de la tierra
hasta que Bolingbroke te perdone. ¡En marcha, ve!

*Salen
por puertas distintas.*

ESCENA III

*Entra BOLINGBROKE, coronado como REY ENRIQUE,
con ENRIQUE PERCY y otros nobles.*

REY ENRIQUE ¿Nadie puede darme razón de mi hijo disipado?

Tres meses han pasado desde la última vez que le vi.
Si algún flagelo pende sobre mí, es él.
Quiera Dios, milord, que puedan encontrarlo.
Averigüad en Londres, entre las tabernas,
pues, según dicen, las frecuenta diariamente
junto con gente desenfrenada y perdularia
(de esos, dicen, que se emboscan en callejuelas
y golpean a nuestra guardia y roban a los viajeros)
mientras que él, un joven travieso y afeminado,
hace cuestión de honor el mantener
a esta partida de canallas.

ENRIQUE PERCY Mi señor, hace solo dos días yo vi al príncipe
y le conté de las justas a celebrarse en Oxford.

REY ENRIQUE ¿Y qué dijo el galancete?

ENRIQUE PERCY Respondió que él iría a los burdeles,
se adueñaría del guante de la moza más vulgar,
para usarlo como prenda de honor, y que con él
iba a desensillar al justador más vigoroso.

REY ENRIQUE

Tan disoluto como osado. Pero a través de ambas cosas
veo un destello de esperanza mejor, que días más maduros
quizá hagan brillar.

*Entra el duque de AUMERLE,
estupefacto.*

¿Pero quién viene aquí?

AUMERLE ¿Dónde está el rey?

REY ENRIQUE ¿Qué sucede a nuestro primo, que clava
así la vista con ojos espantados?

AUMERLE (*Arrodillándose.*)

¡Dios salve a vuestra gracia! Ruego a vuestra majestad
que me conceda una entrevista a solas.

REY ENRIQUE (*A los lores.*)

Retiraos un momento y dejadnos a solas.

Salen todos excepto el REY ENRIQUE y AUMERLE.

Y ahora sí, ¿qué le pasa a mi primo?

AUMERLE Que mis rodillas queden fijadas a la tierra,
y mi lengua por siempre pegada al paladar,
a menos que me perdonéis antes de levantarme o hablar.

REY ENRIQUE ¿Es solo una intención o ya se cometió la falta?

De ser lo primero, por odiosa que fuese,
con tal de ganar tu amor en el futuro, te perdono.

AUMERLE (*Levantándose.*)

Entonces dadme licencia para echar la llave,
para que no entre nadie mientras acabo mi relato.

REY ENRIQUE Cumple tu deseo.

AUMERLE cierra la puerta con llave. El duque de YORK llama a la puerta y grita.

YORK (*Dentro.*) ¡Mi soberano, cuidado! ¡Mira por ti!

Tienes ahora mismo un traidor en tu presencia.

El REY ENRIQUE desenvaina la espada.

REY ENRIQUE (A AUMERLE.) Villano, yo te haré inofensivo.

AUMERLE ¡Detén tu mano vengadora! No tienes razón para temer.

YORK (*Llamando a la puerta desde dentro.*)

¡Abre la puerta, rey crédulo y temerario!

¿Debo traicionar mi amor por ti gritándote improperios?

Abre la puerta o la derribo a golpes.

El REY ENRIQUE abre la puerta.

Entra el duque de YORK.

REY ENRIQUE ¿Pero qué pasa, tío? Habla,
recobra el aliento, dime cuán cerca está el peligro,
para que pueda armarme y salir a su encuentro.

YORK Examina este escrito que traigo, y así conocerás
la traición que mi premura me impide relatar.

Le entrega el papel al REY ENRIQUE.

AUMERLE Acuérdate, al leerlo, de tu promesa reciente.

Yo estoy arrepentido. No leas allí mi nombre.

Mi corazón no es cómplice de mi mano.

YORK Lo fue, canalla, cuando tu mano escribía.

Lo arrebaté del pecho del traidor, mi soberano.

El temor, y no el afecto, fuerzan su compunción.

Olvida la piedad prometida, no sea que resulte ser
una serpiente que ha de morderte el corazón.

REY ENRIQUE ¡Ah, odiosa, violenta y atrevida conjura!

¡Oh, padre leal de un hijo traicionero!

Tú eres fuente de aguas puras, como plata inmaculada,
de donde nace este arroyo que al cruzar turbios parajes
se ha estancado y enlodado a sí mismo,
convirtiendo en mal tu desborde de bien.

Pero tu bondad en abundancia habrá de excusar
esta funesta mancha de tu hijo descarriado.

YORK Así mi virtud será alcahueta de sus vicios,
y él ha de malgastar mi honor con su falta de honra,
igual que los hijos derrochadores
el oro acopiado por sus padres.
Mi honor vivirá cuando su deshonor muera.

Me matas con su vida: al darle a él aliento,
el traidor vive, el honesto es enviado a la muerte.

DUQUESA DE YORK (*Dentro.*)

Mi soberano, ¡por el amor de Dios, déjame entrar!

REY ENRIQUE ¿Qué suplicante de aguda voz grita con tal vehemencia?

DUQUESA DE YORK (*Dentro.*) Una mujer, y tía tuya, gran rey; soy yo.

¡Habla conmigo, ten piedad de mí! ¡Abre la puerta!

Mendiga una mendicante que jamás ha mendigado.

REY ENRIQUE Nuestra escena se altera y, de una cosa grave,
cambia ahora a un episodio de «La mendiga y el rey».

Mi peligroso primo, haced entrar a vuestra madre.

Sé que ha venido a rogar por vuestro horrible pecado.

AUMERLE abre la puerta. Entra la DUQUESA DE YORK.

YORK Si das clemencia, a quienquiera que esté ahí rogando,
más pecados podrían prosperar de ese perdón.
Cuando se amputa el miembro gangrenado, el resto queda sano.
Mas si se deja intacto, infecta a todo el resto.

DUQUESA DE YORK (*Arrodillándose.*)

Oh, rey, desoye a este hombre con corazón de piedra.

Quien no ama lo más suyo no podrá amar a nadie.

YORK Frenética mujer, ¿qué vienes a hacer aquí?

¿Otra vez tus viejos senos nutrirán a un traidor?

DUQUESA DE YORK

Dulce York, ten paciencia... Escucha, mi amable soberano.

REY ENRIQUE Levántate, mi buena tía.

DUQUESA DE YORK Aún no, te suplico:

caminaré por siempre de rodillas, y nunca
veré un día que alguien pueda llamar venturoso,
hasta que tú me des la dicha, me ordenes ser dichosa
perdonando a Rutland, mi hijo descarriado.

AUMERLE (*Arrodillándose.*)

Me uno a los ruegos de mi madre doblando la rodilla.

YORK (*Arrodillándose.*)

Me opongo a los ruegos de ambos, doblando mi cuerpo leal.

Mal podrías prosperar si les concedes cualquier gracia.

DUQUESA DE YORK

¿Pero habla él con fervor y seriedad? Mírale la cara.
Sus ojos no vierten una lágrima, sus ruegos son fingidos.
Hablan con la boca; nosotros con el corazón.
Ruega, sí, mas débilmente, y quiere ser denegado;
nosotros rogamos con alma, cuerpo y todo lo demás.
Sus fatigados huesos de buen grado se alzarían, lo sé bien.
Nuestras rodillas seguirán arrodilladas hasta echar raíces.
Sus ruegos están colmados de falsa hipocresía;
los nuestros de fervor sincero y honda integridad.
Nuestros ruegos superan a los suyos por mucho;
concededles entonces la clemencia
que un ruego verdadero merece obtener.

REY ENRIQUE Mi buena tía, de pie.

DUQUESA DE YORK No, no me digas «De pie».

Di primero «Perdono», y «De pie» después.
Y si yo fuese tu nodriza, y debiese instruirte,
la primera palabra de tu vocabulario sería «Perdono».
Nunca he anhelado como ahora escuchar una palabra.
Di «Perdono», rey. Permite que la piedad
te enseñe a pronunciarla. Es una palabra corta,
pero más aún que corta es dulce.
No hay adorno mejor para la boca de un rey.

YORK Dilo en francés, rey: di «*Pardonnez-moi*».^[20]

DUQUESA DE YORK ¿Enseñas al perdón a destruir el perdón?

¡Ah, mi agrio esposo, señor de duro corazón
que emplaza la palabra misma contra la palabra!
Nombra el perdón como es corriente en nuestro reino;
pues no entendemos el francés oscilante. Tus ojos
hablan ya; deja a tu lengua seguir el ejemplo;
o planta el oído en tu corazón piadoso,
y al escuchar que nuestros ruegos y quejas lo traspasan,
la piedad te inclinará a repetir «Perdón».

REY ENRIQUE Mi buena tía, levántate.

DUQUESA DE YORK No he pedido levantarme.

El perdón es el único pedido y la apuesta de mi mano.

REY ENRIQUE Le perdono, como Dios ha de perdonarme a mí.

YORK y AUMERLE se levantan.

DUQUESA DE YORK

¡Oh, feliz victoria de una rodilla hincada en tierra!
Sin embargo, aún tiemblo de temor. Dilo de nuevo.
Conceder perdón dos veces no perdona doblemente,
pero hace más sólido el primer perdón.

REY ENRIQUE Le perdono de todo corazón.

DUQUESA DE YORK (*Levantándose.*) Eres un dios sobre la tierra.

REY ENRIQUE En cuanto a mi incauto cuñado y el abad,
y todo el resto de esa banda de facciosos,
una incansable destrucción les rastrearé los talones.
Buen tío, aseguraos de enviar nutridas tropas
a Oxford, o donde se encuentren los traidores.
No vivirán más en este mundo, lo prometo,
me encargaré bien de ellos no bien sepa dónde están.
Tío, hasta la vista; y primo, también adiós.
Tu madre me ha convencido con sus ruegos;
y ahora has de probar tu lealtad.

DUQUESA DE YORK Ven aquí, mi hijo irredento.
Ruego a Dios que te haga un hombre nuevo.

*Sale el REY ENRIQUE por una puerta;
YORK, la DUQUESA DE YORK y AUMERLE por la otra.*

ESCENA IV

Entra sir Piers EXTON con sus hombres.

EXTON ¿Pero escuchaste bien las palabras que dijo el rey?
«¿No tengo yo un amigo que me libre de este miedo tenaz?»
¿No dijo así?

HOMBRE PRIMERO Esas fueron sus palabras exactas.

EXTON «¿No tengo yo un amigo?», repitió. Dos veces lo dijo,
y lo preguntó dos veces con urgencia, ¿no es verdad?

HOMBRE SEGUNDO Es verdad.

EXTON Y al decirlo, miraba hacia mí con esperanza,
como si quisiera decir, «Ojalá fueses tú el hombre

que divorciara de mi corazón este terror»,
refiriéndose al rey que está en Pomfret. En marcha.
Yo soy el amigo del rey, y lo libraré de su enemigo.

Salen.

ESCENA V

Entra RICARDO, solo.

RICARDO He estado cavilando cómo podría comparar
esta prisión donde vivo con el mundo;
pero dado que el gran mundo es populoso,
y aquí no viven más criaturas que yo mismo,
no puedo hacerlo. Y no obstante lo dilucidaré.
Mi mente será la hembra para el espíritu,
así mi espíritu será padre, y ambos engendrarán
una prole incesante de nuevos pensamientos;
y esos mismos pensamientos poblarán
este pequeño mundo de humores tan variables
como las gentes que el mundo habitan.
Pues no hay pensamientos dichosos. Los mejores,
o sea, los de cosas divinas, están mezclados
con dudas, y enfrentan la propia Escritura
con la Escritura, verbigracia: «Dejad que los niños vengan a mí»,
pero también,
«Es tan difícil entrar en el reino como que un camello
sortee el postigo del ojo de una aguja».
Y los pensamientos ambiciosos traman a veces
insólitos prodigios: como estas pobres y débiles uñas
que piensan que tal vez podrían cavar
un pasaje entre los flancos duros de este pétreo mundo,
los muros ásperos de la prisión;
y al no lograrlo, mueren sumidas en su propio orgullo.
Los pensamientos que tienden al consuelo se precian
diciendo que no somos los primeros esclavos del destino,
ni seremos los últimos... como los mendigos mentecatos,
que al ser llevados al cepo se amparan de la vergüenza
pensando que otros muchos pasaron por allí,
y otros muchos han de pasar todavía;
y en este pensamiento hallan un cierto alivio,

cargando sus propios infortunios en la espalda
de aquellos que han sufrido antes lo mismo.
Así, yo actúo a solas el papel de muchos hombres
ninguno de los cuales es dichoso. A veces soy rey;
luego la traición me obliga a desear ser mendigo,
y eso es lo que soy. Después la penuria agobiante
me persuade de que estaba mejor cuando era rey.
Entonces soy rey de nuevo, y pasado el tiempo
pienso que Bolingbroke me derroca
y de inmediato no soy nada. Pero quienquiera que sea,
ni yo ni hombre alguno que solo sea un hombre,
en nada encontrará placer que lo alivie
de no ser nada.

Suena una música.

Escucho música.
¡Ah, ah! ¡Seguid el ritmo! Qué agria es la dulce música
cuando se rompe la armonía y no se guarda el compás.
Ocurre igual con la que rige la vida de los hombres
y aquí he adquirido un oído lo bastante fino
para distinguir el tiempo falso de una cuerda destemplada.
Mas en el concierto de mi tiempo y mi gobierno
no tuve oído para escuchar que no llevaba el tiempo.
Desprecié el tiempo y ahora el tiempo me desprecia,
y me convierte en su reloj de campanario.
Mis pensamientos son minutos, y con suspiros marcan
los intervalos en mis ojos, ese cuadrante visible
adonde mi dedo, como una aguja puntual
apunta una y otra vez para enjugar el llanto.
Ahora, señor, los sonidos que me indican la hora
son gemidos clamorosos que me golpean el corazón,
que es la campana. De modo que suspiros, llanto y gemidos
marcan los minutos, las horas y el correr
del tiempo. Pero mi tiempo cabalga presto
en la grupa del altivo júbilo de Bolingbroke,
mientras yo aquí, como un bufón, soy el maniquí de su reloj.
Esa música me vuelve loco. Que no suene más; pues
aunque haya ayudado a los locos a recobrar el juicio,
siento que en mí arrastra a un cuerdo a la locura.

La música se interrumpe.

Sin embargo, bendito sea el corazón que me la ofrece,
pues es señal de afecto, y para Ricardo el afecto
es una joya exótica en este mundo lleno de odio.

Entra un PALAFRENERO del establo.

PALAFRENERO ¡Salve, príncipe real!

RICARDO Gracias, noble par.

El más barato entre tú y yo es dos peniques muy caro.
¿Quién eres y cómo has llegado aquí,
donde no llega nadie salvo aquel triste perro
que me trae comida para que dure mi desgracia?

PALAFRENERO Yo era un pobre palafrenero de tus cuadras, rey,
cuando eras rey; y en mi viaje hacia York,
tras mucho insistir al fin obtuve licencia
para mirar el rostro de mi antiguo amo real.
¡Ah! ¡Cómo se afligió mi corazón al contemplar
en las calles de Londres, el día de la coronación,
a Bolingbroke montado sobre el ruano Barbary,
aquel caballo que con frecuencia cabalgabais,
ese que yo enjaezaba con tanto cuidado!

RICARDO ¿Montaba en Barbary? Dime, noble amigo,
¿cómo se comportaba bajo ese peso?

PALAFRENERO Tan orgulloso como si desdeñara el suelo.

RICARDO ¡Orgulloso de llevar a Bolingbroke en sus lomos!
Ese rocín que comía pan de mi mano real;
esta mano que lo llenaba de orgullo al palmearlo.
¿Es que no podía tropezar? ¿No podía corcovear,
caer al suelo (pues el orgullo ha de caer
de vez en cuando) y romperle así el cuello
a ese hombre altivo que usurpaba sus lomos?
¡Perdóname, caballo! ¿Por qué despotricó contra ti,
si tú, creado para servir al hombre
naciste para cargarlo? A mí no me hicieron caballo,
y sin embargo soporto mi carga como un asno,
espoleado, mortificado y extenuado
por el cabriolero Bolingbroke.

*Entra el GUARDIÁN de Ricardo,
con su comida.*

GUARDIÁN (*Al PALAFRENERO.*)

Oye tú, a largarse. Aquí no te puedes quedar.

RICARDO (*Al PALAFRENERO.*)

Si sientes por mí aprecio, es hora de que te vayas.

PALAFRENERO Lo que mi lengua no se atreve a hablar,
mi corazón sabrá decirlo.

Sale.

GUARDIÁN Milord, ¿os apetece comer?

RICARDO Prueba tú primero, como haces de costumbre.

GUARDIÁN Milord, no me atrevo. Sir Piers de Exton,
quien viene de ver al rey, me ordenó lo contrario.

RICARDO (*Dándole un golpe al GUARDIÁN.*)

¡El diablo os lleve a Enrique de Lancaster y a ti!
Mi paciencia se ha podrido, y estoy harto de esto.

GUARDIÁN ¡Auxilio, auxilio, auxilio!

EXTON y sus hombres entran precipitadamente.

RICARDO

¿Y ahora? ¿Qué pretende la muerte con este brusco asalto?

*Se apodera del arma
de uno de los hombres y lo mata.*

Bellaco, tu propia mano cede el instrumento de tu muerte.

Mata a otro.

Vete a ocupar otro sitio en el infierno.

EXTON lo ataca, derribándolo.

RICARDO Arderá en el fuego inextinguible la mano
que así derriba a mi persona. Exton, tu mano cruel
ha mancillado con sangre real la tierra del rey.
Sube, alma mía, sube; tu trono está en lo alto,
mientras mi abyecta carne se hunde, y aquí muere.

Muere.

EXTON Tan lleno de valor como de sangre real.

He dispersado uno y otra. ¡Ay, ojalá la acción sirva!
Pues ahora el diablo, que me dijo que hacía bien,

me dice que el hecho queda en los anales del infierno.
Llevaré a este rey muerto ante el rey viviente.
Ocupaos del resto, y dadles sepultura aquí.

*Sale EXTON con el cadáver de Ricardo por una puerta,
y sus hombres con los otros cuerpos por la otra.*

ESCENA VI

*Fanfarria. Entran el REY ENRIQUE y el duque de YORK
con otros lores y criados.*

REY ENRIQUE

Gentil tío York, la nueva más reciente que he escuchado
es que los rebeldes han destruido por el fuego
nuestra ciudad de Cicester en Gloucestershire;
pero si han caído prisioneros o muertos, no lo sé.

Entra el conde de NORTHUMBERLAND.

Bienvenido, milord. ¿Qué noticias hay?

NORTHUMBERLAND

Primero, deseo todas las dichas a tu sagrado trono.
La noticia más urgente es que he hecho enviar a Londres
las cabezas de Salisbury, Spencer, Blunt y Kent.
Los pormenores de su arresto puedes encontrarlos
descritos ampliamente en este papel que ves aquí.

Le entrega el papel al REY ENRIQUE.

REY ENRIQUE Te agradezco tus molestias, gentil Percy,
que a tu valía añadirán muy valiosas ganancias.

Entra lord FITZWALTER.

FITZWALTER Milord, he hecho enviar de Oxford hacia Londres
las cabezas de Brocas y sir Bennet Seely,
dos de los peligrosos traidores concitados
que tramaban en Oxford tu audaz derrocamiento.

REY ENRIQUE Tus molestias, Fitzwalter, no serán olvidadas.
Grande y noble es tu mérito, a fe que sí.

*Entra ENRIQUE PERCY,
con el OBISPO DE CARLISLE, bajo arresto.*

ENRIQUE PERCY Ese gran conspirador, el abad de Westminster,
con peso en la conciencia y amarga melancolía,
ha entregado su cuerpo a la tumba.
Pero aquí está Carlisle, en vida, para escuchar
tu real veredicto y el castigo a su altivez.

REY ENRIQUE Carlisle, esta es tu sentencia.

Elige un lugar secreto, una piadosa residencia
distinta de la que ocupas, y disfruta en ella de tu vida.
Si vives allí en paz, morirás libre de acosos.
Pues aunque siempre has sido mi enemigo,
siempre he visto en ti claros destellos de honor.

*Entra EXTÓN
con sus criados cargando un ataúd.*

EXTÓN Gran rey, dentro de este féretro te ofrezco
tu temor sepultado. Aquí yace, sin ningún aliento
el más poderoso entre tus mayores enemigos,
Ricardo de Bordeaux, a quien te he traído.

REY ENRIQUE Extón, no te agradezco, pues con tu funesta mano
has cometido un acto vil que difama
mi propio ser y toda esta ilustre tierra.

EXTÓN Por palabras vuestras, milord, cometí esta acción.

REY ENRIQUE No aman el veneno quienes lo necesitan;
ni yo por ti siento afecto. Si bien quería verle muerto,
aborrezco a quien lo mató, y amo la vista de su cadáver.
Recibe por tu empeño una conciencia culpable,
mas no esperes de mí palabras buenas ni favores reales.
Ve con Caín a errar entre las sombras de la noche,
y jamás muestres tu rostro al día ni a la luz.

Salen EXTÓN y sus criados.

Señores, juro que mi alma se colma de pena
al verme rociado con sangre para poder crecer.
Venid a llorar conmigo lo que en verdad lamento,
y vestíos con hosco y riguroso luto.
Yo emprenderé un viaje a Tierra Santa
para limpiar de esta sangre mi culpable mano.
Seguidme con tristeza. Y honrad aquí mi duelo
escoltando entre lágrimas tan prematuro ataúd.

Salen con el ataúd.



ENRIQUE IV

PARTE 1

versión de

Mirta Rosenberg y Daniel Samoilovich

Escrita y representada por primera vez entre 1596 y 1597, fue inscrita en el registro de publicaciones en febrero de 1598. Se publicó en Cuarto en 1598 y se reimprimió en 1599, 1604, 1608, 1613 y 1622, lo que da una idea del fulgurante éxito que tuvo la obra. El texto del Primer Folio de 1623 se basó en el quinto Cuarto, del que corrigió numerosos errores, convirtiéndose en la versión autorizada.



DRAMATIS PERSONAE

REY HENRY IV, también llamado rey Harry y Bolingbroke

PRÍNCIPE HENRY, príncipe de Gales, también llamado Hal y Harry Monmouth, hijo mayor y heredero del rey Henry IV

Lord John LANCASTER, también llamado príncipe John de Lancaster, un hijo más joven del rey

Leales al rey:

Conde de WESTMORLAND

Sir Walter BLUNT

Rebeldes contra el rey:

Conde de NORTHUMBERLAND, Henry Percy

Conde de WORCESTER, Thomas Percy, hermano menor de Northumberland

Sir Henry (o Harry) Percy, apodado HOTSPUR, hijo y heredero de Northumberland

LADY PERCY, también llamada Kate, esposa de Hotspur y hermana de Mortimer

Lord Edmund MORTIMER, cuñado de Hotspur, también mencionado como conde de March

Owen GLENDOWER, un lord galés, suegro de Mortimer

LADY MORTIMER, hija de Glendower y esposa de Mortimer

Conde de DOUGLAS, Archibald Douglas, un lord escocés

Sir Richard VERNON, un caballero inglés

ARZOBISPO de York, Richard le Scrope

SIR MICHAEL, un cura o caballero de la mansión del arzobispo

Amigos del príncipe Harry:

Sir John FALSTAFF, también llamado Jack

Edward POINS, también llamado Ned y Yedward

RUSSELL

HARVEY

Mistress Quickly (doña SEMPRELISTA), posadera de una taberna de

Eastcheap

FRANCIS, un mozo o aprendiz

TABERNERO

En una posada cerca de Gad's Hill:

ARRIERO PRIMERO, o transportador de mercancías

ARRIERO SEGUNDO, o transportador de mercancías

ESTABLERO, o mozo de cuadra

CAMARERO, o criado de cámara

GADSHILL, el que prepara el asalto en el camino

Viajeros

SHERIFF

Criado de Hotspur Mensajeros

Caballeros, soldados

PRIMER ACTO

ESCENA I

Londres, el palacio real. Entran el REY HENRY, lord John Lancaster, el conde de WESTMORLAND, sir Walter Blunt, con otros.

REY HENRY Nerviosos como estamos, y agobiados,
dejemos que la paz recobre aliento
y, aún espantada, aún jadeante,
sople el clarín de nuevas bregas
que han de librarse en playas remotas.
Nunca más los labios sedientos de esta
tierra han de ser pintarrajeados con la sangre
de sus hijos; ni ha de tajar la guerra
sus campos con trincheras, ni sus flores
serán heridas por el paso hostil
de los cascos herrados. Esos ojos
enemigos que, cual meteoros
de un cielo perturbado, de una misma
naturaleza todos, engendrados
de una misma sustancia, no hace mucho
se encontraban furiosos, cuerpo a cuerpo,
en la atroz carnicería de la guerra
civil, han de marchar ahora en filas
ordenadas, en una misma dirección,
ya no más enemigas
de sus amigos, sus aliados, sus parientes.
El filo de la guerra no ha de herir,
cual daga que quedó mal envainada,
a su propio señor. Así, amigos,
hasta el lejano sepulcro de Cristo
(de quien somos ahora soldados
y bajo cuya santa cruz
estamos obligados a luchar),
hasta allí llevaremos de inmediato
una leva de ingleses cuyos brazos
en el vientre materno se formaron
para expulsar a esos paganos
de la tierra sagrada que unos pies

benditos recorrieron palmo a palmo,
los mismos pies que hace catorce siglos
fueron clavados, por bien nuestro,
sobre la amarga cruz. Este propósito
durante un año lo hemos sostenido,
de modo que es inútil hablar más.
No nos hemos reunido para eso.
Entonces hazme saber de tu boca,
Westmorland, gentil primo, lo que anoche
de esta empresa que tanto nos importa
quedó resuelto en el Consejo.

WESTMORLAND Señor, se discutía con calor el tema,
y ya se habían dispuesto muchas cosas,
cuando irrumpió un correo de Gales,
cargado de gravísimas noticias;
la peor: que el noble Mortimer,
que guiaba a los hombres de Herefordshire
contra el salvaje insurrecto Glendower,
fue apresado por las rudas manos
del galés, y mil de los suyos masacrados,
y fueron sometidos los cadáveres
a abusos tales, por las mujeres galesas,
a transformaciones de tal bestialidad
que es imposible contarlo sin vergüenza.

REY HENRY Parece entonces que estas nuevas
demoran nuestro plan en Tierra Santa.

WESTMORLAND Y esto no es todo, mi señor; otras noticias
aún más enojosas, menos gratas,
llegaron desde el norte. Estas son:
el día de la Santa Cruz, el joven
Harry Percy, a quien apodan Hotspur,
y el bravo Archibald, ese escocés
probado en mil campañas,
en Holmedon se toparon en combate
y fueron horas tristes y sangrientas
a juzgar por las salvas de cañones.
Un hombre ha traído la noticia
sin saber todavía el resultado:
partió en el fragor de la batalla.

REY HENRY He aquí un querido, fiel amigo:
sir Walter Blunt, que acaba de apearse,
sucio del polvo de todas las tierras
que separan a Holmedon de nosotros,
y nos trae noticias favorables.
Douglas ha sido derrotado;
sir Walter vio en los llanos de Holmedon
veintidós caballeros, diez mil bravos
escoceses ahogarse en su propia sangre.
Mordake, conde de Fife y primogénito
del derrotado Douglas, y el conde de Atholl,
y Murray, y Angus, y Menteith,
fueron hechos prisioneros por Hotspur.
¿No es acaso un botín honroso?
¿Un gallardo trofeo? ¿Verdad, primo?

WESTMORLAND Por cierto, es un triunfo
del que podría un príncipe jactarse.

REY HENRY Sí, y sin embargo ese título me apena
y pecho de envidioso de Northumberland
porque ha sido bendito con un hijo,
un hijo al que no hay lengua que no alabe,
entre los árboles del bosque el más robusto,
de la dulce Fortuna favorito.
Y mientras oigo de él tales elogios
solo veo excesos y deshonras
manchar la frente de mi joven Harry.
¡Ah, si fuera posible demostrar
que un hada de la noche cambió los infantes
en la cuna, llamando al mío Percy,
al de él Plantagenet! En ese caso
sería mío su Harry, suyo el mío.
¡Pero no más pensar en él! ¿Qué decís vos,
primo, de la arrogancia de este joven Percy?
Quiere guardarse los rehenes que ha tomado
en esta lid, y advierte en su mensaje
que yo solo tendré a Mordake, conde de Fife.

WESTMORLAND Ese es un consejo de su tío;
ese es Worcester, que busca vuestro mal,
lo incita a pavonearse, a alzar su cresta
juvenil contra vuestra dignidad.

REY HENRY Pero responderá por esto: lo he citado
y mientras lo esperamos deberemos
postergar la partida a Tierra Santa.
Nuestro Consejo ha de reunirse
el miércoles en Windsor; avisad
a los lores. Y, primo, volved pronto,
pues hay más por decir y por hacer
que lo que la furia ahora me permite.

WESTMORLAND Así lo haré, señor.

Salen.

ESCENA II

*Una sala en el palacio de Londres.
Entran el PRÍNCIPE HENRY y sir John FALSTAFF.*

FALSTAFF Hola, Hal. ¿Qué hora es, muchacho?

PRÍNCIPE HENRY Estás tan embotado de tomar jerez, comer hasta que se te saltan los botones y dormir sobre los bancos pasado el mediodía, que has olvidado preguntar aquello que verdaderamente querrías saber. ¿Qué carajo te importa qué hora es? A menos que las horas fueran jarras de jerez, y los minutos capones, y los relojes lenguas de alcahuetas, y los cuadrantes anuncios de burdeles, y el propio sol una linda puta caliente vestida de tafeta color fuego, no veo motivos para que te interese algo tan superfluo como saber qué hora es.

FALSTAFF Sin duda, has dado en el clavo, Hal, pues nosotros, los amigos de la bolsa ajena, nos regimos por la luna y los siete planetas, y no por Febo, ese rubiecito que siempre anda en las nubes. Y te ruego, mi muchacho travieso, que cuando seas rey y te llamen su graciosa majestad... bueno, mejor dicho, su majestad, pues gracia no tienes ninguna...

PRÍNCIPE HENRY ¿De veras? ¿Ninguna?

FALSTAFF No, que me cuelguen, ninguna gracia, ni la que haría falta para agradecer un huevo frito.

PRÍNCIPE HENRY ¿Y entonces? Redondea, redondea.

FALSTAFF Por la Virgen, mi muchacho travieso, cuando seas rey no permitas que a nosotros, escuderos del ejército de la noche, nos llamen ladrones de la

belleza del día. Que se nos llame más bien monteros de Diana, hidalgos de la sombra, favoritos de la luna, y que los hombres nos nombren caballeros de buen gobierno, gobernados como estamos, al igual que el mar, por nuestra noble y casta patrona la luna, bajo cuya faz robamos.

PRÍNCIPE HENRY Dices bien, y la comparación es certera, pues nuestra fortuna lunar va y viene como el mar, puesto que como al mar la luna nos gobierna. Y he aquí una prueba: una bolsa de oro arrebatada con modales resolutos el lunes a la noche y ya gastada con modales disolutos la mañana del martes; conseguida al grito de «¡La bolsa o la vida!», y gastada al son de «¡Otra jarra!», una fortuna que en marea baja no llega al pie de la escalera, y en marea alta rebasa el escollo de la horca.

FALSTAFF ¡Por Dios que dices la verdad, muchacho! ¿Y acaso no son suaves las posaderas de mi tierna posadera?

PRÍNCIPE HENRY Como la miel de Sicilia, oh, señor de los burdeles. ¿Y no es suave el duro cuero que viste el carcelero, y dura más?

FALSTAFF ¿Y eso, loquito mío? ¿Qué son esos jueguitos de palabras? Por la peste, no quiero oír hablar de prisiones y durezas.

PRÍNCIPE HENRY Por la pústula, ni yo de tu posadera.

FALSTAFF Sin embargo muchas veces le ajustaste las cuentas...

PRÍNCIPE HENRY ¿Acaso alguna vez te pedí que pagaras por la parte que te tocaba?

FALSTAFF No, lo reconozco, tú siempre pagas por lo que nos toca a todos.

PRÍNCIPE HENRY Sí, y en todas partes, mientras mi bolsa se estira; y cuando no se estira, uso mi crédito.

FALSTAFF Realmente lo usas tanto que si no fueras el heredero real... Pero dime, muchacho travieso, ¿habrá horca en Inglaterra cuando seas rey? ¿Será la audacia refrenada por el mohoso bocado de ese viejo bufón que llaman ley? Cuando reines, no cuelgues a ladrones.

PRÍNCIPE HENRY No, lo harás tú.

FALSTAFF ¿Yo? ¡Fantástico! Por Dios, que seré un gran juez.

PRÍNCIPE HENRY Sin embargo, ya estás juzgando mal. Quiero decir que te ocuparás de ahorcar a los ladrones, y serás un fantástico verdugo.

FALSTAFF Bueno, bueno, Hal; fíjate que, en cierto modo, este asunto de dar sogas me sienta tan bien como tender mis hilos en la corte.

PRÍNCIPE HENRY ¿Para conseguir prebendas?

FALSTAFF Sí, aunque no son prendas lo que a un verdugo le falta: los cadáveres son muy desprendidos. Me cago en Dios, estoy tan triste como un gato castrado o un oso con argolla en la nariz.

PRÍNCIPE HENRY O un león sin melena, o el melancólico laúd de un amante.

FALSTAFF O el gemido de una gaita en Lincolnshire.

PRÍNCIPE HENRY ¿Y por qué no triste como una liebre, o como el pantano de Moorditch?

FALSTAFF Haces las comparaciones más repulsivas, y de hecho eres el más comparador, traidor y encantador de los jóvenes príncipes. Pero, Hal, te ruego que no me acoses más con frivolidades. Por Dios que daría cualquier cosa por saber dónde venden a buen precio buenas reputaciones; necesitamos una cada uno. El otro día, un viejo lord del Consejo me sermoneó en plena calle, señor, por culpa vuestra, pero no le presté la menor atención; y el hombre hablaba muy sabiamente, pero no lo escuché; y hablaba con sabiduría, y en plena calle hablaba y no, no lo escuché.

PRÍNCIPE HENRY Hiciste bien, porque la sabiduría clama en las calles y nadie le hace caso.

FALSTAFF Ese modo de citar la Biblia es propio de un hereje, y eso es lo que eres, un hereje capaz de corromper a un santo. ¡Ah, me has hecho tanto daño, Hal, que Dios te perdone! Antes de conocerte, Hal, nada conocía; y aquí estoy ahora, si he de hablar con el corazón, convertido en un pecador, uno más entre los pecadores. Debo enmendarme, y juro que lo haré: y por Dios que si no lo hago soy un villano. No, no será un príncipe cristiano quien me arrastre a la condenación.

PRÍNCIPE HENRY ¿Dónde podemos hacernos con una bolsa, Jack?

FALSTAFF Donde más te guste, muchacho. Mañana me alzaré con una. Y si no lo hago, despréciame y llámame villano.

PRÍNCIPE HENRY Ya veo cómo te enmiendas, y lo rápido que pasas del orar al robar.

FALSTAFF ¿Qué hacer, Hal, si es mi vocación? En el que sigue su vocación no hay pecado.

Entra POINS.

¡Poins! Ahora sabremos si Gadshill nos ha preparado algún robo. Ah, si los hombres fueran recompensados por sus méritos, no habría en el infierno ningún agujero lo bastante ardiente para él. Es el villano más acabado que le haya gritado «¡La bolsa o la vida!» a un hombre de bien.

PRÍNCIPE HENRY Buen día, Ned.

POINS Buenos días, querido Hal. (A FALSTAFF.) ¿Como le va a monsieur Remordimiento? ¿Qué dice sir Yácomo Yábebo Jack? ¿Qué tal cumplen el diablo y tú el trato que cerraron cuando, el pasado Viernes Santo, le vendiste tu alma por una jarra de Madeira y una pierna de cordero fría?

PRÍNCIPE HENRY Sir John siempre cumple su palabra. El diablo tendrá lo prometido, porque hasta ahora sir Jack nunca ha desmentido un proverbio, y le dará al diablo lo que del diablo es.

POINS (A FALSTAFF.) Entonces será condenado por cumplir la palabra dada al diablo.

PRÍNCIPE HENRY Caso contrario, sería condenado por estafarlo.

POINS Pero muchachos, muchachos, mañana a las cuatro de la mañana, en Gad's Hill, hay peregrinos camino a Canterbury con ricas ofrendas, y comerciantes que van a Londres con las bolsas llenas. Tengo máscaras para todos, y cada cual tiene su caballo. Hoy por la noche Gadshill está en Rochester. He convenido una cena mañana en Eastcheap. Será tan fácil como echarse una siesta. Si aceptáis, os llenaré las bolsas de coronas; si no, vegetad en casa y que os cuelguen.

FALSTAFF Mira, Edward, si no voy, te haré colgar a ti por haber ido.

POINS ¿Qué decís, glotones?

FALSTAFF ¿Tú vendrás, Hal?

PRÍNCIPE HENRY ¿Yo, robar? ¿Yo, ladrón? No, por mi fe.

FALSTAFF No hay en ti hombría ni honestidad ni camaradería, ni vienes de sangre real, si no te atreves a jugarte por diez chelines.

PRÍNCIPE HENRY Bien, entonces por una vez en la vida, haré una lo cura.

FALSTAFF Muy bien dicho.

PRÍNCIPE HENRY Así es que, pase lo que pase, me quedaré en casa.

FALSTAFF ¡Por Dios que cuando seas rey seré el primero en traicionarte!

PRÍNCIPE HENRY No me importa.

POINS Sir John, te ruego que me dejes a solas con el príncipe. Le daré tan buenas razones para correr esta aventura que vendrá con nosotros.

FALSTAFF Bien, que Dios te dé a ti espíritu de persuasión, y a él oídos para aprovecharlo, que lo que digas conmueva y que lo que él oiga sea creído, que el verdadero príncipe pueda, en bien de la diversión, convertirse en

ladrón falso; pues los pobres abusos de esta época necesitan patrocinadores. Adiós. Nos veremos en Eastcheap.

PRÍNCIPE HENRY Adiós, tú, última primavera, veranito de San Martín.

Sale FALSTAFF.

POINS Bien, mi querido señor dulce como la miel: ven mañana con nosotros. Quiero gastar una broma que no puedo ejecutar solo. Falstaff, Harvey, Russell y Gadshill asaltarán a esos hombres como lo hemos preparado; tú y yo no estaremos allí, pero cuando tengan el botín, te juro que se los robaremos y, si no, puedes rebanarme la cabeza.

PRÍNCIPE HENRY ¿Cómo nos separaremos de ellos en el momento de la partida?

POINS Fácil, partiremos antes o después que ellos, acordaremos un punto de reunión y faltaremos a la cita. Solos realizarán la proeza, y en cuanto la hayan logrado, caeremos sobre ellos.

PRÍNCIPE HENRY Bien pensado, pero es probable que nos reconozcan por nuestros caballos, nuestras ropas o cualquier otro detalle.

POINS Tranquilo, los caballos no han de verlos: los dejaremos atados en el bosque; las máscaras, no serán las que ellos conocen; además, caballerito, tengo para la ocasión unas camisolas de arpillera lo bastante largas como para ocultar completamente nuestras vestiduras.

PRÍNCIPE HENRY ¿No serán demasiados para nosotros?

POINS De dos de ellos sé con certeza que se cuentan entre los cobardes más redomados que hayan dado la espalda alguna vez; en cuanto al tercero, apenas vea que la cosa no es tan fácil, dejará de inmediato de pelear: si me equivoco, cuelgo la espada para siempre. La gracia de esta broma reside en la infinita sarta de mentiras que ese gordo canalla nos contará cuando nos juntemos a cenar: cómo peleó con más de treinta, qué estocadas, qué mandobles, qué atroces peligros soportó. Será muy divertido desenmascararlo.

PRÍNCIPE HENRY Bueno, iré contigo. Lleva todo lo necesario, y reunámonos mañana a la noche en Eastcheap. Cenaré allí. Adiós.

POINS Adiós, señor.

Sale POINS.

PRÍNCIPE HENRY A todos os conozco, y por un rato, seguiré vuestros locos pasatiempos. Pero en esto yo imitaré al sol,

que permite que nubes apestosas
oculden su belleza frente al mundo:
así lo extrañan y, si se le antoja
volver a ser él mismo, maravilla
al mundo su regreso cuando irrumpe
entre la horrible, sucia bruma
que antes parecía estrangularlo.
Descansar sería peor que trabajar
si todo el año fueran vacaciones;
porque son pocas es que son deseadas
pues nada gusta más que lo inusual.
Así cuando yo acabe con mis juergas
y cumpla lo que nunca prometí
resultando mejor que mis palabras
y colmando esperanzas que ninguno
cifró en mí, mi reforma,
brillando sobre mis antiguas faltas
como brilla el oro en tierra estéril,
se verá más grandiosa, por contraste,
como un diamante en engarce humilde.
Seré tan malo que haré del mal un arte
y he de enmendarme cuando ya nadie lo espere.

ESCENA III

Otro salón en el palacio de Londres.

Entran el REY HENRY, NORTHUMBERLAND, WORCESTER, HOTSPUR, sir Walter BLUNT y otros.

REY HENRY (A HOTSPUR, NORTHUMBERLAND y WORCESTER.)

Estas indignidades con templanza
soporté, sin que la sangre me hirviera,
y así de mi paciencia han abusado.
De ahora en más, no lo dudéis, prefiero
ser poderoso y que me teman, antes
que seguir mi talante natural
(manso como un cordero,
como un estanque plácido)
talante que hasta ahora me ha valido
no tener el respeto que tributan
los soberbios tan solo a la soberbia.

WORCESTER Mi linaje, señor mío, no merece
que el poder lo flagele con su azote
dado que fue con nuestras propias manos
que ese poder fue entronizado.

NORTHUMBERLAND Milord...

REY HENRY Idos, Worcester: en vuestros ojos veo
desobediencia, y amenaza.
Vuestra actitud, señor, es por demás
atrevida y desafiante: jamás
un rey ha soportado que un lacayo
lo enfrente con gesto ceñudo.
Quedáis en libertad de retiraros:
cuando vuestro consejo precisemos
os haremos llamar.

*Sale WORCESTER.
A NORTHUMBERLAND.*

¿Me decíais?

NORTHUMBERLAND Los prisioneros que su alteza exige,
esos que Harry Percy tomó en Holmedon,
él dice que no es cierto que se niegue
tan de plano a entregarlos como algunos
os hicieron creer. O fue la envidia,
entonces, o fue una confusión,
la que tuvo la culpa, no mi hijo.

HOTSPUR Señor, yo no negué mis prisioneros.
Pero me acuerdo que, tras el combate,
estando yo reseco, consumido
de furia y de cansancio, sin aliento,
sostenido tan solo por mi espada,
apareció un cierto lord, muy fresco,
tan emperifollado como un novio;
y su mentón bien afeitado parecía
un campo al final de la cosecha.
Perfumado cual mercader de encajes
entre índice y pulgar él sostenía
una cajita que de tanto en tanto
ofrecía a su nariz, forzándola
a aceptar el elixir; irritada,

la nariz se fruncía más y más
a cada aspiración. Y mientras tanto
su dueño hablaba y sonreía sin parar,
diciéndoles «¡Bellacos sin modales!»
a los pobres soldados que pasaban
junto a él con los cadáveres a cuestas
osando interponer esos hedores
entre el viento y su nobilísima persona.
Con términos cuidados, de señora,
me habló de varias cosas, y entre ellas,
sí, en nombre de vuestra majestad
reclamó los prisioneros. Espoleado
tanto por el dolor de mis heridas
como por esa cháchara de loro,
contesté no sé qué con impaciencia:
que sí, que no; lo juro: no recuerdo,
pues me ponía loco verlo allí,
impecable, envuelto en su perfume
y hablando como dama de la corte
de cañones, heridas y tambores...
¡Dios me libre! Su lengua no paraba:
que no hay nada mejor para una herida
que esperma de ballena, que está mal
que del vientre inocente de la tierra
extraigan el salitre de la pólvora
para matar a tantos hombres buenos
de forma tan cobarde, que si armas
tan viles no existieran, hasta él
se hubiera convertido en un soldado.
A tamañas gansadas respondí,
señor, como ya dije, desatento,
y os ruego, no dejéis que sus palabras,
tomadas como buenas, se interpongan
entre el amor que por vos siento y vos.

BLUNT Dadas las circunstancias, mi señor,
lo que lord Harry pueda haberle dicho
a semejante hombre en semejante
lugar en un momento semejante
debe quedar bien muerto y enterrado:
que no haya sobre su honor más sospecha
y no nos interese ya qué dijo

ni tampoco si se desdice ahora.

REY HENRY Pero me niega aún sus prisioneros,
si no cumplimos con la condición
de que, a expensas nuestras y ya mismo,
paguemos el rescate de ese Mortimer,
el muy imbécil que tiene de cuñado,
que a conciencia condujo hacia la muerte
a todos los guerreros que lucharon
contra Glendower, aquel maldito mago
cuya hija hace poco se ha casado
con el tal conde de March. ¿Vaciaremos
entonces nuestras arcas por la vuelta
al hogar de ese traidor? ¿Pagaremos
la traición, pactaremos con cobardes
cuya propia acción los ha perdido?
No, que el hambre lo mate en las montañas;
y nunca llamaré amigo mío
al hombre que me pida una moneda
a cambio del regreso de un rebelde
como Mortimer.

HOTSPUR ¡Mortimer rebelde!

¡Jamás os traicionó, señor! Sufrió
tan solo los azares de la guerra.
Sus heridas son prueba suficiente,
abiertas como bocas que relatan
su proeza en las márgenes frondosas
del Severn: enzarzado en una lucha
cuerpo a cuerpo, pasó más de una hora
midiendo su valor con el de Glendower.
Tres veces descansaron y bebieron,
por acuerdo, de las aguas del Severn.
El río al verlos tan ensangrentados
con miedo huía entre juncos trémulos
y sumergía su cabeza crespada
en el fondo del cauce ya teñido
por la sangre de ambos combatientes.
Jamás un gesto indigno, de traición,
se encubrió con heridas tan mortales
y numerosas como las que Mortimer
sufrió con entereza. Es calumnia

atribuirle alguna deslealtad.

REY HENRY Mentiras, Percy, puras falsedades.

Jamás se enfrentó a Glendower en combate.
Y no dudéis: habría preferido
verse a solas luchando contra el diablo
que tener al tal Glendower de enemigo.
¡Dios! ¡No os da vergüenza! Señorito,
como fuere, no habléis ya más de Mortimer.
Enviadme enseguida los rehenes,
o escucharéis de mí y de mi cólera.
Lord Northumberland, idos con mi venia
y llevaos con vos a vuestro hijo.

A HOTSPUR.

Los prisioneros, o sabréis de mí.

*Salen el REY HENRY, BLUNT
y acompañantes.*

HOTSPUR ¡Ni aunque el diablo los pida con rugidos!
¡No le he de dar ninguno! ¡Y ya mismo
voy a decírselo en la cara!
¡Quiero aliviar mi corazón
aunque me cueste la cabeza!

NORTHUMBERLAND Estás borracho de rabia, ¿no es cierto?
Detente, tranquilízate un momento.

Entra WORCESTER.

Aquí llega tu tío.

HOTSPUR ¿Hablar de Mortimer?
Putas si no hablaré de él, y que mi alma
arda en el infierno si no me voy con él.
Peleando de su lado, sí, oh sí,
vaciaré mis venas de sangre
pero alzaré al pisoteado Mortimer
a la altura de este rey ingrato,
de este podrido Bolingbroke.

NORTHUMBERLAND Hermano, el rey ha enloquecido a tu sobrino.

WORCESTER ¿Qué atizó el fuego cuando yo me fui?

HOTSPUR Exigió para sí los prisioneros;

cuando volví a hablarle del rescate
del hermano de mi esposa, su rostro
se demudó como la misma muerte,
y ante el nombre de Mortimer temblaba.

WORCESTER Y con razón. ¿Acaso el muerto Richard
no designó como heredero a Mortimer?

NORTHUMBERLAND Estuve allí cuando lo proclamaron.
Poco después el desdichado rey
(¡Dios nos perdone el daño que le hicimos!)
emprendió su campaña contra Irlanda,
que debió interrumpir, y a su regreso
fue destronado, luego asesinado.

WORCESTER Por esa muerte todo el mundo habló
pestes contra nosotros, condenándonos.

HOTSPUR Poco a poco, os lo ruego. ¿Decís
que Richard nombró heredero a Mortimer,
mi cuñado?

NORTHUMBERLAND

Yo mismo lo he oído.

HOTSPUR Ah, no es raro que este mal rey, su primo,
lo deje morir de hambre en las montañas.
¿Pero será posible que vosotros,
que coronasteis la cabeza de este ingrato,
y que por él lleváis la infame marca
de cómplices de un crimen, insistáis
en condenaros aún más gravemente,
y seáis viles agentes, la soga,
la escalera, y hasta el verdugo mismo?
¡Perdonad que tan bajo haya caído
para mostrar el rango de bajeza
que os ha dado tan artero rey!
¿No es esta una vergüenza imperdonable:
que hoy se diga y luego quede escrito
que nobles poderosos como sois
no negasteis apoyo a esta injusticia
(¡Dios os perdone!), destronando a Richard,
esa rosa tan bella y adorable,
para plantar en su lugar la espina

de esta apestosa cepa, Bolingbroke?
¿Y no será mayor vergüenza aún
que se diga que fuisteis engañados,
echados, degradados por el mismo
por el cual soportasteis la vergüenza?
Pero no, ha llegado ya el momento
de recobrar aquel honor perdido
y de limpiar vuestro nombre en la boca
del mundo, de vengaros del desdén
de este rey orgulloso que maquina
noche y día la manera de saldar
la muerte que os debe, incluso
pagándola con vuestra propia muerte.
Así, os digo...

WORCESTER Ya, no digas nada más.

Detén tus arrebatos. Voy a revelarte
asuntos muy profundos, peligrosos,
guardados bajo siete sellos, cosas
que exigen de un hombre tanta audacia
como cruzar un río torrentoso
sobre el puente inseguro de su lanza.

HOTSPUR Si se cae, ¡adiós, valió la pena!

Tienda el peligro una muralla de este a oeste
que el honor la franqueará de norte a sur.
¡Oh, cuánto más hierve la sangre en el acoso
de un gran león que tras el rastro de una liebre!

NORTHUMBERLAND La perspectiva de una gran hazaña
lo vuelve loco de impaciencia.

HOTSPUR Por el cielo, sería fácil dar un salto

para arrancar de la pálida luna
el brillo del honor, o zambullirse
en las profundidades del abismo
cuyo fondo la sonda no ha tocado
y allí, tirar del pelo de la honra
para salvarla de morir ahogada,
con tal que al salvador correspondiera
gozar de su favor sin compartirlo.
Pues la mitad de una moneda nada vale
y no quiero mediocres compañías.

WORCESTER (A NORTHUMBERLAND.)

Se aferra a todo un mundo de figuras
y no atiende a las cosas como son...

A HOTSPUR.

Escúchame un momento, mi sobrino.

HOTSPUR Te pido disculpas.

WORCESTER Los prisioneros
escoces...

HOTSPUR No los entregaré.

¡Por Dios que él no tendrá ni a uno de ellos!
¡Ni aunque fuera para salvar su alma!
¡Dije no, y es no!

WORCESTER Empiezas otra vez,
y así no puedes escucharme.
No entregarás tus prisioneros.

HOTSPUR Claro que no.

Dijo que no rescatará a Mortimer,
y me ha prohibido incluso mencionarlo,
pero cuando esté entregado al sueño
le gritaré al oído «¡Mortimer!».
Mejor aún: voy, le regalo un loro
que solo diga «Mortimer», y logre
que su cólera se mantenga viva.

WORCESTER Escúchame un momento, mi sobrino.

HOTSPUR Aquí mismo renuncio a toda meta
que no sea torturar a Bolingbroke
y a ese mequetrefe de su hijo,
el príncipe de Gales. Aunque creo
que a ese hijo el padre no lo quiere
y se alegrará si algo le ocurre:
de otro modo le pondría yo veneno
en toda esa cerveza que se bebe.

WORCESTER Adiós, pariente. Hablaré contigo
cuando te encuentres en mejor disposición
para escucharme.

NORTHUMBERLAND (A HOTSPUR.)

¿Qué bicho te picó? ¿Tan necio te has vuelto para caer en costumbres de mujer, oyendo solamente tus palabras?

HOTSPUR Es como si me dieran latigazos, me pusieran un cilicio con ortigas, cuando hablan del perverso Bolingbroke. En los tiempos de Richard... ¿Cómo era ese lugar? Maldito sea, era en Gloucestershire, donde vivía el loco York, su tío, allí donde doblé por vez primera la rodilla ante ese rey de la sonrisa, Bolingbroke... Diablos, si fue cuando volvíais desde Ravenspurgh...

NORTHUMBERLAND El castillo de Berkeley.

HOTSPUR Eso era.

¡Bien, qué melosa fue la cortesía, que ese mastín atraillado me endilgó! «Veréis cuando su estrella se levante» y «Gentil primo» y «Mi querido primo Percy»: el diablo queme a esos adulones. Perdón, tío. Te escucho. He acabado.

WORCESTER Si no, puedes seguir. Esperaremos cuanto quieras.

HOTSPUR He acabado, te lo juro.

WORCESTER Entonces, vuelvo a los prisioneros: libéralos ya mismo sin rescate y haz del joven Douglas tu instrumento para reunir soldados en Escocia. Lo hará, sin duda. Del porqué te enteraré más tarde por escrito.

A NORTHUMBERLAND.

Tú, hermano, mientras tu hijo cumple lo asignado, en secreto ganarás el respaldo de ese noble prelado tan querido, el arzobispo...

HOTSPUR El de York, ¿verdad?

WORCESTER El mismo, que no perdona la muerte
de su hermano, lord Scrope, allá en Bristol.
Tengo seguridad de lo que digo:
no son simples conjeturas, es algo
pensado, planeado y hasta escrito,
que solo espera la ocasión propicia.

HOTSPUR Saldrá bien. ¡Ya veo nuestro éxito!

NORTHUMBERLAND Sueltas los perros sin haber visto la presa.

HOTSPUR Un plan tan noble no puede fracasar:
las tropas escocesas y de York
aliándose con Mortimer, ¿verdad?

WORCESTER Exactamente.

HOTSPUR ¡Gran combinación!

WORCESTER Y no es escasa la razón que nos asiste:
alzamos la cabeza para no perderla,
ya que por más humildes que seamos,
el rey no olvidará cuánto nos debe
pues creará que no estamos satisfechos;
solo espera ajustarnos bien las cuentas.
Es evidente: ha empezado a retacearnos
cualquier muestra de aprecio o de favor.

HOTSPUR Es cierto. Pero ya nos vengaremos.

WORCESTER Adiós, sobrino. Ya no hablemos más.
Por carta te daré mis instrucciones.
Cuando el momento llegue, y será pronto,
me encontraré con Mortimer y Glendower,
felicemente uniremos nuestras fuerzas
con las que tú y Douglas alistaron,
y con brazos más fuertes sostendremos
nuestra fortuna, hoy incierta.

NORTHUMBERLAND Adiós, mi buen hermano. Triunfaremos.

HOTSPUR Adiós, tío. ¡Que poco tiempo falte
para que los rudos fragores de la lucha
celebren nuestro triunfo como aplausos!

Sale WORCESTER por una puerta, NORTHUMBERLAND y HOTSPUR por otra.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

*Rochester, el patio de una posada.
Entra un ARRIERO con un farol en la mano.*

ARRIERO PRIMERO ¡Ay! ¡Que me cuelguen si no son ya las cuatro de la madrugada! La Osa Mayor está sobre la nueva chimenea, y aún no he cargado mi caballo. ¡Vamos, establero!

ESTABLERO (*Desde dentro.*) Enseguida, enseguida...

ARRIERO PRIMERO Te ruego, Tom, afloja los arreos de Cut y ponle un poco de relleno debajo. El pobre jamelgo está desollado de tanto roce.

Entra otro ARRIERO.

ARRIERO SEGUNDO El forraje de aquí está tan mohoso que no sirve ni para dárselo a los perros, y así se nos van a llenar los pobres jamelgos de gusanos. En este albergue todo está patas arriba desde que murió el posadero Robin.

ARRIERO PRIMERO El pobre tipo nunca tuvo una alegría desde que subió el precio de la avena. Eso lo mató.

ARRIERO SEGUNDO Esta posada es la peor de todas en el camino a Londres, por las pulgas. ¡Estoy más escamado que un pez!

ARRIERO PRIMERO ¿Que un pez? ¡Por la misa, no hay rey cristiano que haya sido tan bien picado por las pulgas como yo desde que cantó el primer gallo!

ARRIERO SEGUNDO No nos dan orinal y meamos en la chimenea, y la orina atrae más pulgas que un perro vagabundo.

ARRIERO PRIMERO ¡Establero! ¡Ven aquí y que te cuelguen! ¡Ven ya mismo!

ARRIERO SEGUNDO Llevo tocino curado y raíces de jengibre, para entregar más allá de Charing Cross.

ARRIERO PRIMERO ¡Sangre de Dios, los pavos que van en mi canasto están raquíuticos! ¡Establero! ¡Mal rayo te parta! ¿Es que no tienes ojos en la cara ni orejas a los lados? Si no fuera que mi único vicio es echarme un trago, te partiría la crisma. ¡Ven y que te cuelguen! ¿No tienes vergüenza?

Entra GADSHILL.

GADSHILL Buen día, arrieros, ¿qué hora es?

ARRIERO PRIMERO Deben ser las dos.

GADSHILL Te ruego que me prestes tu farol, que tengo que ir hasta el establo a ver mi caballo.

ARRIERO PRIMERO ¡Momento, momento! ¿Ya empezamos con el truco del farol? ¿Acaso parezco idiota?

GADSHILL (Al SEGUNDO ARRIERO.) Por favor, préstame el tuyo.

ARRIERO SEGUNDO ¿Qué tal? ¡Préstame tu farol, dice el tipo! ¡Por la Virgen, que antes te ahorquen!

GADSHILL Mi señor arriero, ¿a qué hora piensas llegar a Londres?

ARRIERO SEGUNDO A una hora en la que todavía pueda irme a la cama con una vela, te lo juro. Vamos, vecino Mugs, despertemos a esos caballeros que quieren viajar acompañados, pues llevan mucho equipaje.

Salen los arrieros.

GADSHILL ¡Eh! ¡Camarero!

Entra el CAMARERO.

CAMARERO Siempre a mano, como dijo el ladrón.

GADSHILL Que es lo mismo que decir «siempre a mano, como dijo el camarero», pues tú les haces una cama y el ladrón les quita la bolsa.

CAMARERO Buen día, maese Gadshill. Corre todo lo que te dije anoche: hay un terrateniente de Kent que lleva encima trescientos marcos de oro. Anoche, durante la cena, lo escuché decírselo a uno de su grupo... una especie de contable, que también lleva mucha carga, aunque Dios sabe de qué clase. Ya se han levantado y pedido el desayuno. Muy pronto partirán.

GADSHILL Y, señor mío, si no se topan con los adoradores de Caco, puedes partirme la nuca.

CAMARERO Mejor deja eso para el verdugo, pues sé que a Caco no le fallarás: lo veneras con la fe de un verdadero impío.

GADSHILL ¿Por qué me hablas del verdugo? Si me cuelgan, mejor que preparen un par de horcas resistentes, porque tendrán que colgar junto a mí al viejo sir John, y ya sabes que no es ningún raquíto. Y basta, que tengo otros compinches que ni siquiera se te ocurrirían, que por divertirse honran nuestra profesión, y que, en el caso de que nos atraparan, arreglarían todo para salvar su propio nombre. Yo no me junto con ladronzuelos de a pie, ni con rateros que desmontan a su víctima de un garrotazo para robarle unas

monedas, ni con vulgares borrachos de cara enrojecida y bigotuda, sino con la nobleza y la fortuna, ricos y grandiosos, de los que no delatan, que golpean antes de hablar, que hablan antes de beber y que beben antes de rezar. Y sin embargo... ¡puta madre, estoy mintiendo! Porque a menudo le rezan a su santo, el erario público; y tampoco diría que le rezan, más bien lo apresan, y ya preso lo pisotean bien pisoteado, usando de calzado su botín.

CAMARERO ¿Su botín como calzado? ¿Y no se les llena de agua cuando llueve?

GADSHILL Para nada, para nada. Son botines tan bien engrasados por la Justicia que no les entra ni una gota... salvo que sea de jerez. Robamos con tanta seguridad como un señor feudal en su castillo. Tenemos la receta del helecho, que nos hace invisibles.

CAMARERO Por mi vida, creo que la noche os hace más invisibles que vuestra receta.

GADSHILL Venga esa mano. Tendrás una parte de nuestras ganancias, te lo juro por mi honor de hombre.

CAMARERO Júramelo mejor por tu falsía de ladrón.

GADSHILL Vete ya. Un ladrón también es un hombre. Pídele al establero que me traiga el caballo. Hasta la vista, canalla.

Cada uno sale por un lado.

ESCENA II

*Un camino en los alrededores de Gad's Hill.
Entran el PRÍNCIPE HENRY, POINS, Harvey y Russell.*

POINS ¡Vamos, escondámonos! Le saqué el caballo a Falstaff y se ha puesto a chillar como una rueda mal engrasada.

*Salen Harvey y Russell
por otra puerta.*

PRÍNCIPE HENRY ¡A esconderse!

*Sale POINS.
Entra FALSTAFF.*

FALSTAFF ¡Poins! ¡Poins, maldito seas! ¡Poins!

PRÍNCIPE HENRY (*Adelantándose.*) ¡Silencio, tunante, gordinflón! ¿Qué escándalo es este?

FALSTAFF ¿Dónde está Poins, Hal?

PRÍNCIPE HENRY Subió hasta la cima de la colina. Voy a buscarlo.

Sale el PRÍNCIPE HENRY.

FALSTAFF Maldita sea la idea de robar con semejante ladrón. El muy cretino me ha robado el caballo y lo ha atado no sé dónde. Un paso más, y me ahogo. Sin duda moriré tranquilo, si escapo a la horca por matar a ese rufián. Hace veintidós años que juro rehuir su compañía, y es como si un hechizo me impidiera apartarme. ¡Que me cuelguen si el tunante no me ha dado algún filtro que me obliga a amarlo! ¡Seguro ha sido eso! ¡Poins! ¡Hal! ¡Que la peste se los lleve! ¡Harvey! ¡Russell! ¡Que me muera de hambre si vuelvo a robar! ¡Y si delatar a estos canallas y volverme honrado no es tan buena acción como beber, soy el peor de los lacayos que haya mordido un pan! Ocho yardas de terreno escabroso son para mí lo mismo que treinta millas, y bien que lo saben estos desalmados. ¡Malditos sean! ¡El que le roba a un ladrón no tiene ni un día de perdón!

Se oye un silbido.

Entran el PRÍNCIPE HENRY, POINS, HARVEY y Russell.

¡Fiuuu! ¡Malditos todos! ¡Dadme mi caballo, bribones, dadme mi caballo y que os cuelguen!

PRÍNCIPE HENRY (*Adelantándose.*) ¡Silencio, panzón! Túmbate y pega la oreja al suelo, a ver si se acercan los viajeros.

FALSTAFF ¿Tendrás acaso una palanca para levantarme, si me acuesto? ¡Me cago en Dios, no impondría a mi humanidad semejante movimiento, ni por todo el oro de las arcas de tu padre! ¿Por qué mierda me tomas el pelo de este modo?

PRÍNCIPE HENRY No te tomo el pelo. No te has quedado sin cabello sino sin caballo.

FALSTAFF Te ruego, buen príncipe Hal, trae mi caballo, digno hijo de rey.

PRÍNCIPE HENRY ¡Cállate, cretino! ¿Te crees que soy tu escudero?

FALSTAFF ¡Que te ahorquen con tus blasones de príncipe! Si me prenden, canto todo. Y que me envenene con jerez si no hago componer baladas contra vosotros con horribles melodías. Llevar el asunto hasta tan lejos, y yo de a pie... ¡Vaya infamia!

Entra GADSHILL enmascarado.

GADSHILL ¡Quietos!

FALSTAFF No voy a ningún lado, a pesar mío.

POINS (*Acercándose con HARVEY y Russell.*) Este es nuestro informante. Le conozco la voz.

GADSHILL Poneos ya las máscaras. El dinero del rey está bajando la colina, camino a las arcas del rey.

FALSTAFF ¡Mientes, gran canalla, va camino a la taberna del rey!

GADSHILL Hay bastante para dejarnos a todos bien parados.

FALSTAFF Sobre el patíbulo.

PRÍNCIPE HENRY Señores, vosotros cuatro les saldréis al paso donde el camino se estrecha. Ned Poins y yo nos quedaremos más abajo. Si se os escapan, se toparán con nosotros.

HARVEY ¿Cuántos son?

GADSHILL Unos ocho o diez.

FALSTAFF ¡Por la san Puta! ¿No nos asaltarán?

PRÍNCIPE HENRY ¿Ahora también eres cobarde, sir John Panceta?

FALSTAFF Sin duda no soy tu abuelo, John el Asceta, pero tampoco un cobarde, Hal.

PRÍNCIPE HENRY Tendrás que probarlo.

POINS Señorito Jack, tu caballo está detrás del seto. Cuando lo necesites, allí lo encontrarás. Adiós, y a no aflojar.

FALSTAFF ¡Que me cuelguen, cómo me gustaría darle un buen golpe!

PRÍNCIPE HENRY (*A POINS, aparte.*) Ned, ¿dónde están nuestros disfraces?

POINS (*Al PRÍNCIPE HENRY.*) Aquí cerca. Sígueme.

Salen el PRÍNCIPE HENRY y POINS.

FALSTAFF Ahora, señores míos, que gane el mejor. Cada cual a lo suyo.

*Entran los VIAJEROS,
entre ellos los arrieros.*

VIAJERO PRIMERO Ven, vecino. El muchacho llevará nuestros caballos colina abajo; nosotros caminaremos un poco para estirar las piernas.

LADRONES ¡Quietos!

VIAJERO SEGUNDO ¡Jesús nos proteja!

FALSTAFF ¡Duro con ellos! ¡A darles sin asco! ¡A cortarles el gañote! ¡Ah, hijos de puta, chupasangres, canallas bien cebados! ¡Envidia de nuestra juventud, es lo que tienen! ¡Sin asco, a desplumarlos!

VIAJERO PRIMERO ¡Estamos arruinados! ¡Arruinados, nosotros y los nuestros para siempre!

FALSTAFF ¡Carajo! ¿Conque arruinados, canallas barrigudos? Bien que los arruinaría yo, gordos miserables, si llevaran encima todas sus riquezas. ¡Vamos, cerdos, vamos! ¡Desembolsen, que los jóvenes también tenemos que vivir! ¿No eran recaudadores? Pues ahora los vamos a recaudar.

*Les roban y los atan.
Salen.*

ESCENA III

Entran el PRÍNCIPE HENRY y POINS, embozados.

PRÍNCIPE HENRY Los ladrones ya despacharon a los honrados. Ahora tú y yo podemos robar a los ladrones y marcharnos tan alegres a Londres. Será tema de conversación para una semana, de risa para un mes y una buena broma para toda la vida.

POINS No te muevas. Ya vuelven.

Se hacen a un lado. Entran FALSTAFF, Harvey, Russell y Gadshill con el dinero de los viajeros.

FALSTAFF Vamos, señores míos, repartamos, y a caballo antes que amanezca. Si el mundo no ha perdido la cabeza, está claro que el príncipe y Poins son dos redomados cobardes. Hasta un pato es más valiente que ese Poins.

Mientras empiezan a repartir el botín, el PRÍNCIPE HENRY y POINS caen sobre ellos.

PRÍNCIPE HENRY ¡La bolsa o la vida!

POINS ¡Canallas!

Gadshill, Russell y Harvey echan a correr en distintas direcciones, y uno o dos golpes, también escapa. Dejan el botín abandonado.

PRÍNCIPE HENRY Fue muy fácil. Vayámonos alegres.

Se dispersaron los ladrones y el miedo
impedirá que vuelvan a juntarse:
cada cual tomará al otro por un guardia.
Vamos, querido Ned: Falstaff está sudando
la gota gorda, y a su paso deja

sobre la esbelta tierra un rastro de grasa.
Si no me diera risa, me daría lástima.

POINS ¡Cómo chillaba, el muy cerdo!

Salen.

ESCENA IV

*El castillo de Warkworth, en Northumberland,
propiedad de la familia Percy. Entra HOTSPUR, solo,
leyendo una carta.*

HOTSPUR «Por mi parte, mi señor, me gustaría estar allí, dado el amor que profeso a vuestra casa.» Le gustaría... ¿por qué no está, entonces? ¡Dado el amor que profesa a nuestra casa! Con esto demuestra que ama más su establo que nuestra casa. Veamos qué más dice. «La meta que os habéis fijado es peligrosa»... Evidente. Es peligroso resfriarse, dormir, beber, pero os digo, necio señor, que de esta ortiga, el peligro, cosecharemos una flor, la seguridad. «La meta que os habéis fijado es peligrosa, los amigos que nombráis son inciertos, el momento inoportuno y vuestra conspiración demasiado frágil para enfrentar una oposición tan enorme.» ¿Eso os atrevéis a decir? Y yo respondo: sois un patán servil y cobarde, y mentís. ¡Qué poco seso! Por Dios, nuestra conspiración es la mejor planeada del mundo, nuestros amigos son leales y constantes; un buen plan, buenos amigos y mejores perspectivas; un excelente plan, muy buenos amigos. ¡No tiene sangre en las venas, el muy canalla! Si hasta el propio lord York aprueba la conjura y el plan de acción. ¡San Puta, si tuviera cerca a este cretino, le rompería la crisma con el abanico de su dama! ¿Acaso no estamos mi padre, mi tío y yo mismo? ¿Lord Edmund Mortimer, milord de York y Owen Glendower? ¿Y los Douglas, además? ¿No me han mandado cartas donde dicen que reuniremos fuerzas el nueve del mes próximo, y algunos de ellos incluso ya están en camino? ¡Qué bribón pagano es este, qué poca fe! Habrá que ver si de puro miedoso y sangre de horchata no se presenta ante el rey y le descubre nuestros planes. ¡Oh, quisiera dividirme en dos y abofetearme a mí mismo! ¡Cómo se me ocurrió que semejante plato de leche aguada podía apoyar un plan tan honorable! ¡Que lo ahorquen! Que se lo cuente al rey, estamos preparados. Partiré esta misma noche.

Entra LADY PERCY.

Kate, en dos horas debo dejarte.

LADY PERCY Ay, señor, ¿por qué estás así de solo?

¿Por qué ofensa hace ya dos semanas
que estoy proscrita del lecho de Harry?

Querido, dime, ¿qué te quita el hambre,
el calmo sueño y el placer?

¿Por qué esos ojos gachos, y esos sobresaltos,
por qué tan solo y así abstraído?

¿Qué ha robado el color a tus mejillas,
qué me ha quitado mi derecho a ti

para darlo a la melancolía,

y sumirte en oscuros pensamientos?

En tu inquieto sueño, que he velado,

te oigo farfullar sobre una guerra,

urgir a tu corcel a la embestida,

y gritar «¡Ánimo! ¡Adelante! ¡A la batalla!».

Hablas de ataques, retiradas y trincheras,

de empalizadas, muros, parapetos,

basiliscos, cañones, culebrinas,

de rescates y muertos y cautivos,

cosas comunes en un cruel combate.

Todo tu espíritu, así, en guerra,

ha puesto desasosiego a tu sueño,

sobre tu frente gotas de sudor

cual burbujas en agua removida,

y extraños gestos en tu cara,

como si contuvieras el aliento

en la inminencia de una gran empresa.

¿Qué son estos portentos? Mi esposo

se apresta a emprender algo muy grave,

y yo debo saberlo. De otro modo,

creeré que ya no me ama más.

HOTSPUR ¡Entra!

Entra un CRIADO.

¿Se fue Gilliams con el paquete?

CRIADO Sí, milord, ya se fue, hace una hora.

HOTSPUR ¿Ha traído Butler los caballos del sheriff?

CRIADO Acaba de traer uno, milord.

HOTSPUR ¿Qué caballo? ¿El ruano, de orejas mochas?

CRIADO Sí, milord.

HOTSPUR El ruano será mi trono.

Ahora mismo iré a montarlo. ¡Ah, Esperance!
Dile a Butler que lo conduzca al parque.

Sale el CRIADO.

LADY PERCY Pero escucha, señor.

HOTSPUR ¿Qué decías, señora?

LADY PERCY ¿Qué te aleja de mí?

HOTSPUR Mi caballo, amor, mi caballo.

LADY PERCY ¡Basta ya de hacerte el mono!

Ni una comadreja es tan inquieta
como tú. De veras, Harry, debo saber
qué te preocupa, tengo que saberlo.
Temo que mi hermano Mortimer quiera
luchar por el trono y que te haya
pedido que lo apoyes, y si vas...

HOTSPUR ... a pie, mi amor, acabaré agotado.

LADY PERCY Vamos, vamos, respóndeme, lorito,
ya mismo lo que te he preguntado.
Si no me dices toda la verdad,
Harry, te partiré el meñique.

HOTSPUR ¡Quédate quieta, basta de pavadas!
¡Frívola! ¿Amor, dices? No te amo,
Kate, no me importas. Este no es mundo
para andar jugueteando con muñecas
ni hacer torneos de besos. Debemos
romper narices y quebrar coronas
como moneda corriente. ¡Por Dios,
mi caballo! ¿Qué pasa, Kate, qué quieres?

LADY PERCY ¿No me amas? ¿De verdad que no?
Si no me amas, no me amaré yo misma.
¿No me amas? Dime si es en serio.

HOTSPUR Vamos, acompáñame a montar, ¿quieres?
Ya montado, podré jurarte amor eterno.
Pero escucha bien, Kate, de ahora en más

no me preguntes dónde voy ni las razones
que me asisten. Voy donde debo ir,
y, concluyendo, esta noche he de dejarte,
dulce Kate. Te sé sabia, aunque no más sabia
de lo que puede ser la esposa de este Percy;
te sé leal, aun siendo mujer;
y no dudo de que serás discreta,
pues sé que no dirás lo que no sabes.
Hasta allí, dulce Kate, en ti confío.

LADY PERCY ¿Dices que hasta allí llega tu confianza?

HOTSPUR Ni una pulgada más allá. Empero
escucha, dulce Kate: donde yo vaya
vendrás tú. Hoy me marcho yo, mañana
te toca el turno a ti. ¿Así te quedas
más contenta, Kate?

LADY PERCY No tengo otro remedio.

Salen.

ESCENA V

*Una taberna en Eastcheap.
Entran el PRÍNCIPE HENRY y POINS.*

PRÍNCIPE HENRY Ned, te ruego que salgas de esa enorme sala, y vengas aquí a darme
una mano para reírme un rato.

POINS ¿Dónde has estado, Hal?

PRÍNCIPE HENRY Con tres o cuatro mandriles entre treinta o cuarenta barriles. He
llegado a hacer vibrar la cuerda más baja de la bajeza. Señor mío, he jurado
hermandad con una recua de mozos de taberna, y los llamo a todos por su
nombre, Tom o Dick o Francis. Aunque solo soy príncipe de Gales, me
juran por su salvación que soy el rey de la cortesía y me dicen sin vueltas
que no soy un Don Nadie orgulloso como Falstaff, sino un verdadero
libertino, un mozo de temple, un «buen tipo» (¡por Dios, que así me
llaman!) y que cuando sea rey de Inglaterra, siempre podré contar con todos
los buenos chicos de Eastcheap. A beber mucho le llaman «ponerse al
rojo», y cuando uno interrumpe el chorro para respirar gritan «¡ojo!»,
indicando que el desagüe debe hacerse a fondo. Concluyendo, en un cuarto
de hora me he vuelto tan experto que el resto de mi vida puedo beber con

cualquier vagabundo en su propia lengua. Te digo, Ned, que por no acompañarme en esta acción te has perdido la oportunidad de cubrirte de honra. Pero, dulce Ned..., y para volver más dulce tu nombre, te doy este penique de azúcar que un mozo me puso en la mano, un mozo de taberna que nunca en su vida dijo otra cosa que «Son ocho chelines y seis peniques» y «Muchas gracias», con el agregado, a los gritos, de «¡Enseguida, enseguida, señor! ¡Sumar una pinta de aguado para la sala de la Media Luna!», y cosas por el estilo... Pero Ned, para pasar el tiempo hasta que llegue Falstaff, te pido que te quedes en el cuarto vecino, mientras yo pregunto a mi incauto mozo para qué me dio el azúcar, y que no dejes de llamarlo «Francis» y verás que solo atina a contestar, a todo y todo el tiempo, «Enseguida». Ve al cuarto de al lado y verás cómo es la cosa.

Sale POINS.

POINS (*Desde dentro.*) ¡Francis!

PRÍNCIPE HENRY Te sale perfecto.

POINS (*Desde dentro.*) ¡Francis!

Entra el mozo FRANCIS.

FRANCIS Enseguida, enseguida, señor... ¡Ralph, ve a ver qué quieren en la sala de la Granada!

PRÍNCIPE HENRY Ven aquí, Francis.

FRANCIS ¿Señor?

PRÍNCIPE HENRY ¿Cuántos años te quedan como aprendiz?

FRANCIS En verdad, cinco años y otro tanto...

POINS (*Desde dentro.*) ¡Francis!

FRANCIS Enseguida, enseguida, señor.

PRÍNCIPE HENRY ¡Cinco años! ¡Virgen Santa, cuánto tiempo oyendo chocar jarras! Pero, Francis, ¿serías tan valiente como para dejar todo plantado, y darle la espalda a tu contrato, mostrándole un hermoso par de talones que huyen de él?

FRANCIS ¡Por Dios, señor! Juro sobre todas las Biblias de Inglaterra que encontraría el valor...

POINS (*Desde dentro.*) ¡Francis!

FRANCIS Enseguida, señor.

PRÍNCIPE HENRY ¿Cuántos años tienes, Francis?

FRANCIS A ver... un momento... para la próxima Pascua cumpliré...

POINS (*Desde dentro.*) ¡Francis!

FRANCIS Enseguida señor. Le ruego que me espere un momento, milord.

PRÍNCIPE HENRY No, Francis, escucha: el azúcar que me diste, valía un penique, ¿no?

FRANCIS ¡Señor, ojalá hubiera valido dos!

PRÍNCIPE HENRY Te daré por ella mil libras. Pídemelas cuando quieras, y las tendrás.

POINS (*Desde dentro.*) ¡Francis!

FRANCIS Enseguida, enseguida.

PRÍNCIPE HENRY ¿Enseguida, Francis? No, Francis, mañana, Francis, o el jueves, o sin duda, Francis, cuando quieras. Pero, Francis...

FRANCIS ¿Milord?

PRÍNCIPE HENRY ¿Estafarías a alguien que usa jubón de cuero, botones de cristal, el pelo rasurado, anillo de ágata, medias de lana fina, ligas de estambre, lengua de oro, bolsa de cuero español...?

FRANCIS ¡Oh, Dios, señor! ¿Qué me queréis decir?

PRÍNCIPE HENRY Ya veo que ese mal tinto aguado es tu única bebida; pero ten cuidado, Francis, que te mancharás ese delantal tan blanco. En Berbería, señor, las cosas no podrían estar peor.

FRANCIS ¿Qué cosas, señor?

POINS (*Desde dentro.*) ¡Francis!

PRÍNCIPE HENRY ¡Largo, bribón! ¿No oyes que te llaman?

*En este punto lo llaman los dos; el mozo queda
paralizado, sin saber adónde ir.
Entra el TABERNERO.*

TABERNERO ¿Qué haces parado allí? ¿No oyes que te están llamando? Ve a atender a los huéspedes.

Sale FRANCIS.

Milord, el viejo sir John está en la puerta con media docena de hombres.

¿Los hago entrar?

PRÍNCIPE HENRY Déjalos allí un momento, y luego ábreles la puerta.

Sale el TABERNERO.

¡Poins!

Entra POINS.

POINS Enseguida, enseguida, señor.

PRÍNCIPE HENRY Señor mío, Falstaff y el resto de los ladrones están en la puerta.

¿Nos alegramos un poco a expensas de ellos?

POINS Como unas pascuas, muchacho. Pero escucha, ¿qué te traías jugándole esa broma al mozo? Anda, ¿cuál es la gracia?

PRÍNCIPE HENRY Mi talante actual abarca todos los caprichos y diversiones, que diversiones han sido, desde los tiempos del viejo Adán hasta este joven momento del presente en que son las doce de la noche.

Entra FRANCIS.

¿Qué hora es, Francis?

FRANCIS Enseguida, enseguida, señor.

Sale FRANCIS.

PRÍNCIPE HENRY ¡Será posible que este tipo use menos palabras que un loro, siendo hijo de mujer! Su actividad se reduce a subir y bajar, y su elocuencia a enumerar lo que los clientes consumieron para poder hacer la cuenta. Me cuesta entender a tipos como Percy, el Hotspur del norte, que mata seis o siete docenas de escoceses en el desayuno, se lava las manos y le dice a su esposa: «Me cansa esta vida tranquila, quiero acción». «Mi dulce Harry», responde ella, «¿a cuántos has matado hoy?». «¡Que le den un baño a mi ruano!», dice él, y una hora más tarde responde: «Una bagatela, catorce o quince». Te ruego que hagas pasar a Falstaff. Yo haré de Percy, y ese maldito pavo cebado hará de lady Mortimer, su fiel esposa. «¡Hurra!», como dijo el borracho. Haz pasar su carne, haz pasar su grasa.

Entran FALSTAFF, con espada y escudo, GADSHILL, RUSSELL y HARVEY. Francis entra y les sirve más vino.

POINS Bienvenido, Jack. ¿Dónde has estado?

FALSTAFF ¡La peste se lleve a todos los cobardes, y la venganza los persiga! ¡Demonios y amén! Dame una copa de jerez, muchacho. Antes que seguir con esta vida, me dedicaré a tejer medias, y a remendarlas y cambiar

medias suelas. La peste se los lleve a todos. Dame una copa de jerez, bribón. ¿Qué se ha hecho de la virtud en este mundo? (*Bebe.*)

PRÍNCIPE HENRY ¿Nunca viste un plato de manteca derretirse al recibir la dulce caricia del sol? Si lo viste, fíjate ahora en lo que le sucede a esa masa.

FALSTAFF ¡Bribón, este jerez tiene cal! Del canalla solo pueden esperarse canalladas, pero un cobarde es peor que el jerez con cal. ¡Canalla cobarde! Sigue tu camino, viejo Jack, muérete cuando quieras... Que me llamen arenque seco si la hombría, la verdadera hombría, no se ha borrado de la faz de la tierra. ¡No hay en Inglaterra tres hombres honestos que no hayan sido colgados, y uno de ellos es gordo y se está haciendo viejo, Dios lo ayude! Un mundo malvado, sí señor. Ojalá yo fuera tejedor. Podría cantar salmos o algo así. Que la peste se lleve a los cobardes, lo dije y lo repito.

PRÍNCIPE HENRY ¿Qué farfullas, pedazo de almohadón?

FALSTAFF ¡Y tú eres hijo de un rey! ¡Si no te echo de tu reino con una espada de lata, arreando tras de ti a todos tus súbditos como si fueran una bandada de gansos silvestres, que nunca más me crezca la barba! ¡El príncipe de Gales!

PRÍNCIPE HENRY ¡Gordinflón hijo de puta! ¿Qué te pasa?

FALSTAFF ¿Qué, no eres un cobarde? Respóndeme. ¿Y no lo es Poins?

POINS ¡San Puta, panzón! ¿Tú me llamas cobarde? ¡Por Dios que te ensarto!

FALSTAFF ¿Si te llamo cobarde? Preferiría verte en el infierno antes que llamarte cobarde, pero daría mil libras por poder correr tan rápido como tú. Tienes espaldas anchas y no te importa mostrárselas a cualquiera. ¿A eso llamas respaldar a los amigos? ¡Que la peste se lleve tu respaldo! Prefiero a los que me dan la cara. ¡Otra copa de jerez! ¡Que me maten si hoy he probado un trago!

PRÍNCIPE HENRY ¡Infame, si desde el último trago ni te has secado los labios!

FALSTAFF No importa. (*Bebe.*) Que la peste se lleve a todos los cobardes, vuelvo a decirlo.

PRÍNCIPE HENRY ¿Pero qué pasó?

FALSTAFF ¿Qué pasó? Que esta madrugada nosotros cuatro nos hemos apoderado de mil libras.

PRÍNCIPE HENRY ¿Y dónde están, Jack? ¿Dónde están?

FALSTAFF ¿Qué dónde están? Nos las quitaron, allí es donde están. Eran cien contra cuatro desgraciados.

PRÍNCIPE HENRY ¿Qué, cien hombres?

FALSTAFF Dos horas estuve cambiando mandobles con una docena de ellos, lo juro, y que me convierta en villano si miento. Salvé la vida de milagro. Ocho veces me atravesaron el jubón, cuatro las calzas, mi escudo está partido en dos y mi espada mellada como una sierra... ¡*ecce signum!* Desde que soy hombre, nunca luché con tanto empeño. Y todo para nada. ¡Que la peste se lleve a los cobardes! Que estos te lo cuenten. Si faltan a la verdad, son unos infames hijos de las sombras.

PRÍNCIPE HENRY Hablad, señores. ¿Cómo fue?

GADSHILL Caímos sobre una docena de...

FALSTAFF Por lo menos dieciséis, milord.

GADSHILL Y los maniatamos.

HARVEY No, no, no los maniatamos.

FALSTAFF Silencio, canalla, los maniatamos a todos, del primero al último, y si miento soy un judío, un hebreo judío.

GADSHILL Mientras hacíamos el reparto, otros seis o siete hombres cayeron sobre nosotros...

FALSTAFF Y desataron al resto, y después llegaron los demás.

PRÍNCIPE HENRY ¿Y entonces, luchasteis contra todos?

FALSTAFF ¿Contra todos? No sé a qué llamas todos, pero si yo no enfrenté a cincuenta, soy un manojo de rábanos. Juro que había cincuenta y dos o cincuenta y tres sobre el pobre y viejo Jack, y si no, que deje de andar en dos patas.

PRÍNCIPE HENRY Quiera Dios que no hayas matado a nadie.

FALSTAFF Tu ruego llega tarde. Cociné a dos de ellos. Con seguridad liquidé a dos, dos cretinos embozados y encapuchados. ¿Sabes qué, Hal? Si te miento, escúpeme a la cara, llámame asno. Tú ya conoces mi guardia. (*Se levanta como para combatir.*) Me planté así, con la espada así. Cuatro canallas embozados me atacaron...

PRÍNCIPE HENRY ¿Cómo cuatro? Acabas de decir que eran dos.

FALSTAFF Cuatro, Hal, te dije cuatro.

POINS Sí, sí, dijo cuatro.

FALSTAFF Estos cuatro se adelantaron, y me lanzaron estocadas. Sin problemas,

paré las siete espadas con mi escudo, así.

*Se cubre
con el escudo.*

PRÍNCIPE HENRY ¿Siete? Pero si hace un momento eran cuatro.

FALSTAFF ¿Los embozados?

POINS Sí, cuatro embozados.

FALSTAFF Siete, por esta empuñadura, o soy un bribón.

PRÍNCIPE HENRY (*Aparte, a POINS.*) Por favor, déjalo tranquilo. Enseguida habrá más.

FALSTAFF ¿Me oyes, Hal?

PRÍNCIPE HENRY Sí, y también te presto atención, Jack.

FALSTAFF Me parece bien, porque esto vale la pena escucharlo. Esos nueve embozados que te decía...

PRÍNCIPE HENRY (*A POINS.*) Entonces, ya hay dos más.

FALSTAFF Rotas ya sus espadas, dejaron ver su falta de hombría...

POINS ¿Qué, se les cayeron las calzas?

FALSTAFF Empezaron a ceder terreno, pero yo los seguí de cerca, implacable, y de un golpe despaché a siete de los once.

PRÍNCIPE HENRY (*A POINS.*) ¡Es monstruoso! ¡De dos hombres embozados han crecido once!

FALSTAFF Pero, como por obra del diablo, tres condenados bribones, vestidos de verde como proscritos del bosque, cayeron sobre mis espaldas, y me sometieron, porque estaba tan oscuro, Hal, que uno no veía su propia mano.

PRÍNCIPE HENRY ¡Estas mentiras son como el padre que las ha engendrado, enormes como montañas, evidentes, palpables! ¡Necio, sesos de arcilla, barrigón tortuoso, hijo de puta, obsceno, grasosa bola de sebo...!

FALSTAFF ¿Estás loco? ¿Estás loco? ¿O sea que la verdad no es verdad?

PRÍNCIPE HENRY ¿Cómo pudiste ver que iban vestidos de verde si no veías tu propia mano? Vamos, danos tus razones. ¿Cómo lo explicas?

POINS Vamos, Jack, danos tus razones.

FALSTAFF ¿Qué, por la fuerza? Me cago en Dios, ni bajo la más terrible tortura italiana daría razones por la fuerza. ¿Darte razones por la fuerza? ¡Ni aunque las razones crecieran a puñados en los arbustos, como las moras!

PRÍNCIPE HENRY Ya no seré más cómplice de este pecado. ¡Este descarado cobarde hundecamas, este revientacaballos, esta gigantesca montaña de carne...!

FALSTAFF ¡Y tú, raquíptico, piel de anguila, lengua de buey atrofiada, verga de toro seca, pescado ahumado! ¡Oh, si tuviera aliento para enumerar todas las cosas que son como tú, encogido como yarda de sastre, vaina vacía, funda de arco de violín, espadín sin punta...!

PRÍNCIPE HENRY Bien, respira hondo y sigue, y cuando te hayas cansado de comparaciones vulgares, oirás lo que te quiero decir.

POINS Atiende, Jack.

PRÍNCIPE HENRY Nosotros dos vimos cómo vosotros cuatro caíais sobre cuatro de ellos, los maniatábais y os adueñábais de sus riquezas. Y ahora fíjate cómo este simple relato te hará cerrar la boca. Luego nosotros dos os atacamos y, sin esfuerzo, nos hicimos con vuestro tesoro, que tenemos en esta casa y sí, podemos mostrároslo. Y, Falstaff, lo que hiciste fue correr con tu tripa a cuestras, con gran agilidad y destreza y rapidez, pidiendo clemencia, y sin dejar de correr mugías como un ternero. ¡Qué abyecto eres para mellar tu espada como lo has hecho, y decirnos que fue en combate! ¿Qué truco, qué estratagema, qué trampa inventarás ahora para esconderte de esta vergüenza abierta y declarada?

POINS Vamos, Jack, habla. ¿Qué treta se te ocurre?

FALSTAFF ¡Por Dios que me di cuenta de quiénes erais, os conozco como si os hubiera parido! De modo que escuchadme, señores, ¿iba yo a matar al heredero declarado? ¿Debía atacar al verdadero príncipe? Sabéis que soy valiente como Hércules, pero hay que atender al instinto. El león nunca tocará al heredero de la corona. El instinto es una gran cosa. Yo he sido cobarde por instinto. Toda mi vida pensaré lo mejor de mí y de ti: pensaré en mí como un león valiente, y en ti como un verdadero príncipe. Pero por Dios, muchachos, me alegra que tengáis el dinero. ¡Posadera, cierra bien las puertas! El que vigila hoy, mañana tiene su presa. ¡Galantes, mozos, muchachos, corazones de oro, todos los títulos de la buena camaradería son pocos para vosotros! ¿Y qué, nos divertimos ahora? ¿Improvizamos una pieza teatral?

PRÍNCIPE HENRY De acuerdo. El argumento será tu huida.

FALSTAFF ¡Ah, basta de eso, Hal, si me quieres!

Entra
doña SIEMPRELISTA.

SIEMPRELISTA ¡Oh, Jesús, mi señor el príncipe!

PRÍNCIPE HENRY ¿Qué ocurre, señora posadera, qué queréis decirme?

SIEMPRELISTA Por mi fe, milord, en la puerta hay un enviado de vuestro padre que quiere hablaros. Viene directamente de la corte real.

PRÍNCIPE HENRY Dadle a ese real la corona que le falta para tener un soberano, y enviádselo de vuelta a mi madre.

FALSTAFF ¿Cómo es el hombre?

SIEMPRELISTA Un anciano.

FALSTAFF ¿Qué asunto tan grave lo ha sacado de la cama a medianoche? ¿Quieres que yo lo atienda?

PRÍNCIPE HENRY Hazlo, por favor, Jack.

FALSTAFF Por mi fe que lo sacaré carpiendo.

Sale.

PRÍNCIPE HENRY Ahora, señores: (*a GADSHILL*) por la Virgen que habéis peleado bien; lo mismo tú Harvey, y tú, Russell. También sois unos leones, os disteis a la fuga por instinto, por no tocarle ni un pelo al verdadero príncipe... ¡Por favor!

RUSSELL Por mi fe, huí cuando vi que los otros salían corriendo.

PRÍNCIPE HENRY Por tu fe, dime en serio, ¿cómo fue que la espada de Falstaff quedó tan mellada?

HARVEY La melló con su daga, y juró que diría tantas mentiras que la verdad, horrorizada, huiría por siempre de Inglaterra, pero te haría creer que había quedado así tras la lucha; y nos convenció de que dijéramos lo mismo.

RUSSELL Sí, y de que nos frotáramos la nariz con ortigas para hacerla sangrar, así tendríamos la ropa ensangrentada y podríamos decir que era por las heridas. Consiguió que me pasara lo que no me había pasado en siete años: me ruboricé de oír sus monstruosas mentiras.

PRÍNCIPE HENRY ¡No mientas, cretino! ¡No has dejado de ruborizar te desde que hace dieciocho años robaste una copa de jerez y te pescaron con las manos en la masa! ¡Fuego en el rostro y espada en la cintura, y sin embargo huiste! ¿Qué instinto te impulsó a hacerlo?

RUSSELL (*Señalándose la cara.*) Milord, ¿veis estos meteoros? ¿Observáis estas emanaciones?

PRÍNCIPE HENRY Sí.

RUSSELL ¿Qué creéis que vaticinan?

PRÍNCIPE HENRY Un hígado activo y una bolsa vacía.

RUSSELL Furia y furor, milord, para los entendidos.

PRÍNCIPE HENRY Patíbulo y verdugo, para los detenidos.

Entra FALSTAFF.

Aquí llega el esbelto Jack, puro hueso. ¿Qué novedades hay, fardo de guata? ¿Cuánto hace, Jack, que no te ves las rodillas?

FALSTAFF ¿Las rodillas? Cuando yo tenía tu edad, Hal, mi cintura era más fina que la garra de un águila; podría haber pasado por el anillo de cualquier juez. Pero la peste de la pena y el dolor hace a los hombres inflarse como vejigas. Fuera hay malas noticias. Era sir John Bracy, de parte de tu padre; mañana debes estar en la corte. Ese loco del norte, Percy, y el otro de Gales que le dio una tunda al demonio Amaimón e hizo cornudo a Lucifer y obligó al diablo a ser su leal vasallo haciéndolo jurar sobre la cruz de una lanza galesa... ¿cómo cuernos se llama?

POINS Owen Glendower.

FALSTAFF Owen, Owen, ese mismo; y su yerno Mortimer, y el viejo Northumberland, y aquel escocés veloz, el mejor, Douglas, el que sube al galope la falda perpendicular de una colina...

PRÍNCIPE HENRY Y que al galope mata de un pistoletazo un gorrión en vuelo.

FALSTAFF Acertaste.

PRÍNCIPE HENRY Mejor que él al gorrión.

FALSTAFF Pero ese bribón tiene buena madera, seguro que no se hace humo como tú.

PRÍNCIPE HENRY ¿Qué clase de bribón eres tú, entonces, que lo alabas por andar a todo galope?

FALSTAFF A caballo, chorlito, pero de a pie no daría ni un paso.

PRÍNCIPE HENRY Sí, Jack, por instinto.

FALSTAFF De acuerdo, por instinto. La cosa es que también está él, y un tal Mordake, y otros mil soldados escoceses. Worcester se escabulló a hurtadillas esta noche. Con las noticias a tu padre le encaneció la barba. En este momento se puede comprar tierra tan barata como la caballa podrida.

PRÍNCIPE HENRY Vaya, si es así, si el mes de junio viene caliente y no cesa este quilombo, compraremos muchachas por cientos, como si fueran clavos.

FALSTAFF Por la misa, muchacho, dices la verdad; es probable que tengamos buen comercio con la carne. Pero dime, Hal, ¿no estás terriblemente asustado? Siendo como eres, el príncipe heredero, ¿podrías tener tres enemigos peores que el malvado Douglas, el demonio Percy y ese trasgo de Glendower? ¿No tienes un miedo horrible? ¿No se te hiela la sangre?

PRÍNCIPE HENRY Para nada, te lo juro. Me falta tu instinto.

FALSTAFF Ya se te helará mañana cuando te presentes a tu padre. Si en algo me aprecias, ensaya cómo responderle.

PRÍNCIPE HENRY Pues, haz de mi padre tú e interrógame sobre las particularidades de mi vida.

FALSTAFF ¿Eso quieres? De acuerdo. Esta silla será mi trono, esta daga mi cetro y este cojín mi corona.

Se sienta.

PRÍNCIPE HENRY Tu trono es un banco de taberna, tu cetro una daga de plomo, y tu preciosa y rica corona cubre una lastimosa coronilla calva.

FALSTAFF Y ahora, si no se ha extinguido en ti el fuego de la gracia, te sentirás conmovido. Dame una copa de jerez para que se me pongan rojos los ojos y parezca que he llorado; pues debo hablar con pasión, y quiero llorar de rabia como el rey Cambises.

PRÍNCIPE HENRY (*Haciendo una reverencia.*) He aquí mi tributo de respeto.

FALSTAFF Y ahora verás mi discurso. (*A HARVEY, POINS y GADSHILL.*) Nobles, apartaos.

SIEMPRELISTA ¡Jesús, palabra que esto es muy divertido!

FALSTAFF No lloréis, dulce reina, vanas son las lágrimas.

SIEMPRELISTA ¡Qué dignidad de padre!

FALSTAFF Por Dios, llevaos a la reina triste; sus lágrimas amargas ya desbordan los diques de sus ojos.

SIEMPRELISTA ¡Jesús, si lo hace igualito que un actor ambulante!

FALSTAFF Silencio, sirve-copas; silencio, quita-penas. Harry, no solo me asombra cómo pierdes tu tiempo, sino también tu elección de compañías; pues aunque la manzanilla más crece cuanto más se la pisotea, la juventud,

cuanto más estragada más efímera. Sé que eres mi hijo, en parte por tu madre y en parte por mi propia opinión, pero especialmente porque me lo confirman el guiño perverso de tu ojo y la necia mueca desdeñosa de tu labio inferior. Si eres mi hijo, entonces, ¿por qué todo el mundo te señala? ¿El brillante sol del cielo abandona su puesto para holgazanear y comer moras? No tiene sentido preguntarlo. ¿El hijo de Inglaterra es un ladrón y un carterista? Sí tiene sentido preguntarlo. Hay algo, Harry, que habrás oído mencionar con frecuencia, y que muchos en esta tierra llaman brea. Esta brea, según dicen los escritos más antiguos, mancha, y lo mismo ocurre con las compañías que tú eliges. Y yo, Harry, no te hablo colmado de licor sino de lágrimas, no por placer sino por pasión, no solo con palabras sino también con penas. Y sin embargo, te he visto con frecuencia en compañía de un hombre virtuoso, aunque no conozco su nombre.

PRÍNCIPE HENRY ¿Cómo es ese hombre que agrada a su majestad?

FALSTAFF Un hombre apuesto, por cierto, y corpulento; de aspecto alegre, mirada grata y noble porte; ha de tener, me parece, unos cincuenta años, o, por la Virgen, tal vez llegue a los sesenta; y, ahora lo recuerdo, su nombre es Falstaff. Si ese hombre es dado al libertinaje, me decepciona, Harry, pues yo veo virtud en su apariencia. Si el árbol puede juzgarse por el fruto, y el fruto por el árbol, afirmo que hay virtud en ese Falstaff. Con él puedes seguir, excluye al resto. Y ahora dime, mala pieza, ¿por dónde has andado este mes?

PRÍNCIPE HENRY ¿Eso es hablar como un rey? Haz mi parte, que yo representaré a mi padre.

FALSTAFF (*Levantándose.*) ¿Destronarme? Si logras hacer de rey con la mitad de la gravedad, de la majestad que yo poseo, tanto en las palabras como en la apariencia, puedes colgarme de los talones como si fuera un conejo o una liebre en la carnicería.

Ambos cambian de lugar.

PRÍNCIPE HENRY Bueno, ya estoy listo.

FALSTAFF Y aquí estoy yo. Juzgadme, señoría.

PRÍNCIPE HENRY Bien, Harry, ¿de dónde vienes?

FALSTAFF De Eastcheap, mi noble señor.

PRÍNCIPE HENRY Las quejas que me llegan sobre ti son atroces.

FALSTAFF Me cago en Dios, milord, son falsas. (*A los otros.*) Voy a divertirlos haciendo el papel del joven príncipe.

PRÍNCIPE HENRY ¿Te atreves a jurar, muchacho hereje? De ahora en más, ni me mires. Te han alejado violentamente de la gracia; te has descarriado; un demonio te persigue bajo la forma de un viejo gordo, un tonel que te acompaña. ¿Por qué te juntas con ese saco de humores, con ese barril de bestialidad, con esa masa hinchada de hidropesía, ese gigantesco pellejo de jerez, ese saco de tripas, ese buey relleno, ese reverendo Vicio, esa cana iniquidad, ese rufián padre, esa vanidad envejecida? ¿Para qué sirve, más que para catar jerez y bebérselo? ¿Para qué es bueno, más que para trinchar un capón y comérselo? ¿Para qué sirve su astucia, salvo para la picardía? ¿Para qué su picardía, salvo para la vileza? ¿Para qué su vileza, salvo para todo lo que hace? ¿Para qué su probidad, salvo para nada?

FALSTAFF No sigo el hilo de lo que dice vuestra gracia. ¿A quién os referís?

PRÍNCIPE HENRY A ese perverso corruptor de jóvenes, Falstaff, ese Satán de barba blanca.

FALSTAFF Milord, conozco a ese hombre.

PRÍNCIPE HENRY Ya sé que lo conoces.

FALSTAFF Pero decir que hay en él más maldad que en mí mismo se ría decir más de lo que sé. De que es viejo (en rigor, un motivo para compadecerlo) buena fe dan sus cabellos blancos; pero que sea, disculpe su reverencia, un putaño, es algo que niego absoluta mente. Si el jerez y los dulces son faltas, ¡Dios asista a los perversos! Si ser viejo y alegre es pecaminoso, más de un señor entrado en años que conozco está condenado. Si ser gordo es aborrecible, adoremos pues a las vacas flacas del Faraón. No, mi buen señor, desterrad a Harvey, desterrad a Russell, desterrad a Poins; pero en cuanto al dulce Jack Falstaff, el amable Jack Falstaff, el leal Jack Falstaff, el valiente Jack Falstaff, más valiente aún por ser el viejo Jack Falstaff, no lo desterréis de la compañía de vuestro Harry, no lo desterréis de la compañía de vuestro Harry... Desterrar al robusto Jack es desterrar a la humanidad entera.

PRÍNCIPE HENRY Y eso es lo que haré, por cierto.

*Llaman a la puerta. Sale doña SIEMPRELISTA.
Entra RUSSELL, corriendo.*

RUSSELL Oh, milord, milord, el sheriff está en la puerta con una guardia monstruosa.

FALSTAFF Fuera de aquí, bribón. No te metas en la obra. Tengo mucho que decir a favor de ese Falstaff.

Entra doña SIEMPRELISTA.

SIEMPRELISTA ¡Ay, Jesús, milord, milord!

PRÍNCIPE HENRY ¡Ya vamos! El diablo hace chirriar el violín. ¿Qué pasa?

SIEMPRELISTA El sheriff está en la puerta con toda la guardia. Han venido a revisar la casa. ¿Los dejo entrar?

FALSTAFF ¿Oyes, Hal? Nunca digas que es falsa una pieza de oro verdadero. Tú eres de verdad y no lo pareces.

PRÍNCIPE HENRY Por lo tanto tú eres un verdadero cobarde y lo del instinto es cuento.

FALSTAFF Niego tu razonamiento. Si, por tu parte, te niegas a recibir al sheriff, que así sea; si no, déjalo entrar. ¡Iré con tanta dignidad como cualquiera en el carro del verdugo, he tenido educación! Espero que me ahorquen tan rápido con una soga como con otra.

PRÍNCIPE HENRY Ve a ocultarte tras el tapiz. Los demás, a esconderse arriba. ¡Vamos, señores, cara sincera y buena conciencia!

FALSTAFF Ambas cosas he tenido, pero se me han gastado; así que me ocultaré.

Se oculta tras el tapiz.

PRÍNCIPE HENRY (*A doña SIEMPRELISTA.*) Que entre el sheriff.

*Salen todos salvo el PRÍNCIPE HENRY y HARVEY.
Entran el SHERIFF y el ARRIERO.*

Ahora, sheriff, ¿qué queréis de mí?

SHERIFF Perdón antes, señor, grandes clamores han seguido a unos hombres a esta casa.

PRÍNCIPE HENRY ¿Qué hombres?

SHERIFF Uno es bien notorio, mi señor, gordo y grasoso.

ARRIERO Como la manteca.

PRÍNCIPE HENRY No está aquí, os lo aseguro: yo mismo lo mandé a hacer un recado. Mañana, a la hora de comer, os lo prometo que irá a veros y responderá a cualquier acusación que se le haga. Mejor que os vayáis ahora de esta casa.

SHERIFF Lo haré, milord. Trescientos marcos les robaron

esos ladrones a dos caballeros.

PRÍNCIPE HENRY Tal vez así sea. Si ha robado responderá por ello. Id con Dios.

SHERIFF Buenas noches, mi noble señor.

PRÍNCIPE HENRY Más vale buenos días, ¿no es verdad?

SHERIFF Por cierto, mi señor. Ya son las dos.

Sale con el ARRIERO.

PRÍNCIPE HENRY Este bribón aceitoso es tan conocido como la catedral de San Pablo. Ve a llamarlo.

HARVEY ¡Falstaff!

Corre el tapiz, revelando a FALSTAFF dormido.

Detrás del tapiz, y roncando como un caballo.

PRÍNCIPE HENRY Escucha cómo le cuesta respirar. Revísale los bolsillos.

HARVEY le revisa los bolsillos y encuentra unos papeles.

¿Qué has encontrado?

HARVEY Solo papeles, milord.

PRÍNCIPE HENRY Veamos qué hay en ellos. Lee.

HARVEY (*Lee.*) «Un capón, 2 chelines y 2 peniques; salsa, 4 peniques; jerez, dos galones, 5 chelines y 8 peniques; anchoas y jerez después de cenar, 2 chelines y 6 peniques; pan, medio penique.»

PRÍNCIPE HENRY ¡Qué monstruo! ¿Y medio penique de pan para esa intolerable cantidad de jerez? Guarda los otros papeles, los leeremos más tranquilos. Déjalo dormir hasta que sea de día. Por la mañana yo iré a la corte. Todos debemos ir a la guerra, y tú tendrás un lugar honroso. A este gordo canalla le daré un puesto en la infantería, y sé que una marcha de doscientos metros será su muerte. Devolveremos el dinero con creces. Búscame mañana temprano, y ahora, buenos días, Harvey.

HARVEY Buenos días, mi buen señor.

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

En casa del archidiácono de Bangor. Entran HOTSPUR, WORCESTER, lord MORTIMER y Owen GLENDOWER.

MORTIMER Hay buenas perspectivas, nuestro bando
está firme, nuestros comienzos plenos
de las más luminosas esperanzas.

HOTSPUR Lord Mortimer, y vos, primo Glendower,
¿queréis sentaros? ¿Y vos, tío Worcester?

Se sientan.

¡Por la peste, he olvidado el mapa!

GLENDOWER Aquí está. Sentaos, primo Percy,
y vos, Hotspur. A fe que cada vez
que Lancaster pronuncia vuestro nombre
su rostro palidece y suspirando
os desea el cielo.

HOTSPUR Y el infierno
a vos, tan pronto vuestro nombre oye.

GLENDOWER No puedo reprochárselo. El día
en que fui concebido, se llenó
la faz del cielo de flamígeras figuras,
de teas ardientes; y cuando nací
como cobardes tiritaron
la estructura y los vastos cimientos
de la tierra.

HOTSPUR Apuesto a que lo mismo
hubiera sucedido si ese día
en vez de nacer vos, hubiera
parido la gatita de la casa.

GLENDOWER Digo que la tierra tembló cuando nací.

HOTSPUR Digo que no entiendo por qué tembló la tierra,
si, como suponéis, tembló por miedo a vos.

GLENDOWER Llameó el cielo, se estremeció la tierra...

HOTSPUR Ah, entonces la tierra temblaría
al ver el cielo en llamas, no por miedo
a vuestro nacimiento. A menudo
la naturaleza, enferma, estalla
en raras erupciones. No es extraño
que la tierra prolífica padezca
una suerte de cólico, causado
por un viento indomable que buscando
huir del vientre de nuestra noble abuela
la sacude impiadoso, derribando
torres e iglesias cubiertas de musgo.
Al nacer vos, la anciana, padeciendo
un malestar así, tembló de rabia.

GLENDOWER No creáis, primo, que a muchos les soporto
que me contradigan como vos ahora.
Permitidme que afirme una vez más
que cuando nací llameaba el cielo,
escaparon las cabras de los montes,
y en el campo aterrado los rebaños
clamaron raramente. Estos signos
marcaron mi destino, y cada uno
de los sucesos de mi vida muestra
que no soy del común de los mortales.
¿Dónde, en el espacio que el mar ciñe
batiendo las orillas de Inglaterra,
Escocia y Gales,
vive aquel que me tiene por discípulo
o me ha dado siquiera una lección?
Mostradme aunque sea uno que,
nacido de mujer, pueda seguirme
en el difícil arte de la magia,
sondear conmigo sus profundidades.

HOTSPUR Nadie habla galés mejor que vos, supongo.
¿Estará lista ya mi cena?

MORTIMER Primo Percy, lo estáis volviendo loco.

GLENDOWER Puedo llamar a los espíritus
de los vastos espacios infernales.

HOTSPUR ¿Y qué? También puedo llamarlos yo,

o cualquiera. La cosa es que contesten.

GLENDOWER Puedo enseñaros, primo, a dominar al mismísimo diablo.

HOTSPUR Y yo puedo enseñaros, primo, a avergonzarlo diciendo la verdad. Ya el refrán dice «Di la verdad, y el diablo se avergüenza». Ya que sabéis cómo invocarlo, primo, traédmelo ya, que de avergonzarlo me ocupo yo. Mirad qué fácil es: «Di la verdad, y el diablo se avergüenza».

MORTIMER Vamos, vamos, basta de charla inútil.

GLENDOWER Tres veces Henry Bolingbroke se alzó contra mi poder: las tres veces de las costas del Wye y el arenoso Severn fue devuelto a sus lares, derrotado por la violencia de la tempestad y sin esos botines que soñara.

HOTSPUR ¡Uau! ¡Descalzo, y encima con mal tiempo! Qué raro que no se resfriase.

GLENDOWER Vamos. Aquí está el mapa. Repartamos territorios según lo convenido.

MORTIMER Con mucha equidad, el archidiácono así ha dividido los dominios: me ha asignado Inglaterra desde el Trent y el Severn, por el sur y el este; al oeste, el país de Gales más allá del Severn con todos sus terrenos cultivables es de Owen Glendower; a vos, primo, os queda el norte, a partir del Trent. Están escritos los tratados, esta noche ha de dejar selladas las tres copias. Mañana, primo Percy, vos y yo, y el querido lord Worcester partiremos a Shrewsbury en pos de vuestro padre y de las tropas escocesas. Glendower no está listo todavía, ni es necesario su concurso aún: en estas dos semanas reuniremos

a los nobles vecinos, los amigos,
y a aquellos que nos deben vasallaje.

GLENDOWER Antes que hayáis reunido vuestras fuerzas
yo ya estaré, señores, con vosotros;
vuestras mujeres quedan, mientras tanto,
bajo mi protección; os aconsejo
que partáis en secreto, sin adioses
que darían lugar a un mar de lágrimas.

HOTSPUR Diría que mi parte, acá en Burton,
no iguala en extensión a las demás.
Mirad cómo este río, serpenteando
de un modo caprichoso, se me viene
encima y me arrebató las mejores
tierras, una enorme media luna,
un mordisco monstruoso. Haré una presa
que embalse en este sitio la corriente
y así el plateado Trent podrá correr
en un nuevo canal, tranquilo y bello.
No puede retorcerse de este modo
robándome los valles más preciados.

GLENDOWER ¿No puede retorcerse? Sí que puede,
y debe. Ya veis que así lo hace.

MORTIMER Notad también que al continuar su curso
me empuja a mí, y castra mis dominios,
y por aqueste lado os devuelve
tanto como os quita por el otro.

WORCESTER Sin mucho gasto se podría
encauzarlo aquí; se ganaría
por el norte este cabo; así luego
correría bien recto y regular.

HOTSPUR Es lo que digo yo. Sin mucho gasto.

GLENDOWER No habrá ningún canal.

HOTSPUR ¿No habrá?
¿Queréis decir que vos no vais a hacerlo?

GLENDOWER No, y vos tampoco.

HOTSPUR ¿Quién va a impedírmelo?

GLENDOWER Yo.

HOTSPUR Tratad de que no entienda, hablad galés.

GLENDOWER Señor, hablo el inglés igual que vos
pues en la corte inglesa fui educado;
allí, siendo muy joven, para el arpa
muchos versos ingleses escribí:
me salieron bastante bien, e incluso
se dijo que aportaba a vuestra lengua
un toque distinguido, cosa que,
ciertamente, nadie dirá de vos.

HOTSPUR ¡Dios me libre! ¡Ni falta que me hace!
Preferiría ser una gata en celo
que uno de esos fabricantes de baladas;
prefiero oír tornear un candelabro
o rechinar en su eje sin aceite
una maldita rueda: no me da
tanto chirriar de dientes como esa
pedante poesía, en que parece
se quiere hacer trotar un rocín rengo.

GLENDOWER Bien, que el curso del Trent sea cambiado.

HOTSPUR Me da lo mismo, tres veces más tierra
le cedería a un amigo fiel;
pero si estamos regateando soy capaz
de ponerme difícil por un grano
de arena. ¿Están ya los papeles? ¿Nos vamos?

GLENDOWER Cuando queráis. La noche está muy clara.
Voy a dar prisa al redactor del trato
y a anunciar vuestra partida a las mujeres.
Tanto adora mi hija a su Mortimer
que me da miedo que se vuelva loca.

Sale GLENDOWER.

MORTIMER ¡Caramba, primo Percy, qué manera
de llevarle a mi suegro la contraria!

HOTSPUR No lo hago a propósito, es que me saca
de quicio con sus topos, sus hormigas
con el mago Merlín y sus visiones,
y el grifo y el pescado sin aletas,

y el búho miope, y el dragón artrítico,
el león adyacente, el gato rampante,
y una ensalada tal de gliqui-glaques
que, al final, ni en Cristo ya uno cree.
Ayer noche me tuvo nueve horas
o más, listando los demonios
que tiene por lacayos. «¿Sí?», le dije,
y «Ah» y «Qué notable», sin prestarle
ni pizca de atención. ¡Mi Dios! ¡Es más pesado
que caballo cansado o mujer quejosa!
¡Peor que chimenea que no tira!
¡Preferiría vivir de pan y ajo
en una choza en el fin del mundo
que soportarlo dándome la lata
mientras como delicias en mansiones
de verano en plena Cristiandad!

MORTIMER En rigor, es un digno caballero,
instruido, experto en artes mágicas,
valiente cual león y generoso
como las minas indias. Permitidme, primo,
deciros que respeta en grado sumo
vuestro carácter, refrenando el suyo
cada vuelta que le contradecís.
Tened por cierto que ninguno
lo ha molestado como vos ahora
sin experimentar el peligroso
sabor de su respuesta. Mas no insistáis,
os ruego, en provocarlo.

WORCESTER (A HOTSPUR.) A mi entender, milord, desde el principio
estáis haciendo todo lo posible
por acabar con su paciencia:
eso, muy señor mío, es tozudez.
Debéis, milord, salvar este defecto
que en el mejor de los casos parece
mostrar valor, temperamento; pero
a menudo denuncia un natural
colérico, torpeza, descontrol,
orgullo, altanería, demasiada
buena opinión de sí, desdén por otros.
Uno solo de estos defectos bastaría,

si hace presa de un noble, para hurtarle
el corazón de los hombres, manchando
sus virtudes, privándolas de mérito.

HOTSPUR Me doy por enseñado; ojalá
vuestros modales sean vuestra carta
de triunfo en el campo de batalla.

*Entra GLENDOWER con LADY PERCY
y Lady Mortimer.*

Aquí están las mujeres: despedámonos.

Lady Mortimer llora y le habla en galés.

MORTIMER Esta es la maldición que me persigue:
mi esposa no habla inglés, ni yo galés.

GLENDOWER Mi hija llora. No quiere apartarse
de vos; soldado quiere ser, e ir a la guerra.

MORTIMER Decidle, padre, que ella y tía Percy
quedan con vos, que pronto has de seguirnos.

*GLENDOWER le habla en galés y ella le contesta
en el mismo idioma.*

GLENDOWER No hay caso; se le ha metido en la cabeza
partir con vos, a la muy terca.

Lady Mortimer, llorando, habla a su marido en galés.

MORTIMER Entiendo tus miradas. El galés
que esos dos cielos apenados vierten
en tus mejillas, a ese sí lo entiendo:
y en esa misma lengua replicara
si no me detuviera la vergüenza.

*Lady Mortimer vuelve a hablar
a su marido y lo besa.*

Yo entiendo bien tus besos, tú los míos:
somos buenos alumnos de emociones.
Mas no he de distraerme, amor, en clase,
mientras no haya entendido tu lenguaje:
tus labios tornan el galés tan dulce
como los altos poemas que una reina
canta en un bosquecito en el verano,
al laúd, con cautivante melodía.

GLENDOWER Si aflojáis vos, señor, qué queda para ella.

*Lady Mortimer se sienta en las esteras
y vuelve a hablar en galés.*

MORTIMER ¡Ah, si parezco la ignorancia misma!

GLENDOWER Os pide que os tendáis en las esteras
y apoyéis la cabeza en su regazo:
ella va a cantar la canción que os plazca
y coronar en vuestros párpados el sueño
y espesar vuestra sangre con tal arte
que entre dormir y estar despierto
haya tan poca diferencia
como entre día y noche en esa hora
en que la celestial cuadrilla, uncida,
inicia su dorada marcha por el este.

MORTIMER Me muero por oírla cantar, mientras
terminan de copiar nuestro tratado.

Se sienta apoyando la cabeza en el regazo de su dama.

GLENDOWER Y así será. Los músicos están
suspensos en el aire, a mil leguas
de aquí y sin embargo en un instante
han de llegar. Sentaos y esperad.

HOTSPUR Ven, Kate, en eso de acostarse
no hay quien te gane. Ven, así te apoyo
la cabeza.

LADY PERCY (*Sentándose.*) No te hagas el bobito.

*GLENDOWER dice unas palabras en galés
y empieza la música.*

HOTSPUR Es claro que el demonio habla galés;
no me extraña que sea caprichoso
y, quizá por lo mismo, tan buen músico.

LADY PERCY Si así fuera vos seríais pura música
pues no hay nadie que tenga más caprichos.
Acuéstate, bandido, y escuchemos
a la Lady cantarnos en galés.

HOTSPUR Prefiero oír a Lady, mi podenca,
aullar en irlandés.

LADY PERCY ¿Estás buscando que te rompan la cabeza?

HOTSPUR No.

LADY PERCY Entonces calla y no te muevas.

HOTSPUR Eso

es lo que yo les pido a las mujeres.

LADY PERCY ¡Eres un caso perdido! ¡Dios quiera
encaminar tus pasos!

HOTSPUR A la cama
de la galesa.

LADY PERCY ¿Qué?

HOTSPUR Nada, ya canta.

Lady Mortimer canta una canción en galés.

Kate, ven, tú cántame a mí.

LADY PERCY ¡Ni lo sueñes!

HOTSPUR Juras, querida mía, cual si fueras
la dueña de una tienda de pasteles:
«Ni lo sueñes» y «Pongo al mundo
entero por testigo» y «Tan seguro como
que mi nombre es Kate» y otras bobadas
por el estilo, como si jamás
hubieras ido más allá de Finsbury.
Llénate por favor, mi amor, la boca
con un buen juramento, adecuado
a la dama que eres: «Ni soñando
y «Dios sabe que lo que digo es cierto»
y esos otros pasteles merengados
déjaselos a las burguesas que pasean
los domingos sus galas mediopelo.
Vamos, canta.

LADY PERCY No cantaré.

HOTSPUR Te equivocas. Es una muy buena manera de que te confundan con un
sastre cantarín o con un educador de petirrojos. A más tardar en un par de
horas, cuando los pactos estén firmados, partiré; si quieres estar conmigo,
ya sabes.

Sale HOTSPUR.

GLENDOWER Lord Mortimer, estáis tan indeciso
en partir como Hotspur apurado.
Los pactos ya están listos; solo falta
sellarlos y montar en los caballos.

MORTIMER (*Levantándose.*) ¡Muy bien, vamos!

Las damas se levantan y salen todos.

ESCENA II

*En el palacio de Londres.
Entran el REY HENRY, el PRÍNCIPE HENRY y lores.*

REY HENRY Dejadnos, lores, un momento solos,
sin alejaros mucho, pues muy pronto
os necesitaremos.

Salen los lores.

No sé si a consecuencia de mis actos
el secreto designio del Señor
ha dispuesto que de mi propia sangre
salieran su revancha y mi flagelo;
mas tu forma de vida me sugiere
que tú fuiste marcado para ser
el fuego y la vara con que el cielo
castiga mis errores. Y si no,
dime cómo pasiones tan violentas,
acciones tan mezquinas, tan mediocres,
tan viles y tan bajas, tan prohibidos
placeres, compañías tan groseras,
podrían conciliarse con tu sangre
o con tu principesco corazón.

PRÍNCIPE HENRY Si vuestra majestad me lo permite,
podría exculparme con tan prístinas
razones que sin duda sería absuelto
de muchos de los cargos que me hacen.
A menudo los oídos del poder
han de escuchar los cuentos fabricados
por sonrientes chismosos y alcahuetes;

si a sus viles mentiras se confrontan
mis atenuantes, lo que al fin quedara
de faltas verdaderas, imputables
a mi desordenada juventud,
yo podría lograr se me perdonen
arrepintiéndome de corazón.

REY HENRY ¡Dios te perdone! Pero igual me asombra,

Hal, ver cómo te apartas del camino
que marcaron tus ancestros. Portándote
a lo bestia perdiste tu lugar
en el Consejo, donde te ha suplido
tu hermano; y eres extranjero al corazón
de la corte y los príncipes. Toda esperanza
y expectativa puesta en tu futuro
se vio frustrada, y en su fuero íntimo,
no hay quién no prediga tu caída.
Si hubiera derrochado mi presencia
hasta volverla vulgar como un matungo
de alquiler, si hubiera sido visto
y vuelto a ver en compañía de cualquiera,
la pública opinión, en vez de darme
la corona, hubiera continuado
leal al rey, dejándome olvidado
en el destierro, uno del montón,
sin distinción ni posibilidades.
En cambio, siendo rara, mi presencia
a todos admiraba, como admiran
los cometas: «Es él, es él»,
decíanle los padres a sus hijos;
«¿Qué? ¿Cuál de ellos?» preguntaban otros.
Después, robaba yo a los cielos
todos los homenajes, afectando
tanta humildad que arrebatava
de cada corazón la lealtad
y los vivas de todas las gargantas,
aun estando allí el rey con su corona.
Así conservé intacta mi figura,
y mi presencia fue como los hábitos
de un pontífice, maravillosa y rara;
así algo de esa rareza, de esa pompa
de las festividades más solemnes

terminó contagiando a mi persona.
El rey andaba mientras a los saltos
con bromistas de cuarta, cabezas de paja
que tan pronto se encienden como apagan;
rebajó su dignidad al mezclarse
con locos calaveras y su nombre
se mancilló con cada grosería
que ellos profirieron; a las bromas
se prestó de sarcásticos efebos,
y cualquier tonto imberbe ejercitaba
el filo de su ingenio a costa suya.
Se volvió compañero de las calles
comunes, se regaló a su pueblo
a tal punto que a fuerza de exponerse
a las miradas de los hombres, ellos
se empalagaron de esa miel,
empezaron a odiar tanta dulzura,
siendo que un poco más que un poco suele
resultar mucho más que demasiado.
Así, cuando llegaba la ocasión
de mostrarse y mostrar su realeza
era como un cuclillo en pleno invierno,
oído pero no mirado, visto
con esos ojos que, embrutecidos
por las cosas vulgares, ya no pueden
distinguir un suceso extraordinario
como el brillo solar del soberano;
ojos hastiados cuyos párpados se cierran
en las propias narices del monarca
ofreciéndole apenas esa turbia
mirada que los hombres lanzan
al adversario de cuya presencia
están hartos y llenos y saciados.
Tú vas camino, Harry, de lo mismo
pues cambiaste también tus privilegios
por bajas compañías. Ya no quedan
ojos que no se hayan aburrido
de tanto verte; solo los míos quisieran
mirarte siempre más, y no debieran,
pues los ciega una estúpida ternura.

Llora.

PRÍNCIPE HENRY De ahora en adelante, mi señor,
seré un príncipe de veras.

REY HENRY Para todos

tú eres hoy lo que el rey Richard era
cuando llegué de Francia a Ravenspurgh;
y Percy es lo que era yo entonces.
Por mi cetro y por mi alma, sus acciones
lo preparan mejor para reinar
que a ti la mera sombra de mi herencia.
Sin derecho, sin esto de derecho,
llenó mi reino de armaduras;
contra el león y sus potentes fauces
se lanzó de cabeza, y no debiendo
más años a los años que tú mismo
conduce a viejos lores y arzobispos
a las armas, la sangre y la batalla.
¡Qué honores inmortales consiguió
contra el famoso Douglas! Altos hechos
y feroces campañas, el sonar
de su nombre en los campos de combate
le han dado preeminencia entre los jefes
por todo el orbe de la Cristiandad.
Tres veces este Marte con pañales,
este Hotspur, este guerrero niño,
derrotó al gran Douglas; la tercera
lo tomó prisionero, lo libró
y lo ganó como amigo, para luego
mostrar ya sin tapujos su porfía
y amenazar mi trono. Mira esto:
Percy, Douglas, su gracia el arzobispo
de York, Northumberland y Mortimer
han sellado un pacto en contra mío.
¿Pero por qué te cuento estas noticias?
¿Por qué te hablo, Harry, de adversarios
a ti, el más cercano y más amado
de entre mis enemigos? Eres muy capaz,
por ruin inclinación, miedo servil
o por simple capricho, de ponerte
en contra mío, a sueldo de ese Percy,
seguirlo como un perro y cortejar

sus humores, tan solo por mostrar
hasta qué extremo te has degenerado.

PRÍNCIPE HENRY No habléis así. ¡Jamás veréis tal cosa!

Perdone Dios a quienes tanto hicieron
para apartarme de su majestad.
La cabeza de Percy es el remedio
de esta infamia; y cuando llegue
a su final cierto glorioso día
me animaré a decir: «Este es vuestro hijo»;
he de vestir un traje hecho de sangre
y enmascararme en sangrientas manadas
que, una vez lavadas, se llevarán
consigo mi vergüenza. Cuandoquiera
que ese día alumbre, aquel niño
mimado del honor y de la fama,
aquel valiente Hotspur, caballero
de todos alabado, ha de toparse
con tu olvidado Harry. ¡Que se cuenten
por miles las insignias que decoran
su casco, y cada una que redoble
la vergüenza que agobia mi cabeza!
La hora ha de llegar en que yo fuerce
a este joven del norte a intercambiar
sus hazañas por mis indignidades.
Percy es solo mi agente, el encargado
de acumular victorias en mi nombre;
y ha de rendirme tan estricta cuenta
de cada gloria recogida en vida,
por mínima que sea, que si alguna
se negara a entregar, he de arrancársela,
sí o sí, del sangrante corazón.
Es en nombre de Dios que lo prometo
y ojalá Él quisiera que al cumplir
mi juramento se cicatrizaran
esas heridas que por largo tiempo
causó a su majestad mi intemperancia.
Si no, la muerte pagará mis deudas
y he de morir de cien mil muertes antes
que quebrar la menor parte de este voto.

REY HENRY ¡Acaban de morir cien mil rebeldes!

Tendrás un puesto de comando y la confianza del rey para ejercerlo.

Entra sir Walter BLUNT.

Mi buen Blunt,
¿qué sucede? Pareces tener prisa.

BLUNT La tiene el asunto que me trae.

Lord Mortimer de Escocia ha hecho saber que el once de este mes se han encontrado los rebeldes ingleses con sir Douglas en Shrewsbury. Unidos formarían (si las partes respetan sus promesas) la fuerza más temible y poderosa que haya jugado sucio contra un reino.

REY HENRY Hace ya cinco días lo sabemos:

el conde de Westmorland partió hoy y junto a él mi hijo, lord Lancaster. El miércoles te irás tú, Henry, y el jueves hemos de marchar nosotros. La cita es en Bridgnorth; tú llegarás, Harry, por el camino de Gloucester. Calculo que a lo más en doce días nos juntaremos todos en Bridgnorth. ¡No hay un segundo que perder! ¡Marchemos! La tardanza engorda al enemigo.

Salen.

ESCENA III

*La taberna de Eastcheap.
Entran FALSTAFF y RUSSELL.*

FALSTAFF ¿No tienes la impresión, Russell, de que desde nuestra última batalla estoy asquerosamente desmejorado? ¿No estoy un poco consumido? ¿Algo encogido? ¿Medio marchito? La piel me cuelga de los huesos como la bata de una vieja y estoy arrugado como un orejón. Bien, será cosa de arrepentirme, y pronto, antes de que desaparezca del todo. A poco estaré tan acabado que ni para arrepentirme tendré fuerzas. ¡Que me vuelva un comino, qué importa, o el caballo de un cervecero, si no me he olvidado ya

de cómo es una iglesia vista desde dentro! Veamos: una iglesia... vista desde dentro... ¡Compañías, malas compañías, habéis sido mi ruina!

RUSSELL Sir John, semejante angustia os puede abreviar la vida.

FALSTAFF ¿Te parece, Russell? Sí, creo que tienes razón. A ver, alégame un poquito; cántame una canción de putas. Como venía diciéndote, yo era tan virtuoso como puede pedirse a un caballero; de hecho, bastante virtuoso; he blasfemado poco; no jugué a los dados más de siete veces... a la semana; acudía al prostíbulo cada quincena... de minutos; pagué mis deudas... tres o cuatro veces; viví, en suma, correcta y acompasadamente; ahora, en cambio, llevo una vida sin orden ni compás.

RUSSELL Es que estáis tan gordo, sir John, que de hecho no hay ningún compás que pueda acompasaros; quiero decir, ningún compás de un tamaño razonable.

FALSTAFF Tú arréglate la cara, que yo arreglaré mi vida. Tú eres nuestra nave capitana, llevas a popa la linterna que nos guía, y esa popa es por cierto tu nariz de borracho. Eres el Caballero de la Lámpara Ardiente.

RUSSELL Caramba, sir John, mi cara no os causa daño alguno.

FALSTAFF A fe mía que no; me sirve como a otros les sirve tener en su escritorio una calavera, como *memento mori*. No puedo ver tu cara sin pensar en el fuego del infierno: allí está siempre tu nariz, empurpurada como un obispo, ardiendo, ardiendo. Si yo creyera que hay en ti algo rescatable, juraría por tu cara; mi juramento sería: «Por este ángel que empuña una nariz en llamas». Pero no, estás perdido, y si no fuera por el fuego que arde en tu cara, terminarías de perderte en el seno de tu madre, la Tiniebla Original. Cuando en las colinas de Gads Hill corrías en medio de la noche tratando de alcanzar mi caballo, que el dinero no sirva para nada si no pensé que eras un *ignis fatuus*, una luz mala, un grano de viruela buscando su salvación, una bola incendiaria disparada monte arriba. ¡Dios te tenga en su gloria, oh, perpetuo desfile, ciudad en fiestas, fogata que no cesa! Caminando contigo en la alta noche, de taberna en taberna, debo haber ahorrado al menos mil marcos en antorchas; también es cierto que, comparadas con el jerez que bebiste, me hubieran salido baratas las velas del cerero más caro de Europa. Durante estos treinta y dos años he alimentado sin pausa el fuego de tu salamandra. ¡Que el cielo me recompense!

RUSSELL ¡Me cago en Dios, cómo te haría tragar mi nariz!

FALSTAFF ¡Santo cielo, tragarme tu nariz! Seguro que me daría acidez.

Entra doña SIEMPRELISTA.

¿Qué tal, reina de las posadas y las posaderas, gallinita mía? ¿Has averiguado ya quién anduvo hurgándome los bolsillos?

SIEMPRELISTA ¿Cómo, sir John? ¿Qué os habéis creído, sir John? ¿Pensáis que tengo ladrones en mi casa? Busqué y busqué, pregunté, preguntó mi marido, hombre por hombre, muchacho por muchacho, criado por criado. Hasta ahora, en mi casa no se había perdido ni la décima parte de un cabello.

FALSTAFF Mientes, posadera. A Russell lo raparon aquí, y perdió una buena cantidad de pelo; por mi parte, puedo jurar que mis bolsillos quedaron pelados. En fin, a qué quejarse de ti; al fin de cuentas, eres una mujer.

SIEMPRELISTA ¿Quién, yo? ¡Cielos, qué descaro, en mi vida nadie me llamó así! ¡Y en mi propia casa!

FALSTAFF Vamos, te conozco de sobra. Sé de qué hablo.

SIEMPRELISTA No, sir John, no sabéis nada, sir John. Yo sí que sé, sir John. Sé que me debéis un montón de dinero, sir John, y ahora montáis un escándalo para que lo olvide. Os he comprado una docena de camisas para intentar vestir ese corpachón vuestro.

FALSTAFF Basura, basura asquerosa. Se las he dado a la mujer de un molinero. Hizo con ellas bolsas para harina.

SIEMPRELISTA ¿Qué? ¡Por mi alma, eran de tela holandesa, de a ocho chelines la vara! Debéis dinero, además, sir John, por vuestra pensión, más los extras más diversas sumas tomadas a préstamo: veinticuatro libras en total.

FALSTAFF Russell ha tenido su parte. Que pague él.

SIEMPRELISTA ¿Él? Lamentablemente es pobre. No tiene nada.

FALSTAFF ¿Cómo que no tiene nada? Mírale la cara. Hay que alquilar su nariz como faro, hay que acuñar sus carrillos. En cuanto a mí, no pagaré un centavo. ¿O parezco acaso un señorito manirroto? Fíjate que no puedo descansar en mi posada sin que me vacíen los bolsillos. Me han robado el anillo de sello de mi abuelo, valuado a lo menos en cuarenta marcos.

SIEMPRELISTA ¡Dios mío! (A RUSSELL.) No sé cuántas miles de veces le oí decir al príncipe que ese anillo era de cobre.

FALSTAFF ¿Sabes qué? El príncipe es un arrastrado y un delincuente. (*Blandiendo el bastón.*) Me cago en Dios, si estuviera aquí lo apaleaba como a un perro. ¡De cobre el anillo de mi familia! ¡Que se atreva a repetirlo y verá lo que es bueno!

*Entran el PRÍNCIPE HENRY y Harvey, marchando;
FALSTAFF los recibe tocando su bastón
como si fuera un pífano.*

¿Qué hay, muchacho? ¿Qué viento te trae? ¿La idea es marchar, ahora?

RUSSELL Sí, de dos en dos, a la moda de la cárcel de Newgate.

SIEMPRELISTA Milord, os ruego me escuchéis.

PRÍNCIPE HENRY ¿Cómo le va, señora Quickly? ¿Cómo está su marido? Lo tengo en gran estima, es un hombre honesto.

SIEMPRELISTA ¡Mi buen señor, oídmelo!

FALSTAFF Que hable sola, Hal, tú escúchame a mí.

PRÍNCIPE HENRY ¿Qué pasa, Jack?

FALSTAFF Pasa que la otra noche me quedé dormido detrás del cortinado y me vaciaron los bolsillos. Esta casa se ha transformado en un burdel; todo el tiempo te meten mano.

PRÍNCIPE HENRY ¿Y qué te robaron, Jack?

FALSTAFF ¡No vas a creerlo, Hal! Tres o cuatro billetes de cuarenta libras, y el anillo de sello de mi abuelo.

PRÍNCIPE HENRY Una chuchería, cosa de ocho peniques más o menos.

SIEMPRELISTA Es lo que le dije yo, milord, y le dije que se lo había oído decir a su alteza; entonces, milord, él se puso a decir de su alteza las cosas más asquerosas, como buen boca sucia que es, y dijo que iba a darle de palos a su alteza.

PRÍNCIPE HENRY ¿En serio? ¡No puedo creerlo!

SIEMPRELISTA Sí, señor, sí. ¡Lo juro por mi honor, pongo a mi decencia por testigo y ofrezco mi honestidad en garantía!

FALSTAFF Tu honor vale tanto como el de una ciruela estofada, tu decencia como la de la zorra que eres; en cuanto a la honestidad que tan generosamente ofreces en garantía, al lado tuyo, hija del cielo, cualquier atorranta parece la virtuosa mujer de un magistrado.

SIEMPRELISTA ¿Qué? ¿Hija de qué?

FALSTAFF Hija de Dios, supongo.

SIEMPRELISTA No soy ninguna hija de Dios, y vos lo sabéis perfectamente. Soy la esposa de un buen hombre, y poniéndolo en duda, os portáis como un

canalla; y se diría que lo sois, si no fuera porque habéis nacido caballero.

FALSTAFF Y tú, llevándome la contra en todo, te portas como una bestia; y se diría que lo eres, aunque lleves nombre de mujer.

SIEMPRELISTA ¿Y qué bestia vendría a ser? Dilo, canalla.

FALSTAFF Una nutria, evidentemente.

PRÍNCIPE HENRY ¿Una nutria, sir John? ¿Y eso por qué?

FALSTAFF Porque no es ni pez ni res. Nadie sabría exactamente cómo tomarla.

SIEMPRELISTA ¡Qué injusto sois! ¡Vos sabéis muy bien cómo tomarme, canalla! ¡Lo sabéis vos y lo sabe todo el mundo!

PRÍNCIPE HENRY Es verdad, posadera, y Falstaff te calumnia groseramente.

SIEMPRELISTA Y a vos también, milord; el otro día dijo que le debéis mil libras de plata.

PRÍNCIPE HENRY (A FALSTAFF.) Sir John, ¿os debo yo mil libras de plata?

FALSTAFF ¿De plata, Hal? ¡De oro! Tu cariño vale todo el oro del mundo, y me lo debes.

SIEMPRELISTA Milord, dijo que erais un arrastrado y juró que os daría de palos.

FALSTAFF ¿Dije yo eso, Russell?

RUSSELL Sin duda que sí, sir John.

FALSTAFF Bueno, pero eso si él decía que mi anillo era de cobre.

PRÍNCIPE HENRY Muy bien, es de cobre. Ahora, me gustaría ver cuánto valen tus promesas de apalearme.

FALSTAFF Sabes, Hal, si fueras solo un hombre me animaría; pero eres un príncipe y te temo como temo el rugido del cachorro de león.

PRÍNCIPE HENRY ¿Y por qué no el del león mismo?

FALSTAFF El temor al león mismo lo reservo para el león mismo. ¿O piensas que te tengo tanto miedo como a tu padre? No, no te tengo tanto miedo, y que reviente si no digo la pura verdad.

PRÍNCIPE HENRY No se te ocurra reventar, que tus tripas inundarían todo Londres. Pues sus entrañas, muy señor mío, no guardan ni honor, ni decencia, ni honestidad, sino tripa, pura tripa. ¡Acusas a una pobre mujer de revisarte los bolsillos! Tremendo hijo de puta, canalla, impúdico y desvergonzado, que me caiga muerto si en tus bolsillos había algo más que cuentas de

taberna, direcciones de prostíbulos, un penique en caramelos y porquerías por el estilo. Y dale con las riquezas que atesoraban tus bolsillos. ¿No te da vergüenza?

FALSTAFF Mira, Hal, tú sabes que Adán, que vivía en una era de completa inocencia, no pudo evitar caer en el pecado. ¿Cómo no había de pecar el pobre Jack Falstaff, a quien le tocó vivir en un siglo infame? De carne somos, y yo, siendo de más carnes que otros, soy más frágil. ¿Confiesas, pues, que fuiste tú quien me vació los bolsillos?

PRÍNCIPE HENRY Parece que así fue.

FALSTAFF Posadera, te perdono. Ve a preparar el desayuno. Ama a tu marido, vigila a tus criados, cuida de tus huéspedes. Me mostraré completamente razonable ante cualquier razonamiento bien razonado; ya ves cuán fácilmente me tranquilizo. Y ya que estamos, por favor, hazte humo.

Sale doña SIEMPRELISTA.

Y ahora, Hal, dame novedades de la corte. ¿A quién han acusado del robo, hijo mío?

PRÍNCIPE HENRY Oh, mi querido rosbif, otra vez he sido tu ángel de la guarda: el dinero ha sido devuelto.

FALSTAFF Mmm, eso de devolver no me gusta nada. Es doble trabajo: fíjate que ahora hay que robarlo de nuevo.

PRÍNCIPE HENRY Con mi padre estamos muy amigos; puedo hacer lo que me dé la gana.

FALSTAFF ¿Qué esperamos, entonces? ¡A desvalijar el Tesoro Real!

RUSSELL ¡Eso, milord!

PRÍNCIPE HENRY Te he conseguido, Jack, un puesto de oficial de infantería.

FALSTAFF ¡Lo hubiera preferido de caballería! ¿Dónde encontraré yo un buen ladrón, más o menos de veintidós años y con buenos contactos en la corte? Es espantoso lo desprovisto que estoy. Gracias a Dios tenemos a esos rebeldes que no molestan a nadie salvo a los virtuosos. Los felicito y los aplaudo.

PRÍNCIPE HENRY ¡Russell!

RUSSELL ¿Milord?

PRÍNCIPE HENRY (*Entregando cartas.*)

Lleva esta carta a lord John Lancaster,

mi hermano John; y esta a lord Westmorland.

Sale RUSSELL.

A los caballos, Harvey, ya, montemos;
todavía debemos cabalgar
treinta millas antes que anochezca.

Sale HARVEY.

Mañana, Jack, a las dos de la tarde
reúnete conmigo en Temple Hall.
Allí sabrás tu encargo y te daré
dinero e instrucciones bien precisas.
El país arde. Percy está en la cima;
ellos o nosotros, alguien ha de caer.

Sale.

FALSTAFF ¡Raras palabras, mundo bravío! ¡Mesera!
¡Tráeme ya mi desayuno! ¡Ah,
si esta posada fuera mi tambor!

Sale.

CUARTO ACTO

ESCENA I

El campamento rebelde, cerca de Shrewsbury. Entran HOTSPUR, WORCESTER y DOUGLAS.

HOTSPUR ¡Bien dicho, mi noble escocés!

Si decir la verdad no fuera visto,
en estos tiempos demasiado finos,
como una forma de adular, tendría
el Douglas tantas loas que ningún
soldado de este siglo lograría
acuñar tal renombre, una fama
que fuese, cual la suya, una moneda
corriente en todo el mundo.

Por Dios, no sé adular, desprecio al zalamero;
pero en mi corazón no hay quien ocupe
mejor lugar que vos. Ponedme a prueba,
poned, milord, a prueba lo que digo.

DOUGLAS Eres el rey de la honra. No alienta
sobre la tierra nadie tan potente,
a quien no vaya yo a despellejarlo.

Entra un MENSAJERO con cartas.

HOTSPUR Muy bien, milord, estáis autorizado...

¿Qué son esas cartas?...

Yo estaré con vos.

MENSAJERO Son cartas que envía vuestro padre.

HOTSPUR ¿Envía cartas? ¿Por qué no viene él mismo?

MENSAJERO Milord, no puede. Está muy enfermo.

HOTSPUR ¡San Puta! ¿Cómo se da el lujo de enfermarse
en un momento como este? ¿Quién
dirige sus ejércitos, bajo qué mando
llegarán hasta aquí?

MENSAJERO A sus cartas, milord,
y no a mí, confió su pensamiento.

HOTSPUR lee la carta.

WORCESTER Informadme, por favor: ¿guarda cama?

MENSAJERO La guardó, sir, los cuatro días previos
a mi partida, y al tiempo que me fui
los médicos temían por su vida.

WORCESTER Hubiera preferido que las cosas
se encontraran encaminadas antes
de que la enfermedad lo visitara.
¡Jamás fue tan valiosa su salud!

HOTSPUR ¿Enfermo ahora? ¿Abatido ahora?
Pues esta enfermedad contagia el nervio
vital de nuestra empresa; sus efectos
se extienden a los campos de batalla.
Me escribe aquí de una afección interna,
que juntar buenos delegados lleva tiempo,
dice y juzga que no sería prudente
dejar en mano ajena una misión
tan noble y peligrosa. Su consejo
es muy audaz: que con la escasa fuerza
ya reunida, marchemos a probar
qué nos depara la fortuna; dice
que igual ya no tenemos vuelta atrás,
dado que el rey seguro está al corriente
de nuestras intenciones. ¿Qué pensáis?

WORCESTER La enfermedad de vuestro padre
es una herida grave a nuestra causa.

HOTSPUR Es una cuchillada, es propiamente
la amputación de un miembro. No, no tanto.
Su ausencia nos parece más terrible
de lo que es. ¿No será bueno, me pregunto,
apostar hasta el último recurso
a un golpe único de dados? ¿Confiar todo
al espléndido azar de una hora dudosa?
No, no sería bueno porque allí
leeríamos el alma y el sentido
de nuestras esperanzas, la frontera
más extrema y final de nuestra suerte.

DOUGLAS Por cierto: y por eso mismo hemos
de atacar ya, y en vez de alimentar tranquilas

expectativas de heredar, gastar ahora
todo lo que nos guarda el porvenir.
Siempre habrá algún lugar donde asilarse.

HOTSPUR Un punto de encuentro, un hogar
donde escapar si el diablo y la desgracia
resultan demasiado poderosos
para la doncellez de nuestra empresa.

WORCESTER Y no obstante quisiera que tu padre
se hallara con nosotros. El carácter
de nuestra tentativa no soporta
divisiones. Aquellos que no saben
por qué no está aquí han de pensar
que la prudencia, la lealtad o simplemente
el rechazo de nuestros proceder
le hacen guardar distancia. Es muy claro
que tales aprensiones muy bien pueden
alimentar sospechas en nosotros
volviendo en contra nuestra al indeciso.
Sabéis que siendo la facción rebelde
no es conveniente que nos juzguen mucho;
más bien debemos tapar cada hueco,
cada rendija por la cual pudieran
escrutarnos los ojos de la mente.
La ausencia de tu padre abre un telón
y deja ante la vista de los necios
insospechadas fuentes de temor.

HOTSPUR Vais demasiado lejos. Yo más bien
sacaría provecho de su ausencia:
otorga más prestigio, da más lustre,
y un aire de valor más encendido
a nuestra empresa; pues pensarán muchos
que si somos capaces de lanzar
(sin ayuda del conde) semejante
desafío contra el poder real,
con su ayuda pondremos en instantes
el reino entero patas para arriba.
Todo va bien, estamos muy enteros.

DOUGLAS ¡Así se habla, sí! En toda Escocia
no hay quien entienda qué quieren decir

palabras como «miedo».

Entra sir John VERNON.

HOTSPUR ¡Querido primo Vernon! ¡Bienvenido!

VERNON ¡Ojalá mis noticias mereciesen,
milord, la bienvenida! Con siete mil hombres
viene hacia acá el conde de Westmorland
con el príncipe John.

HOTSPUR Esto no es problema. ¿Qué más?

VERNON He oído también que el propio rey
se aproxima o piensa hacerlo pronto
encabezando un fuerte contingente.

HOTSPUR También tendrá su bienvenida.
¿Y qué se dice de ese tarambana,
ese pies-rápidos, el príncipe de Gales,
y sus compinches, esos que solían
pasar del mundo y de lo que en él pasa?

VERNON Todos en armas, todos pertrechados;
emplumados como si fueran avestruces
que con el viento [...];^[21]
aleteando cual águilas recién bañadas,
brillando en sus doradas cotas como estampas,
llenos de vida como el mes de mayo,
y como soles de verano espléndidos,
alegres como jóvenes cabritos,
como jóvenes toros, impetuosos.
He visto al joven Harry con celada,
rodilleras, manoplas, de los pies
a la cabeza armado, levantarse
como alado Mercurio desde el suelo
y saltar con tal gracia a su montura
cual si un ángel bajara de las nubes
a espolear un indómito Pegaso
embelesando al mundo entero
con sus excelsas dotes de jinete.

HOTSPUR ¡Basta, basta ya! Vuestras alabanzas
me dan más fiebres que soles de marzo.
¡Que vengan! Adornados para el sacrificio

llegan, y habremos de ofrecerlos
calientes y sangrantes a la virgen
flamígera de la guerra humeante.
¡Marte en su altar con cota y con escudo
en sangre se hundirá hasta las orejas!
Me vuelve loco oír que semejante
botín está tan cerca y todavía
no en nuestras manos. ¡Quiero mi caballo!
¡Sentir cómo me lleva cual un trueno
contra el pecho del príncipe de Gales!
Ha de ser Harry contra Harry, un caballo
encabritado contra otro, entreverados
sin respiro hasta que uno de los dos
se derrumbe cadáver en la tierra.
¡Ah, si viniese Glendower!

VERNON Hay algo más aún:

cuando pasaba por el Worcester oí
que en estas dos semanas Glendower
no ha podido reunir a sus ejércitos.

DOUGLAS Pues esa sí que es mala noticia.

WORCESTER Por Dios, la novedad me deja helado.

HOTSPUR ¿Con cuántos hombres cuenta el rey?

VERNON Con treinta mil.

HOTSPUR ¡Por mí que sean cuarenta!

Sin mi padre y sin Glendower nuestras fuerzas
para un día de gloria igual nos bastan.

Vamos, pasémosles revista ya.

Sí, el Día del Juicio está cercano:

¡a morir todos, y a morir alegres!

DOUGLAS ¿Qué habláis de muerte? Pienso mantenerme
lejos de ella y lejos de sus garras
por una buena temporada.

ESCENA II

*Un camino al sudeste de Coventry.
Entran FALSTAFF y RUSSELL.*

FALSTAFF Russell, adelántate a Coventry; tráeme una botella de jerez. Nuestros soldados atravesarán la ciudad. Esta noche alcanzaremos Sutton Coldfield.

RUSSELL ¿Podéis darme el dinero, capitán?

FALSTAFF Vamos, Russell, te toca ponerte a ti.

RUSSELL Esa botella costará lo suyo.

FALSTAFF (*Dándole dinero.*) Lo que sea suyo, ha de ser tuyo: si un penique es suyo, uno tuyo; si veinte, veinte. Yo respondo por la paga. Dile a mi teniente Harvey que me espere a la salida de la ciudad.

RUSSELL Así lo haré, mi capitán. Adiós.

Sale.

FALSTAFF ¡Que me transforme en bacalao en escabeche si no me dan vergüenza mis soldados! Vengo haciendo un condenado abuso de las levass del rey. A cambio de ciento cincuenta soldados, llevo cobradas trescientas y pico de libras. No he convocado a filas más que a buenas piezas, ricos propietarios e hijos de pequeños terratenientes; busco a los jóvenes que ya han firmado contrato matrimonial, a los esclavos del fueguito del hogar que sacan tanto gusto de oír un diablo como un tambor, a los que temen el estampido de un mosquete más que un pollo apaleado o un pato herido. La materia prima de mis levass han sido exclusivamente los mantequitas, los que piensan con el estómago y los que tienen el corazón como una cabeza... de alfiler; todos me han comprado su baja del servicio; a consecuencia de ello, mi compañía está compuesta hoy de dragoneantes, cabos, portaestandartes y tenientes; pobres diablos harapientos como Lázaro en esos tapices donde nunca perros famélicos le lamen las llagas; tipos que de hecho nunca han sido soldados, lacayos despedidos por robar, hijos segundones de hermanos segundones, cantineros fugados y palafreneros quebrados, los parásitos de un mundo tranquilo y una larga paz, diez veces más andrajosos y menos honorables que una bandera vieja y baqueteada. Viendo los desarrapados con que cubrí las plazas de los que compraron su baja del servicio, cualquiera pensaría que tengo ciento cincuenta hijos pródigos, vueltos a casa después de un siglo de cuidar puercos y comer su bazofia y sus cáscaras. Un gracioso me paró en el camino para preguntarme si había desvalijado todos los patíbulos del reino y reclutado a los cadáveres. Nunca se han visto semejantes espantajos; está claro que no pienso desfilar por Coventry con ellos. No, si los cretinos hasta van patizambos como si llevaran grillos, y de hecho a la mayor parte los he sacado de la cárcel. En toda mi compañía apenas hay una camisa y media; la media camisa consiste en dos servilletas atadas y echadas sobre los hombros como la cota

sin mangas de un heraldo; en cuanto a la camisa, para ser sinceros, se la he robado a mi anfitrión en Saint Albans o a ese narices coloradas del posadero de Daventry. Lo mismo da; tendida en cualquier seto encontrarán suficiente ropa blanca.

*Entran el PRÍNCIPE HENRY
y el conde de WESTMORLAND.*

PRÍNCIPE HENRY ¡Hola, Jack Bola! ¿Qué tal andas? O mejor ¿qué tal ruedas?

FALSTAFF ¿Qué tal, Hal, mi querido bandido? ¿Qué diablos haces en Warwickshire? Milord Westmorland, imploro vuestro perdón. Pensé que su alteza estaba ya en Shrewsbury.

WESTMORLAND A fe mía, sir John, hace rato que debería estar, y vos también; de hecho, mis ejércitos ya han arribado allí. El rey, os lo aseguro, cuenta con todos nosotros. Tendremos que caminar toda la noche.

FALSTAFF Por mí no os preocupéis. Estoy más despierto que un gato a punto de robarse un plato de crema.

PRÍNCIPE HENRY Pues, se diría que ya te la has robado, y que incluso se ha convertido en manteca. Pero, dime, Jack, ¿quiénes son esos zaparrastrosos que vienen allí atrás?

FALSTAFF Mis soldados, Hal, mis soldados.

PRÍNCIPE HENRY En mi vida vi tal manga de infelices.

FALSTAFF Bah, bastante buenos para ensartarlos en una pica; carne de cañón, carne de cañón. Llenarán una fosa tan bien como cualquiera. En fin, hombre, mortales, mortales.

WESTMORLAND Sí, sir John, pero igual parece un contingente en exceso pobre y raquítico, un puñado de mendigos.

FALSTAFF Bien, su pobreza no sé dónde la habrán adquirido, pero el raquitismo seguro que no lo aprendieron de mí.

PRÍNCIPE HENRY Juraría que no, salvo que tener tres dedos de grasa sobre las costillas sea estar raquítico. Pero, señorito mío, es hora de que te apures. Percy ya está en el campo de batalla.

FALSTAFF ¿Qué, el rey ya instaló su campamento?

WESTMORLAND Efectivamente, sir John. Me temo que nos estamos demorando demasiado.

Sale.

FALSTAFF Bien: el fin de una batalla
y el comienzo de una fiesta
son dos cosas que convienen
al que es lento en el combate
y veloz para tragar.

Sale.

ESCENA III

El campamento rebelde cerca de Shrewsbury. Entran HOTSPUR, WORCESTER, DOUGLAS y VERNON.

HOTSPUR Lo atacaremos esta noche.

WORCESTER Imposible.

DOUGLAS ¿Por qué darle ventaja?

VERNON ¿Qué ventaja?

HOTSPUR Espera refuerzos.

VERNON Nosotros también.

HOTSPUR Los suyos son seguros, los nuestros dudosos.

WORCESTER No desoigas mi consejo, buen primo.

No ataques esta noche.

VERNON (A HOTSPUR.) No ataquéis, milord.

DOUGLAS Aconsejáis mal. Hablan en vosotros
el miedo y la frialdad de corazón.

VERNON No empecemos, Douglas, con calumnias;
por mi vida (y con ella respondo),
si un razonable honor me lo demanda
he de escuchar tan poco los consejos
del débil miedo como vos, milord,
o cualquier escocés que el mundo albergue.
Cuál de los dos vacila, que se vea
mañana en la batalla.

DOUGLAS O esta noche.

VERNON Cuando queráis.

HOTSPUR Yo quiero que sea ahora.

VERNON Vamos, vamos, no es posible. Me extraña
que jefes tan fogueados no comprendan
las trabas que retrasan nuestra marcha.
Las tropas de mi primo no han llegado.
Las de Worcester llegaron solo hoy,
y su ánimo ahora está tan bajo,
tan embotado de cansancio su coraje,
que no hay uno que valga la mitad
de la mitad de lo que vale.

HOTSPUR También las tropas enemigas han tenido,
en general, un día agotador: en cambio
la mayor parte de las nuestras descansaron.

WORCESTER Su número excede nuestras fuerzas:
primo, por el amor de Dios, espera
que lleguen todos los que faltan.

*Toque de clarín anunciando una embajada.
Entra sir Walter BLUNT.*

BLUNT De parte del rey vengo a ofreceros
su merced, si me oís con atención.

HOTSPUR Bienvenido, sir Walter Blunt ¡quisiera
el cielo que abrazarais nuestra causa!
Algunos de nosotros os amamos;
reconocemos vuestros méritos y fama,
aunque no de buen grado, pues no sois
de los nuestros, sino que en contra nuestra
militáis como enemigo.

BLUNT Y Dios me guarde de cambiar de bando,
pues el vuestro ha traspuesto la frontera
de la obediencia al monarca consagrado.
Vamos al grano: el rey quiere saber
las razones de vuestro malestar,
sobre qué base, en el seno de la paz,
llamáis a enfrentamientos tan agudos
dando a un país sumiso el mal ejemplo
de una crueldad tan temeraria. Si el rey
desatendió en algún sentido vuestros méritos,
que él mismo reconoce que son muchos,

os manda presentar ya vuestras quejas
y las veréis saldadas velozmente
y con ventaja; además, por cierto,
de obtener el perdón para vosotros
y los otros que a vuestra instigación
se han descarriado.

HOTSPUR Es muy amable, el rey.

Y bien sabemos lo bien que el rey sabe
a qué hora prometer, a cuál pagar.
Mi padre, y mi tío y yo mismo
le dimos la realeza que ahora ostenta:
no tenía aún veintiséis años
y a los ojos del mundo estaba muerto,
era un pobre infeliz, un don nadie, un proscrito
que entraba a hurtadillas en su casa,
cuando mi padre lo acogió en la costa.
Y oyéndole jurar por Dios que solo
buscaba ser el duque de Lancaster,
pedir su herencia y el favor del rey,
mi padre, conmovido por sus lágrimas
y sus muchas protestas de lealtad,
le prometió su apoyo y se lo dio.
No bien los lores y barones advirtieron
que tenía el apoyo de Northumberland,
se presentaron, grandes y pequeños,
en los pueblos, aldeas y ciudades,
sombrero en mano y rodilla en tierra;
lo esperaban al borde de las rutas,
en los puentes salían a su encuentro
sembrando de regalos su camino.
Le juran lealtad, le dan sus hijos:
pegada a sus talones, día y noche,
camina una dorada multitud.
Y siendo que el poder sabe que puede,
pronto él se pone un escalón más alto
de lo que a mi padre prometiera
cuando su sangre no era tan azul
ni su ánimo tan alto, en las desnudas
playas de Ravenspurgh. Entonces, vaya,
se ocupa de cambiar ciertos edictos,
decretos demasiado rigurosos

que agobian con su peso a la nación;
por los abusos rasga sus vestidos,
por las desgracias de la patria, llora;
y así, fingiendo ser el rostro mismo
de la justicia, gana el corazón
de todos los que pican en su anzuelo;
después un paso más; si no es molestia
me le rebanan la cabeza a los que el rey
dejó encargados del gobierno cuando fue
a meterse en las guerras irlandesas.

BLUNT Pff, no vine a oír esto.

HOTSPUR Ya estamos.

Apenas logra destronar al rey
lo priva de la vida y tras cartón
abarrota de impuestos todo el reino;
por si no basta, deja que su primo
el noble March, que de hecho sería
(si cada cosa estuviera en su lugar)
su rey, cautivo languidezca en Gales,
sin esperanza alguna de rescate;
a mí, cuanto más triunfo más me odia
y trata de entramparme con espías;
a mi tío lo echa del Consejo,
a mi padre lo despide de mal modo;
no existe juramento que respete
ni daño que se abstenga de causar;
en resumen es él quien nos obliga
a buscar salvaguarda en estas tropas
y cuestionar su título; un título,
por cierto, demasiado cuestionable
como para que sea duradero.

BLUNT ¿Es esta la respuesta para el rey?

HOTSPUR No tan pronto, sir Walter. Pensaremos
un poco la cuestión. Id hasta el rey,
decidle que queremos garantías
para mandar un jefe de alto rango:
si nos las da, temprano en la mañana
mi tío ha de llevarle una propuesta.
Y ahora, adiós.

BLUNT Quisiera que quisierais aceptar
el perdón y el amor que se os ofrece.

HOTSPUR Tal vez lo hagamos.

BLUNT ¡Ruego a Dios que sí!

*Salen HOTSPUR, WORCESTER, DOUGLAS y VERNON
por una puerta, BLUNT por otra.*

ESCENA IV

*Un aposento del palacio arzobispal.
Entran el ARZOBISPO de York y SIR MICHAEL.*

ARZOBISPO Rápido, mi buen sir Michael, llevad
esta carta sellada, en alas del viento,
al lord Mariscal; esta otra, a mi primo,
lord Scrope, y las demás a sus destinatarios.
Si supierais cuán importantes son,
no perderíais un minuto.

SIR MICHAEL Imagino, mi buen señor, de qué se trata.

ARZOBISPO Así lo creo. Mañana, mi buen sir Michael,
la fortuna de diez mil hombres deberá
rendir examen; todo parece indicar
que en Shrewsbury las numerosas fuerzas
que en tiempo récord ha juntado el rey
van a toparse con lord Harry. Y me temo,
sir Michael, que las fiebres de Northumberland,
cuyas tropas de guerra eran cruciales,
así como la ausencia de Glendower
(otro nervio vital de los rebeldes
que ha fallado, en este caso detenido
por ciertas profecías) me temo, decía,
que las fuerzas de Percy no le alcancen
para medirse con el rey.

SIR MICHAEL Mi buen señor, no hay que preocuparse.
Está Douglas, está Mortimer.

ARZOBISPO Mortimer no.

SIR MICHAEL Pero están Mordake, Vernon, Harry Percy,

y está milord de Worcester y una hueste
de valientes soldados, nobles caballeros.

ARZOBISPO A fe mía que sí. Y sin embargo
el rey ha puesto en pie la flor y nata
del país entero: el príncipe de Gales,
lord John Lancaster, el noble Westmorland,
el terrible sir Blunt y muchos otros
guerreros y hombres estimables,
con experiencia y práctica de mando.

SIR MICHAEL No dudéis, señor, que a todos se hará frente.

ARZOBISPO Así lo espero; no obstante es preciso
estar alerta, mi buen Michael, resguardarse;
pues si Percy no triunfa, el rey podría,
concedor de nuestra alianza, regalarnos
una visita por sorpresa. Es prudencia,
mera prudencia, hacernos fuertes contra él.
Por eso, daos prisa. Todavía
he de escribir a otros amigos. Vos
marchaos ya, buen Michael, id con Dios.

Salen por distintas puertas.

QUINTO ACTO

ESCENA I

El campamento del rey, cerca de Shrewsbury.

Entran con sus armaduras el REY HENRY, el PRÍNCIPE HENRY, lord John de LANCASTER, sir Walter BLUNT y FALSTAFF.

REY HENRY ¡Qué sangriento luce el sol mientras se eleva
sobre el zarzal que cubre la colina!
¡Su fiebre empalidece la jornada!

PRÍNCIPE HENRY Y el viento austral proclama sus designios:
soplando un cuerno hueco entre las hojas
predice ráfagas violentas, tempestuosas.

REY HENRY Si suena así es para los vencidos:
pues para el vencedor nada es funesto.

*Suena el clarín. Dentro se conferencia.
Entran WORCESTER y Vernon.*

¿Vos aquí, milord Worcester? No es esta
la mejor situación para encontrarnos:
habéis hecho traición a mi confianza
y nos habéis forzado a quitarnos
los cómodos ropajes de la paz
y a enfundar nuestros músculos añosos
en inflexible acero. No está bien, milord,
no está nada bien. ¿Qué tenéis para decir?
¿Estáis dispuesto a deshacer la áspera
maraña de la guerra aborrecible,
y volver a esa órbita obediente
donde era bello y natural el brillo
que de vos irradiaba? ¿Dejaréis
ya de ser un celeste cuerpo errante,
un prodigio del miedo y un portento
de daño desatado que amenaza
el porvenir?

WORCESTER Escuchadme, señor:
en cuanto a mí, quisiera solamente
que las horas finales de mi vida

transcurrieran en calma, y creedme:
no fui yo quien buscó esta hora de discordia.

REY HENRY ¿No la buscasteis vos? ¿Cómo llegó entonces?

FALSTAFF La rebelión se le cruzó en el camino.

PRÍNCIPE HENRY ¡Calla, urraca, calla!

WORCESTER (*Al REY HENRY.*) Plugo a su majestad volver la espalda a mí y a mi familia; sin embargo tengo que recordaros que nosotros fuimos, milord, los más amados, los primeros entre vuestros amigos. Fue por vos que en tiempos de Richard yo rompí mi bastón de comando y cabalgué día y noche para ir a vuestro encuentro y besar vuestro mano cuando aún erais, por posición y por riquezas, muy inferior a mí; y fui yo mismo con mi hermano y su hijo, quien os trajo de vuelta a casa, enfrentando audazmente los peligros de la hora. Nos jurasteis (y fue en Doncaster, en la propia costa) que nada haríais contra el rey ni nada reclamaríais que no fueran vuestros derechos adquiridos por herencia, de Juan de Gante, duque de Lancaster. Así os prometimos ayudaros: pero después Fortuna derramó sobre vuestra cabeza tal diluvio de gloria que, con nuestra ayuda, con la ausencia del rey, con los abusos de una era insensata, las supuestas injusticias de que habríais sido objeto y los vientos de proa que atascaron al rey en sus aciagas incursiones por Irlanda, durante tanto tiempo que aquí todos le daban por muerto; y en ese enjambre de fantásticas ventajas hallasteis la ocasión de que muy pronto se os rogara empuñar las riendas del estado; pasaron al olvido

los juramentos hechos en Doncaster
y habiendo sido alimentado por nosotros
nos tratasteis de la forma en que trata
la ruda cría del cuclillo a los gorriones:
nuestro nido agobiasteis; por nuestro alimento
cobrasteis tal tamaño que ni nuestro amor
osó ya exponerse a vuestra vista
por miedo a ser tragado; con ala veloz
fuimos forzados a volar bien lejos
y alzar la fuerza que hoy os oponemos,
fuerza que vos contra vos mismo alzasteis
con amenazas, con maltratos, con
la violación de todo lo pactado
en los inicios de vuestra aventura.

REY HENRY Estas cosas, de hecho, las habéis escrito,
proclamado en mercados y en iglesias,
para pintar el rostro de la rebelión
con hermosos colores que halagan los ojos
de tráfugas y pobres descontentos,
papanatas que se frotan las manos
ante cada noticia de jaleo.
Jamás revuelta alguna careció
de pintura para pintar su causa
ni de pordioseros taciturnos, hambrientos
de tiempos de saqueo y confusión.

PRÍNCIPE HENRY Hay en ambos ejércitos más de uno
que ha de pagar carísimo el encuentro
si toma parte en él. Decidle
a vuestro sobrino que el príncipe de Gales
se une al mundo entero en la alabanza
de Henry Percy. Según mi entender
(si se deja de lado esta revuelta)
no existe hoy en día caballero
más audaz o más valiente, ni soldado
más capaz de agraciar al mundo actual
con nobles hechos. Por mi parte,
para mi oprobio he de confesar
que como caballero he sido un fiasco
y como tal he oído que él me tiene.
Así las cosas, ante mi padre el rey, digo:

estoy dispuesto, concediendo la ventaja que implica su gran fama de soldado, a que ahorrando sangre de ambos bandos nos enfrentemos en combate singular.

REY HENRY Y, príncipe de Gales, aceptaríamos que tomarais tal riesgo, si no fuera que un número infinito de razones a ello se oponen. No, buen Worcester, no, amo a mi pueblo, amo incluso a aquellos que se han descarriado tomando partido por vuestro sobrino. Y si aceptáis la oferta de nuestra gracia, volveréis a ser, él, y ellos, y vos, sí, todos, mis amigos de nuevo, y yo el vuestro. Decidle esto a Percy y contestadnos qué es lo que quiere hacer. Mas si no cede tengo en reserva furia y escarmiento y ellos harán su cruel trabajo. Ahora, idos. Que no se nos moleste más con réplicas. La oferta es razonable: razonadla.

*Salen WORCESTER
y Vernon.*

PRÍNCIPE HENRY No aceptarán, me juego la cabeza. Douglas y Hotspur juntos se tendrán confianza de ganarle al mundo entero.

REY HENRY Cada jefe a su puesto: si rechazan nuestra oferta, caeremos sobre ellos. ¡Teniendo la razón, ojalá no nos falte la protección de Dios!

*Salen.
Quedan el PRÍNCIPE HENRY y FALSTAFF.*

FALSTAFF Hal, si me ves caído en el campo de batalla, cúbreme con tu cuerpo, ¿eh? Es deber de amistad.

PRÍNCIPE HENRY Solo un coloso podría cumplir con un deber de amistad semejante. Di tus oraciones, y buenas noches.

FALSTAFF Quisiera, Hal, que fuera hora de acostarse y que todo estuviera bien.

PRÍNCIPE HENRY De todos modos, debes una muerte a Dios.

Sale.

FALSTAFF Es una deuda que aún no está vencida, y no me siento inclinado a cancelarla por anticipado. ¿A qué apresurarme a cumplir con quien aún no me reclama? Pero no es ese el asunto: el caso es que el honor me empuja a la batalla. Bien, ¿pero qué pasa si el empujón es tan fuerte que me tira al suelo? ¿Qué? ¿Puede el honor soldar una pierna rota? No. ¿Un brazo? No. ¿Mitigar el dolor de una herida? No. ¿El honor carece, entonces, de habilidades quirúrgicas? Así parece. ¿Qué es el honor? Una palabra. ¿Qué hay en la palabra? ¿Qué es ese «honor»? Viento. ¡Bonito resultado! ¿Quién tiene honor? El que se murió el miércoles pasado. ¿Lo siente? No. ¿Lo oye? No. ¿Es el honor insensible, entonces? Para los muertos, sí. ¿Y en los vivos, no vive? No. ¿Por qué? La calumnia no lo deja vivir. Dado lo cual, yo no quiero saber nada con él. El honor es un blasón barato en una tumba barata. Y así acaba mi catecismo.

Sale.

ESCENA II

El campamento rebelde.

Entran WORCESTER y sir Richard VERNON.

WORCESTER Sir Richard, mi sobrino no debe enterarse de la clemencia ofrecida por el rey.

VERNON Mejor que se enterara.

WORCESTER Estaríamos perdidos. Es imposible, el rey no cumplirá su promesa de amarnos, seguirá sospechando de nosotros y encontrará excusa para castigarnos en otras faltas que podamos cometer. Su sospecha no dejará de contemplarnos con mil ojos, pues la traición, como la zorra que ha sido encerrada y bien tratada, nunca pierde su instinto, que es salvaje. Tengamos cara seria o de contento nuestra apariencia será mal interpretada, y seremos cebados como bueyes, a los que se trata mejor cuanto más cerca de la muerte. Se olvidará la transgresión de mi sobrino: lo disculparán

por ser joven y de sangre ardiente;
el apodo que adoptó le confiere
privilegio: Hotspur, Espuela Ardiente,
gobernado por el vaivén de sus impulsos.
Sus culpas caerán sobre mi testa
y sobre la cabeza de su padre.
Nosotros lo instigamos, de nosotros
surgió su corrupción; somos origen
del mal, y habremos de pagar por él.
Entonces, primo mío, no permitas
que Harry se entere de la oferta
que nos ha hecho el rey.

*Entran HOTSPUR y DOUGLAS
con soldados.*

VERNON Dile lo que quieras: yo lo confirmaré.
Aquí está.

HOTSPUR Mi tío ha regresado.

Soltad a lord Westmorland. ¿Qué noticias, tío?

WORCESTER El rey se ha decidido a dar batalla.

DOUGLAS Retémoslo por medio de Westmorland.

HOTSPUR Lord Douglas, id vos mismo y avisadle.

DOUGLAS Por cierto que lo haré, con todo gusto.

Sale DOUGLAS.

WORCESTER No hay piedad, parece, en este rey.

HOTSPUR ¿Se la rogasteis? ¡Dios no lo permita!

WORCESTER Enumeré con calma nuestras quejas,
le dije que quebró su juramento,
y él lo enmienda perjurando
que nada nos juró. Nos trata de rebeldes,
de traidores; ha dicho va a purgarnos
con las armas de tal odioso nombre.

Entra DOUGLAS.

DOUGLAS ¡Ya, caballeros, a las armas! He lanzado
un bravo reto a la cara del rey Henry.
Westmorland, el rehén, se lo ha llevado,

así que la batalla es inminente.

WORCESTER (A HOTSPUR.) El príncipe de Gales te ha desafiado
ante el rey a un combate singular.

HOTSPUR ¡Oh, si la disputa quedara entre nosotros
y no muriera nadie salvo yo
y Harry Monmouth! Mas decidme ahora,
¿lanzó su desafío con desprecio?

VERNON Por mi alma, no. Nunca oí en mi vida
un desafío más humilde, como
el de un hermano instando a otro
a un fraterno ejercicio con las armas.
Reconoció en vos virtudes bien de hombre,
os alabó de un modo principesco,
y enumerando cada logro cual cronista,
os puso por encima de su elogio,
diciendo que su prez quedaba corta.
Y tal como el príncipe que es,
habló con gran bochorno de sí mismo,
censurando con tal gracia sus extravíos
juveniles, que pareció que dominaba
al mismo tiempo el arte de aprender
y de enseñar. Allí hizo una pausa.
Mas dejadme que diga al mundo entero,
que si supera los peligros de este día,
Inglaterra jamás habrá tenido
tan dulce esperanza, aunque hasta ahora
se lo haya visto como oveja descarriada.

HOTSPUR Primo, creo que te has enamorado
de sus veleidades. Nunca he sabido
de un príncipe tan necio y libertino.
Sea como fuere, antes de esta noche,
lo abrazaré con brazos de soldado,
con tal respeto que lo hará temblar.
¡A las armas! Y amigos, compañeros
y soldados, sabéis lo que hay que hacer
mejor de lo que yo pueda deciros:
el don de la elocuencia no me asiste
para encender vuestra sangre con palabras.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Milord, traigo unas cartas para vos.

HOTSPUR Ahora es imposible que las lea.

¡Oh, amigos, qué breve es esta vida!
Si se malgastara en cosas nimias
sería demasiado larga, aunque
montada en la aguja del reloj,
al acabar la hora, se acabara.
Si vivimos, será por pisar reyes;
si morimos, será gloriosa muerte:
¡con príncipes habremos de morir!
En cuanto a la conciencia, siempre es justo
luchar si es a favor de la justicia.

Entra otro MENSAJERO.

MENSAJERO SEGUNDO Estad presto, milord. El rey se acerca.

Sale.

HOTSPUR Le agradezco que corte mi discurso,
ya que no soy muy hábil con la lengua.
Haced cuanto podáis.

Desenvaina la espada.

Y he aquí
mi espada, cuya hoja ha de templarse
con la sangre mejor con que se tope
en medio del peligro de este día.
¡Ahora, Percy, Esperance! ¡Y vamos!
¡Que suenen los altivos instrumentos
de la guerra, y a ese son confundámonos
en un abrazo; cielo contra tierra apuesto
que algunos no tendremos ya ocasión
de abrazarnos por segunda vez!

*Se abrazan. Suenan clarines.
Salen.*

ESCENA III^[22]

El campo de batalla de Shrewsbury. Entra el REY HENRY con sus fuerzas. Las trompas llaman al combate. Después entran DOUGLAS y sir Walter BLUNT vestido como el rey.

BLUNT ¿Cómo te llamas, tú, que en la batalla
así me acosas? ¿Qué honor buscas ganar
con mi cabeza?

DOUGLAS Douglas es mi nombre
y si tanto te busco en el combate
es porque algunos dicen que eres rey.

BLUNT Y dicen bien.

DOUGLAS Hoy lord Stafford pagó caro, rey Harry,
por parecerse a ti: mi espada lo ultimó.
Y lo mismo te ocurrirá si no te rindes.

BLUNT ¡No seas tan soberbio, no nací,
escocés, para rendirme: encontrarás
un rey para vengar la muerte de lord Stafford!

*Luchan. DOUGLAS mata a BLUNT.
Luego entra HOTSPUR.*

HOTSPUR ¡Si hubieras luchado en Holmedon de este modo,
Douglas, jamás te hubiera derrotado!

DOUGLAS Todo acabó. Triunfamos. Aquí yace el rey.

HOTSPUR ¿Dónde?

DOUGLAS Aquí.

HOTSPUR ¿Este, Douglas? Oh, no, lo reconozco,
es Blunt; era un valiente caballero,
vestía ropas como las del rey.

DOUGLAS (*Al cadáver.*) ¡Que tu alma de tonto te acompañe!
¡Pagaste caro el título prestado!
¿Por qué dijiste ser el rey?

HOTSPUR Muchos van ataviados como el rey.

DOUGLAS ¡Lo juro por mi espada: mataré
entero el guardarropas, prenda a prenda,
hasta encontrar al rey!

HOTSPUR ¡Adelante!
¡Nuestras fuerzas prometen hoy un triunfo!

*Salen, dejando el cadáver de Blunt.
Suenan las trompas. Entra FALSTAFF, solo.*

FALSTAFF Aunque pude escapar de Londres sin que nadie me ajustara las cuentas en la taberna, me temo que me ajusten las cuentas aquí, y aquí todo el mundo paga con su cabeza. ¡Caramba! ¿Y tú, quién eres? Sir Walter Blunt. Te ganaste tu honor. ¡Ya no hay vanidad para ti! Estoy tan caliente como plomo fundido, e igual de pesado. ¡Que Dios me libre del plomo! No necesito más peso que el de mis propias tripas. He conducido a mis pobres pelagatos al sitio donde los mandarán al otro mundo. No quedan tres con vida de los ciento cincuenta de mi grupo, y esos tres solo sirven para mendigar el resto de sus vidas en las murallas de la ciudad. ¿Pero quién viene aquí?

Entra el PRÍNCIPE HENRY.

PRÍNCIPE HENRY ¿Aquí, pedazo de haragán? Dame tu espada.

Más de un caballero ha sucumbido
al jactancioso acero del rival,
y las muertes no han sido aún vengadas.
Préstame esa espada, te lo ruego.

FALSTAFF ¡Caray, Hal, y yo te ruego que me des un respiro! Ni Gregorio el turco hizo proezas de armas como las que hice yo en este día. He liquidado a Percy; lo dejé bien listo.

PRÍNCIPE HENRY Listo para matarte, no lo dudo. Te ruego que me dejes esa espada.

FALSTAFF No, Hal, por Dios que si Percy aún vive, no tendrás mi espada; pero puedes llevarte mi pistola.

PRÍNCIPE HENRY Dámela. ¡Cómo! ¿Enfundada en su saco, todavía?

FALSTAFF Sí, Hal. Aún está caliente. Y así en su saco, como está, podría saquear una ciudad entera.

*El PRÍNCIPE HENRY la saca de la funda,
y ve que es una botella de jerez.*

PRÍNCIPE HENRY ¿Te parece momento para bromas?

Le arroja la botella y sale.

FALSTAFF Si Percy vive lo despreciaré. Eso, si se me cruza en el camino; porque si no fuera así, estoy tan poco dispuesto a salir a buscarlo como a rogarle que haga de mí un pedazo de carne al asador. No me gusta nada ese rictus honorable que vi en el rostro de sir Walter. Que me den la vida, si la puedo conservar; si no, el honor llegará sin buscarlo, y fin.

Sale.

ESCENA IV

El campo de batalla, en Shrewsbury. Suenan las trompas. Movimiento de tropas. Entran el REY HENRY, el PRÍNCIPE HENRY, lord John LANCASTER y el conde de WESTMORLAND.

REY HENRY Te lo ruego, Harry, retírate; sangras demasiado.
Lord John Lancaster, id con él.

LANCASTER No, milord, no hasta que mi sangre corra como la suya.

PRÍNCIPE HENRY (*Al REY.*) Ruego a su majestad que avance, no sea que al quedarse atrás alarme a los amigos.

REY HENRY Eso haré.
Lord Westmorland, llevadlo hasta su tienda.

WESTMORLAND Venid, milord, os llevaré a la tienda.

PRÍNCIPE HENRY ¿Llevarme? No preciso vuestra ayuda.
¡Dios no permita que un leve rasguño aleje al príncipe de Gales del campo de batalla donde yace bañada en sangre y pisoteada la nobleza y los rebeldes triunfan por masacre!

LANCASTER No perdamos tiempo. Venid, primo Westmorland.
Nuestro deber nos marca el camino.
¡Por el amor de Dios, venid!

Salen LANCASTER y WESTMORLAND.

PRÍNCIPE HENRY ¡Por Dios, Lancaster, me engañé contigo!
¡No pensé que albergaras tal valor!
Hasta hoy, John, te amé como mi hermano:
ahora te respeto como al alma mía.

REY HENRY Mantuvo a raya a Percy con la espada con mayor entereza y con más ganas que lo esperable en soldado tan bisoño.

PRÍNCIPE HENRY ¡Oh, este niño nos infunde brío a todos!

*Sale.
Entra DOUGLAS.*

DOUGLAS ¡Otro rey más! Crecen como cabezas de hidra.

Yo soy Douglas, fatal a todo aquel
que luzca esas insignias. ¿Y quién eres tú
que imitas la figura de un monarca?

REY HENRY Es el propio rey, Douglas, que lamenta
que encontraras a tantas de sus sombras
y no al rey verdadero.
Tengo dos hijos que os están buscando
a ti y a Percy en el campo de batalla;
pero siendo que a mí me caes en suerte
seré yo quien te pruebe. ¡Ponte en guardia!

DOUGLAS Temo que seas un farsante más.
Empero tienes, a fe mía, la apostura
de un rey. Lo único seguro
es que te tengo, y seas quien seas,
vas a morder el polvo.

*Combaten. Cuando el REY HENRY pelagra,
entra el PRÍNCIPE HENRY.*

PRÍNCIPE HENRY ¡Cuida bien tu cabeza, perro escocés,
o ya no la has de usar sobre los hombros!
En mi espada viven los espíritus
de Shirley, Blunt y Stafford. Es el príncipe
de Gales quien te desafía, el que nunca
prometió, pero ahora va a cumplir.

*Combaten.
DOUGLAS huye.*

Ánimo, milord. ¿Estáis bien?
Sir Nicholas Gawsey ha enviado refuerzos
y también Clifton. Voy a unirme con él.

REY HENRY Tómame un respiro. Al rescatarme
has recobrado tu nombre perdido
y mostrado que mi vida algo te importa.

PRÍNCIPE HENRY ¡Oh, Dios!, me han injuriado tanto
que han dicho que deseaba vuestra muerte.
De ser así, habría dejado caer
sobre vos la mano desdeñosa de Douglas:
hubiera sido más veloz, por cierto,
que todos los venenos de la tierra
y ahorrado a vuestro hijo el menester

de traicionaros.

REY HENRY Ve con Clifton; yo iré con sir Nicholas Gawsey.

*Sale el REY HENRY.
Entra HOTSPUR.*

HOTSPUR O me equivoco, o eres Harry Monmouth.

PRÍNCIPE HENRY Hablas como si yo quisiera
negar mi verdadero nombre.

HOTSPUR El mío es Harry Percy.

PRÍNCIPE HENRY Ante mí, entonces,
un rebelde con nombre de valiente.
Yo soy el príncipe de Gales: y tú, Percy,
ya no has de competir conmigo en gloria.
No pueden dos planetas
en una misma órbita moverse
ni soporta una Inglaterra sola
el doble reinado de Harry Percy
y el príncipe de Gales.

HOTSPUR Ni falta que hace, Harry, pues ya es hora
de que uno de los dos termine su carrera.
¡Lástima que tu nombre en la guerra
no sea tan grande como el mío!

PRÍNCIPE HENRY Será mayor cuando este encuentro acabe
y con esos honores que florecen
en tu cimera, haga una guirnalda
para adornar mi frente.

HOTSPUR ¡Tus alardes, no los aguanto más!

*Luchan.
Entra FALSTAFF.*

FALSTAFF ¡Bien hecho, Hal! ¡A él, Hal! Ah, no, a fe mía, esto no es juego de niños.

*Entra DOUGLAS. Se bate con FALSTAFF, que cae
haciéndose el muerto. Sale DOUGLAS. El PRÍNCIPE
hiere de muerte a PERCY.*

HOTSPUR ¡Harry, me has robado la juventud!
Siento menos perder la frágil vida
que los títulos de honor que me arrebatas.
Eso hiere mis pensamientos más

que tu espada a mi carne. Pero
los pensamientos, esclavos de la vida,
y la vida, bufón del tiempo,
y el propio tiempo, que a todos controla,
deben tener un fin. Ah, yo podría
profetizar lo que ha de ser, mas la terrosa
y fría mano de la muerte
me ata la lengua. No, Percy, eres polvo
y alimento de... de...

Muere.

PRÍNCIPE HENRY De los gusanos, valeroso Percy.

¡Adiós, gran corazón! ¡Oh, tela mal tramada,
cómo te has encogido!

Cuando ese cuerpo contenía un alma
un reino entero le quedaba chico;
ahora en cambio, apenas dos pasos
de la tierra más vil, le alcanzan.

Esta tierra que sostiene tu cuerpo muerto
no sostiene hombre vivo más audaz que tú.

Si aún fueras sensible a mis elogios
no te los prodigaría tan ardientes.

Mas déjame que cubra con mi casco
tu rostro mutilado;

Cubre el rostro de HOTSPUR.

y que, de parte tuya, me agradezca
por estos bellos ritos de ternura.

¡Adiós, y al cielo llévate mis loas!

Tu ignominia dormirá contigo en la tumba;
no es preciso que un epitafio la recuerde.

Atisba a FALSTAFF caído en tierra.

¿Qué, viejo amigo, toda esa carne no pudo
guardar un poco de vida? ¡Adiós, pobre Jack!

Mejor hubiera sido prescindir

de otro mejor que tú. Si yo estuviera
enamorado de la tontería

el pesar de tu ausencia aplastaría
completamente mi ánimo. Este día

la muerte sangrienta cobró

presas mucho mayores pero no
más gordas. Te prometo, mi amigo, que yo
cuando pueda, te haré embalsamar.
Mientras tanto, quédate en tu lugar
bañado en la sangre de Percy
un valiente sin tacha, un noble sin par.

Sale.

FALSTAFF *se levanta.*

FALSTAFF ¿Embalsamarme? Si hoy te dejo embalsamarme, mañana pedirás permiso para hacerme en escabeche y pasado para comerme. Me cago en Dios, tenía que simular que estaba muerto o ese demonio calentón del escocés hubiera dado cuenta de mí, con vuelto y todo. ¿Simular? Miento, no he simulado nada. Morir es simular, porque el muerto es un simulacro de hombre que carece de una vida de hombre; pero simular que uno se muere, cuando aún esta vivo, no es ninguna simulación, sino la imagen cierta y perfecta de la vida. El componente más importante del valor es la prudencia, y ejerciendo dicho importante componente he salvado mi vida. Por la san Puta, muerto y todo, ese cohete de Percy me da miedo. ¿Y si él también está simulando y se levanta? A fe mía, me da miedo que resulte ser el mejor simulador de todos. Mejor lo pongo a buen recaudo; sí, y juraré que lo maté yo. ¿Por qué no podría levantarse como me levanté yo? Solo un buen par de ojos podrían refutarme, y nadie me ve. Por lo tanto, muy señor mío (*clavándole la espada*) acá va un tajo más para su muslo y ahora, upa con papá.

Levanta a HOTSPUR y se lo carga a la espalda.

Entran los príncipes HENRY y John LANCASTER.

PRÍNCIPE HENRY Vamos, hermano John; tu espada virgen
la has cebado hoy como un valiente.

LANCASTER ¡Epa, mira quién está aquí!

¿No me dijiste que este gordo estaba muerto?

PRÍNCIPE HENRY Te lo dije, y bien muerto que lo vi,
bañado en sangre y sin aliento.

(A FALSTAFF.)

¿Estás vivo?

¿O eres una fantasía que ante
nuestros ojos juega y nos confunde?

Habla, te lo ruego. No creeremos
en lo que vemos si además no oímos.

No eres lo que pareces ser.

FALSTAFF Seguro que no: de hecho, no soy un doble, ni tengo dos cabezas; pero si no soy Jack Falstaff, entonces no soy nadie. Aquí tenéis a Percy.

*Deja caer
el cadáver de Hotspur.*

Si vuestro padre quiere concederme algún título, que lo haga; y si no, que al próximo Percy lo mate él mismo. Creedme que me daría lo mismo ser conde o duque.

PRÍNCIPE HENRY ¿Qué te pasa? A Percy lo maté yo, y también a ti te he visto muerto.

FALSTAFF ¿Ah, sí? ¡Señor, señor, qué proclive es este mundo a la mentira! Te aseguro que yo estaba en tierra y sin aliento y lo mismo le pasaba a él; pero ambos nos levantamos al mismo tiempo y luchamos una hora larga, según el reloj de Shrewsbury. Si se me cree, bien; si no, que el pecado caiga sobre las cabezas de quienes deberían premiar el valor. Sostendré a muerte que yo le hice esta herida en el muslo; ¡si el tipo estuviera vivo y lo negara, por la san Puta que le haría tragar un palmo de mi espada!

LANCASTER Es la historia más rara que haya oído.

PRÍNCIPE HENRY Es el tipo más raro que hayas visto.

(A FALSTAFF.)

Vamos ya, carga tu equipaje dignamente.
Por mi parte, si esta mentira te ennoblece
la adornaré con términos felices.

Toque de retreta.

Tocan a retirada; el triunfo es nuestro.
Vamos, hermano, busquemos una altura
desde donde mirar qué amigos viven,
cuáles han muerto.

*Salen el PRÍNCIPE HENRY
y LANCASTER.*

FALSTAFF Iré tras ellos, cargando mi presa y dispuesto a recibir mi recompensa. Que Dios recompense a quien me recompense. Si me conceden un título de Grande del Reino, me volveré más chico, pues me purgaré, dejaré el jerez y viviré en la pureza, como conviene a un noble.

*Sale con el cadáver de Hotspur
a cuestras.*

ESCENA V

*Otra parte del campo de batalla, donde el rey tiene su puesto de mando. Suenan las trompetas.
Entran el REY HENRY, el PRÍNCIPE HENRY, LANCASTER, el conde
de Westmorland, con WORCESTER y VERNON prisioneros.*

REY HENRY Así la rebelión encuentra su castigo.

Worcester, mala entraña, ¿no envié
perdón y gracia, términos de afecto
a todos? Y dijiste lo contrario,
abusando de tanta candidez
de tu sobrino. Tres nobles han muerto
de los nuestros, un conde y muchos otros
que estarían con vida ahora mismo
si como buen cristiano hubieras llevado
fielmente mi mensaje a tus ejércitos.

WORCESTER Por mi seguridad hice lo que hice;
y acepto mi desdicha con paciencia
porque es inevitable y cae sobre mí.

REY HENRY Dad muerte a Worcester, junto a Vernon.
Respecto a los demás, esperaremos.

*Salen WORCESTER y VERNON,
custodiados.*

¿Qué sucede en el campo de batalla?

PRÍNCIPE HENRY El noble escocés Douglas, cuando vio
que la suerte se volvía en su contra
que Percy estaba muerto y que sus hombres
huían aterrados, escapó con ellos;
cayó de una ladera y, lastimado,
los que lo perseguían lo atraparon.
Está en mi tienda ahora; si me dais permiso
yo dispondré de él.

REY HENRY Lo tienes.

PRÍNCIPE HENRY Entonces, John, hermano mío,
te encomiendo el honor de esta misión:
concédele a lord Douglas libertad
sin rescate ni condición alguna.
El valor que ha mostrado ante nosotros
nos enseña a apreciar tanta proeza

aun en él, que fue nuestro adversario.

LANCASTER Os doy gracias por esta cortesía
y cumpliré el encargo de inmediato.

REY HENRY Solo nos resta ahora dividir
de este modo nuestras fuerzas: tú, John,
irás a York acompañado de Westmorland,
y ambos haréis frente a lord Northumberland,
quien junto a Scrope, ese prelado,
se ha alzado en armas, nos han dicho.
Nosotros, Harry, vamos hacia Gales,
a combatir a Glendower y al conde de March.
Después de otra jornada como esta,
la rebelión no reinará ya en esta tierra;
y tras una victoria tan brillante,
no debemos cejar hasta tener
todo aquello que siempre ha sido nuestro.

Salen.



ENRIQUE IV

PARTE 2

versión de

Mirta Rosenberg y Daniel Samoilovich

Escrita probablemente en 1598, fue inscrita en el registro de publicaciones en agosto de 1600. Hay un Cuarto de 1600, publicado en dos tirajes que presentan importantes diferencias. El texto del Primer Folio de 1623 contiene ocho pasajes relevantes que no están en el Cuarto.



DRAMATIS PERSONAE

RUMOR, el presentador

REY HENRY IV, también llamado rey Harry y Bolingbroke

Hijos del rey Henry IV:

PRÍNCIPE HENRY, príncipe de Gales, también llamado Hal y Harry
Monmouth, luego REY HENRY V

PRÍNCIPE JOHN Lancaster

Humphrey, duque de GLOUCESTER

Thomas, duque de CLARENCE

Leales al rey Henry IV:

Neville, conde de WARWICK

Conde de SURREY

Conde de WESTMORLAND

HARCOURT

Sir John Blunt

Rebeldes contra el rey Henry IV:

ARZOBISPO de York, Richard le Scrope

LORD BARDOLPH

Thomas, lord MOWBRAY, el conde mariscal

Lord HASTINGS

Sir John COLEVILLE

Percy, conde de NORTHUMBERLAND

LADY NORTHUMBERLAND, su esposa

Kate, LADY PERCY, viuda de Hotspur

TRAVERS, criado de Northumberland

MORTON, mensajero arribado de Shrewsbury

PORTERO de Northumberland

GRAN JUEZ

ASISTENTE del gran juez

GOWER, un mensajero

«Humoristas no oficiales»:

Sir John FALSTAFF

PAJE, criado de Falstaff

BARDOLPH

PISTOLA

POINS

PETO

Mistress Quickly, doña SIEMPRELISTA, posadera

DOLLY RAJASÁBANAS

Jueces de paz:

Robert HUECO

SILENCIO

DAVY, criado de Hueco

Reclutas del rey Henry IV:

Ralph MOHOSO

Simon SOMBRA

Thomas VERRUGA

Francis DÉBIL

Peter NOVILLO del Prado

Oficiales de justicia:

COLMILLO

CEPO

Francis

WILLIAM

Otros MOZOS DE TABERNA

Músicos

VIGILANTE PRIMERO

LACAYO PRIMERO

LACAYO SEGUNDO

PAJE del rey

MENSAJERO

Soldados, criados, vigilantes

EPÍLOGO

INTRODUCCIÓN

Entra RUMOR, cubierto de lenguas pintadas.

RUMOR ¡Paren las orejas! Pues, ¿quién podría
cerrarlas a la voz tonante de Rumor?
Del Oriente al Oeste donde el sol se pone,
cabalgo en el viento, caballo siempre fresco,
y cuento y recuento los actos iniciados
sobre la esfera de esta tierra. En cada una
de mis lenguas va montada una infamia;
en todos los idiomas la repito
y lleno los oídos de los hombres
de falsas novedades. Hablo de concordia
mientras el odio, bajo el disfraz
de la armonía, hiere al mundo.
¿Y quién sino Rumor, quién sino yo,
podría provocar tremendas levas
y afanosos preparativos de defensa
en un año al cual se cree grávido
de una guerra cruel, cuando en verdad
está preñado de otras penas?
Rumor es flauta donde soplan
conjeturas, envidias, suspicacias;
sacar de ella una nota es tan sencillo
que incluso puede hacerlo el torpe monstruo
de innúmeras cabezas, la discorde
y caprichosa multitud. Mas no hace falta
analizar mi anatomía ante un público
que me conoce bien. Entonces,
¿a qué vino Rumor? Difundo la primicia
del triunfo del rey Harry, que apagó
la llama de la osada rebelión,
sofocándola en sangre de rebeldes: Hotspur
y sus tropas en Shrewsbury sufrieron
la derrota. ¿Pero acaso diré
de entrada la verdad? Mi oficio es, antes bien,
correr la voz de que el de Monmouth ha caído
bajo la ira noble de Hotspur y su espada,
y de que el rey, por el furor de Douglas,
ha inclinado su testa coronada

ante la muerte. Y eso he difundido
por las rústicas aldeas entre Shrewsbury
y las vetustas piedras carcomidas
de esta fortaleza, donde el padre de Hotspur,
Northumberland, ya viejo, finge enfermedad.
No cesan de llegar correos fatigados,
y ni uno de ellos trae una noticia
que yo mismo no haya transmitido.
Brindan las lenguas de Rumor falso consuelo,
más dañoso que males verdaderos.

Sale.

PRIMER ACTO

ESCENA I

Por una puerta entra LORD BARDOLPH.

LORD BARDOLPH

¿Quién cuida aquí la puerta? ¿Dónde está el conde?

PORTERO (*Desde dentro.*) ¿A quién debo anunciar?

LORD BARDOLPH Di al conde

que aquí está lord Bardolph esperándolo.

PORTERO (*Desde dentro.*) Su señoría está paseando en el jardín.

Si os place, milord, es suficiente
con llamar a la puerta, que él mismo
os ha de responder.

*Entra el conde de NORTHUMBERLAND, caracterizado
como enfermo, con una muleta y gorro de dormir.*

LORD BARDOLPH Aquí llega el conde.

NORTHUMBERLAND ¿Qué nuevas hay, lord Bardolph? Cada instante
podría ser el padre de un desastre.
Son tiempos de barbarie: la discordia,
como un caballo sobrealimentado,
se desbocó y arrasa cuanto encuentra
en su carrera loca.

LORD BARDOLPH Noble conde,
os traigo ciertas nuevas desde Shrewsbury.

NORTHUMBERLAND ¡Dios quiera que sean buenas!

LORD BARDOLPH Son tan buenas
cuanto pudiera el corazón ansiarlas.
Casi herido de muerte yace el rey,
y para gloria de vuestro hijo y señor mío
ha sido aniquilado Harry Monmouth;
ambos Blunt fueron muertos por Douglas; John Lancaster
y Westmorland y Stafford escaparon
y ese verraco que Harry cebaba,
ese armatoste, ese cascajo de sir John,

de vuestro hijo es prisionero. ¡Qué jornada,
cuánta rabia y rugido y qué radiosa
victoria la cerró! Los siglos
no han visto nada semejante desde César.

NORTHUMBERLAND Todo esto,
¿de dónde sale? ¿Visteis la batalla?
¿Venís de Shrewsbury?

LORD BARDOLPH Hablé con uno
que de allí, milord, venía,
un caballero de buen nombre y buena cuna,
que con gusto contome estas verdades.

Entra TRAVERS.

NORTHUMBERLAND Aquí llega mi fiel Travers, a quien
el martes envié por novedades.

LORD BARDOLPH Milord, yo lo pasé en el camino;
en su poder no obran más noticias
que aquellas que le diera yo.

NORTHUMBERLAND Muy bien, Travers, ¿qué buenas nuevas traes?

TRAVERS Milord, lord Bardolph me envió de vuelta
con alegres noticias, mas, teniendo
mejor montura que la mía, me sacó ventaja.
Poco después, a punta de espuela
llegó un hidalgo medio muerto de cansancio
que se paró para dar a su caballo
ensangrentado un momento de respiro.
Pidió que le indicaran el camino
de Chester, y yo a él nuevas de Shrewsbury.
Dijo que la suerte de la rebelión
era adversa y fría estaba la espuela
del joven Percy, tras lo cual dio rienda
a su caballo apenas repuesto
e hincando hasta la rueda los armados
talones en los flancos palpitantes,
se lanzó al camino; parecía
en su carrera devorarlo y ya
no hubo ocasión de más preguntas.

NORTHUMBERLAND ¿Qué?

¡De nuevo! ¿Dijo que la espuela
de Harry Percy estaba fría?
¿En vez de Hotspur, Coldspur? ¿Que fallaba
la suerte a nuestro bando?

LORD BARDOLPH ¿Sabéis qué, milord, os digo?

Si mi joven señor no ha triunfado
juro cambiar por un botón mi baronía;
y de esto, que ya no se hable más.

NORTHUMBERLAND ¿Por qué pues dio noticias semejantes
de pérdida y desastre el caballero
que adelantó a Travers?

LORD BARDOLPH ¿Ese?

Ese era, a fe mía, un infeliz
que robó el caballo que montaba
y hablaba por hablar. Ved, aquí llegan más noticias.

Entra MORTON.

NORTHUMBERLAND Cielos, la frente de este hombre se parece
al frontispicio de un libro que preanuncia
su trágica materia; así luce
la playa en que la ola poderosa
deja marcado el territorio que usurpara.
¿Di, Morton, de Shrewsbury vienes?

MORTON Noble amo,

huyo de Shrewsbury, donde la muerte odiosa
se ha puesto su más horrible máscara
para espantar a nuestro bando.

NORTHUMBERLAND ¿Qué fue de mi hijo, qué de mi hermano?

Tiemblas, y la blancura de tu rostro
habla más claramente que tu lengua.
Un hombre así, así de desvaído
y débil y embotado, medio muerto
como este y así desconsolado
abrió, en lo más hondo de la noche,
de Príamo el dosel para decirle
que media Troya ardía, pero el rey
encontró la verdad antes que hallara
el mensajero sus palabras. Igualmente
antes de que hables, sé yo que Harry ha muerto.

Te disponías a decir: «Vuestro hijo hizo esto, vuestro hermano aquello, y el noble Douglas lo de más allá», vertiendo en mis oídos codiciosos sus audaces ataques y guardándote para el final, para llenarlos para siempre, el suspiro que aventa los elogios: «Hermano, hijo, todos están muertos».

MORTON Douglas vive, vuestro hermano también.

En cuanto a vuestro hijo...

NORTHUMBERLAND Sí, ha muerto.

¡Mira qué lengua suelta tiene la sospecha!
Aquel que solo teme cierta cosa que no quiere saber por la mirada de los otros se da cuenta que aquello que temía sucedió.
Habla ya, Morton. Contradice a un conde: he de tomarlo como dulce afrenta y hacerte rico por decir que miento.

MORTON Es imposible para mí contradeciros.

Sois demasiado grande, es demasiado aguda vuestra mente, cierto vuestro miedo.

NORTHUMBERLAND Sin embargo no dices que Percy haya muerto.

Una reacia confesión hay en tus ojos.
Meneas la cabeza, tienes miedo de decir la verdad, como si eso fuera pecado. Si está muerto, dilo.
Peca aquel que habla mal de un muerto, no el que dice que ya no vive más.
Con todo, el que nos trae malas noticias cumple tarea ingrata, para siempre ha de sonar su voz en la memoria cual fúnebre campana repicando por un amigo que partió.

LORD BARDOLPH

No puedo creer, milord, que vuestro hijo haya muerto.

MORTON (A NORTHUMBERLAND.) Me da pena forzaros a creer lo que yo mismo quisiera que Dios

me dispensara de haber visto:
pues estos ojos viéronlo cubierto
de sangre y sin aliento,
dando débil respuesta a los asaltos
de Harry Monmouth, cuya cólera fulmínea
arrojó al invicto Percy a tierra
de donde no habría de alzarse ya con vida.
La muerte de aquel cuyo espíritu encendía
hasta al más torpe aldeano de su bando,
una vez propalada, apagó el fuego
de lo mejor templado de su ejército.
Era de su metal que su partido
se aceraba, y una vez mellado
el filo de su vida, todos los demás
tornáronse plomo pesado y romo.
Y como una cosa que en reposo es pesada
vuela velozmente cuando ha tomado impulso,
así el peso de la pérdida de Hotspur
parecía aligerar a los que huían:
no buscan las flechas su blanco
más raudas que aquellos soldados
salvar sus vidas. Ese noble Worcester,
¡qué pronto lo tomaron prisionero!
Y ese escocés furioso,
el sanguinario Douglas, cuyos golpes
empeñosos tres veces abatieran
al fantasma del rey, se amilanó
y honró con su espalda el vergonzoso
tropel de las espaldas fugitivas;
el miedo lo hizo tropezar, y fue apresado;
en resumidas cuentas, ha triunfado el rey
y contra vos, a toda marcha, envía
un ejército al mando de Westmorland
y el joven Lancaster. Milord, es todo.

NORTHUMBERLAND Ya tendré tiempo de llorar por ello.

En el veneno está el remedio y estas nuevas,
que de estar bien me hubieran enfermado,
estando enfermo me han curado en parte.
Como ese desgraciado cuyas rodillas
(goznes vencidos, arruinados por la fiebre)
apenas soportan el peso de su cuerpo

y empero en un acceso de dolor escapa
veloz como un incendio a los cuidados
de su enfermera, así a mis miembros,
debilitados por la pena, ahora la pena
los ha llenado de odio y triplicado
en fuerza.

Arroja su muleta.

¡Fuera esta muleta de marica!
Un escamoso guantelete de juntas de acero
cubrirá esta mano.

Se arranca el gorro de dormir.

¡Y tú también, enferma cofia!
Eres defensa demasiado delicada
para una testa que unos príncipes cebados
de victoria quisieran ver rodar.
¡Ceñid con hierro mi frente, que venga
la hora más cruel que el tiempo y el rencor
osen traer, para que juzgue ceñuda
al rabioso Northumberland! ¡Que el cielo
bese la tierra, que Natura no contenga
ya las olas salvajes! ¡Muera el orden
y no sea ya el mundo el escenario
de una larga disputa titubeante!
¡Que en todo pecho impere el alma de Caín
y al lanzarse cada cual a su carrera sangrienta
se acabe de una vez esta obra torpe
y sea la noche quien entierre a los muertos!

LORD BARDOLPH Estos extremos de furia os hacen mal, milord.

MORTON Querido conde, que el honor no se divorcie,
en vuestro corazón, de la prudencia.
Las vidas de vuestros amados partidarios
tienen vuestra salud por fundamento
y ella por fuerza habrá de resentirse
si os dais a una rabia tempestuosa.
Noble señor, cuando dijisteis «Levantémonos»
ya habíais sopesado los peligros
de la guerra y las chances de ganarla.
Os era claro que en el reparto de golpes
podrían derribar a vuestro hijo. Bien sabíais

que era osado, marchaba por un filo
del cual es más probable despeñarse
que salir adelante.

Erais consciente de que su cuerpo estaba
expuesto a ser herido, y su espíritu
listo para llevarlo a donde fuera
más caliente el negocio de mandobles.
Sin embargo dijisteis «En marcha»
y nada de esto que teníais tan sabido
os apartó del inflexible plan. Muy bien:
¿qué hay de nuevo ahora? Esta audaz empresa,
¿qué trajo que no fuera de esperarse?

LORD BARDOLPH Los que estamos metidos en este desastre
sabíamos todos que nos aventurábamos
en mares tan revueltos que la chance
de salir con vida era una en diez;
con todo, el beneficio perseguido
ahogó la ponderación de los peligros:
derrotados, aventurémonos de nuevo,
pongamos todo en juego, hacienda y vida.

MORTON Estamos muy a tiempo, mi noble señor:
he escuchado afirmar, y lo tengo por cierto,
que el noble arzobispo de York se ha alzado en armas
con tropas muy bien equipadas. Es un hombre
que mantiene sujetos a sus partidarios
con doble cadena. Vuestro hijo y señor mío
solo contaba con carcazas,
sombras y simulacros de hombres.
La propia palabra «rebelión» alejaba
las almas de aquello que los cuerpos hacían,
y luchaban por mero compromiso,
asqueados, como quien toma un remedio,
de modo que solo sus armas combatían,
mientras que a sus mentes la palabra «rebelión»
las había helado como peces
en un estanque invernal. Pero ahora el obispo
tornará la revuelta en religión.
Tenido por sincero y por piadoso
arrastra cuerpos y almas; su alzamiento
se inviste con la sangre del noble rey Richard

rascada de las piedras de Pomfret;
su queja y su causa, del cielo las deriva;
dice que ha de salvar a un país que, malherido
boquea bajo el peso del gran Bolingbroke;
y grandes y pequeños se arrebañan para marchar tras él.

NORTHUMBERLAND Sabía yo esto, pero sinceramente
el dolor lo borró de mi memoria.
Entrad conmigo: que cada uno exponga
cuál es en su opinión el mejor modo
de lograr seguridad y venganza.
Despachad correos, cartas; hagámonos
de amigos lo más rápido posible.
Nunca tuvimos tan pocos, y jamás
hemos necesitado tanto de ellos.

Salen.

ESCENA II

*Entra FALSTAFF seguido de su PAJE,
que le lleva la espada y el escudo.*

FALSTAFF A ver, señorito, tremendo gigante, ¿qué dice el doctor de mis aguas?

PAJE Dijo, señor, que el agua es en sí misma un agua perfectamente saludable, pero en cuanto al dueño que la orinó, podría estar mucho más enfermo de lo que imagina.

FALSTAFF Por lo que parece, hasta el último mentecato ha hecho un deporte de mofarse de mí. El cerebro del hombre, ese barro mezclado con necedad, no es capaz de inventar algo que incline a la risa más de lo que yo invento, o lo que se inventa sobre mí. No solo soy ingenioso, sino también causa del ingenio de otros. Aquí estoy, de pie ante ti como una chancha que hubiera aplastado a todos sus lechoncitos menos uno. Si el príncipe te puso a mi servicio por otro motivo que resaltar mi tamaño, es que ya no me funciona el seso. Mandrágora hijoputa, eres más adecuado para adornar mi sombrero que para pisarme los talones. Hasta ahora, nunca tuve un ágata como asistente, pero no te engarzaré en oro ni en plata, sino en la más rústica montura, y te mandaré de vuelta con tu amo como alhaja (con la alhajita de tu amo el príncipe, cuyo mentón sigue lampiño). Más fácil me saldría a mí barba en la mano que a él en las mejillas, y sin embargo no vacila en decir que su rostro es un rostro real, de media corona. Que Dios lo complete

cuando quiera, pero más le vale seguir siendo un rostro de media corona, porque ningún barbero se ganará con él una entera; sin embargo no deja de alardear como si fuera hombre desde que su padre era soltero. Que se quede con su gracia: te aseguro que ya casi se ha quedado sin la mía. ¿Qué dijo maese Tontelton sobre el satén para mi capa corta y mis calzas?

PAJE Dijo, señor, que debías procurar darle una garantía mejor que Bardolph. No quiso aceptar pagarés de ninguno de los dos; no le gustó el garante.

FALSTAFF ¡Condenado sea como el glotón! ¡Ruego a Dios que también se le abraze la lengua! ¡Un Achitofel hijo de mala madre, un truhán de marca mayor, bellaco, capaz de hacer un trato con un caballero y luego exigirle garantías! ¡Esos hijoputas pelicortos ahora solo gastan zapatos de tacón y manojos enteros de llaves tintineantes en torno a la cintura, y si un hombre les hace una honesta compra a crédito, se atreven a pedirle garantías! Darles garantías me hace tan feliz como si me obligaran a beber matarratas. ¡Como que soy un caballero, esperaba que me enviara veintidós yardas de satén, y me envía «garantías»! Bueno, puede dormir con garantía porque tiene un par de cuernos de la abundancia garantizados (¿dónde está Bardolph?) por las abundantes ligerezas de su esposa.

PAJE Ha ido a Smithfield a comprar un caballo para vuestra señoría.

FALSTAFF Yo lo compré a él en el mercado de rufianes, y él quiere comprarme un caballo en el mercado de jamelgos... ¡Si pudiera comprarme una esposa en el burdel, ya estaría bien servido, bien montado y bien casado!

*Entran el GRAN JUEZ
y su ASISTENTE.*

PAJE Señor, aquí viene el noble caballero que encarceló al príncipe cuando este le pegó por defender a Bardolph.

FALSTAFF (*Apartándose.*) Ocultémonos, no pienso verlo.

GRAN JUEZ (*A su ASISTENTE.*) ¿Quién es ese que va allí?

ASISTENTE Falstaff, si me permite decirlo su señoría.

GRAN JUEZ ¿El hombre complicado en aquel robo?

ASISTENTE El mismo, milord, pero desde entonces prestó buen servicio en Shrewsbury y, según me han dicho, ahora ha sido enviado a cumplir una misión con lord John Lancaster.

GRAN JUEZ ¿Qué, a York? Dile que vuelva aquí.

ASISTENTE ¡Sir John Falstaff!

FALSTAFF (Al PAJE.) Dile que soy sordo.

PAJE (Al ASISTENTE.) Debes hablar más alto; mi amo está sordo.

GRAN JUEZ Seguro, sobre todo a un buen consejo. (Al ASISTENTE.) Pellízcale el brazo para que repare en ti; necesito hablar con él.

ASISTENTE ¡Sir John, por favor!

FALSTAFF ¡Cómo, tan joven y mendigando! ¿Acaso no hay guerras?

¿No hay empleos? ¿Acaso no le faltan súbditos al rey? ¿No necesitan soldados los rebeldes? Sería una vergüenza alistarse del lado incorrecto, pero mendigar es más vergonzoso que ponerse del mal lado.

ASISTENTE Me juzgas mal, señor.

FALSTAFF ¿Por qué, señor, acaso dije que eras hombre honesto? Dejando de lado mi rango de caballero y de soldado, habría mentido como un villano si lo hubiera dicho.

ASISTENTE Te ruego, señor, que dejes de lado tu condición de caballero y soldado y me permitas afirmar que mientes si dices que no soy honesto como un villano.

FALSTAFF ¿Que te dé permiso para decirme eso? ¿Que deje de lado lo que soy? ¿Que me cuelguen si te doy algún permiso! ¡Y si te lo tomas, más te valdrá que te cuelguen! Te equivocaste de presa. ¡Y ahora, fuera, aire!

ASISTENTE Señor, mi amo quiere hablarte.

GRAN JUEZ Sir John Falstaff, una palabra.

FALSTAFF ¡Mi buen señor! Dios dé a vuestra señoría un buen día. Me alegra veros aquí, levantado. Había oído decir que su señoría estaba enfermo. Espero que hayáis salido con autorización médica. Aunque no podemos decir que su señoría ha dejado de ser joven, ha sufrido ya los embates de las fiebres, ha saboreado la sal del tiempo, y humildísimamente ruego a vuestra señoría que brinde a vuestra salud los mayores cuidados.

GRAN JUEZ Sir John, te mandé a buscar antes de tu expedición a Shrewsbury.

FALSTAFF Y, si vuestra señoría me disculpa, he oído que su majestad ha vuelto de Gales bastante malparado.

GRAN JUEZ No hablo de su majestad. No te presentaste cuando te convocaron.

FALSTAFF Y también he oído decir que su majestad ha sufrido una condenada apoplejía.

GRAN JUEZ Bien, ¡que Dios le dé salud! Te ruego me dejes hablar.

FALSTAFF Esta apoplejía, según entiendo, es una especie de letargo, si me permite vuestra señoría, un adormecimiento de la sangre, un condenado hormigueo.

GRAN JUEZ No me digas. Que sea como fuere.

FALSTAFF La causan el pesar, el exceso de estudio y la perturbación del cerebro. He leído los efectos en Galeno, y es una especie de sordera.

GRAN JUEZ Creo que la afección la has contraído tú, que no escuchas lo que te digo.

FALSTAFF Muy bien, señor mío, muy bien. Si os complace, es la enfermedad de no escuchar, de no prestar atención, lo que me perturba.

GRAN JUEZ Tal vez unos buenos grillos en los talones mejoren la atención de tus oídos, y no me molestaría administrarte yo esa medicina.

FALSTAFF Soy tan pobre como Job, milord, pero no tan paciente. Vuestra señoría puede administrarme el remedio de la prisión a causa de mi pobreza, pero que yo sea un paciente capaz de seguir vuestra prescripción es algo que despertaría en los sabios una pizca de escrúpulos o hasta un escrúpulo entero.

GRAN JUEZ Cuando te mandé llamar era por asuntos en los que hasta tu vida estaba en juego.

FALSTAFF Como me aconsejó mi abogado, instruido en las leyes militares de esta tierra, no me presenté.

GRAN JUEZ La verdad es, sir John, que llevas una vida de gran infamia.

FALSTAFF Con menos no se arreglaría alguien de mi tamaño.

GRAN JUEZ Tus medios son magros, y fastuoso tu entorno.

FALSTAFF Me gustaría que fuera a la inversa: fastuosos mis medios, y magro mi contorno.

GRAN JUEZ Has llevado al joven príncipe por mal camino.

FALSTAFF El joven príncipe me llevó por mal camino a mí. Yo soy el gordo panzón, y él mi perro lazarillo.

GRAN JUEZ Bien, aborrezco escarbar en una herida fresca. Tu día de servicio en Shrewsbury ha echado un manto de luz sobre tu oscura incursión nocturna en Gad's Hill. Da gracias a la intranquilidad de los tiempos que corren por la tranquilidad con que se tomará tu transgresión.

FALSTAFF ¿Milord?

GRAN JUEZ Pero como todo está bien así, que así sea. No despertemos al lobo dormido.

FALSTAFF Despertar a un lobo es tan malo como oler a zorro.

GRAN JUEZ ¡Pero si eres una vela que ya consumió su mejor parte!

FALSTAFF Un cirio, milord, hecho de sebo; si dijera que soy de cera, mi tamaño sería una obra magna de la abeja industriosa.

GRAN JUEZ Ni una cana de tu barba te induce a la medida.

FALSTAFF Me induce a la gordura.

GRAN JUEZ Todo el tiempo sigues al príncipe como un mala sombra.

FALSTAFF No es así, milord. La mala sombra suele ser ligera, pero espero que la que me toque a mí me acepte sin pesar; aunque concedo que, en algunos aspectos, no puedo seguirle el paso. No sé, no sé. En estos tiempos materialistas la virtud está tan mal vista que el verdadero valor se atribuye al domador de osos y el ingenio rápido a los taberneros, que lo desperdician en calcular las cuentas; todos los otros dones humanos, según los valores de esta época, importan menos que un rábano. Vosotros los viejos no consideráis la capacidad de nosotros, los jóvenes. Medís la potencia de nuestros hígados según la amargura de vuestra bilis; y nosotros, los que estamos en la vanguardia de la juventud, somos a veces, debo confesarlo, un poco revoltosos.

GRAN JUEZ ¿Y escribes en la lista de los jóvenes un nombre de letras marcadas ya por la vejez? ¿Acaso no tienes los ojos lacrimosos, las manos marchitas, las mejillas macilentas, barba blanca, piernas consumidas y una panza creciente? ¿No tienes la voz cascada, corto aliento, papada doble, mente simple y todas las partes arrasadas por la antigüedad? ¿Y te atreves a llamarte joven? ¡Qué vergüenza, sir John!

FALSTAFF Milord, nací alrededor de las tres de la tarde con la cabeza blanca y un poco panzón. En cuanto a la voz, la perdí entonando salmos a los gritos. No daré más pruebas de mi juventud. La verdad es que solo soy viejo en mi buen juicio y comprensión, y si alguien apuesta mil marcos a que me supera en brincos y cabriolas de danzarín, será mejor que me preste el dinero y se olvide del asunto. En cuanto al tirón de orejas que os propinó el príncipe, fue el acto de un príncipe rudo, que vos tomasteis como sensato caballero que sois. Ya lo he reprendido, y el joven león se arrepiente... (*Aparte.*) Aunque no con la boca llena de ceniza y vestido de arpillera, sino con sedas nuevas y el más añejo jerez.

GRAN JUEZ ¡Que el cielo le envíe un compañero mejor!

FALSTAFF ¡Que el cielo le envíe al compañero un príncipe mejor! No puedo sacármelo de encima.

GRAN JUEZ Bien, el rey os ha separado, a ti y al príncipe Harry. He oído que vas a unirme a lord John Lancaster contra el arzobispo y el conde de Northumberland.

FALSTAFF Sí, y tengo que agradecerérselo a vuestra mente ingeniosa y tierna. Pero será mejor que roguéis todos vosotros, los que besáis a mi señora la Paz en vuestras casas, que los dos ejércitos no se enfrenten en un día caluroso; porque por Dios que me llevo solamente dos camisas y me propongo no sudar demasiado. Si es un día caluroso, que nunca más escupa blanco si alguien me ve blandiendo otra cosa que una botella. ¡No hay empresa de peligro en que no me encuentre metido de cabeza! Ya sé que no puedo durar eternamente, pero siempre ha sido costumbre de la nación inglesa abusar de aquello que tiene de bueno. Todos insisten en que soy viejo; deberían darme un descanso. ¡Por Dios, ojalá mi nombre no fuera tan aterrador para el enemigo! Preferiría oxidarme hasta morir que acabar reducido a nada por la erosión del movimiento perpetuo.

GRAN JUEZ Bueno, a portarse bien, y que Dios bendiga tu expedición.

FALSTAFF ¿Vuestra señoría no me prestaría mil monedas para ir bien equipado?

GRAN JUEZ Ni un penique, ni un penique. No tienes cara suficiente para cargar tantas cruces. Que te vaya bien. Dale mis saludos a mi primo Westmorland.

*Salen el GRAN JUEZ
y su ASISTENTE.*

FALSTAFF Que me machaquen con una maza si lo hago. Ya no se puede separar la vejez de la codicia, así como no se puede separar la juventud de la lascivia; pero la gota irrita a la primera y la viruela atormenta a la segunda, por lo que ambas categorías se salvan de mi maldición. ¡Muchacho!

PAJE ¿Señor?

FALSTAFF ¿Cuánto dinero me queda en la bolsa?

PAJE Siete monedas de plata y dos peniques.

FALSTAFF La consunción de mi bolsa no tiene remedio. Pedir prestado solo sirve para estirar su muerte, pero la enfermedad es incurable. *(Le da unas cartas al PAJE.)* Llévale esta carta a milord de Lancaster; esta otra, al príncipe; esta al conde de Westmorland, y esta a la vieja doña Úrsula, a quien le he

prometido casamiento cada semana desde que me apareció el primer pelo gris en la barbilla. Cuando lo hayas hecho, ya sabes dónde encontrarme. (*Sale el PAJE.*) ¡Que la viruela ataque a esta gota, o la gota a esta viruela, porque una o la otra han decidido divertirse con mi dedo gordo! No importa si rengueo; tengo la guerra como pretexto y mi pensión parecerá bien justificada. Le sacaré buen provecho a la enfermedad.

Sale.

ESCENA III

*Entran el ARZOBISPO de York,
el conde mariscal Thomas MOWBRAY,
lord HASTINGS y LORD BARDOLPH.*

ARZOBISPO Ya conocéis nuestros motivos y también
nuestros medios; ahora, nobilísimos amigos,
decid con claridad vuestra opinión
respecto a nuestras esperanzas.
Vos el primero, lord mariscal, ¿qué pensáis?

MOWBRAY Apruebo la ocasión de nuestra lucha
pero me gustaría saber cómo
hemos de reunir la fuerza suficiente
para hacer frente al rey sin temor.

HASTINGS Nuestras tropas ascienden de momento
a veinticinco mil soldados de élite;
y tenemos la firme esperanza
de contar con refuerzos de Northumberland
cuyo pecho se abrasa con el fuego
de las injurias recibidas.

LORD BARDOLPH Entonces la cuestión, lord Hastings, es:
¿pueden vencer nuestros veinticinco mil hombres
sin la ayuda de Northumberland?

HASTINGS Con él, pueden.

LORD BARDOLPH Sí, con él sí; tal es el punto.
Pero si sin él somos demasiado débiles,
mi opinión es que no debemos arriesgarnos
hasta no haber asegurado su asistencia.
En un asunto tan cruento como este

no se puede aceptar la conjetura
ni la esperanza ni la presunción
de ayudas inciertas.

ARZOBISPO Gran verdad es, lord Bardolph, y de hecho
ese fue el caso de Hotspur en Shrewsbury.

LORD BARDOLPH En efecto, milord; se nutrió de esperanzas,
comió aire y promesas de apoyo
regodeándose con un futuro ejército
que al fin fue menor que el menor de sus sueños;
así, con esas fantasías demenciales
llevó a sus tropas a la muerte
y saltó al abismo con los ojos cerrados.

HASTINGS Empero, si me permitís, nunca hubo mal alguno
en barajar las probabilidades
y fundar en ellas esperanzas.

LORD BARDOLPH Sí que lo hay, cuando una guerra como esta,
en pleno curso, en su momento decisivo,
depende tanto de sus ilusiones
que es como esos brotes prematuros,
de los que en realidad hay menos esperanza
de verlos madurar que certidumbre
de que la helada acabará con ellos.
Cuando queremos construir, primero
examinamos el terreno, luego
dibujamos el plano; y cuando ya tenemos
la imagen de la casa, calculamos
el costo de la construcción; si nos supera
¿qué queda, sino hacer otro diseño,
más modesto, o renunciar a construir?
Con más razón, en este gran trabajo
(prácticamente, derribar un reino y hacer otro)
debemos estudiar terreno y planos,
discutir los cimientos más seguros,
consultar peritos, conocer nuestros medios,
qué chances hay de completar nuestro trabajo
si tropezamos con adversas circunstancias;
de lo contrario fabricamos defensas
de papel y de números, usando
nombres en vez de hombres, como aquel

que diseña una casa mayor que sus fuerzas
y la abandona a medio construir
dejando su inversión desnuda
a merced de las nubes plañideras,
despojo para la hosca tiranía del invierno.

HASTINGS Supongamos que nuestras esperanzas,
aunque parecen alumbradas felizmente,
hayan nacido muertas y ya no tengamos
un hombre más que aquellos que tenemos;
de todos modos nos alcanzan, creo,
para igualar al rey.

LORD BARDOLPH ¿Qué, los del rey
son solamente veinticinco mil?

HASTINGS No más que eso; ni siquiera eso.
En estos tiempos tormentosos, sus ejércitos
combaten en tres frentes; marchan unos
contra Francia, otros contra Glendower,
contra nosotros no le queda más que un tercio.
Así vacila el rey, partido en tres,
y suenan a hueco sus arcas arruinadas.

LORD BARDOLPH ¿No deberíamos temer que reúna
sus dispersos ejércitos y empeñe
contra nosotros todo su poder?

HASTINGS Dejaría indefensas sus espaldas,
con franceses y galeses ladrando a sus talones;
nunca hará eso.

LORD BARDOLPH ¿Quién pensáis
que ha de mandar las tropas que enfrentemos?

HASTINGS El duque de Lancaster y Westmorland;
contra Glendower, va el rey con Harry Monmouth;
lo que no sé es quién comanda los ejércitos
despachados a Francia.

ARZOBISPO ¡Adelante!
Proclamemos la rebelión y sus motivos.
El pueblo está asqueado de su propia elección,
empachado a resultas de un amor
demasiado voraz. El que construye

en corazón vulgar, hace una casa
insegura y volátil.
¡Ah, necia multitud, cómo atronaste
el cielo con tu aplauso, bendiciendo
a Bolingbroke, antes que fuera
lo que quisiste hacer de él!
Y ahora que está a tu gusto aderezado,
estúpida cebona, estás tan harta
de él que te propones vomitarlo.
Así, no de otro modo, perro vulgo,
arrojaste de tu insaciable entraña
al rey Richard; ahora bien quisieras
tragar al muerto que entonces vomitaste
y aúllas en su busca. ¿Qué confianza
inspiran estos tiempos? Todos esos
que en vida de Richard ansiaban verlo
muerto gimen ahora de amor sobre su tumba.
Los que su testa pía cubrieron de barro
cuando por la soberbia Londres marchó triste
tras los talones del famoso Bolingbroke
claman ahora: «¡Devuélvenos, tierra, aquel rey
y llévate este otro!». ¡Pensamientos
de hombres malditos! El pasado
y el porvenir parecen lo mejor;
lo peor, el presente.

MOWBRAY ¿Reunimos nuestras tropas y marchamos?

HASTINGS Del tiempo somos súbditos y el tiempo
ordena que partamos.

SEGUNDO ACTO

ESCENA 1

Entran doña SIEMPRELISTA, la posadera, y COLMILLO, un oficial de justicia, seguido a distancia por CEPO, otro oficial.

SIEMPRELISTA Maese Colmillo, ¿habéis iniciado las acciones?

COLMILLO Así es.

SIEMPRELISTA ¿Dónde está vuestro asistente? ¿Es un hombre enérgico? ¿Estará a la altura de su misión?

COLMILLO ¡Jovenzuelo!... ¿Dónde está Cepo?

SIEMPRELISTA ¡Dios mío! ¡El buen maese Cepo!

CEPO Aquí estoy, aquí estoy.

COLMILLO Cepo, debemos arrestar a sir John Falstaff.

SIEMPRELISTA Sí, mi buen maese Cepo, lo he denunciado yo.

CEPO Alguno de nosotros podría perder la vida, seguro que desenvaina el puñal.

SIEMPRELISTA ¡Ay, cuidaos de él! ¡En mi casa me lanzó una buena es tocada, brutalmente, lo juro! No le importa cuánto mal pueda hacer; si tiene el arma desenvainada, es un demonio: no se fija adonde la clava, y no se salva nadie: hombres, niños o mujeres.

COLMILLO Si logro ponerle las manos encima, su estocada no me preocupa.

SIEMPRELISTA A mí tampoco. Estaré a vuestro lado.

COLMILLO Si lo agarro, con una sola trompada...

SIEMPRELISTA Su conducta me ha arruinado, lo perjuro; sus cuentas pendientes son infinitivas. Buen maese Colmillo, aferradlo fuerte y, maese Cepo, no lo dejéis escabullirse. Viene siempre al Rincón del Chancho (disculpádmela expresión) a comprar monturas, y está invitado a comer en La Cabeza del Leopardo, en la calle Lombard, con maese Suave, el comerciante en sedas. Como mi denuncia ha sido registrada, y mi asunto es por todos conocido, que venga aquí a responder de sus actos. Cien marcos es más de lo que una pobre mujer sola puede aguantar, y yo he aguantado y aguantado y aguantado, y he sido postergada y postergada y postergada de un día para otro con tales engaños que hasta pensarlo da vergüenza. Es un trato

francamente indecente, y solo una burra y una bestia de mujer podría aguantar las trastadas de semejante canalla.

*Entran FALSTAFF, Bardolph
y el PAJE.*

Aquí viene, y ese bribón irredento de Bardolph, con la nariz tinta en vino, lo acompaña. Hacedme el servicio, maese Colmillo y maese Cepo, hacédmelo, hacédmelo.

FALSTAFF ¿Qué pasa, a quién se le murió la yegua? ¿Qué ocurre?

COLMILLO Sir John, os arresto por denuncia de doña Siemprelista.

FALSTAFF (*Desenvaina.*) ¡Fuera, esbirros! ¡Desenvaina, Bardolph, córtame la cabeza de este villano, y arroja a la puta al canal!

Bardolph desenvaina.

SIEMPRELISTA ¿Tirarme al canal? Yo te tiro al canal a ti. (*Riñen.*) ¿Qué te crees, bastardo y canalla? ¡Asesino, criminal! Ah, villano comicida, ¿serás capaz de matar a los oficiales de Dios y del rey? ¡Crápula homisino, eres un homisino, un mata-hombre y un mata-mujer.

FALSTAFF ¡Mantenlos a distancia, Bardolph!

COLMILLO ¡Refuerzos, refuerzos!

SIEMPRELISTA ¡Buena gente, traed un par de refuerzos! ¿Te atreverás? Te atreverás, ¿no es cierto? ¡Anda, bribón, atrévete, atrévete, canalla homisino!

PAJE ¡Atrás, fregona, galopona, huevinflona! ¡Cuando termine contigo, te quedará el tabernáculo al rojo!

Entra el GRAN JUEZ con sus hombres.

GRAN JUEZ ¿Qué ocurre? ¡Todos quietos, ya mismo!

Termina la riña.

COLMILLO *inmoviliza a FALSTAFF.*

SIEMPRELISTA Mi buen señor, sed bueno conmigo. Os suplico, apoyadme.

GRAN JUEZ ¿Qué, sir John? ¿Armando camorra aquí? Para nada condice con tu rango, momento o situación. Ya casi deberías estar llegando a York.
(A COLMILLO.) Suéltalo, hombre, ¿por qué te agarras de él?

SIEMPRELISTA Mi veneradísimo señor, con permiso de vuestra gracia, soy una pobre viuda de Eastcheap y lo arrestan por denuncia mía.

GRAN JUEZ ¿Por qué suma?

SIEMPRELISTA Por todo lo que se pueda sumar, milord, porque no me ha dejado nada de nada: me he quedado sin techo y sin empleo. Ha metido toda mi sustancia dentro de su enorme tripa.

(A FALSTAFF.) Pero algo recuperaré de ahí dentro, o pasaré las noches montando una pesadilla en cada sueño tuyo.

FALSTAFF Llegado el caso, creo que yo soy quien tiene mejor probabilidad de montarte a ti, pesadilla.

GRAN JUEZ ¿Cómo es posible, sir John? ¿Qué hombre decente soportaría esta tempestad de improperios? ¿No te da vergüenza llevar a una pobre viuda a estos extremos para recuperar lo que es suyo?

FALSTAFF (A SIEMPRELISTA.) ¿Cuál es la enorme suma que te debo?

SIEMPRELISTA Por la Virgen, si fueras hombre honesto, me darías tu persona, y tu dinero también. Sobre una copa enchapada en oro, sentado ante la mesa redonda de la cámara del Delfín de mi taberna, caldeada con el mejor carbón, un miércoles de Pentecostés cuando el príncipe te rompió la cabeza por representar a su padre como un cantor de Windsor aspirante al trono, mientras yo te lavaba la herida, me juraste que te casarías conmigo y harías de mí una dama. ¿Te atreves a negarlo? ¿Acaso no entró la señora Grasa, la mujer del carnicero, que me llamó comadre Siemprelista y que venía a pedir prestado un poco de vinagre para preparar un buen plato de langostinos, que tú manifestaste tu deseo de probar, y que yo te dije que serían pésimos para tu herida fresca? ¿Y acaso cuando ella se fue no me dijiste que no debía tener tanto familiarizamiento con esa pobre gente, que pronto me llamaría señora? ¿Y no me besaste, y no me mandaste a buscar treinta y tres chelines? Si te atreves, jura sobre la Biblia que no es cierto.

Llora.

FALSTAFF ¡Milord, es una pobre loca! ¡Anda diciendo por toda la ciudad que su hijo mayor es igual a vos! Ha estado en buena posición y la verdad es que la pobreza le ha sorbido el seso. En cuanto a estos necios oficiales, os ruego que me permitáis resarcirme y emprenderla contra ellos.

GRAN JUEZ Sir John, sir John, conozco perfectamente tu retorcida manera de hacer de verdad mentira. Ni tu rostro confiado ni la multitud de palabras que brotan de tu boca con insolente descaro conseguirán conmover mi imparcialidad. Según me parece, has abusado del complaciente espíritu de esta mujer, forzándola a prestar servicios a tu bolsa y a tu persona.

SIEMPRELISTA Sí, milord, así fue.

GRAN JUEZ Te ruego que te calles. (A FALSTAFF.) Págale lo que le debes, y recóbrate

a ti mismo reparando la infamia que cometiste con ella. Lo primero puedes hacerlo con dinero; lo segundo, con arrepentimiento común y corriente.

FALSTAFF Milord, no soportaré esta reprimenda sin dar réplica. Llamáis insolente descaro a la honrosa audacia; si uno se inclina ante vos y nada dice, ya es virtuoso. No, milord, no olvido mi humilde deber, y no seré vuestro cortesano. Os digo en serio que deseo ser liberado de estos oficiales, ya que debo cumplir con celeridad la misión que el rey me ha encomendado.

GRAN JUEZ Hablas como si tuvieras autoridad para obrar mal. Contesta según la nobleza que alegas, y satisface la demanda de esta pobre mujer.

FALSTAFF Ven aquí, posadera.

*Ella se acerca.
Entra el maese GOWER, un mensajero.*

GRAN JUEZ Maese Gower, ¿cuáles son las novedades?

GOWER Ya llega el rey, con Harry, príncipe de Gales.
El resto lo sabréis por esta nota.

El GRAN JUEZ examina el papel y conversa aparte con GOWER.

FALSTAFF ¡Mi palabra de caballero!

SIEMPRELISTA Eso ya lo escuché otras veces.

FALSTAFF ¡Palabra de caballero! Vamos, no se hable más del asunto.

SIEMPRELISTA ¡Por el sagrado suelo que piso, creo que lo mejor será que empeñe mi platería y los tapices del comedor!

FALSTAFF Copas, copas de cristal, eso es lo mejor para beber; y en cuanto a tus paredes, unas bonitas caricaturas, o la historia del Hijo Pródigo, o una escena de caza alemana a la acuarela valen tanto como miles de esos colgajos y esos tapices cagados por las moscas. Digamos diez libras, si las consigues. Vamos, si no fuera por tu mal carácter no habría en Inglaterra mejor muchacha que tú. Lávate la cara y retira la denuncia. Vamos, no debes enojarte conmigo. ¿Acaso no me conoces? Vamos, vamos, sé muy bien que te instigaron a hacerme esto.

SIEMPRELISTA Te ruego, sir John, aunque solo sean veinte, veinte medias libras...
¡Me apenaría tanto empeñar mi platería! ¡Dios no lo permita!

FALSTAFF No se hable más, buscaré en otro lado. Nunca dejarás de ser una tonta.

SIEMPRELISTA Bien, bien, lo tendrás, aunque tenga que empeñar el vestido. Espero que vengas a cenar. ¿Me pagarás después todo junto?

FALSTAFF ¿Crees que pienso morirme? (*A Bardolph y el PAJE.*) Ya mordió el anzuelo; picó, picó. No se despeguen de ella.

SIEMPRELISTA ¿Quieres que Dolly Rajasábanas venga a cenar contigo?

FALSTAFF Ni una palabra más. Que venga.

Salen SIEMPRELISTA, COLMILLO, CEPO, Bardolph y el PAJE.

GRAN JUEZ (*A GOWER.*) He oído noticias mejores.

FALSTAFF ¿Qué noticias, milord?

GRAN JUEZ (*A GOWER.*) ¿Dónde acampó el rey anoche?

GOWER En Basingstoke, milord.

FALSTAFF (*Al GRAN JUEZ.*) Espero, milord, que todo esté bien. ¿Qué noticias son esas?

GRAN JUEZ (*A GOWER.*) ¿Vuelven con él todas las tropas?

GOWER No; mil quinientos infantes y quinientos jinetes han marchado con mi señor Lancaster contra Northumberland y el arzobispo.

FALSTAFF (*Al GRAN JUEZ.*) ¿Regresa el rey de Gales, mi noble señor?

GRAN JUEZ (*A GOWER.*) Ahora te daré unas cartas. Será mejor que me acompañes, mi buen Gower.

FALSTAFF ¡Milord!

GRAN JUEZ ¿Qué pasa?

FALSTAFF Maese Gower, ¿puedo invitaros a cenar?

GOWER Debo acompañar a milord el juez, aquí presente. Os agradezco, buen sir John.

GRAN JUEZ Sir John, te demoras demasiado aquí; debes reclutar hombres en los pueblos por los que pases.

FALSTAFF ¿Cenáis conmigo, maese Gower?

GRAN JUEZ ¿Qué amo alocado te enseñó esos modales, sir John?

FALSTAFF Maese Gower, si mis modales son impropios, es porque me los enseñó algún loco. (*Al GRAN JUEZ.*) Así lo enseña la esgrima, milord: un contragolpe por cada golpe... y nos separamos a mano.

GRAN JUEZ Que Dios te ilumine; estás loco de atar.

Salen.

ESCENA II

Entran el PRÍNCIPE HENRY y POINS.

PRÍNCIPE HENRY Por Dios, qué cansado estoy.

POINS ¿Tan bajo hemos caído? Yo creía que el cansancio no aquejaba a los de sangre real.

PRÍNCIPE HENRY A fe mía que sí, aunque reconocerlo sea vergonzoso para mi grandeza. ¿No es despreciable que quiera echarme un traguito de cerveza?

POINS Bueno, un príncipe no debería ser tan versado en disolución como para recordar un brebaje tan vulgar.

PRÍNCIPE HENRY Entonces parece que mis gustos no son principescos, porque juro por mi gaznate que en este momento recuerdo bien a esa pobre criatura, la cerveza. Y por cierto, estas humildes consideraciones me divorcian de mi grandeza. ¡Qué desgracia recordar tu nombre plebeyo! ¡O reconocer mañana tu plebeya cara! ¡O saber cuántos pares de medias de seda posees... Vale decir las que llevas puestas y otras que antes eran de color durazno... ¡O tener en cuenta el inventario de tus camisas, una para todo uso, y otra de recambio! Pero el guardián de la cancha de tenis lo sabe mejor que yo, porque nada revela mejor la falta de ropa blanca que el hecho de que no tengas una raqueta en los vestuarios, ya que todos tus países bajos, con sus más bajas costumbres, han acabado por devorarse tu holanda.

POINS ¡Qué mal te sienta, después de haberte esforzado tanto, hablar con tal ligereza! ¿Cuántos jóvenes príncipes se expresarían así teniendo al padre tan enfermo como se encuentra ahora el tuyo?

PRÍNCIPE HENRY ¿Quieres que te diga algo, Poins?

POINS A fe mía que sí, y ojalá sea algo excelente.

PRÍNCIPE HENRY Nada que exceda tu nivel mental.

POINS Adelante, estaré a la altura de lo que digas.

PRÍNCIPE HENRY No es propio, te digo, que esté triste ahora que mi padre está enfermo; aunque bien podría decirte a ti, a quien me complace, para mal o para bien, llamar amigo, que podría estar triste, y mucho.

POINS Difícilmente, con semejante motivo.

PRÍNCIPE HENRY ¡Por mi vida que en perversidad y obstinación me crees tan avanzado en el libro diabólico como tú y Falstaff! Bien, que el fin sea la prueba de cada cual. Pero te digo que mi corazón sangra por la enfermedad de mi padre, y que cultivar la compañía de alguien tan vil como tú me impide, si reflexiono, cualquier manifestación de pena.

POINS ¿Y qué reflexionas?

PRÍNCIPE HENRY ¿Qué pensarías de mí si me pusiera a llorar?

POINS Que eres un principesco hipócrita.

PRÍNCIPE HENRY Lo mismo pensaría todo el mundo, y como todo el mundo tienes la bendición de pensar tú. Jamás el pensamiento de un hombre ha seguido mejor que el tuyo el camino de todo el mundo. Así que todo el mundo me creería un hipócrita. ¿Y qué induce a tu honorable cerebro a pensar eso?

POINS Bueno; que hayas sido tan disoluto y tan apegado a Falstaff.

PRÍNCIPE HENRY Y a ti.

POINS Por la luz que nos alumbra que de mí se habla bien: lo he oído con mis propias orejas. Lo peor que pueden decir de mí es que soy un segundón que se las arregla solo y un buen soldado; y, en confianza, no puedo negar ninguna de ambas cosas.

*Entran BARDOLPH
y el PAJE.*

Hostias, aquí viene Bardolph.

PRÍNCIPE HENRY Y el muchacho que le di a Falstaff. Cuando se lo di era un cristiano, y mira ahora en qué lo ha transformado ese canalla panzón: en un simio.

BARDOLPH Dios salve a vuestra gracia.

PRÍNCIPE HENRY Y a la tuya, noble Bardolph.

POINS (A BARDOLPH.) Vamos, burro virtuoso, tonto vergonzoso, ¿por qué siempre sonrojado? ¿Por qué te sonrojas ahora? ¡Si pareces una doncella y no un soldado! ¿Tanto lío por haberse bajado un par de cañas?

PAJE Este hombre me llamó, milord, detrás de la roja celosía de una taberna, y no pude distinguir su roja cara del rojo de la ventana. Finalmente discerní sus ojos, y me pareció que me espiaba desde dos agujeros hechos en las enaguas de la posadera.

PRÍNCIPE HENRY (A POINS.) ¿Ves cómo ha progresado el chico?

BARDOLPH ¡Fuera de aquí, hijoputa, conejo en dos patas! ¡Fuera de aquí!

PAJE ¡Fuera vos, canalla, pesadilla de Altea!

PRÍNCIPE HENRY A ver, muchacho, instrúyenos. ¿De qué pesadilla hablas?

PAJE Caramba, milord, Altea soñó que paría una antorcha. Por eso le dije pesadilla de Altea.

PRÍNCIPE HENRY ¡Tu interpretación bien vale una corona! (*Le da dinero.*) Aquí tienes, muchacho.

POINS ¡Ah, que este pimpollo nunca se agusane! (*Le da dinero al PAJE.*) Que estos seis peniques te protejan.

BARDOLPH Si no lo cuelgan con vosotros, será porque engañó a la horca.

PRÍNCIPE HENRY ¿Y cómo está tu amo, Bardolph?

BARDOLPH Bien, milord. Se ha enterado de que veníais a la ciudad. Aquí hay una carta para vos.

POINS Y entregada con debido respeto. ¿Y cómo está pasando tu amo su veranito de San Juan?

BARDOLPH Con buena salud del cuerpo, señor.

*El PRÍNCIPE HENRY
lee la carta.*

POINS Virgen Santa, son sus partes inmortales las que necesitan al médico. Claro que eso no lo inquieta, pues aunque las tenga enfermas no se muere.

PRÍNCIPE HENRY Le di a esa bola de sebo tanta confianza como a mi perro, y se aferra a su privilegio: mira cómo me escribe.

*Le da la carta
a POINS.*

POINS «John Falstaff, caballero.» Ha de decírselo a todo el mundo a la menor ocasión; igual que esos que tienen algún parentesco con el rey y que cuando se pinchan el dedo aprovechan para decir: «¡Ved cómo se derrama mi sangre real!» «¿Cómo es eso?», pregunta alguno que finge no entender. La respuesta está tan pronta como la gorra de un pedigüeño: «Soy un primo pobre del rey, señor».

PRÍNCIPE HENRY Para ser parientes nuestros tendrían que remontar su linaje hasta el hijo de Noé. Pero la carta... (*Lee.*) «Sir John Falstaff, caballero, al hijo del

rey más caro a su padre, Harry, príncipe de Gales: salud.»

POINS ¡Como si fuera el rey y tú el vasallo!

PRÍNCIPE HENRY ¡Silencio!... «Imitaré en brevedad a los honorables romanos.»

POINS Seguramente se refiere a su corto aliento, porque enseguida se queda sin aire.

PRÍNCIPE HENRY «Me encomiendo a ti, te encomio y te abandono.

No le des demasiada confianza a Poins, porque abusa tanto de tu favor que anda diciendo que te casarás con su hermana Nell.

Arrepiéntete de los momentos de ocio si es que puedes, y que te vaya bien.

Tuyo en las buenas y en las malas (y tú sabrás cuáles son cuáles), Jack Falstaff para mis allegados, John para mis hermanos y hermanas, y sir John para toda Europa.»

POINS Milord, empaparé esta carta en jerez y se la haré comer.

PRÍNCIPE HENRY Eso sería obligarlo a tragarse unas cuantas docenas de sus palabras.

¿Pero me usas de este modo, Ned? ¿Debo casarme con tu hermana?

POINS ¡Dios no le depare a la chica peor suerte! Pero nunca dije tal cosa.

PRÍNCIPE HENRY Bien, así perdemos el tiempo como bobos, mientras los espíritus de los sabios, flotando entre nubes, se burlan de nosotros. (A BARDOLPH.) ¿Tu amo está aquí en Londres?

BARDOLPH Sí, milord.

PRÍNCIPE HENRY ¿Dónde cena? ¿El viejo jabalí sigue comiendo en el chiquero de siempre?

BARDOLPH En el sitio de siempre, milord, en Eastcheap.

PRÍNCIPE HENRY ¿Y en qué compañía?

PAJE Con sus compinches del alma, ninguno converso.

PRÍNCIPE HENRY ¿Cena con él alguna mujer?

PAJE No, milord, salvo la anciana doña Siemprelista y doña Dolly Rajasábanas.

PRÍNCIPE HENRY ¿Y cuán puta será esa?

PAJE Una verdadera dama, señor, y pariente de mi amo.

PRÍNCIPE HENRY ¡Tan parientes como las vaquitas de la parroquia y los toros de la ciudad! ¿Y si les cayéramos por ahí a la hora de la cena, Ned?

POINS Soy tu sombra, señor, y te sigo.

PRÍNCIPE HENRY Caballeritos: tú, muchacho, y tú, Bardolph, ni una palabra a vuestro amo de que he llegado a la ciudad. (*Les da dinero.*) Esto es por vuestro silencio.

BARDOLPH No tengo lengua, señor.

PAJE Y en cuanto a la mía, señor, la tendré dominada.

PRÍNCIPE HENRY Adiós, idos ya.

*Salen BARDOLPH
y el PAJE.*

Esta Dolly Rajasábanas debe ser buena pieza.

POINS Y tan frecuentada como el camino entre Saint Albans y Londres.

PRÍNCIPE HENRY ¿Cómo haremos esta noche para ver a Falstaff en su salsa sin que él nos vea a nosotros?

POINS Pongámonos jubones de cuero y mandiles, y sirvámoslo como dos meseros.

PRÍNCIPE HENRY ¿De Dios a toro? ¡Vaya descenso! Así le pasó a Júpiter. ¿De joven príncipe a mozo principiante? Una transformación vulgar a la que me someteré, pues vale la pena hacer el tonto si el propósito es bueno. Vamos, Ned.

Salen.

ESCENA III

Entran el conde de NORTHUMBERLAND, LADY NORTHUMBERLAND y LADY PERCY.

NORTHUMBERLAND Os lo ruego, esposa e hija mías, suavizad el camino de mis ásperos asuntos; no adoptéis el visaje de estos tiempos ni seáis, como ellos, un problema para Percy.

LADY NORTHUMBERLAND Me he dado por vencida; nada más diré; obra a tu antojo; tú sabrás lo que haces.

NORTHUMBERLAND Ay, querida esposa, mi honor está empeñado y solo mi partida puede redimirlo.

LADY PERCY ¡Y sin embargo, en nombre de Dios, no vayáis a esa guerra! Hubo un tiempo, padre, en que faltasteis a vuestra palabra

cuando a ella os debíais más que hoy;
cuando vuestro Percy, el Harry de mi alma,
avizoraba el Norte, esperando
ver llegar a su padre con refuerzos.
Largamente miró, y en vano. ¿Quién
os persuadió de quedaros en casa
aquella vez? Hubo dos glorias
perdidas, la vuestra y la de él.
Que a la vuestra devuelva Dios su brillo;
la de él, a él estaba unida
tan firmemente como el sol
a la brillante bóveda del cielo
y su luz impulsaba a la bravura
a toda la caballería de Inglaterra.
De hecho era el espejo ante el cual
la joven nobleza se vestía.
No tenía piernas quien su paso no imitaba;
un hablar algo turbio, un defecto
con que Natura lo marcó, devino
acento propio de valientes;
los de habla lenta y clara abandonaban
su propia perfección por parecersele.
Así su dieta, su dicción, sus arrebatos,
su porte y sus rutinas militares,
sus gustos y placeres eran el ejemplo
y el espejo, el manuscrito y el libro
al que los otros se atenían. A él
(¡a esa maravilla, ese milagro de hombre,
que de nadie fue segundo ni de vos secundado!)
ante el dios espantoso de la guerra
en desventaja lo dejasteis,
en una lucha en que no tuvo más ayuda
que la fama del nombre Hotspur;
así lo abandonasteis. Nunca, ¡oh, nunca jamás!,
hagáis a su espectro la afrenta
de mantener vuestra palabra
más rigurosa y delicadamente
con otros que con él. Dejadlos solos.
El mariscal y el arzobispo son bien fuertes.
Si hubiera tenido mi dulce Harry
apenas la mitad de sus soldados

hoy estaría yo colgada de su cuello
hablando del entierro de Hal Monmouth.

NORTHUMBERLAND ¡Hijita, qué carácter del demonio!

Me desanimas lamentando nuevamente
mis pasados descuidos; mas debo partir
en busca del peligro: bien podría
encontrarme él a mí en un momento
en que estuviera menos preparado.

LADY NORTHUMBERLAND ¡Huye a Escocia, hasta que los nobles
y el pueblo armado den alguna muestra
de su poder!

LADY PERCY Si al rey aventajaran,
uníos a ellos como un nervio de acero
da más fuerza a lo fuerte. Pero,
por lo que más queráis, dejadlos probar solos.
Así hizo Percy, así le tocó hacer,
así he quedado viuda y no me alcanza
la vida para llorar lo bastante
sobre el recuerdo de mi noble esposo
de modo tal que su memoria crezca
y retoñe a la altura de los cielos.

NORTHUMBERLAND Venid, entrad conmigo. Mi espíritu
está cual la marea que alcanza su pico
y se detiene, sin crecer ni retirarse.
Me gustaría unirme al arzobispo
mas miles de razones me retienen.
Me decido por Escocia. Allí
estaré hasta que la ocasión y la victoria
suspiren por mi compañía.

Salen.

ESCENA IV

Una mesa dispuesta, con sillas. Entra un MOZO DE TABERNA, seguido de otro con un plato de orejones.

MOZO DE TABERNA PRIMERO ¿Qué demonios traes ahí? ¿Orejones? ¿No sabes que sir
John no los soporta?

MOZO DE TABERNA SEGUNDO Hostias, es verdad. Una vez el príncipe le puso delante un plato de orejones, y le dijo: «Los presento, señores: aquí sir John, aquí cinco Ore-Johns»; y quitándose el sombrero, agregó: «Mis respetos a los seis caballeros más reseco, redondo, arrugado y amarillos de Inglaterra». Sir John casi se muere de rabia, pero a esta altura no se acuerda de nada.

MOZO DE TABERNA PRIMERO Entonces tápalos, sírvelos y fíjate si encuentras por ahí a la murga de Ratero. Doña Rajasábanas querrá oír algo de música.

*Sale el MOZO DE TABERNA SEGUNDO.
El MOZO DE TABERNA PRIMERO cubre la mesa.
Entra el MOZO DE TABERNA SEGUNDO.*

MOZO DE TABERNA SEGUNDO Caballero, también estarán el príncipe y maese Poins. Se pondrán jubones y mandiles de los nuestros y sir John no debe saberlo; así dice Bardolph.

MOZO DE TABERNA PRIMERO ¡Cielo santo, se va a armar una buena! Es una estratagema excelente, excelente...

MOZO DE TABERNA SEGUNDO Voy a ver si encuentro a Ratero.

*Salen.
Entran doña SIEMPRELISTA y DOLLY RAJASÁBANAS, borracha.*

SIEMPRELISTA A fe mía, corazoncito, se me hace que estás resuperpuesta. Tu pulsión late tan extraordinariamente cuanto el corazón podría desearlo, y tienes las mejillas, te lo garanto, más coloradas que una rosa; pero mira, a fe mía, sinceramente has bebido demasiado canarias, y ese vino penetra que es una maravilla y se te perfumina por la sangre sin darte tiempo a decir «hola». ¿Te sientes bien?

DOLLY RAJASÁBANAS Voy mejoran... ¡hip!

SIEMPRELISTA ¡Bien dicho! La buena salud no tiene precio.

Entra FALSTAFF.

Mira, aquí llega sir John.

FALSTAFF (*Canta.*) «Ay qué siglo noble y puro...» ¡Vacíen ese orinal! (*Sigue cantando.*) «... le tocó al rey Arturo...» ¿Qué tal doña Dolly?

SIEMPRELISTA Mareada como un murciélago, doy palabra.

FALSTAFF Muy propio de su gremio; cuando no se menean, se marean.

DOLLY RAJASÁBANAS ¿Ese es el consuelo que me das? ¡Ojalá revientes como un sapo, sucio, canalla!

FALSTAFF Doña Dolly, vosotras hacéis bastante para que los hombres revienten.

DOLLY RAJASÁBANAS ¿Qué tengo que ver yo? Reventarás por la gula y la enfermedad, no por mí.

FALSTAFF Si el cocinero ayuda a la gula, vosotras ayudáis a la enfermedad, Dolly. Tomamos de vosotras tantas cosas, Dolly, tantas cosas; créeme lo que te digo, mi pobre virtud, créeme.

DOLLY RAJASÁBANAS Sí, Jesús, tomáis nuestras cadenillas y nuestras joyas.

FALSTAFF Sí, y vuestros broches, perlas y carbunclos; porque ser valiente en el servicio es marchar sin pausa, sabes; precipitarse en cualquier brecha con la pica valientemente enarbolada, afrontar con valentía el bisturí del cirujano, y, como un valiente, ni siquiera detenerse ante los cañones cargados de pólvora...

DOLLY RAJASÁBANAS ¡Que te cuelguen, bagre barrero!

SIEMPRELISTA Palabra, que es la misma historia de siempre. No hay vez que os encontréis sin disputear por algo. Sois más reumáticos, palabra de honor, que dos tostadas resacas; no tenéis la menor tolerancia con las deformidades del otro. ¡Demonios! Alguien ha de ser tolerante, (a DOLLY) y esa tienes que ser tú; el barco más frágil y menos cargado, como dicen, debe ceder el paso.

DOLLY RAJASÁBANAS ¿Y puede acaso un frágil y vacío barquito soportar un barril tan grande y lleno? Allí dentro hay un cargamento entero de vino de Burdeos; no se ha visto jamás barco mejor lastrado. Ven, Jack, y hagamos las paces. Vas a la guerra y nadie nos garantiza que nos veamos de nuevo.

Entra un MOZO DE TABERNA.

MOZO DE TABERNA Señor, el portaestandarte Pistola está abajo, y quisiera hablar con vos.

DOLLY RAJASÁBANAS Que lo ahorquen, cretino camorrista. No lo dejéis subir; es el canalla más bocasucia de Inglaterra.

SIEMPRELISTA Si es camorrista, no lo dejéis subir. No, a fe mía, no, que yo debo convivir con mis convecinos. Camorreos no. Tengo mi buen nombre y mi honor está entre los más limpios. Cerrad la puerta; que no entre ningún camorrista. No pienso empezar con camorricaciones a esta altura de mi vida. Cerrad la puerta, os lo ruego.

FALSTAFF ¿Me puedes escuchar un momento, posadera?

SIEMPRELISTA Cálmate a ti mismo, sir John. Aquí no sube ningún camorrista.

FALSTAFF ¿Me oyes? Es mi portaestandarte.

SIEMPRELISTA ¡Me importa un pito, sir John, no quiero saber nada de él! Tu portaestandarte camorrista no sube y no sube. El otro día me encontré con el señor Tísico, el delegado, y me dijo textualmente (no fue mucho más allá del miércoles pasado, a fe mía) «Vecina Siemprelista», me dijo (y maese Mudo el pastor de nuestra iglesia andaba por ahí), «Vecina Siemprelista» dijo, «reciba gente decente, porque», dijo, «está usted echando a perder su reputación». Así dijo, y yo sé por qué lo dijo. «Porque», dijo, «usted es una mujer honesta, y por tal se la tiene; por lo tanto ponga atención a los huéspedes que recibe. No reciba», dijo, «a agentes de la camorra». No subirá ni uno solo aquí. Te hubiera encantado escuchar lo que dijo. No, nada de camorristas.

FALSTAFF No es un camorrista; reconozco que jugando a las cartas no es del todo fiable, pero por lo demás es completamente inofensivo. Puedes apalearlo tan tranquilamente como a un perro faldero. Desistiría de buscarle camorra a una linda gallinita de Guinea apenas erizase un poco las plumas en señal de resistencia. Hazlo subir, mozo.

Sale el MOZO DE TABERNA.

SIEMPRELISTA ¿Cartas, has dicho? No le vedaré el ingreso a mi casa a alguien que se dedica al honesto oficio de llevar cartas, pero la camorra no me gusta, palabra que no, me pongo fatal nomás oír hablar de camorristas. Sentid, señores, cómo tiemblo, sentid, no os miento.

DOLLY RAJASÁBANAS En efecto, tiembla.

SIEMPRELISTA ¿No es cierto que sí? Sí, por cierto que sí, tiemblo como una hoja de álamo temblón. Virgen Santa, no soporto a los camorristas.

Entran PISTOLA, BARDOLPH y el PAJE.

PISTOLA ¡Dios os guarde, sir John!

FALSTAFF Bienvenido, portaestandarte Pistola. Hete aquí una buena copa de jerez: hazte cargo de ella, y descarga una salva de artillería en honor de mi posadera.

PISTOLA Estoy dispuesto a descargar contra ella, sir John, no uno, sino dos tiros.

FALSTAFF Veo difícil que le hagan mella, caballero; es a prueba de balas.

SIEMPRELISTA No pienso beber ni mellas ni balas; no beberé más que lo que se me antoje a mí, y no para gusto de ninguno, yo.

PISTOLA ¿Y vos que decís, doña Dorothy? Podría tiraros a vos.

DOLLY RAJASÁBANAS ¿A mí? ¿Cómo se te ocurre, casposo, mugriento? ¿Qué se ha creído el arrastrado y miserable, el tramposo culosucio? ¡Fuera de aquí, canalla podrido, fuera! Yo soy bocado para tu señor, no para ti.

PISTOLA ¿De qué la vas Dorothy? Mira que...

DOLLY RAJASÁBANAS ¡Fuera, fuera, ratero asqueroso, punguista, manolarga! Te juro por este vino que como se te ocurra jugar conmigo a la navajita atrevida, te entierro mi cuchillo hasta el mango en la podrida boca. ¡Fuera, borrachín de mala muerte, espadón de feria! ¡Mírenmelo, al señor soldado! ¡Dios del cielo, con charreteras y todo! ¡Habrased visto!

Esgrime un cuchillo.

PISTOLA (*Desenvainando.*) ¡Esto te costará el cuello, cretina!

SIEMPRELISTA ¡Aquí no, buen capitán Pistola! ¡Por favor, no, mi querido capitán!

DOLLY RAJASÁBANAS ¿Capitán? ¿No te da vergüenza, abominable tramposo, que te llamen capitán? Si los capitanes hicieran lo que es debido te molerían a palos por tomar su grado sin merecerlo. ¿Capitán tú, esclavo? ¿Capitán por qué? ¿Por romperle el cuello a una pobre puta vieja en un burdel? ¡Capitán! Que lo cuelguen, miserable rufián, que vive de la fruta pasada y los pasteles mohosos. ¡Capitán, este canalla! Dios del cielo, tipos como este harán la palabra «capitán» tan odiosa como la palabra «montar», que era una palabra perfectamente honesta hasta que se encimó con malas compañías; si yo fuera capitán me preocuparía bastante.

BARDOLPH Vamos, baja, mi buen portaestandarte.

FALSTAFF Tranquila, Dolly, ya basta.

Se la lleva a un lado.

PISTOLA ¡No y no! ¡Sabes lo que te digo, teniente Bardolph! Yo podría hacerla pedazos. Me las pagará.

PAJE Por favor, baja.

PISTOLA No sin antes haberla condenado
a la infernal laguna de Plutón.
Mira esta mano: por ella
ha de caer en la profunda sima
donde el Erebo ríe y sus víctimas lloran.
¡Firmes la línea y el anzuelo, digo!
¡Abajo, abajo, perros traidores!

¡Nada temo si está mi Herena aquí!

Desenvaina la espada.

SIEMPRELISTA Capitán Quepistola, tranquilo, cariño. A fe mía, es muy tarde. El suelo nos asista, basta ya, agravad vuestra cólera.

PISTOLA ¡Ah, si es cosa de risa! ¿Cómo unas bestias de tiro, unos jamelgos que alimentados de huecas promesas apenas cubren treinta millas en un día, podrían compararse a un griego troyano, a un César o un Caníbal?
¡No, que se vayan con el rey Cerbero aunque ruja la bóveda celeste!
¿O acaso vamos a volvernos locos por semejantes tonterías?

SIEMPRELISTA De veras que son palabras muy amargas, capitán.

BARDOLPH Vete, Pistola, amigo, antes que tengamos aquí una batalla campal.

PISTOLA ¡Mueran los hombres como perros!
¡Repartid reinos como chucherías!
¡Nada temo, si está mi Herena aquí!

SIEMPRELISTA Palabra, capitán, que no está. ¿Creéis que si estuviera os la negaría?
¡Por el amor de Dios, calmaos!

PISTOLA Bien, come y engorda, mi bella Calípolis.
Vamos, traigan un poco de jerez.
Si fortune me tormente, sperato me contento.
¿Tenemos miedo a los cañones? ¡No! ¿Al diablo? ¡No!
Traed un poco de jerez. Y tú, cariño descansa aquí.

Deja su espada en el suelo.

¿Acabaron ya todas las disputas o alguna pulla falta por montar?

Bebe.

FALSTAFF Pistola, quisiera estar tranquilo.

PISTOLA Caballero, beso vuestra dulce manopla. ¡Hemos marchado juntos bajo tantas estrellas!

DOLLY RAJASÁBANAS Por el amor de Dios, tíralo por la escalera. No soporto a un canalla tan charlatán.

PISTOLA ¿«Tíralo por la escalera»? ¿No hemos oído hablar de las yeguas de Galloway, que a cualquier jinete pueden soportar?

FALSTAFF Bardolph, sácalo al aire libre. Se da demasiados humos; que se evapore de una vez.

BARDOLPH (A PISTOLA.) Vamos, fuera, abajo.

PISTOLA ¿Qué, tenemos que operar? ¿Hay una sangría que hacer?

Agarra su espada.

¡Que me duerma acunado por la muerte
y se abrevien así mis tristes días!
¡Que mis horribles, abiertas heridas
devanen la madeja de las Parcas!
¡Ven, Atropos, a mí!

SIEMPRELISTA ¡Zas, ahora sí que se armó!

FALSTAFF Pásame mi estoque, muchacho.

SIEMPRELISTA ¡Por favor, Jack, no desenvaines!

FALSTAFF (A PISTOLA.) Vamos, vete.

*Esgrime su estoque.
Pelean.*

SIEMPRELISTA ¡Bonito escándalo! Si he de vivir de sobreasalto en sobreasalto, renuncio a tener posada. (FALSTAFF *ataca.*) ¡Lo que faltaba, tener aquí un señor asesinado! (PISTOLA *ataca.*) ¡Ay, ay, envainad, envainad esos desnudos aceros!

Sale PISTOLA, perseguido por BARDOLPH.

DOLLY RAJASÁBANAS Calma, Jack, por favor; el canalla ya se ha ido. ¡Ah, Jack, hijo de puta, qué valiente habías resultado, cretinito mío!

SIEMPRELISTA ¿No estarás herido en la ingle? Me pareció que te había dado una fea estocada en la barriga.

Regresa BARDOLPH.

FALSTAFF ¿Lo echaste a la calle?

BARDOLPH Sí, señor; el canalla está borracho. Lo habéis herido en un hombro.

FALSTAFF ¡Vulgar canalla! ¡Desafiarme a mí!

DOLLY RAJASÁBANAS ¡Ah, picarón! ¡Pobre tontito, cómo sudas! Ven, déjame que te seque la cara. Venga para acá, mi gordito hijo de puta. Ah, cretino, por Dios, te quiero tanto. Eres tan valiente como Héctor de Troya, y vales por cinco Agamenones y diez veces más que los Nueve de la Fama. ¡Ah, verraco!

FALSTAFF ¡Un canalla andrajoso! Voy a mantear a ese cretino hasta que revienta.

DOLLY RAJASÁBANAS Si necesitas hacerlo, hazlo. Y si lo haces, yo te daré una manteadita entre dos sábanas.

Entran MÚSICOS.

PAJE Ha llegado la música, señor.

FALSTAFF Tocad, señores.

Los MÚSICOS tocan.

Siéntate en mis rodillas, Dolly. ¡Un canalla andrajoso y fanfarrón! El cretino ha escapado de mí como el azogue.

DOLLY RAJASÁBANAS A fe mía que sí, y tú lo perseguiste como una iglesia. Vamos a ver, hijoputa, puerquito cebado de San Bartolomé, cuándo dejas de dar golpes por el día y puntazos por la noche y empiezas a preparar tu viejo cuerpo para el cielo.

*Entran el PRÍNCIPE HENRY
y POINS disfrazados
de mozos de taberna.*

FALSTAFF Calla, querida Dolly, no hagas de calavera; no me invites a pensar en mi fin.

DOLLY RAJASÁBANAS Dígame usted, muy señor mío, ¿qué tal es el príncipe?

FALSTAFF Un buen muchacho, aunque un poco vacío. No habría sido un mal pinche de cocina; para pelar papas puede servir.

DOLLY RAJASÁBANAS ¿Y Poin? Dicen que es bastante ingenioso.

FALSTAFF ¿Ingenioso, Poin? ¡Que lo cuelguen, a ese mandril! Tiene un cerebro más duro que la mostaza de Tewkesbury y menos imaginación que un martillo de madera.

DOLLY RAJASÁBANAS ¿Y por qué pues el príncipe lo quiere tanto?

FALSTAFF Porque ambos calzan medias de la misma talla, y Poin tira bien los tejos,

come bagre y come hinojo, bebe ron de una fuente donde flotan velitas encendidas, juega al rango con los muchachos, salta taburetes con los pies atados, jura con gracia, usa botas ajustadas. Y no fastidia con historias edificantes. Es por estas y otras divertidas facultades, que denotan una mente débil y un cuerpo fuerte, que el príncipe lo quiere. Y el príncipe es igual a él: pon a cada uno en un platillo de la balanza, y el peso de un cabello bastará para inclinarla.

PRÍNCIPE HENRY (*Aparte, a POINS.*) ¿No merecería esta rueda de carro que le cortaran las orejas?

POINS Démosle una paliza delante de su puta.

PRÍNCIPE HENRY Mira cómo el viejo decrepito se hace rascar la cabeza como un loro.

POINS ¿No es raro que el deseo sobreviva tanto tiempo a la potencia?

FALSTAFF Bésame, Dolly.

Ella lo besa.

PRÍNCIPE HENRY ¡Saturno y Venus han entrado en conjunción! ¿Qué dice el almanaque?

POINS ¡Y su criado, el Triángulo de Fuego del Zodíaco, cuchichea al oído de la exfulana de su amo, su paño de lágrimas, su confidente!

FALSTAFF (*A DOLLY.*) Me das unos besos de lo más zalameros.

DOLLY RAJASÁBANAS Te los doy con amor verdadero y constante.

FALSTAFF Soy viejo, soy viejo.

DOLLY RAJASÁBANAS Me gustas más que cualquiera de esos jovencitos llenos de caspa.

FALSTAFF ¿Qué tela te gustaría para un vestido? Recibiré dinero el jueves; mañana tendrás un sombrero. ¡Una canción alegre! (*Música otra vez.*) Vamos, se hace tarde; debemos acostarnos. Me olvidarás no bien me vaya.

DOLLY RAJASÁBANAS Hablando así conseguirás que lllore. De verdad, no me pondré bonita nunca más hasta que vuelvas... Espera, y ya verás.

FALSTAFF Francis, un poco de jerez.

PRÍNCIPE HENRY Y POINS (*Adelantándose.*) Ya voy, ya voy, señor.

FALSTAFF ¡Vaya, un bastardo del rey! ¿Y tú no eres el hermano gemelo de Poins?

PRÍNCIPE HENRY ¡Y bien, globo inmundo, de continentes enteros de pecados, mira la vida que llevas!

FALSTAFF Mejor que la tuya: yo al menos soy un caballero, tú sacas corchos y pones manteles.

PRÍNCIPE HENRY Así es: pero a ti te sacaré de aquí por las orejas.

SIEMPRELISTA ¡Que el Señor guarde a su majestad! ¡Por mi fe, bienvenido a Londres! ¡Que el Señor bendiga ya mismo vuestro dulce rostro! ¡Oh, Jesús!, ¿estáis llegando de Gales?

FALSTAFF ¡Ah, loco e hideputa montón de majestad! Mira aquí: por esta carne alegre y esta sangre corrompida, bienvenido seas.

DOLLY RAJASÁBANAS ¿Qué te pasa, gordo asqueroso? ¿Qué idioteces dices?

POINS (*Al PRÍNCIPE HENRY.*) Si no machacas esto en caliente, te apartará de tu venganza y hará de todo una broma.

PRÍNCIPE HENRY (*A FALSTAFF.*) ¡Tú, hijo de puta, fábrica andante de velas de sebo! ¡Con qué vileza has hablado de mí ante esta virtuosa, decente y amable señorita!

SIEMPRELISTA Que Dios bendiga vuestro buen corazón. Eso es ella, sí señor.

FALSTAFF (*Al PRÍNCIPE HENRY.*) ¿Has escuchado todo lo que dije?

PRÍNCIPE HENRY Sí, y tú me reconociste perfectamente, como cuando huiste en Gad's Hill; sabías que estaba detrás de ti y hablaste adrede para poner a prueba mi paciencia.

FALSTAFF No, no y no. No es verdad; yo no sabía que estabas escuchando.

PRÍNCIPE HENRY Te voy a hacer confesar que me insultaste adrede, y luego verás el castigo que te tengo preparado.

FALSTAFF No hubo insultos, Hal. Por mi honor, ningún insulto.

PRÍNCIPE HENRY ¿No? ¿Y qué fue el desprecio de llamarme «pinche de cocina», «pelapapas» y no sé cuántas cosas más?

FALSTAFF No fueron insultos, Hal.

POINS ¿No fueron insultos?

FALSTAFF Nada de insultos, Ned; en absoluto, honesto Ned, ningún insulto. Lo menosprecié ante los perdidos (*al PRÍNCIPE HENRY*) para que los perdidos no se aficionaran a ti; haciendo lo cual me comporté como un amigo solícito y un súbdito leal, y tu padre de seguro me lo agradecerá. Nada de insultos,

Hal; no, Ned, nada; de veras que no, hijos míos, no.

PRÍNCIPE HENRY A ver cómo evitas que tu puro miedo y completa cobardía te dejen mal parado con esta virtuosa señorita que está aquí junto a nosotros. Dime ¿está ella entre los perdidos? ¿Es tu posadera, aquí, una perdida? ¿O el perdido es tu paje? ¿O lo es el honesto Bardolph, cuya nariz arde de encendida devoción?

POINS Responde, olmo muerto, responde...

FALSTAFF El Malo ha puesto a Bardolph en la lista de los irrecuperables y su cara es la cocina personal de Lucifer, donde se preparan exclusivamente amigos-del-trago a la parrilla. En cuanto al muchacho, un ángel bueno anda tras él, pero también el diablo está interesado en esa mercadería.

PRÍNCIPE HENRY ¿Y las mujeres?

FALSTAFF Una de ellas ya arde en el infierno, y hasta contagia su ardor a otras pobres almas. En cuanto a la otra, me ha prestado dinero; si será condenada por eso, no lo sé.

SIEMPRELISTA Te garantizo que no.

FALSTAFF No, supongo que no; supongo que en un proceso por usura saldrías bien librada. Pero, por la Virgen, hay contra ti otra acusación que acaso sí te lleve al infierno: dicen que, contrariando la ley, permites que se consuma carne en tu establecimiento.

SIEMPRELISTA Eso se hace en todas las posadas. ¿Qué importa un poco de carne, un pernil o dos, en toda una Cuaresma?

PRÍNCIPE HENRY Usted, noble señorita...

DOLLY RAJASÁBANAS ¿Qué dice su alteza?

FALSTAFF Su alteza dice cosas contra las cuales su carne se rebela.

PETO *llama a la puerta
desde dentro.*

SIEMPRELISTA ¿Quién llama tan fuerte? Ve a ver quién es, Francis.

Entra PETO.

PRÍNCIPE HENRY Peto, ¿cómo estás? ¿Qué novedades hay?

PETO Vuestro padre, el rey, está en Westminster
y veinte mensajeros extenuados
llegan del Norte; en el camino hacia aquí
dejé a unos doce capitanes

descubiertos, sudorosos, golpeando
la puerta en las tabernas, preguntando
a todo el mundo por sir John Falstaff.

PRÍNCIPE HENRY Oh, cielos, Poins, me siento muy culpable
de profanar tan vanamente
un tiempo tan precioso
mientras la tempestad de la revuelta,
preñada, como el viento sur, de negras nubes,
empieza a derramarse sobre nuestras
cabezas desarmadas. Dame ya
capa y espada. Falstaff, buenas noches.

Salen el PRÍNCIPE HENRY y POINS.

FALSTAFF Ahora venía el bocado más dulce de la noche, y hay que partir dejándolo
intacto.

*Golpean a la puerta.
Sale BARDOLPH.*

¿Más golpes a la puerta?

Entra BARDOLPH.

¿Qué hay? ¿Qué pasa ahora?

BARDOLPH Debéis marchar ya mismo, sir. Una docena de capitanes os esperan a la
puerta.

FALSTAFF (*Al PAJE.*) Paga a los músicos, caballero. Adiós, posadera; adiós, Dolly.
Ya veis, muñecas, cuán requeridos son los hombres de mérito. El inútil se
va a dormir tranquilo mientras el hombre de acción es llamado a filas.
Adiós, muñequitas. Si no me despachan enseguida, pasaré a veros antes de
partir.

Salen los MÚSICOS.

DOLLY RAJASÁBANAS No puedo hablar. Si no estuviera a punto de estallarme el
corazón... Bien, dulce Jack, cuídate mucho.

FALSTAFF Adiós, adiós.

Sale con BARDOLPH, PETO y el PAJE.

SIEMPRELISTA Bueno, que te vaya bien. Te conocí hace veintinueve años en la
estación de los guisantes, y no sé de otro más honesto y de corazón más
leal. Bueno, que te vaya bien.

BARDOLPH (*Asomándose.*) ¡Doña Rajasábanas!

SIEMPRELISTA ¿Qué pasa?

BARDOLPH Dígale a doña Rajasábanas que venga. Mi amo quiere decirle algo.

SIEMPRELISTA ¡Corre, Dolly, corre! Corre, ve, buena Dolly.

Salen por distintas puertas.

TERCER ACTO

ESCENA I

*Entra el REY HENRY en camisión,
con un paje.*

REY HENRY (*Entrega unas cartas.*)

Ve, llama a los condes de Surrey y de Warwick.
Pero antes de que vengan, diles que les pido
que lean estas cartas con cuidado.

Sale el paje.

Ya duermen a estas horas miles de mis súbditos
más pobres. Ah, el sueño, dulce sueño
que por Natura vela, ¿tanto te espanté
que ahora ya no pesas más sobre mis párpados
ni hundes mis sentidos en la nada?
¿Por qué prefieres, sueño, chozas malolientes,
donde te tiendes en incómodos jergones
entre moscas nocturnas que, zumbando,
acunan tu letargo, y desprecias
perfumadas recámaras de nobles,
sus lechos ricamente doselados
y envueltos por el son de dulces melodías?
Ah, dios obtuso que te acuestas con los siervos
en lechos repugnantes, ¿por qué niegas
tu visita al lecho de los reyes,
como si fuera garita de vigía
o alarma de reloj? ¿Has de cerrar
los ojos del grumete y mecer su mente
en la agitada cuna del oleaje
mientras todos los vientos se desatan
encrespando la cima de las olas,
rizando sus cabezas como monstruos
colgados de las nubes tornadizas,
con una batahola tal que hasta la misma
muerte se despierta? ¿Y puedes, arbitrario,
dar descanso al húmedo grumete
en hora tan brutal, y en la noche más calma,

con todos los recursos a tu alcance,
negárselo a un rey? Dormid, entonces,
los pobres y felices. Mi cabeza
coronada me priva de esa suerte.

Entran los condes de WARWICK y Surrey.

WARWICK ¡Muy buenos días a su majestad!

REY HENRY ¿Ya es el buen día?

WARWICK Más de la una.

REY HENRY Entonces buenos días, mis señores.
¿Habéis leído la carta que os mandé?

WARWICK Sí, mi señor.

REY HENRY Sabéis entonces que el cuerpo de la nación
está apestado: crecen en él males
horribles, que amenazan detener
su corazón.

WARWICK Es solamente un cuerpo destemplado,
que recuperará su antigua fuerza
con poca medicina y bien aconsejado.
Northumberland muy pronto se apaciguará.

REY HENRY ¡Oh, Dios, si se pudiera leer el destino
como un libro, y ver los cambios de los tiempos
que aplanan las montañas y, cansados
de su sólida firmeza, derriten continentes
dentro del mar! ¡Y ver también cómo se ensancha
el cinturón de playas que, ciñendo el talle
de Neptuno, contiene los océanos!
¡Burlón, destino vierte en la copa del cambio
licores de variada cualidad!
¡Ah, si pudiera verse todo esto,
el joven más feliz, al conocer su vida
y ver los riesgos a pasar y las penurias
que acechan su camino, sin dudarlo
el libro cerraría, prefiriendo
quedarse allí sentado hasta morir!
Northumberland y Richard celebraban
banquetes amistosos diez años atrás;
un par de años más tarde, combatían.

Ocho años apenas han pasado
desde que Percy fuera mi hombre más querido:
bregaba por mi causa como hermano,
jugándose por mí la vida misma.
¡Si hasta llegó, por mí, a desafiar
a Richard en la cara! Alguno lo vio...
(A WARWICK.) Según recuerdo, primo Neville, tú viste
a Richard, desbordándole las lágrimas,
vencido y ya humillado ante Northumberland,
decir estas palabras, pura profecía:
«Northumberland, tú habrás de ser la escalera que lleve
a Bolingbroke, mi primo, a ocupar mi trono».
Entonces, y ante Dios lo juro, no era esa
mi intención: fui forzado por los graves
apremios del momento a sellar
mi unión con la corona. Y dijo después:
«Ha de llegar la hora, llegará,
en que este absceso pútrido reviente,
esparciendo pecado y corrupción».
Predijo así el mal que ahora nos aqueja
y que ha acabado con nuestra amistad.

WARWICK En toda vida humana hay una historia
que repite historias del pasado,
cuyo adecuado estudio nos permite,
a veces con acierto, actuar como profetas
de cosas todavía no ocurridas
y que en su germen yacen, incipientes.
El tiempo las empolla y les da vida;
según este fatal razonamiento
pudo el rey Richard suponer
que el gran Northumberland, traidor con él,
encontraría en vos suelo más fértil
para sembrar su germen de falsía.

REY HENRY ¿Son estas cosas pues inevitables?
Perfecto, enfrentémoslas así;
exige atención lo inevitable.
El obispo y Northumberland, se dice,
están al frente de cincuenta mil soldados.

WARWICK No puede ser, señor. El rumor, tal como
el eco de la voz, duplica lo temido.

Id a vuestro lecho, majestad.
Os juro por mi alma, mi señor:
las fuerzas que enviasteis al combate
conseguirán un triunfo fácilmente.
Para tranquilizaros más, os digo
con certeza que Glendower está muerto.
Habéis pasado enfermo quince días,
y no dormir por cierto agrava
vuestra indisposición.

REY HENRY Aceptaré el consejo.

Y cuando acaben estas guerras intestinas,
señores, partiremos hacia Tierra Santa.

Salen.

ESCENA II

Entran los jueces HUECO y SILENCIO.

HUECO ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Venga esa mano, señor, venga esa mano. Por Dios, qué madrugador! ¿Y cómo le va a mi buen compadre Silencio?

SILENCIO Buenos días, buen compadre Hueco.

HUECO ¿Y cómo está mi comadre, tu compañera de lecho? ¿Y tu hija y ahijada mía, la bella Ellen?

SILENCIO Ni tan bella, compadre Hueco; un pajarito negro.

HUECO Sea lo que Dios quiera, señor, apuesto a que mi compadre William es un buen estudiante. ¿Sigue en Oxford, verdad?

SILENCIO Así es señor, y bastante me cuesta.

HUECO Pronto ha de pasar a las aulas de Derecho. Yo alguna vez estuve en las de Clement's Inn, y pienso que todavía estarán hablando por ahí del loco de Hueco.

SILENCIO Entonces te llamaban «el tremendo Hueco», compadre.

HUECO Cielo santo, me decían cualquier cosa, y de hecho no había nada que no hiciera, por cierto, y además, a tope. Estaba yo, y el pequeño John Pocacosa, de Staffordshire, y el negro George Corrales, y Francis Roehuesos, y Will Bocón, un muchacho de los Cotswold... Desde entonces no han vuelto a verse cuatro camorristas semejantes en todas las escuelas

de Derecho. Y te digo que sabíamos dónde encontrar buena mercadería, y teníamos las mejores chicas a nuestra disposición. Y estaba Jack Falstaff, hoy sir John, por aquel entonces un muchacho, paje de Thomas Mowbray, duque de Norfolk.

SILENCIO ¿Ese sir John, compadre, que está al llegar en busca de soldados?

HUECO El mismo sir John; exactamente el mismo. Lo vi romperle la cabeza a Scoggin en la puerta del palacio cuando era solo un mocoso así de alto. Y ese mismo día yo me peleé detrás del Gray's Inn con un tal Sansón Bacalao, un frutero. ¡Jesús, qué días más locos aquellos! Y pensar que tantos de mis viejos conocidos están muertos.

SILENCIO Todos hemos de seguirlos, compadre.

HUECO Cierto, es cierto; así es, seguro que sí. La muerte, como dice el salmista, es segura para todos; todo ha de morir. ¿A cuánto está una buena yunta de bueyes en la feria de Stamford?

SILENCIO Palabra que no he pasado por allí.

HUECO La muerte es segura. ¿El viejo Double de tu pueblo está vivo todavía?

SILENCIO Muerto, señor.

HUECO ¡Muerto! ¡Jesús, Jesús! ¡Un fenómeno tirando con el arco; y muerto! Un tiro tirando tiros. Juan de Gante lo adoraba, y apostaba fortunas por él. Podía dar en el blanco a doce veintenas de pasos, y disparar tan derecho a catorce o catorce y media, que se te alegraba el corazón de verlo. ¿A cuánto están las veinte ovejas?

SILENCIO Según; una veintena de buenas ovejas debe andar por las diez libras.

HUECO ¿Y el viejo Double está muerto, nomás?

SILENCIO Aquí vienen dos hombres de sir John Falstaff, creo.

*Entran BARDOLPH
y el PAJE.*

Buenos días, honorables caballeros.

BARDOLPH Por favor, señores, ¿cuál de vosotros es el juez Hueco?

HUECO Yo soy Robert Hueco, un pobre hidalgo de este condado, y juez de paz de su majestad. ¿Qué deseáis de mí?

BARDOLPH Os traigo saludos de mi capitán, señor. Mi capitán, un grandioso gentilhomme, ¡viva el cielo!, y un muy gallardo comandante.

HUECO Me honran sus saludos, señor. Siempre lo he tenido por un buen sable.
¿Cómo está el buen caballero? ¿Puedo preguntar por milady, su esposa?

BARDOLPH Perdón, señor, un soldado está mejor acomodado sin esposa.

HUECO Bien dicho, a fe mía, bien dicho, señor, y de hecho está bien dicho, además.
«Mejor acomodado.» Está muy bien; vaya, si lo está. Las buenas expresiones seguramente son, y han sido siempre, muy loables.
«Acomodado»... Eso viene de *acomodo*, *acomodas*, *acomodat*. Muy bien, una buena expresión.

BARDOLPH Perdón, señor, he oído la palabra... ¿«expresión», dijo vuesa merced?
Por el momento, no sé nada de expresiones, pero mantendré con la punta de mi espada que la palabra es muy propia de un militar, una excelente voz de mando, ¡viva el cielo! «Acomodado»: o sea, cuando un hombre está, como se dice, acomodado, o cuando un hombre se comporta de modo tal que podría pensarse que es acomodado; lo cual es excelente.

Entra FALSTAFF.

HUECO Es muy cierto. Mirad, aquí llega el buen sir John. (A FALSTAFF.) Dadme vuestra mano, dadme vuestra buena mano, señoría. A fe mía, lucís bien, y lleváis más que bien vuestros años. Bienvenido, buen sir John.

FALSTAFF Me alegra veros bien, buen maese Robert Hueco. (A SILENCIO.) ¿Maese Cartadetriunfo, supongo?

HUECO No, sir John, es mi compadre Silencio, que ejerce de juez de paz aquí conmigo.

FALSTAFF Buen maese Silencio, es apropiado que seáis un hombre de paz.

SILENCIO Bienvenida su señoría.

FALSTAFF ¡Puf, esto sí que es calor, caballeros! ¿Me tenéis media docena de hombres aptos para el servicio?

HUECO ¡Virgen santa, sí los tenemos, señor! ¿Queréis sentaros?

FALSTAFF Dejadme verlos, por favor.

Se sienta.

HUECO ¿Dónde está la lista? ¿Dónde está la lista? ¿Dónde está la lista? A ver, a ver, a ver. Bueno, bueno, bueno, bueno, bueno. Sí, señor, ¡Virgen santa!: Ralph Mohoso. (A SILENCIO.) Que vayan pasando mientras los llamo, vamos, pasando, vamos, vamos. A ver; (llama) ¿dónde está Mohoso?

Entra MOHOSO.

MOHOSO Aquí, para serviros.

HUECO ¿Qué os parece, sir John? Buenos brazos, buenas piernas, un muchacho joven, fuerte y de buena familia.

FALSTAFF ¿Te llamas Mohoso?

MOHOSO Sí, para serviros.

FALSTAFF Hace mucho que no te usan.

HUECO ¡Ja, ja, ja, un gran chiste, palabra! Lo que no se usa se llena de moho. Está muy bueno, de verdad, tiene gracia, sir John, mucha gracia.

FALSTAFF Apúntalo.

MOHOSO Ya me han tomado bastante de punto; ahora podríais dejarme tranquilo. Mi pobre vieja va a quedar deshecha, sin nadie que le haga la huerta ni nada. No necesitáis apuntarme, para nada; hay otros más aptos que yo para ir.

FALSTAFF Vamos, Mohoso, tranquilo. Vindrás, Mohoso; es hora de que te den uso, y hasta abuso.

MOHOSO ¿Abuso?

HUECO Calma, muchacho, calma. Hazte a un lado. (MOHOSO *se aparta.*) ¿Dónde crees que estás? A ver el otro, sir John, dejadme ver... ¡Simon Sombra!

FALSTAFF ¡Por la Virgen! Este me servirá para sentarme debajo. Como soldado, puede llegar a ser un poco frío.

HUECO (*Llama.*) ¿Dónde está Sombra?

Entra SOMBRA.

SOMBRA Aquí, señor.

FALSTAFF Sombra, ¿de quién eres hijo?

SOMBRA Hijo de mi madre, señor.

FALSTAFF ¡Hijo de tu madre! Es probable, y la sombra de tu padre. Porque el hijo de una mujer es la sombra de un hombre. De hecho, a menudo es así, pero ¡vaya uno a saber cuánto hay de la sustancia del padre!

HUECO ¿Os gusta, sir John?

FALSTAFF Sombra servirá para el verano. Apúntalo; en los registros de reclutamiento nunca está de más algún fantasma.

HUECO (*Llama.*) ¡Thomas Verruga!

Entra VERRUGA.

VERRUGA Presente, señor.

FALSTAFF ¿Te llamas Verruga?

VERRUGA Sí, señor.

FALSTAFF Eres una verruga bastante peluda y desflecada.

HUECO ¿Lo apunto, señor?

FALSTAFF Mirad con qué harapos se cubre: el edificio entero está prendido con alfileres y a punto de derrumbarse; me parece superfluo apuntarlo. Lo que necesita es que lo apuntalen; pues lo que es puntadas, ya no hay donde meterle una.

HUECO ¡Ja, ja, ja, muy acertado, señor, muy acertado! Os felicito, señor. (*Llama.*)
¡Francis Débil!

Entra DÉBIL.

DÉBIL Presente, señor.

HUECO ¿A qué te dedicas, Débil?

DÉBIL Soy sastre de señoras, señor.

HUECO ¿Lo apunto, sir John?

FALSTAFF Apúntalo. Pero si hubiera sido sastre de hombres, las puntadas te las habría metido él. (*A DÉBIL.*) ¿Estás dispuesto a hacer en los ejércitos enemigos tantos agujeros como en unas enaguas de mujer?

DÉBIL Haré lo más que pueda, señor; no podéis exigirme más.

FALSTAFF ¡Bien dicho, honrado sastre de señoras; bien dicho, animoso Débil! Serás tan valiente como la iracunda paloma o el más atrevido de los ratones. Apuntadme al sastre de señoras. Muy bien, maese Hueco; más fuerte, con un punto bien puntado.

DÉBIL Me habría gustado que Verruga pudiera venir, señor.

FALSTAFF A mí me hubiese gustado que fueras sastre de hombres, para que lo remendaras y despiojaras y me lo dejaras en condiciones de venir. No puedo enrolar un soldado que es en sí mismo un batallón. Dejémoslo así, poderoso Débil.

DÉBIL Así estará bien, señor.

FALSTAFF Te quedo muy agradecido, reverendo Débil. ¿Quién sigue?

HUECO (*Llama.*) ¡Peter Novillo del Prado!

FALSTAFF ¡Caray, veamos a ese Novillo!

Entra NOVILLO.

NOVILLO Aquí estoy, señor.

FALSTAFF ¡Cielo santo, este promete! Vamos, apuntadme a Novillo, dadle puntazos hasta que pegue un buen rugido.

NOVILLO Por Dios, mi buen lord capitán...

FALSTAFF ¿Cómo, ya ruges, antes de los puntazos?

NOVILLO Por Dios, señor, soy un hombre enfermo.

FALSTAFF ¿Qué enfermedad tienes?

NOVILLO Un catarro hijo de puta, señor; una tos, señor, que me pesqué tocando la campana en ese asunto del aniversario de la coronación del rey, señor.

FALSTAFF Vamos, si estás enfermo irás a la guerra en camisón. Ya te curaremos ese catarro, y arreglaré las cosas de tal modo que tus parientes tocarán la campana por ti. ¿Ya están todos?

HUECO Tenéis dos más de los que os hacen falta. Debéis tomar solo cuatro, señor, y por lo tanto os ruego que me acompañéis a cenar.

FALSTAFF Vamos, beberé con vos, pero no puedo quedarme a cenar. A fe mía, me alegra veros, maese Hueco.

HUECO Ah, sir John, ¿os acordáis de aquella noche que pasamos en el molino de Saint George's Field?

FALSTAFF Dejemos eso, maese Hueco, dejemos eso.

HUECO ¡Ah, que noche más alegre! ¿Y vive aún Jane Trabajonocturno?

FALSTAFF Vive, maese Hueco.

HUECO No me podía ni ver.

FALSTAFF Ni de lejos, ni de lejos. Siempre dijo que no podía soportar a maese Hueco.

HUECO Cielo santo, yo la volvía loca de rabia. Era una buena pieza, entonces. ¿Se mantiene bien?

FALSTAFF Es vieja, maese Hueco, vieja.

HUECO Claro, debe ser vieja; no tiene ninguna posibilidad de no serlo. Seguro que es vieja; cuando yo llegué a Clement's Inn, ella ya había tenido a Robin Trabajonocturno con el viejo Trabajonocturno.

SILENCIO De eso hace cincuenta y cinco años.

HUECO ¡Ah, compadre Silencio, si hubieras visto lo que vimos este caballero y yo! Acá está sir John, que no me deja mentir...

FALSTAFF Oímos las campanas de la medianoche, maese Hueco.

HUECO Así fue, señor, así fue; a fe mía, sir John, que así fue. Nuestra contraseña era «¡Salud y adentro!». Vamos, vamos a cenar; vamos, vamos. ¡Jesús, las cosas que hemos visto! Vamos, vamos.

*Salen HUECO, FALSTAFF
y SILENCIO.*

NOVILLO Mi buen maese Tenedor Bardolph, sed mi amigo y aquí hay cuatro enriques de diez chelines en coronas francesas para vos. A decir verdad, señor, tengo tantas ganas de ir a la guerra, como de que me cuelguen. Si se tratara de mí solamente, señor, me daría lo mismo; pero por mi parte, habida cuenta de que no quiero ir, preferiría quedarme con mi gente; por lo demás, señor, en lo que a mí respecta, no me preocupa demasiado.

BARDOLPH (*Tomando el dinero.*) Ve, hazte a un lado.

NOVILLO se aparta.

MOHOSO Buen maese cabo capitán, sed también amigo mío, por el bien de mi pobre vieja. No tendrá nadie que le haga nada cuando yo me vaya, y es vieja y no puede valerse sola. Hay cuarenta para vos, señor.

BARDOLPH Ve, hazte a un lado.

MOHOSO se aparta.

DÉBIL A mí, palabra de honor, me da lo mismo. Se muere solo una vez. Debemos una muerte a Dios. Nunca he soportado a los espíritus ruines. Si es mi destino, bien; si no lo es, también. Ningún hombre es demasiado bueno para servir a su príncipe. Y sea como sea, el que muera este año estará libre el próximo.

BARDOLPH Bien dicho; eres un buen muchacho.

DÉBIL De veras, no soporto los espíritus ruines.

Entran FALSTAFF, HUECO y SILENCIO.

FALSTAFF A ver, señor, ¿qué hombres me llevo?

HUECO Los cuatro que elijáis.

BARDOLPH (A FALSTAFF.) Una palabra, señor. Tengo tres libras para librar a Mohoso y Novillo.

FALSTAFF Está bien, adelante.

HUECO Veamos, sir John, ¿cuáles son los cuatro que os lleváis?

FALSTAFF Elegid por mí.

HUECO ¡Por la Virgen! Pues entonces: Mohoso, Novillo, Débil y Sombra.

FALSTAFF Mohoso y Novillo. Tú, Mohoso, quédate en casa hasta que estés pasado; y en cuanto a ti, Novillo, dedícate a crecer hasta que estés maduro. No los quiero a ninguno de los dos.

*Salen NOVILLO
y MOHOSO.*

HUECO Sir John, sir John, no os equivoquéis. Ellos son los que más os convienen, y yo quisiera ofreceros lo mejor.

FALSTAFF ¿Vais a enseñarme, maese Hueco, cómo elegir mis hombres? ¿Qué me importan los brazos, las piernas, la musculatura, la talla y la apariencia general de un hombre? Dadme su espíritu, maese Hueco. Aquí tenéis a Verruga: ¿veis que pinta más astrosa tiene? Él va a cargarte y dispararte al ritmo de un martillo de calderero; irá y vendrá más rápido que el cervecero entre el tanque y el barril. E incluso este tipo, Sombra, con su media cara; dadme a este hombre. No presenta blanco al enemigo; el artillero haría mejor negocio disparándole al filo de una navaja. En cuanto a una retirada, ¡cuán velozmente ha de ponerse a salvo este Débil, el sastre de señoras! ¡Ah, dadme hombres de desecho y desechadme los grandes hombres! A ver, Bardolph, ponme un mosquetón en manos de Verruga.

BARDOLPH Agárralo bien, Verruga. ¡Presenten armas! ¡Hop, dos! ¡Descanso!

FALSTAFF (A VERRUGA.) Ven, muéstrame como manejas ese mosquetón. Eso; muy bien. Vamos, perfecto, excelente. Ah, dadme siempre el tirador pequeño, demacrado, viejo, reseco, calvo. Bien hecho, Verruga; tienes buena miga y mejores costras. Ten, aquí hay medio chelín para ti.

Le da una moneda.

HUECO No domina el oficio; no lo hace bien. Recuerdo que en Mile-End Green, cuando yo estaba en Clement's Inn (hacia de sir Dagonet en el Festival

Arturiano de Tiro) había un muchacho pequeño, puro nervios, que te manejaba el arma así, retrocedía, te recargaba, y te volvía una vez y otra. «¡Ra-ta-ta!» hacía; «¡Bum!» hacía; y otra vez atrás y otra vez adelante. Nunca he visto otro igual.

FALSTAFF Estos muchachos funcionarán lo más bien, maese Hueco. Dios os guarde, maese Silencio; con vos no hay que gastar muchas palabras. Caballeros, adiós a los dos; os agradezco. Esta noche debo hacer una docena de millas. Bardolph, dales su equipo a los soldados.

HUECO ¡Sir John, que Dios os bendiga! ¡El Señor sea con vos! ¡El Señor nos traiga la paz! A vuestro regreso, visitad mi casa; renovemos nuestra antigua amistad. Puede que vaya con vos a la corte.

FALSTAFF ¡Quiera el cielo que así sea!

HUECO Ni una palabra más. Id con Dios.

FALSTAFF Adiós, gentiles caballeros.

Salen HUECO y SILENCIO.

Vamos, Bardolph, llévatelos.

Salen BARDOLPH, DÉBIL, SOMBRA y VERRUGA.

Cuando vuelva, voy a sacarles el jugo a estos jueces. Bien veo el fondo de este Hueco. ¡Señor, señor, qué proclives somos los viejos al vicio de mentir! Este muerto de hambre no ha hecho más que dar la lata con sus locuras de juventud y sus hazañas en Turnbull Street, y de cada tres palabras una era mentira, homenaje rendido a sus oyentes con más puntualidad que el tributo del Gran Turco. Lo recuerdo en Clement's Inn como un monigote de esos que se hacen en la sobremesa con la cáscara del queso. Cuando estaba desnudo, era imposible no ver en él un rábano hendido con una fantástica cabeza tallada a cuchillo. De tan raquítrico, sus dimensiones eran, a primera vista, invencibles. Era un auténtico genio del hambre, pero lascivo como un mono, y las putas lo llamaban mandrágora. Iba siempre en la retaguardia de la moda, y les cantaba a las más desencuadradas lo que había oído silbar a los carreros, jurando que eran sus fantasías y nocturnos. Y ahora esta daga del Vicio se ha vuelto un caballero, y habla de Juan de Gante con tanta familiaridad como si hubiera sido su hermano del alma; yo apostararía la mía a que no lo ha visto más que una vez en un torneo en Tilt-yard, el día en que le rompieron la cabeza por dar empujones para acercarse al séquito del mariscal. Yo lo vi, y le dije a Juan de Gante que estaba aporreando su propio nombre, porque de tan escuálido se lo habría podido plegar, a él y a su equipo, como un guante dentro de una piel de anguila. El estuche de un oboe

le habría servido de palacio y de corte; y ahora tiene tierras y bueyes. Si vuelvo intimaremos, y haré de él mis dos piedras filosofales. Si el tierno albur es un cebo para el viejo lucio, no veo razón para no pegarle, según la ley natural, un buen mordisco. Que madure la ocasión, y es cosa hecha.

Sale.

CUARTO ACTO

ESCENA I

*Entran armados el ARZOBISPO de York, Thomas MOWBRAY,
lord HASTINGS, y Coleville, en el bosque de Gaultres.*

ARZOBISPO ¿Cómo se llama este bosque?

HASTINGS Es el bosque de Gaultres, si os place.

ARZOBISPO Detengámonos, milores, y enviemos
una avanzada a averiguar el número
de nuestros enemigos.

HASTINGS Ya fue enviada.

ARZOBISPO Bien hecho. Mis amigos, mis hermanos
en esta gran empresa, he de contaros
que he recibido cartas de Northumberland.
En concreto, su contenido es este:
él hubiera querido estar aquí
con un ejército acorde a su rango
mas no ha podido reclutarlo, por lo cual
se retira a Escocia a esperar que mejore
su suerte, y de todo corazón nos desea
que sobrevivamos a todos los peligros
y al temible choque con nuestros adversarios.

MOWBRAY Con esto tocan fondo nuestras esperanzas
y quedan hechas trizas.

Entra un MENSAJERO.

HASTINGS ¿Qué hay de nuevo?

MENSAJERO A menos de una milla, por el oeste
avanza bien formado el enemigo.
Por el frente que cubren, han de ser
treinta mil hombres, más o menos.

MOWBRAY Exactamente lo que calculamos.
En marcha, ya, midámonos con ellos.

Entra el conde de WESTMORLAND.

ARZOBISPO ¿Qué jefe viene ahí, de punta en blanco armado?

MOWBRAY El conde de Westmorland, creo.

WESTMORLAND Salud os desea nuestro general,
el príncipe John, duque de Lancaster.

ARZOBISPO La paz con vos, milord de Westmorland.
¿Qué es lo que os trae por aquí?

WESTMORLAND Bien, milord, lo esencial de mi mensaje
a vuestra gracia está expresamente
dirigido. Si esta revolución
se presentase en traje propio
cual ruin, abyecta chusma conducida
por una sanguinaria juventud,
trayendo por escolta al Furor
y por aval muchachos y mendigos;
digo, si la culpable sedición
apareciese así, en su ordinaria
y natural manera, no estaríais vos,
padre reverendo, ni estos señores nobles
aquí para ornar con vuestras dignidades
la figura espantable de un sangriento
y torpe motín. Vos, lord arzobispo,
cuyo solio sobre la paz se afirma,
cuya barba fue tocada por la mano de plata
de la paz, cuya instrucción y enseñanzas
tuteló la paz, cuyo blanco traje
figura la inocencia, la paloma
y el espíritu de la paz bendita,
¿por qué a vos mismo os traducís tan mal
del agraciado idioma de la paz
al estruendoso y tosco de la guerra,
trocando vuestros libros por sepulcros,
vuestra tinta por sangre,
por lanzas vuestra pluma,
y vuestra lengua divinal por un clarín
estridente y un toque de rebato?

ARZOBISPO ¿Por qué obro así? Ese es el punto, sí.
Brevemente, el caso es que estamos
todos enfermos; nuestras horas de desorden
y excesos provocaron esta fiebre

que ahora requiere una sangría;
de esta enfermedad nuestro rey Richard,
contagiado, murió; empero, mi noble Westmorland,
no me presento aquí como médico
ni como enemigo de la paz
deambulo entre cuadrillas de soldados;
si ocasionalmente me revisto
del temible aparato de la guerra
solo es para poner a dieta
las mentes empachadas de indulgencia
y purgar las obstrucciones que amenazan
con taponar las venas mismas de la vida.
He puesto en la balanza
el mal que nuestras armas han de hacer
y el que sufrimos: nuestras aflicciones
hallo que pesan más que nuestras faltas.
Vemos adónde va del tiempo la corriente
y a ella nos arrastra, sustrayéndonos
de nuestra calma, el torrente de los hechos.
Tenemos la lista de todas nuestras quejas
y hemos de presentarla cuando llegue la ocasión;
hace tiempo queremos darla al rey,
mas fue imposible conseguir audiencia
por más que la rogamos.
Cuando sufrimos injusticias y quisiéramos
desplegar nuestras quejas, los que más
injustamente nos trataron son los mismos
que nos niegan acceso a su persona.
Los avatares de los días recién idos,
cuyo recuerdo está escrito en la tierra
con sangre fresca todavía, más las amenazas
que cada instante aporta, nos llevaron
a esta malsonante rebelión,
no por quebrar la paz o alguna de sus ramas,
sino para plantar una paz real,
en la cual coincidan el nombre y la sustancia.

WESTMORLAND ¿Cuándo fue vuestro reclamo desoído?

¿En qué aspecto os ha vejado el rey?

¿Qué sobornado par os ha acosado tanto

que ahora selláis con un sello divino

el libro ilícito y sangriento de esta revuelta espuria?

ARZOBISPO Hermano general, del bien común
estoy haciendo causa personal.

WESTMORLAND No haya nada que arreglar, y si lo hubiera,
el indicado para hacerlo no sois vos.

MOWBRAY ¿Por qué no él en parte, en parte todos
los que sufrimos las injurias del pasado
y soportamos la pesada, inicua mano
del presente sobre la honra nuestra?

WESTMORLAND Mi buen lord Mowbray, ved ese presente
y sus necesidades
y acordaréis que son los tiempos y no el rey
quienes os maltrataron.
En cuanto a vos, no me parece
que ni el rey ni el presente os proporcionen
una pulgada de terreno en qué fundar
una queja. ¿No se os devolvieron acaso
todas las heredades del duque de Norfolk,
vuestro padre insigne, de grata memoria?

MOWBRAY ¿Acaso mi padre perdió algo de su honra
que sea necesario devolverme?
El rey Richard, que lo amaba,
se vio obligado a desterrarlo;
y cuando Henry Bolingbroke y él
montados ambos y alzados de sus sillas,
sus corceles piafantes desafiando a las espuelas,
lanza en ristre, caladas las viseras,
ojos soltando chispas detrás del acero,
el sonoro clarín llamando a la embestida,
allí, entonces, cuando nada ya podía
separar a mi padre del pecho de Henry,
allí el rey arrojó su bastón
(y su propia vida a ese bastón estaba unida),
allí arrojó por tierra su propia persona
y las vidas que con la ley o con la espada
desde entonces malograra Bolingbroke.

WESTMORLAND Habláis, lord Mowbray, sin saber lo qué decís.
Bolingbroke era reputado entonces
el noble más valiente de Inglaterra.
¿Quién sabe a quién hubiera sonreído la fortuna?

Aun si hubiera vencido vuestro padre
su victoria no hubiera pasado de Coventry:
el país al unísono le gritaba su odio
y todas las plegarias y el amor
eran para Henry, a quien idolatraban
y bendecían, de hecho, más que al rey.
Pero es esta una mera digresión;
me envía aquí mi general, el príncipe,
a escuchar vuestras quejas y anunciaros
que su alteza os concede audiencia;
y en la medida en que vuestras demandas
sean justas, serán satisfechas, y apartado
todo lo que pueda hacernos enemigos.

MOWBRAY Pero él nos ha obligado a arrancarle esta oferta:
la hace por política, no por amor.

WESTMORLAND Mowbray, tomarlo así es en extremo
arrogante. Se os ofrece paz
por generosidad y no por miedo.
A la vista tenéis nuestro ejército
y, por mi honor, su ánimo es tan alto
que no admite ni sombra de temor;
nuestro bando tiene más campeones ilustres,
nuestros hombres más experiencia militar;
nuestra armadura es fuerte cual la vuestra,
nuestra causa, mejor; la razón quiere entonces
que nuestros corazones sean igual de buenos.
No digáis entonces que esta oferta es forzada.

MOWBRAY Si es por mí, ya no hay más de qué hablar.

WESTMORLAND Esto muestra lo que hay de inconfesable
en los delitos vuestros. Mala causa
ha de ser esa que no puede exponerse.

HASTINGS ¿Tiene el príncipe John suficiente mandato
de su padre como para escucharnos
y decidir, sin límite ninguno,
acerca de los puntos que exigimos?

WESTMORLAND Eso está implícito en su cargo
de general en jefe. Me extraña
que hagáis una pregunta tan inane.

ARZOBISPO Tomad entonces, milord de Westmorland,
esta cédula con nuestros reclamos.
Sea cada demanda satisfecha,
cada partidario nuestro, presente o ausente,
amnistiado en debida, legal forma,
y ejecutado todo sin demoras,
y volveremos respetuosamente
a nuestro cauce y depondremos
nuestras armas en brazos de la paz.

WESTMORLAND (*Tomando la cédula.*)

Voy a enseñarla al general. Después,
si os place, milores, encontrémonos
en presencia de nuestras tropas
y allí, o bien sellemos la paz (Dios lo quiera)
o sean las espadas las que zanjen,
en el momento, nuestras diferencias.

ARZOBISPO Milord, así lo haremos.

Sale WESTMORLAND.

MOWBRAY Algo me dice
que la paz bajo estas condiciones
no ha de ser duradera.

HASTINGS ¿Por qué no?

Si se firma la paz en términos tan amplios
y absolutos, tal cual lo hemos pedido,
esta paz será firme cual montaña.

MOWBRAY Sí, pero la opinión sobre nosotros será tal
que la más fútil y falsa acusación,
sí, cada peregrina y mínima y absurda
sospecha, ha de traerle el rey
el regusto de esta sedición;
de modo que aunque nuestra lealtad fuera
mayor que la de un mártir de la Fe,
aventados seremos por viento tan rudo
que nuestro trigo ha de volar mezclado con la paja,
sin distinción alguna
entre lo bueno y lo que no lo es.

ARZOBISPO No, milord, no. Notad que el rey está harto
de quejas fastidiosas y disputas bizantinas.

Se ha dado cuenta que matar una sospecha
matando al sospechoso, produce otras dos
en las personas de sus herederos;
así, querrá hacer tabla rasa del pasado,
borrar todo registro de sus equivocaciones:
bien sabe que no puede
desmalezar este país tan totalmente
que ya no dé lugar a sus temores;
las raíces de amigos y enemigos
están entreveradas de tal modo
que al arrancar de cuajo a estos daña a aquellos;
así esta tierra, cual culpable esposa
lo hace montar en cólera,
mas cuando está por descargarle un golpe
ella levanta al hijo de ambos
y el puño y el castigo quedan
del aire suspendidos.

HASTINGS Por otra parte, el rey ha gastado
todas sus herramientas de castigo
en sofocar ya tantas rebeliones
que hoy es un león sin garras;
puede amenazar, pero no herir.

ARZOBISPO Exactamente.

Creedme, mi buen lord mariscal,
si ajustamos bien esta reconciliación
nuestra paz será como ese brazo roto
que una vez soldado es más fuerte que nunca.

MOWBRAY Sea.

Entra el conde de WESTMORLAND.

Aquí regresa milord de Westmorland.

WESTMORLAND El príncipe está cerca. ¿Consiente
vuestra merced en encontrarse con su alteza
a mitad de camino entre ambos ejércitos?

MOWBRAY ¡Adelante, con Dios, milord de York!

ARZOBISPO Adelantaos, milord, y presentad
nuestros respetos a su gracia. Os seguimos.

Atraviesan el escenario.

PRÍNCIPE JOHN Sed bienvenido, primo Mowbray;
buenos días, gentil lord arzobispo;
lo mismo para vos, lord Hastings, para todos.
Milord de York, mejor figura hacíais
cuando vuestro rebaño, convocado
por las campanas, os rodeaba
oyendo reverente el comentario
de los textos sagrados,
que ahora, de hierro revestido,
puesto a alentar al son de los tambores
a una chusma rebelde, transformando
la vida en muerte, en espada la palabra.
Aquel que es favorito de un monarca
y al sol de ese favor florece,
¡qué daño puede hacer bajo la sombra
de esa grandeza, cuando abusa de ella!
Tal vuestro caso, pues ¿quién no ha oído hablar
de lo profundo de vuestra inscripción
en el Libro de Dios? Ante Él
erais nuestro vocero, ante nosotros
la figurada voz del propio Dios,
el mensajero y mediador
entre la gracia y santidad del cielo
y la torpe órbita de nuestros afanes.
¡Oh, quién hubiera creído
que abusaríais de vuestra dignidad
y emplearíais el favor y la gracia divinos
como un traidor ministro que comete,
en nombre del príncipe, hechos deshonorosos!
Habéis alzado, falseando la voluntad de Dios,
a los súbditos de Su vicario, mi padre,
y los habéis traído aquí, en manada,
a perturbar la paz del cielo y la del rey.

ARZOBISPO Mi buen lord de Lancaster,
no estoy aquí contra la paz de vuestro padre,
pero, como le he dicho ya a lord Westmorland,
es claro que el desorden de estos tiempos
nos ha amontonado y comprimido
en esta forma monstruosa con el fin

de preservar nuestra seguridad.
He enviado a vuestra alteza el petitorio
con un detalle de nuestros reclamos;
es el mismo que fuera rechazado
en la corte con máximo desdén
dando origen a la hidra de la guerra,
cuyos ojos, empero, pueden ser cerrados
como por encanto: que sean atendidas
nuestras aspiraciones justas y legítimas
y una sincera obediencia, curada
de su locura, ha de caer mansamente
a los pies de su majestad.

MOWBRAY Y si no, dispuestos estamos
a probar fortuna, hasta el último hombre.

HASTINGS Y aunque cayéramos, no faltará quien haga
otro intento; y si él también fracasa
habrá quien lo secunde; la derrota
ha de engendrar al fin una victoria,
pues esta lucha ha de pasar
de heredero a heredero mientras quede
una generación en Inglaterra.

PRÍNCIPE JOHN Sois demasiado superficial, Hastings,
para sondear en los abismos del futuro.

WESTMORLAND Pluga a vuestra alteza decirles sin más
qué le parecen sus reclamaciones.

PRÍNCIPE JOHN Me parecen muy bien, consiento en todas
y juro aquí, por la honra de mi estirpe
que han sido mal interpretadas
las verdaderas intenciones de mi padre
y algunos en su entorno se han tomado
la libertad de deformar su contenido.
(Al ARZOBISPO.) Milord, vuestros males tendrán remedio;
lo tendrán por mi alma, y sin demora.
Si estáis conforme, despedid a vuestras tropas
(cada cual que se vuelva a su condado)
que lo propio hemos de hacer nosotros;
y aquí, entre los dos ejércitos
amistosamente bebamos y abracémonos
para que todos lleven a sus casas

la noticia: concordia y amistad
han sido entre nosotros restauradas.

ARZOBISPO De esos remedios, príncipe, os tomo la palabra.

PRÍNCIPE JOHN Y yo os la doy, y la he de mantener,
y en prenda de ella brindo a la salud de vuestra gracia.

HASTINGS (A Coleville.) Id, capitán, y llevad estas nuevas
al ejército. Que reciban su paga y se vayan.
Sé que estarán felices. Partid ya.

*Sale Coleville.
Se escancian bebidas.*

ARZOBISPO Brindo por vos, milord de Westmorland.

Bebe.

WESTMORLAND (*Bebiendo.*) Y yo por vos. Y si supierais qué dolores
supuso para mí el alumbramiento
de esta paz, muy copiosamente beberíais;
pero mi amor por vos ha de mostrarse
más a las claras dentro de muy poco.

ARZOBISPO No dudo de vos.

WESTMORLAND Eso me alegra.

(*Bebiendo.*) Salud, mi gentil primo, milord Mowbray.

MOWBRAY Brindáis a mi salud en momento oportuno
pues de pronto he sentido un malestar.

ARZOBISPO Los hombres a menudo están contentos
en medio la desgracia; pero al éxito
es cierta languidez que lo preanuncia.

WESTMORLAND Entonces, primo, alegraos, puesto que
vuestro malestar significa que algo bueno
os espera mañana.

ARZOBISPO Mi corazón está contento, creedme.

MOWBRAY Mala cosa, si vuestra regla es cierta.

Un clamor desde dentro.

PRÍNCIPE JOHN La paz se ha anunciado, oíd esos gritos.

MOWBRAY Lo bueno sería gritar una victoria.

ARZOBISPO La paz es la mejor de las conquistas
pues ambas partes se someten noblemente
y ninguna es vencida.

PRÍNCIPE JOHN (A WESTMORLAND.) Id, milord,
y licenciad también a nuestras tropas.

Sale.

WESTMORLAND (Al ARZOBISPO.)

Querido lord, hagamos que desfilen
las tropas de ambos bandos, así vemos
contra quiénes hubiéramos luchado.

ARZOBISPO Id, mi buen Hastings, antes de que sean
licenciados, que marchen ante nos.

Sale HASTINGS.

PRÍNCIPE JOHN Señores, supongo que esta noche
descansaremos juntos.

*Entra el conde de WESTMORLAND
con sus capitanes.*

¿Por qué, primo,
se mantiene formado nuestro ejército?

WESTMORLAND Los jefes, encargados por vos de las tropas,
no romperán filas si no les habláis vos.

PRÍNCIPE JOHN Conocen sus deberes.

Entra HASTINGS.

HASTINGS (Al ARZOBISPO.)

Milord, nuestro ejército ya se ha dispersado;
como novillos librados del yugo
al Este, al Oeste, al Norte, al Sur
han partido; o como un grupo de escolares
que al término del curso se apresuran
rumbo a su hogar y diversiones predilectas.

WESTMORLAND Buenas nuevas, lord Hastings, y en virtud de ellas
os arresto, traidor de alta traición:
y vos, lord arzobispo y vos, lord Mowbray,
sois reos de la pena capital.

Los capitanes arrestan al ARZOBISPO,

a HASTINGS y MOWBRAY.

MOWBRAY ¿Es justa y honorable esta conducta?

WESTMORLAND ¿Lo era vuestra rebelión?

ARZOBISPO ¿Faltaréis a la palabra empeñada?

PRÍNCIPE JOHN Yo no he empeñado nada.

Remediar vuestros males prometí
y por mi honor que los remediaré
con la más cristiana de las solicitudes;
en cuanto a vos, rebeldes,
probaréis el sabor del castigo debido
a vuestra rebelión.

A la ligera reclutasteis un ejército,
chochos con él, hasta aquí lo trajisteis,
y estúpidamente a casa fue devuelto.
¡Que suenen los tambores, se persiga
a los dispersos y los rezagados!
Dios, no nosotros, hoy ha combatido
venciendo fácilmente. Conducid
a estos traidores rumbo el tajo,
lecho adecuado para la traición y su final suspiro.

Salen.

ESCENA II

Toques de clarín.

Movimiento de tropas.

Entran FALSTAFF y COLEVILLE.

FALSTAFF ¿Cómo os llamáis, señor? ¿Cuál es vuestro rango, y de dónde sois?

COLEVILLE Soy un caballero, señor, y me llamo Coleville del Valle.

FALSTAFF Muy bien, entonces Coleville es vuestro nombre, caballero vuestro rango,
y el valle vuestro lugar. Coleville seguirá siendo vuestro nombre, traidor
vuestro rango, y el calabozo vuestro lugar; un lugar bien hondo, con lo cual
podréis seguir siendo Coleville del Valle.

COLEVILLE ¿No seréis vos, acaso, sir John Falstaff?

FALSTAFF Sea quien fuere, soy tan bueno como él. ¿Os rendís, señor, o deberé sudar
por culpa vuestra? Si me hacéis sudar, sudaré las lágrimas de quienes os

aman y han de llorar vuestra muerte; por tanto, despiértense en vos el miedo y el temblor, y encomendaos a mi clemencia.

COLEVILLE (*Arrodillándose.*) Creo que sois sir John Falstaff, visto lo cual me rindo.

FALSTAFF Tengo en esta barriga mía una entera academia de lenguas, y no hay una de ellas que no proclame mi nombre. Si tuviera una barriga más común, sería sencillamente el tipo más movedizo de Europa. Mi panza, mi panza, mi panza me pierde. Aquí llega nuestro general.

*Entran el PRÍNCIPE JOHN, el conde de WESTMORLAND,
sir John Blunt y otros lores y soldados.*

PRÍNCIPE JOHN Ha acabado todo; basta de perseguirlos.

Traed las tropas de vuelta, buen primo Westmorland.

Sale WESTMORLAND.

Bien, ¿dónde estuviste, Falstaff, todo este tiempo?

Llegas cuando ya todo ha terminado.

Por mi vida que tus maniobras dilatorias
te harán quebrar, más tarde o más temprano,
el brazo de la horca.

FALSTAFF Lo lamentable, señor, sería que no se quebrara. No sabía que el reproche y la censura eran la recompensa del coraje. ¿Creéis que soy una golondrina, una flecha, una bala? ¿Puede acaso mi pobre y viejo aparato motor desarrollar la velocidad del pensamiento? Me he apresurado hasta el último extremo, la última pulgada de mis posibilidades; he reventado ciento ochenta caballos de posta; y una vez aquí, aún cubierto del polvo del viaje, pero limpio, inmaculado en mi valor, he tomado prisionero a sir Coleville del Valle, el más temible caballero, el enemigo más valiente. ¿De qué ha servido? Nada más verme se rindió, de modo que puedo afirmar en justicia, como el romano narigón: «Vine, vi y vencí».

PRÍNCIPE JOHN Fue más por su cortesía que por tu mérito.

FALSTAFF No lo sé; helo aquí rendido; y ruego a vuestra alteza que mi proeza sea registrada con las demás de esta jornada; caso contrario, por Dios que la haré referir en una balada especial, que llevará mi propio retrato en la portada, con Coleville besándome los pies; si me veo obligado a ello, os juro por mi nobleza que en comparación conmigo pareceréis monedas de oro falso, y en el claro cielo de la fama mi brillo opacará el vuestro como la luna llena torna cenicientas a las estrellas, que a su lado parecen cabecitas de alfiler. Por lo tanto, reconoced mis derechos y permitid que el mérito se eleve.

PRÍNCIPE JOHN El tuyo es demasiado pesado para elevarse.

FALSTAFF Dejadlo brillar, entonces.

PRÍNCIPE JOHN Es demasiado craso para brillar.

FALSTAFF Dejadlo hacer algo, mi buen señor, que me reporte algún beneficio, y llamad a eso que haga como gustéis.

PRÍNCIPE JOHN ¿Te llamas Coleville?

COLEVILLE Así es, milord.

PRÍNCIPE JOHN Eres un rebelde famoso, Coleville.

FALSTAFF Y un famoso leal lo capturó.

COLEVILLE Lo soy, milord, pero mis superiores son quienes me han puesto en este trance. Si hubiera sido yo quien los mandara, vencerlos os habría costado más caro.

FALSTAFF No sé cuánto habrán costado tus superiores, pero tú, como un buen chico, te me entregaste gratis. Gracias por el regalo.

*Entra el conde
de WESTMORLAND.*

PRÍNCIPE JOHN Bien, ¿habéis terminado la persecución?

WESTMORLAND Se ha tocado la retirada
y suspendido las operaciones.

PRÍNCIPE JOHN Enviad a Coleville y sus aliados
a York y ejecutadlos de inmediato.
Blunt, llévatelo bien cuidado.

*Sale Blunt,
con COLEVILLE bajo custodia.*

Y ahora, milores, a la corte, rápido.
He oído que mi padre, el rey, está enfermo.
Las noticias del triunfo han de ir por delante
(a WESTMORLAND) y vos, primo, las llevaréis, para confortarlo;
os seguiremos a buen paso.

FALSTAFF Milord, os ruego que me permitáis
ir por Gloucestershire, y al llegar a la corte
seáis bueno conmigo en vuestro buen informe.

PRÍNCIPE JOHN Que te vaya bien, Falstaff. Como comandante hablaré de ti mejor de

lo que mereces.

Salen todos menos FALSTAFF.

FALSTAFF Ojalá tuvieras un poco de ingenio; te valdría más que tu ducado. A fe mía, este joven sin sangre en las venas no me quiere nada, ni hay ser humano capaz de arrancarle una sonrisa. Pero es lógico que así sea: no bebe vino. Estos chicos mojigatos nunca llegan a nada; las bebidas demasiado flojas les hielan la sangre, comer tanto pescado les provoca la enfermedad verde y cuando se casan solo engendran hembras. Suelen ser cobardes y estúpidos; lo cual nos pasaría también a algunos de nosotros, si no fuera porque nos ocupamos de calentarnos. Un buen vino de Jerez tiene dos efectos. Cuando se le sube a uno a la cabeza, seca todos los vapores estúpidos, toscos y lerdos que andan por el cerebro, tornándolo más abierto, rápido, inventivo, pleno de agudas, osadas y deliciosas figuras, las cuales, transferidas a la lengua y la voz, dan lugar a ocurrencias muy ingeniosas, incluso excelentes. La segunda propiedad del excelente jerez es el calentamiento de la sangre, que antes, fría y estancada, daba al hígado un tinte opaco y blanquecino, signo seguro de pusilanimidad y cobardía; pero que, una vez calentada por el jerez, recorre fluidamente su camino desde las partes internas a las exteriores. Ilumina la cara, que como luz y guía, da la orden de armarse al resto de ese pequeño reino, el hombre; entonces el populacho de las fuerzas vitales y los espíritus interiores rodean a su capitán, el corazón; el cual, agrandado y ufano de su comitiva, no se te arredrará ante nada ni ante nadie; valor este que le viene del jerez. Así, la destreza militar no es nada sin vino, que es quien la pone en marcha; y el conocimiento es un montón de oro guardado por un demonio hasta que el vino de Jerez le da su grado y licencia para ejercer. De ahí viene la valentía del príncipe Harry: la sangre frígida que heredó de su padre, tierra pobre, estéril y pelada, él la ha abonado, roturado y sembrado con el excelente empeño de beber bien y una buena reserva de vino fértil, y así se ha hecho ardoroso y valiente. Si yo tuviera mil hijos, la primera regla de conducta que les enseñaría sería abjurar de las bebidas flojas y darse al jerez.

Entra BARDOLPH.

¿Cómo va eso, Bardolph?

BARDOLPH Ha licenciado al ejército y se han ido todos.

FALSTAFF Que se vayan. Iré por Gloucestershire, a visitar a maese Robert Hueco, hidalgo del rey. Lo he estado ablandando como cera entre el pulgar y el índice y es hora de estamparle mi sello. Vámonos.

Salen.

ESCENA III

Entran el REY HENRY en un lecho, el conde de WARWICK, Thomas, duque de CLARENCE, Humphrey, duque de GLOUCESTER, y otros.

REY HENRY Ahora, mis señores, si Dios pone fin
con bien a la sangrienta lucha interna,
a nuestra juventud conduciremos
a otros y más altos campos de batalla,
donde se blanden solo espadas
que han recibido santa bendición.
Está lista la flota y reunidas
nuestras fuerzas; poder suficiente poseen
los que habrán de ejercerlo en nuestra ausencia,
y todo se acomoda a nuestro anhelo;
tan solo deseábamos sentirnos
más fuertes y serenos desde ahora
hasta el momento en que los rebeldes
se sometan al yugo del gobierno.

WARWICK Muy pronto, majestad, disfrutaréis de fuerza
y calma.

REY HENRY Humphrey de Gloucester, hijo mío,
¿no sabes dónde está el príncipe, tu hermano?

GLOUCESTER Fue de caza, milord, a Windsor, según creo.

REY HENRY ¿Y quién lo acompañaba?

GLOUCESTER Milord, no lo sé.

REY HENRY ¿No lo acompaña Thomas de Clarence, su hermano?

GLOUCESTER No, buen señor, aquí está Thomas.

CLARENCE ¿Cuál es vuestro deseo, mi señor y padre?

REY HENRY El mejor para ti, Thomas de Clarence.
Es raro que no estés junto a tu hermano.
Ya sabes que él te quiere, pero lo descuidas.
En sus afectos tienes un lugar mejor
que todos tus hermanos. Cuídalo, muchacho:
tú serás quien medie, tras mi muerte, entre Harry
y los demás. Entonces, no lo ignores,
no dejes que su amor se debilite,
ni pierdas la ventaja de su gracia

con actitudes frías que aparenten
que su afecto no es correspondido;
si prestas atención, verás que Harry es noble:
capaz de conmoverse hasta las lágrimas
al ver a un desgraciado y dar limosnas
con generosidad. Aunque eso no le impide,
ganado por la cólera, ser duro
cual piedra, caprichoso como invierno
y tan imprevisible como esos carámbanos
que suelen sorprendernos en un
día primaveral. Así, vale la pena
observar en detalle su carácter.
Repréndelo en sus yerros, siempre con respeto,
si ves que está de ánimo jocoso;
si está ceñudo dale tiempo, que su furia
acabará en la nada, como una ballena
varada que en la arena se debate en vano.
Si aprendes esto, Thomas, vas a ser
refugio para cada amigo tuyo,
y rodearás a tus hermanos, uniéndolos
con un lazo de oro que los ate
e impida que el veneno de malvadas
sugerencias (esta época por fuerza las provoca)
se mezcle con la sangre vuestra,
de modo que no llegue a derramarse nunca,
sea el veneno tan fuerte como acónito
o tan fatal como la pólvora instantánea.

CLARENCE Lo observaré con ojo amante y cuidadoso.

REY HENRY ¿Por qué no estás con él en Windsor, Thomas?

CLARENCE No está allí; hoy cena en Londres.

REY HENRY ¿Y quién está con él? ¿Lo sabes?

CLARENCE Está con Poins y otros compinches habituales.

REY HENRY Siempre es la tierra más rica la más propicia
para la hierba mala. Y en él, el más vivo
retrato de mi noble juventud,
la mala hierba crece como plaga;
mis penas, por lo tanto, no terminarán
en el momento en que la muerte llegue.

Mi corazón no deja de sangrar
cuando imagino esas épocas erráticas,
perversas, que sin dudas veréis todos
en cuanto yo comparta el sueño eterno
de mis antepasados, pues cuando carezca
de freno su carácter tumultuoso,
cuando la terca furia y la pasión
le den consejo, cuando disponga sin límites
de todos los recursos necesarios
para dar rienda suelta a sus derroches,
¿con qué alas volará su espíritu
enfrentando la decadencia y el peligro?

WARWICK Señor, lo juzgáis mal. El príncipe
con gran cuidado estudia a sus compañeros
y pone tanto empeño en la tarea
como el que haría falta a quien quisiera
hablar con gran soltura en lengua extraña:
en ese caso, es imprescindible
buscar y comprender incluso las palabras
impúdicas, groseras que, como lo sabe
sin duda vuestra alteza, dejan de ser útiles,
excepto para odiarlas, al alumno
que bien las aprendió. Tal como ocurre
con esas bastas expresiones,
de igual manera el príncipe renunciará,
cuando el momento llegue, a sus pésimos
secuaces, recordándolos tan solo
como una pauta útil cuando deba
medir y sopesar vidas ajenas,
tornando así en ventaja un mal pasado.

REY HENRY Difícil que la abeja abandone la miel
por más que su panal se yerga en la carroña.
¿Quién es el que ha llegado? ¿Es Westmorland?

Entra el conde de WESTMORLAND.

WESTMORLAND ¡Salud, mi soberano, y más dicha
aún que la que ahora os darán
mis buenas nuevas! Besa vuestra mano,
alteza, John el príncipe.
Mowbray, junto al obispo Scrope, Hastings y todos

han sido sometidos al rigor
de vuestra ley. No queda ni una espada
rebelde combatiendo, y la paz
en todas partes alza su ramo de olivo.
He aquí una carta rica en pormenores
donde podréis leer con más detalle
el modo en que la acción se llevó a cabo.

REY HENRY ¡Westmorland, eres pájaro estival
que hasta en invierno cantas para saludar
el despuntar del nuevo día!

Entra HARCOURT.

Más noticias.

HARCOURT ¡ Que el cielo, majestad, os guarde de enemigos,
y caiga todo aquel que contra vos se alce
como han caído estos que vengo a contaros!
El conde de Northumberland y lord Bardolph,
con poderosa tropa de escoceses
e ingleses, ante el alguacil de Yorkshire
cayeron derrotados. Este documento
os da los pormenores del combate.

REY HENRY ¿Por qué estas noticias, que son buenas,
agravan mi salud? ¿Es que Fortuna
no vendrá nunca a darme a manos llenas? ¿Traerá
sus más hermosas frases siempre dibujadas
con letras repugnantes? Suele darnos
estómago muy sano, pero no alimento
(tal lo que ocurre con los pobres
que gozan de salud), o nos da un banquete
y niega el apetito (como pasa con los ricos
que tienen abundancia mas no pueden
disfrutarla). Tendría que alegrarme
por la feliz noticia, y la vista
me falla, me tiembla la cabeza. Auxiliadme,
me siento mal.

Se desmaya.

GLOUCESTER ¡Valor, majestad!

CLARENCE ¡Oh, mi real padre!

WESTMORLAND ¡Señor, abrid los ojos, reanimaos!

WARWICK Tened paciencia, príncipes; sabéis
que sufre estos ataques con frecuencia.
Dejadle respirar y se recobrará.

CLARENCE No podrá soportar tanto tormento.
Preocupación y angustias pesan en su mente,
y tanto han socavado la coraza
de su cuerpo, que ya se ven en ella brechas
por donde escapará la vida.

GLOUCESTER Me asusta el pueblo, pues se ha visto en estos días
nacer niños que no ha engendrado nadie,
monstruos que contradicen a Natura.
Las estaciones cambian sus costumbres,
cual si el año, hallando algunos meses
en letargo, hubiera decidido
pasárselos por alto.

CLARENCE El río ha subido ya tres veces
sin que en medio hubiese bajado la corriente,
y en el pasado, dicen viejas crónicas,
eso es lo que ocurrió cuando enfermara
de muerte Eduardo, nuestro bisabuelo.

WARWICK Hablad más quedo, príncipes, el rey despierta.

GLOUCESTER Esta apoplejía es un anticipo de la muerte.

REY HENRY Os ruego me llevéis a otra habitación,
y hacedlo suavemente, os lo imploro.

Se llevan el lecho del rey.

Que nadie haga ruido, amigos míos,
a menos que una mano tierna y compasiva
con música dulcísima dé alivio
a mi pobre espíritu.

WARWICK Enviad músicos a su habitación.

*Sale alguien.
Se oye música.*

REY HENRY (*Quitándose la corona.*)
Ponedme la corona aquí a mi lado,

sobre la almohada.

CLARENCE *pone la corona
sobre la almohada.*

CLARENCE Sus ojos se extravían, se demuda.

WARWICK Menos ruido, silencio.

Entra el PRÍNCIPE HENRY.

PRÍNCIPE HENRY ¿Y Clarence? ¿Lo habéis visto?

CLARENCE Estoy aquí, hermano, lleno de pesar.

PRÍNCIPE HENRY

¿Qué? ¿Llueve dentro y no hay tormenta fuera?
¿Cómo está el rey?

GLOUCESTER Muy gravemente enfermo.

PRÍNCIPE HENRY ¿No sabe aún de las buenas noticias? Decídselas.

GLOUCESTER Se ha puesto peor al conocerlas.

PRÍNCIPE HENRY Si solo la alegría lo ha enfermado,
se recuperará sin médico.

WARWICK Señores, menos ruido. Bajad la voz, príncipe.
El rey parece a punto de dormirse.

CLARENCE Mejor vamos a otra habitación.

WARWICK Alteza, ¿no queréis acompañarnos?

PRÍNCIPE HENRY Pues no, me sentaré aquí junto a mi padre.

*Salen todos salvo el REY HENRY y el PRÍNCIPE HENRY.
La música cesa.*

¿Por qué estará a su lado la corona,
si no hay socia de lecho más inquieta?
¡Molestia reluciente, fardo de oro
que dejas abiertas las puertas del sueño
a las insomnes noches de vigilia!
¡Dormir con ella ahora! Pero nunca
con un sueño tan profundo ni tan dulce
como el de aquellos pobres que, tocados
con sus míseros gorros de dormir,
ahuyentan el insomnio con ronquidos.

¡Oh, majestad, aprietas tanto al que te lleva
cual la rica armadura al mediodía,
que suele achicharrar al mismo que protege!
No se mueve la pluma frente a su nariz.
Será que no respira. Si no, se agitaría
en el aire un peso tan ingrávigo.
¡Señor y padre mío! Este sueño,
sin dudas, es profundo. Es el mismo
que supo divorciar de la corona
a tanto rey inglés. Te debo lágrimas,
la pena y el dolor de los que llevan, padre,
igual sangre que tú corriendo por las venas:
te pagará con creces esa deuda
la natural ternura del amor filial.
En cuanto a ti, me debes la imperial corona:
por ser el más cercano en sangre a ti
y ser tu primogénito, me corresponde.

Se pone la corona en la cabeza.

Hela aquí; Dios la guarde. Ni aunque en único
y gigantesco brazo concentrara el mundo
la suma de su fuerza,
podría separar de mi cabeza
este honor recibido por linaje.
Lo entregaré a mis hijos, como tú a mí.

Sale.

El REY HENRY se despierta.

REY HENRY ¡Warwick, Clarence, Gloucester!

*Entran el conde de WARWICK
y los duques de GLOUCESTER y CLARENCE.*

CLARENCE ¿Llamasteis, señor?

WARWICK ¿Cuál es vuestro deseo, majestad?

¿Cómo estáis, señor?

REY HENRY ¿Por qué me habéis dejado solo aquí, señores?

CLARENCE El príncipe mi hermano estaba aquí, mi señor,
pues se hizo cargo de velar por vos.

REY HENRY ¿El príncipe de Gales? ¿Dónde está?

Deseo verlo.

WARWICK Está abierta esta puerta; por aquí salió.

GLOUCESTER No pasó por el cuarto en el que estábamos...

REY HENRY ¿Dónde está la corona? ¿Quién se la ha llevado?

WARWICK Estaba aquí, señor, cuando nos fuimos.

REY HENRY La ha tomado el príncipe. Id a buscarlo.

¿Tanta prisa tenía que supuso
que ya dormía yo el sueño de la muerte?
Buscadlo y traedlo aquí, milord de Warwick.

Sale WARWICK.

Su acción agrava más mi enfermedad
y acelera mi fin. ¡Ved, hijos, cómo sois!
¡Con cuánta rapidez Natura se rebela
si el oro es su meta más preciada!
¡Pensar que para esto los amantes padres
pasaron tantas noches de vigilia
y tantos días laboriosos que acabaron
dejándole el cerebro seco y agotado
y los huesos molidos! ¡Para esto
acrecentó unas pilas de oro que no siempre
ganó con honradez; para esto
les dio educación de caballeros,
en artes y marciales ejercicios!
En cada flor libamos, cual la abeja
que vuelve a la colmena con su carga
de cera y miel; y tal como la abeja,
nos matan como premio a nuestro esfuerzo.
Solo amargura tiene un padre agonizante
como pago de todos sus desvelos.

Entra WARWICK.

¿Y ahora dónde está ese hijo que no puede
quedarse junto a mí hasta el momento
en que la enfermedad, su cómplice,
decida poner fin a mi existencia?

WARWICK Señor, encontré al príncipe aquí al lado;
las lágrimas bañaban sus mejillas
y su dolor era tan hondo
que hasta la tiranía (a quien solo

la sangre satisface) hubiera enfriado,
conmovida, su acero en esas lágrimas.
En un momento estará a vuestro lado.

REY HENRY ¿Y por qué se llevó consigo la corona?

Entra el PRÍNCIPE HENRY.

Aquí viene. Acércate a mí, Harry.
(A los demás.) Ahora salid todos, y dejadnos solos.

Salen todos salvo el REY HENRY y el PRÍNCIPE HENRY.

PRÍNCIPE HENRY Creí que nunca más oiría tu voz.

REY HENRY Tu deseo fue el padre de ese pensamiento.

Mi estancia se prolonga demasiado,
te canso. ¿Tanto codicias mi trono
que debes requisar antes de tiempo
mis honores? ¡Oh, necia juventud,
anhelas la grandeza que te abrumará!
Será breve tu espera: ya mi dignidad
respira con un hálito tan débil
que cesará muy pronto. Mi día se apaga.
Te has robado algo que en escasas horas
habría sido tuyo por derecho:
así, en mi agonía se confirman
mis miedos más profundos. Siempre pareció
que tú no me querías; quieres que me muera
sabiéndolo de cierto. Mil cuchillos
ocultos en tu mente se afilaron
contra tu corazón de piedra
tan solo para herir mis últimos momentos.
¿No puedes ni siquiera darme esos momentos?
Entonces vete, cava tú mi tumba
y pide a las campanas que repiquen
por tu coronación, no por mi muerte.
Las lágrimas que caigan sobre mi ataúd
serán agua bendita sobre tu cabeza.
Solo tendrás que hundirme en el olvido,
convertirme en bocado de gusanos.
Habrá que cesar a mis funcionarios,
lograr la anulación de mis decretos:
la hora habrá llegado de tomarse en solfa

la antigua cortesía y las formalidades.
¡Es la coronación del quinto Harry!
¡Arriba, vanidad! ¡Abajo el noble estado!
¡Lo mismo que vosotros, sabios consejeros!
¡Y de los cuatro puntos cardinales
que acuda hasta la corte inglesa
toda clase de inútiles mandriles!
Ya pueden los vecinos liberarse
de su escoria: si tienen por allí
algún rufián que jura, bebe, baila,
se pasa cada noche de jarana,
que mata y roba y que comete
con técnicas novísimas los crímenes
más viejos, ya no deben preocuparse más.
Con oro cubrirá sus culpas Inglaterra;
tendrá el rufián honores, títulos, poder,
ya que el rey le ha quitado su bozal
a la licencia. Ya a sus anchas, la salvaje
perra suelta desgarrará carne de inocentes.
¡Ah, pobre reino mío, acosado
por mil guerras civiles! No bastó
mi afán para libraros del desorden,
¿qué harás cuando el desorden te gobierne?
Una vez más serás un páramo
habitado por lobos, como antaño.

PRÍNCIPE HENRY Perdón, señor. Las lágrimas impiden
que me haya anticipado a este reproche,
profundo y dolorido, que acabáis
de hacerme y que yo acabo de escuchar.
Aquí está la corona; la devuelvo.

*Devuelve la corona al rey
y se arrodilla.*

¡Que Aquel que ciñe otra, e inmortal,
os la conserve mucho tiempo! Solo tiene,
para mí, la importancia que le ha dado
vuestro honor, y si miento, que me quede aquí
arrodillado eternamente, como estoy,
en prueba del respeto sincero que siento
por vos. Dios es testigo: cuando entré,
al ver que vuestra majestad no respiraba,

un frío congeló mi corazón. Si miento,
que ahora mismo muera en el pecado,
sin poder demostrar a los incrédulos
mi decisión de hacer un noble cambio
en mi conducta. Cuando entré y os vi
allí tendido, muerto (casi muerto yo
también, pensando que lo estabais)
dirigí la palabra a esta corona,
como si me entendiera, y le dije:
«Por cuidarte perdí mi padre la salud;
tu oro puro impuro me resulta,
pues con menos quilates se fabrican
las áureas medicinas curativas;
en cambio tú, el oro más fino y apreciado,
devoraste la vida de mi padre».
Con esta acusación, señor, me la ceñí
sobre la sien, probándola como si fuera
el hostil asesino de mi padre,
de quien deseaba yo legítima venganza.
Mas si en algún momento sentí júbilo,
si alguna vanidad me hinchó los pensamientos,
o si por rebeldía o por soberbia
le di la bienvenida a su poder,
¡que no permita Dios que esa corona
se pose alguna vez en mi cabeza,
y haga de mí el más humilde de los siervos
rendido de rodillas ante ella!

REY HENRY ¡Fue Dios quien guió tu mano, hijo mío,
instándote a llevarla y a ganarte
de ese modo el amor profundo de tu padre,
por expresar tan sabiamente tus excusas!
Acércate, hijo mío, siéntate en la cama
y escucha atentamente mi consejo,
el último consejo que he de darte.

El PRÍNCIPE HENRY se sienta en la cama.

Por medios indirectos, retorcidos,
obtuve esta corona, y bien sé
con qué conflictos pude conservarla.
A ti te llegará con más tranquilidad,
mayor honor y más respeto:

conmigo se sepultan los dudosos medios
de los que me serví con tal de conquistarla.
En mí, esa corona parecía
un emblema usurpado por la fuerza,
y rara vez pasaba un día sin que alguien
viniera a recordarme que, gracias a él,
lucía esa corona mi cabeza,
y por lo tanto, cada día se colmaba
de la sangre vertida en los combates,
manchando la supuesta paz. Como sabes,
mi respuesta al desorden siempre ha sido
combatirlo: mi reino fue el teatro
donde esa misma obra fue interpretada
una vez tras otra. Y ahora, con mi muerte,
seguro cambiarán los ánimos:
lo que yo tuve que comprar, es para ti
herencia por derecho y sucesión.
Aunque tu posición es más segura,
no estás del todo firme, sin embargo,
ya que el odio aún no se ha extinguido
y todos tus amigos (por obligación
serán amigos tuyos) hace poco
que han perdido sus garras y aguijones,
cuyo poder sirvió para encumbrarme,
haciéndome temer al mismo tiempo
que ese mismo poder pudiera destronarme.
Para que así no fuera, los eliminé,
y ahora los envío a Tierra Santa,
evitando que el ocio les sugiera
alguna nueva mala idea sobre mí,
mi reino o mi gobierno. Por lo tanto, Harry,
mantén siempre sus mentes ocupadas
con guerras extranjeras, para que los hechos
que transcurren en sitios muy remotos
disipen los recuerdos del pasado.
Más cosas te diría, mas no tengo fuerzas
para hacerlo. ¡Que Dios perdone el modo
en que logré ceñirme la corona
y te permita a ti vivir en paz con ella!

PRÍNCIPE HENRY Mi señor: la ganasteis, la llevasteis,
la cuidasteis, y ahora me la dais.

Os juro que pondré todo mi esfuerzo
en defenderla contra el mundo adverso.

*Entran el PRÍNCIPE JOHN de Lancaster,
el conde de WARWICK y otros.*

REY HENRY Aquí viene mi buen hijo John de Lancaster.

PRÍNCIPE JOHN ¡Salud y paz y dicha para el rey, mi padre!

REY HENRY La dicha y la paz llegan contigo, mi John.

En cuanto a la salud, ay, se ha volado
con alas juveniles de este mustio árbol.

Ya ves, aquí toca a su fin mi paso por el mundo.
¿Y dónde está milord de Warwick?

PRÍNCIPE HENRY ¡Milord de Warwick!

WARWICK se adelanta.

REY HENRY ¿Tiene algún nombre especial la habitación
donde sufrí el desvanecimiento?

WARWICK Jerusalén la llaman, mi señor.

REY HENRY ¡Loado sea Dios! Allí debe acabar mi vida.

Hace años me fue vaticinado,
que moriría en Jerusalén,
y por eso pensé que moriría
en Tierra Santa. Mas llevadme ahora
a esta Jerusalén. Allí he de morir.

*Salen,
llevando al REY HENRY en su lecho.*

QUINTO ACTO

ESCENA I

*Entran HUECO, FALSTAFF,
BARDOLPH y el paje.*

HUECO (A FALSTAFF.) ¡Pucha digo, caballero, no me plantaréis esta noche! ¡Davy!
¡Te estoy llamando!

FALSTAFF Tendréis que disculparme, maese Hueco.

HUECO No os disculpo, no os disculparé, no admitiré disculpas, no hay disculpa que valga, no os disculparé. ¡Davy, para cuándo!

Entra DAVY.

DAVY Aquí estoy, señor.

HUECO Ay, Davy, Davy, Davy. A ver, Davy, déjame ver, Davy, veamos... Ah, sí, caramba, William el cocinero... Dile que venga ahora mismo. Sir John, no os disculparé si os vais.

DAVY A fe mía, señor, que vuestra intimación no podrá cumplirse. Y además, señor, os lo digo otra vez: ¿sembramos trigo en el barbecho?

HUECO Trigo de primavera, Davy. En cuanto a William el cocinero... ¿No quedan pichones?

DAVY Sí que hay, señor. Aquí está ahora la cuenta del herrero, por las herraduras y el arado.

HUECO Que la revisen y la paguen. Sir John, no hay disculpa que valga.

DAVY Y también, señor, hay que ponerle un asa nueva al cubo y, señor, ¿se le descontará a William el cocinero de su salario por el jerez que perdió en la feria de Hinckley?

HUECO Responderá por eso. Unos pichones, Davy, un par de pollos de patas cortas, un buen pedazo de capón y algunas bonitas golosinas. Dile a William el cocinero.

DAVY ¿Se queda el guerrero a pasar la noche, señor?

HUECO Sí, Davy, y lo atenderé de lo mejor: un amigo en la corte vale más que un penique en la bolsa. Y trata bien a sus hombres, Davy, porque son unos truhanes redomados y si no lo haces andarán desparramando roña por ahí.

DAVY Les sobra con qué hacerlo, señor; llevan las camisas más sucias que he visto en mi vida.

HUECO Muy ingenioso, Davy. Y ahora, hablemos de tus asuntos, Davy.

DAVY Os ruego, señor, que apoyéis a William Visera de Woodmancote contra Clement Compra de la Colina.

HUECO Contra ese tal Visera hay muchas quejas, Davy. Por lo que sé, es un bribón de tomo y lomo.

DAVY Concedo a su señoría que así es, pero, señor, no permita Dios que un bribón no consiga clemencia si la pide un amigo. Un hombre honesto, señor, puede hablar por sí mismo, pero un bribón no. Yo he servido honradamente a su señoría, señor, durante ocho años. Y si no puedo, una o dos veces por lustro, conseguir que se proteja a un bribón de la demanda de un hombre honrado, será porque gozo de escaso crédito por parte de su señoría. El bribón es un honesto amigo mío, señor, y por lo tanto os suplico que lo favorezcáis.

HUECO Está bien, no sufrirá ningún daño. Y ahora a lo tuyo, Davy.

Sale DAVY.

¿Dónde estáis, sir John? Vamos, vamos, quitaos las botas. Vuestra mano, maese Bardolph.

BARDOLPH Me alegra ver a su señoría.

HUECO Os lo agradezco de corazón, amable maese Bardolph. *(Al paje.)* Y bienvenido, hombrón. Vamos, sir John.

FALSTAFF Ya os sigo, maese Hueco.

Sale HUECO.

Bardolph, ocúpate de los caballos.

Sale BARDOLPH con el paje.

Si me serraran convenientemente, podrían hacer conmigo cuatro docenas de báculos barbudos iguales a este santulón de Hueco. Maravilla la estrecha semejanza que hay entre su espíritu y el espíritu de sus hombres. Ellos, al imitarlo, se comportan como jueces imbéciles; él, al tratar con ellos se convierte en un criado que es juez. El trato constante los ha llevado a unir tan íntimamente sus espíritus, que se apiñan en bandada como pájaros del mismo plumaje. Si yo necesitara algún favor de maese Hueco, me ganaría el de sus hombres atribuyéndome la amistad del amo; si lo necesitara de sus

hombres, adularía a maese Hueco diciéndole que nadie podría mandar a sus criados como él. Es cierto que la sabia conducta o el comportamiento necio se contagian por contacto, como las enfermedades, y por eso es mejor que los hombres se fijen bien en qué compañías andan. Este Hueco me dará material suficiente para que el príncipe Harry no deje de soltar la carcajada mientras llegan y pasan seis modas diferentes (es decir, cuatro trimestres, o dos pleitos), y yo me reiré sin *intervallums*. ¡Oh, qué gran efecto puede ejercer una mentira enriquecida con un juramento oportuno, y una broma dicha con expresión triste, sobre un joven que nunca ha sufrido todavía ni un dolor de espalda! ¡Ya lo veréis reírse hasta que su cara parezca una capa húmeda mal colgada a secar!

HUECO (*Desde dentro.*) ¡Sir John!

FALSTAFF Ya voy, maese Hueco, ya voy.

Sale.

ESCENA II

*Entran el conde de WARWICK por una puerta,
y el GRAN JUEZ por otra.*

WARWICK Vaya, señor juez, ¿adónde vais?

GRAN JUEZ ¿Cómo está el rey?

WARWICK Mejor que nunca. Se han acabado todos sus pesares.

GRAN JUEZ No quiero suponer que ha muerto.

WARWICK Todo siguió el curso natural;
ya no se encuentra más entre los vivos.

GRAN JUEZ Querría que me hubiera llevado consigo.
Los servicios que en vida le presté
me exponen a sufrir ahora grandes daños.

WARWICK Por cierto, sé que el rey os quiere poco.

GRAN JUEZ Lo sé, y por eso me preparo a padecer
los malos tiempos: por terribles que estos sean,
seguramente no serán peores
que aquellos que mi mente ha imaginado.

*Entran el PRÍNCIPE JOHN de Lancaster
y los duques de CLARENCE y GLOUCESTER.*

WARWICK Aquí están los abrumados retoños
del fallecido Harry. ¡Ah, si el Harry
que está vivo tuviera al menos el carácter
del menos bueno de estos caballeros!
Conservarían su cargo muchos nobles
que deberán cederlos a sujetos viles.

GRAN JUEZ ¡Oh, Dios, temo que todo se destruya!

PRÍNCIPE JOHN Buen día, primo Warwick; buenos días.

GLOUCESTER Y CLARENCE Buen día, primo.

PRÍNCIPE JOHN No sabemos siquiera qué decir.

WARWICK Lo sabemos, mas es nuestro argumento
tan pesaroso y triste que aquí nadie
encuentra las palabras que podrían expresarlo.

PRÍNCIPE JOHN ¡Que tenga paz aquel que nos ha puesto tristes!

GRAN JUEZ ¡Y que tengamos paz también nosotros,
para que nuestra pena no se agrave!

GLOUCESTER Mi buen señor, perdisteis un amigo,
y me atrevo a decir que no es prestado
el gesto de dolor... Es vuestro, de seguro.

PRÍNCIPE JOHN (*Al GRAN JUEZ.*)

Aunque ninguno sabe ahora qué le espera,
vos tenéis las peores perspectivas.
Lo siento, y ojalá que me equivoque.

CLARENCE (*Al GRAN JUEZ.*) Ahora deberéis hablarle con respeto
a Falstaff, en contra de vuestra inclinación.

GRAN JUEZ He cumplido, mis príncipes, mi deber con honor,
siguiendo los mandatos imparciales
de mi alma, y jamás me veréis suplicar
un perdón improbable, de mendigo.
Si mi lealtad y mi inocencia no me ayudan,
iré a reunirme con nuestro difunto rey,
y le diré quién me ha enviado al otro mundo.

Entra el REY HENRY V.

WARWICK Aquí viene el príncipe.

GRAN JUEZ ¡Buen día, y que Dios salve a vuestra majestad!

REY HENRY V Esta prenda tan nueva y tan espléndida
que es mi majestad no me sienta tan bien
como creéis. Hermanos, con temor
vuestro pesar se mezcla. Esta es la corte inglesa,
no la turca; ningún sultán a otro sultán
sucede, sino Harry a Harry. El pesar
os sienta bien, hermanos, sin embargo.
El luto os confiere un noble porte,
y tanto, que yo mismo lo pondré de moda,
llevándolo en mi corazón. Así,
podéis sentir tristeza hermanos, pero solo
la misma que a todos nos aqueja.
En cuanto a mí, por Dios os aseguro
que no seré tan solo hermano sino un padre.
Si me cargáis de amor, yo he de cargar
con vuestras desazones. Si queréis, llorad
por Harry, que lo mismo he de hacer yo;
pero el Harry que está vivo ha de trocar
en una hora feliz cada lágrima vertida.

PRÍNCIPE JOHN, GLOUCESTER Y CLARENCE

No esperábamos otra cosa de su majestad.

REY HENRY V Me miráis extrañados, todos,
(*al* GRAN JUEZ) y vos, especialmente.
Creo que pensáis que no os quiero.

GRAN JUEZ Lo pienso aunque en verdad sé que no tiene
su majestad motivos justos para odiarme.

REY HENRY V ¿No? ¿Acaso podría un príncipe encumbrado
olvidar la indignidad a la que me sometisteis?
¿Reprender, amonestar y encarcelar
sin miramiento al heredero de Inglaterra?
¿Fue una falta leve? ¿Puede ser lavada
fácilmente en las aguas del Leteo y olvidarse?

GRAN JUEZ Entonces yo representaba a vuestro padre,
encarnaba el poder del rey. Y, hallándome
en plena aplicación de su ley, atareado
en pos del bien común, vuestra alteza olvidó
mi rango, de todo el poder de la ley,

la majestad de la justicia,
y la imagen del rey que yo encarnaba,
al punto de golpearme en el tribunal.
Al ofenderme así, ofendisteis también
la autoridad de vuestro padre, que a través de mí
os envió a la cárcel. ¿Creéis que actué mal?
¿Os gustaría acaso ahora que sois rey
tener un hijo que desoiga los decretos,
someta vuestra imagen de justicia
a públicos azotes y entorpezca
el curso de la ley, mellando así la espada
que protege la paz y la seguridad
de vuestra real persona? O, peor,
un hijo que desprecie vuestra real imagen
y se burle de hecho, a través de otros,
de todas vuestras leyes y mandatos.
Pensadlo bien: estáis ahora en el lugar
del padre de ese hijo que profana
abiertamente vuestra dignidad,
que desafía sin recato vuestras leyes
más severas y osa desdeñaros.
Y ahora imaginad que os defiendo,
y que, en vuestro nombre, con indulgencia
acallo a vuestro hijo. Sopesad el caso
fríamente, y luego sentenciadme.
Y, como rey que sois, decid si lo que hice
manchó mi dignidad, mi cargo, mi persona
o la soberanía de mi buen señor.

REY HENRY V La razón os asiste, juez, y juzgáis bien.

Conservaréis la espada y la balanza:
os deseo que crezca vuestro honor
y tengáis larga vida para ver a un hijo mío
que os ofenda y obedezca como yo.
Que viva también yo para decir
lo que de vos dijo mi padre: «Qué fortuna
tener a mi servicio un hombre que se atreve
a juzgar los delitos de mi hijo;
y más fortuna aún tener un hijo
que entrega de este modo su grandeza
a la justicia». Vos me encerrasteis en prisión;
ahora yo dejo en vuestra mano encerrada

esta espada sin mancha que se os confió,
con una condición: usadla con coraje,
con la misma imparcial justicia que impartisteis
en mi caso. Aquí tenéis mi mano.
Para mi juventud seréis un padre;
lo que mi voz dirá será lo que la vuestra
haya hecho llegar a mis oídos,
y cada decisión mía tendrá que contar antes
con el sello de vuestra sabia aprobación.
Y príncipes, creedme, os lo ruego:
mis locuras quedaron enterradas
en el sepulcro de mi padre,
y yo lo sobrevivo y sobrevive
en mí su mismo espíritu. Desmentiré
lo que de mí el mundo espera, frustraré
las profecías y he de aniquilar las malas lenguas
que por meras apariencias ya han firmado
mi condena. Creció hasta el momento la marea
de mi sangre, hinchada por la vanidad.
Ahora menguará para volver al mar
y obedecer la noble ley que rige a las mareas,
fluyendo de aquí en más con calma majestuosa.
Convoquemos ahora al Parlamento:
nos hacen falta los más nobles consejeros
para elevar el cuerpo de este estado
al rango que merecen las naciones
con el mejor gobierno. Que la paz
o la guerra, o ambas cosas juntas,
no sean para nosotros cosa excepcional.
(Al GRAN JUEZ.) En todo esto, padre, vos tenéis
la última palabra.
(A TODOS.) Tras la coronación convocaremos,
tal como dije antes, al gobierno en pleno.
Si toma en cuenta Dios mis buenas intenciones,
ni un súbdito del reino rogará con justa causa:
que Dios acorte un día la feliz vida de Harry.

Sale.

ESCENA III

*Una mesa dispuesta con sillas.
Entran FALSTAFF, HUECO, SILENCIO, DAVY con copas,
BARDOLPH, y el paje.*

HUECO (A FALSTAFF) Vamos a ver mi huerto, y allí comeremos bajo una glorieta unas manzanas de mi propia cosecha con un dulce de alcaraveas y cosas por el estilo (vamos, compadre Silencio) y después a la cama.

FALSTAFF ¡Cielo santo, qué casa más bonita y bien puesta tenéis aquí!

HUECO Poca cosa, poca cosa, poca cosa; mendigos, todos mendigos, sir John. Por la Virgen, corre un lindo airecito. Pon la mesa, Davy, pon la mesa...

DAVY pone la mesa.

Bien hecho, Davy.

FALSTAFF Este Davy os sirve para todo: es camarero y mayordomo.

HUECO Un buen criado, un buen criado, un excelente criado, sir John... Hostias, he bebido demasiado jerez con la cena... Un buen criado. Ahora sentaos, sentaos. (A SILENCIO.) Vamos, compadre.

SILENCIO Ah, pícaros, como dicen, lo único que nos interesa es...

Canta.

Comer y comer, a más no poder,
y dar gracias a Dios por sus dones;
la carne es barata, las mujeres caras,
y así andamos a los empujones,
calientes y alegres todo el santo día
y locos de loca alegría.

FALSTAFF ¡Eso sí que es un corazón alegre! Maese Silencio, os habéis ganado un brindis a vuestra salud.

HUECO Ponle algo de vino a maese Bardolph, Davy.

DAVY (A FALSTAFF.) Dulce señor, sentaos. (A BARDOLPH.) Estoy con vos enseguida (a FALSTAFF) el más dulce de los señores, sentaos. Maese paje, buen maese paje, vos también. ¡Buen provecho! Lo que nos falte de comida, nos sobrará de bebida; tendréis que perdonarnos; todo es con la mejor voluntad.

Sale.

HUECO ¡Alegraos, maese Bardolph, y vos también, soldadito!

SILENCIO (*Cantando.*)

Alegría, la mujer es una arpía,
arpía tu mujer, arpía la mía.
¡A reír señores! ¿Por qué pasarla mal?
¡Alegría, bienvenido el carnaval!
¡Alegría, alegría!

FALSTAFF Nunca pensé que maese Silencio fuera tan fogoso.

SILENCIO ¿Quién, yo? Yo solo me he puesto alegre dos veces en mi vida, y una es esta.

*Entra DAVY
con un plato de manzanas.*

DAVY He aquí un buen plato de manzanas rojas.

HUECO ¡Davy!

DAVY ¿Su señoría? (A FALSTAFF.) ¿Una copa de vino, señor?

SILENCIO (*Canta.*)

Una copa, una copa de vino
que durmiera en vasija de roble
beberé a tu salud, amor mío:
corazón que es feliz vive el doble.

FALSTAFF Bien dicho, maese Silencio.

SILENCIO Y la pasaremos muy bien; ya llega la parte más dulce de la noche.

FALSTAFF ¡Salud y larga vida, maese Silencio!

SILENCIO ¡Llenad la copa y que siga la vuelta! ¡La mía, la vaciaré de un trago, así tenga una milla de hondo!

HUECO ¡Bienvenido, honrado Bardolph! ¡Si queréis algo y no lo pedís, que el diablo os lleve! (*Al paje.*) ¡Bienvenido, mi diablillo flaco, y bien que bienvenido! Beberé a la salud de maese Bardolph y de todos los *chevaliers* de Londres.

Bebe.

DAVY Espero ver Londres alguna vez, antes de morir.

BARDOLPH ¡Y que yo te vea allí, Davy!

HUECO Santo cielo, se echarían un jarro de un cuarto, ¿o no, maese Bardolph?

BARDOLPH Y uno de medio también, señor.

HUECO ¡Por los clavos de Cristo, que sí! El canalla se os pegará como abrojo, os lo aseguro; no se despegará, no; está bien educado.

BARDOLPH Y yo lo tendré bien a mano, sí señor.

HUECO ¡Ah, eso es hablar como un rey! ¡A no privarse de nada, a divertirse!

Golpean a la puerta.

A ver, ¿quién está ahí? ¿Quién llama?

Sale DAVY. HUECO bebe.

FALSTAFF ¡Epa, este está bebiendo más que yo!

SILENCIO (*Cantando.*)

Si en beber soy el primero,
si en beber soy el campeón
seré armado caballero
como Mingo el muy meón.

¿No era así?

FALSTAFF Así era.

SILENCIO ¿Sí? Reconózcanme entonces que un viejo puede hacer algo bien hecho.

Vuelve DAVY.

DAVY Con permiso de vuestra merced, hay aquí un tal Pistola que trae noticias de la corte.

FALSTAFF ¿De la corte? Que pase.

Entra PISTOLA.

¿Cómo estás, Pistola?

PISTOLA Sir John, Dios te bendiga.

FALSTAFF ¿Qué vientos te traen por aquí, Pistola?

PISTOLA No ese viento malo que a nadie sopla un bien. Querido caballero, hoy eres uno de los hombres más grandes del reino.

SILENCIO ¡Por la Virgen, sí lo es, el más grande de todos, a excepción del buen

hidalgo Puff de Barson!

PISTOLA ¿Puff?

¡Un puff en tu podrida boca, charlatán!
Soy tu pistola, sir John, y tu amigo,
y a troche y moche cabalgué hasta aquí,
y traigo buenas nuevas, las felices
noticias de una nueva edad dorada.

FALSTAFF Te ruego que las des, pero en un idioma de este mundo.

PISTOLA ¡Me la chupan el mundo y los viles mundanos!

Hablo de los placeres dorados del África.

FALSTAFF ¡Oh, vil noble asirio, desembucha esas nuevas!

¡Saca al rey Cofetua de su triste ignorancia!

SILENCIO (*Cantando.*)

Y Robin Hood, Escarlata y el pequeño Juan.

PISTOLA ¿Se atreve la canalla ruin del muladar

a competir con un ahijado de las Musas?

¿Serán las buenas nuevas blanco de ruin befa?

Si es así, buen Pistola, hunde tu cabeza

en el regazo de las Furias.

HUECO Honesto caballero, nada sabía de vuestro linaje.

PISTOLA Peor para ti.

HUECO Perdonadme, señor. Si vos, señor, tenéis nuevas de la corte, considero que os quedan dos caminos: o revelarlas, o callarlas. Y yo, señor, que esto os digo, tengo cierta autoridad por mandato del rey.

PISTOLA ¿Por mandato de cuál rey, pordiosero, canalla? Habla o te mato.

HUECO Del rey Harry.

PISTOLA ¿Harry el Cuarto o el Quinto?

HUECO Harry el Cuarto.

PISTOLA ¡Un culo vale entonces tu mandato!

Sir John, tu tierno corderillo es ya el rey.

Harry el Quinto es él. Hablo con verdad.

Cuando Pistola mienta hacedle así (*hace una higa*);

desafiadlo como españoles pendencieros.

FALSTAFF ¿Qué, está muerto el viejo rey?

PISTOLA Como un pescado. ¿Por qué dudar de mi palabra?

FALSTAFF ¡Vamos, Bardolph, que ensillen mi caballo! ¡Maese Hueco, elegid el cargo que queráis, es vuestro! ¡Pistola, serás cargado y recargado de dignidades!

BARDOLPH ¡Ah, qué día más feliz! ¡No cambiaría mi suerte por un título de caballero!

PISTOLA ¿Qué, he traído buenas noticias?

FALSTAFF (A DAVY.) Acostad a maese Silencio.

Sale DAVY con SILENCIO.

Maese Hueco... Milord Hueco... o lo que quieras ser. Yo soy ahora el administrador de la fortuna... calzaos las botas; cabalgaremos toda la noche. ¡Oh, querido Pistola! ¡Anda, Bardolph!

Sale BARDOLPH.

Ven acá, Pistola, cuéntame más, y mientras tanto piensa qué me pedirás de bueno. ¡Las botas, las botas, maese Hueco! Seguro que el joven rey se muere por verme pronto. Tomemos los caballos de cualquiera. Tengo las leyes de Inglaterra en mis manos. ¡Bienaventurados los que han sido mis amigos, y pobre del gran juez!

PISTOLA Que los buitres más viles caigan sobre él.
«¿Donde está la vida que yo llevaba?», dicen.
Bien, aquí está. ¡Ah, que alegres se deslicen los días que se aprestan a llegar!

Salen.

ESCENA IV

Entran los VIGILANTES de la parroquia llevando a la rastra a doña SIEMPRELISTA y a DOLLY RAJASÁBANAS.

SIEMPRELISTA ¡No, bellaco redomado! Por Dios que moriría por verte en la horca. Me dislocaste el hombro.

VIGILANTE PRIMERO Los alguaciles la dejaron en mis manos, y garantizo que tendrá un festín de azotes. Asesinaron hace poco a uno o dos tipos por causa de ella.

DOLLY RAJASÁBANAS ¡Mientes, cepo de carne! Y, te lo aviso, cara de culo: ¡si llego a perder el niño que llevo en el vientre, mejor sería para ti haberle pegado a tu madre, paliducho!

SIEMPRELISTA ¡Dios mío, si hubiera venido sir John! ¡Uno que yo sé la pagaría con sangre! ¡De todos modos, ruego a Dios que el fruto de ese vientre no llegue a feliz término!

VIGILANTE PRIMERO Si así ocurre, tendrás que ponerte una docena de cojines en la panza, en vez de los once que tienes ahora. Vamos, os venís las dos conmigo. Os acuso, porque ha muerto el hombre al que golpearon con la complicidad de Pistola.

DOLLY RAJASÁBANAS ¡Ya verás, flacucho, bajorrelieve de incensario! ¡Te haré colgar por esto, criminal con uniforme, guardiacárcel roñoso, muerto de hambre! ¡Si no te cuelgan, te lo juro, dejo de usar faldas!

VIGILANTE PRIMERO ¡Vamos, vamos ya, caballero andante con polleras!

SIEMPRELISTA ¡Qué injusto es que el justo triunfe sobre el fuerte! Pero, en fin, se sufre para poder gozar.

DOLLY RAJASÁBANAS Vamos, canalla, llévame ante un juez.

SIEMPRELISTA Sí, vamos ya, sabueso muerto de hambre.

DOLLY RAJASÁBANAS ¡Mayordomo de la muerte, puro hueso!

SIEMPRELISTA ¡Átomo de esqueleto!

DOLLY RAJASÁBANAS Vamos, anémico, proyecto de canalla.

VIGILANTE PRIMERO Muy bien.

Salen.

ESCENA V

Entran dos LACAYOS, sembrando la calle de junquillos.

LACAYO PRIMERO Más junquillos, más junquillos.

LACAYO SEGUNDO Serán las dos cuando vuelvan de la coronación. ¡Deprisa, deprisa!

Salen.

Entran FALSTAFF, HUECO, PISTOLA, Bardolph y el paje.

FALSTAFF Quedaos junto a mí, maese Hueco. Haré que el rey os conceda su gracia. Cuando pase por aquí le haré un guiño, y fijaos muy bien en la cara que me pondrá.

PISTOLA Dios bendiga vuestros pulmones, caballero.

FALSTAFF Ven aquí Pistola, detrás de mí. (A HUECO.) ¡Ah, si hubiera tenido tiempo de mandar a hacer libreas nuevas, me habría gastado las mil libras que me prestasteis! Pero no importa; más me sienta esta apariencia humilde, porque así él se dará cuenta de cuánto deseaba verlo.

HUECO Así es.

FALSTAFF Demuestra la profundidad de mi afecto...

PISTOLA Así es.

FALSTAFF De mi devoción...

PISTOLA Así es, así es, así es.

FALSTAFF Así fue: cabalgar día y noche, sin pensar, sin recordar, sin tomarme siquiera el tiempo de cambiarme...

PISTOLA Es lo mejor, seguro.

FALSTAFF Estar aquí, todo sucio del viaje, sudando por el deseo de verlo, sin pensar en otra cosa, relegando al olvido todo lo demás, como si no tuviera otra cosa que hacer más que verlo a él.

PISTOLA Es *semper idem*, porque *absque hoc nihil est*: en cada parte está el todo.

HUECO En efecto.

PISTOLA Caballero, he de inflamar tu noble hígado y montarás en cólera. Tu Dolly, esa Helena de tus pensamientos, ha sido recluida en celda sórdida y expuesta en la prisión a toda clase de contagios por obra de una mano cruel, bestial y sucia. Despierta a la Venganza de su oscura cueva, invocando a la cruel sierpe de Alecto, porque tu Dolly está en chirona. Pistola dice solo la pura verdad.

FALSTAFF Yo la liberaré.

*Gritos desde dentro.
Suenan trompetas.*

PISTOLA ¡Ruge el mar y resuenan las trompetas!

Entran el REY HENRY V el PRÍNCIPE JOHN de Lancaster, los duques de Clarence y Gloucester, el GRAN JUEZ y otros.

FALSTAFF ¡Que Dios guarde tu gracia, mi Hal, mi rey Hal!

PISTOLA ¡Que el cielo te proteja, noble hijo de la gloria!

FALSTAFF Dios te salve, mi muchacho.

REY HENRY V Milord gran juez, hablad con este necio.

GRAN JUEZ (A FALSTAFF.) ¿Has perdido la cabeza? ¿No sabes a quién le has dirigido esas palabras?

FALSTAFF ¡A mi rey, mi Zeus! ¡Corazón, hablo contigo!

REY HENRY V No te conozco, viejo. Mejor, reza.

¡Qué mal sientan las canas a un bufón!

Durante mucho tiempo soñé con un hombre igual a ti, así de viejo y de profano, hinchado como tú por los excesos.

Pero ahora, ya despierto, mi sueño me repugna.

Deberías achicar tu panza y aumentar tu gracia; deja de lado la glotonería:

las fauces de la tumba que te espera triplican en tamaño a las que aguardan a los demás mortales. No repliques

con una broma necia, ni supongas que soy lo que antes fui, pues Dios ya sabe, y lo sabrá muy pronto el mundo, que he dejado mis hábitos atrás:

lo mismo ocurrirá con mis antiguas compañías.

Cuando escuches que soy de nuevo lo que era, acércate a mí y serás, como fuiste, mecenas y tutor de mis desmanes.

Hasta entonces, y bajo pena de muerte prohíbo como hice con el resto de mis malos consejeros, tu presencia a menos de diez millas

de mi real persona. En cuanto a tu subsistencia, correrá por mi cuenta, porque la escasez te incitaría al mal seguramente;

en cuanto te reformes, te daremos un cargo acorde a tus capacidades y virtudes.

(Al GRAN JUEZ.) Encargaos, milord, de que mis órdenes sean ejecutadas. Vamos.

*Sale el REY HENRY V
con su séquito.*

FALSTAFF Maese Hueco, os debo mil libras.

HUECO Sí, a fe mía, sir John, y os ruego que me las devolváis para que pueda llevármelas a casa.

FALSTAFF Eso será difícil, maese Hueco. Pero no os preocupéis. Me llamará para verme en privado. Lo que ocurre es que debe mostrarse al mundo de este modo. Vuestro ascenso no corre peligro. Yo seré el hombre que os haga grande.

HUECO No veo cómo, a menos que me deis vuestro jubón y lo rellenemos con paja. Os suplico, buen sir John, dadme al menos quinientas de mis mil libras.

FALSTAFF Señor, cumpliré mi palabra. Todo lo que él dijo estaba coloreado por las exigencias de la ocasión.

HUECO Temo que ese color os tiña con el matiz de la muerte.

FALSTAFF No temáis los colores de nadie. Venid conmigo a cenar: vamos, teniente Pistola; vamos, Bardolph. Ya me mandará a llamar esta noche.

*Entran el GRAN JUEZ y el PRÍNCIPE JOHN,
con oficiales.*

GRAN JUEZ (A los oficiales.)

Llevad a sir John Falstaff y a los demás
a la prisión de Fleet.

FALSTAFF Milord, milord...

GRAN JUEZ No puedo hablar ahora. Pronto os escucharé.
Llevadlos ya.

PISTOLA *Si fortuna me tormenta, spero me contenta.*

*Salen todos
salvo el PRÍNCIPE JOHN y el GRAN JUEZ.*

PRÍNCIPE JOHN Me gusta esta actitud del rey.

Ha dicho que sus viejos compañeros
tendrán asegurada la existencia,
pero serán desterrados hasta que su conducta
sea más sabia, prudente y decorosa.

GRAN JUEZ Y así será.

PRÍNCIPE JOHN Y el rey ha convocado al Parlamento.

GRAN JUEZ En efecto.

PRÍNCIPE JOHN Puedo apostar que, antes de fin de año,
las espadas civiles y el valor de la nación
darán combate en Francia. Me lo contó un pajarito,
y, hasta donde sé, al rey le gustó la canción.
¿Venís conmigo?

Salen.

EPÍLOGO

Entra el EPÍLOGO.

EPÍLOGO Primero mi temor, después mi cortesía, por último mis palabras.

Mi temor es que no os haya gustado; mi cortesía es tributo obligado, y mis palabras para pedir os perdón. Si esperáis ahora un buen discurso, me deshacéis, porque lo que tengo para decir lo hice yo mismo, y lo que diré, me temo, será mi propio error. Pero a lo hecho, pecho. Sabed que estoy aquí, al final de una obra desagradable, para suplicaros paciencia y prometeros una mejor. Quería, por cierto, compensaros con esto, que, si os llega sin suerte, a mí me manda a la quiebra y a vosotros, mis amables acreedores, os deja perdidos. Si me condonáis parte de la deuda, os pagaré algo y, como casi todos los deudores, os haré infinitas promesas.

Si mi lengua no puede convenceros de absolverme, ¿me pediréis que lo intente con las piernas? Y eso sería un pago leve, el de saldar mi deuda bailando. Pero una buena conciencia exige dar todas las satisfacciones posibles, y eso intento. Todas las damas presentes ya me han perdonado; si los caballeros no lo hacen será porque discrepan con las damas, algo que nunca se ha visto en reuniones como esta.

Una palabra más, os suplico. Si no estáis empachados de tanta gordura, nuestro humilde autor continuará la historia con sir John, y os alegrará con la bella Catalina de Francia, país donde, por lo que sé, Falstaff morirá deslomado, si es que vuestras duras opiniones no lo matan antes. Pues Oldcastle murió como mártir, y este hombre no es él. Mi lengua está cansada; cuando también lo estén mis piernas, os desearé buenas noches; y por eso me arrodillo ante vosotros, más, por cierto, para rezar por la reina.

*Baila y luego se arrodilla pidiendo aplausos.
Sale.*



ENRIQUE V

*versión de
Elvio E. Gandolfo*

Probablemente escrita en 1599, pues no figura en el catálogo de Francis Meres de 1598. Algunas metáforas teatrales sugieren que la obra fue concebida para celebrar la inauguración de teatro Globe, que abrió entre febrero y septiembre de 1599. Un Cuarto muy deficiente se publicó en 1600 y se reimprimió en 1602 y en 1619. El texto del Primer Folio de 1623 es mucho más nítido y coherente y parece haber sido compuesto a partir del manuscrito de Shakespeare.



DRAMATIS PERSONAE

CORO

ENRIQUE V, rey de Inglaterra, pretendiente al trono francés

Duque de GLOUCESTER, su hermano

Duque de CLARENCE, su hermano

Duque de EXETER, su tío

Duque de YORK, su primo

Conde de SALISBURY

Conde de WESTMORELAND

Conde de WARWICK

Arzobispo de CANTERBURY

Obispo de ELY

Ricardo, conde de CAMBRIDGE, traidor

Enrique, lord SCROPE de Masham, traidor

Sir Thomas GREY, traidor

PISTOLA, antiguo compañero de Falstaff

NIM, antiguo compañero de Falstaff

BARDOLPH, antiguo compañero de Falstaff

Un MUCHACHO, antiguo paje de Falstaff

Posadera, ex mistress Quickly (doña SIEMPRELISTA), ahora esposa de Pistola

Sir Thomas ERPINGHAM

Capitán GOWER, un inglés

Capitán FLUELLEN, un galés

Capitán MACMORRIS, un irlandés

Capitán JAMY, un escocés

John BATES, soldado inglés

Alexander COURT, soldado inglés

Michael WILLIAMS, soldado inglés

Un HERALDO

REY CARLOS VI, rey de Francia

REINA ISABEL, su esposa

Luis, el DELFÍN, hijo y heredero de ambos

CATHERINE, hija de ambos

ALICE, dama de honor de Catherine

El CONDESTABLE de Francia, noble francés de Agincourt

Duque de BORBÓN, noble francés de Agincourt
Duque de ORLEANS, noble francés de Agincourt
Duque de Berri, noble francés de Agincourt
Lord RAMBURES, noble francés de Agincourt
Lord GRANDPRÉ, noble francés de Agincourt
Duque de BORGONA
MONTJOY, el heraldo francés
GOBERNADOR de Harfleur
EMBAJADORES franceses ante el rey de Inglaterra

PRIMER ACTO

PRÓLOGO

Entra el CORO.

CORO ¡Ah, tener una musa de fuego, que subiera
al más brillante cielo de la invención:
un reino por escenario, príncipes actuando,
y monarcas contemplando la escena prodigiosa!
Entonces Enrique el batallador, como quien era,
tendría el porte de Marte, y, pisándole los talones,
sujetos como una jauría, el hambre, la espada y el fuego
se agacharían esperando ser usados. Pero, ilustres gentes,
perdonen a los espíritus sin vuelo que se han atrevido
a traer a este indigno tablado un tema tan fastuoso.
¿Puede este gallinero contener los vastos campos de Francia?
¿O podemos hacer entrar en esta O de madera
los cascos que aterraron el aire en Agincourt?
Oh, perdonen: ya que un número garabateado puede
representar en poco espacio un millón,
permítannos que, como cifras de esta gran cuenta,
actuemos sobre las fuerzas de su imaginación.
Supongan que la faja de estos muros
encierra ahora dos poderosas monarquías,
cuyas frentes altas, alzadas y casi en contacto
mantiene apartadas el peligroso y estrecho océano.
Completen nuestras imperfecciones
con sus pensamientos: dividan a un hombre en mil partes
y construyan un poderoso ejército imaginario.
Cuando hablemos de caballos, piensen que los ven,
imprimiendo sus cascos orgullosos en la tierra blanda;
porque sus pensamientos tienen que ser ahora
los que vistan a nuestros reyes. Y los lleven
de un lado a otro, saltando sobre las épocas,
transformando los logros de muchos años
en una hora de reloj: para cuyo oficio
acepten que yo, el coro de esta historia,
haga de prólogo y les ruegue la humilde paciencia
de oír, de juzgar amablemente, nuestra obra.

Sale.

ESCENA I

*Entran el arzobispo de CANTERBURY
y el obispo de ELY.*

CANTERBURY Se lo aseguro, monseñor: se impulsa hoy el mismo proyecto de ley que en el undécimo año del reinado del rey último estuvo a punto de aprobarse en perjuicio nuestro y que aquellos tiempos agitados y tambaleantes apartaron de toda consideración.

ELY ¿Pero cómo lo resistiremos ahora, monseñor?

CANTERBURY Hay que pensarlo. Si se aprueba en nuestra contra, perdemos la mejor mitad de nuestras posesiones, porque nos quitarían todas las tierras temporales que los devotos dejan por testamento a la Iglesia. Así se tasa: aquello que para honor del rey mantenga bien a quince condes y mil quinientos caballeros, a seis mil doscientos buenos escuderos, y lo que sostenga muy bien a cien casas de caridad para alivio de leprosos y ancianos, débiles almas indigentes que no pueden trabajar, además de mil libras anuales para los cofres del rey. Eso es lo que fija el proyecto de ley.

ELY Es un gran trago.

CANTERBURY Que se traga la copa y todo.

ELY ¿Pero cómo impedirlo?

CANTERBURY El rey está lleno de bondad y consideración.

ELY Y es un sincero amigo de la santa Iglesia.

CANTERBURY El curso de su juventud no lo prometía. No bien la vida abandonó el cuerpo de su padre, su salvajismo, que lo mortificaba, pareció morir también. Sí: en ese mismo instante la reflexión llegó como un ángel y a latigazos expulsó de él al Adán pecador,

dejando su cuerpo como un paraíso
que contenía y rodeaba a espíritus celestes.
Nunca nadie se hizo erudito tan bruscamente;
nunca llegó la reforma como una oleada
de tan impetuosa corriente a lavar los pecados;
ni nunca el extravío con cabeza de Hidra
perdió tan pronto su asiento, y tan de repente,
como en este rey.

ELY El cambio es una bendición para nosotros.

CANTERBURY Basta oírlo razonar en teología para que,
lleno de admiración, uno desee en lo profundo
que el rey se convierta en prelado;
basta oírlo discutir asuntos de bien común
para afirmar que nunca estudió otra cosa;
escucharlo hablar de guerra es como oír
una batalla temible vuelta música;
si pasa a cualquier cuestión de política,
desatará el nudo gordiano con tanta facilidad
como su jarretera: porque cuando habla,
el aire, ese libertino leve, permanece inmóvil,
y el mudo asombro acecha en los oídos de los hombres
para captar sus frases dulces e impregnadas de miel:
de tal modo que los dueños de esta teoría
deben ser el arte y la práctica de la vida.
Es una maravilla cómo pudo lograrlo su gracia,
dada su afición a los caminos inútiles,
a los compañeros ignorantes, groseros, y vacíos,
a llenar sus horas con orgías, banquetes y juegos,
sin que nunca se advirtiese en él estudio alguno,
ningún retiro, ningún apartamiento
de los sitios públicos y el vulgo.

ELY La fresa crece bajo la ortiga,
y las bayas jugosas mejor medran y maduran
junto a la fruta de especie más vulgar;
así el príncipe escondía su reflexión
bajo el velo del salvajismo: así, sin duda,
creció como la hierba de estío, más veloz por la noche,
sin ser vista, pero pujante en su vigor natural.

CANTERBURY Así ha de ser, porque los milagros han terminado,

y por necesidad debemos admitir los medios
por los que se perfeccionan las cosas.

ELY Pero, mi buen señor,

¿cómo atenuaremos este proyecto de ley
impulsado por los Comunes? ¿Su majestad
se inclina por él, o no?

CANTERBURY Parece indiferente,

o mejor aún se inclina hacia nuestro lado
en vez de alentar a quienes obran en nuestra contra;
porque le hice una oferta a su majestad,
en nombre de nuestro Concilio eclesiástico
y respecto a asuntos pendientes hoy
que expresé a su gracia en detalle:
en lo que respecta a Francia, dar una suma mayor
que la que nunca antes dio el clero
de una sola vez a sus predecesores.

ELY ¿Como pareció recibida la oferta, milord?

CANTERBURY Su majestad la recibió bien,

salvo que no hubo tiempo de escuchar,
como advertí que su gracia deseaba hacer,
las diversas y patentes razones
de sus legítimos derechos a ciertos ducados,
y en general a la corona y el trono de Francia,
procedentes de Eduardo, su bisabuelo.

ELY ¿Cuál fue el impedimento que lo interrumpió?

CANTERBURY El embajador francés pidió audiencia

en ese instante... y creo que es la hora
de escucharlo. ¿Son las cuatro?

ELY Son.

CANTERBURY Entonces entremos, para conocer su mensaje,

que yo podría adivinar incluso antes
de que el francés dijera una palabra.

ELY Lo acompañaré, ansío oírlo.

Salen.

ESCENA II

Entran el REY ENRIQUE, los duques de Gloucester, Clarence, y EXETER y los condes de Warwick y WESTMORELAND.

REY ENRIQUE ¿Dónde está mi ilustre monseñor de Canterbury?

EXETER No está aquí presente.

REY ENRIQUE Envía por él, mi buen tío.

WESTMORELAND ¿Hacemos entrar al embajador, su majestad?

REY ENRIQUE Todavía no, primo mío. Antes de oírlo
debiéramos tener resueltas cosas de peso,
que ocupan nuestro pensamiento,
acerca de nosotros y de Francia.

*Entran el arzobispo de CANTERBURY
y el obispo de ELY.*

CANTERBURY Dios y sus ángeles custodien este trono sagrado,
y te hagan ocuparlo mucho tiempo.

REY ENRIQUE Se lo agradecemos mucho.

Y le rogamos, mi docto monseñor, que prosiga,
y explique con justeza y religiosidad
por qué la ley sálica que tienen en Francia
nos excluye o no de nuestra pretensión.
Y Dios no permita, mi querido y fiel señor,
que deforme usted, retuerza o falsee su interpretación,
o imponga a su alma comprensiva lindos sofismas
que presenten títulos ilegítimos, cuyo derecho
no se adecue con color natural a la verdad;
porque bien sabe Dios cuántos que hoy tienen salud
dejarán correr su sangre en apoyo
de lo que nos incite a hacer su eminencia.
Cuídese pues de cómo empeña usted su persona,
y cómo despierta nuestra dormida espada de guerra;
le pedimos en nombre de Dios que se cuide.
Porque nunca dos reinos semejantes combatieron
sin que corriera mucha sangre, cuyas gotas inocentes
son en cada caso una aflicción, una queja dolorida
contra aquel cuyas faltas afilaron las espadas
que provocaran tal derroche de veloz mortandad.

Hable bajo este conjuro, monseñor,
porque escucharemos, tomaremos nota y creeremos de corazón
que lo que usted dice está lavado en su conciencia
tan puramente como el pecado original con el bautismo.

CANTERBURY

Entonces escúchenme, ilustre soberano y ustedes pares,
que deben su existencia, sus vidas y servicios
a este trono imperial. No hay prohibiciones
a lo que su alteza pretende respecto a Francia
sino esta, que ellos toman de Faramond:

«*In terram Salicam mulieres ne succedant*»,
«En tierra sálica ninguna mujer heredará».

Los franceses alegan sin razón que dicha tierra sálica
es el reino de Francia, y Faramond, el fundador
de esta ley que excluye a las mujeres.

Con todo, sus propios autores afirman lealmente
que la tierra sálica queda en Alemania,
entre los ríos de Elba y Sala,
donde habiendo sojuzgado Carlomagno a los sajones,
dejó asentados tras de sí a algunos francos que,
desdeñando a las mujeres alemanas
por ciertas conductas deshonestas de sus vidas,
establecieron esta ley: a saber, que hembra ninguna
sería heredera de tierra sálica; la cual,
como dije, se extiende entre el Elba y el Sala,
en Alemania hoy es llamada Meissen.

Bien se ve entonces que la ley sálica
no fue pensada para el reino de Francia.
Ni tuvieron los franceses la tierra sálica
hasta cuatrocientos veintiún años después
de la muerte del rey Faramond,
(vanamente considerado fundador de esta ley)
que ocurrió en el año cuatrocientos veintiséis
de nuestra redención; y Carlomagno
sojuzgó a los sajones y asentó a los francos
más allá del río Sala, en el año
ochocientos cinco. Además, dicen sus cronistas,
el rey Pipino, que destronó a Childerico,
reclamó ser heredero general de la corona de Francia
como descendiente de Blithilda, hija del rey Clotario.
También Hugo Capeto (que usurpó la corona

de Carlos, duque de Lorena, único heredero varón
de la línea y tronco legítimo de Carlomagno,
para dorar su título con algún viso de legalidad
aunque en rigor era corrupto y nulo)
se presentó como heredero de lady Lingarda,
hija de Carlos II, que era el hijo
del emperador Luis, siendo Luis el hijo
de Carlomagno. Por otra parte, Luis IX,
que era el único hijo del usurpador Capeto,
no pudo llevar la corona de Francia,
con la conciencia en calma hasta dejar
sentado que la bella reina Isabel, su abuela,
descendía en línea directa de la dama Ermengarda,
hija de Carlos, el antedicho duque de Lorena,
por cuyo matrimonio la línea de Carlomagno
volvió a reunirse con la corona de Francia.
Así queda claro como el sol
que el título del rey Pipino, el reclamo de Hugo Capeto,
y la tranquilidad del rey Luis, parecen todos
apoyarse en el derecho y el título de la hembra;
y así hacen los reyes de Francia hasta hoy,
aunque sostengan esta ley sálica para bloquear
los derechos de su alteza por línea femenina,
y prefieren ocultarlos en una red antes
que renegar de sus títulos apócrifos,
usurpados a su majestad y sus progenitores.

REY ENRIQUE

¿Puedo hacer este reclamo, en derecho y en conciencia?

CANTERBURY ¡O que el pecado caiga sobre mí, temido soberano!

Porque está escrito en el Libro de los Números:
«Cuando el hijo muere, que la herencia
pase a la hija». Noble señor, defienda usted
lo que le pertenece, despliegue su bandera sangrienta,
vuelva la mirada a sus poderosos ancestros.
Vaya, mi temido señor, a la tumba de su bisabuelo,
de quien recibió los derechos; invoque su espíritu guerrero,
y el de su tío abuelo, Eduardo el Príncipe Negro,
quien representó en suelo francés una tragedia
al derrotar al ejército entero de Francia,
mientras su muy poderoso padre sobre una colina

permanecía sonriendo y contemplando cómo su cachorro de león
sacaba su sed en la sangre de los nobles franceses.
¡Oh, nobles de Inglaterra que con la mitad de sus fuerzas
pudieron enfrentar a todo el orgullo de Francia,
y dejar a la otra mitad riendo a un costado,
sin trabajo, y frescos para actuar!

ELY Despierte, rey, el recuerdo de esos muertos valientes,
y con su brazo poderoso renueve sus hazañas.
Usted es su heredero, usted se sienta en su trono,
en sus venas corren la sangre y el coraje
que les dio renombre. Su tres veces potente majestad
está en la primavera misma de su juventud,
maduro para hazañas y empresas grandiosas.

EXETER Sus reyes y monarcas hermanos de la tierra
esperan todos que se lance usted
como lo hicieron antes los leones de su sangre.

WESTMORELAND

Saben que su majestad tiene motivos; y medios y poder,
su alteza bien que los tiene. Nunca un rey de Inglaterra
contó con nobles más ricos y súbditos más leales,
con corazones que dejaron en Inglaterra los cuerpos
y plantaron las tiendas en los campos de Francia.

CANTERBURY Deje, querido soberano, que sus cuerpos lo sigan
con sangre, espada y fuego, para ganar su derecho.
En cuya ayuda nosotros, hombres de Iglesia,
reuniremos para su alteza una suma tan cuantiosa
como nunca recogió el clero de una sola vez
para ninguno de sus antepasados.

REY ENRIQUE

No solo debemos armarnos para invadir a los franceses,
sino también tomar medidas para defendernos
de los escoceses, que se echarán sobre nosotros
en cuanto tengan la ocasión favorable.

CANTERBURY Los que habitan las fronteras, ilustre soberano,
serán muro suficiente para defender
nuestro interior de los rateros vecinos.

REY ENRIQUE No me refiero solo a los rateros rampantes,
sino a la intención general de los escoceses,

que siempre han sido vecinos veleidosos.
Porque habrán leído que mi bisabuelo
nunca marchó con sus fuerzas a Francia
sin que los escoceses se volcaran sobre su reino
desprotegido, como la marea por una brecha
con la plenitud completa de su fuerza,
asolando los campos desnudos con ataques ardientes,
cercando castillos y ciudades con tremendos asedios,
de modo que Inglaterra, vacía de defensas,
se estremeció y tembló con sus estrépitos.

CANTERBURY Ella ha sufrido más temores que daños, señor.

Porque escuchadla ejemplificar por sí misma:
cuando toda su caballería estaba en Francia,
era una viuda enlutada por sus nobles,
no solo se defendió muy bien
sino que atrapó y enjauló como ganado
al rey de Escocia, a quien envió a Francia
a aumentar con reyes presos la fama del rey Eduardo
y enriquecer sus crónicas de tantas alabanzas
como hay en el limo y el fondo del mar
barcos hundidos y tesoros sin cuenta.

UN LORD Pero hay un dicho muy antiguo y verdadero:

«Si quieres a Francia conquistar,
por Escocia debes empezar».
Pues cuando el águila Inglaterra sale de caza,
la comadreja Escocia se desliza a su nido indefenso
y se apura a chupar los huevos principescos,
haciendo de ratón cuando el gato no está,
para matar y destrozar más de lo que puede comer.

EXETER Se deduce así que el gato ha de quedarse en casa.

Pero eso es una necesidad extrema,
porque tenemos cerraduras para guardar lo básico,
y hermosas trampas para cazar ladrones mezquinos.
Mientras la mano armada lucha en el extranjero,
la cabeza sensata se defiende sola en casa.
Porque el gobierno, aunque alto, bajo e inferior,
aun dividido en partes, mantiene la armonía,
concertando en cadencia plena y natural,
como la música.

CANTERBURY Es cierto. Por eso el cielo divide

el gobierno del hombre en funciones diversas,
poniendo su esfuerzo en movimiento continuo,
al que se le fija como propósito y meta
la obediencia. Así trabajan las abejas,
criaturas que por ley natural enseñan
el acto del orden a un reino de personas.
Tienen un rey y oficiales de distinto rango:
algunos, como magistrados, castigan dentro;
otros, como mercaderes, se atreven a comerciar fuera;
otros como soldados, armados con sus aguijones,
saquean los aterciopelados capullos del verano,
botín que con alegres marchas traen a casa
hasta la tienda real de su emperador,
que ocupado en su majestad vigila
a los albañiles cantores que alzan techos de oro,
a los ordenados ciudadanos que amasan la miel,
a los pobres cargadores que se amontonan
con pesados fardos ante su puerta estrecha,
al juez de rostro grave y zumbido sombrío
que entrega a los pálidos verdugos
el zángano bostezante y holgazán. Deduzco esto:
que muchas cosas, si tienen relación plena
con un solo centro, pueden trabajar
de muy diverso modo. Así como muchas flechas
lanzadas en distintas direcciones vuelan
hacia un solo blanco, o muchos caminos
se encuentran en una ciudad,
o muchos ríos de agua dulce confluyen
en un solo mar salado, o muchas líneas
confluyen en el centro del reloj de sol,
así mil acciones, una vez lanzadas, pueden
dar en un mismo fin, y llegar a buen término
sin sufrimiento. A Francia por lo tanto, mi soberano.
Divida usted su Inglaterra feliz en cuatro,
y llévese una cuarta parte,
que con ella hará temblar a la Galia entera.
Si con tres veces más poder aquí en casa
no podemos defender nuestras puertas del perro,
que el perro nos despedace, y nuestra nación pierda
su fama de energía y buen gobierno.

REY ENRIQUE Que entren los mensajeros que envió el delfín.

Salen uno o más.

Ya estamos bien resueltos, y con la ayuda de Dios
y la de ustedes, nobles nervios de nuestro poder,
como Francia es nuestra, la obligaremos a eliminarse
o la haremos pedazos. Nos sentaremos allí,
a gobernar en amplio dominio a Francia
y todos sus ducados, casi reinos,
o dejaremos estos huesos en una urna indigna,
sin tierra que los cubra ni nada que los recuerde.
La historia hablará en voz alta
y libremente de nuestros actos, o nuestra tumba,
como un mudo esclavo turco, tendrá boca sin lengua,
y no será honrada ni con un epitafio de cera.

*Entran los EMBAJADORES de Francia,
con un cofre.*

Ahora estamos preparados para oír lo que desea
nuestro buen primo el delfín, porque hemos sabido
que los saludos que traen son de él, no del rey.

EMBAJADOR ¿Tendría a bien su majestad darnos licencia
para presentar libremente el encargo que traemos,
o bien, ahorrando palabras, debemos dar a entender
lo que quiere el delfín y el objeto de nuestra embajada?

REY ENRIQUE No soy un tirano, sino un rey de Cristo,
a cuya gracia mi pasión está tan sujeta
como nuestros infelices encadenados en las cárceles.
Cuéntanos por lo tanto con franca sencillez y sin rodeos
lo que piensa el delfín.

EMBAJADOR Lo haré en pocas palabras:
hace poco su majestad envió a Francia el reclamo
de ciertos ducados, por los derechos
de su gran predecesor, el rey Eduardo III.
En respuesta al reclamo, el príncipe nuestro señor
dice que es usted muy joven todavía
y le ruega considerar que no hay nada en Francia
que se pueda obtener bailando una trivial «gallarda»:
en esos ducados usted no puede hacer festines.
Por eso le envía, ajustado a su carácter,

el tesoro de este cofre, y a cambio de ello
desea no volver a oírlo reclamar jamás
esos ducados. Eso dice el delfín.

REY ENRIQUE ¿De qué tesoro se trata, tío?

EXETER (*Abriendo el cofre.*) Pelotas de tenis, majestad.

REY ENRIQUE Nos alegra que el delfín sea tan amable con nosotros.

Agradecemos el regalo y la molestia que se tomaron ustedes.

Cuando ajustemos nuestras raquetas a estas pelotas,
jugaremos en Francia un partido que, con la gracia de Dios,
hará caer la corona de su padre en la contienda.

Dile que ha entablado una partida con un jugador tal
que todas las canchas de Francia se verán sacudidas
por sus voleos. Y entendemos bien que nos quiera
reprochar nuestros días más locos,
sin medir qué uso hicimos de ellos.

Nunca valoramos este pobre trono de Inglaterra,
y por lo tanto, al vivir lejos de él, nos entregamos
a una bárbara licencia: porque es muy común
que los hombres sean más alegres cuanto
más alejados están de casa.

Pero dile al delfín que mantendré mi rango,
me portaré como rey, y desplegaré mis velas de grandeza
cuando me alce en el trono de Francia.

Porque aquí dejé de lado mi majestad
y me esforcé como un jornalero,
pero allí me alzaré con tanta gloria
que encandilaré todos los ojos de Francia,
y al mirarme el delfín quedará ciego.

Y dile al agradable príncipe que esta broma suya
ha convertido las pelotas en balas de cañón, y su alma
se lastrará de pena por la venganza terrible
que volará con ellas: porque por su burla mil viudas
quedarán burladas de sus queridos maridos,
madres burladas de sus hijos y burlados los castillos caídos;
y hay algunos aún por engendrar y nacer
que tendrán motivos para maldecir el desdén del delfín.

Pero todo esto queda librado a la voluntad de Dios,
a quien apelo, y en cuyo nombre
dile al delfín que voy a ponerme en marcha
para vengarme como pueda, y a prestar

mi mano llena de razón a una causa sagrada.
Así que márchense en paz. Y digan al delfín
que su broma sabrá a ingenio de vuelo bajo
cuando miles lloren más de lo que con ella hayan reído.
Llévenlos con salvoconducto. Vayan con bien.

Salen los EMBAJADORES.

EXETER Sí que fue un mensaje divertido.

REY ENRIQUE Esperemos hacer que quien lo envió se ruborice.

Por lo tanto, milores, no perdamos una sola hora feliz
que pueda adelantar nuestra expedición;
porque ahora no tenemos pensamientos para nosotros
sino para Francia, salvo los dedicados a Dios,
que van por delante de nuestros asuntos.
Que los fondos para estas guerras
se reúnan pronto, y se piense en todo
lo que con razonable rapidez pueda agregar
más plumas a nuestras alas; porque, lo digo ante Dios,
reprenderemos al delfín a la puerta de su padre.
Que cada cual ponga pues su pensamiento a la tarea
para que pueda iniciarse esta justa empresa.

Trompetas.

Salen.

SEGUNDO ACTO

Entra el CORO.

CORO Ya toda la juventud de Inglaterra está en llamas,
y las prendas de seda en los guardarropas.
Prosperan los armeros, y la idea del honor
reina solitaria en el pecho de cada hombre.
Ya venden el forraje para comprar el caballo,
siguiendo con talones alados, como Mercurios ingleses
el espejo de todos los reyes cristianos.
Porque ahora la esperanza está en el aire
y oculta una espada que del puño a la punta
ensarta coronas imperiales, reales y ducales,
prometidas a Enrique y sus seguidores.
Los franceses, advertidos por buenos informes
de estos preparativos muy terribles,
tiemblan de miedo, y con pálida política
buscan desviar los propósitos ingleses.
¡Ah, Inglaterra! Amóldate a tu grandeza interior,
como un cuerpo pequeño de corazón poderoso:
¿qué no podrías hacer, a qué no te llevaría el honor,
si todos tus hijos sintieran por ti amor y piedad filial?
Pero mira: Francia ha descubierto tu falla:
una madriguera de pechos vacíos, que llena
con coronas traicioneras; y tres hombres corruptos
(uno, Ricardo, conde de Cambridge; el segundo,
Enrique, lord Scrope de Masham; y el tercero
sir Thomas Grey, caballero de Northumberland)
por el oro de Francia (¡oh, gran desdoro!),
han tramado una conspiración con la miedosa Francia;
y a manos de ellos este honorable rey debe morir,
si el infierno y la traición cumplen sus promesas,
antes de embarcar hacia Francia, y en Southampton.
Aguanten ustedes con paciencia, que pondremos en orden
el abuso de la distancia, y forzaremos la acción.
La suma está pagada, confabulados los traidores,
el rey ha partido de Londres, y la escena
se traslada, caballeros, a Southampton.
Allí está el teatro ahora, allí deben sentarse ustedes,
y desde allí los llevaremos sanos y salvos a Francia,

y volveremos a traerlos, hechizando los mares estrechos para ofrecerles una suave travesía: porque, si podemos, no revolveremos con nuestra obra un solo estómago. Pero solo cuando el rey llegue y solo entonces, trasladaremos la escena a Southampton.

Sale.

ESCENA I

Entran el cabo NIM y el teniente BARDOLPH.

BARDOLPH Feliz encuentro, cabo Nim.

NIM Buenos días, teniente Bardolph.

BARDOLPH Y bien, ¿todavía son amigos tú y el alférez Pistola?

NIM Por mi parte, no me importa. Pero cuando llegue la hora, habrá sonrisas: ahí pasará lo que tenga que pasar. No me atrevo a batirme, claro, pero cerraré los ojos y hundiré el hierro. Es un hierro sencillo, pero ¿y qué? Sirve para tostar queso, y soporta el frío, como la espada de cualquier otro, y se acabó.

BARDOLPH Los invitaré a almorzar a los dos para que hagan las paces, y seremos tres hermanos juramentados rumbo a Francia. Acéptalo, buen cabo Nim.

NIM Viviré tanto como pueda, eso es seguro, y cuando no pueda ya vivir, haré lo que pueda. Ese es mi respaldo, ese es el asunto.

BARDOLPH Lo cierto, cabo, es que él se casó con Nell Quickly, y realmente ella te la jugó, porque el que estaba prometido con Nell eras tú.

NIM No puedo decirlo. Que las cosas sean como deben. Los hombres pueden dormir, y dejar a veces la garganta al aire, y la gente dice que los cuchillos tienen filo. Aunque la Paciencia sea una yegua cansada, sigue arrastrando las patas. Habrá conclusiones. Bueno, no puedo decirlo.

Entran el alférez PISTOLA y la posadera doña SIEMPRELISTA.

BARDOLPH Buenos días, alférez Pistola. (A NIM.) Aquí llegan el alférez Pistola y su mujer. Mi buen cabo, ahora ten paciencia.

NIM ¿Cómo va, mi posadero Pistola?

PISTOLA ¿Posadero me llamas, perro inmundo? Juro por las orejas de Dios que desprecio el término. Y que mi Nell ya no atenderá huéspedes.

SIEMPRELISTA No, a fe mía, por mucho tiempo; porque no podemos alojar y mantener a doce o catorce damas que viven honestamente de la punta de sus agujas, sin que se piense que tenemos un burdel hecho y derecho.

NIM *extrae su espada.*

¡Ay, Virgen santa, mira que si lo atraviesan ahora veremos cometerse un adulterio voluntario y un asesinato!

PISTOLA *desenvaina.*

BARDOLPH Mi buen teniente, mi buen cabo, que no pase nada aquí.

NIM ¡Puf!

PISTOLA Puf para ti, perro de Islandia. Cuzquito islandés de orejas puntiagudas.

SIEMPRELISTA Buen cabo Nim, muestra tu valor, y envaina la espada.

Envainan las espadas.

NIM ¿Quieres salir? Te preferiría *solus*.

PISTOLA ¿*Solus*, perro ilustre? ¡Ah, víbora malvada!

Solus en tu muy maravillosa jeta,
solus en tus dientes, y en tu gañote,
y en tus odiosos pulmones, sí, *solus* en tu barriga,
¡demonios!, y lo que es peor, en tu asquerosa boca.
Te meteré el *solus* en las tripas,
porque sé matar, y el gatillo de Pistola está listo
y pronto seguirá el tiro fulminante.

NIM No soy el diablo Barbason, no puedes conjurarme. Qué ganas de golpearte parejamente bien. Si te pones pesado conmigo, Pistola, te sacudiré con mi espada todo lo que pueda, para decirlo por las buenas. Si quieres que nos apartemos de aquí, te pincharé un poco las tripas, para decirlo por las buenas, todo lo que pueda, y ese es el asunto.

PISTOLA ¡Ah, malvado fanfarrón, maldito animal rabioso!

La tumba bosteza y la muerte mimosa se acerca.
Así que a fallecer, entonces.

Sacan sus espadas.

BARDOLPH Escuchen, escuchen lo que digo.

Saca su espada.

Como que soy soldado que al que dé el primer golpe le

hundo esta hasta la empuñadura.

PISTOLA Un juramento de gran poder, y la furia se calma.

Envainan las espadas.

(A NIM.) Choca los cinco, dame tu pata delantera.

Tienes un ánimo corajudo.

NIM Te cortaré la garganta una u otra vez, para decirlo por las buenas, ese es el asunto.

PISTOLA *Coupe la gorge,*

así se dice. Te vuelvo a desafiar.

Perro de Creta, ¿crees que te llevarás a mi esposa?

No, ve al hospital,

saca de la tina de las enfermedades infames

a esa mendiga leprosa de la raza de Crésida,

llamada Doll Rajasábanas, y cástate con ella.

Yo tengo, y retendré, a la ex Quickly

como única mujer; y, ¡basta!, es suficiente. Lárgate.

Entra el MUCHACHO corriendo.

MUCHACHO Mi buen posadero Pistola, tiene que venir a ver a mi amo, y usted, posadera. Está muy enfermo, y quiere meterse en cama. Mi buen Bardolph, mete la cara bajo sus sábanas y hazle de calentador. Doy fe de que está muy enfermo.

BARDOLPH ¡Aléjate, granuja!

SIEMPRELISTA Por cierto que uno de estos días les hará de budín a los cuervos. El rey le ha roto el corazón. Buen esposo, ven a casa enseguida.

Sale con el MUCHACHO.

BARDOLPH Vamos, ¿logré amigarlos a los dos? Debemos marchar juntos a Francia.

¿Por qué diablos tenemos que guardar cuchillos para degollarnos unos a otros?

PISTOLA ¡Que desborden los ríos y los demonios aúllen por comida!

NIM ¿Me pagarás los ocho chelines que te gané apostando?

PISTOLA Miserable es el esclavo que paga.

NIM Los quiero ahora. Ese es el asunto.

PISTOLA Que la hombría decida. Vayamos afuera.

Sacan las espadas.

BARDOLPH Juro por esta espada que al primero que lance una estocada, lo mato. Por esta espada que lo haré.

PISTOLA La espada es un juramento, y los juramentos deben cumplirse.

Envaina su espada.

BARDOLPH Cabo Nim, y tú: si van a ser amigos, sean amigos. Y si no, sean también enemigos míos. Por favor, envainen.

NIM ¿Cobraré mis ocho chelines?

PISTOLA Recibirás un tercio de libra, pagado en el acto,
y también te invitaré con un trago,
y nos unirán la amistad y la fraternidad.
Viviré por Nim, y Nim vivirá por mí.
¿No es justo? Porque seré cantinero
del ejército, y subirán las ganancias.
Dame la mano.

NIM ¿Tendré mi «tercio»?

PISTOLA Al contado, pagado con exactitud.

NIM Bueno, pues ese es el asunto.

*NIM y BARDOLPH envainan sus espadas.
Entra la posadera doña SIEMPRELISTA.*

SIEMPRELISTA Si han nacido de mujer, vengan rápido a ver a sir John. Ah, pobrecito, una ardiente fiebre terciana diaria lo agita de tal modo, que da pena verlo. Queridos señores, vayan a verlo.

Sale.

NIM El rey se descargó de malos humores con el caballero, y esa es la cuestión.

PISTOLA Nim, has dicho la verdad.

Tiene el corazón destrozado y corroborado.

NIM El rey es un buen rey, pero es como tiene que ser. Se deja llevar por humores y corcoveos.

PISTOLA Vamos a compadecer al caballero... porque nosotros, corderitos míos, queremos vivir.

Salen.

ESCENA II

*Entran los duques de EXETER y GLOUCESTER
y el conde de WESTMORELAND.*

GLOUCESTER

¡Por Dios! Su gracia es audaz al confiar en estos traidores.

EXETER Muy pronto serán detenidos.

WESTMORELAND ¡Qué serenos y calmos se presentan,
como si en sus pechos se asentara la obediencia,
coronada por una fe y una lealtad constantes!

GLOUCESTER El rey tomó nota de todo lo que traman,
por intercepciones con las que ellos ni sueñan.

EXETER Sí, pero ese hombre que era su compañero de alcoba,
y a quien abrumó de favores generosos,
¿cómo vendió la vida de su soberano a la muerte
y la traición por un dinero extranjero?

*Suenan trompetas. Entran el REY ENRIQUE, lord SCROPE, el conde de CAMBRIDGE y sir Thomas
GREY.*

REY ENRIQUE Ahora el viento es favorable, y vamos a embarcar.

Mi lord de Cambridge, mi buen lord de Masham
y tú, mi buen caballero, denme su opinión.
¿No creen que las fuerzas que llevamos
se abrirán paso a través de las de Francia,
llevando a cabo la acción
para la que las hemos reunido como ejército?

SCROPE Sin duda, mi señor, si cada cual hace todo lo que puede.

REY ENRIQUE No dudo de eso, porque estamos bien convencidos
de que no llevamos de aquí un solo corazón
que no palpite en buen acuerdo con el nuestro,
ni dejamos detrás uno solo que no desee
que nos acompañen la conquista y el éxito.

GREY Es cierto. Los que eran enemigos de su padre
han convertido su hiel en miles, y sirven a mi señor
con corazones llenos de obediencia y celo.

REY ENRIQUE Por eso, tenemos grandes motivos de agradecimiento,
y antes nos olvidaremos del uso de nuestra mano
que de recompensar el mérito y los servicios

según valor y su importancia.

SCROPE Así sus servidores se esforzarán con nervios de acero,
y el trabajo se refrescará a sí mismo en la esperanza,
para prestar a su majestad servicios continuos.

REY ENRIQUE No esperamos menos. Tío de Exeter:
liberen al hombre detenido ayer
por ofender a nuestra persona. Consideramos
que lo impulsó el exceso de vino,
y que, como lo habrá pensado mejor, lo perdonamos.

SCROPE Eso es piedad, pero también demasiada confianza.
Que se lo castigue, soberano, para que el ejemplo
no engendre, al tolerarlo, más casos semejantes.

REY ENRIQUE Oh, aun así seamos misericordiosos.

CAMBRIDGE

Su majestad puede serlo, y sin embargo castigar también.

GREY Señor, mostrará usted gran misericordia si lo deja vivo
después de haberle hecho probar castigo duro.

REY ENRIQUE Ay, el excesivo afecto y cuidado que muestran por mí
son graves plegarias contra este pobre infeliz.
Si no cerramos los ojos ante las faltas pequeñas
que causa la embriaguez, ¿cómo vamos a abrirlos
de par en par cuando aparezcan ante nosotros
crímenes capitales masticados, tragados y digeridos?
Dejaremos pues libre a ese hombre aunque Cambridge,
Scrope y Grey, en su amable preocupación
y cariñosa solicitud por nuestra persona,
querrían castigarlo. Y pasemos ya a la cuestión francesa.
¿Quiénes son los comisarios que acaban de nombrarse?

CAMBRIDGE Yo soy uno, señor:
su majestad me hizo solicitarlo hoy.

SCROPE También yo, su majestad.

GREY Y yo, mi real soberano.

REY ENRIQUE

Entonces Ricardo, conde de Cambridge, esta es su orden;
y aquí está la suya, lord Scrope de Masham, y señor caballero,
Grey de Northumberland, esta es la suya.

Léanlas, y entérense de que sé lo que valen.
Mi lord de Westmoreland, y tío Exeter,
esta noche embarcaremos. ¿Caramba, qué pasa, caballeros?
¿Qué ven en esos papeles, que pierden tanto
el color? Miren cómo cambian: se les han vuelto
papel las mejillas. Caray, ¿qué leen allí
para acobardarse tanto y que la sangre
les haya abandonado el rostro?

CAMBRIDGE Confieso mi falta,
y me someto a la clemencia de su majestad.

GREY Y SCROPE A ella apelamos todos.

REY ENRIQUE La clemencia que estaba viva en mí hace un momento
fue aniquilada y muerta por los consejos de ustedes.
No deben atreverse, por vergüenza, a hablar de clemencia,
porque sus propias razones se vuelven en su contra,
como perros contra los amos, para desgarrarlos.
¿Ven, príncipes y nobles pares míos,
a estos monstruos ingleses? A este milord de Cambridge,
bien saben ustedes lo inclinado que estaba nuestro afecto
a colmarlo de todos los privilegios
que corresponden a su estirpe; y malvado,
por unas míseras coronas ha conspirado a la ligera
y jurado, al intrigar con Francia,
matarnos aquí en Hampton. Juramento también hecho
por este caballero, no menos ligado a nosotros
que Cambridge por nuestra generosidad. Pero, ah,
¿que te diré a ti, lord Scrope, tú, criatura,
cruel, salvaje e inhumana?
Tú que tenías la llave de todos mis secretos,
que conocías hasta el fondo de mi alma,
que casi podrías haberme acuñado en monedas de oro
si hubieras querido utilizarme en tu provecho:
¿será posible que el soborno extranjero
llegara a arrancar de ti una chispa de maldad
que pudiera quemarme un dedo? Esto es tan extraño
que aunque su verdad sea tan fácil
de distinguir como el negro sobre el blanco,
mis ojos apenas pueden verlo.
La traición y el asesinato van siempre juntos,
como dos diablos que unidos en un yugo por un mismo fin,

trabajan tan groseramente por intereses naturales
que la admiración no se asombra ante ellos;
pero a ti, contra todo decoro, te estaba reservado
provocar asombro al tiempo que traición y asesinato.
Y sea cual fuere el astuto demonio que ha obrado
tan extrañamente sobre ti, tiene que haber
ganado fama de excelente en el infierno.
Otros demonios que incitan a traicionar
remiendan y confunden la condenación
con manchas, colores, y formas tomadas
de refulgentes semblanzas de piedad;
pero el que te moldeó a ti, te ordenó rebelarte,
no te dio motivos por los que debieras traicionar,
salvo el de adornarte con el nombre de traidor.
Si ese mismo demonio que así te ha engañado
recorriera con su paso de león el mundo entero,
podría retornar al vasto Tártaro
y decir a las legiones: «Nunca conquisté
tan fácilmente un alma como la de ese inglés».
¡Ah, cómo infectaste de sospecha
la dulzura de la confianza! ¿Se muestran sumisos los hombres?
Bueno, así eras tú. ¿Parecen graves y doctos?
Así eras tú. ¿Proviene de familia noble?
También tú. ¿Parecen religiosos?
También tú. ¿O comen con sobriedad,
libres de pasiones groseras, o de alegría o furia,
serenos de espíritu, sin ser doblegados por la sangre,
engalanados y provistos de atuendos modestos,
no usando el ojo sin agregar el oído, y sin fiarse
de ninguno de los dos sin juzgar con claridad?
Así parecías tú, tan espléndidamente provisto.
Y así con tu caída has dejado una especie de mancha
que marca de sospecha al hombre cabal, mejor dotado.
Lloraré por ti, porque esta rebelión tuya
es para mí como una segunda caída del hombre.
Las faltas de estos hombres son evidentes.
Arréstenlos para que respondan ante la ley,
y que Dios les perdone lo que han hecho.

EXETER Te detengo por alta traición, a ti, que respondes al nombre de Ricardo,
conde de Cambridge. Te detengo por alta traición, a ti que respondes al
nombre de Enrique, lord Scrope de Masham. Te detengo por alta traición, a

ti que respondes al nombre de Thomas Grey, caballero de Northumberland.

SCROPE Dios ha descubierto con justicia nuestros fines,
y, más arrepentido de mi falta que de mi muerte,
ruego a vuestra alteza que la perdone
aunque el precio vaya a pagarlo mi cuerpo.

CAMBRIDGE En cuanto a mí, el oro de Francia no me sedujo,
aunque lo reconozco como motivo
para realizar más pronto lo que pensaba.
Pero agradezco a Dios que lo haya evitado,
por lo que me alegraré en el sufrimiento,
al suplicar a Dios y a ti que me perdonen.

GREY Nunca antes un súbdito fiel se regocijó más
con el descubrimiento de la traición más peligrosa
de lo que yo lo hago en este momento por mí,
impedido como estoy de consumir una empresa
maldita. Perdona mi falta, aunque no mi cuerpo, soberano.

REY ENRIQUE

Que Dios misericordioso los perdone. Oigan su sentencia:
han conspirado contra nuestra real persona,
aliados con un enemigo declarado y establecido,
y han recibido de sus arcas
el salario en oro de nuestra muerte:
con ello habrían condenado a vuestro rey al asesinato,
a sus príncipes e iguales a la esclavitud,
a sus súbditos a la opresión y el desprecio,
y a su reino entero a la desolación.
No buscamos venganza en cuanto a nuestra persona,
pero debemos velar por la seguridad del reino,
cuya ruina ustedes buscaron, así que los entregamos
a sus leyes. Salgan pues de aquí,
pobres desgraciados miserables, camino a su muerte;
que Dios, que es clemente, les dé paciencia
para soportar su sabor, y auténtico arrepentimiento
de todas sus graves culpas. Llévenselos de aquí.

Salen los traidores, custodiados.

Ahora, señores, a Francia: esta empresa
les traerá tanta gloria a ustedes como a nosotros.
No dudamos de que será una guerra hermosa y afortunada,

puesto que Dios tan graciosamente ha sacado a luz esta peligrosa traición que acechaba a nuestro paso para estorbarnos el comienzo. Ahora no dudamos de que toda aspereza de camino quedó suavizada. Adelante, pues, queridos compatriotas. Entreguemos nuestro poder a las manos de Dios, poniéndolo en marcha de inmediato. Al mar con alegría, los estandartes de guerra al frente: no hay rey de Inglaterra, si no es rey de Francia.

ESCENA III

Entran el alférez PISTOLA, el cabo NIM, el teniente BARDOLPH, el MUCHACHO, y la posadera doña SIEMPRELISTA.

SIEMPRELISTA Por favor, dulce esposo, tesoro mío, déjame acompañarte a Staines.

PISTOLA No, que mi corazón viril se duele. Bardolph, alégrate; Nim, despierta tu vena fanfarrona; muchacho, arriba con tu coraje. Porque Falstaff ha muerto, y por lo tanto, debemos llorar.

BARDOLPH Me gustaría estar con él dondequiera se encuentre, en el cielo o en el infierno.

SIEMPRELISTA No, seguro que no está en el infierno. Está en el seno de Arturo, si alguna vez un hombre estuvo en el seno de Arturo. Tuvo un final hermoso, y se nos fue como un niño recién bautizado. Partió entre las doce y la una, justo con el cambio de la marea: porque después de que lo vi jugar con las sábanas, y jugar con flores, y sonreír a las puntas de sus dedos, supe que solo había un camino para él. Tenía la nariz afilada como una pluma, y hablaba de campos verdes. «¿Qué hay, sir John?», le dije, «¡Vamos, hombre! Tenga ánimo». Entonces gritó «Dios, Dios, Dios», tres o cuatro veces. Y yo, para consolarlo, le dije que no tenía que pensar en Dios; esperaba que aún no le hiciera falta molestarse en tales pensamientos. Entonces me pidió que le abrigara más los pies. Metí la mano en la cama y se los toqué, y estaban fríos como piedras. Entonces le toqué las rodillas, y así arriba y arriba, y todo estaba frío como piedra.

NIM Dicen que pedía jerez a gritos.

SIEMPRELISTA Sí, eso hizo.

BARDOLPH Y mujeres.

SIEMPRELISTA No, eso no.

MUCHACHO Sí, lo hizo, y dijo que eran demonios encarnados.

SIEMPRELISTA Nunca pudo tolerar el encarnado: era un color que jamás le gustó.

MUCHACHO Una vez dijo que por culpa de las mujeres se lo llevaría el diablo.

SIEMPRELISTA Es cierto que, en efecto, manejó mujeres: pero luego se puso reumático, y hablaba de la Ramera de Babilonia.

MUCHACHO ¿Recuerdan cuando vio una mosca en la nariz de Bardolph, y dijo que era un alma negra ardiendo en el infierno?

BARDOLPH Bueno, se acabó el combustible que mantenía ese fuego. Esta es toda la riqueza que amasé por servirlo.

NIM ¿Nos vamos? El rey ya habrá partido de Southampton.

PISTOLA Vamos, marchemos. Amor mío, dame tus labios.

Cuida de mis objetos y mis bienes muebles.

Que reine el buen sentido. El lema es: «No se fía».

No confíes en nadie, porque los juramentos son paja,
y las promesas de los hombres tortas de hojaldre,

y el único perro leal, patito mío, es «bien cerrado».

Por lo tanto, que tu consejero sea «¡Cuidado!».

Ve y límpiate los cristales. ¡Compañeros de armas,

vámonos a Francia, como sanguijuelas, a chupar,

chupar, y chupar de la sangre misma!

MUCHACHO (*Aparte.*) Dicen que no es demasiado buen alimento.

PISTOLA Toca su dulce boca, y después marchemos.

BARDOLPH Adiós, posadera.

La besa.

NIM Yo no puedo besar, ese es el asunto, pero adiós.

PISTOLA (*A doña SIEMPRELISTA.*) Muestra que eres ama de casa.

Ten bien cerrado, te lo ordeno.

SIEMPRELISTA ¡Que les vaya bien! ¡Adiós!

Salen por lados diferentes.

ESCENA IV

Trompetas. Entran el REY CARLOS VI de Francia, el DELFÍN, el CONDESTABLE, y los duques de Berri y de Borbón.

REY CARLOS Así que los ingleses marchan sobre nosotros,
con toda su fuerza, y nos corresponde contestar
como reyes más que ciudadanos en la defensa.
Por eso los duques de Berri y de Borbón,
de Brabante y de Orleans, se adelantarán,
y tú, príncipe delfín, los acompañarás de inmediato
para colmar y reforzar nuestras plazas fuertes
con hombres valientes y medios defensivos.
Porque Inglaterra se acerca con tanta ferocidad
como las aguas chupadas por un remolino.
Nos toca entonces ser tan previsores
como el miedo nos enseña, vistas las recientes lecciones
que los fatales y subestimados ingleses han dejado
en nuestros campos.

DELFÍN Mi muy respetado padre,
es muy adecuado que nos armemos contra el enemigo,
porque la paz no debiera adormecer tanto un reino
(aunque no hubiera guerra ni lucha a la vista)
como para no mantener, reunir y sumar
defensas, tropas y preparativos,
como si se esperase una guerra.
Por eso digo: salgamos a pasar revista
a las zonas enfermas y débiles de Francia.
Y hagámoslo sin mostrar temor, no en todo caso
más que si oyéramos decir que Inglaterra
se ocupa en una danza morisca en Pentecostés.
Porque, mi buen soberano, la gobierna un rey tan vano;
ese joven tan inútil, frívolo, hueco y caprichoso,
empuña su cetro de un modo tan grotesco
que no puede inspirar temor.

CONDESTABLE ¡Oh, cuidado, príncipe delfín!
Se equivoca usted mucho con este rey.
Que su alteza consulte a sus últimos embajadores
respecto a la majestad con que escuchó su embajada,
lo bien provisto que estaba de nobles consejeros,
lo modesto que fue en las réplicas y, además,
qué terrible en la firmeza de su decisión,
y descubrirá que sus ya agotadas vanidades,

no eran más que el exterior de este Bruto de Roma,
que ocultaba la discreción con un manto de capricho,
tal como los jardineros cubren con estiércol las raíces
que brotarán primero y serán las más delicadas.

DELFIN Bueno, no es así, mi señor condestable.

Pero aunque así lo creamos, poco importa.
En casos de defensa es mejor suponer
al enemigo más poderoso de lo que parece.
Así se completan mejor los medios defensivos:
pues prepararse mezquina y débilmente
es ser como el avaro que estropea su capa
por regatear un poco de tela.

REY CARLOS Pensemos que el rey Enrique es fuerte. Y ustedes,
príncipes, ármense con fuerza para salirle al encuentro.
Su parentela se ha alimentado de nuestra carne,
y él desciende de esa raza sanguinaria
que nos ha perseguido en nuestros caminos familiares.
Lo atestigua la vergüenza demasiado memorable
de cuando, en la fatal batalla de Crécy,
la mano de aquel de negro nombre,
Eduardo el Príncipe Negro de Gales,
capturó a todos nuestros príncipes
mientras su padre montado en la cumbre de la montaña,
erguido en el aire, coronado por el sol de oro,
miraba a su vástago heroico y sonreía al verlo
destruir la obra de la naturaleza y borrar
las formas que Dios y los padres franceses
habían hecho en veinte años. Esta es una rama
de aquel tronco victorioso; temamos
su fortaleza natural y el destino de su especie.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Embajadores de Enrique, rey de Inglaterra,
piden que su majestad los admita.

REY CARLOS Les otorgamos audiencia inmediata. Hazlos entrar.

Sale el MENSAJERO.

Ya ven que esta cacería sigue deprisa, amigos.

DELFIN Vuelva usted la cabeza y frene la persecución.

Porque los perros cobardes usan más la boca
cuando lo que parecen amenazar más corre ante ellos.
Mi buen soberano, detenga en seco a los ingleses,
y hágales saber de qué monarquía es usted cabeza.
El aprecio a uno mismo, majestad, no es pecado tan vil
como el desprecio de sí.

Entra el duque de EXETER.

REY CARLOS ¿Vienes de parte de nuestro hermano de Inglaterra?

EXETER Vengo de su parte, y así saluda a su majestad:

quiere que usted, en nombre de Dios Todopoderoso,
se despoje y deje separadas
las glorias prestadas que por don del cielo,
por ley de la naturaleza y las naciones,
pertenecen a él y sus herederos, es decir la corona,
y todos los amplios honores que pertenecen
por costumbre y ordenación de los tiempos
a la corona de Francia. Y para que sepa
que no es una pretensión siniestra ni absurda,
sacada de los agujeros de polilla de días hace tiempo idos,
ni rascada del polvo del antiguo olvido,
le envía este memorable árbol genealógico,
en verdad demostrativo en cada una de sus ramas,
con el deseo de que revise usted este linaje;
y cuando haya reconocido que desciende en línea directa
del más famoso de sus famosos ancestros,
Eduardo III, le ruega a usted renunciar entonces
a su corona y a su reino, usurpado ilegalmente
a él, su poseedor auténtico y por nacimiento.

REY CARLOS ¿Y si no, qué pasará?

EXETER Una lucha sangrienta. Pues aun si ocultan la corona

en sus corazones, de allí la arrancará.
Por lo tanto ya viene en feroz tempestad,
con truenos y terremotos, como un Júpiter,
dispuesto a obligar si no basta el reclamo;
y le ruego a usted, por las entrañas del Señor,
que entregue la corona, y tenga piedad
de las pobres almas para quienes esta guerra voraz
abre sus enormes fauces; y que sobre su cabeza derrama
las lágrimas de las viudas, los gritos de los huérfanos,

la sangre de los muertos, los gemidos de las doncellas por los maridos, los padres y los amados prometidos que la contienda habrá de devorar.

Ese es su reclamo, su amenaza, y mi mensaje, salvo que esté presente el delfín, para quien también traigo recado expresamente.

REY CARLOS En cuanto a nosotros, lo consideraremos con tiempo.

Mañana volverás con nuestra respuesta definitiva a nuestro hermano de Inglaterra.

DELFIN En cuanto al delfín, aquí está: ¿qué le envía Inglaterra?

EXETER Desdén y desafío, poca consideración, desprecio; y todo cuanto no pueda disminuir al poderoso remitente: así lo estima a usted. Eso dice mi rey: y si su alteza, su padre, no endulza la amarga burla que envió usted a su alteza, otorgando todo lo que se le reclama, promoverá una respuesta tan abrasadora a esa burla que las cuevas y los vientres de los sótanos de Francia lamentarán su exceso y devolverán la burla con el eco de su artillería.

DELFIN Dígale que si mi padre da una respuesta favorable, será contra mi voluntad, porque yo no deseo sino combatir con Inglaterra. Con ese fin, como adecuadas para su juventud y vanidad, le obsequié aquellas pelotas de París.

EXETER Él hará que el Louvre de París tiemble por ello, aunque fuera el mejor campo de tenis de la poderosa Europa. Y esté seguro usted de que verá una diferencia, como maravillados la encontramos sus súbditos, entre la promesa de sus años inmaduros y los que hoy domina: ahora él pesa el tiempo hasta el último grano. Eso leerá usted en pérdidas que sufra, si él permanece en Francia.

REY CARLOS (*Levantándose.*) Mañana conocerá usted en detalle lo que pensamos.

Trompetas.

EXETER Que nos despachen enseguida, no sea que nuestro rey
venga aquí en persona a preguntar por qué tardamos;
pues ya ha desembarcado en esta tierra.

REY CARLOS

Será usted despachado pronto con honrosas condiciones.
Una noche es poco respiro y pausa escasa
para contestar asuntos de tanta importancia.

*Trompetas.
Salen.*

TERCER ACTO

Entra el CORO.

CORO Así, con alas de imaginación, vuela nuestra rápida escena con movimiento no menos veloz que el vuelo del pensamiento. Supongan que han visto al bien equipado rey en el muelle de Dover embarcar su real persona, y a su valiente flota con gallardetes de seda que abanicán al joven Febo. Jueguen con la fantasía, y miren trepar a los grumetes por las jarcias de cáñamo; oigan el agudo silbato, que ordena los sonidos confusos; contemplen las velas cosidas, hinchadas por el viento que avanza, empujar los enormes cascos por el mar rugoso, afrontando el alto oleaje. Ah, traten de pensar que están de pie en la orilla y contemplan una ciudad bailando sobre las olas inconstantes: porque eso parece la majestuosa flota que ha puesto rumbo a Harfleur. ¡Síganla, síganla! Aferren la mente a los timones de esta armada, y dejen a su Inglaterra, quieta como la medianoche, custodiada por abuelos, niños y ancianas, que han pasado o no han llegado al vigor o la potencia. Porque, ¿quién que tenga el mentón enriquecido por un solo pelo, no seguirá a Francia a estos caballeros elegidos y excelsos? Trabajen, trabajen con el pensamiento, y vean allí un asedio. Veán la artillería sobre sus cureñas, con las bocas fatales abiertas sobre los muros de Harfleur. Supongan que el embajador francés regresa, le dice a Enrique que el rey le ofrece a su hija Catherine, y con ella, como dote, algunos ducados mezquinos y poco provechosos. La oferta no cae bien, y el ágil artillero ahora toca con su mecha los diabólicos cañones.

*Gritos y trompetería,
y descargas de artillería.*

Y todo se derrumba ante ellos. Sigán siendo amables y completen nuestra actuación con su mente.

Sale.

ESCENA I

Trompetas.

*Entran el REY ENRIQUE y el ejército inglés
con escalas de asalto.*

REY ENRIQUE Otra vez a la brecha, queridos amigos, otra vez,
o tapen la muralla con nuestros muertos ingleses.
En la paz nada conviene más a un hombre
que la serena modestia y la humildad,
pero si el estallido de la guerra suena en los oídos,
entonces hay que imitar la conducta del tigre.
Tensen los músculos, conjuren a la sangre,
disfracen el buen carácter con la furia de rasgos crueles,
y luego den a los ojos un aspecto terrible:
que espíen por las troneras del cráneo
como el cañón de bronce, y que el ceño los abrume,
terrible como la roca astillada
cuelga y se proyecta sobre su base sacudida
socavada por el océano salvaje y devastador.
Ahora aprieten los dientes y abran
las ventanas de la nariz, contengan fuerte el aliento
y concentren el espíritu a su máxima altura.
Adelante, adelante, nobles ingleses,
cuya sangre viene de padres probados en la guerra,
padres que como otros tantos Alejandro,
combatieron en estas playas de la mañana a la noche,
y envainaron las espadas por falta de resistencia.
No deshonren a sus madres; atestigüen hoy
que aquellos a los que llaman padres los engendraron.
Sean ejemplo para los de sangre más vulgar,
y enséñenles a combatir. Y ustedes,
mis bravos de infantería, cuyos miembros
se hicieron en Inglaterra, muéstrennos aquí
el vigor de sus pastos; permítannos jurar
que son dignos de su raza, cosa que no dudo,
porque no hay ni uno de ustedes tan bajo ni tan vil
que no tenga un lustre de nobleza en la mirada.
Los veo como galgos que tiran de la correa,

ansiosos por correr. La caza ha comenzado.
Sigán a su espíritu, y en este asalto
griten: «¡Dios con Harry, Inglaterra y san Jorge!».

Fragor de gritos y trompetas, y descargas de artillería. Salen.

ESCENA II

Entran NIM, BARDOLPH, el alférez PISTOLA y el MUCHACHO.

BARDOLPH ¡Sigán, sigán, sigán! ¡A la brecha, a la brecha!

NIM Por favor, cabo, párate. Los golpes son demasiado violentos, y por mi parte no tengo nueve vidas. El asunto en cuestión se ha puesto al rojo, y esa es la pura canción.

PISTOLA La pura canción es adecuada, porque abundan las cuestiones. Los golpes vienen y van, los vasallos de Dios caen y mueren,

Canta.

y la espada y el escudo
en la batalla campal
ganan gloria inmortal.

MUCHACHO Si estuviera en una taberna de Londres, daría toda mi fama por una jarra de cerveza, y seguridad.

PISTOLA Y yo.

Canta.

Si mis deseos se impusieran
mi propósito se cumpliría
y yo de largo seguiría.

MUCHACHO (*Canta.*)

Tan debidamente
pero no con tanta fama
como el pájaro canta en la rama.

Entra el capitán FLUELLEN y los hace seguir.

FLUELLEN ¡Por Dios! ¡A la brecha, perros! ¡Avancen, cobardes!

PISTOLA Misericordia, gran duque, con los hombres de barro.

Calme su furia, calme su furia viril,
calme su furia, gran duque. Buen gallo, calme
su furia. Aplique la tolerancia, mi dulce pollo.

NIM ¡Estas son buenas cuestiones!

FLUELLEN empieza a golpear a NIM.

Su señoría gasta malos humores.

Salen todos menos el MUCHACHO.

MUCHACHO Aunque soy joven, he observado a estos tres fanfarrones. Soy el mozo que los sirve a los tres, aunque si los tres me sirvieran a mí no conseguirían entre todos armar mi criado, porque en verdad tres payasos así no suman un hombre. En cuanto a Bardolph, tiene las entrañas blancas y la cara roja, y aunque eso le da un aspecto terrible, no combate. En cuanto a Pistola, tiene una lengua que mata y una espada tranquila: por eso mata de palabra y conserva el arma intacta. En cuanto a Nim, ha oído que los hombres de pocas palabras son los mejores, y por entonces desdeña decir sus oraciones por temor a que lo tomen por cobarde. Pero sus pocas malas palabras están a la altura de sus muy pocas buenas acciones: porque nunca le ha roto la crisma a nadie sino a sí mismo, y eso fue contra un poste, mientras estaba borracho. Son capaces de robar cualquier cosa, y luego lo llaman «compra». Bardolph robó el estuche de un laúd, lo llevó a costas doce leguas y lo vendió por tres medios peniques. Nim y Bardolph son hermanos juramentados en el pillaje, y en Calais robaron una pala de cocina para el carbón. Por esta hazaña de servicio supe que eran gente dispuesta a ensuciarse las manos. Querrían que me familiarizara con los bolsillos de los demás tanto como sus guantes o sus pañuelos: algo que va contra mi hombría, porque sacar algo del bolsillo ajeno para ponerlo en el mío, es embolsar fechorías. Tengo que dejarlos y buscar un servicio mejor. Su villanía me revuelve este estómago débil, y por lo tanto tengo que vomitarla.

Sale.

ESCENA III

Entran el capitán GOWER y el capitán FLUELLEN.

GOWER Capitán Fluellen, tiene que venir enseguida a las minas. El duque de Gloucester quiere hablar con usted.

FLUELLEN ¿A las minas? Dígale al duque que no está bien ir a las minas. Fíjese usted que las minas no acuerdan con las leyes de la guerra: no tienen concavidad suficiente. Porque fíjese bien, el adversario (puede discutirlo al duque) ha cavado él mismo, cuatro metros por abajo, las contraminas. Por Cristo, creo que si no se toman medidas volará todo.

GOWER El duque de Gloucester, a quien se le dio la orden del asedio, está aconsejado en todo por un irlandés, un caballero muy valiente, doy fe.

FLUELLEN Es el capitán MacMorris, ¿verdad?

GOWER Creo que sí.

FLUELLEN Por Cristo, es un asno como no hay otro en el mundo. Se lo diré en la cara. No sabe del verdadero arte de la guerra, fíjese bien, del arte romano, más de lo que sabe un cachorrito.

Entran el capitán MACMORRIS y el capitán JAMY.

GOWER Allí viene, y el capitán escocés, Jamy, lo acompaña.

FLUELLEN El capitán Jamy es un caballero maravillosamente valeroso, por cierto, y de gran actividad y erudición en las guerras antiguas, según lo que conozco de sus disposiciones. Por Cristo, mantendrá sus opiniones tan bien como cualquier otro militar del mundo, en el arte de la guerra antigua de los romanos.

JAMY Buenos días le doy, capitán Fluellen.

FLUELLEN Buenos días a su señoría, capitán Jamy.

GOWER ¿Cómo van las cosas, capitán MacMorris? ¿Abandonó ya las minas? ¿Los cavadores han dejado?

MACMORRIS Por Cristo, que eso estuvo muy mal hecho. El trabajo se fue abandonando. La trompeta toca retirada. Por mi mano y el alma de mi padre que el trabajo estuvo mal hecho, fue abandonado. Yo habría volado la ciudad, Dios me libre, en una hora. Oh, estuvo mal hecho, mal hecho, por mi mano, estuvo mal hecho.

FLUELLEN Capitán MacMorris, le ruego ahora que me conceda un momento de discusión con usted, tocante en parte o respecto al arte de la guerra, las guerras romanas, por bien de discutir, fíjese bien, y a modo de amable comunicación. En parte para satisfacer mi opinión y en parte para la satisfacción, fíjese bien, de mi mente. En lo relativo al arte militar, ese es el punto.

JAMY Estará muy bien, doy fe, con estos dos buenos capitanes, y por cierto les daré

mi réplica, en cuanto llegue la ocasión. Pardiez que lo haré.

MACMORRIS No es hora de discursar, así que Cristo me salve. Hoy hace calor, y también arden el clima y las guerras y el rey y los duques. No es hora de discursos. La ciudad está sitiada. Y la trompeta nos llama a la brecha, y nosotros hablamos y, por Cristo, no hacemos nada. Vaya vergüenza para todos. O sea que Dios me libre, es una vergüenza quedarse quieto, es una vergüenza, por mi mano. Y hay gargantas que cortar, y trabajos por hacer, y no se hace nada, que Cristo me salve.

JAMY Por la Santa Misa, que antes de que el sueño invada mis ojos, haré un buen servicio, y quedaré tendido en tierra. O me matarán, y lo pagaré con todo el valor que pueda, cosa que haré seguramente, y no hay más que decir. Pardiez, cómo me gustaría oír una discusión entre ustedes dos.

FLUELLEN Capitán MacMorris, creo, fíjese bien, salvo corrección, que no hay muchos en su nación...

MACMORRIS ¿Mi nación? ¿Qué es mi nación? ¿Un villano, un bastardo, un granuja y un bribón? ¿Qué pasa con mi nación? ¿Quién habla de mi nación?

FLUELLEN Fíjese bien, si toma el asunto de otra manera que la que lleva, capitán MacMorris, posiblemente creería que no me trata usted con la amabilidad y discreción que debiera emplear conmigo, fíjese bien, siendo un hombre como usted, tanto en el arte de la guerra como por la estirpe de mi cuna, así como en otras particularidades.

MACMORRIS No veo en qué es usted tan bueno como yo. De modo que, Cristo me salve, le cortaré la cabeza.

GOWER Caballeros ambos, están los dos equivocados.

JAMY Vaya, eso sí que es grave.

Una trompeta llama a parlamento.

GOWER La ciudad llama a parlamentar.

FLUELLEN Capitán MacMorris, en cuanto se presente una oportunidad mejor, fíjese bien, tendré la valentía de decirle que conozco el arte de la guerra. Y dejémoslo así.

*Salen. Trompetas.
Entran el REY ENRIQUE y todo su séquito,
ante las puertas de la ciudad.*

REY ENRIQUE ¿Qué resuelve ahora el gobernador de la ciudad?
Este es el último parlamento que admitimos.

Ríndanse pues a nuestra misericordia,
o como hombres orgullosos de la destrucción
desafiénnos a llegar a lo peor. Pues como que soy soldado,
nombre que a mi juicio es el que mejor me sienta,
que si empiezo otra vez el cañoneo
no dejaré Harfleur a medio conquistar,
hasta que yazca enterrada en sus cenizas.
Las puertas de la piedad estarán todas cerradas,
y el soldado carnicero, de corazón áspero y duro,
con libertad para su mano sanguinaria tendrá
una conciencia más ancha que el infierno,
y segaré como hierba las vidas
de hermosas doncellas y niños florecientes.
¿Qué me importa entonces que la guerra impía,
adornada con llamas como el príncipe de los demonios,
con el rostro tizado se libre a todas las ferocidades
ligadas a la ruina y la completa desolación?
¿Qué me importa cuando ustedes mismos son la causa
de que sus puras doncellas caigan en manos
de la violación ardiente y forzada?
¿Qué rienda puede controlar la maldad licenciosa
cuando se echa en feroz carrera cuesta abajo?
Sería tan inútil desperdiciar nuestras vanas órdenes
en los soldados enloquecidos por el pillaje
como enviar preceptos al leviatán
para que viniera a tierra. Por eso, hombres de Harfleur,
apiádense de su ciudad y de su gente
mientras mis soldados obedecen mis órdenes,
mientras el viento fresco y moderado de la clemencia
rechaza aún los vahos contagiosos y mugrientos
del crimen impetuoso, el saqueo y la villanía.
Si no: bien, en un momento esperen ver al soldado
ciego y ensangrentado deshacer con turbia mano
los rizos de sus hijas entre agudos chillidos;
a vuestros padres agarrados por la plateada barba
y sus venerables cabezas machacadas contra los muros;
a sus niños desnudos ensartados en picas,
mientras las madres enloquecidas rasgan las nubes
con sus alaridos, como las mujeres de Judea
ante los asesinos cazadores de sangre de Herodes.
¿Qué dicen? ¿Cederán y evitarán esto?

¿O, culpables en la defensa, serán así destruidos?

*Entra el GOBERNADOR
sobre la muralla.*

GOBERNADOR Hoy han terminado nuestras esperanzas.

El delfín, a quien pedimos socorro
nos contesta que sus fuerzas aún no están listas
para levantar tan gran asedio. Por lo tanto, temido rey,
damos nuestra ciudad y nuestras vidas a tu dulce clemencia.
Entra por nuestras puertas, dispón de nosotros
y de los nuestros. Ya no podemos defendernos.

REY ENRIQUE Abran las puertas.

Sale el GOBERNADOR.

Ven, tío Exeter,
ve y entra a Harfleur. Quédate allí,
y fortifícala reciamente contra los franceses.
Ten misericordia de todos ellos. En cuanto a nosotros
querido tío, como llega el invierno, y la enfermedad crece
entre nuestros soldados, nos retiraremos a Calais.
Esta noche en Harfleur seremos tu huésped:
mañana estaremos listos para la marcha.

*Se abren las puertas.
Trompetas, y entran en la ciudad.*

ESCENA IV

*Entran la princesa CATHERINE y ALICE,
una anciana dama de honor.*

CATHERINE Alice, tu as été en Angleterre, et tu bien parles le langage.^[23]

ALICE Un peu, madame.

CATHERINE Je te prie, m'enseignes. Il faut que j'apprenne à parler. Comment appelez-vous la main en anglais?

ALICE La main? Elle est appelée *de hand*.

CATHERINE *De hand*. Et les doigts?

ALICE Les doigts? Ma foi, j'oublie les doigts, mais je me souviendrai. Les doigts... je pense qu'ils sont appelés *de fingres*. Oui, *de fingres*.

CATHERINE La main, *de hand*; les doigts, *de fingres*. Je pense que je suis le bon écolier; j'ai gagné deux mots d'anglais vite ment. Comment appelez-vous les ongles?

ALICE Les ongles? Nous les appelons *de nails*.

CATHERINE *De nails*. Écoutez: dites-moi si je parle bien: *de hand*, *de fingres*, et *de nails*.

ALICE C'est bien dit, madame. Il est fort bon anglais.

CATHERINE Dites-moi l'anglais pour le bras.

ALICE *De arma*, madame.

CATHERINE Et le coude?

ALICE *D'elbow*.

CATHERINE *D'elbow*. Je m'en fais la répétition de tous les mots que vous m'avez appris dès à présent.

ALICE Il est trop difficile, madame, comme je pense.

CATHERINE Excusez-moi, Alice. Écoutez: *d'hand*, *de fingre*, *de nails*, *d'arma*, *de bilbow*.

ALICE *D'elbow*, madame.

CATHERINE O Seigneur Dieu, je m'en oublie! *D'elbow*. Comment appelez-vous le col?

ALICE *De nick*, madame.

CATHERINE *De nick*. Et le menton?

ALICE *De chin*.

CATHERINE *De sin*. Le col, *de nick*; le menton, *de sin*.

ALICE Oui. Sauf votre honneur, en vérité vous prononcez les mots aussi droit que les natifs d'Angleterre.

CATHERINE Je ne doute point d'apprendre, par la grâce de Dieu, et en peu de temps.

ALICE N'avez-vous y déjà oublié ce que je vous ai enseigné?

CATHERINE Non, et je réciterai à vous promptement: *d'hand*, *de fingres*, *de mailès*...

ALICE *De nails*, madame.

CATHERINE *De nails*, *de arma*, *de ilbow*...

ALICE Sauf votre honneur, *d'elbow*.

CATHERINE Ainsi dis-je. *D'elbow, de nick, et de sin*. Comment appelez-vous les pieds et la robe?

ALICE *De foot, madame, et de cown*.

CATHERINE *De foot et de cown?* O Seigneur Dieu! Ils sont les mots de son mauvais, corruptible, gros, et impudique, et non pour les dames d'honneur d'user. Je ne voudrais prononcer ces mots devant les seigneurs de France pour tout le monde. Uf! *De foot et de cown!* Néanmoins, je réciterai une autre fois ma leçon ensemble. *D'hand, de fingre, de nails, d'arma, de nick, de sin, de foot, de cown*.

ALICE Excellent, madame!

CATHERINE C'est assez pour une fois. Allons-nous à diner.

Salen.

ESCENA V

Entran el REY CARLOS VI de Francia, el DELFÍN, el CONDESTABLE, y otros.

REY CARLOS No hay duda de que ya ha cruzado el Soma.

CONDESTABLE Y si no vamos a combatirlo, mi señor, no vivimos ya en Francia; abandonemos todo y entreguemos nuestros viñedos a un pueblo bárbaro.

DELFÍN *O Dieu vivant!* ¿Acaso unos pocos gajitos nuestros, el vaciamiento de la lujuria de nuestros padres, nuestros injertos, plantados en tronco estéril y salvaje, van a crecer de pronto hasta las nubes y mirar desde arriba a quienes los injertaron?

BORBÓN ¡Normandos, nada sino bastardos normandos!
Mort de ma vie, si siguen avanzando sin que los combatan, venderé mi ducado para comprar una ciénaga y una sucia granja en esa remota y recortada isla de Albión.

CONDESTABLE *Dieu de batailles!* ¿De dónde sacan ese temple? ¿No es el clima que tienen neblinoso, áspero y gris, no se ve el sol pálido y como desdeñoso

ya mata la fruta con su ceño? ¿Puede el agua hervida,
esa papilla de cebada, ese brebaje para mulas derrengadas,
cocerles la sangre fría hasta una valentía tan ardiente?
Y nuestra sangre vivaz, animada por el vino,
¿parecerá helada? ¡Por el honor de nuestra tierra!
¡No nos quedemos colgando como carámbanos del techo
de la casa, mientras un pueblo más helado
suda gotas de valor juvenil en nuestras ricas campiñas
(que bien podemos llamar «pobres»
si vemos quiénes son sus señores nativos)!

DELFÍN Por mi fe y por mi honor: nuestras damas
se burlan de nosotros y dicen a las otras
que nuestra valentía está exhausta, y que entregarán
sus cuerpos a la lujuria de los jóvenes ingleses,
para repoblar Francia con guerreros bastardos.

BORBÓN «Vayan a las escuelas de baile inglesas», nos piden,
«y enseñen a bailar gavotas y corantos»,
diciendo que solo tenemos gracia en los talones
y que somos los más rápidos para escapar.

REY CARLOS ¿Dónde está Montjoy, el heraldo? Envíenlo deprisa.
Que salude al rey de Inglaterra con nuestro reto tajante.
Levántense, príncipes, y con el honor afilado
más que las espadas, corran al campo de batalla.
Charles Debralet, gran condestable de Francia,
y ustedes, duques de Orleans, de Borbón y de Berri,
Alençon, Brabante, Bar, y Borgoña,
Jacques Chatillon, Rambures, Vaudemont,
Beaumont, Grandpré, Roussi, y Fauconberg,
Foix, Lestrelles, Boucicault, y Charolais,
altos duques, grandes príncipes, barones, lores, y caballeros,
por sus grandes tronos líbrennos ya de esta gran vergüenza.
Detengan a Enrique de Inglaterra, que barre nuestra tierra
con pendones tintos en la sangre de Harfleur;
láncense sobre sus huestes, como la nieve derretida
sobre los valles, a cuya sede vulgar y vasalla
escupen los Alpes cuando vacían sus humores húmedos.
Caigan sobre él (tienen poder suficiente),
y en un carro cautivo a Rouen
tráiganlo prisionero.

CONDESTABLE Así habla la grandeza.

Lamento que sus fuerzas sean tan escasas,
que sus soldados marchen enfermos y hambrientos,
porque estoy seguro de que él cuando vea nuestro ejército
dejará caer el corazón en el sumidero del miedo
y, antes que la victoria, nos ofrecerá rescate.

REY CARLOS Por lo tanto, señor condestable, apuren a Montjoy,
y que le diga a Inglaterra que lo enviamos
para saber cuál será el rescate voluntario.
Príncipe delfín, tú permanecerás con nosotros en Rouen.

DELFIN Suplico a vuestra majestad que no sea así.

REY CARLOS Ten paciencia, porque te quedarás con nosotros.
Ahora adelante, señor condestable y príncipes todos,
traigánnos pronto la nueva de que Inglaterra ha caído.

Salen todos.

ESCENA VI

Entran los capitanes GOWER y FLUELLEN.

GOWER ¿Cómo están las cosas, capitán Fluellen, viene del puente?

FLUELLEN Le aseguro que en el puente están cumpliéndose servicios excelentes.

GOWER ¿Está a salvo el duque de Exeter?

FLUELLEN El duque de Exeter es tan magnánimo como Agamenón, y un hombre al que aprecio y honro con mi alma y mi corazón y mi deber y mi vida y mi fuerza viviente y absoluta. No está, Dios sea loado y bendito, herido para nada en el mundo; defiende el puente con la mayor valentía, con excelente disciplina. Hay un alférez abanderado allá en el puente; creo en toda conciencia que es un hombre tan valiente como Marco Antonio, y que no cuenta con la menor estima en el mundo, pero por cierto que lo vi actuar con gran coraje.

GOWER ¿Cómo lo llaman?

FLUELLEN Lo llaman alférez Pistola.

GOWER No lo conozco.

Entra el alférez PISTOLA.

FLUELLEN He aquí al hombre.

PISTOLA Capitán, le ruego que me haga un favor.

El duque de Exeter lo quiere a usted mucho.

FLUELLEN Sí, alabado sea Dios, he merecido algún afecto de su parte.

PISTOLA Bardolph, un soldado firme, de corazón fuerte,
y sereno valor, por culpa del cruel destino
y de la rueda giratoria y furiosa de la Fortuna,
esa diosa ciega que se alza
sobre la incansable rueda rodante...

FLUELLEN Con su permiso, alférez Pistola: a la Fortuna la pintan ciega, con una venda sobre los ojos, para significar que la Fortuna es ciega. Y también la pintan con una rueda, para significarle a usted (esa es la moraleja del asunto) que es giratoria e inconstante y mudanza y variación. Y tiene el pie apoyado, fíjese bien, sobre una piedra esférica, que rueda y rueda y rueda. A decir verdad, el poeta hace una excelente descripción de ella: la Fortuna es una moraleja excelente.

PISTOLA La Fortuna es la enemiga de Bardolph y le frunce el ceño, porque él ha robado una reliquia,
y debe ser ahorcado. Una muerte maldita:
que la horca abra las fauces para un perro,
que el hombre en cambio quede libre, y que el cáñamo
no sofoque su gáznate.
Pero Exeter ha dictado la sentencia de muerte
por una reliquia de poco valor.
Por eso, vaya usted a hablarle, que el duque oirá su voz,
y no deje que corten el hilo de la vida de Bardolph
con un filo de cordel de un penique y vil infamia.
Hable, capitán, por su vida, y yo lo recompensaré.

FLUELLEN Alférez Pistola, comprendo solo en parte lo que quiere decir.

PISTOLA Bueno, pues entonces regocíjese por ello.

FLUELLEN Por cierto, alférez, no es cosa de la cual regocijarse. Porque, fíjese bien, si ese hombre fuera mi hermano, yo querría que el duque se diera el gusto, y lo hiciera ejecutar. Porque hay que mantener la disciplina.

PISTOLA ¡Muérete y que te condenen! ¡Tu amistad no vale un higo!

FLUELLEN Está bien.

PISTOLA Un higo de España.

FLUELLEN Muy bien.

PISTOLA Digo, el higo
en tus tripas y tus sucias fauces.

Sale.

FLUELLEN Capitán Gower, ¿no oye usted que truena y relampaguea?

GOWER Caramba, ¿este es el alférez del que me había hablado? Ahora lo recuerdo.
Un alcahuete. Un ratero.

FLUELLEN Le aseguro que en el puente soltaba tantas voces corajudas como puedan oírse en un día de verano. Pero está muy bien. Lo que me dijo a mí, está bien, le garanto, cuando llegue el momento.

GOWER Caramba, es un tarado, un tonto, un rufián, que de vez en cuando va a una guerra, para fanfarronear cuando vuelve a Londres bajo forma de soldado. Y estos tipos son una luz para los nombres de los comandantes, y se aprenden de memoria qué hechos ocurrieron: en tal o cual baluarte, en tal trinchera, en tal o cual convoy, quién se portó con valentía, a quién le pegaron un tiro, quién sufrió deshonra, qué condiciones puso el enemigo: y todo esto lo envuelven bien con frases de guerra, que adornan con juramentos recién acuñados. Y maravilla pensar en lo que una barba cortada al estilo general y un horrendo uniforme de campaña llegan a lograr entre botellas espumeantes y cerebros bañados en cerveza. Pero hay que aprender a reconocer a estos fabricantes de vergüenza de la época, o uno corre el riesgo de equivocarse de maravilla.

FLUELLEN Le diré algo, capitán Gower: comprendo que él no es el hombre por el que bien quisiera él que el mundo lo tomase. Si le encuentro un solo agujero en el jubón, le diré lo que pienso.

Se oye un tambor.

Escuche, viene el rey, y debo hablar con él sobre el puente.

*Entran el REY ENRIQUE y sus pobres soldados,
con tambores y banderas.*

Dios salve a su majestad.

REY ENRIQUE ¿Cómo están las cosas, Fluellen? ¿Vienes del puente?

FLUELLEN Sí, con la venia de su majestad. El duque de Exeter ha defendido el puente con la mayor valentía. Los franceses se han retirado, fíjese bien, y hubo momentos muy valerosos y bravíos. Pardiez: el enemigo iba a

apoderarse del puente, pero lo obligaron a retirarse, y ahora el duque de Exeter es dueño del puente. Puedo decirle a su majestad que el duque es un valiente.

REY ENRIQUE ¿Cuántos hombres ha perdido, Fluellen?

FLUELLEN Las pérdidas del enemigo han sido muy grandes, razonablemente grandes. Pardiez, por mi parte creo que el duque no ha perdido un solo hombre, salvo uno que quizá deba ser ejecutado por robar en una iglesia, un tal Bardolph, si su majestad lo conoce. Tiene la cara llena de bubones, pústulas, verrugas y fuegos fatuos, y los labios le soplan en la nariz, que es como un carbón encendido, a veces azul y a veces roja. Pero su nariz ha sido ejecutada, y su fuego apagado.

REY ENRIQUE Querriamos que todos los delincuentes de ese tipo sean eliminados, y damos órdenes expresas de que en nuestras marchas a través del país no se tome nada por la fuerza en las aldeas, nada sin pagarlo, y que ningún francés sea insultado o maltratado con lenguaje desdeñoso. Porque cuando la dulzura y la crueldad se juegan un reino, el jugador más suave es el que más pronto gana.

*Trompetas.
Entra MONTJOY.*

MONTJOY Me conocen ustedes por mi traje.

REY ENRIQUE De acuerdo, te conozco. ¿Qué noticias me traes?

MONTJOY Lo que piensa mi señor.

REY ENRIQUE Revélalo.

MONTJOY Así dice mi rey: «Dile a Enrique, rey de Inglaterra, que aunque parecíamos muertos, apenas estábamos dormidos. La prudencia es mejor soldado que la prisa. Dile que podríamos haberlo rechazado en Harfleur, pero que creímos mejor no apretar una herida hasta que estuviera madura. Ahora es nuestro turno de hablar, y nuestra voz es imperial. Inglaterra se arrepentirá de su locura, descubrirá su debilidad y admirará nuestra paciencia. Dile por lo tanto que piense en su rescate, que debe estar en proporción a las pérdidas que hemos sufrido, a los súbditos que hemos perdido, a las desgracias que hemos digerido: que para dar respuesta a ello, ha de doblegar su mezquindad. Porque para nuestras pérdidas, su tesoro es demasiado pobre; para la efusión de nuestra sangre, no alcanzan todas las tropas de su reino; y para la deshonra que sufrimos, ver su propia persona arrodillada a nuestros pies es una satisfacción débil e indigna. A eso, agrega mi reto, y dile por último que ha traicionado a sus seguidores, cuya condena

está dictada.» Así dice mi rey y señor; ese es mi mensaje.

REY ENRIQUE ¿Cómo te llamas? Conozco tu dignidad.

MONTJOY Montjoy.

REY ENRIQUE Cumples muy bien con tu oficio. Regresa ya y dile a tu rey que, antes que buscarlo ahora, prefiero marchar a Calais sin molestias, porque a decir verdad (aunque no es sabio confesar tanto a un enemigo astuto y aprovechado) mi gente está muy debilitada por la enfermedad, y mis fuerzas disminuidas, y los pocos con que cuento casi no son mejores que otros tantos franceses; cuando tenían salud, te lo aseguro, heraldo, creía que sobre cada par de piernas inglesas podían caminar tres franceses. Pero perdóname, Dios, que así me jacte. El aire de Francia me ha contagiado el vicio. Debo arrepentirme. Ve, pues, dile a tu señor que aquí estoy; mi rescate es este cuerpo frágil y sin valor, mi ejército una mera escolta débil y enferma. Sin embargo, por Dios, dile que seguiremos en marcha, aunque la propia Francia y otro vecino semejante nos salgan al paso. Toma esto, Montjoy, por tu trabajo. Ve a decirle a tu señor que lo piense bien. Si podemos pasar, pasaremos; si nos ponen trabas, desteñiremos el suelo marrón de Francia con la roja sangre de ustedes. Y ahora, Montjoy, adiós. El resumen de toda nuestra respuesta es solo esto: no buscaremos batalla tal como estamos, pero tampoco la esquivaremos. Dile eso a tu señor.

MONTJOY Eso le transmitiré. Gracias a su alteza.

Sale.

GLOUCESTER Espero que no caigan sobre nosotros ahora.

REY ENRIQUE Estamos en manos de Dios, hermano, no de ellos. Marchen al puente. Ya se acerca la noche. Acamparemos más allá del río, y mañana ordenaremos seguir adelante.

Salen.

ESCENA VII

*Entran el CONDESTABLE, lord RAMBURES,
los duques de ORLEANS y BORBÓN
con otros.*

CONDESTABLE ¡Bah! Tengo la mejor armadura del mundo. Ojalá fuera de día.

ORLEANS Tienes una armadura excelente. Pero reconoce que mi caballo tiene lo suyo.

CONDESTABLE Es el mejor caballo de Europa.

ORLEANS ¿Nunca llegará la mañana?

BORBÓN Mi señor de Orleans y mi señor gran condestable, ¿hablan de caballo y armadura?

ORLEANS Está usted tan bien provisto de ambas cosas como cualquier príncipe del mundo.

BORBÓN ¡Qué noche larga es esta! No cambiaría mi caballo por ninguno que ande sobre cuatro cascos. ¡Ajá! Rebota en la tierra como si tuviera entrañas de espuma: *le cheval volant*, el Pegaso, *qui a les narines de feu!* Cuando lo monto me elevo, soy un halcón; trota en el aire, la tierra canta cuando la toca, el cuerno más bajo de su casco es más musical que la flauta de Hermes.

ORLEANS Tiene el color de la nuez moscada.

BORBÓN Y el ardor del jengibre. Es un animal para Perseo. Es aire y fuego puros, y en él no se manifiestan nunca los elementos opacos de la tierra y el agua, salvo en paciente quietud mientras su jinete lo monta. Esto sí es un caballo, y a todos los demás rocines puede usted llamarlos bestias.

CONDESTABLE Por cierto, señor mío, es un caballo de lo más excelente y perfecto.

BORBÓN Es el príncipe de los palafrenes. Su relincho es como la orden de un monarca, y su rostro obliga a rendirle homenaje.

ORLEANS Basta ya, primo.

BORBÓN No, no tiene ingenio el hombre incapaz de rendir variadas y merecidas alabanzas a mi corcel, desde que despierta la alondra hasta que se acuesta el cordero. El tema es tan inagotable como el mar. Transforma los granos de

arena en lenguas elocuentes, y mi caballo les dará argumento a todas. Es asunto para que argumente un soberano, y para que lo monte el soberano de un soberano cabalgue, y para que el mundo, familiar y desconocido, deje de lado sus ocupaciones particulares, y se maraville. Una vez escribí un soneto en su alabanza, y empezaba así: «Prodigio de la naturaleza...».

ORLEANS He oído un soneto de uno a su amada que empezaba así.

BORBÓN Entonces él imitó el que compuse para mi corcel, porque mi caballo es mi amada.

ORLEANS Su amada sostiene bien.

BORBÓN A mí me sostiene bien, que es la alabanza debida y la perfección de una amada buena y particular.

CONDESTABLE No, porque ayer me pareció ver que tu amada te sacudía bonitamente las espaldas.

BORBÓN Tal vez lo mismo hizo la tuya.

CONDESTABLE La mía no llevaba riendas.

BORBÓN Ah, entonces quizá era vieja y amable, y usted galopaba como un jinete irlandés, con las rodillas desnudas y los calzones ajustados.

CONDESTABLE Tiene usted un juicio certero en cosas de equitación.

BORBÓN Pues deje que le enseñe: los que cabalgan así, y no lo hacen con cuidado, terminan en sucios pantanos. Prefiero tener a mi caballo por amada.

CONDESTABLE Yo haría lo mismo si mi amada fuera una burra.

BORBÓN Le diré, condestable, que al menos mi amante lleva su propio pelo.

CONDESTABLE También podría jactarme de eso, si tuviera por amada a una cerda.

BORBÓN «*Le chien est retourné à son propre vomissement, et la truie lavée au borbier.*»^[24] Aunque tú te sirves de todo.

CONDESTABLE Pero no me sirvo de mi caballo como amada, ni de un proverbio así, tan poco adecuado.

RAMBURES Mi señor condestable, ¿lo que vi anoche en la armadura que está en su tienda, son estrellas o soles?

CONDESTABLE Estrellas, señor mío.

BORBÓN Algunas caerán mañana, espero.

CONDESTABLE Y sin embargo a mi cielo no le faltarán.

BORBÓN Puede ser, porque lleva muchas de sobra, y sería más honroso que algunas no estuvieran.

CONDESTABLE Lo mismo que caballo con las alabanzas, señor: trotaría igual si descargaran algunos de sus alardes.

BORBÓN ¡Ojalá pudiera cargarlo con lo que merece! ¿Es que nunca se hará de día? Mañana trotaré una milla, y mi camino quedará pavimentado de caras inglesas.

CONDESTABLE No diré lo mismo, por temor a que me aparten de mi camino por descarado. Pero si fuera ya de mañana, me gustaría agarrar a los ingleses por las orejas.

RAMBURES ¿Quién se arriesga a apostar conmigo por veinte prisioneros?

CONDESTABLE Primero tiene que arriesgar usted mismo, antes de tenerlos.

BORBÓN Es medianoche. Voy a armarme.

Sale.

ORLEANS El duque de Borbón ansía que llegue la mañana.

RAMBURES Ansía comer ingleses.

CONDESTABLE Creo que se comerá todo lo que mate.

ORLEANS Por la blanca mano de mi dama, es un príncipe muy valiente.

CONDESTABLE Jura por su pie, para que ella pueda pisotear el juramento.

ORLEANS Es sencillamente el caballero más activo de Francia.

CONDESTABLE Hacer es actividad, y él siempre está haciendo algo.

ORLEANS Que yo sepa, nunca ha hecho daño.

CONDESTABLE Ni hará ningún daño mañana. Sin embargo mantendrá su buena fama.

ORLEANS Sé que es valiente.

CONDESTABLE Eso me lo contó alguien que lo conoce mejor que usted.

ORLEANS ¿Quién es?

CONDESTABLE Pardiez, me lo dijo él mismo, y dijo que no le importaba quién lo supiera.

ORLEANS No precisa hacerlo; no es una virtud oculta en él.

CONDESTABLE Doy fe, señor, de que sí. Nunca la ha visto nadie que no fuera su lacayo. Es un valor encapuchado, y cuando se muestra aletea.

ORLEANS «La mala voluntad nunca habla bien.»

CONDESTABLE Mejoraré ese proverbio con «La amistad es aduladora».

ORLEANS Y yo lo corregiré con «Hay que darle al diablo lo que merece».

CONDESTABLE ¡Bien hallado! Ahí está su amigo haciendo de diablo. Apunto al ojo mismo de ese proverbio con «¡Maldito sea el diablo!».

ORLEANS En proverbios usted es el mejor de los dos, porque «El tonto dispara demasiado pronto».

CONDESTABLE Se ha pasado usted del blanco.

ORLEANS No es la primera vez que lo dejan a usted atrás.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Mi señor gran condestable, los ingleses están a mil quinientos pasos de estas tiendas.

CONDESTABLE ¿Quién ha medido el terreno?

MENSAJERO El señor Grandpré.

CONDESTABLE Un caballero de lo más valiente y experto.

Sale el MENSAJERO.

¡Ojalá fuera de día! Ay, pobre Enrique de Inglaterra. No ansía el alba tanto como nosotros.

ORLEANS Qué tipo desgraciado y terco es este rey de Inglaterra: ¡venir con sus seguidores de cerebro torpe a perderse tan lejos de casa!

CONDESTABLE Si los ingleses tuvieran alguna perspicacia, escaparían.

ORLEANS Carecen de ella: porque si sus cabezas tuvieran la menor armadura intelectual, nunca podrían llevar cascos tan pesados.

RAMBURES Esa isla de Inglaterra produce criaturas muy valientes. Sus mastines tienen un coraje inigualable.

ORLEANS Cachorros necios, que vienen con los ojos cerrados a meterse en la boca de un oso ruso, y a hacerse triturar las cabezas como manzanas podridas. Bien podría usted decir: «Valiente la pulga que se atreve a desayunar sobre el labio de un león».

CONDESTABLE Exacto, exacto. Y los hombres se parecen a los mastines, en el ataque violento y feroz; la inteligencia la dejan con sus mujeres. Por eso, deles usted grandes tajadas de ternera, hierro y acero, que comerán como lobos y pelearán como demonios.

ORLEANS Sí, pero a los ingleses les falta por completo la carne de ternera.

CONDESTABLE Entonces mañana descubriremos que solo tienen estómago para comer, pero no para luchar. Ya es hora de armarse. Vamos, ¿nos ponemos a eso?

ORLEANS Ya son las dos. Pero déjeme ver: a eso de las diez cada uno de nosotros tendrá cien ingleses.

Salen.

CUARTO ACTO

Entra el CORO.

CORO Ahora traten ustedes de imaginar el momento
en que un murmullo reptante y la oscuridad desbordada
llenan la ancha nave del universo. De campamento
en campamento por el turbio vientre de la noche
suenan tan quedamente el rumor de cada ejército,
que los centinelas designados casi reciben
los cuchicheos secretos de las guardias del otro.
Hogueras responden a hogueras y, a través
de las pálidas llamas, cada ejército distingue
el rostro sombrío del otro.
Los corceles amenazan a los corceles,
con relinchos agudos y jactanciosos
que atraviesan el oído sordo de la noche,
y en las tiendas, los armeros, que equipan a los combatientes,
ajustan los remaches con martillos atareados,
dando una temible nota de preparativos.
Los gallos del campo cantan, tañen los relojes,
nombrando la tercera hora de la somnolienta mañana.
Orgullosos de su cantidad y seguros de ánimo,
los franceses confiados y alegres por demás
se juegan por poco precio los ingleses a los dados,
y reprenden a la noche de paso lento y lisiado,
que, como una bruja sucia y fea, aburrída y renga
va pasando. Los pobres ingleses condenados,
como si fueran al sacrificio, se aguardan pacientes
junto a sus vigilantes hogueras y rumian
sobre el peligro de la mañana; y su gesto triste,
las largas mejillas macilentas y los uniformes
gastados por la guerra, se presentan a la mirada
de la luna como otros tantos fantasmas horrendos.
Ah, quien mire ahora al capitán real
de esta banda ruinoso ir de guardia en guardia,
de tienda en tienda, que exclame:
«¡Loado y glorificado sea!». Pues él, sin detenerse,
visita a todo su ejército, y a todos
da los buenos días con una sonrisa modesta
y los llama hermanos, amigos y compatriotas.

Su rostro real no muestra el menor reflejo
del temible ejército por el que está rodeado;
ni sacrifica una sola pizca de color
a la noche fatigosa y en vela; antes bien
se lo ve fresco; supera la fatiga
con expresión alegre y dulce majestad,
para que cada desdichado, antes pálido y lánguido,
al contemplarlo, saque consuelo de su aspecto.
Una generosidad universal como la del sol,
que, derritiendo el frío miedo,
otorga a cada cual su mirada espléndida,
de modo que todos, nobles y plebeyos,
vean, aunque el reflejo sea indigno,
un pequeño toque de Harry en la noche.
Y así nuestra escena debe volar a la batalla,
donde, oh, dolor, poco honraremos el nombre de Agincourt
con cuatro o cinco trozos de hojalata mellados y viles,
mal manejados en refriegas ridículas.
Sin embargo quédense sentados y vean,
imaginando cosas reales donde hay caricaturas.

Sale.

ESCENA I

*Entran el REY ENRIQUE y el duque de GLOUCESTER,
luego el duque de Clarence.*

REY ENRIQUE Gloucester, es cierto que estamos en gran peligro;
tanto más grande pues debiera ser nuestro valor.
Buenos días, hermano Clarence. ¡Dios Todopoderoso!
¡Hay cierta alma buena en las cosas malas,
si los hombres saben observar y destilarla!
Porque nuestros malos vecinos nos hacen tempraneros,
lo cual es a la vez saludable y adecuado.
Además, son nuestras conciencias exteriores,
y predicán para nosotros, advirtiéndonos
que nos preparemos decentemente para el fin.
Así podemos recoger miel de las malas hierbas
y sacar una moraleja del diablo mismo.

Entra sir Thomas ERPINGHAM.

Buenos días, viejo sir Thomas Erpingham.
Una blanda almohada sería para esa cabeza blanca
mejor que un montón de duros terrones franceses.

ERPINGHAM No es así, majestad. Prefiero este alojamiento,
porque me permite decir: «Estoy acostado como un rey».

REY ENRIQUE

Bueno es que los hombres amen sus molestias presentes
para dar ejemplo. Así se eleva el espíritu,
y cuando el alma se acelera, sin duda
los órganos, aunque antes difuntos y muertos,
rompen su tumba soñolienta y se mueven de nuevo
con piel renovada y fresca ligereza.
Préstame tu capa, sir Thomas. Ustedes dos, hermanos,
saluden de mi parte a los príncipes de nuestro campamento.
Denles los buenos días y díganles que deseo verlos
a todos en mi pabellón, y enseguida.

GLOUCESTER Así lo haremos, majestad.

ERPINGHAM ¿Acompaño a su alteza?

REY ENRIQUE No, mi buen caballero.

Ve con mis hermanos a ver a mis lores ingleses.
Yo he de discutir un momento a solas con mi espíritu,
y por lo tanto no quiero otra compañía.

ERPINGHAM Que el Señor del cielo te bendiga, noble Harry.

REY ENRIQUE Dios te bendiga, viejo amigo, hablas animosamente.

*Salen todos menos el REY ENRIQUE.
Entra PISTOLA.*

PISTOLA *Qui va là?*

REY ENRIQUE Un amigo.

PISTOLA Explícame: ¿eres oficial,
o eres bajo, común y popular?

REY ENRIQUE Soy un caballero de una compañía.

PISTOLA ¿Arrastras tu poderosa pica?

REY ENRIQUE Así es. ¿Qué eres tú?

PISTOLA Un caballero tan bueno como el emperador.

REY ENRIQUE Entonces eres mejor que el rey.

PISTOLA El rey es un buen chico y un corazón de oro,
un mozo sólido, un vástago de la fortuna,
un hijo de buena cepa, de puños bien valientes.
Yo le beso los sucios zapatos, y amo de corazón
a ese muchacho encantador. ¿Tú cómo te llamas?

REY ENRIQUE Harry *le roi*.

PISTOLA ¿Leroy? Un apellido de Cornuailles. ¿Eres de allí?

REY ENRIQUE No. Soy galés.

PISTOLA ¿Conoces a Fluellen?

REY ENRIQUE Sí.

PISTOLA Dile que el día de San David
le partiré su puerro en la crisma.

REY ENRIQUE No lleves ese día tu daga en la gorra,
porque él puede partírtela en la tuya.

PISTOLA ¿Eres amigo suyo?

REY ENRIQUE Y también su paisano.

PISTOLA ¡Entonces, que te den con un higo!

REY ENRIQUE Te agradezco. Dios sea contigo.

PISTOLA A mí me llaman Pistola.

REY ENRIQUE Le sienta muy bien a tu fiereza.

Sale PISTOLA.

Entran los capitanes FLUELLEN y GOWER.

El rey ENRIQUE se mantiene apartado.

GOWER ¡Capitán Fluellen!

FLUELLEN ¡Hola! En nombre de Jesucristo, habla un poco más bajo. Es causa de la mayor admiración del mundo universal cuando no se respetan las auténticas y antiguas prerrogativas y leyes de las guerras. Si solo se tomara el trabajo de examinar las guerras de Pompeyo el Grande, descubriría, se lo garantizo, que en el campo de Pompeyo no había dimes y diretes ni idas y venidas. Descubriría, te garantizo, que las ceremonias de la guerra, y sus precauciones, y sus formas, y su sobriedad, y su modestia, eran entonces de muy otra manera.

GOWER Caramba, el enemigo habla en voz alta. Se lo oye toda la noche.

FLUELLEN Si el enemigo es un asno y un imbécil y un charlatán pedante, ¿le parece bien que también nosotros seamos asnos, imbéciles y charlatanes pedantes? ¿Lo piensa en toda conciencia?

GOWER Hablaré más bajo.

FLUELLEN Se lo ruego y le suplico que lo haga.

Salen FLUELLEN y GOWER.

REY ENRIQUE Aunque parezca un poco pasado de moda, hay gran prudencia y valor en este galés.

Entran tres soldados. John BATES, Alexander COURT y Michael WILLIAMS.

COURT Hermano John Bates, ¿no es la mañana lo que asoma por allí?

BATES Creo que sí. Pero no tenemos muchos motivos para desear que se acerque.

WILLIAMS Vemos por allí que empieza el día, pero creo que nunca lo veremos terminar. ¿Quién va?

REY ENRIQUE Un amigo.

WILLIAMS ¿A las órdenes de qué capitán sirves?

REY ENRIQUE A las órdenes de sir Thomas Erpingham.

WILLIAMS Es un jefe viejo y bueno y un caballero bondadoso. Dime, te lo ruego, ¿qué piensa él de nuestra situación?

REY ENRIQUE Que somos como náufragos en un banco de arena, que esperan a que la próxima marea los arrastre de nuevo.

BATES ¿No le dijo al rey lo que pensaba?

REY ENRIQUE No, ni es conveniente que se lo diga. Porque aunque lo diga yo, creo que el rey no es sino un hombre, como lo soy yo. La violeta huele para él como para mí; el cielo se le aparece como se me aparece a mí. Todos sus sentidos son humanos. Si se deja de lado el ceremonial, surge en su desnudez como un nuevo hombre y, aunque sus deseos vuelen más alto que los nuestros, al bajar bajan con alas parecidas. Por lo tanto cuando ve razones de temer, sus miedos, sin duda, son del mismo sabor que los nuestros. Sin embargo, en buena lógica, ningún hombre debiera mostrarle el menor atisbo de temor, porque él, al mostrarlo a su vez, desalentaría a su ejército.

BATES Puede mostrar todo el valor externo que quiera, pero creo, por más que la noche esté fría, que preferiría estar hundido en el Támesis hasta el cuello. Y a mí me gustaría que lo estuviera, y yo junto a él, fuera como fuera, con tal de que nos hubiéramos ido de aquí.

REY ENRIQUE Yo diré en conciencia sobre el rey que, a fe mía, creo, no desearía estar en otra parte que donde está.

BATES Pues ojalá entonces estuviera aquí él solo. Así tendría la seguridad de pagar su rescate, y salvar las vidas de muchos hombres pobres.

REY ENRIQUE Me atrevo a decir que no lo quiere usted tan mal para desearle que estuviera aquí solo, aunque lo diga para tantear los sentimientos de los demás. Creo que yo no podría morir en ninguna parte tan satisfecho como junto al rey, porque su causa es justa y su lucha, honrosa.

WILLIAMS Eso es más de lo que sabemos.

BATES Sí, o más de lo que debiéramos averiguar. Porque ya sabemos bastante que somos súbditos del rey. Si su causa es errada, nuestra obediencia nos absuelve de la culpa.

WILLIAMS Pero si la causa no fuese buena, el propio rey tendría una pesada cuenta que rendir, cuando todas esas piernas y brazos y cabezas cortadas en una batalla se unieran al final del día para gritar juntas «Morimos en tal sitio»; unos jurando, otros llorando por un médico, algunos por haber dejado a sus mujeres en la pobreza, otros por las deudas sin pagar, otros más por los hijos vulnerables y abandonados. Me temo que pocos de los que mueren en batalla mueren bien; porque ¿cómo disponer de las cosas con caridad cuando el asunto en discusión es la sangre? Ahora bien, si estos hombres no mueren bien, será negra cosa para el rey que los llevó a eso; mientras que desobedecer iría contra toda idea de sumisión.

REY ENRIQUE De modo que si un hijo que su padre envía a comerciar naufraga en el mar en estado de pecado, la responsabilidad de su maldad, según lo que usted dice, debiera caer sobre el padre, que lo envió. O si un criado transportara, por orden de su amo, una suma de dinero, y fuera asaltado por ladrones, y muriese cargado de pecados imperdonables, usted diría que los negocios del amo son los responsables de la condena del criado. Pero no es así. El rey no está obligado a responder por el modo particular en que muere cada soldado, ni el padre por el de su hijo, ni el amo por el de su criado, porque cuando les piden sus servicios no pretenden que mueran. Además, no existe rey cuya causa sea tan inmaculada que, llevada al arbitrio de las espadas, todos sus soldados estén sin mancha. Algunos, tal vez, llevan en sí la culpa del asesinato premeditado y alevoso; otros, la de

haber engañado a doncellas rompiendo sus juramentos; otros, la de haber tomado la guerra como refugio, tras haber ensangrentado antes el blando pecho de la paz con robos y pillajes. Ahora bien, si estos hombres han derrotado a la ley y eludido el castigo natural, aunque puedan escapar de los hombres, no tienen alas con que volar lejos de Dios. La guerra es su verdugo. La guerra es su venganza. Hay hombres, pues, que en la refriega del rey son castigados por haber roto antes las leyes del rey. Donde temieron la muerte, salvaron la vida, y donde creyeron estar a salvo, murieron. Entonces, si mueren sin preparación, el rey no es más culpable de su condena que culpable antes de las impiedades por las que ahora son castigados. La obediencia de cada súbdito pertenece al rey, pero el alma de cada súbdito le pertenece a sí mismo. Por eso cada soldado debiera hacer en la guerra lo que hace el enfermo en su cama: lavar su conciencia de toda mancha. Y al morir así, la muerte es para él ventaja; o si no muere, el tiempo tan benditamente perdido en tal preparación es provecho. Y para el que escapa, no sería pecado pensar que, con un obsequio tan generoso, Dios lo deja sobrevivir a ese día para que vea su grandeza y para enseñarle a otros cómo prepararse.

BATES Es cierto: a cada hombre que muere en pecado, el pecado le cae sobre la cabeza. El rey no tiene por qué responder por él. Yo no pido que responda por mí, y sin embargo estoy decidido a luchar por él con toda mi energía.

REY ENRIQUE Yo mismo oí decir al rey que no quiere ser rescatado.

WILLIAMS Sí, lo dijo, para hacernos luchar alegremente; pero cuando nos corten la garganta puede que a él lo rescaten, y nosotros no habremos sacado nada.

REY ENRIQUE Si vivo para verlo, nunca volveré a confiar en su palabra.

WILLIAMS ¡Págale a él entonces! El disgusto que pueda sentir un pobre civil contra un monarca es tan peligroso como una bala de fogueo. Daría lo mismo que te pusieran a convertir el sol en hielo abanicándolo con una pluma de pavo real. ¡Que nunca volverás a confiar en su palabra! Vaya tontería.

REY ENRIQUE Tu reproche es un poco fuerte. Me pondrías furioso, si el momento fuera oportuno.

WILLIAMS Que haya pelea entre nosotros, si es que vives.

REY ENRIQUE La acepto.

WILLIAMS ¿Cómo te reconoceré?

REY ENRIQUE Dame una prenda tuya, y la llevaré en mi gorro. Si después te atreves a reconocerla, pelearé contigo.

WILLIAMS Aquí tienes mi guante. Dame uno tuyo.

REY ENRIQUE Toma.

Intercambian guantes.

WILLIAMS También lo llevaré en mi gorro. Si a partir de mañana te acercas a mí y dices «Ese es mi guante», por esta mano que te aplicaré una bofetada en la oreja.

REY ENRIQUE Si vivo para verlo, lo reclamaré.

WILLIAMS Igual te daría hacerte ahorcar.

REY ENRIQUE Bueno, lo haré aunque te acompañe el rey.

WILLIAMS Mantén tu palabra. Que lo pases bien.

BATES Sean amigos, ingleses tontos, sean amigos. Ya tenemos bastante con las peleas francesas, si hubiera manera de contarlas.

REY ENRIQUE Por cierto, los franceses pueden apostar veinte coronas contra una que nos ganarían, porque las llevan sobre los hombros. Pero para un inglés no es traición cortar coronas francesas, y mañana el propio rey será un cortador.

Salen los soldados.

¡Que eso recaiga sobre el rey!

«Que nuestras vidas, nuestras almas, nuestras deudas,
nuestras afligidas esposas, nuestros hijos
y nuestros pecados recaigan sobre el rey.»

Tenemos que responder por todo. ¡Ah, condición dura,
hermana gemela de la grandeza: sujeta al aliento
de cualquier tonto, cuyos sentidos no pueden sentir
más que su propio dolor! ¿Qué infinita serenidad
deben resignar los reyes que gozarán los hombres corrientes?

¿Y qué tienen los reyes que los corrientes no tengan,
salvo la ceremonia, la constante ceremonia?

¿Y qué eres tú, tú, ídolo de la ceremonia?

¿Qué clase de dios eres, que sufres más
las penas de los mortales que tus adoradores?

¿Cuáles son tus rentas? ¿Cuáles tus ingresos?

Ah, ceremonia, muéstrame lo que vales.

¿Cuál es la esencia de tu adoración?

¿Eres otra cosa que lugar, grado y forma
que causan temor reverencial y miedo
en otros hombres? Por lo cual eres menos feliz,

siendo temida, que ellos al temer.
¿Qué bebes a menudo, en vez de dulces homenajes,
sino adulación envenenada? Oh, gran grandeza, enférmate,
y pídele a tu ceremonia que te cure.
¿Acaso crees que la fiebre cruel se irá
con solo soplarle títulos adulatorios?
¿Acaso cederá ante las genuflexiones
y reverencias profundas? ¿Acaso tú puedes,
cuando mandas en la rodilla del mendigo,
mandar también en su salud? No, sueño orgulloso
que juegas tan sutilmente con el reposo de un rey;
soy un rey que te conoce bien, y sé
que no es la unción, el cetro y la esfera,
ni la espada, la maza, la corona imperial,
ni el manto entretejido de oro y perlas,
ni los títulos rimbombantes que anteceden al rey,
ni el trono en que se sienta, ni la marea de pompa
lo que golpea la alta orilla de este mundo:
no, nada de todo esto, tres veces fastuosa ceremonia,
nada de todo esto, tendido en el lecho real,
puede dormir tan profundamente como el esclavo miserable
que con el cuerpo lleno y el alma vacía
se entrega al descanso, repleto de pan bien ganado
con su esfuerzo; nunca ve la hórrida noche, hija del infierno,
sino que, como un lacayo del alba al ocaso
suda bajo los ojos de Febo, y duerme toda la noche
en el Elíseo; al día siguiente, después del alba
se levanta y ayuda a Hiperión a montar su caballo,
y así sigue a lo largo de todo el año
con provechoso esfuerzo hasta la tumba.
Y a no ser por la ceremonia ese miserable,
que pasa los días afanándose y las noches en el sueño,
tendría ventaja y superioridad sobre un rey.
El esclavo, integrante de la paz del país,
la disfruta, pero a su opaco cerebro poco le importa
qué vigilia ha mantenido el rey para conservar la paz
cuyas horas aprovecha mejor el aldeano.

Entra
sir Thomas ERPINGHAM.

ERPINGHAM Señor mío, sus nobles, ansiosos por su ausencia

buscan por el campamento para encontrarlo.

REY ENRIQUE Reúnelos a todos en mi tienda, mi buen caballero,
llegaré a ella antes que tú.

ERPINGHAM Así lo haré, mi señor.

Sale.

REY ENRIQUE Oh, dios de las batallas, reviste de acero
el corazón de mis soldados. No dejes que el miedo los posea.
Quítales ya la facultad de contar, si el número de enemigos
va a hacerles perder el ánimo. Hoy, oh, Señor,
no te acuerdes, no, de la falta
que cometió mi padre al ceñirse la corona.
He enterrado de nuevo el cadáver de Ricardo,
y sobre él he vertido más lágrimas contritas
que las gotas de sangre que brotaron de él por la fuerza.
Mantengo al año a quinientos pobres
que dos veces al día alzan sus manos marchitas
al cielo para pedir perdón por la sangre. Y he construido
dos capillas, donde sacerdotes tristes y solemnes
cantan de continuo por el alma de Ricardo. Haré más,
aunque todo cuanto pueda hacer no vale nada,
porque mi penitencia, que implora perdón,
llega después del mal.

*Entra
el duque de GLOUCESTER.*

GLOUCESTER Majestad.

REY ENRIQUE ¿Es la voz de mi hermano Gloucester? Sí.
Conozco tu mensaje; iré contigo.
El día, amigos míos, y todas las cosas me esperan.

Salen.

ESCENA II

*Entran los duques de BORBÓN y de ORLEANS,
y lord RAMBURES.*

ORLEANS El sol dora nuestras armaduras. ¡Arriba, mis señores!

BORBÓN *Monte cheval!* ¡Mi caballo! *Valet, lacquais!* ¡Eh!

ORLEANS ¡Oh, espíritu valiente!

BORBÓN *Via les eaux et terre!*

ORLEANS *Rien plus? L'air et feu!*

BORBÓN *Cieux, primo Orleans!*

Entra el CONDESTABLE.

¡Hola, mi señor condestable!

CONDESTABLE Escuchen cómo relinchan nuestros corceles
por entrar en servicio.

BORBÓN Móntenlos y háganles tajos en los flancos
para que su sangre ardiente salpique los ojos de los ingleses
y apague su coraje superfluo. ¡Ah!

RAMBURES ¿Qué: quieren que lloren la sangre de nuestros caballos?
¿Cómo contemplaremos entonces sus lágrimas naturales?

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO

Pares franceses, los ingleses están alineados para la batalla.

CONDESTABLE

¡A los caballos, príncipes valientes, a los caballos enseguida!
Bastará que miren a esa pobre banda muerta de hambre
para que el espléndido aspecto de ustedes les sorba el alma
no dejando más que la cáscara y la corteza de hombres.
No hay trabajo suficiente para todas nuestras manos.
En sus venas enfermizas apenas hay bastante sangre
para dejar una mancha en cada puñal desnudo
que nuestros bravos franceses desenvainen hoy
y vuelvan a envainar por falta de acción.
En cuanto soplemos sobre ellos,
el hálito de nuestro coraje los derribará.
Es evidente sin ninguna excepción, señores,
que nuestros lacayos sobrantes y nuestros campesinos,
que en acción innecesaria hormiguean
alrededor de nuestros batallones, bastarían
para purgar este campo de un enemigo tan incapaz de nada,
aunque nosotros nos quedáramos al pie de esta montaña
parados cerca en ociosa y trivial conversación.
Pero nuestro honor no lo permite. ¿Qué queda por decir?

Hagamos poco, poquitísimo
y todo estará hecho, después... que suenen las trompetas
con el estruendoso llamado a montar,
porque bastará acercarnos para paralizarlos de terror
y que Inglaterra se tienda de miedo y se rinda.

Entra lord GRANDPRÉ.

GRANDPRÉ ¿Por qué tardan tanto, señores de Francia?

Estas carroñas isleñas, negligentes de sus huesos,
mal combinan con el campo mañanero.

Sus cortinas andrajosas flamean tristemente
y nuestro aire las sacude con desdén al pasar.

El poderoso Marte parece en quiebra
en su ejército mendigo y espía débilmente
por la mirilla de un casco herrumbroso.

Los jinetes están como candelabros inmóviles
con cirios en las manos, y sus pobres matungos
doblan la cabeza, colgantes la piel y los flancos;
de sus ojos de palidez mortal caen legañas
y en sus bocas lívidas y opacas el freno
está sucio de hierba masticada, quieto e inmóvil.

Y sus verdugos, los cuervos bribones,
vuelan impacientes sobre ellos esperando su hora.
No puede hacerse en palabras una descripción
que muestre la vitalidad de semejante ejército,
tan inerte se muestra en vida.

CONDESTABLE Han dicho sus oraciones, y esperan la muerte.

BORBÓN ¿Les enviamos víveres y trajes nuevos,
damos forraje a sus caballos en ayuno
y después luchamos con ellos?

CONDESTABLE Solo espero a mi estandarte. ¡Al ataque!
Tomaré la bandera de un trompeta
y la usaré en mi prisa. ¡Vamos, vamos adelante!
El sol está alto, y estamos desperdiciando el día.

Salen.

ESCENA III

Entran los duques de GLOUCESTER, CLARENCE y EXETER, los condes de SALISBURY y WARWICK, y sir Thomas ERPINGHAM con toda su hueste.

GLOUCESTER ¿Dónde está el rey?

CLARENCE El rey ha cabalgado en persona a ver el ejército enemigo.

WARWICK Tienen al menos sesenta mil combatientes.

EXETER Nos superan cinco a uno. Además, están todos descansados.

SALISBURY ¡Que el brazo de Dios golpee con nosotros!

Es una proporción terrible.

Dios los acompañe, príncipes. Voy a mi puesto.

Si no volvemos a encontrarnos sino en el cielo, entonces, alegremente, mi noble señor de Clarence, mi querido señor Gloucester, mi buen lord Exeter, y (a WARWICK) mi buen pariente, guerreros todos, adiós.

CLARENCE Adiós, buen Salisbury, y que la buena suerte te acompañe.

EXETER Adiós, buen señor. Lucha hoy con valentía; aunque hago mal en recordártelo porque estás hecho de auténtico coraje.

Sale SALISBURY.

CLARENCE Está tan lleno de coraje como de bondad. Es un príncipe en ambas cosas.

Entra el REY ENRIQUE, detrás.

WARWICK ¡Ah, ojalá tuviéramos aquí la diezmilésima parte de los hombres de Inglaterra que hoy no trabajan!

REY ENRIQUE ¿Quién es el que desea eso?

¿Mi primo Warwick? No, mi muy buen primo.

Si estamos marcados para morir, somos bastantes para que nuestro país sienta la pérdida; y si es para vivir, cuantos menos hombres, más grande la porción de honor.

Te ruego, por Dios, que no desees un solo hombre más.

Por Júpiter, no soy codicioso con el oro,

ni me importa a quién alimento a costa mía;

no me importa que otros usen mis prendas:

en mis deseos no entran esas cosas exteriores.

Pero si codiciar el honor es un pecado

soy el alma más pecadora que existe.
No, primo, a fe mía, no deseas un hombre más de Inglaterra.
Por la paz de Dios, no querría perder tan gran honor
como creo que un hombre más compartiría conmigo,
ni por la mejor de las esperanzas. Ah, no deseo uno más.
Más bien proclama pronto entre mis huestes
que a quien no tenga estómago para este combate,
lo dejen partir. Que le den su pasaporte
y le pongan coronas en la bolsa para el viaje.
No querríamos morir en compañía de ese hombre
que teme morir como compañero nuestro.
Al día de hoy le llaman de San Crispín.
El que lo sobreviva y vuelva a casa sano y salvo
se alzará en puntas de pie cuando nombren este día
y ante el nombre de San Crispín se hinchará de orgullo.
Quien quede vivo hoy y llegue a la vejez,
cada año, en la víspera de ese día, invitará a sus vecinos
diciendo: «Mañana es San Crispín».
Después se arremangará para mostrar sus cicatrices
y dirá: «Estas heridas las recibí el día de San Crispín».
Los viejos olvidan; todo será olvidado,
pero él recordará con satisfacción
las proezas de este día. Entonces nuestros nombres
serán familiares a su boca como palabras cotidianas:
el rey Harry, Bedford y Exeter,
Warwick y Talbot, Salisbury y Gloucester,
seremos recordados de nuevo entre copas rebosantes.
El buen hombre enseñará esta historia a su hijo,
y de aquí hasta el fin del mundo
el día de San Crispín y Crispiniano nunca pasará
sin que en esa historia seamos recordados nosotros,
estos pocos, felices pocos, nuestra banda de hermanos.
Porque quien hoy derrame su sangre conmigo
será mi hermano; por muy ruin que sea,
este día habrá de ennoblecerlo.
Y los caballeros de Inglaterra que están ahora en sus camas
se considerarán malditos por no haber estado aquí,
y tendrán en poco su valor cuando hable alguno
que combatió con nosotros el día de San Crispín.

Entra el conde de SALISBURY.

SALISBURY Mi soberano señor, ven rápido.

Los franceses ya están en brava formación de combate
y van a cargar sobre nosotros sin dilación.

REY ENRIQUE Todo está preparado si lo están nuestros ánimos.

WARWICK Que muera el hombre cuyo ánimo se eche atrás ahora.

REY ENRIQUE ¿No deseas más refuerzos de Inglaterra, primo?

WARWICK ¡Que se haga la voluntad de Dios, majestad,
aun cuando tú y yo solos, sin más ayuda,
tuviéramos que luchar en esta batalla majestuosa!

REY ENRIQUE Caramba, ya has dejado de desear cinco mil hombres,
lo que me gusta más que desear solo uno más.
Todos conocen sus puestos. Dios sea con ustedes.

Trompetas.
Entra MONTJOY.

MONTJOY Una vez más vengo a saber de ti, rey Harry,
si no quieres tratar tu rescate ahora
antes de tu muy segura derrota.
Pues ciertamente estás tan cerca del abismo
que por fuerza serás engullido. Además, por piedad,
el condestable desea que invites al arrepentimiento
a tus seguidores, para que sus almas
puedan hacer una retirada dulce y pacífica
de estos campos donde sus pobres cuerpos, desdichados,
han de caer y pudrirse.

REY ENRIQUE ¿Y ahora quién te envía?

MONTJOY El condestable de Francia.

REY ENRIQUE Te ruego que vuelvas con mi anterior respuesta.
Diles que acaben conmigo, y después vendan mis huesos.
Buen Dios, ¿por qué se burlan así de la pobre gente?
El hombre que una vez vendió la piel del león
antes de matarlo, murió al fin mientras lo cazaba.
Sin duda muchos de nuestros cuerpos
tendrán sus tumbas donde nacieron; y sobre ellas,
espero, veremos vivir en bronce los actos de este día.
Y quienes dejen sus huesos valientes en Francia,
muriendo como hombres, aunque enterrados en basurales

tendrán fama. Porque allí los saludará el sol
y se llevará al cielo su honor
dejando las partes terrenas para infectar este clima,
con un hedor que causará en Francia una peste.
Vean, pues, cuánto valor hay de sobra en los ingleses,
que, estando muertos, como el rebote de las balas
pueden crear una segunda trayectoria de destrucción
y desatar una segunda ola de mortalidad.
Permíteme hablar con orgullo. Dile al condestable
que solo somos guerreros en los días de trabajo.
Nuestros colores y dorados están sucios
de marchas bajo la lluvia en estos campos penosos.
No hay una sola pluma en nuestro ejército:
buena prueba, espero, de que no huiremos volando
y el tiempo nos ha estropeado los equipos.
Pero, por la misa, llevamos el corazón engalanado.
Y mis pobres soldados me dicen que, antes de caer la noche,
tendrán ropas más limpias, ya que sacarán por la cabeza
las alegres chaquetas nuevas a los soldados franceses
y las pasarán a otro uso. Si lo hacen
(y si Dios quiere lo harán), entonces mi rescate
será reunido enseguida. Herald, ahórrate trabajo.
No vengas más por el rescate, amable herald.
Juro que no tendrán ustedes otro que mis coyunturas;
si las reciben como voy a dejárselas
les serán de poco provecho. Díselo al condestable.

MONTJOY Así lo haré, rey Harry. Y ahora adiós.

No volverás a oír al herald.

Sale MONTJOY.

Entra el duque de YORK.

YORK Señor mío, te ruego humildemente de rodillas
que me des el mando de la vanguardia.

REY ENRIQUE Tómallo, bravo York. Ahora soldados, adelante.

Y tú, Dios, dispón del día como te plazca.

Salen.

ESCENA IV

Trompetas. Escaramuzas.
Entran PISTOLA, un SOLDADO FRANCÉS
y el MUCHACHO.

PISTOLA ¡Ríndete, perro!

SOLDADO FRANCÉS *Je pense que vous êtes le gentilhomme de bon qualité.*

PISTOLA *Qualité? «Calin o custure me!»*^[25]

¿Eres caballero? ¿Cómo te llamas? Habla.

SOLDADO FRANCÉS *O Seigneur Dieu!*

PISTOLA (*Aparte.*) *O señor Dié* debe ser un caballero.

Sopesa mis palabras, *O señor Dié*, y fíjate:
morirás a punta de espada, *O señor Dié*,
salvo, *O señor Dié*, que me des
un egregio rescate.

SOLDADO FRANCÉS *O prenez miséricorde! Ayez pitié de moi!*

PISTOLA Un «moá» no sirve, o me das cuarenta
o te saco la tripa por la garganta
en gotas de sangre roja.

SOLDADO FRANCÉS *Est-il impossible d'échapper la force de ton bras?* PISTOLA
¿Ofreces grasa, perro? Maldita cabra lujuriosa,
¿me ofreces grasa?

SOLDADO FRANCÉS *O pardonne-moi!*

PISTOLA ¿Conque eso dices? ¿Un tonel de «moás»?
Acércate, muchacho. Pregúntame en francés a este esclavo
cómo se llama.

MUCHACHO *Écoutez: comment êtes-vous appelé?*

SOLDADO FRANCÉS *Monsieur Le Fer.*

MUCHACHO Dice que se llama señor Hierro.

PISTOLA ¿Señor Hierro? Yo lo herraré, lo rascaré y lo freiré. Dile eso mismo en
francés.

MUCHACHO No sé cómo se dice en francés herraré, rascaré y freiré.

PISTOLA Dile que se prepare, porque le cortaré la garganta.

SOLDADO FRANCÉS *Que dit-il, monsieur?*

MUCHACHO *Il me commande à vous dire que vous faites vous prêt, car ce soldat ici*

est disposé tout à cette heure de couper votre gorge.

PISTOLA *Oui, couper la gorge, par ma foi, paisano;*
a menos que des coronas, buenas coronas,
quedarás mutilado por esta espada mía.

SOLDADO FRANCÉS *O je vous supplie, pour l'amour de Dieu, me pardonner. Je suis le gentilhomme de bonne maison. Gardez ma vie, et je vous donnerai deux cents écus.*

PISTOLA ¿Qué dice?

MUCHACHO Le ruega que le perdone la vida. Es un caballero de buena familia, y le dará a usted como rescate doscientas coronas.

PISTOLA Dile que mi furia se aplacará,
y que tomaré las coronas.

SOLDADO FRANCÉS *Petit monsieur, que dit-il?*

MUCHACHO *Encore qu'il est contre son jurement de pardonner aucun prisonnier; néanmoins, pour les écus que vous lui ci promettez, il est content à vous donner la liberté, le franchisement.*

SOLDADO FRANCÉS *(Arrodillándose ante PISTOLA.) Sur mes genoux je vous donne mille remerciements, et je m'estime heureux que j'ai tombé entre les mains d'un chevalier, comme je pense, le plus brave, vaillant, et trèsdistingué seigneur d'Angleterre.*

PISTOLA Explícamelo, muchacho.

MUCHACHO Le da mil gracias de rodillas, y se considera feliz de haber caído en las manos de alguien que, según él, es el más valiente y valeroso y tres veces digno señor de Inglaterra.

PISTOLA Como que chupo sangre que mostraré cierta piedad. Sígueme.

MUCHACHO *Suivez-vous le grand capitaine.*

*Salen PISTOLA
y el SOLDADO FRANCÉS.*

Nunca vi salir una voz tan plena de un pecho tan vacío. Pero el dicho es cierto: «El cántaro vacío es el que más suena». Bardolph y Nim tienen diez veces más valor que este demonio rugidor de la vieja comedia, al que cualquiera podría cortar las uñas con un puñal de madera, y los dos están ahorcados; y también lo estaría este, si se hubiera atrevido a robar algo con riesgo. Debo quedarme con los lacayos que cuidan el equipo de nuestro campamento. Los franceses podrían hacerse de un buen botín a costa

nuestra, si supieran dónde está, porque solo lo custodian unos muchachos.

Sale.

ESCENA V

*Entran el CONDESTABLE, los duques de ORLEANS
y BORBÓN, y lord Rambures.*

CONDESTABLE *O diable!*

ORLEANS *O Seigneur! Le jour est perdu, tout est perdu!*

BORBÓN *Mort de ma vie! ¡Está todo perdido, todo!*

El oprobio y la vergüenza eterna
se sientan burlones sobre nuestros penachos.

Breve ruido de armas.

O méchante fortune! (A RAMBURES.) No huyas.

ORLEANS Aún quedamos suficientes vivos en el campo
para sofocar a los ingleses en nuestra multitud,
si pudiera pensarse en algún orden.

BORBÓN Que el diablo haga orden. ¡Volvamos otra vez!

Y quien no siga a Borbón ahora,
que se vaya a casa y, sombrero en mano,
como un vulgar alcahuete guarde la puerta del cuarto
donde un esclavo tan ruin como mi perro
deshonra a su hija más hermosa.

CONDESTABLE

El desorden que ha sido nuestra ruina nos favorece ahora.
Vayamos a ofrendar nuestras vidas a montones.

BORBÓN Me mezclaré con la multitud.

Acortemos la vida, para que no se alargue la vergüenza.

Salen.

ESCENA VI

Trompetas.

*Entran el REY ENRIQUE y su séquito
con prisioneros.*

REY ENRIQUE Lo hicimos bien, tres veces valientes compatriotas. Pero no todo ha terminado; los franceses siguen dominando el campo.

EXETER El duque de York saluda a su majestad.

REY ENRIQUE ¿Vive, buen tío? En la última hora lo vi caer tres veces y tres veces volver a levantarse y luchar. Lo cubría la sangre, del casco hasta la espuela.

EXETER En ese atuendo está tendido el valiente, abonando la llanura. Y a su sangriento lado, camarada suyo en heridas honorables, yace también el noble conde de Suffolk. Suffolk murió primero, y York, todo tajeado, se acerca a él, donde yacía hundido en sangre, y lo toma de la barba, besa las heridas que le bostezan sangrientas en el rostro, y en voz alta grita: «Espera, querido primo Suffolk, mi alma acompañará a la tuya hasta el cielo. Espera, dulce alma, a la mía; después volemós juntos, como juntos mantuvimos nuestro don de caballeros en este campo glorioso y bien peleado». Al oír estas palabras me acerqué y quise animarlo. Me sonrió mirándome, me tendió la mano y con un débil apretón dijo: «Mi querido señor, recuerda el servicio que presté a mi soberano». Luego se volvió, y rodeó el cuello de Suffolk con el brazo herido, y le besó los labios, y así, casado con la muerte, selló con sangre un testamento de amor noblemente terminado. La forma hermosa y dulce en que lo hizo forzó en mí las aguas que habría contenido. Pero no me quedaba bastante de hombre, y todo lo que había en mí de madre me subió a los ojos y me entregó a las lágrimas.

REY ENRIQUE No te censuro, porque al oírte debo forzar a controlarse a mis ojos nublados, o también ellos se derramarán.

Clamor.

Pero oye, ¿qué es ese ruido de armas? Los franceses han reunido a sus hombres dispersos.

Cada soldado debe pues matar a sus prisioneros.

Los soldados matan a sus prisioneros.

Haz correr la orden.

PISTOLA *Coup' la gorge.*

Salen.

ESCENA VII

Entran los capitanes FLUELLEN y GOWER.

FLUELLEN ¡Matar a los muchachos y el equipo! Eso va expresamente contra las leyes de las armas. Es la más consumada rufianería, fíjese bien, que puede concebirse. Dígame a plena conciencia, ¿es así o no es así?

GOWER Es cierto que no queda un solo muchacho vivo. Y los que han hecho esta matanza son los granujas cobardes que huyeron del campo de batalla. Además, han quemado la tienda del rey y se han llevado todo lo que había; ante lo cual el rey muy justamente ha ordenado que cada soldado le corte la garganta a su prisionero. Este sí que es un rey valiente.

FLUELLEN Sí, nació en Monmouth. Capitán Gower, ¿cómo se llama la ciudad donde nació Alejandro el Gordo?

GOWER Alejandro el Grande.

FLUELLEN Caramba, por favor, ¿acaso decir gordo no es decir grande? El gordo o el grande o el poderoso o el enorme o el magnánimo son lo mismo, salvo que la frase queda un poco variada.

GOWER Creo que Alejandro el Grande nació en Macedonia. Su padre era Filipo de Macedonia, según tengo entendido.

FLUELLEN Creo que es en Macedonia donde nació Alejandro. Creo, capitán, que si se fija en los mapas del mundo le garanto que descubrirá, comparando a Macedonia con Monmouth, que las situaciones, si se fija bien, son muy parecidas. En Macedonia hay un río, y también hay un río en Monmouth. En Monmouth se llama Wye, pero queda fuera del alcance de mis sesos cómo se llama el otro río; de todos modos es lo mismo. Se parecen como mis dedos a mis dedos, y hay salmones en los dos. Si se fija bien en la vida de Alejandro, la vida de Harry de Monmouth la sigue indiferentemente bien. Porque hay parecidos en todas las cosas. Dios sabe, y usted también, que Alejandro, en sus rabietas y malos humores y disgustos y en

sus indignaciones, y también por tener un poco intoxicado el cerebro, en sus beberajes y furores, fíjese bien, mató a su mejor amigo, Clito...

GOWER En eso nuestro rey no se le parece. Él nunca mató a un amigo.

FLUELLEN No está bien, le hago notar, quitarme el cuento de la boca antes de haberlo acabado y liquidado. Hablo solo por parecidos y comparancias. Así como Alejandro mató a su amigo Clito, estando en beberaje y copas, así también Harry de Monmouth, estando en su sano juicio y bien razonante, echó al caballero gordo del jubón y la gran barriga: aquel de las bromas y burlas... he olvidado cómo se llamaba.

GOWER Sir John Falstaff.

FLUELLEN Ese mismo. Se lo digo: hay buenos hombres nacidos en Monmouth.

GOWER Ahí viene su majestad.

*Trompetas.
Entran el REY ENRIQUE y el ejército inglés
con el duque de Borbón, el duque de Orleans
y otros prisioneros. Fanfarria.*

REY ENRIQUE Desde que llegué a Francia no he sentido furia hasta este instante. Toma a un trompeta, heraldo: cabalga hasta aquellos jinetes de la colina. Si van a luchar con nosotros, ordénales que bajen o despejen el campo: ofenden nuestra vista. Si no hacen ninguna de ambas cosas, iremos a buscarlos y los haremos escurrirse tan rápido como piedras lanzadas por antiguas hondas asirias. Además les cortaremos la garganta a estos que tenemos, y ni un solo hombre de los que hemos atrapado saboreará nuestra clemencia. Ve a decírselo.

Entra MONTJOY.

EXETER Aquí viene el heraldo de los franceses, majestad.

GLOUCESTER Tiene una mirada más humilde que de costumbre.

REY ENRIQUE

¿Qué pasa, heraldo, qué significa esto? ¿Acaso no sabes que he comprometido mis huesos como rescate?
¿Vuelves otra vez a pedírmelo?

MONTJOY No, gran rey.

Vengo a ti a pedirte licencia piadosa

para que podamos recorrer este campo ensangrentado
para contar nuestros muertos y después enterrarlos,
y para separar a los nobles de los simples soldados:
porque muchos de nuestros príncipes, oh, desdicha,
están empapados y ahogados en sangre mercenaria.
Del mismo modo nuestros plebeyos
mojan sus aldeanos miembros en sangre de príncipes,
y nuestros corceles heridos patalean
hundidos hasta el pecho en sangre, y con loca rabia
sacuden los cascos herrados contra sus amos muertos,
matándolos dos veces. Ah, danos permiso, gran rey
para recorrer el campo seguros, y disponer
de sus cadáveres.

REY ENRIQUE Te digo francamente, heraldo,
que no sé si la victoria es nuestra o no,
porque aún muchos jinetes de los tuyos se asoman
y galopan por el campo.

MONTJOY La victoria es tuya.

REY ENRIQUE Alabado sea Dios por ello, y no nuestra fuerza.
¿Cómo se llama ese castillo que se alza aquí cerca?

MONTJOY Lo llaman Agincourt.

REY ENRIQUE Entonces llamaremos a esta la batalla de Agincourt, combatida el día
de San Crispín y San Crispiniano.

FLUELLEN Su abuelo de usted de famosa memoria, con licencia de su majestad, y su
bisabuelo Eduardo el Príncipe Negro de Gales, según leí en las crónicas,
libraron aquí en Francia una muy brava batalla.

REY ENRIQUE Lo hicieron, Fluellen.

FLUELLEN Su majestad dice mucha verdad. Si es que sus majestades lo recuerdan,
los galeses se portaron muy bien en un huerto donde crecían puerros, al
llevar puerros en sus sombreros de Monmouth; y según sabe su majestad, el
puerro hoy sigue siendo una honorable divisa de valor. Y creo que su
majestad no desdeñará llevar los puerros el día de San David.

REY ENRIQUE Lo llevo en recuerdo honorable; porque ya sabes que soy galés, buen
compatriota.

FLUELLEN Toda el agua del Wye no lavaría la sangre galesa del cuerpo de su
majestad, puedo asegurarlo. Dios la bendiga y la conserve, mientras le

plazca a su gracia y a su majestad también.

REY ENRIQUE Gracias, mi buen compatriota.

FLUELLEN Por Jesús, que soy compatriota de su majestad, no me importa quién lo sepa, lo confesaré al mundo entero. No necesito avergonzarme de su majestad, alabado sea Dios, mientras su majestad sea un hombre honesto.

REY ENRIQUE Dios quiera conservarme así.

Entra WILLIAMS con un guante en el gorro.

Que nuestros heraldos lo acompañen.
Tráiganme la cantidad exacta de muertos
de ambos bandos.

*Salen MONTJOY, GOWER
y un heraldo inglés.*

Llamen a aquel camarada.

EXETER (A WILLIAMS.) Soldado, tienes que venir a ver al rey.

REY ENRIQUE Soldado, ¿por qué llevas ese guante en el gorro?

WILLIAMS Si a su majestad no le disgusta, es de alguien con quien debería luchar, si es que está vivo.

REY ENRIQUE ¿Un inglés?

WILLIAMS Si a su majestad no le disgusta, es un bribón que peleó conmigo anoche: a quien, si está vivo, y se atreve a reconocer este guante, he jurado darle una bofetada en la oreja; y si diviso mi guante en el gorro de él (que él juró, como soldado que era, llevar si vivía) se lo quitaré directamente a golpes.

REY ENRIQUE ¿Qué piensa usted, capitán Fluellen? ¿Es adecuado que este soldado mantenga su juramento?

FLUELLEN Si no, es un cobarde y un villano además; lo digo a conciencia, si a su majestad no le disgusta.

REY ENRIQUE Puede ocurrir que su enemigo sea un caballero de alto rango, que esté libre de responder a lo convenido.

FLUELLEN Aunque sea de rango tan alto como el diablo, como el mismo Lucifer o Belcebú, es necesario, fíjese bien su alteza, que mantenga su juramento. Si perjurase, fíjese bien, su reputación sería como la del más grande granuja y villano que haya posado un zapato negro sobre el suelo de Dios y en su tierra, lo digo a conciencia.

REY ENRIQUE Entonces mantenga el juramento, amigo, cuando encuentre a ese hombre.

WILLIAMS Así lo haré, majestad, mientras viva.

REY ENRIQUE ¿A las órdenes de quién sirves?

WILLIAMS A las del capitán Gower, majestad.

FLUELLEN Gower es un buen capitán, y un buen conocedor y erudito en guerras.

REY ENRIQUE Dile que venga a verme, soldado.

WILLIAMS Lo haré, majestad.

Sale.

REY ENRIQUE Escuche, Fluellen, hágame este favor. (*Le da el otro guante de Williams.*) Lleve esta prenda por mí; póngasela en el gorro. Cuando Alençon y yo caímos juntos, recogí este guante de su yelmo. Si alguien lo reclama, es amigo de Alençon y enemigo de nuestra persona. Si encuentra a alguien así, deténgalo usted, si me tiene afecto.

FLUELLEN Su majestad me hace honores tan grandes como pueda desear el corazón de sus súbditos. Me gustaría ver al hombre de dos piernas que se sienta agraviado por este guante, eso es todo; pero me gustaría verlo una vez. Quiera Dios en su bondad que yo lo vea.

REY ENRIQUE ¿Conoce a Gower?

FLUELLEN Es un querido amigo mío, si a usted no le disgusta.

REY ENRIQUE Le ruego que vaya a buscarlo y lo traiga a mi tienda.

FLUELLEN Lo traeré.

Sale.

REY ENRIQUE Lord Warwick y hermano Gloucester,
sigan a Fluellen pisándole los talones.
El guante que le di como prenda
puede valerle un buen golpe en la oreja.
Es del soldado. Según el acuerdo, debiera
llevarlo yo mismo. Síguelo, buen primo Warwick.
Si el soldado lo golpea, ya que juzgo
por su aspecto que cumplirá su palabra,
puede producirse alguna desgracia violenta,
porque sé que Fluellen es bravo
y, tocado por la cólera, caliente como la pólvora,

y listo a devolver con rapidez una ofensa.
Síguelo, y cuida que no haya daño entre ellos.
Tú, tío Exeter, ven conmigo.

Salen.

ESCENA VIII

Entran el capitán GOWER y WILLIAMS.

WILLIAMS Le garanto que es para hacerlo caballero, capitán.

Entra el capitán FLUELLEN.

FLUELLEN Por la voluntad de Dios y su placer, capitán, le ruego que vaya enseguida a ver al rey. Tal vez saque usted más provecho que el que pueda soñar.

WILLIAMS Señor, ¿conoce este guante?

FLUELLEN ¿Conocer el guante? Sé que el guante es un guante.

WILLIAMS Yo lo conozco (*arrancando el guante del gorro de Fluellen*) y lo reclamo.

Golpea a FLUELLEN.

FLUELLEN ¡Sangre de Dios! Un rufián traidor donde los haya en el mundo universal, o en Francia, o en Inglaterra.

GOWER (*A WILLIAMS.*) ¿Cómo es eso, señor? ¡Villano!

WILLIAMS ¿Se cree que soy un perjuro?

FLUELLEN Apártese, capitán Gower. Pagaré a la traición con golpes, se lo garanto.

WILLIAMS No soy ningún traidor.

FLUELLEN Miente tu garganta. Te acuso en nombre de su majestad, préndanlo. Es amigo del duque de Alençon.

*Entran el conde de WARWICK
y el duque de Gloucester.*

WARWICK ¿Qué pasa, qué pasa, cuál es el problema?

FLUELLEN Lord Warwick, aquí tiene (alabado sea Dios por ello) una traición de lo más contagiosa tan expuesta a luz, fíjese bien, como podría uno desearlo en un día de verano.

Entran el REY ENRIQUE

y el duque de EXETER.

Aquí está su majestad.

REY ENRIQUE ¿Qué pasa, cuál es el problema?

FLUELLEN Majestad, aquí tenemos un villano y traidor que, fíjese su gracia, ha golpeado el guante que su majestad tomó del casco de Alençon.

WILLIAMS Majestad, ese guante era mío, aquí está su pareja, y el hombre a quien se lo di a cambio prometió llevarlo en su gorro. Yo le prometí golpearlo si lo hacía. Encontré a este hombre con mi guante en el gorro, y cumplí mi palabra.

FLUELLEN Su majestad oye ahora, con el respeto a la hombría de su majestad, qué bribón mendigante y atroz es este piojoso. Espero que su majestad me dé testimonio y atestigüe y pruebe que este es el guante de Alençon que su majestad me dio, en su conciencia ahora.

REY ENRIQUE

Dame el guante, soldado. Aquí está su compañero, mira.
Por cierto, fue a mí a quien prometiste golpear,
y me trataste con palabras muy duras.

FLUELLEN Si a su majestad no le disgusta, que el cuello de este responda, si es que existe ley marcial en el mundo.

REY ENRIQUE ¿Cómo puedes darme satisfacción?

WILLIAMS Señor, todas las ofensas salen del corazón. Del mío nunca ha salido ninguna que pudiera ofender a su majestad.

REY ENRIQUE Fue a nosotros que insultaste.

WILLIAMS Su majestad no se presentó como él mismo. Se me apareció como un hombre común. Lo prueban la noche, sus prendas, su humildad. Y lo que su alteza sufrió bajo esa forma, le ruego que lo considere como culpa vuestra, y no mía, porque si hubiera sido el que yo creí, no cometí ofensa. Por lo tanto le ruego a su alteza que me perdone.

REY ENRIQUE Acércate, tío Exeter, llena este guante de coronas
y dáselo a este hombre. Guárdalo, amigo,
y llévalo como signo de honor en tu gorro
hasta que yo lo reclame. Dale las coronas.
Y, capitán, debe usted hacer las paces con él.

FLUELLEN Por este día y esta luz que este tipo tiene ánimo suficiente en la tripa.
Toma, aquí tienes doce peniques para ti, y te ruego que sirvas a Dios, y te

mantengas lejos de riñas, de querellas, de peleas y de discusiones, y te aseguro que más te vale.

WILLIAMS No quiero saber nada de tu dinero.

FLUELLEN Es de buena voluntad, puedo asegurártelo, te servirá para remendarte los zapatos. Vamos, ¿por qué ser tan pedante? Llevas los zapatos rotos. Es un buen chelín, te lo garanto; si no, te lo cambio.

*Entra
un HERALDO inglés.*

REY ENRIQUE Y bien, heraldo, ¿se han contado los muertos?

HERALDO Aquí está la cantidad de franceses muertos.

REY ENRIQUE Tío, ¿que prisioneros notables hemos tomado?

EXETER Carlos, duque de Orleans, sobrino del rey;
Juan, duque de Borbón, y el señor de Boucicault;
más sus buenos mil quinientos señores y barones,
caballeros e hidalgos, sin contar los plebeyos.

REY ENRIQUE Esta lista me habla de diez mil franceses
muertos en el campo de batalla. De ese número
yacen allí ciento veintiséis príncipes
y nobles portaestandartes; hay que agregar
ocho mil cuatrocientos caballeros, escuderos
y valientes señores, quinientos de los cuales
fueron ungidos caballeros ayer mismo.
Así que en estos diez mil que han perdido
hay apenas mil seiscientos mercenarios:
el resto son príncipes, barones, señores, caballeros, escuderos
e hidalgos de buena sangre y estirpe.
Los nombres de sus nobles muertos son:
Charles Delabret, gran condestable de Francia;
Jacques Châtillon, almirante de Francia;
el jefe de los ballesteros, señor de Rambures;
el gran maestre de Francia, bravo señor Guiscard Dauphin;
Jean, duque de Alençon; Antonio, duque de Brabante,
hermano del duque de Borgoña; y Eduardo, duque de Bar.
Entre los valiente condes: Grandpré y Roussi,
Fauconbridge y Foix, Beaumont y Marle, Vaudemont y Lestrelles.
He aquí una asamblea real de muertos.
¿Dónde está la lista de nuestros muertos ingleses?

Le entregan otro papel.

Eduardo duque de York, el conde de Suffolk,
sir Ricardo Keighley y Davy Gam, escudero;
nadie más de nombre ilustre, y de todos los demás
solo veinticinco. Oh, Dios, Tu brazo estuvo aquí,
y no a nosotros, sino solo a Tu brazo
lo atribuimos todo. ¿Cuándo si no, sin estratagema,
choque frontal y en el juego limpio de la batalla,
se oyó hablar de pérdida tan grande y tan pequeña,
de un lado y del otro? Acepta la gloria, Dios,
porque no pertenece sino a Ti.

EXETER Es maravilloso.

REY ENRIQUE Vengan, marchemos en procesión a la aldea,
y que se proclame en nuestro ejército que hay pena de muerte
para quien se jacte de esto, o mezquine a Dios la alabanza
que solo a Él pertenece.

FLUELLEN ¿ No es justo, si a su majestad no le disgusta, decir cuántos
hombres murieron?

REY ENRIQUE Sí, capitán, pero con este reconocimiento:
que Dios ha combatido por nosotros.

FLUELLEN Sí, lo digo a conciencia; nos hizo un gran bien.

REY ENRIQUE Cumplamos todos los ritos sagrados:
que se canten el *Non nobis* y el *Te Deum*;
que entierren con piedad a los muertos;
y luego a Calais, y después a Inglaterra,
donde nunca llegaron de Francia hombres tan felices.

QUINTO ACTO

Entra el CORO.

CORO Que quienes no han leído la historia me permitan hacerles de apuntador; y a quienes sí lo han hecho les ruego humildemente que acepten la disculpa por el tiempo, los números, y el debido curso de las cosas, que no pueden presentarse aquí en su enorme y viviente realidad. Ahora llevamos el rey hacia Calais. Supongan que ya está allí; una vez que lo hayan visto, transpórtelo en sus alados pensamientos a través del mar. Miren: la playa inglesa bordea las olas con una empalizada de hombres, doncellas, esposas y niños, cuyos gritos y palmadas sofocan la profunda voz del mar, que como un heraldo precede al rey y le prepara el camino. Permítanle pues desembarcar y véanlo solemnemente instalado en Londres. Tan veloz marcha el pensamiento, que ahora mismo pueden imaginarlo ya en Blackheath, donde sus nobles quieren que delante de él se lleve su casco abollado y su espada doblada a través de la ciudad; él lo prohíbe, porque está libre de vanidad y del orgullo de la propia gloria; y entrega todo trofeo, todo honor y ostentación, no a sí mismo sino a Dios. Pero ahora observen en la forja vivaz y el taller del pensamiento cómo Londres vuelca sus ciudadanos. El alcalde y sus concejales, con su mejor atavío, como los senadores de la antigua Roma con los plebeyos siguiéndolos en enjambre, salen y buscan a su César conquistador para recibirlo. Así sería recibido el general de nuestra graciosa emperatriz, por dar un ejemplo semejante aunque menor y caro a nuestro corazón, si ahora (como puede ocurrir un día) regresara de Irlanda con la rebelión ensartada en su acero. ¡Cuántos abandonarían la ciudad pacífica para darle la bienvenida! Mucho más, y con mucho más motivo, hicieron aquellos por Harry. Ahora pónganlo en Londres:

donde la aún lamentable situación de los franceses invita al rey de Inglaterra a quedarse a gusto. El emperador viene a hablar en favor de Francia para establecer la paz entre ellos: omitan todos los hechos que puedan haber ocurrido hasta el regreso de Harry a Francia. Allí debemos llevarlo, y yo he representado el intermedio haciéndoles recordar que transcurrió. Perdonen pues este resumen, y que sus ojos vayan tras el pensamiento, pronto de regreso a Francia.

Sale.

ESCENA I

Entran el capitán GOWER y el capitán FLUELLEN, con un puerro en el gorro y un garrote.

GOWER No, es cierto. ¿Pero por qué llevas tu puerro hoy? El día de San David ya pasó.

FLUELLEN En todas las cosas hay ocasiones y causas del por qué y el para qué. Se lo diré, como amigo mío que es, capitán Gower. El bribón maldito, mendigo espantoso y fanfarrón de Pistola (que usted y usted mismo y todo el mundo saben que no vale más que un tipo, fíjese bien, que no vale nada) vino a verme ayer, y me trajo pan y sal, fíjese bien, y me dijo que me comiera el puerro. Fue en un lugar donde no podía pelearme con él, pero yo tendré la audacia de llevarlo en mi gorro hasta que vuelva a verlo de nuevo, y entonces le diré algo de lo que pienso.

Entra el alférez PISTOLA.

GOWER Bueno, ahí viene, hinchado como un pavo real.

FLUELLEN No me importan sus hinchazones ni sus pavos. Dios te bendiga, alférez Pistola: maldito bribón espantoso y fanfarrón, Dios te bendiga.

PISTOLA Eh, ¿estás chiflado? ¿Tienes sed, vulgar troyano, de verme doblar la fatal tela de la Parca? ¡Fuera! El olor a puerro me revuelve el estómago.

FLUELLEN Te ruego de todo corazón, maldito canalla espantoso, que por mi deseo y mi solicitud y mis peticiones, te comas, fíjate bien, este puerro. Porque, fíjate bien, no te gusta, y no le sienta bien a tus afectos y tus apetitos y tus digestiones, por eso quiero que te lo comas.

PISTOLA Ni por Caldwellader y todas sus cabras.

FLUELLEN Aquí tienes una cabra para ti. (*Golpea a PISTOLA.*) ¿Tendrás la bondad de comértelo, canalla espantoso?

PISTOLA Troyano vulgar, vas a morir.

FLUELLEN Lo que dices es muy cierto, canalla espantoso, cuando sea la voluntad de Dios. Mientras tanto quiero que tú vivas y te comas tus provisiones. Vamos, aquí tienes salsa para acompañarlas. (*Lo golpea.*) Ayer me llamaste «escudero montañés», pero hoy te voy a hacer «escudero de bajo rango». Te ruego que mastiques. Si puedes burlarte de un puerro, también puedes comer uno.

GOWER Basta, capitán, lo ha dejado aturdido.

FLUELLEN Por Jesús, o se come parte de mi puerro, o le golpearé la crisma por cuatro días y cuatro noches. Muerde, por favor. Es bueno para tu herida nueva y tu zapallo ensangrentado.

PISTOLA ¿Debo morder?

FLUELLEN Sí, por cierto, y sin duda y además sin preguntas ni ambigüedades.

PISTOLA Por este puerro, que me vengaré atrocemente... (*FLUELLEN lo amenaza.*) Como, y como... Pero juro...

FLUELLEN Come, te lo ruego. ¿Quieres un poco de salsa para tu puerro? No hay bastante puerro para jurar por él.

PISTOLA Deja el garrote en paz, como ves, estoy comiendo.

FLUELLEN Te sentará muy bien, canalla espantoso, te lo digo de corazón. No, te ruego que no tires nada. El pellejo es bueno para el zapallo roto. De hoy en adelante, cuando tengas ocasión de ver puerros, te ruego que te burles de ellos, eso es todo.

PISTOLA Bueno.

FLUELLEN Sí, el puerro es bueno. Toma, aquí tienes un ochavo para curarte el zapallo.

PISTOLA ¿Para mí, un ochavo?

FLUELLEN Sí, de verdad, y en serio que lo tienes que tomar, o deberás comerte otro puerro que llevo en el bolsillo.

PISTOLA Acepto tu ochavo ansioso de venganza.

FLUELLEN Si te debo algo, te lo pagaré en garrotazos. Serás traficante en madera, y

a mí no me comprarás más que garrotazos. Que Dios sea contigo, y te guarde, y te cure la cabeza.

Sale.

PISTOLA Por esto se agitará entero.

GOWER Vete, vete, eres un canalla cobarde y falso. ¿Te burlas de una tradición antigua, iniciada por un motivo honorable y llevada como un trofeo memorable del valor antiguo, y no te atreves a sostener con actos una sola de tus palabras? Dos o tres veces te he visto burlarte e irritar a este caballero. Creíste que como no hablaba el inglés con la fluidez nativa, no podría manejar un garrote inglés. Has descubierto que no es así. Por lo tanto deja que un correctivo galés te enseñe buenos modales ingleses. Que te vaya bien.

Sale.

PISTOLA ¿Ahora la Fortuna se hace la puta conmigo?

Tengo noticias de que mi Nora ha muerto
de mal francés en el hospital,
y que me han quitado mi lugar de refugio.
Me vuelvo viejo, y me arrancan el honor a garrotazos
de los miembros cansados. Bien, me haré alcahuete,
y un poco flaco para ser carterista de manos rápidas.
Me escabulliré a Inglaterra, y allí robaré escabullido,
y me pondré parches en estas heridas de garrotazos,
y juraré que me las hicieron en la guerra de las Galias.

Sale.

ESCENA II

Entran por una puerta el REY ENRIQUE, los duques de EXETER y Clarence, el conde de WARWICK y otros señores; por otra, el REY CARLOS VI de Francia, la REINA ISABEL, el duque de BORGONA y otros franceses, entre ellos la princesa CATHERINE y ALICE.

REY ENRIQUE

Paz para este encuentro, pues para la paz nos reunimos.
Salud y un muy buen día a nuestro hermano
y nuestra hermana de Francia. Alegría y buenos deseos
a nuestra muy bella y noble prima Catherine;
y como rama y miembro de esta realeza,
por quien se ha dispuesto esta gran reunión,

te saludamos, duque de Borgoña.

Y salud a todos ustedes, príncipes y nobles de Francia.

REY CARLOS Muy contentos estamos de contemplar tu rostro,
muy digno hermano de Inglaterra. Bienvenido seas,
como así también todos ustedes, príncipes ingleses.

REINA ISABEL Ojalá sea tan feliz el resultado, hermano de Inglaterra,
de este buen día y esta grata reunión,
como alegres estamos nosotros de contemplar tus ojos:
tus ojos que hasta ahora llevaban en ellos,
contra los franceses que se cruzaban en su mira,
las bolas fatales de los basiliscos asesinos.
Esperamos sinceramente que el veneno de tales miradas
haya perdido su calidad, y que este día
trueque todas las penas y disputas en amor.

REY ENRIQUE Para decir amén a eso, aquí aparecemos.

REINA ISABEL Los saludo, príncipes ingleses todos.

BORGOÑA Mis respetos para ambos, con igual afecto,
grandes reyes de Francia y de Inglaterra. He trabajado
con todo mi ingenio, mis esfuerzos y grandes energías,
para traer a sus majestades imperiales
a este tribunal y a esta entrevista real.
De eso pueden dar testimonio sus altezas de ambas partes.
Dado, entonces, que mi esfuerzo ha tenido éxito,
al punto de que se han reunido aquí
cara a cara y los ojos de uno en los del otro,
no me desautoricen si pregunto ante su real presencia
qué obstáculo o qué impedimento hay
para que la paz desnuda, pobre y mutilada, amada nodriza
de las artes, la abundancia y los alegres nacimientos,
pueda alzar su amable rostro en este jardín,
el mejor del mundo, nuestra fértil Francia.
Ay, hace demasiado tiempo ya que fue expulsada de Francia,
y todos nuestros cultivos yacen amontonados,
corrompiéndose en su propia fertilidad.
Las viñas, alegres consoladoras del corazón,
mueren sin ser podadas: los parejos setos
dejan escapar desordenadas ramas como prisioneros
que se han dejado crecer salvajemente el pelo;
en los campos en barbecho, arraigan la cizaña, la cicuta

y la fumaria tenaz, mientras se oxidan los arados
que debieran arrancar semejante salvajismo.
El prado llano, que antes producía dulcemente
la prímula pecosa, la pimpinela y el verde trébol,
al faltar la guadaña, sin ser corregido, ruinoso,
concibe por ocio, y no engendra otra cosa
que odiosas bardanas, cardos espinosos, y lampazos,
y pierde así tanta belleza como utilidad.
Y todas nuestras viñas, barbechos, prados y setos,
defectuosos en su naturaleza, vuelven a ser páramos.
También nuestras familias, nuestros hijos y nosotros mismos
hemos perdido, o no aprendemos por falta de tiempo,
las ciencias que convendrían a nuestro país;
en cambio crecemos como salvajes (como los soldados
que no meditan en otra cosa que la sangre):
entregados al insulto y las miradas torvas, la ropa
desordenada, y todo lo que no parezca natural.
Para devolvernos a nuestro primer estado
están ustedes reunidos aquí, y mi discurso ruega
que pueda yo saber por qué la paz amable
no puede expulsar estos inconvenientes
y bendecirnos con sus cualidades anteriores.

REY ENRIQUE Duque de Borgoña, si quieres la paz,
cuya falta alimenta las imperfecciones
que has citado, tienes que comprar esa paz
con pleno acuerdo a nuestras justas demandas,
cuyo protocolo y aspectos particulares
tienes anotados brevemente en tus manos.

BORGOÑA El rey las ha oído, y hasta este momento
no ha contestado.

REY ENRIQUE Bien; entonces la paz,
que antes reclamabas tan urgente, está en su respuesta.

REY CARLOS No he dado a los artículos
sino una mirada somera. Si su majestad lo quiere
puede designar enseguida a alguien de su Consejo
que vuelva a sentarse con nosotros, para revisarlos
con la mayor atención: muy pronto daremos
nuestro acuerdo y nuestra respuesta final.

REY ENRIQUE Así lo haremos, hermano. Vayan, tío Exeter

y hermano Clarence; y tú, hermano Gloucester;
Warwick y Huntingdon, vayan también con el rey,
y lleven consigo poderes plenos para ratificar,
aumentar o alterar, como vuestra sabiduría vea
más ventajoso para nuestra dignidad,
cuanto conste o falte en nuestras demandas,
y lo suscribiremos. Queridísima hermana,
¿quieres ir con los príncipes, o quedarte con nosotros?

REINA ISABEL Gracioso hermano nuestro, iré con ellos.
Tal vez una voz de mujer pueda hacer algún bien
si se obstinan demasiado en algunos puntos.

REY ENRIQUE Pero deja a la prima Catherine aquí con nosotros.
Es nuestra demanda principal; está comprendida
entre los primeros artículos.

REINA ISABEL Tiene permiso completo.

Salen todos menos el REY ENRIQUE, CATHERINE y ALICE.

REY ENRIQUE Bella y muy bella Catherine:
¿aceptas enseñar a un soldado los términos
que puedan entrar en los oídos de una dama
y defender la causa del amor ante su amable corazón?

CATHERINE Su majestad se burla de mí. No puedo hablar su inglés.

REY ENRIQUE Oh, bella Catherine, si me amaras desde lo hondo de tu corazón
francés, me alegraría oírtelo confesar en quebrada lengua inglesa. ¿Qué te
parezco, Kate?

CATHERINE *Pardonnez-moi*, no entiendo qué es «parezco».

REY ENRIQUE Pareces un ángel, Kate, y eres como un ángel.

CATHERINE *Que dit-il? que je sois semblable à les anges?*

ALICE *Oui, vraiment (sauf votre grâce) ainsi dit-il.*

REY ENRIQUE Eso dije, querida Catherine, y no debo ruborizarme de confirmarlo.

CATHERINE *O bon Dieu! Les langues des hommes sont pleines de tromperies.*

REY ENRIQUE ¿Qué dice, la hermosa? ¿Que las lenguas de los hombres están llenas
de engaños?

ALICE *Oui*, que las lenguas de los hombgues están llenas de engaños: eso dice la
pguincesa.

REY ENRIQUE La princesa es la mejor mujer inglesa. A fe, Kate, que mi cortejo se ajusta a tu comprensión. Me alegra que no hables un inglés mejor, porque, si pudieras, descubrirías en mí un rey tan sencillo que creerías que vendí mi granja para comprar mi corona. No sé hablar de amor con delicadezas, sino decir directamente «Te amo». Y si entonces me apuras diciéndome «¿De veras?», me doy por vencido. Dame tu respuesta sincera y estrechémonos las manos y trato hecho. ¿Qué dices, señora?

CATHERINE *Sauf votre honneur*, yo entender bien.

REY ENRIQUE Pardiez, si me pusieras a hacer versos o a bailar por ti, Kate, bueno, me destruirías. Para lo primero me faltan las palabras y la medida; y para lo otro no soy fuerte en la medida... aunque tengo una medida razonable de fuerza. Si pudiera ganar a una dama haciendo salto de rana, o saltando sobre mi montura con la armadura en la espalda, lo digo con perdón de la jactancia, con seguiría pronto una esposa. O si tuviera que acuchillar por mi amor, o hacer caracolear mi caballo por sus favores, golpearía como un carnicero y cabalgaría firme como un mono, sin caerme. Pero por Dios, Kate, no puedo poner cara de carnero degollado, ni jadear de elocuencia, ni soy astuto para el quejido: solo para los juramentos lisos y llanos, que lanzo cuando me provocan, y que nunca rompo porque me hayan provocado. Si puedes amar a alguien así, Kate, con una cara que no vale la pena que el sol la tueste, que nunca se mira en el espejo por amor a lo que ve, entonces que el ojo sea tu cocinero. Te hablo con franqueza de soldado: si puedes amarme por esto, tómame. Si no, decirte que me moriré es cierto: pero no por tu amor, por Dios que no. Sin embargo te amo, es cierto. Y mientras vivas, querida Kate, elige a un tipo de constancia simple e intocada, como el mineral sin acuñar, que por fuerza te será fiel porque no tiene el don para ir a cortejar a otros lugares. Porque esos tipos de lengua infinita, capaces de ganar a fuerza de rimas los favores de las damas, siempre vuelven a salir de ellos razonando. ¡Caray! El que habla es solo un charlatán; una poesía no es más que una balada; la buena pierna se caerá, la espalda recta ha de doblarse, la barba negra encanecerá, la cabeza rizada quedará calva, el rostro bello se arrugará, los ojos plenos acabarán ahuecándose, pero un buen corazón, Kate, es el sol y la luna... O más bien el sol y no la luna, porque brilla sin cambiar y se mantiene invariable su curso. Si quieres a un hombre así, tómame; y cuando me tomes, tomarás a un soldado, tomarás a un rey. ¿Qué respondes entonces a mi amor? Habla, bella mía; y bellamente, te lo ruego.

CATHERINE ¿Es posible que vaya a amag al *ennemi* de Fgancia?

REY ENRIQUE No, no es posible que ames a un enemigo de Francia, Kate. Pero al

amarme a mí, amarías a un amigo, porque amo tanto a Francia que no quiero separarme de ni una sola de sus aldeas, quiero que sea toda mía; y Kate, si Francia es mía, y yo soy tuyo, entonces tuya es Francia, y tú eres mía.

CATHERINE Eso no lo compiendo.

REY ENRIQUE ¿No, Kate? Te lo diré en francés, que estoy seguro se me pegará a la lengua como una recién casada al cuello de su esposo, sin que pueda ser desprendida. *Je quand suis le possesseur de France, et quand vous avez la possession de moi...* déjame ver, ¿entonces qué? ¡Que san Dionisio me asista!... *donc vôtre est France, y vous êtes mienne*. Para mí es más fácil, Kate, conquistar el reino que hablar mejor francés. En francés nunca podré conmoverte, salvo para que te rías de mí.

CATHERINE *Sauf votre honneur, le français que vous parlez, il est meilleur que l'anglais lequel je parle.*

REY ENRIQUE No, a fe mía que no, Kate. Diría que tu modo de hablar mi lengua, y mi modo de hablar la tuya, con su sincera defectuosidad, corren parejos. Pero Kate, ¿entiendes todo esto en inglés? ¿Puedes amarme?

CATHERINE No puedo decirlo.

REY ENRIQUE ¿Puede decirlo alguno de los que te rodean, Kate? Se lo preguntaré. Vamos, sé que me amas, y por la noche cuando te vayas a tu alcoba, le preguntarás a esta doncella sobre mí, y sé, Kate, que denigrarás aquello de mí que amas con el corazón. Pero, buena Kate, búrlate de mí con piedad, gentil princesa, porque te quiero cruelmente. Si alguna vez llegas a ser mía, Kate (como una fe salvadora me asegura que serás), te tomaré por asalto, y por lo tanto necesitas probar que eres buena engendradora de soldados. ¿No podríamos tú y yo, entre San Dionisio y San Jorge, componer un muchacho, medio francés y medio inglés, que vaya a Constantinopla a tirarle de la barba al turco? ¿No podríamos hacerlo? ¿Qué me dices, mi bella flor de lis?

CATHERINE Eso no lo sé.

REY ENRIQUE No; eso es para saberlo después, pero ahora promételo. Promete, Kate, que por tu parte francesa te empeñarás en ese niño; y en cuanto la mitad inglesa te doy mi palabra de rey y de soltero. ¿Qué contestas, *la plus belle Catherine du monde, mon très chère et divine déesse*?

CATHERINE Su majestad tiene un francés *fausse* suficiente para engañar a la *demoiselle* más sensata que haya en France.

REY ENRIQUE ¡Fuera mi francés falso! Por mi honor, en auténtico inglés, te amo, Kate. Por ese mismo honor no me atrevo a jurar que me amas, aunque mi sangre empieza a halagarme diciéndome que sí, a pesar del pobre y nada tentador efecto de mi rostro. ¡Maldita sea ahora la ambición de mi padre! Cuando me tuvo pensaba en guerras civiles: por eso fui creado con un exterior rudo, con un aspecto de hierro, y cuando cortejo a las damas las asusto. Pero a fe mía, Kate, que cuanto más viejo me vuelva mejor pareceré. Mi consuelo es que la vejez, esa malvada arruinadora de la belleza, ya no puede arruinarme la cara. Me tienes, si es que me tienes, en mi peor momento, y con el uso, si es que me usas, me pondré cada vez mejor: y por lo tanto dime, mi muy bella Catherine, ¿vas a quererme? Deja de lado tus rubores de virgen, confiesa los pensamientos de tu corazón con un gesto de emperatriz, tómame de la mano y di: «Harry de Inglaterra, soy tuya»; que en cuanto esas palabras bendigan mis oídos, te diré en voz alta, «Inglaterra es tuya, Irlanda es tuya, Francia es tuya, y tuyo es Enrique Plantagenet»; quien, aunque hable yo ante él, si bien no es buen par del mejor rey, descubrirás que es el mejor rey de los buenos pares. Vamos, responde con música vacilante: porque tu voz es música y tu inglés vacila. Por lo tanto, reina de todo, Catherine, abre tu alma en vacilante inglés: ¿me quieres?

CATHERINE Segá como le plazca al *roi mon père*.

REY ENRIQUE

Pues, le parecerá muy bien, Kate. Le parecerá bien, Kate.

CATHERINE Entonces me dejagá contenta a mí también.

REY ENRIQUE A lo cual, te beso la mano, y te llamo mi reina.

CATHERINE *Laissez, mon seigneur, laissez, laissez! Ma foi, je ne veux point que vous abaissez votre grandeur en baisant la main d'une de votre seigneurie indigne serviteur. Excusez-moi, je vous supplie, mon treis-puissant seigneur.*

REY ENRIQUE Entonces te besaré los labios, Kate.

CATHERINE *Les dames et demoiselles pour être baisées devant leurs noces, il n'est pas la coutume de France.*

REY ENRIQUE (A ALICE.) Señora intérprete, ¿qué dice?

ALICE Que no es la *façon pour* las damas de Francia... no sé cómo se dice *baiser* en inglés.

REY ENRIQUE Besar.

ALICE Su majestad entender mejor que *moi*.

REY ENRIQUE ¿Quiere decir que no es costumbre de las damas de Francia besar antes de casarse?

ALICE *Oui, vraiment.*

REY ENRIQUE Oh, Kate, las costumbres remilgadas se inclinan ante los grandes reyes. Querida Kate, tú y yo no podemos dejarnos confinar por los límites de la moda de un país. Somos los que hacemos las costumbres, Kate, y la libertad propia de nuestro rango tapa la boca de los que buscan faltas, como haré yo con la tuya, por mantener la moda remilgada de tu país y negarme un beso. Sé, pues, paciente y ríndete. (*La besa.*) Hay brujería en tus labios, Kate. Hay más elocuencia en un toque azucarado de tus labios que en las lenguas del Consejo de Francia, y ellos persuadirán a Harry de Inglaterra más rápido que una petición conjunta de monarcas. Aquí viene tu padre.

*Entran el REY CARLOS, la REINA ISABEL,
el duque de BORGONA y los nobles franceses e ingleses.*

BORGONA Dios salve a su majestad. Mi real primo, ¿le enseñan inglés a nuestra princesa?

REY ENRIQUE Quería enseñarle, mi apuesto primo, cuán perfectamente la amo, y eso es buen inglés.

BORGONA ¿No es aplicada?

REY ENRIQUE Nuestra lengua es áspera, primo, y mi carácter nada suave; y no teniendo voz ni corazón de adulator no puedo conjurar en ella el espíritu del amor para que aparezca en sus rasgos verdaderos.

BORGONA Perdona la franqueza de mi alegría, si te respondo yo. Si quieres conjurar en ella, debes trazar un círculo: si conjuras en ella el amor en su auténtica imagen, debe presentarse desnudo y ciego. ¿Puedes culparla entonces, siendo una doncella que aún se ruboriza con el carmesí virginal del pudor, si niega la aparición de un desnudo muchacho ciego en su ser desnudo y evidente? Señor mío, sería una condición muy dura de imponer a una doncella.

REY ENRIQUE Sin embargo ellas cierran los ojos y ceden, porque el amor es ciego y obliga.

BORGONA Entonces están disculpadas, señor mío, porque no ven lo que hacen.

REY ENRIQUE Entonces, mi buen señor, enseña a tu prima que acepte cerrar los ojos.

BORGONA Cerraré los ojos para que consienta, señor mío, si tú le enseñas que

entienda lo que quiero decir. Porque las doncellas, cuando están bien alimentadas y cálidas en verano, son como las moscas en San Bartolomé: ciegas, aunque tengan ojos. Y entonces soportan que las manoseen, mientras que antes no se dejarían ni mirar.

REY ENRIQUE Esta moraleja me ata al tiempo y a un verano ardiente, y así al fin atraparé a la mosca, tu prima, y también ella tendrá que estar ciega.

BORGOÑA Como lo está el amor, señor mío, antes de amar.

REY ENRIQUE Así es. Y tal vez algunos de ustedes deban agradecer al amor por mi ceguera, que no puede ver más de una hermosa ciudad francesa porque una hermosa doncella francesa se cruza en mi camino.

REY CARLOS Sí, señor mío, las ve usted en perspectiva: las ciudades se han vuelto una sola doncella, porque están todas protegidas por murallas doncellas que la guerra no ha penetrado nunca.

REY ENRIQUE ¿Será mi esposa Kate?

REY CARLOS Si así os place.

REY ENRIQUE Me siento feliz, siempre que las ciudades de las que usted habla puedan acompañarla: así la doncella que se cruzaba en el camino de mi deseo le enseñará el camino a mi voluntad.

REY CARLOS Hemos consentido en todos los términos razonables.

REY ENRIQUE ¿Es así, mis nobles de Inglaterra?

WARWICK El rey ha suscrito todos los artículos: primero su hija y después todo lo demás, según la propuesta en firme.

EXETER Solo no ha suscrito aún esto: allí donde su majestad exige que el rey de Francia, en la primera ocasión que tenga de escribir en lo concerniente a cesiones, nombre a su alteza de esta forma y con estos agregados: (*Lee.*) en francés, *Notre très cher fils Henri, Roi d'Angleterre, Héritier de France*; y en latín, *Praeclarissimus filius noster Henricus, Rex Angliae et Haeres Franciae*.

REY CARLOS Tampoco esto lo he negado, hermano; a pedido tuyo lo concederé.

REY ENRIQUE

Te ruego entonces, en nombre del amor y la alianza cordial, que dejes que ese artículo se alinee con el resto, y con ello me des a tu hija.

REY CARLOS Tómalala, hijo arrogante, y de su sangre engéndrame descendencia, para que los reinos enfrentados de Francia e Inglaterra, cuyas mismas costas palidecen de envidia por la felicidad del otro, cesen en su odio; para que esta afectuosa unión implante en sus dulces corazones la buena vecindad y la concordia cristiana, y la guerra nunca vuelva a alzar su ensangrentada espada entre Inglaterra y la bella Francia.

TODOS ¡Amén!

REY ENRIQUE Ahora bienvenida, Kate, y que todos sean mis testigos de que la beso como mi reina soberana.

Trompetas.

REINA ISABEL Dios, el mejor hacedor de matrimonios, funda sus corazones en uno, sus dominios en uno, así como marido y mujer, siendo dos, son uno en el amor, para que haya entre ambos reinos tal desposorio que nunca puedan el mal ánimo o los celos feroces que turban el lecho del matrimonio bendito, interponerse entre los acuerdos de estos reinos y provocar el divorcio de su íntima alianza; que los ingleses reciban a los franceses como ingleses y los franceses a los ingleses como si franceses fueran, y que a esto Dios diga «Amén».

TODOS ¡Amén!

REY ENRIQUE Preparémonos para nuestro matrimonio. En cuyo día, señor de Borgoña, para seguridad de nuestras alianzas, tomaremos juramento a ti y a todos los nobles. Entonces yo juraré ante Catherine, y tú ante mí, y ojalá nuestros juramentos sean bien guardados y prósperos.

*Marcha solemne.
Salen.*

EPÍLOGO

Entra el CORO.

CORO Con pluma tosca e incapaz, inclinada la espalda,
nuestro autor ha traído la historia hasta aquí,
confinando en poco espacio a hombres poderosos,
y mutilando con sobresaltos el curso pleno de su gloria.
Poco tiempo, pero en ese poco vivió grandiosamente
esta estrella de Inglaterra. La Fortuna forjó su espada,
con la que consiguió el mejor jardín del mundo,
y dejó como señor imperial de él a su hijo.
Enrique VI, coronado en pañales rey de Francia
e Inglaterra, sucesor de este monarca.
Bajo su reinado los gobernantes fueron tantos
que perdieron Francia e hicieron sangrar a Inglaterra,
espectáculo que nuestro escenario ha mostrado a menudo.
Si no por otra cosa, en recuerdo de ello,
acepten lo aquí mostrado en sus espíritus benévolos.

Sale.



ENRIQUE VIII

*versión de
Carlos Gamarro*

Aunque nada se dice de ello en el Primer Folio de 1623, la crítica moderna ha dictaminado que Shakespeare escribió esta obra —el único drama histórico de su producción jacobina— en colaboración con John Fletcher, un dramaturgo más joven. Fue escrita y estrenada en 1613. Durante una de sus primeras representaciones, el 29 de junio de 1613, un cañonazo en escena provocó el incendio del teatro Globe. El único texto conservado es el que se imprimió en el Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

PRÓLOGO

REY Enrique VIII

Duque de BUCKINGHAM

Duque de NORFOLK

Duque de SUFFOLK

Conde de SURREY

Lord ABERGAVENNY

Lord SANDS (sir Walter Sands)

LORD CHAMBELÁN

LORD CANCELLER

Sir Henry GUILFORD

Sir Thomas LOVELL

Sir Nicholas VAUX

Sir Anthony DENNY

Cardenal WOLSEY

Thomas CROMWELL, al servicio de Wolsey, luego al del rey

SECRETARIO de Wolsey

SIRVIENTE de Wolsey

Cardenal CAMPEGIO

GARDINER, secretario del rey, luego obispo de Winchester

Paje de Gardiner

Obispo de LINCOLN

Thomas CRANMER, arzobispo de Canterbury

BRANDON

OFICIAL de orden

INTENDENTE del duque de Buckingham

Tres CABALLEROS

ESCRIBIENTE

PREGONERO

MENSAJERO para la reina Catalina

GUARDIA del recinto del Consejo

Doctor BUTTS

PORTERO

CRIADO del portero

SIRVIENTE

Heraldo mayor de la jarretera

REINA Catalina, esposa del rey Enrique, luego divorciada

GRIFFITH, gentilhomme ujier de la reina Catalina

PACIENCIA, criada de la reina Catalina

Dama que asiste a la reina Catalina

CABALLERO que asiste a la reina Catalina

Lord CAPUCIO, embajador del emperador Carlos V

ANA Bolena

ANCIANA DAMA, amiga de ana Bolena

EPÍLOGO

Lores, señoras, caballeros; obispos, sacerdotes, maceros; jueces, alcalde mayor de Londres, corregidores, ciudadanos; guardias, alguaciles de vara, alabarderos; escribientes, secretarios; asistentes, perseverantes, pajes, miembros del coro, músicos, bailarines que aparecen como espíritus ante la reina Catalina

PRÓLOGO

Entra
el PRÓLOGO.

PRÓLOGO No he venido a haceros reír. Presentamos ahora
escenas de gran nobleza, tales que el ojo llora,
pues son de carácter triste, elevado y conmovedor,
de aspecto serio y grave, tan llenas de pompa y dolor,
que aquellos capaces de piedad pueden dejar caer
aquí su lágrima; el tema la habrá de merecer.
Los que su dinero entregan con la esperanza
de toparse con algo que puedan creer, sin mudanza
hallarán aquí la verdad. A quienes han venido a ver
ricos espectáculos, la obra va a complacer,
y si ponen atención, y buena voluntad,
pueden dejar su chelín en libertad,
y ganar la riqueza de estas dos horas breves.
Solo aquel que espera soeces burlas leves
en boca de un bufón multicolor, tocado
con guardas amarillas, se irá decepcionado.
Pues, amables oyentes, si vais a confundir
nuestra verdad selecta con una vil función
de gresca y payasada, eso quiere decir
que nos falta seso, y honor a la reputación
de veracidad que nos acompaña, y que perderemos amigos
entre los aquí presentes, que son de lo más entendido.
Por eso, sed indulgentes, y así como sois, señores,
los más felices y principales espectadores,
poneos serios ahora, que así os queremos ver.
Los personajes de esta historia, con todo su poder
tal como eran en vida imaginadlos, rodeados
del fervor y del sudor de sus amigos y aliados.
Y luego, en un instante, ved con qué presteza
en infortunio se trueca la grandeza.
Si os dura entonces la alegría, dirá la gente toda,
que puede llorar un hombre en el día de su boda.

PRIMER ACTO

ESCENA I

*Entran el duque de NORFOLK por una puerta; por la otra,
el duque de BUCKINGHAM y lord ABERGAVENNY.*

BUCKINGHAM Buenos días, qué gusto veros. ¿Cómo habéis estado desde nuestro encuentro en Francia?

NORFOLK El gusto, vuestra merced, es mío. Bien de salud, y desde entonces, admirado de lo que he visto allí.

BUCKINGHAM Una fiebre inoportuna me mantuvo prisionero en mi cuarto mientras esos dos soles de la gloria, esas luces hechas hombre, se encontraban en el valle de Andrés.

NORFOLK Fue entre Guynes y Andrés. Yo estaba presente, los vi saludarse a caballo, y luego desmontar. Cuando se abrazaron fue como si hubieran crecido enlazados, y, de ser así, ¿qué cuatro reyes darían el peso de uno compuesto por estos dos?

BUCKINGHAM Y allí estaba yo, preso en mi cuarto.

NORFOLK Y así fue que os perdisteis un vislumbre de gloria terrena; pues hasta ese día podemos decir que la pompa vivía soltera, y hoy, casada, se multiplica por dos. Cada día daba su lección al anterior, y el final resumió las maravillas de todos. Un día los franceses, como dioses paganos, llegaban escamados de oro, opacando a los ingleses; al otro Inglaterra se volvía la India, y cada inglés parecía una mina. Los pequeños pajes, todos dorados, eran como querubines; y las altas damas, que por poco sudaban bajo el peso de su pompa, llevaban el rostro pintado por el esfuerzo. Si a una función se llamaba incomparable, la noche siguiente

la deslucía y humillaba. Ambos reyes brillaban por igual, mas siempre parecía mayor el brillo del presente; cuando aparecían juntos el ojo no podía distinguirlos, y el espectador, si se le pedía que eligiera entre los dos, no lograba abrir la boca. Cuando los heraldos de estos dos soles (así todos los llaman) convocaron a los valientes a la justa, estos, con proezas que exceden los límites de la imaginación, volvieron creíble la historia de las hazañas de Bevis, mostrando que eran posibles.

BUCKINGHAM ¡Vaya, exageráis!

NORFOLK Por mi honor y mi apego a la verdad, menos vida da a lo que cuento la boca del hablador, que aquella con la que hablaban los mismos hechos. De todo emanaba realeza, y cumplieron su función los oficiales; nada hubo que atentara contra el orden y el despliegue de la fiesta: todo en su lugar y bien visible.

BUCKINGHAM ¿Y quién, puede saberse, puso en marcha, y juntó el cuerpo y los miembros de tan gallardo espectáculo?

NORFOLK Uno que no supondrías demasiado versado en tales cuestiones.

BUCKINGHAM ¿A quién os referís, milord?

NORFOLK Todo esto estuvo a cargo del muy discreto y reverendísimo cardenal de York.

BUCKINGHAM Vaya con el diablo, ningún pastel está a salvo de su ambicioso dedo. ¿Qué tenía que hacer él en festejos tan desaforados? Me asombra que esa bola de sebo pueda interponer su bulto entre la tierra y el benéfico sol, y absorber todos sus rayos.

NORFOLK Por cierto señor, algo tiene que lo lleva por ese camino, pues carece de un linaje en que apoyarse, y de la senda que este traza al heredero; ni lo ensalzan hazañas en favor de la corona,

ni es familiar de ministro eminente.
Más bien, como la araña, que teje su propia tela,
por propio mérito se abre paso, y nos hace saber
que es por este don del cielo que se ha ganado
su lugar junto al rey.

ABERGAVENNY No sé decir qué fue
lo que obtuvo del cielo: que ojo más experto
se ocupe de escudriñarlo; pero ese orgullo
que su persona desborda, ¿de dónde lo sacó?
Si no es del infierno, el diablo es un tacaño.
O ya lo ha dado todo; y este hombre, sin su ayuda
inaugura un nuevo infierno.

BUCKINGHAM ¿Y quién diablos le dio el derecho
de elegir, sin consultar al rey, a quienes
debían acompañarlo en este viaje a Francia?
Viene y redacta una lista de gentileshombres
a quienes a cambio de gravosas contribuciones
hará pequeñas mercedes; y pasando por encima
del honorable Consejo, una mera carta suya
señala y obliga, a quien la recibe, a ponerse
a su disposición.

ABERGAVENNY Al menos tres de mi sangre
a causa de ello se han visto obligados a mutilar
su patrimonio, tanto, que ya nunca volverán
a ser los mismos de antes.

BUCKINGHAM Muchos se han quebrado
las espaldas, cargando con sus señoríos
en este viaje grandioso. ¿Y para qué sirvió
todo ese despilfarro, sino para engendrar
tan pobre progenie?

NORFOLK Muy a mi pesar concuerdo
con vos. La paz alcanzada con Francia no vale
el precio que pagamos por ella.

BUCKINGHAM Lo supieron todos
después de la horrible tormenta que la coronó.
Sin consultarse entre sí, entendieron la general profecía:
que la tempestad, al desgarrar los ropajes
de aquella paz, presagiaba su pronta ruptura.

NORFOLK Y el presagio se cumplió, pues Francia ha roto la alianza y ha incautado los bienes de nuestros mercaderes en Burdeos.

ABERGAVENNY ¿Fue por eso que se ha llamado a silencio a nuestro embajador?

NORFOLK Así es.

ABERGAVENNY ¡Linda paz la que conseguimos, y pagada a precio tan excesivo!

BUCKINGHAM Estos son los logros de nuestro reverendo cardenal.

NORFOLK Si vuestra merced me permite, vuestras disputas privadas con el cardenal son ya cuestión de Estado. Me atrevo a aconsejaros (y tened en cuenta que de todo corazón deseo que vos y vuestro honor estén a salvo) que no olvidéis que la malicia y el poder del cardenal van siempre de la mano. Tened en cuenta además que su odio, avivado, nunca ha carecido de instrumentos para actuar. Conocéis su naturaleza: es vengativo, y sé que el filo de su espada corta más que bien; es muy larga, y puede decirse que llega lejos, y donde ella no alcanza, allí la arroja. Guardad en secreto este consejo en vuestro pecho; os servirá. Y mirad si no se acerca la roca que os he aconsejado evitar.

Entra el cardenal WOLSEY, precedido por la bolsa del tesoro, lo siguen algunos guardias y dos secretarios con documentos. Al pasar, el cardenal WOLSEY clava los ojos en Buckingham, y BUCKINGHAM en él, ambos llenos de desprecio.

WOLSEY Conque el intendente del duque de Buckingham. ¿Cuál es su testimonio?

SECRETARIO Con su permiso, es este.

WOLSEY ¿Está listo para comparecer?

SECRETARIO Sí, eminencia.

WOLSEY Bien. Con esto tendremos lo necesario para bajarle a Buckingham su altanera mirada.

BUCKINGHAM Está rabioso el cuzco del carnicero, y mi poder no alcanza a ponerle un bozal. Será mejor entonces no despertarlo de su sueño. El libro de un mendigo vale más que la sangre de un noble.

NORFOLK ¿Estáis furioso acaso?
Pedid a Dios templanza; es todo el remedio que requiere vuestro mal.

BUCKINGHAM Su mirada me mostró que algo trama en mi contra; su ojo hizo de mí su abyecto objeto. Ahora mismo me la está haciendo. Ha ido a ver al rey. Lo seguiré, y enfrentándolo, lo obligaré a bajar los ojos al suelo.

NORFOLK Señor,
quedaos, dejad que vuestra cólera y vuestra razón discurren sobre vuestro propósito. Para subir un cerro empinado hay que empezar despacio. El enfado es como un caballo brioso, si le dan rienda suelta su propio ardor lo agota. No hay hombre en Inglaterra que pueda aconsejarme como vos: sed con vos como seríais con vuestro amigo.

BUCKINGHAM Iré con el rey
y la boca del honor acallará de una vez la insolencia de este fulano de Ipswich, o proclamará que ya no hay diferencias y somos todos iguales.

NORFOLK Cuidado: no calentéis el horno para el enemigo tanto que termine quemándoos. Por ser demasiado veloces podemos seguir de largo a lo que buscamos, y perderlo por correr de más. ¿Acaso no sabéis que el fuego, al hinchar el líquido y hacer que se vuelque, en realidad lo disminuye? Tened cuidado, os vuelvo a decir que en toda Inglaterra ningún alma salvo la vuestra tiene fuerza para dirigiros, si solo dejáis que la savia de la razón apague o al menos modere el fuego de vuestra pasión.

BUCKINGHAM Señor,
os agradezco, y seguiré al pie de la letra vuestra receta. Pero voy a deciros algo

de este arrogante sujeto, a quien no acuso por rencor, sino por motivos sinceros, con hechos y pruebas tan claras como las fuentes de julio cuando vemos cada piedrita del fondo; os digo que es corrupto y traidor.

NORFOLK No digáis traidor.

BUCKINGHAM Se lo diré al rey, y mi alegato será inquebrantable como una costa rocosa. Escuchad: este zorro beato o lobo, o ambos a la vez (pues es tan voraz como sutil, y tiene tantas ganas de hacer daño como habilidad para causarlos) deja que su inclinación y su propósito se infecten uno al otro e induce a su majestad a tan costoso tratado solo para exhibir sus pompas en Francia, como lo hace aquí. Y todo a cambio de una entrevista que, tras costarnos una fortuna, como una copa de cristal se quebró al enjuagarla.

NORFOLK Así fue, sin duda.

BUCKINGHAM Dejádme seguir. El astuto cardenal redactó a su gusto los términos del tratado. Y cada vez que él exclamaba «¡Que así sea!», así eran ratificados, con lo que luego nos fueron de tanto provecho como una muleta a un muerto. Ah, pero eso sí, lo ha hecho nuestro conde cardenal, y el gran Wolsey nunca se equivoca. Y después (decidme si esto no es el cachorro de la vieja perra traición) nos cae de visita Carlos el emperador, bajo pretexto de visitar a la reina, su tía. Esa fue su excusa, cuando en verdad vino a cuchichear con Wolsey, temiendo que la amistad de Francia e Inglaterra, producto de la reciente entrevista, fuera a perjudicarlo. La alianza dejaba entrever peligros que lo amenazaban. De ahí que entra en tratativas secretas con nuestro cardenal, y según creo (y creo bien, pues estoy seguro de que el emperador pagó antes de prometer, por lo que su petición fue concedida antes de hacerse) cuando hubo allanado el camino, y lo hubo empedrado en oro, al emperador no se le ocurrió nada mejor

que pedirle que hiciera cambiar al rey de idea,
y rompiera el tratado de paz. El rey debe saber, y seré
yo quien se lo diga, de qué manera su honor
se compra y se vende a gusto y provecho del cardenal.

NORFOLK Me appena oír que se diga de él todo esto.
Ojalá en parte fuera errado.

BUCKINGHAM Ni una sílaba.
Las pruebas lo mostrarán tal cual lo pinto.

*Entra BRANDON, precedido por un OFICIAL de orden,
y dos o tres guardias.*

BRANDON Oficial, cumplid con vuestro deber.

OFICIAL Señor, milord
duque de Buckingham, conde de Hereford,
Stafford y Northampton, en nombre de nuestro soberano el rey
os arresto bajo el cargo de alta traición.

BUCKINGHAM ¡Mirad, milord, cómo la red ha caído sobre mí!
Intrigas y ardidés acabarán conmigo.

BRANDON Me duele veros perder la libertad,
y me appena tener que tomar parte en el asunto.
Por voluntad del rey seréis llevado a la Torre.

BUCKINGHAM
De nada me servirá proclamar mi inocencia, la mancha
más negra ha caído sobre mí, tiñendo
hasta mi parte más blanca. ¡Hágase la voluntad
del cielo, en esto como en todo! Obedezco.
¡Adiós, milord Abergavenny, que os vaya bien!

BRANDON No, no. Os hará compañía. (A ABERGAVENNY.)
Por voluntad del rey
y en espera de su ulterior decisión, vos también
iréis a la Torre.

ABERGAVENNY Entonces, como bien dijo el duque,
que se haga la voluntad del cielo, y la del rey
sea por mí obedecida.

BRANDON Tengo una orden del rey
para apresar a lord Montague; al confesor
del duque, John de la Car, y a un tal Gilbert Perk,

su secretario.

BUCKINGHAM Con que esas tenemos. Parece que están todos los miembros de la conjura. No seremos más, espero.

BRANDON Un fraile de la Cartuja.

BUCKINGHAM ¿Quién? ¿Nicholas Hopkins?

BRANDON El mismo.

BUCKINGHAM Me ha traicionado mi intendente. Ha visto el oro del todopoderoso cardenal. Ya se ha trazado mi vida. Soy apenas la sombra del pobre Buckingham, cuya forma asume esta nube repentina, oscureciendo mi nítido sol. Adiós, milord.

Salen.

ESCENA II

Trompetas. Entran el REY Enrique, apoyado en el hombro del cardenal WOLSEY, los nobles y sir Thomas Lovell. El cardenal se sienta a los pies del rey, del lado derecho. El secretario de Wolsey permanece en actitud de servicio.

REY Mi vida misma, desde el fondo de su corazón, os agradece vuestro gran cuidado. Estaba la conspiración cargada, y yo en la línea de fuego. Os agradezco que la hayáis sofocado. Traed a mi presencia a ese sirviente de Buckingham. Quiero que ratifique su confesión en persona. Paso a paso nos hará el relato de las muchas traiciones de su señor.

*Ruido desde el interior. Gritos de «¡Paso a la reina!».
Entra la REINA, precedida por los duques de Norfolk y Suffolk.
Se arrodilla. El rey se levanta del trono, la hace incorporarse, la besa y le ofrece el sitio a su lado.*

REINA No, no. Seguiré de rodillas. Vengo a pedir una merced.

REY En pie; sentaos junto a nosotros. De esa merced una mitad ni debéis mencionarla; pues la mitad de mi poder es vuestra; la otra mitad os la doy antes que la pidáis. Tomadla.

REINA Gracias, majestad.
Mi petición apunta a que os améis más

a vos mismo, y que en ese amor no descuidéis
ni vuestro honor ni la dignidad de vuestro cargo.

REY Proseguid, mi señora.

REINA Hombres leales

a vos, y en no pequeño número, han venido
a advertirme de la desesperación
de vuestros súbditos. Las recientes ordenanzas
promulgadas han herido el corazón
de su lealtad; por eso, aunque los reproches
más amargos, lord cardenal, los dirigen a vos,
en tanto instigador de tales exacciones,
tampoco el rey, nuestro señor, cuyo honor el cielo
mantenga limpio de mancha, escapa
al inapropiado lenguaje que usan, lenguaje tal
que revienta las costuras de la lealtad,
y asoma como franca rebelión.

NORFOLK Nada de «casi». Asoma francamente. Por estos impuestos

los fabricantes de paño, impedidos de ocupar
a sus muchos obreros, han despedido a hiladores,
cardadores, bataneros y tejedores;
los cuales, sin otro oficio, faltos de medios y bajo el azote
del hambre, en su desesperación se han levantado.
Desafían a las consecuencias en su propia cara;
el peligro, dicen, está de su lado.

REY ¿Impuestos?

¿Dónde impuestos? ¿Y a qué? Milord cardenal, a vos
se os culpa, tanto como a mí. ¿Qué sabéis
de esos impuestos?

WOLSEY Señor, con vuestro permiso, mi parte

en los asuntos del estado es limitada; apenas
soy el más conspicuo de la fila donde otros
marcan el paso a la par de mí.

REINA ¿Apenas, milord?

Quizá vos no sepáis más que otros, pero las medidas
que disponéis son de todos conocidas, incluso
de aquellos a quienes ningún bien hacen, y a vos deben
el forzoso gusto de conocerlas. Las exacciones
de las que pongo en conocimiento a nuestro soberano

son pestilentes al oído, y la espalda
que quiera portarlas se sacrifica a la carga. Dicen
que vos las pergeñasteis, salvo que injustamente
os las hayan endilgado.

REY ¡Exacciones!

¿De qué clase? ¿De qué naturaleza son,
decidme, esas exacciones?

REINA Grande es mi atrevimiento

al abusar de vuestra paciencia. Mas la promesa
de vuestro perdón me da valor. A vuestros súbditos
aflige la contribución que exige de cada uno
la sexta parte de su patrimonio, a ser entregada
sin demora; y el motivo que se aduce
son vuestras guerras en Francia. Así las bocas
se envalentonan, y escupen sus obligaciones;
en los fríos corazones se congela la lealtad.
Donde había plegarias, ahora hay maldiciones,
y la bien dispuesta obediencia se halla sometida
a voluntades en llamas. Vuestra alteza, os suplico
que os ocupéis sin demora de todo esto;
no existe asunto más urgente.

REY Por mi vida,

es cosa que va contra mi voluntad.

WOLSEY En lo que a mí

respecta, apenas se puede culpar a mi voto,
que solo emití después de que los doctos jueces
aprobaran la medida. Si se va a dar permiso
de calumniarme a lenguas groseras, si quienes
todo ignoran de mis cualidades y persona van a ser
los cronistas de mis actos, solo diré
que tal es el sino de quien ocupa un alto cargo;
tal la dura zarza que la virtud debe atravesar.
Debemos tomar las medidas necesarias, sin miedo
a la maliciosa censura de aquellos que, como peces
voraces, siempre siguen a la nave bien equipada,
sin otro beneficio que la vana espera.
Lo que mejor hacemos, los intérpretes envidiosos,
o sea los tibios, nos lo niegan, y nunca aceptan
nuestro mérito. Lo que hacemos peor, en cambio,

cae muy bien a los de entendimiento basto,
que lo proclaman nuestra obra suprema.
Si por miedo a la burla nos quedáramos quietos
echaríamos raíces aquí sentados, o nos volveríamos
meras efigies de hombres de Estado.

REY Lo hecho bien

y con cuidado nos exime de temores;
deben en cambio temerse las consecuencias de aquello
sin anterior ejemplo iniciado. ¿Existe algún precedente
para una contribución como esta? Me temo que no.
No debemos arrancar a los súbditos
de nuestras leyes y ensartarlos en nuestra voluntad.
¿La sexta parte? ¡Temible contribución! Así cortamos
del árbol las ramas, el tronco y hasta la corteza;
y aunque le dejemos la raíz, por esos tajos, el aire
le bebe la savia. En cada condado donde se haya
cuestionado la medida, comunicad
nuestro perdón a todo aquel que haya resistido
la validez de la contribución. Lo dejo en
vuestras manos, ocupaos.

WOLSEY (*Aparte, a su secretario.*) Una palabra.

Enviad cartas a cada condado con la gracia
y el perdón del rey. Los agraviados villanos
me tienen poca simpatía. Que se corra la voz
de que fue por nuestra intercesión que el rey llegó
a revocar la medida. En cuanto pueda os daré
instrucciones más detalladas.

Sale el secretario.

Entra el INTENDENTE de Buckingham.

REINA Lamento que el duque de Buckingham haya incurrido en
vuestra desaprobación.

REY Muchos lo lamentan.

Es un caballero ilustrado, y un gran orador.
Nadie debe más que él a la naturaleza;
fue educado para ser maestro de maestros,
sin recurso a otro distinto de sí mismo.
Y sin embargo ved lo que sucede cuando
a tan nobles cualidades falta buen gobierno;
la mente se corrompe y asumen formas malignas,

diez veces más horribles de lo que fueron bellas.
Este hombre tan completo, inscripto entre maravillas,
cuya hora de discurso parecía un minuto
a nuestro embelesado oído, él, señora mía,
en hábitos monstruosos ha arrojado los dones
que alguna vez fueron suyos. Se ha vuelto negro,
como tizado en el infierno. Sentaos a mi lado.
Oiréis de boca de su servidor y confidente
cosas que acongojan al honor. Que repita
el relato de sus intrigas, que tanto pesar
nos causa y tanto nos cuesta escuchar.

WOLSEY Adelántate y repite sin remilgos,
como escrupuloso súbdito que eres,
todo cuanto has oído
de boca del duque de Buckingham.

REY Dilo sin miedo.

INTENDENTE En primer lugar, solía decir (cada día
chorreaba de su boca este veneno) que si el rey
moría sin descendencia, él se las arreglaría
para quedarse con el cetro. Estas palabras, textuales,
dijo en mi presencia a lord Abergavenny, su yerno,
ante quien juró, además, vengarse del cardenal.

WOLSEY Tome nota vuestra alteza del grado de peligro
que demuestra el duque en este punto.
No contento con desearle el mal a vuestra altísima
Persona, su maligna voluntad va más allá,
y alcanza a vuestros amigos.

REINA Mi docto lord cardenal,
usad un poco de la caridad.

REY Continúa.
En caso de fallar yo, ¿en qué basaba
su derecho a la corona? ¿Lo escuchasteis,
alguna vez, decir algo al respecto?

INTENDENTE Una vana
profecía de Nicholas Henton^[26] le dio esperanzas.

REY ¿Quién es ese Henton?

INTENDENTE Su confesor, señor.

Un fraile cartujo que hora a hora le daba de comer palabras de soberanía.

REY ¿Cómo sabéis todo esto?

INTENDENTE Poco antes de que vuestra majestad encarase su empresa en Francia, estando el duque en su mansión de The Rose, en la parroquia de Saint Lawrence Poultney, me preguntó qué opinaba el pueblo de Londres sobre el viaje a Francia. Le contesté que temían que los franceses mostraran su perfidia, para desgracia del rey. Ahí saltó el duque, y afirmó que eso mismo había escuchado; lo que, temía, vendría a probar la verdad de las palabras que dijo un santo monje, «el cual», me dijo el duque, «más de una vez ha venido a mí a pedirme le concediera con John de la Car, mi capellán, una hora a solas, para hablar de un asunto de gran importancia, del que mi capellán, bajo secreto de confesión, no debía repetir una palabra a nadie, excepto a mí; y en tono solemne y confidencial, haciendo una pausa dramática, le dijo lo siguiente: “Decid al duque que ni el rey ni sus herederos prosperarán. Que se esfuerce en ganar el amor del pueblo, y así llegará el duque un día a gobernar Inglaterra”».

REINA Si recuerdo bien, vos no sois otro que el intendente del duque, y habéis perdido vuestro puesto a causa de las protestas de los arrendatarios. Tened cuidado de que vuestro rencor no os lleve a acusar a uno de condición noble, y a perder vuestra alma, de condición más noble aún. Os lo ruego, tened cuidado.

REY Dejadlo seguir.

Procede, vamos.

INTENDENTE Por mi alma que solo digo la verdad.

Dije a mi señor el duque que el diablo había engañado al monje, y podía ser muy peligroso que, rumiando tales cuestiones, llegara a fraguar un plan (algo que, si acababa creyendo en ellas, bien podía suceder). A ello contestó: «Calla, en nada me puede dañar»; y agregó luego

que si el rey enfermo hubiera muerto, pronto
habría rodado la cabeza de sir Thomas Lovell
y la del cardenal.

REY ¡Ajá! ¿Así, tan vil?

Este hombre trama lo peor. ¿Sabes más?

INTENDENTE Sí, majestad.

REY Adelante, pues.

INTENDENTE Estábamos en Greenwich;
vuestra alteza había reprendido al duque
por el asunto de sir William Bulmer...

REY Lo recuerdo
bien. Estando él consagrado a mi servicio,
el duque lo retuvo al suyo. ¿Qué pasó entonces?

INTENDENTE «Si por esto», dijo el duque, «el rey me hubiera
enviado a la Torre, yo habría llevado a cabo
lo que mi padre quiso y no pudo ejecutar
contra el usurpador Ricardo en Salisbury:
si el rey lo hubiera recibido en su presencia,
al arrodillarse en señal de respeto, le habría
hundido el puñal en el vientre».

REY ¡Ah, traidor, gigantesco traidor!

WOLSEY ¿Seguís, señora, creyendo que su alteza puede
estar seguro si ese hombre queda libre?

REINA ¡Que Dios ponga todo en su lugar!

REY Tú, ¿qué más?

INTENDENTE

Después de «el duque, su padre» con el «puñal», se irguió
y llevando una mano a la daga y la otra al pecho,
alzando los ojos al cielo, lanzó un terrible juramento,
que, en resumidas cuentas, afirmaba que, si era
maltratado, iría más lejos que su padre;
tan lejos como un acto realizado deja atrás
a un propósito titubeante.

REY Ese es su objetivo:
envainar su puñal en nuestro cuerpo.

Su arresto queda confirmado; que vaya a juicio.
Si en la ley encuentra misericordia, es suya; si no,
que no la busque en nosotros. ¡Por mi honor
que nunca he visto mayor traidor!

Sale.

ESCENA III

Entran el LORD CHAMBELÁN y lord SANDS.

LORD CHAMBELÁN ¿Será posible que los encantos de Francia
hayan trastornado tanto a nuestros hombres?

SANDS Es costumbre seguir las costumbres nuevas,
por más ridículas y poco varoniles que sean.

LORD CHAMBELÁN A mi entender,
lo único que nuestros ingleses
sacaron del reciente viaje a Francia
fue una nueva mueca, o dos, para adornar la cara.
Pero eso sí: vinieron avispados;
pues cuando las mantienen cobran tal aplomo,
que uno juraría que incluso sus narices
fueron consejeras de Clotario o de Pepino.

SANDS Vinieron con piernas nuevas, pero eso sí, cojas.
Quien los viera andar por primera vez, creería
que padecen de cojera o de esparavanes.

LORD CHAMBELÁN
¿Y habéis visto sus ropas? Afectan un corte tan pagano
que se diría que la Cristiandad les queda corta.

Entra sir Thomas LOVELL.

¿Qué hay de nuevo, sir Thomas Lovell?

LOVELL En verdad, señor,
nada salvo la nueva proclama fijada a las puertas
del palacio.

LORD CHAMBELÁN ¿Y qué dictamina?

LOVELL La reforma
de nuestros tan viajados galanes, esos que llenan

la corte de trifulcas, sastres y parloteo.

LORD CHAMBELÁN ¡Ya era hora! Y ahora espero que nuestros *messieurs* comprendan que un cortesano inglés puede ser sabio sin haber visto nunca el Louvre.

LOVELL Las nuevas disposiciones les dejan dos opciones: o descartan los restos de plumas y estupidez que trajeron de Francia, junto con las erradas nociones sobre lo honorable que allí imperan, como ser duelos y fuegos artificiales (bajo la cintura); y renuncian de cuajo a su fe en el tenis, las medias altas y las calzas cortas llenas de tajos, y todos sus otros recuerdos de viaje; y se abstienen de usar el saber foráneo para abusar de quienes son mejores de lo que jamás serán ellos; o se vuelven con sus compañeritos de juegos. Allí podrán *cum privilegio* decir «oui» hasta gastar la retaguardia de su lujuria, y causar gracia.

SANDS Era hora de aplicar la cura, pues la peste empezaba a extenderse.

LORD CHAMBELÁN ¡Nuestras damas, pobres, sufrirán mucho la pérdida de tan prolijas vanidades!

LOVELL ¡Ahí sí, señores, que tendremos lamentos! Los astutos hijos de puta saben cómo llevarse una dama al huerto. No hay nada como una canción francesa y un violín.

SANDS ¡Que les meta violín el diablo! Me alegro de que se vayan, pues ya no tienen remedio. Ahora por fin un honrado lord del campo como yo, que hace rato no tiene dónde tocar, puede venir con su cancioncilla, lograr una hora de atención, y ¡por la Virgen! hacer valer su música.

LORD CHAMBELÁN Bien dicho, lord Sands.
No habéis perdido los dientes de potro, según veo.

SANDS No, milord. Y cuando lo haga, morderé con las encías.

LORD CHAMBELÁN ¿Adónde vais, sir Thomas?

LOVELL A la residencia del cardenal, adonde

vos también estáis invitado.

LORD CHAMBELÁN Es verdad.

Esta noche da una cena de gran fasto
para muchos lores y damas. La flor del reino
se encontrará allí, os lo aseguro.

LOVELL Sin duda

ese clérigo es de disposición generosa.
Tiene una mano fértil como nuestra tierra;
su rocío alcanza a todos.

LORD CHAMBELÁN Es noble sin duda, el que
afirme lo contrario miente como un bellaco.

SANDS Puede serlo, milord: tiene con qué. Mezquinar
sería, en él, peor pecado que la herejía.
Un hombre con sus medios debe ser liberal;
para eso están: para dar el ejemplo.

LORD CHAMBELÁN Verdad,

verdad. Pero pocos hoy dan en tal medida. Señores,
mi barca espera. Venid conmigo. Mi buen sir Thomas,
vamos. No podemos llegar tarde,
pues esta noche sir Henry Guilford y yo oficiamos
de maestros de ceremonias.

SANDS Estoy a vuestras órdenes.

Salen.

ESCENA IV

*Oboes. Bajo el dosel, una mesita para el cardenal Wolsey; para los huéspedes, una mesa más larga.
Por una puerta entran ANA Bolena y otras damas y caballeros, como huéspedes; por otra puerta
entra sir Henry GUILFORD.*

GUILFORD Señoras, doy a todas una general bienvenida
de parte de su eminencia. Quiere dedicar esta noche
a vosotras y a la amable diversión, y espera
que ninguna de tan noble compañía
haya venido con sus penas. Quiere verlas alegres,
tanto como la buena compañía y el buen vino
puedan alegrar a la buena gente.

Entran el LORD CHAMBELÁN, lord SANDS y sir Thomas LOVELL.

(A LORD CHAMBERLÁN.) Habéis tardado, señor.
A mí, solo pensar en esta bella compañía,
me puso alas.

LORD CHAMBELÁN Sois joven, sir Harry Guilford.

SANDS Si el cardenal..., ¿me oís, sir Thomas Lovell?,
tuviera la mitad de mis anhelos laicos,
a más de una le daría un rápido banquete
que la dejaría saciada, y después a descansar.
Por mi vida que son hermosas, y dulces además.

LOVELL ¡Ah, si vuestra merced fuera el confesor
de alguna de ellas!

SANDS Ojalá lo fuera; ninguna
podría quejarse de penitencia severa.

LOVELL ¿Ligera entonces?

SANDS Tan ligera como una cama de plumón.

LORD CHAMBELÁN

Sentaos, señoras, queridas señoras. Por favor, sir Harry,
acomodad aquel lado, que yo me ocupo de este.
Ya entra su eminencia. No os quedéis duras:
dos mujeres lado a lado vuelven el clima helado.
Lord Sands, por favor, a ver si me las despabiláis.
Sentaos entre estas señoras.

SANDS A fe mía que sí,
y gracias a vuestra señoría. Permiso, señoras,
os pido disculpas por anticipado, por si digo locuras;
me viene de mi padre.

ANA ¿Estaba loco, señor?

SANDS Muy loco. Completamente loco. Estaba enamorado.
Pero eso sí, no mordía. Haría como yo, ahora,
os daría veinte besos en un soplo.

La besa.

LORD CHAMBELÁN ¡Bravo, milord!

Ya estáis todos en vuestros lugares. Caballeros,
si alguna dama mantiene el ceño fruncido,

la culpa será vuestra.

SANDS Para cumplir con ese deber
me basto solo.

*Oboes. Entra el cardenal WOLSEY y se sienta
bajo el dosel.*

WOLSEY Queridos huéspedes, os doy la bienvenida.
Pero no seré amigo de la noble dama
o caballero que no dé rienda suelta a su alegría.
A todos, ¡salud!

Bebe.

SANDS Noble es vuestra eminencia.
Denme una copa para expresar mi gratitud,
y me ahorraré las palabras.

WOLSEY Estoy en deuda con vos,
lord Sands. Poned de buen humor a vuestras vecinas.
Señoras, no estáis alegres; caballeros,
¿de quién es la culpa?

SANDS Del vino tinto, señor,
que no ha subido aún a sus mejillas; cuando lo haga,
charlarán hasta callarnos.

ANA Sois alegre y juguetón,
lord Sands.

SANDS Sobre todo cuando gano en el juego.
Brindo por vos, señora, y vaciad el vaso,
pues brindo por algo...

ANA Que no podéis mostrarme.

SANDS Ya vio vuestra eminencia qué pronto han hablado.

Tambores y trompetas. Descarga de pequeños cañones.

WOLSEY ¿Y eso?

LORD CHAMBELÁN Vosotros, id a ver. Moveos.

Sale un sirviente.

WOLSEY Voces de guerra.
¿Qué pueden significar? No temáis, señoras,

todas las leyes de la guerra os protegen.

Entra el SIRVIENTE.

LORD CHAMBELÁN ¿Y bien? ¿Quiénes son?

SIRVIENTE Desconocidos. Nobles todos,
o así lo parecen. Dejaron su barca, saltaron
a tierra y ahora se acercan; parecen embajadores
de príncipes extranjeros.

WOLSEY Vos, buen lord chambelán,
habláis francés; id a darles la bienvenida;
os ruego que les brindéis una recepción honorable.
Y escortadlos hasta aquí, para que este cielo
de bellezas derrame su fulgor sobre ellos.

*Sale el LORD CHAMBELÁN, acompañado por asistentes.
Todos se levantan. Se retiran las mesas.*

Si el banquete se ha roto, lo arreglaremos pronto.
Buen provecho para todos; y una vez más,
extiendo sobre vosotros mi saludo: bienvenidos.

*Oboes. Entran el REY y su séquito enmascarados, disfrazados de pastores, guiados por el LORD
CHAMBELÁN.
Pasan frente al cardenal y lo saludan con gracia.*

Distinguida compañía. ¿Qué se les ofrece?

LORD CHAMBELÁN Me han rogado, ya que no hablan bien inglés,
que os diga que llegó hasta ellos la fama
de la bella y noble compañía que hoy
se encontraría reunida aquí. Entonces,
por el gran respeto que la belleza les inspira,
no podían menos que abandonar sus rebaños,
y, con vuestra venia, solazarse en la vista
de estas damas y pasar un buen rato con ellas.

WOLSEY Contestadles, milord, que es grande el honor
que hacen a mi pobre casa. ¡Gracias, y a divertirse!

*Cada uno elige una dama;
el REY elige a Ana Bolena.*

REY La más delicada mano que yo haya tocado.
Belleza, hasta hoy nunca te había conocido.

Música. Bailan.

WOLSEY ¡Milord!

LORD CHAMBELÁN ¿Eminencia?

WOLSEY Decídes lo siguiente:

que entre ellos debe haber alguno que por su persona
merezca más que yo ocupar este asiento.

Si supiera quién es, por amor y por deber,
se lo dejaría con gusto.

LORD CHAMBELÁN Enseguida, milord.

Cuchichea con los enmascarados.

WOLSEY ¿Y? ¿Qué dicen?

LORD CHAMBELÁN Confiesan que, en efecto,

hay uno así; y, si vuestra eminencia lo descubre,
aceptará vuestra oferta.

WOLSEY Veamos, pues.

Se levanta del asiento.

Con permiso, caballeros; que aquí haré
mi real elección.

Hace una reverencia frente al REY.

REY (*Se quita la máscara.*) No os equivocáis, milord.

Os encuentro en buena compañía, y hacéis bien.

Cardenal: si no fuerais hombre de iglesia
os juzgaría desfavorablemente.

WOLSEY Me alegra

que vuestra majestad esté de humor tan bueno.

REY Lord chambelán, acercaos. ¿Quién es esa bella dama?

LORD CHAMBELÁN Con vuestro permiso, la hija de Thomas Bullen,
vizconde de Rochford, una de las damas de la reina.

REY Por el cielo que es delicada. Dulce mía,

sería poco cortés invitarte a bailar

y no besarte. Caballeros, a todos, ¡salud!

¡Y que pegue la vuelta!

WOLSEY Sir Thomas, ¿está listo ya el banquete
en la sala privada?

LOVELL Sí, milord.

WOLSEY Vuestra majestad,
os veo algo acalorado de tanto bailar.

REY Algo demasiado.

WOLSEY El aire está más fresco, milord,
en la sala de al lado.

REY Vaya entonces cada uno con su dama: dulce compañera
seguiremos juntos por ahora. ¡A divertirse,
mi buen lord cardenal! Primero brindaré por estas damas,
media docena de veces; y volveré a conducir
otra solemne danza; luego podremos soñar
cuál es la más agraciada. ¡Músicos, a tocar!

Salen, con trompetas.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

*Entran dos CABALLEROS
por distintas puertas.*

PRIMER CABALLERO

¿Adónde vais tan deprisa?

SEGUNDO CABALLERO ¡Ah, Dios os guarde!

A Westminster Hall, para ver qué será del gran duque de Buckingham.

PRIMER CABALLERO Puedo ahorraros la tarea, señor. Todo ha terminado, salvo la ceremonia de devolver al prisionero.

SEGUNDO CABALLERO ¿Estuvisteis allí?

PRIMER CABALLERO Sí, sin duda.

SEGUNDO CABALLERO Por favor, contadme lo que pasó.

PRIMER CABALLERO

No os será difícil adivinarlo.

SEGUNDO CABALLERO ¿Lo hallaron culpable?

PRIMER CABALLERO Así fue. Lo hallaron culpable y lo condenaron.

SEGUNDO CABALLERO

Me apena enterarme de ello.

PRIMER CABALLERO No sois el único, sabedlo.

SEGUNDO CABALLERO Por favor, decidme cómo sucedió.

PRIMER CABALLERO Lo haré en pocas palabras. El gran duque se sentó en el banquillo, y una vez más se declaró inocente de las acusaciones, alegando muchas razones agudas para vencer a la ley. El abogado del rey, por el contrario, recurrió a testimonios, pruebas y confesiones de varios testigos, que el propio duque quiso oír *viva voce*. Dieron testimonio en su contra su intendente, sir Gilbert Perk su secretario, y su confesor

John Car, junto con ese monje del demonio,
Hopkins, el padre de tantas maldades.

SEGUNDO CABALLERO Fue él
quien lo azuzó con sus profecías.

PRIMER CABALLERO El mismo.
Hubo sobre el duque un diluvio de acusaciones.
Él trató de quitárselas de encima, pero en vano;
y, basándose en estas pruebas, sus pares lo declararon
culpable de alta traición. Habló larga y doctamente;
pues estaba en juego su vida. Pero no hubo caso,
lo que no fue olvidado solo consiguió dar lástima.

SEGUNDO CABALLERO Y después de todo eso, ¿cómo se comportó?

PRIMER CABALLERO Cuando lo regresaron al banquillo, para oír
la campanada fúnebre, o sea su sentencia,
se retorció de dolor y sudó, sudó mucho,
y la cólera lo movió a hablar mal, atropellándose;
pero luego volvió a ser el mismo, y de ahí en más
mostró en todo una paciencia noble y tierna.

SEGUNDO CABALLERO
No parece temer a la muerte.

PRIMER CABALLERO ¿Él? Seguro que no;
nunca fue tan mujeril. Pero claro, sin duda
la causa lo entristece un poco.

SEGUNDO CABALLERO Seguro
que detrás de todo esto está el cardenal.

PRIMER CABALLERO Es probable,
todo apunta en esa dirección. Primero
le sacan a Kildare el cargo de virrey de Irlanda,
y a toda prisa envían a Surrey a reemplazarlo,
no vaya a ser que ayude a su suegro.

SEGUNDO CABALLERO Fue una maniobra
de lo más insidiosa.

PRIMER CABALLERO Cuando Surrey regrese
se la hará pagar. Todos lo saben:
a quien el rey muestra favor, el cardenal
sin pérdida de tiempo le consigue empleo

bien lejos de la corte.

SEGUNDO CABALLERO La gente del pueblo lo odia
a muerte, juro por mi alma que quisieran verlo
hundido a diez brazas de profundidad. Al duque en cambio
lo aman con igual intensidad. Buckingham
el generoso, lo llaman, espejo de toda cortesía...

PRIMER CABALLERO

Silencio. Aquí viene la noble ruina de la que habláis.

Entra BUCKINGHAM, de vuelta de su proceso. Alcuaciles de varas rematadas en metal, el hacha con la hoja vuelta hacia él; alabardas a ambos lados. Lo acompañan sir Thomas LOVELL, sir Nicholas VAUX, sir Walter Sands, gente del pueblo, etcétera.

SEGUNDO CABALLERO Observemos en silencio.

BUCKINGHAM Buena gente,

vosotros que habéis venido para apiadaros de mí,
escuchad, y luego volved a casa y perdedme
para siempre. Hoy, se me ha declarado traidor,
y con ese título debo morir. Y sin embargo,
que el cielo me desmienta, y mi conciencia me hunda
en el infierno cuando caiga el hacha, si no soy leal.
No culpo a la ley por mi muerte; lo que ha hecho,
dados los testimonios, no fue más que justicia.
Pero a quienes la buscaron, querría verlos más
cristianos. Sean lo que sean, de corazón los perdono.
Que se cuiden no obstante de regodearse
del daño que hacen, de erigir sus maldades
sobre las tumbas de los grandes señores,
pues entonces mi sangre inocente gritará sus nombres.
No espero más vida en este mundo,
ni pediré por ella al rey, aunque sus mercedes
superan todas las faltas que yo pueda cometer.
Vosotros que me amasteis, y os atrevisteis
a llorar por el pobre Buckingham, a quien
la única amargura que la muerte causa
es tener que dejaros, acompañadme
a mi final como ángeles protectores, y cuando caiga
sobre mí el largo divorcio de acero,
ofreced vuestras plegarias para que mi alma
suba al cielo. ¡En marcha, por Dios!

LOVELL Ruego a vuestra merced, por caridad, que si alguna

vez el encono contra mí, se ocultó
en vuestro corazón, me perdonéis ahora.

BUCKINGHAM

Os perdono, sir Thomas Lovell, con toda la franqueza
con que quisiera ser perdonado. Perdono a todos.
Las ofensas contra mí no pueden ser tales
que no pueda con todas hacer las paces. Mi tumba
no llevará la negra marca del rencor.
Encomendadme a su majestad; y si alguna vez
pregunta por el pobre Buckingham, decidle
que lo encontrasteis camino al cielo. Mis plegarias
y mis votos todavía son del rey, y hasta que mi alma
me abandone seguirán pidiendo por él: que viva
más años que los que yo tengo tiempo de contar,
que amado y amoroso sea su reinado;
y que cuando la edad avanzada lo conduzca al fin,
tengan él y la virtud el mismo monumento.

LOVELL Conduciré a vuestra merced hasta el embarcadero,
adonde os entregaré a sir Nicholas Vaux;
él se hará cargo hasta el final.

VAUX Atención,

listos todos. Se acerca el duque. Que la barca
esté pronta, y equipada con todo lo que conviene
a la grandeza de su persona.

BUCKINGHAM No, sir Nicholas,

dejadlo así. Honrarme ahora sería una burla.
Cuando vine hacia aquí, era lord Gran Condestable;
era el duque de Buckingham. Ahora soy apenas
el pobre Edward Bohun. Y sin embargo soy más rico
que mis acusadores, que no conocen la verdad.
La sello ahora, con la sangre que un día
los hará gemir. Mi noble padre, Henry
de Buckingham, el primero en armarse contra Ricardo
el usurpador, se vio obligado en mala hora
a huir a casa de su sirviente Banister.
El miserable lo traicionó, y él cayó sin proceso.
¡Dios lo tenga en su gloria! Al acceder al trono
Enrique VII, apiadándose de la pérdida
de mi padre, me devolvió los honores, y restauró mi nombre

de la ruina a la nobleza. Ahora su hijo,
Enrique VIII, me arrebató de un solo golpe
vida, nombre, honor y todo cuanto en este mundo
me hacía feliz. He tenido mi proceso,
y debo admitir que ha sido en regla. En esto al menos
soy un poco más feliz que mi desgraciado padre.
Pero en una cosa nos iguala la fortuna:
ambos caímos por nuestros sirvientes, por aquellos
a quienes dimos nuestro amor. ¡Desleal servicio!
El cielo sabe por qué caminos nos lleva. Vosotros
que me escucháis, oíd la verdad de labios de un moribundo:
si sois liberales en dar amor y confianza, cuidaos
de no ser pródigos; pues los amigos que hacéis
de todo corazón, ni bien adviertan el menor
traspasé en vuestras fortunas, se apartarán de vosotros
como el agua, y en vano los buscaréis hasta el día
en que vuelvan para hundiros. ¡Vosotros, buena gente,
rezad por mí! Debo dejaros ahora; ha llegado
la última hora de esta vida larga y agotadora.
Adiós;
y si alguna vez queréis contar un hecho triste
hablad de mi caída. He terminado. Que Dios se apiade de mí.

*Salen
el duque y su cortejo.*

PRIMER CABALLERO Señor, todo esto me apena mucho, y temo
que es un llamado a que caigan maldiciones
sobre las cabezas de los ejecutores.

SEGUNDO CABALLERO

Muy doloroso, si el duque es inocente. Pero tengo
noticia de un mal mayor que está a punto de caer
sobre nosotros.

PRIMER CABALLERO ¡Los ángeles guardianes nos protejan!
¿Qué puede ser? ¿Acaso dudáis de mi discreción?

SEGUNDO CABALLERO Con un secreto de tanto peso, toda discreción
puede ser poca.

PRIMER CABALLERO Confiádmelo, os lo ruego, no soy
de hablar demasiado.

SEGUNDO CABALLERO Os tengo confianza, os lo revelaré.

¿No habéis oído, en el último tiempo, el zumbido de un rumor acerca de la separación del rey y Catalina?

PRIMER CABALLERO Sí, lo oí, pero no tenía fundamento, y en cuanto el rey lo oyó, ordenó con gran enojo al alcalde mayor que le pusiera inmediato freno, y acallara las lenguas que se atrevían a propagarlo.

SEGUNDO CABALLERO Y con todo, señor, la calumnia ha resultado ser verdad, y crece, más fresca de lo que nunca fue, y todos dan por hecho que el rey se va a tirar el lance. El cardenal o alguno de su entorno, por ojeriza a la reina, le han llenado al rey la cabeza de escrúpulos, y estos la perderán. La reciente visita del cardenal Campegio, quien nadie duda ha venido a ocuparse del asunto, parece confirmarlo.

PRIMER CABALLERO Esto es cosa del cardenal. Lo hace para vengarse del emperador Carlos, que no quiso concederle el arzobispado de Toledo.

SEGUNDO CABALLERO Me parece que habéis dado en el blanco. ¿Pero no es una crueldad que sea la reina quien pague por ello? El cardenal hará su voluntad, y ella debe caer.

PRIMER CABALLERO Qué penoso.
Me parece que aquí estamos algo expuestos.
Sigamos hablando en un lugar más privado.

Salen.

ESCENA II

Entra el LORD CHAMBELÁN con una carta.

LORD CHAMBELÁN (*Leyendo.*) «Milord: he puesto todo mi empeño en que los caballos que mandasteis pedir fueran bien elegidos, domados y equipados. Eran jóvenes y hermosos, de la mejor raza del norte. Cuando estaban por

salir hacia Londres vino un criado del lord cardenal, munido de una orden, y por fuerza mayor me los quitó, aduciendo que a su amo debía servirse antes que a un súbdito, sino antes que al mismo rey. Y con eso nos tapó la boca, señor.»

Me temo que así será. En fin, que se los quede.

A este paso se quedará con todo.

Entran a verlo los duques de NORFOLK y SUFFOLK.

NORFOLK Gusto en veros, milord chambelán.

LORD CHAMBELÁN Buenos días a vuestras mercedes.

SUFFOLK ¿Qué está haciendo el rey?

LORD CHAMBELÁN Lo dejé solo,
agobiado por tristes pensamientos y problemas.

NORFOLK ¿Por qué causa?

LORD CHAMBELÁN Parece que el haberse casado con la esposa
de su hermano le remuerde ahora la conciencia.

SUFFOLK (*Aparte.*) Más bien es su conciencia la que muerde a otra dama.

NORFOLK Ya sé, y es obra del cardenal, del cardenal-rey,
el ciego hijo mayor de la Fortuna, cuya rueda
hace girar según él desea. Un día el rey lo verá.

SUFFOLK Dios lo quiera; si no, nunca se verá a sí mismo.

NORFOLK Toda su labor es para él sagrada;
todo merece su celo. Rompe nuestro tratado
con el emperador, sobrino de la reina,
y se interna en el alma del rey, esparciendo
temores, desesperantes dudas sobre su matrimonio:
y, para remediarlas, propone al rey la cura
de un divorcio, la pérdida de una joya
que por veinte años ha colgado de su cuello
sin que jamás se le haya empañado el brillo;
de aquella cuyo amor es como el de los ángeles
por los hombres justos; de aquella que aun
cuando reciba el más duro golpe de la fortuna
dará su bendición al rey. ¿No es obra pía?

LORD CHAMBELÁN Dios me libre de semejante consejero. Es verdad
que tales rumores se encuentran en todas las bocas

y hacen llorar a cada corazón leal. El que se atreva
verá fácilmente el fin de todo esto:
la hermana del rey francés. Algún día el cielo abrirá
los ojos del rey, por tanto tiempo dormidos al juego
de ese malvado audaz.

SUFFOLK Y caerán nuestras cadenas.

NORFOLK Debemos rezar, y con ganas, por nuestra salvación,
o ese prepotente hará de los príncipes
nuevos pajes: ha amasado
el honor de todos, hasta formar una sola bola
que moldea a su antojo.

SUFFOLK En lo que a mí respecta
señores, ni lo amo ni le temo, y aquí va mi credo:
sin su apoyo fui hecho y sin él me sostengo,
con la venia de su majestad; de aire son
sus maldiciones y bendiciones; no las creo.
Lo conozco desde siempre, y por eso
se lo dejo al Papa, que fue quien lo hizo tan orgulloso.

NORFOLK Entremos y propongamos al rey asuntos nuevos
para distraerlo de sus tristes pensamientos.
¿Venís con nosotros, señor?

LORD CHAMBELÁN Os ruego me disculpéis.
El rey requiere mi presencia en otra parte.
Además, no es el mejor momento para interrumpirlo.
¡Salud a vuestras señorías!

NORFOLK Gracias, milord chambelán.

*Sale el LORD CHAMBELÁN.
El REY corre la cortina y se sienta a leer, pensativo.*

SUFFOLK Se lo ve triste. Debe estar muy afligido.

REY ¿Quién anda ahí? ¿Eh?

NORFOLK Ruego a Dios no esté enojado.

REY

¡Que quién anda ahí, he dicho! ¿Cómo os atrevéis a interrumpir
mis meditaciones privadas? ¿Qué soy yo, eh?

NORFOLK Un rey lleno de gracia para perdonar
ofensas sin intención. Si hemos cometido

una infracción, fue por necesidad
de saber vuestra voluntad en asuntos de estado.

REY Yo os enseñaré a conocer vuestro lugar y ocasión.
Os parece momento para asuntos temporales, ¿eh?

Entran WOLSEY y CAMPEGIO con una comisión.

¿Quién llega? ¿Mi buen lord cardenal? Ah, Wolsey,
bálsamo de mi conciencia herida, eres una cura
digna de un rey. (A CAMPEGIO.) Ilustrado y reverendísimo señor,
sed bienvenido a nuestro reino. (A WOLSEY.) Cuidad, milord,
que mis promesas no queden en palabras.

WOLSEY No temáis, señor.

Ahora, si vuestra merced nos diera al menos
una hora de audiencia en privado...

REY (A NORFOLK y SUFFOLK.) Estamos ocupados. Idos.

NORFOLK (*Aparte, a SUFFOLK.*)

¡No tiene orgullo, el cura!

SUFFOLK (*Aparte, a NORFOLK*) ¡A quién se le ocurre!

Yo en su lugar me cuidaría un poco más.
Esto no puede seguir así.

NORFOLK (*Aparte, a SUFFOLK.*) Y si sigue,
mejor que se cuide de mí.

SUFFOLK (*Aparte, a NORFOLK*) Y también de mí.

Salen NORFOLK y SUFFOLK.

WOLSEY Al someter vuestros escrúpulos
al voto de toda cristiandad,
vuestra majestad ha sentado un precedente
de prudencia para todos los príncipes.
¿Quién ahora se dirá ofendido? ¿Qué calumnia
os alcanzará? Los mismos españoles, ligados
a la reina por lazos de sangre y afecto, aceptarán,
si tienen buena fe, la limpieza del procedimiento.
Todos los clérigos instruidos de la cristiandad
podrán emitir su voto. Respondiendo a vuestra
invitación, Roma, la cuna de la sabiduría,
nos ha enviado esta boca que habla por todos,
este buen hombre, este justo e instruido sacerdote,

el cardenal Campegio, a quien os vuelvo a presentar.

REY Y a quien vuelvo a abrazar y dar la bienvenida.

Agradezco al colegio de cardenales el afectuoso gesto de enviarme al hombre que habría deseado.

CAMPEGIO Vuestra merced, por su nobleza, merece el afecto de cualquier extranjero. En manos de vuestra alteza pongo mi comisión, en virtud de la cual, vos, milord cardenal de York, por mandato de la corte de Roma, seréis con este humilde servidor juez imparcial del asunto.

REY Dos hombres iguales en justicia. En el acto se informará a la reina de los motivos de vuestra visita. ¿Dónde está Gardiner?

WOLSEY Por el amor que siempre le habéis tenido, vuestra majestad, sé que no le negaréis aquello que hasta las de rango inferior pueden exigir por ley: eruditos capaces de defender su causa.

REY Y contará con los mejores, y el que más se destaque tendrá mi favor, Dios sea servido. Cardenal, hacedme el favor de llamar a Gardiner, mi nuevo secretario. Me parece el hombre indicado.

Sale WOLSEY.

Entra WOLSEY con GARDINER.

WOLSEY (*Aparte, a GARDINER.*)

Dame la mano. El favor y la dicha son tuyos ahora. Ya eres hombre del rey.

GARDINER (*Aparte, a WOLSEY.*) Pero siempre a las órdenes de vuestra merced, cuya mano me ha elevado.

REY Ven aquí, Gardiner.

Caminan y susurran.

CAMPEGIO

Milord de York, el puesto de este hombre, ¿no lo ocupaba antes, un tal doctor Pace?

WOLSEY En efecto, así era.

CAMPEGIO ¿Y no era acaso un hombre instruido?

WOLSEY Por supuesto.

CAMPEGIO Entonces, creedme si os digo que sobre vos corre un mal rumor, milord cardenal.

WOLSEY ¿Cómo? ¿Sobre mí?

CAMPEGIO Se atreven a decir que le teníais envidia; que temiendo que su virtud le valiera mayor ascendiente, lo mantuvisteis siempre en el extranjero, y que por eso, de tan amargado, enloqueció y murió.

WOLSEY Que la paz del Señor sea con él, y hasta aquí llega mi piedad cristiana. Y a los vivos que sigan murmurando, yo tengo dónde ponerlos. El tonto pretendía ser virtuoso. Este buen muchacho, en cambio, hace exactamente lo que le digo; cerca de mí solo quiero a otros como él. Sabedlo, hermano, no nacimos para que nos estorben los de abajo.

REY Informad de esto a la reina. Hacedlo con gentileza.

Sale GARDINER.

Se me ocurre que Blackfriars es el mejor lugar para recibir a nuestros sabios; allí os reuniréis a considerar tan grave asunto. Mi Wolsey, ocupaos de equiparlo bien. ¡Ay, milord! ¿No es un crimen que el lecho de un hombre vigoroso pierda tan dulce compañera? ¡Ah, conciencia, conciencia! Delicado punto de dolor, que me obligas a dejarla.

Salen.

ESCENA III

Entran ANA Bolena y una ANCIANA DAMA.

ANA Tampoco por eso. No, lo que duele es que su alteza la deje después de tantos años de vivir con ella. ¡Una señora tan virtuosa que nadie se atreve a decir palabra que la deshonne! Por mi vida que nunca ha hecho nada malo. Y ahora, tras haber visto desde el trono girar tantos soles, y con cada uno ver crecer su majestad

y pompa, mil veces más duras de perder
que dulces de adquirir, después de todo esto,
la mandan de paseo. Es eso lo que me apena;
apenaría a un monstruo.

ANCIANA DAMA Corazones más duros
se derriten y lloran por ella.

ANA Ay, más le valdría
no haber conocido nunca la pompa; pues aunque
sea solo terrenal, si la Fortuna
se la arrebatara a quien vivió con ella, es un divorcio
que duele tanto como el de alma y cuerpo.

ANCIANA DAMA ¡Pobre señora! Ha vuelto a ser una extranjera.

ANA Razón de más para apiadarse de ella. En verdad,
juro que prefiero haber nacido en cuna baja,
y hallar contento entre el humilde común de la gente,
que encaramarme en la desgracia recamada,
vistiendo penas de oro.

ANCIANA DAMA No hay bien mayor
que contentarnos con lo nuestro.

ANA Por mi fe
y mi virginidad que nunca sería reina.

ANCIANA DAMA Por
mi virginidad perdida que la daría de nuevo
por serlo, y lo mismo harías tú, a pesar
de este aliño de hipocresía. Eres mujer,
y bien hecha, y tu corazón también es femenino,
afecto a la grandeza, el dinero y el poder;
los cuales, si vamos a ser francas, son bendiciones;
y con el debido respeto a tus remilgos, tu elástica
conciencia de cabritilla las recibiría con gusto
si te dignaras a estirla este poquito.

ANA A fe mía que no.

ANCIANA DAMA A la mía que sí. ¿No te harías reina, pues?

ANA Ni por todo el oro del mundo.

ANCIANA DAMA Qué extraño.

Vieja como soy, yo me vendería por tres peniques

alcahuetes, si por mis favores me los pagaran.
Pero en fin, dime, ¿y duquesa? ¿Aguantarían
tus muslos el peso de ese título?

ANA No, de veras.

ANCIANA DAMA Entonces te falta aguante. A ver, bajemos un escalón.
¿Si se te acercara un conde, no quedaría tu virginidad
como la mía en menos de lo que se desvanece
un rubor? Si tu espalda no soporta ese peso,
¿cómo aguantará el de un niño?

ANA ¡Cómo hablas!
Juro de nuevo que no sería reina aunque
me ofrecieran el mundo.

ANCIANA DAMA Por la pequeña Inglaterra
te van a dar con la bola de la realeza, y aceptarás.
Yo lo haría por Caernarvonshire, aunque la corona
no otorgara sino ese territorio. ¿Quién viene?

Entra el LORD CHAMBELÁN.

LORD CHAMBELÁN Buenos días, señoras. ¿Cuánto me costaría saber
el secreto de vuestra charla?

ANA Milord, no vale el precio
de vuestra demanda; preguntarlo ya es pagar de más.
Nos condolíamos de las desgracias de nuestra señora.

LORD CHAMBELÁN Es esa una ocupación muy loable, y digna
de tan virtuosas mujeres. No perdamos las esperanzas,
puede que todo acabe bien.

ANA ¡Ruego a Dios que así sea!

LORD CHAMBELÁN Vuestro corazón es generoso, y el cielo
bendice a los de vuestra condición. Y, bella señora,
para que veáis que no hablo en vano, y que al rey
no le han pasado inadvertidas vuestras muchas
virtudes. Su majestad, en reconocimiento,
se ha propuesto honraros nada menos que con el título
de marquesa de Pembroke; título al cual agrega
una pensión anual de mi libras esterlinas,
como muestra de generosidad.

ANA No sé bien

cómo corresponder a tales dones; de nada valdría ofrecer todo lo mío y más. A las palabras de mis ruegos les faltará santidad, mis buenos deseos poco serán más que frases huecas; y sin embargo ruegos y deseos son todo lo que puedo ofrecer. Suplico a vuestra merced transmita al rey la obediencia y el agradecimiento de una tímida doncella que ruega por su salud y grandeza.

LORD CHAMBELÁN Señora, no puedo sino confirmar la alta opinión que el rey tiene de vos. (*Aparte.*) La he mirado bien. Su honor y su belleza, en conjunción, le han ganado un rey. A ver si todavía de esta dama no surge una joya que ilumine la isla entera. (*A ellas.*) Diré al rey que hablé con vos.

ANA ¡Honorable señor!

Sale
el LORD CHAMBELÁN.

ANCIANA DAMA ¡Bueno, bueno, parece que así son las cosas! Dieciséis años hace que mendigo en esta corte y no soy sino una mendiga cortesana, que siempre llegaba, cuando pedía dinero, demasiado tarde o muy temprano. Y a ti, ¡ah, destino! que no eres aquí más que un pescado fresco, te llenan la boca antes de abrirla. ¡Maldita, maldita seas, fortuna no buscada!

ANA Esto es muy extraño.

ANCIANA DAMA ¿Qué? ¿Sabe mal? ¿Es amargo? Cuarenta peniques a que no. Cuentan una vieja historia de una dama que no quiso hacerse reina. No, ni por Egipto y todo su barro se iba a rebajar. ¿La conoces?

ANA Vamos, vamos, estás contenta.

ANCIANA DAMA Con tu suerte superaría a la alondra. ¡Marquesa de Pembroke! ¡Y mil libras al año en mera señal de respeto! ¡Sin otra obligación! Por mi vida que promete miles y miles más; la cola del honor es más larga que el frente de su vestido. Ahora ya sabemos

que tu espalda aguanta el peso de un marquesado.
¿No te sientes con más fuerza que hace un rato?

ANA Imagina lo que quieras, y diviértete con ello;
a mí déjame fuera. Que me muera si todo esto
me enciende en algo la sangre. No, me da vértigo
más bien pensar en lo que vendrá.
La reina se ha quedado sin nadie que la consuele,
la descuidamos con nuestra ausencia. Te ruego
que no le cuentes nada de esto.

ANCIANA DAMA ¿Por quién me tomas?

Salen.

ESCENA IV

Trompetas, fanfarria y cornetas. Entran dos maceros con varas cortas de plata; detrás de ellos dos escribientes en hábito de doctores; luego el arzobispo de Canterbury, solo; luego los obispos de LINCOLN, Ely, Rochester y Saint Asaph; luego, a corta distancia, un gentilhomme portando la bolsa con el gran sello y un capelo de cardenal; luego dos sacerdotes, cada uno llevando una cruz de plata; luego GRIFFITH, gentilhomme ujier, la cabeza descubierta, acompañado por un oficial de orden que lleva la maza de plata; luego dos gentileshombres llevando dos grandes columnas de plata; luego, lado a lado, los dos cardenales, WOLSEY y CAMPEGIO, y dos nobles con espada y maza. El REY se sienta bajo el pabellón. Los dos cardenales se sientan un poco más abajo, como jueces. La REINA se sitúa a cierta distancia del rey. Los obispos se colocan a ambos lados de la corte, a la manera de un consistorio; un poco más abajo, los ESCRIBIENTES. El resto de los presentes permanece de pie ocupando el escenario en el orden adecuado.

WOLSEY Que se haga silencio mientras damos lectura a nuestra
comisión de Roma.

REY ¿Para qué? Ya ha sido leída
públicamente, y todas las partes han reconocido
su autoridad. No perdamos más el tiempo.

WOLSEY Que así sea entonces. Proceded.

ESCRIBIENTE Decid: «Enrique, rey de Inglaterra, compareced ante el tribunal».

PREGONERO Enrique, rey de Inglaterra, compareced ante el tribunal.

REY Aquí estoy.

ESCRIBIENTE Decid: «Catalina, reina de Inglaterra, compareced ante el tribunal».

PREGONERO Catalina, reina de Inglaterra, compareced ante el tribunal.

La REINA no contesta. Se levanta de su asiento, atraviesa la corte, llega hasta el REY y se arrodilla

REINA Señor, os pido que actuéis conmigo de manera justa y correcta, y que tengáis compasión, pues soy una pobre mujer, y extranjera además, nacida fuera de vuestros dominios, que aquí no tiene ni juez imparcial, ni garantía alguna de amistad fiable, ni justo proceso. Ay, señor, ¿en qué os he ofendido? ¿Es que acaso mi comportamiento os ha dado algún motivo de disgusto para que decidáis descartarme así y retirarme vuestro favor? El cielo es testigo de que siempre he sido una esposa humilde y fiel, dócil en todo momento a vuestra voluntad, temerosa siempre de atizar vuestro descontento, vasalla fiel de vuestro humor alegre o triste, de acuerdo a cómo se presentara. ¿Cuándo sucedió que contradijera vuestros deseos, o que no los hiciera también míos? Si alguien era vuestro amigo, ¿no me esforcé yo por amarlo, aunque supiese que era mi enemigo? Y si el amigo era mío y causaba vuestro enojo, ¿acaso seguía queriéndolo yo, o le anunciaba que desde entonces le retiraba mi amistad? Tomad nota, señor, de que con esta obediencia he sido vuestra esposa por más de veinte años, y he recibido la bendición de varios hijos vuestros. Si en el transcurso y avatar de todo ese tiempo, podéis alegar, y probar, cosa alguna que afecte mi honor en algo, mi fidelidad conyugal y mi amor y deber a vuestra sagrada persona, entonces en nombre de Dios apartadme de vuestro lado, entregadme a la justicia más severa y que la puerta del desprecio más infame se cierre sobre mí. Tened en cuenta, señor, que vuestro padre, el rey, tenía fama de ser un muy prudente príncipe, de inteligencia y juicio sin par. El mío, Fernando, rey de España, era considerado por todos uno de los príncipes más sabios que hayan reinado en mucho tiempo. No hay duda pues de que el consejo que cada uno convocó en su reino era competente para discutir esta misma cuestión; y ambos coincidieron

en que nuestro matrimonio era legítimo. Por todo esto humildemente os ruego un aplazamiento, hasta que puedan acudir en mi ayuda mis amigos de España, cuyo consejo pediré. Si no es posible, en el nombre de Dios, haced vuestra voluntad.

WOLSEY Señora,

aquí tenéis a todos estos reverendos padres elegidos por vos, hombres doctos y de probada integridad; los mejores del reino, que se han reunido para argumentar en favor vuestro. Si buscáis recuperar la tranquilidad y sosegar la inquietud del rey, es inútil que sigáis importunando a esta corte.

CAMPEGIO Su eminencia ha hablado

justa y correctamente. Y por ello corresponde, señora, que esta real sesión proceda, y sin demora se presenten y se oigan los argumentos de las partes.

REINA Lord cardenal, a vos os hablo.

WOLSEY Señora, estoy a vuestra disposición.

REINA Señor,

estoy a punto de llorar; pero pensando que soy una reina, o al menos por mucho tiempo lo he soñado, y soy, eso sin duda, la hija de un rey, haré de mis lágrimas chispas de fuego.

WOLSEY Esperad. Tened paciencia.

REINA Cuando vos tengáis humildad. No, mejor antes, o Dios me castigará. Por indicios indudables creo que sois mi enemigo, y por lo tanto os recuso como mi juez. Pues sois vos quien ha avivado entre mi señor y yo esta llama de discordia (¡que el rocío de Dios la apagara!) y por lo tanto repito que os aborrezco y con toda mi alma os rechazo como juez. Sois sin duda mi más encarnizado enemigo, y en absoluto sois amigo de la verdad.

WOLSEY Señora, confieso que os desconozco;

esa manera de hablar no se condice con vuestra persona,
que ha mostrado siempre una sabiduría
y dulzura superiores a lo habitual
en las mujeres. Vuestras palabras me ofenden. No guardo
hacia vos animosidad alguna, ni quiero
ser injusto con vos, ni con nadie. Si hasta aquí
he llegado, y dispuesto a ir más lejos, lo hago
autorizado por una comisión del consistorio,
nada menos que el colegio de cardenales de Roma.
Me acusáis de avivar la llama de la discordia.
Lo niego. El rey está aquí presente. Si él me oyera
faltar a la verdad, qué severo (y justo) castigo
no haría caer sobre mi falsía; tan severo como la herida
que habéis infligido a mi veracidad. Me sabe el rey
inocente de vuestra acusación, tanto como
vulnerable a vuestros ataques. Es de él entonces
de quien espero un remedio, que vendrá
de extirpar las ideas erróneas que tenéis.
Gentil señora, antes de que su alteza hable
os ruego que os retractéis de lo que habéis dicho
y que de ahora en más guardéis silencio.

REINA Milord, milord,

soy una simple mujer, demasiado débil para enfrentarme
a vuestra astucia. Pasáis por dócil y modesto al hablar;
vuestro oficio y vocación se muestran al mundo
con mansedumbre y humildad; pero vuestro corazón
henchido rebosa de orgullo, malicia y arrogancia.
Gracias a la fortuna, y al favor de su alteza,
habéis sorteado con ligereza los escalones más bajos,
y ahora los poderosos sirven en vuestro séquito,
y vuestras palabras, domésticas, hacen vuestra voluntad
apenas les dais la orden. Consentís el honor
de vuestra persona más de lo que cuidáis
de vuestra elevada profesión espiritual;
por eso os digo una vez más que os recuso como juez,
y ante todos pongo mi causa entera en manos del Papa,
apelando ante su santidad, para que él me juzgue.

Hace una reverencia al REY y se dispone a partir.

CAMPEGIO La reina

se muestra obstinada, reacia a la justicia, más dispuesta a acusarla que a ponerse en sus manos; eso no está bien. Y ahora se retira.

REY Llamadla de nuevo.

PREGONERO

Catalina, reina de Inglaterra, compareced ante el tribunal.

GRIFFITH Señora, se os manda volver.

REINA ¿Y a vos qué os importa? Seguid andando y regresad cuando digan vuestro nombre. ¡Dios nos ayude! Me han hecho perder la paciencia. Seguid adelante, os ruego. No me detendré; no, ni volveré jamás a presentarme en sus tribunales.

Salen la REINA y sus asistentes.

REY Ve, Catalina, sigue tu camino.

Y si un hombre dice tener esposa mejor que tú, que en ninguna otra cosa le tengan confianza alguna por haber mentido en esa. Si tus cualidades excepcionales, tu trato dulce y gentil, tu docilidad de santa, tu discreción de buena esposa, y todas tus otras piadosas virtudes pudieran describirte, te coronarían como reina de todas las reinas de esta tierra. Su cuna fue noble, y como conviene a su verdadera nobleza se ha portado conmigo.

WOLSEY Muy gracioso señor, suplico con toda humildad vuestra alteza tenga a bien declarar, en presencia de este auditorio (pues allí donde he sido robado y amarrado, aunque pueda demorarse la compensación, ahí mismo se me debe desatar) si alguna vez acudí a vuestra majestad para tratar este asunto, si puse en vuestro camino escrúpulo alguno que os impulsara a cuestionaros, o si alguna vez hablé con vos de la reina, salvo para dar gracias a Dios por tan real señora; ¿acaso pronuncié una sola palabra que en algo pudiera perjudicar su presente majestad, o herir la buena reputación de su persona?

REY Os excuso,

milord cardenal. Sí, por mi honor, os libero de tal acusación. No hace falta que os diga que tenéis muchos enemigos, que ni siquiera saben por qué lo son, pues como perros de aldea ladran, cuando lo hacen sus compañeros. Algunos le han llenado la cabeza a la reina. Os libero de la imputación. ¿No os alcanza? ¿Queréis más? Bien. Siempre estuvisteis a favor de dejar en paz el asunto, nunca quisisteis hacer olas, sino que muchas veces, muchas, pusisteis obstáculos en el camino hacia él. Ante todos entonces doy fe de la inocencia del buen lord cardenal y lo pronuncio libre de sospecha. Ahora resta aclarar qué me movió a ello. Os ruego me oigáis con paciencia. Y tomad nota de mis razones. Comenzó así. Fueron los discursos del obispo de Bayona, entonces embajador de Francia, enviado a nosotros para negociar el matrimonio entre el duque de Orleáns y nuestra hija María, los que provocaron el primer remordimiento, herida y aguijonazo en mi conciencia. Antes de dar por concluido el arreglo, el obispo solicitó un aplazamiento para informar a su rey acerca de la legitimidad de nuestra hija, en duda a causa de nuestro matrimonio con la reina viuda, que fuera en otro tiempo la esposa de mi hermano. Este reparo sacudió el corazón de mi conciencia, me atravesó de lado a lado como un acero y me hizo temblar en lo más profundo de la región de mi pecho; tanto que en esta se abrió un laberinto lleno de perplejas deliberaciones que se arremolinaban y, empujando todas juntas, irrumpían con este escrúpulo. Sentí, primero, que había perdido el favor del cielo, el cual había ordenado a la naturaleza que impidiera que el vientre de mi esposa, habiendo concebido un hijo varón, pudiera brindarle otro cuidado que aquel que la tumba brinda a un muerto; pues su descendencia masculina, o moría en su seno, o poco después de salir al mundo. Me asaltó entonces la idea de que una maldición había caído sobre mí,

que mi reino, digno del mejor heredero de la tierra, no recibiría de mí esa alegría. Luego sopesé el peligro en que ponía mis dominios, si no me aseguraba la descendencia, y al ver su gravedad me estremecí de preocupación. Así a la deriva en el tempestuoso mar de mi conciencia, puse proa hacia este remedio que hoy nos convoca a todos. Quiero decir que es mi intención rectificar el rumbo de mi conciencia, que entonces enfermó y aun hoy no ha sanado, poniéndola en manos de todos los reverendos padres y sabios doctores del reino. Primero me acerqué, en privado, a vos, milord de Lincoln. Recordáis sin duda cómo sudaba bajo la opresión que me cerraba el pecho cuando acudí a vos.

LINCOLN Lo recuerdo bien, señor.

REY Ya he hablado demasiado. Decid vos cuál fue vuestra respuesta.

LINCOLN Con permiso de vuestra alteza, el asunto en un principio me hizo tambalear; tan temibles eran sus posibles consecuencias que dudé en aconsejar el plan más temerario, y sugerí a vuestra alteza el camino que estamos recorriendo ahora.

REY Luego me acerqué a vos, milord de Canterbury, y con vuestro permiso llevé a cabo la siguiente convocatoria. En mi consulta no he dejado fuera a ninguna reverenda persona de esta corte; más aún, solo seguí adelante cuando tuve, firmado y sellado, el consentimiento de cada uno. Seguid adelante entonces, pues no es antipatía alguna contra la reina, sino la espina de las razones que os he explicado lo que hace avanzar el caso. Probad que nuestro matrimonio es legítimo, y por mi vida y mi real dignidad, estaremos contentos de seguir nuestra vida mortal con Catalina, nuestra reina, antes que con cualquier otra criatura que en esta tierra pueda parangonarse con ella.

CAMPEGIO Con la venia de vuestra majestad, en ausencia de la reina corresponde

hacer un alto en el proceso hasta nuevo aviso.
Y mientras tanto se debe, encarecidamente,
solicitar a la reina que renuncie a llevar a cabo
su apelación ante el Papa.

REY (*Aparte.*) Estos cardenales
están jugando conmigo. Detesto las dilaciones
perezosas y todos los trucos de Roma.
Mi docto y querido servidor Cranmer, te echo en falta;
vuelve pronto, por favor. Cuando estás cerca
sé que ya llega mi consuelo. (*A los demás.*) Disolved la asamblea.
Retiraos ya mismo, vamos.

Salen en el orden en el que entraron.

TERCER ACTO

ESCENA 1

Entran la REINA y sus DAMAS, haciendo sus labores.

REINA Hija, toma el laúd. Los pesares me agobian el alma;
canta y dispérsalos si puedes. Deja el trabajo.

DAMA (*Canta.*)

Del laúd de Orfeo el canto,
a montes y bosques sedujo tanto,
que picos y copas inclinaban.
Con sol y lluvia la primavera
su música hacía duradera,
y plantas y flores sin pausa brotaban.
Todos cuántos lo oían tocar
hasta las olas del ancho mar,
se acostaban a disfrutarla.
Tal es de la música la condición,
que todas las penas del corazón
se duermen, o mueren, al escucharla.

Entra un CABALLERO.

REINA ¿Qué ocurre?

CABALLERO Con permiso de vuestra merced, los dos cardenales
esperan en la antecámara.

REINA ¿Quieren hablarme?

CABALLERO A eso han venido, señora.

REINA Hazme entonces el favor
de pedirles que entren.

Sale el CABALLERO.

¿Qué querrán de mí,
una pobre mujer, débil, caída en desgracia?
No me gusta esta visita. Debo suponer la virtud
de sus personas, así como la de sus propósitos.

Pero el hábito no hace al monje.

*Entran los dos cardenales, WOLSEY
y CAMPEGIO.*

WOLSEY La paz sea
con vuestra alteza.

REINA Ama de casa más bien,
en parte; y lo seré del todo si lo peor
llegara a suceder. ¿A qué habéis venido,
reverendos señores?

WOLSEY En un ámbito más privado,
noble señora, podremos contaros en detalle
el motivo de nuestra visita.

REINA Hacedlo aquí.
Nada que yo haya hecho impele a mi conciencia
a ocultarse en rincones. ¡Bien quisieran todas las demás
mujeres decir lo mismo con alma tan limpia!
No hay muchas, milores, que sepan de esta dicha:
la de haber llevado una vida tan justa
que al ser juzgada por cada ojo y cada lengua
aun acosada por la envidia y el rumor
pueda pasar la prueba. Si habéis venido a hurgar
en mi comportamiento como reina y esposa,
decidlo de una vez. La verdad no tiene vueltas.

WOLSEY *Tanta est erga te mentis integritas, Regina serenissima...*

REINA ¡No, buen señor mío, nada de latín!
No ha sido tanta mi pereza desde mi llegada
que no conozca la lengua del país en que viví.
Una lengua extraña, extraña vuelve mi causa,
incluso sospechosa. Hablad inglés, os lo ruego; aquí
todos esperan de vos la verdad, pues su pobre señora
ha sido calumniada y maltratada. Milord cardenal,
el más voluntario pecado por mí cometido
bien puede absolverse en inglés.

WOLSEY Noble señora,
lamento mucho que mi integridad haya hecho brotar
(ella, y mi deber para con su majestad y vos)
tan graves sospechas allí donde solo hay lealtad.

No hemos venido con intención de acusaros, ni para manchar vuestro honor de tantos labios bendito, ni para traicionaros con algún otro pesar, pues muchos, buena señora, son los que ya tenéis. Mas queremos conocer vuestra posición en la disputa que tenéis con el rey, y acerca del particular, con la honestidad y franqueza que nos caracterizan, daros consejo y consuelo.

CAMPEGIO La noble naturaleza

de milord de York, mi muy honorable señora, unida a su celo y a la obediencia que os profesa, haciendo caso omiso de vuestro reciente ataque a su persona y palabra (en el que fuisteis sin duda demasiado lejos) os ofrece, como yo, en señal de paz, su buen juicio y servicios.

REINA (*Aparte.*) Para traicionarme.

(*A los demás.*)

Agradezco, milores, vuestras buenas intenciones. Habláis como hombres honrados. ¡Quiera Dios que así sea! ¿Pero cómo puedo yo, con este pobre ingenio así, de improviso, dar una respuesta sobre un punto que toca tan de cerca a mi honor, y más, a mi vida, a hombres como vosotros, de vuestra eminencia y saber? La verdad, no sé cómo. Estaba dedicada a mis labores, sentada con mis criadas, en nada preparada para una visita y un negocio tales. En nombre de quien fui alguna vez (pues ya siento el último estertor de mi grandeza), buenos señores, dadme un poco de tiempo en el que pedir consejo para mi causa. Soy una mujer sin amigos ni esperanza.

WOLSEY Señora, vuestros temores ofenden el amor del rey.

Vuestros amigos y esperanzas son infinitos.

REINA De poco

me sirven en Inglaterra. ¿Se os ocurre, milores, que algún inglés, poseído por el temerario deseo de ser honesto, se arriesgue a darme consejos, o públicamente, en contra de la voluntad del rey, se declare mi amigo, y pueda seguir siendo un súbdito? No, amigos míos, los que algún alivio

pueden traer a mis pesares, aquellos
en quienes puedo confiar, no viven aquí.
Están lejos; al igual que mis otros consuelos;
están en mi tierra, señores.

CAMPEGIO Mucho me complacería,
señora, que trocaras vuestras penas por mis consejos.

REINA ¿Y cómo sería eso, señor?

CAMPEGIO Poniendo vuestra causa
en manos del rey, de su amor y su generosidad.
Vuestra causa y vuestro honor saldrán favorecidos;
pues si os es contrario el fallo de la ley
vuestra partida será desgraciada.

WOLSEY Dice bien.

REINA Ambos decís lo que os conviene. Buscáis mi ruina.
¿Es este vuestro consejo cristiano? ¡Vergüenza debería daros!
Un juez hay en el cielo, por encima de todos nosotros,
al que ningún rey puede corromper.

CAMPEGIO Os ciega la ira.

REINA ¡Mayor vergüenza entonces! Por mi alma que os creía
santos varones, dos reverendas virtudes cardinales;
y sois más bien pecados cardinales, con agujeros
por corazones. ¡Milores, por pudor, recapacitad!
¿Es este el consuelo que traéis a una mujer desgraciada,
perdida entre vosotros, humillada, ofendida?
No os deseo la mitad de mis pesares; pues tengo
más caridad. Pero eso sí, os haré una advertencia:
tened cuidado, en nombre del cielo, no sea que un día
caiga sobre vosotros la suma de mis penurias.

WOLSEY Deliráis, señora. El bien que queremos haceros
lo convertís en malicia.

REINA Y vosotros, a mí, en nada.

Mejor que se cuiden todos quienes profesan
virtudes cristianas como las vuestras. Si hubiese
en vosotros algún resto de piedad o de justicia,
si tuvierais de clérigos algo más que el hábito,
jamás me aconsejaríais poner mi causa enferma
en manos de quien me odia. Me ha desterrado de su cama,

y de su afecto, hace tanto. Ya soy vieja, milores,
y de tanto que supe darle, ahora me acepta
apenas la obediencia. ¿Qué puede pasarme
que sea peor que esto? Desafío a vuestra sapiencia
a darme un castigo mayor.

CAMPEGIO Peor es vuestro miedo.

REINA ¿Y para llegar a esto fui durante tantos años
una esposa leal? La virtud no tiene amigos;
debo defenderme sola. ¿Una mujer, lo digo
sin jactancia, jamás marcada por la sospecha?
¿Es esta la recompensa que recibo por amar al rey
como amo al cielo, por obedecerlo, por ser mi cariño
como una superstición, por olvidarme de mis rezos,
con tal de darle los gustos? No está bien, señores.
Traedme una mujer que sea constante a su marido,
una incapaz de soñar alegrías que él no apruebe,
y a esa mujer, cuando todo lo haya intentado,
yo la aventajaré, en mérito a mi paciencia inquebrantable.

WOLSEY Os alejáis del bien que os ofrecemos, señora.

REINA Abandonar voluntariamente el noble título
que vuestro señor me otorgó al casarnos es, señor,
un crimen que no me atrevo a cometer. Solo la muerte
podrá divorciarme de mis dignidades.

WOLSEY Escuchadme.

REINA ¡Ojalá nunca hubiera pisado el suelo de Inglaterra,
ni recogido los halagos que en él se siembran!
Tenéis, ingleses, rostro de ángeles, pero el cielo conoce
vuestros corazones. ¿Qué va a ser de mí ahora,
pobre mujer, la más desgraciada de la tierra?
(A sus DAMAS.) Ay, hijas mías, ¿qué ha sido de vuestras fortunas?
Han naufragado en este reino despiadado,
sin amigos, ni esperanza ni lágrimas hermanas;
apenas una tumba me conceden. Soy como
la azucena, que alguna vez fue reina de la pradera,
y hoy se marchita y muere.

WOLSEY Si os dejarais convencer
de la honestidad de nuestros propósitos,
os sentiríais mejor. ¿De qué nos serviría, buena señora,

haceros el menor mal? Nuestra investidura
y los caminos de nuestra profesión nos lo impiden.
Paliar las penas, no sembrarlas, es nuestra tarea.
Por vuestro propio bien, revisad vuestra conducta,
antes que el daño que os causáis sea irreparable,
antes que os aleje para siempre de la buena voluntad
del rey. La obediencia siempre merece besos
en el corazón del rey, pero las almas obstinadas
levantan en él terribles, inflamadas tormentas.
Conozco vuestro carácter, sé que es noble y gentil,
y vuestra alma apacible. Somos lo que profesamos ser:
mediadores, amigos y vuestros servidores.

CAMPEGIO Señora, vos misma lo comprobaréis. Empañáis
vuestras virtudes con temores mujeriles. Un alma noble
como la vuestra debe arrojar lejos de sí
las dudas, como moneda falsa. El rey os ama;
no perdáis ese amor. En lo que a nosotros respecta,
si estáis dispuesta a confiarnos vuestra causa, pondremos
nuestra ciencia y mejores esfuerzos a vuestro servicio.

REINA Haced lo que os parezca, milores, y perdonadme
si mi conducta ha sido impropia. Soy una mujer,
carezco del entendimiento suficiente para dar
adecuada respuesta a personas tan eminentes.
Os ruego enviéis mis respetos al rey; mi corazón aún
le pertenece, y mis oraciones serán suyas
mientras me quede vida. Venid, reverendos padres,
regaladme vuestros consejos. Esta ahora mendiga;
esta, la que cuando pisó estas tierras nunca imaginó
el precio que pagaría por sus dignidades.

Salen.

ESCENA II

*Entran el duque de NORFOLK, el duque de SUFFOLK,
lord SURREY y el LORD CHAMBELÁN.*

NORFOLK Si ahora os unís en las denuncias de vuestros agravios
y las acumuláis con constancia, el cardenal
no resistirá la presión. Si no aprovecháis

la oportunidad del momento, solo os puedo prometer nuevas desdichas, cuyo peso debéis agregar al de las que ya cargáis.

SURREY Toda ocasión

que me permita vengar la memoria de mi suegro, el duque de Buckingham, me llena de alegría.

SUFFOLK ¿Es que hay alguno entre todos los pares al que no haya despreciado, o al menos hecho a un lado sin razón? ¿Cuándo respetó el sello de la nobleza en persona alguna, salvo en la suya?

LORD CHAMBELÁN Vuestras palabras, milores, expresan solo deseos. Sé lo que merece que le hagamos; mas lo que podamos hacerle, aunque el momento nos sea favorable, me da miedo. Si no podéis bloquear su acceso al rey, nunca iniciéis nada contra él, pues su lengua tiene sobre el rey poder de brujería.

NORFOLK Bah, yo no me preocuparía de eso, el hechizo se ha roto. El rey ha encontrado pruebas en su contra que amargan para siempre la miel de su lenguaje. Lo tenemos atrapado; esta vez no se escapa de su ira.

SURREY Señor,
una noticia así no me molestaría recibirla una vez por hora.

NORFOLK Creedlo,
es verdad. Se han descubierto sus maquinaciones en la cuestión del divorcio; ojalá todos mis enemigos quedaran tan expuestos.

SURREY ¿Cómo fue que sus tretas salieron a la luz?

SUFFOLK De manera extraña.

SURREY ¿Cómo?

SUFFOLK Se extraviaron las cartas que escribió al Papa, y llegaron a los ojos del rey; el cual pudo leer

cómo el cardenal le rogaba al Papa
que retrasara el veredicto del divorcio;
pues si era favorable, «percibo», escribió,
«que el rey ha enredado sus afectos con un títere
de la reina, su doncella, Ana Bolena».

SURREY ¿Y el rey lo sabe?

SUFFOLK Sin duda; creedlo.

SURREY ¿Funcionará?

LORD CHAMBELÁN Ahora el rey advierte cómo el cardenal navega
siempre pegado a su propia costa; pero en este punto
todos sus trucos naufragan, y llega con el remedio
cuando el paciente ha muerto: el rey ya se ha casado
con la hermosa dama.

SURREY ¡Ojalá que así sea!

SUFFOLK Que vuestro deseo os llene de alegría, milord,
pues sin duda os ha sido concedido.

SURREY Y toda la doy a ese matrimonio.

SUFFOLK ¡Amén!

NORFOLK ¡El de todos!

SUFFOLK Ya hay orden para la coronación.

Cuidado, la noticia es fresca, no apta todavía
para todos los oídos. Pero, milores, debo decir
que es una criatura hermosa, tanto de alma
como de rasgos y figura. Estoy convencido
que con ella caerá sobre nuestra tierra
una memorable bendición.

SURREY ¿Podrá

el estómago del rey digerir la carta del cardenal?
¡Dios no lo permita!

NORFOLK ¡Amén a eso!

SUFFOLK No, no.

Tiene otras avispas zumbándole alrededor
de la nariz, que antes le harán sentir su agujón.
El cardenal Campegio se ha escabullido
a Roma, sin despedirse, dejando sin resolver

la causa del rey. Ha ido como agente de nuestro cardenal, para secundar en todo su complot. El rey, al saberlo, gritó «¡ajá!», os lo aseguro.

LORD CHAMBELÁN

¡Dios le avive la ira, y su «¡ajá!» suene más fuerte!

NORFOLK ¿Cuándo regresa Cranmer, milord?

SUFFOLK Ha regresado con sus opiniones, que, unidas a las de casi todos los famosos colegios de la cristiandad, han satisfecho los escrúpulos del rey en lo tocante al divorcio. En breve, supongo, su segundo matrimonio se hará público, y tendrá lugar la coronación. Catalina perderá el título de reina, y pasará a ser princesa, viuda del príncipe Arturo.

NORFOLK Este Cranmer

es un hombre de ley, y se ha ocupado con denuedo de los asuntos del rey.

SUFFOLK Así es, y por eso recibirá el título de arzobispo.

NORFOLK Eso he escuchado.

SUFFOLK Y así es.

Entran WOLSEY y CROMWELL.

El cardenal.

NORFOLK Observadlo, está apesadumbrado.

WOLSEY El paquete de despachos, Cromwell, ¿se lo habéis dado al rey?

CROMWELL En mano, y en su habitación.

WOLSEY ¿Abrió el envoltorio?

CROMWELL De inmediato rompió el sello, y ya con el primero que leyó se puso serio. Era visible la atención en su semblante. A vos os mandó esperarlo aquí esta mañana.

WOLSEY ¿Ya estará listo para salir?

CROMWELL Creo que sí.

WOLSEY Dejadme solo un rato, entonces.

Sale CROMWELL.

(*Aparte.*) Será con la duquesa de Alençon, la hermana del rey de Francia; se casará con ella. ¿Ana Bolena? No, no quiero Anas Bolenas para él; hay más en juego que una linda cara. ¡Bolena! No, no habrá Bolenas. Ansío tener noticias de Roma. ¿La marquesa de Pembroke?

Los nobles hablan entre ellos.

NORFOLK Está disgustado.

SUFFOLK Quizá ha escuchado que el rey afila su enojo contra él.

SURREY ¡Que lo afile bastante, Señor,
para Tu justicia!

WOLSEY (*Aparte.*)

¿Una que fue doncella de la reina, la hija de un caballero, será señora de su señora? ¿Reina de la reina? Esta vela quema mal; y yo seré quien la apague. ¿Qué me importa que sea virtuosa, y merecedora de honores? También sé que es una fanática luterana, y no conviene por lo tanto a nuestra causa que esté tan cerca del pecho de nuestro inmanejable rey. Menos ahora, que apareció un hereje, un archihereje: Cranmer. Sobre este arrastrado derrama ahora el rey sus favores, y ha hecho de él su consejero.

NORFOLK Algo lo perturba.

SURREY ¡Ojalá sea suficiente para rasgarle las telas del corazón, hasta la cuerda maestra!

Entran el REY, leyendo un documento, y Lovell.

SUFFOLK ¡El rey! ¡El rey!

REY ¡Mirad la pila de riquezas que ha amasado, y toda para sí! ¡Y los gastos que de hora en hora parecen fluir de sus manos! ¿Cómo hizo, en nombre del lucro,

para recoger semejante rastrillada? Ah, milores.
¿Habéis visto al cardenal?

NORFOLK Milord, hemos estado observándolo. Al parecer en su mente se ha declarado un extraño motín; pues se muerde el labio con sobresalto, se para de golpe, mira el suelo, luego se lleva un dedo a la sien; y de inmediato se lanza a caminar a paso rápido, se detiene de nuevo, se golpea el pecho con fiereza, y alza los ojos a la luna. Lo hemos visto adoptar las más extrañas posturas.

REY Bien puede ser que su mente se haya amotinado. Hoy de mañana me mandó algunos documentos que yo le había pedido para examinar. ¿Y adivinad qué encontré, trasapelado entre ellos, increíblemente, por error? Un inventario que detalla una por una las piezas de su vajilla de oro, además de otros tesoros, objetos de lujo, adornos y mobiliario, todo lo cual sumado excede en mucho a lo que corresponde a un súbdito.

NORFOLK Fue la voluntad del cielo;
alguno de sus espíritus lo puso en el paquete para bendecir a vuestros ojos.

REY Si creyéramos que su contemplación ha dejado atrás lo terreno y ha encontrado su objeto espiritual, le permitiríamos seguir con sus cavilaciones. Pero me temo que solo el mundo sublunar ocupa su atención; no merecen, pues, una atención tan seria.

*El REY se sienta y susurra a Lovell,
quien va hasta el cardenal.*

WOLSEY ¡El cielo me perdone!
¡Dios bendiga a vuestra alteza!

REY Estimado milord, estáis tan lleno de tesoros celestiales, y lleváis el inventario de vuestros dones tan puntillosamente, que el tiempo que descontáis a vuestros negocios espirituales

apenas os alcanza para la contabilidad terrena.
No me habéis resultado un buen economista,
y por eso me alegro de teneros por compañero.

WOLSEY Señor, dedico un tiempo a los oficios santos; otro
a la parte que me toca de los asuntos
de estado; y la naturaleza me impone un tiempo
que debo dedicar a mi sustento, al cual yo,
su frágil hijo, debo prestar atención
como mis hermanos mortales.

REY ¡Bien dicho!

WOLSEY Os garantizo, vuestra alteza, que siempre veréis
uncidos bajo el mismo yugo mi buen decir
y mi buen hacer.

REY Bien dicho de nuevo;
y decir bien es una manera de hacer bien.
Y sin embargo las palabras no son hechos.
Mi padre dijo que os amaba, y con hechos coronó
sus palabras en vos. Desde que ocupó el trono
os he tenido cerca de mi corazón, regalándoos
con cargos que dieran pingües beneficios, y además
recortando mis propios bienes para derramar
sobre vos mi recompensa.

WOLSEY (*Aparte.*) ¿Qué significa esto?

SURREY (*Aparte.*) ¡El Señor eche leña a este fuego!

REY ¿No os he hecho,
acaso, el principal hombre de estado? Os ruego
me digáis si lo que declaro es verdad o no, y si lo es,
entonces aclaradme si en consecuencia estáis o no
en deuda conmigo. ¿Qué tenéis para decir?

WOLSEY Mi soberano y señor, os confieso que vuestras reales
mercedes, con las que a diario me habéis regado, han sido
tantas que mis más encumbrados propósitos, que fueron
más allá de todo esfuerzo humano, igual quedaron
en falta. Mis esfuerzos se han quedado cortos
al lado de mis deseos, pero marchan a la par
de mis habilidades. Si mis objetivos fueron míos,
lo fueron en pro de vuestra muy sagrada persona,

y en beneficio del estado. En agradecimiento a tan grandes mercedes, de las que soy indigno, solo puedo ofreceros mi muy leal gratitud, las plegarias que al cielo elevo por vos y mi fidelidad, que siempre ha ido en aumento y en aumento seguirá hasta que el invierno de la muerte le ponga fin.

REY ¡Qué hermosa respuesta! Sois el vivo retrato del súbdito leal y obediente. El honor que la fidelidad nos gana es su propia recompensa, y cuando no se guarda, la infamia es el castigo. Quiero creer que, en la misma medida en que mi mano ha volcado sobre vos tesoros, mi corazón amor, y mi poder honores más que sobre cualquier otro, así vuestra mano, mente y corazón debieran, más allá de la fidelidad que como súbdito me debéis, en razón del cariño particular que merezco como vuestro amigo, ser míos más que de otro ninguno.

WOLSEY Me reputo de haberme esforzado en todo momento en pro del bien de vuestra alteza, más que del mío propio; de haber sido y ser leal. Aunque la lealtad de todos los demás se resquebraje y se salga de sus almas, y los peligros abunden, más terribles de los que el pensamiento pueda sugerir, mi lealtad, como la roca en el furioso torrente, romperá el embate de las aguas salvajes, y vuestra permanecerá sin conmoverse.

REY ¡Qué nobleza de palabra! Habéis notado, milores, que su corazón es leal: lo ha abierto ante nosotros. Leed esto.

Le da los documentos.

Y después, esto; y luego podéis dedicaros a vuestro desayuno con el apetito que os quede.

Sale el REY, frunciendo el ceño ante el cardenal, los nobles se arremolinan tras él, sonriendo y cuchicheando.

WOLSEY ¿Qué significa esto? ¿A qué se debe este enojo repentino? ¿Cómo me lo he ganado? Se alejó con el ceño fruncido, y en sus ojos fulguraba la ruina. Así mira el león furioso

al arrojado cazador que lo ha herido,
antes de aniquilarlo. Debo leer este documento.
Contiene, me temo, la historia de su ira. ¡Es así,
este papel me deshace! Es el inventario del mundo
de riquezas que he acumulado en mi beneficio;
de hecho, para hacerme del papado y untar
las palmas de mis amigos en Roma. Oh, negligencia fatal,
digna de hacer caer a un tonto. ¿Qué diablo
entrometido me hizo meter este papel secreto
entre los que mandé al rey? ¿Habrá manera
de arreglarlo? ¿Un nuevo truco para sacárselo
de la cabeza? Sé que lo va a alterar mucho;
pero sé también que a pesar de la mala suerte,
puedo salir de esta si encuentro el camino. ¿Y esto?
¿«Al Papa»? Por mi vida, es la carta que le escribí
a su santidad. ¡Ahora sí, adiós! He tocado
el punto más alto de mi grandeza, y ahora,
de ese radiante meridiano de mi gloria,
me precipito a mi ocaso. Caeré, como una brillante
estrella fugaz en el cielo vespertino, y nadie
volverá a verme jamás.

*Entran para ver a WOLSEY los duques de NORFOLK y SUFFOLK, el conde de SURREY y el
LORD CHAMBELÁN.*

NORFOLK Cardenal, os traigo la voluntad del rey.

Os ordena entregar en el acto en nuestras manos
el gran sello, y retiraros a Asher House,
la propiedad de milord de Winchester, hasta tanto
tengáis novedades de su majestad.

WOLSEY Un momento:

no veo, milores, que portéis orden alguna.
Las meras palabras no tienen tanta autoridad.

SUFFOLK Vienen del rey. ¿Quién se atreve a discutir las?

WOLSEY Mientras no venga con algo más que voluntad
y palabras (hablo ahora de vuestra malicia) sabed,
oficiosos señores, que me atrevo a discutirla, y debo hacerlo.
Ahora veo de qué basta madera estáis hechos: envidia.
¡Con qué voracidad seguís la estela de mis desgracias,
como si os engordaran! ¡Qué untuosos y faltos
de escrúpulos os hace la esperanza de mi ruina!

Seguid vuestro envidioso curso, hombres de mal;
sin duda habréis hallado cristianas razones para ello,
y a su debido tiempo os llevará
a vuestro merecido. El sello que con tal violencia
me pedís, me lo dio, de su propia mano, el rey,
vuestro señor; me mandó servirme de él, con el cargo
y honor que trae aparejados, de por vida,
y lo certificó por escrito. Ahora, ¿quién se atreve
a sacármelo?

SURREY El rey, que te lo dio.

WOLSEY Que venga él en persona.

SURREY Eres un traidor arrogante, sacerdote.

WOLSEY Arrogante

lord, mentís. En menos de cuarenta horas
Surrey deseará haberse quemado la lengua
antes de hablar.

SURREY Tu ambición, pecado escarlata,
le robó a esta llorosa tierra la persona
del noble Buckingham, mi suegro. Las cabezas
de todos tus hermanos cardenales, atadas
en un paquete con la tuya y tus mejores
cualidades, no dan el peso de un cabello
de la suya. ¡Maldita sea tu política! Me enviaste
de virrey a Irlanda, donde no podía
acudir en su socorro, lejos del rey y de aquellos
que podían apiadarse del crimen que le endilgaste;
mientras tu santa compasión lo absolvía
con un hacha.

WOLSEY Todo esto, y cuanto este lord
hablador pueda cargar en mi cuenta, lo declaro
falso. El duque recibió lo que por ley
le correspondía. Que no hubo animosidad personal,
lo atestiguan su noble jurado y su innoble causa.
Si desdeñara la brevedad, milord, os diría
que es tan pobre vuestra honestidad como vuestro
honor. En fidelidad y lealtad al rey, mi siempre
real señor, me atrevo a desafiar a un hombre
más integro que Surrey, y a todos quienes lo siguen

en sus locuras.

SURREY Por mi alma, que el hábito
te protege sacerdote; si así no fuera
probaría tu sangre mi espada. ¿Podéis, señores,
aguantar tal arrogancia, viniendo además
de este fulano? Si somos así de mansos y dejamos
que nos corran con un retazo de tela escarlata,
¡adiós nobleza! Que venga su eminencia y nos encandile
como alondras con su gorrito.

WOLSEY Toda bondad
es un veneno para tu estómago.

SURREY Sí, cardenal,
la bondad de amasar, mediante la extorsión,
toda la riqueza de esta tierra; la bondad
de los despachos interceptados con cartas vuestras al Papa,
y contra el rey. Vuestra bondad, ya que me provocáis,
será de todos bien conocida. Milord de Norfolk,
en nombre de vuestra nobleza, de vuestro respeto por
el bien común, de la situación de nuestra
despreciada nobleza, de nuestros hijos (los cuales,
de vivir él, nunca pasarán de hidalgos)
pronunciad ahora la suma total de sus pecados,
los cargos que ha coleccionado en vida. Os pegaré un susto
mayor que el que recibisteis de la campana de misa,
cuando estabas a los besos en brazos de la ramera morena,
lord cardenal.

WOLSEY ¡Cuánto podría despreciar a este hombre
si no fuera porque la caridad me frena!

NORFOLK Los cargos, milord, están en manos del rey; pero puedo
deciros que son infamantes.

WOLSEY Más limpia pues
e inmaculada resplandecerá mi inocencia
cuando el rey conozca mi lealtad.

SURREY No vais
a salvaros tan fácil. Agradezco a mi memoria que me permite
repetiros algunos de los cargos, y así lo haré.
Ahora, si sois capaz de sonrojaros y gritar
«¡culpable!», cardenal, os mostraréis honesto.

WOLSEY Adelante, señor. Reto a vuestras peores acusaciones.

Si me sonrojo, es de ver a un noble tan grosero.

SURREY Prefiero la falta de modales a la de mi cabeza.

¡Tomad! Primero, que sin la anuencia o el conocimiento del rey, habéis obrado para haceros nombrar legado papal, vulnerando la jurisdicción de todos los obispos.

NORFOLK Segundo, que cada carta

escrita a Roma, o a príncipes extranjeros, la firmabais «*Ego et Rex meus*»; por lo cual hacíais quedar al rey como sirviente vuestro.

SUFFOLK Luego, que a espaldas

del rey y su consejo, cuando viajasteis a Flandes como embajador ante el emperador, os atrevisteis a llevar con vos el gran sello.

SURREY Además, que disteis amplios poderes a Gregory de Cassado

para formalizar, sin el consentimiento del rey ni el permiso del estado, una alianza entre su alteza y Ferrara.

SUFFOLK Y que por pura ambición

habéis hecho estampar vuestro capelo en la moneda del rey.

SURREY Y por último, que habéis remitido incalculables

tesoros (que vuestra conciencia sabrá cómo habéis conseguido) para abastecer a Roma, y pavimentar el camino de vuestras dignidades, en detrimento y ruina del reino entero. Tenemos muchos cargos más; pero como todos os competen, y son por ello odiosos, no mancharé mi boca con ellos.

LORD CHAMBELÁN ¡Oh, milord,

no golpeéis a un hombre caído! Hacerlo no es virtud. Sus faltas están abiertas a la ley; que ella, y no vos, lo castiguen. Mi corazón llora de ver tan pequeño a quien fuera tan grande.

SURREY Lo perdono.

SUFFOLK Lord cardenal, debido a que todos los actos del último tiempo, que en este reino habéis realizado en carácter

de legado, caen bajo la jurisdicción de una *praemunire*, es voluntad del rey que la ley se aplique en vos. Por tanto quedan confiscados todos vuestros bienes, tierras, dominios, bienes muebles y todo lo demás; quedáis fuera de la protección del rey. Esas son mis órdenes.

NORFOLK Y ahora sí, os dejamos en libertad de seguir meditando cómo llevar una vida mejor. El rey tendrá noticia de vuestra obstinada negativa a entregar el gran sello, y sin duda os lo agradecerá. Que os vaya bien, mi no muy buen lord cardenal.

Salen todos excepto WOLSEY.

WOLSEY Adiós entonces

a vuestros no muy buenos deseos. Adiós, un largo adiós, a toda mi grandeza. Así es la humana condición: nacen hoy las tiernas hojas de la esperanza. Mañana florece, sonrojada por el peso de los honores. Al tercer día, cuando pensaba, pobre hombre crédulo, que su grandeza estaba a punto de madurar, llega la helada, la helada asesina, y le quema la raíz. Y así cae, como he caído yo. Me he aventurado, como los niños audaces que nadan sobre vejigas, durante tantos veranos en un mar de gloria, sin advertir que ya no hacía pie. Mi orgullo, demasiado inflado, reventó, dejándome exhausto, y viejo por el servicio, a merced de la brutal corriente que me hunde para siempre. Vana pompa y gloria de este mundo, cómo os aborrezco. Siento como si mi corazón volviera a abrirse. ¡Desdichado el hombre cuya vida cuelga del favor del príncipe! Hay, entre aquella sonrisa hacia la cual tendemos la mano y la caída y la ruina, más miedos y dolores que en guerras y mujeres. Y cuando cae, cae como Lucifer, para no volver a levantarse nunca.

Entra CROMWELL, atónito.

Ah, Cromwell, ¿cómo estáis?

CROMWELL Sin palabras, señor.

WOLSEY ¿Qué, mis desgracias os asombran? ¿Tanto se espanta vuestro espíritu de ver la decadencia de un gran hombre? Ah, no; si vos lloráis, sin duda he caído.

CROMWELL ¿Cómo está vuestra merced?

WOLSEY Bien. Bien. Nunca he estado tan verdaderamente feliz, mi buen Cromwell. Al fin sé quién soy, y siento en mi interior una paz superior a toda dignidad terrena: una conciencia calma, acallada. El rey me ha curado, y de estos hombros, estas ruinosas columnas, por compasión ha quitado una carga, tanta que podría hundir a una flota: demasiado honor. ¡Cuánto se lo agradezco! Ah, Cromwell, era mucho peso para un hombre que aspira al cielo.

CROMWELL Me alegra que vuestra merced lo tome así.

WOLSEY Esa es mi esperanza: creo estar preparado, ahora, con esta nueva fortaleza de alma que siento, a tolerar más penas, muchas más que las que mis timoratos enemigos pueden ofrecer. ¿Qué noticias traéis?

CROMWELL La peor es la de vuestra disputa con el rey.

WOLSEY ¡Dios lo bendiga!

CROMWELL Otra, que sir Thomas More os ha reemplazado como lord canciller.

WOLSEY Eso sí que es súbito. Pero es hombre instruido. Le deseo que se mantenga por mucho tiempo en el favor del rey, y en pro de la verdad ejerza la justicia; que sus huesos, cuando haya llegado al fin del viaje y duerma entre bendiciones, merezcan la tumba del llanto de los huérfanos. ¿Qué más?

CROMWELL Que Cranmer ha vuelto, bien

recibido, y ya arzobispo de Canterbury.

WOLSEY Eso sí que son noticias.

CROMWELL Por último, que lady Ana,
hace tiempo ya en secreto casada con el rey,
se ha mostrado hoy en público, camino a la capilla,
como reina, y ahora no se habla de otra cosa
que de su coronación.

WOLSEY Esa, Cromwell, fue la pesa que me hundió. El rey
ha seguido sin mí, dejándome atrás. He perdido
para siempre todas mis glorias por esa mujer.
El sol ya no será más heraldo de mis honores,
ni pintará de oro la noble tropa que escoltaba
mis sonrisas. Aléjate de mí, Cromwell;
soy solo un pobre caído en desgracia, indigno
de ser tu amo y señor. Acércate al rey,
¡ese sol que el cielo impida que se ponga!
Él sabe, por mí, del tamaño de tu lealtad. Conozco
bien su naturaleza, es noble, y algún pequeño
recuerdo de mí lo conmoverá, impidiendo
que conmigo muera el de tu buen servicio, que
querrá recompensar. No lo descuides, Cromwell,
aprovecha la oportunidad.

CROMWELL Oh, señor,
¿debo entonces dejaros? ¿Debo renunciar
a un señor tan bueno, noble y verdadero?
Sed testigos, quienes no tengáis corazón
de hierro, con qué pena Cromwell deja a su señor.
Serán mis servicios del rey, pero mis plegarias
por siempre y siempre solo serán para vos.

WOLSEY Cromwell,
creí que podría atravesar todas mis penas
sin derramar una sola lágrima; pero me has obligado,
con tu sinceridad, a portarme como una mujer.
Ven, sequémonos el llanto y escucha
lo último que te diré; y luego, cuando
haya sido olvidado y duerma bajo el frío
mármol, donde no se vuelva a hacer mención
de mi nombre, podrás decir que yo te enseñé.
Dirás que Wolsey, aquel que alguna vez marchó

por caminos de gloria, y midió todos los abismos
y los escollos del honor, logró encontrar,
en medio de su naufragio, un camino seguro por el cual
tú pudieras subir, el camino que él perdió. Toma nota
de mi caída, y de lo que me perdió. Cromwell, te mando
que arrojes de ti la ambición: por ese pecado cayeron
los ángeles. ¿Cómo puede pues el hombre, imagen
de su Creador, ganar algo con ella? Ama
a los demás primero, cuida del corazón
de quien te odia; recuerda que menos obtiene la corrupción
que la honestidad. Lleva siempre la paz en tu diestra
para acallar la envidia; sé justo y no temas.
Que todas tus metas sean las de tu país, de Dios
y de la verdad. Entonces, Cromwell, si caes, caerás
como un mártir bendito. Sirve al rey. Y por favor
llévame a casa. Allí harás el inventario
de todo cuanto poseo, hasta el último penique.
Todo es del rey. Mi hábito y mi devoción al cielo
son todo lo que guardaré. Ah, Cromwell, Cromwell,
si hubiera servido a Dios con la mitad del celo
con que he servido a mi rey, Él no me habría abandonado,
en mi vejez, desnudo ante mis enemigos.

CROMWELL Paciencia, mi buen señor.

WOLSEY La tengo. ¡Adiós, anhelo
de corte! Ahora mis esperanzas viven en el cielo.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran dos CABALLEROS y se encuentran.

PRIMER CABALLERO

Qué bueno encontraros de nuevo.

SEGUNDO CABALLERO Lo mismo digo.

PRIMER CABALLERO ¿Habéis venido a apostaros aquí para ver pasar a lady Ana de vuelta de su coronación?

SEGUNDO CABALLERO Solo para eso. En nuestro último encuentro vimos al duque de Buckingham volviendo de su juicio.

PRIMER CABALLERO Así fue. Pero aquella era ocasión de lamentos; esta, de regocijo.

SEGUNDO CABALLERO Tenéis razón sin duda.

Seguro que los ciudadanos habrán expresado su apego a la corona (lo cual, admitámoslo, hacen con brío) celebrando este día con desfiles, procesiones y otros espectáculos y demostraciones de lealtad.

PRIMER CABALLERO Nunca su apego fue mayor, y nunca antes mejor recibido.

SEGUNDO CABALLERO

¿Puedo tomarme el atrevimiento de preguntaros qué contiene el papel que lleváis?

PRIMER CABALLERO Es la lista

de quienes según el derecho de costumbre de la coronación vienen hoy a reclamar los cargos que les corresponden. El primero es el duque de Suffolk, que solicita ser el mayordomo mayor; luego el duque de Norfolk, para ser el conde mariscal. Leed vos el resto.

SEGUNDO CABALLERO

Os lo agradezco, señor; si no conociera las costumbres dependería por entero de vuestro papel. Os ruego, decidme qué ha sido de Catalina, la princesa viuda. ¿Cómo va lo suyo?

PRIMER CABALLERO También eso os lo puedo decir. El arzobispo de Canterbury, acompañado por otros padres reverendos e ilustrados de su mismo rango, reunió hace poco las cortes de la ley en Durham, a seis millas de Amphill, donde se aloja la princesa. Más de una vez la citaron, pero nunca fue. Para ser breve, por no comparecer, por los escrúpulos del rey, y por aprobación general de tan ilustrados varones, quedó divorciada. Su pasado matrimonio lo declararon nulo; desde entonces se ha trasladado a Kimbolton y allí permanece, enferma.

SEGUNDO CABALLERO Ay, pobre señora.

Trompetas.

Suenan las trompetas. Apartémonos, viene la reina.

Oboes.

Orden del cortejo de coronación.

- 1. Primero animada fanfarria.*
- 2. Luego, dos jueces.*
- 3. El lord canceller, precedido por la bolsa del tesoro y la maza ceremonial.*
- 4. Coro, cantando. Música.*
- 5. El alcalde mayor de Londres, portando la maza ceremonial. Luego el heraldo mayor de la jarretera, en su escudo de armas, con una corona de cobre dorado sobre su cabeza.*
- 6. El marqués de Dorset portando un cetro de oro, con una media corona de oro. Lo acompaña el conde de Surrey, portando la vara de plata con la paloma, con una pequeña corona de conde. Collares con eslabones en forma de «S».*
- 7. El duque de Suffolk como mayordomo mayor, ceñido con su pequeña corona, vestido con traje de ceremonia y portando una larga varita blanca. Lo acompaña el duque de Norfolk, portando el bastón de mariscal, también con su pequeña corona. Collares con eslabones en forma de «S».*
- 8. Cuatro barones de los «Cinco puertos» llevando un dosel sobre la reina, que va ataviada con su manto y lleva el cabello suelto, adornado con perlas y coronado. La flanquean los obispos de Londres y Winchester.*
- 9. La anciana duquesa de Norfolk con una corona con flores entrelazadas, sosteniendo la cola de la reina.*
- 10. Numerosas damas o condesas, coronadas por aros de oro sin flores. La procesión atraviesa con orden y pompa el escenario.*

SEGUNDO CABALLERO

Un cortejo real, sin duda. A varios los conozco.
¿Quién lleva el cetro?

PRIMER CABALLERO El marqués de Dorset;
y aquel de la vara es el conde de Surrey.

SEGUNDO CABALLERO Un bravo caballero. ¿Y aquel no es acaso el duque de Suffolk?

PRIMER CABALLERO El mismo. Mayordomo mayor.

SEGUNDO CABALLERO Y aquel... ¿milord de Norfolk?

PRIMER CABALLERO Habéis acertado.

SEGUNDO CABALLERO (*Mirando a la REINA.*) ¡El cielo os bendiga, tenéis el rostro más dulce que jamás haya visto! Señor, por mi alma, es un ángel; el rey tiene en sus manos las Indias enteras, y más, toda riqueza, cuando la abraza. No puedo culparlo por haber adormecido su conciencia.

PRIMER CABALLERO

Los barones de los Cinco Puertos sostienen el dosel de honor sobre la reina.

SEGUNDO CABALLERO Son felices, como todos los que pueden estar cerca de ella.

Supongo que la noble señora que le lleva la cola es la duquesa de Norfolk.

PRIMER CABALLERO Lo es, y todas las damas son condesas.

SEGUNDO CABALLERO Lo dicen sus coronitas. De veras que son estrellas...

PRIMER CABALLERO Sí. Y algunas, estrellas caídas.

SEGUNDO CABALLERO Basta de eso.

*Termina de pasar el cortejo. Toque de trompetas.
Entra un TERCER CABALLERO.*

PRIMER CABALLERO

¡Dios os guarde! ¿Dónde os habéis estado asando?

TERCER CABALLERO Entre la muchedumbre de la abadía, en donde no cabe ni un dedo. El mero sudor de su alegría me ahogaba.

SEGUNDO CABALLERO ¿Habéis visto la ceremonia?

TERCER CABALLERO Por supuesto.

PRIMER CABALLERO ¿Qué tal estuvo?

TERCER CABALLERO Digna de verse.

SEGUNDO CABALLERO Describidla, por favor, señor mío.

TERCER CABALLERO Lo mejor que pueda. Deslumbrante, el cortejo de lores y damas, habiendo acompañado a la reina

hasta un lugar preparado en el coro, se retiró
algunos pasos, mientras su majestad se sentaba
en un lujoso trono, para descansar
una media hora, desplegando
ante el pueblo la gran belleza de su persona.
Creedme señor, es sin duda la mujer más bella
que haya yacido al lado de hombre alguno.
De la gente, cuando la vio, surgió un clamor
como el del cordaje en medio de la tempestad,
igual de imponente y variado. Volaron sombreros,
capas y también jubones; si hubieran tenido el rostro
igual de suelto, lo habrían perdido hoy. Nunca vi
una alegría como esa. Mujeres gruesas de vientre,
a días de parir, como arietes en tiempo de guerra,
embestían la multitud, haciéndola trastabillar
y retroceder ante ellas. No había un solo hombre
que pudiera decir «esta es mi esposa»,
tan entreverados estaban todos.

SEGUNDO CABALLERO ¿Y luego?

TERCER CABALLERO Su majestad se levantó por fin, y se acercó
al altar con pasos medidos; se arrodilló
y oró devotamente, elevando los ojos al cielo,
como una santa. Se inclinó ante el pueblo
y recibió del arzobispo de Canterbury
los símbolos visibles de la realeza: los óleos
sagrados, la corona de Eduardo el Confesor,
la vara, el ave de la paz y otros emblemas
por el estilo, que sostenía con elegancia.
Luego un coro con los mejores músicos del reino
cantó el *Te Deum*. Entonces ella partió,
y con la misma pompa la acompañó el cortejo
hasta York Place, donde se hace la fiesta.

PRIMER CABALLERO No debéis ya llamarlo York Place, señor,
ese título ha caído con el cardenal.
Ahora pertenece al rey. Llamadlo Whitehall.

TERCER CABALLERO Lo sé, pero hace tan poco que cambió
que no me acostumbro.

SEGUNDO CABALLERO Los dos reverendos obispos,
que flanqueaban a la reina, ¿quiénes eran?

TERCER CABALLERO Stokesley y Gardiner. Este de Winchester,
hasta hace poco secretario del rey,
y aquel de Londres.

SEGUNDO CABALLERO Se dice que el de Winchester
no es muy amigo del arzobispo, el virtuoso
Cranmer.

TERCER CABALLERO Todos en el reino lo repiten; sin embargo
aún no ha habido una ruptura. Cuando la haya,
Cranmer descubrirá un amigo que no ha de rehuirlo.

SEGUNDO CABALLERO
Y decidme, ¿quién vendría a ser?

TERCER CABALLERO Thomas Cromwell,
un hombre bien estimado del rey, y en verdad
un amigo valioso. El rey lo ha nombrado guardián
de las joyas de la corona,
y lo ha hecho miembro del Consejo privado.

SEGUNDO CABALLERO Y este es solo el comienzo.

TERCER CABALLERO Así es, sin duda alguna.
Venid caballeros, acompañadme un trecho
hasta la corte, y sed allí mis invitados:
todavía tengo influencias. Camino hacia allá
os contaré el resto.

PRIMER Y SEGUNDO CABALLEROS A vuestras órdenes, señor.

Salen.

ESCENA II

*Entra CATALINA, la princesa viuda, enferma, guiada por GRIFFITH,
su gentilhombre ujier, y PACIENCIA, su camarera.*

GRIFFITH ¿Cómo está vuestra merced?

CATALINA Enferma de muerte,
Griffith. Mis piernas se doblan como ramas cargadas
que ansían soltar su peso. Acércame una silla.
Así, así. Ahora siento algún alivio.
¿No me dijiste, Griffith, mientras me escoltabas,

que aquel niño mimado del honor, el cardenal
Wolsey, ha muerto?

GRIFFITH Sí, señora. Pero pensé
que vuestro dolor os impedía escucharme.

CATALINA Cuéntame entonces, Griffith, cómo fue su muerte.
Si fue buena, en buena hora me ha precedido
para servirme de ejemplo.

GRIFFITH Fue buena, señora,
por lo que he escuchado. El duque de Northumberland
lo arrestó en York, presentándolo públicamente
como hombre de honor manchado. Ante esos cargos
el cardenal pronto enfermó; y tan débil se puso
que no podía montar su mula.

CATALINA ¡Pobre hombre!

GRIFFITH En tramos cortos pudo al fin llegar a Leicester,
donde el abad, unido a todo su convento,
lo recibió honorablemente y lo alojó.
«Ah, padre abad», dijo allí el cardenal,
«un anciano quebrado en las tormentas del estado
quiere dar entre vosotros descanso a sus huesos;
por caridad, no le neguéis algo de tierra».
A su cama lo llevaron. Ávida, la enfermedad
siguió sus pasos, y al cabo de tres noches, a eso
de las ocho, como él mismo había predicho,
plenamente arrepentido y por entero dedicado
al llanto, a los pesares y a continuas meditaciones,
al mundo regresó todos sus honores,
al cielo su parte bendita, y durmió en paz.

CATALINA ¡Que así descanse, y que le sea leve el peso
de sus faltas! Permíteme, Griffith, decir lo que pienso
de él con la mayor caridad. El vientre de su ambición
no respetaba límites, y cuando se medía,
se medía con príncipes; en la trama de sus intrigas
había enredado al reino. La simonía era juego limpio,
su opinión era su ley. Era capaz de mentir
en presencia del rey; sus sentidos eran tan dobles
como sus palabras. Mostraba piedad
solo para mejor tramar tu ruina.

Tan grande era su promesa como lo era él,
sus logros tan pobres como él lo es ahora.
Su cuerpo estaba enfermo, su ejemplo para el clero
era nefasto.

GRIFFITH Bien sabéis, noble señora,
que las malas costumbres se graban en bronce,
las virtudes en cambio se escriben en agua.
¿Me dará vuestra alteza permiso
para destacar sus cualidades?

CATALINA Adelante, Griffith
o me acusarán de ser injusta.

GRIFFITH El cardenal
estaba, pese a su origen humilde, destinado
a los mayores honores. Casi desde la cuna
fue estudioso y se mostró erudito e instruido,
de especial sabiduría, elocuente y persuasivo;
áspero y altivo con quienes poco lo querían,
suave como el verano con quienes lo cortejaban.
Bien sé, señora, que su ambición de poseer
no conocía límites, y eso es un pecado.
Mas cuando daba, daba como un rey.
Dad testimonio vosotros, gemelos templos del saber,
Ipswich y Oxford, tanto el que con él ha caído,
por no sobrevivir a su buen fundador;
como el otro, famoso a pesar de estar inconcluso,
y de excelencia tan probada, de tan continuo progreso,
que la Cristiandad cantará por siempre sus loas.
Su caída lo colmó de felicidad, pues fue entonces
y solo entonces, que se encontró a sí mismo
y pudo conocer la bendición de ser pequeño.
Y en su vejez recibió un honor que ningún hombre
podía concederle: el de morir en el temor de Dios.

CATALINA No deseo tras mi muerte otro heraldo de mi vida,
ningún otro que al hablar de mis acciones,
sepa guardar mi honor de toda mancha de calumnia
que un cronista tan honesto como Griffith.
Tu moderación, tu exacto apego a la verdad,
logran que dé ahora honor en sus cenizas
a aquel que más he odiado. ¡La paz sea con él!

Acércate, Paciencia, y ponme un poco más abajo;
ya pronto dejaré de molestarte. Buen Griffith,
que los músicos toquen para mí ese aire triste
que mi campana fúnebre he llamado, mientras medito
en la armonía celestial que me espera en lo alto.

Música triste y solemne.

GRIFFITH Se ha dormido. Sentémonos sin hacer ruido, hija,
no vayamos a despertarla. Despacio, gentil Paciencia.

*Se sientan.
La visión*

Entran solemnes, uno tras otro, seis personajes vistiendo túnicas blancas, las cabezas coronadas de laurel, los rostros cubiertos con máscaras de oro y sosteniendo ramas de palma o de laurel. Le hacen primero a Catalina una respetuosa reverencia; luego bailan. Al formarse cierta figura de la danza, los dos primeros sostienen una guirnalda sobre la cabeza de Catalina, mientras los otros cuatro hacen reverencias. Luego los dos primeros entregan la guirnalda a los dos siguientes, que repiten la figura, sostienen sobre la cabeza de Catalina la guirnalda y luego la entregan a los dos últimos, que repiten lo mismo. En ese momento, como por inspiración, Catalina da en su sueño señales de regocijo y alza las manos al cielo. Y entonces, sin dejar de bailar, los personajes desaparecen, llevando con ellos la guirnalda mientras la música sigue.

CATALINA Espíritus de la paz, ¿adónde os habéis ido?
¿Habéis partido, abandonándome a mi dolor?

GRIFFITH Aquí estamos, señora.

CATALINA No es a vosotros a quien llamo.
¿Nadie entró mientras dormía?

GRIFFITH Nadie, señora.

CATALINA ¿No? ¿No habéis acaso visto cómo me invitaba
a un banquete una legión de bienaventurados,
cada rostro un rayo de sol que me bañaba?
Me prometían felicidad eterna, Griffith,
y trajeron guirnaldas, que por ahora no soy digna
de llevar. Pero sin duda pronto lo seré.

GRIFFITH Me alegra mucho, señora, que buenos sueños
visiten vuestra fantasía.

CATALINA ¡Que se vayan los músicos!
Su sonido es áspero y pesado.

La música cesa.

PACIENCIA ¿Habéis notado
cómo de pronto nuestra señora ha desmejorado?
¿Cómo su rostro se ha puesto, demacrado, pálido,
y de color terroso? Observad sus ojos.

GRIFFITH Se nos va, hija. ¡Reza!

PACIENCIA ¡El cielo se apiade de ella!

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Con permiso, señora...

CATALINA ¡Jovencito insolente!
¿No merecemos más respeto?

GRIFFITH (*Al MENSAJERO.*) Es tu culpa.
Sabiendo que no se resigna a perder su antigua grandeza,
vienes con malos modales. De rodillas, pronto.

MENSAJERO Ruego humildemente vuestra alteza me perdone.
La prisa me hizo descortés. Ha venido a veros
un caballero, enviado del rey. Está esperando.

CATALINA Hazlo pasar, Griffith. Pero a este sujeto
no quiero volver a verlo.

*Sale el MENSAJERO.
Entra lord CAPUCIO.*

Si la vista no me engaña
sois el señor embajador de mi sobrino,
el emperador, y vuestro nombre es Capucio.

CAPUCIO Señora, el mismo, y vuestro servidor.

CATALINA Mirad, milord,
qué extraña mudanza de tiempos y títulos he sufrido
desde nuestro primer encuentro. Os ruego me digáis
qué os trae por aquí.

CAPUCIO En primer lugar, señora,
ofreceros mis servicios para lo que necesitéis.
Luego, la voluntad del rey, quien apenado

por vuestra salud delicada dispuso esta visita,
y a través de mí envía sus muy reales cumplidos,
y os ruega de todo corazón que no os desaniméis.

CATALINA Oh, buen señor, tarde llega ese consuelo.

Es como el perdón después de la ejecución;
ese remedio me habría curado, de haber llegado a tiempo.
Ahora mi único remedio son las oraciones.
¿Cómo está su alteza?

CAPUCIO En buena salud, señora.

CATALINA Que así siga, y que mientras yo habite entre gusanos
y mi nombre haya sido desterrado de este reino
él siga floreciendo. Paciencia, ¿has mandado ya
la carta que escribiste a mi pedido?

PACIENCIA No, señora.

Se la entrega a CATALINA.

CATALINA Humildemente, señor, os ruego que entreguéis
esta carta al rey.

CAPUCIO Con todo gusto, señora.

CATALINA En ella encomiendo a su bondad la imagen
de nuestro casto amor, su joven hija María,
a quien el cielo rocíe con lluvia de bendiciones,
y le solicito que la eduque en la virtud.
Ella es joven, de carácter noble y modesto, y espero
que sepa merecer tales cuidados. Y que la quiera
un poco, más no sea por lo mucho
que la madre lo amó (solo el cielo sabe cuánto).
Mi otra humilde petición es que se apiade
de mis infortunadas damas, que me han sido
leales por igual en la fortuna buena y mala.
No hay una entre ellas, sin perjurio me atrevo a afirmar,
que en mérito a su virtud y pureza de alma,
que en razón de su honestidad y decente decoro,
no merezca un buen esposo, y noble además.
¡Dichoso el hombre que case con cualquiera de ellas!
Por último, que a mis servidores, cuya pobreza
(pues son los más pobres) nunca los apartó de mí,
les paguen sus jornales, con algo de más

para que me recuerden con afecto. Otra querría
que fuese nuestra despedida si el cielo me hubiese otorgado
vida más larga y medios suficientes.

Esto es todo lo que contiene; y buen señor,
no abandonéis a mi gente, si deseáis la paz cristiana
a las almas que han partido, e insistid ante el rey,
por todo lo que en el mundo más queráis,
que no me niegue este derecho.

CAPUCIO Así lo haré,

el Cielo sea testigo, o pierda yo la forma de hombre.

CATALINA Os lo agradezco, mi noble señor. Con toda humildad,

recordad a su alteza de mi persona; decidle que por fin
se van de este mundo todos sus problemas. Y contadle
que en mi lecho de muerte lo bendije, pues así lo haré.

Adiós, señor. Ya la luz va dejando mis ojos. Adiós,
Griffith. No, tú no, Paciencia, no me dejes aún.

Acompáñame hasta la cama. Llama a las otras criadas.

Y cuando haya muerto, hija, tratadme todas

con honor, cubridme por completo de vírgenes flores;

que todo el mundo sepa que fui una esposa casta

hasta la misma tumba. Embalsamadme luego,

y aunque de mi realeza haya sido despojada,

enterradme como a una reina, hija de un rey. No puedo más.

Salen conduciendo a CATALINA.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entra GARDINER, obispo de Winchester, precedido por un PAJE que lleva una antorcha, y se encuentra con sir Thomas LOVELL.

GARDINER Es la una, muchacho, ¿no?

PAJE Ya ha dado, señor.

GARDINER Son horas para necesidades estas, y no para placeres; tiempo para restaurar nuestra naturaleza con el descanso reparador, no para perderlo así. ¡Buenas noches, sir Thomas! ¿Adónde vais tan tarde?

LOVELL ¿Venís de ver al rey, milord?

GARDINER Así es, sir Thomas. Lo dejé jugando a la primera con el duque de Suffolk.

LOVELL Yo también debo verlo, antes de que se acueste. Con vuestro permiso, milord.

GARDINER No, sir Thomas, un momento. ¿Qué pasa? Os veo apremiado. Comentad con vuestro amigo, a no ser que implique una infidencia grave, en qué negocio andáis. Los asuntos que salen a medianoche, como los fantasmas, son por naturaleza más serios que aquellos que andan de día.

LOVELL Os tengo aprecio, milord, y confiaré a vuestro oído un secreto mucho mayor que aquel. La reina está de parto; según dicen en grave peligro, y se teme que en ese trabajo se le vaya la vida.

GARDINER Rezo con unción por el fruto de ese vientre; que buen parto y mejor vida tenga. Pero al árbol del que brota, sir Thomas, quiero verlo arrancado de raíz.

LOVELL Podría tal vez decir amén

a vuestro deseo; pero mi conciencia me dice que es una buena criatura. La dulce señora merece nuestros mejores deseos.

GARDINER Pero señor, señor,

sir Thomas, escuchadme. Sois uno de nosotros, y bien conozco vuestra sabiduría y devoción; debo decir que nada irá bien (os lo digo yo, sir Thomas, nada irá bien) hasta que ella y sus dos manos, Cranmer y Cromwell, duerman en sus tumbas.

LOVELL Señor, ahora estáis hablando

de los dos hombres más notables del reino. Cromwell ha sumado a su cargo de guardajoyas los de encargado de la cancillería y secretario del rey, y se halla en el umbral de dignidades aún mayores, que el tiempo le traerá. Y el arzobispo es la mano y la boca del rey. ¿Quién se atreve a decir una sílaba en su contra?

GARDINER Muchos,

sir Thomas; hay muchos que se atreven, y yo también me he atrevido a decir lo que pienso; hoy, sin ir más lejos, he puesto a los lores del Consejo en su contra, convenciéndolos de que es (pues basta que yo lo diga para que ellos lo acepten) un archihereje de la peor calaña, una pestilencia que infecta nuestro reino; y ellos conmocionados se lo han contado al rey, quien en virtud de su gracia ilimitada y principesca cautela, anticipando los inicuos males que le presentaban nuestras razones, les ha dado crédito a punto tal de ordenarle que tenga a bien comparecer ante el Consejo. Es una mala hierba, sir Thomas; debemos arrancarla de raíz. Veo que os estoy reteniendo, sir Thomas, tenéis que hacer. Muy buenas noches.

LOVELL Buenas noches a vos, milord. Siempre servidor vuestro.

*Entran el REY y SUFFOLK.
Salen GARDINER y el PAJE.*

REY Basta por hoy, Charles. No jugaré más. Tengo

la cabeza en otra parte, y no puedo contigo.

SUFFOLK Señor, es la primera vez que puedo ganaros.

REY Y poco, Charles, y menos aún
cuando pueda concentrarme en el juego.
Ah, Lovell. ¿Qué noticias tienes de la reina?

LOVELL No me fue posible darle en persona el mensaje
que me encomendasteis, pero se lo envié con su criada.
Contestó dándoos las gracias con gran humildad,
y desea que vuestra alteza rece por ella
de todo corazón.

REY ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Rezar
por ella? ¿Ha comenzado el parto ya?

LOVELL Eso dice
su criada, y agregó que sufre tanto que cada pujo
es una agonía.

REY ¡No! ¡Pobre señora!

SUFFOLK Que el cielo
la alivie de su carga sin peligro, y suave haga
su trabajo, trayendo a vuestra alteza la felicidad
de un heredero.

REY Ya ha pasado la medianoche,
Charles; por favor, a la cama, y en tus oraciones
recuerda el estado de mi pobre reina. Déjame solo;
debo pensar en cosas que no son amigas
de la compañía.

SUFFOLK Deseo a vuestra alteza que pase
una buena noche, y recordaré a mi buena señora
en mis oraciones.

REY Buenas noches, Charles.

*Sale SUFFOLK.
Entra sir Anthony DENNY.*

Bien,
señor, ¿y ahora qué?

DENNY He venido, señor, con milord el arzobispo,
como me habéis ordenado.

REY ¿Eh? ¿Canterbury?

DENNY Sí, mi buen señor.

REY Es verdad. ¿Dónde está, Denny?

DENNY Dispuesto a acudir a vuestro llamado, alteza.

REY Que venga.

Sale DENNY.

LOVELL (*Aparte.*) De este asunto hablaba el obispo, mi venida ha sido oportuna.

Entran CRANMER y Denny.

REY Despejad la galería.

LOVELL amaga quedarse.

¡Eh! ¡He hablado! ¡Idos!

Salen LOVELL y Denny.

¿Qué?

CRANMER (*Aparte.*)

Tengo miedo. ¿Por qué frunce el ceño de ese modo?
Es su cara de dar terror. Algo anda mal.

REY ¿Qué hay, milord? Deseáis tal vez saber
por qué mandé por vos.

CRANMER (*Se arrodilla.*) Es mi deber estar siempre
dispuesto a acudir a vuestro llamado.

REY Levantaos por favor,

mi gracioso y buen lord de Canterbury. Venid,
daremos una vuelta vos y yo; tengo
noticias que daros. Venid, dadme la mano.
Ah, mi buen señor, me duele decirlo, me apena
tener que repetir lo que vais a oír ahora.
Vengo escuchando en el último tiempo, muy a mi pesar,
graves quejas acerca de vuestra persona, os digo,
milord, graves; y habiéndolas considerado
serias, nuestro Consejo y nos hemos determinado
vuestra comparecencia para hoy en la mañana,
donde sé que no alcanzaréis a purgaros de tanta

acusación; y por eso, hasta tanto
respondáis a tales cargos de manera
adecuada, deberéis armaros de paciencia
y hacer de nuestra Torre vuestra morada. Como sois
uno del Consejo, si así no lo hiciéremos, nadie
se atrevería a testificar en contra vuestra.

CRANMER (*Se arrodilla.*)

Agradezco a vuestra alteza con toda humildad
la ocasión que me dais de ser cribado a fondo,
para que se distinga en mí la paja del trigo, pues sé
que nadie está tan a merced de las lenguas
de la calumnia como yo, pobre hombre.

REY Levantaos, mi buen Canterbury; vuestra lealtad
e integridad tienen raíces profundas en mí,
tu amigo. Dame la mano, caminemos. Ahora decidme,
por lo más sagrado, ¿qué clase de hombre sois?
Esperaba, milord, que al menos me pediríais que me tomara
el trabajo de ponerlos frente a frente
con vuestros acusadores, para que el careo
pusiera fin a vuestras penas.

CRANMER Mi temido señor,
mis sostenes son la verdad y la honradez.
Si me fallan, junto a mis enemigos atacaré
a mi persona, a la cual, faltándome esas virtudes,
ya no valdrá la defensa. No temo a nada que pueda
decirse contra mí.

REY ¿Acaso no sabéis
cuál es vuestra posición en el mundo, con todo
el mundo? Vuestros enemigos son muchos, y no son
poca cosa; sus maquinaciones pues no pueden
ser menos, y poco peso tendrá en el veredicto
la verdad de la cosa. Pensad con qué facilidad
puede una mente corrupta procurarse un miserable
igual de corrupto que declare contra vos. No sería
la primera vez que pasa. El poder de vuestros
adversarios no es menor que su malicia. ¿Creéis
que vuestra suerte será mejor, en lo que a testigos perjuros
se refiere, que la de vuestro Maestro, cuyo ministro
sois, mientras vivió en esta malvada tierra?

Despabilaos; estáis tomando un precipicio
por una zanja, y cortejáis a vuestra destrucción.

CRANMER Dios y vuestra majestad protejan mi inocencia,
o caeré en la trampa que me han tendido.

REY Vamos, arriba

ese ánimo; su victoria no irá más allá
de nuestro permiso. Tranquilizaos, y compareced
hoy de mañana. Si tras las acusaciones
deciden encarcelaros, usad de todo vuestro poder
de persuasión para evitarlo, con tanta vehemencia
como la ocasión requiera. Si vuestra solicitud
no pone remedio a la situación, mostradles
este anillo, y en ese acto haced ante ellos
vuestra apelación a la persona del rey.

CRANMER llora.

¡Mirad! Lloro, el buen hombre. Por mi honor
que se muestra honrado. ¡Santa Madre de Dios!
Juro que su corazón es leal, y alma mejor
no encontraréis en todo mi reino. Vamos, idos
y haced lo que os mando.

Sale CRANMER.

El llanto le ha estrangulado
el lenguaje.

Entra la ANCIANA DAMA.

LOVELL (*Dentro.*) ¡Volved! ¿Qué os proponéis?

Entra LOVELL, persiguiéndola.

ANCIANA DAMA

No volveré, las noticias que traigo trocarán mi atrevimiento
en buenos modales. ¡Ahora, que los ángeles del bien
sobrevuelan vuestra testa real, y cobijen
a vuestra persona con sus alas benditas!

REY Por vuestra

expresión saco vuestro mensaje. ¿Ha dado a luz la reina?
Decid, «Sí, y es un varón».

ANCIANA DAMA ¡Sí, sí, mi señor,

es un hermoso varón! ¡Que el Dios del cielo la bendiga
ahora y siempre! Es una niña, que promete
un futuro lleno de varones. Señor, vuestra reina
requiere de vos, para presentaros
a la recién llegada extraña. Es igual a vos,
tanto como una cereza a otra.

REY ¡Lovell!

LOVELL ¿Señor?

REY Dadle cien marcos. Iré con la reina.

Sale.

ANCIANA DAMA ¿Cien marcos?

Por la luz que me alumbra que tendré más que eso.
Eso es paga para un paje cualquiera. Ya me va
a oír; si no me da más, ya me va a oír.
¿Para eso le dije que la niña se le parece?
Si no me dan más me desdigo; ahora mismo, en caliente,
pondré manos a la obra.

Sale.

ESCENA II

*Persevantes, pajes y otros, de servicio ante la cámara del Consejo.
Entra CRANMER, arzobispo de Canterbury.*

CRANMER No creo estar llegando tarde; sin embargo
el caballero enviado por el Consejo me rogó
que me apresurara. ¿Y esto? ¿Todo cerrado?
¡Eh! ¿Quién está a cargo?

Entra un GUARDIA.

Sin duda me conocéis.

GUARDIA Sí, milord. Pero no puedo ayudaros.

CRANMER ¿Por qué?

Entra el doctor BUTTS, cruzando el escenario.

GUARDIA Debéis esperar que os llamen, eminencia.

CRANMER ¡Ajá!

BUTTS (*Aparte.*) Le están jugando sucio. Qué buena suerte haber pasado en el momento oportuno. Ahora mismo el rey sabrá de esto.

CRANMER (*Aparte.*) Ese es Butts, el médico del rey. Con qué intensidad me clavó los ojos al pasar. ¡Quiera el cielo que no proclame a los vientos mi desgracia! Pues no hay duda de que quienes me odian buscan humillarme, sin que haya hecho nada para merecerlo. Vergüenza de otro modo debería darles tenerme aquí esperando, entre pajes y criados, a mí, un colega del Consejo. En fin, que se den el gusto, que yo sabré tener paciencia.

Entran el REY y BUTTS, asomándose por la ventana superior.

BUTTS Os mostraré algo extraño.

REY ¿Qué, Butts?

BUTTS Un espectáculo que ya habréis visto antes.

REY ¿Dónde, pues? Quiero verlo de una vez.

BUTTS Allá, señor. El de la altura con la cual su eminencia el arzobispo, entre pajes, perseverantes y lacayos, sabe conservar su dignidad.

REY ¿Qué veo?

¿Así es como se respetan unos a otros?
¡Menos mal que aún hay alguien por encima de ellos! Hubiera creído que el honor o la cortesía les impedirían tener a un hombre de su posición, y tan cercano a mi favor, esperando mientras sus señorías se dignan atenderlo. ¡Y en la puerta, como un mandadero!
¡Por la sagrada Virgen, Butts, es una vileza!
Dejémoslos hacer, y corramos las cortinas; veremos qué se proponen.

Corren parcialmente las cortinas y permanecen detrás; CRANMER se retira y espera fuera. Se entra la mesa de la Cámara del Consejo, con sillas y bancos, y se la coloca bajo el dosel. Entra el

LORD CANCELLER *y se sitúa en el extremo superior de la mesa, a mano izquierda. Queda vacante un asiento superior, como para el arzobispo de Canterbury. El duque de SUFFOLK, el duque de NORFOLK, SURREY, el LORD CHAMBELÁN y GARDINER se sientan, en orden, a cada lado; CROMWELL, en calidad de secretario, ocupa el extremo inferior.*
El guardia espera a la puerta.

LORD CANCELLER

Enunciad, señor secretario, el motivo de la presente reunión del Consejo.

CROMWELL Con permiso de vuestras mercedes,
la causa primera concierne a su eminencia de Canterbury.

GARDINER ¿Se le ha informado de ello?

CROMWELL Sí.

NORFOLK ¿Quién espera fuera?

GUARDIA ¿Fuera, nobles señores?

GARDINER Sí.

GUARDIA Milord el arzobispo,
y hace media hora, pendiente de instrucciones vuestras.

LORD CANCELLER Que entre.

GUARDIA Podéis pasar ahora, eminencia.

CRANMER se acerca a la mesa del Consejo.

LORD CANCELLER Me da mucha pena, mi buen lord arzobispo,
estar hoy aquí sentado, viendo vacía
vuestra silla. Pero somos todos hombres,
de naturaleza frágil, y por lo tanto rehenes
de nuestra carne; no hay entre nosotros muchos ángeles.
Debido a esta fragilidad, y a vuestro poco juicio,
vos, el más indicado para enseñar, os habéis
desgraciado, y no poco, ante el rey y sus leyes,
llenando con vuestras enseñanzas, vos y vuestros
capellanes (así se nos ha informado) el reino
de opiniones nuevas; herejías en suma,
potencialmente perniciosas si no son reformadas.

GARDINER Tal reforma, mis nobles señores, debe ser ejecutiva.
Quien quiera domar un potro salvaje, no puede
hacerlo andar al paso con mano suave. Espuelas
y obstinados bocados hacen falta para ablandarlo

y volverlo obediente. Si con nuestra indulgencia e infantil piedad, por cuidar del honor de un solo hombre, permitimos que la infección se extienda, y mezquinamos el remedio, ¿en dónde terminaríamos? En desórdenes, tumultos, en una corrupción general de todo el estado, como han sido recientes testigos nuestros vecinos de la Alta Alemania, cuyas penas siguen estando frescas en nuestra compasión.

CRANMER Mis buenos señores, en el curso de mi vida, en la ejecución de mis funciones, hasta ahora me he esforzado para que mis enseñanzas y el ejercicio de mi autoridad vayan juntos y seguros por la misma senda; mi único fin fue siempre hacer el bien. Nadie (lo digo con toda sencillez de corazón) detesta más que yo, ni reprime más que yo, a quienes quieren desfigurar la paz pública, y esto a la vez en mi conciencia privada y en mi cargo. ¡Quiera el cielo que no encuentre nunca el rey un corazón menos leal! Aquellos cuyo alimento es la envidia y la malicia retorcida se atreven a morder a los mejores. Ruego a vuestras señorías que en esta causa judicial mis acusadores, sean quienes fueren, me miren a la cara cuando den testimonio en mi contra.

SUFFOLK No, señor, eso no puede ser; sois un miembro del Consejo, y en virtud de ello nadie se atrevería a acusaros.

GARDINER Tenemos cosas más importantes que hacer, milord; seremos breves con vos. Por voluntad del rey y acuerdo nuestro, seréis llevado a la Torre. Allí comprobaréis cómo, sin la protección de vuestro cargo, muchos se atreverán a acusaros abiertamente. Más, me temo, que los que podréis enfrentar. Así, vuestro proceso será el adecuado.

CRANMER Os lo agradezco mucho, milord de Winchester; vuestra amistad me conmueve. Si se hace vuestra voluntad, seréis juez y jurado; tan grande es vuestra misericordia. No creáis que soy ciego

a vuestro objetivo, que es mi ruina. Más que la ambición, milord, le sientan a un clérigo la humildad y el amor. A las almas extraviadas no se las debe expulsar, sino ganarlas con moderación. Tengo pocas dudas (tan pocas como vuestros escrúpulos para cometer iniquidades diarias) de que pasaré la prueba, aunque tentéis al límite mi paciencia. Podría seguir, pero callaré, por respeto a vuestra investidura.

GARDINER Ah, milord, milord, sois un sectario, esa es la pura verdad. Bajo vuestros oropeles pintados, descubre, quien os conoce, meras palabras, y débiles razones.

CROMWELL Con vuestro permiso, milord de Winchester, sois algo duro; un hombre tan noble, más no sea por aquello que ha sido, merece mayor respeto. Aumentar la carga de un hombre cuando está cayendo, es mera crueldad.

GARDINER Señor secretario, os solicito me perdonéis si os señalo que sois en esta mesa el menos indicado para hablar.

CROMWELL ¿Por qué, milord?

GARDINER ¿No sois acaso alentador de la nueva secta? Carecéis de integridad.

CROMWELL ¿De integridad?

GARDINER Sí, señor.

CROMWELL Si vos tuvierais media parte de mi honestidad, las plegarias, no el miedo, acercarían a los hombres a vos.

GARDINER Recordaré vuestras palabras.

CROMWELL Hacedlo, y recordad vuestra vida también.

LORD CANCELLER Basta, señores, por pudor.

GARDINER He terminado.

CROMWELL Y yo.

LORD CANCELLER Volvamos a vos, milord. Todos concuerdan, entonces, por voto unánime, que sin dilación seáis llevado prisionero a la Torre, y allí permanezcáis, hasta que el rey nos haga saber su voluntad ulterior. ¿Estáis todos de acuerdo, señores?

TODOS Lo estamos.

CRANMER La piedad, milores, ¿no os indica para mí otro camino que el de la Torre?

GARDINER ¿Y cuál otro se os ocurre? Insistís en seguir causando problemas. Guardias, entrad de una vez.

Entra la guardia.

CRANMER ¿Guardias? ¿Para mí? ¿Me llevaréis allí como un traidor?

GARDINER Llevadlo. Que quede bien guardado en la Torre.

CRANMER Señores, un momento, no he terminado aún. Mirad: este anillo libera a mi causa de las garras de los hombres crueles, y la pone en manos de un juez más noble, mi señor el rey.

LORD CHAMBELÁN Es el anillo del rey.

SURREY Es sin duda el auténtico.

SUFFOLK Es el verdadero anillo, cielos. Os advertí, cuando echamos a rodar esta peligrosa piedra, que terminaría aplastándonos.

NORFOLK ¿Pensáis acaso, milores, que el rey toleraría que sufra algún daño siquiera el dedo meñique de este hombre?

LORD CHAMBELÁN Ahora nos queda bien claro. ¡Cuánto aprecia su vida! ¡Cómo me gustaría estar fuera de esto!

*Sale el REY,
en el piso superior.*

CROMWELL Ya me decía yo,
que al hurgar en la vida de este hombre,
cuya honestidad solo el diablo y sus secuaces
pueden censurar, estabais avivando
el fuego que ahora os quema. ¡Recibid vuestro merecido!

*Entra el REY, mirándolos con el ceño fruncido,
y toma su asiento.*

GARDINER Respetado soberano, diariamente agradecemos
al cielo el habernos dado un príncipe como vos,
no solo bueno y sabio, sino devoto además;
obedientísimo y dispuesto a hacer de la Iglesia
objetivo primero de su honra. Ahora, para reforzar
sus deberes sagrados, por respeto a ella
acerca su real presencia para escuchar por sí mismo
la causa que la enfrenta a este gran agraviador.

REY Siempre tuvisteis talento en improvisar elogios,
obispo de Winchester. Pero ahora no he venido
a escuchar adulaciones, que en mi presencia
resultan raídas y tenues para tapar las ofensas.
No pueden conmigo. Ahora jugáis al perrito faldero,
y movéis la lengua a ver si os encuentro simpático.
No sé por quién me tomáis, pero lo que sé sin duda
es que vuestra naturaleza es sanguinaria y cruel.
(A CRANMER.)
Sentaos, buen hombre. Ahora, quiero ver al más valiente,
al más orgulloso, atreverse a mover un dedo
contra vos. Por todo lo más sagrado, más le valdría
morir que dudar de que este sitio os corresponde.

SURREY Si vuestra merced me permite...

REY No, señor,
no lo permito. Pensé que contaba con hombres sabios
y entendidos en mi Consejo. Veo que me equivoqué.
¿Es que no tenéis discreción siquiera, que dejasteis
a este hombre, a este buen hombre (un título
que pocos de vosotros merecáis) a este hombre honrado,
esperando a la puerta como un paje piojoso? ¿A uno
de vuestro rango? ¡Qué vergüenza! ¿Acaso mi comisión
os autorizaba a olvidaros de quienes sois? Os di poder
para juzgarlo como a miembro del Consejo,

no como a un lacayo. Algunos de vosotros, veo, menos por integridad que por encono, querríais, si medios tuvierais, juzgarlo con el mayor rigor. Pues bien, mientras yo viva, no los tendréis.

LORD CANCELLER

Mi muy respetado soberano, con vuestra venia hablaré en nombre de todos, para excusar nuestra intención. Al detenerlo no buscábamos (creedlo de buena fe) otra cosa que darle la oportunidad, en juicio, de limpiar su buen nombre ante el mundo. No había, al menos en mí, inquina alguna.

REY En ese caso,

señores, respetadlo y tratadlo bien: lo merece. En su elogio diré una sola palabra: si alguna vez un príncipe estuvo en deuda con un súbdito, por amor y servicios, lo estoy yo con él. Abrazadlo ya sin más vueltas, señores; amigos. ¿No os da vergüenza? Milord de Canterbury, os haré un pedido que no seréis capaz de rehusarme: tenemos una hermosa niña aún sin bautizar. Seréis el padrino, y os haréis responsable de ella.

CRANMER Es un honor que cubriría de gloria al mayor de los monarcas. ¿Cómo podría merecerlo yo, pobre como soy, humilde súbdito vuestro?

REY Vamos, milord, vamos, o pensaremos que queréis ahorrarnos las cucharas del regalo. Dos madrinas, nobles ambas, os harán compañía: la anciana duquesa de Norfolk y la señora marquesa de Dorset. ¿Os parece bien? Milord de Winchester, una vez más os lo ordeno, abrazad a este hombre, y amadlo.

GARDINER Con todo mi corazón
y con amor fraternal.

CRANMER Y que el cielo sea testigo
de lo mucho que valoro esta confirmación.

REY Esas lágrimas de alegría prueban la bondad de tu corazón. ¡Buen hombre, así se confirma lo que todos dicen de ti: «Cometed algún agravio contra Canterbury y será para siempre vuestro amigo».

Venid, señores, perdemos el tiempo; estoy ansioso por que esta jovencita se haga cristiana.
Como os he unido, milores, unidos permaneced; así ganaré yo fuerza y vosotros mayor merced.

Salen.

ESCENA III

*Ruidos y tumulto desde el interior.
Entran el PORTERO y su CRIADO.*

PORTERO ¡Cállense de una vez, rufianes! ¿Qué se han creído, que la corte es Parish Garden? ¡Canallas, he dicho silencio!

SIRVIENTE (*Desde el interior.*) Buen señor portero, yo soy de la cocina.

PORTERO ¡Y serás del cadalso, y bailarás en la horca, patán! ¿Te parece un lugar para andar a los gritos? Que me traigan una docena de bastones de manzano bien duro; estos parecen ramitas. Voy a acariciar vuestras cabezas, hijos. ¿Queréis ver bautismos? ¡Aquí llegan la cerveza y los pasteles! Tomad, rufianes maleducados, tomad.

CRIADO Tened paciencia, señor. Salvo que con cañones los barramos de la puerta, tan imposible será dispersarlos como hacerlos dormir una mañana de mayo el día de la festividad; sabéis que es tan difícil moverlos como empujar la catedral de San Pablo.

PORTERO Que te cuelguen entonces por haberlos dejado entrar.

CRIADO No sé ni cómo fue. ¿Cómo entra la marea? Les di todo lo que un garrote de cuatro pies puede dar. Mirad cómo ha quedado. A ninguno le mezquiné lo suyo, señor.

PORTERO No sirvió de nada.

CRIADO No soy Sansón, ni sir Guy, ni siquiera Colbrand, para segarlos como mieses; pero si alguna cabeza sea de joven o viejo, hombre o mujer, cornudo o ponedor de cuernos, quedó sin golpear, que nunca más mis ojos contemplen un churrasco, ¡algo de lo cual, ni por amor a la vaca, me privaría!

SIRVIENTE (*Desde el interior.*) ¿Oís, señor portero?

PORTERO En un minuto estoy contigo, cachorrito mío. ¡Mantén la puerta bien cerrada, bribón!

CRIADO ¿Qué queréis que haga?

PORTERO ¿Qué te parece? ¡Derríbalos por docenas! ¿Estamos acaso en el parque de Moorfields? ¿O será que ha llegado a la corte uno de esos extraños indios, con su herramienta descomunal, que a las mujeres no hay quién las pare? ¡Qué cría de fornicadores se ha juntado a la puerta! ¡Por mi conciencia de cristiano, de este bautismo saldrán mil! Padres, padrinos y todo a la vez.

CRIADO Y así regalarán cucharas más grandes, señor. Hay uno cerca de la puerta que, por la cara, parece broncista, porque o me equivoco o tiene veinte días de canícula en la nariz; y todos los que están cerca quedaron bajo su Ecuador, no necesitan otro castigo. A este fogoso fenómeno le di tres veces en la cabeza, y las tres descargó contra mí su nariz. Y ahí sigue, como un mortero, listo para hacernos volar por los aires. Cerca suyo, la mujer de un quincallero, corta de ingenio pero suelta de lengua, me insultó por haber iniciado tal incendio, con tal vehemencia que perdió el sombrero. Una de las veces le erré al meteorito ese y se la di a ella, a lo cual gritó «¡Bastones!», y al punto cuarenta bastoneros, de lo más selecto de la calle Strand, de donde ella es, acudieron en su ayuda. Se me vinieron encima; yo me mantuve en mi puesto pero se fueron acercando hasta tenerme a tiro de escobazo; un poco más les hice frente pero cuando a mis espaldas aparecieron tiradores aislados y me entraron a llover cascotazos, no tuve más remedio que recoger mi honor y entregarles la plaza. El diablo estaba con ellos, os lo aseguro.

PORTERO ¡Son los mismos jovenzuelos que alborotan los teatros, peleándose por manzanas mordidas, tanto que los únicos espectadores que pueden aguantarlos son sus hermanos los que suelen dar vivas en el cadalso de Tower Hill o sus amigotes de los muelles de Limehouse! A algunos ya los tengo bien guardados en el *Limbo Patrum*, donde podrán seguir bailando a su gusto, y en los intervalos disfrutar de una vianda de azotes que les servirán dos alguaciles.

Entra
el LORD CHAMBELÁN.

LORD CHAMBELÁN

Mal rayo me parta, ¿qué es esta multitud, que no para de aumentar? ¿Qué, estamos de feria acaso?
¡Siguen llegando de todas partes! Eh, porteros, cabrones

holgazanes, ¿dónde estáis? ¡Muy buen trabajo!
¡Linda chusma habéis dejado entrar! ¿Son todos
compadres vuestros, de los arrabales? Las damas,
cuando regresen del bautismo, tendrán sin duda
el camino despejado.

PORTERO Con permiso, señor,
no somos más que hombres. Lo que estaba en nuestro poder
de hacer, sin que nos hicieran pedazos, lo hemos hecho.
Un ejército haría falta para controlarlos.

LORD CHAMBELÁN Por mi vida que si el rey me culpa, vosotros
colgaréis de los talones sin demora; y multas
de las buenas caerán sobre vuestras cabezas.
Sois unos bribones holgazanes; antes que con la tarea
cumplís con la botella.

Trompetas.

Oíd, suenan las trompetas;
ya vuelven del bautismo. Vamos, daos prisa,
abrid paso al cortejo, romped la multitud
si no queréis que os mande a prolongar la farra
dos meses más a la prisión de Marshalsea.

PORTERO ¡Paso a la princesa!

CRIADO Eh, tú, el grandote,
apártate, o te daré un buen dolor de cabeza.

PORTERO ¡Eh, tú! ¡Sí, el vestido de camelote!
¡O te subes a la verja o te arrojo por encima!

ESCENA IV

Entran las trompetas sonando, seguidas por dos corregidores, el alcalde mayor de Londres, el heraldo mayor de la jarretera, CRANMER, el duque de NORFOLK con el bastón de mariscal, el duque de Suffolk y dos nobles portando cálices de pie para recibir los regalos de bautismo. Cuatro nobles sostienen un dosel sobre la niña, ricamente ataviada con un manto, etc., y cargada por su madrina la duquesa de Norfolk, cuya cola lleva una dama. Luego la otra madrina, la marquesa de Dorset y damas. El cortejo atraviesa una vez el escenario y el HERALDO habla.

HERALDO ¡Larga vida, próspera y eternamente feliz, otorgue el cielo, en su infinita
misericordia, a la altísima y poderosa princesa de Inglaterra, Isabel!

Fanfarria. Entran el REY y su guardia.

CRANMER (*Arrodillándose.*)

¡Y a vuestra real majestad, y a la buena reina!
Mis nobles colegas y yo elevamos plegarias
para que toda dicha y consuelo que el cielo
haya atesorado para don de los padres, caigan,
con esta niña, sobre vosotros diariamente.

REY Gracias, mi buen lord arzobispo. ¿Cómo se llama?

CRANMER Isabel.

REY De pie, milord.

El REY besa a la niña.

Con este beso te bendigo.
Dios, en cuyas manos pongo tu vida, te proteja.

CRANMER Amén.

REY Mis nobles madrinas, padrino, habéis sido pródigos
en exceso. Os lo agradezco de corazón, y lo mismo
hará esta damita, cuando su inglés se lo permita.

CRANMER Permitidme, señor, hablar, pues el cielo me lo ordena,
y en mis palabras no habrá lisonja, como veréis,
sino verdad. Esta real criatura, a quien el cielo
siempre guarde de cerca, promete, aun desde la cuna,
mil bendiciones, por mil multiplicadas, que el tiempo
hará madurar sobre nuestra tierra. Se convertirá
(aunque pocos hoy con vida verán tal virtud)
en el espejo de cada príncipe que en sus tiempos viva,
y de cada uno que la vaya a suceder. La reina
de Saba nunca buscó la virtud y la sabiduría
como esta alma pura lo hará. En ella se duplicarán
todas las gracias principescas que se necesitan
para modelar tal dechado de grandeza, unidas
a las virtudes que a los buenos saben acompañar.
La verdad será su leche; los divinos pensamientos,
su consejo; será amada y temida. Los suyos
la bendecirán; sus enemigos temblarán
y caerán, doblados de dolor, como un campo trillado.
Con ella germinará el bien, y cada hombre en paz
comerá bajo su viña seguro de su cosecha
y cantará, con sus vecinos, la dulce canción de la paz.

El verdadero Dios se hará conocer; los caminos perfectos del honor, de ella todos podrán aprender, y por ellos, y no por la sangre, se verá la nobleza. Mas esta paz no morirá con ella; pues al igual que cuando el ave prodigiosa, el casto Fénix, llega a su fin y de sus cenizas surge un nuevo heredero igualmente admirable; de igual manera, cuando de esta nube de tinieblas, al cielo se eleve, dejará todas sus bendiciones a otro como ella, para que, como una estrella, se eleve de las sagradas cenizas de su honor y quede fija en igual fama. La paz en abundancia, el amor, la verdad y el terror, que serán fieles sirvientes de esta niña, lo servirán también, y como una viña, se entrelazarán con él. Allí donde brille el sol del cielo, allí estarán su honor y la grandeza de su nombre, creando nuevas naciones. Florecerá, y sus ramas serán como las del cedro de la montaña, cubriendo las planicies circundantes; los hijos de nuestros hijos lo verán, y darán gracias al cielo.

REY Hablas maravillas.

CRANMER Alcanzará, para felicidad de Inglaterra, una avanzada edad; verá muchos días, ninguno sin una buena acción coronado. ¡Quisiera no saber más! Pero es preciso que muera un día: los santos la querrán con ellos. Irá, pero virgen; un lirio sin mancha alguna que volverá a la tierra para que el mundo entero lo llore.

REY Milord arzobispo, me hacéis por fin un hombre, y próspero, pues el regalo de esta niña que he engendrado es mi mayor riqueza. Tanto me ha complacido tu oracular consuelo que cuando esté en el cielo será mi mayor deseo el ver lo que hace la niña, y alabar a mi creador. Gracias a todos. Con vos, milord alcalde, y con todos vosotros, mis nobles hermanos, también estoy en deuda; me habéis honrado con vuestra presencia, y os demostraré mi agradecimiento. Señores, encabezad el cortejo; debéis ahora ir con la reina. La haréis feliz, y os lo agradecerá. Que el día de hoy

nadie, por asunto alguno, en su casa permanezca
pues esta pequeñita lo ha vuelto un día de fiesta.

Salen.

EPÍLOGO

Diez a uno a que la obra no puede agradar
a todos los presentes. El que vino a dormir
un acto, o dos, dirá que no le ha gustado,
pues seguro nuestras trompetas lo habrán despertado.
Otros esperan que a la ciudad insultos furiosos
arrojemos, y vienen solo a decir «¡qué ingeniosos!».
Pero como nada de eso hemos hecho
a esperar un elogio no tenemos derecho.
Salvo que las mujeres, en su interpretación,
sepan ser indulgentes, por una, de virtuosa condición,
que les hemos presentado. Si se dignan sonreír,
y aprobar lo hecho, a los hombres, me atrevo a predecir,
nos hemos metido en el bolsillo, pues nunca guardan
las manos si sus mujeres les dicen que aplaudan.



WILLIAM SHAKESPEARE ha sido considerado unánimemente el escritor más importante de la literatura universal. Se mantiene que nació el 23 de abril de 1564 y que fue bautizado, al día siguiente, en Stratford-upon-Avon, Warwickshire. Su llegada a Londres se ha fechado hacia 1588. Cuatro años después de su llegada a la metrópoli, ya había logrado un notable éxito como dramaturgo y actor teatral, éxito que pronto le valió el mecenazgo de Henry Wriothesley, tercer conde de Southampton. Con solo haberse dedicado a la poesía, Shakespeare ya habría pasado a la historia por poemas como *Venus y Adonis*, *La violación de Lucrecia* o los sonetos. Sin embargo, si hay un campo en el que Shakespeare realizó grandes y trascendentales logros fue en el teatro; no en vano es el responsable principal del florecimiento del teatro isabelino, uno de los mascarones de proa de la incipiente hegemonía mundial de Inglaterra. A lo largo de su carrera escribió, modificó o colaboró en decenas de obras teatrales, de las cuales podemos atribuirle plenamente treinta y ocho, que perviven en nuestros días gracias a su genio y su talento. William Shakespeare murió, habiendo conocido el favor público y el éxito económico, el 23 de abril de 1616 en su ciudad natal.

Notas

Introducción

[1] La más reciente biografía de Marlowe es: Park Honan, *Christopher Marlowe. Poet & Spy*, Oxford, Oxford University Press, 2005. <<

[2] Véase James Shapiro, *Contested Will. Who Wrote Shakespeare?*, Londres, Faber & Faber, 2010. <<

[3] Acerca de la leyenda de que Shakespeare nunca emborronaba sus manuscritos y no tachaba ningún verso, Ben Jonson, en *Discoveries*, un libro de citas y reflexiones, escribió: «¡Ojalá hubiera tachado cientos!». <<

[4] Al parecer, el hecho de que no se hiciera mención a sus libros y manuscritos se explica por la costumbre isabelina de acompañar los testamentos de un inventario que, en el caso de Shakespeare, se ha perdido. <<

[5] John Aubrey (1626-1697) fue un anticuario inglés que se dedicó a escribir apuntes biográficos de personajes relevantes de la historia inglesa en su monumental *Brief Lives*, publicado por primera vez en 1813. Hay una selección en castellano: John Aubrey, *Vidas breves*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010. <<

[6] Hay noticia de una obra perdida de Shakespeare, *Cardenio*, que se cree fue escrita a medias por John Fletcher y Shakespeare y que los King's Men estrenaron en 1613. La obra desarrollaba la historia de un personaje de la primera parte de *Don Quijote*, que había sido traducida al inglés por Thomas Shelton en 1612. En 1727, Lewis Theobald publicó una obra titulada *Double Falsehood* que decía estaba basada en tres manuscritos, entre ellos el perdido *Cardenio*. La historia parece que últimamente ha merecido crédito por parte de los especialistas, pues la prestigiosa colección Arden de las obras de Shakespeare la ha incluido en su canon y la Royal Shakespeare Company la interpretó en 2011. <<

[7] Samuel Pepys, *Diarios*, Sevilla, Renacimiento, 2003, p. 101. Traducción de Norah Lacoste. <<

[8] *Ricardo II*, III, ii. Véase la p. 471. <<

[9] *Enrique IV, parte 2, V, v.* Véase la p. 670. <<

[10] *Enrique V*, II, iii. Véase la p. 696. <<

Dramas

[11] Juego de palabras ente Maine y *main* (principal). (N. del T.) <<

[12] Juego de palabras entre Walter y *water* (agua). (N. del T.) <<

[13] Juego de palabras entre el apellido Cade y *cade*, que significa «barril». (*N. del T.*)

<<

[14] Hagan los dioses que esta sea la suma de tu gloria. (*N. del T.*) <<

[15] Hay un juego de palabras: «to *ennoble* those/That scarce, come two days lince, were worth a *noble*». Esta última era una moneda de oro que equivalía a seis chelines y ocho peniques. (N. de la T.) <<

[16] Hay un juego de palabras entre el *little lord* de Gloucester y el *little* de York. (N. de la T.) <<

[17] Pronunciación casi idéntica a *Richmond*. (N. de la T.) <<

[18] El apellido original de Juan de Gante (Gaunt) tiene en inglés el significado de flaco, enjuto, descarnado. (*N. del T.*) <<

[19] «Violetas»: los favoritos en la nueva corte. Una alusión también al sol, uno de los símbolos de Bolingbroke, creando una nueva primavera. (*N. del T.*) <<

[20] «*Pardonnez-moi*». Los conocimientos de francés que tiene el duque de York por lo visto no son muy extensos; al querer instruir al rey Enrique a que diga «Perdono», de hecho le indica que diga «Perdonadme». (*N. del T.*) <<

[21] Faltan unas palabras por daño en el manuscrito. (*N. de los T.*) <<

[22] La acción de la batalla está segmentada en una serie de conflictos entre dos adversarios, separados por rebatos o llamadas de las trompas. (*N. de los T.*) <<

[23] Toda la escena IV es una «lección de idioma» que Catherine toma de su dama de honor para aprender inglés. Eso obliga a dejarla textual, incluidos el tono entre fallido y arcaico del francés de Shakespeare, y el inglés fonético y por momentos malsonante de Alice. Traducida, diría así:

«C.: Alice, tú has estado en Inglaterra, y hablas bien el idioma.

A.: Un poco, señora.

C.: Enséñame, te lo ruego. Hay que aprender a hablar. ¿Cómo llaman a la mano en inglés?

A.: ¿La mano? Se llama *de hand*.

C.: *De hand*. ¿Y a los dedos?

A.: ¿Los dedos? A fe mía, se me olvidan los dedos, pero lo recordaré. Los dedos... creo que los llaman de *fingeres*. Sí, *de fingeres*.

C.: La mano, *de hand*; los dedos, *de fingeres*. Creo que soy buena alumna: he aprendido dos palabras de inglés muy deprisa. ¿Cómo llaman a las uñas?

A.: ¿Las uñas? Las llamamos *de nails*.

C.: *De nails*. Escucha, dime si hablo bien: *de hand*, *de fingeres*, y *de nails*.

A.: Está bien dicho, señora. Es muy buen inglés.

C.: Dime el inglés para brazo.

A.: *De arma*, señora.

C.: ¿Y el codo?

A.: *D'elbow*.

C.: *D'elbow*. Voy a repetir todas las palabras que me enseñaste hasta ahora.

A.: En mi opinión, señora, es muy difícil.

C.: Perdona, Alice. Escucha: *d'hand*, *de fingre*, *de nails*, *de arma*, *de bilbow*.

A.: *D'elbow*, señora.

C.: Oh, Dios, ¡se me olvidó! *D'elbow*. ¿Cómo llaman al cuello?

A.: *De nick*, señora.

C.: *De nick*. ¿Y al mentón?

A.: *De chin*.

C.: *De sin*. El cuello, *de nick*; el mentón, *de sin*.

A.: Sí. Con su venia, señora, en verdad pronuncia usted las palabras tan bien como los nativos de Inglaterra.

C.: No dudo que aprenderé, con la gracia de Dios, y en poco tiempo.

A.: ¿No ha olvidado ya lo que le enseñé?

C.: No, y te lo recitaré en seguida: *d'hand*, *de fingres*, *de mailes*...

A.: *De nails*, señora.

C.: *De nails*, *de arma*, *de ilbow*..

A.: Con su venia, señora, *d'elbow*.

C.: Eso digo. *D'elbow*, *de nick*, y *de sin*. ¿Cómo les llaman a los pies y el traje?

A.: *De foot*, señora, y *de cocan*.

C.: ¿*De foot* y *de cocan*? ¡Oh, Dios mío! Son palabras malsonantes, corruptas, groseras e impúdicas, y muy poco adecuadas para las damas de honor. (N. del T.: juego de confusiones con las «malas» palabras francesas *foutre* y *con*, respectivamente «joder» o «follar» y «coño».) No quisiera pronunciar esas palabras ante los señores de Francia por todo el oro del mundo. ¡Vaya! ¡*De foot* y *de cown*, nada menos! De todos modos recitaré de nuevo toda mi lección. *D'hand*, *de fingre*, *de nails*, *d'arma*, *d'elbow*, *de nick*, *de sin*, *de foot*, *de cocan*.

A.: ¡Excelente, señora!

C.: Suficiente por esta vez. Vamos a cenar.» (N. del T.) <<

[24] «Veremos regresar el perro a su vómito, y la cerda a su pantano.» (*N. del T.*) <<

[25] Probable fragmento de un refrán irlandés («Doncella, mi tesoro») que, en su forma corrupta inglesa, suena semejante a la frase en francés del soldado. (*N. del T.*)

<<

[26] Es el mismo Nicholas Hopkins de I, i, 768. (*N. del T.*) <<